EL CONDE DE GOBINEAU

ENSAYO SOBRE LA DESIGUALDAD DE LAS RAZAS HUMANAS



EL CONDE DE GOBINEAU
ANTIGUO MINISTRO DE FRANCIA EN PERSIA,
GRECIA, BRASIL Y SUECIA
MIEMBRO DE LA SOCIEDAD ASIÁTICA DE PARÍS

ENSAYO SOBRE LA DESIGUALDAD DE LAS RAZAS HUMANAS

TRADUCCIÓN Y PREFACIO
DE
FRANCISCO SUSANNA

EDITORIAL APOLO
Barcelona
1937

PREFACIO DEL TRADUCTOR

En todos los países del mundo se habla ahora del presente libro. No hay, en efecto, en los momentos actuales, una obra que en mayor grado apasione al lector medio de Europa y de América y que tan vivos debates suscite en los centros intelectuales y políticos de las principales naciones. Y, sin embargo, el presente Ensayo, cuyas originales tesis están hoy universalmente divulgadas, permaneció durante más de medio siglo en el más completo de los olvidos, incluso en el país donde viera la luz, esto es, en Francia, siempre tan curiosa y abierta a todas las ideas.

Del escasísimo interés que entre los contemporáneos de Gobineau despertó el «Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas», piedra angular del pensamiento gobiniano, es manifiesto indicio la general indiferencia con que fué recibida en Francia la noticia del fallecimiento de su autor, repentinamente acaecida en un hotel de Milán el mes de octubre de 1882. Ni una sola voz se levantó entonces para solicitar que se rindiera al ilustre escritor el obligado homenaje, que, en aquel tránsito supremo, no suele regatearse nunca a los grandes talentos ni aun por parte de quienes se mostraron con ellos más hostiles. La indiferencia de sus contemporáneos fué absoluta ante la que, si no su obra maestra, fué su obra cumbre.

Recientemente, comentando el hecho, la propia nieta de Gobineau arguyó que sin duda entonces no hubo nadie que se diese cuenta de que acababa de desaparecer uno de los espíritus más contradictorios, pero también más seductores y fecundos del siglo XIX. Aconteció, sin embargo, así, a pesar de la cálida simpatía que despertaba entre el gran mundo y, de modo especial, en los salones del Faubourg Saint-Germain, del vivísimo afecto que por él sintiera en las grandes capitales una sociedad cosmopolita, y de la profunda admiración de diplomáticos, poetas y sabios de todos los países. ¿Por qué?

La explicación hay que hallarla no sólo en la atrevida novedad de las ideas vertidas en sus libros y muy particularmente en su Ensayo, sino también en ciertas singularidades del carácter de Gobineau. Sabido es, en efecto, que dicha obra resulta ser, del comienzo al final, la antítesis perfecta de las opiniones en curso en su época y señaladamente en Francia. Para no referirnos sino a algunas de sus tesis más importantes, destacaremos, de un lado, la admiración de Gobineau por la cultura y las tradiciones de Asia, y, de otro, su engouement *por los valores aristocráticos. A propósito de lo primero, afirmó que es allí, en Asia, y no en Grecia, donde hay que descubrir la verdadera cuna de la ciencia y de la civilización, y que el*

genio de Asia constituye una fuerza a la que el resto del mundo ha de sentirse reconocido, ya que a ella debe cuanto posee y ha poseído en la alta esfera intelectual. Acerca de lo último — y rozamos aquí la idea matriz del Ensayo —, sostuvo que son los núcleos racialmente selectos, y no las multitudes bastardeadas por las mezclas, los que deciden la suerte de las naciones, o sea, que la prosperidad humana tiene por base la superposición, en un mismo país, de una raza de triunfadores y de una raza de vencidos, tesis de la cual se deriva aquella actitud anticristiana que, anticipándose a Nietzsche, le llevó a considerar como una necedad el amor a los caídos, a los humildes, a los impotentes. Pero a estas aparentes boutades *o genialidades, que nadie podía tomar en serio en su época, hay que añadir su insobornable altivez, a cubierto de adulaciones, y su irrefrenable prurito por soltar a la faz de sus compatriotas los juicios más irreverentes y molestos. «No existe una raza francesa — decía —; de todas las naciones de Europa, es la nuestra aquella en quien el tipo aparece más borroso.» El divorcio entre Gobineau y sus contemporáneos era inevitable.*

Hemos visto, pues, que este Ensayo iba radicalmente al encuentro de los dogmas universitarios y de la ciencia oficial de su tiempo, y también — lo que era aún más grave — contra la «mística» democrática, a la sazón en boga. Y si lo primero cerróle a Gobineau las puertas de todos los cenáculos y coteries *donde se mendigan y afirman las reputaciones, lo segundo hubo de enajenarle la curiosidad y simpatía del gran público. El propio Renan, que tan abiertamente reconociera sus altos méritos y cualidades, distó mucho de aceptar sus paradójicas tesis, y ante todo aquella en que negaba la grandeza moral y social de Roma y la primacía intelectual de Grecia, reconocidas hasta entonces por los sabios más esclarecidos de todos los países, para conferir la paternidad de la civilización al Asia. Más distanciados aún que Renán, hasta el extremo de mantener el más implacable de los silencios, se mostraron con él la casi totalidad de los restantes escritores de su época, quienes no podían tomar siquiera en consideración sus extrañas concepciones en que tan mal parados salían aquellos principios por los cuales todo el siglo XIX sintió un verdadero culto. A la fe en la libertad, en el progreso, en la democracia, que eran el dogma de aquellos tiempos, oponía Gobineau un determinismo oscuro, una decadencia inevitable, resultante de los elementos constitutivos de los pueblos, y, como reactivo, un paradójico aristocratismo. Pero eso de que la fatalidad de la constitución humana pesase no tan sólo sobre los individuos sino también sobre las razas y de que, por tanto, hubiese que echar a un lado toda idea de progreso y de libertad moral, repugnaba y sigue repugnando aún a los espíritus liberales. Gobineau se hallaba en los antípodas de la generación de su época, y su Ensayo estaba condenado de antemano.*

¿Debe, sin embargo, inferirse de ello que éste hubiese permanecido literalmente ignorado hasta nuestros días? En modo alguno. En la misma Francia contaba con sus devotos, escasos, es cierto, pero de talla considerable, entre los cuales se destacaron Paul Bourget, Albert Sorel, Ernest Seillière, Remy de Gourmont, Romain Rolland, Paul Souday... Y mucho antes de la Gran Guerra — en el año 1904 —, Robert Dreyfus, en la École des Hautes Études Sociales, *comentó la doctrina gobinista en varias conferencias que levantaron enorme entusiasmo. Con todo, no se pasaba*

de ahí, esto es, no se lograba que traspasase el reducido círculo de una minoría selecta.

¿Y qué decir de Alemania y de los demás países? En ellos los admiradores y adeptos eran ya más numerosos. Especialmente en Alemania, el nombre y la doctrina de Gobineau llegaron a constituir, en determinados centros intelectuales y políticos, un verdadero culto. Acontecía eso a partir del año 70, fecha en la cual el autor del Ensayo fué descubierto por Ricardo Wagner y sus discípulos. Gobineau fué entonces «adoptado» por Alemania. A esa adopción contribuyó en grado sumo el viejo wagneriano Ludwig Schemann, quien, en 1894, bajo el patronato de Ph. von Eulenburg y Hans von Wolzogen, llevó a cabo la fundación de la «Gobineau-Vereinigung» (Unión Gobinista). Poco después, en 1898, el mismo Schemann, reputado como el gran artífice del gobinismo tudesco, dió cima a la traducción del Ensayo. Fué precisamente hacia aquella época cuando Nietzsche estaba en el apogeo de su fama y en que de su «inmoralista» apología del hombre de acción, en íntima coyunda con la exaltación gobiniana del hombre Ario, surgió en el brumoso horizonte intelectual de Alemania la silueta del superhombre. Pero fué igualmente — ¡hay que decirlo también! — en la misma época cuando tronaban de lo alto los escritores pangermanistas. En un ambiente así, saturado de megalomanía, es cómo un profesor alemán pudo declarar que Gobineau era la corriente profunda que hacía vibrar alrededor de Nietzsche la vida espiritual contemporánea. Fué esa, ciertamente, una consecuencia absurda, que dejaba desmentidas las fatídicas conclusiones del Ensayo, pero que no dejaba de ser también la consecuencia natural y obligada de ciertas tesis allí defendidas.

En efecto, Gobineau, luego de haber proclamado la preexcelencia de la raza aria, esto es, de la raza blanca, dejó sentado que fueron los Arios germánicos, de temple muy enérgico, los «pionniers» de la civilización moderna; afirmó que éstos, con la aportación de su sangre, no manchada aún de melanismo, libraron a la civilización romana de su total hundimiento. «Muy lejos de destruir la civilización — dice —, el Hombre del Norte salvó lo poco que de ella sobrevivía. Nada descuidó para restaurar ese poco y darle todo su brillo. Fué su inteligente solicitud quien nos la transmitió y quien, bajo la protección de su genio particular y de sus invenciones personales, nos enseñó a sacar de ello nuestro tipo actual de cultura. Sin él no seríamos nada.» Con lo cual Gobineau infligió un rotundo mentís a Tácito que, uno de los primeros, tachó de bárbaros a los germanos, y luego a Goethe que, a la vuelta de dieciocho siglos, en sus «Conversaciones con Eckermann» emitió una opinión análoga a la del autor de los Anales.

Desde luego, el problema de las razas fué estudiado por Gobineau de un modo muy objetivo. Realizado el descubrimiento con el interés de un hombre de ciencia, no pensó ni remotamente en la posibilidad de que el hecho pudiera lisonjear a una nación determinada. El autor del «Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas», para quien el concepto de patria carecía en absoluto de sentido, juzgó las naciones a través de una única categoría: la de la raza. Y desde este punto de vista resulta muy natural que, de acuerdo con la clasificación por él establecida de las tres razas primordiales de la especie humana y de su respectiva influencia en la mar-

cha de la civilización, mostrase su admiración por los pueblos escandinavos, anglosajones y germanos, por entender que eran ellos los pueblos blancos racialmente más puros de la Tierra, esto es, menos bastardeados por las mezclas con otras razas. Con todo, bastó el hecho de que Gobineau proclamara la superioridad racial de esos pueblos, para que en Alemania, engreída con la victoria alcanzada en su guerra contra Francia, determinados grupos trataran de sacar de ello consecuencias políticas, extrañas al pensamiento gobiniano y que Gobineau hubiera seguramente desautorizado. Semejante desnaturalización de la doctrina del Ensayo no se produjo en los países escandinavos ni en el Reino Unido, pese a haber sido comprendidos también entre las razas más puras; y es que en ninguno de ellos se concedía una exagerada importancia al descubrimiento de las razas. Hay que señalar, no obstante, que incluso en la misma Alemania, que es donde el gobinismo alcanzó mayor número de prosélitos, la teoría de las razas distaba bastante de merecer el crédito a que, en opinión de sus adeptos, tenía pleno derecho y que más tarde había de serle reconocido.

Para que así fuese y para que, incluso en Francia y en la mayoría de países, la doctrina gobiniana se impusiese a la atención del público fué precisa la Gran Guerra. La cruenta lucha que se desarrollaba en los frentes de combate llevó a unos y otros a meditar sobre el extraño destino que hacía levantar en armas a medio mundo contra otro. Algo más que los vulgares antagonismos políticos de una nación contra otra se revelaba a los ojos de todos; algo superior a la misma voluntad de los pueblos en lucha parecía ser la determinante de aquella espantosa contienda bélica que amenazó con sepultar definitivamente a Europa. Aquello, más que una pugna entre naciones, semejaba una verdadera lucha de razas, en las que dijérase que se disputaba el porvenir de la civilización. Por lo demás, en los campos de batalla de nuestro continente se dieron cita, como es sabido, las principales variedades étnicas del Globo: blancos, negros, amarillos... Y aquella forzada convivencia, en las líneas del frente y aun en la retaguardia, de individuos racialmente tan diversos brindó a los espíritus menos perspicaces los espectáculos y experiencias más sorprendentes, reveladores de las distintas modalidades de cada raza y de sus respectivas capacidades espirituales. Tan sólo ello era ya bastante para que cobrase vivísima actualidad la tesis, hasta entonces ignorada o poco menos, de la desigualdad de las razas humanas. Fué entonces, pues, cuando para las jóvenes generaciones, atraídas por las polémicas suscitadas alrededor del nombre de Gobineau, la novísima doctrina de las razas constituyó una revelación. Inmediatamente el presente Ensayo alcanzó una boga extraordinaria y definitiva: el libro penetró en todos los países y en todas las conciencias.

Llegados a este punto, es necesario que abordemos y comentemos de lleno las teorías en él desarrolladas.

El «Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas» sienta por primera vez el hecho de que en la constitución y desarrollo de las civilizaciones antiguas y de las sociedades modernas desempeña un papel eminentísimo. si no exclusivo, la raza. Cabe decir que fué éste el grande, el único descubrimiento de Gobineau. Para Gobineau, cuya visión rebasa, como hemos dicho, la concepción estrecha y mezquina de la división del planeta en naciones, una única clasificación se impone: la de las razas.

Todo lo demás, resulta, para él, sobreañadido, artificial, sin consistencia alguna. En la base de los pueblos no existe una forma de sociedad, ni un pensamiento nacional, sino pura y simplemente «la pigmentación de una piel, el ángulo de un perfil, la forma de un ojo, etc.». El autor se sitúa así muy por encima del insignificante debate de los príncipes y de los «condottieri» del eterno tablero de las naciones. En su Ensayo son todos los continentes quienes se agitan y chocan entre sí, como impulsados por una fuerza cósmica. Gobineau descubre los grandes secretos de las convulsiones políticas más remotas, las causas íntimas que minan los cimientos de aquellos Imperios y civilizaciones hoy desaparecidos, el destino de las naciones sometidas a una dosificación mayor o menor de sangre aria o melania. Su vista soberana se posa en las más nebulosas lejanías, buceando en las reconditeces del pasado, y allí descifra los más impenetrables enigmas. Romain Rolland que, a despecho de sus efusiones democráticas, se siente tan afín a Gobineau, particularmente cuando se trata de zaherir a «cette creuse et ridicule marionette que l'on appelle la Patrie», *le reconoce sin regateos esa facultad de ver como nadie a distancia. Dice: «Ese hombre de espíritu tan fino para penetrar la vida cambiante de las almas individuales, ese hombre de mirada de águila para abarcar los vastos horizontes de los siglos, más profundo que Montesquieu y más sutil que Stendhal, va a chocar casi invariablemente contra los acontecimientos del presente y del porvenir inmediato... En historia, era présbite. Veía mejor a Sila que a Cavour y a Bismarck.» Mirando, pues, hacia los últimos confines del pasado, asequibles a sus pupilas, logró descubrir, empuñando siempre el cetro de la civilización y blandiendo por doquiera la sagrada antorcha, al «antropoide» perfecto, al Hombre Ario...*

¡El Hombre Ario! Según Gobineau, la raza aria es la raza «pur sang» de la humanidad, la mejor armada para la lucha por la existencia, la más bella, la más enérgica y la que mayor suma encierra de genio creador, raza hoy enteramente extinguida por su cruce con otras. En los albores del mundo existían, al lado de la raza aria, de «una blancura deslumbrante», otras razas blancas y también amarillas y negras, destinadas todas a vegetar si no eran fecundadas y tomadas por su cuenta por el Ario. Empleando un símil grato a Gobineau, destinado a sugerir la valía peculiar de cada una de las tres razas fundamentales, diremos que en aquella mezcla o cruce, el Ario simboliza la seda, el Amarillo la lana y el Negro el algodón. El Ario aportaba la energía, la perseverancia, el idealismo, el honor, el amor viril de la guerra, el sentido moralizador de la vida, el orden. El Amarillo, con su piel lívida pegada a los huesos y su máscara embrutecida y triste, aportaba el sentido práctico, sólo atento al lado útil de las cosas. El Negro, con su sensualidad bestial y su imaginación, aportaba el lirismo.

Frente a estas dos últimas razas, y rigiendo los destinos del mundo, sobresale el Blanco. Es éste, por excelencia, el elemento creador. Síntesis suprema de la especie humana, culminación perfecta — ¡oh, manes de Pascal! — del clásico «junco pensante», posee el doble genio de la acción y de la razón; de él provienen los grandes sistemas cosmológicos, las vastas creaciones espirituales y también los descubrimientos en la esfera de lo útil aplicado a lo ideal. Mezclado a los otros elementos, actúa a la manera de un catalizador, realzándolos y elevándolos hasta su más alto grado de

poderío. Los realza, es cierto, en tanto que valor étnico, pero es a costa de sí mismo, puesto que sale con ello menoscabada la pureza de su prosapia. De ello se deriva la degeneración de la raza blanca, que gradualmente va apareciendo más mezclada, más impura, más débil y menos apta para las funciones elevadas a que su prístina naturaleza la tenía destinada. Y, sin embargo, el Blanco, sal de la humana especie, necesita del Negro para sentir a su vez avivadas la sensibilidad y la imaginación, que son las facultades rectoras de la producción artística; «necesita, dice, del inconsciente impulso estético de los Negros para poder crear». Gobineau justifica la necesidad de esa cópula diciendo: «El manantial de que han brotado las artes es extraño a los instintos civilizadores. Yace oculto en la sangre de los negros. Este poder universal de la imaginación que vemos envolver e impregnar a las civilizaciones primitivas no tiene otra causa que la influencia siempre creciente del principio melanio». Así afirma que la influencia de las artes sobre las masas estará siempre en razón directa de la cantidad de sangre negra infusa en sus venas, y que la exuberancia de la imaginación será tanto más intensa cuanto mayor sea la extensión que ocupe el elemento melanio en la composición étnica de los pueblos. Pero también del Amarillo necesita el Blanco para captar una suma mayor de sentido utilitario; con lo cual sale perdiendo igualmente por otro lado, ya que ello le obliga a descender de su rango supremo y a dejar, por tanto, bastardeadas sus cualidades nativas.

De manera que, en cuanto el Ario emigra de su suelo natal — el Irán —, para fundar, acá y acullá, agrupaciones progresivas; en cuanto su espíritu bélico y dominador, siempre a la zaga de conquistas, le lleva a mezclarse con otros pueblos de raza distinta e inferior a la suya, mejora a éstos sensiblemente, pero sensiblemente también se depaupera a sí mismo. Esa mezcla, por lo demás indispensable, trae consigo un germen de degeneración, de muerte. De no captar un nuevo aflujo de sangre aria, sobreviene indefectiblemente la depauperación de las diversas agrupaciones. Y como ese aflujo de sangre aria es imposible, por cuanto, según el propio Gobineau, no queda ya sobre la faz del planeta un Ario puro, la humanidad está fatalmente condenada a una gradual decadencia, hasta el día, por fortuna muy lejano aún, en que se extinga total y definitivamente. El Dies iræ, *con sus fúnebres trenos, es, pues, el cántico reservado a los vástagos futuros de las presentes generaciones. Tal es la escalofriante conclusión del* Ensayo.

La teoría de las razas así concebida parece alcanzar en nuestros días su máximo predicamento. Y, falsa o verdadera — cosa que no nos compete a nosotros averiguar —, lo cierto es que, bastante desnaturalizada, cuenta hoy con millares de prosélitos en todos o casi todos los países del mundo. Naturalmente, a ello no ha sido nada extraña la pasión política. Porque con la doctrina de las razas ocurre hoy que es reivindicada por los partidos más opuestos y, ante todo, por los nacionalistas. Así vemos que la idea racista en los Estados Unidos, el nazismo en Alemania, el kemalismo en Turquía, el britanismo, etc., directa o indirectamente se inspiran en el gobinismo. Por su parte, los Escandinavos, descendientes de los antiguos Vikings, *enseñan en sus Universidades que Gobineau los conceptuó como los supervivientes más puros de la raza aria. Asimismo en América latina, los partidarios del hispanismo o por lo menos de sus tradiciones, enfrentados con los*

Negros y los Indios, aducen, en apoyo de su hegemonía, argumentos más o menos emparentados con el gobinismo. Incluso en Asia han penetrado las nuevas teorías, lo cual han podido experimentar muy de cerca los bolcheviques en su intento, siempre frustrado, de penetración entre las multitudes orientales.

Todo ello no tendría importancia si fuese únicamente la vanidad la que, en cada pueblo, se sintiese emulada. Desgraciadamente, lo que comentamos es causa de que determinadas naciones, so pretexto de preservar la pureza de su tipo étnico, se encierren en un nacionalismo agresivo, con espasmos de xenofobia muy inquietantes. Pero eso no cabe imputarlo al autor del Ensayo. Porque el que actualmente el nombre de Gobineau, como alguien ha dicho, cubra, en ciertos países europeos, la más sospechosa de las mercancías, no puede redundar en descrédito de cuanto de positivo encierre su doctrina de las razas. En todo caso y para que se vea cómo ésta puede ser mantenida, a despecho de todas las mistificaciones políticas, observaremos que también la idea de democracia encuentra en la doctrina de las razas los argumentos más sólidos y decisivos. Ello explica que Gobineau haya podido ser admirablemente acogido por los mismos caudillos del proletariado. Véase de qué naturaleza son esos argumentos: «A medida que, de acuerdo con la teoría de las razas, van mezclándose las colectividades humanas, quedan poco a poco desvirtuadas las élites *y ascienden las masas populares, hasta llegar a la nivelación de clases y al advenimiento natural de la democracia. De manera que la doctrina étnica de Gobineau, pesimista en tanto que propugnadora de la aristocracia, y la teoría económica de Carlos Marx, optimista, como bandera del proletariado, partiendo una y otra de polos extremos, acaban por encontrarse.» La argumentación es impecable.*

Por lo demás — preciso es que también lo señalemos —, esta doctrina no es tan definitiva como puede hacer suponerlo la extraordinaria boga de que goza actualmente. Contra ella pueden hacerse y se han hecho ya objeciones bastante serias, que si no comprometen en nada el principio básico de la doctrina, esto es, el papel preponderante de las razas en el desarrollo de la cultura y de las civilizaciones, muestran, sin embargo, que la teoría peca de incoherente e incompleta. Es, por ejemplo, una objeción el que, según el propio Gobineau, sean las civilizaciones blancas las que menos duren; otra, el que una raza como la japonesa, clasificada entre las que se caracterizan por su apatía e inmovilidad, se levantase bruscamente para rechazar lor la fuerza el mayor de los Imperios del mundo, tras un maravilloso resurgir de su vida nacional, en el que demostró haberse asimilado todos los progresos y adelantos de Occidente; otra, el que en China, tras un tumultuoso despertar que todavía prosigue, hayan sido hechos trizas los milenarios privilegios del hoy aventado Celeste Imperio; otra objeción aun, el que la democracia se haya desarrollado tan intensamente en Norteamérica, no obstante ser un pueblo muy poco «melanizado»; otra, el que haya sido España, tan fuertemente melanizada y semitizada, quien durante un siglo dominase por las armas a toda Europa y se anticipase al Ario en la conquista del continente americano; otra, en fin, el que Francia, la más melanizada de las naciones del Noroeste europeo, hubiese contenido durante quince siglos en los límites de sus bosques a la Germania, mucho más

blanca que ella... Con todo, estas inarmonías entre el conjunto y los detalles no alteran lo esencial de la doctrina o sea la irreducible desigualdad de las razas, la extinción gradual de los grupos racialmente superiores y, por último, la decadencia y quizá el fin del mundo civilizado, conclusiones, dicho sea de paso, que distan bastante de justificar la menor sombra de optimismo y mucho menos el optimismo de quienes pretenden — ¡ilusos! — reivindicar para su pueblo la nobleza y virtudes de la extinguida raza aria.

Afortunadamente — y sirva lo que vamos a decir de confortamiento a los lectores —, la humanidad no ha sido nunca enteramente esclava de sus instintos, como muestran serlo las especies inferiores, y en el caso presente, como en tantísimos otros, ha sabido hallar en su privilegiada inteligencia el instrumento adecuado para reaccionar eficazmente contra aquel supuesto peligro, restableciendo la vitalidad de la especie. Un admirable ejemplo de ello lo tenemos, de un lado, en el florecimiento de esta ciencia novísima, la Eugenesia, en la que los biólogos tienen puestas hoy todas sus esperanzas, y que, utilizando la fuerza formidable de la herencia, junto con la fuerza, más formidable aún, encerrada en el átomo, se propone lograr la refundición de la humanidad en un sentido de superación humana en todos los órdenes de la vida; de otro, en el modo cómo, ante el pesimismo inscrito en el corazón del Ensayo, reaccionan las nuevas generaciones, ávidas de sobreponerse a todo fatalismo y de imponer una vez más a la materia los dictados de un espíritu creador y libre que tantas maravillas ha deparado ya, durante la última mitad de siglo, en el campo de la actividad científica y que tantas y tantas posibilidades encierra, incluso en el orden moral, llevado de su inextinguible afán de mejoramiento y poderío.

En resumen, pues, diremos que, aun cuando la teoría de las razas no esté exenta de lunares y aun cuando las consecuencias sacadas de ella hayan sido muy otras que las que cabía esperar de los principios en que se asienta, éstos no han sido en modo alguno invalidados. Las grandes directivas que el genio de Gobineau imprimiera al problema de las razas subsisten íntegramente. Y esto lo reconoce el propio Elie Faure, que es quien mayor número de objeciones ha opuesto a la doctrina. Por lo demás, como estudio psicológico de las razas, el libro es de una profundidad y veracidad indiscutibles. En este aspecto, las perspectivas que ante nuestras miradas proyecta el autor son tales, que forzosamente hemos de reconocer como fundada la opinión según la cual no puede jactarse nadie de conocer verdaderamente a su propia patria, cualquiera que ésta sea, ni en el pasado ni el presente, a menos de haber recorrido una a una las páginas de este Ensayo.

F. S.

DEDICATORIA DE LA PRIMERA EDICIÓN (1854)

A Su Majestad Jorge V, rey de Hannóver

Señor: Tengo el honor de ofrecer a Vuestra Majestad el fruto de largas meditaciones y estudios favoritos, a menudo interrumpidos, pero siempre reanudados.

Los graves acontecimientos — revoluciones, guerras, trastornos jurídicos — que, desde largo tiempo, han agitado a los Estados europeos, inclinan fácilmente las imaginaciones hacia el examen de los hechos políticos. Mientras el vulgo no considera sino los resultados inmediatos de todo ello y sólo admira o reprueba los chispazos con que son heridos los intereses, los más graves pensadores tratan de descubrir las causas ocultas de tan terribles conmociones, y, remontando linterna en mano los oscuros senderos de la filosofía y de la historia, buscan en el análisis del corazón humano la clave de un enigma que tan hondamente turba a las naciones y a los espíritus.

Como los demás, he experimentado la inquieta curiosidad que suscita la agitación de las épocas modernas. Pero, al aplicar al estudio del problema todas las fuerzas de mi inteligencia, he visto mi estupor, ya muy grande, acrecentarse todavía. Dejando, poco a poco, lo confieso, la observación de la era actual por la de los períodos precedentes, y luego la de todo el pasado en conjunto, reuní estos diversos fragmentos en un vastísimo cuadro, y, guiado por la analogía, me dediqué, casi a pesar mío, a la adivinación del porvenir más remoto. No han sido únicamente las causas directas de nuestras supuestas tormentas reformadoras las que he juzgado digno conocer: he aspirado a descubrir las razones más elevadas de esa identidad de las enfermedades sociales que aun el conocimiento más imperfecto de los anales humanos nos permite reconocer en todas las naciones del pasado y que son, según todas las conjeturas, análogas a las de las naciones del porvenir.

Por lo demás, he creído advertir, para tales trabajos, facilidades peculiares de nuestra época. Si ésta, por sus agitaciones, invita a practicar una especie de química histórica, facilita también semejantes tareas. Las densas nubes, las profundas tinieblas que nos ocultaban, desde tiempo inmemorial, los orígenes de civilizaciones diferentes de la nuestra, se alejan y disipan al calor de la ciencia. Una maravillosa depuración de los métodos analíticos, luego de presentarnos, a través de Niebuhr, una Roma ignorada de Tito-Livio, nos descubre y explica también las verdades, mezcladas con los relatos fabulosos, de la infancia helénica. En otro lugar del mundo, los pueblos germánicos, por mucho tiempo desconocidos, se nos muestran tan grandes y tan majestuosos, como bárbaros dieran en pintarlos los

escritores del Bajo-Imperio. Egipto abre sus hipogeos, traduce sus jeroglíficos, confiesa la edad de sus pirámides. Asiria muestra sus palacios y sus inscripciones sin fin, no ha mucho enterradas aún bajo sus propios escombros. El Irán de Zoroastro nada supo ocultar a las poderosas investigaciones de Burnouf, y la India primitiva nos cuenta, en los Vedas, *hechos muy cercanos a la época de la Creación. Del conjunto de estas conquistas, ya tan importantes en sí mismas, se obtiene una comprensión más exacta y vasta de Herodoto, de Homero y, sobre todo, de los primeros capítulos del Libro sagrado, ese abismo de aserciones cuya riqueza y rectitud no logramos nunca admirar lo bastante cuando es abordado con un espíritu provisto de luces suficientes.*

Tantos descubrimientos insospechados o inesperados no están, sin duda, a cubierto de los ataques de la crítica. Las listas de las dinastías, el encadenamiento regular de los reinados y de los hechos, presentan serias lagunas. Sin embargo, entre sus resultados incompletos, los hay admirables para los trabajos de que me ocupo, y algunos más provechosos que las tablas cronológicas mejor establecidas. Lo que en ellos recojo con júbilo es la revelación de los usos, de las costumbres, hasta los retratos, hasta la indumentaria de las naciones desaparecidas. Se conoce ya el estado de sus artes. Se percibe toda su vida, física y moral, pública y privada, y nos es ya posible reconstruir, con ayuda de los materiales más auténticos, lo que forma la personalidad de las razas y el principal criterio de su valor.

Ante tamaña acumulación de riquezas enteramente nuevas o enteramente conocidas de nuevo, no es ya permitido a nadie intentar explicar el complicado juego de las relaciones sociales, los motivos de florecimiento o decadencia de las naciones con la sola ayuda de consideraciones abstractas y puramente hipotéticas que pueda brindar una filosofía escéptica. Ante la abundancia de hechos positivos que surgen por doquier y brotan de todas las sepulturas y se yerguen ante quien trata de interrogarlos, ya no es lícito ir, con los teorizantes revolucionarios, acumulando oscuridades para extraer de ellas seres fantásticos y complacerse en hablar de quimeras en los ambientes políticos a ellos afines. La realidad, harto notoria, harto apremiante, nos veda tales juegos, a menudo impropios, siempre nefastos. Para decidir cuerdamente acerca de los caracteres de la humanidad, el tribunal de la Historia es hoy el único competente. Es, por lo demás, lo reconozco, un árbitro severo, un juez muy temible para ser evocado en épocas tan tristes como la presente.

No es que el pasado esté sin mácula. En él hay de todo, y por lo mismo nos brinda la confesión de muchas faltas y descubrimos en él más de un vergonzoso desfallecimiento. Los hombres de hoy podrían incluso alardear de algunos méritos de que él carece. Mas, si, para rechazar sus acusaciones, se le ocurre de súbito evocar las sombras grandiosas de los períodos heroicos, ¿qué dirán? Si les reprocha el haber comprometido la fe religiosa, la fidelidad política, el culto al deber, ¿qué responderán? Si les afirma que ya no son aptos para proseguir el desenvolvimiento de conocimientos cuyos principios fueron por él reconocidos y expuestos; si añade que la antigua virtud se ha convertido en un objeto de burla; que la energía ha pasado del hombre al vapor; que la poesía se ha extinguido, que sus grandes

intérpretes han dejado de existir; que lo que llamamos intereses se reduce a lo que existe de más mezquino, ¿qué alegar?

Nada, sino que todas las cosas bellas, sumidas en el olvido, no están muertas y dormitan; que todos los tiempos han conocido períodos de transición, épocas en que el sufrimiento lucha con la vida y de las que ésta se libera, al fin, victoriosa y resplandeciente, y que, puesto que la Caldea demasiado envejecida fué reemplazada antaño por la joven y vigorosa Persia, la Grecia decrépita por la Roma viril y la bastarda dominación de Augústulo por los reinados de los nobles príncipes teutónicos, asimismo las razas modernas lograrán rejuvenecerse.

Es eso lo que yo mismo esperé un instante, un instante muy breve, y hubiera querido responder a la Historia para confundir sus acusaciones y sus sombríos pronósticos, si no me hubiese contenido la idea abrumadora de que me precipitaba en demasía al avanzar una proposición falta de pruebas. Quise buscarlas, y vime así incesantemente conducido, en mi simpatía por las manifestaciones de la humanidad viviente, a profundizar más y más los secretos de la humanidad muerta.

Entonces fué cuando, de inducciones en inducciones, tuve que penetrarme de esta evidencia: que la cuestión étnica domina todos los demás problemas de la Historia, constituye la clave de ellos, y que la desigualdad de las razas cuyo concurso forma una nación, basta a explicar todo el encadenamiento de los destinos de los pueblos. Por lo demás, no existe nadie que no haya tenido algún presentimiento de una verdad tan manifiesta. Cada cual ha podido observar que ciertos grupos humanos, al arrojarse sobre un país, transformaron antaño, por una acción repentina, sus hábitos y su existencia, y que allá donde, antes de su llegada, reinaba la torpeza, mostráronse hábiles en hacer surgir una actividad inusitada. Es así cómo, para citar un ejemplo, le fué comunicada una nueva energía a la Gran Bretaña con la invasión anglosajona, por un decreto de la Providencia que, al conducir a aquella isla a algunos de los pueblos sometidos al yugo de los ilustres antepasados de VUESTRA MAJESTAD, *quiso, como lo observara un día, muy sagazmente, una Augusta Persona, deparar a las dos ramas de la propia nación esta misma Casa soberana, cuyos gloriosos derechos arrancan de épocas remotas de la estirpe más heroica.*

Luego de reconocer que existen razas fuertes y razas débiles, me he dedicado a observar de preferencia las primeras, a descubrir sus aptitudes, y sobre todo a remontar la cadena de sus genealogías. Siguiendo este método, acabé por convencerme de que todo cuanto hay de grande, noble y fecundo en la Tierra, en materia de creaciones humanas: la ciencia, el arte, la civilización, conduce al observador hacia un punto único, no ha salido sino de un mismo germen, no ha emanado sino de un solo pensamiento, no pertenece sino a una única familia cuyas diferentes ramas han dominado en todos los países cultos del Universo.

La exposición de esta síntesis se encuentra en el presente libro, cuyo homenaje vengo a depositar al pie del trono de VUESTRA MAJESTAD. *No me era permitido— y no lo intenté siquiera — alejarme de las regiones elevadas y puras de la discusión científica para descender al terreno de la polémica contemporánea. No he tratado de esclarecer ni el porvenir de mañana, ni tampoco el de los años que siguen. Los períodos que trazo son*

amplios y vastos. Comienzo con los primeros pueblos que existieron, para bucear incluso en aquellos que no viven aún. No calculo sino por series de siglos. Hago, en una palabra, geología moral. Hablo raramente del hombre, más raramente todavía del ciudadano o del súbdito, y a menudo y siempre de las diferentes fracciones étnicas, pues no se trata para mí, en las cimas donde me he situado, ni de nacionalidades fortuitas, ni siquiera de la existencia de los Estados, sino de las razas, de las sociedades y de las civilizaciones diversas.

Al trazar aquí estas consideraciones, siéntome enardecido, SEÑOR, *por la protección que el vasto y elevado espíritu de* VUESTRA MAJESTAD *otorga a los esfuerzos de la inteligencia y por el interés más particular con que* ELLA *honra los trabajos de la erudición histórica. Nunca dejaré de conservar el recuerdo de las preciosas enseñanzas que me ha sido dable recoger de labios de* VUESTRA MAJESTAD, *y osaré añadir que no sé qué admirar más, si los conocimientos tan brillantes y sólidos, de los cuales el Soberano de Hannóver posee las más variadas cosechas, o bien el generoso sentimiento y las nobles aspiraciones que los fecundan y que brindan a sus pueblos un reinado tan próspero.*

Lleno de un reconocimiento inalterable por las bondades de VUESTRA MAJESTAD, *ruégole se digne acoger*

la expresión del profundo respeto con que me honro en ser,

SEÑOR,

de VUESTRA MAJESTAD

muy humilde y muy obediente servidor,

A. DE GOBINEAU

ANTEPRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN FRANCESA

Este libro fué publicado por primera vez en 1853 (tomo I y tomo II); los dos últimos volúmenes (tomo III y tomo IV) son de 1855. En la edición actual no se ha cambiado una línea, y no porque, en el intervalo, ciertos trabajos no hayan determinado bastantes progresos de detalle. Pero ninguna de las verdades por mí expuestas ha sido quebrantada, y he juzgado necesario mantener la verdad tal como la descubrí. Antaño, no se abrigaba sobre las Razas humanas más que sospechas muy tímidas. Sentíase vagamente que era preciso excavar por ese lado si se deseaba poner al descubierto la base no conocida aún de la historia, y presentíase que dentro de ese orden de nociones apenas desbastadas, debajo de esos misterios tan oscuros, debían de encontrarse a ciertas profundidades los vastos cimientos sobre los cuales se han elevado gradualmente los pavimentos, luego los muros, en una palabra, todos los desenvolvimientos sociales de las multitudes tan variadas cuyo conjunto comprende el mosaico de nuestros pueblos. Pero se ignoraba el camino a seguir para llegar a alguna conclusión.

Desde la segunda mitad del último siglo, se razonaba sobre los anales generales y se pretendía, no obstante, reducir todos estos fenómenos expuestos en series a leyes fijas. Esta nueva manera de clasificarlo todo, de alabar, de condenar, por medio de fórmulas abstractas cuyo rigor se esforzaban en demostrar, llevaba naturalmente a sospechar, bajo el desarrollo de los hechos, una fuerza cuya naturaleza no había sido nunca conocida. La prosperidad o el infortunio de una nación, su grandeza y su decadencia, nos habíamos por mucho tiempo contentado con hacerlos derivar de las virtudes y de los vicios, aplicándolos sobre el punto especial que se examinaba. Un pueblo honrado debía ser necesariamente un pueblo ilustre, y, al revés, una sociedad que practicaba demasiado libremente el reclutamiento activo de las conciencias relajadas, debía provocar sin remisión la ruina de Susa, de Atenas, de Roma, del mismo modo que una situación análoga había atraído el castigo final sobre las difamadas ciudades del Mar Muerto.

Dando vuelta a semejantes llaves, habíase creído abrir todos los misterios; pero, en realidad, todo permanecía cerrado. Las virtudes útiles a las grandes agrupaciones sociales tienen que ofrecer un carácter muy particular de egoísmo colectivo que las hace desemejantes de lo que se entiende por virtud *entre los particulares. El bandido espartano, el usurero romano fueron personajes públicos de singular eficacia, aunque, juzgados desde el punto de vista moral, Lisandro y Catón fuesen individuos muy ruines; hubo que convenir en ello luego de reflexionado y, en consecuencia, si se alababa la*

virtud en un pueblo y se censuraba con indignación el vicio en otro, había que reconocer y confesar en voz alta que no se trataba de méritos y deméritos que interesasen a la conciencia cristiana, sino de ciertas aptitudes, de determinadas fuerzas activas del alma e incluso del cuerpo, que impulsaban o paralizaban el desenvolvimiento de la vida de las naciones, lo que llevaba a preguntarse por qué una de éstas podía lo que otra no podía, y así se encontraba uno obligado a confesar que el hecho era una resultante de la raza.

Durante algún tiempo contentáronse todos con esa declaración, a la cual no se sabía cómo dar la precisión necesaria. Era una palabra huera, una frase, y ninguna época se ha pagado nunca de palabras ni se ha complacido con ello tanto como la presente. Una especie de translúcida curiosidad, que emana comúnmente de los vocablos inexplicados, era proyectada aquí por los estudios fisiológicos y resultaba suficiente, o, por lo menos, se quiso por algún tiempo que así fuese. Por lo demás, se temía lo que iba a seguir. Sentíase que si el valor intrínseco de un pueblo deriva de su origen, era preciso restringir, suprimir quizá todo lo que llamamos Igualdad y, además, un pueblo grande o miserable no podría ya ser objeto de alabanza o de censura. Ocurriría lo que con el valor relativo del oro y del cobre. Ante tales consecuencias se retrocedía.

¿Había que admitir, en esos días de infantil pasión por la igualdad, que entre los hijos de Adán existiese una jerarquía tan poco democrática? ¡Cuántos dogmas, así filosóficos como religiosos, se aprestaban a protestar!

No obstante los titubeos, seguíase avanzando; los descubrimientos se acumulaban y sus voces estallaban y exigían que no se desvariase. La geografía contaba lo que tenía ante sus ojos; las colecciones desbordaban de nuevos tipos humanos. La historia antigua mejor estudiada, los secretos asiáticos mejor descifrados, las tradiciones americanas más accesibles que antes lo fueran, todo proclamaba la importancia de la raza. Había que decidirse a penetrar la cuestión tal como ella es.

En esto, presentóse un filólogo, M. Prichard, historiador mediocre, teólogo aún más mediocre, que empeñado sobre todo en probar que todas las razas se equivalen, sostuvo que no había por qué tener miedo y se infundió miedo a sí mismo. Propúsose, no saber ni decir la verdad de las cosas, sino tranquilizar a los filántropos. A este intento, juntó cierto número de hechos aislados, observados más o menos bien y con los cuales intentó probar la aptitud innata del negro de Mozambique y del malayo de las islas Marianas para llegar a ser altísimos personajes, por poco que la ocasión lo permitiese. M. Prichard fué, no obstante, muy de elogiar por el solo hecho de haber dado realmente con la dificultad. Hízolo, es cierto, por el lado fácil, pero lo hizo, y nunca se lo agradeceremos bastante.

Entonces escribí este libro. Desde su aparición, ha dado lugar a numerosas discusiones. Sus principios han sido menos combatidos que las aplicaciones y, sobre todo, que las conclusiones. Los partidarios del progreso ilimitado no se mostraron con él nada benévolos. El sabio Ewald emitió la opinión de que se trataba de una inspiración de los católicos extremistas; la Escuela positivista lo declaró peligroso. Mientras tanto, escritores que no son ni católicos ni positivistas, pero que poseen hoy una gran reputación, han introducido de incógnito, sin confesarlo, los principios y aun partes enteras

del libro en sus obras y, en suma, Fallmereyer no se equivocó al afirmar que a ellos se recurre más a menudo y más ampliamente de lo que se da en reconocer.

Una de las ideas capitales de esta obra, es la gran influencia de las mezclas étnicas, o, dicho de otro modo, de los enlaces entre razas diversas. Fué la primera vez que se estableció esta observación y que al hacer resaltar los resultados desde el punto de vista social se presentó este axioma: que tal cual resultase el cruce obtenido, tanto valdría la variedad humana producto de la mezcla y que los progresos y retrocesos de las sociedades no son sino los efectos de ese cruce. De ahí fué sacada la teoría de la selección, que se hizo célebre entre las manos de Darwin y más aún de sus discípulos. De ello se originó, entre otros, el sistema de Buckle, y por la distancia considerable que media entre las opiniones de este filósofo y las mías, cabe medir el alejamiento relativo de las sendas que han debido trazarse dos pensamientos hostiles procedentes de un punto común. Buckle se vió interrumpido en su trabajo por la muerte; pero el sabor democrático de sus sentimientos le ha proporcionado, en estos tiempos, un éxito que así el rigor de sus deducciones como la solidez de sus conocimientos están lejos de justificar.

Darwin y Buckle han creado así las derivaciones principales del río que yo abrí. Muchos otros han dado simplemente como propias ciertas verdades copiadas de mi libro, mezclándolas más o menos hábilmente con las ideas hoy en boga.

Dejo, pues, mi libro tal como lo hice, sin cambiarle absolutamente nada. Es la exposición de un sistema, la expresión de una verdad, hoy para mí tan diáfana e indubitable como cuando la profesé por primera vez. Los progresos de los conocimientos históricos no me han hecho cambiar de opinión en ningún sentido ni en ningún grado. Mis convicciones de antaño son las mismas de hoy, que no han oscilado ni hacia la derecha ni hacia la izquierda, y han seguido siendo tales cuales brotaron desde el primer momento. Las adquisiciones sobrevenidas en la esfera de los hechos en nada les perjudican. Los detalles se han multiplicado, lo que me complace. De los resultados obtenidos nada ha sido alterado. Me siento satisfecho de que los testimonios aportados por la experiencia hayan venido a demostrar en mayor grado aún la realidad de la desigualdad de las Razas.

Confieso que hubiera podido sentirme tentado de juntar mi protesta a tantos otros que se levantan contra el darwinismo. Afortunadamente, no he olvidado que mi libro no es una obra de polémica. Su objetivo es profesar una verdad y no combatir los errores. Debo pues resistirme a toda veleidad belicosa. Por lo mismo me abstendré igualmente de disputar contra aquel supuesto alarde de erudición que, bajo el nombre de estudios prehistóricos, no deja de meter bastante ruido. En ese género de trabajos, rige la norma, siempre fácil, de pasar absolutamente por alto los documentos más antiguos de todos los pueblos. Es una manera de considerarse libre de toda referencia; se declara así la tábula rasa, y nos sentimos perfectamente autorizados para llenarla a nuestro antojo, echando mano de las hipótesis que más convengan y llenando con ellas todas las lagunas. De este modo, lo disponemos todo a nuestro sabor y, con ayuda de una fraseología especial, computando los tiempos por Edades de piedra, de bronce, de

hierro, sustituyendo la niebla geológica por aproximaciones de cronología nada sorprendentes, logramos colocar el espíritu en un estado de sobreexcitación, que permite imaginarlo todo y encontrarlo todo admisible. De esta suerte, en medio de las incoherencias más fantásticas, son puestos repentinamente al descubierto, en todos los rincones del Globo terrestre, hoyos, cuevas, cavernas de aspecto sumamente salvaje, de los cuales son extraídos espantosos montones de cráneos y tibias fósiles, detritos comestibles, conchas de ostras y osamentas de todos los animales posibles e imposibles, tallados, grabados, arañados, pulidos y sin pulir, hachas, puntas de flecha, herramientas innominadas; y desplomándose el conjunto sobre las imaginaciones excitadas, entre la fanfarria retumbante de una pedantería sin par, las llena de un pasmo tal que los adeptos pueden sin escrúpulo, con sir John Lubbock y M. Evans, héroes de tan rudas labores, asignar a aquellos objetos una antigüedad, ora de cien mil años, ora de quinientos mil, diferencias de tiempo sobre las cuales no se encuentra ninguna explicación.

Es preciso saber respetar los Congresos prehistóricos y sus diversiones. La afición cesará en cuanto sus excesos hayan subido de punto y los espíritus hastiados reduzcan simplemente a polvo todas aquellas locuras. A partir de esta reforma indispensable, se quitará en fin las hachas de sílex y los cuchillos de obsidiana de las manos de los antropoides del profesor Haeckel, que tan mal uso hacen de ellos.

Estas fantasías, digo, cesarán por sí mismas. Las vemos ya cesar. La etnología necesita pasar por estas locuras antes de mostrarse cuerda. Hubo un tiempo, no muy alejado de nosotros, en que los prejuicios contra las uniones consanguíneas eran tan extremos que éstas tuvieron que ser consagradas por la ley. Desposarse con una prima hermana equivalía a condenar de antemano a todos sus hijos a sordera y a las demás afecciones hereditarias. Nadie daba en pensar que las generaciones que precedieron a la nuestra, muy inclinadas a las uniones consanguíneas, no experimentaron las consecuencias mórbidas que se pretende atribuirles; que los Selyúcidas, los Tolomeos, los Incas, esposos de sus hermanas, poseían unos y otros espléndida salud y muy estimable inteligencia, dejando aparte su belleza, generalmente excepcional. Hechos tan concluyentes, tan irrefutables, no podían convencer a nadie, puesto que se pretendía utilizar por la fuerza las fantasías de un liberalismo que, no gustando de la exclusiva capitular, era contrario a toda pureza de sangre, y aspirábase lo más posible a celebrar la unión del negro y del blanco, de la cual proviene el mulato. Lo que había que demostrar como peligroso e inadmisible, era una raza que no se unía ni se perpetuaba sino consigo misma. Una vez se hubo desvariado lo bastante, las experiencias enteramente decisivas del doctor Broca destruyeron para siempre una paradoja a la que no tardarán en juntarse las fantasmagorías de idéntico calibre.

Dejo, lo repito, estas páginas tal cual las escribí en la época en que la doctrina que encierran brotó de mi espíritu, al modo como un pájaro asoma la cabeza fuera del nido y busca su ruta en el espacio sin límites. Mi teoría ha sido lo que es, con sus debilidades y su fuerza, su exactitud y sus errores, análoga a todas las adivinaciones humanas. Tomó su vuelo, y lo prosigue. No trataré ni de acortar ni de alargar sus alas, y menos aún de rec-

tificar su vuelo. ¿Quién me prueba que hoy lo dirigiría mejor y sobre todo que llegaría a mayor altura en las regiones de la verdad? Lo que reputé exacto, por tal sigo estimándolo, y no tengo, pues, por qué introducir en ello ningún cambio.

Este libro es, pues, la base de todo lo que he podido hacer y haré en lo futuro. En cierto modo, lo empecé desde mi infancia. Es la expresión de los instintos aportados por mí al nacer. Desde el primer día en que reflexioné, y reflexioné muy pronto, sentí avidez por comprender mi propia naturaleza, vivamente impresionado por esta máxima: «Conócete a ti mismo»; no juzgué que pudiese conocerme sin saber cómo era el medio en que iba a vivir y que, en parte, me inspiraba la simpatía más apasionada y tierna, y, en parte, me asqueaba y me llenaba de odio, de menosprecio y de horror. He hecho, pues, lo posible para penetrar en el análisis de lo que llamamos, de una manera más general de lo que convendría, la especie humana, y a este estudio debo lo que expongo aquí.

Lentamente surgió de esta teoría la observación más detallada y minuciosa de las leyes por mí establecidas. Comparé las razas entre sí. Escogí una entre lo que encontré de mejor y escribí la Historia de los Persas, *para mostrar, con el ejemplo de la nación aria más aislada de todas sus congéneres, cuán importantes son las diferencias de clima, de vecindad y las circunstancias de tiempo para cambiar o refrenar el genio de una raza.*

Luego de haber terminado esta segunda parte de mi tarea pude abordar las dificultades de la tercera, causa y objetivo de mi interés. Tracé la historia de una familia, de sus facultades recibidas desde su origen, de sus aptitudes, de sus defectos, de las fluctuaciones que influyeron en su destino, y escribí la historia de Ottar Jarl, pirata noruego, y de su descendencia. Así es cómo, después de haber quitado la envoltura verde, espinosa, gruesa de la nuez, y luego la corteza leñosa, puse al descubierto el núcleo. El camino por mí recorrido no conduce a uno de esos promontorios escarpados donde el suelo se quiebra, sino a una de esas llanuras angostas, donde, con la ruta abierta ante sí, el individuo hereda resultados supremos de la raza, sus instintos buenos o malos, fuertes o débiles, y desarrolla libremente su personalidad.

Hoy amamos las grandes unidades, los vastos conjuntos en los que las entidades aisladas desaparecen. Lo conceptuamos producto de la ciencia. En cada época, ésta quisiera devorar una verdad que le estorba. No hay por qué asustarse de ello. Júpiter escapa siempre a la voracidad de Saturno, y el esposo y el hijo de Rhea, dioses uno y otro, reinan, sin poder destruirse mutuamente, sobre la majestad del Universo.



LIBRO PRIMERO

Consideraciones preliminares; definiciones, investigación y exposición de las leyes naturales que rigen el mundo social



CAPÍTULO PRIMERO

La condición mortal de las civilizaciones y de las sociedades resulta de una causa general y común

El hundimiento de las civilizaciones es el más destacado y al mismo tiempo el más oscuro de todos los fenómenos de la historia. Al llenar de espanto al espíritu, este desastre encierra algo tan enigmático y grandioso, que el pensador no se cansa de observarlo, de estudiarlo, de dar vueltas en torno de su secreto. Sin duda alguna, el nacimiento y la formación de los pueblos brindan al examen observaciones muy interesantes: el desarrollo sucesivo de las sociedades, sus éxitos, sus conquistas, sus triunfos, no pueden menos de impresionar y atraer muy vivamente la imaginación; pero estos hechos, por muy grandes que los supongamos, parecen explicarse fácilmente; se les acepta como simples consecuencias de los dones intelectuales del hombre; por el solo hecho de existir, explican los grandes hechos a que han dado origen. Así, ni dificultades ni vacilaciones por este lado. Pero cuando, tras un período de poderío y de gloria, nos damos cuenta de que todas las cosas humanas tienen su decadencia y su hundimiento, todas, he dicho, y no tal ni tal otra; cuando se descubre el taciturno aspecto con que el Globo nos muestra, esparcidos sobre su superficie, los restos de las civilizaciones que precedieron a la nuestra, y no sólo de las civilizaciones conocidas, sino también de muchas otras cuyos nombres se ignoran, y de algunas que, yacentes en esqueletos de piedra en el fondo de las selvas casi contemporáneas del mundo (1), no nos han legado siquiera este leve recuerdo; cuando el espíritu, retornando hacia nuestros Estados modernos, se da cuenta de su extrema juventud, se confiesa que datan de ayer, y que algunos de ellos son ya caducos: entonces se reconoce, no sin algún filosófico espanto, cuán rigurosamente la palabra de los profetas acerca de la inestabilidad de las cosas se aplica lo mismo a las civilizaciones que a los pueblos, lo mismo a los pueblos que a los Estados, lo mismo a los Estados que a los individuos, y nos vemos forzados a reconocer que toda agrupación humana, aun protegida por la complicación más ingeniosa de los lazos sociales, contrae, el mismo día en que se forma, y oculto entre los elementos de su vida, el principio de una muerte inevitable.

Pero ¿cuál es ese principio? ¿Es igualmente uniforme que el resultado a que conduce, y perecen todas las civilizaciones por una causa idéntica?

A primera vista, nos sentimos tentados de responder negativamente, pues hemos visto derrumbarse numerosos Imperios: Asiria, Egipto, Grecia,

---

(1) M. A. de Humboldt, *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente*.

Roma, en circunstancias que en nada se parecen. Sin embargo, ahondando algo, no tardamos en descubrir, en esa misma necesidad de fenecer que pesa imperiosamente sobre todas las sociedades sin excepción, la existencia irrecusable, aunque latente, de una causa general, y, partiendo de este principio seguro de muerte natural independiente de todos los casos de muerte violenta, advertimos que todas las civilizaciones, después de haber durado algo, acusan al observador perturbaciones íntimas, difíciles de definir, pero no menos difíciles de negar, que presentan en todos los lugares y en todos los tiempos un carácter análogo; en fin, observando una diferencia evidente entre la ruina de los Estados y la de las civilizaciones, viendo la misma especie de cultura ora persistir en un país bajo una dominación extranjera y desafiar los acontecimientos más calamitosos, ora, por el contrario, ante trastornos mediocres, desaparecer o transformarse, nos aferramos más y más a la idea según la cual el principio de muerte, visible en el fondo de todas las sociedades, es no sólo inherente a su vida, sino también uniforme e idéntico para todas.

Los estudios cuyos resultados expongo aquí, han sido consagrados al examen de este importante hecho.

Somos nosotros, hombres modernos, los primeros en saber que toda agrupación humana y el género de cultura intelectual que de ella se deriva deben perecer. Las épocas precedentes no lo creían. En la antigüedad asiática, el espíritu religioso, impresionado, como ante una aparición anormal, por el espectáculo de las grandes catástrofes políticas, las atribuía a la cólera celeste que castigaba los pecados de una nación; era, decíase, un castigo a propósito para llevar al arrepentimiento a los culpables todavía impunes. Los Judíos, interpretando erróneamente el sentido de la Promesa, suponían que su Imperio no moriría nunca. Roma, en el mismo momento en que empezaba a hundirse, no abrigaba la menor duda de la eternidad del suyo (1). Pero, gracias a haber visto más, las generaciones actuales saben mucho más también; y, del mismo modo que nadie duda de la condición universalmente mortal de los seres humanos, puesto que todos los que nos precedieron han muerto, así también creemos firmemente que los pueblos tienen los días contados, aunque más numerosos; pues ninguno de los que reinaron antes que nosotros prosigue su marcha a nuestro lado. Hay, pues, para la explicación de nuestro tema, pocas cosas aprovechables en la sabiduría antigua, a excepción de una sola observación fundamental: el reconocimiento del dedo divino en la conducta de este mundo, base sólida y primera de la que no hay que apartarse, aceptándola con toda la amplitud que le asigna la Iglesia católica. Es incuestionable que no se extingue ninguna civilización sin que Dios lo quiera, y el aplicar a la condición mortal de todas las sociedades el axioma sagrado de que se servían los antiguos santuarios para explicar algunas destrucciones importantes, erróneamente consideradas por ellos como casos aislados, es proclamar una verdad de primer orden, que debe presidir el estudio de las verdades terrestres. Admito de buen grado que todas las sociedades perecen porque son culpables; con ello no se hace más que establecer un justo paralelismo con la condición de los individuos, descu-

---

(1) Amédée Thierry, *La Galia bajo la administración romana.*

briendo en el pecado el germen de la destrucción. Bajo este aspecto, nada se opone, incluso razonando según las simples luces del espíritu, a que las sociedades sigan la suerte de los seres que las integran, y, culpables por ellos, fenezcan como ellos; pero, aparte de estas dos verdades, la sabiduría antigua no nos brinda ninguna ayuda.

Acerca de las vías que sigue la voluntad divina para llevar los pueblos a la muerte, nada nos dice de preciso; por el contrario, se inclina a considerar estas vías como esencialmente misteriosas. Penetrada de piadoso terror a la vista de las ruinas, cree harto fácilmente que los Estados que se derrumban no pueden ser sacudidos y pulverizados si no es por efecto de algún prodigio. Que se haya producido en ciertas circunstancias un hecho milagroso, me inclino sin esfuerzo a creerlo, en tanto que los libros sagrados lo afirman; pero en los casos en que los testimonios sagrados no se pronuncian de una manera formal — y es en la mayoría de ellos —, cabe legítimamente considerar la opinión de los tiempos antiguos como insuficientemente fundada y reconocer, por el contrario, que, puesto que la ira celeste se ejerce sobre nuestras sociedades de una manera constante y por efecto de una decisión anterior al establecimiento del primer pueblo, la sentencia se ejecuta de una manera prevista, normal y en virtud de prescripciones definitivamente inscritas en el Código del Universo, al lado de las demás leyes que, en su inmutable regularidad, rigen la naturaleza animada así como el mundo inorgánico.

Si nos asiste el derecho de reprochar precisamente a la filosofía sagrada de los primeros tiempos el que, en su falta de experiencia, se haya limitado, para explicar un misterio, a la exposición de una verdad teológica indubitable, pero que es a su vez otro misterio, y el que no haya llevado sus investigaciones hasta la observación de los hechos que pertenecen a la esfera de la razón, por lo menos no se la puede acusar de haber ignorado la magnitud del problema buscándole soluciones a ras del suelo. Hablando con exactitud, se contentó con plantear noblemente el problema, y, si no lo ha resuelto ni aclarado siquiera, por lo menos no lo ha convertido en un manantial de errores. En esto se coloca muy por encima de los trabajos aportados por las Escuelas racionalistas.

Los espíritus cultos de Atenas y de Roma establecieron esta doctrina aceptada hasta hoy, según la cual los Estados, los pueblos, las civilizaciones no perecen sino por efecto del lujo, la molicie, la mala administración, la corrupción de las costumbres, el fanatismo. Todas estas causas, ya reunidas, ya aisladas, fueron consideradas responsables de la muerte de las sociedades; y la consecuencia necesaria de esta opinión es que, allí donde dejan de actuar, no puede tampoco existir ninguna fuerza disolvente. El resultado final consiste en establecer que las sociedades no mueren sino de muerte violenta, más dichosas en esto que los hombres, y que, eludidas las causas de destrucción que acabo de enumerar, podemos perfectamente imaginarnos una nacionalidad tan duradera como el mismo Globo. Al inventar esta tesis, los antiguos no sospecharon ni remotamente el alcance de ella; en tal tesis no vieron sino un medio de darle un sostén a la doctrina moral, único objetivo, como se sabe, de su sistema histórico. En los relatos de los acontecimientos, se preocupaban tan vivamente de subrayar ante todo la saludable influencia de la virtud, los deplorables efectos del cri-

men y del vicio, que todo lo que se separaba de este cuadro normal les importaba medianamente y permanecía a menudo inadvertido o descuidado. Este método era falso, mezquino, y aun con frecuencia iba contra la intención de sus autores, puesto que empleaba, según las necesidades del momento, el nombre de virtud y de vicio de una manera arbitraria; pero, hasta cierto punto, le sirve de excusa el severo y loable sentimiento en que se basaba, y, si el genio de Plutarco y el de Tácito no sacaron de esa teoría nada más que novelas y libelos, trátase de novelas sublimes y de libelos generosos.

Quisiera poder mostrarme también indulgente con la aplicación que de ella hicieron los autores del siglo dieciocho; pero existe entre éstos y aquéllos una diferencia demasiado grande: los primeros tendían hasta la exageración al mantenimiento del orden social; los segundos mostrábanse ávidos de novedades y tendieron encarnizadamente a destruirlo: unos se esforzaron en hacer fructificar noblemente su función; los otros sacaron de ello espantosas consecuencias, convirtiéndolo en un arma contra todos los principios de gobierno, en los que sucesivamente descubrían un germen de tiranía, de fanatismo, de corrupción. Para impedir que la sociedad perezca, el procedimiento volteriano consiste en destruir la religión, la ley, la industria, el comercio, so pretexto de que la religión es el fanatismo; la ley, el despotismo; la industria y el comercio, el lujo y la corrupción. Seguramente, la causa de tantos abusos son los malos gobiernos.

Mi objetivo no es, en modo alguno, entablar una polémica; no he querido sino hacer observar hasta qué punto la idea común a Tucídides y al abate Raynal origina resultados divergentes; conservadora en uno, cínicamente agresiva en el otro, es en ambos casos un error. No es cierto que las causas a las cuales se atribuye el hundimiento de las naciones sean necesariamente las culpables de ello, y aun reconociendo de buen grado que pueden manifestarse en el momento de morir un pueblo, niego que posean fuerza suficiente y estén dotadas de una energía destructiva bastante segura para determinar por sí solas la irremediable catástrofe.

CAPÍTULO II

EL FANATISMO, EL LUJO, LAS MALAS COSTUMBRES Y LA IRRELIGIÓN NO ACARREAN NECESARIAMENTE EL HUNDIMIENTO DE LAS SOCIEDADES

Es ante todo necesario explicar bien lo que entiendo por una sociedad. Una sociedad no es el círculo más o menos vasto en el cual se ejerce, bajo una forma u otra, una soberanía distinta. La república de Atenas no es una sociedad, como tampoco lo es el Reino de Magada, ni el Imperio del Puente, ni el Califato de Egipto en la época de los Fatimitas. Son fragmentos de sociedad que indudablemente se transforman, se juntan o se subdividen bajo la presión de las leyes naturales que busco, pero cuya existencia o muerte no envuelve la existencia o la muerte de una sociedad. Su formación no es sino un fenómeno a menudo transitorio y

que sólo ejerce una acción limitada o aun indirecta sobre la civilización en medio de la cual se produjo. Lo que entiendo por sociedad, es una reunión, más o menos perfecta desde el punto de vista político, pero completa desde el punto de vista social, de hombres vivientes movidos por ideas análogas y con instintos idénticos. Así Egipto, Asiria, Grecia, Judea, China, han sido o son todavía el teatro donde sociedades distintas han desarrollado sus destinos, abstracción hecha de las perturbaciones sobrevenidas en sus constituciones políticas. Como no hablaré de los fragmentos sino cuando mi razonamiento pueda aplicarse al conjunto, emplearé la palabra *nación* o la de *pueblo* en el sentido general o restricto, sin que ninguna anfibología pueda derivarse de ello. Hecha esta definición, vuelvo al examen del asunto, y paso a demostrar que el fanatismo, el lujo, las malas costumbres y la irreligión no son instrumentos de muerte segura para los pueblos.

Todos estos hechos han sido hallados, unas veces aisladamente, otras simultáneamente y con gran intensidad, en naciones que se desenvolvían a maravilla, o que, por lo menos, no se resentían de ellos lo más mínimo.

El Imperio americano de los Aztecas parecía existir sobre todo para la mayor gloria del fanatismo. No conozco nada de más fanático que un estado social que, cual éste, descansaba sobre una base religiosa, incesantemente regada con la sangre de los sacrificios humanos (1). Recientemente se ha negado (2), y quizá con alguna razón, que los antiguos pueblos europeos hubiesen practicado nunca la matanza religiosa sobre víctimas reputadas inocentes, excluyendo de esta categoría a los prisioneros de guerra o a los náufragos; mas, para los Mejicanos, todas las víctimas les parecían buenas. Con aquella ferocidad que un filósofo moderno reconoce como el carácter general de las razas del Nuevo Mundo (3), sacrificaban despiadadamente y a bulto en sus altares a los conciudadanos, lo que no era obstáculo para que fuesen un pueblo pujante, industrioso, rico, y que ciertamente hubieran todavía durado, reinado y degollado por largo tiempo, si el genio de Hernán Cortés y la bravura de sus compañeros no hubiesen puesto fin a la monstruosa existencia de tal Imperio. El fanatismo no origina, pues, la muerte de los Estados.

El lujo y la molicie no son mayores culpables de ello; sus efectos alcanzan a las clases elevadas, y dudo que entre los Griegos, los Persas, los Romanos, la molicie y el lujo, aun revistiendo otras formas, hubiesen tenido mayor intensidad que la que revisten actualmente en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Rusia, sobre todo en Rusia y entre nuestros vecinos del otro lado de la Mancha; y precisamente estos dos últimos países parecen dotados de una vitalidad muy peculiar entre los Estados de la Europa moderna. Y en el Medioevo, los Venecianos, los Genoveses, los Pisanos, no por acumular en sus almacenes, ni exhibir en sus palacios, ni pasear en sus naves, por todos los mares, los tesoros del mundo entero, resultaban cier-

---

(1) Prescott, *History of the conquest of Mejico*. In-8.º, París, 1844.
(2) C. F. Weber, M. A. Lucani Pharsalia. In-8.º. Leipzig, 1828, x. I, p. 122-123, nota.
(3) Prichard, *Histoire naturelle de l'homme* (trad. de M. Routin. In. 8.º. París, 1843). — Dr. Martins. *Martins und Spix, Reise in Brasilien.*

tamente los más débiles. Para un pueblo, la molicie y el lujo no son, pues, necesariamente causas de decadencia y de muerte.

La misma corrupción de costumbres, el más horrible de los azotes, no desempeña indefectiblemente un papel destructor. Precisaría, para que así fuese, que la prosperidad de una nación, su poderío y su preponderancia manifestasen desarrollarse en razón directa de la pureza de sus costumbres; y precisamente es esto lo que no acontece. En general, se abandona ya la extravagante costumbre de atribuir infinidad de virtudes a los Romanos primitivos (1). Nada de edificante vemos, y con razón, en aquellos patricios de antigua alcurnia que trataban a sus mujeres como esclavas, a sus hijos como ganado, y a sus acreedores como bestias feroces; y, si aun hubiese quien, en defensa de tan mala causa, arguyese una supuesta variación del nivel moral en las distintas épocas, no sería nada difícil rechazar el argumento y demostrar su escasa solidez. En todos los tiempos, el abuso de la fuerza ha provocado idéntica indignación; si los reyes no fueron expulsados a raíz de la violación de Lucrecia, si el Tribunado no fué instituído luego del atentado de Apio, por lo menos las causas más profundas de estas dos grandes revoluciones, al tomar como pretexto aquellos hechos, evidenciaron de sobra las contemporáneas disposiciones de la moral pública. No, no es en la más elevada virtud donde hay que buscar la causa del vigor de los primeros tiempos en los diversos pueblos; desde el comienzo de las épocas históricas, no ha habido agrupación humana, por pequeña que nos la imaginemos, en la cual las tendencias reprobables no se hayan manifestado; y sin embargo, aun doblegándose al peso de esta odiosa carga, los Estados no dejan de conservarse lo mismo, y a menudo, por el contrario, parecen deber su esplendor a instituciones abominables. Los Espartanos no se impusieron a la admiración sino por efecto de una legislación de bandidos. ¿Debieron los Fenicios su hundimiento a la corrupción que les roía y que iban sembrando por todo el mundo? No; muy al contrario, fué esta corrupción la que sirvió de instrumento principal de su poderío y de su gloria; a partir del día en que, en las orillas de las islas griegas (2) se dedicaron — mercaderes pícaros, huéspedes desalmados — a seducir a las mujeres para convertirlas en mercadería, su reputación fué, a no dudarlo, justamente deshonrosa; pero ello no impidió que prosperasen, hasta alcanzar en los anales del mundo un rango del que ni su rapacidad ni su mala fe contribuyeron en lo más mínimo a despojarles.

Lejos de descubrir en las sociedades jóvenes una superioridad en el orden moral, creo que las naciones, al envejecer, y, por consiguiente, al aproximarse a su fin, presentan a los ojos del censor un estado más satisfactorio. Las costumbres se suavizan, los hombres se entienden mejor, cada cual se desenvuelve con mayor desembarazo, los derechos recíprocos han ido definiéndose y comprendiéndose más cabalmente; y ello de modo tal, que las teorías sobre lo justo y lo injusto han alcanzado poco a poco el máximo de delicadeza. Difícil sería demostrar que en los tiempos en que los Griegos derrocaron el Imperio de Darío, así como en la época en que los Godos entraron en Roma, no hubiese en Atenas, en Babilonia y en la

(1) Balzac, *Lettre à madame la duchesse de Montausier.*

(2) *La Odisea,* XV.

gran ciudad imperial mayor número de personas honradas que en los días gloriosos de Harmodio, de Ciro *el Grande* y de Publícola.

Sin remontarnos a aquellas épocas lejanas, podemos juzgar de ello por nosotros mismos. Uno de los puntos del Globo en que la civilización aparece más avanzada y ofrece un contraste más perfecto con los tiempos primitivos, es ciertamente París; y, sin embargo, numerosas personas religiosas y cultas confiesan que en ningún lugar, en ningún tiempo, se encontrarían tan eficaces virtudes, tan sólida piedad, tan suave regularidad, tanta delicadeza de conciencia como las que se encuentran hoy en esa gran capital. El ideal que en ella se forman del bien es tan elevado como pudiese serlo entre los más ilustres modelos del siglo XVII, y aun lo ha despojado de aquella acritud, de aquella rigidez y aspereza, oso decir de aquella pedantería, de que entonces solía adolecer; de manera que, para contrapesar los espantosos desvíos del espíritu moderno, encontramos, en los mismos lugares donde este espíritu ha establecido el asiento principal de su poderío, impresionantes contrastes, de cuyo consolador espectáculo carecieron en un grado igual los pasados siglos.

Ni siquiera veo que los períodos de corrupción y de decadencia dejen de contar con grandes hombres, esto es, con los grandes hombres más caracterizados por la energía de su carácter y por sus firmes virtudes. Si consulto la lista de los emperadores romanos, en su mayoría superiores a sus súbditos así por el mérito como por el rango, encuentro nombres como los de Trajano, Antonino *el Pío*, Septimio Severo, Joviano; y por debajo del trono, entre la misma plebe, admiro a los grandes doctores, a los grandes mártires, a los apóstoles de la Iglesia primitiva, sin contar a los paganos virtuosos. Añadiré que los espíritus activos, firmes, valerosos, llenaban las campiñas y los burgos hasta el punto de sugerir la duda de que en la época de Cincinato, y habida cuenta de las proporciones, Roma haya contado con tantos hombres eminentes en todos los órdenes de la humana actividad. El examen de los hechos es por completo concluyente.

Así, los varones virtuosos, enérgicos, esclarecidos, lejos de escasear en los períodos de decadencia y de decrepitud de las sociedades, figuran quizá, por el contrario, en mayor número que en el seno de los Imperios recién creados, y, además, el nivel común de la moralidad es en ellas superior. Resulta, pues, generalmente infundado pretender que, en los Estados que decaen, la corrupción de las costumbres sea más intensa que en los que acaban de nacer. Es igualmente discutible que sea esta misma corrupción la que destruye a los pueblos, puesto que ciertos Estados, lejos de sucumbir a su perversidad, han vivido de ella; pero cabe incluso ir más lejos, demostrando que el relajamiento moral no es necesariamente mortal, ya que, entre las dolencias que aquejan a las sociedades, posee la ventaja de poderse remediar, y a veces con notoria rapidez.

En efecto, las costumbres particulares de un pueblo presentan frecuentes oscilaciones según los períodos por que atraviesa su historia. Para no fijarnos sino en nosotros, Franceses, observaremos que los Galorromanos de los siglos V y VI, raza sumisa, valían ciertamente más que sus heroicos vencedores, desde todos los puntos de vista que abarca la moral; ni siquiera, individualmente considerados, resultaban inferiores a ellos en bravura y en

genio militar (1). Parece que, en los tiempos que siguieron, en cuanto ambas razas empezaron a mezclarse, todo empeoró, y que, hacia los siglos VIII y IX, el suelo nacional no ofrecía un panorama del que tuviésemos que envanecernos demasiado. Mas en el decurso de los siglos XI, XII y XIII, el espectáculo resultó totalmente otro, y, mientras la sociedad fué amalgamando sus elementos más discordes, el estado de las costumbres llegó a ser generalmente digno de respeto; entre las ideas de aquellos tiempos no tenían cabida esos ambages que alejan del bien a quien a él aspira. Los siglos XIV y XV constituyeron una época deplorable por su perversidad y sus conflictos; en ellos predominó el bandidaje; por mil conceptos, y en el sentido más amplio y más riguroso de la palabra, fué un período de decadencia; ante los libertinajes, las matanzas, las tiranías, la quiebra completa de todo sentimiento honrado entre los nobles que robaban a sus villanos, entre los burgueses que vendían la patria a Inglaterra, entre una clerecía disoluta y, en fin, entre los demás grupos sociales, se hubiese dicho que la sociedad entera iba a hundirse, arrastrando consigo y ocultando bajo sus ruinas todas aquellas vergüenzas. La sociedad no se hundió, sino que continuó viviendo, ingeniándoselas y luchando hasta salir de penas. El siglo XVI, a pesar de sus sangrientas locuras, consecuencias mitigadas de la época precedente, fué mucho más digno que su antecesor; y, para la humanidad, la noche de San Bartolomé no es ignominiosa como la matanza de los Armagnacs. En fin, de aquella época enmendada a medias, la sociedad francesa pasó a las luces vivas y puras de la época de los Fénélon, de los Bossuet y de los Montausier. Así, hasta Luis XIV, nuestra historia ofrece rápidas alternativas de bien y de mal, y la vitalidad propia de la nación permanece al margen del estado de sus costumbres. He señalado de prisa y corriendo las mayores diferencias, pasando por alto las de detalle, que por cierto abundan y cuya enumeración exigiría no pocas páginas; mas, para no hablar sino de lo que hemos tenido bajo nuestras miradas, ¿no es sabido que cada diez años, desde 1787, el nivel de la moralidad ha variado enormemente? Mi conclusión es que siendo, en definitiva, la corrupción de costumbres, un hecho transitorio y flotante, que tan pronto empeora como mejora, no cabe considerarla como una causa necesaria y determinante de ruina para los Estados.

Aquí me veo llevado a examinar un argumento de origen contemporáneo y del que ningún caso se hubiese hecho en el siglo XVIII; pero, como se enlaza a maravilla con la decadencia de las costumbres, creo no poder utilizarlo más a propósito. Son muchas las personas inclinadas a pensar que la muerte de una sociedad es inminente cuando las ideas religiosas tienden a debilitarse y a desaparecer. En Atenas y en Roma se observa una especie de correlación entre la profesión pública de las doctrinas de Zenón y de Epicuro, el abandono de los cultos nacionales que se dice siguió a ello, y la caída de ambas repúblicas. Se deja por lo demás de señalar que estos dos ejemplos son casi los únicos que cabe citar de semejante sincronismo; que el Imperio de los Persas era muy inclinado al culto de los magos cuando se derrumbó; que Tiro, Cartago, Judea, y las monarquías azteca y peruana, fueron heridas de muerte al asistir a sus templos con

(1) Augustin Thierry, *Récits des temps mérovingiens.*

gran fervor. Por consiguiente, es absurdo pretender que todos los pueblos que ven destruida su nacionalidad expían con este hecho un abandono del culto de sus antepasados. No es eso todo: en los dos únicos ejemplos que pueden invocarse fundadamente, el hecho que se señala es más aparente que real, ya que lo mismo en Roma que en Atenas el antiguo culto no fué nunca abandonado hasta el día en que en todas las conciencias triunfó por completo el cristianismo; en otras palabras, creo que en materia de fe religiosa, no ha habido nunca en ningún pueblo una verdadera solución de continuidad; que, cuando la forma o la naturaleza íntima de la creencia hubo cambiado, el Teutatés galo se hizo suyo el Júpiter romano, y a Júpiter el cristianismo, sin transición de incredulidad; de manera que, si no se ha hallado nunca a una nación de la que fundadamente pueda decirse que carecía de fe, no hay razón alguna para suponer que la carencia de fe destruye los Estados.

Perfectamente veo en qué se basa el razonamiento. Se dirá que es un hecho notorio el que un poco antes de la época de Pericles, en Atenas, y entre los Romanos, hacia la época de los Escipiones, generalizóse la costumbre, entre las clases elevadas, de ocuparse primero de las cuestiones religiosas, luego de dudar de ellas, y, finalmente, de renunciar a la fe y blasonar de ateas. Poco a poco, esta costumbre se impuso, hasta no quedar —añaden— una sola persona que, alardeando de sensata, no desafiase a los augures a contemplarse uno a otro sin soltar la risa.

Esta opinión encierra mucho de falso y poco de verídico. Que Aspasia, al final de sus cenas, y Lelio, cerca de sus amigos, se vanagloriaran de escarnecer los dogmas sagrados de su país, nada hay de más exacto; sin embargo, en aquellas dos épocas, las más brillantes de la historia de Grecia y de Roma, nadie se hubiese permitido profesar harto públicamente semejantes ideas. Faltó poco para que las imprudencias de su concubina le costasen caro al propio Pericles; recuérdanse las lágrimas que derramó en pleno tribunal y que no hubieran bastado por sí solas a hacer absolver a la hermosa incrédula. No se ha olvidado tampoco el lenguaje oficial de los poetas de la época, y cómo Aristófanes, juntamente con Sófocles, después de Esquilo, actuó de despiadado vengador de las divinidades ultrajadas. Y es que toda la nación creía en sus dioses, veía en Sócrates a un culpable innovador, y quería ver juzgar y condenar a Anaxágoras. Pero, ¿y más tarde?... ¿Lograron las teorías filosóficas e impías penetrar más tarde en las masas populares? Nunca, en ningún tiempo. El escepticismo siguió siendo una costumbre de las personas elegantes, y no fué más allá de su esfera. Se objetará que es inútil hablar de lo que pensasen los pequeños burgueses, las poblaciones lugareñas, los esclavos, todos sin influencia en el gobierno del Estado y sin acción alguna sobre la política. Pero la prueba de que la tenían es que, hasta el último estertor del paganismo, hubo que conservar sus templos y capillas; hubo que pagar a sus hierofantes; hubo necesidad de que los hombres más eminentes, los más esclarecidos, los más firmes en la negación religiosa, no sólo se honrasen públicamente en vestir el hábito sacerdotal, sino que llenasen, precisamente ellos, acostumbrados a recorrer las páginas del libro de Lucrecio, *manu diurna, manu nocturna,* las funciones más repugnantes del culto en los días de ceremonia, y que empleasen sus escasos ocios, penosamente disputados a los

más terribles juegos de la política, en escribir tratados de aruspicina. Hablo aquí del gran Julio César (1). Añadiré que todos los emperadores que le sucedieron fueron y tuvieron que ser soberanos pontífices, Constantino inclusive; y aun cuando éste tenía razones mucho más poderosas que todos sus predecesores para substraerse a una tarea tan odiosa para su honor de príncipe cristiano, tuvo que contar aún con la antigua religión nacional, aunque, en vísperas de extinguirse ésta, obligado por la opinión pública, evidentemente muy poderosa. Así, no era la fe de los pequeños burgueses, de las poblaciones lugareñas y de los esclavos la que dejase de contar, sino la opinión de las personas esclarecidas. Éstas podían levantarse, en nombre de la razón y del sentido común, contra los abusos del paganismo; las masas populares no querían renunciar a una creencia sin tener otra a mano, dando con ello una clara prueba de esta verdad, que es lo positivo y no lo negativo lo que pesa en los asuntos de este mundo; y la presión de este sentimiento general fué tan intensa, que en el siglo III se produjo en las clases elevadas una sólida reacción religiosa que duró hasta que el mundo hubo ido a parar a los brazos de la Iglesia; de manera que el reino del filosofismo alcanzó su apogeo bajo los Antoninos, e inició su descenso poco después de su muerte. Pero no es este el lugar para debatir esta cuestión, desde luego interesante para la historia de las ideas; bastará que haya demostrado que la renovación cundió cada vez más, y que haya hecho resaltar la más aparente de sus causas.

A medida que el mundo romano envejecía, el papel de los ejércitos iba siendo más considerable. Desde el emperador, que salía indefectiblemente de las filas de la milicia, hasta el más insignificante gobernador de distrito, pasando por el último oficial de su pretorio, todos los funcionarios habían empezado por doblegarse a la férula del centurión. Todos salían, pues, de aquellas masas populares cuya invencible piedad he señalado; y, al alcanzar los esplendores de un rango superior, encontrábanse con vivo desagrado frente al antiguo brillo de las clases municipales, de los senadores, de las ciudades, que no se recataban de juzgarlos como advenedizos y que, de no haber sido el miedo, los hubieran hecho blanco de sus burlas. Había, pues, hostilidad entre los dueños reales del Estado y las familias antaño superiores. Los jefes del ejército eran creyentes y fanáticos; testigo de ello Maximino, Galerio y cien más; los senadores y los decuriones se deleitaban todavía con la lectura escéptica; pero como se vivía, en definitiva, en la corte y, por tanto, entre los militares, había que adoptar un lenguaje y opiniones oficiales que nada tuviesen de peligrosos. Poco a poco, en el Imperio fueron volviéndose todos devotos, y a la devoción se debió que hasta los filósofos, dirigidos por Evémero, se dedicasen a inventar sistemas para conciliar las teorías racionalistas con el culto del Estado, método que tuvo en el emperador Juliano el más poderoso de sus corifeos. No hay por qué alabar este renacimiento de la piedad pagana, puesto que originó la mayoría de persecuciones contra los mártires cristianos. Las masas, ofendidas en su culto por las sectas ateas, mostráronse sumisas mientras se hallaron bajo el dominio de las clases altas; pero, en cuanto la democracia

---

(1) César, demócrata y escéptico, sabía poner su lenguaje en desacuerdo con sus opiniones cuando las circunstancias lo requerían.

imperial hubo reducido estas mismas clases al más humilde de los papeles, el populacho quiso vengarse de ellas, y, equivocándose de víctimas, degolló a los cristianos, a los cuales trataba de impíos y tomaba por filósofos. ¡Qué diferencia de épocas! El pagano verdaderamente escéptico es aquel rey Agripa que, por curiosidad, desea oír a san Pablo (1); le escucha, discute con él, le toma por un loco, pero no trata en modo alguno de castigarle por el hecho de que piense de distinta manera a la suya. Es el historiador Tácito, lleno de menosprecio por los nuevos creyentes, pero que censura las crueldades de que Nerón les hace víctimas. Agripa y Tácito eran incrédulos. Diocleciano era un político que se guiaba por los clamores de los gobernados. Decio y Aureliano eran fanáticos como sus pueblos.

Y cuando el gobierno romano hubo abrazado definitivamente la causa del cristianismo ¡qué de esfuerzos todavía para llevar el pueblo al regazo de la fe! En Grecia opusieron una resistencia terrible, así en el seno de las escuelas como en los burgos y poblados, y por todas partes los obispos tropezaron con tantas dificultades para triunfar de las pequeñas divinidades locales, que, en muchos sitios, la victoria se debió menos a la conversión y a la persuasión que a la destreza, a la paciencia y al tiempo. El genio de los hombres apostólicos, obligados a apelar a piadosos fraudes, sustituyó las divinidades de los bosques, de los campos, de las fuentes, por los santos, los mártires y las vírgenes. Así prosiguieron los homenajes, algo torpemente por algún tiempo, hasta dar con el procedimiento adecuado. ¿Qué digo? ¿Es verdaderamente así? ¿Está bien comprobado que, incluso en algunas comarcas de Francia, no existe alguna parroquia donde el celo de los curas no se estrelle contra ciertas supersticiones tan tenaces como extravagantes? En la católica Bretaña, en el pasado siglo, un obispo luchaba contra muchedumbres obstinadas en el culto de un ídolo de piedra. En vano era arrojada al agua la grosera figura; sus tercos adoradores no dejaban de sacarla de ella, lo que hizo necesaria la intervención de una compañía de infantería para que la hiciese pedazos. He aquí cuál ha sido y cuál es la longevidad del paganismo. De ello concluyo que es infundado sostener que Roma y Atenas se hayan encontrado un solo día sin religión.

Y puesto que nunca, ni en los tiempos antiguos ni en los tiempos modernos, se ha dado el caso de que una nación abandone su culto sin estar previa y debidamente provista de otro, es imposible creer que la ruina de los pueblos se deba a su irreligiosidad.

Después de haber negado un poder necesariamente destructivo al fanatismo, al lujo, a la corrupción de las costumbres, y de haber negado la realidad política a la irreligión, paso a ocuparme de la influencia de los malos gobiernos; esta cuestión merece capítulo aparte.

---

(1) *Act. Apost.*, XXVI, 24, 28, 31.

CAPÍTULO III

EL MÉRITO RELATIVO DE LOS GOBIERNOS CARECE DE INFLUENCIA EN LA LONGEVIDAD DE LOS PUEBLOS

Comprendo la dificultad que planteo. Sólo el que ose abordarla parecerá a muchos lectores una especie de paradoja. Estamos convencidos, y hacemos bien en estarlo, que las buenas leyes, la buena administración, influyen de una manera directa y poderosa en la salud de una nación; pero hasta tal punto lo estamos, que se atribuye a esas leyes, a esa administración, el hecho mismo de la duración de una agrupación social; en lo cual nos equivocamos.

Tendríase razón, sin duda, si los pueblos no pudiesen vivir sino en un estado de bienestar; pero sabemos que subsisten durante mucho tiempo, lo mismo que el individuo, incubando en sus flancos afecciones disolventes, cuyos estragos estallan a menudo con furia al exterior. Si las naciones tuviesen siempre que perecer de sus enfermedades, no habría ninguna que rebasase los primeros años de formación; porque es precisamente entonces cuando puede descubrirse en ellas la administración más pésima y las leyes peores y menos acatadas; pero difieren precisamente del organismo humano en que, mientras éste se halla expuesto, sobre todo en su infancia, a una serie de azotes a los cuales sabe de antemano que no podrá resistir, la sociedad no tiene por qué temerlos, y la historia nos aporta superabundantes pruebas de que ella escapa a las más temibles, prolongadas y devastadoras invasiones de sufrimientos políticos, cuya manifestación extrema la constituyen las leyes mal concebidas y una administración opresiva o negligente (1).

Tratemos ante todo de precisar lo que es un mal gobierno.

Un gobierno es malo cuando está impuesto por la influencia extranjera. Atenas conoció ese gobierno bajo los Treinta Tiranos; de él se liberó, y el espíritu nacional, lejos de haber perecido en el transcurso de aquella opresión, cobró aún mayores bríos.

Un gobierno es malo cuando su base es la conquista pura y simple. Francia, en el siglo XIV, soportó, casi en su totalidad, el yugo de Inglaterra. De ello salió más robustecida y brillante. China fué invadida y dominada por las hordas mogoles; acabó echándolas fuera de sus fronteras, después de condenarlas a un singular y enervante esfuerzo. De entonces acá, ha sucumbido a otro yugo, pero aun cuando los Manchúes siguen conservando un reinado más que secular, encuéntranse en vísperas de correr la misma suerte que los Mogoles, luego de pasar por una depresión análoga.

Un gobierno es sobre todo malo cuando el principio del cual ha surgido, dejándose viciar, cesa de ser sano y vigoroso como al comienzo. Tal fué la

(1) Perfectamente se comprende que no se trata aquí de la existencia política de un centro de soberanía, sino de la vida entera de una sociedad, de la perpetuidad de una civilización.

suerte de la monarquía española. Basada en el espíritu militar y la libertad comunal, empezó a decaer, hacia las postrimerías de Felipe II, por el olvido de sus orígenes. Es imposible imaginar un país en el cual las buenas máximas se hubiesen echado más en olvido, en el cual el poder se hubiese relajado y desprestigiado tanto, y en el cual la misma organización religiosa diese mayor pábulo a la crítica. La agricultura y la industria, afectadas lo mismo que lo demás, hallábanse casi sepultadas bajo el marasmo nacional. ¿Había muerto España? No. Este país, del que muchos desesperaban, dió a Europa el glorioso ejemplo de una obstinada resistencia al ímpetu de nuestros ejércitos, y es quizá, entre todos los Estados modernos, aquel cuya nacionalidad aparece más despierta en los actuales momentos.

Un gobierno es también malo cuando, por la naturaleza de sus instituciones, autoriza un antagonismo, sea entre el poder supremo y la masa de la nación, sea entre las diferentes clases. Así se vió, en la Edad Media, a reyes de Inglaterra y de Francia en lucha con sus grandes vasallos, a los paisanos con sus grandes señores; así, en Alemania, los primeros efectos de la libertad de pensar originaron las guerras civiles de los husitas, de los anabaptistas y de tantos otros sectarios; y, en una época algo más alejada, Italia sufrió de igual modo con la división de una autoridad zamarreada entre el emperador, el papa, los nobles y las Comunas, y las masas, no sabiendo a quién obedecer, acabaron con frecuencia por no obedecer a nadie. ¿Había muerto entonces la sociedad italiana? No. Su civilización no fué nunca más brillante, ni su industria más productiva, ni su influencia en el exterior más reconocida.

Y quero suponer que, a veces, en medio de aquellas tormentas, un poder mesurado y regular, análogo a un rayo de sol, se abriera paso por algún tiempo para la mejor suerte de los pueblos; pero su duración era efímera, y, del mismo modo que la situación contraria no originaba la muerte, tampoco la excepción aportaba la vida. Para llegar a este resultado, hizo falta que las épocas prósperas hubiesen sido frecuentes y bastante duraderas. Los buenos gobiernos se distribuyen con tanta parsimonia en el decurso de los siglos y aun, cuando es así, resultan tan sobre manera discutibles; la ciencia de la política, la más elevada y la más espinosa de todas, resulta tan desproporcionada a la debilidad humana, que no cabe pretender, de buena fe, que los pueblos perezcan a causa de ser mal conducidos. Gracias al Cielo, saben cómo acostumbrarse desde buen principio a ese mal, que, aun en los momentos de mayor intensidad, es mil veces preferible a la anarquía; y es un hecho reconocido, y que el más leve estudio de la historia bastará a demostrar, que el gobierno, por malo que sea, en cuyas manos expira el pueblo, es a menudo mejor que alguna de las administraciones que le precedieron.

CAPÍTULO IV

DE LO QUE HAY QUE ENTENDER POR EL VOCABLO DEGENERACIÓN; DE LA MEZCLA DE LOS PRINCIPIOS ÉTNICOS, Y CÓMO LAS SOCIEDADES SE FORMAN Y SE DISUELVEN

Por poco que se haya comprendido el espíritu de las páginas precedentes, no irá a suponerse que deje de dar importancia a las enfermedades del cuerpo social, ni que los malos gobiernos, el fanatismo, la irreligión carezcan de trascendencia. Mi pensamiento es ciertamente muy otro. Con la opinión general reconozco que hay motivo de lamentarse cuando la sociedad se ve azotada por tan lastimosas plagas, y que todos los cuidados, todas las penas, todos los esfuerzos que se apliquen para encontrarle remedio no serán nunca baldíos. Lo que únicamente afirmo es que si esos desdichados elementos de desorganización no se han injertado en un principio destructor más vigoroso, si no son la consecuencia de un mal oculto más terrible, puede abrigarse la seguridad de que sus golpes no serán mortales, y que tras un período de sufrimiento más o menos prolongado, la sociedad resurgirá quizá más rejuvenecida, más potente.

Los ejemplos aducidos me parecen concluyentes; podría aumentarlos hasta el infinito. Y sin duda por esta razón el sentimiento común ha acabado sintiendo por instinto la verdad. Ha entrevisto que en definitiva no era necesario atribuir a los azotes secundarios una importancia desmesurada, y que convenía buscar en otra esfera y más profundamente las razones de existir o de morir que dominan a los pueblos. Independientemente, pues, de las circunstancias de bienestar o de malestar, se ha empezado a considerar la constitución de las sociedades en sí misma, y se ha dado ya en admitir que ninguna causa exterior ejercía sobre ella un efecto mortal en tanto no hubiese un principo destructivo que, nacido en su seno y adherido a sus entrañas, estuviese poderosamente desarrollado, y, por el contrario, que tan pronto como existía ese principio destructor, el pueblo en el cual se descubriese no podría dejar de morir, aun cuando fuese el pueblo mejor gobernado, exactamente como un caballo agotado se deja caer aun en un camino llano.

Juzgando la cuestión desde este punto de vista, dábase un gran paso, preciso es reconocerlo, y penetrábase en un terreno por todos conceptos mucho más filosófico que el primero. En efecto, Bichat no trató de descubrir el gran misterio de la existencia estudiando las exterioridades, sino penetrando en el interior del sujeto humano. Adoptando este mismo método, íbase por el verdadero camino de lograr descubrimientos. Desgraciadamente, esta magnífica idea, tan sólo fruto del instinto, no llevó bastante lejos su lógica, y la vimos quebrarse al primer tropiezo. Se exclamó entonces: Sí, realmente, es en el mismo seno de un cuerpo social donde reside la causa de su disolución; pero ¿cuál es esa causa? —La *degeneración* —se replicó—; las naciones mueren cuando se componen de elementos *degenerados*. La respuesta era muy buena, etimológicamente y de todas

las maneras; no se trataba sino de definir lo que es preciso entender por estas palabras: *nación degenerada*. Es ahí donde se naufragó: díjose que un *pueblo degenerado* es un pueblo que, mal gobernado, abusando de sus riquezas, fanático o irreligioso, ha perdido las virtudes características de sus antepasados. ¡Deplorable caída! Así una nación perece bajo los azotes sociales porque está degenerada, y está degenerada porque perece. Este argumento circular no prueba sino la infancia del arte en materia de anatomía social. De buen grado acepto que los pueblos perecen porque son degenerados, y no por otra causa; debido a esta desgracia se han vuelto definitivamente incapaces de sufrir el choque de los desastres interiores, y entonces, no pudiendo soportar los golpes de la fortuna adversa, ni reponerse luego de haberlos experimentado, ofrecen el espectáculo de sus ilustres agonías; si mueren, es que han cesado de poseer el mismo vigor que sus antepasados para afrontar los peligros de la vida; es, en una palabra, que han *degenerado*. La expresión, lo repito, es excelente; pero hay que explicarla algo mejor y darle un sentido. ¿Cómo y por qué se extingue el vigor? He aquí lo que hay que decir. ¿Cómo se degenera? Es esto lo que se trata de explicar. Hasta ahora nos hemos contentado con la palabra, sin poner la cosa al descubierto. Este nuevo paso es el que yo voy a intentar.

Pienso, pues, que la palabra *degenerado,* al aplicarse a un pueblo, debe significar y significa que este pueblo no posee ya el valor intrínseco que antiguamente poseía, porque no circula ya por sus venas la misma sangre, gradualmente depauperada con las sucesivas aleaciones. Dicho de otra manera: que con el mismo nombre no ha conservado la misma raza que sus fundadores; en fin, que el hombre de la decadencia, el que llamamos *degenerado,* es un producto diferente, desde el punto de vista étnico, del héroe de las grandes épocas. Desde luego admito que posee algo de su esencia; pero a medida que degenera, ese algo va atenuándose. Los elementos heterogéneos que predominan desde entonces en él componen una nacionalidad enteramente nueva y muy malhadada en su originalidad; no deriva de aquellos a quienes sigue teniendo por padres suyos sólo por línea muy colateral. Morirá definitivamente, y con él su civilización, el día en que el elemento étnico primordial se halle de tal modo subdividido y anegado entre las aportaciones de razas extranjeras, que la virtualidad de aquel elemento no ejercerá nunca más una acción suficiente. Sin duda no desaparecerá de una manera absoluta; pero, en la práctica, será de tal modo combatida y debilitada, que su fuerza resultará cada vez menos sensible, y en ese momento será cuando la degeneración podrá considerarse como completa y mostrará todos sus efectos.

Si logro demostrar este teorema, habré dado un sentido a la palabra *degeneración*. Mostrando cómo la esencia de una nación se altera gradualmente, elimino la responsabilidad de la decadencia; la vuelvo, en cierto modo, menos vergonzosa; porque no pesa ya sobre los hijos, sino sobre los nietos, después sobre los primos, finalmente sobre parientes más y más lejanos; y cuando llevo a tocar con el dedo que los grandes pueblos, en el momento de su muerte, no poseen sino una parte muy débil, muy imponderable de la sangre heredada de los fundadores, he explicado suficientemente cómo perecen las civilizaciones, puesto que no se conservan en las

mismas manos. Pero así doy al mismo tiempo con un problema mucho más audaz que aquel cuya explicación he intentado en los capítulos precedentes, puesto que la cuestión que abordo es ésta:

¿Hay entre las razas humanas diferencias de valor intrínseco realmente serias, y es posible apreciar estas diferencias?

Sin entretenerme más, empiezo la serie de consideraciones relativas al primer punto; el segundo será resuelto por la misma discusión.

Para que se comprenda mi pensamiento de una manera más clara y más fácil, empiezo por comparar una nación, toda una nación, al cuerpo humano, respecto del cual los fisiólogos profesan la opinión de que se renueva constantemente, en todas sus partes constitutivas, que el trabajo de transformación que se realiza en él es incesante, y que al cabo de ciertos períodos encierra muy poca cosa de lo que en su origen formaba parte integrante de él; de tal manera, que el anciano no conserva nada del hombre maduro, el hombre maduro nada del adolescente, el adolescente nada del niño, y que la individualidad material no se mantiene sino por virtud de formas internas y externas que se han sucedido unas a otras copiándose aproximadamente. Admitiré, sin embargo, una diferencia entre el cuerpo humano y las naciones, y es que, en estas últimas, apenas se trata de la conservación de las formas, las cuales se destruyen y desaparecen con infinita rapidez. Tomo a un pueblo o, hablando mejor, a una tribu, en el momento en que, cediendo a un instinto de acentuada vitalidad, se da leyes y empieza a desempeñar un papel en este mundo. Por lo mismo que sus necesidades y sus fuerzas se acrecientan, pónese inevitablemente en contacto con otras familias, y, por la guerra o por la paz, logra incorporárselas.

No a todas las familias humanas les es dado alcanzar este primer grado, paso necesario que una tribu debe dar para elevarse un día al estado de nación. Si cierto número de razas, que ni siquiera se cotizaron muy alto en la escala de la civilización, lo dieron, no cabe decir en verdad que ello constituya una regla general; por el contrario, parece ser que la especie humana experimenta incluso una dificultad bastante grande para elevarse por encima de la organización parcelaria, y que únicamente entre grupos especialmente dotados se efectúa el pasaje a una situación más compleja. Invocaré, en testimonio de ello, el estado actual de gran número de grupos esparcidos por todas las partes del mundo. Esas tribus incultas, sobre todo las de los negros pelágicos de la Polinesia, los Samoyedos y otras familias del mundo boreal y la mayor parte de los negros africanos, no han podido librarse nunca de esa impotencia, y viven yuxtapuestos los unos a los otros y en relaciones de completa independencia. Los más fuertes matan a los más débiles, y éstos procuran vivir lo más distanciados posible de aquéllos; a esto se reduce toda la política de esos embriones de sociedades que se perpetúan desde el comienzo de la especie humana, en un estado tan imperfecto, sin haber podido nunca llegar a más. Se objetará que esas miserables hordas forman la parte menos numerosa de la población del Globo; sin duda, pero hay que tener en cuenta las que han existido y desaparecido. Su número es incalculable, y ciertamente comprende la mayoría de razas puras dentro de las variedades amarilla y negra.

Si hay que admitir, pues, que, para un número muy importante de seres humanos, ha sido imposible y lo será siempre dar el primer paso hacia

la civilización; sí, además, consideramos que esos grupos se encuentran diseminados sobre la faz entera del mundo, en las más diversas condiciones de lugar y de clima, habitando indiferentemente en los países glaciales, templados, tórridos, al borde de los mares, de los lagos y de los ríos, en el fondo de los bosques y de las verdes praderas, o en los desiertos áridos, nos vemos inducidos a concluir que una parte de la humanidad está, en sí misma, condenada a no civilizarse nunca, ni siquiera en el primer grado, puesto que es incapaz de vencer las repugnancias naturales que el hombre, como los animales, experimenta por el cruzamiento.

Dejemos, pues, a un lado estas tribus insociables y continuemos la marcha ascendente con aquellas que comprenden que, bien por la guerra, bien por la paz, si aspiran a aumentar su poderío y bienestar, es de absoluta necesidad forzar a sus vecinos a penetrar en su círculo de existencia. La guerra es indiscutiblemente el más sencillo de ambos medios. Estalla, pues, la guerra; pero, terminada la campaña, cuando las pasiones destructivas están saciadas, quedan los prisioneros, estos prisioneros se convierten en esclavos y estos esclavos trabajan; he aquí una jerarquía, he aquí una industria, he aquí una tribu convertida en pueblo. Es un grado superior que, a su vez, no es rebasado necesariamente por las agrupaciones humanas que supieron elevarse hasta él; muchas se contentan con ello y se quedan allí estacionadas.

En cambio otras, mucho más imaginativas y enérgicas, van más allá del simple merodeo; marchan a la conquista de un vasto territorio, y toman en propiedad, no sólo los habitantes, sino también el suelo. A partir de entonces, se ha formado una verdadera nación. A menudo, por algún tiempo, ambas razas continúan viviendo una al lado de la otra sin mezclarse; y entre tanto, como se han hecho mutuamente indispensables, se ha establecido a la larga la comunidad de trabajos y de intereses, y se aplacan los rencores de la conquista y su orgullo, y, mientras los que están abajo tienden naturalmente a elevarse al nivel de sus dominadores, éstos encuentran también mil motivos para tolerar y hasta favorecer esa tendencia, la mezcla de la sangre acaba por operarse, y los hombres de dos orígenes diferentes, cesando de apegarse a sus tribus respectivas, se confunden cada vez más.

El espíritu de aislamiento es, sin embargo, tan inherente a la especie humana, que, aun en ese estado de cruce avanzado, se nota resistencia a un cruzamiento ulterior. Existen pueblos acerca de los cuales sabemos de una manera muy positiva que su origen es múltiple, y que, no obstante, conservan con extraordinaria obstinación el espíritu de clan. Lo sabemos por los Árabes, que han hecho algo más que salir de las diferentes ramas del tronco semítico: pertenecen, a un tiempo, a lo que se denomina la familia de Sem y a la de Cam, sin hablar de otras infinitas familias locales. Pese a esta diversidad de orígenes, su apego a la separación por tribus forma uno de los rasgos más destacados de su carácter nacional y de su historia política; de modo tal que se ha creído poder atribuir, en gran parte, su expulsión de España, no sólo al fraccionamiento de su poderío en este país, sino también y sobre todo al divisionismo más íntimo que la continua distinción y, por consiguiente, la rivalidad de las familias, perpetuaba en el seno de las pequeñas monarquías de Valencia, de Toledo, de

Córdoba y de Granada (1). Existe entre los Árabes y los Turcos, como entre los Persas y los Judíos, los Parsis y los Hindúes, los Nestorianos sirios y los Kurdos; igualmente se descubre en la Turquía europea; hallamos indicios en Hungría, entre los Magiares, los Sajones, los Valacos, los Croatas, y puedo afirmar, por haberlo visto, que en ciertas partes de Francia, este país donde las razas aparecen mezcladas quizá más que en parte alguna, hay poblaciones que, de aldea en aldea, se resisten todavía hoy a contraer alianza.

Según estos ejemplos que abrazan a todos los países y todos los siglos, incluso aun a nuestro país y nuestro tiempo, me creo en el caso de concluir que la humanidad experimenta en todas sus ramas una repulsión secreta por los cruzamientos; que, en varias de estas ramas, la repulsión es invencible; que, en otras, no está dominada sino en cierta medida; que aquellos, en fin, que más completamente se sacuden el yugo de esta idea no pueden, sin embargo, desembarazarse de ella de tal suerte que no conserven por lo menos algunas huellas; estos últimos forman lo que es civilizable dentro de nuestra especie.

El género humano se encuentra, pues, sometido a dos leyes, una de repulsión, y otra de atracción, actuando, en grados diferentes, sobre sus diversas razas; dos leyes, la primera de las cuales no es respetada sino por aquellas razas que no han de elevarse nunca por encima de los perfeccionamientos del todo elementales de la vida de tribu, al paso que la segunda, por el contrario, reina con tanto mayor imperio cuanto más susceptibles de desarrollo son las familias étnicas sobre las cuales se ejerce.

Pero es aquí donde conviene sobre todo ser preciso. Acabo de tomar a un pueblo en el estado de familia, de embrión; lo he dotado de la aptitud necesaria para pasar al estado de nación; ya ha pasado a él; la historia no me informa de cuáles eran los elementos constitutivos del grupo originario; todo lo que sé, es que estos elementos lo hacían apto para las transformaciones que le he hecho experimentar; ya engrandecido, dos únicas posibilidades se presentan ante él; entre ambos destinos, uno u otro es inevitable: o será conquistador, o será conquistado.

Le supongo conquistador; le asigno la mejor suerte; domina, gobierna y civiliza, todo a un tiempo; no irá, en las provincias que recorre, sembrando inútilmente la muerte y el incendio; los monumentos, las instituciones, las costumbres, le serán igualmente sagrados; lo que cambiará, lo que juzgará útil y bueno modificar, será reemplazado por creaciones superiores; en sus manos la debilidad se trocará en fuerza; en fin, se conducirá de tal modo que, según la palabra de la Escritura, será grande ante los hombres.

No sé si el lector ha pensado ya en ello, pero, en el cuadro que trazo, y que no es sino, en muchos aspectos, el que ofrecen los Hindúes, los Egipcios, los Persas, los Macedonios, encuentro dos hechos muy destacados. El primero, es que una nación, sin fuerza y sin poderío, se encuentra de súbito,

(1) Este apego de las naciones árabes al aislamiento étnico se manifiesta a veces de una manera muy extraña. Cuenta un viajero que en Djidda, donde las costumbres están muy relajadas, la misma beduína que cede sin escrúpulo a la más leve oferta de dinero, se juzgaría deshonrada si se uniese legítimamente bien con el turco, bien con el europeo al cual se presta menospreciándolo.

por el hecho de haber sucumbido al yugo de conquistadores vigororos, llamada a compartir un nuevo y mejor destino, tal como les ocurrió a los Sajones de Inglaterra, luego de sometidos por los Normandos; la segunda, es que un pueblo de elección, un pueblo soberano, mostrando, como tal, una marcada propensión a mezclarse con otra sangre, se encuentra desde entonces en íntimo contacto con una raza cuya inferioridad no está únicamente demostrada por la derrota, sino también por su carencia de las cualidades visibles en los vencedores. He aquí, pues, a partir precisamente del día en que está consumada la conquista y en que comienza la fusión, una modificación sensible en la constitución de la sangre de los dominadores. Si la novedad tuviera que pararse ahí, nos encontraríamos, tras un lapso de tiempo tanto más considerable cuanto más numerosas hubiesen sido originariamente las naciones superpuestas; nos encontraríamos, repito, ante una raza nueva, menos poderosa, ciertamente, que la de sus antepasados, pero todavía vigorosa y mostrando cualidades especiales resultantes de la misma mezcla y desconocidas de las dos familias generadoras. Pero no ocurre así por lo común, y la alianza no se contrae por mucho tiempo a la doble raza nacional únicamente.

El Imperio que acabo de imaginar es poderoso; ejerce influencia en sus vecinos. Supongo nuevas conquistas; es otra nueva sangre que, cada vez, acude a mezclarse a la corriente. En lo futuro, a medida que la nación aumenta, sea por las armas, sea por los tratados, su carácter étnico se altera cada vez más. Es un pueblo rico, comerciante, civilizado; las necesidades y los gustos de los otros pueblos encuentran en él, en sus aptitudes, en sus grandes ciudades, en sus puertos, entera satisfacción, y los múltiples atractivos que posee aseguran dentro de él la estancia de numerosos extranjeros. No transcurre mucho tiempo sin que a la primitiva distinción por naciones se suceda, con razón, una distinción de castas.

Quiero que el pueblo sobre el cual razono sea confirmado en sus ideas de separación por las más formales prescripciones religiosas, y que tenga establecida una penalidad temible para espantar a los infractores. Como es un pueblo civilizado, sus costumbres son moderadas y tolerantes, incluso en menoscabo de su fe; pero, digan lo que digan los oráculos, habrá individuos descastados: y será preciso establecer cada día nuevas distinciones, inventar nuevas clasificaciones, multiplicar los rangos, hacer imposible que uno se reconozca entre las infinitas subdivisiones, que varían de provincia en provincia, de cantón en cantón, de aldea en aldea; hacer, en fin, lo que tiene lugar en los países hindúes. Pero nadie como el brahmán para mantener tenazmente sus ideas separatistas; los pueblos civilizados por él, fuera de su seno, no han tolerado nunca, o por lo menos han rechazado desde largo tiempo, trabas molestas. En todos los Estados avanzados en cultura intelectual, no se han preocupado un solo instante de las medidas desesperadas que el deseo de conciliar las prescripciones del Código de Manú con la corriente irresistible de las cosas inspiró a los legisladores del Ariavarta. En cualquier otra parte, las castas, cuando realmente las ha habido, cesaron de existir en el momento en que la posibilidad de labrar fortuna, de ilustrarse por medio de descubrimientos útiles o de artes amables, se ofreció a todos, sin distinción de origen. Pero también, a partir del mismo día, la nación primitivamente conquistadora, impulsora, civilizadora, comenzó a

desaparecer: su sangre se hallaba sumergida en la de todos los afluentes que había desviado hacia ella.

Con mayor frecuencia, además, los pueblos dominadores empezaron siendo infinitamente menos numerosos que sus vencidos, y parece, por otra parte, que ciertas razas que sirven de base a la población de regiones muy vastas, son singularmente prolíficas; citaré a los Celtas, a los Eslavos. Razón de más para que las razas dominadoras desaparezcan rápidamente. Otro motivo aún, y es que su mayor actividad, el papel más directo que desempeñan en los asuntos de su Estado, las expone particularmente a los funestos resultados de las batallas, de las proscripciones y de las revueltas. Así, mientras, de una parte, acumulan en derredor suyo, por el hecho mismo de su genio civilizador, elementos diversos en los cuales deben ser absorbidas, de otra son víctimas de una causa primera, que es su escaso número original, y de una multitud de causas segundas, que concurren todas a su destrucción.

Es de suyo evidente que la desaparición de la raza victoriosa se halla sometida, según los diversos ambientes, a condiciones de tiempo que varían hasta el infinito. Con todo, esa raza se extingue por todas partes, y por todas partes resulta todo lo perfecta que es de desear, mucho antes de sobrevenir el término final de la civilización a que ha dado origen; de manera que un pueblo marcha, vive, funciona, e incluso a menudo progresa, luego de haber cesado de existir el móvil generador de su vida y de su gloria. ¿Constituye esto una contradicción con lo que precede? En modo alguno; porque, mientras la influencia de la sangre civilizadora va agotándose por la división, subsiste todavía la fuerza de propulsión antaño impresa a las masas sometidas o anexadas; las instituciones que el fenecido dominador inventara, las leyes que formulara, las costumbres de las cuales proporcionara el tipo, se han conservado después de su muerte. Sin duda, costumbres, leyes, instituciones, no sobreviven sino muy alejadas de su antiguo espíritu, cada vez más desfiguradas, caducas y faltas de savia; pero, en tanto subsiste una sombra de ello, el cadáver sigue andando. Cuando se termina el último esfuerzo de esta impulsión antigua, está dicho todo; nada subsiste, la civilización ha muerto.

Me considero ahora provisto de todo lo necesario para resolver el problema de la vida y de la muerte de las naciones, y digo que un pueblo no moriría nunca si permaneciese eternamente compuesto de las mismos elementos nacionales. Si el Imperio de Darío hubiese podido poner todavía en línea de combate, en la batalla de Arbelas, a verdaderos Persas, a verdaderos Arios; si los Romanos del Bajo Imperio hubiesen poseído un Senado y una milicia formada de elementos étnicos análogos a los que existían en tiempo de los Fabios, su dominación no hubiera tenido fin, y, en tanto que conservaran la misma integridad de sangre, Persas y Romanos hubieran vivido y reinado. Se objetará que, a la larga, hubiesen tropezado con vencedores más irresistibles que ellos mismos y que habrían sucumbido bajo asaltos bien combinados, bajo una larga presión, o, más sencillamente, al azar de una batalla perdida. Los Estados, en efecto, hubieran podido acabar de esta manera, pero no la civilización, ni el cuerpo social. La invasión y la derrota no habrían constituído sino el triste pero temporal tránsito de bastante malos días. Los ejemplos a aducir son numerosos.

En los tiempos modernos, los Chinos han sido conquistados en dos ocasiones: siempre han forzado al vencedor a asimilarse a ellos; le han impuesto el respeto de sus costumbres; le han dado mucho, y casi nada han recibido de él. Expulsaron un día a los primeros invasores, y, en un momento dado, harán lo mismo con los segundos.

Los Ingleses son dueños de la India, y, sin embargo, su influencia moral sobre sus súbditos es casi absolutamente nula. Son precisamente ellos quienes, de muchas maneras, experimentan la influencia de la religión local, y no logran hacer penetrar sus ideas en el espíritu de una multitud que teme a sus dominadores, no se doblega más que físicamente ante ellos, y mantiene en pie sus principios frente a los de aquéllos. Débese a que la raza hindú resulta extraña a la que hoy la domina, y su civilización escapa a la ley del más fuerte. Las formas exteriores, los Reinos, los Imperios han podido variar y seguirán variando, sin que el fondo sobre el cual se asientan tales construcciones y del cual emanan, se haya alterado esencialmente con ellas; y no porque Haiderabad, Lahore, Dehli hayan cesado de ser capitales, dejará de subsistir la sociedad hindú. Llegará un momento en que, de una manera u otra, la India volverá a vivir públicamente según sus propias leyes, como lo hace ya tácitamente, y, bien por su raza actual, bien a través de mestizos, recobrará la plenitud de su personalidad política.

El azar de las conquistas no basta para acabar con la vida de un pueblo. A lo sumo, deja por algún tiempo en suspenso sus manifestaciones y, en cierto modo, sus rasgos exteriores. Mientras la sangre de este pueblo y sus instituciones conservan todavía, en un grado suficiente, el sello de la raza inicial, ese pueblo existe; y, sea que haga frente, como los Chinos, a conquistadores que no son sino materialmente más enérgicos que él; sea que, como los Hindúes, sostenga una lucha de paciencia, no menos ardua, contra una nación desde todos los puntos de vista superior, como lo es Inglaterra, la certeza de su porvenir debe consolarlo; un día logrará ser libre. Por el contrario, para aquel pueblo que, como los Griegos, o como los Romanos del Bajo Imperio, ha agotado absolutamente su principio étnico y las consecuencias que del mismo se derivan, el momento de su derrota será el de su muerte: ha consumido el tiempo que el Cielo le había otorgado de antemano, pues ha cambiado enteramente de raza, y por tanto de naturaleza, y está degenerado.

En virtud de esta observación, debe considerarse como resuelta la cuestión, removida a menudo, de saber lo que habría acontecido si los Cartagineses, en vez de sucumbir ante la suerte de Roma, se hubiesen adueñado de Italia. En tanto que pertenecientes al tronco fenicio, tronco inferior en virtudes políticas a las razas de donde salieran los soldados de Escipión, el desenlace adverso de la batalla de Tama no podía alterar en nada su suerte. Felices por un día, se les hubiera visto sucumbir al día siguiente con ocasión de un desquite; o bien, absorbidos en el elemento italiano por la victoria, como lo fueron por la derrota, el resultado final hubiese sido idénticamente el mismo. El destino de las civilizaciones no anda al azar, ni depende de una jugada de dados; el gladio sólo mata a los hombres; y las naciones más belicosas, más temibles, más victoriosas, cuando en el corazón, en la cabeza y en la mano no han tenido más que bravura,

ciencia estratégica y triunfos guerreros, sin otro instinto superior, no han alcanzado un final mejor que el de enterarse por sus vencidos, y aun de enterarse mal, cómo se vive en la paz. Los Celtas, las hordas nómadas del Asia, cuentan con anales que no hablan de otra cosa.

Luego de haber asignado un sentido a la palabra *degeneración*, y de haber tratado, con esa ayuda, el problema de la vitalidad de los pueblos, es ahora necesario que pruebe lo que tuve que avanzar *a priori*, para la claridad de la discusión: que existen diferencias sensibles en el valor relativo de las razas humanas. Las consecuencias de tal demostración son considerables; alcanzan hasta muy lejos. Antes de abordarlas, no sabremos nunca apoyarlas en un conjunto harto completo de hechos y de razones capaces de sostener un edificio tan formidable. La primera cuestión por mí resuelta no era más que el propileo del templo.

CAPÍTULO V

Las desigualdades étnicas no son el resultado de las instituciones

La idea de una desigualdad nativa, original, definitiva y permanente entre las diversas razas, es, en el mundo, una de las opiniones más antiguamente difundidas y adoptadas; y, visto el primitivo aislamiento de las tribus, de los clanes, y aquel *retraimiento* que todos adoptaron en una época más o menos lejana, y del que muchos no han salido nunca, no hay por qué sentirse extrañado de ella. Excepción hecha de lo que se ha producido en las épocas más modernas, aquella noción ha servido de base a casi todas las teorías gubernamentales. No existe pueblo, grande o pequeño, que no haya empezado haciendo de ella su primera máxima de Estado. El sistema de las castas, de las noblezas, el de las aristocracias, en tanto que fundadas en las prerrogativas del nacimiento, no tienen otro origen; y el derecho de primogenitura, suponiendo la preexcelencia del primer hijo y de sus descendientes, no es sino una derivación de ello. Con esta doctrina concuerdan la repulsión por el extranjero y la superioridad que cada nación se atribuye respecto de sus vecinas. No es sino a medida que los grupos se mezclan y fusionan, cómo, engrandecidos, civilizados y juzgándose con más benevolencia por efecto de la utilidad recíproca, vemos entre ellos combatida aquella máxima absoluta de la desigualdad y, ante todo, de la hostilidad de las razas. Después, cuando el mayor número de ciudadanos de un Estado siente circular por sus venas una sangre mezclada, ese conjunto de ciudadanos, transformando en verdad universal y absoluta lo que no es real sino para ellos, se cree llamado a afirmar que todos los hombres son iguales. Una loable repugnancia por la opresión, un legítimo horror del abuso de la fuerza, echan entonces, en todas las inteligencias, un barniz bastante malo sobre el recuerdo de las razas antaño dominantes y que — tal es la marcha del mundo — no han dejado nunca de legitimar hasta cierto punto buen número de acusaciones. De la declamación contra la tiranía, se pasa a la negación de las causas naturales de la superioridad a la cual se insulta; no sólo es declarada perversa, sino tam-

bién usurpadora; se niega, y muy equivocadamente, que ciertas aptitudes sean necesariamente, fatalmente, la herencia exclusiva de tales o cuales descendencias; en fin, cuanto más heterogéneos son los elementos de que se compone un pueblo, más se complace éste en proclamar que las facultades más diversas son poseídas o pueden serlo en igual grado por todas las fracciones de la especie humana sin exclusión de ninguna. Esta teoría, bastante sostenible por lo que a ellos respecta, es aplicada al conjunto de las generaciones pasadas, presentes y futuras, por los razonadores mestizos, quienes acaban un día por resumir sus sentimientos en estas palabras, que, como el odre de Eolo, encierran tantas tempestades: «¡Todos los hombres son hermanos!»

He aquí el axioma político. ¿Queréis el axioma científico? «Todos los hombres, dicen los defensores de la igualdad humana, están dotados de instrumentos intelectuales análogos, de igual naturaleza, del mismo valor, de idéntico alcance.» No son quizá las palabras exactas, pero sí lo es el sentido. Así, ¡el cerebelo del Hurón encierra en germen un espíritu enteramente parecido al del Inglés y al del Francés! ¿Por qué, pues, en el curso de los siglos, no ha descubierto ni la imprenta ni el vapor? Me sería lícito preguntarle a ese Hurón, de creerse igual a nuestros compatriotas, ¿a qué se debe que de los guerreros de su tribu no haya salido ningún César ni ningún Carlomagno, y por qué inexplicable incuria sus cantores y hechiceros no se han transformado nunca en Homeros ni en Hipócrates? A esta dificultad se responde, por lo común, alegando ante todo la influencia soberana de los ambientes. Según esta doctrina, una isla no presenciará, en materia de prodigios sociales, lo que conocerá un continente; en el Norte, no seremos lo que en el Mediodía; los bosques no permitirán los desenvolvimientos a que dará lugar la llanura descubierta; ¿qué sé yo? La humedad de un pantano hará surgir una civilización que la sequedad del Sahara hubiera infaliblemente asfixiado. Por muy ingeniosas que resulten esas pequeñas hipótesis, tienen contra ellas la voz de los hechos. A pesar del viento, de la lluvia, del frío, del calor, de la esterilidad, de la copiosa abundancia, el mundo ha visto florecer alternativamente, y en los mismos países, la barbarie y la civilización. El felá embrutecido se calcina bajo el mismo sol que tostó al poderoso sacerdote de Menfis; el sabio profesor de Berlín enseña bajo el mismo inclemente cielo que viera antaño las miserias del salvaje Finés.

Lo más curioso es que la opinión igualitaria, admitida por la masa de los espíritus, de la cual pasó a nuestras instituciones y a nuestras costumbres, no ha tenido fuerza bastante para contrarrestar la evidencia, y que las personas más convencidas de su verdad rinden todos los días homenaje al sentimiento contrario. Nadie se niega a admitir, a cada instante, graves diferencias entre las naciones, y el mismo lenguaje habitual las atestigua con la más cándida inconsecuencia. En esto no se hace más que imitar lo que se hizo en épocas no menos persuadidas que la nuestra, y por las mismas causas, de la igualdad absoluta de las razas.

Al lado del dogma liberal de la fraternidad, cada nación ha sabido siempre mantener, respecto de los nombres de los otros pueblos, calificativos y epítetos que indicaban desemejanzas. El Romano de Italia llamaba al Romano de Grecia *Graeculus*, y le atribuía el monopolio de la

locuacidad vanidosa y de la falta de valor. Se mofaba del colono de Cartago, y pretendía reconocerlo entre mil por su espíritu camorrista y su mala fe. Los Alejandrinos eran tenidos por espirituales, insolentes y sediciosos. En el Medioevo, los monarcas anglonormandos tachaban a sus súbditos galeses de ligeros e inconsistentes. En nuestros días, ¿quién no ha oído mentar los rasgos distintivos del Alemán, del Español, del Inglés y del Ruso? No me he de pronunciar acerca de la exactitud de los juicios. Observo únicamente que éstos existen y que la opinión corriente los adopta. Así, pues, si, de una parte, las familias humanas son llamadas iguales, y, de otra, unas se muestran frívolas, éstas codiciosas, aquéllas disipadoras, algunas enérgicamente partidarias de los combates, muchas avaras de sus vidas y nada dispuestas por tanto al sufrimiento, es evidente que estas naciones tan diferentes deben tener destinos muy diversos, muy desemejantes, digámoslo claramente, muy desiguales. Los más fuertes desempeñarán en la tragedia del mundo los personajes de reyes y de jefes. Los más débiles se contentarán con papeles humildes.

No creo que se haya hecho en nuestro tiempo la comparación entre las ideas generalmente admitidas sobre la existencia de un carácter especial para cada pueblo y la convicción no menos difundida de que todos los pueblos son iguales. Sin embargo, la contradicción es fragante e impresiona sobre manera. El hecho resulta tanto más grave cuanto que los partidarios de la democracia no son los últimos en celebrar la superioridad de los Sajones de la América del Norte sobre todas las naciones del mismo continente. Atribuyen, es cierto, las altas prerrogativas de sus favoritos a la sola influencia de la forma gubernamental. De todos modos no niegan, que yo sepa, la disposición particular y nativa de los compatriotas de Penn y de Washington a establecer en todos los lugares donde residen instituciones liberales, y, más aún, a saberlas conservar. ¿No es — me pregunto — esa fuerza de persistencia una prerrogativa muy singular otorgada a esta rama de la familia humana, prerrogativa tanto más preciosa cuanto que la mayoría de grupos que poblaron antaño y pueblan todavía el Universo parecen hallarse privados de ella?

No tengo la pretensión de holgarme sin lucha de esa inconsecuencia. Sin duda es aquí donde los partidarios de la igualdad hablarán muy alto de la fuerza de las instituciones y de las costumbres; es aquí donde dirán, una vez más, hasta qué punto la esencia del gobierno por su sola y propia virtud, hasta qué punto el hecho del despotismo o de la libertad, influyen poderosamente en el mérito y desenvolvimiento de una nación; pero es aquí donde yo también pondré en duda la fuerza del argumento.

Las instituciones políticas no pueden optar sino entre dos orígenes: o bien derivan de la nación que debe vivir bajo su regla, o bien, inventadas en un pueblo influyente, son aplicadas por él a Estados que se hallan bajo su esfera de acción.

Con la primera hipótesis no hay dificultad. Evidentemente el pueblo ha imaginado sus instituciones según sus instintos y necesidades; se ha abstenido de estatuir nada que pueda molestar a unos y a otros; y si, por inadvertencia o torpeza, ha incurrido en ello, muy pronto el malestar subsiguiente le lleva a enmendar sus leyes y a ponerlas en más perfecta concordancia con su objetivo. Cabe decir que en todo país autónomo, la ley emana

siempre del pueblo; y no porque tenga constantemente la facultad de promulgarla directamente, sino porque, para ser buena, es necesario que se modele según sus ideas y tal como, de estar bien informado, la hubiera imaginado él mismo. Si algún legislador muy sabio parece, a primera vista, el único inspirador de la ley, obsérvese de muy cerca y podrá verse que, por virtud de su misma sabiduría, el venerable doctor se limita a pronunciar sus oráculos bajo los dictados de su nación. Juicioso como Licurgo, no ordenará nada que no pueda admitir el Dorio de Esparta, y, teorizante como Dracón, creará un código que no tardará en ser modificado o abrogado por el Jónico de Atenas, incapaz, como todos los hijos de Adán, de mantener por mucho tiempo una legislación extranjera en sus verdaderas y naturales tendencias. La intervención de un genio superior en ese magno problema de la invención de leyes no se reduce sino a una manifestación especial de la voluntad desvelada de un pueblo, o, si no es más que el producto aislado de las divagaciones de un individuo, ningún pueblo logrará acomodarse a ellas por mucho tiempo. No se puede admitir, pues, que las instituciones así descubiertas y modeladas por las razas hagan que las razas sean tal como vemos que son. Las instituciones son efectos, y no causas. Su influencia es grande evidentemente: conservan el genio nacional, le trazan nuevas sendas, le señalan su objetivo, e incluso, hasta cierto punto, enardecen sus instintos y le agencian los mejores instrumentos de acción; pero no crean a su creador, y si pueden contribuir poderosamente a sus éxitos ayudándole a desarrollar sus cualidades innatas, no hacen más que fracasar miserablemente cuando pretenden agrandar en demasía el círculo o cambiarlo. En una palabra, no pueden lo imposible.

Las instituciones falsas y sus efectos han desempeñado, no obstante, un gran papel en el mundo. Cuando Carlos I, torpemente aconsejado por el conde de Strafford, trató de instaurar en Inglaterra un régimen de absolutismo, el rey y su ministro fueron a meterse en el sangriento barrizal de las teorías. Cuando los calvinistas proyectaron en Francia una administración a un tiempo aristocrática y republicana, y trataron de implantarla por las armas, se situaron igualmente al margen de lo verdadero.

Cuando el regente francés, dando por ganada la causa contra los cortesanos vencidos en 1652, se lanzó a las intrigas preconizadas por el coadjutor y sus amigos (1), sus esfuerzos no pluguieron a nadie, disgustando igualmente a la nobleza, a la clerecía, al Parlamento y al tercer estado. Sólo algunos intendentes lo celebraron. Pero, cuando Fernando *el Católico* instituyó contra los moros de España sus terribles y necesarios medios de destrucción; cuando Napoleón restableció en Francia la religión, emuló el espíritu militar, organizó el poder de una manera a la vez protectora y restrictiva, cada uno de estos soberanos estudió y comprendió perfectamente el genio de sus súbditos respectivos, y edificó sobre el terreno práctico. En una palabra, las instituciones falsas, comúnmente muy bellas en

(1) El conde de Saint-Priets, en un excelente artículo de la *Revue des Deux Mondes,* ha demostrado con mucho acierto que el partido aplastado por el cardenal de Richelieu no tenía nada de común con el feudalismo ni con los grandes sistemas aristocráticos. M. M. de Montmorency, de Cinq-Mars, de Marillac, no trataban de transformar el Estado sino para obtener honores y favores. El gran cardenal es del todo inocente de la matanza de la nobleza francesa, que tanto se le ha reprochado.

el papel, son aquellas que por no responder a las cualidades y particularidades nacionales, no convienen a un Estado, aun cuando puedan satisfacer en el país vecino. Esas instituciones no crean sino el desorden y la anarquía, aun suponiéndolas inspiradas en una legislación angélica. Las otras, todo lo contrario, resultan buenas por razones opuestas, a pesar de que, desde tal o cual punto de vista, y aun de una manera absoluta, puedan reprobarlas el teorizante y el moralista. Los Espartanos eran pocos en número, pero de gran corazón, ambiciosos y violentos: una legislación mala los hubiese convertido en pobres diablos; Licurgo los transformó en heroicos bandidos.

No nos quepa ninguna duda. Como la nación nace antes que la ley, la ley se le parece y toma su sello antes de imprimirle a ella el suyo. Las modificaciones que el tiempo origina en las instituciones son otra prueba de lo que decimos.

Se ha dicho más arriba que a medida que los pueblos se civilizaban, engrandecían y cobraban mayor poderío, su sangre se mezclaba y sus instintos sufrían graduales alteraciones. Tomando así aptitudes diferentes, les resulta imposible adaptarse a las leyes de sus antecesores. A las nuevas generaciones les acontece lo mismo, y de ahí que las instituciones deban ser profundamente modificadas. Estas modificaciones resultan más frecuentes y profundas a medida que va cambiando la raza, y son, por el contrario, más y más moderadas en tanto la población se mantiene muy cerca de los primeros inspiradores del Estado. En Inglaterra, que es el país de Europa donde las modificaciones de sangre han sido más lentas y hasta el presente menos variadas, vemos subsistir todavía en la base del edificio social las instituciones de los siglos XIV y XV. Se descubre allí, casi en su antiguo vigor, la organización comunal de los Plantagenets y de los Tudors, la misma manera de mezclar a la nobleza con el gobierno y de componer esta nobleza, el mismo respeto por la antigüedad de las familias unido al mismo gusto por los individuos de mérito recién encumbrados (1). Pero como, desde Jaime I, y sobre todo desde la Unión de la reina Ana, la sangre inglesa ha tendido cada vez más a mezclarse con la de Escocia y la de Irlanda, y como otras naciones han contribuído también, aunque imperceptiblemente, a alterar la pureza de la descendencia, las modificaciones, aun manteniéndose bastante fieles al espíritu primitivo de la Constitución, resultan en nuestros días más frecuentes que antaño.

En Francia, los enlaces étnicos han sido mucho más numerosos y variados. Ha ocurrido incluso que, por virtud de bruscas alteraciones, el poder ha pasado de una raza a otra. Por lo mismo, ha habido, en la vida social, más bien cambios que modificaciones, y estos cambios han sido tanto más graves cuanto que los grupos que se sucedían en el poder eran más diferentes. Mientras en la política del país preponderó la población del Norte, el feudalismo o, más exactamente, sus informes restos, se defendieron harto ventajosamente, y el espíritu municipal se mantuvo firme. Después de la expulsión de los Ingleses, en el siglo XV, las provincias del centro, mucho menos germánicas que las comarcas de allende el Loire, y que, acabando de restaurar la independencia nacional bajo el cetro de Carlos VII,

(1) Macaulay, *History of England,* In-8.º. París, 1849, t. I.

veían naturalmente su sangre galorromana predominar en los Consejos y en los campamentos, impusieron la afición a la vida militar, a las conquistas exteriores, muy peculiar en la raza céltica, y el culto de la autoridad, infuso en la sangre romana. Durante el siglo XVI, prepararon ampliamente el terreno sobre el cual los compañeros aquitanos de Enrique IV, menos célticos y más romanos aún, vinieron, en 1599, a cimentar todavía más el poder absoluto. Luego, lograda finalmente por París la dominación, como resultado de la concentración que el genio meridional había favorecido, París, cuya población es seguramente un resumen de los *specimens* étnicos más variados, no tuvo por qué comprender, amar ni respetar ninguna tradición, ni ninguna tendencia especial, y esa gran capital, esa torre de Babel, rompiendo con el pasado, sea de Flandes, sea del Poitou, sea del Languedoc, condujo a Francia hacia los experimentos multiplicados de las doctrinas más extrañas a sus antiguas costumbres.

No se puede admitir, pues, que las instituciones hagan que los pueblos sean como los vemos, cuando son los pueblos quienes las han inventado. Pero, ¿es igualmente así en la segunda hipótesis, es decir, cuando una nación recibe su Código de manos extranjeras provistas del poder necesario para hacérselo aceptar, de buen o mal grado?

De ello existen ejemplos. No podré, es cierto, demostrar que hayan sido ofrecidos en gran escala por los gobiernos verdaderamente políticos de la antigüedad o de los tiempos modernos; su buen sentido los preservó de todo intento de transformar el fondo mismo de las grandes multitudes. Los Romanos eran demasiado hábiles para entregarse a tan peligrosos experimentos. Alejandro, antes que ellos, no los ensayó nunca; y convencidos, por el instinto o por la razón, de la inanidad de semejantes esfuerzos, los sucesores de Augusto se contentaron, como el vencedor de Darío, con reinar sobre un vasto mosaico de pueblos que conservaban sus usos, sus costumbres, sus leyes, sus métodos propios de administración y de gobierno, y que, en su mayoría, mientras se mantuvieron, por lo menos racialmente, bastante idénticos a sí mismos, no aceptaron, en común con sus cosúbditos, más que prescripciones de fiscalización o de precaución militar.

Hay, sin embargo, una circunstancia que no puede ser desdeñada. Muchos pueblos sometidos a los Romanos conservaban una legislación tan en pugna con los sentimientos de sus dominadores, que era imposible para estos últimos tolerar su existencia: por ejemplo, los sacrificios humanos de los Druidas, contra los cuales se dictaron las más severas prohibiciones. Pues bien; los Romanos, no obstante su gran poderío, no lograron nunca extirpar completamente tan bárbaros ritos. En la Narbonense, la victoria resultó fácil: la población gálica había sido reemplazada casi enteramente por colonos romanos; pero en el centro, entre las tribus más intactas, la resistencia fué obstinada, y, en la península bretona, donde, en el siglo IV, una colonia aportó de Inglaterra las añejas costumbres con la vieja sangre, la población, por patriotismo, por apego a sus tradiciones, continuó degollando hombres en sus altares tan frecuentemente como pudo antojársele. La más extremada vigilancia no lograba arrancar de las manos el cuchillo y la antorcha sagrados. Todas las sediciones empezaban con la restauración de ese terrible rasgo del culto nacional, y el cristianismo, vencedor todavía indignado de un politeísmo sin moral, vino, entre los Armoricanos, a estre-

llarse con horror contra unas supersticiones aún más repugnantes. No logró destruirlas sino después de muy prolongados esfuerzos, ya que en el siglo XVIII, la matanza de los náufragos y el ejercicio del derecho de fractura subsistían en todas las parroquias marítimas donde la sangre kynrica (1) se había conservado pura. Y es que estas costumbres bárbaras respondían a los instintos y sentimientos indomables de una raza que, no habiendo sido suficientemente mezclada, no tuvo hasta entonces motivos determinantes para cambiar de parecer.

Este hecho es digno de reflexión; pero los tiempos modernos presentan sobre todo ejemplos de instituciones impuestas y no soportadas. Un carácter singular de la civilización europea es su intolerancia, efecto de la conciencia que posee de su valor y de su fuerza. Esta intolerancia se manifiesta en el mundo, bien ante la barbarie, bien al lado de otras civilizaciones. A unos y otros los trata con un desdén casi idéntico, y, no viendo en lo que difiere de ella sino obstáculos a sus conquistas, se siente muy dispuesta a exigir de los pueblos una completa transformación. Sin embargo, los Españoles, los Ingleses y los Holandeses, y nosotros también alguna vez, no hemos osado ceder en demasía a los impulsos del genio innovador allí donde había masas algo considerables ante nosotros, imitando así la obligada discreción de los conquistadores de la antigüedad. El Oriente y el África, ya septentrional, ya occidental, son testigos irrefragables de que las naciones más esclarecidas no han logrado imponer a los pueblos por ellas conquistados instituciones antipáticas a su naturaleza. He recordado ya que la India inglesa prosigue su forma de vida secular bajo las leyes que antaño se dió a sí misma. Los Javaneses, aunque muy sumisos, distan sobre manera de sentirse inclinados a adoptar instituciones más o menos análogas a las de Neerlandia. Frente a sus dominadores continúan viviendo con la libertad en ellos habitual, y, desde el siglo XVI, en que la acción europea en el mundo oriental empezó a dejarse sentir, no se nota que haya influído lo más mínimo en las costumbres de los tributarios mejor dominados.

Pero no todos los pueblos vencidos son numéricamente bastante fuertes para que el dominador europeo se disponga a contenerse. Los hay sobre los cuales se ha hecho pesar con todo su rigor la fuerza del sable para contribuir a la de la persuasión. Quísose resueltamente cambiar su género de existencia, darles instituciones reconocidas como buenas y útiles. ¿Se logró?

América nos ofrece a este respecto un magnífico campo de experiencias. En todo el Sur, donde el poderío español reinó sin trabas, ¿a qué condujo? Sin duda a desarraigar los antiguos Imperios; no a ilustrar a los ciudadanos, ya que no los formó a semejanza de sus preceptores.

En la del Norte, con procedimientos diferentes, los resultados fueron igualmente negativos. ¡Qué digo! Fueron todavía más nulos, ya que, lejos de ejercer una bienhechora influencia, resultaron más calamitosos desde el punto de vista de la humanidad. Los indios españoles se multiplicaron por lo menos de modo extraordinario (2): incluso han transformado la

(1) De *Kynris* o belgas, pueblo de raza celta.

(2) M. Al. de Humboldt, *Examen critique de l'histoire de la geog. du N. C.*, t. II, p. 129-130.

sangre de sus vencedores, quienes han descendido así a su nivel, mientras que los fieles pieles rojas de los Estados Unidos, acometidos por la energía anglosajona, han sucumbido a este contacto. Los pocos que quedan van desapareciendo día tras día, y desaparecen sin civilizar, exactamente como sus padres.

En Oceanía, las observaciones llevan a idéntica conclusión: las tribus aborígenes se extinguen por doquier. Llégase a veces a arrancarles sus armas, a impedir que causen daño; pero no se las cambia. Dondequiera domina el Europeo, dejan de devorarse entre sí, se hartan de aguardiente, y este nuevo embrutecimiento es todo lo que nuestro espíritu iniciador logra hacerles gustar. En fin, existen en el mundo dos gobiernos formados por pueblos extraños a nuestras razas sobre modelos ofrecidos por nosotros: uno funciona en las islas Sandwich, el otro en la de Santo Domingo. El examen de estos dos Estados acabará de demostrar la inutilidad de toda tentativa para dar a un pueblo instituciones no sugeridas por su propio genio.

En las islas Sandwich, el sistema representativo brilla en todo su esplendor. Figura allí una Cámara superior, una Cámara inferior, un Ministerio que gobierna, un rey que reina; no falta nada. Pero todo esto es puramente decorativo. El rodaje indispensable de la máquina, el que la pone en movimiento, es el cuerpo de misioneros protestantes. Sin ellos, el rey, los pares y los diputados, ignorando qué ruta seguir, cesarían muy pronto de funcionar. Unicamente sobre los misioneros recae el honor de encontrar las ideas, de exponerlas, de hacerlas aceptar, bien por el crédito de que gozan cerca de sus neófitos, bien, si es necesario, por la amenaza. Dudo, sin embargo, de que si los misioneros no tuviesen por instrumentos de su voluntad más que al rey y las Cámaras, no se viesen obligados, luego de luchar por algún tiempo contra la ineptitud de sus discípulos, a tomar en el manejo de los asuntos una participación muy grande, muy directa y por consiguiente muy ostensible. Este inconveniente ha sido salvado por medio de un Ministerio que está compuesto simplemente de hombres de raza europea. Así, los asuntos son tratados y decididos, de hecho, entre la misión protestante y sus agentes; lo demás no es sino puro espectáculo.

En cuanto al rey Kamehameha III, parece ser un príncipe de mérito. Por su parte, ha renunciado a tatuarse la cara, y, aun cuando no ha convertido todavía a todos sus cortesanos, experimenta ya la natural satisfacción de no verles trazar sobre sus frentes y mejillas sino muy leves dibujos. La masa de la nación, nobles del campo y clases populares, sigue aferrada, sobre este punto como sobre los otros, a sus viejas ideas. Con todo, causas muy numerosas determinan cada día en las islas Sandwich un acrecentamiento de la población europea. La proximidad de California convierte el reino javanés en un punto muy interesante para la clarividente energía de nuestras naciones. Los balleneros desertores y los marinos refractarios a la marina militar no son ya los únicos colonos de raza blanca: mercaderes, especuladores, aventureros de toda especie acuden allí, para levantar sus nuevas moradas y establecerse en el país. La raza indígena, invadida, va mezclándose poco a poco y desaparece. No sé si el gobierno representativo e independiente cederá pronto el sitio a una simple administración delegada, sujeta a alguna gran potencia extranjera; de lo que

no dudo es que las instituciones importadas acabarán por establecerse firmemente en este país, y el día de su triunfo verá — sincronismo necesario — la ruina total de los indígenas.

En Santo Domingo, la independencia es completa. Allí, nada de misioneros ejerciendo una autoridad velada y absoluta; ningún Ministerio extranjero funcionando con el espíritu europeo: todo está abandonado a las inspiraciones de la misma población. Esa gente parece imitar, como puede, lo que nuestra civilización ofrece de más fácil: como todos los mestizos, tienden a fundirse en la rama de su genealogía que más les honra; son, pues, susceptibles, hasta cierto punto, de poner en práctica nuestros usos. No es entre ellos donde es preciso estudiar la cuestión absoluta. Atravesemos pues las montañas que separan la República Dominicana del Estado de Haití.

Allí nos encontramos frente a una sociedad cuyas instituciones no sólo son parecidas a las nuestras, sino que derivan también de las máximas más recientes de nuestra sabiduría política. Todo lo que, de sesenta años acá, el liberalismo más refinado ha hecho proclamar en las Asambleas deliberantes de Europa, todo lo que los pensadores más amigos de la independencia y de la dignidad del hombre han podido escribir, todas las declaraciones de derechos y de principios, han hallado eco en las riberas del Artibonita. Nada de africano ha sobrevivido en las leyes escritas; los recuerdos de la tierra camítica han desaparecido oficialmente de los espíritus; nunca el lenguaje oficial ha mostrado el menor vestigio de ello; las instituciones, lo repito, son completamente europeas. Veamos ahora cómo se adaptan a las costumbres.

¡Qué contraste! ¿Las costumbres? Vémoslas tan depravadas, tan brutales, tan feroces como en el Dahomey o en el país de los Felatas. El mismo gusto bárbaro de adornarse se junta a la misma indiferencia por el mérito de la forma; lo bello reside en el colorido, y basta que un vestido sea de un rojo brillante y esté guarnecido de oropel, para que se despreocupen del coste de la tela; y en cuanto a limpieza, ni que hablar. ¿Que es deseo nuestro ser presentados a un alto funcionario? Se nos introduce cerca de un formidable negro tumbado de espaldas sobre un banco de madera, envuelta la cabeza con un mal pañuelo destrozado y cubierta con un sombrero de picos ribeteado de oro. De su cintura pende un inmenso sable; el bordado traje no va acompañado de chaleco; el general calza pantuflas. ¿Le interrogáis, tratáis de penetrar en su espíritu para apreciar la naturaleza de las ideas que le absorben? Descubrís la inteligencia más inculta unida al orgullo más salvaje, que no tiene de comparable sino su profunda e incurable negligencia. Si este hombre abre la boca, os larga todos los lugares comunes con que todos los diarios nos han fastidiado por espacio de medio siglo. Este bárbaro se los sabe de memoria; le impulsan otros intereses, muy diferentes instintos; no tiene adquiridas otras nociones. Habla como el barón d'Holbach, razona como M. de Grimm, y, en el fondo, no tiene mayor preocupación que la de mascar tabaco, beber alcohol, despanzurrar a sus enemigos y bienquistarse con los hechiceros. El resto del tiempo lo pasa durmiendo.

El Estado está dividido en dos fracciones, que no separan incompatibilidades de doctrinas, sino de pieles: los mulatos a un lado, los negros

al otro. Poseen sin duda los mulatos mayor inteligencia, un espíritu más despierto. Lo he hecho notar ya al hablar de los Dominicanos: la sangre europea ha modificado la naturaleza africana, y estos hombres, luego de fundidos dentro de una masa blanca y con buenos modelos constantemente ante sus ojos, podrían en otro sitio convertirse en ciudadanos útiles. Por desgracia, la supremacía del número y de la fuerza corresponde, de momento, a los negros. Éstos, pese a que fuesen, a lo sumo, sus abuelos quienes conocieran el suelo africano, se hallan todavía bajo su total influencia; su goce supremo, es la pereza; su razón suprema, la matanza. Entre los dos partidos en que se divide la isla, no ha cesado nunca de reinar el odio más feroz. La historia de Haití, de la democracia de Haití, no es más que una larga serie de matanzas: matanza de mulatos por negros, cuando éstos se sienten más fuertes; matanza de negros por los mulatos, cuando son éstos quienes dominan. Las instituciones, por filantrópicas que resulten, nada pueden contra ello; nunca van más allá de la letra impresa. Lo que reina sin freno, es el verdadero espíritu de la población. De conformidad con una ley natural indicada más arriba, la variedad negra, perteneciente a aquellas tribus humanas no aptas a la civilización, siente el más profundo odio hacia todas las otras razas; así vemos a los negros de Haití rechazar enérgicamente a los blancos y prohibirles la entrada en su territorio; asimismo querrían excluir a los mulatos, y tienden a su exterminio. El odio al extranjero es el principal móvil de la política local. Después, como consecuencia de la pereza orgánica de la especie, la agricultura está anulada, la industria no existe siquiera de nombre, el comercio se reduce más cada día, la miseria, con sus deplorables progresos, impide que la población se reproduzca, en tanto que las continuas guerras, las revueltas, las ejecuciones militares, contribuyen constantemente a disminuirla. El resultado inevitable e inmediato de tal situación será que quede desierto un país cuya fertilidad y recursos naturales habían antaño enriquecido a generaciones de colonos, y que deban abandonarse a las cabras monteses las fecundas llanuras, los magníficos valles, los grandiosos montes de la reina de las Antillas (1).

Doy en suponer el caso en que las poblaciones de este desventurado país hubieran podido obrar de acuerdo con el espíritu de las razas de las cuales proceden; en que, no hallándose bajo el inevitable protectorado y el impulso de doctrinas extrañas, hubiesen formado su sociedad con libertad absoluta y siguiendo únicamente sus instintos. Entonces se hubiera producido, más o menos espontáneamente, pero nunca sin ciertas violencias, una separación entre la gente de ambos colores.

Los mulatos hubieran habitado en la costa, a fin de mantener siempre con los Europeos las relaciones a que aspiran. Bajo la dirección de éstos, los hubiéramos visto convertirse en mercaderes, abogados, médicos, estrechar lazos que les lisonjean, mezclarse más y más, mejorarse gradualmente, y perder, en proporciones dadas, su carácter y sangre africanos.

Los negros se hubieran retirado al interior, formando pequeñas socie-

---

(1) La colonia de Santo Domingo, antes de su emancipación, era uno de los lugares de la Tierra donde la riqueza y la elegancia de costumbres habían llevado al máximo sus refinamientos.

dades análogas a las que creaban antaño los esclavos en el propio Santo Domingo, en la Martinica, en la Jamaica y sobre todo en Cuba, cuyo vasto territorio y profundos bosques ofrecen más seguros abrigos. Allí, en medio de las producciones tan variadas y brillantes de la vegetación antillana, el negro americano, copiosamente provisto de los medios de existencia que prodiga, con tan poco coste, una tierra opulenta, hubiera vuelto con toda libertad a aquella organización despóticamente patriarcal tan grata a aquellos congéneres suyos que los vencedores musulmanes del Africa han logrado aún sujetar. El amor al aislamiento hubiera sido a un tiempo la causa y el resultado de aquellas instituciones. Las tribus que se habrían formado, se hubieran vuelto a no tardar extrañas y hostiles unas a otras. Las guerras locales hubieran sido el único acontecimiento político de los diferentes cantones, y la isla, salvaje, medianamente poblada, muy mal cultivada, hubiera conservado, no obstante, una doble población, ahora condenada a desaparecer, por efecto de la funesta influencia de leyes e instituciones sin relación con la estructura de la inteligencia de los negros, con sus intereses, con sus necesidades.

Estos ejemplos de Santo Domingo y de las islas Sandwich son harto concluyentes. No puedo sin embargo resistir al deseo de referirme aún, antes de abandonar definitivamente este asunto, a otro hecho análogo y cuyo carácter particular presta una fuerza muy grande a mi opinión. Se trata de un ejemplo de muy otra naturaleza, que me brindan las tentativas de los padres jesuítas para civilizar a los indígenas del Paraguay.

Estos misioneros, por la elevación de su inteligencia y lo raro de su coraje, han excitado la admiración universal; los enemigos más declarados de su Orden no han podido regatearles los elogios. En efecto, si instituciones surgidas de un espíritu extraño a una nación han tenido jamás algunas probabilidades de éxito, son seguramente aquellas fundadas en la fuerza del sentimiento religioso. Los Padres estaban persuadidos de que la barbarie es a la vida de los pueblos lo que la infancia es a la de los individuos, y que cuanto más salvaje e inculta se muestra una nación, más joven es.

Para conducir sus neófitos a la adolescencia, tratáronles pues como a niños, imponiéndoles un gobierno despótico tan firme en sus propóstitos y voluntades, como suave y afectuoso en la forma. Las disposiciones nativas de los Guaraníes, a los cuales los jesuítas acababan de dirigirse, no contrastaban, sobre este punto, con las de los demás indígenas. Con todo, por una feliz circunstancia, esos pueblos mostraban una inteligencia relativamente desarrollada, algo menos de ferocidad quizá que algunos de sus vecinos, y cierta facilidad para concebir nuevas necesidades. Todo lo que la experiencia, el estudio diario, la viva caridad, enseñaban a los jesuítas, resultaba provechoso; hacíanse incesantes esfuerzos para activar el éxito sin comprometerlo. Pese a tantos cuidados, sentíase no obstante que no bastaba el poder absoluto para constreñir a los neófitos a persistir en la buena vía, y era posible convencerse, en muchas ocasiones, de la falta de solidez real del edificio.

Cuando las medidas del conde de Aranda echaron del Paraguay a sus piadosos y hábiles civilizadores, se tuvo de lo que antecede la más triste y completa demostración. Los Guaraníes, privados de sus guías espiritua-

les, negaron toda confianza a los jefes laicos enviados por la Corona de España. No mostraron ningún apego a sus nuevas instituciones. El gusto por la vida salvaje acometióles de nuevo, y hoy, a excepción de treinta y siete pequeños poblados que vegetan todavía en las orillas del Paraná, del Paraguay y del Uruguay, aldeas que encierran ciertamente un núcleo de población mestiza, todos los restantes han vuelto a las selvas y allí viven en un estado tan salvaje como las tribus occidentales de igual origen, los Guaraníes y los Cirionos. Los fugitivos han vuelto a adoptar, no diré sus viejas costumbres en toda su pureza, pero sí costumbres que poco difieren de ellas y que de ellas derivan directamente, y eso porque no es dable a ninguna raza humana mostrarse infiel a sus instintos ni abandonar el sendero en el cual Dios la ha colocado. Cabe creer que si los jesuítas hubiesen seguido rigiendo sus misiones del Paraguay, sus esfuerzos, ayudados por el tiempo, hubieran determinado mejores éxitos. Lo admito; pero con esta condición única, siempre la misma, de que, al amparo de su dictadura, hubieren venido grupos de población europea a establecerse poco a poco en el país, se hubieran mezclado con los nativos, hubiesen primero modificado, y luego cambiado completamente la sangre, y, en estas condiciones, habríase formado en aquellos parajes un Estado designado acaso con un nombre aborigen, vanagloriándose quizá de descender de antepasados autóctonos, pero de hecho, en realidad, tan europeo como las instituciones que lo hubieren regido.

He aquí cuanto tenía que decir sobre las relaciones de las instituciones con las razas.

CAPÍTULO VI

EN EL PROGRESO O EN EL ESTACIONAMIENTO, LOS PUEBLOS SON INDEPENDIENTES DE LOS LUGARES QUE HABITAN

Es imposible no tener algo en cuenta la influencia reconocida por muchos sabios a los climas, a la naturaleza del suelo, a la disposición topográfica, sobre el desarrollo de los pueblos; de ella trataré, pues, a fondo.

Se cree generalmente que una nación establecida bajo un clima templado, no bastante ardiente para enervar a los hombres, ni demasiado frío para que el suelo resulte improductivo, a la orilla de grandes ríos, rutas anchas y movibles, en llanuras y valles adecuados a diversos géneros de cultivo, al pie de las montañas cuyo opulento seno rebosa de metales, créese, repito, que esta nación, así ayudada por la Naturaleza, se verá muy pronto conducida a salir de la barbarie, e indefectiblemente se civilizará (1). Por otra parte, y como consecuencia de este razonamiento, se admite sin reparo que las tribus tostadas por el sol o embotadas por los hielos eternos, no disponiendo de otro territorio que las estériles rocas, estarán mucho más expuestas a permanecer en estado de barbarie. Entonces ya

(1) Consultar, entre otros, a Carus: *Ueber ungleiche Befachigung der verschiedenen Menschheitstaemme für hochere geistige Entwickelung.*

no hay que decir que, dada tal hipótesis, la humanidad no será perfectible sino con ayuda de la naturaleza material, y que todo su valor y su grandeza existirían en germen fuera de ella misma. Por muy especiosa que, a primera vista, resulte esta opinión, no concuerda en ningún punto con los numerosos hechos que la observación nos brinda.

No hay ciertamente países más fértiles, ni climas más suaves que los de los diferentes países de América. Allí abundan los grandes ríos; sus golfos, bahías y puertos son vastos, profundos, magníficos, numerosos; los metales preciosos se encuentran a ras del suelo; la naturaleza vegetal prodiga casi espontáneamente los medios de existencia más variados, en tanto que la fauna, rica en especies alimenticias, ofrece recursos todavía más substanciales. Y, sin embargo, la mayor parte de sus afortunados países es habitada, desde muchísimos siglos, por tribus incapaces de la explotación, siquiera muy mediocre, de sus inmensos tesoros.

Varios de ellos se han hallado en vías de hacer algo más. Un parvo cultivo, un bárbaro laboreo del mineral, son hechos que observamos en más de un sitio. Algunas artes útiles, ejercidas con cierto talento, sorprenden todavía al viajero. Pero todo esto, en definitiva, es muy poco y no forma un conjunto, un haz del que haya surgido nunca una civilización. Ciertamente existió, en épocas muy remotas, en el país comprendido entre el lago Erie y el golfo de Méjico, desde el Missouri hasta las montañas Rocosas (1), una nación que ha dejado notables huellas de su paso. Los restos de construcciones, las inscripciones grabadas en las rocas, los túmulos (2), las momias indican una cultura intelectual avanzada. Pero nada prueba que entre aquella misteriosa nación y las tribus hoy errantes sobre sus tumbas exista un cercano parentesco. En todos los casos, si, por efecto de un lazo natural cualquiera, o de una iniciación de esclavos, los actuales aborígenes han heredado de los antiguos dueños del país la primera noción de las artes que practican en un estado elemental, no podría menos de sorprendernos la imposibilidad por ellos manifestada de perfeccionar lo que se les había enseñado. En ello encontraría yo otro motivo para continuar convencido de que el primer pueblo que allí llegase, colocado en las circunstancias geográficas más favorables, no estaría, por este mismo hecho, destinado a civilizarse. Al contrario, entre la aptitud de un clima y de un país a subvenir a las necesidades del hombre y el hecho de la civilización, existe una independencia completa. La India es un país que ha habido que fertilizar, y lo mismo el Egipto (3). He aquí dos centros muy célebres de la cultura

(1) Prichard, *Histoire naturelle de l'homme*, t. II, p. 80 y siguientes. E. G. Squier, *Observations on the aboriginal monuments of the Mississipi Valley*.

(2) La construcción muy particular de estos túmulos, y los numerosos utensilios e instrumentos que encierran, ocupan extraordinariamente, en este momento, la atención de los arqueólogos americanos. En el cuarto volumen tendré ocasión de exponer una opinión sobre el valor de esas reliquias, desde el punto de vista de la civilización; de momento, me limitaré a decir que su extremada antigüedad no puede ser puesta en duda. Bastará señalar que los esqueletos descubiertos en los túmulos quedan pulverizados al más leve contacto del aire.

(3) La India antigua necesitó, de los primeros colonos de raza blanca, inmensos trabajos de roturación. Ver Lassen, *Indische Alterthumskunde*, t. I. Para el Egipto, ver M. de Bunsen, *Ægyptens Stelle in der Weltgeschichte*.

y del perfeccionamiento humanos. La China, al lado de la fecundidad de algunas de sus regiones, ha ofrecido en otras dificultades casi insuperables. Los primeros acontecimientos los constituyen las luchas contra los ríos; los primeros favores de los antiguos emperadores consisten en la apertura de canales, en la desecación de pantanos. En la región mesopotámica del Éufrates y del Tigris, teatro del esplendor de los primeros Estados asirios, territorio santificado por la majestad de los recuerdos más sagrados, en aquellas regiones donde se dice que el trigo candeal crece espontáneamente (1), el suelo es sin embargo tan poco productivo de suyo, que sólo a costa de vastos y penosísimos trabajos de irrigación pudo lograrse hacerlo apto para el cultivo.

Actualmente en que los canales están destruídos, sepultados u obstruídos, la esterilidad ha vuelto a enseñorearse de la tierra. Me siento pues muy inclinado a creer que la naturaleza no habría favorecido esas regiones tanto como generalmente se cree. Con todo, no discutiré este punto. Admito que China, Egipto, India y Asiria hayan sido lugares completamente apropiados al establecimiento de grandes Imperios y al desarrollo de poderosas civilizaciones; concedo que estos lugares hayan reunido las mejores condiciones de prosperidad. Pero estas condiciones — se convendrá también en ello — eran de tal naturaleza que, para sacar partido de ellas, era indispensable haber alcanzado previamente, por otras vías, un alto grado de perfeccionamiento social. Así, para que el comercio pudiese explotar las vías fluviales, era preciso que la industria o por lo menos la agricultura existiesen ya, y la atracción hacia los pueblos vecinos no hubiera podido producirse de no existir de antiguo ciudades y mercados florecientes. Las grandes ventajas otorgadas a China, India y Asiria suponen pues, entre los pueblos que han sacado buen partido de ello, una verdadera vocación intelectual e incluso una civilización anterior a la fecha en que la explotación de esas ventajas pudo comenzar. Pero dejemos las regiones especialmente favorecidas, y dirijamos a otra parte nuestras miradas.

Cuando los Fenicios, en su migración, vinieron de Tilos, o de otro lugar cualquiera del Sudeste, ¿qué encontraron en el cantón de Siria donde se establecieron? Una costa árida, pedregosa, estrechamente encerrada entre el mar, y cordilleras rocosas que parecían condenadas para siempre a la esterilidad. Un territorio tan miserable constreñía a la nación a no extenderse nunca, ya que por todos lados se encontraba circundado por una red de montañas. Y sin embargo este lugar, que debía de ser una prisión, se convirtió, gracias al espíritu industrioso de sus naturales, en un nido de templos y de palacios. Los Fenicios, condenados para siempre a no ser más que unos groseros ictiófagos, o a lo sumo unos miserables piratas, fueron piratas, es cierto, pero a lo grande, y, además, mercaderes osados y hábiles, especuladores audaces y afortunados. ¡Bien! exclamará algún contradictor, la necesidad es madre de la invención; si los fundadores de Tiro y de Sidón hubiesen habitado las llanuras de Damasco, satisfechos de los pro-

(1) Syncellus. *Obras.*

ductos de la agricultura, quizá no hubieran sido nunca un pueblo ilustre. La miseria les aguijoneó, la miseria aguzó su genio.

¿Y por qué pues no despierta el de tantas tribus africanas, americanas, oceánicas, colocadas en circunstancias anaálogas? ¿Por qué las cabilas de Marruecos, raza antigua y que ha tenido ciertamente el tiempo necesario para meditar, y, cosa más sorprendente todavía, todas las incitaciones posibles a la simple imitación, no ha concebido nunca otra idea más fecunda, para mejorar su desdichada suerte, que el puro y simple bandidaje marítimo? ¿Por qué, en el archipiélago de las Indias, que parece creado para el comercio, en aquellas islas oceánicas que tan fácilmente pueden comunicarse unas con otras, las relaciones pacíficamente fructuosas se desarrollan casi absolutamente entre razas extranjeras, la china, la malaya y la árabe? Y allí donde pueblos semiindígenas o naciones mestizas han podido apoderarse de ellas, ¿por qué disminuye la actividad? ¿Por qué la circulación no tiene lugar sino en condiciones cada vez más elementales? Es que en realidad, para que un Estado comercial se establezca en una costa o en una isla cualquiera, precisa algo más que la perspectiva del mar, los estímulos nacidos de la esterilidad del suelo, e incluso las lecciones de la experiencia ajena: es necesaria, en el espíritu de los naturales de aquella costa o de aquella isla, la aptitud especial susceptible de conducirle a aprovechar los instrumentos de trabajo y de éxito colocados a su alcance.

Pero no me limitaré a mostrar que una situación geográfica, declarada conveniente porque es fértil, o, precisamente, porque no lo es, deja de prestar a las naciones su valor social: conviene aún dejar bien establecido que este valor social es del todo independiente de las circunstancias materiales circundantes. Citaré a los Armenios, encerrados en sus montañas (en aquellas mismas montañas donde tantos otros pueblos viven y mueren bárbaros de generación en generación), alcanzando, desde una antigüedad muy remota, una civilización bastante elevada. Aquellas regiones permanecían, sin embargo, casi cerradas, sin gran fertilidad, sin comunicación con el mar.

Los Judíos se encontraban en una situación análoga, rodeados de tribus que hablaban dialectos de una lengua con ellos emparentada, y la mayor parte de las cuales estaban unidas a ellos por lazos de sangre; se adelantaron, sin embargo, a todos esos grupos. Los hemos visto guerreros, agricultores, comerciantes; los hemos visto, bajo aquel gobierno singularmente complicado, en el que la monarquía, la teocracia, el poder patriarcal de los cabezas de familia y el poderío democrático del pueblo, representado por las Asambleas y los profetas, se equilibraban de una manera muy extraña, atravesar luengos siglos de prosperidad y de gloria, y vencer, por un sistema de emigración de los más inteligentes, las dificultades que oponían a su expansión los estrechos límites de su territorio. ¿Y qué era entonces aquel territorio? Los viajeros modernos saben a costa de qué sabios esfuerzos los agrónomos israelitas conservaban su ficticia fecundidad. Desde que aquella raza escogida no habita ya sus montañas y llanuras, el pozo donde se abrevaban los rebaños de Jacob está cubierto de arena, la viña de Nabot ha sido invadida por el desierto, exactamente como el emplazamiento del palacio de Acab por las zarzas. Y en aquel miserable rincón del mundo, ¿qué fueron los Judíos? Lo repito, un pueblo hábil en todo cuanto acometió, un pueblo libre, un pueblo fuerte, un pueblo inteligente, y que, antes de per-

der valerosamente, empuñando las armas, el título de nación independiente, había dado al mundo tantos doctores como mercaderes (1).

Los Griegos, los mismos Griegos, distaban mucho de poder felicitarse en todo de las circunstancias geográficas. Su país no era, en muchas de sus partes, más que una tierra miserable. Si la Arcadia fué un país amado de los pastores, si la Beocia mostróse cara a Ceres y a Triptolemo, la Arcadia y la Beocia desempeñan un papel muy insignificante en la historia helénica. La misma rica Corinto, la ciudad favorita de Pluto y de Venus Melanis, no figura ahí más que en segundo término. ¿En quién recae la gloria? En Atenas, donde un blanco polvo cubría la campiña y los magros olivos; en Atenas, que, por principal comercio, vendía estatuas y libros; luego a Esparta, enterrada en un angosto valle, al fondo de un hacinamiento de rocas adonde iba a buscarle la victoria.

Y Roma, en el pobre cantón del Lacio donde la levantaran sus fundadores, al borde de aquel pequeño Tíber que iba a desembocar en una costa casi desconocida, donde nunca ninguna nave fenicia o griega echaba el ancla como no fuese por casualidad, ¿fué por su disposición topográfica como pudo erigirse en dueña del orbe? Tan pronto como el mundo obedeció a las insignias romanas, la política encontró su metrópoli mal situada, y la Ciudad Eterna empezó la larga serie de sus afrentas. Los primeros emperadores, vueltas constantemente sus miradas hacia Grecia, residieron allí casi siempre. Tiberio, en Italia, permanecía en Capri, entre las dos mitades de su universo. Sus sucesores iban a Antioquía. Algunos, preocupados con los asuntos gálicos, subieron hasta Trevi. Por último, un decreto final arrebató a Roma el mismo título de capital para dárselo a Milán. Así que si los Romanos hicieron que se hablase de ellos en el mundo, fué ciertamente a pesar de la situación del distrito de donde procedían sus primeros ejércitos, y no a causa de aquella situación.

Descendiendo a los tiempos modernos, la multitud de hechos en que puedo apoyarme me embaraza. Veo la prosperidad alejarse completamente de las costas mediterráneas, prueba irrefragable de que no estaba indisolublemente unida a ellas. Las grandes ciudades mercantiles de la Edad Media surgen allí donde ningún teorizante de las épocas pretéritas hubiese pensado nunca en construirlas. Novgorod se levanta en un país helado; Bremen, en una costa casi fría. Las ciudades hanseáticas del centro de Alemania se fundan en medio de un país apenas despierto; Venecia aparece al fondo de un golfo profundo. La preponderancia política brilla en lugares escasamente conocidos antes. En Francia, es al norte del Loire y casi más allá del Sena donde reside la fuerza. Lyón, Tolosa, Narbona, Marsella, Burdeos, pierden el elevado rango a que las llevó la predilección de los Romanos. Es París la que se convierte en una ciudad importante, París, un burgo harto alejado del mar para el comercio, y que se sentirá demasiado cerca cuando lleguen los barcos normandos. En Italia, ciudades, antaño de última categoría, aventajan a la ciudad de los papas; Ravena se desvela en el fondo de sus pantanos; Amalfi es ya de tiempo poderosa. Observo, de paso, que el azar no intervino para nada en estos cambios, todos los cuales se explican por la presencia en un punto dado de una raza victoriosa o preponderante.

(1) Salvador, *Histoire des Juifs*, In-8.º. París.

Quiero significar que no fué el lugar lo que determinó el valor de la nación, y que nunca lo ha determinado, ni lo determinará jamás; al contrario, era la nación la que daba, ha dado y dará al territorio su valor económico, moral y político.

A fin de ser todo lo claro posible, añadiré sin embargo que no está en mi pensamiento el negar la importancia de la situación para ciertas ciudades, ya se trate de factorías, de puertos de mar o de capitales. Las observaciones que se han hecho, a propósito de Constantinopla y de Alejandría especialmente, son incontestables (1). Cierto es que existen en el Globo diferentes puntos que podemos llamar las llaves del mundo; así se concibe que, en el caso de la apertura del istmo de Panamá, el poderío que posea la ciudad no construída aún sobre este canal hipotético (2) habrá de influir considerablemente en los problemas mundiales. Pero esta influencia, una nación la ejerce acertadamente o bien desacertadamente o aun deja de ejercerla en absoluto, según lo que ella valga. Ensanchad el río Chagres, y haced que los dos mares se unan bajo sus muros; luego poblad la ciudad con una colonia a gusto vuestro: de vuestra elección depende el porvenir de la nueva ciudad. En el caso de que la raza sea verdaderamente digna de la elevada suerte a la que habrá sido llamada, si la situación de Chagres no es precisamente la más a propósito para favorecer todas las ventajas de la unión de los dos océanos, aquella población abandonará su residencia e irá a otro sitio para desplegar con entera libertad los esplendores de su destino (3).

CAPÍTULO VII

El cristianismo no crea ni transforma la aptitud civilizadora

Tras de las objeciones sacadas de las instituciones y de los climas, hallamos otra que, a decir verdad, hubiera debido anteponer a todas las demás, y no porque la juzgue de mayor peso, sino por el hecho especial en que se apoya. Adoptando como justas las conclusiones que preceden, resultan cada vez más evidentes dos afirmaciones: es, primero, que la mayoría de razas humanas son absolutamente inaptas para la civilización, a menos de que se mezclen; segundo, que no sólo estas razas carecen del resorte interior, reputado necesario para ser empujadas hacia la vía del perfeccionamiento, sino que, además, todo agente exterior es impotente para fecundar su esterilidad orgánica, aun cuando ese agente pueda ser muy enérgico. Aquí se preguntará, sin duda, si el cristianismo debe brillar en vano para naciones enteras; si habrá pueblos condenados a no conocerlo nunca.

Ciertos autores han respondido afirmativamente. Colocándose sin escrú-

(1) M. Saint-Marc Girardin, *Revue des Deux Mondes*.

(2) No hay que echar en olvido la fecha, en mucho anterior a la de la apertura del canal, en que fué escrito este libro. *(N. del T.)*

(3) Ewald, en su obra *Geschichte des Wolkes israël* (t. I, p. 259) demuestra, con gran acopio de datos, cuán escasa influencia ejerce el territorio material sobre el carácter y la civilización de un pueblo.

pulos en contradicción con la promesa evangélica, han negado el carácter más relevante de la nueva ley, que es precisamente el de ser accesible a la universalidad de los hombres. Tal opinión reproducía la fórmula estrecha de los Hebreos. Era volver de nuevo a ella, entrando por una puerta menos ancha que la de la Antigua Alianza; pero era volver a ella de nuevo. No me siento en modo alguno dispuesto a seguir a los partidarios de esta idea condenada por la Iglesia, ni experimento el menor reparo en reconocer plenamente que todas las razas humanas están dotadas de igual capacidad para entrar en el seno de la comunión cristiana. Sobre este punto, nada de impedimento original, nada de trabas en la naturaleza de las razas; sus desigualdades no influyen en ello para nada. Las religiones no están, como se ha querido pretender, separadas por zonas sobre la superficie del Globo con sus sectarios. No es verdad que de tal grado del meridiano a tal otro el cristianismo deba dominar, mientras que a partir de tal límite el islamismo tomará el imperio para conservarlo hasta el linde infranqueable en que deberá cederlo al budismo o al brahmanismo, en tanto que los camanistas, los fetichistas se repartirán lo que quede del mundo.

Los cristianos están diseminados por todas las latitudes y bajo todos los climas. La estadística, desde luego imperfecta, pero probable en sus datos, nos los muestra en gran número: Mogoles errantes por las llanuras del Alta Asia; salvajes cazando en las mesetas de las cordilleras; Esquimales pescando entre los hielos del polo ártico; en fin, Chinos y Japoneses sucumbiendo bajo el látigo de los perseguidores. La observación no permite ya sobre esta cuestión la más leve duda. Pero la misma observación no permite tampoco que se confunda, como se hace a diario, el cristianismo, la aptitud universal de los hombres a reconocer sus verdades y a practicar sus preceptos, con la facultad, muy diferente, de un orden muy otro, de muy diferente naturaleza, que lleva a tal familia humana, con exclusión de todas las demás, a comprender las *necesidades* puramente terrestres del perfeccionamiento social, y a saber preparar y atravesar sus fases, para elevarse al estado que llamamos *civilización,* estado cuyos grados marcan las relaciones de desigualdad de las razas entre sí.

Se pretendió, desde luego equivocadamente, en el último siglo, que la doctrina del renunciamiento, que constituye una parte capital del cristianismo, era, por naturaleza, muy opuesta al desenvolvimiento social, y que las personas cuyo mérito supremo debe ser el de no ambicionar nada en la Tierra y el de tener siempre fijas las miradas en la Jerusalén celeste, no son muy indicadas para hacer progresar los intereses de este mundo. La imperfección humana se encarga de redargüir el argumento. Nunca ha sido de temer seriamente que la humanidad renuncie a las cosas del siglo, y, por muy expresas que fuesen a este respecto las recomendaciones y consejos, puede decirse que, luchando contra una corriente conceptuada irresistible, pedíase mucho, con el solo fin de conseguir algo. Por lo demás, los preceptos cristianos son un gran vehículo social, en el sentido de que moderan las costumbres, facilitan las relaciones por la caridad, condenan toda violencia, obligan a oponerse a ella con la simple fuerza del razonamiento, y reclaman por tanto para el alma una plenitud de autoridad que, en millares de casos, redunda en beneficio de la carne. Después, dada la naturaleza enteramente metafísica e intelectual de sus dogmas, la religión invita al espíritu a ele-

varse, en tanto que, por la pureza de su moral, tiende a despojarle de una multitud de debilidades y vicios corrosivos, peligrosos para el progreso de los intereses materiales. Contrariamente, pues, a los filósofos del siglo XVIII, hay fundados motivos para otorgar al cristianismo el epíteto de civilizador; pero precisa hacerlo con mesura, para no incurrir en errores profundos.

El cristianismo es civilizador en tanto que vuelve al hombre más reflexivo y más moderado; sin embargo, no lo es sino indirectamente, ya que no aspira a aplicar esa moderación y ese desarrollo de la inteligencia a las cosas perecederas, y vémosle por doquier darse por satisfecho del estado social en que encuentra a sus neófitos, por imperfecto que ese estado resulte. Con tal de que logre extirpar lo que daña a la salvación del alma, el resto no le importa nada. Deja a los Chinos con su indumentaria, a los Esquimales con sus pieles; a los primeros alimentándose de arroz; a los segundos, de grasa de ballena, absolutamente tal como los encontrara, y no concede ninguna importancia al hecho de que puedan adoptar otro género de vida. Si el estado de esos individuos permite una mejora derivada de sus doctrinas, el cristianismo contribuirá ciertamente a favorecerla; pero no cambiará en modo alguno los hábitos que descubrió en ellos, ni forzará el paso de una civilización a otra, puesto que él no ha adoptado ninguna; el cristianismo se sirve de todas, y está por encima de todas. Los hechos y las pruebas abundan: voy a hablar de ellos; pero, ante todo — séame permitido confesarlo —, no he comprendido nunca esa doctrina moderna que consiste en identificar la ley de Dios con los intereses de este mundo de tal modo que se hace surgir de ello un supuesto orden de cosas llamado la *civilización cristiana.*

Existe indudablemente una civilización pagana, una civilización brahmánica, búdica, judaica. Han existido, existen, sociedades en las cuales la religión ha constituído la base, ha dado la forma, compuesto las leyes, regulado los deberes civiles, marcado los límites, indicado las hostilidades; sociedades que no subsisten sino apoyándose en las prescripciones más o menos amplias de una fórmula teocrática, y que no podemos imaginar como vivientes sin su fe y sus ritos, del mismo modo que los ritos y la fe no son tampoco posibles sin el pueblo por ellos formado. Toda la antigüedad ha vivido más o menos según esta regla. La tolerancia legal, invención de la política romana, y el vasto sistema de asimilación y de fusión de los cultos, obra de una teología decadente, fueron, para el paganismo, los frutos de las últimas épocas. Pero, mientras se mantuvo joven y fuerte, a las diversas ciudades correspondieron otros tantos Júpiteres, Mercurios y Venus diferentes, y el Dios, celoso, de muy otra manera que el de los Judíos y aun más exclusivo, no reconocía, ni en este mundo ni en el otro, sino a sus ciudadanos. Así, cada civilización de este género se forma y desarrolla bajo la égida de una divinidad, de una religión particular. El culto y el Estado se han unido a ella de una manera tan estrecha y tan inseparable, que se sienten igualmente responsables del mal y del bien. Que se reconozcan, pues, a Cartago las huellas políticas del culto al Hércules tirio; creo que en verdad podrá confundirse la acción de la doctrina predicada por los sacerdotes con la política de los sufetes y la dirección del desenvolvimiento social. Tampoco dudo de que el Anubis de cabeza de chacal, la Isis Neit y los Ibis hayan enseñado a los hombres del valle del Nilo todo lo que supieron y practi-

caron; pero la mayor novedad aportada al mundo por el cristianismo, es precisamente la de actuar de una manera del todo opuesta a las religiones precedentes. Éstas tenían sus pueblos; aquél no tuvo el suyo: no escogió a nadie, se dirigió a todos, y no sólo a los ricos lo mismo que a los pobres, sino que empezó recibiendo del Espíritu Santo la lengua de cada uno (1), a fin de hablar a cada cual el idioma de su país y de anunciar la fe con las ideas y mediante las imágenes más comprensibles para cada nación. No venía a cambiar el exterior del hombre, el mundo material, sino que enseñaba a menospreciarlo. No pretendía modificar más que el ser interior. Un libro apócrifo, venerable por su antigüedad, ha dicho: «Que el fuerte no se envanezca de su fuerza, ni el rico de sus riquezas; sino que aquel que desee ser glorificado se glorifique en el Señor (2).» Fuerza, riqueza, poderío mundano, medios de adquirirlo, todo eso no cuenta para nuestra ley. Ninguna civilización, de cualquier género que sea, atrajo nunca su admiración ni provocó su desdén, y débese a esta rara imparcialidad, y únicamente por los efectos a que dió lugar, el que esta ley pudiese llamarse con razón *católica*, universal, pues no es exclusiva de ninguna civilización, ni vino a preconizar exclusivamente ninguna forma de existencia terrestre, sino que, por el contrario, no rechaza ninguna y aspira a purificarlas todas.

Las pruebas de esta indiferencia por las formas exteriores de la vida social, por la misma vida social, llenan primero los libros canónicos, luego los escritos de los Padres, finalmente las narraciones de los misioneros, desde la época más remota hasta nuestros días. Con tal que, en un hombre cualquiera, penetre la creencia, y que, en los actos de su vida, tienda esta criatura a no hacer nada que conculque las prescripciones religiosas, lo demás es indiferente a los ojos de la fe. ¿Qué importan, en un converso, la forma de su casa, el corte y la materia de sus ropas, las reglas de su gobierno, el grado de despotismo o de libertad que anime a sus instituciones políticas? Pescador, cazador, labrador, navegante, guerrero, ¿qué importa? ¿Existe, en estos diversos modos de la existencia material, nada que pueda impedir al hombre abrir los ojos a la luz cristiana, cualquiera que sea la raza de que provenga, Inglés, Turco, Siberiano, Americano, Hotentote? Absolutamente nada; y, una vez obtenido este resultado, todo lo demás cuenta poco. El salvaje es susceptible de convertirse, sin dejar de ser salvaje, en un cristiano tan perfecto, en un elegido tan puro como el más santo prelado de Europa. He aquí la relevante superioridad del cristianismo. lo que le presta su principal carácter de *gracia.* Y ésta no es lícito negársela sólo para seguir una corriente favorita de nuestro tiempo y de nuestros países, que es la de buscarle a todo, incluso a las cosas más santas, un lado materialmente útil.

Desde que existe, la Iglesia ha convertido a infinidad de naciones, y en todas ha dejado reinar, sin atacarlo nunca, el estado político que ha encontrado en cada una. Su comienzo, frente al mundo antiguo, fué protestar de que ella no quería meterse para nada en la forma exterior de la sociedad. Ha habido ocasión en que incluso se le ha reprochado un exceso de tolerancia a este respecto. Daré como prueba el asunto de los jesuítas

(1) *Act. Apost.*, II, 4, 8, 9, 10, 11.
(2) Evangelios apócrifos. *Historia de José el Carpintero*, cap. I.

en la cuestión de las ceremonias chinas. Lo que no se ve, es que ella haya señalado nunca al mundo un tipo único de civilización al que sus creyentes tuviesen que adherirse. A todo se acomoda, incluso a la choza más tosca, y allí donde se encuentra un salvaje bastante estúpido para dejar de comprender la utilidad de un abrigo, allí se encuentra igualmente un misionero bastante abnegado para sentarse a su lado en la dura roca y no pensar sino en hacer penetrar en su alma las nociones esenciales de la salvación. El cristianismo no es, pues, civilizador tal como comúnmente lo entendemos; puede, por consiguiente, ser adoptado por las razas más diversas sin herir sus aptitudes especiales ni pedirles nada que rebase el límite de sus facultades.

Acabo de decir, un poco antes, que elevaba el alma por la sublimidad de sus dogmas, y engrandecía el espíritu por su sutilidad. Sí, en la medida en que el alma y el espíritu a los cuales se dirige son susceptibles de elevarse y engrandecerse. Su misión no estriba en difundir el don del genio ni en ofrecer ideas a quien esté falto de ellas. Ni el genio ni las ideas son necesarios para la salvación. El cristianismo ha declarado, por el contrario, que prefería los pequeños y los humildes a los fuertes. No da más que lo que quiere que se le rinda. Fecunda, pero no crea; sirve de sostén, pero no eleva; toma al hombre tal como es, y únicamente le ayuda a andar: si el hombre es cojo, no le pide que eche a correr. Así, al abrir la vida de los santos, ¿me encontraré con sabios varones? No, ciertamente. La multitud de bienaventurados cuyo nombre y memoria venera la Iglesia, se compone sobre todo de individualidades notables por sus virtudes y su abnegación, pero que, rebosando genio en las cosas del Cielo, carecen de él para las cosas de la Tierra; y cuando me presentan a santa Rosa de Lima venerada igual que san Bernardo, a santa Zita implorada lo mismo que santa Teresa, y a todos los santos anglosajones, a la mayoría de monjes irlandeses, y a los rudos solitarios de la Tebaida de Egipto, y a aquellas legiones de mártires que, del seno del populacho terrestre, han logrado, merced a un rasgo de valor y de sacrificio, brillar eternamente en la gloria, captando el mismo respeto que los más hábiles defensores del dogma y los más sabios panegiristas de la fe, me siento autorizado a repetir que el cristianismo no es civilizador en el sentido estricto y mundano que damos a esta palabra, y que, así como no pide a cada hombre sino lo que cada cual ha recibido, tampoco pide a cada raza sino aquello de que es capaz, absteniéndose de asignarle, en la asamblea política de los pueblos del Universo, un rango más elevado que el que sus facultades le confieren. Por consiguiente, no admito en modo alguno el argumento igualitario que confunde la posibilidad de adoptar la fe cristiana con la aptitud para un desarrollo intelectual indefinido. Veo a la mayoría de tribus de la América meridional conducidas desde hace siglos al regazo de la Iglesia, y sin embargo permanecer siempre salvajes, siempre inaptas a la civilización europea que se extiende ante sus ojos. Nada me sorprende que, en el Norte del Nuevo Continente, los Cherokis hayan sido en gran parte convertidos por ministros metodistas; pero mucho me extrañaría que aquellas tribus llegasen nunca a formar, desde luego manteniéndose puras, uno de los Estados de la Confederación americana, y a ejercer alguna influencia en el Congreso. Encuentro todavía muy natural que los luteranos daneses y moravos hayan abierto los ojos de los

Esquimales a la luz religiosa; pero no lo encuentro menos que sus neófitos hayan permanecido por lo demás absolutamente en el mismo estado social en que antes se encontraban. Finalmente, para terminar, constituye, a mis ojos, un hecho simple y natural el que los Lapones suecos continúen en el mismo estado de barbarie que sus antepasados, aun cuando, desde hace siglos, hayan penetrado allí las salvadoras doctrinas del Evangelio. Sinceramente creo que todos esos pueblos podrán producir, han producido ya quizá, personas notables por su piedad y la pureza de sus costumbres; pero no confío ver salir nunca de allí sabios teólogos, inteligentes militares, profundos matemáticos, artistas de mérito, en una palabra, esa selección de espíritus refinados cuyo número y perpetua sucesión constituyen la fuerza y la fecundidad de las razas dominadoras, en mayor grado aún que la rara aparición de aquellos genios sin par que no son seguidos de los pueblos por las vías en las cuales se aventuran sino cuando estos pueblos están conformados de tal modo que les lleva a comprenderlos y a avanzar bajo su dirección. Es, pues, necesario y justo desinteresar enteramente al cristianismo en el asunto. Si todas las razas son igualmente capaces de conocerlo y de apreciar su benéfica influencia, no es misión del cristianismo el volverlas a todas iguales: su reino, podemos decirlo resueltamente, en el sentido de que aquí se trata, no es de este mundo.

Pese a lo que antecede, abrigo el temor de que algunas personas, harto acostumbradas, por una participación natural en las ideas del tiempo, a juzgar los méritos del cristianismo a través de los prejuicios de nuestra época, experimenten alguna dificultad en desprenderse de nociones inexactas, y que, aun aceptando en masa las observaciones que acabo de exponer, se sientan inclinadas a atribuir a la acción indirecta de la religión sobre las costumbres, y de las costumbres sobre las instituciones, y de las instituciones sobre el conjunto del orden social, una fuerza determinante que yo estoy muy lejos de reconocerle. Estos contradictores pensarán que, siquiera por la influencia personal de los propagadores de la fe, algo habrá en su sola frecuentación que contribuya a modificar sensiblemente la situación política de los convertidos y sus ideas de bienestar material. Dirán, por ejemplo, que estos apóstoles, surgidos casi constantemente, aunque no necesariamente, de una nación más avanzada que aquella a la cual aportan la fe, van a verse llevados, como por instinto, a reformar los hábitos puramente humanos de sus neófitos, al mismo tiempo que enderezarán su conducta moral. ¿Que se trata de salvajes, de pueblos reducidos, por su ignorancia, a soportar grandes miserias? Se esforzarán en enseñarles las artes útiles y en mostrarles la manera de escapar al hambre por las labores de cultivo, al tiempo que les suministrarán los instrumentos a propósito. Después estos misioneros, yendo todavía más lejos, les enseñarán a construir mejores abrigos, a cuidar del ganado, a desviar la corriente de un río, ya para atender al riego, ya para evitar las inundaciones. Poco a poco, acabarán despertando en ellos el interés por las cosas puramente intelectuales hasta hacerles aprender el uso del alfabeto, y quizá aun, como aconteció entre los Cherokis (1), para inventar uno ellos mismos. En fin, de lograr éxitos verdaderamente notables, llevarán a su tribu, ya bien preparada, a

(1) Prichard, *Histoire naturelle de l'homme*, t. II., p. 120.

imitar tan de cerca las costumbres por ellos predicadas, que en lo sucesivo, enteramente amoldada a la explotación de la tierra, poseerá, como aquellos mismos Cherokis de que he hablado, y como los Criks de la ribera Sur del Arkansas, rebaños perfectamente cuidados y aun numerosos esclavos negros para trabajar en las plantaciones.

Adrede he escogido los dos pueblos salvajes que se citan como más avanzados; y, lejos de compartir la opinión de los igualitarios, creo, al observar esos ejemplos, que no es posible encontrar una prueba más palpable de la incapacidad general de las razas para avanzar por una vía que su naturaleza propia no bastó a hacerles descubrir.

He aquí dos tribus que han quedado aisladas de numerosas naciones destruídas o expulsadas por los blancos, y, sin embargo, dos tribus que se destacan sobre manera de las otras que se dice descienden de la raza alleghaniense, a la cual se atribuyen los magnos vestigios de antiguos monumentos descubiertos en el Norte del Mississipi. Hay allí ya, en el espíritu de aquellos que pretenden observar la igualdad entre los Cherokis y las razas europeas, una gran desviación respecto del conjunto de su sistema, puesto que la primera palabra de su demostración consiste en establecer que las naciones alleghanienses no se parecen a las anglosajonas sino porque son superiores a las demás razas de la América septentrional. Además, ¿qué les ha ocurrido a aquellas dos tribus de *élite*? El Gobierno norteamericano les ha quitado los territorios en los cuales vivían antiguamente, y, por medio de un tratado de trasplantación, ha hecho emigrar a una y otra hacia un terreno escogido de antemano, donde les ha señalado a cada una su sitio. Allí, bajo la vigilancia del Ministerio de la Guerra y bajo la dirección de los misioneros protestantes, aquellos indígenas han debido abrazar, por la fuerza, el género de vida que hoy practican. El autor a quien debo estos detalles, y que los sacó a su vez de la gran obra de M. Gallatin (1), asegura que el número de Cherokis va en aumento. Alega como prueba que en la época en que Adair los visitó, el número de sus guerreros estimábase en 2.300, y que hoy la cifra total de su población se hace ascender a 15.000 almas, comprendiendo en ella, es cierto, 1,200 negros esclavos propiedad suya; y como añade también que sus escuelas, lo mismo que sus iglesias, están dirigidas por los misioneros, y que estos misioneros, en su condición de protestantes, están casados, si no todos, por lo menos en su mayoría; y tienen hijos o criados de raza blanca, y probablemente también una especie de estado mayor de empleados europeos de todas las profesiones, resulta muy difícil apreciar si realmente ha habido aumento en el número de los indígenas, al paso que resulta muy fácil comprobar la presión vigorosa que la raza europea ejerce allí sobre sus discípulos (2).

Colocados en la manifiesta imposibilidad de hacer la guerra, desterrados, presenciando por todos lados el poderío norteamericano, inconmensurable para su imaginación, y, por otra parte, convertidos a la religión de sus domi-

---

(1) Gallatin, *Synopsis of the indian tribes of North-America.*

(2) No he querido azuzar a M. Prichard acerca de la validez de sus aserciones, que discuto sin contradecirlas. Hubiera, sin embargo, podido limitarme a negarlas por completo, apoyándome en lo que a dicho respecto afirma un autor tan autorizado como A. de Tocqueville en su admirable obra *De la démocratie en Amérique.*

nadores, y habiéndola adoptado, creo yo, sinceramente; tratados con benignidad por sus instructores espirituales y bien convencidos de la necesidad de trabajar como sus mentores lo entienden y les indican, a menos de condenarse a morir de hambre, comprendo que se logre convertirlos en agricultores. Necesariamente se acaba por inculcarles la práctica de aquellas ideas que todos los días y constantemente y sin descanso se les sugiere.

Sería colocar a un nivel muy bajo la misma inteligencia de la última rama, del retoño más humilde de la especie humana, si nos mostrásemos sorprendidos de ello. Sabido es que con ciertos métodos de paciencia y poniendo hábilmente en juego la gula y la abstinencia, se logra enseñar a ciertos animales lo que su instinto no les llevaba en modo alguno a conocer. Y si en los circos contemplamos a diversas bestias salvajes a las cuales se les obliga a ejecutar los juegos más extraños, ¿habrá que maravillarse de que unos hombres sometidos a una educación rigurosa, e imposibilitados de substraerse a ella, logren llenar las funciones de la vida civilizada, que en definitiva, en estado salvaje, podrían también comprender, aun sin la voluntad de practicarlas? ¡Equivaldría a colocar a estos hombres muy por debajo del perro que juega a los naipes y del caballo gastrónomo! Empeñados en querer poner de nuestra parte todos los hechos para transformarlos en argumentos demostrativos de la inteligencia de ciertos grupos humanos, acabamos dándonos por satisfechos harto fácilmente y expresando un entusiasmo poco lisonjero para los mismos que lo excitan.

Sé que hombres muy eruditos, muy sabios, han dado lugar a esas rehabilitaciones algo burdas, pretendiendo que entre ciertas razas humanas y las grandes especies de simios no había más que diferencias de matiz. Como rechazo sin reservas semejante injuria, me es igualmente lícito no aceptar la exageración con la cual se responde a ella. Desde luego, a mis ojos, las razas humanas son desiguales; pero no creo que ningún bruto esté a su nivel y sea semejante a ellas. La última de las tribus, la variedad más grosera, el subgénero más miserable de nuestra especie, es por lo menos capaz de imitación, y no tengo la menor duda de que tomando a un individuo cualquiera entre los más horribles Bosquímanos no se pueda obtener, no de ese mismo individuo, si es ya adulto, sino de su hijo o por lo menos de su nieto, la necesaria inteligencia para aprender y ejercer una profesión, y aun una profesión que exija un cierto grado de estudio. ¿Se concluirá de ello que la nación a que pertenece ese individuo podrá ser civilizada a nuestra manera? Es razonar a la ligera y concluir demasiado de prisa. Media mucha distancia entre el ejercicio de los oficios y de las artes, productos de una civilización avanzada, y esta misma civilización. Y, por otra parte, ¿se está seguro de que los misioneros protestantes puedan llevar concienzudamente a cabo la tarea a ellos impuesta? ¿Son de veras los depositarios de una ciencia social verdaderamente completa? Lo dudo; y si la comunicación entre el Gobierno norteamericano y los mandatarios espirituales que conserva entre los Cherokis llegase a romperse de súbito, el viajero encontraría, unos años después, en las granjas de los indígenas, instituciones muy inesperadas, muy nuevas, fruto de la mezcla de algunos blancos con aquellos pieles rojas, y no vería en ellas sino un pálido reflejo de lo que se enseña en Nueva York.

Se habla a menudo de negros que han aprendido música, de negros que están empleados en casas de banca, de negros que saben leer, escribir, calcu-

lar, bailar, hablar como los blancos; y se les admira, y se concluye que esos individuos tienen aptitud para todo. Y al lado de estas admiraciones y de estas conclusiones prematuras, las mismas personas se extrañarán del contraste que ofrece la civilización de las naciones eslavas con la nuestra. Dirán que los pueblos ruso, polonés, servio, aunque mucho más parecidos a nosotros que los negros, no son civilizados sino exteriormente; pretenderán que únicamente las clases elevadas comparten nuestras ideas, gracias aún a esos incesantes movimientos de fusión con las familias inglesa, francesa, alemana; y pondrán de manifiesto una invencible ineptitud de las masas a incorporarse al movimiento del mundo occidental, aun cuando esas masas sean cristianas desde hace muchos siglos, y que incluso algunas lo hayan sido antes que nosotros. Hay, pues, una gran diferencia entre la imitación y la convicción. La imitación no indica necesariamente una ruptura seria con las tendencias hereditarias, y no se ha penetrado verdaderamente en el seno de una civilización sino cuando está uno mismo en situación de progresar en ella por sí mismo y sin guía (1). En lugar de ensalzarnos la habilidad de los salvajes, de cualquier parte del mundo que sean, para guiar el arado o para leer, una vez lo han aprendido, que nos muestren, en uno de los puntos de la Tierra en contacto secular con los Europeos — y los hay ciertamente en gran número —, un solo lugar donde las ideas, las instituciones, las costumbres hayan sido perfectamente adoptadas, juntamente con nuestras doctrinas religiosas; que todo progrese allí según un movimiento tan propio, tan franco, tan natural como lo vemos en nuestros Estados; un solo lugar donde la imprenta produzca efectos análogos a los de nuestros países, donde nuestras ciencias se perfeccionen, donde se lleven a cabo nuevas aplicaciones de nuestros descubrimientos, donde nuestras filosofías engendren otras filosofías, otros sistemas políticos, una literatura, artes, libros, estatuas y cuadros.

No; no soy tan exigente, tan exclusivo. No pido ya que con nuestra fe un pueblo abrace todo cuanto forma nuestra individualidad; soporto que la rechace; admito que escoja otra muy diferente. Pero que le vea por lo menos, en el momento en que abre los ojos a las luces del Evangelio, cómo comprende de súbito hasta qué punto su marcha terrestre resulta tan embarazada y miserable como no ha mucho lo era su vida espiritual; que le vea crearse a sí mismo un nuevo orden social a su guisa, reuniendo ideas hasta entonces infecundas, admitiendo nociones extranjeras que él transforma. ¡Que ponga manos a la obra! ¡Ahí le aguardo! No pido sino que a ello se decida. Ninguno empieza. Ninguno lo ha intentado nunca. No se me señalará, compulsando todos los registros de la Historia, una sola nación que se haya incorporado a la civilización europea por efecto de adoptar el cristianismo, una sola en que el mismo grande hecho la haya llevado a civilizarse por sí misma.

Pero, en cambio, descubriré en las vastas regiones del Asia meridional y en ciertas partes de Europa, Estados constituídos por varias masas superpuestas de religionarios diferentes. Las hostilidades de las razas se mantendrán inquebrantablemente al lado y a través de las hostilidades de los cultos,

---

(1) Carus (*Ueber die ungleiche Befaehigung der Menschheitsstaemmen*), señala que cuando individuos de esta variedad se han distinguido de algún modo, no ha sido nunca sino bajo la influencia de los blancos.

y se distinguirá al Patán, vuelto cristiano, del Hindú convertido, con la misma facilidad con que se distinguía al Ruso de Oremburgo de las tribus nómadas cristianizadas entre las cuales vivía. Una vez más, el cristianismo no es civilizador, y tiene poderosos motivos para no serlo.

CAPÍTULO VIII

Definición de la palabra «civilización»; el desenvolvimiento social proviene de un doble origen

Aquí importa que haga una digresión indispensable. Me sirvo a cada instante de una palabra que encierra en su significación un conjunto de ideas que interesa definir. Hablo a menudo de la civilización, y, con pleno derecho sin duda, ya que es por la existencia relativa o la ausencia absoluta de esta gran particularidad como puedo únicamente graduar el mérito respectivo de las razas. Hablo de la civilización europea, la cual distingo de las civilizaciones que reputo diferentes. No debo dejar que subsista la menor vaguedad, y mucho menos hallándome en desacuerdo con el célebre escritor que, en Francia, se ha ocupado de modo especial en fijar el carácter y alcance de aquella expresión.

M. Guizot, si oso permitirme combatir su gran autoridad, empieza, en su libro sobre la *Civilización en Europa,* con una confusión de palabras de la que se derivan gravísimos errores. Enuncia el pensamiento de que la civilización es un *hecho.*

O la palabra *hecho* debe entenderse aquí en un sentido mucho menos preciso y positivo que el que comúnmente se le da, en un sentido amplio y algo fluctuante, o bien no sirve para caracterizar la noción comprendida en la palabra *civilización.* La civilización no es un hecho, es *una serie, un encadenamiento de hechos,* más o menos lógicamente unidos unos a otros, y engendrados por un concurso de ideas a menudo bastante múltiples; ideas y hechos que se fecundan sin cesar. Un rodar incesante es a veces la consecuencia de los primeros principios; a veces también esa consecuencia es el estancamiento; en todos los casos, la civilización no es un hecho, es un haz de hechos y de ideas, es un *estado* en el cual se encuentra situada una sociedad humana, un *ambiente* en el cual ha logrado colocarse, y que ella ha creado, y que emana de ella, y que a su vez reacciona sobre ella.

Ese *estado* posee un carácter de generalidad que un *hecho* no posee jamás; se presta a muchas variaciones que un *hecho* no podría soportar sin desaparecer, y, entre otras, es por completo independiente de las formas gubernamentales, desarrollándose lo mismo bajo el despotismo que bajo un régimen de libertad, y no cesando siquiera de existir cuando las conmociones civiles modifican o incluso trastornan absolutamente las condiciones de la vida política.

No se trata, sin embargo, de decir que deban estimarse en poco las formas gubernamentales. Su elección está íntimamente ligada a la prosperidad del cuerpo social: de ser equivocada, la entorpece o la destruye; de ser juiciosa, la favorece y desarrolla. Ahora bien: no se trata aquí de pros-

peridad; la cuestión es más grave: se trata de la propia existencia de los pueblos y de la civilización, fenómeno íntimamente ligado a ciertas condiciones elementales, independientes del estado político, y cuya razón de ser, dirección, expansión, fecundidad o debilidad, todo, en fin, lo que las constituye, parte de raíces inmensamente más profundas. Ni que decir tiene, pues, que, ante consideraciones tan capitales, las cuestiones de conformación política, de prosperidad o de miseria se encuentran relegadas a segundo plano; pues por doquier y siempre, la que ocupa el primer plano es esa cuestión famosa de Hamlet: *ser o no ser.* Para los pueblos, lo mismo que para los individuos, domina ésta por encima de todo. Como M. Guizot no parece haberse enfrentado con esa verdad, la civilización es para él, no un *estado,* ni un *ambiente,* sino un *hecho*; y el principo generador del cual lo deduce es otro hecho de carácter exclusivamente político.

Abramos el libro del elocuente e ilustre profesor: en él encontramos un haz de hipótesis escogidas para poner de relieve la idea dominante. Luego de haber indicado cierto número de situaciones en las cuales pueden verse colocadas las sociedades, el autor se pregunta «si el instinto general reconocería en ellas el estado de un pueblo que se civiliza; si está ahí el sentido que el género humano presta naturalmente a la palabra *civilización*» (1).

La primera hipótesis es esta: «He aquí un pueblo cuya vida exterior es apacible, llana: paga escasos impuestos; no sufre penurias; la justicia es estrictamente observada en las relaciones privadas; en una palabra, la existencia material y moral de este pueblo está cuidadosamente mantenida en un estado de embotamiento, de inercia, y no digo en un estado de opresión, puesto que no tiene conciencia de ello, pero sí de compresión. Los ejemplos abundan. Ha habido un gran número de pequeñas repúblicas aristocráticas cuyos súbditos han sido tratados como rebaños, bien cebados y materialmente felices, pero sin actividad intelectual y moral. ¿Está allí la civilización? ¿Es aquel un pueblo que se civiliza?»

Ignoro si es aquel un pueblo que se civiliza, pero ciertamente puede ser un pueblo civilizado, ya que de otro modo habría que colocar al nivel de las hordas salvajes o bárbaras a todas las repúblicas aristocráticas de la antigüedad y de los tiempos modernos que, según observa el propio Guizot, se hallan comprendidas dentro de los límites de su hipótesis; y el instinto público, el sentido general, no pueden dejar de sentirse heridos por un método que arroja a los Fenicios, a los Cartagineses, a los Lacedemonios del santuario de la civilización, para hacer inmediatamente lo mismo con los Venecianos, los Genoveses, los Pisanos y con todas las ciudades libres imperiales de Alemania; en una palabra, con todas las poderosas municipalidades de los últimos siglos. Aparte de que esta conclusión parece en sí misma harto violentamente paradójica para que el común sentir a que apela esté dispuesto a admitirla, creo que afronta una dificultad todavía mayor. Aquellos pequeños Estados aristocráticos a los cuales, en virtud de su forma de gobierno, M. Guizot les niega la aptitud a la civilización, no se han hallado nunca, en su mayor parte, en posesión de una cultura especial y peculiar a ellos. Con todo su poderío, confundíanse, a este respecto, con pueblos diferentemente gobernados, aunque de raza muy afín, y no

(1) M. Guizot, *Histoire de la civilisation en Europe,* p. 11 y *passim.*

hacían más que participar en una civilización conjunta. Así, los Cartagineses y los Fenicios, alejados unos de otros, no dejaban de estar unidos por una forma de cultura análoga y que tenía su prototipo en Asiria. Las repúblicas italianas se unían en el movimiento de ideas y opiniones dominante en el seno de las monarquías vecinas. Las ciudades imperiales suabias y turingias, muy independientes desde el punto de vista político, estaban enteramente vinculadas al progreso o a la decadencia general de la raza alemana. Resulta de estas observaciones que M. Guizot, al clasificar a los pueblos por orden de mérito, introduce en las razas antagonismos injustificados y diferencias inexistentes. Como no es este un lugar a propósito para entablar una discusión a fondo, pasaré de largo. Si, no obstante, hubiese que hacerlo, ¿no tendríamos que negarnos a admitir que Pisa, Génova, Venecia y otras ciudades resultasen inferiores a Milán, Nápoles y Roma?

Pero el propo Guizot sale al encuentro de esta objeción. Si no reconoce la civilización en un pueblo «moderadamente gobernado, pero mantenido en un estado de opresión», tampoco la admite en otro pueblo «cuya existencia material es menos apacible, menos cómoda, aunque soportable; cuyas necesidades morales e intelectuales no han sido, por el contrario, desatendidas; cuyos sentimientos elevados, puros, son cultivados; cuyas creencias religiosas y morales alcanzan cierto grado de desarrollo, pero en el cual el sentimiento de libertad está anulado; donde se le tasa a cada cual su parte de verdad y donde no se permite a nadie el buscarla por su propia cuenta. Es el estado en el cual han caído la mayor parte de pueblos de Asia, donde las dominaciones teocráticas esclavizan a la humanidad; es, por ejemplo, el estado de los Hindúes» (1).

Así, dentro de la misma exclusión que los pueblos aristocráticos, hay que comprender aún a los Hindúes, a los Egipcios, a los Etruscos, a los Peruanos, a los Tibetanos, a los Japoneses, y también a la misma Roma moderna y sus territorios.

No hablo de las dos últimas hipótesis, por la razón de que, merced a las dos primeras, el estado de civilización resulta ya tan restringido que, sobre el planeta, casi ninguna nación puede legítimamente pretender haberlo alcanzado. Desde el momento en que, para pretenderlo, es necesario poseer instituciones igualmente moderadoras del poder y de la libertad, y en las cuales el desarrollo material y el progreso moral se coordinan de tal manera y no de tal otra; en las que el gobierno, lo mismo que la religión, se confina dentro de límites trazados con precisión, y en las que los súbditos, en fin, deben necesariamente poseer derechos de una naturaleza definida, me doy cuenta de que no hay más pueblos civilizados que aquellos cuyas instituciones políticas son constitucionales y representativas. Partiendo de ello, no podré siquiera librar del dictado de bárbaros a todos los pueblos europeos, y si, progresivamente, y midiendo siempre el grado de civilización por la perfección de una sola y única forma política, desdeño a aquellos Estados constitucionales que hacen mal uso del instrumento parlamentario, para reservar el premio exclusivamente a aquellos que lo emplean de una manera adecuada, me veré conducido a no considerar como verdaderamente civilizada, así en el pasado como en el presente, sino a la nación inglesa.

---

(1) Guizot, *Histoire de la civilisation en Europe*.

Ciertamente siento el mayor respeto y admiración por el gran pueblo cuyo desenvolvimiento y cuya industria y comercio proclaman en el mundo entero su poderío y prodigios. Pero no me siento, sin embargo, dispuesto a no respetar y admirar más que a él solo: me parecería demasiado humillante y cruel para la humanidad tener que confesar que, desde el origen del mundo, no ha logrado que la civilización florezca más que en una pequeña isla del océano occidental, ni ha descubierto sus verdaderas leyes sino a partir del reinado de Guillermo y de María. Esta concepción — hay que confesarlo — podría parecer algo mezquina. Además, ¡véanse sus peligros! Si nos empeñamos en vincular la idea de civilización a una forma política, el razonamiento, la observación, la ciencia se verán pronto en el trance de no poder decidir la cuestión, y será únicamente la pasión de los partidos la que decida. Encontraremos espíritus que, llevados de sus simpatías, negarán tercamente a las instituciones británicas el honor de ser el ideal del perfeccionamiento humano: su entusiasmo será por el orden establecido en San Petersburgo o en Viena. Muchos, en fin, y quizá el mayor número, desde el Rin a los montes Pirineos, sostendrán que, pese a algunos lunares, el país más civilizado del mundo es todavía Francia. Desde el momento que el determinar el grado de cultura se convierte en una cuestión de simpatía, en una cuestión de sentimiento, toda inteligencia es imposible. El hombre más noblemente desarrollado será, para cada cual, aquel que piense como él acerca de los deberes respectivos de los gobernantes y de los súbditos, mientras que los desgraciados que de él disientan serán bárbaros y salvajes. Creo que nadie osará afrontar estas consecuencias y dejará de reconocer, de común acuerdo, que el sistema del cual se originan es por lo menos muy incompleto.

Para mí no resulta superior, sino incluso inferior a la definición dada por el barón Guillermo de Humboldt: «La civilización es la humanización de los pueblos en sus instituciones, en sus costumbres y en el sentimiento interior con ellas relacionado» (1).

Encuentro aquí un defecto precisamente opuesto al que me he permitido señalar en la fórmula de Guizot. El lazo es harto flojo, el terreno indicado harto vasto. Desde el momento que la civilización se adquiere por medio de una simple humanización de las costumbres, más de un pueblo salvaje, y muy salvaje, tendrá derecho a reclamar la primacía sobre tal o cual nación de Europa cuyo carácter ofrezca la más mínima aspereza. En las islas del mar del Sur y en otros sitios, existe más de una tribu sumamente inofensiva, de hábitos muy moderados, de temple muy suave, que nadie, sin embargo, ha soñado nunca, aun alabándola, en colocar por encima de los duros Noruegos, ni siquiera al lado de los feroces Malayos que, con sus brillantes trajes fabricados por ellos mismos, y recorriendo los mares en barcos hábilmente construídos por sus propias manos, son a un tiempo el terror del comercio marítimo y sus más inteligentes tratantes en los parajes orientales del océano Índico. Este hecho no podía escapar a un espíritu tan sagaz como el de Guillermo de Humboldt; así, al lado de la civilización

---

(1) W. v. Humboldt, *Ueber die Kawi-Sprache auf der Insel Java*; *Einleitung*, t. I, p. XXXVII.

y en su grado superior, imagina la *cultura,* y declara que, gracias a ella, los pueblos, ya civilizados, alcanzan la *ciencia* y el *arte* (1).

Según esta jerarquía, encontramos al mundo poblado, en la segunda edad (2), de seres *afectuosos* y *simpáticos,* de eruditos, poetas y artistas, los cuales, por efecto de todas esas cualidades reunidas, se substraen a las labores rudas y a las necesidades de la guerra, así como a las del laboreo y de los oficios propiamente dichos.

Pensando en los pequeños ocios que la existencia perfeccionada y tranquila de las épocas más felices proporciona a sus contemporáneos para consagrarse a las puras ocupaciones del espíritu, viendo cuán incesante es la lucha que hay que sostener con la Naturaleza y con las leyes del Universo para poder únicamente subsistir, pronto echamos de ver que el filósofo berlinés ha pretendido menos describir la realidad que sacar del seno de las abstracciones ciertas entidades que considera hermosas y grandes, que lo son en efecto, y hacerlas actuar y mover dentro de una esfera ideal como ellas mismas. Las dudas que pudiesen subsistir a este respecto desaparecen fácilmente en cuanto se llega al punto culminante del sistema, que consiste en un tercero y último grado superior a los otros dos. Este punto supremo es aquel en que se sitúa el hombre *formado,* es decir, el hombre cuya naturaleza encierra «algo más elevado y más íntimo a la vez, es decir, una manera de comprender que imprime armoniosamente en la sensibilidad y en el carácter las impresiones que recibe de la actividad intelectual y moral en conjunto» (3).

Este encadenamiento, un tanto laborioso, va, pues, del hombre civilizado o humanizado al hombre cultivado, sabio, poeta y artista, para llegar en fin al más alto desarrollo a que pueda alcanzar nuestra especie, al hombre formado, que, si lo comprendo bien a mi vez, hallará su adecuada representación en Goethe con su serenidad olímpica. La idea de la cual se deriva esta teoría no es otra que la profunda diferencia señalada por Guillermo de Humboldt entre la civilización de un pueblo y el grado relativo de perfeccionamiento de las grandes individualidades; diferencia tal que las civilizaciones extrañas a la nuestra han podido, con toda evidencia, poseer hombres muy superiores, bajo ciertos aspectos, a aquellos que mayor admiración nos inspiran: la civilización brahmánica, por ejemplo.

Comparto sin reservas la opinión del sabio cuyas ideas acabo de exponer. Nada hay de más exacto: nuestro estado social europeo no produce ni los mejores ni los más sublimes pensadores, ni los más grandes poetas, ni los más hábiles artistas. Sin embargo, me permito creer, contrariamente a la opinión del ilustre filólogo, que, para juzgar y definir la civilización en general, es necesario desembarazarse prudentemente, siquiera por un momento, de las prevenciones y juicios de detalle relativos a tal o cual civilización en particular. No cabe mostrarse ni demasiado lato, como con el hombre del primer grado, que persisto en no encontrar civilizado a despecho de su moderación, ni demasiado restricto, como con el sabio del tercer grado. La labor perfeccionadora de la especie humana resulta así en exceso redu-

(1) W. v. Humboldt, *Ueber die Kawi-Sprache.*
(2) Es decir, el segundo grado de perfeccionamiento.
(3) W. v. Humboldt, *Obra citada,* p. XXXVII.

cida, y no conduce más que a resultados puramente aislados y típicos.

El sistema de Guillermo de Humboldt responde, por lo demás, en grado sumo a la suprema delicadeza que fué el rasgo dominante de aquella generosa inteligencia, y podemos compararlo, dentro de su carácter esencialmente abstracto, con aquellos frágiles mundos imaginados por la filosofía hindú. Nacidos del cerebro de un dios dormido, se elevan en la atmósfera al modo de las irisadas pompas de jabón que lanza un niño en el aire, y estallan y se suceden a merced de las fantasías con que se deleita el celeste sueño.

Situado por el carácter de mis investigaciones en un terreno rudamente positivo, necesito llegar a resultados que la práctica y la experiencia puedan palpar algo mejor. Lo que el ángulo de mi rayo visual se esfuerza en abrazar, no es, con Guizot, el estado más o menos próspero de las sociedades; no es tampoco, con Guillermo de Humboldt, la elevación aislada de las inteligencias individuales: es el conjunto del poderío, así material como moral, desarrollado en las masas. Turbado, lo confieso, por el espectáculo de las desviaciones en que se han extraviado dos de los hombres más admirados de este siglo, necesito, para seguir libremente una ruta separada de la suya, concertarme conmigo mismo y sacar desde lo más alto posible las deducciones indispensables para ir de lleno a mi objetivo. Ruego, pues, al lector que me siga con paciencia y atención entre los meandros en los cuales he de aventurarme, y voy a tratar de desvanecer lo mejor que pueda la obscuridad natural de mi tema.

No existe tribu tan embrutecida a la cual no se descubra un doble instinto: el de las necesidades materiales y el de la vida moral. El grado de intensidad de las unas y de la otra da origen a la primera y más sensible de las diferencias entre las razas. En ningún sitio, ni siquiera en las tribus más primitivas, se equilibran exactamente ambos instintos. En unas, predomina la necesidad física, en otras, las tendencias contemplativas. Así, las abyectas hordas de la raza amarilla nos aparecen dominadas por la sensación material, sin estar, sin embargo, absolutamente privadas de toda luz acerca de las cosas sobrehumanas. Por el contrario, en la mayor parte de tribus negras del grado correspondiente, los hábitos son más bien activos que contemplativos, y la imaginación da más importancia a las cosas que no se ven que a las que se tocan. No sacaré de ello la consecuencia de una superioridad de estas últimas razas sobre las primeras, desde el punto de vista de la civilización, ya que no son — la experiencia de los siglos lo demuestra — más susceptibles de alcanzarla unas que otras. Nunca se las ha visto realizar ningún esfuerzo para mejorar su suerte, condenadas como están todas ellas por una misma incapacidad de combinar ideas bastantes con hechos suficientes para salir de su abyección. Me limito a señalar que en el grado más superior de las razas humanas encuentro esta doble corriente, diversamente constituída, cuya marcha habré de seguir a medida que me vaya elevando.

Por encima de los Samoyedos y de los negros Fidas y Pelágicos, hay que colocar aquellas tribus que no se satisfacen con una cabaña de ramas ni con relaciones sociales basadas únicamente en la fuerza, sino que comprenden y anhelan un estado mejor. Éstas se hallan a un grado por encima de las más bárbaras. Pertenecen a la serie de razas más activas que contemplativas; se las verá perfeccionar sus instrumentos de trabajo, sus armas,

su tocado, y organizar un gobierno en el cual los guerreros predominarán sobre los sacerdotes, en el que la ciencia de los intercambios adquirirá cierto desarrollo, en que el espíritu mercantil resultará ya bastante acusado. Las guerras, siempre crueles, ofrecerán, sin embargo, una caracterizada tendencia hacia el pillaje; en una palabra, el bienestar, los goces físicos, serán el objetivo principal de los individuos. La realización de este cuadro la encuentro en varias naciones mogoles; la descubro también, aunque con estimables diferencias, entre los Quichuas y los Aymaras del Perú; y descubriré su antítesis, es decir, mayor desasimiento de los intereses materiales, entre los Dahomeys del África occidental y entre los Cafres.

Prosigo ahora la marcha ascendente. Abandono estos grupos cuyo sistema social no es bastante vigoroso para saber imponerse, con la fusión de sangre, a grandes colectividades. Llego a aquellas cuyo principio constitutivo posee una vitalidad tan intensa que retiene y abraza todo cuanto penetra en su centro de acción, hasta incorporárselo, para elevar luego sobre inmensas regiones la dominación indiscutida de un conjunto de ideas y de hechos más o menos bien coordinados; en una palabra, lo que puede llamarse *una civilización.* La misma diferencia, la misma clasificación que hago resaltar para los dos primeros casos, vuelve a encontrarse aquí por entero, mucho más visible todavía; y aun no es sino aquí donde produce verdaderos frutos y donde sus consecuencias tienen algún alcance. A partir del momento en que, del estado de tribu, una agrupación humana extiende lo bastante sus relaciones, su horizonte, para pasar al estado de pueblo, se observa en ella que las dos corrientes, la material y la intelectual, han aumentado en fuerza, según que los grupos que han entrado en su seno y que se fusionan con ella pertenezcan en mayor cantidad a uno o a otro. Así, cuando la facultad contemplativa domina, produce ciertos resultados; cuando es la facultad activa, produce otros diferentes. La nación muestra cualidades de naturaleza distinta según sea el elemento que predomine. Podría aplicarse aquí el simbolismo hindú, representado por Prakriti, principio femenino, que he llamado la corriente intelectual, y por Purucha, principio masculino, la corriente material, a condición, sin embargo, de no entender por estas palabras más que una simple idea de fecundación recíproca.

Se observará, además, que en las diferentes épocas de la vida de un pueblo y dentro de una estricta sujeción a las inevitables mezclas de sangre, la oscilación resulta más acusada entre los dos principios, y acontece que uno predomina alternativamente sobre el otro. Los hechos que se derivan de esta movilidad son muy importantes, y modifican de una manera sensible el carácter de una civilización actuando sobre su estabilidad.

Dividiré, pues, todos los pueblos en dos clases, a fin de colocarlos más particularmente, aunque nunca de un modo absoluto — recordadlo bien — bajo la acción de una de las dos corrientes. A la cabeza de la categoría masculina, inscribiré a los Chinos; y como prototipo de la clase opuesta, escogeré a los Hindúes.

A continuación de los Chinos, habrá que inscribir a la mayor parte de los pueblos de la Italia antigua, los primeros Romanos de la República, a las tribus germánicas. En el campo contrario, veo a las naciones de Egipto, las de Asiria.

Siguiendo el curso de los siglos, advertimos que casi todos los pueblos

han transformado su civilización al impulso de las oscilaciones de aquellos dos principios. Los Chinos del Norte, población al comienzo casi absolutamente materialista, se aliaron poco a poco a tribus de sangre diferente, sobre todo en el Yunnan, y esta mezcla ha hecho su genio menos exclusivamente utilitario. Si este desarrollo se mantiene estacionario o resulta por lo menos muy lento desde hace siglos, débese a que la masa de las poblaciones masculinas rebasó en mucho la débil aportación de sangre contraria que ellas se distribuyeron.

Para muchos grupos europeos, el elemento utilitario que aportaban las mejores tribus germánicas se ha fortalecido sin cesar en el Norte, por el acceso de los Celtas y de los Eslavos. Pero, a medida que los pueblos blancos han descendido más y más hacia el Sur, las influencias masculinas han disminuido en fuerza, se han perdido en un elemento demasiado femenino (hay que hacer algunas excepciones, como, por ejemplo, en el Piamonte y en el Norte de España), y ese elemento femenino ha preponderado.

Pasemos ahora al otro lado. Vemos a los Hindúes provistos de un alto sentimiento de las cosas sobrenaturales, y más meditativos que activos. Como sus más antiguas conquistas les han puesto sobre todo en contacto con razas dotadas de una organización del mismo orden, el principio masculino no ha podido desarrollarse suficientemente. La civilización no ha cobrado en estos lugares un impulso utilitario proporcional a sus otros éxitos. Por el contrario, la Roma antigua, naturalmente utilitaria, no abunda en el sentido opuesto sino cuando una fusión completa con los Griegos, los Africanos y los Orientales transforma su primitiva naturaleza y le infunde un nuevo temperamento.

Para los Griegos, el trabajo inferior fué todavía más comparable al de los Hindúes.

Del conjunto de tales hechos, saco esta conclusión: que toda actividad humana, sea intelectual, sea moral, toma primitivamente su origen en una de las dos corrientes, masculina o femenina, y que el estado social puede elevarse a un grado satisfactorio de cultura y, por tanto, a la civilización, únicamente entre las razas provistas en gran abundancia de uno de aquellos dos elementos.

Paso ahora a otros puntos que son todavía dignos de estudio.

CAPÍTULO IX

PROSIGUE LA DEFINICIÓN DEL VOCABLO «CIVILIZACIÓN»; CARACTERES DIFERENTES DE LAS SOCIEDADES HUMANAS; NUESTRA CIVILIZACIÓN NO ES SUPERIOR A LAS QUE LA PRECEDIERON

Cuando una nación, perteneciente a la serie femenina o masculina, posee un instinto civilizador bastante fuerte para imponer su ley a multitudes, bastante feliz sobre todo para ajustarse a sus necesidades y sentimientos identificándose con sus convicciones, la cultura que debe derivarse de ello existe desde aquel mismo momento. Estriba ahí, para ese instinto, el más esencial, el más práctico de los méritos, y lo que sólo lo vuelve usual y puede

infundirle la vida; pues los intereses individuales tienden, por naturaleza, a aislarse. La asociación no deja nunca de lesionarlos parcialmente; así, para que una convicción pueda producirse de una manera íntima y fecunda, es necesario que concuerde en sus concepciones con la lógica particular y los sentimientos del pueblo al cual se dirige.

Cuando una manera de comprender el derecho es aceptada por las masas, ello se debe en realidad a que responde, en las cuestiones principales, a sus más caras necesidades. Las naciones masculinas aspirarán sobre todo al bienestar; las naciones femeninas atenderán de preferencia a los gustos de la imaginación; pero, desde el momento — lo repito — que las multitudes se alistan bajo una bandera, o, lo que es más exacto, desde el momento que un régimen particular logra ser aceptado, hay ya un comienzo de civilización.

Un segundo carácter indeleble de ese estado es la necesidad de la estabilidad, lo cual se desprende directamente de lo que precede; porque, tan pronto como los hombres han admitido, en común, que tal principio debe agruparlos, y han accedido a sacrificios individuales para que reine ese principio, su primer sentimiento es el de respetarlo, tanto por lo que les cuesta como por lo que les beneficia, y de declararlo intangible. Cuanto más pura se mantiene una raza, menos atacada es su base social, puesto que la lógica de la raza permanece inalterable. Sin embargo, este deseo de estabilidad dista bastante de verse satisfecho por mucho tiempo. Con las mezclas de sangre, sobrevienen las modificaciones en las ideas nacionales; con estas modificaciones, surge un malestar que impone cambios correlativos en el edificio. A veces estos cambios son causa de verdaderos progresos, sobre todo en la aurora de las sociedades en que el principio constitutivo es, en general, absoluto, riguroso, por efecto del predominio harto completo de una sola raza. Después, cuando las variaciones se multiplican a capricho de multitudes heterogéneas y sin convicciones comunes, el interés general cesa ya de felicitarse de las transformaciones. Sin embargo, en tanto el grupo aglomerado subsiste bajo la dirección de las impresiones primeras, no cesa de perseguir, a través de la idea de un mejor bienestar, una quimera de estabilidad. Vario, inconstante, cambiando a todas horas, se cree eterno y en marcha hacia una especie de finalidad paradisíaca. Aun desmintiéndola a cada hora con sus actos, conserva aquella doctrina según la cual uno de los rasgos principales de la civilización consiste en copiar de Dios, en favor de los intereses humanos, algo de su inmutabilidad; y si esta semejanza visiblemente no existe, se tranquiliza y consuela persuadiéndose de que mañana habrá de conseguirlo.

Al lado de la estabilidad y del concurso de los intereses individuales, que chocan unos con otros sin destruirse, hay que colocar un tercer y un cuarto carácter: la condenación de la violencia, y después la sociabilidad.

En fin, de la sociabilidad y de la necesidad de defenderse menos con el puño que con la cabeza, nacen los perfeccionamientos de la inteligencia, que, a su vez, traen los perfeccionamientos materiales, y en estos dos últimos rasgos es en los que la mirada reconoce sobre todo un estado social avanzado (1).

---

(1) Es ahí también donde se encuentra el origen principal de los falsos juicios

Creo ahora poder resumir mi pensamiento sobre la civilización, definiéndola como *un estado de estabilidad relativa, en el que las multitudes se esfuerzan en lograr pacíficamente la satisfacción de sus necesidades, y afinan su inteligencia y sus costumbres.*

En esta fórmula tienen indistintamente cabida todos los pueblos por mí descritos hasta aquí como civilizados. Se trata ahora de saber si, habiendo llenado las condiciones indicadas, todas las civilizaciones son iguales. Cosa que no pienso; porque no teniendo en las naciones de *élite* la misma intensidad ni la misma dirección las necesidades y la sociabilidad, su inteligencia y sus costumbres adquieren, dentro de su cualidad, grados muy diversos. ¿Qué necesita materialmente el Hindú? Arroz y manteca para su comida, una tela de algodón para su indumento. Nos sentiremos tentados, sin duda, a atribuir tan extrema sobriedad a las condiciones climatéricas. Pero los Tibetanos viven bajo un clima riguroso, pese a lo cual su sobriedad es aún muy considerable. Lo que domina en cada uno de esos pueblos, es un desenvolvimiento filosófico y religioso encargado de dar un alimento a las necesidades mucho más turbadoras, del alma y del espíritu. Así, no hay en ellos ningún equilibrio entre los principios masculino y femenino; como predomina la parte intelectual, ésta adquiere excesivo peso, de lo cual resulta que todos los trabajos de esa civilización se inclinan casi exclusivamente hacia un lado, en detrimento del otro. Se esculpirán monumentos inmensos, montañas de piedra a costa de esfuerzos y penas espantosos. La tierra estará cubierta de construcciones gigantescas: ¿con qué objetivo? El de honrar a los dioses. Y nada se hará para el hombre, como no se trate de tumbas. Al lado de las maravillas producidas por el cincel del escultor, la literatura, no menos poderosa, creará admirables obras maestras. En teología, en metafísica, se mostrará tan ingeniosa y sutil como variada, y el pensamiento humano descenderá, sin espantarse, a profundidades inconmensurables. En la poesía lírica, la civilización femenina será el orgullo de la humanidad.

Pero si de la esfera del ensueño idealista paso a las invenciones materialmente útiles y a las ciencias que son la teoría generatriz de ellas, de la cima me hundo en un abismo, y a la luz deslumbrante se sucede la oscuridad.

Las invenciones útiles resultan raras, mezquinas, estériles; el talento observador, por decirlo así, no existe. Mientras que los Chinos encontraban bastante, los Hindúes no imaginaban sino muy poco y se preocupaban apenas de ello; los Griegos, igualmente, nos transmitían conocimientos a menudo indignos de ellos, y los Romanos, una vez llegados al punto culminante de su historia, no pudieron ir muy lejos, debido a que la mezcla asiática en la cual se absorbían con espantosa rapidez les desposeía de las cualidades indispensables para una paciente investigación de las realidades. Lo que de todos modos cabe decir de ellos es que su genio administrativo, su legislación y los monumentos útiles de que sembraron el suelo de sus

---

sobre el estado de los pueblos extranjeros. Del hecho de que exteriormente su civilización no se parezca a la nuestra, concluímos a menudo, o que son bárbaros o que son inferiores en mérito a nosotros. Nada más superficial, ni debe por tanto ser más sospechoso, que una conclusión sacada de tales premisas.

territorios, testifican de sobra el carácter positivo que revistió su pensamiento social en un momento dado, y demuestran que si el Mediodía de Europa no hubiese quedado cubierto tan rápidamente por las incesantes colonizaciones de Asia y de África, la ciencia positiva hubiera ganado con ello y, por consiguiente, la iniciativa germánica no habría cosechado tantos honores.

Los vencedores del siglo v aportaron a Europa un espíritu de igual categoría que el espíritu chino, aunque muy diferentemente dotado. Se le vió armado, en un grado mucho mayor, de facultades femeninas. Logró armonizar más felizmente ambos móviles. Por doquier donde dominó aquella rama de pueblos, las tendencias utilitarias, dignificadas, resultan desconocidas. En Inglaterra, en la América del Norte, en Holanda, en Hannóver, estas disposiciones predominan sobre los demás instintos nacionales. Lo mismo acontece en Bélgica, y también en el Norte de Francia, donde todo lo que es de aplicación positiva ha hallado constantemente facilidades maravillosas para hacerse comprender. A medida que se avanza hacia el Sur, estas predisposiciones se debilitan. No hay que atribuirlo a la influencia más viva del sol, pues ciertamente los Catalanes, los Piamonteses habitan en regiones más cálidas que los Provenzales y los habitantes del bajo Languedoc; hay que atribuirlo a la influencia de la sangre.

La serie de las razas femeninas o feminizadas ocupa la mayor parte del Globo; esta observación se aplica a Europa en particular. Excepción hecha de la familia teutónica y una parte de los Eslavos, no se encuentra en nuestra parte de mundo más que grupos débilmente provistos de sentido utilitario, y que, habiendo desempeñado ya su papel en las épocas anteriores, no podrían volver a empezarlo. Las masas, matizadas en su variedad, presentan, del Galo al Celtíbero, del Celtíbero a la mezcla innominada de las naciones italianas y romanas, una escala descendente, si no en cuanto a todas las aptitudes del principio masculino, por lo menos en cuanto a las principales.

La mezcla de las tribus germánicas con las razas del antiguo mundo, esa unión de grupos tan sumamente masculinos con razas y restos de razas consumidos entre los detritos de antiguas ideas, ha creado nuestra civilización; la riqueza, la diversidad, la fecundidad con que honramos a nuestras sociedades, es un resultado natural de los elementos truncados y dispares que nuestras tribus paternales tenían, hasta cierto punto, que saber mezclar, disfrazar y utilizar.

Doquiera se extiende nuestra cultura, ofrece dos caracteres comunes: es uno el haber sufrido por lo menos el roce del contacto germánico; el otro, el ser cristiano. Pero, he de decirlo una vez más: este segundo rasgo, aunque es el más aparente y el que salta en seguida a la vista, puesto que se produce al exterior de nuestros Estados, de los cuales parece ser una especie de barniz, no es absolutamente esencial, atendido que muchas naciones son cristianas, y otras en número todavía mayor podrán serlo, sin formar parte de nuestro círculo de civilización. El primer carácter es, por el contrario, positivo, decisivo. Allí donde el elemento germánico no ha penetrado nunca, no existe civilización del tipo de la nuestra.

Esto me lleva naturalmente a plantear esta cuestión: ¿Puede afirmarse que las sociedades europeas sean enteramente civilizadas, y que las ideas

y los hechos que se producen en su superficie estén bien arraigados en las masas, y que las consecuencias de esas ideas y de esos principios respondan a los instintos de la mayoría? Hay que añadir además esta pregunta: ¿Piensan y actúan en el sentido de lo que llamamos civilización europea las últimas capas de nuestros pueblos?

Se ha admitido con razón la extrema homogeneidad de ideas y perspectivas que, en los Estados griegos de la gran época, dirigía el cuerpo entero de los ciudadanos. Sobre cada punto esencial, los datos, con frecuencia hostiles, partían, sin embargo, del mismo origen: se quería más o menos democracia, más o menos oligarquía en política; en religión, se adoraba de preferencia o a la Ceres Eleusina o la Minerva del Partenón; en materia de gusto literario, podía preferirse Esquilo a Sófocles, Alceo a Píndaro; en el fondo, las ideas sobre las cuales se disputaba eran todo lo que podríamos llamar nacionales; la discusión no versaba sino sobre una cuestión de medida. En Roma, antes de las Guerras Púnicas, ocurría lo mismo, y la civilización del país era uniforme, indiscutida. En su manera de proceder, iba del maestro al esclavo; todos participaban de ella en grados diversos, pero no participaban sino de ella.

A partir de las Guerras Púnicas, entre los sucesores de Rómulo, y a partir de Pericles y sobre todo de Filipo, entre los griegos, ese carácter de homogeneidad tendió a alterarse cada vez más. La mezcla mayor de naciones trajo la mezcla de civilizaciones, y de ello se derivó un producto extremadamente múltiple, muy sabio, mucho más refinado que la cultura antigua, la cual tenía el defecto capital, así en Italia como en la Hélade, de no existir sino para las clases superiores, y de dejar las capas inferiores en una completa ignorancia acerca de su naturaleza, sus méritos y sus destinos. La civilización romana, después de las grandes guerras de Asia, fué sin duda una poderosa manifestación del genio humano; sin embargo, a excepción de los retóricos griegos, que aportaban la parte trascendental, de los jurisconsultos sirios, que vinieron a componerle un sistema de leyes ateo, igualitario y monárquico, de los hombres opulentos, metidos en la administración pública o en las empresas de dinero, y, en fin, de los desocupados y disolutos, aquella civilización tuvo la desdicha de no ser nunca soportada sino por las masas, atendido que la población de Europa no comprendía nada de sus elementos asiáticos y africanos, que la de Egipto no tenía tampoco idea de lo que ella aportaba de la Galia y de España, y que la de Numidia no discernía lo que les llegaba del resto del mundo. De manera que por debajo de lo que podríamos denominar las clases sociales, vivían multitudes innumerables, civilizadas de distinta manera que el mundo oficial o careciendo en absoluto de civilización. Era pues la minoría del pueblo romano la que, en posesión del secreto, atribuía a ella algún valor. He aquí un ejemplo de una civilización aceptada y dominante, no por la convicción de los pueblos que abarca, sino por el agotamiento, la debilidad, el abandono de ellos.

En China se nos ofrece un espectáculo muy distinto. El territorio es sin duda inmenso; pero de una punta a otra de aquella vasta extensión circula, entre la raza nacional (dejo a las otras a un lado), un mismo espíritu, una misma inteligencia de la civilización dominante. Cualesquiera que puedan ser los principos de ésta, sea que se aprueben o condenen sus fines,

hay que confesar que las multitudes demuestran tener una clara inteligencia de ella. Y no es que este país sea libre en el sentido que nosotros lo entendemos y que una emulación democrática incite a todos a obrar bien, a fin de elevarse al rango que las leyes le brindan. No; huyo de todo cuadro ideal. Los campesinos, lo mismo que los burgueses, están muy poco seguros de mejorar su situación por la sola fuerza del mérito. En aquel extremo del mundo, y pese a las promesas oficiales del sistema de exámenes aplicado al reclutamiento de empleados públicos, no hay nadie que ignore que las familias de los funcionarios acaparan las plazas, y que los sufragios escolares cuestan con frecuencia más dinero que horas de estudio (1); pero las ambiciones defraudadas, al lamentarse de las injusticias de esa organización, no conciben otra mejor, y el conjunto de la civilización existente es, por parte de todo el pueblo, objeto de una imperturbable admiración.

Hecho bastante notable, la instrucción está en China muy difundida y generalizada; alcanza a clases acerca de las cuales difícilmente podemos imaginarnos que puedan siquiera sentir necesidades de este género. La baratura de los libros, la multiplicidad de escuelas y lo exiguo de sus cuotas, colocan a las personas que lo desean en condiciones de instruirse en una medida por lo menos suficiente. Las leyes, su espíritu, sus tendencias, son muy bien conocidas, e incluso el gobierno se precia de brindar a todos el conocimiento del arte de gobernar. El instinto común siente el más profundo horror por los trastornos políticos. Un juez muy competente en la materia, que no sólo ha vivido en Cantón sino que ha estudiado allí el asunto con toda la atención de un hombre interesado en conocerlo, Mr. John Francis Davis, comisario de S. M. Británica en China, afirma que ha visto allí a una nación cuya historia no presenta una sola tentativa de revolución social ni de cambio en las formas de gobierno. A su juicio, no cabe definirla mejor que declarándola compuesta por entero de conservadores decididos (2).

Forma esto un contraste muy vivo con la civilización romana, donde las modificaciones gubernamentales se sucedieron con horrible rapidez hasta la irrupción de las naciones del Norte. En todos los puntos de aquella gran sociedad se encontraban siempre y fácilmente grupos de población bastante desinteresados del orden existente para mostrarse dispuestos a secundar las más locas tentativas. No quedó nada por ensayar durante aquel largo período de muchos siglos, ni principio que no se hubiese dejado de respetar. La propiedad, la religión, la familia suscitaron, allí como en otras partes, dudas considerables sobre su legitimidad, y numerosas masas se encontraron prestas, sea al Norte, sea al Sur, a implantar por la fuerza las teorías de los invasores. Nada, en el mundo grecorromano, descansó sobre una base sólida, ni siquiera la unidad imperial, tan indispensable no obstante a la salvación común, y no fueron únicamente los ejércitos, con su

---

(1) «No existe sino la China donde un pobre estudiante pueda presentarse al concurso imperial y salir convertido en gran personaje. Es el lado brillante de la organización social de los Chinos, y su teoría es indiscutiblemente la mejor de todas; desgraciadamente la aplicación dista mucho de ser perfecta...» (F. J. Mohl, *Rapport annuel fait à la Société asiatique*, 1842, p. 49.)

(2) John F. Davis, *The Chinese*, *in*-16, London, p. 100.

multitud de Augustos improvisados, quienes se encargaron de trastornar constantemente el paladión de la sociedad; los mismos emperadores, empezando por Diocleciano, creían tan escasamente en la Monarquía, que introdujeron el dualismo en el poder, y más tarde se metieron cuatro a gobernar. Lo repito, no hubo institución ni principio estable en aquella miserable sociedad, la cual no poseía otra mejor razón de ser que la imposibilidad física de caerse de un lado o de otro, hasta el momento en que unos brazos vigorosos vinieron, desmantelándola, a forzarla a convertirse en algo definido.

Encontramos, pues, en dos grandes seres sociales, el Imperio Celeste y el mundo romano, una perfecta oposición. A la civilización del Asia oriental añadiré la civilización brahmánica, en la que hay que admirar a un tiempo la intensidad y la difusión. Si en China alcanzan todos o casi todos cierto nivel de cultura, entre los Hindúes acontece lo mismo; cada cual, dentro de su casta, está animado de un espíritu secular, y conoce netamente lo que debe aprender, pensar y creer. Entre los budistas del Tibet, así como en las demás regiones del Alta Asia, nada más raro que encontrar a un paisano que no sepa leer. Todos abrigan convicciones análogas sobre las cuestiones importantes.

¿Se encuentra la misma homogeneidad en nuestras naciones europeas? La cuestión no merece la pena de ser planteada. Apenas si el Imperio grecorromano nos ofrece matices, colores tan destacados, no ya entre los diferentes pueblos, sino en el seno de las mismas nacionalidades. Pasaré de largo cuanto se refiere a Rusia y a una gran parte de los Estados austríacos; mi demostración resultaría harto fácil. Veamos Alemania, o bien Italia, la Italia meridional sobre todo; España, aunque en menor grado, ofrece un cuadro análogo; Francia, lo mismo.

Tomemos a Francia: la diferencia de maneras impresiona de tal modo a los observadores más superficiales, que se ha advertido hace tiempo que entre París y el resto del territorio media un abismo, y que a las mismas puertas de la capital empieza una nación que difiere del todo de la que vive dentro de sus murallas. Las personas que se fían de la unidad política establecida entre nosotros para llegar a la conclusión de que en Francia existe la unidad de ideas y la fusión de sangre, sufren una gran ilusión.

No hay una ley social ni un principio generador de la civilización que sean comprendidos de la misma manera en todos nuestros departamentos. Es inútil que describa aquí al Normando, al Bretón, al Angevino, al Lemosín, al Gascón, al Provenzal; nadie ignora la escasa semejanza que reina entre ellos y la divergencia de sus opiniones. Lo que hay que señalar es que, mientras en la China, en el Tibet y en la India, las nociones más esenciales para el mantenimiento de la civilización son familiares a todas las clases, entre nosotros no ocurre absolutamente nada de eso. El primero, el más elemental de nuestros conocimientos, el más asequible de ellos, resulta un misterio nada atrayente para la masa de nuestra población rural: pues muy generalmente no sabe leer, ni escribir, ni concede a esto ninguna importancia, debido a que no se le alcanza la utilidad ni la aplicación de ello. Acerca de este punto, creo muy poco en la eficacia de las leyes y en el bello aspecto de las instituciones, y mucho en lo que he visto con mis ojos y en los hechos registrados por buenos observadores. Los gobier-

nos han agotado los más nobles esfuerzos para redimir de la ignorancia a los campesinos; no sólo los niños encuentran en sus pueblecillos todas las facilidades para instruirse, sino que incluso los adultos, llamados a los veinte años a filas, hallan en la escuela del regimiento los mejores medios de adquirir los conocimientos más indispensables. Pese a estas precauciones, pese a esta paternal solicitud y a este perpetuo *compelle intrare* acerca del cual la Administración reitera diariamente la orden a sus agentes, nada aprenden las clases agrícolas. He visto, y lo han visto también las personas que viven en provincias, cómo los padres envían sus niños a las escuelas con marcada repugnancia, considerando tiempo perdido las horas que se pasan en ellas; cómo los sacan a toda prisa, bajo el más leve pretexto; y cómo, una vez lejos de la escuela, los muchachos no se preocupan sino de olvidar lo que aprendieron. De esto se hacen, en cierto modo, un compromiso de honor, cosa en la cual les imitan los soldados licenciados, quienes, en más de una parte de Francia, no sólo pretenden no haber sabido leer ni escribir, sino que, afectando incluso haber olvidado el francés, llegan a olvidarlo de veras. Aprobaría, pues, con ánimo más tranquilo, tan generosos esfuerzos inútilmente realizados para instruir a nuestras masas rurales, si no estuviese convencido de que los conocimientos que se les quiere dar no les convienen lo más mínimo y de que en el fondo de su aparente negligencia late un sentimiento invenciblemente hostil a nuestra civilización. De ello encuentro una prueba en su resistencia pasiva; pero ésta no es la única, y allí donde, con la ayuda de circunstancias al parecer favorables, logramos vencer la obstinación, otra prueba más convincente aún se me aparece y me acosa. En algunos puntos, las tentativas de instrucción resultan más afortunadas. Nuestros departamentos del Este y nuestras grandes ciudades manufactureras cuentan con muchos obreros que aprenden de buen grado a leer y escribir. El ambiente en que viven les demuestra la utilidad de ello.

Pero, tan pronto como esos individuos poseen los primeros elementos de la enseñanza, ¿qué hacen? Se dedican a cosechar ideas hostiles al orden social. De ello no he de exceptuar a la población agrícola y tampoco a los obreros del Noroeste, en donde los conocimientos elementales están mucho más difundidos que en los demás puntos, conservados una vez adquiridos, y generalmente provechosos. Se observará que esta población se emparenta más de cerca que las otras con la raza germánica, y no me extraña que sea como es. Lo que he dicho de nuestros departamentos del Noroeste puede aplicarse a Bélgica y a Holanda.

Si, tras de haber observado el escaso gusto por nuestra civilización, consideramos el fondo de las creencias y de las opiniones, el alejamiento resulta todavía más acusado. En cuanto a las creencias, hay que agradecerle también aquí a la fe cristiana el que no sea exclusivista y no haya querido imponer un formulismo demasiado estrecho. Hubiera tropezado con escollos muy peligrosos. Los obispos y los curas tienen que luchar, lo mismo que hace un siglo, lo mismo que hace cinco, quince siglos, contra prevenciones y tendencias transmitidas hereditariamente, y tanto más temibles cuanto que, por no ser confesadas, no permiten ser combatidas ni vencidas. No hay cura perspicaz que, habiendo evangelizado pueblecillos, no conozca la profunda astucia con que el campesino, incluso devoto, continúa

ocultando, acariciando en el fondo de su espíritu, alguna idea tradicional cuya existencia no se exterioriza sino a pesar suyo y en raros momentos. ¿Se le habla de ello? Lo niega, no acepta nunca la discusión y permanece inquebrantablemente convencido. Tiene en su pastor toda la confianza, toda, hasta el límite en que empieza lo que podríamos denominar su religión secreta, y de ahí ese aire taciturno que, en todas nuestras provincias, constituye el carácter que más le distingue del que él llama el burgués, y aquella línea de demarcación tan infranqueable entre él y los propietarios más respetados de su cantón. He aquí, en contra de la civilización, la actitud de la mayoría de ese pueblo que pasa por ser el que mayor apego tiene a ella; me inclinaría a creer que si, trazando una especie de estadística aproximada, se dijese que en Francia 10 millones de almas están dentro de nuestra esfera de sociabilidad y permanecen fuera de ella 26 millones, nos quedaríamos por debajo de la verdad.

Y aun si nuestra población rural no fuese más que grosera e ignorante, cabría preocuparse medianamente de tal separación y consolarse con la esperanza de conquistarla poco a poco y de fundirla en las multitudes ya ilustradas. Pero ocurre con estas masas absolutamente lo mismo que con ciertos salvajes: a primera vista, los juzgamos incapaces de reflexión y parecidos a los brutos, a causa de su aspecto humilde e inexpresivo; después, a medida que penetramos, por poco que sea, en el seno de su vida particular, advertimos que no obedecen, en su voluntario aislamiento, a un sentimiento de impotencia. Sus afecciones y sus antipatías no son caprichosas, y todo en ellas concuerda con un encadenamiento lógico de ideas muy arraigadas. Hablando hace un momento de la religión, hubiera podido hacer olvidar también la distancia inmensa que separa nuestras doctrinas morales de las de nuestros campesinos, hasta qué punto lo que ellos llamarían *delicadeza* difiere de lo que nosotros entendemos con este nombre; y, en fin, con qué tenacidad continúan mirando todo lo que no es como ellos, campesino, con el mismo aire con que los hombres de la más remota antigüedad miraban al extranjero. No lo matan, es cierto, gracias al terror, singular y misterioso, que le inspiran unas leyes que ellos no han hecho; pero lo odian abiertamente, desconfían de él, y en cuanto se trata de despojarlo, lo hacen muy gozosos, de encontrarse a cubierto de peligros. ¿Son malos? No, entre ellos, puesto que observan una conducta leal y correcta. Lo que ocurre es que se consideran de otra especie; especie, si hay que creerles, oprimida, débil, que debe recurrir a la astucia, pero que conserva también un orgullo muy tenaz y despreciativo. En algunas de nuestras provincias, el campesino se considera de mejor sangre y de más rancio origen que su antiguo señor. El orgullo de familia en algunos campesinos, iguala hoy, por lo menos, al que se observaba en la nobleza de la Edad Media.

No nos quepa ninguna duda: el fondo de la población francesa tiene pocos puntos comunes con su superficie; es un abismo encima del cual se halla suspendida la civilización, y las aguas profundas e inmóviles, durmiendo en el fondo de la sima, se mostrarán algún día irresistiblemente devastadoras. Los más trágicos acontecimientos han ensangrentado el país, sin que la población rural haya tenido en ellos mayor intervención que la que se le obligó a tener. Allí donde no ha estado en juego su interés personal y directo, ha dejado pasar las tormentas sin mezclarse en ellas, ni

siquiera por simpatía. Horrorizadas y escandalizadas ante este espectáculo, muchas personas han declarado que los campesinos eran esencialmente perversos, lo cual es a la vez una injusticia y una falsa apreciación. Los campesinos nos consideran casi como enemigos. No comprenden nada de nuestra civilización, no contribuyen gustosamente a ella, y, en cuanto hallan medio, se juzgan autorizados para aprovecharse de sus desastres. Si se les juzga al margen de ese antagonismo, algunas veces activo, más a menudo inerte, no se abriga la menor duda de que poseen elevadas cualidades morales, aunque a menudo muy singularmente aplicadas.

Aplico a toda Europa lo que acabo de decir de Francia, e infiero de ello que, análogo en esto al Imperio romano, el mundo moderno abarca infinitamente más que lo que aprieta. No cabe, pues, otorgar mucha confianza a la duración de nuestro estado social, y la poca atracción que inspira, incluso en capas de población superiores a las clases rurales, me parece una patente demostración de ello. Nuestra civilización es comparable a esos islotes que emergen temporalmente en el mar bajo la influencia de los volcanes submarinos. Sometidos a la acción destructiva de las corrientes y faltos de la fuerza que al comienzo los sostuviera, ceden un día y sumen sus restos en el fondo del océano. ¡Triste fin, que multitud de razas generosas han debido sufrir antes que nosotros! Inútil intentar substraernos a esta suerte, porque es ineluctable. La prudencia más consumada no es capaz de derogar por un solo momento las leyes inmutables del mundo.

Así desconocida, desdeñada u odiada por la mayoría de hombres agrupados bajo su sombra, nuestra civilización es sin embargo uno de los movimientos más gloriosos que el genio de la especie haya nunca edificado. No es, en verdad, que se distinga por la invención. Dejando a un lado esta cualidad, digamos que ha llevado muy lejos el espíritu de comprensión y la fuerza de dominio, que es su consecuencia. Comprenderlo todo, es tomarlo todo. Si no ha creado las ciencias exactas, las ha vuelto por lo menos más exactas y las ha desembarazado de las divagaciones de que, por un singular fenómeno, estaban quizá más plagadas que todos los demás conocimientos. Gracias a sus descubrimientos, conoce el mundo material mucho mejor que las sociedades precedentes. Ha adivinado una parte de sus leyes fundamentales; sabe exponerlas, describirlas y sacar de ellas energías verdaderamente maravillosas para centuplicar las del hombre. Gradualmente y gracias a la rectitud con que maneja la inducción, ha reconstruído inmensos fragmentos de la Historia, de que los antiguos no tuvieron nunca la menor sospecha, y, cuanto más se aleja de las épocas primitivas, percibe y penetra mejor sus misterios. Trátase de grandes superioridades, que sería injusticia querer discutir.

Admitido esto, ¿nos es lícito concluir, como se hace generalmente con excesiva facilidad, que nuestra civilización tenga la preexcelencia sobre todas las que han existido y existen fuera de su seno? Sí y no. Sí, porque, gracias a la prodigiosa diversidad de elementos que la integran, puede apoyarse en un espíritu poderoso de comparación y análisis que le facilita en grado sumo la apropiación de casi todo; sí, porque este eclecticismo favorece sus desenvolvimientos en los más diversos sentidos; sí, aún, porque, merced a los consejos del genio germánico, demasiado utilitario para ser destructor, se ha trazado una moralidad cuyas sabias exigencias eran gene-

ralmente desconocidas antes de ella. Pero, de extremar la idea de su mérito hasta declararla superior absolutamente y sin reservas, digo no, porque precisamente no sobresale en casi nada.

En el arte de gobernar, vémosla sometida, como un esclavo, a las incesantes oscilaciones producidas por las exigencias de las razas tan diferenciadas que encierra. En Inglaterra, en Holanda, en Nápoles, en Rusia, los principios son todavía bastante estables, puesto que las poblaciones son más homogéneas o por lo menos pertenecen a grupos de la misma categoría y poseen instintos similares. Pero, en todos los demás sitios, sobre todo en Francia, en la Italia central, en Alemania, donde la diversidad étnica es ilimitada, las teorías gubernamentales no pueden elevarse nunca a la categoría de verdades, y la ciencia política está en perpetua experimentación. Nuestra civilización, vuelta así incapaz de adoptar una creencia firme en sí misma, carece de aquella estabilidad que constituye uno de los principales caracteres que ha debido comprender más arriba dentro de la fórmula de la definición. Como no se descubre tan deplorable impotencia en el seno de las sociedades búdicas y brahmánicas, ni se la conoce tampoco en el Celeste Imperio, estas civilizaciones ofrecen una ventaja sobre la nuestra. Allí, todos andan de acuerdo respecto a lo que hay que creer en materia política. Bajo una inteligente administración, cuando las instituciones seculares aportan buenos frutos, todos se regocijan. Cuando, confiada a torpes manos, dañan al bienestar público, todos se lamentan. Pero en ningún caso deja de asistirles la pública consideración. Alguna vez se intenta depurarlas, pero nunca destruirlas ni reemplazarlas por otras. Habría que estar ciego para no ver en ello una garantía de longevidad que nuestra civilización está muy lejos de soportar (1).

Desde el punto de vista de las artes, nuestra inferioridad respecto de la India es manifiesta, tanto como respecto de Egipto, de la Grecia y de América. Ni en lo grandioso ni en lo bello poseemos nada comparable a las obras maestras de las razas antiguas, y cuando, una vez consumada nuestra misión, las ruinas de nuestros monumentos y de nuestras ciudades cubran la faz de nuestros países, seguramente el viajero no descubrirá en las selvas y pantanos de las riberas del Támesis, del Sena y del Rin, nada que rivalice con las suntuosas ruinas de Pilos, de Nívide, del Partenón, de Salseta, del valle de Tenochtitlán. Si, en el dominio de las ciencias positivas, los siglos futuros tendrán que aprender de nosotros, no será así por lo que respecta a la poesía. La desesperada admiración que hemos mostrado, con tanta justicia, a las maravillas intelectuales de civilizaciones extrañas, es una prueba superabundante de ello.

Hablando ahora del refinamiento de las costumbres, nuestra inferioridad actual es evidente, aun comparadas con nuestro propio pasado. En éste hay momentos en los cuales el lujo, la delicadeza de hábitos y la suntuosidad de la vida eran comprendidos de una manera infinitamente más dispendiosa, más exigente y más amplia que en nuestros días. En verdad, los goces estaban menos generalizados. Lo que se llama *bienestar* no era

---

(1) Muy poco de lo que expone Gobineau acerca de China podría sostenerse en nuestros días, sacudida como está actualmente por continuas guerras civiles. *(N. del T.)*

asequible comparativamente más que a pocas personas. Lo creo; pero, si hay que admitir—hecho incontestable—que la elegancia de costumbres no sólo eleva el espíritu de las multitudes espectadoras sino que ennoblece la existencia de los individuos favorecidos, y difunde un barniz de grandeza y de belleza por todo el país por el cual se ejerce, al convertirse en patrimonio común, nuestra civilización, esencialmente mezquina en sus manifestaciones exteriores, no es comparable a sus rivales.

Terminaré este capítulo haciendo observar que el carácter primitivamente organizador de toda civilización se identifica con el rasgo más saliente del espíritu de la raza dominadora; que la civilización se altera, cambia, se transforma a medida que esta raza experimenta tales efectos; que el impulso dado por una raza que sin embargo ha desaparecido, prosigue dentro de la civilización, durante un período más o menos largo, y, por consiguiente, que el género de orden establecido en una sociedad es el hecho que mejor acusa las aptitudes particulares y el grado de elevación de los pueblos; es el más límpido espejo en el que puedan reflejar su individualidad.

Advierto que he hecho una digresión muy larga, cuyas ramificaciones se han extendido más allá de lo que calculaba. No lo siento en demasía. He podido emitir, en esta ocasión, ciertas ideas que debían ser necesariamente conocidas del lector. Con todo, ya es hora de que prosiga el curso natural de mis deducciones. La serie dista todavía de ser completa.

He formulado primero esta verdad según la cual la vida o la muerte de las sociedades se debe a causas internas. He dicho cuáles eran estas causas. Me he adentrado en su naturaleza íntima para poderlas reconocer. He demostrado la falsedad de los orígenes que generalmente se les atribuye. Buscando un signo que pudiese denunciarlas constantemente, y servir para demostrar, en todos los casos, su existencia, he hallado la aptitud a crear la civilización, colocada enfrente de la incapacidad de concebir ese estado. De esta investigación salgo en este momento. Ahora, ¿cuál es el primer punto de que debo ocuparme? Indiscutiblemente, luego de haber reconocido la causa latente de la vida o la muerte de las sociedades en un signo natural y constante, debo dedicarme a estudiar la naturaleza íntima de esta causa. He dicho que derivaba del mérito relativo de las razas. La lógica exige, pues, que precise inmediatamente lo que entiendo por la palabra *raza*, y sobre ello versará el siguiente capítulo.

CAPÍTULO X

CIERTOS ANATOMISTAS ATRIBUYEN A LA HUMANIDAD MÚLTIPLES ORÍGENES

Hay que buscar, primero, el alcance fisiológico de la palabra *raza*.

La opinión de gran número de observadores, ateniéndose a la primera impresión y juzgando sobre los extremos (1), aclara que las familias huma-

(1) M. Flourens, *Éloge de Blumenbach, Mémoires de l'Académie des Sciences.* Este sabio se pronuncia, con razón, contra este método.

nas ofrecen diferencias tan radicales, tan esenciales, que no podemos menos de negarles la identidad de origen. Al lado de la descendencia adamítica, los eruditos adheridos a este sistema suponen muchas otras genealogías. Para ellos la unidad primordial no existe en la especie, o, para expresarnos mejor, no existe una sola especie, sino tres, cuatro y más, de las cuales han salido generaciones perfectamente distintas, que, por sus mezclas, han formado las híbridas.

Para apoyar esta teoría, se apela muy fácilmente a la convicción común, colocando ante los ojos de los críticos las desemejanzas evidentes, claras, manifiestas de los grupos humanos. Cuando el observador se ve colocado ante un individuo de piel amarillenta, de barba y cabellos ralos, de ancha faz, de cráneo piramidal, de ojos oblicuos y con la piel de los párpados tan fuertemente tendida hacia el ángulo externo que el ojo se abre apenas (1), este observador reconoce a un tipo bien caracterizado, bien marcado, y cuyos rasgos principales es realmente fácil conservar en la memoria.

Otro individuo aparece: es un negro de la costa occidental de África, alto, de aspecto vigoroso, de miembros pesados, con marcada tendencia a la obesidad (2). El color no es ya amarillento, sino enteramente negro; los cabellos no son ya ralos y delgados, sino, por el contrario, espesos, gruesos, lanosos y exuberantes; la mandíbula inferior es saliente, el cráneo afecta aquella forma que se ha llamado *prognata,* y en cuanto a la estatura, no es menos particular. «Los largos huesos están echados hacia fuera; la tibia y el peroné son, por delante, más convexos que entre los Europeos; las pantorrillas están muy altas y llegan hasta la corva; los pies son muy planos, y el calcáneo, en vez de ser arqueado, se continúa casi en línea recta con los otros huesos del pie, que es notablemente ancho. La mano presenta también, en su disposición general, algo análogo (3).»

Cuando la mirada se fija un instante en un individuo así conformado, el espíritu recuerda involuntariamente la estructura del simio y se siente inclinado a admitir que las razas negras del África occidental han salido de un tronco que no tiene nada de común, fuera de ciertas analogías de forma, con la raza mogol.

Vienen luego las tribus cuyo aspecto halaga menos todavía que el del negro congoleño el amor propio de la humanidad. Tiene la Oceanía el mérito particular de proporcionar los ejemplares más degradados, más abyectos, más repugnantes de esos seres miserables, formados, al parecer, para servir de transición entre el hombre y el bruto puro y simple. Frente a muchas tribus australianas, el mismo negro africano se realza, cobra valor, parece revelar una mejor ascendencia. Entre muchas desdichadas poblaciones de aquel mundo, la excesiva delgadez de los miembros, la forma famélica del cuerpo, presentan un aspecto repulsivo. Los cabellos son lisos u ondulados, más a menudo lanosos; la piel es negra, sobre un fondo gris (4).

En fin, si, luego de examinar estos tipos, tomados en todos los rincones

---

(1) Prichard, *Hist. nat. de l'homme,* t. I, p. 133.
(2) Id., *Ibid.,* t. I, p. 108, 134, 174.
(3) Id., *Ibid., passim.*
(4) Prichard, *obra citada,* t. II, p. 71.

del Globo, volvemos a los habitantes de Europa, del Sur y del Oeste de Asia, hallamos en éstos tal superioridad de belleza, de armonía en la proporción de los miembros, de regularidad en los rasgos de la cara, que inmediatamente nos sentimos tentados a aceptar la conclusión de los partidarios de la multiplicidad de las razas. No sólo los últimos pueblos que acabo de citar son más bellos que el resto de la humanidad, compendio bastante triste, hay que convenirlo, de muchas fealdades (1); no sólo estos pueblos han tenido la gloria de proporcionar los admirables modelos de la Venus, del Apolo y del Hércules Farnesio, sino que, además, reina entre ellos de muy antiguo una jerarquía visible, y, dentro de esta nobleza humana, los Europeos son los más eminentes por la belleza de las formas y el vigor del desarrollo muscular. Nada, pues, más razonable, en apariencia, que declarar las familias de que se compone la humanidad tan extrañas una a otra como lo son, entre sí, los animales de especies diferentes.

Tal fué también la conclusión sacada de las primeras observaciones, y, en tanto no se partió más que de hechos generales, no pareció que nada pudiese invalidarla.

Camper fué uno de los primeros que sistematizaron estos estudios. No se limitó a sacar una conclusión, basándose sólo en testimonios superficiales; quiso asentar sus demostraciones de una manera matemática, y trató de precisar anatómicamente las diferencias características de las categorías humanas. Para lo cual estableció un método estricto que no dejaba ya lugar a dudas, y sus opiniones adquirieron aquel vigor sin el cual no hay verdaderamente ciencia. Se le ocurrió, pues, tomar la cara lateral de la cabeza huesosa y medir la abertura del perfil por medio de dos líneas llamadas por él *líneas faciales*. Su intersección formaba un ángulo que, según su mayor o menor abertura, debía dar la medida del grado de elevación de la raza. Una de estas líneas iba de la base de la nariz al meato auditivo; la otra resultaba tangente al saliente de la frente por la parte de arriba, y por la parte de abajo a la parte más prominente de la mandíbula inferior. Por medio del ángulo así formado, se establecía, no sólo para el hombre, sino también para todas las clases de animales, una escala en cuya cúspide figuraba el Europeo; y cuanto más agudo era el ángulo, más los individuos se alejaban del tipo que, en la idea de Camper, resumía la máxima perfección. Así, los pájaros formaban, con los peces, el ángulo más pequeño. Los mamíferos de diferentes clases lo agrandaban. Cierta especie de simio llegaba hasta los 42 grados, incluso hasta los 50. Luego venía la raza del negro de África, que, así como la del Kalmuko, presentaba 70. El Europeo alcanzaba 80, y, para citar las mismas palabras del inventor, palabras tan lisonjeras para nuestros congéneres: «Es, dice, de esta diferencia de 10 grados que depende su mayor belleza, lo que puede llamarse su belleza comparativa. En cuanto a aquella belleza absoluta que nos impresiona en tan alto grado en algunas obras de la estatuaria antigua, como en la cabeza de Apolo y en la Medusa de Sosicles, débese a una

(1) Vivamente impresionado por este aspecto repulsivo de la mayoría de variedades humanas, Meiners imaginó una de las clasificaciones más simples; no comprendía sino dos categorías: la *bella*, es decir la raza blanca, y la *fea*, que abarcaba todas las demás. (*Grundriss der Geschichte der Menschheit.*)

abertura todavía mayor del ángulo, que, en este caso, llega hasta los 100 grados (1).»

Este método seducía por su simplicidad. Desgraciadamente, tuvo en su contra los hechos, accidente sobrevenido a muchos sistemas. Owen estableció, mediante una serie de observaciones irrefutables, que Camper no había estudiado la conformación de la cabeza huesosa de los simios sino sobre tipos jóvenes, y que, en los individuos llegados a la edad adulta, el crecimiento de los dientes, el ensanchamiento de las mandíbulas y el desarrollo del arco cigomático no iban acompañados de un agrandamiento correspondiente del cerebro y, por tanto, las diferencias con la cabeza humana son completamente distintas de aquellas cuyas cifras había señalado Camper, puesto que el ángulo facial del orangután negro o del chimpancé más favorecido por la naturaleza no rebasa los 30 ó 35 grados a lo sumo. De esta cifra hasta los 70 grados del negro y del Kalmuko, media demasiada distancia para que la serie imaginada por Camper resulte admisible.

La frenología había compaginado muchas de sus demostraciones con la teoría del sabio holandés. Complacíase en reconocer, en la serie ascendente de los animales hacia el hombre, desarrollos paralelos de los instintos. Sin embargo, los hechos fueron todavía opuestos a este punto de vista. Se objetó, entre otros, que el elefante, cuya inteligencia es indiscutiblemente superior a la de los orangutanes, presenta un ángulo facial mucho más agudo que el suyo, y, entre los mismos simios, no se observa que los más inteligentes, los más susceptibles de recibir una especie de educación doméstica, pertenezcan a las especies más grandes.

Además de estos graves defectos, el método de Camper ofrecía aún un lado muy vulnerable: no era aplicable a todas las variedades de la raza humana. Dejaba fuera de sus categorías las tribus de cabeza piramidal, carácter éste muy singular.

Blumenbach, favorablemente situado contra su predecesor, propuso a su vez un sistema: consistía en estudiar la cabeza del hombre por arriba. Denominó a su invención: *norma verticalis,* método vertical. Blumenbach aseguraba que la comparación de la anchura superior de las cabezas hacía resaltar las diferencias principales en la configuración general del cráneo. Según él, el estudio de esta parte del cuerpo humano suscita tantos reparos, sobre todo en lo que respecta a los puntos determinados del carácter nacional, que es imposible someter todas estas diversidades a una medida única de líneas y ángulos, y que, para llegar a una clasificación satisfactoria, hay que considerar las cabezas bajo el aspecto que puede abrazar, de un solo golpe de vista, el mayor número de variedades. Ahora bien, su idea debía presentar esta ventaja. Se resumía así: «Colocar la serie de cráneos que se trata de comparar de manera que los huesos malares se encuentren en una misma línea horizontal, tal como ocurre cuando estos cráneos descansan sobre la mandíbula inferior; después, colocarse detrás fijando el ojo sucesivamente por encima del vértice de cada uno; de este modo, en efecto, se distinguirán las variedades de forma de las partes que más contribuyen al carácter nacional, sea que consistan en la dirección de los huesos ma-

(1) Prichard, obra citada, t. I, p. 152.

xilares y molares, sea que dependan de la anchura o de la estrechez del contorno oval presentado por el vértice; sea, en fin, que se encuentren en la configuración plana o convexa del hueso frontal (1).»

La consecuencia de este sistema fué, para Blumenbach, una división de la humanidad en cinco grandes categorías, divididas a su vez en cierto número de géneros y tipos.

Muchas son las dudas que suscitó esta clasificación. Se le pudo reprochar, con motivo, como a la de Camper, que pasaba por alto muchos caracteres importantes. Y a esto se debió, en parte, que, para evitar las objeciones principales, Owen propusiese examinar los cráneos no por la coronilla, sino por su base. Uno de los resultados principales de esta nueva manera de proceder fué el encontrar definitivamente una línea de demarcación tan precisa y acusada entre el hombre y el orangután, que resultaba para siempre imposible volver a hallar entre ambas especies el lazo imaginado por Camper. En efecto, una primera ojeada a estos dos cráneos, el uno de orangután, el otro de hombre, examinados por sus bases, bastó para hacer notar diferencias capitales. El diámetro ánteroposterior es más alargado en el orangután que en el hombre; el arco cigomático, en lugar de encontrarse comprendido dentro de la mitad anterior de la base craneana, forma, en la región media, exactamente un tercio de la longitud total del diámetro; en fin, la posición del agujero occipital, tan interesante por sus relaciones con el carácter general de las formas del individuo, y sobre todo por la influencia que ejerce sobre los hábitos, no es en modo alguno la misma. En el hombre, ocupa casi el centro de la base del cráneo; en el orangután, está situado en el centro del tercio posterior (2).

El mérito de las observaciones de Owen es grande, sin duda; yo preferiría, sin embargo, el más reciente de los sistemas craneoscópicos, que es al mismo tiempo el más ingenioso de todos, por muchos conceptos: el del sabio americano Morton, adoptado por Carus (3). He aquí en qué consiste:

Para demostrar la diferencia de las razas, los dos sabios que cito han partido de esta idea: que cuanto mayores son los cráneos, más superiores se muestran, en general, los individuos a quienes pertenecen (4). La cuestión planteada es, pues, esta: ¿Es igual en todas las categorías humanas el desarrollo del cráneo?

Para obtener la solución deseada, Mr. Morton tomó un número determinado de cabezas pertenecientes a Blancos, a Mogoles, a Negros, a Pieles Rojas de la América del Norte, y, cerrando con algodón todas las aberturas, excepto el *foramen magnum*, llenó completamente el interior de granos de pimienta cuidadosamente desecados; después comparó las cantidades contenidas en cada uno. Este examen le proporcionó la tabla siguiente:

---

(1) Prichard, obra citada, t. I, p. 157.
(2) Prichard, obra citada, t. I, p. 60.
(3) Carus, *Ueber ungleiche Befachigung*, etc., p. 19.
(4) Id., *Ibid.*, p. 20.

		Número de cráneos medidos	Término medio de la cifra de cap.	Máximo de capacidad	Mínimo de capacidad
Pueblos blancos		52	87	109	75
Pueblos amarillos	Mogoles	10	83	93	69
	Malayos	18	81	89	64
Pieles Rojas		147	82	100	60
Negros		29	78	94	65

Los resultados inscritos en las dos primeras columnas son realmente muy curiosos. En cambio, concedo poca importancia a los de las dos últimas; pues para que la violenta perturbación que parece aportar de las observaciones de la segunda columna fuese real, sería ante todo preciso que Mr. Morton hubiese operado sobre un número mucho más considerable de cráneos y, después, que hubiese especificado la posición social de las personas a las cuales hubiesen pertenecido.

Así pudo disponer de interesantes tipos para los Blancos y los Pieles Rojas: se procuró cabezas que habían pertenecido a individuos muy por encima del tipo vulgar; mientras que, para los Negros, no es probable que haya tenido a su disposición cráneos de jefes de tribus, y, para los Amarillos, cabezas de mandarines. Es lo que me explica que haya podido atribuir la cifra 100 a un indígena americano, mientras que el Mogol más inteligente por él examinado no rebasa los 93 y deja que le sobrepase el mismo Negro, que alcanza 94. Tales resultados son del todo incompletos, fortuitos y sin valor científico, y, en tales cuestiones, nunca desconfiaremos bastante de los juicios basados en el examen de las individualidades. Me veré pues conducido a rechazar por completo la segunda mitad de los cálculos de Mr. Morton.

Igualmente me siento llevado a discutir un detalle de los otros. Así, en la segunda columna, entre las cifras 87, indicadora de la capacidad del cráneo blanco, 83 del amarillo y 78 del negro, hay gradación clara y evidente. Pero las medidas 83, 81 y 82, dadas para los Mogoles, los Malayos y los Pieles Rojas, son cifras medias que, evidentemente, se confunden, y tanto más cuanto que Carus no vacila en comprender a los Mogoles y a los Malayos dentro de una sola y misma raza, es decir, a reunir las cifras 83 y 81. ¿Por qué, pues, tomar 83 como característica de una raza diferente, y crear así muy arbitrariamente una cuarta gran subdivisión humana?

Esta anomalía sostiene por lo demás la parte débil del sistema de Carus. El sabio sajón gusta de suponer que, así como vemos pasar nuestro planeta por los cuatro estados de día, noche, crepúsculo vespertino y crepúsculo matutino, es *necesario* que haya en la especie humana cuatro subdivisiones correspondientes a estas variaciones de la luz. En ello descubre un símbolo, tentación siempre muy peligrosa para un espíritu refinado. Carus ha cedido a ello, como, en su lugar, lo hubiesen hecho muchos de sus compatriotas. Los pueblos blancos son los pueblos del día; los negros los de la noche; los amarillos, los de la mañana o del crepúsculo de Oriente; los rojos, los del atardecer o del crepúsculo de Occidente. Se adivinan bastante las ingeniosas comparaciones que vienen a enlazarse con este cuadro. Así, las naciones europeas, por el esplendor de sus ciencias y

la nitidez de su civilización, mantienen las más evidentes relaciones con el estado luminoso, y, mientras que los Negros duermen en las tinieblas de la ignorancia, los Chinos viven en una media luz que les confiere una existencia social incompleta, aunque poderosa. Por lo que respecta a los Pieles Rojas, condenados a desaparecer poco a poco de este mundo, ¿dónde hallar una imagen más bella de su destino que en el crepúsculo de la tarde?

Desgraciadamente, una comparación no es una razón, y, debido a confiarse indebidamente a esta corriente poética. Carus ha echado a perder algo su hermosa teoría. Por lo demás, hay que aplicar aquí lo que he dicho de todas las demás doctrinas etnológicas, las de Camper, Blumenbach, D'Owen: Carus no logra sistematizar regularmente el conjunto de las diversidades fisiológicas observadas en las razas (1).

Los partidarios de la unidad étnica no han dejado de aprovechar esa impotencia para pretender que, desde el momento que las observaciones sobre la conformación de la cabeza ósea parecen no poder clasificarse de manera que permitan formular un sistema demostrativo de la separación original de los tipos, hay que considerar las divergencias, no como grandes rasgos radicalmente distintos, sino como meros resultados de causas segundas independientes, desprovistas por entero de carácter específico.

Es cantar victoria harto de prisa. La dificultad de encontrar un método no da siempre derecho a concluir que sea imposible descubrirlo. Los unitarios, sin embargo, no han admitido esta reserva. Para fundamentar su opinión, hicieron observar que ciertas tribus pertenecientes a una misma raza, lejos de presentar el mismo tipo físico, se separan de él, por el contrario, muy marcadamente. Por ejemplo, sin tener en cuenta la proporción de los elementos de cada mezcla, han mentado las diferentes ramas de la familia mestiza malayo-polinesiana, y han añadido que si grupos de origen común pueden sin embargo revestir formas craneanas y faciales totalmente diferentes, despréndese de ello que las mayores diversidades dentro de ese género no prueban la multiplicidad primera de los orígenes; que, por tanto, por extraños que puedan parecer, a los ojos de los Europeos, los tipos negros o mogoles, éstos no son una demostración de la multiplicidad de orígenes, y que la causa de la separación de las familias humanas debe ser buscada menos arriba y menos lejos, pudiendo considerar las desviaciones fisiológicas como los simples resultados de ciertas causas locales que actúan durante un período de tiempo más o menos largo (2).

Acosados por tantas objeciones buenas y malas, los partidarios de la multiplicidad de las razas han tratado de ensanchar el círculo de sus argumentos; y, cesando de atenerse al solo estudio de los cráneos, pasaron al del individuo humano por entero. Para demostrar — lo que es cierto — que las

---

(1) Las hay ligeras que son no obstante muy características. Entre ellas señalaré cierta hinchazón de la carne a ambos lados del labio inferior, entre los Alemanes y los Ingleses. Esta señal, de origen germánico, la encuentro también en algunas figuras de la Escuela flamenca, en la *Madona* de Rubens del Museo de Dresde, en los *Sátiros y ninfas* de la misma colección, en *La que toca el laúd*, de Mieris, etc. Ningún método craneoscópico está en condiciones de recoger tales detalles, que no dejan sin embargo de tener su valor entre nuestras razas tan mezcladas.

(2) Joh. Ludolf, *Commentarium ad Historiam Aethiopicam*. — Pickering, *The Races of Man, and their geograpical distribution*.

diferencias no existen únicamente en el aspecto de la cara y en la construcción ósea de las cabezas, alegaron hechos no menos graves, como la forma de la pelvis, la proporción relativa de los miembros, el color de la piel, la naturaleza del sistema velloso.

Camper y otros anatomistas habían reconocido, hace mucho tiempo, que la pelvis del negro ofrecía algunas particularidades. El doctor Vrolik, llevando más lejos sus investigaciones, ha observado que, para los Europeos, las diferencias entre la pelvis del hombre y la de la mujer son mucho menos acusadas, y en la raza negra ve, en ambos sexos, un carácter muy saliente de animalidad. El sabio de Amsterdam, partiendo de la idea de que la conformación de la pelvis influye necesariamente en la del feto, llega a la conclusión de diferencias originales (1).

Weber ha venido a atacar esta teoría, si bien con escasa ventaja, ya que ha debido reconocer que ciertas formas de la pelvis se encontraban más frecuentemente en una raza que en otra. Todo lo que ha podido hacer, es señalar que la regla no carece de excepción, y que determinados individuos americanos, africanos y mogoles presentan formas comunes a los Europeos. No es esto probar mucho, tanto menos cuando Weber, al hablar de estas excepciones, no parece haberse preocupado de la idea de que su conformación particular podía no ser más que el resultado de una mezcla de sangre.

Por lo que respecta a la dimensión de los miembros, los adversarios de la unidad de la especie pretenden que el Europeo está mejor proporcionado. Se les responde que la delgadez de las extremidades, en las naciones que se alimentan especialmente de vegetales, o cuya alimentación es imperfecta, no tiene por qué causar sorpresa; y esta réplica es seguramente buena. Pero cuando se objeta, además, el desarrollo extraordinario del busto entre los Quichuas, los críticos, decididos a no reconocerlo como carácter específico, refutan el argumento de una manera menos concluyente; porque pretender, como lo hacen, que aquella anchura de pecho se explica, entre los montañeses del Perú, por la elevación de la cordillera de los Andes, no es dar una razón muy seria. Existen en el mundo numerosas poblaciones montañesas que están constituídas muy diferentemente que los Quichuas (2).

Vienen luego las observaciones sobre el color de la piel. Los Unitarios sostienen que en esto no se puede encontrar ningún carácter específico; primero, porque esta coloración se debe a circunstancias climáticas y no es permanente, afirmación más que osada; después, porque el color se presta al establecimiento de gradaciones infinitas, por las que se pasa insensiblemente del blanco al amarillo, del amarillo al negro, sin poder descubrir una línea de demarcación bastante precisa. Este hecho prueba simplemente la existencia de innumerables híbridos, observación a la cual los Unitarios no prestan, equivocadamente, la menor atención. Sobre el carácter específico de los cabellos, M. Flourens aporta su gran autoridad en favor de la unidad original de las razas.

Después de haber examinado rápidamente los argumentos inconsistentes,

---

(1) Prichard, *Histoire natur. de l'homme*, t. I, p. 168.

(2) Ni los Suizos, ni los Tiroleses, ni los montañeses de Escocia, ni los Eslavos de los Balkanes, ni las tribus del Himalaya, ofrecen el aspecto monstruoso de los Quichuas.

llego a la verdadera ciudadela científica de los Unitarios. Poseen éstos un argumento de gran fuerza, que he reservado para el final: me refiero a la facilidad con que las diferentes ramas de la especie humana producen híbridos, y la fecundidad de estos mismos híbridos.

Las observaciones de los naturalistas parecen haber demostrado que, en el mundo animal o vegetal, los mestizos no pueden nacer más que de especies bastante afines, y que, aun en este caso, sus productos están condenados de antemano a la esterilidad. Se ha observado, además, que entre las especies afines, aun cuando la fecundación sea posible, la cópula es rechazada y no se obtiene, en general, sino por la astucia o por la fuerza; lo que significaría que, en estado libre, el número de híbridos es todavía más limitado que el que la intervención del hombre ha logrado que fuese. De ello se ha concluído que había que incluir entre la serie de caracteres específicos la facultad de producir individuos fecundos.

Como nada autoriza a creer que la especie humana esté exenta de esta regla, nada tampoco, hasta hoy, ha podido quebrantar la fuerza de la objeción que, más que todas las otras, inutiliza el sistema de los adversarios de la unidad. Se afirma, es cierto, que, en ciertas partes de Oceanía, las mujeres indígenas que han dado a luz mestizos europeos, no son aptas nunca más para ser fecundadas por sus compatriotas. Dando esta referencia como exacta, sería digna de servir de punto de partida para investigaciones más profundas; pero, por ahora, no es lícito utilizarla para invalidar los principios admitidos sobre la generación de los híbridos. La referencia nada prueba contra las deducciones que se saca de ellos.

CAPÍTULO XI

Las diferencias étnicas son permanentes

Los Unitarios afirman que la separación de las razas es aparente, y debida tan sólo a circunstancias locales tales como aquellas cuya influencia experimentamos hoy, o a desviaciones accidentales de conformación en el autor de una rama. Toda la humanidad es, para ellos, accesible a los mismos perfeccionamientos; por doquier el tipo original común, más o menos velado, persiste con igual fuerza, y el negro, el salvaje americano, el habitante del Norte de Siberia pueden y deben, bajo el imperio de una educación análoga, llegar a rivalizar con el Europeo por la belleza de las formas. Esta teoría es inadmisible.

Se ha visto más arriba cuál es la más sólida defensa científica de los Unitarios: es la fecundidad de los cruces humanos. Esta observación, que parece hasta aquí difícil de refutar, no será quizá siempre tan invencible, ni bastaría a contenerme si no la viese apoyada por otro argumento, de naturaleza muy diferente, que, lo confieso, me impresiona en mayor grado: se dice que el Génesis no admite, para nuestra especie, diversos orígenes.

Si el texto es positivo, perentorio, claro, indiscutible, hay que humillar la cabeza; las mayores dudas deben ceder y la razón no tiene más que declararse imperfecta y vencida: el origen de la humanidad es uno, y todo

lo que parece demostrar lo contrario no es sino una apariencia en la cual no debemos parar mientes. Porque es preferible dejar que la obscuridad se condense sobre un punto de erudición que arriesgarse contra semejante autoridad. Pero, ¿y si la *Biblia* no es explícita? Si los libros sacros, consagrados a muy otra cosa que a la aclaración de cuestiones étnicas, han sido mal comprendidos, y si luego, sin violentar su texto, puede sacarse de ellos un sentido diferente, entonces no vacilaré en seguir adelante.

Que Adán sea el autor de nuestra especie blanca, hay que admitirlo, ciertamente. Es manifiesto que las *Escrituras* quieren que se entienda así, puesto que de aquél descienden generaciones que indiscutiblemente han sido blancas. Esto sentado, nada prueba que, en el pensamiento de los primeros redactores de genealogías adamitas, las criaturas que no pertenecían a la raza blanca hubiesen sido consideradas como formando parte de la especie. No se dice una palabra de las naciones amarillas, y no es sino gracias a una interpretación cómo lograré, creo yo, en el libro siguiente, hacer resaltar lo que hay de arbitrario en el hecho de atribuir al patriarca Cam el color negro. Sin duda los traductores, los comentaristas, al afirmar que Adán fué el autor de todo lo que lleva el nombre de hombre, han hecho entrar dentro de las familias de sus hijos al conjunto de pueblos que luego se han sucedido. Según ellos, los Jaféticos son el origen de las naciones europeas, los Semitas ocupan el Asia interior, los Camitas, que, sin razón fundada, lo repito, se consideran como de raza originariamente melania, ocupan las regiones africanas. Esto, por lo que respecta a una parte del Globo, es magnífico; y de la población del resto del planeta, ¿qué se hace? Se la deja excluída de esta clasificación.

No voy a insistir, por ahora, sobre esa idea. No quiero entrar en lucha aparente, ni siquiera con simples interpretaciones, desde el momento que se las da por buenas. Me contento con indicar que quizá, sin salirse de los límites impuestos por la Iglesia, se podría poner en duda la validez de ellas; después me constriño a buscar si, admitiendo tal cual es la parte fundamental de la opinión de los Unitarios, no habrá todavía medio de explicar los hechos de muy otra manera que ellos lo hacen, y de examinar si las diferencias físicas y morales más esenciales no pueden existir entre las razas humanas y producir todas sus consecuencias, independientemente de la unidad o de la multiplicidad de origen inicial.

Para todas las variedades caninas se admite la identidad étnica (1); ¿quién, pues, irá a emprender la tarea difícil de comprobar en todos estos animales, sin distinción de géneros, las mismas formas, las mismas tendencias, los mismos hábitos, las mismas cualidades? Lo mismo puede decirse de otras especies tales como los caballos, la raza bovina, los osos, etc. En todo vemos identidad en cuanto al origen, diversidad en los demás; y diversidad tan profundamente establecida, que no puede desaparecer más que con los cruces, y aun entonces los tipos no retornan a una identidad real de carácter. Mientras que, en tanto se conserva la pureza de raza, los rasgos especiales se mantienen permanentes y se reproducen, de generación en generación, sin ofrecer desviaciones sensibles.

Este hecho, que es indiscutible, ha suscitado la pregunta de si, en las

---

(1) Fred. Cuvier, entre otros, *Annales du Muséum*, t. XI, p. 458.

especies animales sometidas a la domesticidad y que han contraído los hábitos de ella, se podían reconocer las formas y los instintos del tronco primitivo. La cuestión no parece susceptible de ser solucionada. Es imposible determinar cuáles serían las formas y el modo de ser del individuo primitivo, y hasta qué punto se alejan o se aproximan a ellos las desviaciones que observamos hoy ante nosotros. Un gran número de vegetales ofrecen el mismo problema. El hombre sobre todo, la criatura que más interesa conocer en sus orígenes, parece resistirse a todo desciframiento a ese respecto.

Las diferentes razas no han abrigado ninguna duda de que el antiguo autor de la especie no tuviese precisamente sus caracteres. Sobre este punto, sobre éste únicamente, sus tradiciones son unánimes. Los blancos se han forjado un Adán y una Eva que Blumenbach hubiera declarado caucásicos; y un libro, frívolo al parecer, pero lleno de observaciones justas y de hechos exactos, *Las Mil y Una Noches*, cuenta que ciertos negros consideran negros a Adán y a su esposa; que, habiendo sido creados éstos a imagen de Dios, Dios es también negro, y los ángeles lo mismo, y que el profeta de Dios estaba naturalmente demasiado favorecido para mostrar una piel blanca a sus discípulos.

Desgraciadamente, la ciencia moderna no ha podido hacer nada para simplificar estas opiniones. Ninguna hipótesis verosímil ha logrado desvanecer esta obscuridad, y, muy probablemente, las razas humanas difieren tanto de su progenitor común, si en efecto han tenido uno, como difieren entre sí. Falta explicar, sobre el terreno modesto y estrecho en que me confino, admitiendo la opinión de los Unitarios, esa desviación del tipo primitivo.

Las causas de ello son muy difíciles de desentrañar. La opinión de los Unitarios la atribuye, ya lo he dicho, a la influencia del clima, de la posición topográfica y de los hábitos. Es imposible compartir semejante parecer, atendido que las modificaciones en la constitución de las razas, desde el comienzo de los tiempos históricos, bajo el imperio de las circunstancias aquí indicadas, no parecen haber tenido la importancia que habría que reconocerles para explicar suficientemente tantas y tan profundas desemejanzas. Va a comprenderse al instante.

Supongo que dos tribus, semejantes todavía al tipo primitivo, habitan, una en un país alpestre, situado en el interior de un continente, la otra en una isla de la región marítima. Las condiciones atmosféricas serán del todo diferentes para ambas poblaciones, y la alimentación lo mismo. Si, además, atribuyo medios de subsistencia abundantes a la una, y precarios a la otra; que si, además, sitúa a la primera bajo la acción de un clima frío, y a la segunda bajo la de un sol tropical, es indudable que habré acumulado los contrastes locales más esenciales. Al añadirse a ello, en el curso del tiempo, las fuerzas que atribuimos a los agentes físicos, poco a poco ambos grupos acabarán ciertamente por revestir algunos caracteres propios que contribuirán a distinguirlos. Pero, aunque fuese al cabo de una serie de siglos, nada de esencial, nada de orgánico habrá cambiado en su conformación; y la prueba es que existen pueblos separados por el mundo entero, colocados en condiciones de clima y de existencia muy dispares, cuyos tipos ofrecen, sin embargo, la más perfecta semejanza. Todos los etnólogos convienen en ello. Se ha pretendido incluso que los Hotentotes son una

colonia china — hasta tal punto se parecen a los habitantes del Celeste Imperio —, pero es este un supuesto inaceptable (1). Se descubre asimismo una gran similitud entre el retrato que conservamos de los antiguos Etruscos y el tipo de los Araucanos de la América meridional. La figura, las formas corporales de los Cherokis parecen confundirse completamente con las de varias poblaciones italianas, tales como los Calabreses. La acusada fisonomía de los habitantes de la Auvernia, sobre todo entre las mujeres, resulta mucho más alejada del carácter común de las naciones europeas que la de varias tribus indias de la América del Norte. Así, desde el momento que, bajo climas alejados y diferentes, y en condiciones de vida tan poco parecidas, la naturaleza puede producir tipos que se parecen, resulta bien claro que no son los agentes exteriores hoy actuantes los que imponen a los tipos humanos sus caracteres.

Sin embargo, no dejaremos de reconocer que las circunstancias locales pueden por lo menos favorecer la intensidad mayor o menor de ciertos matices de color, la tendencia a la obesidad, el desarrollo relativo de los músculos del pecho, el alargamiento de las extremidades inferiores o de los brazos, el grado de fuerza física. Pero, repitámoslo una vez más, no hay en esto nada de esencial; y a juzgar por las modificaciones muy débiles que estas causas, al cambiar de naturaleza, aportan en la conformación de los individuos, no cabe creer tampoco — y es esta una prueba de peso — que hayan ejercido nunca una gran influencia.

Si no sabemos las revoluciones que han podido sobrevenir en la organización física de los pueblos hasta la aurora de los tiempos históricos, podemos por lo menos observar que este período no comprende aproximadamente más que la mitad de la edad atribuída a nuestra especie; y si, pues, durante tres o cuatro mil años, la obscuridad es impenetrable, nos quedan otros tres mil años, hasta el comienzo de los cuales nos es dable penetrar, por lo que respecta a algunas naciones, y todo prueba que las razas entonces conocidas y que han permanecido desde entonces en un estado de pureza relativa, no han cambiado considerablemente de aspecto, aun cuando algunas hayan cesado de habitar en los mismos lugares y de estar sometidas por consiguiente a las mismas causas exteriores. Citaré a los Árabes. Conforme nos los representan los monumentos egipcios, así los encontramos todavía, no sólo en los áridos desiertos de su país, sino en las regiones fértiles, a menudo húmedas, del Malabar y de la costa de Coromandel, en las islas del mar de las Indias, en varios puntos de la costa septentrional del África, donde están, en verdad, más mezclados que en parte alguna; y sus huellas se descubren todavía en algunas partes del Rosellón, del Languedoc y del litoral español, aun cuando desde su invasión hayan transcurrido unos doce siglos. La sola influencia del medio, si tuviese el poder, como se supone, de hacer y deshacer las demarcaciones orgánicas, no hubiera dejado subsistir tal longevidad de tipos. Al cambiar de país, los descendientes del tronco ismaelita hubieran cambiado igualmente de conformación.

---

(1) Es Barrow quien ha emitido esta idea, fundándose en algunas semejanzas en la forma de la cabeza y en el color, en efecto amarillento, de los indígenas del Cabo de la Buena Esperanza.

Después de los Árabes, citaré a los Judíos, más notables aún a ese respecto, puesto que emigraron hacia climas extremadamente diferentes, en todos sentidos, del de la Palestina, y que tampoco conservan su antiguo género de vida. Su tipo, sin embargo, se conserva poco más o menos el mismo, no ofreciendo sino alteraciones del todo insignificantes y que no han logrado, bajo ninguna latitud, y dentro de las diferentes costumbres de cada país, alterar el carácter general de la raza. Tales vemos a los belicosos Recabitas de los desiertos árabes; tales se nos aparecen también los pacíficos Israelitas portugueses, franceses, alemanes y poloneses. He tenido ocasión de examinar a un hombre perteneciente a esta última categoría. El perfil de su cara revelaba perfectamente su origen. Sus ojos sobre todo eran inolvidables. Aquel habitante del Norte, cuyos antepasados directos vivieron, durante varias generaciones, entre la nieve, parecía como si los rayos del sol de la Siria le hubiesen tostado la piel desde la víspera. Así, forzoso es admitir que la faz del Semita ha conservado en sus rasgos principales y verdaderamente característicos el aspecto que descubrimos en las pinturas egipcias ejecutadas hace tres o cuatro mil años; y este mismo aspecto resulta, en las circunstancias climáticas más diversas, igualmente impresionante. La identidad de los descendientes con los antepasados no se circunscribe a los rasgos de la cara; persiste igualmente en la conformación de los miembros y en la naturaleza del temperamento. Los Judíos alemanes son, en general, más pequeños, y presentan una estructura más delgada que los individuos de raza europea entre los cuales viven desde hace siglos. Además, la edad núbil es, para ellos, mucho más precoz que para sus compatriotas de otra raza (1).

He aquí, por lo demás, una afirmación diametralmente opuesta al sentir de M. Prichard. Este fisiólogo, en su celo por probar la unidad de la especie, trata de demostrar que la época de la pubertad, en ambos sexos, es la misma en todas partes y para todas las razas (2). Las razones que alega son sacadas del Antiguo Testamento para los Judíos, y, para los Árabes, de la ley religiosa del Corán según la cual la edad del matrimonio para las mujeres está fijada a los quince años y aun a los diez y ocho, en opinión de Abu-Hanifah.

Estos dos argumentos parecen muy discutibles. En primer lugar, los testimonios bíblicos no son muy admisibles en esta materia, puesto que emiten a menudo hechos contrarios a la marcha habitual de las cosas, y que — para citar uno — el alumbramiento de Sara, llegada a su extrema vejez, y cuando el mismo Abraham contaba cien años, es un hecho sobre el cual no cabe basar un razonamiento ordinario (3). Pasando a la opinión y a las prescripciones de la ley musulmana, observo que el Corán no tuvo únicamente la intención de comprobar la aptitud física antes de autorizar el matrimonio: quiso también que la mujer poseyese bastante inteligencia y educación para estar en condiciones de comprender los deberes de un estado tan serio. La prueba de ello es que el Profeta pone sumo cuidado en ordenar, con respecto a las muchachas, la continuación de la enseñanza

(1) Müller, *Handbuch der Physiologie des Menschen*, t. II, p. 369.
(2) Prichard, *Histoire naturelle de l'homme*, t. II, p. 249 y *passim*.
(3) *Gen.*, XXI, 5.

religiosa hasta la época de la boda. Desde tal punto de vista, era muy natural que este momento fuese retardado todo lo posible, y que el legislador encontrase muy importante el desarrollo del juicio, antes de autorizar lo que tan prematuramente autorizaba la naturaleza. Esto no es todo. Contra los graves testimonios que invoca M. Prichard, hay otros más concluyentes, aunque más leves, y que fallan la cuestión en favor de mi opinión.

Inclinados únicamente los poetas, en sus relatos amorosos, a mostrar sus heroínas en la flor de su belleza, sin preocuparse del desarrollo moral, los poetas orientales han pintado siempre sus amantes mucho más jóvenes que lo que prescribe el Corán. Zelika, Leila no llegan a los catorce años. En la India, la diferencia es todavía más acusada. Sakuntala resultaría en Europa una niña, una criatura. La edad encantadora del amor para una mujer de aquel país, es de nueve a doce años. He aquí, pues, una opinión muy general, muy arraigada y perfectamente admitida entre las razas hindúes, persas y árabes: que la primavera de la vida, para las mujeres se cierra en una época, en nuestro sentir, algo precoz. Por mucho tiempo nuestros escritores se han atenido, en esta materia, a la opinión de los antiguos modelos de Roma. Éstos, de acuerdo con sus maestros de Grecia, fijaban en los quince años la edad encantadora. Desde que las ideas del Norte (1) han influído en nuestra literatura, no hemos visto ya en las novelas más que adolescentes de diez y ocho años, y aun de más edad.

Si ahora buscamos argumentos menos alegres, no los hallaremos en menor abundancia. Aparte de lo que se ha dicho ya más arriba sobre los Judíos alemanes, podrá verse que, en muchas partes de Suiza, el desarrollo físico de la población es tan tardío, que, para los hombres, no resulta siempre completo a los veinte años. Otra serie de observaciones, muy fácil de abordar, nos será ofrecida por los bohemios o cíngaros (2). Los individuos de esta raza presentan exactamente la misma precocidad física que los Hindúes, sus padres; y bajo climas más rudos, en Rusia, en la Moldavia, vémosles conservar, con sus ideas y sus hábitos antiguos, el aspecto, la forma de la cara y las proporciones corporales de los parias. Con todo, no pretendo combatir a M. Prichard en todos los puntos. Hay una observación suya que adopto de muy buen grado: es aquella según la cual «la diferencia de clima influye muy poco o nada en la producción de diversidades importantes en las épocas de cambios físicos a los cuales está sujeta la constitución humana» (3). Esta observación es muy fundada, y no intentaré invalidarla; me limitaré únicamente a añadir que parece algo en contradicción con los principios defendidos por el sabio fisiólogo americano.

No se habrá dejado de advertir que la cuestión de permanencia en los tipos es aquí la clave de la discusión. Si está demostrado que las razas humanas se hallan, cada una de por sí, encerradas en una especie de individualidad de la que nada puede hacerles salir sino la mezcla, entonces, la doctrina de los Unitarios se ve muy comprometida y no puede negarse

(1) Hay que exceptuar a Shakespeare, componiendo sobre temas italianos, como en *Romeo y Julieta*.

(2) Según M. Krapff, misionero protestante en el África oriental, los Wanicas contraen matrimonio a los doce años con muchachas de la misma edad.

(3) Prichard, obra citada, t. II, p. 253.

a reconocer que, desde el momento en que los tipos son tan por completo hereditarios, tan constantes, tan *permanentes*, en una palabra, a pesar de los climas y el tiempo, la humanidad no deja de resultar menos entera e inquebrantablemente dividida que si las distinciones específicas arrancasen de una diversidad primitiva de origen.

Este aserto, tan importante, nos ha resultado, en lo sucesivo, fácil de sostener. Lo hemos visto apoyado por el testimonio de las esculturas egipcias, a propósito de los Árabes, y por la observación de los Judíos y de los Cíngaros. Sería privarse, sin motivo alguno, de un precioso apoyo si no recordásemos, al mismo tiempo, que las pinturas de los templos y de los hipogeos del valle del Nilo atestiguan igualmente la permanencia del tipo negro de cabellos crespos, de cabeza prognata, de gruesos labios, y que el reciente descubrimiento de los bajos relieves de Korsabad (1), al venir a confirmar lo que proclamaban ya los monumentos figurados de Persépolis, establece, a su vez, de una manera indiscutible, la identidad fisiológica de las poblaciones asirias con tales naciones que ocupan hoy el mismo territorio.

Si se poseyese, acerca de un número mayor de razas todavía vivientes, documentos parecidos, los resultados serían los mismos. La permanencia de los tipos quedaría aún más demostrada. Basta, sin embargo, haber establecido el hecho para todos los casos en que el estudio de ello sea posible. A los adversarios incumbe ahora formular sus objeciones.

Los recursos les faltan, y en la defensa que intentan, se desmienten a sí mismos desde la primera palabra, o se manifiestan en contradicción con las realidades más palpables. Así, alegan que los Judíos han cambiado de tipo según los climas, y los hechos demuestran lo contrario. Su razón es que hay en Alemania muchos Israelitas rubios de ojos azules. Para que este argumento tenga validez, desde el lugar en que se colocan los Unitarios, es preciso que el clima sea reconocido como causa única o por lo menos principal de este fenómeno, y precisamente los sabios de esta Escuela aseguran, por otra parte, que el color de la piel, de los ojos y de los cabellos no depende en modo alguno de la situación geográfica, ni de las influencia del frío o del calor (2). Encuentran y señalan, con razón, ojos azules y cabellos rubios entre los Cingaleses (3); observan en ellos incluso una gran variedad de color, la cual va desde el moreno claro hasta el negro. Por otra parte, confiesan que los Samoyedos y los Tonganos, aun cuando vivan a orillas del mar Glacial, son extremadamente morenos (4). El clima no influye pues en nada en la fijeza del color de la piel, ni en el color de los cabellos y de los ojos. Es preciso entonces dejar esas señales o como indiferentes en sí mismas o como anejas a la raza; y puesto que se sabe de una manera muy precisa que los cabellos rojos no son raros en Oriente ni lo han sido nunca, nadie, tampoco, puede extrañarse de verlos hoy entre Judíos alemanes. De ello nada cabe deducir: ni la permanencia de los tipos ni lo contrario.

---

(1) Botta, *Monuments de Ninive.*
(2) *Edinburg Review, Ethnology or the Science of Races,* Octubre 1848.
(3) *Id., Ibid.*
(4) *Edinburg Review, Ethnology or the Science of Races.* Octubre 1848.

Los Unitarios no son más afortunados cuando recurren a las pruebas históricas. No encuentran más que dos: una se aplica a los Turcos, la otra a los Magiares. Sobre los primeros, el origen asiático está considerado como fuera de duda. Y parece igualmente cierto su parentesco con las ramas finesas de los Ostiakos y de los Lapones. Así, tuvieron primitivamente la cara amarilla, los pómulos salientes, la talla pequeña de los Mogoles. Establecido este punto, se vuelven hacia sus actuales descendientes, y, viendo a éstos provistos del tipo europeo, con la barba espesa y larga, los ojos en forma de almendra y no embridados, concluyen victoriosamente que las razas no son permanentes. La transformación de los Turcos — afirman — se ha producido así (1). «En verdad, dicen los Unitarios, algunas personas han pretendido que había habido mezclas con familias griegas, georgianas y circasianas. Pero, añaden en seguida, estas mezclas no pudieron ser sino parciales; todos los Turcos no eran bastante ricos para comprar sus mujeres en el Cáucaso; no todos tenían harenes poblados de esclavas blancas; y, por otra parte, el odio de los Griegos por sus conquistadores y las antipatías religiosas no favorecieron las uniones, puesto que los dos pueblos, aunque vivan juntos, están hoy todavía tan separados como en el primer día de la conquista (2).»

Estas razones son más especiosas que sólidas. El origen finés de la raza turca no puede admitirse más que a beneficio de inventario. Este origen no se ha demostrado, hasta ahora, sino por medio de un solo y único argumento: el parentesco de las lenguas. Más lejos demostraré hasta qué punto este argumento, cuando se presenta aislado, ofrece margen a la crítica y lugar a dudas. Suponiendo, con todo, que los primeros creadores de la nación hayan pertenecido al tipo amarillo, abundan los medios para demostrar que tuvieron razones fundadas para alejarse de él.

Entre el momento en que las primeras hordas turanas descendieron hacia el Sudoeste y el día en que se apoderaron de la ciudad de Constantino, entre estas dos fechas separadas por tantos siglos, fueron numerosos los hechos que se produjeron; los Turcos occidentales experimentaron diversas suertes. Alternativamente vencedores y vencidos, esclavos y dominadores, se instalaron en el centro de nacionalidades muy diferentes. Según los historiadores (3), sus antepasados, descendidos del Altai, habitaban, en tiempos de Abraham, en aquellas estepas inmensas del Alta Asia que se extienden desde Katai hasta el lago Aral, desde la Siberia al Tibet, precisamente en el antiguo y misterioso dominio donde vivían aún, en aquella época, numerosas naciones germánicas (4). Circunstancia un tanto singular: tan pronto como los escritores de Oriente empiezan a hablar de los pueblos del Turkestán, alaban la belleza de su talla y de su cara. Todas las hipérboles les son, a este respecto, familiares, y como esos escritores tenían, ante sus ojos, para servirles de punto de comparación, los tipos más bellos del antiguo mundo, no es probable que se entusiasmasen al contemplar unas criaturas tan indiscutiblemente feas y repugnantes como lo son por lo

(1) *Ethnology*, p. 439.
(2) *Ibid*, p. 439.
(3) Hammer, *Geschichte des Osmanischen Reichs*, t. I, p. 2.
(4) Ritter, *Erdkunde, Asien*, t. I, p. 433 y *passim*.

común los individuos de sangre mogol. Así, pese a la lingüística, quizá mal aplicada, cabría objetar algo sobre ese particular. Admitimos, sin embargo, que los pobladores del Altai hubiesen sido, como se da en suponer, un pueblo finés, y descendamos a la época musulmana en que las tribus turcas se habían establecido en la Persia y el Asia Menor bajo diferentes denominaciones y en situaciones no menos variadas.

Los Osmanlíes no existían todavía, y los Selyúcidas, de los cuales debían salir, estaban ya intensamente mezclados con las razas del islamismo. Los príncipes de esta nación, tales como Ghaiaseddin-Keikosrew, en 1207, se unían libremente con mujeres árabes. Iban aún más allá, puesto que la madre de otro dinasta selyúcida, Aseddin, era cristiana; y si los jefes, en todos los países, más celosos que el vulgo en mantener la pureza genealógica, mostrábanse tan despreocupados, es, por lo menos, lícito suponer que los súbditos no serían más escrupulosos. Como sus perpetuas correrías les ofrecían medios de llevarse esclavos de los vastos territorios que recorrían, ninguna duda cabe de que, a partir del siglo XIII, la antigua rama ogué, a la cual pertenecen de lejos los Selyúcidas, estuvo extremadamente impregnada de sangre semítica.

De esa rama salió Osmán, hijo de Ortoghrul y padre de los Osmanlíes. Las familias reunidas alrededor de su tienda de campaña eran poco numerosas. Su ejército no era nada más que una banda, y si los primeros sucesores de este Rómulo errante pudieron lograr aumentarla, no fué sino apelando a un procedimiento practicado por el hermano de Remo, es decir, abriendo sus tiendas de campaña a todos aquellos que deseaban entrar en ellas.

Quiero suponer que la ruina del Imperio selyúcida contribuyó a enviarles reclutas de su raza. Esta raza estaba, por lo visto, muy alterada, y además el refuerzo fué insignificante, puesto que a partir de aquel momento los Turcos practicaron la caza de los esclavos con el deliberado propósito de engrosar sus filas. Al comienzo del siglo XIV, Urkan, aconsejado por Kali Tjendereli el Negro, instituyó la milicia de los jenízaros. Primero, no hubo sino un millar. Pero, bajo Mahomet IV, las nuevas milicias contaban con ciento cuarenta mil soldados, y, como hasta aquella época se puso gran cuidado en no llenar las compañías más que de niños cristianos arrebatados a Polonia, a Alemania y a Italia, o reclutados en la Turquía europea, y luego convertidos al islamismo, fueron por lo menos quinientas mil cabezas de familia las que, en un período de cuatro siglos, vinieron a infundir sangre europea en las venas de la nación turca.

No pararon aquí los enlaces étnicos. La piratería, practicada en tan grande escala en toda la extensión del Mediterráneo, tenía especialmente por objeto surtir a los harenes, y, lo que es más concluyente todavía, no se entablaba y ganaba una batalla sin que dejase de aumentar al mismo tiempo el número de fieles. Una buena parte de los cautivos varones abjuraba y se convertía a la religión turca. Después, en las cercanías del campo de batalla recorridas por las tropas, les eran cedidas todas las mujeres de que los vencedores podían apoderarse. A menudo este botín era tan abundante que resultaba difícil hallarle colocación; dábase entonces el caso de cambiar la más bella de las muchachas por unas botas. Comparando lo que antecede con la cifra perfectamente conocida de la población turca,

así de Asia como de Europa, y que no ha excedido nunca de 12 millones, llegaremos al convencimiento de que la cuestión de la permanencia del tipo no tiene absolutamente nada que ver, ni en pro ni en contra, con la historia de un pueblo tan mezclado como los Turcos. Y esta verdad es tan clara, que al encontrar — lo que ocurre alguna vez — en individuos osmanlíes algunos rasgos característicos de la raza amarilla, no hay que atribuir el hallazgo a un origen finés directo; es simplemente efecto de una unión eslava o tártara, que suministra de segunda mano lo que ella misma recibiera del extranjero. He aquí lo que puede observarse sobre la etnología de los Otomanos. Paso ahora a los Magiares.

Las pretensiones de los Unitarios se fundan en el razonamiento siguiente: «Los Magiares son de origen finés, parientes de los Lapones, de los Samoyedos, de los Esquimales, todos individuos de corta talla, de rostros anchos y de pómulos salientes, de tez amarillenta o moreno sucio. Sin embargo, los Magiares tienen una estatura elevada y proporcionada, de extremidades largas, elásticas y vigorosas, y rasgos parecidos a los de las naciones blancas y de una manifiesta belleza. Los Fineses han sido siempre débiles, inteligentes, oprimidos. Los Magiares ocupan entre los conquistadores del mundo un rango ilustre. Hicieron esclavos y no lo fueron nunca ellos; por consiguiente..., puesto que los Magiares son Fineses, y, tanto en lo físico como en lo moral, difieren tan considerablemente de todas las otras ramas de su tronco primitivo, es que han cambiado enormemente.»

El cambio sería tan extraordinario, de haber tenido lugar, que resultaría inexplicable, aun para los Unitarios, suponiendo, por otra parte, que los tipos estuviesen dotados de la mayor movilidad; pues la metamorfosis se hubiera operado entre fines del siglo IX y nuestra época, es decir, en un espacio de 800 años solamente, durante el cual se sabe que los compatriotas de san Esteban se mezclaron poco con las naciones entre las cuales viven. Felizmente para el sentido común, no hay por qué extrañarse de ello, puesto que el razonamiento que voy a combatir, por lo demás perfecto, falla en lo esencial; los Húngaros no son Fineses.

En una nota muy bien escrita, A. de Gerando (1) ha hecho trizas las teorías de Schlotzer y de sus partidarios, demostrando, con las razones más sólidas, sacadas de los historiadores griegos y árabes, y apoyado en la opinión de los analistas húngaros, en hechos comprobados y en fechas que desafían todas las críticas, y finalmente con razones filológicas, el parentesco de los Sículos con los Hunos y la identidad primitiva de la tribu transilvana con los últimos invasores de la Panonia. Los Húngaros son, pues, Hunos.

Aquí se producirá, sin duda, una nueva objeción. Se dirá que de ello se deduce únicamente que los Magiares tienen un parentesco diferente, pero no menos íntimo con la raza amarilla. Es un error. Si la denominación de Hunos es un nombre de nación, es también, históricamente hablando, un nombre colectivo, que no designa a una masa homogénea. Entre la multitud de tribus agrupadas bajo la bandera de los antepasados de Atila, se ha distinguido, entre otras, en todas las épocas, a ciertas bandas llamadas los Hunos blancos, en las cuales dominaba el elemento germánico.

(1) *Essai historique sur l'origine des Hongrois*, París, In-8.°, 1844.

En verdad, el contacto con los grupos amarillos había alterado la pureza de la sangre; pero ocurre también que la faz algo angulosa y huesuda del Magiar se delata con manifiesta claridad. La lengua es muy afín a los dialectos turcos: los Magiares son, pues, Hunos blancos, y esta nación, que hemos tomado impropiamente por un pueblo amarillo, debido a haberse confundido, con enlaces voluntarios o forzados, con aquella raza, resulta así compuesta de mestizos de base germánica. La lengua posee unas raíces y una terminología del todo extrañas a su especie dominante, absolutamente como en el caso de los Escitas amarillos, que hablaban un dialecto ario (1), y como en el de los Escandinavos de la Neustria, atraídos, después de algunos años de conquista, al dialecto celta-latino de sus súbditos (2). Nada, en todo esto, autoriza la suposición de que el tiempo, los climas diversos y el cambio de costumbres hayan convertido un Lapón o un Ostiako, un Tongano o un Permiaco en un san Esteban. En virtud de esta refutación de los únicos argumentos presentados por los Unitarios, estimo que la permanencia de los tipos en las razas está por encima de toda réplica, y tan fuertemente, tan inquebrantablemente, que el cambio de ambiente más completo nada puede para destruirla, en tanto no haya mezcla de una rama humana con alguna otra.

Así, cualquiera que sea el criterio que se quiera adoptar sobre la unidad o la multiplicidad de los orígenes de la especie, las diferentes familias están hoy perfectamente separadas unas de otras, puesto que ninguna influencia exterior podría llevarlas a juntarse, a asimilarse, a confundirse.

Las razas actuales son, pues, ramas que difieren bastante del tronco o de los diversos troncos primitivos extinguidos, que los tiempos históricos no han conocido nunca y cuyos caracteres aún más generales estamos muy lejos de poder imaginarnos; y estas razas, diferentes entre sí por las formas exteriores y las proporciones de los miembros, por la estructura de la cabeza ósea, por la conformación interna del cuerpo, por la naturaleza del sistema velloso, por el color, etc., no logran perder sus rasgos principales sino a raíz y por la fuerza de los cruces.

Esta permanencia de caracteres genéricos basta plenamente a producir los efectos de desemejanza radical y de desigualdad, a darles el alcance de leyes naturales, y a aplicar a la vida fisiológica de los pueblos las mismas distinciones que aplicaré más tarde a su vida moral.

Puesto que me he resignado, por respeto a un factor científico que no puedo destruir y, más aún, por una interpretación religiosa que no osaré atacar, a dejar a un lado las vehementes dudas que me asaltan a propósito de la cuestión de la unidad primordial, voy ahora a intentar exponer, hasta donde sea posible y por los medios de que dispongo, las causas probables de divergencias fisiológicas tan indelebles.

Nadie osará negarlo: este tan grave problema se halla envuelto en una misteriosa oscuridad, preñada de causas a la vez físicas e inmateriales. Ciertas razones que dependen del entendimiento divino y que el espíritu presiente sin adivinar la naturaleza de ellas, dominan en el fondo de las más densas tinieblas del problema, y es muy verosímil que los agentes terrestres,

(1) Schaffarik, *Slavische Alterthümer*, t. I. p. 279 y *passim*.
(2) Aug. Thierry, *Histoire de la Conquête de l'Anglaterre*, t. I, p. 155.

a los cuales se pide la clave del secreto, no sean más que instrumentos, resortes inferiores de la magna obra. Los orígenes de todas las cosas, de todos los movimientos, de todos los hechos, son, no infinitamente pequeños, como se da en afirmar, sino, por el contrario, tan inmensos, tan vastos y desmesurados frente a nuestra debilidad, que no podemos sospechar e indicar sino que quizá existen, sin poder esperar nunca tocarlos con el dedo ni revelarlos de una manera segura. Del mismo modo que, en una cadena de hierro destinada a sostener un gran peso, ocurre con frecuencia que el anillo más cercano al objeto es el más pequeño, así también la causa última puede parecer a menudo casi insignificante, y si nos paramos a contemplarla aisladamente olvidamos la larga serie que la precede y la sostiene, y que, fuerte y potente, tiene su asidero lejos de nuestro alcance. Según la antigua anécdota, no hay que maravillarse de la fuerza del pétalo de rosa que hizo desbordar el agua; es más exacto considerar que el accidente yacía en el fondo del líquido superabundantemente encerrado entre las paredes del vaso.

Rindamos nuestro respeto a las causas primeras, generadoras, celestes y lejanas, sin las cuales nada existiría, y que, conocedoras del decreto divino, tienen derecho a una parte de la veneración que otorgamos a su autor omnipotente; sin embargo, abstengámonos de hablar aquí de ellas. No es prudente salirnos de la esfera humana donde únicamente cabe descubrir certidumbres, y conviene que nos limitemos a asirnos de la cadena, si no por su último y menor eslabón, al menos por su parte visible y tangible, sin abrigar la pretensión, harto difícil de mantener, de elevarnos más allá del alcance del brazo. No es esto irreverencia; al contrario, es el sentimiento sincero de una flaqueza insuperable.

El hombre es un recién llegado al mundo. La Geología, no procediendo más que por inducciones, es cierto, aunque con una persistencia muy notoria, registra su ausencia en todas las formaciones anteriores del Globo; y, entre los fósiles, no encuentra de él ninguna huella. Cuando, por primera vez, nuestros padres hicieron su aparición sobre la Tierra ya vieja, Dios, según los libros sagrados, les dijo que serían dueños de ella y que todo cedería bajo su autoridad. Esta promesa de dominación se dirigía menos a los individuos que a su descendencia; pues aquellas débiles criaturas parecían dotadas de muy escasos recursos, no diré para dominar toda la naturaleza, sino ni siquiera para resistir a sus menores embates (1). Los cielos etéreos habían visto, en los precedentes períodos, salir del limo terrestre y de las aguas profundas seres mucho más imponentes que el hombre. Sin duda, la mayor parte de razas gigantescas habían desaparecido en las terribles conflagraciones en que el mundo inorgánico reveló una fuerza sin proporción alguna con la de la naturaleza animada. Sin embargo, un gran número de estas bestias monstruosas vivía todavía. Los elefantes y los rinocerontes rondaban en manadas por todos los climas, y el mismo mastodonte deja aún huellas de su existencia en las tradiciones americanas (2).

Estos monstruos rezagados debían de bastar sobradamente para sugerir a los primeros individuos de nuestra especie, junto con un medroso sentimiento

---

(1) Lyeil's, *Principles of Geology*, t. I, p. 178.
(2) Link, *Die Urwelt und das Alterthum*, t. I, p. 84.

de su inferioridad, pensamientos muy modestos sobre su problemática dignidad regia. Y no eran únicamente los animales a quienes había que disputar y arrebatar el Imperio. Se podía en rigor combatirlos, emplear contra ellos la astucia, en defecto de la fuerza, y si no vencerlos, por lo menos evitarlos y alejarse de ellos. No ocurría así con aquella inmensa naturaleza que, por todos lados, rodeaba, encerraba a las familias primitivas haciéndolas sentir brutalmente su pavorosa dominación. Las causas cósmicas a las cuales hay que atribuir las antiguas convulsiones actuaban constantemente, aunque debilitadas. Cataclismos parciales alteraban todavía las posiciones relativas de las tierras y de los océanos. Ya se elevaba el nivel de los mares y sumergía vastas playas; ya una terrible erupción volcánica levantaba del fondo de los mares una región montañosa que iba a unirse a un continente. El mundo se encontraba todavía en plena gestación, y Jehová no lo había calmado diciéndole: ¡Todo anda bien!

En esta situación, las condiciones atmosféricas se resentían necesariamente de la falta general de equilibrio. Las luchas entre la tierra, el agua y el fuego provocaban variaciones rápidas y acusadas de humedad, de sequía, de frío y de calor, y las exhalaciones de un suelo todavía muy trémulo ejercían sobre los seres un efecto irresistible. Todas estas causas, que envolvían el Globo en una atmósfera de combates, de sufrimientos, de penas, redoblaban necesariamente la presión que la naturaleza ejercía sobre el hombre, y la influencia de los ambientes y las diferencias atmosféricas poseían entonces, al gravitar sobre nuestros primeros padres, una eficacia muy otra que la de hoy. En su *Discurso sobre las Revoluciones del Globo*, Cuvier afirma que el estado actual de las fuerzas inorgánicas no podría en modo alguno determinar convulsiones terrestres y formaciones análogas a aquellas de que nos habla la Geología. Lo que la naturaleza, tan terriblemente dotada, realizaba entonces sobre sí misma en punto a modificaciones, hoy imposibles, alcanzaba también a la especie humana, y hoy no está ya en su poder hacerlo. Su omnipotencia se ha desvanecido de tal modo, o por lo menos se ha aminorado y limitado tanto, que en una serie de años, equivalente casi a la mitad del tiempo que nuestra especie lleva sobre la Tierra, no ha producido ningún cambio de importancia, y menos aún nada que compararse pueda con aquellos rasgos definidos que han separado para siempre a las diferentes razas (1).

Dos puntos no ofrecen duda: primero, que las principales diferencias que separan las ramas de nuestra especie quedaron fijadas durante la primera mitad de nuestra existencia terrestre, y, después, que, para concebir un momento en que, dentro de aquella primera mitad, estas separaciones fisiológicas hayan podido efectuarse, precisa remontarse a los tiempos en que la influencia de los agentes exteriores fué más activa que lo que la vemos ser en el estado ordinario del mundo, en su marcha normal. Aquella época no puede ser otra que la que siguió inmediatamente a la Creación, cuando impresionada aún por las últimas catástrofes, se hallaba sometida sin reservas a las influencias horribles de sus últimos estremecimientos.

Ateniéndose a la doctrina de los Unitarios, es imposible asignar a la separación de los tipos una fecha posterior.

(1) Cuvier, *Discours sur les Révolutions du Globe*.

No hay que sacar partido de esas desviaciones fortuitas que se producen a veces en ciertos individuos, y que, si se perpetuasen, crearían indiscutiblemente variedades muy dignas de atención. Sin hablar de diversas afecciones, como la gibosidad, se han revelado hechos curiosos que parecen, a primera vista, a propósito para explicar la diversidad de las razas. Para no citar más que uno, M. Prichard habla, de acuerdo con M. Baker (1), de un hombre cuyo cuerpo, excepción hecha del rostro, estaba protegido por una especie de caparazón de color oscuro, parecida a una inmensa verruga muy dura, insensible y callosa, y que al ser cortada no manaba sangre. En diferentes épocas, ese tegumento singular, en habiendo alcanzado un espesor de tres cuartos de pulgada, se desprendía, caía y era reemplazado por otro exactamente igual. Cuatro hijos nacieron de este hombre, todos parecidos a su padre. Uno sólo sobrevivió; pero M. Baker, que lo vió en su infancia, no dice si llegó a la edad adulta. Dedujo únicamente que, puesto que el padre había producido tales retoños, hubiera podido formarse una familia particular que habría conservado un tipo especial, lo que hubiera permitido más tarde, al cabo de varias generaciones, considerar esta variedad de hombres como una variedad dotada de caracteres específicos particulares.

La conclusión es admisible. Sólo que unos individuos tan diferentes de la especie en general, no se perpetúan. Su posteridad sigue la regla común o se extingue pronto. Todo lo que se separa del orden natural y normal no puede vivir sino de prestado y carece de aptitud para perpetuarse. De otro modo, los accidentes más extraños hubieran desviado, desde antiguo, a la humanidad de las condiciones fisiológicas observadas en todo tiempo en ella. De lo cual se infiere que una de las condiciones esenciales, constitutivas, de estas anomalías, es precisamente el ser transitorias. No cabe, por tanto, incluir entre tales categorías la cabellera del Negro, su piel negra, el color amarillo del Chino, su ancha faz, sus ojos embridados. Éstos son caracteres permanentes que nada tienen de anormal y que, por tanto, no provienen de una desviación accidental.

Resumamos ahora todo lo que precede.

Ante las dificultades que ofrecen la interpretación más difundida del texto bíblico y la objeción sacada de la ley que rige la generación de los híbridos, es imposible pronunciarse categóricamente y afirmar, para la especie, la multiplicidad de orígenes.

Hay que contentarse, pues, con asignar causas inferiores a esas variedades tan marcadas cuyo carácter principal es indiscutiblemente la permanencia, la cual no puede perderse más que por efecto de los cruces. Estas causas podemos percibirlas en la energía climática que poseía nuestro Globo en los primeros tiempos en que apareció la raza humana. No cabe duda que las condiciones de fuerza de la naturaleza inorgánica eran entonces mucho más poderosas que las que más tarde cupo observar; así pudieron producirse, bajo su presión, modificaciones étnicas, hoy imposibles. Probablemente también, los seres expuestos a aquella temible acción se prestaban a ello mucho mejor que los tipos actuales. El hombre, entonces recién creado, presentaba formas todavía imprecisas, quizá incluso no per-

(1) Prichard, *Hist. natur. de l'homme*, t. I, p. 124.

tenecía de una manera muy definida ni a la variedad blanca, ni a la negra, ni a la amarilla. En este caso, las desviaciones que condujeron los caracteres primitivos de la especie humana hacia las variedades hoy establecidas, resultaron inmensamente más fáciles que lo sería hoy, por ejemplo, para la raza negra llegar al tipo blanco, o para la amarilla al tipo negro. En este supuesto, habría que representarse al individuo adamita como igualmente extraño a todos los grupos humanos actuales: éstos se habrían desarrollado a su alrededor, alejándose unos de otros el doble de la distancia existente entre él y cada uno de ellos. ¿Qué hubieran conservado entonces del ejemplar primitivo los individuos de todas las razas? Únicamente los caracteres más generales que constituyen nuestra especie: la vaga semejanza de formas que los grupos más distanciados tienen en común; la posibilidad de expresar sus necesidades por medio de sones articulados por la voz; pero nada más. En cuanto al resto de los rasgos más especiales de este primer tipo, los habríamos perdido todos, lo mismo los pueblos negros que los pueblos no negros; y, aunque primitivamente descendidos de él, habríamos recibido de influencias extrañas todo lo que constituye en lo futuro nuestra naturaleza propia y distinta. A partir de entonces, las razas humanas, productos a un tiempo de la raza adamita primitiva y de los ambientes cosmogónicos, no tendrían entre sí más que relaciones muy débiles y casi nulas. El testimonio persistente de aquella fraternidad primordial consistiría en la posibilidad de engendrar híbridos fecundos, y sería el único. No habría nada más, y al tiempo que las diferencias de los ambientes primordiales habrían distribuido en cada grupo su carácter aislado, sus formas, sus rasgos, su color de una manera permanente, se hubiera quebrantado decididamente la unidad primitiva, mantenida en un estado de hecho estéril en cuanto a su influencia sobre el desenvolvimiento étnico. La permanencia rigurosa, indeleble de las razas y de las formas, aquella permanencia que los documentos históricos más remotos afirman y garantizan, sería el sello, la confirmación de esa eterna separación de razas.

CAPÍTULO XII

CÓMO SE HAN SEPARADO FISIOLÓGICAMENTE LAS RAZAS, Y QUÉ VARIEDADES HAN FORMADO LUEGO CON SUS MEZCLAS. LAS RAZAS DIFIEREN EN VIGOR Y BELLEZA

Conviene esclarecer completamente la cuestión de las influencias cosmogónicas, puesto que los argumentos que nacen de ella son aquellos con que aquí me contento. La primera duda que hay que desvanecer es la siguiente: ¿Cómo los hombres, reunidos en un solo punto por efecto de un origen común, han podido estar expuestos a acciones físicas totalmente diversas? Y si sus grupos, al iniciarse las diferencias de razas, eran ya bastante numerosos para propagarse bajo climas diversos, ¿cómo explicarse que teniendo que luchar contra dificultades inmensas, tales como travesías de selvas profundas y de regiones pantanosas, de desiertos de arena y de nieve, cruce de ríos, lagos y océanos, hayan llevado a cabo viajes que el

hombre civilizado, con todo su poder, no realiza aún sino con grandes dificultades? Para responder a estas objeciones, hay que examinar cuál pudo ser el sitio donde primeramente estableció su morada la humana especie.

Es una idea muy antigua, y adoptada por espíritus eminentes de los tiempos modernos, tales como Georges Cuvier, que los diferentes sistemas orográficos debieron de servir de puntos de partida de ciertas categorías de razas. Así los blancos, y también algunas variedades africanas, que, por la forma de la cabeza ósea, se asimilan a nuestras familias, habrán tenido su primera residencia en el Cáucaso. La raza amarilla habrá descendido de las cimas heladas del Altai. A su vez, las tribus de negros prognatos habrán construido en las vertientes meridionales del Atlas sus primeras chozas, iniciando sus primeras migraciones; y de esta suerte, lo que los tiempos originales habrán conocido mejor serán precisamente esos lugares temibles, de difícil acceso, llenos de sombríos horrores, torrentes, cavernas, hielos, nieves eternas, insondables abismos; al paso que todos los terrores de lo desconocido se encontrarían, para nuestros primeros progenitores, en los llanos descubiertos, en las grandes riberas de los ríos, de los lagos y de los mares.

El primer motivo que parece haber llevado a los antiguos filósofos a emitir esta teoría, y a los modernos a renovarla, es la idea de que, para sobrevivir a las grandes crisis físicas de nuestro planeta, la especie humana ha debido establecerse en las cimas, en las cuales la oleada de los diluvios no podía alcanzarla. Pero esta aplicación agrandada y generalizada de la tradición del monte Ararat, si conveniente quizá a épocas posteriores a los tiempos primitivos, a períodos en que los hombres habían cubierto ya la faz del mundo, resulta del todo inadmisible para unos tiempos en que precisamente la especie ha debido desenvolverse dentro de la calma al menos relativa de la naturaleza, y, sea dicho de paso, es completamente contraria a las nociones de unidad de la especie. Además, las montañas han sido siempre, desde los tiempos más remotos, objeto de profundo temor, de un respeto supersticioso. En ellas es donde todas las mitologías han fijado la morada de los dioses. Es en la cima nebulosa del Olimpo, es en el monte Meron donde los Griegos y los Brahmanes, respectivamente, han imaginado sus asambleas divinas; es en lo alto del Cáucaso donde Prometeo sufrió el misterioso castigo de un crimen todavía más misterioso; y si los hombres hubiesen empezado por habitar aquellas elevadas regiones, es poco probable que su imaginación los hubiese enardecido en tal grado que los elevase hasta el cielo. Lo que se ha visto, conocido, pisoteado, no se venera sino medianamente; no habría habido, pues, divinidades más que en los piélagos y las llanuras. Me veo, por tanto, inducido a aceptar la idea contraria, y a suponer que los terrenos descubiertos y llanos fueron la residencia habitual de los hombres primitivos. Por lo demás, concuerda esto con la versión bíblica; y puesto que se encuentra así establecido, las dificultades de las emigraciones resultan sensiblemente disminuidas, ya que los terrenos llanos, generalmente cruzados por ríos, hallan su salida en los mares, y no hay por qué preocuparse de la travesía inmensamente más difícil de las selvas, de los desiertos y de los grandes pantanos.

Hay dos géneros de emigraciones: unas voluntarias, desconocidas en

los tiempos enteramente genesíacos; las otras, imprevistas y más posibles y probables todavía entre salvajes imprudentes e inhábiles que entre naciones avanzadas. Basta una familia embarcada en una balsa que anda a la deriva, o algunos infelices sorprendidos por una irrupción del mar, agarrados a unos troncos de árbol y arrastrados por la corriente, para explicarnos una trasplantación lejana. Cuanto más débil es el hombre, más resulta ser el juguete de las fuerzas inorgánicas. Cuanto menos experiencia posee, más sujeto se encuentra a accidentes que no supo prever y no puede evitar. Se conocen ejemplos impresionantes de la facilidad con que seres de nuestra especie pueden ser transportados, a pesar suyo, a distancias considerables. Así se cuenta que en 1696, dos piraguas de Ancorso, ocupadas por unos treinta salvajes, entre hombres y mujeres, fueron sorprendidas por el temporal, y, luego de haber marchado algún tiempo a la deriva, llegaron finalmente a una de las islas Filipinas, Sámar, que distaba trescientas leguas del punto de donde las piraguas habían partido. Otro ejemplo: cuatro naturales de Ulea, encontrándose en una canoa, fueron arrastrados por una ráfaga, erraron durante ocho meses por el mar, y llegaron por fin a una de las islas de Radack, a la extremidad oriental del archipiélago de las Carolinas, después de haber hecho involuntariamente una travesía de 550 leguas. Estos desgraciados se alimentaban únicamente de pescado, y recogían las gotas de lluvia con el mayor cuidado. De faltarles el agua, se sumergían al fondo del mar, y bebían de aquella agua, que, se dice, es menos salada. Huelga decir que a su llegada a Radack los navegantes se hallaban en un estado sumamente deplorable; sin embargo, se repusieron muy pronto y recobraron la salud (1).

Estos dos ejemplos bastan para que admitamos la idea de una rápida difusión de ciertos grupos humanos en climas muy diversos, y bajo el imperio de las más opuestas circunstancias locales. Si, no obstante, fuesen precisas otras pruebas, podría hablarse de la facilidad con que los insectos, los testáceos, las plantas, se difunden por doquier, y ciertamente no es necesario demostrar que lo que acontece a las categorías de seres que acabo de citar resulta, con mucho mayor motivo, menos difícil para el hombre (2). Los testáceos terrestres son arrastrados hacia el mar, por el desplome de los cantiles, luego conducidos por las corrientes hacia playas remotas. Los zoófitos, sujetos a la concha de los moluscos, o dejando flotar sus brotes por la superficie del océano, van, a merced de los vientos, a establecer lejanas colonias; y estos mismos árboles de especies desconocidas, estas mismas vigas esculpidas que, en el siglo XV, vinieron a parar, tras de muchas otras inadvertidas, a las costas de Canarias, y que, sirviendo de pasto a las meditaciones de Cristóbal Colón, contribuyeron al descubrimiento del Nuevo Mundo, tenían probablemente también, en sus superficies, huevos de insectos, que al calor de una nueva savia debían romper el cascarón muy lejos del lugar de origen y del terreno en que vivían sus congéneres.

Así, ninguna dificultad hay en que las primeras familias hubiesen po-

---

(1) Lyell's, *Principles of Geology*, t. II, p. 119.

(2) Humboldt, *Examen critique de l'Histoire de la géographie du Nouveau Continent*, t. II, p. 78.

dido vivir bajo climas muy diversos, y en lugares muy alejados unos de otros. Pero, para que la temperatura y las circunstancias locales que de ello resultan sean diversas, no es necesario, incluso en el estado actual del Globo, que los lugares se encuentren a largas distancias. Sin hablar de los países montañosos, como Suiza, donde, en el espacio de una o dos leguas, las condiciones de la atmósfera y del suelo varían de tal modo que encontramos allí, en cierto modo confundidas, la flora de la Laponia y la de la Italia meridional; sin recordar que en la Isola-Madre, en el lago Mayor, florecen naranjos en tierra firme, grandes cactos y palmeras enanas a la vista del Simplón, nadie ignora hasta qué punto la temperatura de la Normandía es más ruda que la de la isla de Jersey. En un estrecho triángulo, y sin que haya necesidad de apelar a las deducciones de la orografía, nuestras costas del Oeste ofrecen el espectáculo más variado en cuestión de seres vegetales.

¡Cuál no debió ser el grado de los contrastes, en el más reducido de los espacios, en aquellas épocas temibles a las cuales se remonta el nacimiento de nuestra especie! Un solo y mismo lugar era fácilmente teatro de las mayores revoluciones atmosféricas, cuando el mar retrocedía o avanzaba, dejando al descubierto o inundando las regiones vecinas; cuando de repente surgían montañas enormes o desaparecían no menos súbitamente; cuando, en fin, las alteraciones del eje de la Tierra, y por consiguiente en el equilibrio general y en la inclinación de los polos sobre la eclíptica, venían a turbar la economía general del planeta.

Debe así considerarse como descartada toda objeción sacada de la dificultad del cambio de lugares y de temperatura en las primeras épocas del mundo, y nada se opone a que la familia humana haya podido, ya propagar hasta muy lejos algunos de sus grupos, ya, conservándolos reunidos todos en un espacio bastante restringido, soportar influencias muy diversas. De esta suerte es como pudieron formarse los tipos secundarios del cual descienden las ramas actuales de la especie. En cuanto al hombre de la creación primera, en cuanto al adamita, puesto que es imposible saber nada de sus caracteres específicos, ni cuánto ha conservado o perdido de su semejanza cada una de las nuevas familias, dejémosle completamente al margen de la controversia. De esta manera, no nos remontaremos en nuestro examen más allá de las razas de segunda formación.

Éstas no las encuentro bien caracterizadas sino en número de tres: la blanca, la negra y la amarilla. Si me sirvo de las denominaciones tomadas del color de la piel, no es porque encuentre la expresión exacta ni afortunada, pues las tres categorías de que hablo no tienen precisamente por rasgo distintivo el color, siempre muy variado en sus matices, y más arriba hemos visto que en ellas intervienen hechos de conformación todavía más importantes. Pero, a menos que invente yo mismo nombres nuevos, lo que no me creo con derecho a hacer, es preciso que me decida a escoger, dentro de la terminología en uso, designaciones no absolutamente buenas, sino menos defectuosas que las otras, y decididamente prefiero las que empleo aquí y que, después de previa advertencia, son bastante inofensivas, y no aquellos apelativos sacados de la Geografía o de la Historia, que tanta confusión han introducido en una materia ya bastante embrollada de suyo. Advierto, pues, una vez para todas, que entiendo por *blancos*

aquellos hombres que designamos también bajo el nombre de raza caucásica, semítica, jafética. Llamo *negros*, a los camitas; y denomino *amarillos*, a la rama altaica, mogol, finesa, tártara. Tales son los tres elementos puros y primitivos de la humanidad. No hay más motivo de que admitamos las veintiocho variedades de Blumenbach que las siete de Prichard, ya que uno y otro comprenden en sus series híbridos notorios. Cada uno de los tres tipos originales, particularmente considerados, no presentó nunca probablemente una perfecta unidad. Las grandes causas cosmológicas no crearon solamente, dentro de la especie, variedades bien destacadas; en los puntos en que su acción se había ejercido, determinaron también la aparición de varios géneros dotados, junto con los caracteres generales de su rama, de rasgos distintivos particulares. No hubo necesidad de cruces étnicos para determinar tales modificaciones especiales; éstas preexistieron a todas las mezclas. Vanamente se intentaría descubrirlo hoy en la aglomeración mestiza que constituye lo que llamamos la raza blanca. Esta imposibilidad debe de existir también para la amarilla. Quizá el tipo melanio se ha conservado puro en alguna parte; por lo menos, se ha mantenido ciertamente más original, demostrando así, a ojos vistas, lo que podemos admitir para las otras dos categorías humanas, no según el testimonio de los sentidos, sino según las inducciones de la Historia.

Los negros han continuado ofreciendo diferentes variedades originales, tales como el tipo prognato de cabellera lanosa, el negro hindú de Kamaún y de Dekkan, el del Pelágico de la Polinesia. Muy seguramente se han formado variedades entre estos géneros a través de las mezclas, y de aquí se deriva, tanto para los negros como para los blancos y los amarillos, lo que puede llamarse los tipos terciarios.

Se ha citado un hecho muy digno de observación, que se intenta hoy utilizar como un criterio seguro para reconocer el grado de pureza étnica de un pueblo. Es la semejanza de las caras, de las formas, de la constitución y, por consiguiente, de los gestos y maneras. Cuanto más exenta esté de mezcla una nación, más se acusarán entre sus miembros las similitudes que enumero. Por el contrario, de resultar cruzada, encontraremos diferencias en las fisonomías, en la talla, en el porte, en el aspecto, en fin, de las individualidades. El hecho es incontestable, y el partido a sacar de ello precioso; pero no es completamente el que se cree.

La primera observación que llevó a descubrir este hecho, tuvo lugar cerca de los Polinesios; ahora bien, los Polinesios no son, ni de mucho, una raza pura, puesto que proceden de mezclas diferentemente graduadas entre negros y amarillos. La transmisión íntegra del tipo en los diferentes individuos no indica pues la pureza de la raza, sino solamente esto: que los elementos, más o menos numerosos, de que está compuesta esa raza han llegado a fundirse perfectamente, de manera que la combinación resulta al final homogénea, y que cada individuo de la especie no puede diferir físicamente de su vecino. Del mismo modo que los hermanos y las hermanas tienen a menudo gran parecido, como fruto de elementos análogos, así también, cuando dos razas productoras han llegado a amalgamarse tan perfectamente que no hay en la nación grupos que participen más de una que de otra, se establece, por equilibrio, una especie de pureza ficticia, un tipo artificial, cuyo sello aparece en todos los recién nacidos.

De esta manera, el tipo terciario, cuyo modo de formación he definido, pudo tener de buen comienzo ese sello, falsamente atribuído a la pureza absoluta y verdadera de raza, es decir, la semejanza de sus individualidades, y esto fué posible en un plazo tanto más corto cuanto que dos variedades de un mismo tipo fueron relativamente poco diferentes entre sí. A esto se debe que, en una familia, si el padre pertenece a una nación diferente de la madre, los hijos se parecerán ya a uno, ya a otro de los autores de sus días, y se hará difícil establecer entre ellos una identidad de caracteres físicos: mientras que si los padres pertenecen a una misma nación, esa identidad se producirá sin la menor dificultad.

Antes de que vayamos más lejos, conviene que señalemos una ley: los cruces no determinan únicamente la fusión de las variedades, sino que provocan la creación de caracteres nuevos, que resultan desde entonces el lado más importante por donde pueda considerarse un subgénero. Pronto veremos de ello unos ejemplos. No necesito añadir — lo que de suyo se explica — que el desarrollo de esta nueva originalidad no puede ser completo sin esta condición según la cual la fusión de los tipos generales será previamente perfecta, pues que sin ello la raza terciaria no podría darse como verdaderamente fundada. Se adivina, pues, que son precisas aquí condiciones de tiempo tanto más considerables cuanto más numerosas sean las dos naciones fusionadoras. Hasta que la mezcla sea completa y la semejanza e identidad fisiológica de las individualidades hayan sido establecidas, no hay nuevo subgénero, no hay desarrollo normal de una originalidad propia, aunque compuesta; no existen sino la confusión y el desorden que nacen siempre de la combinación incompleta de elementos naturalmente extraños uno a otro.

De las razas terciarias no tenemos sino un conocimiento histórico muy débil. Sólo en los comienzos más nebulosos de las crónicas humanas es cuando podemos entrever, en ciertos puntos, a la especie blanca en aquel estado que en ningún sitio parece haber durado mucho. Las tendencias esencialmente civilizadoras de esta raza selecta la llevaban constantemente a mezclarse con otros pueblos. En cuanto a los dos tipos amarillo y negro, allí donde los encontramos en este estado terciario, carecen de historia, puesto que son salvajes (1).

A las razas terciarias les suceden otras que llamaré cuaternarias. Provienen del himeneo de dos grandes variedades. Los Polinesios, nacidos de la mezcla del tipo amarillo con el tipo negro (2); los mulatos, producidos por los blancos y los negros, he aquí unas generaciones que pertenecen al tipo cuaternario. Huelga, una vez más, hacer observar que el nuevo tipo une de una manera más o menos perfecta caracteres especiales con rasgos que recuerdan su doble descendencia.

Desde el momento en que una raza cuaternaria resulta todavía modifi-

(1) Carus aporta su poderoso apoyo a la ley por mí establecida acerca de la aptitud especial de las razas civilizadoras a mezclarse. (*Ueber die ungl. B. d. versch. Menschheitst f. hoeh geist. Entwick.*, p. 4.)

(2) Débese probablemente a un error tipográfico el que M. Flourens (*Éloge de Blumenbach*) presente la raza polinesia como «una mezcla de otras dos, la *caucásica* y la *mogólica*». Es la negra y la mogólica las que el sabio académico quiso decir seguramente.

cada por la intervención de un tipo nuevo, la mezcla se efectúa más difícilmente, se combina con más lentitud y no logra regularizarse sino con grandes esfuerzos. Los caracteres originales reunidos en su composición, ya considerablemente debilitados, resultan neutralizados cada vez más. Tienden a desaparecer en una confusión que se convierte en el sello principal del nuevo producto. Cuanto más se multiplica y se cruza este producto, más aumenta esa disposición, hasta llegar al infinito. El pueblo en el cual la descubrimos es demasiado numeroso para que el equilibrio tenga alguna posibilidad de establecerse antes de una serie de siglos. Así, no ofrece más que un espectáculo horrible de anarquía étnica. En las individualidades, encontramos aquí y allá tal rasgo dominante que recuerda de una manera segura que tal pueblo tiene en las venas sangre de todas las procedencias. Tal individuo presentará la cabellera del negro, tal otro la faz mogol; este los ojos del Germano, aquel la talla del Semita, y ¡serán todos parientes! He aquí el fenómeno que ofrecen las grandes naciones civilizadas y que puede observarse sobre todo en sus puertos de mar, sus capitales y sus colonias, lugares en los cuales las fusiones se realizan con mayor facilidad. En París, en Londres, en Cádiz, en Constantinopla, encontraremos, sin salir del recinto de las murallas, y limitándonos a la observación de la población llamada indígena, caracteres pertenecientes a todas las ramas de la humanidad. En las clases bajas, desde la cabeza prognata del Negro hasta la cara triangular y los ojos embridados del Chino, lo veremos todo; porque, a partir de la dominación de los Romanos principalmente, las razas más lejanas y más extrañas han aportado su contingente a la sangre de los habitantes de nuestras grandes ciudades. Las invasiones sucesivas, el comercio, las colonias, la paz y la guerra han contribuído, uno tras otro, a aumentar el desorden, y si se pudiese remontar algo más lejos en el árbol genealógico del primer hombre llegado, tendríamos ocasión de conocer la rareza de sus antepasados.

Después de haber establecido la diferencia física de las razas, falta todavía decidir si este hecho trae consigo la desigualdad, sea en la belleza de las formas, sea en el grado de fuerza muscular. La cuestión no puede por mucho tiempo suscitar dudas.

He observado ya que, de todos los grupos humanos, los que pertenecen a las naciones europeas y a su descendencia son los más bellos. Para convencerse de ello plenamente, basta comparar los diversos tipos extendidos por todo el Globo, para ver que desde la estructura y la cara, en cierto modo rudimentarias, del Pelágico, hasta la talla elevada y de nobles proporciones de Carlomagno o hasta la inteligente regularidad de los rasgos de Napoleón o hasta la imponente majestad que impregna la regia faz de Luis XIV, hay una serie de gradaciones a través de las cuales los pueblos que no son de raza blanca no logran alcanzar la belleza, aunque a ella se aproximen.

Los que más se acercan a ella son nuestros más próximos parientes: tales como la familia aria degenerada de la India y de la Persia, y los pueblos semíticos menos relajados por el contacto negro. A medida que todas estas razas se alejan en demasía del tipo blanco, sus rasgos y sus miembros experimentan incorrecciones de formas, defectos de proporción que, al acentuarse, como en aquellas que han acabado por resultarnos extrañas, ofrecen una fealdad exagerada, lote antiguo, carácter indeleble de la mayoría de ramas de la especie humana. No se hace ya el menor caso de la doctrina

reproducida por Helvetius en su libro *El espíritu* y que consiste en hacer de la noción de lo bello una idea puramente ficticia y variable. Cuantos conserven a este respecto alguna duda pueden consultar el admirable ensayo de Gioberti (1), después de lo cual no tendrán ya nada que objetar. En ningún sitio se ha demostrado mejor que la belleza es una idea absoluta y necesaria, cuya aplicación no es facultativa, y es en virtud de los sólidos principios establecidos por el filósofo piamontés que no vacilo en reconocer a la raza blanca como superior en belleza a todas las demás, las cuales difieren aún entre ellas en el grado en que se acercan o se alejan del modelo que les es ofrecido. Hay, pues, desigualdad de belleza entre los grupos humanos, desigualdad lógica, explicada, permanente e indeleble.

¿Hay también desigualdad de fuerzas? Sin duda alguna, los salvajes de América, como los Indios, son en mucho inferiores a nosotros sobre este punto. Los Australianos se encuentran en el mismo caso. Los Negros tienen igualmente menos vigor muscular. Todos estos pueblos soportan infinitamente menos las fatigas. Pero conviene distinguir entre la fuerza puramente muscular — aquella que para vencer no necesita desplegarse sino en un momento dado — y aquella fuerza de resistencia cuyo carácter más destacado es la duración. Esta última es más típica que la primera, la cual en determinados casos encontraría rivales, aun entre las razas más notoriamente débiles. La pesadez del puño, si se quiere tomarla como criterio único de la fuerza, encuentra entre tribus de negros muy embrutecidas, entre los Nuevozelandeses muy débilmente constituídos, entre los Lascares, entre los Malayos, algunos individuos que pueden ejercerla de manera que contrabalancee las proezas del populacho inglés; mientras que tomando las naciones en masa y juzgándolas por la suma de trabajos que soportan sin desmayar, la palma se la llevan nuestros pueblos de raza blanca.

Entre estos mismos pueblos, la desigualdad se descubre todavía entre los diferentes grupos, aunque en un grado inferior, así por lo que respecta a la fuerza como a la belleza. Los Italianos son más bellos que los Alemanes y que los Suizos, más bellos que los Franceses y que los Españoles. Igualmente los Ingleses presentan un carácter de belleza corporal superior al de las naciones eslavas.

En cuanto a la fuerza del puño, los Ingleses aventajan a todas las demás razas europeas; al paso que los Franceses y los Españoles poseen una capacidad superior de resistencia a la fatiga, a las privaciones, a los rigores de los climas más duros. La cuestión dejó de ofrecer dudas con respecto a los Franceses durante la funesta campaña de Rusia. Allí donde los Alemanes y las tropas del Norte, habituados no obstante a los rigores del clima, se hundieron, casi en su totalidad, bajo la nieve, nuestros regimientos, aun pagando un horrible tributo a las vicisitudes de la retirada, pudieron, sin embargo, salvar a mayor número de soldados. Se quiso atribuir esta prerrogativa a la superioridad de la educación moral y del sentimiento guerrero. La explicación es poco satisfactoria. Los oficiales alemanes, que perecieron a centenares, poseían tanto honor y una concepción tan elevada del deber como nuestros soldados, y no por eso dejaron de sucumbir. La conclusión es, pues, que la población francesa posee ciertas cualidades físicas superiores a

---

(1) Gioberti, *Essai sur le Beau*, p. 6 y 25.

las de la familia alemana, y que le permiten arrostrar, sin sucumbir, lo mismo las nieves de Rusia que las ardientes arenas de Egipto.

CAPÍTULO XIII

LAS RAZAS HUMANAS SON INTELECTUALMENTE DESIGUALES; LA HUMANIDAD NO ES INFINITAMENTE PERFECTIBLE

Para apreciar bien las diferencias intelectuales de las razas, la primera precaución debe consistir en comprobar hasta qué grado de estupidez puede descender la humanidad. Conocemos ya el más hermoso esfuerzo de que ella es capaz: la civilización.

La mayoría de observadores científicos ha tenido hasta ahora una marcada tendencia a rebajar, más allá de la cuenta, a los tipos más ínfimos.

Casi todas las primeras referencias acerca de una tribu salvaje nos dan de ella una descripción falsamente horrible y le asignan una falta de inteligencia y de razonamiento tal, que la colocan al nivel del simio y por debajo del elefante. Este juicio, ciertamente, ofrece sus contrastes. ¿Que un navegante es bien acogido en una isla y que, sobre encontrar en los habitantes cierta dulzura de trato y una franca hospitalidad, logra decidir a algunos a trabajar, por poco que sea, con los marineros? Los elogios se acumulan sobre la encantadora tribu; se la declara apta para todo, capaz de todo, buena para todo, y a veces el entusiasmo, rebasando toda medida, jura haber encontrado en ella espíritus superiores.

Hay que desechar todo juicio demasiado favorable o en exceso severo. Por el hecho de que ciertos tahitianos hayan contribuído a la reparación de un ballenero, no cabe tomarlos por civilizados. El hecho de que tal individuo de Tonga-Tabú se haya mostrado benévolo con unos extranjeros, no significa que sea verdaderamente accesible a todos los progresos, y asimismo no es lícito comparar con los brutos a tal o cual indígena de una costa por mucho tiempo desconocida porque haya recibido a los primeros visitantes a flechazos, o bien porque se le haya encontrado comiendo lagartos crudos y bolas de tierra. Este género de comida no revela ciertamente una inteligencia muy elevada, ni costumbres muy refinadas. Con todo, podemos estar seguros de que en el caníbal más repugnante arde una chispa del fuego divino, y que la comprensión puede despertarse en él, por lo menos hasta cierto punto. No hay tribus humildes que no formen, sobre las cosas de que se hallan rodeadas, determinados juicios, verdaderos o falsos, justos o equivocados, y que por el solo hecho de que existen, prueban de sobra la persistencia de una luz intelectual en todas las ramas de la humanidad. Es por ahí cómo los salvajes más degradados son accesibles a las enseñanzas de la religión y se distinguen, de una manera muy particular y siempre manifiesta, de los brutos más inteligentes.

Sin embargo, ¿es capaz de dilatarse hasta el infinito esa vida moral, situada en el fondo de la conciencia de cada individuo de nuestra especie? ¿Poseen todos los hombres, en idéntico grado, el poder ilimitado de progresar intelectualmente? Dicho en otras palabras, ¿poseen las diferentes razas

humanas la facultad de igualarse unas a otras? Esta cuestión es, en el fondo, la de la perfectibilidad indefinida de la especie y de la igualdad de las razas entre sí. Sobre ambos puntos, contesto negativamente.

La idea de la perfectibilidad hasta el infinito seduce mucho a los modernos. Apóyanse en aquella observación según la cual nuestra civilización posee ventajas y méritos que nuestros predecesores, diferentemente cultivados, no poseían. Se citan todos los hechos que distinguen a nuestras sociedades. De ellos he hablado ya; me presto gustoso, sin embargo, a enumerarlos de nuevo.

Se asegura, pues, que poseemos sobre todo lo que concierne a la esfera de la ciencia opiniones más verídicas; que nuestras costumbres son, en general, moderadas, y nuestra moral preferible a la de los Griegos y los Romanos. Tenemos también, se añade, acerca de la libertad política, ideas, sentimientos, opiniones, creencias, tolerancias que demuestran, mejor que todo lo demás, nuestra superioridad. No faltan teorizantes muy optimistas inclinados a sostener que las consecuencias de nuestras instituciones deben conducirnos directamente a ese jardín de las Hespérides, tan anhelado y tan desconocido desde que los más antiguos navegantes comprobaron su inexistencia en las islas Canarias.

Un examen algo más serio de la Historia revela la superfluidad de tan elevadas pretensiones.

En verdad somos más sabios que los antiguos, gracias a haber aprovechado sus descubrimientos. Si poseemos, pues, mayores conocimientos, débese únicamente a que somos sus continuadores, sus discípulos y sus herederos. ¿Síguese de ello que el descubrimiento del vapor y la solución de algunos problemas de la mecánica nos conduzcan hacia la omnisciencia? A lo sumo, estos resultados nos llevarán a penetrar en todos los secretos del mundo material. Una vez hayamos completado esta conquista, para la cual quedan todavía por hacer infinidad de cosas, no comenzadas ni entrevistas siquiera, ¿habremos avanzado un solo paso más allá de la pura y simple verificación de las leyes físicas? Habremos aumentado, considerablemente, lo admito, nuestras fuerzas para reaccionar sobre la naturaleza y doblegarla a nuestras necesidades. Habremos cruzado de parte a parte la Tierra, o reconocido definitivamente que ese trayecto es impracticable. Habremos aprendido a navegar por los aires, y, aproximándonos en algunos millares de metros a los límites del aire respirable, habremos descubierto y aclarado ciertos problemas astronómicos y aun de otro género; nada más. Todo esto no nos conduce al infinito. Y, aun de haber podido enumerar todos los sistemas planetarios que se agitan en el espacio, ¿nos hallaríamos más cerca de ese infinito? ¿Hemos descubierto, sobre los más grandes misterios, alguna cosa ignorada de los antiguos? Hemos cambiado, creo yo, los métodos empleados antes de nosotros, para dar vueltas alrededor del secreto. No hemos avanzado un paso en esas tinieblas.

Después, admitiendo que hayamos penetrado mejor ciertos hechos, ¿cuántas nociones familiares a nuestros más antiguos antepasados no hemos perdido? ¿Es dudoso que en los tiempos de Abraham no se conociese la historia primordial mucho mejor que nosotros? ¡Cuántas cosas descubiertas por nosotros, con gran esfuerzo o por azar, no son en definitiva sino conocimientos olvidados y descubiertos de nuevo! ¡Y hasta qué punto, en mu-

chos aspectos, resultamos inferiores a lo que fuimos antaño! ¿Qué cabe comparar, como antes he dicho acerca de otra cuestión, qué cabe comparar, escogiendo nuestros trabajos más espléndidos, con aquellas maravillas que Egipto, India, Grecia, las Américas nos muestran todavía, atestiguando con ello la magnificencia sin límites de muchos otros edificios que el peso de los siglos, bastante menos que los ineptos estragos del hombre, hiciera desaparecer? ¿Qué son nuestras artes al lado de las de Atenas? ¿Qué nuestros pensadores al lado de los de Alejandría y de la India? ¿Qué nuestros poetas cerca de Valmiki, de Kalidasa, de Homero y de Píndaro?

En resumen, nuestra actividad es distinta. Nosotros aplicamos nuestro espíritu a otros objetivos, a otras investigaciones, desconocidas de otros grupos civilizados de la humanidad; pero, al cambiar de terreno, no hemos podido conservar en toda su fertilidad las tierras que ellos habían cultivado ya. Hay, pues, abandono, de un lado, al mismo tiempo que hubo conquista, de otro. Era una triste compensación, y, lejos de anunciar un progreso, no indica sino un desplazamiento. Para que hubiese adquisición real, sería preciso que, habiendo por lo menos conservado en toda su integridad las principales riquezas de las sociedades anteriores, hubiésemos llegado, al lado de sus trabajos, a ciertos grandes resultados que ellas y nosotros hemos perseguido igualmente; que nuestras ciencias y nuestras artes, apoyadas en sus artes y en sus ciencias, hubiesen encontrado alguna profunda novedad acerca de la vida y la muerte, la formación de los seres, los principios primordiales del mundo. Ahora bien, sobre todas estas cuestiones, la ciencia moderna no posee ya aquellos vislumbres que se proyectaban — cabe suponerlo — en la aurora de los tiempos antiguos, y no ha llegado todavía sino a esta humillante confesión: «Indago y nada encuentro». No hay, pues, muchos progresos reales en las conquistas intelectuales del hombre. Sólo nuestra crítica resulta indiscutiblemente mejor que la de nuestros antecesores. Es una gran cosa: pero *crítica* quiere decir *clasificación*, y no *adquisición.*

Por lo que respecta a nuestras ideas nuevas sobre la política, cabe sin inconveniente tomarse con ellas libertades mayores aún que con nuestras ciencias.

Esta fecundidad de teorías, de que tanto nos envanecemos, puede hallarse no menos grande en Atenas después de Pericles. El medio de convencerse de ello es releer aquellas comedias de Aristófanes, amplificaciones satíricas, cuya lectura recomendaba Platón a quien desease conocer las costumbres públicas de la ciudad de Minerva. La comparación ha sido recusada desde que se dió en suponer que entre nuestro orden social presente y el estado de la antigüedad griega la esclavitud crea una diferencia fundamental. La demagogia resultaba con ello más profunda aún, si queremos, y esto es todo. Se hablaba entonces de los esclavos en el mismo tono en que se habla hoy de los obreros y de los proletarios; ¡y cuán avanzado era aquel pueblo ateniense que tanto hizo para deleitar a su plebe servil después del combate de las Arginusas!

Traslademonos a Roma. Abramos las cartas de Cicerón. ¡Qué *tory* más moderado este orador romano! ¡Qué perfecta semejanza entre su república y nuestras sociedades constitucionales, en cuanto al lenguaje de los partidos y a las luchas parlamentarias! Allí también, en los bajos fon-

dos, se agitaba un pueblo de esclavos depravados, soñando siempre en la revuelta, cuando no esgrimía ya los puños. Dejemos a esta turba. Podemos hacerlo tanto mejor cuando por la Ley se le negaba la existencia civil, ni contaba en la política, ni influía en las decisiones, en los días de motín, más que como auxiliar de los agitadores de cuna libre.

Pues bien: con los esclavos reducidos a la nada, ¿no hallamos en el Foro todo lo que constituye un estado social a la moderna? El populacho, que pedía pan, juegos, distribuciones gratuitas y el derecho a divertirse; la burguesía, que quería y obtenía la exclusiva de los empleos públicos; el patriciado, transformado sucesivamente y retrocediendo siempre, y siempre perdiendo algo de sus derechos, hasta el momento en que sus mismos defensores adoptaron, como único sistema de defensa, el procedimiento de negar toda prerrogativa no reclamando sino la libertad para todos. ¿No vemos en ello una semejanza perfecta?

¿Cree alguien que en las opiniones que actualmente dominan, por muy variadas que resulten, exista una sola o siquiera un matiz que no hubiese sido conocido en Roma? Hace un momento hablaba de las cartas escritas desde Tusculum: es el pensamiento de un conservador progresista. Pompeyo y Cicerón resultaban liberales frente a Sila. No lo eran bastante para César. Lo eran demasiado para Catón. Más tarde, bajo el Principado, vemos en Plinio el Joven a un realista moderado, que gusta no obstante del reposo. No quiere ni demasiada libertad ni exceso de poder, y, positivo en sus doctrinas, interesándose muy poco por las extinguidas grandezas de la época de los Fabios, prefería a éstas la prosaica administración de Trajano. No todos opinaban así. Muchas personas pensaban, por temor a que resucitase el antiguo Espartaco, que el emperador no debía mostrarse demasiado severo. Algunos provincianos, por el contrario, pedían y obtenían lo que podríamos denominar garantías constitucionales; al paso que las opiniones socialistas encontraban intérpretes no menos calificados que el césar galo C. Junio Póstumo, que exclamaba en sus declamaciones: *Dives et pauper, inimici*; el rico y el pobre son enemigos natos.

En suma, todo individuo que se jactase de poseer algunas luces sostenía animosamente la igualdad del género humano, el derecho universal a poseer los bienes de la Tierra, la necesidad evidente de la civilización grecolatina, su perfección, su moderación, sus progresos futuros, mayores aún que sus actuales ventajas, y, como coronamiento de todo, su eternidad. Estas ideas no constituían únicamente el consuelo y orgullo de los paganos; eran también la firme esperanza de los primeros y más ilustres Padres de la Iglesia, de la que Tertuliano se erigió en intérprete (1).

En fin, para terminar el cuadro con un trazo sensible: el más numeroso de todos los partidos era el de los indiferentes, esas personas demasiado tímidas o indecisas para descubrir una verdad en medio de todas las teorías extravagantes que veían bailotear incesantemente ante sus ojos, y que gozando del orden cuando existía y soportando lo mejor que podían el desorden cuando imperaba, admiraban en todo los progresos de los goces materiales desconocidos de sus padres y, sin querer ahondar demasiado en

---

(1) Amédée Thierry, *Histoire de la Gaule sous l'administration romaine*, t. I, p. 241.

ello, consolábanse repitiendo hasta la saciedad: «Hoy se trabaja en una forma milagrosa».

Habría mayores motivos para creer en perfeccionamientos en cuestión de ciencia política si hubiésemos inventado algún mecanismo desconocido antes de nosotros y que antiguamente no se hubiese practicado, por lo menos en lo esencial. No podemos atribuirnos esa gloria. Las monarquías limitadas fueron conocidas en todas las épocas. Se ven incluso curiosos modelos de ellas entre ciertas tribus americanas que, sin embargo, han permanecido bárbaras. Las repúblicas democráticas y aristocráticas de todas formas y ponderadas según los métodos más variados, han existido tanto en el nuevo mundo como en el antiguo. Tlascala es, en ese género, un ejemplar completo exactamente como Atenas, Esparta, y La Meca antes de Mahoma. Y aun cuando, por lo demás, fuese cierto que hubiésemos aplicado a la ciencia gubernamental algún perfeccionamiento secundario de nuestra invención, ¿sería éste bastante para justificar una pretensión tan desmesurada como la de un perfeccionamiento ilimitado? Seamos modestos, como lo fuera un día el más sensato de los reyes: *Nihil novi sub sole.*

Veamos ahora nuestras costumbres. Se las tiene por más moderadas que las de las otras grandes sociedades humanas: es esta todavía una afirmación que invita a muy serias objeciones.

Hay escritores que quisieran hoy hacer desaparecer del código de las naciones el recurso a la guerra. Han sacado esta teoría de las doctrinas de Séneca. Ciertos sabios de Oriente profesaban también, a este respecto, ideas enteramente conformes con las de los Hermanos moravos. Pero aun cuando los partidarios de la paz universal lograran que Europa repudiase el llamamiento a las armas, tendrían que procurar, además, que las pasiones humanas se transformasen para siempre. Ni Séneca ni los brahmanes pudieron lograrlo. Es, pues, dudoso que este éxito nos esté reservado a nosotros. Por lo que respecta a nuestra mansedumbre, contemplad en nuestras campiñas y en nuestras calles la huella sangrienta que deja en ellas.

Nuestros principios son puros y elevados, lo admito. ¿Responde a ellos la práctica?

Aguardemos, para lisonjearnos de ello, que nuestros países, que desde el comienzo de la civilización moderna no han permanecido aún cincuenta años sin matanzas, puedan vanagloriarse, como la Italia romana, de dos siglos de paz, que nada han probado, ¡ay!, para el porvenir.

La perfectibilidad humana no está, pues, demostrada por el estado de nuestra civilización. El hombre ha podido aprender ciertas cosas, pero ha olvidado otras. No ha añadido un sentido a sus sentidos, un miembro a sus miembros, una facultad a su alma. No ha hecho más que dar vueltas en torno del círculo que le fué deparado, y la comparación de sus destinos a los de numerosas familias de pájaros y de insectos no es ni siquiera a propósito para inspirar siempre ideas muy consoladoras sobre su felicidad terrena.

A partir del momento en que las termitas, las abejas, las hormigas negras fueron creadas, encontraron espontáneamente el género de vida que les convenía. Las termitas y las hormigas, en sus comunidades, descubrieron primero, para sus albergues, un sistema de construcción, para sus provisiones un almacenaje, para sus crías un conjunto de cuidados, acerca de los

cuales los naturalistas opinan que no admiten variaciones ni perfeccionamientos (1). Por lo menos tales cuales son, han bastado constantemente a las necesidades de los pobres seres que los emplean. Igualmente las abejas, con su gobierno monárquico expuesto al derrocamiento de soberanos, nunca a revoluciones sociales, no han ignorado un solo día la manera de vivir más apropiada a lo que apetece su naturaleza. Ha sido permitido por mucho tiempo a los metafísicos tomar por simples máquinas a los animales, y atribuir a Dios, *anima brutorum*, la causa de sus movimientos. Hoy en que, mucho más atentamente, se estudian las costumbres de esos supuestos autómatas, no sólo se ha abandonado tan desdeñosa doctrina, sino que se ha reconocido al instinto un alcance que lo equipara en dignidad a la propia razón.

¿Qué decir cuando en los reinos de las abejas se ve a las soberanas expuestas a la cólera de los súbditos, lo que supone o el espíritu de sedición entre los últimos o la ineptitud para llenar sus legítimas obligaciones entre las reinas? ¿Qué decir, cuando se ve a las termitas no sacrificar a los enemigos vencidos, sino encadenarlos y sujetarlos a servicios de utilidad pública forzándolos a cuidar de la tierna prole?

Sin duda nuestros Estados son más complicados, satisfacen mayor número de necesidades; pero, cuando observo al salvaje errabundo, sombrío, sucio, huraño, inactivo, andando perezosamente, con su palo puntiagudo que le sirve de lanza, a través de una región yerma; cuando le contemplo, seguido de su mujer, unida a él por un himeneo cuya única ceremonia consistió en una violencia ferozmente inepta; cuando veo a esa mujer llevando a su hijito, al cual matará en el caso de que enferme o tan sólo de que la fastidie; que súbitamente, acosado por el hambre, ese miserable grupo, a la caza de una presa cualquiera, se detiene encantado ante uno de esos nidos de inteligentes hormigas, destruye de un puntapié el edificio, arrebata y devora sus huevos; luego, terminada la comida, se retira tristemente al hueco de una roca, me pregunto si los insectos que acaban de perecer no han sido más favorablemente dotados que la estúpida familia del destructor; si el instinto de los animales, circunscrito a un reducido conjunto de necesidades, no les proporciona mayor bienestar que esa razón con la que nuestra humanidad se ha encontrado desnuda sobre el planeta, y mil veces más expuesta que las otras especies a los sufrimientos que pueden causar el aire, el sol, la nieve y la lluvia. ¡Pobre humanidad! Nunca ha logrado inventar la manera de que todos anden vestidos, de que todos estén a cubierto de la sed y del hambre. Ciertamente el último de los salvajes es más perspicaz que los animales, pero los animales conocen lo que para ellos es útil y nosotros lo ignoramos. Los animales no se separan de ello, y nosotros no podemos conservarlo cuando hemos logrado descubrirlo. Siempre, en tiempo normal, cuentan, merced a sus instintos, con la seguridad de encontrar lo necesario. Nosotros, en cambio, vemos a numerosas hordas que, desde el comienzo de los siglos, no han logrado salir de un estado precario y penoso. En cuanto se refiere a bienestar terrestre, nosotros no poseemos sobre los animales nada más que un horizonte más dilatado, aunque finito y limitado como el suyo.

---

(1) Martius und Spix, *Reise in Brasilien*, t. III, p. 950 y *passim*.

No he insistido bastante sobre esa triste condición humana de perder siempre por un lado cuando ganamos por otro; es ese, sin embargo, el hecho que nos condena al error en nuestras esferas intelectuales, sin lograr nunca, aun siendo limitadas, poseerlas por completo. Si esta ley fatal no existiese, se comprendería que en un día dado, lejano quizá, en todo caso probable, el hombre, hallándose en posesión de toda la experiencia de las épocas sucesivas, sabiendo lo que puede saber, habiéndose apoderado de lo que puede tomar, habría en fin aprendido a aplicar sus riquezas, viviría en medio de la naturaleza, sin lucha con sus semejantes ni tampoco con la miseria, y, tranquilo al fin, gozaría, si no de un máximo de perfección, por lo menos de un estado de suficiente abundancia y bienestar.

Tal felicidad, aun siendo restringida, no nos está reservada siquiera, puesto que a medida que el hombre aprende, olvida; puesto que no puede mejorar en el aspecto intelectual y moral sin perder en el aspecto físico, y puesto que no retiene con suficiente fuerza ninguna de sus conquistas para estar seguro de conservarlas siempre.

Creemos nosotros que nuestra civilización no perecerá nunca, porque poseemos la imprenta, el vapor, la pólvora. La imprenta, que no es menos conocida en el Imperio de Annam y en el Japón que en la Europa central, ¿ha proporcionado acaso a los pobladores de aquellos países una civilización siquiera mediana? (1). No carecen sin embargo de libros; los poseen en abundancia y se venden a precios mucho más bajos que los nuestros. ¿A qué se debe que esos pueblos se hallen tan relajados, tan débiles, tan cercanos a aquel estado en que el hombre civilizado, corrompido, debilitado y sin coraje no puede equipararse, en potencia intelectual, a un bárbaro cualquiera que, a la primera ocasión, viene a oprimirlo? ¿A qué se debe eso? Unicamente a que la imprenta es un medio, y no un principio. Si la utilizáis para reproducir ideas sanas, vigorosas, saludables, funcionará de la manera más fructífera, y contribuirá a sostener la civilización. Si, por el contrario, las inteligencias están de tal modo embrutecidas que nadie lleva ya a las prensas obras filosóficas, históricas, literarias, capaces de nutrir intensamente el genio de una nación; si esas prensas envilecidas no sirven más que para multiplicar las malsanas y venenosas composiciones de cerebros enervados, las producciones envenenadas de una teología de sectarios, ¿cómo y por qué la imprenta salvará la civilización?

Se supone sin duda que, por la facilidad con que puede difundir en gran número las obras maestras del espíritu, la imprenta contribuye a conservarlas, y aun, en las épocas en que la esterilidad intelectual no permite el florecimiento de genios rivales, a ofrecerlas por lo menos a la meditación de las personas honestas. Así es, en efecto. Con todo, para ir a buscar un libro del pasado y emplearlo para su propio mejoramiento, es preciso poseer ya, de antemano, el más preciado de los bienes: la fuerza de un alma esclarecida. En los tiempos adversos, en que fallan las públicas virtudes, se hace poco caso de las antiguas composiciones, y nadie se preocupa de turbar el silencio de las bibliotecas.

Por lo demás, se exagera mucho la longevidad atribuída a las produccio-

---

(1) Debe tenerse en cuenta la fecha en que fueron escritas estas líneas. (*Nota del traductor.*)

nes del espíritu por efecto del descubrimiento de Gutenberg. Excepción hecha de algunas obras que se reproducen por espacio de algún período, todos los libros mueren hoy, exactamente como antaño morían los manuscritos. Con una tirada de algunos centenares de ejemplares, las obras de ciencia, sobre todo, desaparecen rápidamente del dominio común. Cabe encontrarlas todavía, con dificultad, en las grandes colecciones. Acontecía absolutamente lo mismo con las riquezas intelectuales de la antigüedad, y, digámoslo una vez más, no es la erudición la que salva a un pueblo llegado a la decrepitud.

Veamos qué ha sido de esas miríadas de excelentes obras publicadas desde la fecha en que funcionó la primera prensa. La mayor parte están olvidadas. Aquellas de las cuales se habla todavía carecen casi de lectores, y tal o cual libro muy solicitado cincuenta años atrás ve su título borrarse poco a poco de todas las memorias.

Para encarecer el mérito de la imprenta, se ha negado en demasía la difusión de los manuscritos. Ésta era mayor de lo que suele imaginarse. En la época del Imperio romano, los medios de instrucción estaban muy difundidos, los libros eran incluso comunes, a juzgar por el número extraordinario de gramáticos harapientos que pululaban incluso por las más pequeñas poblaciones, especie de individuos comparables a los abogados, a los novelistas, a los periodistas de nuestra época, y cuyas impúdicas costumbres, cuya miseria y cuya apasionada inclinación a los placeres hallamos descritas en el *Satiricón* de Petronio. Cuando la decadencia fué completa, quienes deseaban adquirir libros los encontraban todavía. Virgilio era leído en todas partes. Los campesinos, que oían alabarle, lo tomaban por un hechicero peligroso. Los monjes lo copiaban. Copiaban también a Plinio, Dioscórides, Platón y Aristóteles. Copiaban asimismo a Cátulo y a Marcial. En cuanto a la Edad Media, a juzgar por el gran número de libros que de aquel tiempo conservamos después de tantas guerras, devastaciones, incendios de abadías y castillos, cabe adivinar hasta qué punto las obras literarias, científicas, filosóficas, salidas de la pluma de los contemporáneos, habían sido multiplicadas más allá de lo que se supone. Se exageran pues los méritos reales de la imprenta por lo que respecta a la ciencia, a la poesía, a la moralidad y a la verdadera civilización; y seríamos más exactos si, hablando más modestamente del asunto, nos limitásemos sobre todo a hablar de los servicios cotidianos que presta ese invento a los intereses religiosos y políticos de todos los países. La imprenta, lo repito, es un instrumento maravilloso; pero cuando fallan la mano y la cabeza, el instrumento deja de funcionar como conviene.

No es necesaria una larga demostración para establecer que la pólvora no puede salvar tampoco a una nación en peligro de muerte. Es este un conocimiento que ciertamente no olvidaremos. Por lo demás es dudoso que los pueblos salvajes que la poseen hoy lo mismo que nosotros y se sirven de ella en igual grado, la consideren nunca desde otro punto de vista que el de la destrucción.

Acerca del vapor y de todos los descubrimientos industriales, diré también, como de la imprenta, que son elementos importantes; añadiré que hemos visto a veces procedimientos nacidos de descubrimientos científicos perpetuarse en el estado de rutina, cuando el movimiento intelectual que

los hizo surgir había muerto, dejando perder el secreto teórico de que aquellos procedimientos emanaban. En fin, recordaré que el bienestar material no ha sido más que un anexo exterior de la civilización, y que nunca se ha oído decir que una sociedad haya vivido únicamente porque conociese los medios de ir de prisa y de vestir bien.

Todas las civilizaciones que nos precedieron creían, como nosotros, haberse aferrado a la roca del tiempo con sus inolvidables descubrimientos. Todas creyeron en su inmortalidad. Las familias de los Incas, cuyos palanquines recorrían con rapidez aquellas admirables calzadas de quinientas leguas de longitud que unen todavía Cuzco a Quito, estaban convencidas ciertamente de la eternidad de sus conquistas. Los siglos, de un aletazo, precipitaron su Imperio, junto con muchos otros, al negro abismo de la nada. También ellos tenían sus soberanos — aquellos soberanos del Perú —, sus ciencias, sus mecánicas, sus poderosas máquinas cuyas obras admiramos con estupor sin poder adivinar su misterio. También ellos conocían el secreto de transportar masas enormes. Construían fortalezas en las que colocaban unos sobre otros bloques de piedra de treinta y ocho pies de largo por diez y ocho de ancho. Las ruinas de Tihuanaco nos muestran un espectáculo semejante, y aquellos materiales monstruosos eran traídos de varias leguas de distancia. ¿Sabemos cómo se las componían los ingenieros de aquel pueblo, hoy extinguido, para resolver tal problema? No lo sabemos, como no sabemos tampoco los medios aplicados a la construcción de las gigantescas murallas ciclópeas cuyos restos resisten aún, en tantos y tantos puntos de la Europa meridional, a la fuerza destructora del tiempo.

Así, no tomemos los resultados de una civilización por sus causas. Las causas se pierden, los resultados se olvidan cuando desaparece el espíritu que los había hecho surgir, o, si persisten, hay que atribuirlo a un nuevo espíritu que se los ha asimilado, dándoles a menudo un alcance diferente del que primeramente tenían. La inteligencia humana, siempre vacilante, corre de un lado a otro, carece de ubicuidad, exalta la valía de lo que posee, olvida lo que echa a un lado, y, encadenada en el círculo del que está condenada a no salir nunca, no logra fecundar una parte de sus dominios sino dejando la otra en barbecho, siempre, a un tiempo, superior e inferior a sus antepasados. La humanidad no se sobrepasa, pues, nunca a sí misma; la humanidad no es, pues, infinitamente perfectible.

CAPÍTULO XIV

Sigue la demostración de la desigualdad intelectual de las razas. Las diversas civilizaciones se rechazan mutuamente. Las razas mestizas poseen civilizaciones igualmente mestizas

Si las razas humanas fuesen iguales entre sí, la Historia nos presentaría un cuadro muy impresionante, muy espléndido y muy glorioso. Inteligentes todas, la mira puesta en sus verdaderos intereses, hábiles en su totalidad y en igual grado para encontrar el medio de vencer y de triunfar, hubieran, desde los comienzos del mundo, animado la faz del planeta con una multitud de

civilizaciones simultáneas e idénticas igualmente florecientes. En la misma época en que los más antiguos pueblos sánscritos fundaban su Imperio, y cubrían la India septentrional de mieses, de ciudades, de palacios y de templos; en la misma época en que el primer Imperio de Asiria ilustraba las llanuras del Tigris y del Éufrates con sus suntuosas construcciones, y que los carros y la caballería de Nemrod desafiaban a los pueblos de los cuatro puntos cardinales, habríase visto en la costa africana, entre las tribus de negros de cabeza prognata, surgir un estado social razonado, cultivado, sabio en sus medios, poderoso en sus resultados.

Los Celtas viajeros habrían aportado hasta el fondo del extremo Occidente de Europa, con algunos restos de la sabiduría oriental de las edades primitivas, los elementos indispensables de una gran sociedad, y hubieran encontrado ciertamente en los pueblos ibéricos entonces difundidos sobre la superficie de Italia, en las islas del Mediterráneo, en la Galia y en España, rivales tan bien informados como ellos mismos sobre las tradiciones antiguas, e igualmente conocedores de las artes útiles y de las artes bellas.

La humanidad unitaria se hubiera paseado noblemente a través del mundo, orgullosa de su inteligencia, fundando por doquier sociedades similares, y poco tiempo hubiera bastado para que todas las naciones, juzgando sus necesidades de la misma manera, considerando la naturaleza con idéntico criterio y pidiéndole las mismas cosas, se encontrasen en estrecho contacto y pudiesen establecer aquellas relaciones, aquellos cambios múltiples, tan necesarios en todas partes y tan provechosos para el progreso de la civilización.

Ciertas tribus, desgraciadamente confinadas en climas estériles, en el fondo de los desfiladeros de montañas rocosas, en las orillas de costas heladas, en estepas incesantemente barridas por los vientos del Norte, hubieran podido luchar mayor tiempo que las naciones civilizadas contra la ingratitud de la naturaleza. Pero, al final, aquellas tribus, dotadas de no menos inteligencia y sabiduría que las demás, no hubieran tardado en descubrir los recursos adecuados contra la dureza de los climas. Se las hubiera visto desplegar la inteligente actividad que muestran hoy los Daneses, los Noruegos, los Islandeses. Hubieran domado el suelo rebelde, forzándolo a pesar suyo a producir. En las regiones montañosas, hubieran explotado, como los Suizos, las ventajas de la vida pastoral, o, como los Cachemirenses, apelado a los recursos de la industria; y si su país hubiese sido tan malo, su situación geográfica tan desfavorable que le imposibilitara de sacar partido de ella, hubieran reflexionado que el mundo era grande, que poseía muchos valles, muchas llanuras gratas a sus habitantes, y, abandonando su rebelde patria, no hubieran tardado en encontrar tierras donde desplegar con provecho su inteligente actividad.

Entonces las naciones, igualmente esclarecidas, igualmente ricas, unas por el comercio, multiplicándose en sus ciudades marítimas, las otras por la agricultura, floreciendo en sus vastas campiñas, éstas por la industria ejercida en las regiones alpestres, aquéllas por el intercambio, resultado feliz de su situación medianera, todas esas naciones, a despecho de disensiones pasajeras, de las guerras civiles, de las sediciones, desgracias inherentes a la condición humana, no hubieran tardado en imaginar, para la armonización de sus respectivos intereses, un sistema de ponderación cualquiera. Las ci-

vilizaciones de idéntico origen, inclinadas a copiarse mutuamente, hubieran acabado por perecer poco a poco en todos los aspectos, y se habría visto cómo se establecía aquella confederación universal, soñada hace tantos siglos, y que nada hubiera podido impedir que se realizase, si, en efecto, todas las razas estaban dotadas de la misma dosis de facultades y del mismo género de ellas.

Se sabe por lo demás que este es un cuadro fantástico. Los primeros pueblos, dignos de este nombre, se agruparon bajo el imperio de una idea de asociación que los bárbaros, viviendo más o menos lejos de ellos, no han tenido nunca. Emigraron de su primitivo dominio y encontraron a otros pueblos; estos pueblos fueron dominados y nunca abrazaron conscientemente ni comprendieron la idea dominante en la civilización que acababa de imponérseles. Muy lejos de demostrar que la inteligencia de todas las tribus humanas era parecida, las naciones civilizadas han probado siempre lo contrario, primero asentando su estado social sobre bases completamente diversas, después mostrando unas respecto de otras un marcado alejamiento. La fuerza del ejemplo no ha despertado nada en los grupos que no se hallaban movidos por un resorte interior. España y las Galias han visto sucesivamente a los Fenicios, a los Griegos, a los Cartagineses establecer en sus costas ciudades florecientes. Ni España ni las Galias se avinieron a imitar las costumbres, los gobiernos de aquellos célebres mercaderes, y, cuando vinieron los Romanos, estos vencedores no lograron transformar su nuevo dominio sino saturándolo de colonias. Los Celtas y los Iberos demostraron entonces que la civilización no se adquiere sin mezcla de sangre.

Las tribus americanas, ¿a qué espectáculo no les es dado asistir en este momento? Encuéntranse situadas al lado de un pueblo que desea aumentar en número para acrecentar su poderío. Ven cruzadas sus costas por millares de navíos. Saben que la fuerza de sus dominadores es irresistible. La esperanza de ver, un día, su regiones natales libres de la presencia de los conquistadores no existe en ninguna de ellas. Todas tienen conciencia de que su continente entero es en lo sucesivo patrimonio del Europeo. No tienen más que mirar para convencerse de la fecundidad de aquellas instituciones exóticas que han hecho que la prolongación de la vida deje de depender de la abundancia de la caza y de la riqueza de la pesca. Saben, puesto que compran aguardiente, mantas, fusiles, que incluso sus groseros gustos hallarán más fácilmente satisfacción dentro de aquella sociedad que les llama, les invita a venir, que les paga y les halaga para atraerse su concurso. Ellas se niegan a ello, prefiriendo mantenerse en sus soledades; y se hunden cada vez más en el interior de las regiones. Lo abandonan todo, hasta los huesos de sus antepasados. Morirán, lo saben; pero un misterioso horror las mantiene bajo el yugo de sus invencibles repugnancias, y, no obstante admirar la fuerza y la superioridad de la raza blanca, su conciencia, su naturaleza entera, su sangre en fin, se sublevan a la sola idea de tener algo de común con ella.

En la América española parece encontrarse menos aversión cerca de los indígenas. Débese a que el gobierno metropolitano dejó antaño a aquellos pueblos bajo la administración de sus caciques. No trataba de civilizarlos. Les permitía conservar sus usos y sus leyes, y, con tal que fuesen cristianos, no les pedía sino un tributo de dinero. Apenas colonizaba. Una vez ter-

minada la conquista, se entregó a una tolerancia indolente, no oprimiendo sino según las ocurrencias. He aquí, pues, por qué los Indios de la América española son menos desgraciados y siguen subsistiendo, mientras que los vecinos de los Anglosajones perecerán sin misericordia.

No únicamente para los salvajes resulta incomunicable la civilización; también lo resulta para los pueblos esclarecidos. La buena voluntad y la filantropía francesas llevan a cabo en este momento la prueba de ello en la antigua regencia de Argel de una manera no menos completa que los Ingleses en la India y los Holandeses en Java. No hay ejemplos, no hay pruebas más impresionantes, más concluyentes de la desemejanza y de la desigualdad de las razas entre sí.

Porque si se razonase únicamente según la barbarie de ciertos pueblos, y si, declarando esta barbarie original, se concluyese que toda especie de cultura es para ellos imposible, nos expondríamos a serias objeciones. Muchas naciones salvajes han conservado huellas de una situación mejor que aquella en que las hemos visto hundidas. Existen tribus, muy brutales por cierto, que, para la celebración de las bodas, para el reparto de herencias, para la administración política, poseen reglamentos tradicionales de una complicación curiosa, y cuyos ritos, hoy desprovistos de sentido, derivan evidentemente de un orden de ideas superior. Se cita, como testimonio, a las tribus de los Pieles Rojas errabundas en las vastas soledades donde se supone que se establecieron antaño los Alleghanys. Existen otros pueblos que poseen procedimientos de fabricación de los cuales no pueden ser los inventores: entre ellos los naturales de las islas Marianas. Dichas invenciones las conservan sin reflexión y las utilizan, por decirlo así, maquinalmente.

Hay, pues, motivo de analizarlo de cerca cuando, viendo a una nación en estado de barbarie, nos sentimos inclinados a concluir que ha vivido siempre así. Para no cometer ningún error, tengamos en cuenta diversas circunstancias.

Existen pueblos que, impresionados por la actividad de una raza afín, se someten casi a ella, aceptan ciertas consecuencias, retienen algunos de sus procedimientos; después, cuando la raza dominadora llega a desaparecer, sea por impulsión, sea por inmersión completa en el seno de los vencidos, éstos dejan perecer casi enteramente la cultura, los principios sobre todo, no conservando de ella sino lo poco que les ha sido dable comprender. Este hecho, por lo demás, no puede producirse más que entre naciones aliadas por la sangre.

Así, de que en un pueblo bárbaro existan huellas de civilización, no puede inferirse que ese pueblo haya sido nunca civilizado. Vivió bajo la dominación de una raza afín y superior, o bien, encontrándose en su vecindad, aprovechó humilde y débilmente sus lecciones. Las razas hoy salvajes lo han sido siempre, y, juzgando por analogía, tenemos el derecho de concluir que seguirán siéndolo hasta el día en que desaparezcan.

Este resultado es inevitable tan pronto como dos tipos, entre los cuales no existe ninguna afinidad, se encuentran en contacto activo, y no conozco de ello mejor demostración que la suerte de las familias polinesias y americanas. Está pues estatuído por los razonamientos que anteceden:

1.º, que las tribus actualmente salvajes lo han sido siempre, cualquiera

que sea el ambiente superior que hayan podido atravesar, y lo serán siempre; 2.°, que, para que una nación salvaje pueda siquiera soportar la permanencia en un ambiente civilizado, es preciso que la nación que crea ese ambiente sea una rama más noble de la misma raza; 3.°, que la misma circunstancia es todavía necesaria para que civilizaciones diversas puedan, no confundirse, lo que no se produce nunca, sino únicamente modificarse recientemente la una por la otra, copiarse recíprocamente lo mejor de cada una, dar origen a otras civilizaciones compuestas de elementos comunes; 4.°, que las civilizaciones surgidas de razas completamente extrañas una a otra no pueden ponerse en contacto sino superficialmente, no se penetran nunca y se excluyen siempre. Como este último punto no ha quedado suficientemente aclarado, voy a insistir.

Los conflictos armados enfrentaron la civilización persa con la civilización griega, la egipcia con la griega y la romana, la romana con la griega; después la civilización moderna de Europa con todas las que existen hoy en día en el mundo, y especialmente la civilización árabe.

Las relaciones de la inteligencia griega con la cultura persa eran tan múltiples como forzadas. En primer lugar, una gran parte de la población helénica, y la más rica, si no la más independiente, estaba concentrada en aquellas ciudades del litoral sirio, en aquellas colonias del Asia Menor y del Ponto, las cuales, incorporadas a los Estados del gran rey, vivieron bajo la vigilancia de los sátrapas, conservando, hasta cierto punto, su fisonomía. La Grecia continental y libre mantenía, por su parte, relaciones muy íntimas con la costa de Asia.

¿Acabaron por confundirse las civilizaciones de ambos países? Sabido es que no. Los Griegos trataban a sus poderosos antagonistas de bárbaros, y probablemente éstos les pagaban con la misma moneda. Las costumbres políticas, la forma de los gobiernos, la dirección imprimida a las artes, el alcance y sentido íntimo del culto público, las costumbres privadas de naciones entremezcladas en tantos y tantos sitios permanecieron sin embargo diferentes. En Ecbatana no se comprendía más que una autoridad única, hereditaria, limitada por ciertas prescripciones tradicionales, absoluta en lo restante. En la Hélada, el poder estaba subdividido en una multitud de pequeñas soberanías. El gobierno, aristocrático en unos, democrático en los otros, monárquico en estos, tiránico en aquellos, afectaba en Esparta, en Atenas, en Sicione, en Macedonia, la más extraña catadura. Entre los Persas, el culto del Estado, mucho más cercano del emanatismo primitivo, mostraba la misma tendencia a la unidad que el gobierno, y sobre todo poseía un alcance moral y metafísico que no carecía de profundidad. Entre los Griegos, el simbolismo, no interesándose más que por las variadas apariencias de la naturaleza, se contentaba con glorificar las formas. La religión cedía a las leyes civiles la tarea de dirigir las conciencias, y una vez cumplido con los ritos prescritos y los honores debidos al dios o al héroe tópico, la fe había llenado su misión. Después, esos ritos, esos honores, esos dioses y esos héroes cambiaban a cada media legua. En el caso en que, en algunos santuarios, como en Olimpia, por ejemplo, o en Dodona, se quisiese reconocer, no la adoración de una de las fuerzas o de uno de los elementos de la naturaleza, sino la del mismo principio cósmico, esta especie de unidad no hacía sino acusar más vivamente el fraccionamiento, como no siendo

practicada más que en lugares aislados. Por lo demás, el oráculo Dodóneo y el Júpiter de Olimpia eran cultos extraños.

En cuanto a los usos, huelga hacer resaltar hasta qué punto diferían de los de Grecia. Si uno era joven, rico, voluptuoso y cosmopolita, el querer imitar las maneras de vivir de rivales mucho más fastuosos y refinados que los Helenos exponía al público desprecio. Así, hasta la época de Alejandro, es decir, durante el bello y gran período del poderío griego, durante el período fecundo y glorioso, la Persia, pese a toda su preponderancia, no pudo convertir la Grecia a su civilización.

Con Alejandro, este hecho tuvo una singular confirmación. Viendo a la Hélada conquistar el Imperio de Darío, creyó sin duda, un momento, que el Asia iba a volverse griega, y tanto más cuando el vencedor se había permitido, en una racha de extravío, atentar contra los monumentos del país con una violencia que parecía dictada tanto por el menosprecio como por el odio. Pero el incendiario de Persépolis cambió pronto de opinión; y tan completamente, que pudo adivinarse su proyecto de suplantar pura y simplemente la dinastía de los Aqueménides y de gobernar como su predecesor o como el gran Jerjes, con la Grecia incorporada a sus Estados. De esta suerte, la sociabilidad persa hubiera absorbido la de los Helenos.

Sin embargo, pese a toda la autoridad de Alejandro, no advino nada parecido. Sus generales, sus soldados, no se avinieron con la idea de verle revestir la ropa larga y flotante, ceñir la mitra, rodearse de eunucos y renegar de su país. Alejandro murió. Algunos de sus sucesores continuaron su sistema. Viéronse, sin embargo, obligados a mitigarlo; así y todo, ¿cómo pudieron establecer aquel término medio que se convirtió en el estado normal de la costa asiática y de los helenizantes de Egipto? Debióse esto a que sus súbditos se componían de una población abigarrada de Griegos, de Sirios, de Arabes, la cual no tenía ningún motivo para aceptar otra cosa que una transacción en materia de cultura. Pero allí donde las razas permanecieron diferentes, no hubo transacción alguna. Cada país conservó sus costumbres nacionales.

Igualmente también, hasta los últimos días del Imperio romano, la civilización mestiza que reinaba entonces en todo el Oriente, sin excluir la Grecia continental, habíase vuelto mucho más asiática que griega, porque las masas participaban más de la primera sangre que de la segunda. La inteligencia parecía, es verdad, presumir de formas helénicas. No es sin embargo difícil descubrir, en el pensamiento de aquellos tiempos y de aquellos países, un fondo oriental que vivifica todo lo que hizo la Escuela de Alejandría, como las doctrinas unitarias de los jurisconsultos greco-asirios. Así la proporción, en cuanto a la cantidad respectiva de la sangre, está conservada: la preponderancia pertenece a la parte más considerable.

Antes de terminar este paralelo, que se aplica al contacto de todas las civilizaciones, digamos unas palabras sobre la situación de la cultura árabe frente a la nuestra.

En cuanto a la repulsión recíproca, no cabe tener ninguna duda. Nuestros padres del medioevo pudieron admirar de cerca las maravillas del Estado musulmán, cuando no se negaban a enviar sus estudiantes a las escuelas de Córdoba. Sin embargo, nada de árabe ha quedado en Europa fuera de los países que conservan algo de sangre ismaelita, y la India brahmánica

no se ha mostrado de mejor condición que nosotros. Como nosotros, sometida al dominio mahometano, resistió con éxito a las esfuerzos de los invasores.

Hoy, somos nosotros quienes influimos sobre los restos de la civilización árabe. Los barrimos, los destruimos: no logramos transformarlos, y, sin embargo, esta civilización no es en sí misma original, y debería, por tanto, ofrecer menos resistencia. La nación árabe, numéricamente tan débil, no hizo notoriamente nada más que asimilar pedazos de razas sometidas a su cimitarra. Así los Musulmanes, población extremadamente mezclada, no poseen nada más que una civilización de aquel mismo carácter mestizo cuyos elementos resultan tan fáciles de descubrir. Sabido es que el núcleo de los vencedores no era, antes de Mahoma, un pueblo nuevo ni desconocido. Sus tradiciones eran compartidas por las familias camitas y semitas de las cuales eran originarios.

Mahoma inventó la religión más adecuada a las ideas de su pueblo, donde la idolatría contaba con numerosos adeptos, pero donde el cristianismo, depravado por los heréticos y los judaizantes, no hizo menos prosélitos. El tema religioso del profeta koraischita constituyó una combinación tal, que el acuerdo entre la ley de Moisés y la fe cristiana — este problema tan inquietante para los primeros católicos y siempre harto presente a la conciencia de las poblaciones orientales — resultó en ella más equilibrado que en las doctrinas de la Iglesia. Era ya una materia de atrayente sabor, y por lo demás, toda novedad teológica ofrece la posibilidad de ganar algunas almas entre los Sirios y los Egipcios. Para coronar la obra, la nueva religión se presentó sable en mano: otra garantía de éxito entre unas masas sin nexo común y penetradas del sentimiento de su impotencia.

Es así cómo el islamismo salió de sus desiertos. Arrogante, poco inventivo; y ya de antemano ganado, en sus dos terceras partes, a la civilización grecoasiática, a medida que avanzaba, descubría, en las dos costas del Este y Sur del Mediterráneo, todos sus adeptos saturados de antemano de aquella complicada combinación. Y de ella se impregnó aún más. Desde Bagdad hasta Montpellier, extendió su culto copiado de la iglesia, de la sinagoga, de las tradiciones desfiguradas del Hedjaz y del Yemen, sus leyes persas y romanas, su ciencia grecosiria y egipcia; su administración, desde el primer día, tolerante como conviene, cuando nada de unitario reside en un cuerpo de Estado. El extrañarse de los rápidos progresos de los Musulmanes en el refinamiento de las costumbres ha sido una gran equivocación. La mayoría de ese pueblo había cambiado simplemente de costumbres, y se le desconoció cuando empezó a desempeñar el papel de apóstol en la escena del mundo, donde, desde largo tiempo, no se le veía bajo sus antiguos nombres. Hay que tener en cuenta aún un hecho capital. En aquella agrupación de familias tan diversas, cada una aportaba sin duda su parte a la prosperidad común. ¿Quién, no obstante, diera el impulso, quién mantuvo el ímpetu todo el tiempo que duró, que no fué muy largo? Unicamente el pequeño núcleo de tribus árabes surgidas del interior de la península, y que aportaron no sabios, sino fanáticos, soldados, triunfadores y caudillos.

La civilización árabe no fué nada más que la civilización grecosiria, rejuvenecida, reavivada por el soplo de un genio bastante limitado, pero más

nuevo, y alterada por una mezcla persa. Así formada, dispuesta a muchas concesiones, no concuerda, sin embargo, con ninguna fórmula social surgida de orígenes diferentes de los suyos; del mismo modo que la cultura griega no se armonizó con la romana, emparentada con ella tan de cerca y que permaneció encerrada tantos siglos en los límites del mismo Imperio. Esto es lo que deseaba decir acerca de la imposibilidad de confundirse nunca civilizaciones propias de grupos étnicos extraños unos a otros.

Cuando la Historia establece tan netamente ese irreconciliable antagonismo entre las razas y sus sistemas de cultura, es evidente que la desemejanza y la desigualdad residen en el fondo de aquellas repugnancias constitutivas. Y desde el momento que el Europeo no puede aspirar a civilizar al negro, y que no logró transmitir al mulato más que una parte de sus aptitudes; que ese mulato, a su vez, unido a la sangre de los blancos, no creará tampoco individuos perfectamente aptos para emprender algo más que una cultura mestiza de un grado más avanzado hacia las ideas de la raza blanca, me siento autorizado a establecer la desigualdad de las inteligencias entre las diferentes razas.

Repito todavía aquí que no se trata en modo alguno de retornar a un método en demasía grato, desgraciadamente, a los etnólogos y, por lo menos, ridículo. No discuto, como ellos, sobre el valor moral e intelectual de los individuos tomados aisladamente. En cuanto al valor moral, lo dejé enteramente de lado una vez comprobé la aptitud de todas las familias hermanas para reconocer en un grado útil las luces del cristianismo. Cuando se trata del mérito intelectual, me niego en absoluto a esa manera de argumentar que consiste en decir: «Todo negro es inepto» (1), y mi principal razón para abstenerme es que me vería obligado a reconocer, por vía de compensación, que todo Europeo es inteligente, y me siento yo a cien leguas de semejante paradoja.

No aguardaré que los amigos de la igualdad de las razas vengan a mostrarme tal pasaje de tal libro de un misionero o de un navegante determinado, en el cual consta que un Yolof resultó ser un vigoroso carpintero, un Hotentote un excelente criado, un Cafre un danzante y violinista, y que un Bambara sabe la aritmética.

Admito, sí, admito antes de que me lo prueben, todo lo que quepa contar de maravilloso, dentro de ese género, con respecto a los salvajes más embrutecidos. He negado la excesiva estupidez, la inepcia crónica, incluso en las tribus más abyectas. Voy incluso más lejos que mis adversarios, puesto que no pongo en duda que un cierto número de jefes negros sobrepasan, por la fuerza y la abundancia de sus ideas, por la facultad de combinación de su espíritu, por la intensidad de sus facultades activas, el nivel común al que nuestros campesinos, incluso hasta nuestros burgueses, convenientemente instruídos y dotados, pueden alcanzar. Una vez más, no es el terreno estricto de las individualidades sobre el cual me coloco. Me parece demasiado indigno de la ciencia el pararse en tan fútiles argumen-

(1) El juicio más vigoroso quizá que haya podido formularse sobre la variedad melania emana de uno de los patriarcas de la doctrina igualitaria. He aquí cómo definía Franklin al negro: «Es un animal que corre lo más posible y trabaja lo menos posible».

tos. Si Mungo-Park o Lander dieron a algún negro un certificado de inteligencia, ¿quién me responde que otro viajero, descubriendo al propio fénix, no llegara a una convicción diametralmente opuesta? Dejemos esas puerilidades, y comparemos, no a los hombres, sino a los grupos étnicos, Sólo cuando se haya reconocido bien de qué son o no capaces éstos, dentro de qué límite se ejercen sus facultades, a qué alturas intelectuales alcanzan, y qué otras naciones los dominan desde el comienzo de los tiempos históricos, será quizá permitido un día penetrar en los detalles, investigando por qué las grandes individualidades de tal raza son inferiores a los excelsos genios de tal otra. Después, comparando entre sí las facultades de los individuos vulgares de todos los tipos, descubriremos los lados por donde aquellas facultades se igualan y aquellos por donde se aventajan unas a otras. Esta difícil y delicada tarea no podrá realizarse en tanto no se haya medido de la manera más exacta, y, en cierto modo, por procedimientos matemáticos, la situación relativa de las razas. No sé siquiera si nunca se obtendrán resultados de una claridad indiscutible, ni si, dejando de pronunciarse sobre hechos generales, cabrá descubrir los matices de tan cerca que permita definir, reconocer y clasificar las capas inferiores de cada nación y de las individualidades pasivas. En este caso, se demostrará sin esfuerzo que la actividad, la energía, la inteligencia de los individuos menos dotados entre las razas dominadoras, sobrepasan la inteligencia, la energía, la actividad de los individuos correspondientes producidos por los otros grupos.

He aquí, pues, la humanidad dividida en dos fracciones muy desemejantes, muy desiguales, o, para expresarlo mejor, dividida en una serie de categorías subordinadas unas a otras, y en las cuales el grado de inteligencia marca el grado de elevación.

En esta vasta jerarquía, hay dos hechos considerables que actúan incesantemente sobre cada serie. Estos hechos, causas eternas del movimiento que acerca a las razas entre sí y tiende a confundirlas, son, como ya lo he indicado: la similitud aproximativa de los principales caracteres físicos, y la aptitud general a expresar las sensaciones y las ideas por las modulaciones de la voz.

He hablado superabundantemente del primero de estos fenómenos encerrándolo dentro de sus verdaderos límites.

Voy a ocuparme, ahora, del segundo, buscando las relaciones que existen entre la potencia étnica y el valor del lenguaje: dicho de otra manera, si los más bellos idiomas pertenecen a las razas fuertes; y, en el caso contrario, cómo puede explicarse la anomalía.

CAPÍTULO XV

Las lenguas, desiguales entre sí, están en perfecta relación con el mérito relativo de las razas

Si fuese posible que pueblos groseros, situados en el grado más bajo de la escala étnica y habiendo sobresalido muy poco en el desenvolvimiento varonil o en la acción femenina de la humanidad, hubiesen, sin embargo, inventado lenguajes filosóficamente profundos, estéticamente bellos y dúctiles, ricos en expresiones diversas y precisas, de formas caracterizadas y felices, igualmente propios para las sublimidades y las gracias de la poesía como para la severa expresión de la política y de la ciencia, es indudable que esos pueblos habrían estado dotados de un genio sumamente inútil: el de inventar y perfeccionar un instrumento sin aplicación posible en medio de facultades impotentes.

Habría que creer entonces que la naturaleza posee caprichos desprovistos de finalidad, y confesar que ciertos callejones sin salida de la observación llevan no a lo desconocido — resultado frecuente —, ni a lo indescifrable, sino simplemente al absurdo.

La primera ojeada que echamos sobre la cuestión parece favorecer esa solución funesta. Porque, tomando las razas en su estado actual, nos vemos obligados a convenir que la perfección de los idiomas está muy lejos de ser en todas partes proporcional al grado de civilización. No considerando sino las lenguas de la Europa moderna, vemos que resultan desiguales entre sí, y que las más bellas, las más ricas, no pertenecen necesariamente a los pueblos más avanzados. Si se compara, además, estas lenguas con muchas de las que se han difundido por el mundo, en diferentes épocas, vemos que sin excepción se quedan muy atrás.

Espectáculo más singular: grupos enteros de naciones estacionadas en un nivel de cultura más que mediocre poseen lenguas cuyo valor es innegable. De suerte que la red de lenguajes, compuesta de mallas de diferentes precios, parece haber sido echada al azar sobre la humanidad: la seda y el oro cubriendo a veces miserables seres incultos y feroces; la lana, el cáñamo y la crin envolviendo a sociedades inspiradas, cuerdas y sabias. Felizmente, no es esto sino una apariencia y, aplicando a ello la doctrina de la diversidad de las razas, sin desdeñar el concurso de la historia, no tardamos en ver fortalecidas las pruebas aportadas anteriormente sobre la desigualdad intelectual de los tipos humanos.

Los primeros filólogos cometieron un doble error; fué primero, al suponer que, paralelamente a lo que cuentan los Unitarios acerca de la identidad de origen de todos los grupos, todas las lenguas resultan ser formadas según el mismo principio; el segundo, al asignar la invención del lenguaje a la pura influencia de las necesidades materiales.

Por lo que respecta a las lenguas, la duda no es ni siquiera permitida. Hay diversidad completa en los modos de formación, y, aunque las clasificaciones propuestas por la filología puedan ser todavía susceptibles de

formación, no cabe sostener, ni por un momento siquiera, la idea de que la familia altaica, la aria, la semítica no proceden de orígenes perfectamente extraños unos a otros. Todo en ellas difiere. La lexicología reviste, en aquellos diferentes ambientes lingüísticos, formas perfectamente caracterizadas. La modulación de la voz es, en cada uno, especial; aquí, sirviéndose sobre todo de los labios para crear los sones; allí, formándolos por la contracción de la garganta; en otro sistema, produciéndolos por la emisión nasal y como desde lo alto de la cabeza. La composición de las partes del discurso no ofrece señales menos distintas, reuniendo o separando los matices del pensamiento, y presentando, sobre todo en las flexiones de los subjuntivos y en la naturaleza del verbo, las pruebas más señaladas de la diferencia de lógica y de sensibilidad que existe entre las categorías humanas. ¿Qué resulta de ello? Pues que, cuando el filólogo, al esforzarse en darse cuenta, por conjeturas puramente abstractas, del origen de los lenguajes, empieza partiendo del hombre idealmente concebido, del hombre desprovisto de todos los caracteres especiales de raza, del *hombre* en fin, parte de un verdadero contrasentido, y prosigue infaliblemente en esa misma forma. No hay hombre ideal, el *hombre* no existe, y si estoy persuadido que no se le descubre en parte alguna, es sobre todo tratándose de lenguaje. En este terreno, conozco al posesor de la lengua finesa, al del sistema ario o de las combinaciones semíticas; mas al hombre absoluto, no lo conozco. No puedo pues razonar, según esta idea, que tal punto de partida único haya guiado a la humanidad en sus creaciones idiomáticas. Ha habido varios puntos de partida porque hubo varias formas de inteligencia y de sensibilidad (1).

Pasando ahora a la segunda opinión, no creo menos en su falsedad. Siguiendo esta doctrina, no habría habido desarrollo más que en la medida en que hubiera habido necesidad. De ello resultaría que las razas varoniles poseerían un lenguaje más preciso, más abundante, más rico que las razas femeninas, y como, además, las necesidades materiales se dirigen hacia objetos que caen bajo los sentidos y se manifiestan sobre todo por actos, la lexicología sería la parte esencial de los idiomas.

El mecanismo gramatical y la sintaxis no habrían tenido nunca ocasión de rebasar los límites de las combinaciones más elementales y más simples. Un encadenamiento de sones bien o mal ligados basta siempre para expresar una necesidad, y el gesto, comentario fácil, puede suplir a lo que la expresión ofrece de obscuro, como lo saben bien los Chinos. Y no es sólo la síntesis del lenguaje lo que habría permanecido en la infancia. Hubiera sido preciso sufrir otro género de pobreza no menos sensible, prescindiendo

(1) Guillermo Humboldt, en uno de sus más brillantes opúsculos, ha expresado, de manera admirable, la parte esencial de esta verdad: «Por doquiera, dice este genial pensador, la obra del tiempo se une en los lenguajes a la obra de la originalidad nacional, y lo que caracteriza los idiomas de las hordas guerreras de América y del Asia septentrional, no perteneció necesariamente a las razas primitivas de la India y de la Grecia. No es posible atribuir una marcha perfectamente análoga y, en cierto modo, impuesta por la naturaleza, al desarrollo, sea de una lengua perteneciente a una nación tomada aisladamente, sea de otra que habrá servido a varios pueblos.» (W. v. Humboldt's, *Ueber das entstehen der grammatischen Formen und ihren Einfluss*, etc.)

de armonía, de número y de ritmo. ¿Qué importa, en efecto, el mérito melódico allí donde se trata únicamente de obtener un resultado positivo? Las lenguas hubieran sido la reunión irreflexiva, fortuita, de sones indiferentemente aplicados.

Esta teoría dispone de algunos argumentos. El chino, lengua de una raza masculina, parece, a primera vista, no haber sido concebido más que con una finalidad utilitaria. El vocablo no se ha elevado por encima del sonido; permanece monosilábico. En él, nada de desarrollos lexicológicos, ninguna raíz dando origen a familias de derivados. Todos los vocablos son raíces, no se modifican por sí mismos, sino entre sí y según un modo muy rudo de yuxtaposición. En él se encuentra una simplicidad gramatical de la que resulta una extrema uniformidad en el discurso, y que excluye, para inteligencias habituadas a las formas ricas, variadas y abundantes, las inagotables combinaciones de idiomas más afortunados, hasta la idea misma de la perfección estética. Es preciso añadir, sin embargo, que nada autoriza a admitir que los propios Chinos experimenten esta última impresión, y, por consiguiente, puesto que su lenguaje tiene un objetivo de belleza para quienes lo hablan, puesto que está sometido a ciertas reglas propias para favorecer el desenvolvimiento melódico de los sones, si puede tachársele, desde el punto de vista comparativo, de lograr esos resultados menos bien que otras lenguas, no cabe desconocer que también él se los propone. Existe, pues, en los primeros elementos del chino, algo más que un simple amontonamiento de articulaciones utilitarias.

Sin embargo, no rechazo la idea de atribuir a las razas masculinas una inferioridad estética bastante acusada, que se reproduce en la construcción de sus idiomas. De ello encuentro el índice no sólo en el chino y su indígena relativo, sino también en el cuidado con que ciertas razas modernas de Occidente han despojado al latín de sus más bellas facultades rítmicas y al gótico de su sonoridad. El débil mérito de nuestras lenguas actuales, aun de las más bellas, comparadas con el sánscrito, con el griego, con el mismo latín, no necesita ser demostrado, y concuerda perfectamente con la mediocridad de nuestra civilización y de la del Celeste Imperio en materia de arte y de literatura. Con todo, aun admitiendo que esa diferencia pueda servir, con otros rasgos, para caracterizar las lenguas de razas masculinas, como sin embargo existe todavía en estas lenguas algún sentimiento de la euritmia, y una tendencia real a crear y a mantener leyes de encadenamiento entre los sones y condiciones particulares de formas y de clases para las modificaciones habladas del pensamiento, concluyo de ello que, aun en el seno de los idiomas de las razas masculinas, el sentimiento de la belleza y de la lógica, la chispa intelectual, se deja notar todavía y preside por tanto el origen de los idiomas, así como la necesidad material.

Dije, hace un momento, que si esta última causa hubiese podido prevalecer, un fondo de articulaciones formadas al azar hubiera bastado a las necesidades humanas en los primeros tiempos de la existencia de la especie. Parece demostrado que esta hipótesis no es sostenible.

Los sones no son aplicados fortuitamente a las ideas. La selección de ellos ha sido dirigida por el reconocimiento instintivo de cierta relación lógica entre ruidos exteriores captados por el aparato auditivo y una idea que su garganta o su lengua quería expresar. En el último siglo, esta verdad

no dejó de causar impresión. Por desgracia, la exageración etimológica, entonces en uso, hizo presa en ella, y no se tardó en chocar contra resultados tan absurdos que una justa impopularidad obligó a arrinconarlos. Por espacio de mucho tiempo, este terreno, tan locamente explotado por sus primeros exploradores, espantó a los buenos espíritus. Ahora se vuelve a él, y, aprovechando severas lecciones de la experiencia para mostrarse prudente y reservado, cabrá recoger observaciones muy dignas de ser tenidas en cuenta. Sin llenar las observaciones, veraces en sí mismas, hasta el dominio de las quimeras, puede admitirse, en efecto, que el lenguaje primitivo supo en lo posible aprovechar impresiones del oído para formar algunas categorías de vocablos, y que, en la creación de los restantes, anduvo guiado por el sentimiento de las relaciones misteriosas entre ciertas nociones de naturaleza abstracta y ciertos ruidos particulares. Así es, por ejemplo, cómo el sonido de la *i* parece indicado para expresar la disolución; el de la *w*, la vaguedad física y moral, el viento, los votos; el de la *m*, la condición de la maternidad (1). Esta doctrina, encerrada dentro de prudentes límites, encuentra harto frecuentemente su aplicación para que nos veamos constreñidos a reconocerle alguna realidad. Pero, ciertamente, no se recurrirá nunca a ella con demasiada reserva, so pena de aventurarse por senderos obscuros en los que el buen sentido se descarríe muy pronto.

Estas indicaciones, por leves que sean, demuestran que la necesidad material no ha sido la única en presidir la formación de los lenguajes, y que los hombres han puesto en juego en ello sus más bellas facultades. Los hombres no aplicaron arbitrariamente los sones a las cosas y a las ideas. En esta materia, no procedieron más que en virtud de un orden preestablecido cuya revelación descubrían en sí mismos. Así, pues, tal o cual lenguaje primitivo, por muy rudo, pobre y grosero que nos lo representemos, no dejaba de contener todos los elementos necesarios para que sus ramas futuras pudiesen desarrollarse un día en un sentido lógico, razonable y necesario.

Humboldt ha observado, con su habitual perspicacia, que cada lengua existe independientemente de la voluntad de los hombres que la hablan. Ligándose estrechamente a su estado intelectual, está completamente por encima de la fuerza de sus caprichos, y no puede ser alterada arbitrariamente por ellos. Algunos ensayos sobre la materia ofrecen curiosos testimonios de ello.

Las tribus de los Bosquímanos han inventado un sistema de alteración de su lenguaje, para hacerlo ininteligible a todos cuantos ignoran el procedimiento modificador. Algunas tribus del Cáucaso practican la misma costumbre. Pese a todos los esfuerzos, el resultado obtenido no rebasa la simple adición o intercalación de una sílaba subsidiaria al comienzo, a mitad o al final de las palabras. Este elemento parasitario aparte, la lengua ha permanecido la misma, tan poco alterada en el fondo como en las formas.

Una tentativa más completa fué señalada por Sylvestre de Sacy, a propósito de la lengua balaibalán. Este extravagante idioma fué compuesto por los Sufís, para aplicarlo a sus libros místicos y como medio de rodear

(1) W. de Humboldt, *Ueber die Kawi-Sprache, Einleit,* p. XIV.

de mayor misterio las fantasías de sus teólogos. Al azar inventaron los vocablos que les parecían resonar más extrañamente al oído. Sin embargo, si esta supuesta lengua no tenía ningún origen, si el sentido atribuído a los vocablos era enteramente ficticio, el valor eurítmico de los sonidos, la gramática, la sintaxis, todo lo que tiene de típico era inequívocamente el calco exacto del árabe y del persa. Los Sufís produjeron, pues, una jerga semítica y aria a la vez, una cifra, y nada más. Los devotos cofrades de Djelat-Eddin-Rumi no pudieron inventar una lengua. Esta facultad, evidentemente, no ha sido otorgada a la criatura humana.

De ello saco esta consecuencia: que el hecho del lenguaje se encuentra íntimamente ligado a la forma de la inteligencia de las razas, y, desde su primera manifestación, ha poseído, siquiera en germen, los medios necesarios de reflejar los rasgos diversos de esa inteligencia en sus diferentes grados.

Mas, allí donde la inteligencia de las razas ha tropezado con escollos y descubierto lagunas, también la lengua los ha tenido. Esto lo demuestran el chino, el sánscrito, el griego, el grupo semítico. Por lo que respecta al chino, he observado ya una tendencia más particularmente utilitaria de acuerdo con la vía por donde transita el espíritu de la variedad. La copiosa abundancia de expresiones filosóficas y etnológicas del sánscrito, su riqueza y su belleza eurítmicas son todavía paralelas al genio de la nación. Lo mismo ocurre con el griego, mientras que el defecto de precisión de los idiomas hablados por los pueblos semitas concuerda perfectamente con la índole de estas familias.

Si, abandonando las alturas algo nebulosas de los siglos pasados, nos situamos sobre colinas históricas más cercanas a nuestro tiempo, nos es dable asistir al nacimiento mismo de multitud de idiomas, y este gran fenómeno nos permite ver más límpidamente todavía con qué fidelidad el genio étnico se refleja en los lenguajes.

Tan pronto como tiene lugar la mezcla de pueblos, las respectivas lenguas experimentan una revolución, ora lenta, ora súbita, siempre inevitable. Las lenguas se alteran, y al poco tiempo mueren. El idioma nuevo que las reemplaza es una resultante de los tipos desaparecidos, y cada raza aporta a él una parte tanto mayor cuanto más numerosos son los individuos brindados por ella a la sociedad naciente (1). Es así cómo, en nuestros pueblos occidentales, desde el siglo XIII, los dialectos germánicos han debido ceder no ante el latín, sino ante el románico, a medida que renació el poderío galorromano. En cuanto al céltico, no retrocedió ante la civilización italiana; sólo se hizo atrás ante la colonización, y aun cabe decir en verdad que obtuvo a fin de cuentas, gracias al número de quienes lo hablaban, algo más que una semivictoria, puesto que, al operarse definitivamente la fusión de los Galos, de los Romanos y de los hombres del Norte, le fué dable adaptar a la lengua moderna su síntaxis, difundir en ella los rudos acentos originarios de la Germania y las más vivas sonoridades de la Península, haciendo así triunfar la euritmia harto incolora que él mismo poseía. El desenvolvimiento gradual de nuestro francés no es sino el resultado de esa labor latente, paciente y segura. Las causas

---

(1) Pott, *Encyol.* Ersch und Gruber, *Indo-german Sprachts*, p. 74.

que han despojado al alemán moderno de las formas harto brillantes observadas en el gótico del obispo Ulfila, no son tampoco otras que la presencia de una densa población kymrica dentro del pequeño número de elementos germánicos subsistentes más allá del Rin, después de las grandes emigraciones que siguieron al siglo V de nuestra era.

Como las mezclas de pueblos presentan sobre cada punto caracteres particulares surgidos del conjunto de los elementos étnicos, los resultados lingüísticos son igualmente matizados. Cabe afirmar en tesis general que ningún idioma permanece puro después de un contacto íntimo con un idioma diferente; que incluso cuando los principios respectivos ofrecen mayores desemejanzas, la alteración se deja notar por lo menos en la lexicología; que si la lengua parásita posee alguna fuerza, no deja de influir en la euritmia e incluso en los lados más débiles del sistema gramatical, de lo cual resulta que el lenguaje es una de las partes más delicadas y más frágiles de la individualidad de los pueblos. Se ofrecerá, pues, a menudo el singular espectáculo de una lengua noble y muy cultivada, descendiendo, por su unión con un idioma bárbaro, a una especie de barbarie relativa, despojándose gradualmente de sus más bellos atributos, empobreciéndose de vocablos, desecándose de formas, y atestiguando así una irresistible inclinación a asimilarse cada vez más al compañero de mérito inferior que la unión de razas le haya deparado.

He dicho en otro lugar que, teniendo cada civilización un alcance particular, no había que extrañarse si el sentido poético y filosófico aparecía más desarrollado entre los Hindúes sánscritos y entre los Griegos que entre nosotros, al paso que el espíritu práctico, crítico, erudito, distingue mayormente a nuestras sociedades. Tomados en masa, estamos dotados de una virtud activa más enérgica que los ilustres dominadores del Asia meridional y de la Hélada. En cambio, debemos cederles el paso en el terreno de lo bello, y es, por tanto, natural que nuestros idiomas ocupen el humilde rango de nuestros espíritus. Un vuelo más poderoso hacia las esferas ideales se refleja naturalmente en la palabra de que hicieron uso los escritores de la India y de la Jonia, de suerte que la lengua, que es ya — así lo creo — un excelente criterio de la elevación general de las razas, lo es todavía, de una manera especial, de su elevación estética, y toma sobre todo este carácter cuando se aplica a la comparación de las civilizaciones respectivas.

Para no dejar oscuro este punto, me permitiré discutir una opinión emitida por el barón Guillermo de Humboldt, a propósito de la superioridad del mejicano sobre el peruano, superioridad evidente, dice, aun cuando la civilización de los Incas haya superado en mucho la de los habitantes de Anáhuac.

Las costumbres de los Peruanos resultaban sin duda más moderadas, sus ideas religiosas tan inofensivas cuan feroces eran las de los súbditos de Moctezuma. Pese a todo esto, el conjunto de su estado social distaba de presentar tanta energía, tanta variedad. Su despotismo, bastante grosero, no originaba sino una especie de comunismo embrutecido, mientras que la civilización azteca había ensayado formas de gobierno muy refinadas. El estado militar era allí mucho más vigoroso, y aun cuando ambos Imperios ignorasen igualmente el uso de la escritura, parece que la poesía, la historia y la moral, muy cultivadas en el momento en que apareció Hernán Cortés,

desempeñaron un papel mucho mayor en Méjico que en el Perú, cuyas instituciones tendían hacia un epicureísmo indolente poco propicio a las tareas de la inteligencia. Resulta entonces muy sencillo tener que reconocer la superioridad del pueblo más activo sobre el pueblo más modesto.

Por lo demás, la opinión de Guillermo de Humboldt resulta aquí consecuente con la manera cómo define la civilización. Sin ánimo de renovar la controversia, juzgo indispensable no dejar este punto en la sombra; porque, si dos civilizaciones hubiesen podido desarrollarse paralelamente a sus lenguas en contradicción con sus méritos respectivos, habría que abandonar la idea de toda solidaridad entre el valor de los idiomas y el de las inteligencias. Este hecho no cabe ser aceptado en un grado distinto del que he indicado más arriba acerca del sánscrito y del griego, comparados con el inglés, el francés y el alemán.

Por lo demás, siguiendo esta vía, no constituirá una pequeña dificultad el determinar para los pueblos mestizos las causas del estado idiomático en que se los encuentra. No siempre se poseen, sobre la proporción de las mezclas o sobre su cualidad, luces suficientes para poder examinar el trabajo organizador de ellas. Sin embargo, la influencia de esas causas primeras persiste, y, si no está desenmascarada, puede conducir fácilmente a conclusiones erróneas. Precisamente debido a que la relación del idioma con la raza es bastante estrecha, se conserva mucho mayor tiempo que la estructura estatal en los pueblos. Se hace ostensible aun después que los pueblos han cambiado de nombre. Únicamente que, alterándose con su sangre, no desaparece, no muere sino con la última parcela de su nacionalidad. El griego moderno se encuentra en este caso; mutilado en grado sumo, despojado de la mejor parte de sus riquezas gramaticales, enturbiado y manchado en su lexicología, empobrecido incluso, a lo que parece, en lo que al número de sonidos se refiere, no ha cesado de conservar su bello original. Es, en cierto modo, en el universo intelectual, lo que es, sobre la Tierra aquel Partenón tan degradado, que, luego de servir de iglesia a los Popes, y después de convertido más tarde en polvorín, de haber estallado en mil sitios diferentes de su frontón y de sus columnas bajo los proyectiles venecianos de Morosini, presenta todavía a la admiración de los siglos el adorable modelo de la gracia serena y de la sencilla majestad.

Ocurre también que una perfecta fidelidad a la lengua de los antepasados no está en el carácter de todas las razas. Ahí radica aún otra dificultad más, cada vez que se trata de desentrañar, con ayuda de la filología, ya el origen, ya el mérito relativo de los tipos humanos. No sólo los idiomas están sujetos a alteraciones, cuya causa étnica no es siempre fácil descubrir; también encontramos naciones que, bajo la presión del contacto de las lenguas extranjeras, abandonan la suya. Esto es lo que sobrevino, después de las conquistas de Alejandro, a la parte esclarecida de los pueblos del Asia occidental, tales como los Carios, los Capadocios y los Armenios, y es lo que he señalado también acerca de nuestros Galos. Unos y otros introdujeron, sin embargo, en las lenguas victoriosas un principio extranjero que, al fin, las transfiguró a su vez. Pero, mientras estos pueblos mantenían todavía, aunque de una manera imperfecta, su propio instrumento intelectual; mientras otros, mucho más tenaces, tales como los Vascos, los Bereberes del Atlas, los Ekkhilis de la Arabia meridional, hablan

en nuestros días exactamente como hablaban sus más remotos antepasados, existen grupos, los Judíos, por ejemplo, que no parecen haber tenido nunca ningún apego a ello, y esta indiferencia se manifiesta desde los primeros pasos de la emigración de los favoritos de Dios. Tharé, procedente de Ur de los Caldeos, no había aprendido ciertamente, en el país de sus antepasados, la lengua cananea que llegó a ser la nacional entre los hijos de Israel. Éstos se habían despojado, pues, de su idioma nativo para aceptar otro diferente, el cual, sufriendo algo la influencia de los primeros recuerdos, convirtióse en sus labios en un dialecto particular de aquella lengua muy antigua, madre del árabe más remoto, herencia legítima de las tribus aliadas, de muy cerca, con los Camitas negros. A esta lengua, los Judíos no habían de mostrarse más fieles que a la primera. De vuelta del cautiverio, las bandas de Zorobabel la habían olvidado en las orillas de los ríos de Babilonia, durante su corta estancia de setenta años. El patriotismo, animoso contra el destierro, había conservado su ardor; lo demás fué abandonado con singular facilidad por aquel pueblo a un tiempo celoso de sí mismo y en exceso cosmopolita. En la Jerusalén reconstruída, reapareció la multitud hablando una jerga aramea o caldea que, por lo demás, no carecía de semejanza con el idioma de los padres de Abraham.

En los tiempos de Jesucristo, este dialecto resistía apenas la invasión de un dialecto griego que impregnaba por todos lados la inteligencia judía. No fué, por decirlo así, sino bajo este nuevo ropaje, más o menos elegante y dándoselas más o menos de ático, cómo los escritores judíos de entonces producían sus obras. Los últimos libros canónicos del Antiguo Testamento, como los escritos de Filón y de Josefo, son obras helénicas.

Cuando la destrucción de la ciudad sagrada hubo dispersado la nación, en lo futuro privada de las bondades del Eterno, el Oriente atrajo de nuevo la inteligencia de sus hijos. La cultura hebraica rompió con Atenas lo mismo que con Alejandría, y la lengua, las ideas del Talmud, las enseñanzas de la Escuela de Tiberiades fueron de nuevo semíticas, algunas veces árabes y a menudo cananeas, para emplear la expresión de Isaías. Hablo de la lengua desde entonces sagrada, de la de los rabinos, de la religión, de aquella que antaño era considerada como nacional. Mas, para el comercio de la vida, los Judíos emplearon los idiomas de los países a los cuales se vieron trasladados. Es de notar además que en todas partes estos emigrados se distinguieron por su acento particular. La lengua que habían adoptado y aprendido desde la más tierna infancia no logró nunca suavizar su órgano vocal. Esta observación confirma lo que dice Guillermo de Humboldt de que existe una relación tan íntima entre la raza y la lengua, que a su juicio las nuevas generaciones no se acostumbran a pronunciar bien los vocablos que no conocieron sus antepasados.

Sea lo que fuere, he aquí, respecto de los Judíos, una prueba manifiesta de esta verdad, según la cual no cabe siempre, a primera vista, establecer una concordancia exacta entre una raza y la lengua de que está en posesión, atendido que esta lengua puede no haberle pertenecido originariamente. Después de los Judíos, podría citar aún el ejemplo de los Zíngaros y de muchos otros pueblos.

Vemos con qué prudencia conviene basarse en la afinidad y aun en la similitud de lenguas para arriesgarse a sostener la identidad de razas,

puesto que no sólo numerosas naciones no emplean más que lenguas alteradas cuyos principales elementos no fueron aportados por ellas, sino también que muchas otras adoptaron lenguas completamente extranjeras, en cuya confección apenas contribuyeron. Este último hecho es sin duda más raro. Incluso se presenta como una anomalía. Basta, sin embargo, que pudiese tener lugar, para que debamos ponernos en guardia contra un género de pruebas sujetas a tales desviaciones. De todos modos, como el hecho es anormal, puesto que no se descubre tan frecuentemente como el hecho opuesto, es decir, la conservación secular de idiomas nacionales por muy débiles grupos humanos; como que se ve también hasta qué punto las lenguas se parecen al genio particular del pueblo que las crea, y hasta qué punto se alteran precisamente en la medida en que la sangre del pueblo se modifica; como que el papel que desempeñan en la formación de sus derivados es proporcional a la influencia numérica de la raza que las aporta en la nueva mezcla, todo da derecho a concluir que un pueblo no puede poseer una lengua que valga más que él, a menos de mediar razones especiales. Y como no se insistirá nunca demasiado sobre este punto, voy a hacer resaltar la evidencia de ello con una nueva especie de demostración.

Se ha visto ya que, en una nación esencialmente compuesta, la civilización no existe para todas las capas sucesivas. Al mismo tiempo que las antiguas causas étnicas prosiguen su labor en la parte superior de la escala social, no admiten o no dejan penetrar sino débilmente en ella y de una manera enteramente transitoria, las influencias del genio nacional dirigente. Hace un momento apliqué este principio a Francia, y dije que, sobre sus 36 millones de habitantes, había, por lo menos, 20 que no tomaban más que una participación forzada, pasiva, temporal, en el desenvolvimiento civilizador de la Europa moderna. Excepto la Gran Bretaña, apoyada en una mayor unidad en sus tipos, consecuencia de su aislamiento insular, esa triste proporción resulta todavía más considerable en el resto del continente. Ya que antes he escogido a Francia como ejemplo, a él me atengo, y creo encontrar que mi opinión sobre el estado étnico de este país, y la que acabo de exponer acerca de todas las razas en general, en cuanto a la perfecta concordancia del tipo y de la lengua, se ven una y otra confirmadas de una manera impresionante.

Sabemos poco o, para expresarnos mejor, ignoramos, pruebas en mano, por qué fases han debido pasar al comienzo el céltico y el latín rústico antes de aproximarse y de acabar por confundirse. San Jerónimo y su contemporáneo Sulpicio Severo nos enteran, sin embargo — el primero, en sus *Comentarios* sobre la Epístola de san Pablo a los Galateos; el segundo, en su *Diálogo sobre los méritos de los monjes de Oriente* —, de que, en su tiempo, se hablaban al menos dos lenguas vulgares en la Galia: el *céltico*, conservado tan puro en las orillas del Rin, que el lenguaje de los Galogriegos, alejados hace seis siglos de la madre patria, se asemeja de todo punto a él; después el que se denominó el *galo*, y que, en opinión de un comentarista, no podía ser más que un romance ya alterado. Pero este galo, distinto del que se hablaba en Treves, no era tampoco la lengua del Oeste ni la de Aquitania. Ese dialecto del siglo IV, probablemente dividido en dos grandes partes, no se encuentra, pues, más que en el Centro y el

Mediodía de la Francia actual. Es a esa fuente común a la que hay que atribuir las corrientes, diferentemente latinizadas, que formaron más tarde, con otras mezclas y en proporciones diversas, la lengua de *oil* y el romance propiamente dicho. Hablaré primero de este último.

Para dar origen a éste, sólo era cuestión de crear una alteración bastante fácil de la terminología latina, modificada por cierto número de ideas gramaticales tomadas al céltico y a otras lenguas antaño desconocidas en el Oeste de Europa. Las colonias imperiales habían aportado gran número de elementos italianos, africanos, asiáticos. Las invasiones borgoñonas, y sobre todo las góticas, proporcionaron una nueva aportación dotada de una gran vivacidad de armonía, de sonidos amplios y brillantes. Las irrupciones sarracenas fortalecieron su poderío. De suerte que el romance, distinguiéndose completamente del galo, en cuanto a su euritmia, revistió pronto un sello muy especial. Sin duda, éste no lo encontramos perfecto en la fórmula de juramento de los hijos de Luis el Apacible, como más tarde en las poesías de Raimbaud de Vachères o de Bertrand de Born. Con todo, se le reconoce ya por lo que es, sus caracteres aparecen ya destacados, y su dirección está netamente determinada. A partir de entonces, resultó de veras, en sus diferentes dialectos lemosín, provenzal, auverniano, la lengua de un pueblo tan mezclado de origen como no lo haya habido nunca en el mundo. Aquella lengua flexible, fina, espiritual, burlona, llena de brillo, pero sin profundidad, sin filosofía, oropel y no oro, no pudo, en ninguna de las opulentas minas que le fueron abiertas, sino recoger migajas en la superficie.

Como carecía de principios serios, no había de pasar de instrumento de universal indiferencia y, por consiguiente, de escepticismo y de burla. Y no falló a esta vocación. La raza no se preocupaba sino de los placeres y de los brillantes atuendos. Valiente en exceso, alegre hasta el arrebato, apasionada sin motivo y firme sin convicción, encontró en su lengua un instrumento adecuado a sus inclinaciones, y que, por lo demás, con ser objeto de la admiración de Dante, no sirvió nunca, en poesía, sino para rimar sátiras, canciones amorosas, desafíos bélicos, y, en religión, para sostener herejías como la de los Albigenses, maniqueísmo licencioso, exento incluso de valor literario, y del que un autor inglés, poco católico, felicitó al papado por haber librado de él a la Edad Media (1). Tal fué, antaño, la lengua romance, y tal la encontramos hoy todavía. Es bonita, pero no es bella, y basta examinarla para ver cuán poco responde a los intereses de una gran civilización.

¿Se formó la lengua de *oil* en condiciones parecidas? El examen probará que no, y, de cualquier manera que haya tenido lugar la fusión de los elementos céltico, latino y germánico — lo cual no puede apreciarse perfectamente por falta de monumentos pertenecientes al período de creación —, resulta por lo menos demostrado que nació de un franco antagonismo entre tres idiomas diferentes, y que el producto representado por ella debía de estar provisto de un carácter y de un fondo de energía enteramente extraños a las numerosas concesiones y transacciones harto flojas de que había salido el romance. Esta lengua de *oil* estuvo, en un momento de su vida, bastante identificada con los principios germánicos. En los restos, escritos, llegados hasta nosotros, descubrimos uno de los mejores caracteres de las len-

(1) Macaulay, *History of England,* t. I, p. 18.

guas arianas: es el poder, limitado, es cierto, menos grande que en el sánscrito, el griego y el alemán, pero todavía considerable, de formar vocablos compuestos. Se reconoce en ellos, por lo que a los nombres se refiere, flexiones indicadas por afijos, y, como consecuencia, una facilidad de inversión perdida para nosotros, y de la que la lengua francesa del siglo XVI, que se la había asimilado imperfectamente, no gozaba sino a expensas de la claridad del discurso. Su lexicología contenía igualmente numerosos elementos aportados por la lengua franca. Así, la lengua de *oil* empezó por ser casi tan germánica como gala, y el céltico aparecía en ella en segundo plano, como obedeciendo quizá a razones melódicas del lenguaje. El más bello elogio que quepa hacer de ella se encuentra en el excelente resultado del ingenioso ensayo de M. Littré, quien logró traducir, literalmente y verso por verso, en francés del siglo XIII, el primer canto de «La Ilíada», alarde irrealizable con el francés de nuestros días.

Esta lengua así dibujada pertenecía evidentemente a un pueblo que ofrecía gran contraste con los habitantes del Sur de la Galia. Más profundamente apegado a las ideas católicas, aportando en la política nociones vivas de independencia, de libertad, de dignidad, y en todas sus instituciones una investigación muy caracterizada de lo útil, la literatura popular de esa raza tuvo por misión recoger, no las fantasías del espíritu o del corazón, ni las ocurrencias de un escepticismo universal, sino los anales nacionales, tal como entonces se les concebía o se les juzgaba verídicos. A esta gloriosa disposición de la nación y de su lengua debemos las grandes composiciones rimadas, sobre todo Garin le Loherain, testimonio, repudiado más tarde, del predominio del Norte. Desgraciadamente, como los compiladores de estas tradiciones, y aun sus primeros autores, tenían ante todo la intención de conservar hechos históricos o de ponerse al servicio de pasiones positivas, la poesía propiamente dicha, el amor de la forma y la búsqueda de lo bello no ocupan siempre bastante espacio en sus grandes narraciones. La literatura de la lengua de *oil* tuvo, ante todo, la pretensión de ser utilitaria. Y en eso la raza, el lenguaje y los escritos andan de perfecto acuerdo.

Mas, era natural que el elemento germánico, mucho menos abundante que el fondo galo y que la mixtura romana, perdiese poco a poco terreno en la sangre. Al mismo tiempo, lo perdió en la lengua, con lo que el céltico de una parte, y el latín de otra, ganaron a medida que aquélla retrocedió. Esta bella y sólida lengua, de la que apenas conocemos el apogeo y que se hubiera aún perfeccionado de haber seguido su vía, empezó a decaer y a corromperse hacia fines del siglo XIII. En el siglo XV no era ya más que una jerga de la que los elementos germánicos habían desaparecido completamente. Lo que subsistía de aquel tesoro disipado, resultaba algo así como una anomalía a través de los progresos del céltico y del latín, y no ofrecía sino un aspecto ilógico y bárbaro. En el siglo XVI, el retorno de los estudios clásicos encontró el francés en aquel estado de descomposición, y quiso adueñarse de él para perfeccionarlo en el sentido de las lenguas antiguas. Tal fué el objetivo declarado de los literatos de aquella bella época. De la empresa no lograron salir muy airosos, y el siglo XVII, más cuerdo, o dándose cuenta de que no podían dominar la fuerza irresistible de las cosas, no se dedicó sino a mejorar, por sí misma, una lengua que cada vez

más se inclinaba hacia las formas más naturales de la raza predominante, es decir, hacia aquellas que constituyeron en otro tiempo la vida gramatical del céltico.

Aun cuando la lengua de *oil*, primero, y la francesa, después, como consecuencia de la mayor simplicidad de las mezclas de razas y de idiomas de que habían surgido, ofrezcan un carácter mayor de unidad que el romance, ambas han tenido, sin embargo, dialectos que se mantienen todavía bastante vivos. No es un honor excesivo para estas formas el calificarlas de dialectos y no de jergas. Su razón de ser no radica en la corrupción del tipo dominante del que ellas fueron por lo menos contemporáneas, sino que reside en la diferente proporción de los elementos céltico, romano y germánico que constituyeron o constituyen todavía nuestra nacionalidad. Aquende el Sena, el dialecto picardo resulta, por la euritmia y la lexicología, asimilado de muy cerca al flamenco, cuyas afinidades germánicas son tan evidentes que no hay necesidad de señalarlas. En esto, el flamenco se ha mantenido fiel a las predilecciones de la lengua de *oil*, que, en un momento dado, y sin dejar de ser lo que era, pudo admitir, en los versos de un poema, las formas y expresiones casi puras de la lengua hablada en Arras.

A medida que se avanza más allá del Sena y hasta el Loira, los idiomas provinciales acusan cada vez más la naturaleza céltica. En el borgoñón, en los dialectos del país de Vaud y de la Saboya, la misma lexicología — hecho muy digno de observación — ha conservado de ello numerosas huellas, que no se encuentran en el francés, en el cual domina generalmente el latín rústico.

En otro sitio he señalado cómo, a partir del siglo XV, la influencia del Norte de Francia cedió ante la creciente preponderancia de las razas de allende el Loira. Basta comparar lo que digo aquí, respecto al lenguaje, con lo que dije entonces de la sangre, para ver cuán estrecha es la relación entre el elemento físico y el instrumento fonético de la individualidad de un pueblo (1).

Me he extendido algo sobre un hecho peculiar de Francia. Si se desea generalizarlo a toda Europa, no se verá apenas desmentido. Por doquier se notará que las modificaciones y cambios sucesivos de un idioma no son, como comúnmente se dice, obra de los siglos: si así fuese, el ekkhili, el bereber, el éuskaro, el bajo-bretón, hubieran desaparecido tiempo ha, y aun viven. Modificaciones y cambios son traídos, con un paralelismo muy singular, por las revoluciones sobrevenidas en la sangre de las generaciones sucesivas.

No pasaré tampoco en silencio un detalle que debe encontrar aquí su explicación. He expuesto cómo ciertos grupos étnicos podrán, bajo el imperio de una aptitud y de necesidades particulares, renunciar a su idioma natural para adoptar otro que era para ellos más o menos extraño. He citado a los Judíos, a los Parsis. Existen ejemplos todavía más singulares de este abandono. Vemos a pueblos salvajes en posesión de lenguas superiores a ellos mismos, y es América la que nos ofrece este espectáculo.

Aquel continente tuvo la extraña suerte de que sus pueblos más activos se hubiesen desarrollado, por decirlo así, en secreto. El arte de la escritura

(1) Pott, *Encycl.* Erchs und Grüber, p. 66.

fué desconocido de sus civilizaciones. Los tiempos históricos no empiezan allí hasta muy tarde, para permanecer casi siempre oscuros. El suelo del nuevo mundo posee gran número de tribus que, no obstante su vecindad, se parecen poco, aunque todas pertenezcan a orígenes comunes diversamente combinados.

M. d'Orbigny nos dice que, en la América Central, el grupo que él denomina *Rama Chiquita* es un compuesto de naciones, la mayor de las cuales cuenta alrededor de quince mil almas, y, las menos pobladas, entre trescientos y cincuenta miembros, y que todas esas naciones, incluso las infinitamente pequeñas, poseen idiomas distintos. Tal estado de cosas no puede ser debido más que a una inmensa anarquía étnica.

En esta hipótesis, no me extraña en modo alguno ver a muchos de esos pueblos, como los Chiquitos, dueños de una lengua complicada y, a lo que parece, bastante sabia. Entre estos indígenas, las palabras de que se sirve el hombre no son siempre las mismas de que se sirve la mujer. En todos los casos, el hombre, cuando emplea las expresiones de la mujer, modifica las respectivas desinencias. Esto es sin duda muy refinado. Desgraciadamente, al lado de ese lujo lexicológico, el sistema de numeración se limita a los números más elementales. Muy probablemente, en una lengua al parecer tan trabajada, aquel rasgo de indigencia no es más que el efecto de la labor destructora de los siglos, secundada por la barbarie de los actuales posesores. Observando esas extravagancias, recordamos involuntariamente aquellos palacios suntuosos, maravillas del Renacimiento, que los efectos de las revoluciones han adjudicado a rústicos aldeanos. La mirada contempla todavía en ellos delicadas columnitas, elegantes follajes, esculpidos pórticos, atrevidas escalinatas, imponentes aristas, lujo inútil a la miseria que mora en ellos, mientras que los tejados derrumbados dejan penetrar la lluvia, y los pavimentos se hunden y la parietaria agrieta los muros por ella invadidos.

Puedo desde ahora dejar sentado que la filología, en sus relaciones con la naturaleza particular de las razas, confirma todas las observaciones de la fisiología y de la historia. Sólo que sus aserciones se distinguen por una extrema delicadeza, y cuando no podemos apoyarnos sino en ellas, nada más aventurado que contentarnos con sus resultados para llegar a una conclusión. Sin duda, sin ningún género de duda, el estado de un lenguaje responde al estado intelectual del grupo que lo habla, pero no siempre a su valor íntimo. Para obtener esta conexión, hay que considerar únicamente la raza por y para la cual este lenguaje ha sido primitivamente creado.

Ahora bien: dejando a un lado la familia negra y algunas tribus amarillas, la historia no parece conducirnos más que a razas cuaternarias a lo sumo. En consecuencia, no nos coloca sino en presencia de idiomas derivados, cuya ley de formación sólo puede precisarse netamente cuando esos idiomas pertenecen a épocas comparativamente recientes. De ello se sigue que los resultados así obtenidos y que tienen constante necesidad de verse históricamente confirmados, no son susceptibles de aportar un género de pruebas muy infalibles. A medida que nos adentramos en la antigüedad y que la luz va extinguiéndose, los argumentos filológicos resultan todavía más hipotéticos. Es enojoso verse reducido a ellos cuando se trata de esclarecer la marcha de una familia humana y de reconocer los

elementos étnicos que la componen. Sabemos que el sánscrito y el zendo son lenguas afines. Es un dato importante. En cuanto a su raíz común, nada nos ha sido revelado. Lo mismo acontece con las otras lenguas más antiguas. Del éuskaro, no conocemos nada más que la propia lengua. Como no se le conoce, hasta el presente, parecido alguno con otra, ignoramos su genealogía, no sabemos si debe considerarse como completamente primitiva o si no hay que ver en él sino un derivado. No puede, pues, darnos a conocer nada de positivo sobre la naturaleza simple o compuesta del grupo que lo habla.

En materia de etnología, es bueno aceptar con gratitud los recursos filológicos. Sin embargo no hay que acogerlos sino con reservas, y, en cuanto sea posible, no fundar nada sobre ellos solos.

Esta regla está dictada por una prudencia necesaria. Empero, todos los hechos que acabamos de revisar establecen que, en su origen, la identidad se halla por entero entre el mérito intelectual de una raza y el de su lengua natural y propia; que las lenguas son, por consiguiente, desiguales en valor y en influencia; que sus modificaciones no provienen sino de mezclas con otros idiomas, como las modificaciones de razas; que sus cualidades y méritos se absorben y desaparecen, absolutamente como la sangre de las razas, en una inmersión demasiado considerable de elementos heterogéneos; en fin, que, cuando una lengua de casta superior es hablada por un grupo humano indigno de ella, no deja de decaer y de mutilarse. Si, pues, es difícil, en un caso particular, establecer, a primera vista, el valor de un pueblo partiendo del valor de la lengua de que se sirve, no por eso es menos incuestionable que, en principio, es lícito hacerlo. Establezco, pues, este axioma general:

La jerarquía de las lenguas corresponde rigurosamente a la jerarquía de las razas.

CAPÍTULO XVI

Recapitulación; caracteres respectivos de las tres grandes razas; efectos sociales de las mezclas; superioridad del tipo blanco y, dentro de este tipo, de la familia ariana

He mostrado el lugar reservado que ocupa nuestra especie en el mundo orgánico. Se ha podido ver que de todas las otras clases de seres vivientes la separan profundas diferencias físicas y diferencias morales no menos acusadas. Colocada así aparte, la he estudiado en sí misma, y la fisiología, aunque incierta en sus vías, poco segura en sus medios y defectuosa en sus métodos, me ha permitido, sin embargo, distinguir tres grandes tipos netamente diferentes: el negro, el amarillo y el blanco.

La variedad melania es la más humilde y yace en lo más bajo de la escala. El carácter de animalidad impreso en la forma de su pelvis le impone su destino, a partir del momento de la concepción. Nunca saldrá del círculo intelectual más restringido. Ese negro de frente estrecha y huidiza, no es, sin embargo, un bruto puro y simple que ofrece, en la parte media de

su cráneo, los indicios de ciertas energías groseramente poderosas. Si sus facultades pensantes son mediocres o incluso nulas, posee, en cambio, en el deseo y, por consiguiente, en la voluntad, una intensidad a menudo terrible. Varios de sus sentidos se han desarrollado con un vigor desconocido en las otras dos razas: el gusto y el olfato sobre todo.

Pero en esto, principalmente, en la avidez misma de sus sensaciones, se encuentra el sello manifiesto de su inferioridad. Todos los alimentos se le antojan buenos, ninguno le repugna. Lo que desea es comer, comer con exceso, con furor; no hay repugnante carroña indigna de ser engullida por él. Lo mismo le pasa con los olores, y su sensualidad tolera no sólo los más ingratos, sino también los más repulsivos. A estos rasgos principales de carácter junta una instabilidad de humor, una variabilidad de sentimientos que nada puede fijar, y que anula, para él, lo mismo la virtud que el vicio. Se dirá que la misma exaltación con que persigue el objeto que ha puesto en vibración su sensibilidad e inflamado su codicia, es garantía del pronto apaciguamiento de la primera y del rápido olvido de la segunda. En fin, siente igualmente escaso apego a su vida y a la ajena; mata gustosamente por matar, y esta máquina humana, tan fácil de emocionar, se muestra, ante el sufrimiento, o de una cobardía que apela fácilmente a la muerte, o de una impasibilidad monstruosa.

La raza amarilla resulta ser la antítesis de ese tipo. El cráneo, en vez de ser echado hacia atrás, se inclina precisamente hacia adelante. La frente, ancha, huesuda, a menudo saliente, desarrollada en altura, pesa sobre una faz triangular, en la que la nariz y el mentón no muestran ninguno de los salientes groseros y rudos que distinguen al negro. Una tendencia general a la obesidad no es un rasgo verdaderamente propio de ella, aunque se encuentra con más frecuencia en las tribus amarillas que en las otras variedades. Escaso vigor físico, propensión a la apatía. En lo moral, ninguno de esos extraños excesos, tan comunes en los Melanios. Deseos débiles, una voluntad más bien obstinada que extrema, un gusto perpetuo pero apacible por los goces materiales; con una rara glotonería, se muestra más exigente que los negros en los alimentos destinados a satisfacerla. En todo, tendencia a la mediocridad; comprensión bastante fácil de lo que no es ni demasiado elevado ni demasiado profundo; amor a lo útil, respeto de la regla, conciencia de las ventajas de ciertas dosis de libertad. Los amarillos son gente práctica en el sentido estricto de la palabra. No sueñan, no aman las teorías, inventan poco, pero son capaces de apreciar y adoptar lo que sirve. Sus deseos se limitan a vivir lo más tranquila y cómodamente posible. Se ve que son superiores a los negros. La raza amarilla posee un populacho y una pequeña burguesía que todo civilizador desearía escoger como base de su sociedad; no es, sin embargo, el elemento adecuado para crear esa sociedad ni darle nervio, belleza y espíritu de acción.

Vienen ahora los pueblos blancos. Energía reflexiva, o, por mejor decir, una inteligencia enérgica; conocimiento de lo útil, pero en un sentido de la palabra muchísimo más amplio, más elevado, más animoso, más ideal que en las naciones amarillas; una perseverancia que se da cuenta de los obstáculos y encuentra, a la larga, los medios de salvarlos; junto con una mayor energía física, un instinto extraordinario del orden, no ya sólo como garantía de reposo y de paz, sino como medio indispensable de conser-

vación, y, al mismo tiempo, un gusto pronunciado por la libertad, incluso extrema; una hostilidad manifiesta contra aquella organización formalista en la cual se adormecen de buen grado los Chinos, así como contra el altanero despotismo, único freno eficaz entre los pueblos negros.

Los blancos se distinguen también por un amor singular de la vida. Parece que, sabiendo gustar mejor de ella, le atribuyen más valor, y la respetan más, en sí mismos y en los otros. Su crueldad, cuando se manifiesta, tiene conciencia de sus excesos, sentimiento muy problemático en los negros. Al mismo tiempo, esta vida, que tan admirablemente saben llenar y que consideran tan preciosa, no vacilan en sacrificarla sin murmurar en aras de un ideal o de un principio. El primero de estos móviles es el honor, que, bajo nombres más o menos análogos, ha ocupado un lugar enorme en las ideas, desde el origen de la especie. No necesito añadir que el vocablo *honor* y la noción civilizadora que encierra son igualmente desconocidos de los amarillos y de los negros.

Para terminar el cuadro, añadiré que la inmensa superioridad de los blancos, en la esfera total de la inteligencia, se asocia a una inferioridad no menos manifiesta en la intensidad de las sensaciones. El blanco está mucho menos dotado que el negro y el amarillo desde el punto de vista sensual. Se siente así menos solicitado y menos absorbido por la acción corporal, aunque su estructura sea notablemente más vigorosa.

Tales son los tres elementos constitutivos del género humano, los que he llamado tipos secundarios, ya que he creído deber dejar al margen de la discusión al individuo adamita. De la combinación de las variedades de cada uno de esos tipos, enlazándose entre sí, han salido los grupos terciarios. Las cuartas formaciones han nacido del enlace de uno de esos tipos terciarios o de una tribu pura con otro grupo perteneciente a una o dos especies extrañas.

Por encima de esas categorías, otras se han manifestado y se manifiestan cada día. Unas, muy caracterizadas, formando nuevas originalidades diferentes, puesto que provienen de fusiones definitivas; otras, incompletas, desordenadas y, cabe decir, antisociales, puesto que sus elementos, ya demasiado dispares, ya harto numerosos e ínfimos, no han tenido ni tiempo ni modo de penetrarse de una manera fecunda. A la multitud de todas estas razas mestizas tan abigarradas que componen ahora la humanidad entera, no cabe asignar otros límites que la posibilidad pavorosa de combinaciones de números.

Sería inexacto pretender que todas las mezclas son malas y dañosas. Si los tres grandes tipos, permaneciendo estrictamente separados, no se hubiesen unido entre sí, sin duda la supremacía habría sido siempre retenida por las tribus blancas más bellas, y las variedades amarillas y negras se hubieran arrastrado eternamente a los pies de las naciones más insignificantes de aquella raza. Es un estado en cierto modo ideal, que la Historia no ha conocido. No podemos imaginarlo sino reconociendo el incuestionable predominio de aquellos grupos nuestros que se han conservado más puros.

Pero todo no hubiera sido ganancia en una situación semejante. La superioridad relativa, al persistir de una manera más evidente, no hubiese andado — hay que reconocerlo — acompañada de ciertas ventajas producidas por las mezclas, y que, aunque no contrabalanceen, ni de mucho,

la suma de sus inconvenientes, no resultan menos dignas de ser a veces aplaudidas. Así el genio artístico, igualmente extraño a los tres grandes tipos, no surgió sino a raíz del enlace de los blancos con los negros. Así también, gracias al nacimiento de la variedad malaya, surgió de las razas amarillas y negras una familia más inteligente que tales razas, y de la alianza amarilla y blanca surgieron asimismo tipos intermedios muy superiores a los pueblos puramente fineses así como a las tribus melanias.

No lo niego: son todos estos excelentes resultados. El mundo de las artes y de la noble literatura resultante de las mezclas de la sangre, las razas inferiores mejoradas, ennoblecidas, son otras tantas maravillas ante las cuales hay que aplaudir. Los pequeños han sido elevados. Desgraciadamente, los grandes, por efecto de lo mismo, han sido empequeñecidos, y es un mal que nada compensa ni repara. Puesto que enumero todo lo que resulta favorable a las mezclas étnicas, añadiré todavía que a ellas se debe no poco el refinamiento de las costumbres y de las creencias, y sobre todo la moderación de las pasiones e inclinaciones. Pero se trata de beneficios transitorios, y si bien reconozco que el mulato, del que cabe hacer un abogado, un médico, un comerciante, vale más que su antepasado negro, enteramente inculto e inútil, debo confesar también que los Brahmanes de la India primitiva, los héroes de *La Ilíada*, los de Schahnameh, los guerreros escandinavos, todos ellos fantasmas gloriosísimos de las razas más bellas, hoy desaparecidas, ofrecían una imagen más brillante y más noble de la humanidad; eran sobre todo agentes de civilización y de grandeza más activos, más inteligentes, más seguros que los pueblos mestizos, cien veces mestizos, de la época actual, y, sin embargo, ya no eran puros.

Sea lo que fuere, el estado complejo de las razas humanas es el estado histórico, y una de las principales consecuencias de esta situación ha sido hundir en el desorden una gran parte de los caracteres primitivos de cada tipo. Se ha visto, a consecuencia de enlaces multiplicados, no sólo disminuir en intensidad las prerrogativas, sino también separarse, dispersarse y formar a menudo contraste. La raza blanca poseía originariamente el monopolio de la belleza, de la inteligencia y de la fuerza. A raíz de sus uniones con las otras variedades, aparecieron mestizos bellos pero carentes de vigor, fuertes pero desprovistos de inteligencia, y si inteligentes sumamente feos y débiles. Ocurrió también que la mayor abundancia posible de sangre blanca, cuando se acumulaba, no de un solo golpe, sino por capas sucesivas, en una nación, no le aportaba ya sus prerrogativas naturales. A menudo no hacía más que aumentar la confusión ya existente en los elementos étnicos y no parecía conservar de su cualidad nativa sino una gran fuerza en la fecundación del desorden. Esta aparente anomalía se explica fácilmente, puesto que cada grado de mezcla perfecta produce, además de una alianza de elementos diversos, un tipo nuevo, un desarrollo de facultades particulares. Tan pronto como a una serie de creaciones de este género vienen a juntarse todavía otros elementos, la dificultad de armonizar el todo crea la anarquía, y cuanto más aumenta esta anarquía, más pierden en mérito las más ricas y felices aportaciones, y, por el solo hecho de su presencia, aumentan un mal que se ven incapaces de calmar. Si, pues, las mezclas son, dentro de cierto límite, favorables a la masa de la humanidad, y la mejoran y ennoblecen, no es sino a expensas de esta misma

humanidad, puesto que la rebajan, la enervan, la humillan, la decapitan en sus más nobles elementos, y cuando incluso se quisiera admitir que es mejor transformar en hombres mediocres a miríadas de seres ínfimos que conservar razas de príncipes cuya sangre, subdividida, empobrecida, adulterada, se convierte en el elemento envilecido por semejantes metamorfosis, subsistiría aún el infortunio de que las mezclas no se interrumpen; que los hombres mediocres, no ha mucho formados a expensas de lo que era grande, se unen a nuevas mediocridades, y que de estas uniones, cada vez más envilecidas, nace una confusión que, semejante a la de Babel, conduce a la más completa impotencia, y lleva a las sociedades a la nada, para la que no hay remedio alguno.

Es esto lo que nos enseña la Historia. Ésta nos muestra que toda civilización proviene de la raza blanca, que ninguna puede existir sin el concurso de esta raza, que una sociedad no es grande y brillante sino en el grado en que conserva al noble grupo que la creara, y en que este mismo grupo pertenece a la rama más ilustre de la especie. Para exponer estas verdades a plena luz, basta enumerar y luego examinar las civilizaciones que han reinado en el mundo, cuya lista no es por cierto muy larga.

Del seno de esta multitud de naciones desaparecidas o todavía existentes, únicamente diez se elevaron al estado de sociedades completas. El resto, más o menos independiente, gravita a su alrededor como los planetas en torno a sus soles. Si en esas diez civilizaciones se encuentra, sea un elemento de vida extraño a la impulsión blanca, sea un elemento de muerte que no provenga de las razas anexionadas a los civilizadores, o del hecho de los desórdenes introducidos por las mezclas, es evidente que toda la teoría expuesta en estas páginas es falsa. Si, por el contrario, las cosas resultan tal como las expongo, la nobleza de nuestra especie queda demostrada de la manera más irrefragable, y ya no hay medio de impugnarla. Es ahí donde se encuentran, pues, a un tiempo, la sola confirmación suficiente y el detalle deseable de las pruebas del sistema. Es ahí únicamente donde se puede seguir, con suficiente exactitud, el desarrollo de esta afirmación fundamental, según la cual los pueblos no degeneran sino por efecto y en proporción de las mezclas que experimentan, y en la medida de la calidad de estas mezclas; que, cualquiera que sea esta medida, el golpe más rudo con que quepa hacer vacilar la vitalidad de una civilización, estriba en que los elementos reguladores de las sociedades y los elementos desarrollados por los hechos étnicos alcancen aquel grado de multiplicidad en el cual es imposible que se armonicen y tiendan de una manera sensible hacia una homogeneidad necesaria, y, por consiguiente, lleguen a poseer, con una lógica común, aquellos instintos y aquellos intereses comunes, solas y únicas razones de ser de un lazo social. No hay mayor azote que este desorden, pues, por malo que resulte así el tiempo presente, prepara un porvenir todavía peor.

Para proceder a estas demostraciones, voy a abordar la parte histórica de mi estudio. Es una tarea vasta, lo reconozco; sin embargo, se presenta tan reciamente encadenada en todas sus partes, y, aquí, tan concordante, convergiendo tan estrictamente hacia el mismo objetivo, que, lejos de sentirse embarazada con su grandeza, paréceme que saca de ella una poderosa ayuda para mejor establecer la solidez de los argumentos que voy a re-

coger. Me será preciso, sin duda, recorrer, con las emigraciones blancas, gran parte de nuestro Globo. Pero será siempre irradiando alrededor de las regiones de la Alta Asia, punto central de donde la raza civilizadora descendió primitivamente. Tendré que introducir, una tras otra, en la esfera de la Historia, regiones que, una vez incorporadas a ella, no cabrá ya echar a un lado. Aquí veré desplegarse, con todas sus consecuencias, las leyes étnicas y su combinación. Observaré con qué inexorable y monótona regularidad imponen su aplicación. Del conjunto de esta visión, a buen seguro muy imponente; del aspecto de este panorama animado que abraza, dentro de su inmenso marco, a todos los países de la Tierra en los cuales el hombre se mostró verdaderamente dominador; en fin, de este concurso de cuadros igualmente impresionantes y grandiosos, sacaré, para establecer la desigualdad de las razas humanas y la preeminencia de una sola sobre todas las demás, pruebas incorruptibles como el diamante, y en las cuales el diente viperino de la idea demagógica no podrá morder. Voy, pues, a abandonar aquí la forma de la crítica y del razonamiento, para adoptar la de la síntesis y de la afirmación. No me queda más que dar a conocer bien el terreno sobre el cual me establezco. Seré breve.

He dicho que las grandes civilizaciones humanas no son sino en número de diez y que todas se deben a la iniciativa de la raza blanca. Hay que poner al comienzo de la lista:

I. La civilización hindú. Se extendió por el mar de las Indias, hacia el Norte y el Este del continente asiático, más allá del Brahmaputra. Su hogar se encontraba en una rama de la nación blanca de los Arios.

II. Vienen luego los Egipcios. Alrededor de ellos se agrupan los Etíopes, los Nubienses, y algunos pequeños pueblos que habitan al Oeste del oasis de Ammon. Una colonia ariana de la India, establecida en lo alto del valle del Nilo, creó esta sociedad.

III. Los Asirios, con los cuales se enlazan los Judíos, los Fenicios, los Lidios, los Cartagineses, los Himiaritas, debieron su inteligencia social a aquellas grandes invasiones blancas a las cuales puede conservarse el nombre de descendientes de Cam y de Sem. En cuanto a los Zoroástricos-Iranios que dominaron en el Asia Anterior bajo el nombre de Medos, de Persas y de Bactrianos, eran una rama de la familia aria.

IV. Los Griegos habían surgido del mismo tronco ario, y fueron los elementos semíticos quienes modificaron tal rama.

V. Un parecido de lo que ocurre en Egipto se encuentra en China. Una colonia aria, llegada de la India, aportó allí las luces sociales. Únicamente que en vez de mezclarse, como en las orillas del Nilo, con pueblos negros, se fundió con masas malayas y amarillas, y recibió, además, por el Noroeste, aportaciones bastante numerosas de elementos blancos, igualmente arios, pero no ya hindúes.

VI. La antigua civilización de la península itálica, de donde salió la cultura romana, fué una taracea de Celtas, de Iberos, de Arios y de Semitas.

VII. Las razas germánicas transformaron, en el siglo V, el genio de Occidente. Eran arias.

VIII, IX, X. Bajo estas cifras, clasificaré las tres civilizaciones de América, las de los Alleghanienses, de los Mexicanos y de los Peruanos.

De las siete primeras civilizaciones, que son las del antiguo mundo, seis pertenecen, al menos en parte, a la raza aria, y la séptima, la de Asiria, debe a esa misma raza el renacimiento iranio, que constituyó su más ilustre momento histórico. Casi todo el continente de Europa está ocupado actualmente por grupos en los cuales existe el principio blanco, pero en que predominan los elementos no arios. Nada de verdadera civilización en las naciones europeas, cuando las ramas arias no han dominado.

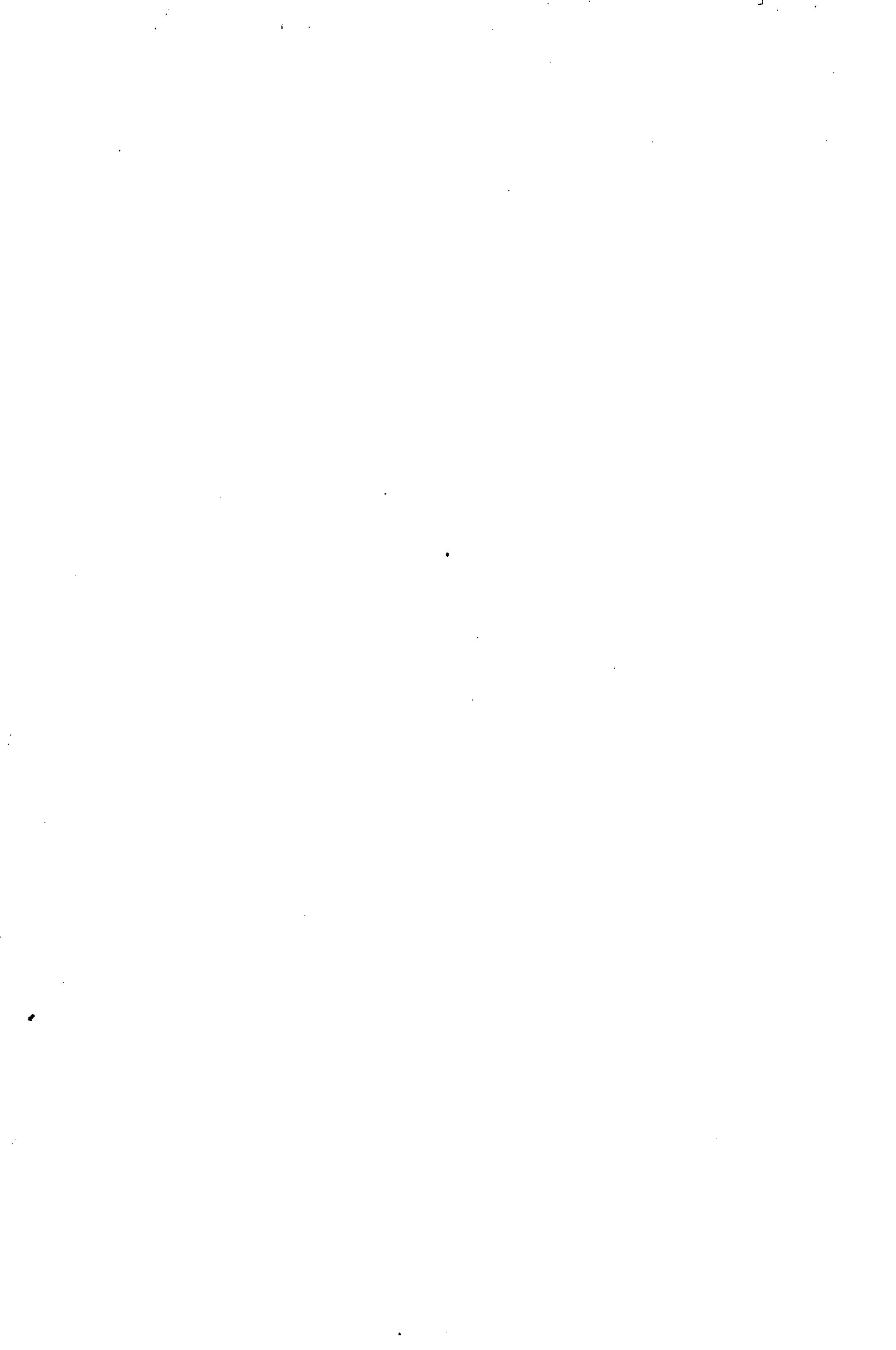
Dentro de las diez civilizaciones, ni una sola raza melania ocupa el rango de los iniciadores. Únicamente los mestizos alcanzan el rango de iniciados.

Igualmente, nada de civilizaciones espontáneas en las naciones amarillas, y completo estancamiento cuando se ha agotado la sangre aria.

He aquí el tema cuyo riguroso desenvolvimiento voy a seguir en los anales universales. La primera parte de mi obra termina aquí.

LIBRO SEGUNDO

Civilización antigua, irradiante del Asia Central hacia el Sudoeste



CAPÍTULO PRIMERO

LOS CAMITAS

Las primeras huellas de la historia cierta se remontan a una época anterior al año 5000 antes de Jesucristo. Hacia aquella fecha, la presencia evidente del hombre empieza a turbar el silencio de los siglos. Se oye el zumbido de los hormigueros de naciones del lado del Asia Inferior. El ruido se prolonga al Sur, en dirección a la península arábiga y al continente africano; mientras que, hacia el Este, partiendo de los altos valles abiertos sobre las vertientes del Bolor (1), repercute, de eco en eco, hasta las regiones situadas a la orilla izquierda del Indo.

Los pueblos que llaman primeramente nuestra atención son de raza negra.

Esta extrema difusión de la familia melania no puede dejar de sorprendernos. No contenta del continente que por entero le pertenece, la vemos, antes del nacimiento de ninguna sociedad, dueña y dominadora absoluta del Asia meridional, y cuando, más tarde, ascenderemos hacia el Polo Norte, descubriremos todavía antiguas tribus de la misma sangre, olvidadas hasta nuestros días en las montañas chinas del Kuen-Lun y más allá de las islas del Japón. Por extraordinario que pueda parecer el hecho, tal fué sin embargo, en los primeros tiempos, la fecundidad de aquella inmensa categoría del género humano (2).

Sea que haya que tenerla por simple o compuesta, sea que se la considere en las regiones abrasadas del Mediodía o en los valles glaciales del Septentrión, no transmite ningún vestigio de civilización, ni presente ni posible. Las costumbres de estas tribus parecen haber sido de las más brutalmente crueles. La guerra de exterminio, he aquí su política; la antropofagía, he aquí su moral y su culto. En ninguna parte se ven ni villas, ni templos, ni nada que revele un sentimiento cualquiera de sociabilidad. Es la barbarie en toda su fealdad, y el egoísmo de los débiles en toda su ferocidad. La impresión que de ello recibieron los observadores primitivos, surgidos de otra sangre, que voy pronto a introducir en la escena, fué por todas partes la misma, mezcla de desprecio, de terror y de repugnancia. Los animales de presa parecían de naturaleza demasiado noble para servir de punto de comparación con aquellas tribus repulsivas.

---

(1) Designo la cordillera que, enlazándose con el Indu-Koh septentrional, remonta al Norte, corta el Thian-Chan y se inclina al Oeste hacia el lago Kabankul. (Ver Humboldt, *Asia central.*)

(2) Ritter, *Erdkunde Asien*; Lassen, *Indische Alterthumskunde.*

Los simios bastaron a sugerirnos la imagen de ellos en lo físico, y en cuanto a lo moral, juzgóse obligado evocar la semejanza de los espíritus de las tinieblas (1).

En la época en que el mundo central, hasta muy lejos hacia el Noroeste, estaba inundado de semejantes tribus, la parte boreal del Asia, las orillas del mar Glacial y Europa, casi en su totalidad, se hallaban en poder de una variedad del todo diferente (2). Era la raza amarilla, que, escapándose del gran continente de América, había avanzado hacia el Este y el Oeste en las orillas de ambos océanos, y se extendía, por un lado, hacia el Sur, donde, por su enlace con la especie negra, dió origen a la populosa familia malaya, y por otro, hacia el Oeste, lo que la condujo a las tierras europeas, todavía desocupadas.

Esta bifurcación de la invasión amarilla demuestra, de una manera evidente, que las oleadas de invasores encontraban, enfrente de ellos, una causa poderosa que les obligaba a dividirse. Hacia las llanuras de la Manchuria se estrellaron contra un dique fuerte y compacto, y hubo de transcurrir mucho tiempo para que pudiesen inundar, a su comodidad, las vastas regiones centrales donde acampan, hoy, sus descendientes. Avanzaron, pues, formando numerosas corrientes, por los flancos del obstáculo, ocupando primero las regiones desiertas, y por este motivo los pueblos amarillos constituyen los primeros pobladores de Europa.

Esta raza sembró sus tumbas y algunos de sus instrumentos de caza y de guerra en las estepas de la Siberia, así como en las selvas escandinavas y en las hornagueras de las islas Británicas (3). A juzgar por la forma de estos utensilios, no cabría considerar a la raza amarilla mucho más favorablemente que a los negros del Sur. No era entonces, en la mayor parte de la Tierra, el genio, ni siquiera la inteligencia, quien empuñaba el cetro. Sólo la violencia, la más débil de las fuerzas, poseía la dominación.

¿Cuánto tiempo duró ese estado de cosas? En un sentido, la respuesta es fácil: este régimen se prolonga todavía doquiera que las especies negra y amarilla han permanecido en el estado terciario. Esta historia antigua no es nada especulativa. Puede servir de espejo al estado contemporáneo de una parte considerable del Globo. Mas eso de determinar cuándo empezó la barbarie, rebasa las facultades de la ciencia. Por su misma naturaleza la barbarie es negativa, puesto que permanece sin influencia. Vegeta inadvertida, y su existencia no puede comprobarse sino el día en que una fuerza de naturaleza opuesta se presenta para combatir contra ella. Ese día fué el de la aparición de la raza blanca en medio de los negros. Sólo a partir de este momento podemos entrever una aurora proyectándose por encima del caos humano. Retrocedamos, pues, hacia los orígenes de la familia selecta, a fin de recoger sus primeros destellos.

Esta raza no parece ser menos antigua que las otras dos. Antes de sus invasiones, vivía en silencio, preparando los destinos humanos y desarrollándose, para la gloria del planeta, en una parte de nuestro Globo que más tarde ha vuelto a hundirse en la oscuridad.

Entre los dos mundos del Norte y del Sur, y, para valerme de la expresión

(1) *Deuteron.*, II, 9.
(2) Ewald, *Ueber die Sahosprache in Æthiopien.*
(3) Prichard, *Histoire naturelle de l'homme* (trad. de M. Roulin), t. I, p. 259.

hindú, entre el país del Mediodía, región de la muerte, y el país septentrional, región de las riquezas (1), existe una serie de mesetas que parecen aisladas del resto del Universo, de un lado por montañas de una altitud incomparable, de otro por desiertos de nieve y un mar de hielo (2).

Allí un clima duro y severo parecería especialmente propio para la educación de las razas fuertes, si hubiese educado o transformado a varias. Vientos helados y violentos, cortos veranos, largos inviernos; en una palabra, mayor cantidad de males que de bienes, nada de lo que se cree propio para excitar, desarrollar, crear el genio civilizador: he aquí el aspecto de esta tierra. Pero, al lado de tanta rudeza, y como un verdadero símbolo de los méritos secretos de toda austeridad, el suelo oculta inmensas riquezas minerales. Este temible país es, por excelencia, el país de las riquezas, de las piedras finas (3). En sus montañas abundan los animales de pieles y lanas preciosas, y el musgo, ese producto tan caro a los asiáticos, hubo, un día, de salir de allí. Tantas maravillas resultan sin embargo inútiles cuando no hay unas manos hábiles para descubrirlas y darles valor.

Mas no eran ni el oro, ni los diamantes, ni las pieles, ni el musgo, de lo que aquellas regiones debían sacar su gloria; su incomparable honor, estriba en haber criado la raza blanca.

Diferente, a la vez, de los salvajes negros del Sur y de los bárbaros amarillos del Norte, esta variedad humana, encerrada, en sus comienzos, en la parte del mundo más reducida y menos fértil, debía evidentemente conquistar el resto, si entraba en los designios de la Providencia el que este resto fuese nunca realzado. Semejante esfuerzo rebasaba en demasía las facultades de las miserables multitudes dueñas de todo. La tarea parece por lo demás tan difícil, aun para los blancos, que cinco mil años no han bastado todavía para su total realización.

La familia predestinada, así como las otras dos a su servicio, no puede ser sino muy oscuramente definida. Por doquier mostró grandes semejanzas, que autorizan e incluso obligan a agruparla por entero bajo una misma denominación: la denominación, algo vaga y muy incompleta, de *raza blanca.* Como, al mismo tiempo, sus principales ramificaciones revelan aptitudes bastante diversas y características muy peculiares, se puede juzgar que no hay identidad completa en los orígenes del conjunto; y, del mismo modo que la raza negra y los habitantes del hemisferio boreal presentan, en el seno de sus especies respectivas, diferencias muy acusadas, así también es verosímil que la fisiología de los blancos ofreciese, desde el comienzo, análoga multiplicidad de tipos. Más tarde buscaremos las huellas de esas divergencias. Aquí no nos ocupamos sino de los caracteres comunes.

El primer examen pone al descubierto uno muy importante: la raza blanca no se nos aparece nunca en el estado rudimentario en que vemos a las otras. Desde el primer momento, se muestra relativamente cultivada y en posesión de los principales elementos de un estado superior, que, desarrollado, más tarde, por sus múltiples ramas, conducirá a formas diversas de civilización.

La raza blanca vivía reunida aún en los países remotos del Asia sep-

(1) Lassen, *Indische Alterthumskunde,* t. I.
(2) A. de Humboldt, *Asia central,* t. I.
(3) A. de Humboldt, *Asia central,* t. I, p. 389.

tentrional, y gozaba ya de los conocimientos de una cosmogonía que debemos suponer sapiente, puesto que los pueblos modernos más avanzados no conocen otra, ¿qué digo?, no poseen sino fragmentos de aquella ciencia antigua consagrada por la religión (1). Además de estas luces sobre los orígenes del mundo, los blancos conservaban el recuerdo de los primeros antepasados, tanto de aquellos que habían sucedido a los Naucleros, como de los patriarcas anteriores a la última catástrofe cósmica. Cabría inducir de ello que, bajo los tres nombres de Sem, Cam y Jafet, clasificaban, no a todos sus congéneres, sino tan sólo a las ramas de la única raza considerada por ellos como verdaderamente humana, es decir, la suya. El profundo desprecio que se descubrió en ellos, más tarde, por las otras especies, constituye una prueba bastante considerable.

Cuando se ha aplicado el nombre de Cam, ya a los egipcios, ya a las razas negras, no se ha hecho arbitrariamente más que en un solo país, en épocas relativamente recientes y por efecto de analogías de sonidos que no ofrecen nada de cierto y no sirven de base para una etimología seria.

Sea lo que fuere, he aquí a esos pueblos blancos, mucho tiempo antes de las épocas históricas, provistos, en sus diferentes ramas, de dos elementos básicos de toda civilización: una religión, una historia.

En cuanto a sus costumbres, un rasgo notable es recordado: no combatían a pie, como, según parece, sus rudos vecinos del Norte y del Este. Lanzábanse contra sus enemigos montados en carros de guerra, y de esta costumbre, conservada por los egipcios, los hindúes, los asirios, los persas, los griegos, los galos, cabe deducir cierto refinamiento en la ciencia militar, que hubiese sido imposible alcanzar sin la práctica de varias artes complicadas, tales como la carpintería, la preparación de las pieles, el conocimiento de los metales, y el talento de extraerlos y fundirlos. Los blancos primitivos sabían también tejer telas para su indumento y vivían agrupados y sedentarios en grandes ciudades, hermoseadas con pirámides, obeliscos y túmulos de piedra o de barro.

Habían sabido reducir los caballos a la domesticidad. Su género de existencia era la vida pastoral. Sus riquezas consistían en numerosos rebaños de toros y de vacas. El estudio comparado de las lenguas, del que se desprenden cada día tantos hechos curiosos e inesperados, parece establecer, de acuerdo con la naturaleza de sus territorios, que no se consagraban sino muy escasamente a la agricultura.

He aquí, pues, una raza en posesión de las verdades primordiales de la religión, dotada hasta un alto grado de la preocupación del pasado, sentimiento que la distinguirá siempre y que no ilustrará menos a los árabes y los hebreos que a los hindúes, los griegos, los romanos, los galos y los escandinavos. Hábil en las principales artes mecánicas, habiendo ya meditado bastante sobre el arte militar para convertirlo en algo más que las riñas elementales de los salvajes, y soberana de varias clases de animales sometidos a sus necesidades, esta raza se muestra a nosotros, comparada con otras familias humanas, con un grado tal de superioridad, que nos es preciso, ya desde ahora, establecer, en principio, que toda comparación

---

(1) Lassen, *Indisch. Alterth,* t. I, p. 528; Ewald, *Geschichte des volkes Israël,* t. I, p. 304.

es imposible por el solo hecho de que no descubrimos huella alguna de barbarie en su propia infancia. Dando muestras, en su comienzo, de una inteligencia muy despierta y vigorosa, domina a las otras variedades incomparablemente más numerosas, no todavía en virtud de una autoridad adquirida sobre aquellas rivales humilladas, puesto que ningún contacto notable ha tenido lugar, sino ya de todo el prestigio de la aptitud civilizadora sobre la carencia absoluta de esta facultad.

El momento de entrar en lucha sobrevino hacia la fecha indicada más arriba. El territorio ocupado por las tribus blancas fué invadido cinco mil años, por lo menos, antes de nuestra era. Empujadas probablemente por masas afines que empezaban a su vez a agitarse en el Norte bajo la presión de los pueblos de raza amarilla, las naciones de aquella especie que se encontraban situadas más hacia el Sur, abandonaron sus antiguas residencias, atravesaron las regiones bajas, conocidas de los orientales bajo el nombre de Turán (1), y, atacando en el Oeste a las razas negras que les cerraban el paso, rebasaron entonces los límites que no habían todavía tocado ni visto nunca.

Esta invasión primordial de los pueblos blancos es la de los Camitas, y desarrollando aquí lo que indiqué unas páginas más arriba, me pronunciaré contra la costumbre, poco justificada a criterio mío, de declarar estas multitudes como primitivamente negras. Nada, en los testimonios antiguos, autoriza a considerar al patriarca, autor de su descendencia, como manchado, por la maldición paterna, con los caracteres físicos de las razas repudiadas. El castigo de su crimen no se desarrolló sino con el tiempo, y los estigmas vengadores no se habían manifestado todavía en aquel instante en que las tribus camitas se separaron de las naciones naucleras.

Las mismas amenazas que el autor de la especie blanca, el patriarca que escapó al Diluvio, fulminó contra algunos de sus hijos, confirman mi opinión. En primer lugar, no van dirigidas al mismo Cam, ni a todos sus descendientes. Después, no tienen más que un alcance moral, y no es sino por una inducción muy forzada como ha podido atribuírseles consecuencias fisiológicas. «Maldito sea Canaán, dice el texto; siervo será de los siervos de sus hermanos (2).»

Los Camitas llegaron así maldecidos de antemano en su destino y en su sangre. Sin embargo, la energía que captaron del tesoro de las fuerzas peculiares a la naturaleza blanca, permitióles fundar varias importantes sociedades. La primera dinastía asiria, los patriciados de las ciudades de Canaán, son los monumentos principales de aquellas edades remotas, cuyo carácter se encuentra resumido en cierto modo en el nombre de Nemrod.

Aquellas grandes conquistas, aquellas audaces y lejanas invasiones, no podían ser pacíficas. Ejercíanse a expensas de las tribus de la variedad más inepta, pero también más feroz: de aquella que recurre en mayor grado al abuso de la fuerza. Naturalmente inclinada a hacer frente a aquellos extranjeros irresistibles que venían a despojarla, opuso contra ellos su incurable salvajismo, obligándoles a no contar sino con el empleo incesante de su

(1) A. de Humboldt, *Asia central*, t. I, p. 31.

(2) *Génesis*, cap. IX, v. 25. «Ait: Maledictus Chanaan, servus servorum erit fratribus suis.»

vigor. No era susceptible de conversión, puesto que carecía de la inteligencia necesaria para ser persuadida. No cabía, pues, esperar de ella una participación reflexiva en la labor civilizadora, y había que contentarse con utilizarla a título de máquinas animadas en la labor social.

Tal como ya lo he anunciado, la impresión experimentada por los camitas blancos, a la vista de sus repugnantes antagonistas, está descrita con los mismos colores con que más tarde los conquistadores hindúes presentaron a sus enemigos locales, hermanos de aquéllos. Para los recién llegados son unos seres feroces y de talla gigantesca. Son unos monstruos igualmente temibles por su fealdad, su vigor y su maldad. Si la primera conquista resultó difícil por la densidad de las masas atacadas y por su resistencia, sea furiosa, sea estúpidamente inerte, la conservación de los Estados que inauguraba la victoria no debió de exigir menos energía. La coerción resultó el único medio de gobierno. He aquí por qué Nemrod, cuyo nombre cité hace un momento, fué un gran cazador ante el Eterno (1).

Todas las sociedades nacidas de esta primera inmigración revelaron el mismo carácter de despotismo altivo y sin freno.

Pero, viviendo como déspotas en medio de sus esclavos, los Camitas dieron muy pronto origen a una población mestiza. A partir de entonces, la posición de los antiguos conquistadores resultó menos eminente, y la de los pueblos vencidos menos abyecta.

La omnipotencia gubernamental no podía ceder, sin embargo, en sus prerrogativas, muy adecuadas, por su naturaleza despótica, al espíritu mismo de la especie negra. Así no hubo ninguna modificación en la idea dominante acerca de la manera y de los derechos de reinar. Lo único que hubo fué que, a partir de entonces, el poder se ejerció bajo otro título que el de la superioridad de la sangre. Su principio quedó limitado en el sentido de no admitir sino la preexcelencia de familias y nunca más la de pueblos. La opinión que se tenía del carácter de los dominadores inició esta marcha decreciente, que se produce siempre en la historia de las naciones mestizas.

Los antiguos Camitas blancos fueron extinguiéndose poco a poco, hasta acabar por desaparecer. Su descendencia mulata, que podía ostentar muy bien su nombre como un título de honor, convirtióse gradualmente en un pueblo saturado de negro. Así lo quisieron las ramas generatrices más numerosas de su árbol genealógico. A partir de este momento, el sello físico que debía hacer reconocer la posteridad de Canaán para condenarla a la esclavitud de los hijos más piadosos, apareció impreso para siempre en el conjunto de naciones formado por la unión demasiado íntima de los conquistadores blancos con sus vencidos de raza melania.

En el momento mismo en que tuvo efecto esa fusión, se produjo otra de carácter moral, que acabó de separar para siempre a los nuevos pueblos mestizos del antiguo tronco noble, al que no debían sino una parte de su origen. Me refiero a la creciente fusión de los lenguajes. Los primeros Camitas habían aportado del Nordeste un dialecto de aquel idioma primitivamente común a las familias blancas, cuyos vestigios son hoy todavía tan fáciles de reconocer en las lenguas de nuestras razas europeas. A medida que las tribus inmigrantes se hallaron en contacto con las multitudes ne-

(1) Movers, *Das Phœnizische Alterthum*, t. II, 1.ª parte, p. 271.

gras, resultó para ellas cada vez más difícil impedir que su lengua natural se alterase; y una vez se encontraron materialmente enlazados con los negros, la perdieron completamente, debido a haberla dejado invadir y desfigurar por los dialectos melanios.

En verdad, no nos es del todo lícito aplicar perentoriamente a las lenguas de Cam las reflexiones que sugiere lo que conocemos del fenicio y del líbico. Muchos elementos, posteriormente desarrollados por las emigraciones semíticas, se han impregnado de los idiomas mestizos, y podría objetarse que las aportaciones nuevas poseían otro carácter que el de las lenguas formadas primero por los Camitas negros. Pero no lo creo. Lo que sabemos del cananeo, y el estudio de los dialectos bereberes, parecen revelar un sistema común de lenguaje imbuído de la esencia llamada semítica, en un grado superior al que poseen las mismas lenguas semíticas, alejándose por consiguiente más y más de las formas características de las lenguas de los pueblos blancos, y conservando así menos huellas del idioma típico de la raza noble. No tengo ningún reparo en considerar esta revelación lingüística como una consecuencia de la casi identificación con los pueblos negros, y expondré más tarde mis razones.

El Camita estaba degenerado: vedlo en el seno de su sociedad de esclavos, rodeado de ella, dominado por su espíritu, mientras domina él mismo su materia, engendrando, por su enlace con mujeres negras, hijos e hijas que acusan cada día menos el sello de los antiguos conquistadores. Con todo, como algo conserva de la sangre de sus padres, no es un salvaje, no es un bárbaro. Mantiene en pie una organización social que, después de los siglos transcurridos desde su desaparición, deja sentir todavía en la imaginación del mundo la sombra de algo monstruoso e insensato, aunque no menos grandioso.

El mundo no puede concebir nada comparable, por sus efectos, con los resultados del enlace de los Camitas blancos con los pueblos negros. Los elementos de semejante alianza no existen en ninguna parte, y nada tiene de extraño que, en la producción tan frecuente de los híbridos de ambas especies, nada represente ya ni en lo físico ni en lo moral la energía de la primera creación. Si el elemento negro ha conservado bastante en general su pureza de raza, no ocurre así con el blanco. La especie no se descubre ya en ninguna parte con su valor primitivo. Nuestras naciones, aun las más substraídas a los cruces, no son sino resultados muy descompuestos, muy poco armónicos, de una serie de mezclas, sea de negros y blancos como, en el mediodía de Europa, los españoles, los italianos, los provenzales; sea de amarillos y blancos como, en el Norte, los ingleses, los alemanes, los rusos. De manera que los mestizos, producto de un padre supuesto blanco, cuya esencia original está ya tan modificada, no pueden en modo alguno compararse al tipo étnicamente peculiar de los Camitas negros.

Entre estos hombres, el himeneo se realizó entre tipos igual y completamente armados de su vigor y de su originalidad propios. El conflicto de las dos naturalezas pudo acusarse intensamente en sus frutos, y en ellos veíase impreso aquel carácter de vigor, fuente de excesos hoy imposibles. La observación de hechos contemporáneos ofrece acerca de esto una prueba concluyente: cuando un provenzal o un italiano procrea a un híbrido mulato, este retoño es infinitamente menos vigoroso que cuando ha nacido de

un padre inglés. Débese, en efecto, a que el tipo blanco del anglosajón, aunque lejos de ser puro, no está por lo menos debilitado de antemano por series de aluviones melanios como el de los pueblos del Sur de Europa, y puede transmitir a sus mestizos una parte más considerable de la fuerza primordial. Sin embargo, lo repito, el más vigoroso de los mulatos actuales dista mucho de equivaler al Camita negro de Asiria que, lanza en mano, hizo temblar a tantas naciones esclavas.

Para ofrecer de este último un retrato lo más exacto posible, nada me parece más indicado que aplicarle el relato de la Biblia acerca de ciertos otros mestizos más antiguos que él y cuya historia asaz oscura y en parte mítica no debe tener cabida en estas páginas. Esos mestizos son los seres antediluvianos considerados como hijos de los Cainitas y de los ángeles. Aquí es indispensable desembarazarse de la idea agradable con que las nociones cristianas han revestido el nombre de aquellas misteriosas criaturas. La imaginación cananea, origen de la noción mosaica, no tomaba así las cosas. Sin duda, los ángeles eran, para ella, como, también, para los hebreos, mensajeros de la divinidad, pero más bien sombríos que risueños, más bien animados de una gran fuerza material que representando una energía puramente ideal. A título de tales, se les imaginaba bajo formas monstruosas y a propósito para infundir espanto, no para inspirar simpatía (1).

Cuando aquellas robustas criaturas estuvieron unidas a las hijas de los Cainitas, nacieron los gigantes (2) cuyo carácter puede apreciarse por el fragmento literario más antiguo, quizá, del mundo, por aquella canción que dedicara a sus mujeres uno de los descendientes del matador de Abel, pariente muy próximo sin duda de aquellos temibles mestizos:

«Escuchad mi voz, mujeres de Lamech; escuchad mi palabra: Del mismo modo que yo he matado a un hombre por una herida y a un niño por una afrenta, así también la séptupla venganza de Caín será para Lamech setenta veces séptupla (3).»

He aquí, creo yo, lo que pinta mejor a los Cainitas negros, y fácilmente me inclinaría a ver una estrecha conexión de semejanza entre la mezcla de la cual aquéllos han surgido y el maldito himeneo de las abuelas de Noé con aquel otro hijo desconocido que el pensamiento primitivo relegó, no sin cierto horror, a un rango sobrenatural.

---

(1) Tales eran, por ejemplo, los querubines con cabeza de buey. (*Lexicon manuale hebraicum et chaldaicum.*)

(2) *Génesis*, VI, 2, 4.

(3) *Génesis*, IV, 23, 24.

CAPÍTULO II

Los Semitas

Mientras los Camitas se extendían progresivamente por todo el Asia Anterior y a lo largo de las costas árabes hacia el Este del África, otras tribus blancas, avanzando en pos de ellos, ocupaban, al Oeste, las montañas de Armenia y las faldas meridionales del Cáucaso (1).

Estos pueblos son los que llamamos Semitas. Su fuerza principal parece haberse concentrado, en los primeros tiempos, en las vastas regiones montañosas de la Alta Caldea. De allí salieron, en diferentes épocas, sus masas más vigorosas. De allí emanaron las corrientes cuya mezcla regeneró considerablemente, y por muchísimo tiempo, la sangre desnaturalizada de los Cainitas, y, a continuación, la especie igualmente bastardeada de los más antiguos emigrantes de su propia raza. Esta familia tan fecunda irradió sobre una gran extensión de territorios. En la dirección del Sudeste, engendró a los Armenios, a los Arameos, a los Elamitas, a los Elimeenses, nombre igual bajo diferentes formas; cubrió con sus retoños el Asia Menor. Los Licios, los Lidios, los Carios, a ella pertenecen. Sus colonias invadieron la Creta, de la que partieron, más tarde, bajo el nombre de Filisteos, para ocupar las Cícladas, Thera, Melos, Citerea y la Tracia. Se extendieron por todo el contorno del Propóntide, en la Tróade, a lo largo del litoral de la Grecia, llegaron a Malta, y a las islas Lipari en Sicilia.

Durante aquel tiempo otros Semitas, los Joktanidas, enviaron, hasta el extremo Sur de la Arabia, tribus llamadas a desempeñar un importante papel en la historia de las antiguas sociedades. Estos Joktanidas fueron conocidos de la antigüedad griega y latina bajo el nombre de Homéridas, y lo que la civilización de la Etiopía no debió a la influencia egipcia, lo tomó a aquellos árabes que formaron, no la parte más antigua de la nación, prerrogativa de los Camitas negros, hijos de Cush, sino ciertamente la más gloriosa, cuando los Árabes ismaelitas, no nacidos aún en el momento de que hablamos, vinieron a instalarse a su lado. Estos establecimientos son numerosos. No agotan sin embargo la larga lista de las posesiones semíticas. Nada he dicho hasta el presente de sus invasiones sobre varios puntos de Italia, y hay que añadir que, dueños de la costa Norte del África, acabaron por ocupar España en número tan considerable, que en la época romana resultaba fácil advertir su presencia.

Una difusión tan enorme no se explicaría, cualquiera que pudiese ser por lo demás la fecundidad de la raza, si se quisiese reivindicar para estos pueblos una gran pureza de sangre. Mas, por muchas causas, esta pretensión no sería sostenible. Los Camitas, contenidos por una repugnancia natural, se habían quizá resistido algún tiempo a una mezcla que confundía su sangre con la de sus súbditos negros. Para sostener esta lucha y mantener

(1) Movers, *Das Phœniz, Alterth.*, t. I, 2.ª parte, p. 461; Ewald, *Gesch. d. Volkes Israël*, t. I, p. 332.

la separación entre vencedores y vencidos, no faltaban buenas razones, y las consecuencias de la tolerancia saltaban a la vista. El sentimiento paternal debía de sentirse mediocremente lisonjeado al no descubrir ya la semejanza de los blancos en el vástago mulato. Sin embargo, la inclinación sensual se sobrepuso a esta repugnancia, como se sobrepuso siempre a ella, dando origen a una población mestiza más seductora que los antiguos aborígenes, y que presentaba, al lado de seducciones físicas más intensas que aquella de que los Camitas fueron víctimas, la perspectiva de resultados en definitiva mucho menos repulsivos. Después la situación no era tampoco la misma: los Camitas negros no se encontraban, frente a los que iban llegando, en la inferioridad en que los antepasados de sus madres se vieron ante los antiguos conquistadores. Formaban naciones poderosas a las cuales la actividad de los fundadores blancos había infundido el elemento civilizado y prestado el lujo y la riqueza, y brindado todos los atractivos del placer. No sólo los mulatos no podían inspirar horror, sino que debían, bajo muchos aspectos, excitar la admiración y la envidia de los Semitas, todavía inhábiles en las artes de la paz.

Al mezclarse a ellos, no eran esclavos lo que los vencedores adquirían, sino compañeros muy adaptados a los refinamientos de una civilización tiempo ha consolidada. Sin duda la parte que aportaran los Semitas a la asociación era la más bella y la más fecunda, puesto que se componía de la energía y de la facultad iniciadora de una sangre más cercana al tronco blanco; sin embargo era la menos brillante. Los Semitas ofrecían primicias y primores, esperanzas y fuerzas. Los Camitas negros estaban ya en posesión de una cultura que había dado sus frutos.

Sabemos lo que esto representaba: vastas y suntuosas ciudades gobernaban las llanuras asirias. Ciudades florecientes se elevaban sobre las costas del Mediterráneo. Sidón extendía lejos su comercio, y no maravillaba menos al mundo por sus magnificencias que Nínive y Babilonia. Siquem, Damasco, Ascalón y muchas otras ciudades, encerraban poblaciones activas acostumbradas a todos los goces de la existencia. Esta poderosa sociedad se dividía en miríadas de Estados todos los cuales, en un grado más o menos completo, pero sin excepción, sufrían la influencia religiosa y moral del centro de acción situado en Asiria. Allí estaba el origen de la civilización; allí se encontraban reunidos los principales móviles de los desenvolvimientos, y este hecho, probado por múltiples consideraciones, hízome aceptar plenamente la aserción de Herodoto, que atribuye a esta vecindad el origen de las tribus fenicias, aun cuando el hecho haya sido negado recientemente (1). La actividad cananea era demasiado viva para no haber captado el nacimiento en las fuentes más puras de la emigración camita (2).

Por doquier en aquella sociedad, así en Babilonia como en Tiro, domina intensamente el gusto por los monumentos gigantescos, cuya construcción resultaba tan fácil, dado el número de obreros disponibles, su servidumbre y abyección. Nunca, en ningún sitio, se dispuso de medios semejantes para la construcción de monumentos enormes, como en Egipto, en la India y en América, bajo el imperio de las circunstancias y por la fuerza de razo-

(1) Movers, *ob. cit.*, t. II, 1.ª parte, p. 302.
(2) Movers, *ob. cit.*, t. II, 1.ª parte, p. 31.

nes absolutamente análogas. No bastaba a los orgullosos Camitas elevar suntuosos edificios; necesitaban además erigir montañas para que sirviesen de base a sus palacios, a sus templos; montañas artificiales no menos sólidamente soldadas al suelo que las montañas naturales, y rivalizando con ellas por la extensión de sus perímetros y la elevación de sus crestas. Los alrededores del lago de Van muestran todavía lo que fueron aquellas prodigiosas obras maestras de una imaginación sin freno, secundada por un despotismo despiadado, acatada por una vigorosa estupidez. Aquellos túmulos gigantes son tanto más dignos de llamar la atención cuanto que nos transportan a los tiempos anteriores a la separación de los Camitas blancos del resto de la especie. El tipo de esos túmulos constituye el monumento primordial común a toda la raza. Lo encontraremos en la India, lo veremos entre los Celtas. Los Eslavos nos lo mostrarán igualmente, y no será sin sorpresa cómo, después de haberlo contemplado en las orillas del Yenissey y del río Amur, lo reconoceremos elevándose al pie de los montes Alleghanys y sirviendo de base a los teocalís mejicanos.

En ninguna parte, salvo en Egipto, los túmulos adquirieron las proporciones gigantes que supieron darles los Asirios. Acompañamientos ordinarios de sus más vastas construcciones, éstos los erigieron con una preocupación de lujo y de solidez inauditos. Lo mismo que otros pueblos, no los utilizaron únicamente como tumbas; no los redujeron tampoco al papel de cimientos sólidos, sino que los dispusieron en forma de palacios subterráneos para que sirviesen de refugio a los monarcas y a los magnates contra los ardores del verano.

Su necesidad de expansión artística no se contentó con la arquitectura. En la escultura figurada y escrita fueron admirables. Las superficies de las rocas, las vertientes de las montañas, convirtiéronse en cuadros inmensos en los cuales se complacieron en esculpir personajes gigantescos e inscripciones que no lo eran menos, y cuya copia abarca volúmenes (1). Sobre sus murallas, escenas históricas, ceremonias religiosas, detalles de la vida privada, tallaron sabiamente el mármol y la piedra, y satisficieron el afán de inmortalidad que atormentaba a aquellas imaginaciones desmesuradas.

El esplendor de la vida privada no era menor. Un inmenso lujo doméstico rodeaba todas las existencias y, para servirme de una expresión de economista, los Estados semocamitas eran notablemente consumidores. Telas variadas por la materia y el tejido, tintes deslumbrantes, finísimos encajes, peinados complicados, armas costosas y adornadas hasta la extravagancia, como también los carros y los muebles, el uso de los perfumes, los baños aromáticos, el rizado de los cabellos y de la barba, el gusto desenfrenado por las joyas y alhajas, sortijas, pendientes, collares, brazaletes, bastones de junco indio o de madera preciosa, en fin, todas las exigencias, todos los caprichos de un refinamiento llevado hasta la molicie más absoluta: tales eran los hábitos de los mestizos asirios. No olvidemos que en medio de su elegancia, y como un estigma infligido por la parte menos noble de su sangre, practicaban la bárbara costumbre del tatuaje (2).

Para satisfacer sus necesidades, que sin cesar renacían y aumentaban,

---

(1) Botta, *Monuments de Ninive*.

(2) Wilkinson, *Customs and Manners of the ancient Egyptians*, t. I, p. 386.

el comercio iba a escudriñar todos los rincones del mundo, en busca de las mayores rarezas. Los vastos territorios del Asia Inferior y de la Superior pedían sin descanso, reclamaban siempre nuevas adquisiciones. Nada era para ellos ni demasiado bello ni demasiado caro. Debido a la acumulación de sus riquezas, se hallaban en situación de quererlo todo, de apreciarlo todo y de pagarlo todo.

Pero al lado de tanta magnificencia material, mezclada a la actividad artística y favoreciéndola, aparecían huellas pavorosas, llagas horribles que revelaban las enfermedades degradantes que la infusión de sangre negra había hecho nacer y que desarrollaba de una manera horrenda. La antigua belleza de las ideas religiosas había sido gradualmente manchada por las necesidades supersticiosas de los mulatos. A la simplicidad de la antigua teología había sucedido un emanatismo grosero, repugnante en sus símbolos, complaciéndose en representar los atributos divinos y las fuerzas de la naturaleza en forma de imágenes monstruosas, desfigurando las ideas sanas, las nociones puras, bajo una multitud tal de misterios, secretos, exclusiones y mitos indescifrables, que resultó imposible en verdad, denegada como lo fué sistemáticamente a la mayoría, que con el tiempo no acabase por resultar inabordable incluso a una minoría. No es que no comprenda las repugnancias que debieron de experimentar los Camitas blancos al combinar la majestad de las doctrinas de sus padres con la abyecta superstición de la turba negra, y de este sentimiento cabe hacer derivar el primer principio de su amor por lo secreto. Después, no dejaron tampoco de comprender muy pronto toda la fuerza que el silencio prestaba a sus pontificados sobre multitudes más inclinadas a temer la altiva reserva del dogma y sus amenazas que a inquirir sus lados simpáticos y sus promesas. Por otra parte, concibo también que la sangre de los esclavos. al bastardear un día a los dominadores, inspiró muy pronto a éstos aquel mismo espíritu de superstición contra el cual el culto se había puesto primeramente en guardia.

Lo que primitivamente había sido pudor, y luego medio político, acabó convirtiéndose en creencia sincera, y habiendo descendido los gobernantes al nivel de los súbditos, todos creyeron en la fealdad y admiraron y adoraron la deformidad, lepra victoriosa, invenciblemente unida en lo sucesivo a las doctrinas y a las representaciones figuradas.

Y no en vano el culto se deshonra en un pueblo. Pronto la moral de este pueblo, siguiendo con fidelidad la triste ruta en la cual se aventura la fe, no se envilece menos que su guía. La criatura humana que se prosterna ante un tronco de madera o un pedazo de piedra feamente labrado, no puede dejar de perder la noción del bien después de la de lo bello. ¡Los Camitas negros tuvieron, por lo demás, tan buenas razones para pervertirse! Sus gobiernos les conducían tan directamente a ello, que no podían dejar de hacerlo. Mientras el poder soberano se mantuvo en manos de la raza blanca, la opresión de los súbditos contribuyó quizá al mejoramiento de las costumbres. Una vez la sangre negra lo hubo manchado todo con sus brutales supersticiones, con su innata ferocidad, con su avidez de goces materiales, el ejercicio del poder contribuyó muy particularmente a fomentar la satisfacción de los instintos menos nobles, y la servidumbre general, sin suavizarse lo más mínimo, resultó mucho más degradante. Todos los vicios se habían dado cita en los países asirios.

Al lado de los refinamientos de lujo, enumerados poco antes, los sacrificios humanos, ese género de homenaje a la divinidad, que la raza blanca no ha practicado nunca sino para imitar las costumbres de las otras razas, y que la menor infusión nueva de su propia sangre le ha llevado a maldecirlo en seguida, los sacrificios humanos deshonraban los templos de las ciudades más ricas y más civilizadas. En Nínive, en Tiro, y más tarde en Cartago, esas infamias constituyeron una institución política, y no cesaron nunca de ejercerse con el ceremonial más imponente. Las juzgaban necesarias a la prosperidad del Estado.

Las madres cedían sus hijos para que fuesen despanzurrados sobre los altares, orgullosas de ver cómo sus criaturas gemían y se debatían entre las llamas de la hoguera de Baal. Entre los devotos, el amor de la mutilación era el índice más estimado de celo. Cortarse un miembro, arrancarse los órganos de la virilidad, era realizar una obra pía. Imitar, de buen grado, sobre su persona las atrocidades que la justicia civil ejercía contra los culpables, cortarse la nariz y las orejas, y consagrarse sangriento al Melkart tirio o al Bel de Nínive, equivalía a atraerse los favores de estos abominables fetiches.

Lo antes expuesto constituye el lado feroz; pasemos al depravado. Las abominaciones que, muchos siglos después, Petronio describía en Roma, vuelta asiática, y aquellas que en la célebre narración de Apuleyo, según las fábulas milesias, eran objeto de chanza, adquirieron carta de naturaleza en todos los pueblos asirios. La prostitución, recomendada, glorificada y practicada en los santuarios, se había propagado en el seno de las costumbres públicas, y las leyes de más de una gran ciudad habían hecho de ella un deber religioso y un medio natural y confesable de conquistarse un dote. La poligamia, no obstante mostrarse muy celosa y terrible en sus sospechas y venganzas, no mostraba ninguna delicadeza a este respecto. El éxito venal de la prometida no proyectaba sobre la faz de la esposa la sombra de ningún oprobio.

Cuando los Semitas, al descender de sus montañas, aparecieron, 2,000 años antes de Jesucristo, en medio de la sociedad camita y la sometieron, en la Baja Caldea, a una dinastía nacida de su sangre, los nuevos príncipes blancos lanzados entre las masas tuvieron que regenerar y regeneraron, en efecto, a las naciones a las cuales fueron incorporados. Pero su papel no fué completamente activo. Se encontraban entre mestizos y descastados, no entre bárbaros. Hubieran podido destruirlo todo, si se les hubiese antojado obrar como dominadores brutales. Muchas cosas deplorables hubieran perecido. Hicieron mejor: apelaron al admirable instinto que nunca abandona a la especie, y, dando entonces un ejemplo que, más tarde, los Germanos no han dejado de seguir, impusieron la obligación de apoyar a la sociedad vetusta y moribunda a la cual acababa de asociarse la juventud de su raza. Para conseguirlo, se asimilaron las enseñanzas de los vencidos y aprendieron lo que la experiencia de la civilización tenía que enseñarles. A juzgar por las consecuencias, sus éxitos no dejaron nada que desear. Su reinado fué tan sobre manera magnífico y su gloria tan brillante, que los coleccionistas griegos de antigüedades asiáticas les atribuyeron el honor de la fundación del Imperio de Asiria, del que no fueron sino los restauradores. Error

muy honroso para ellos y que da, a un tiempo, la medida de su gusto por la civilización y la de la vasta extensión de sus trabajos.

En la sociedad camita, cuyos destinos presidían a la sazón, aparecen desempeñando múltiples funciones. Soldados, marinos, obreros, pastores, reyes, sucesores de gobiernos a los cuales sustituían, aceptaron la política asiria en lo que ofrecía de esencial. Fueron así conducidos a consagrar una parte de su atención a las actividades comerciales.

Si el Asia Anterior era el gran mercado del mundo occidental y su punto principal de consumo, la costa del Mediterráneo se presentaba como la factoría natural de las mercancías sacadas de los continentes de África y de Europa, y el país de Canaán, en el cual se concentraba la actividad intelectual y mercantil de los Camitas marítimos, constituía un punto muy interesante para los gobiernos y los pueblos asirios. Los Semitas babilónicos y ninivitas lo comprendieron a maravilla. Todos sus esfuerzos tendían, pues, a dominar, sea directamente, sea por vía de influencia, sobre aquellos pueblos industriosos. Éstos, por su parte, se habían esforzado siempre en mantener su independencia política frente a las dinastías antiguas, entonces sustituídas por la nueva rama blanca, victoriosa. Para modificar este estado de cosas, los conquistadores caldeos entablaron una serie de negociaciones y de guerras en su mayoría afortunadas, que hicieron célebre el genio de su raza, bajo el nombre característico y desdoblado por la historia de las reinas Semíramis (1).

Con todo, como los Semitas se encontraban mezclados con pueblos civilizados, su acción sobre las ciudades cananeas no se ejerció únicamente por la fuerza de las armas y la política. Dotados de gran actividad, actuaron individualmente tanto como por naciones, y penetraron en gran número y pacíficamente en las campiñas de la Palestina, así como en las murallas de Sidón y de Tiro, en calidad de soldados mercenarios, de obreros, de marinos. Este modo suave de infiltración no dió menos grandes resultados que la conquista, para la unidad de la civilización asiática y el porvenir de los Estados fenicios (2).

El *Génesis* nos ha conservado una relación tan curiosa como animada de la manera cómo se realizan los desplazamientos pacíficos de ciertas tribus, o, para expresarnos mejor, de simples familias semíticas. Hay una de éstas que el Libro sagrado escoge entre las montañas caldeas y pasea de provincia en provincia, y acerca de la cual nos expone las vicisitudes, los trabajos, los éxitos hasta en sus más mínimos detalles. Sería desatender nuestro tema si no utilizásemos tan preciosas referencias.

El *Génesis,* pues, nos cuenta que un hombre de la raza de Sem, de la rama armenia de Arfaxad, de la nación prolífica de Hebr, vivía en la alta Caldea, en el país montañoso de Ur; que ese hombre concibió un día la idea de salir de su país para ir a habitar la tierra de Canaán (3). El Libro

(1) Los Asirios ocuparon tres veces Fenicia: la primera vez, 1.000 años antes de J.-C.; la segunda, hacia la mitad del siglo XIII; la tercera, en 750. (Movers, *Das Phœn. Alterth.* t. II, 1.ª parte, p. 259.)

(2) Así es cómo hay que comprender la historia mítica de Semíramis, personificación de una invasión caldea. Antes de ser reina, había empezado siendo sirvienta. (Movers, *Das Phœnizische Alterthum,* t. II, 1.ª parte, p. 261.)

(3) *Génesis,* XI, 10.

sagrado no nos dice qué poderosas razones habían dictado la resolución del Semita. Estas razones eran graves, sin duda, puesto que el hijo del emigrante prohibió más tarde a su raza que se repatriase, aunque al mismo tiempo ordenó a su heredero que escogiese una esposa en el país de sus antepasados (1).

Tharé (este es el nombre del viajero), luego de tomada la resolución de partir, reunió a aquellos de los suyos que debían acompañarle, y se puso en camino con ellos. Los deudos de que se rodeó fueron Abraham, su hijo primogénito; Sara, su nuera, mujer de Abraham (2), y Lot, su sobrino, cuyo padre, Arán, había muerto unos años antes (3). A este grupo se juntaron esclavos, en número muy reducido, ya que la familia era pobre, y algunos camellos, asnos, vacas, ovejas, cabras.

El motivo por el cual Tharé escogió la tierra de Canaán como término de su viaje es fácil de adivinar. Era pastor como sus padres, y no se expatriaba con la intención de cambiar de estado. Lo que iba a buscar era una tierra nueva, abundante en pastos, y donde la población fuese bastante escasa para que a su comodidad pudiese hacer pacer allí sus rebaños y multiplicarlos. Tharé pertenecía, pues, a la clase menos aventurera de sus conciudadanos.

Por lo demás, era muy viejo cuando salió de la Alta Caldea. A los 70 años, había tenido a su hijo Abraham, y, en el momento de la partida, este hijo estaba casado. Si Tharé abrigaba la esperanza de conducir muy lejos a su caravana, esta esperanza resultó fallida. El anciano expiró en Harán, antes de haber podido salir de la Mesopotamia. Los suyos avanzaron, por lo demás, muy lentamente, como gente preocupada ante todo en dejar pacer sus rebaños y no fatigarlos. Cuando las tiendas estaban plantadas en un sitio favorable, permanecían allí hasta que quedaban secos los pozos y tundidos los prados.

Abraham, convertido en jefe de la emigración, había envejecido bajo la tutela de su padre. Tenía 75 años cuando la muerte de este último lo emancipó, y llegaba a jefe en un momento en que no tenía por qué quejarse de serlo. El número de esclavos había aumentado, así como el de los rebaños. Una vez alejado de los países asirios y entrado en la tierra casi desierta de Canaán, el pastor semita no vió alrededor de su campamento sino naciones muy débiles para inquietarlo, lo que no dejaba de tener también su importancia.

Tribus de negros aborígenes, tribus camíticas, un pequeño número de grupos semíticos, emigrantes como él, aunque llegados de más antiguo al país, esto era todo, y el hijo de Tharé que, en el país de Ur, no pasaba, según todas las apariencias, sino por un personaje muy insignificante, vióse, en aquel nuevo país, convertido en un gran propietario, en un hombre de importancia, casi en un rey. Ocurre así, por lo común, a aquellos que, abandonando voluntariamente una tierra ingrata, aportan a un país nuevo el coraje, la energía y la resolución de engrandecerse.

Ninguna de estas cualidades faltaba a Abraham. Al comienzo no formó el

---

(1) *Génesis*, XXIV, 6.
(2) *Génesis*, XX, 12.
(3) *Génesis*, XI, 31.

propósito de establecerse de una manera fija. Dios le había prometido convertirle un día en dueño del país y de establecer allí a las generaciones nacidas de su sangre. Quiso conocer su Imperio. Lo recorrió enteramente. Contrajo alianzas útiles con varios de los nómadas que lo explotaban como él. Descendió incluso hasta Egipto; en una palabra, cuando se acercó al término de su carrera, era poderoso, rico. Había ganado mucho oro y reunido numerosos esclavos y multitud de rebaños. Habíase convertido especialmente en el factótum del país, y pudo juzgarlo, así como a los pueblos que lo habitaban.

Este juicio fué severo. Había conocido perfectamente las costumbres brutales y abominables de los Camitas. Lo que sobrevino a Sodoma y a Gomorra parecióle bien merecido por los crímenes de las dos ciudades en las cuales Dios habíale probado que no encerraban diez personas honradas. No quiso que su descendencia resultase manchada, en la única rama de él tan querida, por un parentesco con razas tan pervertidas, y ordenó a su intendente que fuese a pedir, en el país natal de su tribu, una mujer de su sangre, una hija de Bathuel, hijo de Melcha y de Nachor, y por consiguiente su biznieta. En su tiempo se le hizo saber el nacimiento de aquella criatura. Así, en aquellas épocas primitivas, la emigración no quebrantaba todos los lazos entre los Semitas ausentes de sus montañas y los miembros de sus familias que continuaban viviendo allí. Las noticias cruzaban los llanos y los ríos, volaban de la casa caldea a la tienda de campaña errante de Canaán, y circulaban a través de vastas regiones parceladas entre tantas soberanías diversas. Es un ejemplo y una prueba de la actividad y de la comunidad de ideas y de sentimientos que dominaba en el mundo camosemítico.

No quiero llevar más lejos los detalles de esta historia: son harto conocidos. Se sabe que los Semitas abrahamidas acabaron por asentarse en el país de la Promesa. Lo que únicamente quiero añadir, es que las escenas del primer establecimiento, como las de la partida y las de las vacilaciones que le precedieron, recuerdan de una manera vivísima lo que muestran, en nuestros días, tantas familias irlandesas o alemanas en tierras de América. Cuando un jefe inteligente las conduce y dirige sus trabajos, marchan adelante como los hijos del patriarca. Cuando se las dirige mal, fracasan y desaparecen como tantos grupos semíticos cuyos desastres nos deja entrever a trechos la Biblia. La situación es la misma; los mismos sentimientos se muestran allí en circunstancias siempre análogas. Se ve persistir en el fondo de los corazones aquella tierna parcialidad con respecto a la patria lejana, hacia la cual, por nada en el mundo, se quisiera sin embargo retrogradar. Es también la misma alegría cuando de ella se reciben noticias, el mismo orgullo por el parentesco que allí se conserva; en una palabra, todo es parecido.

He mostrado a una familia de pastores bastante oscuros, bastante humildes. Estos pastores vivían demasiado para sí y no ofrecían una utilidad lo suficientemente diversa a los pueblos visitados por ellos. Es, pues, muy natural que los individuos de estas familias que habían abrazado la profesión de las armas y se mostraban entendidos en esta útil profesión, fuesen más solicitados y más notados.

Uno de los rasgos principales de la degradación de los Camitas y la causa más aparente de su fracaso en el gobierno de los Estados asirios, fué el ol-

vido de la bravura militar y la costumbre de no participar en los trabajos militares. Esta mengua, profunda en Babilonia y en Nínive, no lo era menos en Tiro y en Sidón. Allí, las virtudes militares no eran ni estimadas ni tenidas en cuenta por aquellos mercaderes, demasiado preocupados por la idea de enriquecerse. Su civilización había descubierto ya los razonamientos de que más tarde se sirvieron los patricios italianos para menospreciar la profesión de soldado (1).

Tropas de aventureros semitas acudieron en multitud a llenar la laguna que las ideas y las costumbres tendían a ensanchar cada vez más. Fueron acogidos solícitamente. Bajo los nombres de Carios, Pisidios, Cilicianos, Lidios, Filisteos, tocados de cascos de metal, delante de los cuales su coquetería marcial sugirióles la idea de hacer flotar unos penachos, vestidos de túnicas cortas y ajustadas, acorazados, un escudo redondo en el brazo, ceñida una espada que excedía de la medida ordinaria de los glavios asiáticos, y llevando en la mano unos dardos, fueron encargados de la guardia de las capitales y se constituyeron en defensores de las flotas. Sus méritos eran, sin embargo, menos grandes que el enervamiento de quienes les pagaban (2). La flor de la nobleza fenicia era la única parte de la nación que, algo fiel a la memoria de sus padres, los grandes cazadores del Eterno, había conservado la costumbre de llevar las armas. Todavía gustaba de suspender sus escudos, ricamente pintados y dorados, en lo alto de las grandes torres y de embellecer sus ciudades con ese adorno brillante que, al decir de quienes de ello fueron testigos (3), resplandecía de lejos como las estrellas. El resto del pueblo trabajaba; gozaba de los productos de su industria y de su comercio. Cuando la política reclamaba alguna prueba de vigor, una colonización, una emigración, los reyes y los consejos aristocráticos, luego de haber tomado la espuma de sus poblaciones con una leva forzada, dábanle por guardianes y por sostenes a Semitas; en tanto que algunos vástagos de Camitas negros, puestos al frente de aquella mezcla, ora mandaban temporalmente, ora iban, a través de los mares, a integrar el núcleo de un nuevo patriciado local y a crear un Estado modelo basado en las costumbres políticas y religiosas de su patria.

De esta suerte, las bandas semitas penetraban dondequiera que los Camitas podían actuar. No se separaban, por decirlo así, de sus vencidos, y el círculo de estos últimos, su ambiente, su poderío eran igualmente los suyos. Los blancos del segundo aluvión parecían, en una palabra, no tener otra misión a llenar que la de prolongar lo más posible, por la adición de su sangre, conservada más pura, el antiguo mantenimiento de la primera invasión blanca en el Sudoeste.

Por mucho tiempo hubo de creerse que esta fuente regeneradora sería inagotable. Cuando, hacia la época de la primera emigración de los Semitas, algunas de las naciones arias, distintas de las tribus blancas, se establecieron en la Sogdiana y en el Pendjab actual, ocurrió que dos ramas se desprendieron de éstas. Los pueblos ariohelénicos y ariozoroástricos buscaban una salida para llegar al Oeste, ejercían fuerte presión sobre los Semitas, y les

---

(1) Ewald, *Geschichte des Volkes Israël*, t. I, 294.
(2) Ewald, *Geschichte des Volkes Israël*, t. I, p. 294.
(3) Isaías.

obligaban a abandonar sus valles montañosos para lanzarse en las llanuras y descender hacia el Mediodía. Allí se encontraban los Estados más importantes fundados por los Camitas negros.

Es difícil saber de una manera exacta si la resistencia opuesta a los invasores helénicos fué muy vigorosa en su desgracia. Pero no lo parece. Los Semitas, superiores a los Camitas negros, no tenían sin embargo talla suficiente para luchar contra los recién llegados. Menos penetrados por las alianzas melanias que los descendientes de Nemrod, hallábanse infectados en alto grado, puesto que habían abandonado la lengua de los blancos para aceptar el sistema surgido del enlace de los restos de aquélla con los dialectos de los negros, sistema que nos es conocido bajo el nombre muy discutible de semítico.

La filología actual divide las lenguas semíticas en cuatro grupos principales (1): el primero contiene el fenicio, el púnico y el líbico, de los cuales se derivan los dialectos bereberes; el segundo encierra el hebreo y sus variaciones; el tercero, las ramas arameas; el cuarto, el árabe, el gheez y el amárico.

Considerando el grupo semítico en su conjunto y haciendo abstracción de los vocablos importados por mezclas étnicas posteriores con naciones blancas, no se puede afirmar que haya habido separación radical entre este grupo y lo que llamamos las lenguas indogermánicas, que pertenecen a la especie de la cual salieron, indiscutiblemente, los padres de los Camitas y de sus continuadores.

El sistema semítico presenta, en su organismo, importantes lagunas. Parece que, cuando se formó, sus primeros desenvolvimientos encontraron a su alrededor, en las lenguas que iban a reemplazar, poderosas antipatías de las cuales no pudieron triunfar del todo. Destruyeron los obstáculos sin poder fertilizar sus restos, de suerte que las lenguas semíticas resultan lenguas incompletas.

No es únicamente en aquello de que carecen donde puede observarse en ellas ese carácter; es también en lo que poseen. Uno de sus rasgos principales lo constituye la riqueza de las combinaciones verbales. En el árabe antiguo, las formas existen para quince conjugaciones en las cuales puede introducirse un verbo ideal. Pero este verbo, como digo, es ideal, y ninguno de los verbos reales es apto para aprovechar la facilidad de flexión ni la multiplicidad de matices que le brinda la teoría gramatical (2). Hay ciertamente, en el fondo de la naturaleza de estas lenguas, algo desconocido que se opone a ello. A esto se debe que todos los verbos resulten defectuosos y que las irregularidades y las excepciones abunden. Ahora bien, como queda bien demostrado, toda lengua encuentra el complemento de lo que le falta en la opulencia más lógica de alguna otra de la cual ha sacado sus elementos imperfectos.

El complemento del sistema semítico parece encontrarse en las lenguas africanas. En ellas nos sorprende descubrir el aparato entero de las formas verbales, tan destacado en los idiomas semíticos, con la grave diferencia de que nada allí es estéril; todos los verbos pasan, sin dificultad, por todas

---

(1) Gesenius, *Geschichte der hebraeischen Sprache und Schrift*, p. 4.
(2) Sylvestre de Sacy, *Grammaire arabe*, t. I, p. 125 y *passim*.

las conjugaciones (1). Por otra parte, no se encuentra ya en ellos aquellas raíces cuyo visible parentesco con el indogermánico turba singularmente las ideas de los que quieren hacer del grupo semítico un sistema enteramente original, absolutamente aislado de las lenguas de nuestra especie (2). Para los idiomas negros, ninguna huella, ningún indicio posible de una alianza cualquiera con las lenguas de la India y de Europa; al contrario, alianza íntima, parentesco visible con las de Asiria, de Judea, del Canaán y de Libia.

Hablo aquí de las lenguas del África oriental. Abrigábase ya la opinión de que el gheez y el amárico, hablados en Abisinia, son francamente semíticos, y, de común acuerdo, se les relacionaba, pura y simplemente, con el tronco árabe (3). Mas he aquí que la lista se alarga, y en las nuevas ramas lingüísticas, que es preciso, lo queramos o no, unir al nombre de Sem, aparecen caracteres especiales que es forzoso considerar aparte del idioma de los Cusitas, de los Joktanidas y de los Ismaelitas. En primera línea se presentan el *tögr-jana* y el *tögray*; después la lengua del *Gouraghé* en el Sudoeste, el *adari*, en el Harar, el *gafat* en el Oeste del lago Tzana; el *ilmorna*, usado en varias tribus gallas, el *afar* y sus dialectos; el *saho* (4), el *ssomal*, el *seguana* y el *wanika* (5). Todas estas lenguas presentan caracteres netamente semíticos. Hay que añadir aún el *suahili*, que proyecta a su vez otra modalidad en el horizonte.

Es una lengua cafre, y el pueblo que habla sus dialectos, pueblo encerrado antaño, en opinión de los Europeos, en los territorios más meridionales del África, se extiende ahora, para nosotros, 5° más al Norte, hasta más allá de Mombasa (6). Los gallas hablan dialectos que se parecen al cafre.

Estas observaciones no terminan aquí. Es lícito añadir esta última frase, de la mayor importancia: todo el continente del África, de Sur a Norte y de Este a Oeste, no conoce más que una sola lengua, no habla más que dialectos de un mismo origen. Así en el Congo como en la Cafrería y en Angola, en todas las proximidades de las costas, se descubren las mismas formas y las mismas raíces. La Nigricia, que todavía no ha sido estudiada, y la jerga de los Hotentotes, continúan, provisionalmente, al margen de esta afirmación, pero no la refutan.

Ahora, recapitulemos. Primero: todo lo que se sabe de las lenguas de África, lo mismo aquellas que pertenecen a las naciones negras como las que son habladas por las tribus negras, se enlaza con un mismo sistema; segundo: este sistema presenta los caracteres principales del grupo semítico en un estado de perfección mayor que en este mismo grupo; tercero: varias de las lenguas que se derivan del mismo están decididamente clasificadas, por quienes las estudian, dentro del grupo semítico.

¿Es necesario más para reconocer que este grupo, tanto por sus formas

---

(1) Pott, *Verwandtschaftliches Verhaeltniss der Sprachen vom Kaffer-und Kongo-Stamme*, p. 11, p. 25.
(2) Rawlinson, *Journal of the R. A. Society*, t. XIX, part. I, p. XXIII.
(3) Ewald, *Zeitschrift fur die Kunde des Morgenlandes, Ueber die Saho-Sprache in Aethiopien*, t. V, p. 410.
(4) Los Sahos habitan no lejos de Mossawa, o mejor Massowa, en el mar Rojo.
(5) Ewald, loc. cit., p. 422.
(6) Pott, obra citada, t. II, p. 8.

como por sus lagunas, basa sus razones de existir en el fondo de los elementos étnicos que lo componen, es decir, en los efectos de un origen blanco absorbido en el seno de una proporción infinitamente formidable de elementos melanios?

Para comprender la génesis de las lenguas del Asia Anterior, no es, pues, necesario suponer que los pueblos semíticos se hayan previamente anegado en la sangre de los negros. El hecho, indiscutible para los Camitas, no lo es para sus asociados.

Por la manera cómo éstos se han mezclado con las sociedades anteriores, ora abatiéndose victoriosos sobre los Estados del centro, ora deslizándose, a modo de servidores útiles e inteligentes, en las comunidades marítimas, cabe creer firmemente que hicieron como los hijos de Abraham: aprendieron las lenguas del país donde iban no sólo a ganar su vida sino también a reinar. El ejemplo dado por la rama hebrea ha podido ser perfectamente seguido por todas las otras ramas de la familia, y no me resisto tampoco a creer que los dialectos formados posteriormente por ésta no hayan tenido precisamente como carácter típico el crear o por lo menos ensanchar lagunas. Hace un momento lo señalaba al ocuparme del organismo de las lenguas semíticas. Esto, por lo demás, no es una hipótesis. Los Semitas menos mezclados de sangre camita, tales como los Hebreos, poseyeron un idioma más imperfecto que los Árabes. Las alianzas multiplicadas de estos últimos con las tribus circundantes sumergieron sin cesar la lengua en sus orígenes melanios. De todos modos, el árabe está todavía lejos de alcanzar el ideal negro, del mismo modo que la esencia de aquellos que lo poseen está lejos de ser idéntica a la sangre africana.

En cuanto a los Camitas, fué muy de otra manera: se impuso, de toda necesidad, que, para dar origen al sistema lingüístico que adoptaron y transmitieron a los Semitas, se entregaron sin reservas al elemento negro. Tuvieron que poseer el sistema semítico mucho más puramente, y no me extrañaría si, pese al descubrimiento de raíces indogermánicas en las inscripciones de Bi-Sutún, nos viésemos obligados a reconocer un día que la lengua de algunos de aquellos anales del pasado más remoto se aproximan más al tipo negro que al árabe, y, con mayor motivo, que al hebreo y al arameo.

Acabo de mostrar cómo hubo varios grados en la perfección semítica. Se parte del arameo, que es la más defectuosa de las lenguas de esa familia, para llegar al negro puro. Más tarde haré ver cómo se sale de este sistema, con los pueblos menos influídos por la mezcla negra, para remontarse por grados hacia las lenguas de la familia blanca. Con todo, dejemos por un momento esta cuestión: es bastante haber establecido la situación étnica de los conquistadores semitas. Más respetados que los Asirios primitivos por la lepra melania, eran mestizos como ellos. No se encontraban en situación de triunfar sino de naciones enfermas, y los veremos sucumbir siempre cuando tengan que enfrentarse con individuos de extracción más noble.

Pero, hacia el año 7000 antes de Jesucristo, estos hombres de energía superior, los Arios Zoroástricos, apuntaban apenas en el horizonte oriental. Se ocupaban únicamente de asegurarse las posesiones conquistadas por ellos en la Media. Por su parte, los Arios Helenos no trataban sino de abrirse

paso en su emigración hacia Europa. Los Semitas tenían, pues, asegurados largos siglos de predominio y de triunfos sobre los civilizados del Sudoeste.

Cada vez que un movimiento de los Arios Helenos les obligaba a ceder alguna parte de su antiguo territorio, el desastre se resolvía para ellos en una victoria fructuosa, puesto que se operaba a expensas de los colonos de la rica Babilonia. Así es cómo aquellas bandas de vencidos fugitivos, ocultando la vergüenza de su derrota en las tinieblas de los países situados hacia el Cáucaso y el Caspio, llenaban el mundo de admiración con el espectáculo de los fáciles laureles que recogían en su huída.

Las invasiones semíticas fueron, pues, empresas reanudadas varias veces. El detalle no importa aquí. Basta recordar que la primera emigración se apoderó de los Estados establecidos en la Baja Caldea. Otra expedición, la de los Joktanidas, se prolongó hasta la Arabia (1). Otra, otras todavía, introdujeron nuevos dueños en los países marítimos del Asia Superior. La sangre negra luchaba a menudo con éxito, entre los más mezclados de aquellos pueblos, contra las tendencias sedentarias de la especie; y no sólo se producían desplazamientos considerables entre las masas, sino que a veces, también, tribus poco numerosas, cediendo a consideraciones de todo género, abandonaban sus residencias para adoptar una nueva patria.

Los Semitas estaban ya en plena posesión de todo el universo camita, donde los jefes sociales que no habían sido directamente vencidos sufrían, sin embargo, su influencia, cuando he aquí que en medio de sus tribus apareció un pueblo destinado a grandes pruebas y a grandes victorias: quiero hablar de la rama de la nación hebraica, que he conducido ya fuera de las montañas armenias, y que, bajo la dirección de Abraham, y muy pronto con el nombre de Israel, prosiguió su marcha hasta Egipto para regresar luego al país de Canaán. Cuando con el padre de los patriarcas la nación cruzó este país, se hallaba poco poblado. Al reaparecer allí Josué, el suelo estaba muy habitado y bien cultivado por numerosos Semitas (2).

El nacimiento de Abraham, según los exégetas, tuvo lugar el año 2017, posteriormente a los primeros ataques de las naciones helénicas contra los pueblos de las montañas, por consiguiente, no lejos de la época de las victorias de estos últimos sobre los Camitas y de la elevación de la nueva dinastía asiria. Abraham pertenecía a una nación de la cual habían salido ya los Joktanidas, y cuyas ramas, arraigadas en la madre patria, formaron más tarde diferentes Estados bajo los nombres de Peleg, de Rehu, de Sarudj, de Nachor y otros (3). El propio hijo de Tharé llegó a ser el fundador venerado de varios pueblos, los más célebres de los cuales fueron los hijos de Jacob, después los Árabes occidentales que, bajo el nombre de Ismaelitas y compartiendo con los Joktanidas hebreos y los Camitas cusitas la dominación de la península, influyeron a continuación con el máximo vigor en los destinos del mundo, sea cuando dieron nuevas dinastías a los Asirios, sea cuando, con Mahoma, dirigieron el último renacimiento de la raza semítica.

Antes de seguir los sucesivos destinos étnicos del pueblo de Israel, y ahora que he encontrado en la fecha del nacimiento de su patriarca un

(1) Ewald, *Geschichte des Volkes Israël*, t. I, p. 337.
(2) Movers, *Das Phoenizische Alterthum*, t. II, 1.ª parte, p. 63-70.
(3) Ewald, *Geschichte des Volkes Israël*, t. I, p. 338.

punto cronológico seguro que puede contribuir a fijar el pensamiento, terminaré lo que me queda por decir sobre las otras naciones camosemitas más aparentes.

No hay que perder de vista que el número de Estados independientes comprendidos en la sociedad de entonces era incalculable. Con todo, no puedo hablar sino de aquellos que dejaron las huellas más profundas de su existencia y de sus actos. Ocupémonos primero de los Fenicios.

CAPÍTULO III

Los Cananeos marítimos

En los tiempos de Abraham, la civilización camita se hallaba en todo el esplendor de su perfeccionamiento y de sus vicios (1). Uno de sus territorios más notables era la Palestina (2), en la cual las ciudades de Canaán florecían, gracias a su comercio alimentado por colonias ya innumerables. Lo que podía faltar en población a todas aquellas ciudades estaba de sobra compensado por la feliz circunstancia de que ningún concurrente les disputaba aún los inmensos provechos de sus manufacturas de tejidos, de sus tintorerías, de su navegación y de su tránsito.

Todas las fuentes de riqueza que acabo de enumerar permanecían concentradas entre las manos de sus criaturas. Pero, como para probar cuán débil indicio de la fuerza vital de las naciones es un comercio productivo, los Fenicios, desprovistos de la antigua energía que antaño les llevara de las orillas del mar Pérsico a las costas del Mediterráneo, no habían conservado ninguna independencia política real (3). Se gobernaban, es cierto, muy a menudo, por sus propias leyes y dentro de sus formas aristocráticas antiguas; pero, de hecho, el poderío asirio había anulado su independencia. Acogían y acataban las órdenes llegadas de las regiones del Éufrates. Cuando, en algunos movimientos interiores, intentaban sacudir ese yugo, su único recurso consistía en volverse hacia Egipto y sustituir la influencia de Nínive por la de Memfis.

Aparte de la preponderancia de los dos grandes Imperios entre los cuales se hallaban encerradas las ciudades cananeas, otro motivo de diferente naturaleza forzaba a los Fenicios a guardar constantemente los mayores miramientos a tan poderosos vecinos. Los territorios de Asiria y de Egipto, pero especialmente los de Asiria, constituían los grandes mercados para el comercio de Sidón y de Tiro. En verdad, los Cananeos iban a llevar también a otros puntos las telas de púrpura, las cristalerías, los perfumes y las mercancías de todo género, de las cuales rebosaban sus almacenes. Pero cuando la elevada proa de sus negros y largos navíos iba a atracar en la playa de las costas griegas o en las costas de Italia, de África, de España, la tripulación no obtenía allí sino muy escaso provecho. La larga embarcación era sacada a tierra por los negros remeros, de túnicas

(1) Ewald, *Geschichte des Volkes Israël*, t. I, p. 262.
(2) Ewald, *ob. cit.*, t. I, p. 268.
(3) Movers, *Das Phoenizische Alterthum*, t. II-I, p. 298 y 378.

rojas, cortas y ajustadas. Los pobladores aborígenes rodeaban, con semblante codicioso y admirativo, a aquellos bravos navegantes que empezaban por situar alrededor de su navío a los grupos, prudentemente armados, de sus mercenarios semitas; después se exhibía ante los reyes y los jefes, llegados de todos los puntos del país, lo que encerraban los flancos de la embarcación. En la medida de lo posible, tratábase de obtener a cambio metales preciosos. Era lo que se pedía a España, rica en esta materia. Con los Griegos, el trato se establecía a base sobre todo de rebaños, y de maderas principalmente, mientras que en África no se hablaba sino de esclavos. Cuando la ocasión era propicia y el mercader se juzgaba más fuerte, sin escrúpulo alguno se lanzaba, con su gente, sobre las bellas muchachas, vírgenes regias o sirvientas, sobre los niños, sobre los muchachos, sobre los hombres maduros, y traía alegremente a los mercados de su patria los abundantes frutos de este comercio inicuo que desde la más remota antigüedad hizo famosas la avidez, la vileza y la perfidia de los Camitas y sus aliados. Se comprende, por lo demás, la temerosa aversión que debían inspirar esos mercaderes en las costas, en las cuales no habían logrado asegurarse todavía un dominio absoluto. En suma, lo que hacían en todos esos países, consistía en una explotación de las riquezas locales. Dando poco para obtener o arrancar mucho, sus operaciones se limitaban a un comercio de trueque, y sus más bellos productos, así como sus más preciosas mercancías, no era allí donde eran colocados. La gran importancia de Occidente no consistía, pues, para ellos en lo que aportaban allí, sino más bien en lo que de allí se llevaban, al mejor precio posible. Nuestras regiones proporcionaban la primera materia, que Tiro, Sidón y otras ciudades cananeas laboraban, transformaban o revendían en otros lugares, entre los Egipcios y en las regiones mesopotámicas.

No era únicamente en Europa y en África donde los Fenicios iban a buscar los elementos de sus especulaciones. Debido a sus relaciones muy antiguas con los Árabes cusitas y los hijos de Joktán, tomaban parte en el comercio de perfumes, de especias, de marfil y de ébano procedente del Yemen o de lugares mucho más alejados, tales como la costa oriental de África, de la India, o aun del Extremo Oriente. Sin embargo, no poseyendo allí, como para los productos de Europa, un monopolio absoluto, su atención se fijó de preferencia en los países occidentales, y era entre estas tierras acaparadas y los dos grandes centros de la civilización contemporánea donde desempeñaban, en toda su plenitud, el aventajado papel de factores únicos.

Su existencia y su prosperidad se encontraban, pues, enlazadas de una manera íntima con los destinos de Nínive y de Tebas. Cuando estos países sufrían penuria, automáticamente descendía el consumo, y el golpe repercutía sobre la industria y el comercio cananeos. Si los reyes de la Mesopotamia se sentían quejosos de los Estados mercaderes de Fenicia, o bien querían, en conflicto, obligarles a transigir sin desenvainar la espada, bastaban unas medidas fiscales dirigidas contra la introducción de mercancías del Occidente en los países asirios o en las provincias egipcias, las cuales perjudicaban a los patricios de Tiro y les herían más profunda y sensiblemente en su existencia y, por tanto, en su tranquilidad interior, que si se hubiese enviado contra ellos a innumerables ejércitos de caballeros y de carros. He aquí, pues, en su más remota antigüedad, a los Fenicios, tan

enorgullecidos de su actividad mercantil, tan depravados, tan relajados por los vicios algo innobles, condenados a no poseer más que una sombra de independencia y viviendo en un plan de servilismo cerca de sus poderosos compradores.

Él gobierno de las ciudades de la costa había empezado antaño por ser severamente teocrático. Era la costumbre de la raza de Sam. En efecto, los primeros vencedores blancos se habían mostrado ante las tribus negras con el atuendo de una superioridad tal de inteligencia, de voluntad y de fuerza, que aquellas masas supersticiosas no pudieron exteriorizar mejor la sensación de asombro y de espanto por ellas experimentada que declarándolos dioses. Por efecto de una idea enteramente análoga, los pueblos de América, en los tiempos del Descubrimiento, preguntaban a los españoles si descendían del cielo, si eran dioses, y, pese a las respuestas negativas dictadas a los conquistadores por la fe cristiana, sus vencidos persistían en sospechar vehementemente que les ocultaban su jerarquía. Del mismo modo, en nuestros tiempos, las tribus del África Oriental describen el estado en que ven a los Europeos diciendo: Son dioses.

Los Camitas blancos, medianamente contenidos por la delicadeza de conciencia de los tiempos modernos, no tuvieron seguramente ningún reparo en inclinarse a las adoraciones. Pero una vez se mezcló la sangre, y que a la raza pura sucedieron por doquier los mulatos, el negro descubrió numerosas huellas de humanidad en el dominador que su hija o su hermana había dado a luz. El nuevo híbrido, sin embargo, era poderoso y altivo. Por su genealogía, sentía apego por los antiguos vencedores, y si acabó el reino de las divinidades, empezó el de los sacerdotes. El despotismo, con haber cambiado de forma, no fué menos ciegamente venerado. Los Cananeos conservaban en su historia la exposición muy completa de aquel doble estado de cosas. Habían sido gobernados por Melkart y Baal, y más tarde por los pontífices de estos seres sobrehumanos.

Cuando llegaron los Semitas, la revolución dió un paso adelante. Los Semitas se emparentaban, en el fondo, con los dioses mucho más que las dinastías hieráticas de los Camitas negros. Habían abandonado más recientemente el tronco común, y su sangre, aunque muy alterada, lo estaba menos que la de los mestizos cuyas riquezas venían a compartir y cuya existencia política, cada día más débil, venían a sostener. Con todo, los sacerdotes fenicios no hubieran aceptado esa superioridad de nobleza, ni siquiera en el caso de haberlo querido, ya que la esencia negra predominaba de tal modo en sus venas, que habían olvidado al dios de sus dioses y el origen real de estos últimos. Con ellos, se consideraban como autóctonos (1). Es decir, que habían adoptado las groseras supersticiones de sus madres. Para aquellos degenerados, nada de emigración blanca de Tilos sobre la costa mediterránea. Melkart y su pueblo habían salido del limo sobre el cual se elevaban sus moradas. En otros países y en otros tiempos, los Hindúes, los Griegos, los Italianos y otras naciones tomaron el mismo error en las mismas fuentes.

Pero los hechos traen sus consecuencias, sin preocuparse de la diversidad de opiniones. Los Semitas no pudieron, sin duda, erigirse en dioses, puesto

---

(1) Movers, *Das Phoenizische Alterthum*, t. II-I, p. 15.

que no tenían la sangre pura y, aunque preponderantes, no lo eran bastante para influir en las imaginaciones hasta el grado necesario a las apoteosis. Los Camitas negros supieron igualmente denegarles el acceso a los sacerdocios reservados desde tantos siglos a las mismas familias. Entonces los Semitas humillaron a la teocracia y colocaron, por encima de ella, el gobierno y el poder de la espada. Tras de una lucha bastante viva, el gobierno de las ciudades fenicias, antes sacerdotal, monárquico y absoluto, convirtióse en aristocrático, republicano y absoluto, sustituyendo así una tríada de fuerzas por otra.

No destruyó completamente a las otras dos, fiel en esto al papel reformador, modificador, más bien que revolucionario, impuesto a sus actos por su origen, tan vecino del de los Camitas negros, y por lo mismo respetuoso con el fondo de sus obras. Entre las grandezas de su aristocracia, cuéntase el lugar honorable que reservó a los pontificados. Asignó a éstos dentro del Estado el segundo rango, y continuó dejando los honores a las nobles familias camitas que hasta entonces los habían poseído. La realeza no mereció tan buen trato. Quizá, por lo demás, los mismos Camitas negros no habían desarrollado nunca sino medianamente el poderío de ella, como nos inclinamos a creerlo de los Estados asirios.

Sea que se aceptase para el futuro, en el gobierno de las ciudades fenicias, un jefe único, o bien — combinación más frecuente — que la corona desdoblada se dividiese entre dos reyes escogidos a intento dentro de dos casas rivales, la autoridad de estos jefes supremos resultó enteramente limitada, vigilada, y no se les concedió apenas, con plenitud, más que prerrogativas sin efecto y esplendores sin libertad. Es lícito creer que los Semitas extendieron a todos los países donde dominaron aquella celosa vigilancia del poderío monárquico, y que, así en Nínive como en Babilonia, los titulares del Imperio no fueron, bajo su inspiración, más que los representantes sin iniciativa de los sacerdotes y de los nobles.

Tal fué la organización nacida de la fusión de los Camitas negros de la Fenicia con los Semitas. Los reyes, o, dicho de otro modo, los sufetas, vivían en palacios suntuosos. Nada parecía ni tan bello ni tan bueno para realzar la magnificencia con que los verdaderos jefes del Estado se complacen en adornar la doble cabeza. Multitudes de esclavos de ambos sexos, espléndidamente vestidos, estaban a las órdenes de aquellos mortales aturdidos bajo el peso de los placeres. Grupos de eunucos guardaban la entrada de sus jardines y de sus gineceos. De todos los países llegaban mujeres traídas por buques viajeros. Comían envueltos en oro; se coronaban de diamantes y de perlas, de amatistas, de rubíes, de topacios, y la púrpura, tan estimada por la imaginación de los antiguos, era el color respetuosamente reservado a toda su indumentaria. Fuera de esta vida suntuosa y de las formas de veneración que la ley imponía, no había nada. Los sufetas daban su opinión sobre las cuestiones públicas como los otros nobles, nada más; o si iban más lejos, era por el ejercicio de una influencia personal que había sido disputada antes de ser soportada, puesto que la acción legal y regular, y aun el poder ejecutivo, se concentraban entre las manos de los jefes de las grandes casas.

Para estos últimos, colectivamente, la autoridad no tenía límites. A partir del momento en que un acuerdo concluído entre ellos había tomado el

carácter imperativo que reviste la ley, todo debía ceder ante esta ley, cuyas primeras víctimas eran los propios legisladores. En ninguna parte y nunca esa abstracción tenía en cuenta las situaciones personales. Un rigor inflexible hacía llegar los temibles efectos hasta el interior de las familias, tiranizaba las relaciones más íntimas de los esposos; pesaba sobre la cabeza del padre, déspota de sus hijos, establecía la coerción entre el individuo y su conciencia. En todo el Estado, desde el último marino o el más ínfimo obrero, hasta el gran sacerdote de Dios más reverenciado o hasta el noble más arrogante, la ley extendía el terrible nivel revelado por esta breve sentencia: ¡Tantos hombres, tantos esclavos!

Así es cómo los Semitas, unidos a la posteridad de Cam, comprendían y practicaban la ciencia de gobernar. Insisto tanto más sobre esta severa concepción, cuanto que la veremos, con la sangre semítica, penetrar en las constituciones de casi todos los pueblos de la antigüedad, y mantenerse incluso hasta en los tiempos modernos, donde no retrocede provisionalmente más que ante las nociones más equitativas y más sanas de la raza germánica.

No dejemos de analizar las inspiraciones que presidieron esta rigurosa organización. En lo que tenían de brutal y odioso, cobran evidentemente su origen en la naturaleza negra, amante de lo absoluto, propensa a la esclavitud, alistándose de buen grado bajo una idea abstracta, a la que no pide que resulte inteligible, sino que se haga temer y obedecer. Por el contrario, en los elementos de una naturaleza más elevada, que no podemos dejar de reconocer en ella, en aquel ensayo de ponderación entre la realeza, el sacerdocio y la nobleza armada, en aquel amor de la regla y de la legalidad, descubrimos los instintos bien destacados que observaremos por doquier en los pueblos de raza blanca.

Las ciudades cananeas atraían hacia ellas a numerosas tropas de Semitas, pertenecientes a todas las ramas de la raza y, por tanto, diferentemente mezcladas. Los hombres que llegaban de Asiria aportaban, de la mezcla camita peculiar de que participaban, una sangre muy otra que la del Semita que, llegado del Bajo Egipto o del Sur de Arabia, estuvo largo tiempo en contacto con el negro de cabello lanoso. El Caldeo del Norte, el de las montañas de Armenia, el Hebreo, en fin, en las mezclas sufridas por su raza, habían tenido mayor participación en la esencia blanca. Aquel otro, que descendía de las regiones vecinas del Cáucaso, podría ya, directa o indirectamente, aportar en sus venas una reminiscencia de la especie amarilla. Tales bandas surgidas de la Frigia tenían por madres a mujeres griegas.

Cada una de las nuevas emigraciones significaba otros tantos elementos étnicos nuevos que venían a mezclarse con las poblaciones fenicias. Además de estas diferentes relaciones de la familia semítica, había aún los Camitas del país, los Camitas aportados por los grandes Estados del Este, y aun los Árabes cusitas y los Egipcios y los Negros puros. En suma, las dos familias, blanca y negra, y también un poco la especie amarilla, se combinaban de mil maneras diferentes dentro de Canaán, se renovaban incesantemente y abundaban de continuo, de manera que formaban allí variedades y tipos hasta entonces desconocidos.

Tal concurso de razas era debido a que Fenicia brindaba ocupación a todos. Los trabajos de sus puertos, de sus fábricas, de sus caravanas,

exigían muchos brazos. Tiro y Sidón, sobre ser grandes ciudades marítimas y comerciales por el estilo de Londres y Hamburgo, eran al mismo tiempo grandes centros industriales como Liverpool y Birmingham; convertidas en desaguaderos de los pueblos del Asia Anterior, daban ocupación a todos y vertían el sobrante en el vasto círculo de sus colonias. De esta suerte, enviaban allí, con inmigraciones constantes, fuerzas frescas y un sobrante de su propia vida. No admiremos en demasía tan prodigiosa actividad. Todas estas ventajas de una población sin cesar aumentada ofrecían sus enojosos inconvenientes: empezaron por alterar la constitución política en el sentido de mejorarla; acabaron determinando su total ruina.

Se ha visto por qué transformaciones étnicas el reino de los dioses había tenido fin para ser reemplazado por el de los sacerdotes, que, a su vez, había cedido el paso a una organización complicada y sabia, destinada a dar acceso en la esfera del poder a los jefes y a los magnates de las ciudades. A raíz de esta reforma, la distinción de las razas se había sumido en la nada. No hubo más que la de las familias. Ante la mutabilidad perpetua y rápida de los elementos étnicos, aquel estado aristocrático, última palabra y término extremo del sentimiento revolucionario entre los primeros ocupantes semitas, dejó de bastar, un día, a las exigencias de las nuevas generaciones, y empezaron a germinar las ideas democráticas.

Éstas se apoyaron primero en los reyes, los cuales prestaron oídos a principios cuya primera aplicación debía traer la humillación de los patriciados. Dirigiéronse después a las masas de obreros empleados en las manufacturas, haciendo de ellos el nervio de la facción por ellas reunida. Los agentes activos de las intrigas y de las conspiraciones fueron reclutados dentro de una clase particular de individuos, acostumbrados al lujo, sensibles a las grandes seducciones del poder, pero sin derechos, sin otra consideración que la del favor, menospreciada sobre todo por los nobles, y, por tanto, poco favorecida por ellos; me refiero a los esclavos de la realeza, a los eunucos de los palacios, a los favoritos o a aquellos que tendían a serlo. Tal fué la composición del partido que indujo a la destrucción del orden aristocrático.

Los adversarios de este partido poseían abundantes recursos para defenderse. Contra los deseos y las veleidades de los reyes, contaban con la impotencia legal y la dependencia de aquellos magistrados sin autoridad. Se dedicaban, pues, a estrechar las trabas bajo las cuales vivían éstos. A las masas turbulentas de obreros y marinos, presentaban las espadas y los dardos de aquella multitud de tropas mercenarias, sobre todo carias y filisteas, que constituían la guarnición de las ciudades y cuyo mando sólo ellos ejercían. En fin, a las estratagemas y a los manejos de los esclavos reales, oponían una larga práctica de los asuntos, una desconfianza muy aguzada de la naturaleza humana, un conocimiento práctico muy superior a las pilladas de sus rivales; en una palabra, contra las intrigas de unos, la fuerza brutal de los otros, la ardiente ambición de los más grandes, las groseras codicias de los más pequeños, podían apelar a aquel recurso inmenso de ser los amos, arma que no se quiebra fácilmente en manos de los fuertes.

Ciertamente hubieran conservado su imperio como lo conservaría toda aristocracia, a perpetuidad, si la victoria hubiese tenido que deberse a la energía de los insurgentes; pero tal victoria no podía originarse sino de

su propia debilidad. La derrota no podía preverse más que por efecto de la mezcla de su sangre.

La revolución no triunfó sino cuando surgieron auxiliares en el interior de los palacios cuyas puertas se esforzaron en derribar.

En los Estados en que el comercio da la riqueza y la riqueza la influencia, los malos casamientos son siempre difíciles de evitar. El marino de ayer es el rico armador de mañana, y sus hijas penetran, a modo de lluvia de oro, en el seno de las familias más orgullosas. La sangre de los patricios de la Fenicia estaba ya por lo demás tan mezclada, que no se ponía gran cuidado en preservarla de seductoras modificaciones. La poligamia, tan cara a los pueblos negros o seminegros, hace también, bajo este aspecto, inútiles todas las precauciones. La homogeneidad había cesado, pues, de existir entre las razas soberanas de la costa de Canaán, y la democracia halló el medio de ganar prosélitos entre éstas. Más de un noble empezó a ingerir doctrinas mortales a su causa.

La aristocracia, viendo esta llaga abierta en sus costados, se defendió por medio de la deportación. Cuando las sediciones amenazaban con estallar, o cuando un motín quedaba sofocado, se detenía a los culpables; el Gobierno los embarcaba bajo la vigilancia de tropas carias, y los enviaba a la Libia, o a España, o más allá de las columnas de Hércules, en lugares tan alejados, que se ha pretendido descubrir huellas de estas colonizaciones hasta en el Senegal.

Los nobles apóstatas, mezclados con la turba, debían, en aquel destierro perpetuo, formar a su vez el patriciado de las nuevas colonias, y nadie ha oído decir que, pese a su liberalismo, hubiesen desobedecido nunca a esta última orden de la madre patria.

Llegó, sin embargo, un día en que la nobleza tuvo que sucumbir. Se conoce la fecha de este desastre definitivo; se sabe la forma que revistió; se puede designar la causa determinante del mismo. La fecha, es el año 829 antes de Jesucristo; la forma, es la emigración aristocrática que fundó Cartago (1); la causa determinante está indicada por la mezcla extrema a que había llegado la población bajo la influencia de un elemento nuevo que, desde hacía un siglo aproximadamente, fomentaba de una manera irresistible la anarquía de los elementos étnicos.

Los pueblos helenos habían adquirido un desarrollo considerable. Habían empezado, por su parte, a crear colonias, y estas ramificaciones de su poderío, al extenderse por la costa del Asia Menor, no tardaron en enviar a Canaán inmigraciones muy numerosas. Los recién llegados, mucho más inteligentes y despiertos que los Semitas, mucho más vigorosos de cuerpo y de espíritu, aportaron un precioso concurso de fuerzas a la idea democrática, y aceleraron con su presencia el estallido de la revolución. Sidón fué la primera en sucumbir bajo los esfuerzos demagógicos. El populacho victorioso echó del país a los nobles, los cuales se fueron a Aradus a fundar una nueva ciudad, en la cual habíanse refugiado el comercio y la prosperidad, en detrimento de la antigua ciudad, a partir de entonces completamente arruinada. Tiro sufrió muy pronto una suerte análoga.

Los patricios, temiendo a la vez a los sediciosos de las fábricas, al bajo

(1) Movers, *Das Phoenizische Alterthum*, t. II, 1.ª parte, p. 352 y *passim*.

pueblo, a los esclavos reales y al rey; advertidos de la suerte que les aguardaba por el asesinato del más grande de entre ellos, el pontífice de Melkart, y no juzgando poder mantener por más tiempo su autoridad, ni salvar su existencia ante una generación nacida de cruces excesivos, tomaron el partido de expatriarse. La flota les pertenecía, los navíos estaban guardados por sus tropas. Se resignaron, se alejaron con sus tesoros, y sobre todo con su ciencia gubernamental y administrativa, su larga y tradicional práctica del negocio, y fuéronse a aventurar sus destinos en un punto de la costa de África que mira a la isla de Sicilia.

Así se produjo un acto heroico que apenas si ha vuelto a verse más tarde. En dos ocasiones, sin embargo, en los tiempos modernos, se trató de repetir el caso. El Senado de Venecia, durante la guerra de Chiozza, deliberó si debía o no embarcarse para el Peloponeso con toda su nación, y no hace aún muchos años, en el Parlamento inglés, fué prevista y discutida una eventualidad análoga.

Cartago no tuvo infancia. Los jefes que la gobernaban estaban de antemano seguros de su voluntad. Tenían como objetivo preciso lo que la antigua Tiro les había enseñado a estimar y perseguir. Hallábanse rodeados de tribus casi enteramente negras, y, por consiguiente, inferiores a los mestizos que iban a imponerse entre ellas. No les costó ningún trabajo hacerse obedecer. Su gobierno, remontando el curso de los siglos, adoptó, ante los súbditos, toda la dureza e inflexibilidad camíticas; y como la ciudad de Dido no recibió nunca, por toda inmigración blanca, más que a los nobles tirios o cananeos, víctimas, lo mismo que sus fundadores, de las catástrofes demagógicas, hizo pesar su yugo cuanto le plugo. Hasta el momento de su ruina, no hizo la menor concesión a sus pueblos. Cuando osaron levantarse en armas, supo castigarlos siempre sin contemplaciones. Ello se debió a que su autoridad se fundaba en una diferencia étnica que no tuvo tiempo de amortiguarse ni de desaparecer.

La anarquía tiria llegó al colmo una vez desaparecidos los nobles, que fueron los únicos en poseer una sombra de la antigua bravura de la raza, sobre todo de su homogeneidad relativa. Cuando los reyes y el bajo pueblo se encontraron solos en plan de actuar, la diversidad de orígenes se manifestó ruidosamente en la plaza pública, impidiendo toda reorganización seria. El espíritu camítico, la multiplicidad de las ramas semíticas, la naturaleza griega, se hicieron sentir en voz alta, y todos hablaron recio. Imposible fué entenderse, y observóse que, lejos de aspirar nunca a descubrir de nuevo un sistema de gobierno lógico y firmemente estructurado, había que darse por muy satisfecho cuando cabía lograr una paz temporal mediante pasajeras transacciones. Después de la fundación de Cartago, Tiro no creó nuevas colonias. Las antiguas, abandonando su causa, se aliaron, una tras otra, a la ciudad patricia, que se convirtió así en su capital: nada más lógico. No desplazaron su obediencia: sólo cambió el suelo metropolitano. La raza dominadora continuó siendo la misma, y de tal modo la misma, que en lo sucesivo fué ella quien colonizó. A fines del siglo VIII, poseía establecimientos en Cerdeña; y no llevaba todavía cien años de existencia. Cincuenta años más tarde, se apoderó de las Baleares. En el siglo VI, hizo recuperar por los colonos libios todas las ciudades antaño fenicias de Occidente, harto poco pobladas a su gusto. Ahora bien: en los

recién llegados, la sangre negra dominaba todavía más que en la costa de Canaán, de donde procedían sus predecesores: así, cuando, poco antes de Jesucristo, Estrabón escribía que la mayor parte de España se hallaba en poder de los Fenicios, que trescientas ciudades del litoral del Mediterráneo, por lo menos, no contaban con otros habitantes, esto significaba que aquellos pueblos estaban formados de una base negra bastante densa sobre la cual habían venido a superponerse, en proporción inferior, elementos sacados de las razas blancas y amarillas traídas aún por aluviones cartagineses hacia el ambiente melanio.

A su patriciado camita debió la patria de Aníbal su gran preponderancia sobre todos los pueblos más negros. Tiro, privada de esta fuerza y entregada a una completa incoherencia de raza, se hundió en la anarquía a pasos agigantados.

Poco después de la partida de su nobleza, cayó para siempre bajo la servidumbre extranjera, primero asiria, luego persa, después macedónica. En lo futuro no fué sino una ciudad vasalla. Durante los pocos años que le quedaron todavía para ejercer su isonomía, sólo setenta años después de la fundación de Cartago, se hizo famosa por su espíritu sedicioso y sus revoluciones constantes y sangrientas. Los obreros de sus fábricas se entregaron, en varias ocasiones, a violencias inauditas, matando a los ricos, apoderándose de sus mujeres y de sus hijas e instalándose como jefes en las moradas de las víctimas en medio de las riquezas usurpadas. En una palabra, Tiro fué el horror de todo Canaán, del que había sido la mayor gloria, e inspiró a todas las regiones circundantes un odio y una indignación tan intensos y prolongados, que, cuando Alejandro acudió ante sus murallas a ponerle sitio, todas las ciudades vecinas se aprestaron a proporcionarle navíos para someterla. Según una tradición local, cuando el conquistador condenó a los vencidos a ser crucificados, estalló en Siria un aplauso unánime. Este era el suplicio legal de los esclavos insumisos, y los Tirios no eran sino unos esclavos.

Tal fué, en Fenicia, el resultado de la mezcla inmoderada, desordenada, de las razas, mezcla demasiado complicada para tener tiempo de convertirse en fusión, y que, no logrando sino yuxtaponer los diversos instintos, las nociones múltiples, las antipatías de los diferentes tipos, favorecía, creaba y eternizaba hostilidades mortales.

No puedo abstenerme de tratar aquí episódicamente una cuestión curiosa, un verdadero problema histórico. Es la actitud humilde y sumisa de las colonias fenicias frente a sus metrópolis, Tirso primero, Cartago después. La obediencia y el respeto fueron tales que, por espacio de una larga serie de siglos, no se cita un solo ejemplo de proclamación de independencia en sus colonias, que, sin embargo, no habían sido formadas siempre de los mejores elementos.

Su sistema de formación ya es conocido. Eran primero simples campamentos temporales, sumariamente fortificados para defender los navíos contra las depredaciones de los indígenas. Cuando el lugar adquiría importancia por la naturaleza de los intercambios, o cuando los Cananeos encontraban más fructífero explotar directamente el país, el campamento se transformaba en burgo o ciudad. La política de la metrópoli multiplicaba esas ciudades, poniendo especial cuidado en mantenerlas en un estado de pe-

queñez que les impedía pensar en desarrollarse libremente. Se creía también que el fomentarlas en una gran extensión del país aumentaba el provecho de las especulaciones. Raramente fueron dirigidas hacia un mismo punto varias expediciones de emigrantes, y a eso se debe que Cádiz, en la época de su máximo esplendor y cuando en el mundo habíase difundido la fama de su opulencia, no alcanzase sin embargo más que una extensión muy modesta y una población permanente muy restringida (1).

Todos aquellos burgos se hallaban estrictamente aislados unos de otros. Una completa independencia recíproca era el derecho innato que se les enseñaba a mantener, con un celo muy grato al espíritu centralizador de la capital. En ese estado de libertad, sentíanse sin fuerza frente a sus gobernantes lejanos, y, no pudiendo prescindir de protección, se adherían con fervor a la poderosa patria a la cual debían su existencia y conservación. Otra razón más poderosa de esta devoción, es que estas colonias fundadas con fines comerciales no poseían más que un gran mercado, el Asia, y no se llegaba a ésta sino pasando por Canaán. Para penetrar en los mercados de Babilonia y de Nínive, para introducirse en Egipto, era preciso el reconocimiento de las ciudades fenicias, y las factorías encontrábanse así obligadas a confundir en una sola y misma idea la sumisión política y el afán de comerciar. Indisponerse con la madre patria, equivalía a cerrarse las puertas del mundo y condenarse a ver cómo las riquezas y beneficios iban a parar muy pronto a algún burgo rival más sumiso, y a partir de entonces más feliz.

La historia de Cartago muestra perfectamente toda la fuerza de esa necesidad. Pese a los odios que debían, al parecer, abrir un abismo entre la metrópoli demagógica y su orgullosa colonia, Cartago no quiso romper el lazo de su relativa dependencia. Las largas y benévolas relaciones no cesaron de existir sino cuando Tiro no contó ya como factoría, y no fué sino después de su ruina y al quedar suplantada su actividad comercial por las ciudades griegas, cuando Cartago afectó la supremacía. Juntó entonces bajo su imperio las otras fundaciones, y convirtióse en cabeza declarada del pueblo cananeo, cuyo nombre, antes tan ilustre, había conservado orgullosamente. A eso se debe que sus pueblos se llamasen en todo tiempo *Chanani*, aun cuando el suelo de Palestina no les hubiese pertenecido nunca. Lo que los Cartagineses buscaban en los Tirios, con los cuales no habían podido convivir, era menos el hogar del culto nacional que el libre paso de las mercaderías hacia el Asia. He aquí ahora un segundo hecho que encarece la evidencia de las deducciones sacadas del primero.

Cuando los reyes persas se apoderaron de Fenicia y de Egipto, dieron en considerar a Cartago como *conquistada ipso facto* y legítimamente unida a la suerte de su antigua capital. Enviaron, pues, heraldos a los patricios del lago Tritónides para darles ciertas órdenes y dictarles determinadas prohibiciones. Cartago era entonces muy poderosa, y no tenía apenas por qué temer los ejércitos del gran rey, primero a causa de sus enormes recursos, después porque se hallaba muy lejos del centro de la monarquía persa. Sin embargo obedeció y se humilló. Había que conservar a toda costa la benevolencia de una dinastía que podía cerrar a su antojo las puertas orien-

(1) Estrabón, libro III.

tales del Mediterráneo. Los Cartagineses, políticos positivos, obedecieron en aquella ocasión a motivos análogos a los que en los siglos XVII y XVIII llevaron a varias naciones europeas, deseosas de conservar sus relaciones con Japón y China, a soportar humillaciones bastante duras para la conciencia cristiana. Ante semejante resignación por parte de Cartago, y luego de analizadas las causas, nos explicamos que las colonias fenicias hayan mostrado siempre un espíritu muy alejado de toda veleidad de revuelta.

Por lo demás, nos engañaríamos de veras si creyésemos que aquellas colonias se hubiesen preocupado nunca de la idea de civilizar a las naciones dentro de las cuales se habían fundado. Animadas únicamente de ideas mercantiles, sabemos por Homero la aversión que inspiraban a los pueblos antiguos de la Hélada. En España y en las costas de la Galia, no se abrigaba mejor opinión acerca de ellas. Allí donde los Cananeos se encontraban frente a pueblos débiles, llevaban la sujeción hasta la atrocidad y reducían al estado de bestias de carga a los indígenas empleados en los trabajos de las minas. Si encontraban mayor resistencia, empleaban más astucia. Pero el resultado era el mismo. Por doquier las poblaciones locales no eran para ellos sino instrumentos de los cuales abusaban, o adversarios a quienes exterminaban. La hostilidad fué permanente entre los aborígenes de todos los países y aquellos feroces mercaderes. Era esto todavía una razón que obligaba a las colonias, siempre aisladas, débiles y enemistadas con sus vecinos, a mantenerse fieles a la metrópoli, y fué también eso una gran palanca en las manos de Roma para abatir el poderío cartaginés. La política de la ciudad italiana, comparada con la de su rival, pareció humana y se atrajo con ella simpatías y finalmente la victoria. No quiero aquí dirigir a los cónsules y a los pretores un elogio poco merecido. Había un gran medio de mostrarse cruel y opresor siéndolo menos que la raza cananea. Aquella nación de mulatos, fenicia o cartaginesa, no tuvo nunca la menor idea de justicia ni el menor deseo de organizar, no diré ya de una manera equitativa, sino ni siquiera tolerable, a los pueblos sometidos a su imperio. Permaneció fiel a los principios recibidos por los Semitas de la descendencia de Nemrod, y captados por ésta en la sangre de los negros.

La historia de las colonias fenicias, si hace honor a la habilidad de los organizadores, debe, en suma, lo que tuvo de particularmente feliz para las metrópolis a circunstancias muy particulares, y que después no han podido repetirse nunca más. Las colonias de los Griegos fueron menos fieles; las de los pueblos modernos, igualmente: débese a que unas y otras tenían el mundo abierto ante sí y no se veían forzadas a cruzar el territorio patrio para llegar a los mercados donde pudiesen colocar sus producciones.

No me queda por decir nada más sobre la rama más vivaz de la familia cananea. Ésta, por sus méritos y sus vicios, brinda la primera certeza que presenta la historia a la etnología: el elemento negro dominó en ella. De ahí, amor desenfrenado a los goces materiales, supersticiones profundas, disposiciones para las artes, inmoralidad, ferocidad.

El tipo blanco mostró en ella menos vigor. Su carácter varonil tendió a borrarse ante los elementos femeninos que lo absorbían. Aportó, en aquella vasta mezcla, el espíritu utilitario y conquistador, el gusto por una organización estable y aquella tendencia a la regularidad política, que desempeña su papel en la institución del despotismo legal, papel contra-

riado sin duda, aunque eficaz. Para completar el cuadro, la superabundancia de tipos inconciliables, salidos en proporciones diversas de las mezclas, engendró el crónico desorden y provocó la parálisis social y aquel estado de relajamiento gregario en el cual predominó cada día más la esencia melania. En esta situación es cómo se estancaron en lo sucesivo las razas formadas por las alianzas cananeas.

Volvamos a las otras ramas de las familias de Cam y de Sem.

CAPÍTULO IV

LOS ASIRIOS; LOS HEBREOS; LOS KORRHEOS

El sentimiento unánime de la antigüedad no cesó de atribuir a los pueblos de la región mesopotámica aquella marcada superioridad sobre todas las demás naciones originarias de Cam y de Sem, de las cuales he dicho ya unas palabras. Los Fenicios eran hábiles; los Cartagineses lo fueron a su vez. Los Estados judíos, árabes, lidios, frigios, tuvieron su esplendor y su gloria. Nada mejor: en suma, estos planetas no eran sino los satélites del gran país en el cual se elaboraban sus destinos. Asiria lo dominaba todo, sin discusión.

¿De dónde podía provenir tal superioridad? La filología va a responder estrictamente.

He mostrado que el sistema de las lenguas semíticas era una extensión imperfecta del de las lenguas negras. Es en éstas únicamente donde se encuentra el ideal de esta forma idiomática. Se alteró con el árabe, resultó aún más incompleto con el hebreo, y no he ido, en esa progresión descendente, más allá del arameo, en el cual la decadencia de los principios constitutivos es todavía más acusada. Nos encontramos aquí como aquel que, penetrando en un paraje subterráneo, ve que a medida que avanza va faltándole la luz. Al seguir avanzando, la luz se hará de nuevo, pero será por el lado opuesto de la caverna y su fulgor será diferente.

El arameo no ofrece todavía nada más que una deserción negativa del espíritu melanio. No revela formas netamente extrañas a este sistema. Mirando algo más lejos, geográficamente hablando, se presenta muy pronto el armenio antiguo, y allí, sin duda alguna, se perciben novedades. Tropezamos allí con una originalidad que impresiona. Lo analizamos, lo estudiamos: es el elemento indogermánico. No cabe dudar de ello. Muy limitado aún, débil quizá, pero vivo e inconfundible.

Prosigo mi ruta. Al lado de los Armenios están los Medos. Escucho su lengua. Reconozco todavía sonidos y formas semíticas. Unos y otras son más borrosos que en el armenio, y en ellas el indogermánico ocupa mayor espacio (1). Tan pronto como penetro en los territorios situados al Norte de la Media, paso al zendo. Descubro allí todavía el semítico, esta vez en un estado de completa subordinación. Si me dirigiese hacia el Sur, el pehlvi,

(1) F. de Saulcy, *Recherches analytiques sur les inscriptions cunéiformes du système médique.*

siempre indogermánico, me ofrecería sin embargo una abundancia mayor de elementos tomados a Sem. Lo evito, avanzo más hacia el Nordeste, y los primeros parajes hindúes me ofrecen en seguida el mejor tipo conocido de las lenguas de la especie blanca, presentándome el sánscrito (1).

De estos hechos saco la consecuencia de que a medida que desciendo hacia el Mediodía, mayor grado de alianza semítica descubro, y que a medida que me elevo hacia el Norte, encuentro a los elementos blancos en un estado mejor de pureza y en una abundancia incomparable. Ahora bien: los Estados asirios eran, de todas las fundaciones camosemíticas, los más alejados en aquella dirección. Veíanse incesantemente afectados por inmigraciones, latentes o declaradas, procedentes de las montañas del Noroeste. Allí está, pues, la causa de su larga, de su secular preponderancia.

Ya se ha visto con qué rapidez se sucedían las invasiones. La dinastía semitocaldea, que puso fin a la dominación exclusiva de los Camitas, hacia el año 2000, fué derribada doscientos años después por nuevas bandas salidas de las montañas.

A éstas, la historia les da el nombre de Médicas. Habría motivo para mostrarse algo sorprendido de encontrar naciones indogermánicas tan en pleno Sudoeste, en una época todavía muy lejana, si, persistiendo en la antigua clasificación, se pretendiese fijar una rigurosa línea de demarcación entre los pueblos blancos, de diferentes orígenes, y separar netamente a los Semitas de las naciones cuyas ramas principales poblaron la India y más tarde Europa. Acabamos de ver que la verdad filológica rechaza este sistema de clasificaciones estrictas. Tenemos perfecto motivo para considerar a los Medos como fundadores de una dinastía asiria muy antigua, y para conceptuar a estos Medos como semitocaldeos o como pueblos arios o indogermánicos, según el aspecto bajo el cual se nos antoje apreciar la cuestión. Sirviendo de transición a ambas razas, participan de una y otra. Son indistintamente, desde el punto de vista geográfico, los últimos de los Semitas o los primeros de los Arios, conforme gustemos.

Ninguna duda tengo de que, por lo que respecta a las cualidades propias de la raza, estos Medos de primera invasión no fuesen superiores a los Semitas más mezclados con los negros con los cuales estaban emparentados. Argüiré por todo testimonio su religión, constituída por el magismo, denominación que se deriva del nombre del segundo rey de su dinastía, Zaratuschtra (2). No es que intente confundir a este monarca con el legislador religioso: éste vivía en una época mucho más antigua; pero la aparición del nombre de este profeta, llevado por un soberano, es una garantía de la existencia de sus dogmas dentro de la nación. Los Medos no estaban pues degradados por las monstruosidades de los cultos camíticos, y, con nociones religiosas más sanas, conservaban ciertamente mayor vigor militar y mayores facultades gubernamentales.

No era, sin embargo, posible que su dominación se mantuviese indefinidamente. Las razones que les impusieron una pronta decadencia son de diferente orden.

La nación médica no fué nunca muy numerosa — tendremos más tarde

(1) Klaproth, *Asia polyglotta*, p. 65.
(2) Lassen, *Indische Alterthumskunde*, t. I, p. 753.

ocasión de demostrarlo—, y si, en el siglo VIII antes de J.-C., recobró sobre los Estados asirios una autoridad perdida desde el año 2234 antes de nuestra era, débese a que entonces le ayudó poderosamente el bastardeo final de las razas camosemíticas, la ausencia completa de todo competidor al Imperio y la alianza de varias naciones arias, que, en la época de su primera invasión, no habían aún aparecido en las regiones del Sudoeste que ocuparon más tarde.

De manera que los Medos formaban una especie de vanguardia de la familia aria. No eran por sí mismos muy numerosos, ni estaban apoyados por los otros pueblos con ellos emparentados; y no sólo no lo estaban, porque éstos no habían descendido todavía hacia las regiones meridionales, sino porque, en aquellas épocas lejanas y después de la partida de los Arios Helenos, cuyas emigraciones lanzaban constantemente sobre el mundo asirio y cananeo enjambres de Semitas, una civilización imponente ejercía un inmenso imperio sobre la masa de los pueblos arios zoroástricos, en las regiones situadas entre el Caspio y el Indu-Koh, y, muy particularmente, en la Bactriana. Allí reinaba una populosa ciudad, Balk, *la madre de las ciudades*, para valerme de la expresión enfática empleada por las tradiciones iranias cuando tratan de pintar de un solo rasgo el poderío y la increíble autoridad de la antigua metrópoli del magismo.

En aquel punto habíase formado un centro de vida que, concentrando toda la atención y toda la simpatía de las naciones zoroástricas, las disuadía de entrar en la corriente asiria. Lo que conservaban de actividad, fuera de aquella esfera, lo proyectaban por entero del lado del Este, hacia las regiones de la India, hacia los países del Pendjab, donde estrechas relaciones de parentesco, importantes recuerdos, antiguas costumbres, la similitud del lenguaje y también los odios religiosos y el espíritu de controversia, que eran su consecuencia natural, polarizaban su pensamiento.

Los Medos, en sus empresas en el Asia Anterior, se encontraban, pues, reducidos a la mezquindad de sus únicos recursos, situación tanto más débil cuanto que se sucedían competidores ambiciosos: bandas de Semitas procedentes del Norte, para quebrantar su dominación.

A igualdad de número, estos Semitas no resultaban temibles. Pero al multiplicarse en densas oleadas, viéronse los Medos obligados a esfuerzos que no podían ser siempre afortunados, y tanto menos cuanto que los méritos iban, en definitiva, igualándose, y aun algo más que igualarse, a medida que pasaban los años.

Los dueños del trono residían en las ciudades de Asiria, sostenidos, sin duda, de lejos por su nación, separados sin embargo de ella y viviendo lejos de ellas, perdidos entre la multitud camosemítica. Su sangre se alteró, como se había alterado la de los Camitas blancos y la de los primeros Caldeos. Las incursiones semíticas, rechazadas al comienzo con vigor, dejaron de encontrar un día la misma resistencia. Ese día, abrieron brecha y la dominación médica fué tan definitivamente derribada, que la espada de los vencedores se impuso aun a la masa del pueblo, desalentado y abrumado por las multitudes que se les echaron encima.

Los Estados asirios habían vuelto a declinar bajo los últimos soberanos medos. Recobraron su esplendor, su omnipotencia en toda el Asia Anterior, con la nueva aportación de sangre fresca y escogida que vino, si no a

fortalecer sus razas nacionales, por lo menos a gobernarlas de lleno. Gracias a esta incesante serie de regeneraciones, Asiria se mantuvo a la cabeza de las regiones camosemíticas.

La nueva invasión dió origen, para el país-rey, a grandes extensiones territoriales.

Luego de haber sometido el país de los Medos, los conquistadores semitas hicieron incursiones hacia el Norte y el Este. Asolaron una parte de la Bactriana y penetraron hasta los primeros confines de la India. La Fenicia, en otro tiempo conquistada, lo fué nuevamente, y las ideas, las nociones, las ciencias, las costumbres asirias se difundieron más que nunca, y cobraron mayor arraigo. Las grandes empresas, las grandes creaciones se sucedieron rápidamente. Mientras que poderosos monárquicos babilónicos fundaban en el Este, en los alrededores de la actual ciudad de Kandahar, aquella ciudad de Kofen cuyas ruinas han sido descubiertas por el coronel Rawlinson, Mabudj se elevaba en el Éufrates, y Damasco y Gadara más al Oeste. Los civilizadores semitas cruzaban el Halys, y organizaban en la costa de la Tróade, en los países lidios, soberanías que, más tarde independientes, tuvieron para siempre a orgullo el haber debido a ellos su origen.

Es inútil seguir el movimiento de estas dinastías asirias, que conservaron por tantos siglos el gobierno del Asia Anterior en manos regeneradoras. Mientras las regiones vecinas de Armenia y adosadas al Cáucaso aportaron una población más blanca que las que habitaban en las llanuras meridionales, las fuerzas de los Estados asirios se renovaron siempre adecuadamente. Una sola dinastía de Árabes Ismaelitas interrumpió (de 1520 a 1274 antes de J.-C.) el curso del poderío caldeo. Una raza degenerada fué así reemplazada por Semitas del Sur, menos corrompidos que el elemento camítico, tan presto a pudrir todas las aportaciones de sangre noble en los países mesopotámicos. Pero tan pronto como los Caldeos, más puros que la familia ismaelita, se mostraron de nuevo, ésta descendió del trono para cedérselo a ellos.

Vemos, pues, que en las elevadas esferas del poder, allí donde se elaboran las ideas civilizadoras, nada destacan ya los Camitas negros, ni deben tenerse nunca más en cuenta. Sus masas se han humillado completamente bajo las capas sucesivas de los Semitas. Dentro del Estado no cuentan sino como número, y no desempeñan el menor papel. Pero, pese a su aparente humillación, su misión no es menos terrible y decisiva. Es el fondo estacionario en el cual todos los conquistadores van, tras escasas generaciones, a abatirse y hundirse. Al comienzo, de aquel terreno corrompido sobre el cual avanzan triunfalmente los vencedores, el barro no les llega sino hasta el tobillo. Pronto se hunden las piernas, y la inmersión rebasa la cabeza. Así fisiológicamente como moralmente, la inmersión es completa. En la época de Agamenón, lo que más impresionó a los Griegos fué el color de Memnón, hijo de la Aurora, que acaudillaba a los Asirios llegados en auxilio de Príamo. A aquellos pueblos orientales los rapsodas les aplicaban sin vacilación el nombre significativo de Etíopes.

Después de la destrucción de Troya, los mismos motivos comerciales que habían llevado a los Asirios a favorecer el establecimiento de ciudades marítimas en los países de los Filisteos y en el Norte del Asia Menor, les indujeron igualmente a perdonar a los Griegos la destrucción de una ciudad,

tributaria suya, y a proteger la Jonia. Su objetivo era poner fin al monopolio de las ciudades fenicias, y, en consecuencia, luego de sucumbir los Troyanos, se permitió que sus vencedores los reemplazasen. Los Griegos asiáticos se convirtieron así en los factores predilectos del comercio de Nínive y de Babilonia. Es la primera prueba que hemos podido descubrir de esa verdad tan a menudo repetida por la Historia: que si la identidad de raza crea entre los pueblos la identidad de destinos, no determina en modo alguno la identidad de intereses y, por tanto, la afección mutua.

Así, en toda el Asia Anterior se vivía bajo la dirección de los Asirios. Si había que triunfar, se triunfaba gracias a ellos, y todo lo que trataba de substraerse a su dominio permanecía débil y lánguido. Aun esa independencia funesta no era nunca sino relativa, incluso entre las tribus nómadas del desierto. No había nación, grande o pequeña, que no sufriese la influencia de la población y del poderío de la Mesopotamia. Sin embargo, entre aquellos que menos la experimentaban, parecen figurar en primera fila los hijos de Israel. Afectaban ser más celosos de su individualidad que ninguna otra tribu semita. Deseaban pasar como una raza pura, y se aislaban de todo lo que les rodeaba. Por este solo título merecerían ocupar en estas páginas un lugar aparte, si las grandes ideas que suscita su nombre no se lo hubiesen reservado ya de antemano.

Los hijos de Abraham cambiaron muchas veces de nombre. Empezaron llamándose Hebreos. Pero este título, que compartían con tantos otros pueblos, era demasiado vasto, demasiado general, y fué sustituído por el de hijos de Israel. Más tarde, después que Judá hubo aventajado en esplendor y en gloria todos los recuerdos de sus patriarcas, se denominaron Judíos. Finalmente, después de la toma de Jerusalén por Tito, ese gusto del arcaísmo, esa pasión de los orígenes, triste reconocimiento de la impotencia presente que no deja nunca de sobrecoger a los pueblos caducos, sentimiento natural y conmovedor, los llevó a recobrar el nombre de Hebreos.

Esta nación, a despecho de lo que ella haya pretendido, no poseyó nunca, lo mismo que los Fenicios, una civilización propia. Se limitó a seguir los ejemplos llegados de la Mesopotamia, impregnándolos algo de sabor egipcio.

Las costumbres de los Israelitas, en su período más bello, en los tiempos de David y de Salomón (1), fueron enteramente tirias y por lo tanto ninivitas. Sabido es con qué dificultad y también con qué dudosos éxitos, los esfuerzos de sus sacerdotes tendieron constantemente a mantenerlos alejados del emanatismo oriental.

Si los hijos de Abraham hubiesen podido preservar la pureza relativa de raza que aportaban con ellos, no cabe duda que hubieran conservado y extendido aquella preponderancia que con el padre de sus patriarcas lograron ejercer sobre los pueblos cananeos más civilizados, más ricos, pero menos enérgicos, por lo mismo que eran más negros. Desgraciadamente, a despecho de prescripciones fundamentales, a pesar de las prohibiciones sucesivas de la ley, a pesar incluso de los terribles ejemplos de reprobación que recuerdan los nombres de los Ismaelitas, de los Edomitas, descendientes ilegítimos y repudiados del tronco abrahámico, distaron mucho de aliarse con

(1) Ewald, *Geschichte des Volkes Israël*, t. I, p. 87.

los de su propia sangre. Desde sus primeros tiempos, la política les obligó a aceptar la alianza de varias naciones repudiadas, de residir en medio de ellas, de mezclar sus tiendas de campaña y sus rebaños con los del extranjero, y los muchachos de ambas familias se encontraban en las cisternas. Por lo demás, los patriarcas fueron los primeros en violar la ley. Las genealogías mosaicas nos enseñan, es cierto, que Sara era hermana consanguínea de su marido, y por consiguiente de sangre pura. Pero si Jacob se desposó con Lía y Raquel, primas suyas, de las cuales tuvo ocho hijos, otros cuatro hijos suyos, que son igualmente contados entre los verdaderos padres de Israel, nacieron de las dos sirvientas Bala y Zelfa. El ejemplo dado fué seguido por sus retoños.

En las épocas siguientes, encontramos otras alianzas étnicas, y cuando llegamos a la época monárquica, es imposible enumerarlas, dado lo comunes que resultaban.

El reino de David, que se extendía hasta el Éufrates, abrazaba pueblos bien diversos. No cabía hablar, pues, de pureza étnica. La mezcla penetró por todos los poros, en los miembros de Israel. Es verdad que el principio subsistió; que más tarde Zorobabel ejerció severidades aprobadas contra los individuos casados con muchachas de las naciones. Pero la integridad de la sangre de Abraham no había dejado de desaparecer, y los Judíos aparecían tan manchados por la mezcla melania como los Camitas y los Semitas entre los cuales vivían. Hebreos y gentiles estaban cortados, en verdad, según un mismo modelo. En fin, he aquí lo que sigue, a un tiempo una prueba y una consecuencia: ni en los tiempos de Josué, ni bajo David o Salomón, ni cuando reinaron los Macabeos, lograron los Judíos ejercer sobre los pueblos circundantes, sobre tantas pequeñas naciones afines, aunque tan débiles, una superioridad un tanto duradera. Fueron como los Ismaelitas, como los Filisteos. Gozaron unos días, sólo unos pocos días de poderío, y la igualdad, por lo demás, fué completa con sus rivales.

He explicado ya por qué los Ismaelitas, los hijos de Ismael, los de Edom y de Amalek, compuestos de los mismos elementos fundamentales negros, camitas y semitas que los Fenicios y los Asirios, permanecieron constantemente en el más bajo nivel de civilización típica de la raza, dejando a los pueblos de la Mesopotamia el papel inspirador y dirigente. Débese a que los elementos de origen blanco se renovaban periódicamente entre estos últimos, y nunca entre aquéllos. No lograron, pues, llevar a cabo conquistas estables, y cuando tuvieron ocasión de perfeccionar sus costumbres, no pudieron hacer sino imitar la cultura asiria, sin aportar a ella nada de su parte, siguiéndola, creo yo, como los provincianos siguen las modas de la capital. Los tirios, con ser grandes mercaderes, no tenían mayor inspiración. No comprendían sino de una manera incompleta lo que les enseñaba Nínive. Salomón, a su vez, cuando quiso construir su templo, haciendo venir de Tiro arquitectos, escultores y bordadores, no obtuvo la última palabra de los talentos de su época. Es verosímil que, en las magnificencias que deslumbraron tan intensamente a Jerusalén, la mirada de una persona de gusto llegada de Nínive no hubiera descubierto sino una copia hecha de segunda mano de las cosas bellas que había contemplado en el original en las grandes metrópolis mesopotámicas, adonde el Occidente, el Oriente, la India

y también la China, al decir de Isaías (1), enviaban, sin cesar, todo lo que allí había de más perfecto en todos los géneros.

Nada más sencillo. Los pequeños pueblos de que hablo en este momento eran Semitas demasiado camitizados para desempeñar otro papel que el de satélites en un sistema de cultura que, por lo demás, siendo el de su raza, les convenía, y que no requería, para parecer perfecto, sino leves modificaciones locales. Fueron precisamente estas modificaciones locales las que, reduciendo los esplendores ninivitas al grado deseado por naciones oscuras y pobres, crearon el aminoramiento de la civilización. Transportados a Babilonia, el Fenicio, el Hebreo, el Árabe, poníanse a la altura del resto de la población, excepto quizá los Semitas del Norte, más recientemente llegados, y mostrábanse hábiles en sacudir los lazos que les imponía la mediocridad de sus ambientes nacionales; pero aquello no era sino pura imitación, y nada más. En esos grupos fraccionarios no residía la excelencia del tipo.

No dejaré a los Israelitas sin dedicar unas palabras a ciertas tribus que vivieron largo tiempo entre ellos, en los distritos situados al Norte del Jordán. Esta misteriosa población parece no haber sido otra que los restos conservados puros de algunas de las familias melanias, de aquellos negros antaño dueños del Asia Anterior, antes de la llegada de los Camitas blancos. La descripción que los libros sagrados nos ofrecen de aquellos hombres miserables es precisa, característica, terrible, por la idea de profunda degradación que sugiere.

En los tiempos de Job no habitaban sino en el distrito montañoso de Leir o Edom, al Sur del Jordán. Abraham los conoció ya allí. Esaú habitó entre ellos, y, consecuencia natural en aquel tiempo, tomó, como una de sus esposas, una de sus mujeres, Oolibama, hija de Ana, hija de Sebeón, de suerte que los hijos que de ella tuvo, Jehus, Jhelon y Coré, resultaron unidos muy directamente por su madre con la raza negra.

Los Setenta designan a estas tribus con el nombre de Korrheos; la Vulgata, menos exacta, las denomina Horrheos, y son mencionados así en varios pasajes de las Escrituras. Vivían entre las rocas y se refugiaban en las cavernas. Su nombre significa, en hebreo, *trogloditas*. Sus tribus poseían comunidades independientes. Todo el año, viviendo al azar, iban robando cuanto encontraban, asesinando si era posible. Su talla era muy elevada. En exceso miserables, los viajeros los temían por su ferocidad. Pero toda descripción palidece ante los versículos de Job. He aquí el pasaje:

«Hacen mofa de mí aquellos de cuyos padres no echaría yo mano ni aun para que con mis perros guardaran mi ganado.

»Hombres inhábiles e inútiles para todo, y que ni el aire que respiraban merecían.

»Sin industria, ni maña, vivían siempre solos, en hambre y pobreza, royendo las raíces del campo, traspillados y desfigurados de la calamidad y miseria.

»Y comían hierbas y cortezas de árboles, y se alimentaban en vez de pan con raíces de enebros.

»Habitaban en los barrancos de los arroyos, y en las cavernas de la tierra, y entre las breñas.

---

(1) Isaias, XLIX, 12, Lassen, *Indische Alterthumskunde*, t. I, p. 857.

»Con estas cosas se deleitaban y alegraban, y contaban por delicia estar debajo de los espinos.

»Gente de poquísimo talento, muy despreciable, y más vil que la tierra.» (Job, XXX, 1-4-6-8.)

Los nombres de estos salvajes son semíticos, si hay que emplear absolutamente la expresión abusiva consagrada; pero, de expresarnos de una manera más exacta, las lenguas negras reclaman la paternidad directa de ellos. En cuanto a los seres que ostentaban esos nombres, ¿cabe imaginar nada más degradado? ¿No creeríamos leer, en las palabras del santo varón, una descripción exacta del Bosquímano y del Pelágico? En realidad, el parentesco que unía al antiguo Korrheo con esos negros embrutecidos es íntimo. En estas tres ramas de la especie melania se reconoce, no el tipo mismo de los negros, sino un grado de envilecimiento al que sólo puede descender esta rama de la humanidad. Quiero admitir que la opresión ejercida por los Camitas sobre aquellos miserables seres, como la de los Cafres sobre los Hotentotes y la de los Malayos sobre los Pelágicos, pueda considerarse como la causa inmediata de su envilecimiento. Téngase, sin embargo, la certeza de que semejante excusa, encontrada por la filantropía moderna al embrutecimiento y a sus oprobios, no tuvo nunca necesidad de ser invocada para los pueblos de nuestra familia. Ciertamente las víctimas no dejaron de producirse en ella, lo mismo que entre los negros y los amarillos. Los pueblos vencidos, los pueblos vejados, tiranizados, arruinados, han figurado y figurarán allí en multitud. Pero, en tanto subsiste una gota de sangre de los blancos en una nación, el relajamiento, a veces individual, no llega nunca a generalizarse. Se citará, sí, se citará a multitudes reducidas a una condición abyecta, y se dirá que sólo la desgracia ha podido llevarlas a ello. Se verá a esos miserables viviendo en los. matorrales, devorando crudos los lagartos y las serpientes, andando desnudos por las playas, careciendo a lo mejor de la mayoría de vocablos necesarios para formar una lengua, y perdiéndolos juntamente con la suma de ideas o de necesidades representadas por estas palabras, y el misionero no encontrará otra solución a tan triste problema que las crueldades de un vencedor despótico y la carencia de alimento. Es un error. Observémoslo más cuidadosamente. Los pueblos descendidos a ese ínfimo nivel serán siempre Negros y Fineses, y, al contrario, en ninguna página de la historia de los pueblos blancos más desdichados se verá nunca el recuerdo de un pasado tan abyecto. Los anales primitivos no pueden, pues, hacernos descubrir nuestros antepasados blancos en estado salvaje; al contrario, nos los muestran dotados de la aptitud y de los elementos civilizadores, y he aquí, además, establecido un nuevo principio, del que el desencadenamiento de los siglos nos aportará incesantes demostraciones: nunca aquellos gloriosos antepasados pudieron ser llevados por los infortunios más abrumadores a aquel punto deshonroso del cual no habían venido. Es esta, me parece, una gran prueba de su superioridad absoluta sobre el resto de la especie humana.

Los Korrheos cesaron de resistir y desaparecieron. Desposeídos de lo poco que les quedaba de sus padres, hijos de Esaú, de Ooolibama, Edomitas, se extinguieron ante la civilización, como se extinguen hoy los aborígenes de la América septentrional. No desempeñaron ningún papel político. Sus expediciones no fueron más que piraterías. Por la historia de Goliat se sabe que

ya no servían sino para satisfacer los odios de sus expoliadores contra los Israelitas.

En cuanto a los Judíos, permanecieron fieles a la influencia ninivita mientras fué ejercida por los Semitas. Más tarde, cuando el cetro hubo pasado a manos de los Arios zoroástricos, como las relaciones de raza no existían ya entre los dominadores de la Mesopotamia y las naciones del Sudoeste, pudo haber, sí, obediencia política, pero no hubo ya comunidad de ideas. Pero estas consideraciones resultarían aquí prematuras. Antes de descender a las épocas en que ellas deben encontrar su sitio, me quedan por examinar muchos hechos, entre los cuales los que se refieren a Egipto reclaman inmediatamente la atención.

CAPÍTULO V

Los Egipcios; los Etíopes

Hasta el presente no se ha tratado sino de una única civilización, surgida de la mezcla de la raza blanca de los Camitas y de los Semitas con los negros, y que he denominado asiria. Ésta adquirió una influencia no sólo prolongada, no sólo duradera, sino eterna, y no hay exageración en considerarla, incluso en nuestros tiempos, como mucho más importante por sus consecuencias que todas las que han ilustrado al mundo, a excepción de la última.

De todos modos, a la idea de la supremacía de dominación, sería inexacto juntar la de anterioridad de existencia. Las llanuras del Asia Inferior no vieron florecer Estados regulares antes que cualquier otro país de la Tierra. Más tarde me ocuparé de la extrema antigüedad de los Estados hindúes; de momento, voy a hablar de los gobiernos egipcios, cuya fundación es probablemente sincrónica a la de los países ninivitas. La primera cuestión a debatir, es el origen de la parte civilizadora de la nación que habitaba en el valle del Nilo.

La fisiología, interrogada acerca de este particular, responde con una precisión muy satisfactoria: las estatuas y las pinturas más antiguas acusan de manera irrefragable la presencia del tipo blanco (1). Se ha citado a menudo con razón, por la belleza y la nobleza de sus rasgos, la cabeza de la estatua conocida en el Museo Británico con el nombre del Joven Memnón (2). Asimismo, en otros monumentos figurados, cuya fundación se remonta precisamente a las épocas más lejanas, los sacerdotes, los reyes, los jefes militares pertenecen, si no a la raza blanca perfectamente pura, por lo menos a una variedad que no se ha alejado todavía mucho de ella. Sin embargo, el ensanchamiento de la cara, la magnitud de las orejas, el relieve de los pómulos, el grueso de los labios, son otros tantos caracteres frecuentes en las representaciones de los hipogeos y de los templos, y que,

---

(1) Wilkinson, *Customs and manners of the ancient Egyptians*, t. I, p. 3.

(2) A. W. v. Schlegel, *Vorrede zur Darstellung der Ægyptians Mythologie*, von Prichard, übers, von Z. Haymann (Bonn, 1837), p. XIII.

variados hasta el máximo y graduados de cien maneras, no permiten poner en duda la infusión bastante intensa de sangre de negros de dos variedades, de cabellos lisos y crespos. No cabe, en esta materia, oponer nada al testimonio de las construcciones de Medinet-Abú. Así, puede admitirse que la población egipcia tenía que combinar los elementos siguientes: negros de cabellos lisos, negros de cabeza lanosa, y después una inmigración blanca que prestaba vida a toda esa mezcla.

La dificultad está en decidir a qué rama de la familia noble pertenecía este último término de la mezcla. Blumenbach, citando la cabeza de un Ramsés, la compara al tipo hindú. Esta observación, no obstante ser muy justa, no puede bastar desgraciadamente para formar un juicio definitivo, porque la extrema variedad que presentan los tipos egipcios de las diferentes épocas oscila mucho, como es fácil concebir, entre los datos melanios y los rasgos de los blancos. Por doquier, en efecto, incluso en la cabeza atribuída a Ramsés, los rasgos todavía muy bellos y muy aproximados a los del tipo blanco resultan ya, sin embargo, asaz alterados, por efecto de las mezclas, para ofrecer un comienzo de degradación que desconcierte las ideas e impida fijarlas. Además de esta razón decisiva, no debe nunca olvidarse tampoco que las apariencias fisonómicas no proporcionan a menudo más que razones muy imperfectas, cuando se trata de decidir acerca de matices (1). Si, pues, la fisiología basta a demostrarnos que la sangre de los blancos corría por las venas de los Egipcios, no puede decirnos a qué rama se había tomado esa sangre, si era camita o aria. Para nosotros es, sin embargo, suficiente que nos afirme el hecho globalmente y desvirtúe por completo la opinión de Guignes, según la cual los antepasados de Sesostris habían sido una colonia china, hipótesis descartada hoy de toda discusión.

La historia, más explícita que la fisiología, asusta sin embargo por el alejamiento excesivo en el cual parece querer apoyarse y ocultar los orígenes de la nación egipcia. Después de tantos siglos de investigaciones y de esfuerzos, no ha habido todavía manera de entenderse acerca de la cronología de los reyes, acerca de la composición de las dinastías, y todavía mucho menos acerca de los sincronismos que unen los hechos acontecidos en el valle del Nilo con los acontecimientos registrados en otras partes. Aquel rincón de los anales humanos no ha cesado de ser uno de los terrenos más movedizos, más variables, de la ciencia; a cada instante un descubrimiento o tan sólo una teoría lo desplaza.

Según un autor inglés, habría que situar el momento más brillante de la civilización, de las artes y del poderío militar de Egipto, en la época estrictamente histórica entre el reino de Osirtasen, rey de la 18.ª dinastía, y el de Diospolito de la 19.ª, Ramsés III, el Mi-A-Mun de los monumentos, es decir, entre el año 1740 y el año 1355 antes de J.-C. De todos modos, ese esplendor no estaba en sus comienzos. La época en que fueron construídas las pirámides se remonta más allá. Calculemos, con el método de explicación más comúnmente aplicado al relato de Eratóstenes, que las pirámides situadas al Norte de Memfis, generalmente conceptuadas como las más antiguas, fueron construídas hacia el año 2120 antes de J.-C. por

---

(1) Shaffarik, *Slawische Alterthümer*, t. I, p. 24.

Sufis y su hermano Sensufis. Así, en 2120 antes de J.-C. el Egipto habría presentado ya un estado de civilización muy avanzado y capaz de acometer y de llevar a buen fin los trabajos más sorprendentes realizados por la mano del hombre. La emigración blanca habría, pues, tenido efecto antes de esa época, puesto que cada grupo de pirámides pertenece a una época diferente, y que cada pirámide, en particular, debió de costar demasiados esfuerzos para que una sola generación pudiese emprender la construcción de varias de ellas.

¿Quiere suponerse que una rama camita haya avanzado hasta las regiones del Nilo, entre Syene y el mar, y haya fundado allí la civilización egipcia? Esta hipótesis se destruye por sí misma. ¿Por qué aquellos Camitas, después de haber establecido un Estado considerable, hubieran roto en seguida toda relación con los otros pueblos de su raza, alejándose de la ruta seguida por estos últimos, y avanzando en sus emigraciones hacia el África, lejos del Mediterráneo, lejos del Delta, para inventar allí, en el aislamiento, una civilización enteramente egoísta, hostil en mil puntos a la de los Camitas negros? ¿Cómo habrían adoptado una lengua tan sumamente diferente de los idiomas de sus congéneres? No vemos a estas objeciones una respuesta razonable. Los Egipcios no son, pues, Camitas, y hay que dirigirse a otro lado.

La antigua lengua egipcia se compone de tres partes. Una pertenece a las lenguas negras. La otra, procedente del contacto de estas lenguas negras con el idioma de los Camitas y de los Semitas, produce aquella mezcla que toma el nombre de la segunda de estas razas. Finalmente se presenta una tercera parte, muy misteriosa, muy original sin duda, pero que, en varios puntos, parece revelar afinidades arias y cierto parentesco con el sánscrito. Este hecho importante, si estuviese sólidamente establecido, podría considerarse como concluyente y a propósito para trazar el itinerario de los colonos blancos de Egipto, desde el Pendjab hasta la embocadura del Indo, y de allí hasta el valle superior del Nilo. Desgraciadamente, aunque indicado, no está claro y no puede servir más que de índice. Sin embargo, no es imposible encontrar motivos en que apoyarlo.

Por mucho tiempo se ha considerado que las regiones bajas de Egipto habían formado parte primitiva del país de Misr. Era una opinión equivocada. Los lugares en que la civilización egipcia desarrolló sus más antiguos esplendores, se encuentran enteramente por encima del Delta. Fuera de la costa arábica — ya que el carácter estéril del suelo no permitía allí vastos establecimientos —, la colonización antigua no se aleja mucho de ella ni trata todavía de alcanzar las riberas del Mediterráneo. Probablemente, no quería romper toda relación con la antigua patria. A pesar de los arenales, a pesar de las rocas que bordean el golfo por donde pudo llevarse a cabo la inmigración, existían en aquellas orillas puestos de comercio, entre otros, Filoteras, todos unidos al centro fértil en el cual se movían principalmente los habitantes, por medio de estaciones establecidas en el desierto, Wadi-Djasus, por ejemplo, cuyos pozos fueron reparados, como es sabido, por Amunm-Gori (1686 antes de J.-C., según Wilkinson; en una fecha más antigua, en opinión del caballero Bunsen), y cuando los Egipcios no poseían nada del lado de Palestina. Hay incluso motivo para creer que las minas de esmeraldas de Djebel-Zabara estaban ya explotadas antes de esa época. En

las tumbas de los Faraones de la 18.ª dinastía, el lapislázuli y otras piedras preciosas, originarias de la India, se encontraban en abundancia. No hablo aquí de los vasos de porcelana, llegados indudablemente de la China, y descubiertos en hipogeos cuya fecha de fundación es desconocida. Esta última circunstancia nos da, por sí sola, derecho a atribuir estos monumentos y su contenido a una época muy remota.

De que los Egipcios estuviesen establecidos en el centro del valle del Nilo, infiero que no pertenecían a las naciones camitas y semitas, cuya ruta hacia el África occidental era, al contrario, la ribera mediterránea. De que en todas las representaciones figuradas manifiesten el carácter evidentemente caucásico, deduzco que la parte civilizadora de la nación tenía un origen blanco. De las huellas arias que se encuentran en su lengua, infiero también, desde ahora, su primitiva identidad con la familia sánscrita. A medida que vayamos avanzando en el examen del pueblo de Isis, numerosos detalles confirmarán, uno tras otro, estas premisas.

He mostrado que en las épocas históricas más lejanas, los Egipcios mantuvieron escasas o malas relaciones con los pueblos camitas o semitas y los países habitados por estos pueblos; mientras que, por el contrario, parecen haber mantenido relaciones seguidas con las naciones marítimas del Sudeste. Su actividad se dirigía tan naturalmente de este lado y las transacciones a que ello daba lugar revestían un grado tal de importancia, que en los tiempos de Salomón el comercio entre ambos países rebasaba, en un solo viaje de importación, una suma equivalente a 80 millones de francos.

Aun reconociendo el origen sánscrito del núcleo civilizador de la raza, no cabría negar que, desde una época muy antigua, esta raza se impregnó intensamente de sangre de los negros y se mezcló también a numerosos grupos camitas y semitas. Pese a esta descendencia múltiple, los Egipcios se creían y se llamaban autóctonos. Lo eran, en efecto, en tanto que herederos, por la sangre de los aborígenes melanios. Sin embargo, de atenernos a la parte más noble de su genealogía, nos negaremos a compartir su opinión y, persistiendo en considerarlos como inmigrantes, no tanto del Norte y del Este como del Sudeste, descubriremos en la constitución de sus costumbres las huellas muy visibles de la filiación que la ignorancia les llevaba a repudiar.

A la feroz religión de las naciones asirias los Egipcios oponían las magnificencias de un culto, si no más ideal, por lo menos más humano, que, después de haber abolido en los tiempos del antiguo Imperio, bajo los primeros sucesores de Menés, la costumbre negra de las matanzas hieráticas, no osó intentar nunca hacerla reaparecer.

Los principios generales del arte religioso practicados en Tebas y en Memfis no temían ciertamente reproducir la fealdad, pero no buscaban en demasía lo horrible, y aun cuando la imagen de Tifón y otras más sean bastante repulsivas, la divinidad egipcia afecta las formas grotescas mejor que las contorsiones de la bestia salvaje o las muecas del caníbal. Estas desviaciones del gusto, mezcladas a un verdadero carácter de grandeza e impuestas evidentemente por la cantidad negra infusa en la raza, estaban dominadas por el valor especial de la parte blanca, que, superior cuanto cabe suponerlo, a juzgar por este mismo hecho, al afluente camo-

semítico, se mostraba más moderada, y forzaba al elemento negro a incurrir en el ridículo, abandonando lo atroz.

Resultaría sin embargo exagerado alabar en demasía a los pueblos ribereños del Nilo. Si, desde el punto de vista de la moralidad, debemos felicitarnos de que una sociedad resulte más ridícula que malvada, desde el punto de vista de la fuerza, hay que compadecerla. Las naciones asirias tuvieron la culpable desdicha de bastardear sus conciencias a los pies de las monstruosas imágenes de Astarté, de Baal, de Melkart, de aquellos horribles ídolos encontrados en el suelo de la Cerdeña así como en el umbral de las puertas de Khorsabad; pero los habitantes de Tebas y de Memfis mostráronse, por su parte, bastante envilecidos, por su alianza con la raza aborigen, para prostituir su adoración ante lo que de más humilde ofrecen el reino vegetal y la naturaleza animal. No hablemos aquí de la cobra *di capello,* cuyo culto simbólico, común a los habitantes de la India y de Egipto, no era quizá sino una importación de la madre patria (1). Dejemos también a un lado a los cocodrilos y todo lo que pueda inspirar terror, eterno culto de quien lleva en las venas sangre de negro. La infatuación a propósito de seres inofensivos, como el macho cabrío, el gato, el escarabajo; o a propósito de legumbres que no ofrecían sino algo de muy vulgar en sus formas y en sus particularidades: he aquí lo que es peculiar de Egipto; de suerte que la influencia negra, aun resultando allí dominada, no dejaba de hacerse sentir tan intensamente como en Canaán y en las tierras de Nínive. Sólo reinaba lo absurdo; y la acción melania, tan naturalmente poderosa, no difería en intensidad y forma sino según el carácter particular de la influencia blanca, que aun la dirigía, dejándose obscurecer por ella. De ahí las diferencias de las dos nacionalidades asiria y egipcia.

No confundo enteramente el culto de Apis, ni menos aún el respeto profundo de que eran objeto la vaca y el toro, con el culto de los vegetales. La adoración, en tanto que homenaje rendido a la Divinidad, es, sin duda, un testimonio de respeto algo extremo; y cuando se da a la cosa creada el sentimiento de que parte, ese error puede muy bien provenir de las mismas fuentes que las otras apoteosis condenables. Pero, en el fondo de la simpatía egipcia por la raza bovina, hay algo ajeno al puro y simple fetichismo. Debemos atribuirlo sin escrúpulos a las antiguas costumbres pastorales de la raza blanca, y, como a la veneración otorgada a la cobra *di capello,* asignarle un origen hindú. Es un desatino cuyo origen no es grosero.

Haré la misma reserva con respecto a otras similitudes muy acusadas, tales como los personajes de Tifón, el amor al loto y, ante todo, la fisonomía particular de la cosmogonía, muy emparentada con las ideas brahmánicas. En verdad, es a veces peligroso prestar una fe demasiado explícita a las conclusiones sacadas de comparaciones análogas. Las ideas pueden a menudo viajar semimuertas y acabar regenerándose en un terreno a propósito para que arraiguen, después de haber pasado por multitud de ambientes. Así se verían defraudadas las esperanzas que hubiera cabido concebir de su presencia en dos puntos extremos, para reconocer una identidad de raza en sus diferentes posesores. Esta vez, sin embargo, es difícil man-

---

(1) Schlegel, *Préface à la Mythologie Egyptienne* de Prichard, p. XV.

tenerse receloso. La hipótesis más desfavorable a la comunicación directa entre los Hindúes y los Egipcios consistirá en suponer que las nociones teológicas de los primeros habrían pasado del territorio sagrado a la Gedrosia, y de allí a las diversas tribus árabes, para ir a parar a los segundos. Ahora bien, los Gedrosianos eran unos miserables bárbaros, detritos inmundos de las tribus negras. Los Árabes se libraban enteramente a las nociones de los Camitas, y no se encuentra entre ellos la menor huella de las de que se trata. Estas últimas procedían, pues, directamente de la India, sin transmisión intermediaria. Es otro gran argumento en favor del origen ario del pueblo de los Faraones.

No consideraré como tan concluyente una particularidad que, a primera vista, sorprende, sin embargo, bastante. Me refiero a la existencia, en ambos países, del régimen de castas. Esta institución parece mostrar un sello tal de originalidad, que nos inclina a considerarla como el resultado de una fuente única, y a reconocer una identidad de origen en los pueblos donde aquélla se encuentra. Pero, reflexionándolo mejor, no tardamos en convencernos de que la organización genealógica de las funciones sociales no es sino una consecuencia directa de la idea de desigualdad de las razas entre sí, y de que dondequiera que ha habido vencedores y vencidos, principalmente cuando estos dos polos del Estado han sido visiblemente separados por barreras fisiológicas, ha surgido en los fuertes el deseo de asegurar el poder a sus descendientes, obligándolos a mantener pura, en el grado de lo posible, aquella misma sangre cuyas virtudes consideraban como la causa única de su dominación. Casi todas las ramas de la raza blanca intentaron un día imponer este sistema exclusivo, y si generalmente no lo llevaron tan lejos como los guardadores de los *Vedas* y los adoradores de Osiris, débese a que los pueblos entre los cuales se encontraban habíanse fundido muy íntimamente con ellos. A este respecto, todas las sociedades blancas se han despertado demasiado tarde, así los Egipcios, como los demás, sin excluir a los Brahmanes. Su pretensión no podía surgir sino luego de conocidos los inconvenientes a evitar. Por lo mismo, no constituía sino un esfuerzo más o menos impotente.

Así, la existencia de las castas no supone en sí misma la identidad de los pueblos, puesto que existe entre los Germanos, entre los Etruscos, entre los Romanos, etc. Podría, sin embargo, responderse que, si la idea separatista debe producirse dondequiera que dos razas desiguales se hallan en presencia, no ocurre así con las variadas aplicaciones que de ella se han hecho, y se insistirá sobre esa gran semejanza en los sistemas de Egipto y de la India: la sujeción perpetua de los linajes a la profesión de sus antepasados. Está ahí, en efecto, la relación. Hay también la desemejanza, y es la siguiente: en Egipto, con tal que un hijo llene las mismas funciones que su padre, la ley se da por satisfecha; la madre podía salir de cualquier descendencia, excepto de una familia de pastores. Esta excepción contra los guardadores de ganados, corolario obligado de aquella otra que les prohibía la entrada a los santuarios, confirma perfectamente la tolerancia de la regla. Del resto, abundan los ejemplos. Hay reyes que se desposan con negras; ejemplo, Amenofis I; otros son mulatos, como Amenofis II, y la sociedad, fiel a la letra de la institución, no parece en modo alguno preocupada de atenerse a ella ni de comprender siquiera su espíritu.

En fin, he aquí dos últimas pruebas, que son ciertamente las más concluyentes.

Los anales egipcios señalán la fecha de la institución de las castas y atribuyen este honor a uno de sus primeros reyes, el tercero de la tercera dinastía, el Sesonchosis del escoliasta de los Argonautas, el Sesostris de Aristóteles.

Segundo argumento: la antigüedad tan remota en la cual habría que situar la época en que los emigrantes arios se alejaron de las bocas del Indo para dirigirse hacia el Oeste, hace inadmisible el origen sánscrito de la ley, atendido que entonces ésta no existía ciertamente en el mismo país, que goza, a este respecto, de una especie de reputación clásica.

Acabo de probar que no trato de reforzar mi opinión con un argumento que juzgo frágil. Ahora añadiré que al pronunciarme contra todas las conclusiones directas que cabe sacar de la existencia simultánea de las castas en la India y en Egipto, disto mucho de sostener que no quepa llegar a inducciones colaterales, que no dejan de corroborar de una manera muy útil el principio de la comunidad de origen: tal es la veneración igual por los ministros del culto, su larga dominación y la dependencia bajo la cual han sabido mantener la casta militar, incluso cuando ésta ha llevado la corona, triunfo que el sacerdocio camita no supo alcanzar, y que constituyó la gloria y la fuerza de las civilizaciones del Indo y del Nilo. Débese esto a que la raza aria es ante todo religiosa. Hay que observar todavía la constante intervención de los sacerdotes en las costumbres y los actos más íntimos del hogar doméstico (1). En Egipto, como en la India, vemos a los sacerdotes reglamentarlo todo, hasta la elección de los alimentos, y establecer, a este respecto, una disciplina más o menos análoga. En una palabra, aun cuando el número de castas no sea el mismo, la jerarquía resulta bastante parecida en ambos territorios. Es esto todo lo que conviene señalar acerca de unos hechos, al parecer secundarios, pero que ofrecen la ventaja de prestarse a un paralelo, fragmentos dispersos de una primitiva unidad, si no de instituciones, por lo menos de instintos, al mismo tiempo que de sangre.

Los monumentos más antiguos de la civilización egipcia se encuentran en las partes alta y media del país. Desdeñando el Norte y el Nordeste, las primeras dinastías dejaron huellas de una predilección evidente por la dirección opuesta, y sus comunicaciones con la India debieron de multiplicar necesariamente sus relaciones con las regiones situadas en aquella ruta, tales como la región de los Árabes Cusitas, la costa oriental del África y, quizá, algunas de las grandes islas del océano.

Sin embargo, nada indica sobre esos puntos, excepción hecha de la península del Sinaí, una acción regularmente dominadora, al revés de lo que se descubre hacia el Sur y hacia el Oeste africano. Allí, los Egipcios aparecen como amos. Por lo mismo el teatro principal de la antigua civilización egipcia deja que el Nilo descienda hasta el mar sin extenderse a lo largo del curso inferior del mismo; al paso que lo remonta más allá de Meroé y se aleja incluso de él para avanzar hacia la región occidental, bajo las palmeras del oasis de Ammón.

(1) Schlegel, *Obra citada*, p. XXIV.

Los antiguos se daban cuenta de esta situación cuando atribuían la denominación geográfica de Kusch (1), tanto al Alto Egipto y a una parte del Egipto Medio como a la Abisinia, a la Nubia y a los distritos del Yemen habitados por los descendientes de los Camitas negros. Debido a no haber adoptado este punto de vista, han sido muchas las preocupaciones por averiguar el valor de este nombre, extenuándose muy a menudo en la tarea de descubrirle un significado topográfico positivo. Ocurre con este vocablo lo que con tantos otros, India, Siria, Etiopía, Iliria, denominaciones vagas que han variado incesantemente según los tiempos y los movimientos de la política. Lo mejor que cabe hacer, es no tratar de atribuirles una rectitud científica que su buen uso está lejos de envolver. No haré, pues, ningún esfuerzo por precisar las fronteras de ese país de Kusch, en tanto que la Etiopía está así designada, y, considerando que, entre los territorios que abarca, Egipto aventaja indiscutiblemente a todos los demás y los enlaza alrededor de sus provincias superiores dentro de una civilización común, aprovecharé la circunstancia de que exista el vocablo, para hacer observar que podría emplearse muy adecuadamente para denominar el hogar y las conquistas de aquella antigua cultura, tan exclusivamente vuelta hacia el Sur, y extraña a las riberas del Mediterráneo.

Las pirámides son los imponentes restos de aquella gloria primitiva. Fueron construídas por las primeras dinastías que, sucediéndose desde Menés hasta la época de Abraham y aun algo después, tanto se han prestado hasta hoy a la discusión y tan poco a la certidumbre. Todo lo que conviene observar aquí es que, lo mismo allí que en Asiria, el gobierno empezó siendo ejercido por los dioses, de los dioses pasó a los sacerdotes, y de los sacerdotes a los jefes militares. Es la idea negra que reaparece en idéntica forma, suscitada por circunstancias enteramente análogas. Los dioses son los blancos; los sacerdotes, los mulatos de la casta hierática. Los reyes, son los jefes armados, autorizados por la comunidad de origen blanco para aspirar a la repartición del imperio, es decir, para apoderarse del gobierno de los cuerpos dejando el de las almas a sus rivales. Cabe suponer que la lucha fué larga y muy obstinada, que los pontífices no se dejaron arrebatar fácilmente la corona ni echar del trono, pues la realeza militar tuvo todos los caracteres, no de una victoria, sino de un pacto. El soberano podía pertenecer indiferentemente a una o a otra casta, la de los pontífices o la de los guerreros. Es la transacción. La restricción sigue a ella: si el soberano pertenecía a la segunda categoría, estaba obligado, antes de empezar a disfrutar de los derechos reales, a hacerse admitir entre los sacerdotes de los templos y a instruirse en las ciencias del santuario. Una vez convertido en hierofante de forma y de hecho, y únicamente entonces, el afortunado soldado podía llamarse rey, y, durante el resto de su vida, testimoniando un respeto sin límites por la religión y el sacerdocio, debía en su conducta privada y en sus costumbres más íntimas, no separarse nunca de las reglas de que los sacerdotes eran autores y guardadores. Hasta el fondo del retiro más particular de la existencia regia fijaban la mirada los rivales del soberano. Cuando se trataba de cuestiones públicas, la dependencia era todavía más estricta. No se ejecutaba nada sin la participación del hiero-

(1) Wilkinson, t. I, p. 4. Movers, t. II, 1.ª parte, p. 282.

fante: miembro del Consejo soberano, su voz tenía el peso de los oráculos; y como si todos esos lazos de servidumbre hubiesen parecido aún demasiado débiles para salvaguardar aquella parte tan enorme de poder, los reyes sabían que después de su muerte estarían sujetos a un juicio, no por parte de sus pueblos, sino por parte de sus sacerdotes; y en una nación que abrigaba sobre el más allá ideas tan particulares, cabe fácilmente imaginarse el terror que infundía en el espíritu del más audaz de los déspotas la idea de un proceso que, suscitado a su impotente cadáver, podía privarle de la más anhelada de las dichas, según el sentir de aquella sociedad: una magnífica sepultura y los postreros honores. Aquellos futuros jueces resultaban, pues, constantemente terribles, y toda prudencia era poca para no incurrir en su desagrado.

La existencia de un rey de Egipto, así encadenado, vigilado, contrariado, lo mismo en los puntos más importantes que en los detalles más fútiles, hubiera resultado intolerable, de no haberle sido ofrecida una compensación. Dejando a un lado los derechos religiosos, el monarca era todopoderoso, y lo que el respeto encierra de más refinado le era constantemente ofrecido de hinojos por los pueblos. No era un dios, es cierto, ni se le adoraba en vida; pero se le veneraba en tanto que árbitro absoluto de la vida y de la muerte, y también como personaje sagrado, puesto que él mismo era pontífice. Apenas si los más grandes estados eran lo bastante nobles para desempeñar cerca de él los más humildes servicios. A sus hijos se les reservaba el honor de seguirle detrás de su carroza, entre el polvo, llevando sus quitasoles.

Estas costumbres no dejaban de tener alguna analogía con las de Asiria. El carácter absoluto del poder, y la abyección que imponía a sus súbditos, se encontraban también en Nínive. Sin embargo, la esclavitud de los reyes frente a los sacerdotes no parece haber existido allí, y si nos fijamos en otra rama de los semocamitas negros, si volvemos la vista hacia Tiro, encontramos igualmente a un rey esclavo; pero allí es una aristocracia quien lo domina, y el pontífice de Melkart, figurando en las filas de los patricios como una fuerza, no representa ya la fuerza única o dominante.

De considerar las similitudes y desemejanzas desde el punto de vista étnico, las primeras aparecen en el relajamiento de los súbditos y en la enormidad del poder. La prerrogativa ejercida sobre seres brutales es completa, lo mismo en Egipto que en Asiria y que en Tiro. La razón de ello es que, en todos los países donde el elemento negro se encuentra sometido al poder de los blancos, la autoridad adquiere un carácter constante de atrocidad, debido, de una parte, a la necesidad de hacerse obedecer de seres ininteligentes, y, de otra parte, a la idea misma que esos seres se forjan de los derechos ilimitados del poder a su sumisión.

Por lo que a las desemejanzas se refiere, su origen estriba en que la rama civilizadora de Egipto era superior en mérito a las ramas de Cam y de Sem. Debido a ello, los Sánscritos Egipcios habían podido aportar, en el país de su conquista, una organización bastante diferente y sin duda más moral; pues es incontestable que, dondequiera que el despotismo resulta el único gobierno posible, la autoridad sacerdotal, incluso llevada al extremo, obtiene siempre los resultados más saludables, puesto que, por lo menos, aparece siempre más impregnada de inteligencia.

Después de los reyes y los sacerdotes de Egipto, no hay que olvidar a los nobles, quienes, parecidos a los Chatrías de la India, eran los únicos legalmente facultados para llevar las armas y cuya misión era defender al país. Suponiendo que se hubiesen distinguido en ello, parece que no mostraron menos energía en oprimir a sus inferiores. El pueblo bajo de Egipto era todo lo que hay de más desdichado, y su existencia, apenas garantizada por las leyes, se veía constantemente expuesta a las violencias de las clases altas. Se le condenaba a trabajar sin descanso; la agricultura devoraba sus sudores y su salud; aposentado en miserables chozas, moría de fatiga y de enfermedad sin que nadie se preocupase de él; y de las admirables mieses que producía, de los frutos maravillosos que hacía brotar, nada le pertenecía. Apenas se le cedía lo preciso para su sustento. Tal es el testimonio aportado sobre el estado de las clases bajas de Egipto por los escritores de la antigüedad griega (1). En verdad, cabe citar igualmente, en sentido contrario, las lamentaciones de los Israelitas fatigados de comer el maná del desierto. Aquellos nómadas echaron entonces de menos las cebollas del cautiverio. Mas el pueblo indígena se sentía impotente para imitar a los hijos de Israel en su Éxodo, y, nacido de una raza infinitamente menos noble, sentía también mucho menos su miseria. La huída de los Israelitas, juzgada desde este punto de vista, no es uno de los menores ejemplos de la resolución con que el genio de los pueblos aliados de cerca con la familia blanca sabía evitar el peligro de descender hasta el más profundo grado de abyección.

Así, el régimen político impuesto a la población inferior era por lo menos tan duro en Egipto como en los países camitas y semitas, en cuanto a la intensidad de la esclavitud y a la nulidad de los derechos de los súbditos. Sin embargo, en el fondo era menos sanguinario, puesto que la religión, clemente y moderada, no imponía los homicidas horrores en que se complacían los dioses de Canaán, de Babilonia y de Nínive. Bajo este aspecto, el campesino, el obrero, el esclavo, eran menos dignos de compasión que la turba asiática; bajo este único aspecto, pues si bien estos míseros estaban a cubierto del peligro de sucumbir bajo el sagrado cuchillo del sacrificador, tenían que arrastrarse toda su vida a los pies de las clases altas.

También ellos eran utilizados como bestias de carga para ejecutar aquellos gigantescos trabajos que admirarán todos los siglos. Eran ellos quienes transportaban los bloques destinados a la erección de las estatuas y de los obeliscos monolíticos. Era aquella población negra o casi negra la que moría en masa al excavar los canales, mientras que las castas más blancas imaginaban, ordenaban y vigilaban la obra, y, una vez terminada ésta, se llevaban justamente la gloria de ello. Que la humanidad gima ante tan terrible espectáculo, es muy natural; pero, cualquiera que sea la humana indignación, preciso es reconocer las terribles razones que obligaban a las masas populares de Egipto y de Asiria a soportar pacientemente un yugo tan duramente impuesto: en la plebe de aquellos países había una invencible necesidad étnica de soportar los caprichos de todos los soberanos, a condición, sin embargo, de que aquellos soberanos conservaran

(1) Herodoto, II, 47.

el talismán que les asegurase la obediencia, es decir, la cantidad de sangre suficiente para justificar sus derechos a la dominación.

Esta condición fué ciertamente llenada durante los bellos períodos del poderío egipcio. En los más ilustres momentos del Imperio de Asiria, los tronos de Babilonia y de Nínive no vieron desfilar bajo las miradas de los reyes perfiles más nobles que aquellos cuya majestad podemos admirar todavía en las esculturas de Beni-Hassan.

Pero es bien evidente que aquella pureza, por lo demás relativa, no podía durar indefinidamente. Las castas no estaban suficientemente organizadas. Así, no cabe duda que si la civilización egipcia no hubiese tenido otra razón de existir que la de la sola influencia del tipo hindú al cual debía la vida, no hubiera tenido la longevidad que cabe atribuirle, y mucho antes de Ramsés III, que cierra la era de máximo esplendor, mucho antes del siglo XIII antes de J.-C., hubiera empezado la decadencia.

Lo que sostuvo aquella civilización, fué la sangre de sus enemigos asiáticos, camitas y semitas, que, en varias ocasiones y de diferentes maneras, vinieron a regenerarla algo. Sin pronunciarse de una manera rigurosa sobre la nacionalidad de los Hiksos, no cabe dudar de que perteneciesen a una raza aliada a la especie blanca (1). Desde el punto de vista político, su llegada fué una desgracia, pero una desgracia que refrigeró, sin embargo, la sangre nacional y reanimó su esencia. Las guerras con los pueblos asiáticos, sostenidas largo tiempo, aquellas guerras de los Sesostris, de los Ramsés y de otros príncipes afortunados, hicieron afluir, en las provincias del interior, a los cautivos de Canaán, de Asiria y de Arabia, y su sangre, aunque también mezclada, templó algo la salvajez de la sangre de los negros, que las clases bajas, y sobre todo la proximidad y el contacto íntimo con las tribus abisinias y nubianas, vertían incesantemente en las venas de la nación.

Después hay que tener en cuenta aquella doble corriente camita y semita, que, durante tantos siglos, discurrió a lo largo del Egipto Medio y lo penetró. Por esa vía se extendieron las hordas semiblancas por la costa occidental del África, y la población que allí se formó hubo de aportar más tarde al Estado de los sucesores de Menés una raza mezclada, en la cual la sangre hindú no existía, y que sacaba todo su mérito de las mezclas multiplicadas con los grupos civilizadores del Asia Inferior.

De aquellos sucesivos aluviones de príncipes blancos nacieron las naciones que habían de conjurar el eclipse demasiado prematuro de la civilización Cusita. Al mismo tiempo, como aquellos aluviones no fueron nunca muy ricos, el espíritu egipcio pudo mantenerse siempre a distancia de las nociones democráticas finalmente triunfantes en Tiro y en Sidón, puesto que su populacho no llegó nunca a semejante mejoramiento de la sangre. Todas las revoluciones se desarrollaron entre las castas superiores. La organización hierática y real no se vió atacada. Si alguna vez aparecieron al frente del gobierno de una provincia dinastías melanias como aquella que tuvo por héroe a Tiraká, su triunfo fué efímero. Así es cómo se precisan las causas de la estabilidad egipcia.

Esta estabilidad no tardó en convertirse en estancamiento, puesto que

(1) Lepsius, *Reise in Ægypten*, etc., p. 98.

Egipto no se engrandeció realmente sino mientras persistió la supremacía de la rama hindú que lo había fundado: lo que las demás razas blancas le proporcionaron en materia de apoyo bastó para prolongar su civilización y no para desarrollarla.

Sin embargo, incluso en la decadencia, y aun cuando el arte egipcio de los tiempos posteriores a la 19.ª dinastía, es decir, a Menefta (1480 antes de J.-C.), no ofrece ya sino a muy largos intervalos monumentos dignos de rivalizar por la belleza de la ejecución, y nunca más por su magnitud, con los de las épocas precedentes (1), sin embargo, digo, Egipto permaneció siempre tan por debajo de los países situados al Sur y al Sudoeste de su territorio, que no cesó de ser para ellos el hogar de donde emanaba su vida.

Con todo, esta prerrogativa civilizadora estuvo lejos de ser absoluta, y, para no engañarse, es necesario observar que la civilización de Abisinia provenía de dos fuentes. Una, sin duda, era muy egipcia y se mostró siempre la más abundante y fecunda; pero la otra ejercía una acción que vale también la pena de que sea señalada. Debíase a una emigración muy antigua de Camitas negros, primero, los Árabes Cusitas, de Semitas después, los Árabes Himiaritas, que cruzaron, unos tras otros, el estrecho de Bab-el-Mandeb y fueron a llevar a los habitantes de África una parte de lo que ellos mismos poseían de cultura asiria. A juzgar por la situación que ocupaban estas naciones en la costa Sur de la Arabia, y por el comercio vastísimo en el cual tomaban parte con la India, comercio que parece haber determinado sobre su costa la fundación de una villa sánscrita, es bastante probable que sus propias ideas debieron de haber recibido un cierto tinte ario, proporcionado a la mezcla étnica que había podido formarse por parte de aquellos mercaderes con la familia hindú. Sea lo que fuere, y extendiendo todo lo posible la suma de sus riquezas civilizadoras, tenemos, en el ejemplo de los Fenicios, la medida del grado de desarrollo que alcanzaron aquellas poblaciones anejas de la raza de Asiria, medida que no rebasaba en mucho la aptitud de comprender y aceptar lo que las ramas más blancas, es decir, las naciones de Mesopotamia, tenían la capacidad exclusiva de crear y desarrollar. Los Fenicios, por hábiles que fuesen, no se elevaban por encima de aquel humilde rango, y cuando se considera, no obstante, que su sangre fué sin cesar renovada y mejorada por emigraciones al menos semiblancas, de que, muy ciertamente, carecían los Himiaritas, en tanto que la mezcla de éstos con los Hindús no pudo ser ni muy íntima ni muy fecunda, nos vemos llevados a la conclusión de que la civilización de los Árabes extremos, aunque asiria, no era comparable en mérito ni en brillantez al reflejo de que gozaban las ciudades cananeas.

Según esta proporción decreciente, los emigrantes que cruzaron el estrecho de Bab-el-Mandeb y fueron a establecerse en Etiopía, no aportaron allí más que una civilización fragmentaria, y las razas negras de Nubia y de Abisinia no hubieran podido estar muy seriamente ni por mucho tiempo influídas, sea en su tipo físico, sea en su valor moral, si la proximidad de Egipto no hubiese suplido un día, más copiosamente que de

(1) Wilkinson, *Customs and manners of the ancient Egyptians*, t. I, p. 140.

costumbre, la proeza de los dones ordinarios provenientes de las civilizaciones de Misr y de Arabia.

No quiero decir aquí que Abisinia y las regiones circundantes se convirtieran en el teatro de una sociedad muy avanzada. No sólo la cultura de este país no fué nunca original; no sólo se limitó siempre a la simple y lejana imitación de lo que solía hacerse, bien en las ciudades árabes de la costa, bien en la India aria y en las capitales egipcias, Tebas, Memfis, y más tarde Alejandría, sino que, además, la imitación no se mostró ni completa ni extensa.

Sé que pronuncio ahora palabras muy irreverentes que no dejarán de indignar a los panegiristas de la especie negra, pues no se ignora que, mezclándose en ello el espíritu de partido, los aduladores de esa fracción de la humanidad se han empeñado en atribuirle títulos de gloria y no han vacilado en presentar la civilización abisinia como típica, surgida únicamente del intelecto de sus favoritos y anterior a toda otra cultura. De ahí, llevados de un noble impulso que nada refrena, han hecho derramar esta supuesta civilización negra por todo el Egipto, y la han llevado también hacia el Asia. En verdad, la psicología, la lingüística, la historia, los monumentos, el sentido común, se levantan unánimemente contra esta manera de representar el pasado. Pero los inventores de este bello sistema no se dejan desconcertar fácilmente. Provistos de escasa ciencia, dotados de mucha audacia, es verosímil que continuarán su ruta, sin cesar de proponer Axum para capital del mundo. Se trata de excentricidades de que no hago mención sino para mostrar que no merecen la pena de ser discutidas.

La realidad científica, para quien discuta en serio, es que la civilización abisinia procede de las dos fuentes que acabo de indicar, egipcia y árabe, y que la primera especialmente dominó de mucho sobre la segunda en la Edad Antigua. Siempre será difícil establecer en qué época tuvieron lugar las primeras emigraciones de los Cusitas de Asia y de los Himiaritas. Una opinión que data del siglo XVII de nuestra era, y que tiene por autor a Scaliger, no hacía remontar sino hasta la época de Justiniano la invasión de los Joktanidas en este país de África. Job Ludolf la refuta muy bien y prefiere a ella con razón el sentir de Conringius. Sin citar todos los motivos que expone, recogeré dos de ellos: es uno, el argumento que fija por lo menos el espíritu sobre la muy remota antigüedad de la emigración himiarita (1), y es el otro una frase que caracteriza la antigua lengua etíope, y sobre la cual es aconsejable no dejar que reine una oscuridad que podría dar a suponer una aparente contradicción con lo que he anticipado acerca del predominio del elemento egipcio en la civilización abisinia.

Ante todo, el primer punto: Ludolf refiere muy hábilmente los razonamientos de Scaliger a propósito del silencio de los historiadores griegos sobre la emigración Himiarita a Abisinia. Demuestra que ese silencio no tuvo por causa sino el olvido acumulado por una larga serie de siglos sobre un hecho demasiado frecuente en la historia de las edades pretéritas para que los observadores de entonces pensasen en darle importancia. En la época en que los griegos empezaron a ocuparse de la etnología de las naciones que, según ellos, se hallaban al extremo de la Tierra, esos acontecimientos

(1) J. Ludolf, *Comm. ad Histor. Æthiopic.*, p. 61.

se remontaban a una época demasiado lejana para que sus antecedentes, siempre bastante incompletos, sobre los anales extranjeros, pudieran alcanzar hasta allí. El silencio de los viajeros helenos no significa absolutamente nada y no invalida las razones sacadas de la antigua comunidad de culto, de la semejanza física y, en fin, de la afinidad de lenguas, argumentos todos ellos que Ludolf mantiene perfectamente. De este punto es del que hay que hablar sobre todo, y ello constituirá mi segunda glosa.

Esta afinidad entre el árabe y la antigua lengua etíope, o el gheez, no crea una relación de descendencia; es simplemente una consecuencia de la naturaleza de dos idiomas, que los clasifica a uno y otro en un mismo grupo (1). Si el gheez se coloca dentro de la familia semítica, no se debe a que haya tomado este carácter al árabe. La población indígena puramente negra del país le proporcionaba la base más amplia, la materia más rica de ese sistema. Del mismo ella poseía los elementos, los principios, las causas determinantes mucho más perfectamente aún que los Himiaritas, puesto que éstos habían dejado alterar la pureza del idioma negro por los recuerdos arios conservados con la parte blanca de su origen; y para introducir en la lengua de la Etiopía civilizada esas huellas de la influencia extranjera, no era rigurosamente necesario que la intervención de los Semitas fuese puesta en juego. Se recuerda que estos mismos elementos se encuentran también en el antiguo egipcio (2). Así, sin negar que los Himiaritas aportaran a la lengua de la Etiopía huellas de su origen blanco, hay que observar, sin embargo, que tales restos pudieron provenir igualmente de la importación egipcia y, en todo caso, se aprovecharon de ella para aumentar en fuerza. Además, ciertos elementos no sólo arios, sino muy particularmente sánscritos, depositados en el antiguo egipcio, y que de éste pasaron al gheez, dan a esta lengua aquella triplicidad de origen existente en el idioma de los civilizadores. Así, la lengua nacional representa muy bien los orígenes étnicos: mucho más cargada de elementos semíticos, es decir, negros, que el árabe y el egipcio sobre todo, tuvo también menos huellas sánscritas que este último.

Bajo las dinastías 18.ª y 19.ª (de 1575 a 1180 antes de J.-C.), los Abisinios estaban sometidos a los Faraones y pagaban tributo. Los monumentos nos los muestran aportando a los intendentes reales las riquezas y curiosidades de su país. Aquellos hombres marcadamente negros cubrían su cuerpo con túnicas de muselina transparente, suministradas por las manufacturas de la India o de las ciudades de la Arabia y de Egipto. Aquel vestido corto, que no llegaba sino a las rodillas, se ajustaba al cuerpo por medio de un cinturón de cuero labrado, ricamente dorado y pintado. Una piel de leopardo sujeta a los hombros servía de manto; sobre el pecho pendían los collares, los brazaletes oprimían las muñecas, en las orejas se balanceaban grandes pendientes de metal y la cabeza iba cargada de plumas de avestruz. Aun cuando aquella magnificencia bárbara no se ajustase al gusto egipcio participaba de él, y la imitación se manifestaba en todas las partes impor-

(1) Prichard, *Histoire naturelle de l'homme*, t. I, p. 324 (trad. Wagner).

(2) M. T. Benfey, *Ueber das Verhaeltniss der aegyptischen Sprache, zum semitischen Sprachstamme.*

tantes de la indumentaria, tales como la túnica y el cinto. La piel de leopardo fué una costumbre tomada de los negros por varios hierofantes.

La naturaleza del tributo no indica un pueblo avanzado. Generalmente, consiste en productos brutos, en animales raros, en ganado, y sobre todo en esclavos. Las tropas facilitadas también como auxiliares no tenían la sabia organización de los cuerpos egipcios o semitas y combatían irregularmente. Nada, pues, en aquel momento indicaba un gran desarrollo, ni siquiera en la simple imitación de lo que los vencedores, los dominadores, practicaban más comúnmente.

Es preciso descender hasta una época más cercana para descubrir, con más refinamiento, la causa étnica de las innovaciones a la cual he hecho ya alusión.

En los tiempos de Psammatik (664 antes de J.-C.), este príncipe, el primero de una dinastía saíta, la 26.ª de Manetón, disgustó al ejército nacional con su predilección por los mercenarios jónico-griegos y cario-semitas, originando con ello una gran emigración militar hacia Abisinia. Doscientos cuarenta mil soldados, abandonando a sus mujeres e hijos, se hundieron en el Sur para no volver nunca más (1). De entonces data la era brillante de Abisinia, y podemos hablar ahora de monumentos en aquella región, donde inútilmente buscaríamos otros de época anterior que hubiesen sido verdaderamente nacionales.

Doscientos cuarenta mil jefes de familia egipcios, pertenecientes a la casta militar, muy mezclados, sin duda, de sangre negra y habiendo recibido probablemente alguna aportación de sangre blanca por los intermediarios Camitas y Semitas, al ir a añadirse a lo que Abisinia poseía ya de facultades de la raza superior, podían determinar en el conjunto del movimiento nacional una actividad a propósito para alejarla aún más del estancamiento de la raza negra. Pero hubiese sido muy sorprendente y del todo inexplicable que de aquella mezcla en la cual en definitiva el negro seguía dominando, saliese una civilización original o tan sólo una copia hecha de mano maestra. Los monumentos no presentaron más que imitaciones mediocres de lo que se veía en Tebas, en Memfis y otras partes. Nada, ni un índice, ni una huella, revela una creación personal de los Abisinios, y su mayor gloria, lo que hizo ilustre su nombre, es, hay que confesarlo, el mérito, en sí bastante pálido, de haber sido el último de los pueblos situados en África en el cual las investigaciones más minuciosas hayan podido descubrir vestigios de una verdadera cultura política e intelectual.

En los tiempos del Imperio romano, los Abisinios, después de los Himiaritas, desempeñaron un papel en el comercio del mundo, entonces muy difundido. A la sazón, el genio del antiguo Egipto se había extinguido por completo. Hasta la Nubia penetraron colonos helenizados, y el elemento semita, aportado por ellos, empezó a sobreponerse al recuerdo de los Faraones.

El advenimiento del cristianismo no elevó el grado de su cultura. En verdad, persistiendo todavía por algún tiempo en sus costumbres de recibirlo todo de Egipto, e impresionados por el celo apostólico de los primeros misioneros, abrazaron en su generalidad la fe. A la vecindad de las

(1) Herodoto, II, 30.

tribus árabes, con las cuales, a raíz de algunas invasiones ejecutadas bajo el emperador Justino (1), estrecharon sus antiguos lazos, se debió la adopción de ciertas ideas judías muy distinguidas más tarde y que concordaban muy naturalmente con la porción semítica de su sangre (2).

El cristianismo aportado por los Padres del Desierto, aquellos terribles anacoretas curtidos en las más rudas austeridades y en las mortificaciones más horribles, inclinados incluso a las mutilaciones más enérgicas, era una doctrina a propósito para impresionar la imaginación de aquellos pueblos. Probablemente se habrían mostrado insensibles a las dulces y sublimes virtudes de un san Hilario de Poitiers. Las penitencias de un san Antonio o de una santa María Egipciaca ejercieron sobre ellos una autoridad ilimitada, y así es cómo el catolicismo, tan admirable en su diversidad, tan universal en sus poderes, tan completo en sus seducciones, no estaba menos armado para abrir los corazones de aquellos compañeros de la gacela, del hipopótamo y del león que lo estuvo más tarde para ir, con Adán de Bremen, a convertir a los Escandinavos y convencerlos. Los Abisinios, ya algo más que semidesertores de la civilización egipcia desde la decadencia de las provincias altas del antiguo Imperio de los Faraones, y vueltos más bien del lado del Yemen, permanecieron por espacio de siglos en una especie de situación intermedia entre la barbarie completa y un estado social algo mejor; y para continuar la transformación de que se habían mostrado susceptibles fué precisa una nueva aportación de sangre semita. La irrupción que la proporcionó tuvo efecto 600 años después de J.-C. : fué la de los Árabes musulmanes.

Las relaciones de los pueblos árabes con Etiopía en los tiempos del islamismo tuvieron un sentido étnico enteramente opuesto. Dirigidas y en gran parte ejecutadas por Ismaelitas, en lugar de bastardear la especie en la península, la renovaron entre los hombres de África. Ni Grecia ni Roma, pese a la gloria de su nombre y a la majestad de sus ejemplos, tuvieron fuerza bastante para atraer a los Abisinios al seno de sus civilizaciones. Los Semitas de Mahoma operaron aquella conversión y obtuvieron, no tanto apostasías religiosas, que no fueron nunca muy completas, como numerosas deserciones de la antigua forma social. La sangre de los recién llegados y la de los antiguos habitantes se mezcló profusamente. Sin dificultad, los espíritus se reconocieron y entendieron, tuvieron la misma lógica, comprendieron los hechos de la misma manera. La sangre hindú se había agotado en gran parte para no aspirar ya a la dominación. Los hábitos, las costumbres, los principios de gobierno y el gusto literario de los Árabes se sobrepusieron a los recuerdos del pasado; pero la obra no fué completa. La civilización musulmana propiamente dicha no penetró nunca del todo. En su más bella expresión, tenía por razón de ser una combinación étnica muy diferente de la de las poblaciones abisinias. Estas últimas se limitaron simplemente a deletrear la porción semítica de la cultura musulmana, y hasta nuestros días, cristianas o mahometanas, no han tenido otra cosa, no han poseído más y no han cesado de ser el final, el término último, la aplicación límite de aquella civilización grecosemítica, como en la más re-

(1) Ludolf, *Comm. ad Hist. Æthiop.*, p. 64.
(2) Prichard, *Naturgeschichte D. M. G.*, t. I, p. 324.

mota antigüedad, a la cual siento prisa de volver, no habían sido sino el eco del perfeccionamiento egipcio, sostenido por un recuerdo de Asiria, transmitido de mano en mano hasta ella. Los fantásticos esplendores de la corte del Preste Juan, si alguien se empeña en que sea el Gran Negus, no han existido sino en la imaginación de los viajeros románticos del pasado siglo.

Por primera vez nuestras investigaciones acaban de encontrar en Etiopía uno de aquellos países anejos a una gran civilización extranjera, no adueñados de ésta más que de una manera incompleta y absolutamente como el disco lunar es un resultado de la luz solar. Abisinia es al antiguo Egipto lo que el Imperio de Annam es a la China, y el Tibet a la China y a la India, y también Timbuctú a Marruecos. Esta especie de sociedades imitadoras o mixtas ofrecen los puntos de los cuales parte el espíritu de sistema para avanzar al encuentro de todos los hechos presentados por la Historia. Es ahí sobre todo donde se han encontrado armas para defender la teoría moderna, según la cual los pueblos salvajes no son más que pueblos degenerados, doctrina paralela a aquella otra que sostiene que todos los hombres son grandes genios desarmados por las circunstancias.

Esta opinión, doquiera se aplique, ya entre los indígenas de ambas Américas, ya entre los Polinesios, ya entre los Abisinios, es un abuso de lenguaje o un error profundo. Muy lejos de poder atribuir a la presión de los hechos exteriores el embotamiento fatal que ha pesado siempre, con mayor o menor fuerza, sobre las naciones cultivadas del África oriental, hay que persuadirse que es esa una enfermedad inherente a su naturaleza; que nunca esas naciones fueron perfecta e íntimamente civilizadas; que sus elementos étnicos más numerosos han sido siempre radicalmente ineptos para perfeccionarse; que los débiles efectos de fertilidad importados por filones de sangre mejor no eran bastante considerables para poder durar largo tiempo; que su grupo ha llenado el simple papel de imitadores ininteligentes y temporales de los pueblos privados de elementos más generosos. Sin embargo, incluso dentro de la nación abisinia y sobre todo en ella, puesto que es el punto extremo, la feliz energía de la sangre de los blancos impone todavía la dominación. Ciertamente, lo que de ella, después de tantos siglos, subsiste hoy en las venas de esos pueblos está subdividido hasta el infinito. Por lo demás, antes de que esa energía les alcanzase, ¿de qué heterogéneas mancillas no fueron objeto entre los Himiaritas, entre los Egipcios, entre los Árabes musulmanes? Con todo, allí donde la sangre negra pudo contraer esa ilustre alianza, conserva de ella los preciosos efectos por espacio de tiempos incalculables. Si el Abisinio figura en el último grado de los hombres ribereños de la civilización, se halla, al mismo tiempo, a la cabeza de los pueblos negros. Ha sacudido lo que la especie melania ofrece de más degradado. Los rasgos de su faz están ennoblecidos, su talla se ha desarrollado; escapa a aquella ley de las razas simples de no presentar sino ligeras desviaciones de un tipo nacional inmóvil, y en la variedad de las fisonomías nubienses se descubren incluso, de manera sorprendente, las huellas, honrosas en este caso, de su origen mestizo. En cuanto al valor intelectual, aunque mediocre y en lo futuro infecundo, presenta por lo menos una superioridad positiva sobre el de diversas tribus de Gallas, opresoras del país, más auténticamente negras y más verdaderamente bárbaras en el más amplio sentido de la palabra.

CAPÍTULO VI

LOS EGIPCIOS NO FUERON CONQUISTADORES; POR QUÉ SU CIVILIZACIÓN PERMANECIÓ ESTACIONARIA

No hay por qué ocuparse de los oasis del Oeste, y en particular del oasis de Ammón. La cultura egipcia fué allí la única en dominar, y aun probablemente no estuvo nunca poseída sino por las familias sacerdotales agrupadas alrededor de los santuarios. El resto de la población no hizo en general sino obedecer. No nos ocupemos, pues, más que del Egipto propiamente dicho, en el cual esa cuestión, la única importante, sigue sin resolver casi por entero: ¿correspondió exactamente la grandeza de la civilización egipcia a la mayor o menor concentración de sangre de la raza blanca en los grupos habitantes del país? En otros términos: aquella civilización, surgida de una emigración hindú y modificada por mezclas camitas y semitas, ¿fué decreciendo siempre a medida que predominó el fondo negro, existente debajo de los tres elementos vitales?

Antes de Menés, primer rey de la primera dinastía humana, Egipto era ya civilizado y poseía por lo menos dos ciudades considerables: Tebas y Tis. El nuevo monarca reunió bajo su dominación varios pequeños Estados hasta entonces autónomos. La lengua había revestido ya su carácter propio. Así la invasión hindú y su alianza con Camitas se remontan más allá de aquel período tan antiguo, que fué el coronamiento de ello. Hasta entonces, ni el menor rastro de historia. Los sufrimientos, los peligros y las fatigas del primer establecimiento forman, como entre los Asirios, la época de los dioses, la época heroica.

Esta situación no es peculiar de Egipto: la descubrimos en todos los Estados que empiezan.

Mientras duran los difíciles trabajos de la llegada, mientras la colonización aparece insegura y el país no está todavía saneado, ni los alimentos asegurados, ni el aborigen dominado, y mientras los propios vencedores, diseminados entre los lodazales de los pantanos, están demasiado absorbidos por los asaltos a los cuales cada individuo tiene que hacer frente, se suceden los hechos sin que nadie los recoja; no se tiene más preocupación que la de preservarse de los peligros y de consolidar la conquista.

Ese período tiene un final. Tan pronto como la labor aporta realmente sus primeros frutos, y el hombre empieza a gozar de aquella seguridad relativa hacia la cual le llevan todos sus instintos, y un gobierno regular, órgano del sentimiento general, está finalmente constituído, entonces empieza la historia, y la nación se conoce verdaderamente a sí misma. Es lo que se ha producido, bajo nuestras miradas, en diversas ocasiones, en ambas Américas, desde su descubrimiento en el siglo XV.

La consecuencia de esta observación es que los tiempos verdaderamente antehistóricos ofrecen escaso valor, sea porque pertenezcan a las razas no civilizables, sea porque constituyan, para las sociedades blancas, épocas de

gestación en que nada está completo ni coordenado y no puede confiar un conjunto de hechos lógicos a la memoria de los siglos.

Desde las primeras dinastías egipcias, la civilización avanzó tan rápidamente que no tardó en descubrirse la escritura jeroglífica, la cual fué perfeccionándose paulatinamente. Nada permite suponer que el carácter figurativo hubiese sido inmediatamente transformado, hasta simplificarse y, a la vez, idealizarse en una forma gráfica (1).

La buena crítica atribuye en nuestros días, y muy justificadamente, un alto concepto de superioridad civilizadora a la posesión de un medio de fijar el pensamiento, y el mérito es tanto mayor cuanto menos complicado es el medio. Nada denota en un pueblo más profundidad de reflexión, más justeza de deducción, más fuerza de aplicación a las necesidades de la vida, que un alfabeto reducido a elementos lo más simples posible. A este respecto, los Egipcios distan mucho de poder invocar su invención para ocupar uno de los sitios de honor. Su descubrimiento, siempre tenebroso, siempre laborioso en la práctica, los sitúa en los últimos grados de la escala de las naciones civilizadas. Detrás de ellos, no hay sino los Peruanos anudando sus cuerdecillas teñidas, sus *quipos*, y los Mejicanos pintando sus enigmáticos dibujos. Los propios Chinos están por encima de ellos; pues por lo menos estos últimos pasaron francamente del sistema figurativo a una expresión convencional de los sonidos, operación, sin duda, imperfecta todavía, pero que, sin embargo, ha permitido, a quienes se contentan con ello, reunir los elementos de la escritura en un número de claves bastante restringido. Por lo demás, ese esfuerzo, más hábil que el de los hombres de Tebas, ¡cuán inferior resulta todavía a las inteligentes combinaciones de los alfabetos semíticos, y aun a las escrituras cuneiformes, menos perfectas, sin duda, que aquéllas, que, a su vez, deben ceder la palma a la bella reforma del alfabeto griego, último término de la perfección en este género, y que el sistema sánscrito, sin embargo tan bello, no logró igualar! ¿Y por qué no lo iguala? Unicamente porque ninguna raza estuvo dotada, en un grado igual que las familias occidentales, de aquella facultad de abstracción que, unida al vivo sentimiento de lo útil, es el verdadero origen del alfabeto.

Así, pues, no obstante considerar la escritura jeroglífica como un sólido título de la nación egipcia para figurar entre los pueblos civilizados, no cabe desconocer que la naturaleza de esta concepción, llevada incluso a sus últimos perfeccionamientos, no clasifica a sus inventores por encima de los pueblos asirios. Esto no es todo: en el hecho de aquella idea esterilizada, hay todavía algo que observar. Si los pueblos negros de Egipto no hubiesen sido gobernados, desde antes de los tiempos de Menés, por iniciadores blancos, el primer paso del descubrimiento de la escritura jeroglífica no se hubiera llevado ciertamente a cabo. Mas, por otra parte, si la ineptitud de la especie negra no hubiese, a su vez, dominado la tendencia natural de los Arios a perfeccionarlo todo, la escritura jeroglífica y, tras de ella, las artes de Egipto, no hubieran adolecido de aquella inmovilidad que no es uno de los caracteres menos especiales de la civilización del Nilo.

Mientras el país estuvo sometido a dinastías nacionales; mientras estuvo

(1) Brugsch, *Zeitschrift d. Deutsch. Morgent. Gesellsch.*, t. III, p. 266 y *passim*.

dirigido, ilustrado por ideas germinadas en su suelo y surgidas de su raza, sus artes pudieron modificarse en sus detalles; no cambiaron nunca en el conjunto. Ninguna poderosa innovación las trastornó. Más rudas quizá bajo la 2.ª y la 3.ª dinastías, no lograron bajo las 18.ª y la 19.ª más que la suavización de aquella rudeza, y bajo la 29.ª, que precedió a Cambises, la decadencia no se expresa sino por la perversión de las formas, y no por la introducción de principios hasta entonces desconocidos. El genio local envejeció y no cambió. Elevado, rayando en lo sublime mientras ejerció la preponderancia el elemento blanco, estacionario todo el tiempo que aquel elemento ilustre pudo mantenerse en el terreno civilizador, decreciendo cada vez que el genio negro logró accidentalmente predominar, no se levantó nunca más. Las victorias de la nefasta influencia se apoyaban demasiado constantemente en el fondo melanio sobre el cual descansaba el edificio (1).

En todos los tiempos ha causado impresión aquella misteriosa somnolencia. Los griegos y los romanos se extrañaron de ello lo mismo que nosotros, y como no hay nada que permanezca tal cual es sin una explicación, juzgóse del caso considerar a los sacerdotes como los causantes del mal.

El sacerdocio egipcio fué, es cierto, dominador, inclinado a la inmovilidad, enemigo de las innovaciones como todas las aristocracias. Mas, ¡cómo! También las sociedades camitas, semitas, hindúes, tuvieron pontificados vigorosamente organizados y gozando de vasta influencia. ¿A qué se debió, pues, que en estos países la civilización atravesara múltiples fases; que las artes progresaran, que la escritura cambiase de formas y llegara a su perfección? Débese sencillamente a que en esos diferentes lugares, la fuerza de los pontificados, por inmensa que fuese, nada representaba comparada con la acción ejercida por las capas sucesivas de sangre de los blancos, fuente inagotable de vida y de poder. Los propios hombres de los santuarios, penetrados de la necesidad de expansión que ardía en su pecho, no eran los últimos en descubrir y crear. Sería rebajar el valor y la fuerza de los principios eternos de la existencia social suponer obstáculos infranqueables en el hecho esencialmente móvil y transitorio de las instituciones.

Cuando, por efecto de las convenciones humanas, la civilización se encuentra dificultada en su marcha, ella, que las creó únicamente para su propio provecho, está perfectamente armada para deshacerlas, y podemos afirmar resueltamente que, cuando un régimen dura, es que conviene a aquellos que lo soportan y dejan de cambiarlo. La sociedad egipcia, que no recibió en su seno sino muy escasos afluentes blancos, no tuvo por qué renunciar a lo que primitivamente juzgó bueno y completo y continuó pareciéndole tal. Los etíopes, los negros, autores de las invasiones más antiguas y numerosas, no eran gente capaz de transformar el orden del Imperio. Después de haberlo saqueado, no tuvieron más que dos alternativas: o retirarse, o acatar las leyes establecidas antes de su llegada. No habiéndose modificado las relaciones mutuas de los elementos étnicos de Egipto sino hasta la conquista de Cambises, por la creciente inundación de la raza negra, nada de extraño tiene que todo movimiento hubiese empezado por amortiguarse, hasta paralizarse del todo, y que las artes, la escritura, el conjunto entero de la civilización, hasta el siglo VII antes de J.-C., se hu-

---

(1) Wilkinson, t. I, p. 85 y *passim*, p. 206; Lepsius, p. 276.

biese desarrollado en un sentido único, sin abandonar ninguna de las convenciones que sirvieron al comienzo de soporte, y que acabaron, según la regla, por constituir la parte más saliente de la originalidad nacional.

Se tiene la prueba de que, desde la segunda dinastía, la influencia de los vencidos de raza negra se dejó sentir ya en las instituciones, y, si nos representamos la firme opresión de los dominadores y su sistemático desprecio de las masas, no abrigaremos la menor duda de que, para lograr su asentimiento, fué preciso que las ideas de los súbditos se expresasen por boca de poderosos interesados, de individuos que se hallaban en condiciones de ejercer las prerrogativas dominadoras de la raza blanca, compartiendo de paso hasta cierto punto los sentimientos de la negra. Esos hombres no podían ser más que mulatos. El hecho de que aquí se trata es el que Julio Africano describe en los términos siguientes, durante el reinado de Kaiechos, segundo rey de la dinastía Tinita: «Después de este monarca, dice el intérprete, se dejó establecido en la ley que los bueyes Apis en Memfis, y Mnevis en Heliópolis, y el macho cabrío Mendesiano, eran dioses».

Siento no encontrar, bajo la sabia pluma del caballero Bunsen, la traducción suficientemente exacta de esta frase más preñada de sentido de lo que él supone. Julio Africano no dice, como cabría inducirlo de las expresiones de que se sirve el sabio diplomático prusiano, que el culto de los animales sagrados fué, *por primera vez*, introducido allí, sino que fué oficialmente reconocido, tras de datar de muy antiguo. En cuanto a este último punto, me atengo a la costumbre de los negros, quienes, desde el origen de su especie, no dejaron de concebir la religión bajo el aspecto de la animalidad. Si, pues, esta adoración de todos los tiempos necesitó ser consagrada por un decreto para resultar legal, es que hasta entonces no había podido captarse las simpatías de la parte dominante de la sociedad, y como esta parte dominante era de origen blanco, fué preciso, para que se hiciese una revolución tan grave contra todas las nociones arias de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, que el sentido moral e intelectual de la nación hubiese experimentado ya una lamentable degradación. Fué la consecuencia de las innovaciones sobrevenidas en la naturaleza de la sangre. De blanca, la sociedad habíase convertido en mestiza y, descendiendo cada vez más hacia lo negro, se asoció. de paso, a la idea de que un buey y un macho cabrío merecían ser adorados en los altares.

Es posible que se descubra en lo que antecede una especie de contradicción. Parece que aporto todas las razones y reuno siempre las causas de una decadencia sin misericordia en las propias manos del primer rey Menés, y, sin embargo, Egipto no hizo más que iniciar bajo su reinado largos siglos de ilustración (1). Observándolo de cerca, la aparente dificultad se desvanece. Hemos visto ya, en los Estados asirios, con qué lentitud se opera la fusión étnica desarrollada en una gran extensión. Es un verdadero combate entre sus elementos, y, aparte de esta lucha general cuyo desenlace es muy fácil de precisar, hubo en mil puntos particulares luchas parciales en que la influencia a la cual, por la fuerza del número, estuvo reservada la victoria definitiva, no dejó de sufrir momentáneas derrotas, tanto más multiplicadas cuanto que esa influencia se encontró en lucha

(1) M. de Bohlen, *Das alte Indien*, t. I, p. 32 y *passim*.

con un rival muy considerablemente dotado y poderoso. Del mismo modo que su victoria será el fin de todo, así también, en tanto la vitalidad, importada por el principio extranjero, se manifiesta, el poderío que tiene por carácter la inercia sufrirá fracaso tras fracaso. Todo lo más que puede, es trazar el círculo del cual su adversario acaba por no poder salir, y que, encogiéndose cada vez más, lo ahogará un día. Así le aconteció al elemento blanco que dirigía los destinos de la nación egipcia, contrariamente a las tendencias de una masa muy considerable de principios melanios. Tan pronto como esos principios empezaron a sentirse mezclados con él en un grado muy importante, impusieron a sus descubrimientos, a sus invenciones, un límite que el elemento blanco no pudo nunca hacerle salvar. Su genio estaba frenado por ellos, los cuales no le permitían sino las obras para las cuales se requería paciencia y aplicación. Dejáronle siempre edificar aquellas prodigiosas pirámides, cuya inspiración y modelo aportó de la vecindad de los montes Urales y Altai. Quisieron igualmente que los principales perfeccionamientos encontrados en los primeros tiempos de la fundación del Imperio (pues allí todo lo que era verdaderamente genial databa de la más remota antigüedad) continuasen siendo aplicados; pero, gradualmente, el mérito de la ejecución aumentó a expensas de la concepción, y, al cabo de un período que abarca a lo sumo unos siete u ocho siglos, empezó la decadencia. Después de Ramsés III, hacia mediados del siglo XIII antes de J.-C. (1), se fué al traste toda la grandeza egipcia. No se vivió ya sino según las normas, cada vez más débiles, de los procedimientos antiguos (2).

Es imposible que los más fervientes admiradores del antiguo Egipto no hubiesen advertido un hecho que contrasta singularmente con la aureola con que la imaginación envuelve a este país. Ese hecho no deja de proyectar una fastidiosa sombra sobre el lugar que ocupa entre los esplendores del mundo: es el aislamiento casi completo en que vivió frente a los Estados civilizados de su tiempo. Hablo, naturalmente, del antiguo Imperio, y, lo mismo que para los asirios, no sitúo por debajo del siglo VII antes de J.-C. los hechos a que aludimos (3).

En verdad, el gran nombre de Sesostris pesa sobre toda la historia del Egipto primitivo, y nuestro espíritu, acostumbrado a encadenar detrás de la carroza de aquel vencedor a innumerables pueblos, se inclina fácilmente a pasear con él las banderas egipcias desde el fondo de la Nubia hasta las columnas de Hércules, desde las columnas de Hércules hasta la extremidad Sur de Arabia, desde el estrecho de Bab-el-Mandeb hasta el mar Caspio, y a hacerlas regresar a Memfis, rodeadas aún de los Tracios y de aquellos fabulosos Pelasgos cuyo héroe egipcio es fama que hab'a dominado aquellas patrias. Es un espectáculo grandioso, aunque la realidad no deja de sugerir serias objeciones.

Para empezar, la misma personalidad del conquistador no es muy clara. No se ha andado nunca de acuerdo ni sobre la época en que floreció, ni siquiera sobre su verdadero nombre. Vivió mucho antes que Minos, afirma

(1) Wilkinson, t. I, p. 86.
(2) Wilkinson, t. II, p. 306.
(3) Lepsius, *Briefe aus Ægypten*, etc.

un autor griego; al paso que otro lo sitúa despiadadamente en las obscuras épocas mitológicas. Este le llama Sesostris; aquél Sesoosis; otro, aún, pretende reconocerlo en un Ramsés; mas ¿en cuál? Los cronologistas modernos, embarazados herederos de todas estas contradicciones, se dividen, a su vez, para ver en este misterioso personaje un Osirtasen o un Sesortesen, o todavía un Ramsés II o un Ramsés III. Uno de los argumentos más sólidos con ayuda de los cuales se creyó poder apoyar la opinión favorita acerca de la extensión de las conquistas de aquel misterioso personaje, fué la existencia de hitos victoriosos levantados por él en varios puntos de sus travesías. En efecto, se encontraron algunos, que hay que atribuir a soberanos del Nilo, en la Nubia, cerca de Wadi Halfá, y en la península del Sinaí. Pero otro monumento, tanto más célebre cuanto que es mencionado por Herodoto, monumento existente todavía cerca de Beirut, ha sido positivamente reconocido en nuestros días como una señal de victoria de un triunfador asirio. Por otra parte, no se ha encontrado nunca nada egipcio más allá de Palestina.

Con toda la reserva que debo observar en este debate, confieso que ninguna de las maneras como se ha tratado de probar las conquistas de los Faraones en Asia me ha parecido nunca satisfactoria. Todas descansan sobre alegaciones demasiado vanas; llevan a los vencedores muy lejos y les atribuyen demasiados dominios para no despertar la desconfianza.

Después, tropiezan con una dificultad muy grave: la ignorancia completa de la misma desgracia en que se encuentra a los supuestos vencidos. A excepción de algunos pequeños Estados de Siria, no veo un momento en la historia, tan sumamente unida, seguida y compacta, de las naciones asirias hasta el siglo VII (a. de J.-C.), en que quepa introducir a otros conquistadores que las diferentes capas de Semitas y algunos Arios; y en cuanto a considerar muy elevada la dudosa omnipotencia de un nebuloso Sesostris, es tarea por demás escabrosa. En aquellas épocas indeterminadas, testigos, es cierto, del florecimiento más bello de Tebas y de Memfis, los principales esfuerzos del país se concentraron hacia el Sur, hacia el África Interior, algo hacia el Este, en tanto que el Delta servía de pasaje a pueblos de razas diversas establecidas a lo largo de las costas del África Septentrional.

Además de las expediciones a la Nubia y las regiones sinaíticas, hay que tener en cuenta igualmente los inmensos trabajos de canalización y de roturación, tales como el desecamiento de Fayum, la puesta en contacto de este pantano con las vastas construcciones que dieron por resultado los diferentes grupos de pirámides. Todas estas obras de paz de las primeras dinastías no indican un pueblo que hubiese tenido ni mucho gusto ni mucho tiempo para llevar a cabo expediciones lejanas, que nada, ni siquiera la razón de vecindad, hacía atrayentes y menos aún necesarias.

Sin embargo, echemos por un momento a un lado todas estas objeciones tan poderosas. Reduzcámoslas al silencio, y aceptemos a Sesostris y sus conquistas tal como nos han sido ofrecidos. Siempre aparecerá que aquellas invasiones fueron completamente temporales, pese a la fundación vagamente indicada de supuestas numerosas ciudades, enteramente desconocidas en el Asia Menor, y a la colonización de la Cólquida, ocupada por pueblos negros, por Etíopes, como decían los Griegos, es decir, por

individuos que, lo mismo que el etíope Memnón, puede que fuesen Asirios.

Todos los relatos que dan en considerar a los monarcas de Memfis como otras tantas encarnaciones anteriores de Tamerlán, aparte de resultar contrarios al carácter pacífico y a la blanda languidez de los adoradores de Phta, a su inclinación por las ocupaciones rurales, a su religiosidad doméstica, son demasiado incoherentes para no descansar en una infinita confusión de ideas, de fechas, de hechos y de pueblos. Hasta el siglo XVII antes de J.-C., la influencia egipcia, y siempre excepción hecha de África, se hizo sentir muy poco; dado su escaso prestigio, apenas fué conocida. Obras de defensa de la naturaleza de aquello que los reyes mandaron construir en las fronteras orientales para cerrar el paso a las arenas y, sobre todo, a los extranjeros, fueron siempre la obra de un pueblo que, al precaverse contra las invasiones, limitó sus propios dominios. Los Egipcios permanecieron, pues, voluntariamente aislados de las naciones orientales. Y aun sin dejar rotas todas las relaciones guerreras y pacíficas, no era allí posible un intercambio duradero de ideas, y la civilización permaneció por consiguiente reducida al suelo que la viera nacer, y no llevó sus maravillas ni al Este ni al Norte, ni siquiera al Oeste africano.

¡Cuán diferente de la cultura asiria! Esta abrazó en su inmenso vuelo una extensión tan vasta de tierra, que rebasa el empuje de que dieron muestras, en tiempos pretéritos, Grecia primero, Roma después. Asiria dominó el Asia Media, descubrió el África, descubrió Europa, sembró profundamente en todos estos lugares sus cualidades y sus vicios, se estableció en todas partes del modo más duradero, y, enfrente de ella, el perfeccionamiento egipcio, que se mantuvo siempre más o menos local, se encontró en una situación análoga a lo que fué más tarde China para el resto del mundo.

Muy simple es la razón de este fenómeno, si queremos buscarla en las causas étnicas. De la civilización asiria, producto de los Camitas blancos mezclados con los pueblos negros, y, después, de diferentes ramas de los Semitas añadidas al conjunto, se derivó el nacimiento de densas masas que, empujándose y amalgamándose de mil maneras, fueron a establecer en cien lugares diversos, entre el golfo Pérsico y el estrecho de Gibraltar, las naciones mestizas nacidas de su incesante fecundación. La civilización egipcia, por el contrario, no pudo nunca rejuvenecerse en su elemento creador, obligado a permanecer de continuo a la defensiva y cediendo siempre terreno. Surgida de una rama de Arios Hindúes mezclada con razas negras y algo con Camitas y Semitas, revistió un carácter particular que, desde sus primeros tiempos, apareció perfectamente fijado y fué por mucho tiempo desarrollándose en un sentido propio antes de verse atacado por elementos extranjeros. Cuando las invasiones o inmigraciones de Semitas vinieron a superponerse a ella, se hallaba ya en toda su madurez. Estas corrientes hubieran podido transformarla, de haber sido considerables. Resultaron menguadas, y la organización de las castas, aun siendo imperfecta, bastó por mucho tiempo a neutralizarlas.

Mientras los emigrantes del Norte penetraban en Asiria para elevarse a todos los honores, en el suelo de Egipto tropezaban con una legislación exclusivista que, tachándolos de seres impuros, empezaba por cerrarles la

entrada del territorio, y cuando, a pesar de esta prohibición, mantenida hasta los tiempos de Psammatik (664 antes de J.-C.), lograban los intrusos deslizarse al lado de los dominadores del país, descartados y odiados no se fundían sino muy lentamente en aquella sociedad. Lo conseguían, sin embargo; lo creo. Mas ¿para qué? Para imitar la labor de la sangre helénica en Fenicia. Como ésta, contribuían, unidos a la acción negra, a precipitar la disolución de una raza que hubieran podido salvar y regenerar, de haber llegado más pronto y en mayor número. Si, a partir de los primeros años en que reinó Menés, hubiese podido añadirse una gran dosis de sangre semítica a la sangre aria, camita y negra, Egipto hubiera sido profundamente revuelto y agitado. No hubiera permanecido aislado en el mundo, y se hubiera encontrado en directa e íntima comunicación con los Estados asirios.

Para que se juzgue de ello, basta descomponer los dos grupos de naciones:

ASIRIOS	EGIPCIOS
Elemento negro fundamental	*Elemento negro fundamental*
Camitas, en cantidad suficientemente grande para ser fecunda.	*Arios*, dominantes sobre el elemento camita.
Semitas, de varias capas, singularmente fecundas.	*Camitas*, en cantidad fecundante.
Negros, siempre disolventes.	*Negros*, numerosos y disolventes.
Griegos, en cantidad disolvente.	*Semitas*, en cantidad disolvente.

De este cuadro podemos sacar todavía otra enseñanza: que, como la sangre camita tendía a agotarse en ambos pueblos, las semejanzas tendían igualmente a desaparecer con aquel elemento que fué el único en establecerlas y hubiera estado en condiciones de conservarlas, puesto que la acción semítica se ejercía en ambas sociedades en sentido inverso. En Egipto, no penetró sino en cantidad disolvente; en Asiria, se difundió profusamente, se desbordó sobre África y Europa, y convirtióse, entre mil naciones, en el lazo de una alianza de la cual hubo de ser excluída la tierra de los Faraones, reducida a su fusión negra y aria; sus virtudes se agotaron día tras día, sin que nada viniese a fortalecerlas. Egipto no fué admirable sino en la más lejana antigüedad. Entonces, fué verdaderamente la tierra de los milagros. Pero sus cualidades y sus fuerzas se hallaron concentradas en un punto demasiado reducido. Las filas de su población iniciadora no pudieron reclutarse en ningún sitio. Pronto comenzó la decadencia, y nada la contuvo ya, al paso que la civilización asiria vivirá aún mucho tiempo, experimentará numerosas transformaciones, y, más inmoral, más atormentada que su contemporánea, habrá desempeñado un papel mucho más importante.

De ello nos convenceremos cuando, luego de haber considerado la situación de Egipto en el siglo VII (a. de J.-C.), situación ya muy humilde y desesperada, se la verá reducida a un grado tal de impotencia, que, en su propio dominio, en sus propios asuntos, no ejercerá ninguna autoridad, dejará el poder y la influencia en manos de los conquistadores y de los colonos extranjeros, y

hasta tal punto llegará a verse olvidada, que el nombre de Egipto indicará menos uno de los descendientes de la antigua raza que un sucesor de los nuevos habitantes semitas, griegos o romanos. Tal novedad cederá aún en singularidad a ésta: Egipto no será ya, como antes, la parte alta del país, la vecindad de las Pirámides, la tierra clásica, Memfis, Tebas: será más bien Alejandría, aquella ribera cedida, en la época de esplendor, a la travesía de las invasiones semíticas. Así Nínive, triunfante de su rival, habrá despojado a un tiempo del nombre nacional a los hombres y al suelo. A pesar del muro de Heliópolis, la tierra de Misr se habrá convertido en la presa inerte de las arenas y de los Semitas, puesto que ningún nuevo elemento ario habrá librado a sus habitantes de la desgracia de hundirse bajo la preponderancia definitiva de sus principios melanios.

CAPÍTULO VII

Relación étnica entre las naciones asirias y Egipto. Las artes y la poesía lírica son producidas por la mezcla de los blancos con los pueblos negros

Toda la civilización primordial del mundo se resume, para los occidentales, en estos dos nombres ilustres: Nínive y Memfis. Tiro y Cartago, Axum y las ciudades de los Himyaritas no son más que colonias intelectuales de aquellos dos centros regios. Al tratar de caracterizar las civilizaciones que representan, he señalado algunos de sus puntos de contacto. Pero he reservado hasta ahora el estudio de las principales relaciones comunes, y en el momento en que se inicia su decadencia, con suertes diversas, en que uno va a cesar en su papel, en que el otro va a desempeñarlo todavía con mayor amplitud en manos extranjeras, cambiando de nombre, de forma y de alcance; en este momento, en que he de verme forzado, en una cuestión tan grave, a imitar el método de los poetas caballerescos, a pasar de las orillas del Éufrates y del Nilo a las montañas de Media y de Persia, y a hundirme en las estepas del Alta Asia, para descubrir en ellas a los nuevos pueblos que han de transfigurar el mundo político y las civilizaciones, no puedo diferir por más tiempo el precisar y definir las causas de la semejanza general de Egipto y de Asiria.

Los grupos blancos que crearon la civilización en una y otra de estas naciones no pertenecían a una misma variedad de la especie, sin lo cual sería imposible explicar sus profundas diferencias. Fuera del espíritu civilizador que por igual poseían, mostraban rasgos particulares que imprimieron como un sello de propiedad sobre sus creaciones respectivas. El fondo, igualmente negro, de ambos pueblos, no podía originar desemejanzas; y aun cuando se quisiese encontrar diversidades entre sus moradores melanios, no descubriendo más que negros de cabellos lisos en los países asirios y negros de cabellos crespos en Egipto, aparte de que nada autoriza este supuesto, nada ha indicado tampoco que entre las ramas de la raza negra las diferencias étnicas implicasen una dosis mayor o menor de aptitud civilizadora. Lejos de ello, doquier se estudia los efectos de las mezclas, se observa que un fondo negro,

pese a las variedades que pueda ofrecer, crea semejanzas entre las sociedades, no comunicándoles sino aquellas aptitudes negativas evidentemente extrañas a las facultades de la especie blanca. Forzoso es, pues, admitir, ante la incapacidad civilizadora de los negros, que el origen de las diferencias reside en la raza blanca; que, por consiguiente, hay variedades entre los blancos; y si observamos ahora el primer ejemplo en la Asiria y en Egipto, viendo el espíritu más regularizador, más moderado, más pacífico, más positivo, sobre todo, de la débil rama aria establecida en el valle del Nilo, nos sentimos inclinados a atribuir al conjunto de la familia una verdadera superioridad sobre las ramas de Cam y de Sem. A medida que irá desarrollando sus páginas la Historia, esta primera impresión se verá más y más confirmada.

Volviendo a los pueblos negros, me pregunto cuáles son las marcas de su naturaleza, las marcas análogas que han dejado en las dos civilizaciones de Asiria y de Egipto. La respuesta es evidente. Se desprende de hechos cuya fuerza probatoria salta a la vista.

Ninguna duda cabe de que es aquel gusto manifiesto por las cosas de la imaginación, aquella pasión vehemente por todo lo que pone en juego las partes de la inteligencia más fácilmente inflamables, aquella devoción por todo lo que se manifiesta a los sentidos, y, finalmente, aquella veneración por un materialismo que, con ser adornado, engalanado, ennoblecido, resultaba aún más acusado. He aquí lo que unió las dos civilizaciones primordiales de Occidente. En una y otra encontramos las consecuencias de semejante acuerdo. En ambas, los grandes momentos; en ambas, las artes de la representación del hombre y de los animales, la pintura, la escultura, prodigadas en los templos y los palacios, y evidentemente amadas por el pueblo. Se observa allí todavía el mismo gusto por los magníficos decorados, los harenes suntuosos, las mujeres confiadas a los eunucos, la pasión de la molicie, la creciente repulsión de la guerra y de sus trabajos, y en fin las mismas doctrinas de gobierno: un despotismo ora hierático, ora regio, ora nobiliario, siempre sin límites, el delirante orgullo en las clases elevadas, la desenfrenada abyección en las bajas. Las artes y la poesía debían ser y fueron, en efecto, la expresión más destacada, más real, más constante de aquellas épocas y de aquellos lugares.

En la poesía reinó el completo abandono del alma a las influencias exteriores. Citaré, como prueba cogida al azar, aquella especie de lamentación fenicia a la memoria de Suthul, hija de Kabirchis, grabada en Eryx sobre su tumba:

«Gimen las montañas de Eryx. Llenan el aire los sones de las cítaras y los cantos, y el lamento de las arpas en la asamblea de la casa de Mecamosch.

»¿Hay en su pueblo otra que pueda comparársele? Su magnificencia era como torrente de fuego.

»Más que la nieve brillaba el fulgor de su mirada... Su pecho velado era como el corazón de la nieve.

»Tal una flor marchita, nuestra alma está empañada con su muerte; se ha quebrantado con el gemido de los cantos fúnebres.

»Sobre nuestro pecho se deslizan las lágrimas (1).»

He aquí el estilo lapidario de los Semitas.

(1) Blaw, *Zeitschrift der deutsch. morgent. Gesellsch.*, t. III, p. 448.

Todo en esa poesía es ardiente, todo tiende a arrebatar los sentidos, todo es exterior. Semejantes estrofas no tienen por objeto desvelar el espíritu y transportarlo a un mundo ideal. Si, al escucharlas, no se llora, si no se grita, si no se rasga las vestiduras, si no se cubre de ceniza el rostro, han fallado su objetivo. Hay en ellas el hálito que se comunicó luego a la poesía árabe, lirismo sin límites, especie de intoxicación rayana en la locura y que culmina a veces en lo sublime.

Cuando se trató de pintar en un estilo de fuego, con expresiones de una energía furiosa y vagabunda, sensaciones desenfrenadas, los hijos de Cam y los de Sem supieron hallar asociaciones de imágenes, violencias de expresión que, en sus incoherencias, en cierto modo volcánicas, dejan muy atrás todo lo que pudo sugerir a los cantores de otras naciones el entusiasmo o la desesperación.

La poesía de los Faraones dejó menos huellas que la de los Asirios, de la cual encontramos todos los elementos necesarios sea en la *Biblia,* sea en las compilaciones árabes del Kitab-Alaganí, del Hamasa y de los Moalakats. Pero Plutarco nos habla de las canciones de los Egipcios, y parece que el carácter bastante regular de la nación inspiró a sus poetas acentos si no más razonables, por lo menos algo más tibios. Por otra parte, para Egipto como para Asiria, la poesía no tuvo más que dos formas, o lírica, o didáctica, fría y débilmente histórica, no persiguiendo en este último caso otro objetivo que registrar hechos en una forma cadenciosa y cómoda para la memoria. Ni en Egipto, ni en Asiria se encuentran aquellos hermosos y grandes poemas cuya creación requiere facultades muy superiores a las que exige la efusión lírica. Veremos que la poesía épica es privilegio de la familia aria; y aun no alcanza todo su ardor, todo su brillo, sino entre las naciones de aquella rama que estuvieron afectadas por la mezcla melania.

Al lado de esta literatura tan abierta a la sensación, y tan estéril para la reflexión, aparecen la pintura y la escultura. Sería un error hablar de ellas por separado; pues si la escultura estaba bastante perfeccionada para que podamos estudiarla y admirarla aparte, no cabe decir lo mismo de su hermana, simple anexo de la figuración en relieve, y que, despojada del claroscuro y de la perspectiva, y no procediendo sino por tintes uniformes, se encuentra a veces aislada en los hipogeos, aunque sólo sirve entonces de auxiliar a la ornamentación, o bien contribuye a que echemos de menos la escultura que debiera ser recubierta por ella.

Por otra parte, como es muy dudoso que la escultura hubiese prescindido nunca por completo de los colores, y que los artistas asirios o egipcios se hubiesen avenido a presentar a las exigentes miradas de sus materialistas espectadores obras revestidas únicamente de los colores de la piedra, del mármol, del pórfido o del basalto, y el separar ambas artes o elevar la pintura a un nivel de igualdad con la escultura, es engañarse sobre el espíritu de aquellas antigüedades. En Nínive y en Tebas no cabe figurarse las estatuas y los bajos relieves sino dorados y pintados con los más ricos colores.

¡Con qué exuberancia la sensualidad asiria y egipcia se lanzaba a todas las manifestaciones seductoras de la materia! Para aquellas imaginaciones sobreexcitadas y ávidas de estarlo cada vez más, el arte debía de llegar no por la reflexión, sino por los ojos, y cuando había dado en el blanco, veíase recompensado con prodigiosos entusiasmos y con un dominio casi increíble.

Los viajeros que recorren en nuestros días el Oriente advierten sorprendidos la impresión profunda y un tanto loca producida en los habitantes por las representaciones figuradas, y no hay un pensador que no reconozca, con la *Biblia* y el *Corán*, la utilidad espiritual de la prohibición dictada contra la imitación de las formas humanas en aquellos pueblos tan singularmente inclinados a sobrepasar los límites de una legítima admiración y a convertir las artes del dibujo en el más poderoso de los instrumentos desmoralizadores.

Semejantes disposiciones son a la vez favorables y contrarias a las artes. Resultan favorables, porque, sin la simpatía y la excitación de las masas, no hay creación posible. Son perniciosas, hasta envenenar y matar la inspiración, porque, al hundirla en una embriaguez muy violenta, la alejan del culto de la belleza, abstracción que debe perseguirse al margen y por encima de lo gigantesco de las formas y de la magia de los colores.

La historia del arte tiene todavía mucho que aprender, y cabría decir que en cada una de sus conquistas observa nuevas lagunas. Con todo, a partir de Winckelmann, ha hecho descubrimientos que han cambiado sus doctrinas diversas veces. Ha renunciado a atribuir a Egipto el origen de la perfección griega. Mejor informada, lo busca ahora en la libre manifestación de las producciones asirias. La comparación de las estatuas eginéticas con los bajos relieves de Korsabad no puede dejar de sugerir la idea de un estrecho parentesco entre ambas manifestaciones de arte.

Nada más glorioso para la civilización de Nínive que el haber ido tan lejos en la ruta que debía conducir a Fidias. Sin embargo, no era este el resultado a que tendía el arte asirio. Lo que perseguía era el esplendor, la grandiosidad, lo gigantesco, lo sublime, y no lo bello. Deténgome ante estas esculturas de Korsabad, y ¿qué veo en ellas? Muy ciertamente el producto de un cincel hábil y libre. Lo que hay en ellas de convencional es relativamente escaso, si se compara estas grandes obras con lo que vemos en el templo-palacio de Karnak y en las murallas del Memnonio. Sin embargo, las actitudes son forzadas, los músculos salientes, su exageración sistemática. La idea de la fuerza opresiva resalta en todos aquellos miembros fabulosamente vigorosos, orgullosamente tensos. En el busto, en las piernas, en los brazos, el deseo que animaba al artista de pintar el movimiento y la vida, rebasa todas las medidas. Mas ¿y la cabeza? La cabeza ¿qué dice? ¿Qué dice la faz, este campo de la belleza, de la concepción ideal, de la elevación del pensamiento, de la divinización del espíritu? La cabeza, la cara, aparecen nulos, helados. Ninguna expresión en sus rasgos impasibles. Como los combatientes del templo de Minerva, no dicen nada; los cuerpos luchan, pero las caras no sufren ni triunfan. Débese a que allí no se preocupaban del alma, sino únicamente del cuerpo. Es la acción y no el pensamiento lo que se perseguía; y la prueba de que fué esta la única causa de la muerte del arte asirio, es que, en todo lo que no es intelectual, en todo lo que se dirige únicamente a la sensación, la perfección fué plenamente lograda. Cuando se examina los detalles ornamentales de Korsabad, aquellas elegantes grecas, aquellos ladrillos esmaltados de flores y de deliciosos arabescos, no tardamos en reconocer que el genio griego no tuvo más que copiar, y nada tuvo que añadir a la perfección de aquel gusto, ni tampoco a la graciosa y correcta frescura de aquellas invenciones.

Como la idealización moral es nula en el arte asirio, éste, a pesar de sus

grandes cualidades, no pudo evitar mil enormidades monstruosas que incesantemente lo acompañaron y que constituyeron su tumba. Tal es el caso de los Kabiros y los Telquinos semitas al fabricar, para la edificación de Grecia, semicompatriota suya, aquellos ídolos mecánicos que movían los brazos y las piernas, imitados más tarde por Dédalo, y que no tardó en menospreciar el buen sentido de una nación demasiado varonil para complacerse en tales futilidades. En cuanto a los pueblos afeminados de Cam y de Sem, estoy bien persuadido que no se cansaron nunca de ello; para ellos no podía haber ningún absurdo en la tendencia a imitar, tan de cerca como fuese posible, lo que la Naturaleza ofrece de materialmente verdadero.

Ya se piense en el Baal de Malta con su peluca y su barba rubias, rojizas o doradas; ya se recuerde aquellas piedras informes, cubiertas de vestidos espléndidos y saludadas con el nombre de divinidades en los templos de Siria, para pasar luego a la fealdad sistemática y repugnante de las muñecas hieráticas de la Armería de Turín, no hay en todas esas aberraciones nada que no responda a las inclinaciones de la raza camita y de su aliada. Una y otra no buscaban sino lo impresionante, lo terrible, y, en defecto de lo colosal, se entregaban a lo espantoso, frotando su sensibilidad incluso en lo repugnante. Era un anexo natural del culto rendido a los animales.

Estas consideraciones se aplican igualmente a Egipto, con la sola diferencia de que, en aquella sociedad más metódica, lo feo y lo deforme no se desarrollaron con la misma abundancia de salvaje libertad a que se abandonaban Nínive y Cartago. Estas tendencias revistieron las formas inmóviles de la nacionalidad, que, por lo demás, las introdujo gustosa en su Panteón.

Así, las civilizaciones del Eufrates y del Nilo se caracterizaron igualmente por el avasallador predominio de la imaginación sobre la razón, y de la sensualidad sobre el espiritualismo. La poesía lírica y el estilo de las artes del dibujo fueron las expresiones intelectuales de aquella situación. Si se observa, además, que nunca fué tan grande el poder de las artes, puesto que alcanzó y rebasó los límites que en todas partes logra imponerle el sentido común, y que, en aquellas peligrosas divagaciones, invadió considerablemente la esfera teológica, moral, política y social, nos preguntaremos cuál fué la causa, el origen primero de aquella ley desorbitante de las sociedades primitivas.

Para el lector, creo yo, el problema está ya resuelto. Bueno es, sin embargo, examinar si en otros lugares y en otros tiempos no se representó algo análogo. La India aparte, y aun la India de una época posterior a su verdadera civilización aria, no, no ofreció nunca nada semejante. Nunca la imaginación humana se sintió, como allí, libre de todo freno, ni experimentó, con una sed y un hambre tal de la materia, tan irreprimibles inclinaciones a la depravación; el hecho es, pues, sin discusión, peculiar de Asiria y de Egipto. Establecido esto, consideremos todavía, antes de concluir, otro aspecto de la cuestión.

Si se admite, con los Griegos y los jueces más competentes en esta materia, que la exaltación y el entusiasmo son la vida del genio de las artes; que este mismo genio, cuando es cabal, confina con la locura, no iremos a buscar la causa creadora de ellas en ningún sentimiento organizador y sabio de nuestra naturaleza, sino en el fondo de las agitaciones de los sentidos, en aquellas ambiciosas embestidas que les llevan a acoplar el espíritu y las apa-

riencias, a fin de obtener algo que seduzca más que la realidad. Ahora bien: hemos visto que, en las dos civilizaciones primitivas, lo que organizó, disciplinó, aportó leyes, gobernó con ayuda de ellas, en una palabra, se condujo razonablemente, fué el elemento blanco, camita, ario y semita. Así, pues, se presenta esta rigurosa conclusión: que el origen de que han partido las artes es extraño a los instintos civilizadores. Este origen yace oculto en la sangre de los negros. Este poder universal de la imaginación, que vemos envolver e impregnar las civilizaciones primordiales, no tiene otra causa que la influencia siempre creciente del principio melanio.

Si esta aserción es fundada, he aquí lo que debe ocurrir: el poder de las artes sobre las masas estará siempre en razón directa de la cantidad de sangre negra que éstas contengan. La exuberancia de la imaginación será tanto más intensa cuanto mayor lugar ocupe el elemento melanio en la composición étnica de los pueblos. El principio está confirmado por la experiencia: coloquemos a la cabeza de la lista a los Asirios y a los Egipcios.

Pondremos a su lado la civilización hindú, posterior a Sakia Muni;

Después vendrán los Griegos;

A un grado inferior, los Italianos de la Edad Media;

Más abajo, los Españoles;

Más abajo aún, los Franceses de los tiempos modernos;

Y, finalmente, después de éstos, trazando una línea, no admitiremos nada más que inspiraciones indirectas y productos de inspiración sabia, que no afectan a las masas populares.

Es, se dirá, una corona muy bella la que coloco en la cabeza deforme del negro, y un honor muy grande el que se le hace al agrupar a su alrededor el armonioso coro de las Musas. El honor no es tan grande. No he dicho que todas las Piérides estuviesen allí reunidas; faltan, entre ellas, las más nobles, las que se apoyan en la reflexión, las que buscan la belleza con preferencia a la pasión. Además, ¿qué hace falta para construir una lira? Un fragmento de concha y unos pedazos de madera; y que yo sepa, nadie ha atribuído a la lenta tortuga, ni al ciprés, ni tampoco a las tripas de cerdo o al cobre de la mina, el mérito de los cantos del músico; y, no obstante, sin todos esos ingredientes, ¿qué sería de la armoniosa música y de los inspirados cantos?

Ciertamente, el elemento negro es indispensable para desarrollar el genio artístico en una raza, puesto que hemos visto la profusión de fuego, de llamas, de centellas, de arrebato, de irreflexión que reside en su creencia, y hasta qué punto la imaginación, ese reflejo de la sensualidad, y todas las apetencias de la materia, lo hacen apto para experimentar las impresiones generadoras de las artes hasta un grado de intensidad enteramente desconocido de las demás familias humanas. Este es mi punto de partida; y si nada hubiese que añadir, ciertamente el negro aparecería como el poeta lírico, el músico, el escultor por excelencia. Pero no se ha dicho todo, y lo que falta modifica considerablemente el aspecto de la cuestión. Sí, repitámoslo, el negro es la criatura humana más enérgicamente sobrecogida por la emoción artística; pero, eso sí, a condición de que su inteligencia haya penetrado el sentido de ella y comprendido su alcance. Ahora bien: mostradle la Juno de Policleto, y es dudoso que la admire. Ignora lo que es esa Juno, y aquella representación de mármol destinada a plasmar cier-

tas ideas trascendentales de lo bello, que le son aún más desconocidas, le dejará tan frío como la exposición de un problema de álgebra. Asimismo, traducidle unos versos de *La Odisea*, y especialmente el encuentro de Ulises con Nausicaa, lo más sublime de la inspiración reflexiva: se caerá de sueño. En todos los seres, para que la simpatía estalle, es preciso que primeramente intervenga la inteligencia, y esto es lo difícil en el negro, cuyo espíritu se muestra obtuso en cuanto hay que reflexionar, aprender, comparar, sacar consecuencias. La sensibilidad artística de este ser, en sí extraordinariamente poderosa, permanecerá, pues, necesariamente, limitada a los más bajos menesteres. Se inflamará y se apasionará; mas ¿por qué? Por unas imágenes ridículas y groseramente pintadas. Se estremecerá de adoración ante un tronco de madera repugnante, más turbada, por lo demás, mil veces más emocionada, por aquel espectáculo degradante, que lo fué nunca el alma selecta de Pericles a los pies de Júpiter Olímpico. Débese a que el negro puede elevar su pensamiento hasta la imagen ridícula, hasta un repugnante pedazo de madera, y que ante lo verdaderamente bello este pensamiento está sordo, mudo y ciego de nacimiento. No cabe, pues, en esto iniciación posible para él. Así, entre todas las artes predilectas de la criatura melania, la música ocupa el primer lugar, en tanto que acaricia su oído con una sucesión de sones y no pide nada a la parte pensante de su cerebro. El negro ama con locura la música, goza con ella en exceso; sin embargo, ¡cuán extraño permanece a aquellos delicados convencionalismos con los cuales la imaginación europea ha aprendido a ennoblecer las sensaciones!

En la encantadora aria de Paolino del *Matrimonio secreto*:

Pria che spunti in ciel' l'aurora, etc.,

la sensualidad de la evocación musical, guiada por la ciencia y la reflexión, lleva, desde los primeros compases, a forjarse, como se acostumbra decir, un cuadro. La magia de los sones evoca a su alrededor un horizonte fantástico en el que los primeros fulgores de la aurora tiñen un cielo ya azul. En aquella atmósfera ideal, el extasiado auditor siente difundirse a su alrededor la tibia frescura de una mañana de primavera. Las flores se abren, sacuden el rocío, esparcen discretamente sus perfumes por encima del húmedo césped sembrado de pétalos. Se abre la puerta del jardín, y, bajo las clemátides y los pámpanos que la ocultan a medias, aparecen, apoyados uno en el otro, los dos amantes dispuestos a la fuga. ¡Delicioso sueño! Los sentidos agitan suavemente el alma meciéndola en las esferas ideales en que el gusto y la memoria le brindan la parte más exquisita de su delicado goce.

El negro no ve nada de todo eso. Y, sin embargo, lógrese despertar sus instintos: el entusiasmo, la emoción serán inmensamente más intensos que nuestro arrobamiento contenido y nuestra delectación de personas sensatas.

Me figuro ver a un Bambara asistiendo a la ejecución de uno de los aires de su predilección. Su faz se inflama, sus ojos centellean. Ríe, y su ancha boca muestra, brillando en medio de su tenebroso semblante, unos dientes blancos y agudos. Sacudido por el goce, se agarra a su asiento; diríase que al encogerse, al colocar sus miembros unos debajo de los otros, trata, por la disminución de la superficie ocupada, de concentrar en mayor

grado en su pecho y en su cabeza los tumultuosos crispamientos del furioso bienestar que experimenta. De su garganta, comprimida por la pasión, pugnan por salir unos sones inarticulados; sobre sus prominentes mejillas resbalan gruesos lagrimones; un momento más, y estallará en gritos. Al cesar la música, se siente abrumado de fatiga.

Dentro de nuestras costumbres refinadas, hemos hecho del arte algo tan íntimamente ligado con lo que de más sublime encierran las meditaciones del espíritu y las sugestiones de la ciencia, que sólo por abstracción, y aun con cierto esfuerzo, logramos hacer extensiva su noción hasta la danza. Para el negro, por el contrario, la danza es, con la música, objeto de una pasión irresistible. Débese a que la sensualidad lo es casi todo, si no todo, en la danza. Por lo mismo, ésta ocupaba un lugar muy grande en la existencia pública y privada de los Asirios y de los Egipcios; y allí donde el antiguo mundo de Roma la encontraba más curiosa y más embriagadora aún que en parte alguna, es todavía allí donde nosotros, modernos, vamos a buscarla: en las poblaciones semíticas de España, y principalmente en Cádiz.

Así el negro posee hasta el más alto grado la facultad sensual sin la que no hay arte posible; y, por otra parte, la carencia de aptitudes intelectuales lo hace completamente inepto para la cultura del arte, incluso para la apreciación de lo que esta noble aplicación de la inteligencia humana puede producir de elevado. Para sacar partido de sus facultades, es necesario que se alíe con una raza diferentemente dotada. En ese enlace, la especie melania se muestra como personalidad femenina, y aun cuando sus diversas ramas aparezcan diferentemente mezcladas, siempre, en esa alianza con el elemento blanco, está representado por este último el principio macho. El producto que de ello resulta no reune las cualidades enteras de ambas razas. Hay además esta misma dualidad que explica la fecundación ulterior. Menos vehemente en la sensualidad que las individualidades absolutas del principio femenino, menos completo en fuerza intelectual que las del principio macho, goza de una combinación de ambas fuerzas que le permite la creación artística, no otorgada ni a ninguno de los troncos asociados. Huelga decir que ese ser por mí inventado es abstracto, enteramente ideal. No vemos sino raramente, y por efecto de múltiples circunstancias, entidades en las cuales aquellos principios generadores se reproduzcan y se enfrenten con fuerzas convenientemente ponderadas. En todo caso, y si es lícito creer en tales combinaciones entre individuos aislados, no cabe suponerlo entre las naciones, y aquí no se trata sino de éstas. Los elementos étnicos oscilan constantemente en las masas. Es tan difícil descubrir los momentos en que se encuentran casi en equilibrio; son tan fugaces, tan imposibles de prever estos momentos, que es preferible no mentarlos y no razonar sino sobre aquellos en los cuales tal elemento, manifiestamente superior al otro, preside algo más permanentemente los destinos nacionales.

Las dos civilizaciones primordiales intensamente impregnadas de gérmenes melanios, a la vez que dirigidas e inspiradas por el poderío peculiar de la raza blanca, debieron al predominio cada vez más ostensible del elemento negro la exaltación que las caracterizó: la sensualidad constituyó, pues, su sello principal y común.

Egipto, poco o nada regenerado, se mostró menos influyente que las

naciones camitas negras, tan felizmente renovadas por la sangre semítica. El país poseía, no obstante, en su móvil ario, algo evidentemente superior; pero la marea ascendente de la sangre melania, sin destruir absolutamente las prerrogativas de aquella sangre, las dominó, y, prestando a la nación aquella inmovilidad que se le reprocha, no le permitió escapar a lo colosal sino para caer en lo grotesco.

La sociedad asiria cobró, de la serie de invasiones blancas que la renovaron, mayor independencia en sus inspiraciones artísticas. También obtuvo con ello, hay que confesarlo, un esplendor más vivo; porque si nada, dentro de lo sublime, supera la majestad de las pirámides y de ciertos templos-palacios del Alto Egipto, aquellos maravillosos monumentos no ofrecen representaciones humanas que, por la firmeza de la ejecución, la ciencia de las formas, puedan compararse a los magníficos bajos relieves de Korsabad. En cuanto a la parte ornamental de los edificios ninivitas, como los mosaicos, los ladrillos esmaltados, he dicho ya todo lo que el juicio menos benévolo se vería forzado a reconocer: que los mismos Griegos no han sabido sino copiar aquellas invenciones, sin lograr nunca ir más allá en materia de gusto y exquisitez.

Desgraciadamente, el principicio melanio era demasiado poderoso y tenía que prevalecer. Las hermosas esculturas asirias, que hay que atribuir a una época anterior al siglo VII antes de Jesucristo, no señalaron sino un período bastante corto. Después de la fecha que indico, la decadencia fué profunda, y el culto de la fealdad, tan grato a la incapacidad de los negros, aquel culto tan triunfante, siempre practicado, incluso al lado de las obras maestras más impresionantes, acabó imponiéndose por completo.

De donde resulta que, para asegurar a las artes una verdadera victoria, fué preciso obtener una mezcla de la sangre de los negros con la de los blancos, en la cual la última entrase en una proporción mayor que la que se pudo obtener en los mejores tiempos de Memfis y de Nínive, formando así una raza infinitamente dotada de imaginación y de sensibilidad unidas a mucha inteligencia. Esta mezcla se combinó más tarde, cuando los Griegos meridionales aparecieron en la historia del mundo.

LIBRO TERCERO

Civilización que se extiende desde el Asia Central hacia el Sur y el Sudeste



CAPÍTULO PRIMERO

LOS ARIOS; LOS BRAHMANES Y SU SISTEMA SOCIAL

He llegado a la época en que los Medos tomaron a Babilonia por asalto. El Imperio asirio va a cambiar juntamente de forma y de valor. Los hijos de Cam y de Sem cesarán para siempre de figurar en la primera categoría de las naciones. En vez de regir y guiar los Estados, formarán desde entonces el fondo corruptor. En la escena aparece un pueblo ario que, dejándose examinar y juzgar mejor que la rama de la misma raza envuelta en las mezclas egipcias, nos invita a considerar de cerca, y con la atención que merece, aquella ilustre familia humana, la más noble, sin disputa, de las de origen blanco.

Presentar a los Medos sin haber previamente estudiado y conocido a todo el grupo del cual no son sino una débil fracción, sería exponerse a mostrar de modo incompleto esta verdad. No puedo, pues, empezar por ellos. Me detendré primero en las ramas más poderosas y con ellos emparentadas. A este efecto, me adentraré en las regiones situadas al Oriente del Indo, donde empezaron a desarrollarse los grupos más considerables de los pueblos arios.

Mas estos primeros pasos, desviados de la parte de historia que he examinado al comienzo, me llevarán más allá de las regiones hindúes; porque la civilización brahmánica, casi extraña al Occidente del mundo, ha vivificado poderosamente la región oriental, y, encontrando allí razas que Asiria y Egipto no hicieron más que entrever, entró en íntimo contacto con las hordas amarillas. El estudio de estas relaciones y de sus resultados es de capital importancia. Con su ayuda veremos si se podrá establecer la superioridad de la raza blanca tanto respecto de los Mogoles como respecto de los Negros, en qué medida la demuestra la Historia, y consiguientemente el estado respectivo de las dos razas inferiores y de sus derivadas.

Difícil es hallar sincronismos entre las emigraciones primordiales de los Camitas y las de los Arios; pero también lo es substraerse a la necesidad de buscarlos. La invasión de los Hindúes en el Pendjab es un hecho tan remoto y que rebasa de tal modo los límites de la historia positiva, la filología le asigna una fecha tan antigua, que este acontecimiento parece remontarse a las épocas anteriores al año 4000 antes de Jesucristo. Así, casi al mismo tiempo e impelidos por las mismas necesidades, Camitas y Arios habrían abandonado la residencia primordial de la familia blanca para descender en dirección al Sur, unos hacia el Oeste, otros hacia Oriente.

Los Arios, más afortunados que los Camitas, conservaron, durante una larga serie de siglos, juntamente con su lengua nacional, anejo sagrado del

idioma blanco primitivo, un tipo físico que, debido a su especial particularidad, nunca los expuso a confundirse entre las poblaciones negras. Para explicar este doble fenómeno es necesario admitir que, a su paso, se retiraban las razas aborígenes, dispersas o destruídas por las incursiones de vanguardia, o bien que estaban muy desparramadas por los altos valles del Cachemira, primer país hindú invadido por los conquistadores. Por lo demás, no puede negarse que la primera población de estas comarcas perteneciese al tipo negro (1). Las tribus melanias que se encuentran aún en el Kamaún son prueba de ello. Están formadas por descendientes de los fugitivos que, no habiendo seguido a sus congéneres cuando el gran reflujo hacia los montes Vyndhia y el Dekkhan (2), se adentraron en las gargantas alpestres, refugio seguro, puesto que en ellas conservan su individualidad desde tiempo inmemorial.

Antes de penetrar en el corazón de la India, tomemos el conjunto de la familia aria primitiva, en el instante en que su movimiento de marcha hacia el Sur está ya iniciado, pero en que, no obstante haber comenzado a invadir el valle de Cachemira con sus columnas de vanguardia, el grueso de sus naciones no ha traspasado aún la Sogdiana.

Los Arios se hallan separados de las naciones célticas, que se dirigen hacia el Noroeste, costeando el mar Caspio por su parte superior; mientras que los Eslavos, muy poco diferentes de este último y vasto conjunto de pueblos, siguen hacia Europa una ruta más septentrional aún.

Los Arios, mucho antes de llegar a la India, no tenían, pues, nada de común con las naciones que iban a convertirse en europeas. Formaban una multitud inmensa completamente distinta del resto de la especie blanca, y que hay que designar, como lo hago, con un nombre especial. Desgraciadamente, los sabios de primer orden no advirtieron esta necesidad. Absorbidos por la filología, dieron algo a la ligera, al conjunto de lenguas de la raza, el nombre muy inexacto de indogermánicas, sin detenerse en la consideración, por lo demás muy seria, que, de todos los pueblos que poseen estos idiomas, uno solo penetró en la India, mientras que los otros no se acercaron jamás a ella. La necesidad, desde luego imperiosa, de las clasificaciones ha sido en todo tiempo la causa principal de los errores científicos. Los idiomas de la raza blanca no son más hindúes que celtas, y para mí son mucho menos germánicos que griegos. Cuanto antes se renuncie a estas denominaciones geográficas, mejor.

El nombre de Ario posee la preciosa ventaja de haber sido escogido por las tribus mismas a las cuales se aplica, y de seguirlas por doquiera independientemente de los lugares que habitaron o pudieron habitar. Este nombre es el más bello que pueda adoptar una raza: significa *honorable* (3); así, las naciones arias fueron naciones de *hombres honorables*, de hombres dignos de estima y de respeto, y probablemente, por extensión, de hombres que cuando no se les daba lo que se les debía sabían tomárselo. Si esta

(1) Lassen, *Indisch. Alterth.*, t. I, p. 853.

(2) Ritter, *Erdkunde, Asien,* t. I, p. 435.

(3) Lassen, *Indisch. Alterth,* t. I, p. 6; Burnouf, *Commentaire sur le Yasna,* t. I, p. 461, nota.

interpretación no está estrictamente en el vocablo, se verá que se encuentra en los hechos.

Los pueblos blancos que se aplicaron esta denominación comprendían bien su alcance altanero y pomposo. Se apegaron fuertemente a ella, y sólo muy tarde la dejaron desaparecer bajo las denominaciones particulares que después se dió cada uno de ellos. Los hindúes llamaron al país sagrado, la India legal, el *Arya-varta*, la tierra de los hombres honorables (1). Más tarde, cuando se dividieron en castas, el nombre de *Arya* se aplicó a la masa de la nación, a los Vaysias, la última categoría de los verdaderos Hindúes, dos veces nacidos, lectores de los Vedas.

El nombre primitivo, reclamado por los Arios Iranios, a los cuales pertenecían los Medos, fué 'Αριοί. Otra rama de esta familia, los Persas, había comenzado igualmente a llamarse 'Αρταιοί, y cuando renunciaron a este nombre para el conjunto de la nación, conservaron la raíz de esta palabra en la mayor parte de sus nombres de varones, tales con Arta-jerjes, Ario-barzanes, Arta-baces, y los prestaron también así formados a los Escitas-Mogoles que habían adoptado su lengua, y cuyo uso renovaron más tarde ante el empleo que hacían de ella los Arios Sármatas (2).

En la cosmogonía irania se consideraba como el primero de los países creados a una región que los Iranios llamaban *Airyanem-Vaego* y colocaban muy lejos en el Nordeste, hacia las fuentes del Oxus y del Yaxartes (3). Recordaban que en aquella región el estío sólo duraba dos meses y que durante los otros diez meses reinaba el invierno en toda su crudeza. Así, para ellos, el país de los hombres honorables designaba la antigua patria; mientras que los Hindúes de los tiempos posteriores, apegados al nombre y olvidados del hecho, transportaron la designación e hicieron don de ella a su nueva patria.

Esta raíz *ar* siguió por todas partes a las diversas ramas de la raza y las preocupó constantemente. Los Griegos la muestran bien conservada y en buen lugar, en la palabra Ἄρης, que personifica al ser honorable por excelencia, al dios de las batallas, al héroe perfecto; en este otro vocablo ἀρετή, que indica en primer lugar la reunión de las cualidades propias de un verdadero hombre, la bravura, la firmeza, la sabiduría, y que, más tarde, significó la virtud. Se la encuentra también en la expresión de ἀράομαι, que se refiere al acto de honrar a las potencias sobrehumanas; en fin, no será quizá muy osado, ni contrario a una buena etimología, que veamos la denominación genérica de la familia aria unida a una de sus descendencias más gloriosas, comparando las palabras *arya, ayrianem*, con 'Αρχαιοί, y 'Αργειοι, Los Griegos, al separarse en una época antigua del haz común,

(1) El *Manava-Dharma-Sastra*, traducción de Haughton, divide el territorio nacional en muchas categorías. He aquí la clasificación de ese territorio fuera del cual sólo puede habitar un Sudra cuando le apremia el hambre (t. II, cap. II, § 17): «Entre los dos ríos divinos Saraswati y Drishadwati se extiende la faja de tierra que los sabios han llamado Brahmaverta, porque era frecuentada por los dioses». (Es el territorio primitivamente habitado por los Arios puros de toda mezcla negra o amarilla.)

(2) Lassen, *Indisch. Alterth.*, t. I, p. 6.

(3) Lassen, *Indisch. Alterth*, t. I, p. 526.

no renegaron de su nombre ni en sus hábitos de pensar — el hecho es indiscutible —, ni tan siquiera en su denominación nacional.

Podría llevarse más lejos esta investigación, y se encontraría esta raíz *ar, ir* o *er,* conservada en el vocablo alemán moderno *Ehre,* que parece probar que en los pensamientos de la más bella de las razas humanas ocupó siempre gran lugar un sentimiento de orgullo fundado sobre el mérito moral.

Después de testimonios tan numerosos, se encontrará quizá oportuno que demos un día, al conjunto de pueblos de que se trata, el nombre general y muy merecido que él mismo se asignara, y que renunciemos a esas denominaciones de Jafétidas, Caucasianos e Indogermanos, sobre cuyos inconvenientes nunca se insistirá bastante.

En espera de esta restitución tan deseable para la claridad de las genealogías humanas, me permitiré adelantarme a ella para formar una clase particular con todos los pueblos blancos que, habiendo inscrito esta calificación ora sobre monumentos de piedra, ora en sus libros, no permiten que les sea arrebatada. Partiendo de este principio, creo poder denominar esta raza especial según las partes que la constituyen en el momento en que, ya separada del resto de la especie, se dirige hacia el Sur.

Se incluyen en esa masa las multitudes que van a invadir la India y las que, tomando por el camino que siguieron los Semitas, ganarán las márgenes inferiores del mar Caspio, y desde allí, pasando al Asia Menor y a Grecia, en diferentes épocas, se llamarán Helenos. En esas regiones se reconocen todavía esas columnas numerosas, algunas de las cuales, descendiendo hacia el Sudoeste, penetrarán hasta el golfo Pérsico, mientras que las otras, permaneciendo durante siglos en las cercanías del Imaús, reservan a los Sármatas para el mundo europeo. Hindúes, Griegos, Iranios, Sármatas, no forman, pues, sino una sola raza distinta de las otras ramas de la especie y superior a todas (1).

En cuanto a la conformación física, no cabe duda: era la más bella de que jamás se haya oído hablar (2). La nobleza de sus rasgos, el vigor y la majestuosidad de su elevada estatura, su fuerza muscular, nos son aseverados por testimonios que, no por ser posteriores a la época en que estuvo reunida, son de menos crédito (3). Todos establecen, en los diferentes puntos donde son recogidos, una gran identidad de rasgos generales, no presentando las desviaciones locales sino como resultado de mezclas posteriores. En la India, los cruzamientos tuvieron lugar con razas negras; en el Irán, con los Camitas, los Semitas y los Negros; en Grecia, con los pueblos blancos que no es cosa de determinar aquí y con los Semitas. Pero en todas partes el fondo del tipo permaneció idéntico, y es apenas controvertible que, aun degenerado de su belleza primordial, el tronco producía tipos como los actuales Cachemiranos y como la mayor parte de los Brahmanes del Norte, como aquellos cuya representación estuvo figurada, bajo los primeros sucesores de Ciro, en las construcciones de Nakschi-Rustam y de Persépolis; en fin, que los individuos cuyo aspecto físico inspiró a los escultores del Apolo

(1) Lassen, *Indisch. Alterth.*, t. I, p. 516.
(2) Lassen, *ob. cit.*, p. 404.
(3) Lassen, *ob. cit.*, ps. 404 y 854.

Pitio, del Júpiter de Atenas y de la Venus de Milo, formaban la más bella de las especies humanas cuya contemplación hubiese podido regocijar a los astros y a la Tierra.

El color de los Arios era blanco y rosado: así fueron los Griegos y los Persas más antiguos; tales se mostraron también los Hindúes primitivos. Entre los colores de los cabellos y de la barba dominaba el rubio, y no puede olvidarse la predilección que por este color sentían los Helenos: no concebían de otra manera a sus divinidades más nobles. En este capricho de una época en que los cabellos rubios habían llegado a ser muy raros en Atenas y en los muelles del Eurotas, todos los críticos han visto un recuerdo de las edades primitivas de la raza helénica. Aun hoy este matiz no se ha perdido todavía absolutamente en la India, y sobre todo en el Norte, esto es, en la parte donde la raza aria ha conservado y renovado mejor su pureza. En el Kattiwar se encuentran frecuentemente cabellos rojizos y ojos azules.

La idea de belleza ha permanecido entre los Hindúes unida a la de blancura, y nada lo prueba tanto como las descripciones de niños predestinados, tan frecuentes en las leyendas búdicas (1). Estos relatos piadosos muestran a la divina criatura, en los primeros días de su infancia, con la tez blanca, la piel de color de oro. Su cabeza tiene la forma de un quitasol (esto es, debe ser redonda y alejada de la configuración piramidal que tiene en los negros). Sus brazos son largos, su frente ancha, sus cejas reunidas, su nariz prominente.

Como esta descripción, posterior al siglo VII antes de Jesucristo, se aplica a una raza cuyas mejores ramas estaban bastante mezcladas, no hay que extrañarse de ver en ella exigencias algo anormales, tales como el color de oro ansiado para la piel del cuerpo y las cejas reunidas. En cuanto a la tez blanca, los brazos largos, la frente ancha, la cabeza redonda y la nariz prominente, son otros tantos rasgos que revelan la presencia de la especie blanca y que, habiendo continuado siendo característicos de las castas elevadas, autorizan a pensar que la raza aria, en su conjunto, los poseía igualmente.

Esta variedad humana, así corporalmente dotada de una belleza suprema, no era menos superior de espíritu (2). Tenía que mostrar una suma inagotable de vivacidad y de energía, y la naturaleza del gobierno que se había dado a sí misma coincide perfectamente con las necesidades de un natural tan activo.

Los Arios, divididos en tribus o pequeños grupos concentrados en grandes burgos, ponían a su frente jefes cuyo poder muy limitado nada tenía de común con la omnipotencia absoluta ejercida por los soberanos entre los pueblos negros o entre las naciones amarillas (3). El nombre sánscrito más antiguo para expresar la idea de rey, de director de la comunidad política, es *vis pati*; el zendo *vis paitis* lo ha conservado perfectamente, y el lituano *wiespati* indica aún hoy a un noble terrateniente. La significación se encuentra completa en el Ποιμὴν λαῶν tan frecuente en Homero y en Hesíodo. Y como la monarquía griega de la época heroica, absoluta-

---

(1) Bournouf, *Introduction à l'histoire du boudhisme indien*, t. I, ps. 237, 314.
(2) Lassen, *Indisch. Alterth.*, t. I, p. 854
(3) Lassen, *ob. cit.*, p. 807.

mente igual que la de los Iranios antes de Ciro, no muestra en los soberanos sino una autoridad de las más limitadas; como las epopeyas del *Ramayana* y del *Mahabharata* sólo conocen la realeza electiva, conferida por los habitantes de las ciudades, los brahmanes y aun los reyes aliados, todo induce a inferir que el poder que tan en absoluto emanaba de la voluntad general, no debía de ser sino una delegación bastante débil, quizá incluso precaria, completamente de acuerdo con la organización germánica anterior a la especie de reforma que entre nosotros hizo Khlodowig.

Aquellos reyes Arios, residiendo en sus ciudades entre rebaños de bueyes, de vacas y de caballos, y actuando de jueces en las disputas violentas que accidentaban en todo momento la vida de las naciones pastoriles, estaban rodeados de hombres más belicosos aún que los pastores.

Cuando he hablado, cuando hablo de la nación aria, de la familia aria, no pretendo decir que los diferentes pueblos que la formaban mantuvieran entre sí relaciones de afectuoso parentesco. Lo contrario es lo indubitable; su estado más ordinario parece haber sido la hostilidad flagrante y aprobada, y aquellos hombres honorables no veían nada tan digno de admiración como un guerrero montado en su carro, corriendo, ayudado por su escudero, a disparar todas sus flechas contra una tribu vecina. Este escudero, que aparece siempre en las esculturas egipcias, asirias y persas, en los poemas griegos o sánscritos, en el *Schah-nameh*, en los cantos escandinavos y en las epopeyas caballerescas de la Edad Media, fué también en la India una figura militar de gran importancia.

Los Arios guerreaban, pues, entre sí (1), y como no eran nómadas (2), como permanecían el mayor tiempo posible en la patria por ellos adoptada, y en todas partes su valerosa audacia había acabado presto con la resistencia de los indígenas, sus expediciones más frecuentes, sus campañas más largas, sus desastres más completos, así como sus triunfos más espléndidos, no tuvieron por actores sino a ellos mismos. La virtud era, pues, el heroísmo del combatiente, y, ante toda otra consideración, la bondad era la bravura, noción que descubrimos, mucho tiempo después, en las poesías italianas donde el *buon Rinaldo* es también *il gran virtuoso* de Ariosto. Las más brillantes recompensas eran para los campeones más esforzados. Se los llamaba *sura,* los celestes (3), porque, si sucumbían en la batalla, iban a morar en el Svarga, magnífico palacio en el que los recibía Indra, el rey de los dioses; y este honor era tan grande, tan superior a cuanto podía reservar la otra vida, que ni mediante ricos sacrificios, ni por la extensión y profundidad del saber, ni merced a ningún recurso humano, podía nadie ocupar en el Cielo el mismo lugar que los suras. Todo mérito se eclipsaba ante el de la muerte recibida en combate. Pero la prerrogativa de los intrépidos guerreros no acababa siquiera en este punto supremo. No sólo podían ir a morar, huéspedes venerados, en la mansión etérea de los dioses: estaban en condiciones de destronar a los mismos dioses, y, en el seno de su omnipotencia, Indra, amenazado sin cesar de verse arrebatar el cetro por un mortal indomable, temblaba continuamente (4).

---

(1) Lassen, *ob. cit.,* t. I, p. 617.
(2) Lassen, *ob. cit.,* t. I, p. 816.
(3) Lassen, *ob. cit.,* t. I, p. 734.
(4) Lassen, *ob. cit.,* t. I.

Entre estas ideas y las de la mitología escandinava se encontrarán relaciones sorprendentes. No son relaciones, es identidad perfecta la que hay que observar entre las opiniones de estas dos tribus de la familia blanca, tan separadas por los siglos y por los lugares. Por otra parte, esta orgullosa concepción de las relaciones del hombre con los seres sobrenaturales se encuentra, en las mismas grandes proporciones, entre los Griegos de la época heroica. Prometeo, robando el fuego divino, se muestra más astuto y previsor que Júpiter; Hércules arranca del Erebo a Cerbero por la fuerza; Teseo hace temblar a Plutón en el trono; Ayax hiere a Venus, y Mercurio, a pesar de ser dios, no se atreve a enfrentarse con la indomable bravura de los compañeros de Menelao.

El *Schah-nameh* presenta igualmente a sus campeones en lucha con los personajes infernales, que sucumben bajo el vigor de sus adversarios.

El sentimiento sobre el cual se basa, en todos los pueblos blancos, esta exageración fanfarrona, es indiscutiblemente una idea muy franca de la excelencia de la raza, de su poderío y de su dignidad. No me admira ver que los negros reconozcan tan fácilmente la divinidad de los conquistadores llegados del Norte, cuando éstos suponen, de buena fe, que la potencia sobrenatural es comunicable a ellos, y creen, en ciertos casos, y a costa de ciertas hazañas guerreras o morales, poder elevarse al lugar y puesto desde donde los dioses los contemplan, los alientan y los temen. Hay un hecho que puede observarse fácilmente en la existencia ordinaria, y es que las personas sinceras son tomadas fácilmente por lo que se hacen pasar. Con mayor razón debía de ser así cuando el hombre negro de Asiria y Egipto, despojado y temblando, oía decir a su soberano que si todavía no era dios no tardaría en serlo. Viéndole gobernar, regir, instituir leyes, descuajar bosques, desecar pantanos, fundar ciudades, en una palabra, realizar aquella obra civilizadora de la que él mismo se reconocía incapaz, el hombre negro decía a los suyos: «Se engaña; no va a ser dios; lo es ya». Y lo adoraban.

Podría creerse que el corazón del hombre blanco juntaba a este exagerado sentimiento de su dignidad cierta inclinación a la impiedad. Sería un error; porque precisamente el corazón del blanco es religioso por excelencia (1). Las ideas teológicas le preocupan en alto grado. Ya se ha visto con qué cuidado conservaba los antiguos recuerdos cosmogónicos, cuyos fragmentos más numerosos los poseía la tribu semita de los Hebreos abrahámidas, mitad por su propio fondo, mitad por transmisión camítica. La nación aria, por su parte, prestaba su adhesión a algunas de las verdades del Génesis. Por lo demás, lo que buscaba principalmente en la religión era las ideas metafísicas, las prescripciones morales. El culto en sí mismo era de los más sencillos.

Igualmente sencilla se mostraba la organización del Panteón en aquella época remota. Algunos cuantos dioses presididos por Indra, antes dirigían que gobernaban el mundo. Los Arios altivos habían establecido en el Cielo la república.

No obstante, aquellos dioses que tenían el honor de dominar sobre hombres tan altivos, debían ciertamente reconocerlos como dignos de homenajes. Contrariamente a lo que ocurrió más tarde en la India, y completamen-

(1) Lassen, *Indisch. Alterth.*, t. I, p. 755.

te de acuerdo con lo que se vió en Persia, y sobre todo en Grecia, aquellos dioses fueron de una belleza irreprochable (1). El pueblo ario quiso tenerlos a su imagen. Como no conocía en la Tierra nada superior a él, pretendió que en el Cielo no hubiese tampoco nada que los superase en belleza; mas a los seres sobrehumanos que guiaban el mundo había que dotarlos de una prerrogativa distinta. El Ario la escogió en lo que es aún más bello que la forma humana en su perfección, en el manantial de la belleza, y que parece también serlo de la vida: la escogió en la luz, y el nombre de los seres superiores lo derivó de la raíz *du*, que quiere decir *iluminar*; creóles, pues, una naturaleza luminosa (2). La idea pareció excelente a toda la raza, y la raíz escogida infundió por doquiera una majestuosa unidad en las ideas religiosas de los pueblos blancos. Fué el Devas de los Hindúes; el Ζεύς el Θεός de los Helenos; el *Diewas* de los Lituanos; el *Duz* gálico (3); el *Dia* de los Celtas de Irlanda; el *Tyr* del Edda; el *Zio* del alto alemán; el *Dewana* eslavo; la *Diana* latina. Dondequiera, en fin, que penetró la raza blanca y dondequiera que dominó, allí se encuentra este vocablo sagrado, por lo menos en el origen de las tribus. En las regiones donde existen puntos de contacto con elementos negros, se opone a la raíz *Al* de los aborígenes melanios (4). Esta última representa la superstición, la otra el pensamiento; la una es fruto de la imaginación delirante y desbocada hacia el absurdo, la otra brota de la razón. Cuando se han mezclado el *Deus* y el *Al*, cosa que por desgracia ha ocurrido muy frecuentemente, han surgido en la doctrina religiosa confusiones análogas a las que resultaron en la organización social de las mezclas de la raza negra con la raza blanca. El error ha sido tanto más monstruoso y degradante cuanto mayor era la ventaja que *Al* llevaba en esta unión. ¿Tenía, al contrario, el *Deus* el predominio? El error aparecía menos vil, y en el encanto que le prestaron artes admirables y una filosofía sabia, el espíritu del hombre, si no se durmió sin peligro, pudo por lo menos hacerlo sin sonrojo. El *Deus* es, por tanto, la expresión y el objeto de la más alta veneración en la raza aria. Exceptuemos de ello a la familia irania por causas completamente particulares, cuya exposición se hará a su debido tiempo.

En la época en que los pueblos arios tocaban ya a la Sogdiana fué cuando la partida de las naciones helénicas hizo menos numerosa la confederación. Los Helenos se encontraban ante el camino que debía conducirlos a su destino; si hubiesen acompañado más hacia abajo el descenso de las otras tribus, no hubiesen tenido la idea de remontar en seguida hacia el Noroeste. Marchando directamente al Oeste, habrían desempeñado el papel que llenaron más tarde los Iranios. No hubiesen fundado Sición, ni Argos, ni Atenas, ni Esparta, ni Corinto. Así, deduzco que partieron en aquel momento.

Dudo que tal acontecimiento sea resultado de las causas que decidieron la emigración primitiva de las poblaciones blancas. El contragolpe estaba ya agotado, porque si los invasores amarillos hubiesen perseguido a los

---

(1) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 771.
(2) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 755.
(3) Schaffarik, *Slawische Alterth.*, t. I, p. 58.
(4) Ewald, *Gesch. des Volkes Israël*, t. I, p. 69; y *Ueber die Saho-Sprache*, en la *Zeitschrift. d. d. morgenl. Gesellsch.*, t. V, p. 419.

fugitivos, se habría visto a todos los pueblos blancos, Arios, Celtas y Eslavos, precipitarse hacia el Sur e inundar aquella parte del mundo para librarse de sus ataques. No ocurrió así. En la época misma, poco más o menos, en que los Arios descendían hacia la Sogdiana, los Celtas y los Eslavos gravitaban en el Noroeste y encontraban rutas, si no libres, por lo menos muy débilmente defendidas para que el paso fuese practicable. Hay, pues, que reconocer que la presión que determinaba a los Helenos a dirigirse hacia el Oeste no venía de las regiones superiores: era causada por los congéneres Arios.

Aquellas naciones, todas igualmente bravas, vivían en lucha continua. Las consecuencias de esta situación violenta producían la destrucción de ciudades, la ruina de los Estados y la necesidad para las naciones vencidas de sufrir el yugo o de huir. Los Helenos, que habían sido los más débiles, tomaron este partido y despidiéndose de las regiones que no podían defender contra hermanos turbulentos, montaron en sus carros y, empuñando el arco, se dirigieron a las montañas del Oeste. Estas montañas estaban ocupadas por los Semitas, quienes habían echado de ellas o por lo menos avasallado a los Camitas, a los cuales más antiguamente habíales cabido el honor de dominar a los aborígenes negros. Los Semitas, derrotados por los Helenos, no resistieron a aquellos valerosos desterrados y se volcaron sobre la Mesopotamia, y cuanto más avanzaban los Helenos, empujados por las naciones iranias, tanto más forzaban a las poblaciones semíticas a desplazarse para darles paso, y tanto más aumentaban la inundación del antiguo mundo asirio por aquella raza mestiza. Hemos asistido ya a este espectáculo. Dejemos a los emigrantes continuar su viaje. Ya se sabe en qué lugares ilustres los encontrará este relato.

Después de esta separación, formaban todavía la familia aria dos grupos considerables: las naciones Hindúes y las Zoroástricas. Ganando terreno y considerándose como un solo pueblo, estas tribus llegaron a la región del Pendjab. Se establecieron allí en las praderas regadas por el Sindh, sus cinco afluentes y un séptimo río difícil de reconocer, pero que es el Yamuna o el Sarasvati (1). Aquel vasto paisaje y sus bellezas habían quedado profundamente grabados en la memoria de los Zoroástricos Iranios durante mucho tiempo después de haber salido de él para no volver a verlo. El Pendjab era, en su sentir, la India entera: no habían visto más. Sus conocimientos sobre este punto dirigieron los de todas las naciones occidentales, y el Zend-Avesta, guiándose más tarde por lo que los antepasados habían referido, daba a la India el calificativo de séptupla.

Esta región, objeto de tantos recuerdos, fué así testigo del nuevo desdoblamiento de la familia aria, y las claridades ya más vivas de la Historia permiten discernir bastante bien las circunstancias del debate que la originó. Voy a referir la más antigua de las guerras de religión.

El género peculiar de piedad de la raza blanca se revela tanto mejor en su alcance raciocinador cuando se está en situación de examinarlo más de cerca. Después de haber observado pálidos, aunque bien reconocibles, resplandores de ello entre los descendientes mestizos de los Camitas, después de haber encontrado de nuevo preciosos fragmentos entre las familias

---

(1) Lassen, *Zeitschrift der Deutsch. m. Gesels.*, t. II, p. 200.

semíticas, se ha visto más de lleno la antigua sencillez de las creencias y la importancia soberana que se les atribuía entre los Arios reunidos en su primera estación antes del éxodo de los Helenos. En aquel momento el culto era sencillo. Parece que todo, en la organización social, se inclinaba del lado práctico y se juzgaba desde este punto de vista. Así, del mismo modo que el jefe de la Comunidad, el juez de la gran ciudad, el *vis-pati* no era sino un magistrado electivo rodeado, por todo prestigio, de la nombradía que le daban su bravura, su sabiduría, y el número de sus servidores y de sus rebaños; del mismo modo que los guerreros, padres de familia, no veían en sus hijas sino ayudas útiles para la labor pastoral, encargadas del cuidado de ordeñar camellas, vacas y cabras, y no les daban otro nombre que el propio de su empleo; así también, si honraban las necesidades del culto, no imaginaban que sus funciones hubiesen de ser desempeñadas por personajes especiales, y cada uno era su propio pontífice, y se juzgaba con manos bastante puras, frente bastante erguida, corazón bastante noble, inteligencia bastante esclarecida, para dirigirse, sin intermediarios, a la majestad de los dioses inmortales (1).

Mas, sea que en el período que transcurre entre la partida de los Griegos y la ocupación del Pendjab, la familia aria, habiéndose encontrado en largo contacto con las naciones aborígenes, hubiese perdido ya su pureza y complicado su esencia física y moral con la agregación de un sentir y de una sangre extraños; sea que las modificaciones sobrevenidas no fuesen más que el desarrollo natural del genio progresivo de los Arios, el caso es que las antiguas nociones sobre la naturaleza del pontificado se modificaron insensiblemente, y llegó un momento en que los guerreros no se creyeron con derecho ni facultades para desempeñar las funciones sacerdotales; entonces se instituyó a los sacerdotes.

Aquellos nuevos guías de las conciencias convirtiéronse al momento en consejeros de los reyes y en moderadores de los pueblos. Se les llamaba *purohitas*. La sencillez del culto se alteró entre sus manos; se complicó, y el arte de los sacrificios se convirtió en una ciencia llena de peligrosas obscuridades para los profanos. Desde entonces temióse cometer, en el acto de la adoración, errores de forma que pudiesen ofender a los dioses, y, para esquivar este peligro, ya no se arriesgó nadie a oficiar por sí mismo: para esto se recurría únicamente al purohita. Es muy probable que este hombre especial juntase desde el principio a la práctica de la teología y de las funciones litúrgicas conocimientos de medicina y de cirugía; que se entregase a la composición de himnos sagrados y que se hiciese triplemente venerable ante los ojos de los reyes, de los guerreros, de toda la población, por los méritos que refulgían en su persona desde el punto de vista de la religión, de la moral y de la ciencia (2).

Mientras que el pontífice se creaba así funciones sublimes y muy propias para granjearse la admiración y las simpatías, los hombres libres no dejaban de obtener alguna ventaja contra la pérdida de muchos de sus antiguos derechos, y, del mismo modo que el purohita, al apoderarse exclusivamente

---

(1) Lassen, *Indisch. Alterth.*, t. I, p. 795.

(2) En aquella época se escribieron los himnos más antiguos de los *Vedas*. (Lassen, *Indisch. Alterth.*, t. I, p. 795.)

de una parte de la actividad social, sabía extraer de ella maravillas que las generaciones anteriores no habían sospechado; así también, el jefe de familia, consagrándose enteramente a las ocupaciones terrenales, se perfeccionaba en las artes materiales de la vida, en la ciencia del gobierno, en la de la guerra y en la aptitud para las conquistas.

La más inquieta de las ambiciones no tenía tiempo de reflexionar sobre el valor de lo que había cedido, y, por otra parte, los consejos de los purohitas, no menos que sus socorros, cuando el guerrero era vencido o herido o estaba enfermo, no menos que sus cantos y sus relatos, cuando estaba ocioso, contribuían a impresionarle en favor de la influencia que había dejado nacer y crecer a su lado, y a distraerle de los peligros con que para lo por venir podía aquélla amenazar su poderío y libertad.

Por lo demás, el purohita no era un ser que pudiese parecer temible. Vivía aislado cerca de los jefes bastante ricos o generosos para sostener su vida sencilla y pacífica. No llevaba armas; no era de raza enemiga. Salido de la misma familia del vis-pati o de su tribu, era el hijo, el hermano, el primo de los guerreros (1). Comunicaba su ciencia a discípulos que podían abandonarlo a su antojo y empuñar de nuevo el arco y las flechas. De una manera insensible y por vías desconocidas aún para aquellos que las seguían, el brahmanismo echaba así los fundamentos de una autoridad que iba a ser exorbitante.

Uno de los primeros pasos que dió el sacerdocio en el manejo directo de los asuntos temporales, testifica un gran perfeccionamiento político y moral entre los contemporáneos de una época que los eruditos alemanes, con exactitud poética, denominan *Die graue Vorzeit* («la gris anterioridad del tiempo»). Los vis-pati comprendieron que sería bueno dejar de ser para sus administrados, que insensiblemente se convertían en sus súbditos, los productos irregulares de la astucia o de la violencia afortunada. Se quiso que una consagración superior a la elección popular invistiese a los pastores de los pueblos con derechos particulares al respecto, y se ideó hacer depender la legitimidad de su carácter de una especie de consagración administrada por los purohitas (2). A partir de entonces se acrecentó, indudablemente, la importancia de los reyes, porque se habían hecho partícipes de la naturaleza de las cosas santas, aun sin haber destronado siquiera a un dios. Pero el poder mundano del sacerdocio quedaba también fundado, y se adivina ahora lo que será en manos de hombres ilustrados, pacíficos, de temible energía en el bien; los cuales, sabiendo que para una nación entregada en cuerpo y alma a la administración del valor, ningún pretexto, por sagrado que fuese, podría cubrir la sospecha de ser cobarde, comenzaban ya a practicar doctrinas austeras de intrépidas abstinencias y de obstinados renunciamientos. Este espíritu de penitencia debía llevar un día a mutilaciones desenfrenadas, a suplicios absurdos, igualmente indignantes para el corazón y para la razón. Los purohitas no llegaron todavía ahí. Sacerdotes de una nación blanca, ni tan siquiera soñaron en semejantes enormidades.

El poderío sacerdotal quedaba desde entonces asentado sobre bases sóli-

(1) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 812.
(2) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 812.

das. El poder secular, orgulloso de obtener de él su consagración y de apoyarse en ella, favorecía voluntariamente su desarrollo. Bien pronto hubo de convencerse de que lo que se pide, se niega también. No todos los reyes fueron igualmente bien recibidos por los dueños de los sacrificios, y bastaron algunos choques en que la firmeza de aquéllos se encontró de acuerdo con los sentimientos de los pueblos; bastó con que algunos de ellos pereciesen mártires de su resistencia a los deseos de un usurpador, para que la opinión pública, conmovida de reconocimiento y de admiración, formase para el conjunto de los purohitas un puente hacia las más elevadas empresas.

Ellos aceptaron el eminente papel que se les atribuía. No obstante, no creo ni en el predominio de cálculos egoístas en la política de una clase entera, ni en los grandes resultados producidos por pequeñas causas. Cuando en el seno de las sociedades se produce una revolución durable, es que las pasiones de los triunfadores cuentan, para rebotar, con un suelo más firme que el de los intereses personales, sin lo cual andan a ras de tierra y no se elevan a ningún sitio. El hecho del cual el sacerdocio ario hizo brotar su destino, lejos de ser miserable o ridículo debía, por el contrario, granjearle las simpatías íntimas del genio de la raza, y la observación que de esto hicieron los sacerdotes de aquella época antigua revela en ellos una rara aptitud para la ciencia de gobernar, al propio tiempo que un espíritu sutil, sabio, combinador y lógico hasta la violencia.

He aquí lo que advirtieron aquellos filósofos y lo que en seguida ideó su previsión. Consideraron que las naciones arias se encontraban rodeadas de poblaciones negras cuyas muchedumbres se extendían a todos los rincones del horizonte y sobrepujaban en mucho, en cuanto al número, a las tribus de raza blanca establecidas en el territorio de los Siete-Ríos y que habían bajado ya hasta las bocas del Indo. Vieron, además, que en medio de los Arios vivían, sumisas y pacíficas, otras poblaciones aborígenes que formaban una masa considerable y que habían comenzado ya a mezclarse con algunas familias, probablemente las más pobres, las menos ilustres, las menos altivas de la nación conquistadora. Reconocieron fácilmente cuán inferiores eran los mulatos en belleza, en inteligencia, en valor, a sus padres blancos; y sobre todo reflexionarían en las consecuencias que podría tener para la dominación de los Arios una influencia ejercida por los individuos cruzados sobre las poblaciones negras sometidas o independientes. Es posible que tuviesen a la vista la experiencia de algunas accesiones fortuitas de mestizos a la dignidad real.

Guiados por el deseo de conservar el poder soberano a la raza blanca, idearon un estado social jerarquizado según el grado de elevación de la inteligencia. Pretendieron confiar la dirección suprema del gobierno a los más sabios y a los más hábiles. A aquellos cuyo espíritu era menos elevado, pero poseían un brazo poderoso y una imaginación sensible a las excitaciones del honor, se les confió la misión de defender la cosa pública. A los hombres de carácter pacífico, amantes de trabajos apacibles, poco dispuestos a las fatigas de la guerra, les buscaron un empleo adecuado invitándoles a que sostuviesen el Estado mediante la agricultura y lo enriqueciesen con el comercio y la industria. Luego, con el gran número de aquellos cuyo entendimiento no estaba sino muy débilmente despierto, con todos aquellos que no tenían el alma dispuesta a sufrir, sin doblegarse, el choque del

peligro, con las gentes demasiado pobres para vivir libres, compusieron una amalgama sobre la cual pasaron el rasero de una inferioridad idéntica y decidieron que esta clase humilde ganase su subsistencia desempeñando aquellas funciones penosas y aun humillantes que son, sin embargo, necesarias en las sociedades establecidas.

El problema había encontrado su solución ideal, y nadie puede negar su aprobación a un cuerpo social así organizado en el cual gobierna la razón y tiene a su servicio la masa ininteligente. La gran dificultad estriba en ajustar un proyecto abstracto de esta naturaleza al molde de una realización práctica. Todos los teorizantes del mundo occidental han fracasado en ello: los purohitas creyeron haber encontrado el medio seguro de salir adelante.

Partiendo del hecho por ellos establecido sobre pruebas irrefragables, de que toda la superioridad estaba del lado de los Arios y toda debilidad e incapacidad del lado de los negros, admitieron como lógica consecuencia que la proporción de valor intrínseco en todos los hombres se hallaba en razón directa de la pureza de sangre, y sobre este principio fundaron sus categorías.

A estas categorías las llamaron *varna,* que significaba *color,* y que desde entonces tomó la significación de *casta* (1).

Para formar la primera *casta* reunieron las familias de los purohitas en que descollaba algún mérito, tales como las de los Gotama, Bhrigu, Atri (2), célebres por sus cantos litúrgicos, transmitidos hereditariamente como una propiedad preciosa. Supusieron que la sangre de aquellas familias recomendables era más aria, más pura que todas las demás.

A esta clase, a esta *varna,* a este *color blanco* por excelencia, le atribuyeron, no ya el derecho de gobernar, resultado definitivo que sólo podía ser obra del tiempo, sino, por lo menos, el principio de este derecho y todo cuanto podía conducir a él; esto es, el monopolio de las funciones sacerdotales, la consagración real que ya poseían, la propiedad de los cantos religiosos, el poder de componerlos, interpretarlos y comunicar la ciencia en ellos contenida; finalmente se declararon a sí mismos personas sagradas, inviolables; se negaron a los cargos militares, se procuraron el ocio necesario y se dedicaron a la meditación, al estudio, a todas las ciencias del espíritu, lo cual no excluía ni la aptitud ni la ciencia políticas (3).

Inmediatamente por debajo de ellos colocaron la categoría de los reyes entonces existentes, con sus familias. Excluir alguno habría sido dar un mentís al valor de la consagración y, al mismo tiempo, crear a la organización naciente hostilidades demasiado temibles. Al lado de los reyes colocaron a los guerreros más eminentes, a todos los hombres distinguidos por su influencia y sus riquezas, y supusieron, con mayor o menor justicia, que esta clase, esta *varna,* este color, era ya menos francamente blanco que el de ellos, había contraído ya cierta mezcla con la sangre indígena, o bien que, igual en pureza, también completamente fiel al origen ario, no mere-

---

(1) Lassen, *ob. cit.,* t. I, p. 514.
(2) Lassen, *ob. cit.,* p. 804.
(3) Lassen, *Indisch. Alterth.,* t. I, p. 804; Burnouf, *Introductión à l'hit. du boudhisme indien,* t. I, p. 141.

cía sino el segundo lugar, por la superioridad de la vocación intelectual y religiosa sobre el vigor físico. Raza grande, noble, ilustre la que podía aceptar tal doctrina. A los miembros de la casta militar, los purohitas les dieron el nombre de *chatrías* u *hombres fuertes*. Les señalaron como deber religioso el ejercicio de las armas, la ciencia estratégica, y al mismo tiempo que les concedían el gobierno de los pueblos, bajo la reserva de la consagración religiosa, se apoyaron en el sentimiento del pueblo, imbuído de las doctrinas libres de la raza, para negarles el poder absoluto.

Declararon que cada *varna* confería a sus miembros privilegios inalienables ante los cuales la voluntad regia nada podía. Al soberano se le prohibía usurpar los derechos de los sacerdotes. No le estaba menos vedado atentar contra los de los chatrías o contra los de las castas inferiores (1). Se rodeó al monarca de cierto número de ministros o de consejeros, sin cuyo concurso no podía actuar, y que pertenecían lo mismo a la clase de los purohitas que a la de los guerreros.

Los constituyentes hicieron más. En nombre de las leyes religiosas, prescribieron a los reyes cierta conducta en su vida interior. Reglamentaron incluso la comida y proscribieron de la manera más enérgica y bajo la amenaza de castigos corporales y espirituales toda infracción a sus mandamientos. Su obra maestra, a mi juicio, en contra de los chatrías y de la casta subsiguiente, es haber sabido desentenderse del rigor de las clasificaciones para no monopolizar las cosas de la inteligencia en el seno de su cofradía. Sin duda comprendieron que la instrucción no puede denegarse a quien es capaz de adquirirla, del mismo modo que se permite inútilmente a las inteligencias nada aptas para recibirla; después, que si el saber es una fuerza y ejerce un prestigio, es a condición de contar con espectadores capaces, por sí mismos, de forjarse una idea exacta de su mérito, y que, por hallarse en condiciones de estimarlo en su valor, deben por lo menos haber acercado el vaso a sus labios.

Lejos, pues, de prohibir la instrucción a los chatrías, los purohitas se la recomendaron, permitiéndoles la lectura de los libros sagrados, invitándolos a hacérselos explicar, y viéndolos, complacidos, dedicarse a los conocimientos laicos, tales como la poesía, la historia y la astronomía. Formaban así, a su alrededor, una clase militar tan inteligente como brava, y que si en el desvelamiento espiritual podía hallar un día excitaciones a combatir los progresos del sacerdocio, no dejaba de encontrar también motivos para mostrarse seducida, y mirarlos sonriente, y favorecerlos en nombre de esa simpatía instintiva que el espíritu inspira al espíritu y el talento al talento. Con todo, no hay que disimulárselo: cualesquiera que fuesen las disposiciones íntimas de los chatrías. el interés natural de su casta y la naturaleza de las cosas constituían un escollo para los innovadores religiosos, y tarde o temprano se mostraría por este lado un peligro.

No ocurría así con la *varna* que venía después de la casta guerrera, esto es, con la de los *vaisías*, reputados menos blancos que las dos categorías sociales superiores y que, probablemente también, eran menos ricos e influyentes en la sociedad. Con todo, siendo todavía evidente e indiscutible su parentesco con las dos altas castas, el nuevo sistema los consideró como

---

(1) *Manava-Dharma-Sastra*, cap. VII, § 123.

hombres selectos, hombres nacidos dos veces (*dvidja*), expresión consagrada para representar la existencia de la raza frente a las poblaciones aborígenes (1), y se formó con ella al pueblo, al grueso de la nación propiamente dicha, por encima de la cual estaban los sacerdotes y los soldados, y fué por esta razón que el nombre de Arios, abandonado por los chatrías y también por los purohitas, más orgullosos, los unos, de su título de *fuertes*, los otros del calificativo nuevamente tomado de *brahmanes*, fué compartido por la tercera casta.

La ley de Manú, posterior, por lo demás, en su forma actual, a la época en cuestión, estableció, según autoridades más antiguas que ella misma, el círculo de acción en que debía desenvolverse la existencia de los vaisías. Se les confió la guarda del ganado, puesto que el refinamiento ya considerable de las costumbres no permitía a las clases elevadas ocuparse de ello, como hicieran sus antepasados. Los vaisías se dedicaron al comercio, prestaron dinero a interés y cultivaron la tierra. Llamados a concentrar así en sus manos las mayores riquezas, se les encargó de las limosnas y de los sacrificios a los dioses. También se les permitió leer o hacerse leer los *Vedas*, y a fin de asegurar a su carácter pacífico el tranquilo goce de las humildes y prosaicas pero fructuosas ventajas a ellos concedidas, fué severamente prohibido a los brahmanes y a los chatrías usurpar sus atribuciones, mezclarse en sus asuntos y adquirir sea una espiga de trigo, sea un objeto manufacturado como no fuese por su mediación. Así, desde la más remota antigüedad, la civilización aria de la India asentó sus trabajos en la existencia de una numerosa burguesía, intensamente organizada y defendida, en el ejercicio de derechos considerables, por toda la fuerza de las prescripciones religiosas. Se observará también que, no menos que los chatrías, esa clase estaba facultada para dedicarse a los estudios intelectuales, y que sus costumbres, más tranquilas, más caseras que las de los guerreros, tendían a que se aprovechasen de ellas en mayor grado.

Con estas tres altas castas, la sociedad hindú, según su ideal, estaba completa. Fuera de su círculo no hay arios, no hay hombres dos veces nacidos. Sin embargo, había que tener en cuenta a la población indígena, que, sometida desde hacía más o menos tiempo y tal vez algo emparentada con la sangre de los vencedores, vivía obscuramente en lo inferior de la escala social. No se podía rechazar absolutamente a aquellos hombres apegados a sus vencedores y que sólo recibían de éstos su sustento, sin lanzarse, con bárbara imprudencia, a peligros inútiles. Por otra parte, según lo ocurrido después, es muy probable que los brahmanes hubiesen visto ya cuán contrario sería a sus verdaderos intereses romper con aquellas multitudes negras que, si bien no les rendían los homenajes delicados y razonados de las otras castas, por lo menos les rodeaban de una admiración más ciega y los servían con un fanatismo más abnegado. El espíritu negro se mostraba allí por entero. El brahmán, sacerdote para los chatrías y los vaisías, era dios para la multitud negra. No se enemista uno de buen grado con amigos tan calurosos, sobre todo cuando para conservarlos no es necesario hacer grandes esfuerzos.

Los brahmanes formaron una cuarta casta con toda aquella población

(1) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 818.

de obreros, artífices, labriegos y vagabundos. Fué la de los *sudras* o de los *dazas,* de los *servidores* que tuvo el monopolio de todos los empleos serviles. Se prohibió rigurosamente maltratarlos, y se les sometió a un estado de tutela eterna, pero con la obligación, para las altas clases, de regirlos dulcemente y de protegerlos del hambre y de los otros efectos de la miseria. Se les prohibió la lectura de los libros sagrados; no se les consideraba como puros, y nada más justo, puesto que no eran arios (1).

Después de haber distribuído así sus categorías, los inventores del sistema de las castas fundaron la perpetuidad de éstas, decretando que cada situación sería hereditaria, que no se formaría parte de una *varna* sino con la condición de ser nacido de padre y de madre pertenecientes ambos a aquélla. No fué aún bastante. Del mismo modo que los reyes no podían gobernar sin haber obtenido la consagración brahmánica, así también nadie era admitido al goce de los privilegios de su casta antes de haber cumplido, con el asentimiento sacerdotal, las ceremonias particulares de la accesión. Los que olvidaban estas formalidades obligadas, estaban excluídos de la sociedad hindú. Impuros, aunque hubiesen nacido brahmanes de padre y de madre, se les llamaba *vratias* (bandidos, ladrones, asesinos) y es muy probable que, para vivir, aquellas escorias de la ley, tuvieron frecuentemente que alzarse contra ella. Ellos formaron la base de numerosas tribus que llegaron a ser extrañas a la nacionalidad hindú.

Tal es la clasificación sobre la que idearon construir su estado social los sucesores de los purohitas. Antes de juzgar las consecuencias de esto y su éxitc; antes, sobre todo, de detenernos ante la sutileza, los recursos inauditos, la energía sostenida, la paciencia irresistible empleados por los brahmanes para defender su obra, es indispensable considerarla desde un punto de vista general.

Desde el punto de vista etnográfico, la primera y gran equivocación del sistema era apoyarse en una ficción. Los brahmanes no eran, ni podían ser los Arios más auténticos, con exclusión de determinadas familias de chatrías y de vaisías cuya pureza no era tal vez dudosa, pero que, por la posición que ocupaban en la sociedad, y la medida de sus recursos, se veían forzosamente designadas para ocupar tal rango y no otro. Supongo, por otra parte, que las ilustres razas de los Gotamas y de los Atri hayan contado en su árbol genealógico con muchos antecesores nacidos de padres guerreros en una época en que aquellas alianzas eran legales, y que, además, aquellos antecesores hayan tenido, en sus venas, una cantidad más o menos grande de mezcla negra: tenemos, así, que los Gotamas y los Atri eran mestizos. ¿Dejan, por eso, de poseer los himnos sagrados compuestos por sus antecesores? ¿No desempeñan, cerca de reyes poderosos, las funciones de sacerdotes reverenciados? ¡Poderosos! ¿Acaso no lo son ellos mismos? Figuran entre los corifeos del nuevo partido, y no hay que esperar que, retornando a su propia extracción, cuyo vicio ignoran quizá, se excluyan voluntariamente de la casta suprema.

No obstante, si se tratase de examinar las cosas solamente a través de las nociones hindúes, podría responderse que en cuanto se fijaron, por medio de enlaces exclusivos, las razas especiales de los brahmanes, cha-

(1) Lassen, *Indisch. Alterth.*, t. I, p. 817.

trías y vaisías, la gradación, antes supuesta, en cuanto a la pureza relativa, resultó pronto real: los brahmanes resultaron más blancos que los chatrías, éstos más blancos que los hombres de la tercera clase, quienes, a su vez, en este punto, superaban a los de la cuarta, casi completamente negros. Admitiendo este raciocinio, no es menos verdad que los mismos brahmanes no eran ya blancos perfectos y sin mezcla. En presencia del resto de la especie, frante a los Celtas, Eslavos, y, más aún, de los otros miembros de la familia Aria, los Iranios y los Sármatas, habían adoptado desde entonces una nacionalidad especial y se habían diferenciado del tronco común. Superiores en ilustración al resto de las tribus blancas contemporáneas, eran inferiores al tipo primitivo cuya energía no poseían ya.

Entre ellos habían comenzado a propagarse algunas de las facultades de la raza negra. No se les reconocía ya la rectitud de juicio, ni aquel frío razonar, patrimonio de la especie blanca en su pureza, y en la misma grandiosidad de los planes de su sociedad se advierte que la imaginación ocupaba un lugar importante en sus cálculos y ejercía una influencia dominante en la combinación de sus ideas. Como fuerza de inteligencia, amplitud de vista y envergadura de genio, habían ganado. Habían triunfado, gracias a la moderación de sus primeros instintos, vueltos menos rudos y más flexibles. Pero en tanto que mestizos, no les encuentro más que una disminución de las virtudes soberanas, y si los brahmanes aparecen tan decaídos, con mayor razón los chatrías, y en proporción mayor aún los vaisías, que eran lo que puede llamarse degenerados de los méritos fundamentales. En Egipto hemos observado que el efecto primero y más general de la mezcla de sangre negra, es el de afeminar el carácter. Esta molicie no forma seres desprovistos de valor; sin embargo altera y exalta el vigor tranquilo, y cabría decir compacto, que es patrimonio del más excelente de los tipos. Los Camitas no pueden ser observados sino en el momento en que han perdido en grado extremo los caracteres especiales de su origen paterno, y no cabría basar sobre ellos una demostración exacta. No obstante, en la languidez mezclada de ferocidad en que los hemos visto sumidos, se reconoce un punto al que han llegado hoy las clases étnicamente correspondientes de la nación hindú. Resulta, por tanto, lícito suponer que, en sus comienzos, los Camitas tuvieron también un período comparable al de la casta brahmánica en su principio. Para los Semitas, cuyo principio se descubre mejor, tal paralelo no deja nada que desear. Así todos los experimentos ensayados hasta aquí dan este resultado idéntico: la mezcla con la especie negra, cuando es ligera, desarrolla en la raza blanca la inteligencia, al mismo tiempo que la proyecta hacia la imaginación, la hace más artista, le presta alas más amplias; paralelamente desarma su razón, disminuye la intensidad de sus facultades prácticas, asesta un golpe mortal a su actividad y a su fuerza física, y quita también, casi siempre, al grupo nacido de este enlace, el derecho, si no de brillar mucho más que la especie blanca y de pensar más profundamente, por lo menos de rivalizar con ella en paciencia, firmeza y sagacidad. Concluyo, pues, que los brahmanes, al mezclarse con algunos elementos negros antes de la formación de las castas, quedaron preparados para la derrota cuando llegase el día de luchar con razas que hubiesen permanecido más blancas.

Hechas estas reservas, y no considerando las naciones hindúes sino en

sí mismas, la admiración hacia sus legisladores debe ser sin reserva. Frente a las castas normales y a las poblaciones descastadas que las rodean, aparecen verdaderamente sublimes. Más tarde resultará demasiado fácil reconocer cómo han degenerado los brahmanes, a través del tiempo y de la perversión inevitable de los tipos, que se acusan cada vez más a pesar de todos los esfuerzos; pero ni los viajeros, ni los administradores ingleses, ni los eruditos que consagraron sus vigilias al estudio de la gran península asiática han titubeado nunca en reconocer que, en el seno de la sociedad hindú, la casta de los brahmanes conserva una imperturbable superioridad sobre todo lo que vive en derredor suyo. Hoy, mancillada por los enlaces que tanto horripilaban a sus primeros padres, muestra, no obstante, en medio de su pueblo, un grado de pureza física sin par. Sólo en ella se encuentra aún el gusto por el estudio, la veneración de los monumentos escritos, la ciencia de la lengua sagrada; y el mérito de sus miembros, como teólogos y gramáticos, es bastante notable para que los Colebrooke, los Wilson y otros indianistas, justamente admirados, hayan debido felicitarse de haber recurrido a sus luces. Hasta el mismo Gobierno británico les ha confiado parte de la enseñanza en el colegio de Fort-William. Este reflejo de la antigua gloria está, sin duda, muy empañado. No es más que un eco, y este eco va debilitándose cada vez más, a medida que aumenta la desorganización social en la India. Sin embargo, el sistema jerárquico inventado por los antiguos purohitas ha permanecido totalmente en pie. Se le puede estudiar por entero en todas sus partes; y para rendirle, sin regateos, todo el honor que se merece, basta calcular de modo aproximado el tiempo que lleva de existencia.

La era de Kali se remonta al año 3102 a. de J.-C., y, sin embargo, no se la hace comenzar sino después de las grandes guerras heroicas de los Kuravas y de los Pandavas. Ahora bien, en esta época, si el brahmanismo no había llegado aún a su completo desarrollo, por lo menos existía en sus puntos principales. El plan de las castas estaba, si no rigurosamente terminado, por lo menos trazado, y el período de los purohitas había pasado ya desde hacía mucho tiempo. Desgraciadamente, la cifra de 3102 años tiene algo de tan enorme que no quiero forzar demasiado la convicción sobre este punto y dirijo mi atención hacia otro lado.

La era cachemirana comienza algo más modestamente, 2448 años antes de J.-C. Igualmente se la tiene como posterior a la gran guerra heroica; por consiguiente, deja un intervalo de 654 años entre su principio y la era de Kali.

No obstante ser muy inciertas estas fechas, si se pretende buscar otras más recientes, no se encuentran, y a medida que avanza, al resultar más intensa, la claridad histórica no permite dudar que nos alejamos del objeto buscado. Así, después de una laguna, ciertamente bastante larga, en el siglo XIV a. de J.-C., se encuentra al brahmanismo perfectamente asentado y organizado, fijadas ya las escrituras litúrgicas y establecido el calendario védico; es, pues, imposible descender más.

Hemos encontrado demasiado exagerada la era de Kali; no hablemos más de ella. Disminuyamos el número de años que reclama y limitémonos a la era cachemirana. No se puede descender más sin hacer imposible toda la cronología egipcia. A mi juicio, es ya conceder demasiado a la duda. Mas,

para la cuestión de que aquí se trata, tengo bastante. No consideremos siquiera que el brahmanismo existía ya visiblemente mucho tiempo antes de aquella época y concluyamos que desde el año 2448 a. de J.-C. al de la era cristiana de 1852 han transcurrido 4300 años, que la organización brahmánica vive siempre, que hoy se encuentra en un estado comparable a la situación de los egipcios bajo los Tolomeos del siglo III antes de nuestra era y a la de la primera civilización asiria en diferentes épocas, entre otras en el siglo VII. Así, mostrándose generosos con la civilización egipcia, concediéndole, lo que no hago con la de los brahmanes, todo el período anterior a la migración y todo el de sus comienzos antes de Menés, habrá durado desde el año 2448 hasta el 300 a. de J.-C., esto es, 2.148 años. En cuanto a la civilización asiria, haciendo retroceder su punto de partida cuanto se quiera, como no se le puede hacer anterior en muchos siglos a la era cachemirana, se sigue que tampoco hay que hablar de ella: queda demasiado lejos de la meta.

Resta como único término de comparación la organización egipcia, y ésta, con respecto al tipo de que ha sacado su vitalidad, está atrasada en 2,152 años. No tengo necesidad de confesar todo lo que hay de arbitrario en este cálculo: se ve en seguida. Sólo que no debe olvidarse que esta arbitrariedad tiene por efecto rebajar de manera enorme la cifra de los años de la existencia brahmánica; que además comprendo, benévolamente, dentro de dicho período, la organización de las castas contemporáneas de la era de Cachemira; que con facilidad, no menos exagerada, admito, contra toda verosimilitud, un sincronismo perfecto entre los primeros progresos del brahmanismo y el nacimiento de la civilización en el valle del Nilo, y en fin, que refiero al siglo III a. de J.-C., época en que los verdaderos egipcios no contaban apenas, la comparación que establezco con los brahmanes actuales, lo que honra escasamente a estos últimos. En todo caso, he creído que debía rendir este homenaje al siglo en que nació Manethon. Así, queda bien entendido que no haciendo vivir a la sociedad hindú sino 2500 años más que la de Asiria y 2,000 años más que la de Egipto, la calumnio, rebajo su longevidad en buen número de siglos. De todos modos persisto, puesto que las cifras incompletas que poseo, me permiten aún razonar de la siguiente manera:

Dadas tres sociedades, éstas se perpetúan en la medida en que se mantiene el principio blanco que forma igualmente su base.

La sociedad asiria, incesantemente renovada por medio de afluentes medianamente puros, desplegó una extrema intensidad de vida, dió pruebas de una actividad en cierto modo convulsiva. Después, asaltada por demasiados elementos negros y entregada a luchas étnicas perpetuas, la luz que proyectaba quedó eclipsada para siempre, cambiando sin cesar de dirección, de forma y de colores, hasta el día en que la raza ario-meda vino a infundirle una nueva naturaleza. He aquí el sino de una sociedad muy mezclada: primero, la agitación extrema; después, el embotamiento mórbido; finalmente, la muerte.

Egipto presenta un término medio, porque la organización de este país huía de las medidas extremas. El sistema de las castas no ejercía allí sino una influencia étnica muy restringida, pues como se aplicaba de modo incompleto, hacía posibles las alianzas heterogéneas. Probablemente, el

núcleo ario se sintió muy débil para mandar absolutamente, y se avino a transacciones con la especie negra. De esta moderación obtuvo una justa recompensa. Más vivaz que la organización asiria, sobre todo más lógico, más compacto, menos frágil y menos variable, llevó una existencia apagada, pero mucho más honrosa e inmensamente más larga.

He aquí ahora el tercer término de la observación: la India. Ninguna transacción manifiesta con la raza extranjera; pureza superior; los brahmanes gozan de ella primero, luego los chatrías. Los vaisías y aun los sudras conservan la nacionalidad primera de un modo relativo. Cada casta equilibra, en presencia de la otra, su valor étnico particular. Los grados se consolidan y se mantienen. La sociedad amplía sus bases, y, semejante a la flora de aquel clima tórrido, hace brotar por todas partes la vegetación más espléndida. Cuando la ciencia europea no conocía sino el confín del mundo oriental, su admiración por la civilización antigua hacía de los Fenicios, Egipcios y Asirios otros tantos personajes de naturaleza titánica. Les atribuía la posesión de todas las glorias del pasado. Al contemplar las pirámides, se admiraban de que hubiesen podido existir criaturas capaces de trabajos tan vastos. Pero cuando nuestros pasos se aventuraron más lejos y vimos, a orillas del Ganges, lo que fué la India en los tiempos antiguos, durante series infinitas de siglos, nuestro entusiasmo se desplaza, cruza el Nilo, salva el Éufrates, y va a admirar las maravillas ejecutadas entre el Indo y el curso inferior del Brahmaputra. Allí es donde el genio humano creó verdaderamente, en todos los órdenes, prodigios que asombran al espíritu. Allí es donde la filosofía y la poesía alcanzaron su apogeo, y donde la vigorosa e inteligente burguesía de los vaisías atrajo y absorbió, durante largo tiempo, todo lo que el mundo antiguo poseía de riquezas en oro, plata y materias preciosas. El resultado general de la organización brahmánica fué superior todavía a los detalles de la obra. De ello surgió una sociedad casi inmortal, comparada con la duración de todas las otras. Tenía dos peligros que temer, y solamente dos: el ataque de una nación más puramente blanca que ella; la dificultad de mantener sus leyes contra las mezclas étnicas.

El primer peligro ha estallado muchas veces, y hasta el presente, si el extranjero ha sido constantemente sobrado fuerte para subyugar a la sociedad hindú, no menos constantemente ha debido reconocerse impotente para disolverla. En cuanto cesó la causa de su momentánea superioridad, es decir, en cuanto dejó de enturbiar la pureza de su sangre, no ha tardado en desaparecer y en dejar libre a su majestuosa esclava.

El segundo peligro se ha realizado también. Por otra parte, estaba ya en germen en la organización primitiva. No se encontró el secreto de sofocarlo ni aun de detener su desarrollo, determinado por las mezclas que, aunque raras y a menudo inadvertidas, no son menos ciertas y se muestran evidentemente en la degeneración gradual de las castas elevadas de la India. De todas maneras, si el régimen de las castas no ha llegado a paralizar enteramente las exigencias de la naturaleza, las ha reducido muchísimo. Los progresos del mal no se han producido sino con extrema lentitud y como la superioridad de los brahmanes y de los chatrías sobre las poblaciones hindúes no ha cesado, hasta nuestros días, de ser incontestable, no cabe prever, antes de un porvenir muy nebuloso, el fin definitivo de esta so-

ciedad. Es otra gran demostración aportada en favor de la superioridad del tipo blanco y de los efectos vivificadores de la separación de las razas.

CAPÍTULO II

DESENVOLVIMIENTOS DEL BRAHMANISMO

En el cuadro del régimen inventado por los purohitas y que llegó a constituir el brahmanismo, no he indicado sino el sistema en sí mismo, sin haberlo mostrado luchando con las dificultades de aplicación, y he escogido para pintarlo, no el momento en que comenzó a formarse, desenvolviéndose poco a poco, completándose por actos adicionales, sino la época de su apogeo. Si lo he querido representar así, en su mayor talla, y de los pies a la cabeza, es para que, luego de describir su infancia, no tuviese que explicar su madurez. Ahora, para ver el sistema en acción, entremos en el dominio de la Historia.

El poderío de los purohitas se había asentado sobre dos fuertes columnas: la piedad inteligente de la raza aria, de una parte; de otra, la abnegación, menos noble pero más fanática, de los mestizos y de los aborígenes sometidos. Este poderío se apoyaba en los vaisías, siempre inclinados a buscar un apoyo contra la preponderancia de los guerreros, y en los sudras, penetrados de un negro sentimiento de terror y de supersticiosa admiración hacia los hombres que tenían el honor de comunicarse diariamente con la Divinidad. Sin este doble apoyo, los purohitas no hubieran podido razonablemente soñar en atacar el espíritu de independencia tan caro a su raza, o, de haber osado hacerlo, no se habrían salido con la suya. Sintiéndose apoyados, fueron audaces. Inmediatamente, como era de esperar, estalló una viva resistencia en una fracción numerosa de los Arios. Fué ciertamente, tras los combates y grandes desastres ocasionados por esta novedad religiosa, cuando las naciones zoroástricas, escindiéndose de la sociedad hindú, salieron del Pendjab y de los países vecinos y se alejaron hacia el Oeste, rompiendo para siempre con los hermanos cuya organización política ya no les convenía. Si se inquieren las causas de esta escisión, si se pregunta por qué lo que placía a unos disgustaba a los otros, la respuesta es, sin duda, difícil. Sin embargo, abrigo escasas dudas de que los Zoroástricos, habiendo permanecido más al Norte y en la retaguardia de los Arios hindúes, no hubiesen tenido, con una mayor pureza étnica, excelentes razones para negarse al establecimiento de una jerarquía de nacimiento, facticia desde su punto de vista, y por lo tanto inútil e impopular entre ellos. Si no tenían entre sus filas sudras negros, vaisías cobrizos ni chatrías mulatos; si todos eran blancos, fuertes, iguales, no existía motivo razonable para que tolerasen, a la cabeza del cuerpo social, brahmanes moralmente soberanos. En un caso como en otro, es cierto que el nuevo sistema les inspiró una aversión que no se disimulaba en nada. Encuéntranse vestigios de este odio en la reforma promovida por un antiguo zoroástrico, Zerduscht; pues los disidentes, no menos que los hindúes, dejaron de conservar el antiguo culto ario. Tal vez pretendían reducirlo a una fórmula

más exacta. En efecto, en el magismo todo lleva cierto carácter protestante, y es en esto donde se ve la ira contra el brahmanismo (1). En el lenguaje sagrado de las naciones zoroástricas, el dios de los Hindúes, el *Deva*, significó el *Diw*, el espíritu malo, y la palabra *maaniu* recibió la significación de *celeste*, cuando su raíz, para todas las naciones brahmánicas, conservaba la de *furor* y de *odio* (2). Aquí sería oportuno aplicar el verso 101 del primer libro de Lucrecio.

La separación tuvo, pues, efecto, y los dos pueblos, prosiguiendo aparte su vida, no tuvieron más relaciones que las de la guerra. Pero, no obstante devolverse sin tasa aversión por aversión e insulto por insulto, se acordaron siempre de su origen común, y no renegaron nunca de su parentesco.

Notaré aquí, de pasada, que, según toda probabilidad, fué poco después de esta separación cuando comenzó a formarse el dialecto pracrito y la lengua aria propiamente dicha, si alguna vez existió en una forma más concreta que un haz de dialectos, acabó por desaparecer. El sánscrito dominó aún largo tiempo en el estado de idioma hablado y preexcelente, lo cual no impidió que las derivaciones se multiplicasen y que, a la larga, tendiesen a confinar la lengua santa en el mutismo elocuente de los libros.

¡Dichosos los brahmanes si la partida de las naciones zoroástricas hubiese podido librarlos de toda oposición! Pero sólo habían luchado aún contra un solo enemigo, y eran muchos los contrarios que se esforzaron en quebrantar su obra. No habían experimentado más que una sola forma de protesta: otras más temibles iban a producirse.

Los Arios no habían cesado de grvaitar hacia el Sur y hacia el Este, y este movimiento, que duró hasta el siglo XVIII de nuestra era, y que, tal vez, prosigue aún obscuramente — tanta es la vitalidad del brahmanismo —, era seguido y, en parte, causado por la presión septentrional de otras poblaciones que llegaban de la antigua patria. El *Mahabharata* refiere la gran historia de esta migración tardía (3). Estos recién llegados, bajo la dirección de los hijos de Pandú, parecen haber seguido la ruta de sus predecesores y haber llegado a la India por la Sogdiana, donde fundaron una ciudad que, del nombre de su patriarca, se llamó *Panda* (4). Respecto de la raza a que pertenecían estos invasores, no es posible dudar. El vocablo que los designa significa *hombre blanco* (5). Los brahmanes reconocen, sin dificultad, a estos enemigos como vástagos de la familia humana, origen de la nación hindú. Incluso confiesan el parentesco de estos intrusos con la raza real ortodoxa de los Kuravas. Sus mujeres eran altas y rubias, y gozaban de aquella libertad que entre los teutones, singularidad semicondenada por los romanos, sólo era la continuación de las primitivas costumbres de la familia blanca (6).

Estos Pandavas comían carne de todas clases, esto es, se nutrían de bueyes y de vacas, abominación suprema para los Arios hindúes. Sobre

(1) Burnouf, *Comment. sur le Yasna*, t. I, p. 342.
(2) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 516.
(3) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 626.
(4) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 652.
(5) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 664.
(6) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 822.

este punto, los zoroástricos reformados conservaban la doctrina antigua, y ello constituye una nueva y sólida prueba retrospectiva de que un modo particular de civilización y una desviación común en las ideas religiosas habían reunido largo tiempo a las dos ramas fuera de las ideas primordiales de la raza. Los Pandavas, irrespetuosos con los animales sagrados, no conocían la jerarquía de las castas. Sus sacerdotes no eran ya los brahmanes, ni tan siquiera los purohitas del tiempo antiguo. Por estos diferentes motivos aparecían a los ojos de los Hindúes como impuros, y su contacto comprometía gravemente la civilización brahmánica.

Como se les recibió muy mal (no esperaban sin duda otra acogida), se entabló una guerra que tuvo por teatro todo el Norte, el Sur y el Este de la península hasta Videha y Visala, y por actores a todas las poblaciones, lo mismo arias que aborígenes (1). La contienda fué tanto más larga cuanto que los invasores tenían aliados naturales en muchas de las naciones arias del Himalaya, hostiles al régimen brahmánico. Los encontraron también en muchos pueblos mestizos, más interesados todavía en rechazarlo, y, si era posible, en abatirlo: conquistadores y bandidos, los bandidos de todo color, se convertían en amigos suyos (2).

El interés se inclina evidentemente del lado de los Kuravas, que defendían la civilización. No obstante, después de mucho tiempo y trabajo, después de haber rechazado durante largo tiempo a sus antagonistas, los Kuravas, acabaron por sucumbir. El Pendjab y vastos territorios del contorno quedaron en poder de los invasores más blancos, y, por consiguiente, más enérgicos que las naciones brahmánicas; y la civilización hindú, obligada a ceder, penetró más hacia el Sudeste. Pero ella era, tenaz en razón de la inmovilidad de sus razas. No tuvo más que esperar, y su desquite sobre los descendientes de los Pandavas fué esplendoroso. Éstos, viviendo libres de toda restricción sagrada, se mezclaron rápidamente con los indígenas. Su valor étnico se degradó. Los brahmanes volvieron a dominar. Enlazaron dentro de su esfera de acción a los hijos degenerados de Pandú, les impusieron ideas y dogmas, y, obligándolos a organizarse según los modelos dados por ellos, coronaron la victoria proveyéndolos de una casta sacerdotal que no se seleccionó precisamente entre lo mejor. Así se observa en Cachemira que los hombres de la clase suprema son hoy más oscuros que el resto de la población. Eso es debido a que sus antepasados proceden del Sur.

Las relaciones entre las castas no fueron en el Norte parecidas a lo que eran en el Sur. Los brahmanes no se mostraron allí intelectualmente superiores al resto de los nacionales, éstos no obedecieron nunca fácilmente a su sacerdocio, y el desprecio profundo de los verdaderos Hindúes, las calificaciones injuriosas, y, sobre todo, una inferioridad moral muy pronunciada, fueron el castigo que pesó siempre sobre los descendientes de los Pandavas por la momentánea perturbación que habían introducido en la obra brahmánica. Cabe, pues, observar aquí este fenómeno: la victoria de los brahmanes sobre los descendientes de los Pandavas se debió menos a la pureza de la raza que a la homogeneidad de los elementos étnicos.

---

(1) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 713.
(2) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 689.

Entre los brahmanes todos los instintos estaban clasificados y actuaban, sin perjudicarse entre sí, en esferas especiales; entre los descendientes de los Pandavas, la mezcolanza ilimitada de la sangre los confundía hasta lo infinito. Hemos visto ya una situación análoga a ésta en el último período de la historia tiria.

A partir de este momento, numerosas naciones arias se encontraron casi separadas de la nacionalidad hindú y reducidas a un grado inferior de dignidad y de estima. En esta categoría hay que colocar las tribus blancas que vivían entre el Sarasvati y el Indú-Koh, y muchas de las ribereñas del Indo, esto es, las mismas que a los ojos de la antigüedad griega o romana representaban las poblaciones de la India. Debajo de estas poblaciones desdeñadas, había un gran número de impuras; después venían los aborígenes.

Así, para los brahmanes, lógicos terribles, la humanidad política se dividía en tres grandes fracciones: la nación hindú propiamente dicha, con sus tres castas sagradas y su casta suplementaria, que se podría llamar de tolerancia, sacrificio que la convicción hacía a la necesidad; después las naciones arias, denominadas *vratías*, abiertamente mezcladas con la sangre indígena, habían adoptado tardíamente la regla sagrada, y no la seguían rigurosamente, o bien, lo que es peor aún, se habían obstinado en rechazarla. En este caso, la apelación de *vratya*, ladrón, bandido, no era suficiente para colmar la indignada aversión del verdadero hindú, y tales gentes recibían el calificativo de *dasyu*, vocablo que es como un superlativo de los adjetivos mencionados. Esta injuria concordaba tanto mejor con el odio violento de los que la empleaban cuanto que etimológicamente se acerca a la voz zenda *dandyu, dakyu, dakhu* (1), la cual usaban los Zoroástricos del Sur para designar las provincias de sus Estados. Nada tan parecido (caridad aparte) a un desecho del género humano como un hereje, y recíprocamente.

En fin, en tercer lugar, y aun por debajo de estos *dasyus* tan detestados, venían las naciones aborígenes. No se puede concebir gente más salvaje, y, desgraciadamente, su número era exorbitante. Los brahmanes les daban en general el nombre de *mlekkhas, salvajes* o *bárbaras* (2). Este último nombre está incrustado en todas las lenguas de la especie blanca, y testifica la superioridad que esta familia se adjudica sobre el resto de la especie humana.

Considerando el número inmenso de los aborígenes, los políticos de la India comprendieron que el renegar de ellos no los paralizaba, y que era necesario, dejando a un lado toda repugnancia, atraerlos con un aliciente cualquiera a la civilización aria. ¿Por qué medio? ¿Qué quedaba por ofrecerles que pudiese tentarlos? Todas las dichas de este mundo estaban distribuídas. Los brahmanes pensaron, no obstante, proponerles las más elevadas, aun aquellas que los primeros arios se esforzaban en conquistar por el vigor de su brazo, esto es, el carácter divino, con sólo esta reserva: que tan magníficas perspectivas no debían abrirse sino tras la muerte; ¿qué digo?, tras una larga serie de existencias. Admitido el dogma de la metempsicosis, nada más plausible; y como el Mlekkha veía por

(1) Lassen, *Zeitschrift für K. de Morgent.*, t. II, p. 49.
(2) *Mlekka* significa *débil.* (Benfey, *Encycl. Ersch. u. G. I.*)

sus propios ojos a todas las clases de la sociedad hindú actuar en virtud de esta creencia, tenía ya, en la buena fe de sus conversores, una razón poderosa para dejarse convencer.

El brahmán verdaderamente penitente, mortificado, virtuoso, se jactaba altamente de figurar, después de su muerte, en una categoría de seres superiores a la humanidad. El chatría renacía brahmán con la misma esperanza en segundo grado; el vaisía reaparecía chatría; el sudra, vaisía. ¿Por qué, pues, el indígena no podía convertirse en sudra y así sucesivamente? Por otra parte, aconteció que esta última categoría le fué conferida aún en vida. Cuando una nación se sometía en masa y era preciso incorporarla a un Estado hindú, había que organizarla, a pesar del dogma, y lo menos que podía hacerse en su favor, era admitirla inmediatamente en la última de las castas regulares (1).

Los recursos políticos como ese sistema de promesas realizables mediante resurrección, no pueden improvisarse. No adquieren valor sino cuando la buena fe de los que los emplean está intacta. En este caso, resultan irresistibles, y el ejemplo de la India lo demuestra.

Hubo así, frente a los aborígenes, dos clases de conquistas. Una, la menos fructífera, fué llevada a término por los chatrías. Estos guerreros, formando un ejército regular cuádruple. dicen los poemas, esto es, compuesto de infantería, caballería, carros armados y elefantes, y generalmente apoyado por un cuerpo auxiliar de indígenas, entraban en campaña e iban a atacar al enemigo. Después de la victoria, la ley civil y religiosa prohibía a los militares proceder a la incorporación de las poblaciones impuras. Los chatrías se contentaban con quitar el poder al jefe promotor del conflicto, y en su lugar ponían a uno de sus parientes; tras lo cual se retiraban llevándose el botín y las promesas precarias de sumisión y de alianza (2). Los brahmanes procedían muy diversamente, y su manera de obrar constituye la única y verdadera toma de posesión del país y las conquistas verdaderas (3).

Avanzaban en pequeños grupos más allá del territorio sagrado del Aryavarta o Brahmavarta. Una vez en aquellos espesos bosques, en aquellos aguazales incultos en que la naturaleza de los trópicos hace crecer en abundancia los árboles, los frutos, las flores, cría las aves de ricos plumajes y de trinos variados, las gacelas a manadas, pero también los tigres y los reptiles más peligrosos, construían ermitas aisladas en donde los aborígenes los veían aplicarse incesantemente a la oración, a la meditación, a la enseñanza. El salvaje podía matarlos sin esfuerzo. Semidesnudos, sentados a las puertas de sus cabañas de ramajes, solos lo más frecuentemente, cuando más acompañados por algunos discípulos tan desarmados como ellos, la matanza no presentaba ni las dificultades ni la excitación de la lucha. No obstante, cayeron miles de víctimas, que, según las leyendas brahmánicas y los poemas citados por Lassen, fueron devorados por los antropófagos. Mas por cada eremita degollado acudían diez, que se disputaban el santuario desde entonces santificado, y las venerables colonias, extendiendo más y más sus ramificaciones, conquistaban irresistiblemente el territorio. Sus funda-

(1) Lassen, *Indische Alterthumskunde*, t. I, p. 559.
(2) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 535.
(3) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 578.

dores no se apoderaban menos de la imaginación de sus feroces asesinos. Éstos, sobrecogidos de sorpresa o de supersticioso pavor, querían por fin saber lo que eran tales misteriosos personajes tan indiferentes al sufrimiento y a la muerte, y qué tarea extraña llevaban a término. Y he aquí entonces lo que los anacoretas les enseñaban: «Nosotros somos los más augustos de los hombres, y nadie aquí abajo puede compararse a nosotros. Poseemos esta dignidad suprema porque la hemos merecido. En nuestras existencias anteriores se nos vió tan miserables como a vosotros ahora. A fuerza de virtudes, y de grado en grado, henos aquí en el punto en que los mismos reyes se arrastran a nuestros pies. Siempre impelidos por una sola ambición, aspirando a grandezas sin límites, trabajamos para convertirnos en dioses. Nuestras penitencias, nuestras austeridades, nuestra presencia aquí, no tienen otra finalidad. Matadnos: habremos conseguido lo que anhelábamos. Oídnos, creed, humillaos, servid y llegaréis a ser lo que somos nosotros» (1).

Los salvajes oían, creían y servían. El Ariavarta ganaba una provincia. Los anacoretas se convertían en el tronco de una rama brahmánica local. Una colonia de chatrías acudía para gobernar y guardar el nuevo territorio. Con frecuencia, casi siempre, una tolerancia necesaria permitía que los reyes del país entrasen en la casta militar. Formáronse, de la misma manera, vaisías, y creo que sin gran respeto hacia la pureza de la sangre. De un distrito de la India al otro, el reproche de impuro nunca ha cesado de correr y de herir incluso a los brahmanes. Es innegable que este reproche es fundado y de ello pueden aducirse pruebas contundentes. Así, en los tiempos épicos, Lomapada, el rey indígena de los Angas convertidos, se desposa con Santa, hija del rey ario de Ayodhya. Así todavía, en el siglo XVIII, cuando se operaron las colonizaciones hindúes en los pueblos amarillos, al Este del Kali, en el Nepal y el Butan, se vió a los brahmanes mezclarse con las hijas del país e instalar su progenie mestiza como casta militar.

Procediendo de esta manera, en nombre de su principio; haciendo este principio indispensable a la organización social, y haciéndole doblegarse, desgraciadamente para el futuro, pero muy juiciosamente para el presente, ante las dificultades demasiado grandes, los ascetas brahmánicos formaban una corporación tanto más numerosa cuanto que la vida de sus miembros estaba generalmente por encima de los trabajos de la guerra y siempre alejada de ellos. Su sistema se implantaba profundamente en la sociedad que les debía la vida. Todo se presentaba bien; sólo que, por grandes que fuesen los obstáculos ya vencidos, iban a presentarse otros más temibles aún.

Los chatrías se daban cuenta de que si en esta organización social les estaba asignado el papel más brillante, el poderío que les dejaba el sacerdocio tenía más flores que frutos. Reducidos casi a la situación de satélites apagados, érales difícil tener una idea, una voluntad, un plan difefente del que, sin contar con ellos, habían trazado los brahmanes, y con todo y llamárseles reyes, se sentían tan atados por los sacerdotes, que su prestigio, frente a los pueblos, resultaba secundario. Tampoco era, para su propio porvenir, un síntoma poco amenazador el ver que los brahmanes

(1) *Manava-Dharma-Sastra*, cap. V, § 62.

se colocaban siempre en el Estado como mediadores eternos entre los soberanos y sus súbditos, sus pueblos, quizá incluso sus guerreros, al paso que merced a una paciencia enérgica, a un indomable despego de los goces humanos, esos mismos brahmanes se hacían los padres, los acrecentadores del Ariavarta, por las conversiones en masa que sus animosos misioneros operaban en las naciones aborígenes. Semejante estado de cosas dejaría, más pronto o más tarde, de ser visto con buenos ojos por los príncipes, y parece que los brahmanes se despreocupaban en demasía, aun contra las experiencias de su propio sistema, de los recelos y ambición de quienes más tenían que temer.

Y no es que no tuvieran ciertos miramientos. Del mismo modo que mitigaron la rigidez de su sistema hasta el extremo de admitir a jefes aborígenes a la dignidad de chatrías, así también dieron pruebas de una tolerancia todavía más difícil con respecto a los Arios de aquella casta, permitiendo a varios, notables por su santidad, por su ciencia y por las penitencias extraordinarias, elevarse al rango de brahmán. El episodio de Visvamitra, en el *Ramayana,* no tiene otra significación (1). Puede citarse aún la consagración de otro guerrero de la raza de los Kuravas. Pero tales concesiones habían de ser bastante raras, y hay que confesar que en cambio se reservaban la facultad de desposarse con las hijas de los chatrías y convertirse a su vez en reyes. Yernos de soberanos, admitían que los frutos de sus enlaces siguiesen una ley de decrecimiento y se viesen excluídos de la casta sacerdotal. Pero por la autoridad de su madre correspondíanles plenamente las prerrogativas de la tribu militar y también la dignidad regia. Se cuenta, acerca de este particular, una anécdota que intercalaré aquí, aun cuando interrumpa, o quizá porque interrumpe, consideraciones algo prolijas y bastante áridas.

En época muy antigua, existía en Tchampa un brahmán. Este brahmán tuvo una hija, y consultó a los astrólogos qué porvenir le estaba reservado al objeto de su inquieta ternura. Éstos, luego de consultar los astros, reconocieron por unanimidad que la pequeña brahmaní sería un día madre de dos hijos, uno de los cuales llegaría a ser un santo ilustre y el otro un gran soberano. El padre se sintió loco de alegría ante esta noticia, y no bien hubo llegado la hija a la edad núbil, observando con orgullo cuánta era su perfección y hermosura, quiso contribuir a la realización de su destino, quizá apresurarlo, y se fué a ofrecer su hija a Bandusara, rey de Pataliputra, monarca famoso por sus riquezas y poderío.

El don fué aceptado, y la nueva esposa conducida al gineceo real. Allí sus gracias causaron excesiva sensación. Las otras esposas del chatría juzgáronla tan peligrosa, que, temiendo verse reemplazadas en el corazón del rey, se dedicaron a inventar una estratagema que las librase de sus inquietudes, descartando a su rival. La bella brahmaní era, como he dicho, muy joven y probablemente sin demasiada malicia. Las conjuradas lograron convencerla de que, para complacer a su marido, tenía que saber afeitarlo, perfumarlo y cortarle los cabellos. Ella sentía todos los deseos imaginables de ser una esposa sumisa; siguió pues inmediatamente esos pérfidos consejos, de suerte que la primera vez que Bandusara la hizo llamar, ella acudió

(1) Burnouf, *Introduction à l'histoire du boudhisme indien,* t. I, p. 891.

a su presencia llevando un jarro en una mano y en la otra todos los instrumentos de la profesión que acababa de aprender.

El monarca, que, sin duda, habría perdido la cuenta del número de sus mujeres y sentiría diversas preocupaciones, contuvo los gestos de ternura de que se sentía agitado un momento antes, tendió el cuello y se dejó componer. Tan encantado se sintió de la habilidad y de la gracia de su servidora, que al día siguiente la pidió de nuevo. Nueva ceremonia, nuevo embelesamiento, y, esta vez, deseando, como príncipe generoso, mostrarse reconocido al goce que le proporcionaba, preguntó a la joven esposa cómo podría recompensarla.

La hermosa brahmaní indicó ingenuamente un medio sin el cual las promesas de los astrólogos no podrían cumplirse. Pero el rey protestó reciamente. Amonestó sin embargo en tono bondadoso a la hermosa postulante diciéndole que, si ella pertenecía a la casta de los peluqueros, su pretensión era inadmisible y que no cometería en modo alguno una acción tan absurda como la que de él exigía. Acto seguido, una explicación: la esposa, defraudada, reivindica, con el natural sentimiento de la dignidad herida, su cualidad de brahmaní, cuenta por qué y con qué loable intención llenaba las funciones serviles que escandalizaban al rey no obstante complacerle. Se descubre la verdad, triunfa la belleza, se desvanece la intriga, y la astrología se enorgullece de su nuevo éxito, con gran satisfacción del viejo brahmán (1).

De modo que en la organización antigua de la India, la unión de dos castas era, por lo menos, tolerada, y en mil circunstancias los brahmanes debían encontrarse en competencia directa con los chatrías para el ejercicio material del poder soberano. ¿Qué hacer? Aplicar el principio de separación en su entero vigor, ¿no era herir a todos? Eran necesarios miramientos. Por otra parte, si éstos eran demasiados, se ponía en peligro el sistema mismo. Para eludir el doble escollo se trató de recurrir a la lógica y a la sutileza tan admirables de la política brahmánica.

Se convino que, regularmente, el hijo de un chatría y de una brahmaní no podría ser ni rey ni sacerdote. Como participaba a la vez de ambas naturalezas, sería el bardo y el caballerizo de los reyes. Como brahmán degenerado, podría ser sabio en la historia, conocer las poesías profanas, componerlas él mismo y recitarlas a su señor y a los chatrías reunidos. Sin embargo, no tendría el carácter sacerdotal, no conocería los himnos litúrgicos, y el estudio directo de las ciencias sagradas estaría vedado a su inteligencia. Como chatría incompleto, tendría el derecho de llevar las armas, cabalgar, guiar un carro, combatir, pero como subordinado, sin esperanza de mandar nunca a los guerreros. Una gran virtud le estaba reservada: la abnegación. Realizar hazañas por su príncipe y embelesarse cantando los rasgos de valor de los más bravos, tal fué su destino; se le llamaba *suta*. Ninguna figura heroica de las epopeyas hindúes tiene tanta dulzura, gracia, ternura y melancolía. Es la abnegación de una mujer en el corazón indomable de un héroe (2).

Una vez admitido el principio, las aplicaciones del mismo se hacían

(1) Burnouf, *Introduction à l'histoire du boudhisme indien*, t. I, p. 149.
(2) Lassen, *ob. cit.*, t. I, p. 480.

constantes, y, fuera de las cuatro castas legales, el número de asociaciones parásitas iba a resultar inconmensurable. Lo fué de tal modo, tan inextricable red formaron las combinaciones al cruzarse, que hoy las castas primitivas pueden considerarse, en la India, como casi ahogadas bajo las ramificaciones prodigiosas a que ellas mismas dieron origen, y bajo los injertos perpetuos que estas ramificaciones suplementarias originaron en torno suyo. Hemos visto nacer los bardos-caballerizos de una brahmaní y de un chatría; de una brahmaní y de un vaisía salieron los ambastas, que tomaron el monopolio de la medicina, y así sucesivamente. En cuanto a los nombres impuestos a estas subdivisiones, los unos indican las funciones especiales que se les atribuía, los otros son simplemente denominaciones de pueblos indígenas extendidas a categorías que, sin duda, las merecieron al mezclarse con los que eran sus verdaderos propietarios.

Este orden aparente, por ingenioso que fuese, resultaba, en definitiva, un desorden, y aunque los convenios de que era efecto hubiesen sido inseparables de los principos del sistema, estaba demostrado que si se quería impedir que pereciese el propio sistema bajo la exuberancia de aquellas concesiones nefastas, no convenía andarse más tiempo con rodeos, y que un remedio vigoroso debía cauterizar inmediatamente, en lo más vivo, aconteciese lo que aconteciese, la herida abierta en los flancos del estado social. Atendiendo a este principio, el brahmanismo inventó la categoría de los chandalas, que vino a completar d euna manera terrible la jerarquía de las castas impuras.

Las denominaciones insultantes y los rigores contra los arios refractarios y los aborígenes insumisos no se habían escatimado. Pero puede decirse que la expulsión y aun la muerte fueron poca cosa al lado de la condición inmunda a la cual las cuatro castas legales verían condenados en lo futuro a los desgraciados nacidos de sus mezclas por enlaces prohibidos. La sola frecuentación de estos seres infortunados era ya una vergüenza, una mancilla de la que el chatría podía buenamente purificarse inmolando a los que de ella se hacían culpables. Se les negaba la entrada en ciudades y pueblos. Quien los viese podía azuzar los perros contra ellos. Una fuente en que se los hubiese visto beber, quedaba condenada. Si se establecían en cualquier sitio, había derecho de destruir su asilo. En fin, no ha habido nunca en el mundo monstruos aborrecibles contra los que una teoría social, una abstracción política, se hubiese gozado en imaginar tan espantosos efectos de anatema. No eran los infortunados chandalas contra quienes se apuntaba en el momento de fulminar amenazas tan atroces: era contra sus futuros padres, a quienes se trataba de espantar. También, hay que reconocerlo, si la casta reprobada sintió pesar sobre ella en algunas ocasiones el brazo sangriento de la Ley, dichas ocasiones fueron raras. La teoría luchó vanamente contra la moderación de las costumbres hindúes. Los chandalas fueron despreciados, detestados; sin embargo, vivieron. Poseyeron pueblos que se tenía el derecho de incendiar, y, que no se incendiaron. La precaución de evitar su contacto no era tanta que no se tolerase su presencia en las ciudades. Se dejó que se apoderasen de varias ramas industriales, y hemos visto hace un momento a la brahmaní de Tchampa tomada por una chandala por el rey, su marido, puesto que desempeñaba una profesión reservada a esa tribu, y sin embargo favorablemente acogida

en la misma residencia del monarca. En la India moderna, hay funciones reputadas impuras, como las de carnicero, por ejemplo, que reportan grandes beneficios a los chandalas que las desempeñan. Otros muchos se han enriquecido con el comercio de cereales. Otros desempeñan un papel importante en las funciones de intérpretes. En lo más alto de la escala social, encontramos chandalas ricos, felices, e independientemente de la idea de casta considerados y respetados. Hay dinastía hindú bien conocida como perteneciente a la casta impura, lo que no es óbice para que cuente por consejeros con brahmanes que se prosternan delante de ella. Es cierto que semejante estado de cosas se debió a los trastornos sobrevenidos desde las invasiones extranjeras. En cuanto a la tolerancia práctica y a la moderación de las costumbres opuestas al furor teórico de la Ley, es de todos los tiempos (1).

Añadiré únicamente que, también en todos los tiempos, los chandalas, si tuvieron algo de ario en su origen, como no cabe dudarlo, nada hubo que tuviesen tanta prisa de perder. Usaron de la vasta latitud de deshonor en que se les abandonó, para enlazarse y cruzarse sin fin con los indígenas. Así, en general, son ellos los más negros de los Hindúes, y en cuanto a su degradación moral, a su cobarde perversidad, no tiene límites (2).

La invención de esta terrible casta originó ciertamente grandes resultados, y no dudo que hubiese poseído fuerza bastante para mantener en la sociedad hindú la clasificación en que ésta se asentaba y dificultar el nacimiento de nuevas castas, por lo menos en el seno de las provincias ya reunidas al Ariavarta. En cuanto a las que lo fueron después, los orígenes de las categorías no deben tampoco ser indagados demasiado estrictamente.

Así como en otras partes, entonces como anteriormente, los brahmanes hicieron lo que pudieron. Les bastó parecer tales para empezar, no estableciendo sus reglas sino luego de asentada la organización. No repetiré aquí lo que dije a propósito de Bután y de Nepal. Lo que aconteció en aquellos países se produjo en muchos otros. Sin embargo, no hay que perder de vista que cualquiera que fuese el grado hasta el cual la pureza de sangre aria se hubiese comprometido en tal o cual lugar, esta pureza era siempre mayor en las venas de los brahmanes, primero, de los chatrías, después, que en las de las otras castas locales, y de ahí esa indiscutible superioridad que, incluso hoy, después de tantos trastornos, no ha cesado de verse en la cumbre de la sociedad brahmánica. Después, si el valor étnico del conjunto perdía en elevación, el desorden de los elementos no era allí sino pasajero. La amalgama de las razas se realizaba más rápidamente en el seno de cada casta al encontrarse aquélla limitada a un reducido número de principios, y la civilización se elevaba o descendía, pero no se transformaba, pues la confusión de los instintos llevaba muy prontamente en cada categoría a una verdadera unidad, aunque de mérito a menudo muy débil. En otros términos, a tantas castas correspondían otras tantas razas mestizas, pero cerradas y fácilmente equilibradas.

La categoría de los chandalas respondía a una implacable necesidad de la institución, que debía ante todo parecer odiosa a las familias militares.

(1) Lassen, *Indische Alterthumskunde*, t. I, p. 536.
(2) *Manava-Dharma-Sastra*, cap. X, § 57 y 158.

Tantas leyes y restricciones coartaban a los chatrías en el ejercicio de sus derechos guerreros y reales, los humillaba en su independencia personal, los estorbaba en la efervescencia de sus pasiones, prohibiéndoles la frecuentación de las hijas y esposas de sus súbditos. Tras de largas vacilaciones, quisieron sacudir el yugo, y, empuñando las armas, declararon la guerra a los sacerdotes, a los eremitas, a los ascetas, a los filósofos cuya tarea había agotado su paciencia. Así es cómo, después de haber triunfado de los herejes zoroástricos y otros, después de haber vencido la feroz incomprensión de los indígenas, después de haberse sobrepuesto a todo género de dificultades para abrir a la corriente de cada casta un lecho practicado entre los diques de la Ley y constreñirla a no invadir el lecho de los vecinos, los brahmanes veían llegar ahora la guerra civil, y la especie de guerra más peligrosa, puesto que tenía efecto entre el individuo armado y el que no lo estaba.

La historia del Malabar nos ha conservado la fecha, si no de la lucha en sí, por lo menos de uno de sus episodios que figura ciertamente entre los más principales. Los anales de este país cuentan que en el Norte de la India estalló una gran guerra entre los chatrías y los sabios, que todos los guerreros fueron exterminados, y que los vencedores, conducidos por Parasú Rama, célebre brahmán que no hay que confundir con el héroe del *Ramayana,* fueron, después de sus triunfos, a establecerse en la costa meridional, constituyendo allí un Estado republicano. La fecha de este acontecimiento, del cual data el comienzo de la era malabar, es el año 1176 antes de J.-C.

En este relato se advierte algo de fanfarronada. Generalmente la costumbre de los más fuertes no es la de abandonar el campo de batalla, máxime cuando el vencido queda aniquilado. Es pues verosímil que, muy al revés de lo que pretende su crónica, los brahmanes fueron derrotados y obligados a expatriarse, y que por odio a la casta real cuya afrenta tuvieron que soportar, adoptaron la forma gubernamental que no reconoce la unidad del soberano.

Esa derrota no fué, por lo demás, sino un episodio de la guerra, y hubo más de un encuentro en que los brahmanes no llevaron la ventaja. Todo indica también que sus adversarios, casi tan Arios como ellos, no se mostraron desprovistos de habilidad, y que no tuvieron en la fuerza de sus espadas una confianza tan absoluta que no hubiesen juzgado necesario apelar todavía a armas menos materiales. Los chatrías se situaron muy mañosamente en el seno mismo de los recursos del enemigo, en la ciudadela teológica, sea a fin de quebrantar la influencia de los brahmanes sobre los vaisías, los sudras y los indígenas, sea para tranquilizar su propia conciencia y quitar a su empresa un carácter de impiedad que no hubiera tardado en hacerla odiosa al espíritu profundamente religioso de la nación.

Se ha visto que, durante la estancia en la Sogdiana y más tarde, el conjunto de tribus zoroástricas e hindúes profesaba un culto muy sencillo. Si estaba más plagado de errores que el de las épocas enteramente primordiales de la raza blanca, era, sin embargo, menos complicado que las nociones religiosas de los purohitas que iniciaron la tarea del brahmanismo. A medida que la sociedad hindú avanzaba en edad y que en consecuencia la sangre negra de los aborígenes del Oeste y del Sur y el tipo amarillo del

Este y del Norte se infiltraban más y más en su seno, las necesidades religiosas a las cuales había que satisfacer variaban y se mostraban apremiantes. Para satisfacer al elemento negro. Nínive y Egipto nos han enseñado ya las concesiones indispensables. Era al comienzo de la muerte de las naciones arias. Estas continuaron mostrándose puramente abstractas y morales, y aun cuando el antropomorfismo anidase quizá en el fondo de las ideas, no se había manifestado todavía. Se decía que los dioses eran bellos a la manera de los héroes arios. No se pensó en retratarlos.

Cuando los dos elementos negro y amarillo tuvieron la palabra, hubo que cambiar de sistema, fué necesario que los propios dioses saliesen del mundo ideal en el que los Arios se complacieron en dejar flotar sus sublimes esencias. Cualesquiera que pudiesen ser las diferencias capitales entre el tipo negro y el tipo amarillo, y sin necesidad de señalar que fué el primero quien empezó a hablar y fué siempre escuchado, todo lo que era aborigen se reunió, no sólo para poder ver y tocar a los dioses tan ensalzados, sino también para que se les apareciesen más bien terribles, feroces, extravagantes y diferentes del hombre, que bellos, serenos, benignos y no elevándose por encima de la humana criatura sino por la mayor perfección de su figura. Esta doctrina hubiese sido demasiado metafísica en el seno de la multitud. Es lícito creer también que la inexperiencia primitiva de los artistas la hacía más difícil de realizar. Se quiso, pues, ídolos muy feos y de un aspecto espantoso. He aquí el lado de la depravación.

Se ha dicho alguna vez, para hallar una explicación a aquellas repugnantes extravagancias de las imágenes paganas de la India, de Asiria y de Egipto, a aquellas asquerosas obscenidades en que las imaginaciones de los pueblos orientales se complacieron siempre, que la culpa se debió a una metafísica abstrusa, que no se preocupaba tanto de ofrecer a las miradas ciertas monstruosidades, como de presentar símbolos a propósito para servir de pasto a consideraciones trascendentales. La explicación se me antoja más especiosa que sólida. Encuentro incluso que atribuye muy gratuitamente un gusto perverso a los espíritus elevados, quienes, para poder penetrar los más sutiles misterios, no se encuentran sin embargo en la necesidad absoluta de encanallar y envilecer sus sensaciones físicas. ¿No hay medio de recurrir a símbolos que no sean repugnantes? Las fuerzas de la naturaleza, las diversas potencias de la Divinidad, sus numerosos atributos ¿no pueden expresarse sino apelando a comparaciones indignantes? Cuando el helenismo quiso realizar la estatua mística de la triple Hécate, ¿le atribuyó acaso tres cabezas, seis brazos, seis piernas? ¿Deformó sus rostros en abominables contracciones? ¿La asentó sobre un Cerbero inmundo? ¿Le colocó en el pecho un collar de cabezas y en las manos los instrumentos de suplicio manchados con las señales de un uso reciente? Cuando, a su vez, la fe cristiana representó a la Divinidad triple y una, ¿recurrió a los horrores? Para mostrar a un san Pedro abriendo a la vez el mundo de arriba y el de abajo, ¿ha apelado a la caricatura? De ninguna manera. El helenismo y el pensamiento católico supieron abstenerse perfectamente de entregarse a la fealdad en asuntos que sin embargo no eran menos metafísicos que los más complicados dogmas hindúes, asirios, egipcios. Así, no hay que achacarlo a la naturaleza de la idea abstracta en sí misma cuando las imágenes son odiosas: es a la disposición de los ojos, de los espíritus, de las

imaginaciones a las cuales van dirigidas las representaciones figuradas. Ahora bien, el hombre negro y el hombre amarillo no podían comprender más que lo feo: lo feo fué inventado para ellos, que lo juzgaron siempre rigurosamente necesario.

Al tiempo mismo en que entre los Hindúes había que producir así las personificaciones teológicas, era igualmente necesario multiplicarlas, a fin de que, desdoblándolas, pudiesen ofrecer un sentido más claro y más fácilmente penetrable. Los dioses poco numerosos de las edades primitivas, Indra y sus compañeros, no bastaron ya a personificar las series de ideas que una civilización cada vez más vasta engendraba a profusión. Un ejemplo de ello: al resultar más familiar entre las masas la noción de riqueza, púsose este poderoso móvil social bajo la guarda de un poder celeste, y se inventó *Kuvera,* diosa formada de manera que llenase enteramente el gusto de los negros (1).

Sin embargo, en esta multiplicación de los dioses, no había únicamente grosería. A medida que el espíritu brahmánico se afinaba, esforzábase en recoger la antigua verdad que escapara antes a la raza aria, y, al mismo tiempo que creaba dioses inferiores para contentar a los aborígenes, tolerando, primero, y aceptando, después, cultos autóctonos, elevábase por su lado. Buscaba por arriba, e imaginando poderes, entidades superiores a Indra, a Agui, descubrió a Brahma, a quien prestó el carácter más sublime que nunca filosofía humana haya podido combinar, y, dentro de la esfera de creación superetérea en la cual su instinto de lo bello concibió un ser tan grande, no dejó penetrar sino muy pocas ideas que de él fuesen indignas.

Brahma fué durante mucho tiempo, para la multitud, un dios desconocido. No se le dió figura hasta muy tarde. Olvidado de las castas inferiores, que ni lo comprendían ni se preocupaban de él lo más mínimo, era por excelencia el dios particular de los ascetas, el que ellos invocaban, que era objeto de sus más altos estudios y que no pensaban en sustituir jamás. Después de haber pasado por toda la serie de existencias superiores, después de haber sido dioses ellos mismos, todo lo que esperaban era ir a confundirse en su seno y descansar algún tiempo de las fatigas de la vida, dura de soportar para ellos, aun entre las delicias de la existencia celeste.

Si el dios superior de los brahmanes se elevaba demasiado por encima de la estrecha comprensión de las clases inferiores y quizá de los mismos vaisías, resultaba sin embargo accesible al elevado sentir de los chatrías, que, participando aún de la ciencia védica, mostraban sin duda una piedad menos activa que sus contemplativos adversarios, pero poseían ciencia bastante, junto con sobrada claridad de juicio, para no atacar de frente una noción cuya valía apreciaban a la perfección. Lo hicieron soslayadamente, y, con ayuda de los teólogos militares o de algún brahmán desertor, transformaron la naturaleza subalterna de un dios chatría hasta entonces poco destacado, Vichnú (2), y, erigiéndole un trono metafísico, lo elevaron tan alto como al padre celeste de sus enemigos. Situado entonces enfrente y en el mismo

---

(1) Lassen, *Indische Alterthumskunde,* t. I, p. 771. — A. W. v. Schlegel, *Vorrede zur Darstellung der aegyptischen Mythologie.*

(2) Lassen, *Indische Alterth.,* t. I, p. 781.

plano que Brahma, el altar guerrero se equiparó al del rival, y los guerreros no tuvieron que humillarse bajo una superioridad de doctrina.

Este golpe, sin duda bien concebido y largo tiempo meditado, pues por los desenvolvimientos a que estuvo sujeto revela la duración y el encarnizamiento de una lucha obstinada, amenazaba al poder de los brahmanes y, con éste, a la sociedad hindú, con una ruina definitiva. De un lado, estaría Vichnú con sus chatrías libres y armados; de otro, Brahma, igualado por un nuevo dios, con sus pacíficos sacerdotes y las clases impotentes de los vaisías y de los sudras. Los aborígenes habían sido intimados a escoger entre ambos sistemas, el primero de los cuales les ofreció, junto con una religión tan completa como la antigua, una liberación abolùta de la tiranía de las castas y la perspectiva, para el último de los ciudadanos, de elevarse a todo, durante el curso mismo de la vida actual, sin tener que aguardar un segundo nacimiento. El otro régimen no tenía nada nuevo que decir; situación siempre desfavorable cuando se trata de atraer a las masas; y, del mismo modo que no podía acusar de impiedad a sus rivales, puesto que reconocían el mismo templo que él, salvo un dios superior diferente, tampoco podía erigirse, como lo hiciera hasta entonces, en defensor de los derechos de los débiles, en liberal, como se diría en nuestros días; puesto que el liberalismo estaba evidentemente del lado de aquellos que lo prometían todo a los más humildes, y aspiraban incluso, si llegaba el caso, a concederles el rango supremo. Ahora bien, si los brahmanes se enajenaban la fidelidad de su mundo negro, ¿qué soldados podrían oponer a la amenaza de las espadas reales, ellos que no podían exponer su vida?

De qué modo fué resuelta esa dificultad, es imposible descubrirlo. Son cosas tan antiguas, que cabe mejor adivinarlas que distinguirlas entre los escombros mutilados de la Historia. Es sin embargo evidente que, en la suma de faltas que dos partidos políticos beligerantes no dejan nunca de cometer, la cifra más pequeña es asignada a los brahmanes. Estos tuvieron también el mérito de no obstinarse en los detalles, y de salvar el fondo sacrificando bastante lo demás. Después de largas discusiones, sacerdotes y guerreros se reconciliaron, y, si hay que juzgar por lo que sobrevino, he aquí cuáles fueron los términos del convenio.

Brahma compartió el rango supremo con Vichnú. Muchos años después, otras revoluciones de las que no he de hablar, puesto que no revistieron un carácter directamente étnico, les adscribió Siva (1); y, más tarde aún, cierta doctrina filosófica, después de fundir esas tres individualidades divinas en una trinidad provista del carácter de la creación, de la conservación y de la destrucción, condujo, por este rodeo, la teología brahmánica a la primitiva concepción de un dios único que envolvía el Universo.

Los brahmanes renunciaron para siempre a ocupar el rango supremo, y los chatrías lo conservaron como un derecho imprescindible de su nacimiento.

Mediante lo cual, el régimen de las castas fué mantenido en su entero rigor, y toda infracción condujo resueltamente el fruto del crimen a la impureza de las castas bajas.

---

(1) A juicio de Lassen, esta divinidad procede originariamente de algún culto de los aborígenes negros. (*Indische Alterth.*, t. I, p. 783 y *passim*.)

La sociedad hindú, asentada sobre las bases escogidas por los brahmanes, acababa de atravesar felizmente una de las crisis más peligrosas. Había adquirido no pocas fuerzas, era homogénea y no tenía sino que proseguir su camino: esto es lo que hizo con tanta perseverancia como éxito. Colonizó, hacia el Sur, la mayor parte de los territorios fértiles, rechazó a los recalcitrantes hacia los desiertos y los pantanos, hacia las heladas cimas del Himalaya, al fondo de los montes Vyndhias. Ocupó el Dekján, se apoderó de Ceilán y llevó allí, con sus colonias, su civilización. Todo induce a creer que ya entonces llegó a las lejanas islas de Java y de Bali (1); establecióse en las riberas inferiores del Ganges, y osó avanzar a lo largo del curso malsano del Brahmaputra, entre las poblaciones amarillas que, desde hacía largo tiempo, había conocido en algunos puntos del Norte, del Este, y en las islas del Sur.

Mientras se realizaban tales trabajos, tanto más difíciles cuanto más vastas eran las regiones, y más largas las distancias y mucho mayores que en Egipto las dificultades naturales, un inmenso comercio marítimo acudía de todas partes, a China, entre otros países, y eso, según un cálculo muy verosímil, 1,400 años a. de J.-C. a aportarle los magníficos productos del suelo, de las minas y de la manufactura y a llevarse lo que el Celeste Imperio y los otros lugares civilizados del mundo poseían de más excelente. Los mercaderes hindúes frecuentaban también Babilonia. En la costa del Yemen, su estancia era, por decirlo así, permanente. También los brillantes Estados de su península rebosaban de tesoros, de magnificencias y de placeres, resultados de una civilización desarrollada bajo reglas ciertamente estrictas, pero que el carácter nacional hacía suaves y paternales. Esta es, por lo menos, la impresión que se experimenta al leer las grandes epopeyas históricas y las leyendas religiosas aportadas por el budismo.

La civilización no se limitaba a estos brillantes efectos externos. Hija de la ciencia teológica, había bebido en este manantial el genio de los grandes hechos, y de ella puede decirse lo que los alquimistas de la Edad Media pensaban de la gran obra, cuyo mérito menor era producir oro. Con todos sus prodigios, con todos sus trabajos, con todos sus reveses tan noblemente soportados, con sus victorias tan sabiamente aprovechadas, la civilización hindú consideraba como la parte menor de sí misma lo que realizaba de positivo y de visible, y, a sus ojos, los únicos triunfos dignos de estima comenzaban más allá de la tumba.

En esto se cifraba el nervio de la institución brahmánica. Al establecer las categorías en que dividía a la humanidad, se esforzaba en utilizar cada una de ellas para perfeccionar al hombre, y enviarlo, a través del temible paso cuya puerta es la agonía, ya a un destino superior, si había vivido bien; ya, en el caso contrario, a un destino cuya inferioridad facilitaba el arrepentimiento. ¿Y cuál no será el poder de esta idea sobre el espíritu del creyente, cuando hoy mismo el hindú de las castas más viles, sostenido, casi enorgullecido por la esperanza de renacer a una categoría mejor, menosprecia al dominador europeo que le paga, o al musulmán que le vapulea, con tanta amargura y sinceridad como lo puede hacer un chatría?

La muerte y el juicio de ultratumba son pues los grandes momentos de

(1) Humboldt, *Ueber die Kawi-Sprache.*

la vida de un hindú, y, a juzgar por la indiferencia con que soporta la vida presente, puede decirse que sólo existe para morir. En eso hay evidentes semejanzas con aquel espíritu sepulcral de Egipto, inclinado enteramente hacia la vida futura, adivinándola y, en cierto modo, preparándola por anticipado. El paralelo es fácil, o, mejor, ambos órdenes se cortan en ángulo recto y parten de un vértice común. Este desdén hacia la existencia, esta fe sólida y deliberada en las promesas religiosas, prestan a la historia de una nación, una lógica, una firmeza, una independencia y una sublimidad tales que nada puede igualar. Cuando el hombre vive a la vez, mentalmente, en los dos mundos y, abarcando con la mirada y el espíritu lo que los horizontes de la tumba ofrecen de más sombrío para el incrédulo, los ilumina con esplendorosas esperanzas, poco le turban los temores ordinarios que dominan a las sociedades racionalistas, y, en la prosecución de los negocios de acá abajo, no cuenta entre los obstáculos el temor de la muerte que no es sino un paso habitual. El momento más ilustre de las civilizaciones humanas es aquel en que la vida no se ha cotizado tan alto que no se antepongan a la necesidad de conservarla otros muchos cuidados más útiles a los individuos. ¿De qué depende esta feliz disposición? Siempre y en todas partes la veremos correlativa a la mayor o menor abundancia de sangre aria en las venas de un pueblo.

La teología y las investigaciones metafísicas fueron, pues, el eje de la sociedad hindú. De allí nacieron, sin separarse jamás de él, las ciencias políticas, las ciencias sociales. El brahmanismo no hizo dos partes especiales de la conciencia del ciudadano y de la del creyente. La teoría china y europea de la separación de la Iglesia y del Estado jamás fué admisible para él. Sin religión, no hay sociedad brahmánica. Ni un solo acto de la vida privada se aislaba de ella. La religión lo era todo, penetraba en todo, todo lo vivificaba y de potentísimo modo, puesto que levantaba al mismo chandala, al humillarlo, y ofrecía incluso a este infeliz un motivo de orgullo e inferiores a quienes despreciar.

Bajo la égida de la ciencia y de la fe, la poesía de los sutas encontró también imitadores ilustres en las sagradas capillas. Los anacoretas, descendidos de las inauditas alturas de sus meditaciones, protegían a los poetas profanos, los excitaban y hasta sabían sobrepujarlos. Valmiki, el autor del *Ramayana,* fué un asceta venerado. Los dos rapsodas a los cuales confió el cuidado de aprender y repetir sus versos, fueron los chatrías Cuso y Lavo, hijos del mismo Rama. Las cortes de los reyes del país acogían calurosamente los goces intelectuales, y una parte de los brahmanes se consagró muy pronto a la única tarea de procurárselos. Los poemas, las elegías, los relatos de todas clases, vinieron a situarse junto a las lucubraciones voluminosas de las ciencias austeras. En una escena ilustrada por los genios más brillantes, el drama y la comedia representaron, con esplendor, las costumbres de los tiempos presentes y las acciones más grandiosas de las épocas pasadas. Ciertamente, el gran nombre de Kalidasa merece brillar al igual de las glorias más ilustres de que se enorgullecen los fastos literarios. Al lado de este hombre ilustre, otros muchos creaban obras maestras, recogidas en parte por el sabio Wilson en su *Théâtre indien*; y, en una palabra, el gusto de los placeres intelectuales, de una parte, y el de los provechos que reportaba, de otra, terminaron por crear en aquel mundo antiguo la

profesión de hombre de letras, como lo vemos practicar ahora desde hace unos treinta años, no completamente en la misma forma, por lo que respecta a las producciones, pero sin diferencia alguna por lo que respecta al espíritu. En demostración de ello, sólo citaré una breve anécdota a fin de echar una ojeada sobre el lado familiar de aquella gran civilización.

Un brahmán ejercía la profesión que digo, y, sea que ganase poco, sea que gastase demasiado, andaba escaso de dinero. Su mujer le aconsejó que fuese a la puerta del palacio del rajah y, que en cuanto le viese salir del palacio, avanzase resueltamente en su dirección y le recitase algo que pudiera serle agradable.

El poeta encontró ingeniosa la idea, y, siguiendo el consejo de la brahmaní, encontró al rey en el momento en que éste salía a dar un paseo, montado sobre su elefante. El autor venal no era muy respetuoso que digamos. «¿A cuál de los dos loaré yo? — se dijo —. Este elefante es grato al pueblo; dejemos a un lado el rey, voy a cantar al elefante (1).»

He aquí la despreocupación de lo que hoy se llama la vida de artista o de periodista, con la diferencia de que el peligro de ella no era grande en medio de las barreras que encuadraban todos los caminos. Sin embargo, no discutiré que esta independencia que atraía a algunos espíritus no hubiese contribuído a producir la última gran insurrección y una de las más peligrosas, seguramente, que el brahmanismo tuvo que sufrir. Me refiero al nacimiento de las doctrinas búdicas y a la aplicación política que ellas intentaron.

CAPÍTULO III

EL BUDISMO; SU DERROTA; LA INDIA ACTUAL

Se había llegado a una época, que, según el cómputo cingalés, concordaría con el siglo VII a. de J. C. y, según otros cálculos búdicos, trazados para el Norte de la India, descendería hasta el año 543 antes de nuestra era (2). Desde hacía ya algún tiempo, en la rama de la ciencia hindú que lleva el nombre de filosofía sanjya se habían deslizado ideas muy peligrosas. Dos brahmanes, Patandjali y Kapila, habían enseñado que las obras ordenadas por los *Vedas* eran en sí inútiles para el perfeccionamiento de las criaturas, y que para llegar a las existencias superiores bastaba la práctica de un ascetismo individual y arbitrario. Mediante esta doctrina se tenía el derecho de hacer todo lo que el brahmanismo prohibía y de despreciar todo lo que recomendaba, y eso sin inconveniente para el más allá (3).

Semejante teoría podía subvertir la sociedad. Sin embargo, como no se presentaba sino bajo una forma puramente científica y no se comunicaba sino en las escuelas, quedó como materia de discusión para los eruditos y no penetró en la política. Pero, sea que las ideas que la habían originado fuesen

(1) Burnouf, *Intr. à l'hist. du B. ind.*, t. I, p. 140.
(2) Lassen, *ob. cit.*, t. I, ps. 356 y 711.
(3) Burnouf, *intr. à l'hist. du B. ind.*, t. I, ps. 152 y 211.

algo más que el descubrimiento accidental de un espíritu investigador, sea que hombres muy prácticos llegasen a conocerla, sucedió que un joven príncipe de la más ilustre prosapia, perteneciente a una rama de la raza solar, Sakya, hijo de Suddodhana, rey de Kapilavastu, emprendió la tarea de iniciar al pueblo en lo que aquella doctrina tenía de liberal.

Púsose a enseñar, como Kapila, que las obras védicas carecían de valor; añadió que ni por las lecturas litúrgicas, ni por las austeridades y suplicios, ni por el respeto a las clasificaciones era posible libertarse de las trabas de la existencia actual; que para esto bastaba recurrir a la observancia de las leyes morales, en las que se era tanto más perfecto cuanto menos se ocupaba uno de sí y más del bienestar de los otros. Como virtudes superiores y de incomparable eficacia, proclamó la liberalidad, la continencia, la ciencia, la energía, la paciencia y la misericordia. Por lo demás, en materia de teología y de cosmogonía, aceptaba todo lo que sabía el brahmanismo, excepto un último punto, sobre el cual tenía la pretensión de prometer mucho más que la ley regular. Afirmaba poder conducir a los hombres no solamente al seno de Brahma, de donde, tras un tiempo, y a causa del agotamiento de los méritos, la antigua Teología enseñaba que era necesario salir para recomenzar la serie de existencias terrestres; sino aun a la esencia del Buda perfecto, donde se encontraba el *nirvana*, esto es, la nada absoluta y eterna. El brahmanismo era pues un panteísmo muy complicado, y el budismo lo complicaba aún más haciéndole proseguir su ruta hasta el abismo de la negación.

Ahora bien, ¿cómo presentaba Sakya sus ideas y procuraba difundirlas? Comenzó por renunciar al trono; cubrióse de una veste de tela común y amarilla, compuesta de andrajos que él mismo había recogido en las basuras y en los cementerios, y cosido con sus propias manos; tomó un bastón y una escudilla, y en lo sucesivo no comió más que lo que se le daba de limosna. Se detenía en las plazas públicas de los pueblos y de las ciudades y predicaba su doctrina moral. Cuando entre sus oyentes había brahmanes, disputaba con ellos haciendo alarde de ciencia y sutileza, y los asistentes oían, durante horas enteras, una polémica que inflamaba la convicción igual de los antagonistas. No tardó en tener sus discípulos. Reclutó muchos en la casta militar, quizá todavía más en la de los vaisías, a la sazón muy poderosa y honrada, como riquísima que era. Algunos brahmanes se le unieron también. Pero fué sobre todo entre la clase baja en donde ganó mayor número de prosélitos. Desde el punto y hora que hubo rechazado las prescripciones de los *Vedas*, no existían para él las separaciones de las castas, y declaraba que no reconocía otra superioridad que la de la virtud (1).

Uno de sus primeros y más fervientes discípulos, Ananda, primo suyo, chatría de una gran familia, volviendo un día de una gran correría por los campos, abrumado de fatiga y muerto de sed, se aproximó a un pozo donde había una joven ocupada en sacar agua. Le expresa el deseo de beber. Ella se excusa, haciéndole observar que al prestarle este servicio lo mancharía, pues era de la tribu matanghi, de la casta de los chandalas. «Hermana, respondióle Ananda, no te pregunto cuál es tu casta, ni tu familia. Sólo te pido agua, si puedes dármela.» (2).

(1) Burnouf, *Intr. à l'hist. du B. ind.*, t. I, p. 211.
(2) Burnouf, *ob. cit.*, t. I, p. 205.

Tomando el cántaro bebió, y para ofrecer un testimonio más decisivo aún de la libertad de sus ideas, algún tiempo después se desposó con la chandala. Fácilmente se concibe que innovadores de esta fuerza ejerciesen gran influjo en la imaginación del bajo pueblo. Las predicaciones de Sakya convirtieron a un número infinito de personas, y, después de su muerte, discípulos ardorosos, prosiguiendo su obra, extendieron los éxitos de su proselitismo más allá de las fronteras de la India, donde los reyes se hicieron budistas con toda su casa y toda su corte.

No obstante, la organización brahmánica era tan pujante, que la reforma, en la práctica, no osó mostrarse tan hostil ni tan temeraria como en la teoría. En principio, y frecuentemente en los mismos actos, se negaba la necesidad religiosa de las castas. En política no se había podido encontrar el medio de librarse de ellas. El que Ananda se desposase con una doncella impura, era una acción que le granjeaba el aplauso de sus amigos, pero no podía evitar que sus hijos naciesen también impuros. En tanto que budistas, podían llegar a budas perfectos y ser muy venerados en su secta; en tanto que ciudadanos, no tenían más derechos y posición que los asignados a su nacimiento. Así, a pesar de la gran conmoción dogmática, la sociedad amenazada no estaba seriamente herida.

Esta situación se prolongó de una manera que prueba, por sí sola, el vigor extraordinario de la organización brahmánica. Doscientos años después de la muerte de Sakya, y en un reino gobernado por el monarca budista Pyadassi, los edictos no dejaban nunca de dar la preferencia a los brahmanes sobre sus rivales, y la guerra verdadera, la guerra de intolerancia, la persecución, no comenzó hasta el siglo V de nuestra era. Así el budismo pudo vivir, por lo menos, cerca de ochocientos años, junto al antiguo dominador del suelo, sin lograr fortalecerse lo bastante para inquietarle y hacerle recurrir a las armas.

No era falta de buena voluntad. Las conversiones entre las clases bajas habían ido siempre en aumento. Todo el que no quería o no podía obtener naturalmente una categoría social sentía grandes tentaciones de acogerse a una doctrina que, pretendiendo no tener en cuenta sino el valor moral de los hombres, les decía: «Por el mero hecho de acogerme, os libro de vuestro abatimiento en este mundo». Además, entre los brahmanes había hombres sin ciencia, sin reputación; entre los chatrías, guerreros que no sabían combatir; entre los vaisías, disipadores que echaban de menos su fortuna y eran demasiado perezosos o demasiado inútiles para rehacerla con el trabajo. Todas aquellas accesiones prestaban realce a la secta difundiéndola entre las clases elevadas; y, en suma, era tan halagador como fácil glorificarse con virtudes íntimas e inadvertidas, y pronunciar discursos de moral y ser tomado por santo y excusado de lo demás.

Los conventos se multiplicaron. Religiosos y religiosas llenaron aquellos refugios llamados *viharas*, y las artes, que la antigua civilización había creado y fomentado, prestaron su concurso a la glorificación de la nueva casta. Las grutas de Magatania, de Bang, en la ruta de Oudjein, las de Elefanta, son templos búdicos. Los hay tan extraordinarios por su vasta extensión como por el primoroso acabado de los detalles. Todo el Panteón brahmánico, enriquecido con la nueva mitología, que vino a injertarse en sus ramas, de todos los budas, de todos los budisatvas y otras invenciones

de una imaginación tanto más fecunda cuanto que se nutría de las clases negras; todo lo que el pensamiento humano, ebrio de refinamientos y completamente extraviado por el abuso de la reflexión pudo imaginar de extravagante en materia de formas, vino a entronizarse en aquellos espléndidos refugios. Por poco que los brahmanes quisieran salvar su sociedad, debían poner manos a la obra. Entablóse la lucha, y si se compara el tiempo del combate con el de la paciencia, el uno fué tan largo como el otro. La guerra comenzada en el siglo V se terminó en el XIV.

Según ha podido juzgarse, el budismo mereció ser vencido, puesto que retrocedió ante sus consecuencias. Sensible, desde buen comienzo, al reproche, evidentemente muy merecido, de desmentir sus pretensiones a la perfección moral reclutando sus adeptos entre todos los perdidos, se dejó persuadir que tenía que establecer motivos de exclusión físicos y morales. Con ello dejaba de ser ya la religión universal, y se cerraba a las accesiones más numerosas, si no más honrosas. Por otra parte, como no pudo destruir, desde el primer momento, las castas y se vió obligado a reconocerlas de hecho, no obstante negarlas en teoría, hubo de contar con ellas en su propio seno. Los reyes chatrías, y orgullosos de serlo, aunque budistas; los brahmanes convertidos y que no tenían nada que ganar, ni unos ni otros, con la nueva fe, como no fuese la dignidad de buda y la aniquilación perfecta, debían más tarde o más temprano, ya por sí, ya por sus descendientes, experimentar, en mil circunstancias, violentas tentaciones de romper con la turba que se igualaba a ellos y recobrar la plenitud de sus antiguos honores.

El budismo perdió terreno de cien maneras distintas; en el siglo XI desapareció completamente de la India. Se refugió en las colonias, como Ceilán o Java, que indudablemente había formado la cultura brahmánica, pero donde, por la inferioridad étnica de los sacerdotes y de los guerreros, la lucha pudo continuar indecisa y aun terminarse con la ventaja de los heréticos. El culto disidente encontró además un refugio en el Nordeste de la India, donde, sin embargo, como en el Nepal, se le ve aún hoy, degenerado y sin fuerzas, retroceder ante el brahmanismo. En suma, no se sintió verdaderamente a sus anchas sino allí donde no encontró castas, en China, en Annam, en Tibet y en el Asia Central. Allí se desplegó sin trabas, y, contrariamente a la opinión de algunos críticos superficiales, hay que confesar que el examen no le es favorable y muestra de manera evidente lo poco que para los hombres y para las sociedades pudo producir una doctrina política y religiosa que se jacta de estar basada únicamente en la moral y en la razón.

Muy pronto demostró la experiencia cuán vana y huera es semejante pretensión. Como el budismo, la doctrina incompleta quiere reparar su falta dándose después los fundamentos necesarios. Es demasiado tarde; no crea sino absurdos. Procediendo a la inversa de lo que se ve en las verdaderas filosofías, en vez de hacer que la ley moral dimane de la ontología, hace que, al contrario, sea la ontología la que proceda de la ley moral. De ahí un contrasentido todavía mayor, si cabe, que en el brahmanismo degenerado, que tantos contiene. De ahí una teología sin alma, toda ficticia, y las necesidades del cilindro de oraciones, que, recubierto de manuscritos de plegarias y puesto en rotación perpetua por una fuerza hidráulica, se cree

que envía al cielo el espíritu piadoso contenido bajo sus letras, regocijando con él a las inteligencias supremas. ¡A qué grado de envilecimiento se sume pronto una teoría racionalista que se aventura fuera de las escuelas y sale a tomar la dirección de los pueblos! El budismo lo muestra plenamente, y cabe decir que las multitudes inmensas cuyas conciencias dirige pertenecen a las clases más viles de la China y de los países circunvecinos. Tal fué su fin, tal es su suerte actual.

El brahmanismo no hizo más que aprovechar las flaquezas y los errores de su enemigo. Mostróse también muy hábil, siguiendo en aquellas circunstancias la misma política que había empleado ya con éxito cuando la revolución de los chatrías. Supo perdonar y otorgar concesiones indispensables. No quiso violentar las conciencias ni humillarlas. Ideó, mediante un sincretismo acomodaticio, hacer del buda Sakya-Muni una encarnación de Vichnú. De esta manera permitía a cuantos quisieran volver a él seguir adorando a su ídolo, y les evitó lo que las conversiones tienen de más acerbo, el desprecio de lo que se ha adorado. Después, poco a poco, su Panteón fué admitiendo a muchas de las divinidades búdicas, con la única reserva de que las llegadas últimamente no ocupasen sino categorías inferiores. En fin, maniobró de tal manera que hoy el budismo en la India es tan nulo como si nunca hubiera existido. Los monumentos construídos por esta secta pasan, entre la opinión pública, por la obra de su afortunado rival. La opinión pública no se los disputa al vencedor; tan muerto está el adversario, que sus despojos han quedado en poder de los brahmanes, y la renovación de los espíritus es completa. ¿Qué decir del poderío, de la paciencia y de la habilidad de una Escuela que, tras una campaña de cerca de dos mil años, si no más, alcanza semejante victoria? Yo, lo confieso, no veo en la Historia nada tan extraordinario, ni que honre tanto al espíritu humano.

¿Qué debe admirarse más aquí? ¿La tenacidad con que se conservó el brahmanismo, durante aquel enorme lapso de tiempo, perfectamente igual a sí mismo en sus dogmas esenciales y en lo que de más vital ofrece su sistema político, sin transigir jamás sobre ambos terrenos? ¿Es, por el contrario, su condescendencia a rendir homenaje a la parte honorífica de las ideas de su adversario y a desinteresar el amor propio en el momento supremo de la derrota? No sabría decidirlo. El brahmanismo demostró, durante esa larga lucha, aquella doble habilidad, antaño justamente alabada entre la aristocracia inglesa, de saber mantener el pasado acomodándose a las exigencias del presente. En una palabra, estuvo animado de un verdadero espíritu de gobierno, y obtuvo la recompensa con la salvación de la sociedad por él creada.

Su triunfo lo debió sobre todo al acierto de haber sido compacto, cosa que faltaba al budismo. La excelencia de la sangre aria estaba también mucho más en su favor que en el de sus adversarios, quienes, reclutados principalmente en las castas inferiores y menos estrictamente ligados a las leyes de separación cuyo valor religioso negaban, ofrecían, desde el punto de vista étnico, cualidades muy inferiores. El brahmanismo representaba, en la India, la justa supremacía del principio blanco, aunque muy alterado, y los budistas ensayaban, por el contrario, una protesta de las categorías inferiores. Esta revuelta no podía triunfar, mientras el tipo ario, a despecho de sus máculas, conservase todavía, en medio de su aislamiento, la mayor

parte de sus virtudes especiales. No se sigue de aquí, es cierto, que la larga resistencia de los budistas haya carecido de resultados: lejos de eso. No dudo que la vuelta al seno brahmánico de numerosas tribus de la casta sacerdotal y de chatrías medianamente fieles, durante tantos siglos, a las prescripciones étnicas, no haya desarrollado considerablemente los gérmenes importunos que existían ya. No obstante, la naturaleza aria era bastante fuerte, y lo es aún hoy, para mantener en pie su organización en medio de las pruebas más terribles por que jamás haya atravesado un pueblo.

Desde el año 1001 de nuestra era, la India cesó de ser aquel país cerrado a las naciones occidentales, y del qué el más grande de los conquistadores, el propio Alejandro, no pudo sino sospechar las maravillas encerradas entre los pueblos impuros, entre las naciones vratías del Oeste que había combatido. El hijo de Filipo no penetró en el territorio sagrado. Un príncipe musulmán de raza mestiza, mucho más blanca que lo que resultó el cruce del cual proceden actualmente los brahmanes y los chatrías, Mahmud el Gnaznevida, al frente de ejércitos que inflamaba el fanatismo musulmán, pasó a sangre y fuego la península, destruyó los templos, persiguió a los sacerdotes, aniquiló a los guerreros, acabó con los libros y empezó, en gran escala, una persecución que no ha cesado nunca desde entonces. Si a toda civilización le es difícil mantenerse en pie contra los asaltos interiores que las pasiones humanas desencadenan constantemente contra ella, ¿qué ocurrirá pues cuando no sólo se ve atacada, sino dominada por extranjeros que nada le perdonan y que sólo persiguen su perdición? ¿Existe, en la Historia, un ejemplo de larga y afortunada resistencia contra esa terrible conspiración? No conozco sino uno, y es en la India donde lo encuentro. A partir del rudo sultán de Ghizni, puede afirmarse que la sociedad brahmánica no gozó un momento de tranquilidad y, en medio de esos ataques constantes, conservó la fuerza para expulsar al budismo. Después de los Persas de Mahmud vinieron los Turcos, los Mogoles, los Afganos, los Tártaros, los Árabes, los Abisinios, luego de nuevo los Persas de Nadir-Scha, los Portugueses, los Ingleses, los Franceses. Al Norte, al Oeste, al Sur, se abrieron rutas de invasiones incesantes, vinieron a ocupar las provincias multitudes abigarradas de poblaciones extranjeras. Obligadas por la fuerza del sable, naciones enteras hicieron defección a la religión nacional. Los Cachemiranos se convirtieron en musulmanes; y también los Siordis y aun otros grupos del Malabar y de la costa de Coromandel. Por doquier los apóstoles de Mahoma, favorecidos por los príncipes de la conquista, prodigaron, y no sin éxito, temibles predicaciones. El brahmanismo no renunció un solo momento al combate, y sabido es, al contrario, que en el Este y en las montañas del Norte, especialmente después de la conquista del Nepal por los Gorjas en el siglo XV, prosiguió todavía su proselitismo, y salió triunfante (1). La infusión de sangre semiaria, en el Pendjab, produjo la religión igualitaria de Nanek. El brahmanismo se desquitó de esta pérdida haciendo cada vez más imperfecta la fe musulmana que con él convive.

Socavado durante un siglo por la influencia europea, no se ignora con qué imperturbable confianza resistió hasta el presente, y no creo que exista

(1) Ritter, *Erdkunde, Asien*, t. III, p. 111 y *passim*.

nadie que, habiendo vivido en la India, se incline a creer que ese país pueda experimentar nunca una transformación y volverse civilizado a la manera nuestra. Diversos observadores que han tenido ocasión de penetrar en sus costumbres y de conocerlo mejor que nadie declaran que, en su opinión, ese momento no llegará nunca.

Sin embargo, el brahmanismo se halla en completa decadencia; sus grandes hombres han desaparecido; las absurdas o crueles supersticiones, las necedades teológicas de la parte negra de su culto, han tomado una preponderancia alarmante sobre lo que su filosofía antigua presentaba de tan elevado, de tan noblemente arduo. El tipo negro y el principio amarillo se han abierto paso en sus poblaciones selectas, y, en muchos puntos, es difícil, casi imposible, distinguir los brahmanes de determinados individuos pertenecientes a las castas bajas. En todo caso, nunca la naturaleza pervertida de esta raza degenerada podrá prevalecer contra la fuerza superior de las naciones blancas venidas del Occidente de Europa.

Mas si aconteciese que, por circunstancias extrañas a los acontecimientos de la política local, cesase la dominación inglesa en esas vastas regiones y que, entregadas a sí mismas, tuviesen que reconstituirse, sin duda, tras un tiempo más o menos largo, el brahmanismo, único orden social que allí presenta todavía alguna solidez, algunas doctrinas inquebrantables, acabaría por prevalecer.

En el primer momento, a causa de residir la fuerza material entre los Rohillas del Oeste y de los Syjes del Norte, el honor de proporcionar los soberanos incumbiría a esas tribus. Con todo, la civilización musulmana está demasiado degradada, demasiado íntimamente unida a los tipos más viles de la población para ir muy lejos. Algunas naciones de esta creencia escapan quizá a este juicio severo; pero cae de lleno sobre la mayor parte. El brahmanismo es paciente en sus conquistas. Con los mismos golpes que sabría soportar sin perecer, embotaría el filo del sable mellado de sus enemigos, y, levantado primero, triunfalmente, entre los Mahratas y los Radjaputas, no tardaría en verse dueño de la mayor parte del terreno que ha perdido durante tantos siglos. Por otra parte, no es inflexible en las transacciones y, si se aviniese, en un tratado definitivo, a acoger en la categoría de las dos castas primeras a los belicosos convertidos de las arianizadas del Norte y a aquella clase turbulenta y activa de los mestizos anglohindúes, ¿no contrapesaría, en su mismo seno, la prolongada infusión de tipos inferiores, y no podría así renacer a cierto mediano poderío? Probablemente pasaría algo de esto. Sin embargo, lo confieso, el desorden étnico sería más complicado, sin que renaciese la majestuosa unidad de la civilización primitiva.

Esto no es más que la aplicación rigurosa de los principios sentados hasta aquí y de las experiencias que he recogido e indicado. Si, abandonando estas hipótesis, se quiere dejar el futuro, limitándose a resumir las enseñanzas que desde el punto de vista de las razas se puede sacar de la historia de la India, he aquí los hechos incontestables que de ella se desprenden.

Debemos considerar la familia aria como la más noble, la más inteligente, la más enérgica de la especie blanca. En Egipto, donde la vimos primero, y en la tierra hindú donde acabamos de observarla, le hemos reconocido elevadas facultades filosóficas, un gran sentido de moralidad, moderación en sus instituciones, energía en mantenerlas; en suma, una

señalada superioridad sobre los aborígenes, tanto del valle del Nilo como de las orillas del Indo, del Ganges y del Brahmaputra.

En Egipto, sin embargo, la vimos desde la más remota antigüedad, violentamente combatida y paralizada por mezclas demasiado considerables de sangre negra, y, a medida que avanzó el tiempo, esta mezcla, al adquirir mayor fuerza, acabó por absorber las energías del principio al que la civilización egipcia debiera la vida. En la India no ocurrió así. El torrente ario, precipitado desde lo alto del valle de Cachemira sobre la península cisgangética, era de los más considerables. Aunque se desdobló por la deserción de los zoroástricos, permaneció siempre poderoso, y el régimen de castas, a pesar de su lenta descomposición y de sus repetidas desviaciones, fué una causa decisiva que conservó en las dos clases altas de la sociedad hindú las virtudes y las ventajas de la autoridad. Además, si por la influencia de las revoluciones hubo infiltraciones de sangre extranjera en las venas de los brahmanes y de los chatrías, no fueron todas igualmente perjudiciales, ni todas produjeron análogas consecuencias perniciosas. La sangre que provino de las tribus arias o semiarias del Norte reforzó el vigor del antiguo principio blanco, y hemos observado que la invasión de los Pandavas había abierto una brecha muy profunda en el Ariavarta. La influencia de esta inmigración fué allí desorganizadora pero no enervante. Además, a todo lo largo de aquella misma frontera montañosa, aparecían constantemente sobre las cumbres otros pueblos blancos, que, descendiendo hasta la India en diversas épocas, aportáronle alguna reminiscencia de los méritos de la especie.

En cuanto a las mezclas dañosas, la familia hindú no tuvo que deplorar tanto el parentesco amarillo como el negro, y aunque es indudable que de aquellas mezclas no vió nacer descendientes tan robustos como los que ella sola produjera, posee, no obstante, por ese lado, descendencias no desprovistas en absoluto de valor, y que, mezclando a la cultura hindú, cuyas principales reglas adoptaron, ciertas ideas chinas, prestan, cuando es necesario, algún socorro a la civilización brahmánica. Tales son los Mahrattas y los Birmanos.

En suma, la fuerza de la India contra las invasiones extranjeras, la fuerza que persiste, a la vez que cede, permanece acantonada en el Noroeste, Norte y Oeste, esto es, entre las poblaciones de origen ario más o menos puro. En este campo de reserva, la supremacía pertenece indiscutiblemente a las descendencias más arianizadas del Norte y del Noroeste. ¡Y qué singular persistencia étnica, qué conciencia viva y poderosa posee de su mérito toda familia aliada a la raza aria! Veo una prueba singular de ello en la curiosa existencia de una religión bastante extraña difundida entre algunas poblaciones miserables que habitan los picos más septentrionales. Allí, tribus fieles aún a la antigua historia, están cercadas de todos lados por los amarillos, quienes, dueños de los valles bajos, las han rechazado a las nevadas cumbres y a las gargantas alpestres; y estos pueblos, nuestros últimos e infortunados ascendientes, adoran, ante todo, a un antiguo héroe llamado Bhim-Sem. Este dios, hijo de Pandú, es la personificación de la raza blanca en la última gran inmigración que tuvo efecto en esta parte del mundo (1).

---

(1) Ritter en sus *Erdkunde, Asien,* t. III, p. 115.

Queda el Sur de la India, la parte que se extiende hacia Calcuta, a lo largo del Ganges, las vastas provincias del Centro y el Dekján. En estas regiones, las tribus de salvajes negros son numerosas; los bosques inmensos, impenetrables, y el uso de los dialectos derivados del sánscrito cesa casi completamente. Un amasijo de lenguas, más o menos ennoblecidas por elementos tomados del idioma sagrado, el tamul, el malabar y otras cien se reparten las poblaciones. Un abigarramiento infinito en las carnaciones asombra en seguida al europeo, que no descubre en el aspecto físico de los hombres ninguna huella de unidad, ni siquiera en las castas superiores. Estas regiones son aquellas en que la mezcla con los aborígenes es más íntima. Son también las menos recomendables bajo todos los aspectos. Multitudes apáticas, sin energía, sin coraje, más supersticiosas que en parte alguna, parecen muertas, y sólo es hacerles estricta justicia el declararlas incapaces de latir un solo instante por un deseo de independencia. Siempre han estado sumisas y sujetas, y el brahmanismo no recibió de ellas ningún socorro, porque la proporción de sangre de los negros, difundida en el seno de esta masa, sobrepasa en exceso lo que se ve en el Norte, desde donde las tribus arias nunca llevaron hasta allí, ya por tierra, ya por mar, sino colonias insuficientes.

Sin embargo, estas regiones meridionales de la India poseen hoy un nuevo elemento étnico de gran valor, al cual ya he aludido antes: Son los mestizos, nacidos de padres europeos y de madres indígenas y cruzados nuevamente con europeos y con nativos. Esta clase, que va aumentando cada día, muestra cualidades tan especiales, una inteligencia tan despierta, que la atención de los sabios y de los políticos se sintió atraída por ella, y se ha visto en su existencia la causa futura de las revoluciones de la India.

Ciertamente justifica el interés. Del lado materno, el origen no es brillante; no son sino las clases más bajas quienes proporcionan individuos a los caprichos de los conquistadores. Si algunas mujeres pertenecen a una categoría especial menos baja, son musulmanas, y esta circunstancia no garantiza ninguna superioridad de sangre. No obstante, como el origen de estos Hindúes ha dejado de ser absolutamente idéntico con la especie negra, y ha sido ya realzado por la accesión de un principio blanco, todo lo débil que se quiera, de él se beneficia, y hay que establecer una distancia inmensa entre el producto de una mujer bengalí de baja casta y el de una negra yolof o bambara.

Por la parte del padre, pueden darse grandes diferencias en la intensidad del principio blanco transmitido a la prole. Según que este hombre sea inglés, irlandés, francés, italiano o español, las variaciones son notables. Como a menudo domina la sangre inglesa, como es la que en Europa ha conseguido mayores afinidades con la esencia aria, los mestizos son generalmente bellos o inteligentes. Me adhiero, pues, a la opinión que concede importancia para el futuro de la India al desarrollo de esta población nueva; y absteniéndome de pensar que esté jamás en situación de sojuzgar a sus dominadores y de atacar al genio radiante de la Gran Bretaña, no me parece inadmisible que después de los dominadores europeos se la vea tomar el cetro del país. En verdad, esta raza mestiza está expuesta al mismo peligro bajo el cual han sucumbido casi todas las naciones musulmanas; me refiero a la continuidad de las mezclas y a la degeneración, que es su

consecuencia. Sólo el brahmanismo posee el secreto de contrariar el progreso de tal azote.

Después de haber clasificado así los grupos hindúes e indicado los lugares de donde brotará, a lo mejor, la centella viviente, no puedo abstenerme de volver de nuevo sobre la longevidad tan extraordinaria de una civilización que funcionaba antes de las edades heroicas de la Grecia, y que, salvo las modificaciones exigidas por las variaciones étnicas, ha conservado hasta nuestros días los mismos principios y ha avanzado siempre por las mismas vías, puesto que la raza dirigente ha permanecido bastante compacta. Este coloso maravilloso de genio, de fuerza, de belleza, desde los tiempos de Herodoto, ha ofrecido al mundo occidental la imagen de una de aquellas sacerdotisas que, aun cubiertas con una veste espesa y un velo discreto, lograban, sin embargo, por la majestad de su actitud, convencer de que eran bellas. No se la veía, no se distinguían más que los grandes pliegues de sus vestiduras, no se había rebasado nunca la zona ocupada por los pueblos a que ella misma renunció como suyos. Más tarde, las conquistas de los musulmanes, medio conocidas en Europa, y sus descubrimientos, cuyos resultados no llegaban sino desfigurados, aumentaron gradualmente la admiración hacia ese país misterioso, aunque el conocimiento que se tenía de él siguiese siendo muy imperfecto.

Pero, desde que, hará unos veinte años, la filología, la filosofía, la estadística, comenzaron el inventario de la sociedad y de la naturaleza hindúes, sin esperanza casi de completarlo en muchísimo tiempo — tan rica y abundante es la materia —, ha sucedido lo contrario de lo que revela la experiencia común: cuanto menos conocida es una cosa tanto más se la admira; aquí, a medida que se conoce y profundiza, se la admira más. Habituados a la existencia limitada de nuestras civilizaciones, repetíamos, imperturbablemente, las palabras del Salterio sobre la fragilidad de las cosas humanas, y cuando se descorrió la cortina inmensa que ocultaba la actividad de la existencia asiática, y la India y la China aparecieron claramente a nuestras miradas, con sus constituciones inquebrantables, no hemos sabido cómo tomar este descubrimiento, tan humillante para nuestra sabiduría y nuestro poderío.

¡Qué sonrojo, en efecto, para los sistemas que sucesivamente se han proclamado y se proclaman aún sin rival! ¡Qué lección para el pensamiento griego, romano, para el nuestro, ver a un país que, azotado por ocho siglos de pillaje y de matanzas, de expoliaciones y de miserias, cuenta más de 140 millones de habitantes, y, probablemente, antes de sus infortunios, nutría más del doble; país que no ha cesado jamás de envolver con su afecto sin límites y su convicción abnegada las ideas religiosas, sociales y políticas a las cuales debe la vida, y que, en su abatimiento, le conservan el carácter indeleble de su nacionalidad! ¡Qué lección, digo, para los Estados de Occidente, condenados por la instabilidad de sus creencias a cambiar incesantemente de formas y de dirección, parecidos a las dunas movedizas de ciertas playas del mar del Norte!

Sería, sin embargo, injusto vituperar en demasía a los unos como alabar en exceso a los otros. La longevidad de la India no es sino la consecuencia de una ley natural que rara vez ha podido aplicarse bien. Con una raza dominante eternamente la misma, este país ha poseído principios eterna-

mente semejantes; mientras que, en todas las otras partes, los grupos, mezclándose sin tino ni freno, y sucediéndose con rapidez, no han logrado hacer vivir sus instituciones, puesto que ellos mismos desaparecen rápidamente ante sucesores dotados de instintos nuevos.

Mas, acabo de decirlo: no ha sido la India el único país donde se ha realizado el fenómeno que admiro; hay que citar también a China. Investiguemos si las mismas causas han originado allí los mismos efectos. Este estudio se enlaza tanto mejor con el que aquí termina, cuanto que entre el Celeste Imperio y los países hindúes se extienden vastas regiones, como el Tibet, donde las instituciones mixtas tienen el carácter de las dos sociedades de las cuales emanan. Pero, antes de informarnos de si esta dualidad es verdaderamente el resultado de un doble principio étnico, es absolutamente necesario conocer el origen de la cultura social en China y darnos cuenta del rango que este país tiene derecho a ocupar entre las naciones civilizadas del mundo.

CAPÍTULO IV

La raza amarilla

A medida que las tribus hindúes avanzaban más hacia el Este, y después de costear los montes Vyndhias, cruzaban el Ganges y el Brahmaputra para penetrar en el país de los birmanos, las hemos visto ponerse en contacto con variedades humanas que el Occidente de Asia no nos había dado a conocer todavía. Estas variedades, no menos multiplicadas en sus matices físicos y morales que las diferencias ya comprobadas en la especie negra, son una nueva razón para admitir, por analogía, que la raza blanca tuvo también, como las otras dos, sus separaciones propias, y que no sólo hubo desigualdades entre ella y los hombres negros y los de la nueva categoría de que ahora trato, sino que, en su propio seno, la misma ley ejerció su influencia y que una diversidad semejante distinguió a sus tribus y las distribuyó en clases.

Una nueva familia, de formas, fisonomía y color muy abigarrados, muy especial en sus cualidades intelectuales, se presenta en cuanto salimos de Bengala marchando hacia el Este; y como evidentes afinidades agrupan en esta vanguardia vastas poblaciones marcadas con su sello, es necesario tomar para todo ese conjunto un nombre único, y, pese a las diferencias que la fraccionan, atribuirle una denominación común. Nos encontramos en presencia de los pueblos amarillos, tercer elemento constitutivo de la población del mundo.

Todo el Imperio de China, Siberia, Europa entera, excceptuando tal vez sus extremos más meridionales, tales son los vastos territorios de que aparece dueño el grupo amarillo cuando unos emigrantes blancos ponen el pie en los países situados al Oeste, al Norte o al Este de las llanuras heladas del Asia Central.

Esta raza es generalmente pequeña, incluso algunas de sus tribus no sobrepasan las proporciones reducidas de los enanos. La estructura de los

miembros, la fuerza de los músculos distan mucho de igualar lo que se ve en los blancos. Las formas del cuerpo son encogidas, achaparradas, sin belleza ni gracia, con algo de grotesco y frecuentemente de horrible. En la fisonomía, la naturaleza ha economizado el dibujo y las líneas. Su liberalidad se limitó a lo esencial: una nariz, una boca y unos ojillos fueron echados sobre unos rostros trazados con una negligencia y un desdén completamente rudimentarios. Evidentemente, el Creador no quiso hacer más que un esbozo. Los cabellos son ralos en la mayor parte de los habitantes. Sin embargo, como por reacción, los vemos espantosamente abundantes en algunos y descendiéndoles por las espaldas; y todos los tienen negros, tiesos, hirsutos y groseros, como crines. He aquí el aspecto físico de la raza amarilla.

En cuanto a sus cualidades intelectuales, no son menos particulares, y contrastan tan marcadamente con las aptitudes de la especie negra, que habiendo dado a esa última el título de femenina, aplico a la otra el de varonil, por excelencia. Una carencia absoluta de imaginación, una tendencia única a la satisfacción de las necesidades naturales, mucha tenacidad y perseverancia aplicadas a ideas vulgares o ridículas, cierto instinto de la libertad individual, manifestado, en la mayoría de tribus, por el apego a la vida nómada, y, entre los pueblos más civilizados, por el respeto de la vida doméstica; poca o ninguna actividad, ninguna curiosidad de espíritu, nada de ese gusto apasionado por los adornos, tan manifiesto entre los negros: he aquí los rasgos principales que todas las ramas de la familia mogol presentan, en común, en grados diversos. De aquí su orgullo profundamente convencido y su mediocridad no menos característica, no sintiendo más que el aguijón material y habiendo encontrado desde muy antiguo los medios de satisfacerlo. Cuanto se lleva a cabo fuera del estrecho círculo de sus conocimientos les parece insensato, inepto y no les inspira más que lástima. Los pueblos amarillos están mucho más contentos de sí mismos que los negros, cuya burda imaginación, constantemente inflamada, sueña en todo lo que no sea el momento presente y los hechos existentes.

Mas, necesario es también convenir en ello, esta tendencia general y única hacia las cosas humildemente positivas, y la fijeza de objetivos, consecuencia de la falta de imaginación, dan a los pueblos amarillos mayor aptitud para una sociabilidad grosera que la que poseen los negros. No abrigando los espíritus más ineptos, por espacio de siglos, sino una sola idea de la que nada les distrae, la de vestirse y aposentarse, acabaron por obtener, a ese respecto, resultados más completos que los logrados por gentes que, naturalmente no menos estúpidas, están incesantemente distraídas por los relampagueos de su imaginación. Así, los pueblos amarillos han llegado a ser bastante hábiles en algunos oficios, y vémoslos, no sin cierta sorpresa, desde la más remota antigüedad, dejar, como señales irrefragables de su presencia en un país, huellas de trabajos mineros de bastante importancia. Es ese, por decirlo así, el papel antiguo y nacional de la raza amarilla. Los enanos son herreros, son plateros, y del hecho de que hayan poseído tal ciencia y la hayan conservado a través de los siglos hasta nuestros días (pues, al Este de los Tunguses orientales y en las orillas del mar de Ojotsk, los Dutcheris y otros pueblos son herreros no menos hábiles que los Permios de los cantos escandinavos), hay que deducir que, en todo

tiempo, los fineses han estado, por lo menos, en condiciones de formar la parte pasiva de ciertas civilizaciones.

¿De dónde venían esos pueblos? Del gran continente de América. Esta es la respuesta de la fisiología y la de la lingüística, y es también lo que debe deducirse de esta observación, que, desde las épocas más antiguas, aun antes de lo que nosotros llamamos las Edades primitivas, considerables masas de poblaciones amarillas estaban acumuladas en el extremo Norte de la Siberia, y de allí habían extendido sus campamentos y sus hordas hasta muy adentro del mundo occidental, dando de sus primeros antepasados antecedentes muy poco honrosos.

Pretendían descender de los monos y de ello se mostraban satisfechísimos. No es, pues, de maravillar que cuando la epopeya hindú hubo de describir a los auxiliares aborígenes del heroico esposo de Sita en su campaña contra Ceilán, nos diga sencillamente que aquellos auxiliares eran un ejército de monos. Quizá, en efecto, Rama, queriendo combatir a las poblaciones negras del Sur del Dekján, hubiese recurrido a algunas tribus amarillas acampadas en las estribaciones meridionales del Himalaya.

Sea de esto lo que fuere, aquellas naciones eran muy numerosas, y algunas deducciones clarísimas de puntos ya conocidos van a establecerlo al instante.

No es hecho que necesite probarse — pues lo está sobradamente —, que las naciones blancas han sido siempre sedentarias, y, como tales, no han abandonado nunca su suelo sino por la fuerza. Ahora bien, siendo la elevada meseta del Asia Central la residencia más antigua que se conoce de estas naciones, si la abandonaron es que las echaron de ella. Comprendo perfectamente que ciertas ramas, que partieron aisladamente, podrían ser consideradas como víctimas de sus congéneres, y batidas, violentadas por sus parientes. Lo admitiré para las tribus helénicas y para las zoroástricas; pero no puedo hacer extensivo este razonamiento a la totalidad de las migraciones blancas. La raza entera no debió de expulsarse a sí misma de su propia residencia en todo su conjunto; y, sin embargo, se la ve desplazarse, por así decirlo, en masa y casi al mismo tiempo, antes del año 5000. En esta época y en los siglos más inmediatos, los Camitas, los Semitas, los Arios, los Celtas y los Eslavos abandonan igualmente sus primitivos dominios. La especie blanca huye de todos lados, se va de todas partes, y de manera tal que acaba por dejar sus planicies natales en manos de los amarillos, siendo difícil ver en esto otra cosa que el resultado de una presión de las más violentas ejercida por esos salvajes sobre su núcleo primordial.

Por otro lado, la inferioridad física y moral de las multitudes conquistadoras es tan clara y manifiesta, que su invasión y la victoria final, demostrativa de su fuerza, no pueden tener su origen sino en el gran número de individuos aglomerados en esas bandas. No es, pues, dudoso, que Siberia rebosase entonces de poblaciones finesas, lo que también va a demostrar un orden de pruebas que, esta vez, pertenecen a la Historia. De momento, prosiguiendo el rayo de luz que sobre los acontecimientos de aquellos oscuros tiempos arroja la comparación del vigor relativo de las razas, haré observar aún que, si se admite la victoria de las naciones amarillas sobre las blancas y la dispersión de estas últimas, será también forzoso admitir una de las dos alternativas siguientes:

O el territorio de las naciones blancas se extendía mucho hacia el Norte y poco hacia el Sur, llegando, por lo menos, en la primera dirección, al Ural medio, y no pasando, en la otra, del Kuen-lun, lo cual parecería implicar cierto desarrollo hacia las estepas del Noroeste;

O bien aquellos pueblos, concentrados en las crestas del Muztagh, en las elevadas planicies que siguen inmediatamente y en los tres Tibets, eran de población muy escasa y en proporción compatible con la mediana extensión de aquellos territorios y los recursos alimenticios muy reducidos, casi nulos, que les podían brindar.

Explicaré primero cómo me veo obligado a trazar estos límites; después estableceré por qué razón hay que rechazar la segunda hipótesis y aferrarse resueltamente a la primera.

He dicho que la raza amarilla se mostraba dueña primordial de la China, y que, además, el tipo negro de cabeza prognata y lanuda, la especie pelásgica, remontaba, por una parte, hasta el Kuen-lun y, por otra, hasta Formosa, hasta el Japón y más allá. Hoy mismo ocupan esos remotos países poblaciones de este tipo.

Ver al negro establecido tan de antiguo en el interior de Asia ha sido ya para nosotros la gran prueba de la alianza, en cierto modo original, de los Camitas y de los Semitas con aquellos pueblos de esencia inferior: digo original, porque la alianza se contrajo evidentemente antes del descenso de los invasores a los países mesopotámicos del Éufrates y del Tigris.

Ahora, trasladándonos de las llanuras de Babilonia a las de China, encontraremos una muestra de los resultados graduados de la mezcla de las dos especies negra y amarilla en los mestizos que habitan el Yun-nan, y que Marco-Polo llama los Zerdendam. Yendo más lejos, encontraremos aún a esa otra familia, no menos marcada con los caracteres de la mezcla, que puebla la provincia china del Fo-Kien, y, finalmente, irrumpiremos en el seno de innumerables matices de aquellos grupos acantonados en las provincias meridionales del Celeste Imperio, en la India transgangética, en los archipiélagos del mar de las Indias, desde Madagascar hasta la Polinesia y desde la Polinesia hasta las costas occidentales de América, alcanzando la isla de Pascuas (1).

La raza negra abarcó, pues, todo el Sur del mundo antiguo e invadió grandes territorios hacia el Norte, mientras que la amarilla, encontrándose con aquella raza en el Oriente de Asia, contrajo con ella fecundos enlaces cuyos vástagos ocupan los grupos de islas que se prolongan en la dirección del polo austral. Si se reflexiona que el núcleo, la cuna de la especie negra es África, y que desde allí se operó su difusión principal, y, además, que la raza amarilla, en la época en que sus mestizos poseían las islas, iba también reproduciéndose al Norte y al Este de Asia y en toda Europa, se deducirá de ello que la familia blanca, para no perderse y desaparecer en medio de variedades inferiores, hubo de unir a la pujanza de su génio y de su bravura la garantía del número, aunque, indudablemente, en menor grado que sus adversarios.

No podemos siquiera intentar la enumeración de las masas camitas y semitas que descendieron, por los pasajes de la Armenia, a las regiones

(1) Ritter, *Erdkunde, Asien,* t. II, p. 1046.

del Sur y del Oeste. Mas, por lo menos, consideremos el número enorme de mezclas que se efectuaron con la raza negra, hasta más allá de las llanuras de Etiopía, y, en el Norte, sobre toda la costa de África, más allá del Atlas, en dirección del Senegal; miremos los productos de estos enlaces poblar España, la Italia inferior, las islas griegas, y estaremos en situación de persuadirnos de que la especie blanca no se limitaba a unas cuantas tribus. Y esto debemos creerlo así tanto más seguramente, cuanto que a las muchedumbres que acabo de enumerar hay que añadir todavía las naciones arias de todas las ramas meridionales, y los Celtas, y los Eslavos, y los Sármatas, y otros pueblos sin celebridad, pero no sin influencia, que permanecieron entre los amarillos.

La raza blanca era, pues, también muy prolífica, y como las dos especies negra y finesa no le permitían traspasar el Muztagh y el Altai por el Este y el Ural por el Oeste, estrechada entre estos límites, se extendía, por el Norte, hacia el curso medio del Amur, del lago Baikal y del Obi.

Las consecuencias de esta disposición geográfica son considerables y van en seguida a encontrar sus aplicaciones.

He expuesto las facultades prácticas de la raza amarilla. Con todo, al reconocerle aptitudes superiores a las de la raza negra para las bajas funciones de una sociedad cultivada, le he negado la capacidad de ocupar un puesto glorioso en la escala de la civilización, y esto porque su inteligencia, limitada en otro sentido, no lo está menos estrechamente que la de los negros, y porque su instinto de lo útil es demasiado poco exigente.

Cuando se trata, no de la especie amarilla, ni del tipo negro, sino del mestizo de ambas familias, el Malayo, hay que suavizar algo la severidad de este juicio. Si se toma, en efecto, a un Mogol, a un habitante de Tonga-Tabú y a un negro pelásgico u hotentote, el habitante de Tonga-Tabú, por inculto que sea, ofrecerá ciertamente un tipo superior.

Parecerá que los defectos de ambas razas se han contrapesado y moderado en el producto común, y que, levantando el espíritu con algo más de imaginación y refrenando ésta con un sentimiento menos falso de la realidad, se ha logrado mayor aptitud para comparar, para comprender y para deducir. El tipo físico ha experimentado también felices modificaciones. Los cabellos del Malayo, es cierto, son duros y rebeldes; pero, aunque inclinados a encresparse, no lo hacen; la nariz está más formada que la de los calmucos. Entre algunos insulares, los de Tahití, por ejemplo, resulta muy análoga a la nariz recta de la raza blanca. Los ojos no están siempre levantados en su ángulo externo. Si los pómulos continúan salientes, es porque este rasgo es común a las dos razas generatrices. Por lo demás, los Malayos son también muy diferentes entre sí. Según que la sangre negra o amarilla domine en la formación de una tribu, los caracteres físicos y morales se resienten de ello. Las mezclas posteriores han aumentado esta extrema variabilidad de tipos. En suma, dos signos, netamente distintivos, subsisten en las dos familias, como un presente de su doble origen: más inteligentes que el negro y el amarillo, han conservado la implacable ferocidad del uno y la glacial insensibilidad del otro.

He terminado lo que tenía que exponer acerca de los pueblos que figuran en la historia del Asia Central, y resulta ahora oportuno pasar al estudio de su civilización. El grado más alto de ella se encuentra en China, que es

a la vez el punto de partida de su cultura y su expresión más original. Allí, pues, es donde hay que estudiarla.

CAPÍTULO V

Los Chinos

Me siento, desde luego, en desacuerdo con una idea generalmente difundida: Se tiende a considerar la civilización china como la más antigua del mundo, y yo no percibo su advenimiento sino en una época inferior a la aurora del brahmanismo, inferior a la fundación de los primeros Imperios camitas, semitas y egipcios. He aquí mis argumentos. Huelga decir que no se discuten ya las afirmaciones cronológicas e históricas de los Tao-sse. Para estos sectarios, los ciclos de 300.000 años no cuentan absolutamente nada. Como estos períodos un poco largos forman el medio donde actúan soberanos con cabeza de dragón y cuerpos retorcidos a modo de serpientes monstruosas, lo mejor es abandonarlos al examen de la filosofía, que podrá espigar algo en ello, y separar, con gran esmero, el estudio de lo que ofrezcan de positivo.

La fecha más racional en que se sitúan los eruditos del Celeste Imperio para juzgar de su estado antiguo es el reinado de Tsin-chi-hoang-ti, el cual, para cortar radicalmente las conspiraciones feudales y salvar la causa unitaria de la que era el promotor, quiso ahogar las ideas antiguas, hizo quemar la mayor parte de los libros, y no consintió en salvar sino los anales de la dinastía principesca de Tsin, de la que él mismo descendía. Este hecho aconteció el año 207 a. de J.-C.

A partir de esta época, los hechos están bien detallados, siguiendo el método chino. No dejo de apreciar la observación de un sabio misionero chino que querría ver en estas pesadas compilaciones algo más de crítica europea. Sea de esto lo que fuere, a partir de este momento, todo se encadena bien o mal. Mientras se permanece en los tiempos próximos a Tsin-chi-hoang-ti, la claridad continúa disminuyendo. Se remonta así, gradualmente, hasta el emperador Yao. Este príncipe reinó ciento y un años, y su exaltación se fija en el año 2357 a. de J.-C. Más allá de esta época, las fechas, ya muy problemáticas, son reemplazadas por una incertidumbre completa (1). Los eruditos han pretendido que esta fastidiosa interrupción de una crónica cuyos materiales, según ellos, podrían remontarse a los primeros días del mundo, no es sino la consecuencia de aquella famosa cremación de libros, deplorada de padres a hijos, y convertida en uno de los hermosos temas de que dispone la retórica china.

Pero, a mi juicio, esta desgracia no basta a explicar el desorden de los primeros anales. Todos los pueblos del mundo antiguo han tenido sus libros quemados, todos han perdido la cadena sistemática de sus dinastías de las que los libros primitivos debían de ser los depositarios; y, no obstante, todos aquellos pueblos han conservado bastantes restos de su historia para que,

(1) P. Gaubil, *Chronologie Chinoise*.

bajo el soplo vivificador de la crítica, el pasado resurja, se remueva, resucite, y, revelándose poco a poco, nos muestre una fisonomía sin duda muy antigua, bien diferente de los tiempos cuya tradición poseemos. Entre los chinos, nada de esto. En cuanto cesan los tiempos positivos, se desvanece el crepúsculo y, en seguida, se llega, no a los tiempos mitológicos, como en todas partes, sino a cronologías inconciliables, a absurdos vulgarísimos, cuyo menor defecto es no contener nada real.

Además, junto a esta nulidad presuntuosa de la historia escrita, se advierte una falta completa y muy significativa de monumentos. Es lo que caracteriza a la civilización china. Los eruditos son muy dados a las antigüedades, y las antigüedades faltan; las más remotas no se remontan más allá del siglo VIII después de J.-C. (1). De manera que, en este país estable por excelencia, los recuerdos figurados, las estatuas, los vasos, los instrumentos no tienen punto de comparación, en cuanto a antigüedad, con lo que nuestro Occidente tan agitado, tan atormentado, tan asolado y transformado infinidad de veces, puede, sin embargo, ostentar con orgullosa profusión. China no ha conservado materialmente nada que nos transporte, ni siquiera de lejos, a aquellas épocas extravagantes en que algunos sabios del siglo pasado se deleitaban en ver hundirse la Historia desdeñando los testimonios mosaicos.

Demos, pues, de lado a las concordancias imposibles de los diferentes sistemas seguidos por los eruditos para fijar las épocas anteriores a Tsin-chi-hoang-ti, y recojamos solamente los hechos apoyados en el asentimiento de los otros pueblos, o que ofrecen en sí suficiente certidumbre.

Según los Chinos, el primer hombre fué Pon-Ku. El *primer hombre,* dicen; pero rodean a este ser primordial de tales circunstancias que evidentemente en el paraje en que lo hacen aparecer no estaba solo. Se hallaba rodeado de criaturas inferiores a él; y aquí es cuestión de preguntarse si éstas no eran aquellos hijos de monos, aquellos hombres amarillos cuya singular vanidad complacíase en reivindicar tan brutal origen.

La duda se trueca presto en certeza. Los historiadores indígenas afirman que a la llegada de los Chinos, los Miao ocupaban ya el país y que estos pueblos desconocían las nociones más elementales de sociabilidad. Vivían en grutas, en cavernas; bebían la sangre de los animales que apresaban en sus correrías, o bien, a falta de carne cruda, comían hierbas y frutos silvestres. En cuanto a la forma de gobierno, no desdecía de tanta barbarie. Los Miao combatían a estacazo limpio y el más fuerte era el jefe hasta que surgía otro más fuerte que él. No se tributaban honras a los muertos. Se los envolvía entre ramaje y hierba atándoles en medio de esta clase de haces, y se los escondía bajo las zarzas.

Notaré, de paso, que aquí aparece, en una realidad histórica, el hombre primitivo de la filosofía de Rousseau y de sus partidarios; el hombre que, no teniendo sino iguales, no puede fundar más que una autoridad transitoria cuya legitimidad es una clava, género de derecho frecuentemente condenado por los espíritus algo liberales y orgullosos. Desgraciadamente para la idea revolucionaria, si esta teoría encuentra una prueba entre los Miao y entre los negros, no ha logrado aún descubrirla entre los blancos, donde

(1) Gaubil, *Chronologie Chinoise.*

no hemos podido percibir aún una aurora privada de las claridades de la inteligencia.

Pan-Ku, en medio de estos hijos de monos, fué, pues, considerado, y oso decir que con plena razón, como el primer hombre. La leyenda china no nos hace asistir a su nacimiento. Nos lo presenta no criatura, sino más bien creador, puesto que declara expresamente que él comenzó a regular las relaciones de la humanidad. ¿De dónde vino, puesto que, a diferencia del Adán del Génesis, del autóctono fenicio y ateniense, no salía del limo? Acerca de este punto calla la leyenda; no obstante, si no puede enseñarnos dónde nació, nos indica, por lo menos, dónde murió y dónde fué enterrado: es, dice, en la provincia meridional de Honán.

Esta circunstancia no es de desdeñar, y hay que relacionarla, sin retardo, con una referencia muy claramente articulada por el Manava-Dharma-Sastra. Este código religioso de los Hindúes, compilado en una época posterior a la redacción de los grandes poemas, pero basado en documentos indiscutiblemente muy antiguos, declara, de una manera positiva, que el Maha-Tsin, el gran país de la China, fué conquistado por tribus de chatrías rebeldes que, después de haber cruzado el Ganges y vagado por espacio de algún tiempo en el Bengala, atravesaron las montañas del Este y se diseminaron por el Sur del Celeste Imperio, a cuyos pueblos civilizaron.

Esta referencia adquiere, procediendo de los brahmanes, mucho más peso todavía que si emanase de otra fuente. No hay la más mínima razón para suponer que la gloria de haber civilizado un territorio diferente del suyo por una rama de su nación, haya excitado su vanidad y alterado su buena fe. A partir del momento en que abandonaban la organización de su país, hacíanse odiosos a los suyos, resultaban culpables desde todos los puntos de vista, y eran repudiados; y, del mismo modo que habían olvidado sus lazos de parentesco con tantas naciones blancas, hubieran hecho igual con aquéllos, si la separación se hubiese operado en una época relativamente baja y en un tiempo en que, habiéndose fijado ya la civilización de la India, no era posible dejar de advertir un hecho tan considerable como la partida y la colonización separatista de un número importante de tribus pertenecientes a la segunda casta del Estado. Así, nada invalida y, por el contrario, todo confirma el testimonio de las leyes de Manú, del cual resulta que la China, en una época posterior a los primeros tiempos heroicos de la India, fué civilizada por una nación inmigrante de la raza hindú, chatría, aria, blanca, y, por consiguiente, que Pan-Ku, aquel primer hombre que, con gran sorpresa, vemos definido de buen comienzo como legislador por la leyenda china, era o uno de los jefes, o el jefe, o la personificación de un pueblo blanco que iba a operar en China, en el Honán, las mismas maravillas que una rama igualmente hindú había operado anteriormente en el valle superior del Nilo.

Después de eso se explican fácilmente las relaciones muy antiguas de la India con la China, y no es ya necesario, para comentarlas, recurrir a la hipótesis aventurada de una navegación siempre difícil. El valle del Brahmaputra y el que, lindando con el curso del Irawaddi, encierra las llanuras y los numerosos pasajes del país de los Birmanes, ofrecía a los vratías del Honán senderos ya bien conocidos, puesto que hubo antaño que seguirlos para abandonar el Ariavarta.

Así en China como en Egipto, en la otra extremidad del mundo asiático como en todas las regiones que hemos recorrido hasta aquí, hay una rama blanca encargada por la Providencia de inventar una civilización. Sería inútil pretender darse cuenta del gran número de arios refractarios que, desde su llegada al Honán, estaban ya mezclados con otra sangre y desposeídos de su primitiva pureza. Fuese cual fuera su número, grande o pequeño, su obra civilizadora no fué por eso menos posible. Poseían, a causa de sus enlaces, los medios de influir sobre las masas amarillas. Además, no eran los únicos vástagos de la raza ilustre que se dirigieron hacia aquellos lejanos países, y debieron allí asociarse con antiguos parientes aptos para cooperar en su obra y ayudarles en ella.

Hoy mismo, en los altos valles que bordean el gran Tibet del lado de Bután, se encuentra, lo mismo que en las nevadas cimas de las regiones situadas más al Oeste, tribus muy débiles, muy esparcidas, en su mayoría extrañamente mezcladas y que, sin embargo, revelan una descendencia aria. Perdidas, como están, en medio de los restos negros y amarillos de toda procedencia, se las puede comparar con esos trozos de cuarzo que, arrastrados por las aguas, contienen oro y vienen de muy lejos. Puede que las tempestades étnicas, las catástrofes de las razas, la hubiesen llevado allá donde su especie misma no había aparecido nunca. No argumentaré, pues, basándome en estos detritos alterados, y limítome a dar cuenta de su existencia.

Pero, mucho más hacia el Norte, en una época bastante reciente, hacia el año 177 a. de J.-C., vemos numerosas naciones blancas de cabellos rubios o rojos, de ojos azules, acantonadas en las fronteras occidentales de China. Los escritores del Celeste Imperio a quienes se debe el conocimiento de este hecho, nombran a cinco de esas naciones. Observemos, desde luego, la posición geográfica que ocupaban en la época en que se nos dan a conocer.

Las dos más célebres son los Yue-tchi y los U-sun. Estos dos pueblos habitaban al Norte del Hoang-ho, en el límite del desierto de Gobi.

Venían después, al Este de los U-sun, los Khu-te.

Más arriba, al Norte de los U-sun, al Oeste del Baikal, estaban los Ting-ling.

Los Kian-kuans, o Ha-kas, sucedían a estos últimos y se extendían más allá del Yenisei.

En fin, más al Sur, en la región actual de Kaschgar, más allá del Thian-chan, se extendían los Chu-le o Kin-tcha, a los cuales seguían los Yan-Thsai, Sármatas-alanos, cuyo territorio llegaba hasta el mar Caspio.

De este modo, en época relativamente cercana a nosotros, puesto que se trata del siglo II antes de nuestra era, y después de tan grandes migraciones de la raza blanca que habrían debido agotar a la especie, quedaban todavía en el Asia Central ramas bastante numerosas y potentes para poblar el Tibet y el Norte de China, de modo que el Celeste Imperio no poseía solamente en el seno de las provincias del Sur naciones ario-hindúes inmigrantes en la época en que comienza su historia, sino que además resulta muy difícil no admitir que los antiguos pueblos blancos del Norte y del Oeste, huyendo ante la gran irrupción de sus enemigos amarillos, no fuesen con frecuencia rechazados sobre China y forzados a unirse con sus poblaciones originales. Ello no habría sido sino la repetición de lo que había

sucedido en el Sudoeste con los Camitas, los hijos de Sem y los Arios helenos y zoroástricos. En todo caso es indubitable que estas poblaciones blancas de las fronteras orientales se mostraban, en época muy antigua, mucho más compactas de lo que podían serlo en los comienzos de nuestra era. Esto basta para demostrar la verosimilitud y aun la necesidad de frecuentes invasiones y, por tanto, de frecuentes mezclas.

No dudo, sin embargo, de que la influencia de los chatrías del Sur no hubiese sido, al comienzo, dominante. La historia lo demuestra de sobra. Es al Sur donde la civilización echó sus primeras raíces, y de allí se extendió en todos sentidos.

No se espera sin duda encontrar, entre chatrías refractarios, a propagadores de la doctrina brahmánica. En efecto, el primer punto que debían borrar de sus códigos era la superioridad de una casta sobre todas las demás, y, para ser lógicos, la organización misma de las castas. Por lo demás, como los Egipcios, habíanse alejado de las naciones arias en una época en que quizá el propio brahmanismo no había desarrollado completamente sus principios. No se encuentra, pues, en China nada que se enlace directamente con el sistema social de los Hindúes; sin embargo, si las referencias positivas fallan, no ocurre así con las negativas. Las hay de esta especie que dan lugar a comparaciones muy curiosas.

Cuando, por causa de disentimientos teológicos, las naciones zoroástricas se separaron de sus progenitores, manifestáronles un odio que se mostró con la atribución del nombre venerado de los dioses brahmánicos a los malos espíritus y con otras violencias semejantes. Los chatrías de la China, ya mezclados con la sangre de los amarillos, parecen haber considerado las cosas bajo un aspecto más bien varonil que femenino, más bien político que religioso, y, desde este punto de vista, hicieron una oposición tan viva como los Zoroástricos. Tomando al revés las ideas más naturales es cómo manifestaron su horror contra la jerarquía brahmánica.

No quisieron admitir diferencia de rangos, ni situaciones puras o impuras resultantes del nacimiento. La doctrina de sus adversarios fué sustituída por la igualdad absoluta. Sin embargo, como estaban obsesionados, a pesar suyo y en virtud de su origen blanco, por la idea indestructible de una desigualdad aneja a la raza, concibieron la idea singular de ennoblecer a los padres a través de sus hijos, en vez de mantenerse fieles a la antigua noción del ennoblecimiento de los hijos merced a la gloria de los padres. Es imposible ver en esa institución que realza, según el mérito de un hombre, cierto número de generaciones ascendentes, un sistema copiado de los pueblos amarillos. Entre ellos no se encuentra sino allí donde la civilización china lo importó. Además, esa singularidad repugna a toda idea razonable, y, aun colocándose en el punto de vista chino, resulta todavía absurda. La nobleza es una prerrogativa honorable para quien la posee. Si se quiere adscribirla únicamente al mérito, no hace falta crearle un rango aparte en el Estado, forzándola a ascender o a descender en torno a la persona que de ella disfruta. Si, por el contrario, hay interés en crearle una sucesión, una consecuencia extensiva a la familia de la persona favorecida, no es a sus antepasados a quienes debe aplicarse, puesto que no pueden gozar de ello. Otra razón muy poderosa: no hay ninguna especie de ventaja, para quien recibe tal recompensa, en hacerla alcanzar a sus ascendientes, en un país

donde todos los ascendientes, por ser objeto de un culto oficial y nacional, son bastante respetados y aun adorados. Un título de nobleza retrospectivo no añade pues sino muy poca cosa a los honores de que gozan. Por consiguiente, no busquemos en la idea china lo que aparenta dar, sino una oposición a las doctrinas brahmánicas, contra las cuales los chatrías, poseídos de horror, querían combatir. El hecho es tanto más indiscutible, cuanto que al lado de esa nobleza ficticia los Chinos no lograron impedir que se formase otra, que es muy real y que se funda, como en todas partes, en las prerrogativas de la descendencia. Esta aristocracia está compuesta de hijos, nietos y allegados de las Casas imperiales, de los de Confucio, de los de Meng-Tseu, y aun de varios otros personajes venerados. En verdad, esta clase muy numerosa no posee sino privilegios honoríficos; sin embargo, por lo mismo que se la reconoce, posee algo de inviolable, y demuestra muy bien que el sistema a la inversa situado a sus lados es una invención artificial enteramente contraria a las sugestiones naturales del espíritu humano y resultante de una causa especial.

Esa manifestación de odio por las instituciones brahmánicas me parece digna de mención. Comparada con la escisión zoroástrica y con otros movimientos insurreccionales registrados en el suelo mismo de la India, prueba toda la resistencia con que tropezó la organización hindú y las repulsiones irreconciliables por ella provocadas. El triunfo de los brahmanes resulta así mayor.

Voy a ocuparme de nuevo de la China. Si la creación de la nobleza retroactiva debe señalarse como una institución brahmánica y, por consiguiente, como un recuerdo odioso para la madre patria, no es posible asignar el mismo origen a la forma patriarcal escogida por el Gobierno del Imperio del Centro. En coyuntura tan grave como la elección de una fórmula política, como se trata de responder, no a teorías de nadie, ni a ideas adquiridas, sino a lo que las necesidades de las razas — que, juntamente combinadas, forman el Estado —, reclaman más imperiosamente, importa que sea la razón pública quien juzgue y decida, admita o deseche en última instancia lo que se le propone, y el error no dura sino algún tiempo. Ya que en China la fórmula gubernamental no recibió, en el curso de los siglos, más que modificaciones parciales sin verse afectada jamás en su esencia, debe estimarse como conforme a lo que quería el genio nacional.

El legislador tomó como tipo de la autoridad el derecho del padre de familia. Estableció como un axioma inquebrantable que ese principio era la fuerza del cuerpo social, y que del mismo modo que el padre lo podía todo sobre sus hijos, criados y educados por él, así también el príncipe tenía plena autoridad sobre sus súbditos, a quienes, a modo de hijos, vigila, guarda y defiende en sus intereses y en sus vidas. En sí misma, esta idea, si se la considera de cierto modo, no es, propiamente hablando, exclusiva de China. Pertenece muy bien a la raza aria, y precisamente porque en esta raza cada individuo aislado poseía una importancia que no parece haber tenido nunca entre las multitudes inertes de los pueblos amarillos y negros, la autoridad del hombre completo, del padre de familia, sobre sus miembros, es decir, sobre las personas agrupadas en su hogar, debía constituir el tipo de gobierno.

Donde la idea se altera tan pronto como la sangre aria se mezcla con

otras especies no blancas, es en las consecuencias diversas sacadas de ese primer principio. — Sí, decía el Ario hindú, o sármata, o griego, o persa, o medo, y aun el Celta, sí, la autoridad paterna es el tipo de gobierno político; pero no cabe relacionar estos dos hechos sino por una ficción.

Un jefe de Estado no es un padre: ni participa de sus afecciones ni de sus cuidados. Mientras un cabeza de familia no desea sino muy difícilmente, y por una especie de subversión de las leyes naturales, el mal de su progenitura, cabe muy bien que, aun sin culpa alguna, el príncipe dirija las tendencias de la comunidad de una manera harto dañosa para las necesidades particulares de cada uno, a partir de lo cual el valor del hombre ario, su dignidad, quedan comprometidos, dejan ya de existir, el Ario no es ya lo que era: no es siquiera un hombre.

He aquí el razonamiento con el cual el guerrero de raza blanca establecía el desarrollo de la teoría patriarcal, y, en consecuencia, hemos visto a los primeros reyes de los Estados hindúes no ser más que magistrados electivos, padres de sus súbditos en un sentido muy restricto y con una autoridad muy controlada. Más tarde, el rajá cobró fuerzas. Esta modificación en la naturaleza de su poderío no se produjo sino cuando su dominio se ejerció menos sobre Arios que sobre mestizos y negros, de manera que actuó menos libremente cada vez que trató de hacer sentir su cetro sobre súbditos más blancos. El sentir político de la raza aria no es absolutamente contrario a la ficción patriarcal: lo único que hace es comentarla con prudencia.

Por lo demás, no es sólo entre los Arios hindúes donde hemos observado ya la organización de los poderes públicos. Los Estados del Asia Anterior y la civilización del Nilo nos han ofrecido igualmente la aplicación de la fórmula patriarcal. Las modificaciones que se aportaron a la idea primitiva no sólo difieren considerablemente de lo que se ve en China, sino también de lo que se observa en la India. Mucho menos liberal que en este último país, la noción del gobierno paternal era comentada por poblaciones extrañas a los sentimientos razonables y elevados de la raza dominante. No pudo ser la expresión de un despotismo pacífico como en China, puesto que había que dominar a multitudes mal preparadas para comprender lo útil y que no se doblegaban sino ante la fuerza bruta. El gobierno fué, pues, en Asiria, terrible, despiadado, imponiéndose siempre por el gladio y jactándose sobre todo de hacerse obedecer. No admitió la discusión y no se dejó limitar. Egipto no se mostró tan rudo. La sangre aria mantuvo allí una sombra de sus pretensiones, y las castas, menos perfectas que en la India, se rodearon, sin embargo — sobre todo las castas sacerdotales —, de ciertas inmunidades, de ciertos respetos que, aunque no comparables con los del Ariavarta, conservaban todavía algún reflejo de las nobles exigencias de la especie blanca. En cuanto a la población negra, se vió constantemente tratada por los Faraones como la turba emparentada con ella lo era en el Éufrates, el Tigris, y en las orillas del Mediterráneo.

La fórmula patriarcal, tratándose de negros, no tuvo que habérselas más que con vencidos, insensibles a todo argumento que no fuesen los de la violencia.

En China, la segunda parte de la fórmula fué muy diferente. Sin duda, la familia aria que la aportó no tenía por qué desasirse de los derechos

y deberes del conquistador civilizado para proclamar su conclusión propia. No era más posible que tentador; pero la conclusión negra tampoco fué adoptada, por la razón de que las poblaciones indígenas poseían otro modo de ser y tendencias muy especiales.

La mezcla malaya, es decir, el producto de sangre negra mezclada al tipo amarillo, era el elemento que los chatrías inmigrantes tenían que dominar, sujetar, civilizar, mezclándose con él. Es de creer que, en aquella época, la fusión de ambas razas inferiores distó mucho de ser tan completa como lo vemos actualmente, y que, en muchos puntos del Mediodía de la China, donde operaban los civilizadores hindúes, hubo tribus, restos de tribus y aun individualidades de cada especie que permanecían aún casi puras y tenían en jaque al tipo opuesto. Sin embargo, de esa mezcla imperfecta surgieron necesidades y sentimientos en conjunto muy análogos a los que pudieron producirse más tarde como resultado de una fusión acabada, y los blancos se vieron allí acosados por necesidades de un orden del todo diferente de aquellas a las cuales sus congéneres vencedores en el Asia Occidental habíanse visto obligados a doblegarse.

La raza malaya la he definido ya: sin ser susceptible de grandes rasgos de imaginación, no deja de hallarse en estado de comprender las ventajas de una organización regular y coordenada. Gusta del bienestar, como toda la especie amarilla, y del bienestar exclusivamente material. Es paciente, apática, y acata de buen grado la ley, ingeniándoselas fácilmente para sacar de ella las ventajas que ofrece todo estado social y soportar su coerción sin excesivo desagrado.

Con individuos animados de semejantes disposiciones, no cabía aquel despotismo violento y brutal a que dieron lugar la estupidez de los negros y el envilecimiento gradual de los Camitas, ligados al fin demasiado de cerca con sus súbditos y sujetos a sus mismas incapacidades. Al contrario, en China, cuando las mezclas empezaron a enervar el espíritu ario, aconteció que este noble elemento, a medida que al subdividirse se difundía entre las masas, realzaba en igual grado las disposiciones nativas de los pueblos. No les comunicaba, ciertamente, su ductilidad, su generosa energía, su gusto por la libertad. Con todo, afirmaba en ellos su amor instintivo a la regla, al orden; su antipatía por los excesos de la imaginación. El pueblo asirio sufría, sin duda, viendo a su soberano librarse a crueldades tales como las de aquel Zohak ninivita que, según la tradición persa, nutría con carne y sangre de sus súbditos a las serpientes enroscadas en su cuerpo; sin embargo, ¡cómo se exaltaban las imaginaciones ante tales espectáculos! ¡Cómo comprendía perfectamente el Semita, en el fondo, la apasionada exageración de los actos del soberano y cómo la ferocidad más depravada agrandaba a sus ojos la gigantesca imagen que de ello se forjara! Un príncipe moderado y tranquilo exponíase, allí, a verse menospreciado.

Los Chinos no concebían así las cosas. Espíritus muy prosaicos, toda demasía les causaba horror, el sentir público se indignaba de ello, y el monarca que incurría en excesos perdía inmediatamente todo prestigio y echaba por los suelos toda su autoridad.

Aconteció, pues, en ese país, que el principio de gobierno fué el patriarcado, puesto que los civilizadores eran Arios; que la aplicación de ese principio se tradujo en poder absoluto, puesto que los Arios obraban como

vencedores y dominadores entre poblaciones de nivel inferior; pero que, en la práctica, el absolutismo del soberano no se manifestó ni por rasgos de orgullo sobrehumano, ni por actos de despotismo repugnantes, y, por el contrario, se encerró entre límites generalmente estrechos, puesto que el modo de ser malayo no imponía grandes demostraciones de arrogancia, y el espíritu ario, al mezclarse con él, encontró allí un fondo dispuesto a comprender cada vez más que la felicidad de un Estado estriba en la observancia de las leyes, lo mismo entre las clases elevadas que en las clases bajas.

He aquí organizado el gobierno del Imperio del Centro. El rey es el padre de sus súbditos, tiene derecho a su entera sumisión, se convierte para ellos en mandatario de la Divinidad, y en su presencia hay que hincarse de rodillas. Lo que él quiere, lo puede, en teoría; pero, en la práctica, si pretende una enormidad, difícilmente lo consigue. La nación se muestra irritada, los mandarines se hacen eco de las protestas de diversas representaciones; los ministros, prosternados a los pies del trono imperial, gimen ruidosamente de las aberraciones del padre común, y el padre común, en medio de ese tole general, es dueño de llevar su capricho hasta el final, con la única condición de romper con lo que desde la infancia se le ha enseñado a respetar como cosa sagrada e inviolable. El rey se ve aislado y no ignora que, si sigue por la senda en que se ha aventurado, estallará la revolución.

Los anales chinos son elocuentes a este respecto. Durante las primeras dinastías, lo que se cuenta acerca de los crímenes de los emperadores reprobados hubiera parecido venial a los historiadores de Asiria, de Tiro o de Canaán. Voy a dar de ello un ejemplo.

El emperador Yeu-wang, de la dinastía de Tcheu, que se elevó al trono 781 años antes de J.-C., reinó tres años sin que hubiese que reprochársele nada grave. Al tercer año, prendóse de una muchacha llamada Pao-sse, entregándose sin reservas a esa pasión. Pao-sse lo hizo padre de un hijito, que él llamó Pe-fu, y que quiso instituir príncipe heredero en lugar del primogénito Y-kieú. Para conseguirló, desterró a la emperatriz y a su hijo, lo que colmó el descontento ya suscitado por una conducta que no se ajustaba a los ritos. De todos lados estalló la oposición.

Los grandes del Imperio rivalizaron en observaciones respetuosas cerca del emperador, De todas partes se pidió el alejamiento de Pao-sse, acusándola de arruinar al Estado con sus despilfarros y de apartar de sus deberes al soberano. De todos lados partían sátiras violentas, que eran repetidas por la población. Por su parte, los padres de la emperatriz se habían refugiado con ella entre los Tártaros, y temíase una invasión de aquellos países vecinos, lo que contribuía no poco a exacerbar el furor general. El emperador amaba locamente a Pao-sse y no cedía.

Con todo, como a su vez temía, no sin motivo, la alianza de los descontentos con las hordas de la frontera, reunió tropas, las destacó en posiciones convenientes, y ordenó que en caso de alarma se encendiesen hogueras y se tocase el tambor, a cuya señal habían de acudir todos los generales con sus soldados, para hacer frente al enemigo.

Pao-sse tenía un carácter muy serio. El emperador se consumía constantemente en esfuerzos para atraer a sus labios una sonrisa. Muy raro era

cuando lo lograba, y nada podía serle más grato. Un día, cundió por todas partes un pánico repentino, los guardianes creyeron que los caballeros tártaros habían cruzado la frontera y avanzaban; pegaron inmediatamente fuego a los leños preparados al efecto, y dejóse oír un redoblar de tambores. A este ruido, príncipes y generales, reuniendo a sus tropas, comparecieron; sólo se veía a gente armada, corriendo de aquí para allá y preguntando dónde estaba el enemigo, que nadie veía, puesto que no existía y todo era una falsa alarma.

Parece que los animados semblantes de los jefes y sus actitudes belicosas se le antojaron soberanamente ridículos a la grave Pao-sse, puesto que se echó a reír. Viendo lo cual, el emperador rebosó de alegría. No tomaron así los graves generales aquel rasgo de buen humor, y se retiraron profundamente molestos. El final de la historia fué que, cuando los Tártaros aparecieron de veras, nadie acudió a la señal, el emperador fué hecho prisionero y muerto, Pao-sse raptada, su hijo degradado, y todo volvió a estar en orden bajo la dominación de Y-kieú, que ciñó la corona con el nombre de Ping-wang (1).

Basta este relato para mostrar hasta qué punto, de hecho, la autoridad absoluta de los emperadores estaba limitada por la opinión pública y por las costumbres; por eso se ha visto siempre en China no aparecer la tiranía sino como un accidente constantemente detestado, reprimido, y que difícilmente se perpetúa, puesto que el temperamento de la raza no se presta a ello. El emperador es, sin duda, el jefe de los Estados del Centro, esto es, por una ficción más audaz, del mundo entero, y aquel que se niega a obedecerle es, por este hecho, reputado bárbaro y al margen de toda civilización. Pero, mientras que la Cancillería china se deshace en fórmulas de respeto cuando se dirige al Hijo del Cielo, el uso no permite a éste expresarse, por su propia cuenta, de una manera tan pomposa. Su lenguaje afecta una modestia extrema: el príncipe se representa como indigno, por su escaso mérito y su mediocre virtud, de las sublimes funciones que su augusto padre confiara a su insuficiencia. Conserva toda la fraseología amable y afectuosa del lenguaje doméstico, y no pierde ocasión para hacer constar que se interesa ardientemente por el bien de sus caros hijos: son sus súbditos (2).

La autoridad es, pues, de hecho, bastante limitada, y no necesito decir que, en ese Imperio, cuyos principios de gobierno no han variado nunca en cuanto a lo esencial, lo que era considerado como bueno antaño, resulta hoy, por esto mismo, mejor. La tradición es omnipotente, y considérase ya como una tiranía, en un emperador, el que se separe, en el más mínimo detalle, de los usos observados por sus antepasados. En una palabra, el Hijo del Cielo lo puede todo, a condición de no querer nada que no sea ya conocido y aprobado.

Era natural que la civilización china, apoyándose, al comienzo, en los pueblos malayos y más tarde en aglomeraciones de razas amarillas, mezcladas con algunos Arios, invenciblemente fuese conducida hacia la unidad material. Mientras que, en las grandes civilizaciones del mundo antiguo occidental, la administración propiamente dicha y la organización policíaca

(1) Gaubil, *Traité de la chronologie chinoise*, p. 111.
(2) J. F. Davis, *The Chinese*, p. 178.

no eran sino objetos muy secundarios y apenas esbozados, en China constituyeron el gran problema de gobierno, y se dejó realmente en último plano las dos cuestiones que en otras partes se sobreponían a aquéllas: la guerra y las relaciones diplomáticas.

Admitióse como principio eterno que, para que el Estado se mantuviese en situación normal, era necesario que los víveres abundasen, que todos pudieran vestirse, alimentarse y aposentarse; que la agricultura recibiese estímulos perpetuos, no menos que la industria; y, como medio supremo para llegar a estos fines, era preciso, por encima de todo, tranquilidad sólida y profunda y minuciosas precauciones contra todo lo que pudiese soliviantar a las poblaciones o perturbar el orden. Si la raza negra hubiese ejercido algún influjo en el Imperio, no cabe duda de que ninguno de estos preceptos se hubiese mantenido largo tiempo. Los pueblos amarillos, por el contrario, ganando diariamente terreno y comprendiendo la utilidad de este orden de cosas, no encontraban en ellos nada que no fuese de gran aprecio para la felicidad material en la que se les quería sumir. Las teorías filosóficas y las opiniones religiosas, esas teas ordinarias del incendio en los Estados, permanecieron siempre sin fuerza ante la inercia nacional, que, bien repleta de arroz y con su traje de algodón, no pensó en afrontar el garrote de la policía para la mayor gloria de una abstracción (1).

El gobierno chino dejaba predicarlo todo, afirmarlo todo, enseñar los absurdos más monstruosos, a condición de que nada, en las novedades más atrevidas, tendiese nunca a un resultado social cualquiera. En cuanto se intentaba franquear esta barrera, la Administración obraba sin piedad y reprimía las innovaciones con severidad inaudita, confirmada por las disposiciones constantes de la opinión pública.

En la India, también el brahmanismo había instalado una administración muy superior a la que poseyeron los Estados camitas, semitas o egipcios. Sin embargo, esta administración no ocupó jamás el primer rango dentro del Estado, en el cual las preocupaciones creadoras de la inteligencia reclamaban la mejor parte de la atención. No es, pues, de maravillar que el genio hindú, en su libertad, en su arrogancia, en su gusto por las grandes cosas y en sus teorías sobrehumanas, no mirase, en definitiva, los intereses materiales sino como cosa secundaria. Por lo demás, sentíase sensiblemente alentada a seguir esta opinión por las sugestiones de la mezcla negra. En China, pues, se llegó al apogeo en materia de organización material, y, teniendo en cuenta la diferencia de las razas, que requiere procedimientos diversos, creo que puede admitirse que, en este aspecto, el Celeste Imperio obtuvo resultados mucho más perfectos y sobre todo más continuos que lo que se ve en los países de la Europa moderna, desde que los Gobiernos se han consagrado particularmente a esta rama de la política. En todo caso, el Imperio romano no puede comparársele a este respecto.

Sin embargo — hay que convenir en ello —, es un espectáculo sin belleza ni dignidad. Si esta multitud amarilla resulta apacible y sumisa, es a condición de quedar para siempre privada de los sentimientos extraños a la noción más humilde de la utilidad física. Su religión es un resumen de prácticas y máximas que recuerdan muy bien lo que los moralistas gi-

(1) W. v. Schlegel, *Indische Bibliotek*, t. II, p. 214.

nebrinos y sus libros de educación se complacen en recomendar como el *nec plus ultra* del bien: la economía, la moderación, la prudencia, el arte de ganar y no perder nunca. La cortesía china no es sino una aplicación de estos principios. Es — sirviéndome del vocablo inglés — un *cant* perpetuo, que no tiene en modo alguno por razón de ser, como la cortesía de nuestra Edad Media, aquella noble benevolencia del hombre libre hacia sus iguales, aquella deferencia impregnada de gravedad hacia los superiores; no es más que un deber social, que, partiendo del egoísmo más grosero, se traduce por una abyecta prosternación ante los superiores, una ridícula rivalidad de ceremonias con los iguales y una arrogancia con los inferiores que se acentúa según el grado en que decrece el rango de éstos. La cortesía es, así, más bien una invención formulista, para mantener a cada uno en su lugar, que un movimiento del corazón. Las ceremonias que cada cual debe hacer, en los actos más corrientes de la vida, están reglamentadas por leyes tan obligatorias y rigurosas como las que se refieren a cuestiones al parecer más esenciales.

La literatura es un tema importante para los Chinos. Lejos de ser, como en todas partes, un medio de perfeccionamiento, se ha convertido, por el contrario, en un agente poderoso de estacionamiento. El Gobierno se muestra muy amante de las luces; hay que saber únicamente cómo lo entienden él y la opinión pública. Entre los 300 millones de almas atribuídos generalmente al Imperio del Centro, que, según la justa frase de M. Ritter, constituye por sí solo un mundo, pocos hombres hay, incluso entre las clases más bajas, que no sepan leer y escribir lo suficiente para las necesidades corrientes de la vida, y la Administración cuida de que esa instrucción sea lo más general posible. La solicitud del poder va todavía más lejos. Quiere que cada súbdito conozca las leyes; a fin de que sea así se toman las necesarias medidas. Los textos son puestos al alcance de todos, y, además, en los días de novilunio, se llevan a cabo lecturas públicas, a fin de inculcar bien a los súbditos las prescripciones esenciales, tales como los deberes de los niños hacia sus padres, y, por consiguiente, de los ciudadanos hacia el emperador y los magistrados. De esta manera, el pueblo chino es muy ciertamente lo que en nuestro tiempo llamamos más avanzado que nuestros Europeos. En la antigüedad asiática, griega y romana no existe nada que pueda compararsele.

Instruído así en lo más indispensable, el pueblo bajo sabe que lo primero para llegar a las funciones públicas es ponerse en condiciones de pasar los exámenes que para ello se requieren. He aquí todavía un poderoso estímulo para aprender. Se aprende, pues. Pero ¿qué? Se aprende lo que es útil, y ahí está el tope infranqueable. Lo útil es lo que siempre se ha sabido y practicado, lo que no puede ofrecer materia de discusión. Hay que aprender; pero eso sí, hay que aprender lo que supieron las generaciones precedentes, y como ellas lo supieron: toda pretensión de crear algo nuevo en este sentido, llevaría al estudiante a ser suspendido en los exámenes, y, si se obstina, a un proceso de traición en el que nadie le perdonaría. Así es que nadie se arriesga a tales aventuras, y en este campo de la educación y de la ciencia china, tan constante y ejemplarmente labrado, no hay la menor posibilidad de que levante nunca cabeza una idea nueva. Sería cercenada al instante con indignación.

Dentro de la literatura propiamente dicha, la rima y todas las distracciones ingeniosamente pueriles a ella parecidas gozan de gran estima. Elegías algo deformes, descripciones de la naturaleza más minuciosas que pintorescas, aunque no exentas de gracia, he aquí lo mejor. Lo realmente bueno es la novela. Estos pueblos sin imaginación poseen mucho espíritu de observación y de fineza, y tal o cual producción en que destacan ambas cualidades recuerda entre ellos, quizá superándolas, las obras inglesas destinadas a pintar la vida del gran mundo. El drama resulta mal concebido y bastante vulgar. La oda al estilo de Píndaro no ha cesado de pasar por el filtro del espíritu de esa nación sin nervio. Cuando el espíritu chino echa los bofes para estimular su verbo, se lanza de lleno hacia las nubes, hace intervenir a los dragones de toda clase de colores, pierde el aliento, y no da sino en la ridiculez.

La filosofía, y sobre todo la filosofía moral, objeto de gran predilección, sólo consiste en máximas usuales, cuya observancia perfecta sería seguramente muy meritoria, pero que, a causa de la manera infantil y secamente didáctica con que son expuestas y deducidas, no constituyen una rama de conocimientos muy dignos de admiración. Las grandes obras científicas merecen mayores elogios.

En verdad, esas compilaciones verbosas carecen de sentido crítico. El espíritu de la raza amarilla no es ni bastante profundo ni bastante sagaz para descubrir esa cualidad reservada a la especie blanca. Con todo, se puede todavía aprender y recoger mucho en los documentos históricos. Lo que se refiere a las ciencias naturales es a veces precioso, sobre todo por la exactitud de la observación y la paciencia de los artistas en reproducir las plantas y animales conocidos. Pero no hay que pensar en teorías generales. Cuando a los escritores les da por crearlas, se muestran sencillamente triviales. No los veremos, como a los Hindúes o a los pueblos semitas, inventar fábulas que, en su incoherencia, son por lo menos grandiosas o seductoras. No: su concepción resultará únicamente pesada y pedante. Gravemente nos contarán, como un hecho indiscutible, la transformación del sapo en tal o cual animal. De su astronomía ni que hablar. Puede ofrecer a lo sumo algunos leves antecedentes a la ardua labor de los cronologistas, sin que su valor intrínseco, correlativo al de los instrumentos que emplea, cese de ser muy mediocre. Los propios Chinos lo han reconocido con su estima por los misioneros jesuítas. Les invitaban a corregir sus observaciones y a colaborar incluso en sus almanaques.

En suma, los Chinos gustan de la ciencia en lo que tiene de aplicación inmediata. En cuanto a lo grande, sublime y fecundo, de una parte no pueden comprenderlo y, de otra, lo temen y excluyen cuidadosamente. Trissotin (1) y sus amigos hubieran sido en Pekín sabios muy estimados.

Por haber tenido treinta años ojos y orejas:
por haber dedicado nueve, en diez mil vigilias,
a conocer lo que los otros dijeron antes que ellos.

El sarcasmo de Molière no se comprendería en un país en que la literatura ha chocheado en manos de una raza cuyo espíritu ario se anegó

---

(1) El ridículo personaje de Molière, en *Las Mujeres sabihondas*.

completamente entre elementos amarillos; raza compuesta, provista de ciertos méritos que no encierran los de la invención y la osadía.

En materia de arte, aún hay menos que aprobar. Señalaba, hace un momento, la exactitud con que representan flores y plantas. En el retrato, obtienen también éxitos estimables, y, bastante ingeniosos para recoger la expresión del rostro, pueden competir con las vulgares producciones del daguerreotipo. Eso es todo. Las grandes pinturas son extravagantes, sin genio, sin energía, sin gusto. La escultura se limita a representaciones monstruosas y vulgares. Los vasos revisten las formas típicas. Sus bronces han sido concebidos, como sus porcelanas, con la misma idea de buscar lo extraño y lo inesperado. En cuanto a la arquitectura, prefieren a todo sus pagodas de ocho pisos cuya invención no les pertenece por entero, pues en su conjunto hay algo de hindú; los detalles son suyos, y si la vista que no los haya contemplado nunca puede sentirse cautivada por la novedad, pronto se aburre de aquella uniformidad excéntrica. En estas construcciones no hay nada que ofrezca solidez, nada está en condiciones de desafiar a los siglos. Los Chinos son demasiado prudentes y muy buenos calculadores para emplear en la construcción de un edificio más capital del necesario. Sus trabajos más notables obedecen todos al principio de utilidad: tales son los innumerables canales que atraviesan el Imperio, los diques, los muros para prevenir las inundaciones, sobre todo las del Hoang-ho. Ahí vemos al Chino en su verdadero terreno. Repitámoslo, pues, por última vez: las poblaciones del Celeste Imperio son exclusivamente utilitarias; de tal modo lo son, que han podido admitir sin peligro dos instituciones que parecen poco compatibles con todo gobierno regular: las asambleas populares reunidas espontáneamente para censurar o aprobar la conducta de los magistrados, y la independencia de la prensa. En China no se prohibe ni la libertad de reunión ni la difusión de las ideas (1). Inútil decir, con todo, que si se abusa de ello, o, mejor dicho, si se abusase de ello, la represión sería tan rápida como implacable, y se ejercería en nombre de las leyes contra la traición.

Hemos de convenir en ello: ¡cuánta solidez, cuánta fuerza posee una organización social que puede permitir tales desviaciones de su principio y que no ha visto nunca que de su tolerancia se originase el menor inconveniente!

La Administración china ha llegado, en la esfera de los intereses materiales, a resultados no alcanzados por ninguna otra nación antigua o moderna; instrucción popular propagada en todas partes, bienestar de los súbditos, libertad completa dentro de la esfera permitida, desarrollo industrial y agrícola de los más completos, producción a los precios más módicos, y que harían difícil toda competencia europea en los géneros de consumo ordinario, como el algodón, la seda, la cerámica. Tales son los resultados indiscutibles de que puede jactarse el sistema chino.

Es imposible substraerse aquí a la idea de que, si las doctrinas de las Escuelas que llamamos socialistas llegasen un día a aplicarse y a triunfar en los Estados de Europa, el *nec plus ultra* del bien consistiría en lograr lo que los Chinos han llegado a estabilizar entre ellos. Es verdad, en todos los

(1) *Tcheu-li*, t. II, p. 323.

casos, y así debe reconocerse en loor de la lógica, que los jefes de aquellas Escuelas no han rechazado en modo alguno la condición primordial e indispensable del éxito de sus ideas, que es el despotismo. Han admitido de buen grado, como los políticos del Celeste Imperio, que no se fuerza a las naciones a seguir una regla precisa y exacta, si la Ley no anda armada en todo tiempo con una facultad completa y espontánea de represión. Para entronizar su régimen, no se negarían a tiranizar. El triunfo se lograría con esa condición, y una vez establecida la doctrina, todos los hombres tendrían asegurados el alimento, la vivienda y la instrucción práctica. No habría ya necesidad de ocuparse de las cuestiones planteadas sobre la circulación del capital, la organización del crédito, el derecho al trabajo y otros detalles.

Hay algo en China, sin duda, que parece repugnar a la marcha de las teorías socialistas. Aunque democrático en su origen, puesto que nace de los concursos y de los exámenes públicos, el mandarinato goza de muchas prerrogativas y está rodeado de un boato contrario a las ideas igualitarias. Asimismo, el jefe del Estado, que, en principio, no sale necesariamente de una casa reinante (pues, en los tiempos antiguos — regla siempre presente —, más de un emperador no fué proclamado sino atendiendo a sus méritos), ese soberano, escogido entre los hijos de su predecesor y sin consideración al orden de nacimiento, es venerado en exceso y está situado demasiado por encima de la plebe. Todo esto se opone, al parecer, a las ideas sobre las cuales se fundan los partidarios de los falansterios y sus émulos.

Sin embargo, si bien se reflexiona, se verá que estas distinciones no son sino consecuencias a las que los mismos Fourier y Proudhon, convertidos en jefes de Estado, se verían muy pronto conducidos. En los países en que el bienestar material lo es todo y en que, para conservarlo, conviene sujetar a la plebe entre los límites de una organización estricta, la Ley, inmutable como Dios (puesto que si no lo fuese el bienestar público estaría constantemente expuesto a las más graves mudanzas), un día u otro acaba por participar de los respetos que se tributan a la inteligencia suprema. A una ley tan preservadora, tan necesaria, tan inviolable, no se le debe sólo sumisión, sino adoración, y ésta no sería nunca bastante. Natural es, pues, que los poderes por ella instituídos para difundir sus beneficios y velar por su salud participen del culto que se le rinde; y como estos poderes están bien armados con todo su rigor, es inevitable que sepan hacerse dar lo que creen que se les debe.

Confieso que tantos beneficios, resultado de tantas condiciones, no me parecen seductores. Sacrificar en la artesa del panadero, en el umbral de una vivienda confortable, en el banco de una escuela primaria, lo que la ciencia tiene de trascendental, la poesía de sublime, las artes de magnífico; arrojar allí todo sentimiento de dignidad humana; abdicar su individualidad en lo que tiene de más precioso, el derecho de aprender y de saber, de comunicar a otro lo que antes no se sabía, es ceder demasiado a los apetitos de la materia. Mucho me espantaría de ver que esta felicidad nos amenazaba a nosotros o a nuestros descendientes, si no estuviese persuadido de que nuestras actuales generaciones no son aún capaces de doblegarse a goces semejantes a cambio de tamaños sacrificios. Podemos nosotros inventar Alcoranes de toda clase; pero esta fecunda variabilidad,

que estoy muy lejos de aplaudir, tiene el reverso de sus defectos. No somos gentes capaces de poner en práctica cuanto imaginamos. A nuestras locas fantasías se suceden siempre otras, que nos llevan a olvidar las anteriores. Los Chinos se considerarán todavía como los primeros administradores del mundo, cuando, abandonados ya todos los intentos de imitarlos, habremos pasado a alguna nueva fase de nuestras historias, ¡ay! tan abigarradas.

Los anales del Celeste Imperio son uniformes. La raza blanca, causa primera de la civilización china, no se ha renovado nunca de una manera suficiente para desviar de sus instintos naturales a poblaciones inmensas. Las agregaciones que se efectuaron en diferentes épocas, pertenecieron generalmente a un mismo elemento, a la especie amarilla. Nunca aportaron nada nuevo; no hicieron más que contribuir a extender los principios blancos diluyéndolos entre masas de otra naturaleza y cada vez más fuertes. En cuanto a ellas mismas, al encontrar una civilización adecuada a sus instintos la abrazaron gustosamente y acabaron siempre fundiéndose en el seno del océano social, en el que su presencia no dejó sin embargo de causar ligeras perturbaciones, nada imposibles de distinguir y describir. Es lo que voy a intentar tomando las cosas desde más arriba.

Cuando los Arios comenzaron a civilizar a los mestizos negros y amarillos, o sea los Malayos, a los cuales encontraron en posesión de las provincias del Sur, les trajeron, he dicho, el gobierno patriarcal, forma susceptible de diversas aplicaciones, restrictivas o extensivas. Hemos visto que esta forma, aplicada a los negros, degenera rápidamente en despotismo duro y exaltado; pero entre los Malayos, y especialmente en las poblaciones más puramente amarillas, si el despotismo existe, está por lo menos templado en su acción y obligado a abstenerse de excesos inútiles, faltos como se hallan los súbditos de la imaginación necesaria para sentirse más espantados que irritados, y para comprenderlos y tolerarlos. Así se explica la constitución particular de la realeza en China.

Una relación general de la primera constitución política de este país con las organizaciones especiales de todas las ramas blancas, relación curiosa que todavía no he hecho resaltar, es la institución fragmentaria de la autoridad y su diseminación en un gran número de soberanías más o menos unidas por el lazo común de un poder supremo. Esta especie de dispersión de fuerzas, lo hemos visto en Asiria, donde los Camitas, y después los Semitas, fundaron tantos Estados aislados bajo la soberanía, reconocida o disputada, según los tiempos, de Babilonia y de Nínive, diseminación tan extrema que, después de los reveses de los descendientes de Salomón, se crearon treinta y dos Estados distintos únicamente con los restos de las conquistas de David, del lado del Éufrates. En Egipto, antes de Menés, el país estaba igualmente dividido entre muchos príncipes, y lo mismo ocurrió en la India, donde siempre se conservó mejor el carácter ario. No se produjo nunca una completa reunión territorial del país bajo el cetro de ningún príncipe brahmánico.

En China sucedió de muy distinta manera, y ello es una nueva prueba de la repugnancia del genio ario por la unidad, cuya acción, según la expresión romana, se resume en estas dos palabras: *reges et greges*.

Los Arios, vencedores orgullosos que no se convierten fácilmente en súbditos, quisieron, al adueñarse de razas inferiores, no dejar en manos

de uno solo de los suyos el disfrute del mando. En China, pues, como en las demás colonizaciones de la familia, la soberanía del territorio fué fraccionada, y bajo la soberanía precaria de un emperador se estableció, celosa de sus derechos, una feudalidad, que se mantuvo desde la invasión de los chatrías hasta el reinado de Tsin-chi-hoang-ti, el año 246 antes de J.-C., o, dicho de otra manera, todo el tiempo que la raza blanca conservó suficiente virtualidad para mantener sus principales aptitudes. Mas, tan pronto como su fusión con las familias malaya y amarilla fué bastante pronunciada para que no quedasen ni grupos semiblancos, y la masa de la nación china se encontró acrecentada en el grado en que los grupos, hasta entonces dominadores, habían sido disminuídos hasta quedar humillados y confundidos con ella, el sistema feudal, la dominación jerárquica, el gran número de pequeños vecinos y las independencias personales, no tuvieron ya razón de existir y el rasero imperial pasó sobre todas las testas, sin distinción alguna.

A partir de entonces quedó China constituída en su forma actual. Sin embargo, la revolución de Tsin-chi-hoang-ti no hizo sino abolir el último vestigio aparente de la raza blanca, y la unidad del país no añadió nada a sus formas gubernamentales, que permanecieron patriarcales como antes. No hubo otra novedad que esta, grande, por lo demás, en sí misma: que los últimos restos de la independencia y de la dignidad personal, comprendidas a la manera aria, habían desaparecido para siempre, ante las invasiones definitivas de la especie amarilla.

Otro punto aún. Hemos visto a la raza malaya recibir en el Yunán las primeras lecciones de los arios al aliarse con ellos; después, con las conquistas y agregaciones de toda clase, la familia amarilla se aumentó rápidamente y acabó por neutralizar, en el mayor número de provincias del Imperio, a los mestizos negros, pues al dividir la virtud de la especie blanca no la transformaba. De ello se derivó durante algún tiempo una falta de equilibrio manifestada por la aparición de algunas costumbres completamente bárbaras.

Así, en el Norte, los príncipes difuntos fueron frecuentemente enterrados con sus mujeres y sus soldados, costumbres tomadas, ciertamente, de la especie finesa. Se admitió también como merced imperial enviar un sable a un mandarín caído en desgracia para que él mismo se diese la muerte. Estos vestigios de salvaje crueldad no persistieron. Hubieron de desaparecer ante las instituciones subsistentes de la raza blanca y lo que sobrevivía aún de su espíritu. A medida que nuevas tribus amarillas se fundían entre el pueblo chino, tomaban las costumbres y las ideas de éste. Luego, como estas ideas iban siendo compartidas por una masa cada vez mayor, iban disminuyendo en fuerza, se embotaban, perdían la facultad de crecer y de desarrollarse y el estancamiento se extendía irresistiblemente.

En el siglo XIII de nuestra era, una terrible catástrofe sacudió al mundo asiático. Un príncipe mogol, Témutchin, agrupó bajo sus estandartes a un número inmenso de tribus del Alta Asia, y, entre otras conquistas, empezó la de China, terminada por Kubilai. Los Mogoles, viéndose dueños del país, afluyeron de todas partes, y uno se pregunta por qué, en vez de fundar instituciones concebidas por ellos, se apresuraron a reconocer como

buenas las inspiraciones de los mandarines; por qué se colocaron bajo la dirección de aquellos vencidos, se conformaron perfectamente con las ideas del país, se jactaron de civilizarse al estilo chino, y acabaron, al cabo de algunos siglos y después de haber recorrido más bien que abrazado el Imperio, haciéndose expulsar vergonzosamente.

He aquí lo que a ello respondo. Las tribus mogoles, tártaras y arias, que formaban los ejércitos de Gengis-Kan, pertenecían, en su casi totalidad, a la raza amarilla. Sin embargo, como, en una época bastante remota, las principales ramas de la coalición, es decir, los mogoles y los tártaros, habían sido penetradas por elementos blancos, tales como los llegados de Hakas, se originó de ello un largo período de civilización relativa frente a las ramas puramente amarillas de aquellas naciones, y, como consecuencia de esta superioridad, la facultad, bajo circunstancias especiales, de reunir esas ramas alrededor de un mismo estandarte y de llevarlas a concurrir algún tiempo hacia un mismo objetivo. Sin la presencia y la feliz conjunción de los principios blancos difundidos entre multitudes amarillas, es completamente imposible explicarse la formación de los grandes ejércitos invasores que, en diferentes épocas, salieron del Asia Central con los Hunos, los Mogoles de Gengis-Kan, los Tártaros de Timur, multitudes, todas ellas, coligadas y en modo alguno homogéneas.

Si, dentro de estas aglomeraciones, las tribus dominantes poseían su iniciativa, en virtud de una reunión fortuita de elementos blancos hasta entonces diseminados en demasía para actuar, y que, en cierto modo, galvanizaban la población circundante, la riqueza de estos elementos no era, sin embargo, suficiente para infundir a las masas por ellos aleccionadas una gran aptitud civilizadora, ni aun para mantener, entre lo más selecto de estas masas, la pujanza del movimiento que las había elevado a la categoría de conquistadores. Imaginémonos, pues, a estos triunfadores amarillos, animados, casi diría embriagados, por el concurso accidental de algunas mezclas blancas diluídas en su seno, ejerciendo desde entonces una superioridad relativa sobre sus congéneres más absolutamente amarillos. Estos triunfadores no están, sin embargo, bastante afinados para fundar una civilización propia. No harán como los pueblos germánicos que, empezando por adoptar la civilización romana, la transformaron pronto en otra cultura completamente original. No tienen el valor de llegar a eso. Únicamente poseen un instinto bastante fino que les hace comprender los méritos del orden social, y, capaces así del primer paso, se vuelven respetuosamente hacia la organización que rige a pueblos amarillos como ellos mismos.

No obstante, si existe parentesco y afinidad entre las naciones semibárbaras del Asia Central y los Chinos, no hay identidad. Entre los Chinos, la mezcla blanca y sobre todo malaya se hace sentir con mucha mayor fuerza, y, por consiguiente, la aptitud civilizadora es bastante más activa. Entre las otras naciones hay manifiesta inclinación hacia la civilización china, aunque menos por lo que ha conservado de ario que por lo que es correlativo en ella al genio étnico de los Mogoles. Éstos, pues, son siempre bárbaros a los ojos de sus vencidos, y cuantos más esfuerzos hacen para retener las lecciones de los Chinos, más despreciables resultan. Sintiéndose así aislados en medio de varios centenares de millones de súb-

ditos desdeñosos, no osan separarse, se concentran en lugares de reunión, no se atreven a renunciar al uso de las armas, y como, sin embargo, la manía imitativa de que se ven poseídos los empuja de lleno hacia la molicie china, llega un día en que, sin arraigo en el país, aunque nacidos de mujeres autóctonas, un simple empujón basta para arrojarlos de allí. Esta es la historia de los Mogoles, y ésta será igualmente la de los Manchúes.

Para apreciar la verdad de lo que digo respecto a la inclinación de los dominadores del Asia Central por la civilización china, basta considerar a esos nómadas en conquistas distintas de las que hicieron en el Celeste Imperio. En general, se ha exagerado mucho su salvajismo. Los Hunos, los Hiung-niu de los Chinos, distaban mucho de ser los jinetes estúpidos que el terror de Occidente ha imaginado. Colocados, seguramente, en un grado social poco elevado, no por eso carecían de instituciones sociales bastante hábiles, de una organización militar razonada, de grandes ciudades, de mercaderes opulentos y aun de monumentos religiosos. Otro tanto podría decirse de otras muchas poblaciones finesas, tales como los Kirguises, raza más notable que todas las demás, porque estuvo más mezclada todavía con elementos blancos. No obstante, estos pueblos que sabían apreciar el mérito de un gobierno pacífico y de las costumbres sedentarias, se mostraron continuamente muy hostiles a toda civilización cuando se encontraron en contacto con ramas pertenecientes a variedades humanas diferentes de la especie amarilla. En la India, ningún Tártaro mostró jamás la menor propensión por la organización brahmánica. Con una facilidad que revela la poca aptitud dogmática de estos espíritus utilitarios, las hordas de Tamerlán se apresuraron, en general, a adoptar el islamismo. ¿Se les vió conformar también sus costumbres con las de las poblaciones semíticas que les comunicaban la fe? De ninguna manera. Estos conquistadores no cambiaron ni de costumbres, ni de indumentaria, ni de lengua. Permanecieron aislados, hicieron muy poco por introducir en su idioma las obras maestras de una literatura más brillante que sólida y que debió de parecerles insensata. Acamparon como señores, y como señores indiferentes, sobre el suelo de sus esclavos. ¡Cuánto dista este desdén del simpático respeto en que esas mismas tribus amarillas no dejaban de experimentar en cuanto se acercaban a las fronteras de la civilización china!

He expuesto las razones étnicas que creo impidieron a los Manchúes, como lo impidieron a los Mogoles, la fundación de un Imperio definitivo en la China. Si hubiese identidad perfecta entre ambas razas, los Manchúes, que nada han aportado al acervo de ideas del país, acogerían las nociones existentes, no temerían desbandarse y confundirse con las diferentes clases de aquella sociedad, y no habría sino un solo pueblo. Pero como son dominadores que no dan nada y no asimilan sino hasta cierto punto; como son jefes que, en realidad, resultan inferiores, su situación ofrece una chocante inconsecuencia que no acabará sino con la expulsión de la dinastía.

Cabe preguntarse lo que acontecería si una invasión blanca viniese a reemplazar al gobierno actual y a llevar a cabo el osado proyecto de Lord Clive.

Este gran hombre pensaba que sólo hacía falta un ejército de treinta mil hombres para someter a todo el Imperio del Centro, y se inclina uno

a tener por exacto su cálculo viendo la crónica apatía de aquellas pobres gentes, que no quieren se turbe la tranquila fermentación digestiva, única preocupación suya en este mundo. Supongamos, pues, intentada y terminada la conquista. ¿En qué posición se hubieran encontrado esos treinta mil hombres? Según Lord Clive, su papel hubiera debido limitarse a estar de guarnición en las ciudades. Como el éxito se hubiera perseguido con una única finalidad de explotación, las tropas habrían ocupado los principales puertos, quizá hubieran llevado a cabo expediciones por el interior del país para mantener la sumisión, asegurar la libre circulación de las mercaderías y la cobranza de los impuestos, y nada más.

Semejante estado de cosas, por muy conveniente que resulte, no puede nunca prolongarse largo tiempo. Treinta mil hombres para dominar a trescientos millones, es demasiado poco, sobre todo cuando estos trescientos millones muestran tanta unidad de sentimientos y de instintos, de necesidades y de repugnancias. El audaz general hubiera acabado por aumentar sus fuerzas, elevándolas a una cifra más proporcionada a la inmensidad del océano popular cuyas tormentas hubiera querido contener con su voluntad. Aquí doy comienzo a una especie de utopía.

Si continúo suponiendo a Lord Clive un sencillo y fiel representante de la madre patria, aparece siempre, a pesar del aumento indefinido de su ejército, muy aislado, muy amenazado, y, un día, él o sus descendientes serán arrojados de aquellas provincias que ven en todos los conquistadores a unos intrusos. Pero cambiemos de hipótesis: dejémonos llevar de la sospecha que hizo que los directores de la Compañía de las Indias rechazasen las suntuosas proposiciones del gobernador general. Imaginemos que Lord Clive, súbdito poco leal de la Corona de Inglaterra, aspira a reinar por su cuenta, deja de rendir pleito homenaje a la metrópoli y se erige en verdadero emperador de la China, entre pueblos sojuzgados por su espada. Entonces las cosas pueden presentarse muy diferentemente que en el primer caso.

Si sus soldados son todos de raza europea o si un gran número de cipayos hindúes o musulmanes andan mezclados con Inglaterra, el elemento inmigrante se resentirá de ello, necesariamente, en la medida de su vigor. A la primera generación, el jefe y el ejército extranjero, muy expuestos a que se les eche, conservarán aún por entero su energía racial para defenderse y sabrán salvar, sin grandes dificultades, aquellos momentos de peligro. Se dedicarán a introducir por la fuerza sus nuevas ideas en el gobierno y en la administración. Europeos, se indignarán de la petulante mediocridad de todo el sistema, de la vacua pedantería de la ciencia local, de la apatía engendrada por deplorables instituciones militares. Harán a la inversa de los Manchúes, que se pasmaron de asombro ante tan admirables cosas. Contra ello descargarán resueltamente el hacha, renovando, bajo nuevas formas, la proscripción literaria de Tsin-chi-hoang-ti.

A la segunda generación, resultarán mucho más fuertes desde el punto de vista del número. Una fila cerrada de mestizos, nacidos de mujeres indígenas, les habrá proporcionado un feliz intermediario con las poblaciones. Esos mestizos, educados, de un lado, dentro del modo de pensar de sus padres, y, de otro, dominados por el sentimiento de los compa-

triotas de sus madres, suavizarán lo que la importación intelectual ofrecía de excesivamente europeo y lo acomodarán mejor a las ideas locales. Pronto, de generación en generación, el elemento extranjero irá dispersándose entre las masas modificándolas, y la antigua sociedad china, cruelmente trastornada, si no hundida, no se restablecerá ya más; pues la sangre aria de los chatrías está agotada tiempo ha, y si su tarea quedase interrumpida no podría ya reanudarse.

Por otra parte, las graves perturbaciones introducidas en la sangre china no conducirían ciertamente — acabo de decirlo — a una civilización a la europea. Para transformar trescientos millones de almas, todas nuestras naciones reunidas no ofrecerían sangre bastante, y los mestizos, por lo demás, no reproducen nunca lo que fueron sus padres. De ello, pues, hay que inferir:

1.° Que en China, las conquistas debidas a la raza amarilla y que no podían sino abatir la fuerza de los vencedores ante la organización de los vencidos, no han cambiado nunca nada ni cambiarán jamás nada en el estado secular del país;

2.° Que una conquista de los blancos, en ciertas condiciones, poseería sin duda la virtud de modificar y aun de derribar para siempre el estado actual de la civilización china, aunque sólo por medio de los mestizos.

Aun esta tesis, que puede teóricamente establecerse, tropezaría, en la práctica, con muy graves dificultades, resultantes de la cifra enorme de las poblaciones aglomeradas, circunstancia que haría sumamente difícil, a la más numerosa de las emigraciones, castigar seriamente sus filas.

La nación china parece, por tanto, destinada a conservar todavía sus instituciones durante un espacio de tiempo incalculable. Será fácilmente vencida y dominada; pero transformada, no veo el medio.

Esta inmutabilidad gubernamental, esta persistencia inaudita en sus formas administrativas, las debe al solo hecho de que siempre, desde que fué lanzada a la vida social por los Arios, ha dominado en su suelo la misma raza, y que nunca ha penetrado allí ninguna idea extranjera con un cortejo bastante poderoso para desviar su curso.

Como demostración de la omnipotencia del principio étnico en los destinos de los pueblos, el ejemplo de China es tan sorprendente como el de la India. Este país, gracias a las circunstancias, ha obtenido, sin gran esfuerzo y sin exageración alguna de sus instituciones políticas, al contrario, suavizando lo que su absolutismo tenía, en germen, de demasiado extremado, ha obtenido, repito, el resultado que los brahmanes, con toda su energía y todos sus esfuerzos, no lograron sino muy imperfectamente. Los brahmanes, para salvaguardar sus reglas, tuvieron que preservar, por medios ficticios, la conservación de su raza. La invención de las castas hubo de sostenerse siempre en una forma laboriosa, a menudo ilusoria, y ha tenido el inconveniente de arrojar fuera de la familia hindú a multitud de personas que han ayudado luego a las invasiones extranjeras y aumentado el desorden extrasocial. Con todo, el brahmanismo ha logrado casi su finalidad, y preciso es añadir que esta finalidad, incompletamente lograda, es mucho más digna que la otra a cuyos pies se arrastra la población china. Ésta, en su interminable existencia, ha gozado de mayor calma y de paz porque en los conflictos con las razas diversas que la han

atacado desde hace 4,000 años, nunca ha tenido que habérselas sino con poblaciones extranjeras muy poco numerosas para amenguar la densidad de sus masas soñolientas. Ha permanecido, pues, más homogénea que la familia hindú, y por lo mismo más tranquila y estable, pero también más inerte.

En suma, la China y la India son las dos columnas, las dos grandes pruebas vivientes de esta verdad: que las razas no se modifican por sí mismas sino en los detalles; que no son aptas para transformarse, y que no se apartan jamás de la vía particular trazada para cada una de ellas, aunque su viaje haya de durar tanto como el mundo.

CAPÍTULO VI

LOS ORÍGENES DE LA RAZA BLANCA

Del mismo modo que, al lado de las civilizaciones asiria y egipcia, hemos visto formarse sociedades de mérito secundario con ayuda de elementos tomados de la raza civilizadora, así también la India y la China están rodeadas de una pléyade de Estados, de los cuales unos se hallan formados según la norma hindú, otros se esfuerzan en aproximarse cuanto pueden al ideal chino, y otros, finalmente, se mantienen equidistantes de ambos sistemas.

En la primera categoría debe colocarse a Ceilán, y, muy antiguamente, a Java, hoy musulmana, y a varias de las islas del Archipiélago, como Bali, Sumatra y otras.

En la segunda debe meterse al Japón, a Corea y, en último lugar, a Laos.

La tercera comprende, con modificaciones infinitas en la medida en que es aceptada cada una de esas dos civilizaciones rivales, el Nepal, el Bután, los dos Tibets, el reino de Ladakh, los Estados de la India transgangética y una parte del Archipiélago del mar de las Indias, de tal manera que de isla en isla, de grupo en grupo, las poblaciones malayas han hecho circular hasta la Polinesia invenciones chinas o hindúes, que van borrándose gradualmente a medida que disminuye la mezcla con la sangre de una de las dos razas iniciadoras.

Hemos visto a Nínive irradiar su influencia sobre Tiro, y a Tiro sobre Cartago; inspirar a los Himyaritas, a los hijos de Israel, y luego perder cada vez más su acción sobre estos países, según que la identidad de las razas estuviera más alterada entre ellos y ella. Paralelamente hemos visto a Egipto enviar la civilización al interior de África. Las sociedades secundarias de Asia presentan, con el mismo espectáculo, la observación rigurosa de las mismas leyes.

El género de cultura peculiar de la India, así como el sistema de castas, fueron introducidos en Ceilán, en Java, en Bali por emigraciones brahmánicas antiquísimas. Estas colonizaciones, cada vez más restringidas, iban desmereciendo según se alejaban de las orillas del Dekkhán. Las más leja-

nas, en las que la sangre hindú era menos abundante, fueron también las más imperfectas.

Mucho tiempo antes de la llegada de los arios, la sangre de los aborígenes negros había sido modificada por invasiones de pueblos amarillos, y en muchos sitios los mestizos malayos habían comenzado ya a sustituir a las tribus puramente negras. Fué eso una razón determinante para que las sociedades derivadas, constituídas más tarde bajo la influencia de los mestizos blancos, no se pareciesen, pese a todos los esfuerzos de los iniciadores, a las de los países en que la raza negra pura servía de base. El natural malayo, más frío, más razonador, más apático, se avino mal con la separación de castas, y en cuanto apareció el budismo, esta religión grosera logró implantarse prontamente entre las multitudes semiamarillas. ¡Qué éxitos no había de obtener entre aquellas cuyos elementos estaban más libres todavía de principios negros! Ceilán y Java fueron durante largo tiempo las ciudadelas de la fe de Buda. Como en estas dos islas existía el principio ario hindú, el culto de Sakya se mantuvo allí con bastante nobleza. Construyó en Java hermosos monumentos: testigos los de Boro-Budor, Madjapahit, Brambanan, y, no apartándose mucho, no degenerando completamente de los antecedentes intelectuales que constituyen la gloria de la India, originó una literatura notable, donde se hallan mezcladas las ideas brahmánicas y las del nuevo sistema religioso. Más tarde, Ceilán y Java recibieron colonizaciones árabes. El islamismo hizo allí grandes progresos, y la sangre malaya, modificada y realzada así por las inmigraciones brahmánicas, búdicas y semíticas, no descendió jamás a la bajeza de los otros pueblos de su raza.

En el Japón, las apariencias son chinas, y gran número de instituciones fueron aportadas por varias colonias llegadas del Celeste Imperio originariamente y en diversas épocas. Existen también allí elementos étnicos muy diferentes y que producen divergencias sensibles. Así, el Estado es todavía feudal y el carácter de los nobles hereditarios es aún belicoso. El doble gobierno laico y eclesiástico se hace obedecer con gran trabajo. La política suspicaz de China respecto de los extranjeros ha sido adoptada también por el Kubo, que cuida mucho de aislar a sus súbditos del contacto de Europa. Parece que el estado de los espíritus justifica su actitud y que, cortados sobre un modelo muy diferente de los chinos, sus administradores, de índole muy peligrosa, están ávidos de novedades. Resulta, pues, que el Japón es arrastrado hacia la corriente de la civilización china por los resultados de numerosas inmigraciones amarillas, y que al mismo tiempo resiste a ella por el efecto de principios étnicos que no pertenecen a la sangre finesa. En efecto, en la población japonesa existe una fuerte dosis de mezcla negra y quizá aún algunos elementos blancos en las altas clases de la sociedad. De modo que, no remontándose los primeros hechos de la historia de este país más allá del año 660 a. de J.-C., el Japón se encontraría hoy poco más o menos en la situación en que se encontró China bajo la dirección de los descendientes de los Chatrías rebeldes, hasta el emperador Tsin-chi-hoang-ti. La idea de que la población malaya que forma el fondo del país fué primitivamente civilizada por colonias de raza blanca se vería confirmada por el hecho de que se encuentran allí exactamente, con los comienzos de la Historia, los mismos relatos míticos que en Asiria,

en Egipto y aun en China, aunque de manera todavía más señalada. Los primeros soberanos anteriores a la época positiva son dioses, luego semidioses. Me explico el desarrollo de imaginación poética acusado por la naturaleza de esta tradición — desarrollo que sería incomprensible en un pueblo amarillo puro — por cierto predominio de elementos negros. Esta opinión no es una hipótesis. Kaempfer, en su *Historia del Japón,* hace observar la presencia de negros en una isla al Norte del Japón pocos siglos antes de su viaje; y al Sur del mismo punto los había también, según el testimonio de los anales escritos que el mismo historiador aduce. Así se explicarían las particularidades fisiológicas y morales que crean la originalidad japonesa.

Por lo demás, no hay que engañarse: aquel rincón del mundo tan poco conocido reserva la solución de cuestiones etnográficas elevadísimas. Cuando sea permitido llegar a él, estudiarlo con tranquilidad, comparar las razas que lo habitan, proyectar las observaciones sobre los archipiélagos que le tocan por el Norte, se encontrarán allí apoyos decisivos para el esclarecimiento de lo que de más arduo presentan los orígenes americanos.

La Corea es, lo mismo que el Japón, una copia de China, aunque menos interesante. Como la sangre aria no ha llegado a aquellos parajes apartados sino por comunicación muy indirecta, no ha producido en ellos sino esfuerzos de imitación muy torpes. Según lo he insinuado ya, el Laos se encuentra aún en inferior posición, y más baja todavía se halla la población del Archipiélago de Lieu-Kieu.

Los países en que los dos principios hindú y chino se reparten las simpatías de las poblaciones son igualmente extraños a la conquista más hermosa de las civilizaciones y que ellos veneran: la estabilidad. Nada tan movido y variable como las ideas, doctrinas y costumbres de esos territorios. Esta movilidad nada tiene que reprochar a la nuestra. En las tierras transgangéticas, los pueblos son malayos y sus nacionalidades se confunden entre matices tan imperceptibles como innumerables, según que dominen los elementos amarillos o negros. Cuando una invasión del Este da la preponderancia a los primeros, el espíritu brahmán retrocede y es cuando se reproduce la situación de los últimos siglos en numerosas provincias, donde imponentes ruinas y pomposas inscripciones en caracteres «devanagaris» proclaman aún la antigua dominación de la raza sánscrita o, por lo menos, la de los budistas expulsados por ella.

Algunas veces también el principio blanco vuelve a prevalecer. Entonces sus misiones alcanzan verdaderos éxitos en Assam, en los Estados Anamitas y entre los Birmanos. En el Nepal las invasiones modernas han infundido igualmente nuevo brío al brahmanismo, pero ¡qué brahmanismo! Tan imperfecto como ha podido forjarlo la raza amarilla.

Por el Norte, hacia el centro de las cadenas del Himalaya, en aquel dédalo de montañas en que los dos Tibets han establecido los santuarios del budismo lamaico, comienzan las imitaciones inadmisibles de las doctrinas de Sakya, que llegan, alterándose, hasta las orillas del mar Glacial, casi hasta el estrecho de Behring.

Invasiones arias, de épocas diferentes, han dejado, en el fondo de aquellas montañas, numerosas tribus muy mezcladas con la sangre amarilla. Allí es donde hay que buscar el origen de la civilización tibetana y la causa de

su pasado esplendor. La influencia china vino pronto a contrarrestar en este terreno el genio de la familia hindú, y, sostenida por la mayoría de los elementos étnicos, ganó, naturalmente, mucho terreno y lo gana cada día más.

La cultura hindú decae visiblemente alrededor de Lassa.

Más arriba, hacia el Norte, cesa bien pronto de aparecer, en cuanto se abren estepas recorridas por las grandes naciones nómadas del Asia central. En estas frías regiones reina tan sólo una burda mistificación de las ideas chinas. con un budismo reformado, casi por completo despojado de las ideas hindúes.

No me cansaré de repetirlo: se ha representado como más bárbaras de lo que son, y sobre todo como más bárbaras de lo que eran, a esas poderosas masas de hombres que tanto influyeron, bajo Atila, bajo Gengis-Kan, en la época de Timur *el Cojo*, en los destinos del mundo, incluso en los del mundo occidental. Pero, al clamar por que se haga mayor justicia a los jinetes amarillos de las grandes invasiones, he de reconocer que su cultura careció de originalidad y que los constructores extranjeros de aquellos templos y de aquellos palacios cuyas ruinas cubren las estepas mogolas, y que permanecieron aislados en medio de los guerreros que solicitaban y remuneraban sus servicios, procedían generalmente de China. Hecha esta reserva, puedo decir que ningún pueblo ha llevado más lejos que los Kirguises el amor a la imprenta y a sus producciones. Príncipes sin gran renombre y de mediano poderío, Ablai entre otros, llenaron el desierto de monasterios búdicos, hoy en ruinas. Muchos de estos monumentos ofrecieron hasta el siglo pasado, en que fueron visitados por el académico Müller, el espectáculo de sus grandes salas devastadas desde hacía años, medio desmanteladas y sin techos ni ventanas, y, no obstante, todas llenas aún de millares de volúmenes. Los libros desparramados por el suelo, a causa de la rotura de los estantes enmohecidos, ofrecían a las tribus nómadas de las cercanías y a todos los cosacos de los contornos tacos para sus fusiles y papel para tapar las aberturas de las ventanas.

¿De dónde pudo provenir esta perseverancia, esta buena voluntad por la civilización entre aquellas multitudes belicosas del siglo XVI, que llevaban una existencia de las más duras, de las más sujetas a privaciones, en un suelo improductivo? Ya lo he dicho más arriba: de una mezcla antigua de razas con algunas ramas blancas extraviadas.

Ahora es ocasión de abordar un problema que adquirirá en seguida las proporciones más imponentes y hará vacilar al espíritu más audaz.

He citado en el capítulo precedente los nombres de seis naciones blancas conocidas de los Chinos por haber residido, en época relativamente reciente, en sus fronteras del Noroeste y del Este. Con estas palabras *relativamente reciente* indico el siglo II antes de nuestra era.

Esas naciones han tenido todas un desarrollo ulterior conocido.

Dos de ellas, los Yue-tchi y los U-Sun, que habitaban en la orilla izquierda del Hoang-ho, junto al confín del desierto de Gobi, fueron atacadas por los Hunos, Hiung-niu, pueblo de raza turca llegado del Nordeste. Obligados a ceder ante el número y separados en sus retiros, los Yue-tchi fueron a establecerse un poco más hacia el Sudoeste, y los U-Sun bastante

lejos en la misma dirección, sobre la vertiente septentrional del Thian-Chan.

El temible avance de las masas enemigas no los dejó gozar largo tiempo en paz en su improvisada patria. Al cabo de doce años, los Yue-tchi fueron nuevamente atacados y vencidos. Atravesaron el Thian-chan, costearon el nuevo país de los U-Sun y fueron a establecerse en el Sur, sobre el Sihun, en la Sogdiana. Allí se encontraba una nación blanca como ellos, a la que los Chinos llamaban Szu y que los historiadores griegos denominaban Getas o Hindoescitas. Son los Khetas del *Mahabharata,* los Ghats actuales del Pendjab, los Utsavaran-Ketas de la Cachemira occidental. Estos Getas, atacados por los Yue-tchi, les cedieron el terreno y retrocedieron hasta la monarquía mestiza y degenerada de los Bactrianos-Macedonios. Habiéndola derribado, fundaron sobre sus ruinas un Imperio que no dejó de tener bastante importancia.

Durante este tiempo, los U-Sun habían resistido con éxito los asaltos de las hordas húnicas. Se habían extendido sobre las riberas del río Yli, fundando allí un Estado considerable. Como entre los Arios primitivos, sus costumbres eran pastorales y guerreras, sus jefes llevaban el título que la transcripción china hace pronunciar *Kuen-mi* o *Kuen-mo,* y en el que se descubre fácilmente la raíz de la palabra germánica *Kunig* (1). Las costumbres de los U-Sun eran sedentarias.

La prosperidad de esta valerosa nación creció rápidamente. El año 107 antes de J.-C., esto es, 170 años después de la emigración, la organización de este pueblo ofrecía bastante solidez para que la política china se creyese en el caso de buscar en él un apoyo contra los Hunos. Entre el emperador y el Kuen-mi de los U-Sun se pactó una estrecha alianza, y del reino del Centro fué una princesa a compartir el poderío del soberano blanco y a llevar el título de *Kuen-ti* (*queen,* reina).

Pero el espíritu de independencia personal y de fraccionamiento, propio de la raza aria, decidió muy pronto de la suerte de una monarquía que, expuesta a incesantes ataques, hubiera necesitado estar fuertemente unida para hacerles frente. Bajo el reinado del nieto de la reina china, la nación se dividió en dos ramas, regidas por jefes diferentes, y como consecuencia de esta desacertada escisión, la parte del Norte se vió muy pronto acosada por los bárbaros amarillos, llamados Sian-pi, que acudiendo en gran número expulsaron a los habitantes. Al principio los fugitivos se retiraron hacia el Oeste y el Norte. Después de haber permanecido allí durante cuatrocientos años fueron de nuevo expulsados y dispersados. Una fracción buscó refugio más allá del Yaxartes, en las tierras de la Transoxiana; el resto se dirigió hacia Irtisch y se retiró a la estepa de los Kirguises, donde el año 619 de nuestra era, habiendo caído bajo el dominio de los turcos, se mezcló con sus vencedores y desapareció.

La otra rama de los U-Sun fué absorbida por los invasores y se mezcló con ellos como el agua de un lago a la del gran río que lo atraviesa.

Al lado de los U-Sun y de los Yue-tchi, cuando éstos moraban junto al Hoang-ho, vivían otros pueblos blancos. Los Ting-ling ocupaban el país al Occidente del lago Baikal; los Yu-te se extendían por las planicies al

(1) Ritter, *Erdkunde, Asien,* t. I, ps. 433 y 434.

Oeste de los U-Sun; los Chu se extendían hacia la región más meridional, donde hoy está Kaschgar; los Kian-kuan o Ha-kas subían hacia el Yenisei, donde posteriormente se fusionaron con los Kirguises. Finalmente, los Yan-thsai, Alanos-Sármatas, tocaban el extremo septentrional del mar Caspio.

No se ha perdido de vista que se trata aquí del año 177 ó 200 a. de Jesucristo. Se ha hecho notar también que todos los pueblos blancos que acabo de mencionar, cuando pudieron sostenerse, fundaron sociedades: tales son los Szu o Getas, los U-Sun y los Yan-thsai o Alanos. Paso a una nueva consideración que se deduce de lo que precede.

Toda vez que la raza negra ocupaba, en las épocas primitivas y antes del descenso de las naciones blancas, la parte austral del mundo, teniendo por fronteras, en Asia, por lo menos la parte inferior del mar Caspio, por un lado, y por otro las montañas del Kuen-lun, hacia los 36° de latitud Norte, y las islas del Japón bajo el grado 4 aproximadamente; toda vez que la raza amarilla, en la misma época, anteriormente a toda aparición de los pueblos blancos en el Sur, se encontraba extendida por lo menos hasta el Kuen-lun, y en China meridional hasta las orillas del mar Glacial, mientras que en los países de Europa llegaba hasta Italia y España, lo cual supone la ocupación previa del Norte; toda vez, en fin, que la raza blanca, al aparecer sobre las crestas del Imaús y dejarse ver en los límites del Turán, invadía territorios que le eran desconocidos, por todas esas razones resulta bien evidente, indiscutible y positivo que los primeros dominios de esta raza blanca deben ser buscados en las mesetas del centro de Asia, verdad ya admitida, pero que además se puede delimitar de una manera exacta. Por el Sur, estos territorios tienen su frontera desde el lago Aral hasta el curso superior del Hoang-ho, hasta el Kuku-Nor. Al Oeste, la frontera corre del mar Caspio a los montes Urales. Al Este, remonta bruscamente fuera del Kuen-lun hacia el Altai. La delimitación por el Norte parece más difícil; sin embargo, vamos en seguida a buscarla y encontrarla.

Que la raza blanca era muy numerosa, es un hecho cierto, y de ello he aportado las pruebas principales. Era, además, sedentaria y, asimismo, pese a las considerables masas de pueblos que dejó establecidos fuera de sus fronteras, muchas de sus naciones permanecieron aún en el Noroeste de China mucho después que la raza amarilla hubo logrado quebrantar la resistencia del tronco principal, destrozarlo, dispersarlo y penetrar en lugar suyo en el Asia austral. Ahora bien, la posición que ocupaban, en el siglo II antes de nuestra era, los Yue-tchi y los U-sun, en la ribera izquierda del Hoang-ho, en dirección del Gobi superior, esto es, en la ruta directa de las invasiones amarillas, hacia el centro de China, no puede por menos de sorprender, y se la podría considerar como forzada, como un violento resultado de ciertos choques que hubiesen rechazado las dos ramas blancas de un territorio más antiguo y más naturalmente situado, si la posición relativa de las seis naciones ya mencionadas no indicase que todos estos miembros de la gran familia dispersa se encontraban realmente en su propia tierra y formaban los jalones de los antiguos dominios de su raza, en la época en que estaba agrupada. Hubo, pues, una extensión primitiva de los pueblos blancos más allá del lago Kuku-Nor hacia el Este, mientras

que, por el Norte, esos mismos pueblos lindaban todavía, en una época bastante baja, con el lago Baikal y con el curso superior del Yenisei. Ahora que están precisados todos los límites se puede inquirir si el suelo que abarcan no encierra algunos restos materiales, algunos vestigios que puedan referirse a nuestros primeros padres. Bien sé que pido aquí antigüedades casi hiperbólicas. No obstante, la empresa no es quimérica en presencia de los descubrimientos curiosos y de tanto misterio rodeados que, en el siglo último, llamaron la atención del emperador Pedro *el Grande* y ofrecieron, en su persona, una prueba más de esa especie de adivinación característica del genio.

Los Cosacos, conquistadores de la Siberia a fines del siglo XVI, habían encontrado rastros de túmulos, ya de tierra, ya de piedras, que, en medio de las estepas completamente desiertas, seguían el curso de los ríos. También se les encontraba en el Ural medio. La mayor parte eran de medianas proporciones. Algunos, magníficamente construídos en bloques de serpentina y de jaspe, presentaban la forma piramidal y medían hasta quinientos pies de perímetro en la base.

En las cercanías de estas sepulturas, se veían, además, largos restos de circunvalaciones, de baluartes macizos, y, lo que hoy ofrece aún gran utilidad para los Rusos, innumerables trabajos de minas en todos los sitios abundantes en oro, plata y cobre.

Los Cosacos y los administradores imperiales del siglo XVII hubieran hecho poco caso de estos restos de antigüedades desconocidas, a excepción, quizá, de las bocaminas, si una circunstancia interesante no les hubiese cautivado. Los Kirguises acostumbraban abrir aquellas tumbas, y muchos aun hacían de ello una profesión, lo que se explicaba perfectamente. De ellas sacaban gran cantidad de ornamentos e instrumentos de oro, plata y cobre. En los monumentos construídos para el común del pueblo, los hallazgos eran de mediocre valor; por lo mismo, los cazadores Kirguises han dejado subsistir, hasta nuestros días, un gran número de esas construcciones. Pero las más bellas, las que revelaban en el muerto algún rango o una situación opulenta, fueron removidas sin piedad, pero no sin provecho, puesto que en su interior se recogió oro en abundancia.

Los Cosacos no tardaron en tomar parte en esas operaciones destructivas; pero habiéndose enterado Pedro *el Grande*, prohibió fundir ni destruir los objetos desenterrados en las excavaciones y ordenó que le fueran enviados a San Petersburgo. Así fué cómo se fundó en esta capital el curioso museo de las antigüedades tchudas, precioso por la materia y más aún por su valía histórica. A estos monumentos se los llamó *tchudas* o *danos*, honor inmerecido que se tributaba a los Fineses, debido a no conocerse sus verdaderos autores.

Los descubrimientos no debían limitarse ahí. Bien pronto se advirtió que no se había visto todo. A medida que se avanzaba hacia el Este, se encontraban tumbas a millares, fortificaciones y minas. En el Altai, se observaron restos de ciudades, y, gradualmente, se tuvo la convicción de que aquellos misteriosos vestigios de la presencia del hombre civilizado abrazaban una zona inmensa, puesto que se extendían desde el Ural medio hasta el curso superior del Amur, alcanzando así toda la anchura de Asia y cubriendo con señales irrecusables de una elevada civilización aquellas terribles llanuras

siberianas hoy desiertas, estériles y desoladas. Hacia el Sur, no se conoce el límite de esos monumentos. En Semipalatinsk, junto al Irtisch, en el gobierno de Tomsk, las campiñas aparecen erizadas de grandes túmulos de tierra y de piedras. Junto al Tarbagatai y el Chainda se pueden ver aún colosales ruinas, restos de numerosas ciudades.

Estos son los hechos. Tras ellos se presenta esta cuestión: ¿a qué pueblos numerosos y civilizados han pertenecido esas fortificaciones, esas ciudades, esas tumbas, esos instrumentos de oro y de plata?

Para obtener una respuesta, hay que proceder desde luego por exclusión. No cabe pensar en atribuir todas esas maravillas a los grandes Imperios amarillos del Asia septentrional. También ellos dejaron huellas de su existencia. Se conoce estas huellas, y no son aquéllas. Tienen otro aspecto, otra disposición. No hay medio de confundirlas con las de que aquí se trata. Lo mismo puede decirse respecto de los restos de la pasajera grandeza de ciertos pueblos, como los Kirguises. Los conventos búdicos de Ablai-Kitka tienen su carácter, que no puede confundirse con el de las construcciones tchudas (1).

Puestos así fuera de discusión los tiempos modernos, busquemos en los tiempos antiguos *a qué* nación podemos dirigirnos. M. Ritter insinúa que los habitantes de ese misterioso y vasto Imperio septentrional pudieran muy bien haber sido los Arimaspos de Herodoto.

Me permitiré resistirme a la opinión del gran erudito alemán, quien, por lo demás, ofrece esa solución sin mostrarse él mismo convencido de su validez. Para atenerse a ella, habría, creo yo, que forzar el texto del padre de la Historia. ¿Qué dice éste? Cuenta que más arriba de los Hindúes habitan los Arimaspos, y describe a éstos; pero más arriba de los Arimaspos residen los Grifones, y más lejos aún los Hiperbóreos. Todos esos pueblos son las mismas naciones semifantásticas con que los poetas de la India pueblan el Utara-Kurú (2). No veo ningún motivo para que se atribuya a esos fantasmas, que ocultan por lo demás pueblos reales y, sin duda alguna, de raza blanca, lo que debe referirse a hombres verdaderos. Nos acercaríamos más a la verdad no viendo en los Isedones, Arimaspos, Grifones e Hiperbóreos, sino fragmentos de la antigua sociedad blanca, pueblos emparentados con los Arios Zoroástricos, con los Sármatas (3). Apoya esta opinión el hecho de que, hasta el presente, los geógrafos hayan situado estas tribus en círculo alrededor de la Sogdiana y en modo alguno en el Norte siberiano. Es el verdadero sentido de Herodoto, y nada nos induce a mostrarnos infieles al mismo. Además, los relatos de Aristeo de Proconeso, tal como Herodoto los consigna, se refieren a una época en que las naciones blancas de Asia estaban demasiado divididas, demasiado perseguidas para poder fundar grandes cosas y dejar huellas de una vasta civilización en regiones tan inmensas.

Si esos pueblos hubiesen sido tan poderosos como da en suponer M. Ritter, los Chinos no hubieran podido substraerse a innumerables relaciones con ellos, y los Griegos, que sabían tan interesantes cosas de aquellos Chinos

(1) Ritter, *Erdkunde, Asien*, t. II, p. 336.
(2) Lassen, *Zeitschrift für d. K. Morgenl*, t. II, ps. 62 y 65.
(3) Es indiscutible que los Arimaspos ofrecen, en la primera sílaba de su nombre, una especie de prueba de su origen blanco. *Arion*, en mogol, significa puro.

— en quienes no tengo reparo en reconocer a los Argipeos calvos, sabios y esencialmente pacíficos (1) —, hubieran dado igualmente detalles más minuciosos y más exactos acerca de hechos tan impresionantes como aquellos cuya existencia proclaman los monumentos tchudas. No considero pues en modo alguno posible que en el siglo VI antes de J.-C. todo el centro de Asia hubiese estado bajo el dominio de un gran pueblo cultivado, que se extendía del Yenisei hasta el Amur, y del cual no hubieran tenido nunca la menor noticia ni los Chinos, ni los Griegos, ni los Persas, ni los Hindúes, persuadidos todos, al contrario — a excepción de los primeros, que tuvieron el privilegio de no soñar en nada —, que había que poblar de criaturas semimitológicas aquellas regiones desconocidas.

Si no cabe atribuir tales obras a la época de Herodoto y tampoco es posible referirlas, a juicio suyo, a la época de Alejandro, por ejemplo, en que este príncipe, después de haber avanzado hasta el punto extremo de la Sogdiana, nada hubiera sabido de las maravillas del Norte, lo cual es inadmisible, hay que adentrarse forzosamente, con toda intrepidez, en lo que la antigüedad ofrece de más remoto, más oscuro, más tenebroso, y no vacilar en reconocer en las regiones siberianas la residencia primitiva de la especie blanca, cuando las diversas naciones de esta raza, agrupadas y civilizadas, ocupaban territorios vecinos unos de otros, cuando no tenían aún motivo para abandonar su patria y dispersarse a fin de ir lejos en busca de otra.

Cuanto se ha exhumado de las tumbas y ruinas tchudas o daurianas confirma este sentir. Los esqueletos aparecen siempre, o casi siempre, acompañados de cabezas de caballos. Se observa al lado de ellos una silla, una brida, estribos, monedas marcadas con una rosa, espejos de cobre, hallazgo tan común entre las reliquias chinas y etruscas, tan frecuente aún bajo las yurtas tungusas, donde estos instrumentos sirven para las operaciones mágicas. Se encuentran copiosamente en las tumbas daurianas más pobres. Cosa más singular: en el siglo pasado, en un monumento en forma de obelisco y en piedras tumulares, vió Pallas largas inscripciones. Un vaso hallado en un sepulcro llevaba también una inscripción, y W. G. Grimm no vacila en señalar entre los caracteres de estas inscripciones y las «runas» (2) germánicas no una identidad completa, sino un parecido inconfundible (3). Llego al hecho sorprendente, concluyente, a mi modo de ver: entre los ornamentos más frecuentes, tales como los labrados en cuerno de carnero, de ciervo, de alce, de argalí, en metal o en cobre, el tema más frecuente, el más repetido, es la esfinge. Se encuentra en el mango de los espejos e incluso tallado en relieve sobre las piedras.

Sienta muy bien a los enigmáticos habitantes de la antigua Siberia el haberse hecho justicia ante la posteridad, legándole, como más perfecto emblema suyo, el símbolo de lo impenetrable. Pero, en demasía prodigada, la esfinge acabó por descubrirse a sí misma. Como entre los Persas la encontramos esculpida en las murallas de Persépolis, como nos la encontramos en Egipto tendida silenciosamente frente al desierto, y como vaga todavía sobre las cimas del Citerón de los Griegos, en tanto que Herodoto, ese

---

(1) Herodoto, IV, 23.
(2) Caracteres escandinavos.
(3) W. G. Grimm, *Ueber die deutschen Runen.*

cuidadoso observador, la ve entre los Arimaspos, resulta posible pasar la mano por la espalda de esa criatura taciturna, y decirle, si no lo que ella es, por lo menos el nombre de su amo. Ella pertenece evidentemente a la raza blanca. Forma parte de su patrimonio, y aun cuando el secreto de lo que ella significa no ha sido penetrado aún, hay razón para afirmar que allí donde se la ve existieron también pueblos arios.

Esas estepas del Norte de Asia, hoy tan tristes, tan desiertas, tan despobladas, pero no estériles como generalmente se cree, son, pues, el país de que hablan los Iranios, el Airyanemvaego, cuna de sus antepasados. Referían ellos mismos que aquel país había sido sepultado en un prolongado invierno por Ahrimán y que no tenía ni dos meses de verano. Es el Uttara-Kurú de la tradición brahmánica, región situada, según ella, en el extremo Norte, donde reinaba la libertad más absoluta para los hombres y para las mujeres; libertad regulada, no obstante, por la sabiduría, pues allí moraban los Rischis, los santos del tiempo antiguo. Es la Hermionia de los Helenos, patria de los Hiperbóreos, de las gentes del extremo Norte, Macrobios, cuya vida era larga, la virtud profunda, la ciencia infinita y la existencia dichosa. En fin, era aquella región del Este de la que los Suevos germánicos no hablaban sino con un respeto sin límites, porque, decían, eran dueños de ella sus gloriosos antecesores, los más ilustres de los hombres, los Semnones (1).

He aquí, pues, a cuatro pueblos arios que, luego de dispersada la especie, no tuvieron nunca comunicación entre sí, y concuerdan en situar en el fondo del Norte, al Este de Europa, la residencia primera de sus familias. Si semejante testimonio fuese rechazado, no sé sobre qué base sólida podría establecerse la Historia.

La tierra de Siberia conserva, pues, en sus soledades, los venerables monumentos de una época mucho más antigua que la de Semíramis, mucho más majestuosa que la de Nemrod. No es la arcilla, ni la piedra tallada, ni el metal fundido lo que admiro de ella. Pienso que, en una antigüedad tan remota, la civilización que describo pertenece de cerca a las edades geológicas, a aquella época perturbada aún por las sacudidas de una naturaleza mal sometida que vió el desecamiento del gran océano interior cuyo fondo era el desierto de Gobi. Hacia el siglo sesenta antes de J.-C. aparecen los Camitas y los Hindúes en los umbrales del mundo meridional. No resta, pues, para llegar al límite que la religión y las ciencias naturales parecen imponer a la edad del mundo, sino uno o dos millares de años aproximadamente, y fué durante este período cuando se desenvolvió, con un vigor cuyas pruebas son numerosas y patentes, un perfeccionamiento social que no deja el menor espacio de duración para una primitiva barbarie. Lo que he repetido ya muchas veces acerca de la sociabilidad y la dignidad innatas de la especie blanca, creo que acabo de establecerlo aquí definitivamente, y, descartando el hundimiento del hombre salvaje en la nada inexorable del primer hombre cuyo espectro constantemente evocado sirve para combatir lo que las instituciones sociales encierran de más respetable y de más necesario, persiguiendo definitivamente hasta los «kraales» de los Hotentotes y hasta el fondo de las cabañas tungusas, y más allá aún,

(1) Mannert, *Germania*, p. 2.

hasta las cavernas de los Pelasgos, a esa miserable criatura humana que no es de los nuestros, y que se llama hija de simios, olvidada de un origen mejor aunque desfigurada, no hago otra cosa que aceptar lo que los descubrimientos de la ciencia nos brindan como confirmación de las antiguas palabras del *Génesis*.

El libro sagrado no admite salvajes en la aurora del mundo. Su primer hombre actúa y habla, no en virtud de ciegos caprichos, no según el impulso de pasiones puramente brutales, sino conforme a la regla preestablecida, llamada por los teólogos *ley natural*, y que no tiene otro origen posible que la revelación, asentando así la moral sobre un terreno más sólido y más inmutable que ese derecho ridículo de caza y de pesca propuesto por ciertos doctores de modernos sistemas sociales. Abro el *Génesis*, y, en el capítulo segundo, si los dos antepasados están desnudos, es porque se encuentran en estado de inocencia: «es — dice el libro sagrado — porque no se avergonzaban de ello». En cuanto cesa el estado paradisíaco, no veo a los autores de la especie blanca andar errantes por los desiertos. Reconocen en el acto la necesidad del trabajo, y la practican, inmediatamente están civilizados, ya que les son reveladas la vida agrícola y las costumbres pastorales. El pensamiento bíblico es tan firme en este punto, que el fundador de la primera ciudad es Caín, el hijo del primer hombre, y esta ciudad lleva el nombre de Henoch, el nieto de Adán.

Inútil es debatir aquí si la narración sagrada debe entenderse en sentido literal o de otra manera; no afecta a mi tema. Me limito a hacer constar que en la tradición religiosa, que es al mismo tiempo la narración más completa de las edades primitivas de la humanidad, la civilización nace, por decirlo así, con la raza, y este dato resulta plenamente confirmado por todos los hechos que cabe reunir sobre la materia.

Unas palabras aún acerca de la raza amarilla. Desde las edades primordiales se la ve contenida por el macizo y poderoso dique que le opone la civilización blanca, obligada, antes de haber podido salvar el obstáculo, a dividirse en dos ramas e inundar Europa y el centro de Asia, deslizándose a lo largo del mar Glacial, del mar del Japón y de las costas de la China. Pero al contemplar las enormes masas que en el siglo II antes de Jesucristo se acumulaban en el Norte de la Mogolia actual, es imposible suponer que tales muchedumbres hubiesen nacido y continuasen formándose únicamente en los miserables territorios de los Tunguses, de los Ostiakos, de los Yakutas y en la península de Kamtschatka.

Todo indica, por tanto, que la sede originaria de esa raza se encuentra en el continente americano. De esto deduzco los siguientes hechos:

Los pueblos blancos, aislados al comienzo, a consecuencia de catástrofes cósmicas, de sus congéneres de las otras dos especies, y no conociendo ni a las hordas amarillas ni a las tribus negras, no pudieron sospechar que existiesen otros hombres que ellos. Esa opinión, lejos de flaquear ante la primera aparición de los Fineses y de los Negros, se vió, por el contrario, confirmada. Los Blancos no pudieron imaginar que estuvieran contemplando a seres iguales a ellos en aquellas criaturas que, por una hostilidad perversa, una fealdad horrible, una carencia brutal de inteligencia y el título de hijos de simios que para sí reivindicaron, parecían relegarse ellos mismos al nivel de los brutos. Más tarde, cuando sobrevinieron los con-

flictos, la raza selecta estigmatizó a los dos grupos inferiores, sobre todo a las hordas negras, con ese nombre de *bárbaros* que ha quedado como el testimonio eterno de un justo menosprecio.

Pero al lado de esta verdad se encuentra todavía esta otra: que la raza amarilla, asaltante y victoriosa, cayendo precisamente en medio de las naciones blancas, fué comparable a un río que atraviesa y destruye yacimientos auríferos: carga su limo de pepitas y se enriquece a sí mismo. He aquí por qué la raza amarilla aparece tan a menudo, dentro de la Historia, como semicivilizadora y relativamente civilizable, importante, por lo menos, como instrumento de destrucción, al paso que la especie negra, más aislada de todo contacto con la familia ilustre, permanece sumida en una profunda inercia.

LIBRO CUARTO

Civilizaciones semíticas del Sudoeste



CAPÍTULO PRIMERO

LA HISTORIA NO EXISTE MÁS QUE ENTRE LAS NACIONES BLANCAS. — POR QUÉ CASI TODAS LAS CIVILIZACIONES SE HAN DESARROLLADO EN EL OCCIDENTE DEL GLOBO

Abandonamos ahora, hasta que vayamos, con los conquistadores españoles, a pisar el suelo americano, a esos pueblos aislados que, menos expuestos que los otros a las mezclas étnicas, han podido conservar, durante una larga serie de siglos, una organización contra la cual nada influía. La India y la China, en su aislamiento del resto del mundo, nos han presentado este raro espectáculo. Y así como en lo sucesivo no veremos ya más que naciones encadenando sus intereses, sus ideas, sus doctrinas y sus destinos a la marcha de otras naciones diferentemente formadas, así también no veremos ya perdurar las instituciones sociales. En ninguna parte experimentaremos un solo momento la ilusión que, en el Celeste Imperio y en la tierra de los brahmanes, podría llevar fácilmente al observador a preguntarse si el pensamiento del hombre no es inmortal. En vez de esta majestuosa duración, en vez de esta solidez casi imperecedera, magnífica prerrogativa que la homogeneidad relativa de las razas garantizó a las dos sociedades que acabo de nombrar, no contemplaremos ya, a partir del siglo VII antes de J.-C., en la turbulenta arena donde van a precipitarse la mayoría de los pueblos blancos, nada más que inestabilidad e inconstancia en la idea civilizadora. Un momento ha, para medir sobre la longitud del tiempo la serie de los hechos hindúes o chinos, era necesario contar por decenas de siglos. Desacostumbrados a ese método, comprobaremos muy pronto que una civilización de quinientos o seiscientos años es comparativamente muy venerable. Las creaciones políticas más espléndidas sólo tendrán de vida doscientos o trescientos años, y, pasado este plazo, deberán transformarse o morir. Cegados un instante por el brillo efímero de la Grecia y de la Roma republicana, nos servirá de gran consuelo, cuando lleguemos a los tiempos modernos, la idea de que, si nuestras estructuras sociales duran poco, alcanzan por lo menos tanta longevidad como todo lo que Asia y Europa han visto nacer, y han admirado, temido y, una vez muerto, pisoteado a partir de aquella era del siglo VII antes de J.-C., época de renovación y de transformación casi completa de la influencia blanca en los problemas de las tierras occidentales.

El Oeste fué siempre el centro del mundo. En verdad, todos los países más o menos importantes abrigaron esa pretensión e hicieron gala de ella. Para los Hindúes, el Ariavarta se encuentra en el centro de las regiones sublunares; alrededor de ese país santo se extienden los Dwipas, unidos al centro sagrado como los pétalos de loto al cáliz de la divina planta. Según los Chinos, el Universo converge en el Celeste Imperio. La misma ilusión

sustentaban los Griegos, para quienes el templo de Delfos era el ombligo de la Buena Diosa. Los Egipcios fueron tan estúpidos como los demás. No es partiendo de la antigua vanidad geográfica cómo a una nación o a un conjunto de naciones le será permitido atribuirse un papel dominante en el Globo. Ni siquiera se le dejará reclamar la dirección constante de los intereses civilizadores y, a este respecto, me permito criticar radicalmente la célebre obra de Gioberti (1). Sólo desde el punto de vista moral resulta lícito sostener que, al margen de todas las preocupaciones patrióticas, el centro de gravedad del mundo social ha oscilado siempre en los países occidentales, sin alejarse nunca de ellos y teniendo, según los tiempos, dos límites extremos, o sea Babilonia y Londres, del Este al Oeste. Estocolmo y Tebas de Egipto, de Norte a Sur; más allá de esos límites, aislamiento, personalidad restringida, impotencia para despertar la simpatía general, y, finalmente, la barbarie bajo todas sus formas.

El mundo occidental, tal como acabo de perfilarlo, es como un vasto tablero donde han venido a entrechocar los más vastos intereses. Es un lago que constantemente se ha desbordado sobre el resto del Globo, unas veces asolándolo, siempre fertilizándolo. Es una especie de campo de cultivos abigarrados en el que todas las plantas, saludables y venenosas, nutritivas y mortales, han encontrado cultivadores. La mayor suma de movimiento, la más asombrosa diversidad de hechos, los más ilustres conflictos y los más interesantes por sus vastas consecuencias, se concentran allí; mientras que en China y en la India se han producido conmociones considerables de las que el mundo ha tenido tan escaso conocimiento que la erudición, estimulada por ciertos indicios, no descubre los rastros de ellas sino con grandes esfuerzos. Por el contrario, entre los pueblos civilizados del Occidente, no hay batalla algo seria, revolución algo sangrienta, cambio de dinastía por poco importante que sea, que, habiendo acontecido treinta siglos atrás, no haya llegado a nuestro conocimiento, frecuentemente con pormenores que dejan al lector tan asombrado como puede estarlo el anticuario cuando, en los monumentos de las edades antiguas, su mirada descubre intacta la delicadeza de las más finas esculturas.

¿A qué se debe esta diferencia? Débese a que en la parte oriental del mundo, la lucha permanente de las causas étnicas no tuvo lugar sino entre el elemento ario, de una parte, y los principios negros y amarillos, de otra. No necesito hacer observar que, allí donde las razas negras no combatieron sino contra ellas mismas o donde las razas amarillas giraron igualmente en su propio círculo, o bien allí donde las mezclas negras y amarillas luchan hoy entre sí, no hay Historia posible. Como los resultados de estos conflictos son esencialmente infecundos lo mismo que los agentes étnicos que los determinan, nada ha traslucido ni subsistido de ellos. Es el caso de América, de la mayor parte de África y de una fracción muy considerable de Asia. La Historia no brota sino sólo del contacto con las razas blancas.

En la India, la especie noble no choca sino con dos antagonistas inferiores. Compacta, al principio, en su esencia aria, toda su tarea consiste en defenderse contra la invasión, contra la inmersión en el seno de princi-

(1) *Primato civile e morale dell' Italiani.*

pios extraños. Este trabajo preservador se prosigue con energía, con conciencia del peligro y con ayuda de medios que cabe llamar desesperados, y que serían verdaderamente novelescos si no hubiesen dado resultados tan prácticos. Esta lucha tan real, tan verdadera, no es sin embargo a propósito para producir la Historia propiamente dicha. Como la rama blanca puesta en acción está, según acabo de decirlo, compacta, y tiene un objetivo único, una sola idea civilizadora, le basta solamente vencer y vivir. Poca variedad en el origen de los movimientos engendra escasos deseos de conservar la huella de los hechos; y del mismo modo que se ha hecho notar que los pueblos felices carecen de historia, cabe añadir que no la poseen porque no tienen nada que contar que no sea del dominio de todos. Así el desarrollo de una civilización unitaria tal como la de la India, que no ofrece a la reflexión nacional sino muy pocas innovaciones sorprendentes, ni muchos cambios inesperados en las ideas, ni en las doctrinas, ni en las costumbres, no tiene nada grave que referir, y de ahí viene que las crónicas hindúes hayan revestido siempre la forma teológica, los matices de la poesía, y presenten una carencia tan completa de cronología y tan considerables lagunas en el registro de los acontecimientos.

En China, el recoger los hechos es una de las costumbres más antiguas. Nos lo explicamos observando que China estuvo desde buen comienzo en relación con pueblos generalmente muy poco numerosos para poderla conquistar, aunque bastante poderosos para inquietarla y conmoverla, y que, formados, en todo o en parte, por elementos blancos, al atacarla no iban solamente a chocar con las espadas, sino con las ideas. China, aunque alejada del contacto europeo, ha influído, no obstante, en los resultados de las diferentes migraciones, y cuanto más se lean las grandes compilaciones de sus escritores, más datos encontraremos sobre nuestros propios orígenes, datos que la historia del Aryavarta no nos suministra con tanta precisión. Hace ya muchos años que gracias a los libros de los escritores se han rectificado felizmente muchas ideas falsas sobre los Hunos y sobre los Alanos. De aquellos libros se sacan todavía detalles preciosos relativos a los Eslavos, y puede que, por este medio, lo que hoy se sabe acerca de los comienzos de los pueblos sármatas se vea aumentado con nuevos conocimientos. Por lo demás, esta abundancia de realidades antiguas, conservada por la literatura del Celeste Imperio, se aplica, y esto merece ser subrayado, más bien a las comarcas del Noroeste de Cina que a las del Sur de este Estado. La causa no hay que buscarla sino en el roce de las poblaciones mestizas del Celeste Imperio con las tribus blancas o semiblancas de las fronteras; de modo que, siguiendo una manifiesta progresión, a partir del inerte silencio de las razas negras o amarillas, se encuentra primero a la India, con sus civilizadores, y no ofreciendo sino poca historia, puesto que mantienen pocas relaciones con otras ramas de raza idéntica. Después viene Egipto que sólo tiene un poco más, por la misma razón. A continuación se encuentra China, donde resulta algo mayor, debido a que sus roces con el Ario extranjero han sido reiterados, y se llega así al territorio occidental del mundo, al Asia Anterior, a los países europeos, donde los anales se desenvuelven con un carácter permanente y una actividad infatigable. Es porque allí no se enfrentan ya solamente una o dos o tres ramas de la especie noble ocupadas en defenderse tenazmente

contra el enlazamiento de las ramas inferiores del árbol humano. La escena es muy otra, y en este teatro turbulento, a partir del siglo VII antes de nuestra era, numerosos grupos de mestizos blancos dotados de diferentes maneras, todos en lucha entre sí, combatiendo con el puño y sobre todo con las ideas, modifican incesantemente sus civilizaciones recíprocas en medio de un campo de batalla en el que los pueblos negros y amarillos no aparecen ya sino desfigurados por mezclas seculares y no influyen sobre sus vencedores sino mediante una infusión latente e inadvertida cuyo solo auxiliar es el tiempo. En una palabra, si la Historia se desarrolla desde este momento en las regiones occidentales, es porque en lo sucesivo lo que figurará a la cabeza de todos los partidos estará mezclado de blanco, porque sólo se tratará de Arios, de Semitas (los Camitas estaban ya fusionados con éstos), de Celtas, de Eslavos, pueblos, todos, originariamente nobles y con ideas especiales, habiéndose formado todos sobre la civilización un sistema más o menos refinado, pero poseyendo todos uno, y sorprendiéndose, extrañándose unos y otros por las doctrinas que ellos emiten acerca de todas las cosas y cuyo triunfo persiguen sobre las doctrinas rivales. Este inmenso e incesante antagonismo intelectual ha parecido siempre, a quienes lo motivaban, muy digno de ser observado, recogido, registrado hora por hora, al paso que otros pueblos menos atormentados no juzgaban útil conservar un gran recuerdo de una existencia social siempre uniforme, a pesar de las victorias alcanzadas sobre razas poco menos que mudas. Así, el Oeste de Asia y de Europa es el gran taller donde se han planteado las cuestiones humanas más importantes. Allí es también donde, por las necesidades de la lucha civilizadora, ha tendido inevitablemente a concentrarse todo lo que, en el mundo, ha ofrecido un valor capaz de excitar la codicia.

Si no todo se ha creado allí, se ha querido poseerlo todo, y siempre se ha conseguido, en la medida en que la esencia blanca ejercía su imperio, porque, no hay que olvidarlo, la raza noble no existe pura en ningún sitio, y descansa por doquier sobre un fondo étnico heterogéneo que, en la mayoría de circunstancias, la paraliza de una manera que no por pasar inadvertida es menos decisiva. En los tiempos en que la influencia blanca pudo ejercerse más libremente, en el ambiente occidental, en ese océano al cual afluyen todas las corrientes civilizadoras, pudo verse cómo venían sucesivamente a enriquecer el tesoro común de la familia las conquistas intelectuales de las otras ramas blancas que operaban en el centro de las esferas más apartadas. Así es cómo, en los hermosos tiempos de Grecia, Atenas se apoderó de cuanto la ciencia egipcia conocía de más valioso y de cuanto la filosofía hindú enseñaba de más sutil.

Del mismo modo, en Roma se poseyó el arte de asimilarse los descubrimientos que pertenecían a los puntos más alejados del Globo. En la Edad Media, época en que la sociedad civil parece a muchos inferior a lo que fué bajo los Césares y Augustos, se redobló no obstante el celo y se lograron los mayores éxitos para la concentración de conocimientos. Se penetró mucho más allá en los santuarios de la sabiduría oriental, recogiendo mayor número de nociones justas; y, al mismo tiempo, intrépidos viajeros, impelidos por el genio aventurero de su raza, realizaban viajes lejanos, comparados con los cuales los periplos de Escílax y de Aunón,

los de Piteas y de Nearco apenas si merecen citarse. Y, sin embargo, un rey de Francia y hasta un papa del siglo XII, promotores y sostenedores de esas generosas empresas ¿podrían compararse a los colosos de autoridad que gobernaron el mundo romano? No; pero en la Edad Media el elemento blanco era más noble, más puro y, por consiguiente, más activo que el que habían conocido los palacios de la Roma antigua.

Mas estamos en el siglo VII antes de la era cristiana, en aquella época importante en que, en la vasta palestra del mundo occidental, la Historia positiva comienza para no cesar ya más; época en que la larga duración de un Estado no va a ser ya posible, en que los choques de los pueblos y de las civilizaciones se sucederán a muy cortos intervalos, en que la esterilidad y la fecundidad sociales deberán desplazarse y reemplazarse en los mismos países, según la mayor o menor densidad de los elementos blancos que recubrirán los fondos negros o amarillos. Aquí conviene que volvamos sobre lo que he dicho en el primer libro acerca de la importancia concedida por algunos sabios a la situación geográfica.

No renovaré mis argumentos contra esta doctrina. No repetiré que, si los emplazamientos de Alejandría, de Constantinopla, estaban fatalmente indicados para convertirse en grandes centros de población, hubiesen subsistido y seguirían igual en todos los tiempos, alegación desmentida por los hechos. Tampoco recordaré que, de razonar así, ni París, ni Londres, ni Viena, ni Berlín, ni Madrid, tendrían título alguno para ser las célebres capitales que son, y que en su lugar hubiéramos visto cómo, desde la aparición de los primeros mercaderes, Cádiz, o tal vez mejor Gibraltar, Alejandría mucho antes que Tiro o Sidón, Constantinopla, con la exclusión eterna de Odesa, Venecia, sin esperanza alguna para Trieste, acaparaban una supremacía natural, incomunicable, inalienable, indomable, si me es lícito emplear esta palabra; y hubiéramos visto, por tanto, cómo la historia humana giraba eternamente alrededor de esos puntos predestinados. En efecto, son ciertamente los lugares mejor situados para fomentar el tráfico. Pero, afortunadamente, el mundo tiene intereses mayores que los de las mercancías. Sus negocios no andan a merced de la secta economista. Móviles más elevados que las consideraciones del *debe* y el *haber* presiden sus actos y, desde la aurora del mundo, la Providencia ha establecido así las reglas de la gravitación social: que el lugar más importante del Globo no es necesariamente el mejor situado para comprar o para vender, para hacer transitar los géneros o para fabricarlos, para recoger las materias primas o para cultivarlas. Es aquel en que, en un momento dado, habita el grupo blanco más puro, más inteligente y más fuerte. Aun en el caso de que, por un concurso de circunstancias políticas invencibles, residiese este grupo entre los hielos polares o bajo los rayos de fuego del ecuador, el mundo intelectual se inclinaría hacia ese lado. Hacia allí convergerían todas las ideas, todas las tendencias, todos los esfuerzos, y no hay obstáculos naturales que pudiesen impedir que los géneros y los productos más lejanos llegasen allí a través de los mares, de los ríos y de las montañas.

Los cambios perpetuos sobrevenidos en la importancia social de las grandes ciudades son una plena demostración de esta verdad sobre la cual no pueden hacer mella las presuntuosas declamaciones de los teorizantes economistas. Nada más detestable que el crédito de que goza una

supuesta ciencia que, de algunas observaciones generales aplicadas por el buen sentido de todas las épocas arias positivas, ha llegado a extraer, pretendiendo darles una cohesión dogmática, las mayores y más peligrosas inepcias prácticas; que, abusando en demasía de la confianza de un público sensible a la influencia de las *sesquipedalia verba,* asume el papel funesto de una verdadera herejía presumiendo dominar, corregir y acomodar a sus puntos de vista la religión, las leyes, las costumbres. Basando toda la vida humana y aun la vida de los pueblos en estos vocablos *producir* y *consumir,* poco menos que cabalísticos en sus escuelas, califica de honroso lo que sólo es natural y justo: el trabajo del obrero, y la palabra *honor* pierde toda la sublimidad de su primitiva significación. De la economía privada hace la más excelsa de las virtudes, y, a fuerza de exaltar las ventajas de la prudencia en el individuo y los beneficios de la paz en el Estado, la abnegación, la fidelidad pública, la bravura y la intrepidez se convierten casi en vicios, a tenor de sus máximas. No es una ciencia, por cuanto su mezquina base la constituye la negación más miserable de las verdaderas y más santas necesidades del hombre. Saca al molinero y al hilandero de su modesta categoría, para ofrecerlos a la admiración de los Imperios. Pero, limitándome a refutar el menor de sus errores, diré, una vez más, que, pese a las convenciones comerciales que podrán recomendar tal o cuál punto geográfico, las civilizaciones de la antigüedad no cesaron nunca de avanzar hacia el Oeste, sencillamente porque las tribus blancas han seguido este camino, y no es sino al llegar a nuestro continente cuando encontraron esas mezclas amarillas que las han inclinado hacia las ideas utilitarias adoptadas con mayor reserva por la raza aria y muy desconocidas del mundo semítico. Así, es de prever que las naciones se muestren cada vez más realistas, cada vez menos artistas, a medida que avancen más hacia el Oeste. El que se muestren así, no se deberá, seguramente, a motivos fundados en la influencia climática. Débese únicamente a que resultarán cada vez más mezcladas con elementos amarillos y más descargadas de principios negros. Tracemos aquí, a fin de convencernos mejor de ello, una lista de gradación de los resultados que indico. Es necesario que el lector ponga mucha atención. Los Iranios — se advertirá en seguida — fueron más realistas, más viriles que los Semitas, los cuales, siéndolo más que los Camitas, permiten establecer esta progresión:

Negros,
Camitas,
Semitas,
Iranios.

Se verá en seguida a la monarquía de Darío anegarse en el fondo del elemento semítico y pasar la palma a la sangre de los Griegos, que, aunque cruzados, estaban, no obstante, en tiempos de Alejandro, más libres de mezclas negras.

Pronto los Griegos, sumergidos en la esencia asiática, serán étnicamente inferiores a los Romanos, que llevarán el imperio del mundo mucho más al Oeste, y que, en su fusión débilmente amarilla, blanca en un grado mucho más elevado, y en fin semitizada en progresión creciente, hubieran conservado, no obstante, la dominación si, una vez más, no hubiesen aparecido

competidores más blancos. He aquí por qué los Arios Germanos fijaron decididamente la civilización en el Noroeste.

Del mismo modo que acabo de recordar este principio del libro primero, que la posición geográfica de las naciones no constituye en modo alguno su gloria, ni contribuye (hubiera podido añadir) sino en una medida exigua a activar su existencia política, intelectual, comercial, así también para los países soberanos las cuestiones de clima son nulas; y así como vemos en China que la antigua supremacía, otorgada en una época al Yusmán, pasó en seguida al Pe-tchi-li, y que en la India las comarcas del Norte son hoy las más activas, cuando, durante largos siglos, estuvo, por el contrario, en el Sur, así también no hay, en el Occidente del mundo, climas que no hayan tenido sus épocas de esplendor y de poderío. Babilonia, donde no llueve nunca, e Inguaterra donde llueve siempre; El Cairo donde el sol es tórrido y San Petersburgo donde el frío es mortal, he aquí los extremos: la dominación reina o ha reinado en estos diferentes lugares.

Después de estas cuestiones, podría abordar también la de la fertilidad: nada más inútil. Los Países Bajos nos demuestran de sobra que el genio de un pueblo sale airoso de todo: crea grandes ciudades en el agua, construye una patria sobre pilotes, atrae el oro y los homenajes del Universo hacia pantanos improductivos. Venecia prueba más aún: que sin territorio alguno, sin ni siquiera una marisma, sin ni siquiera un erial, puede fundarse un Estado, que lucha en esplendor con los más vastos y vive más años que los otorgados a los más sólidos.

Queda, pues, establecido que la cuestión de raza es mayor para apreciar el grado del principio vital en las grandes fundaciones; que la Historia se ha creado, desarrollado y sostenido únicamente allí donde han entrado en contacto muchas ramas blancas; que reviste el carácter positivo tanto más cuanto que trata de los asuntos de pueblos más blancos, lo cual equivale a decir que éstos son los únicos históricos y que el recuerdo de sus actos es lo único que importa a la Humanidad. Se sigue aún de ahí que la Historia, en las diversas épocas, tiene más en cuenta a una nación a medida que ésta domina más, o, dicho de otra manera, a medida que su origen blanco es más puro.

Antes de abordar el estudio de las modificaciones introducidas, en el siglo VII antes de J.-C., en las sociedades occidentales, he debido verificar la aplicación de ciertos principios sentados anteriormente y hacer brotar nuevas observaciones del terreno sobre el cual avanzo. Abordo ahora el análisis de lo que la composición étnica de los Zoroástricos ofrece de más notable.

CAPÍTULO II

LOS ZOROÁSTRICOS

Los Bactrianos, los Medos y los Persas formaban parte de aquel grupo de pueblos que, al mismo tiempo que los Hindúes y los Griegos, fueron separados de otras familias blancas del Asia Superior. Descendieron con ellos no lejos de los límites septentrionales de la Sogdiana. Allí, las tribus helénicas abandonaron el grueso de la emigración y torcieron hacia el Oeste,

siguiendo los montes y las orillas inferiores del mar Caspio. Los Hindúes y los Zoroástricos continuaron viviendo juntos y apellidándose con el mismo nombre de *Aryas* o *Airyas* durante un período bastante largo, hasta que las querellas religiosas, que parece adquirieron una gran acritud, llevaron a ambos pueblos a constituirse en nacionalidades distintas.

Las naciones zoroástricas ocupaban territorios bastante extensos, cuyos límites son muy difíciles de precisar en el Nordeste. Probablemente se extendían hasta el fondo de los desfiladeros del Muztagh, y sobre las mesetas interiores, desde donde más tarde vinieron a traer a los países europeos los nombres tan célebres de Sármatas, de Alanos y de Ases. Hacia el Sur se conoce mejor sus límites. Invadieron sucesivamente desde la Sogdiana, la Bactriana y el país de los Mardes hasta las fronteras de la Aracosia, luego hasta el Tigris. Pero estas regiones tan vastas encierran también inmensos espacios completamente estériles e inhabitables para grandes multitudes, pues están cortadas por desiertos de arena y cruzadas por montañas de una aridez inexorable. La población aria no podía, pues, subsistir allí en gran número. La fuerza de la raza encontróse así lanzada para siempre fuera del centro de acción que debían abarcar un día las monarquías de los Medos y de los Persas. La Providencia la reservaba para fundar más tarde la civilización europea.

Aunque separados de los Hindúes, los pueblos zoroástricos de la frontera oriental no se distinguían fácilmente de ellos a sus propios ojos ni a los ojos de los Griegos. No obstante, los habitantes del Aryavarta, al aceptarlos como consanguíneos, se negaban, con horror, a considerarlos como compatriotas. Estas tribus limítrofes hubieran podido tanto más fácilmente considerarse zoroástricas a medias, cuanto que la naturaleza de la reforma religiosa, origen del pueblo entero y que se basaba en la libertad, distaba mucho de crear un lazo social tan fuerte como el de la India. Por el contrario, es lícito creer, puesto que la insurrección se había hecho contra una doctrina bastante tiránica, que, siguiendo el efecto natural de toda reacción, el espíritu protestante, queriendo abjurar la severa disciplina de los brahmanes, se había inclinado a la izquierda, y concedido un poco de licencia. En efecto, las naciones zoroástricas nos aparecen muy hostiles entre sí y oprimiéndose mutuamente. Cada una, constituída aparte, llevaba, según el uso de la raza blanca, una existencia turbulenta en medio de grandes riquezas pastorales, gobernada por magistrados ora electivos, ora hereditarios, pero obligado siempre a contar de cerca con la opinión pública. Todas estas tribus se preciaban pues de independientes. Organizadas así, descendieron gradualmente hacia el Sudoeste, donde debían encontrar finalmente a los Asirios.

Antes de este contacto, las primeras columnas encontraron, en las cercanías de la Gedrosia, poblaciones negras o por lo menos camitas, con las cuales se mezclaron íntimamente.

De ahí vino que las naciones zoroástricas del Sur, las que tomaron parte en la gloria pérsica, estuvieron desde buen comienzo contaminadas por cierta dosis de sangre negra. La mayoría de ellas, afectadas en demasía por esta mezcla, cayeron, mucho antes de la conquista de Babilonia, en el estado de los Semitas. Lo indica que los Bactrianos, los Medos y los

Persas fueron los únicos Zoroástricos que desempeñaron un papel. Los otros se limitaron al honor de apoyar a esas familias selectas.

Puede parecer singular que estos Arios, así impregnados de sangre negra, directamente o por mezcla con los Camitas y los Semitas degenerados, hubiesen podido llegar a asumir el papel importante que les atribuye la Historia. Si cupiese suponer que la mezcla era igual en todas las tribus, resultaría muy difícil explicar étnicamente el dominio de las más ilustres de ellas sobre las poblaciones asirias.

Mas, para llegar a una certidumbre, bastará comparar entre sí las lenguas zoroástricas, como lo he hecho ya en otro lugar.

El zendo — el hecho no es dudoso — hablado entre los Bactrianos, habitantes de aquella Balk llamada en Oriente la *Madre de las ciudades* — los más poderosos de los Zoroástricos primitivos — estuvo casi limpio de mezclas semíticas, y el dialecto de la Pérsida, que no gozó tanto de esta prerrogativa, la poseyó, sin embargo, en cierto grado, superior al medo, menos semitizado, a su vez, que el pehlvi; de modo que la sangre de los futuros conquistadores del Asia Anterior conservaba, en sus ramas más nobles del Sur, un carácter bastante ario para explicar la superioridad de éstos.

Los Medos y sobre todo los Persas fueron los sucesores de la antigua influencia de los Bactrianos, que, tras de haber dirigido los primeros pasos de la familia en las vías del magismo, habían perdido su preponderancia de una manera hoy desconocida. Los herederos merecían el honor que les incumbió. Acabamos de ver que habían permanecido Arios, menos completos, sin duda, que los Zoroástricos del Nordeste, y aun que los Griegos, pero tanto, por lo menos, como los Hindúes de la misma época, mucho más que el grupo de sus congéneres, ya casi absorbido en las orillas del Nilo.

La grande e irremediable desventaja que aportaban los Medos y los Persas al entrar en la escena política del mundo, era su número restringido y la degeneración ya avanzada de las otras tribus zoroástricas del Sur, sus aliadas naturales. Con todo, pudieron dominar algún tiempo. Estaban aún en posesión de uno de los caracteres más honrosos de la especie noble: una religión más cercana a los manantiales verídicos que la mayor parte de los Semitas, ante los cuales iban a ser llamados a ejercer un acto de fuerza.

Ya, en una época remota, una tribu meda había reinado en Asiria. Su debilidad numérica la había constreñido a someterse a una invasión caldeo-semita procedente de las montañas del Noroeste. Desde aquel tiempo, se enlazan unas doctrinas religiosas, relativamente venerables, con el nombre de Zoroastro llevado por el primer rey de esa dinastía asiria; no hay medio de confundir el príncipe así llamado con el reformador religioso; pero la presencia de tal nombre en la fecha del año 2234 a. de J.-C., puede servir para mostrar que los Medos y los Persas del siglo VII conservaban la misma fe monoteísta que sus más antiguos antepasados.

Los Bactrianos y las tribus arias que los limitaban al Norte y al Este habían creado y desarrollado aquellos dogmas. Habían visto nacer al profeta de ellos en aquella edad muy remota en que, bajo los nebulosos reinados de los reyes kaianianos, las naciones zoroástricas, incluso aquellas de las que un día habían de salir los Sármatas, estaban recién separadas de los Hindúes.

En tal momento, la religión nacional, aunque vuelta extraña, por su reforma, al culto de los purohitas y aun a aquellas nociones teológicas más sencillas, era patrimonio primitivo de toda la raza blanca en las regiones septentrionales del mundo. Aquella religión era incomparablemente más digna, más moral, más elevada que la de los Semitas. Por este hecho puede juzgarse que, no obstante sus alteraciones, en el siglo VII valía más que el politeísmo, sin embargo menos abyecto, adoptado desde hacía largo tiempo por las naciones helénicas. Bajo la dirección de esta creencia, las costumbres no estaban tan degradadas y conservaban cierto vigor.

De acuerdo con la organización primitiva de las razas arias, los Medos vivían, por tribus, dispersados en caseríos. Elegían sus jefes, como en otro tiempo sus padres habían elegido sus *vispatis* o reyes. Eran belicosos y turbulentos, aunque con un sentido del orden, y lo probaron haciendo que el ejercicio de su derecho de sufragio culminara en la fundación de una monarquía regular, basada en el principio hereditario. Nada hay en ello que no podamos encontrar igualmente en los antiguos Hindúes, en los Egipcios Arios, en los Macedonios, en los Tesalios, en los Epirotas, como en las naciones germánicas. En todas partes, la elección del pueblo crea la forma de gobierno, casi por todas partes prefiere la monarquía y la mantiene en una familia particular. Para todos aquellos pueblos, la cuestión de la descendencia y la fuerza del hecho consumado son dos principios o, por mejor decir, dos instintos que dominan las instituciones sociales y las vivifican. Aquellos Medos, pastores y guerreros, permanecieron hombres libres, en toda la fuerza de la palabra, aun durante el período en que su escaso número los obligó a soportar la dominación de los Caldeos; y si su espíritu exagerado de independencia, al impelirlos al fraccionamiento y al antagonismo de las fuerzas, contribuyó ciertamente a prolongar el tiempo de su subordinación, es muy de admirar que aquel estado no degradase su modo de ser, y que tras largos tanteos, la nación, habiendo concentrado todos sus esfuerzos en su forma monárquica, se mostrase capaz, después de seiscientos años, de intentar de nuevo la conquista del trono de Asiria y llevarla a cabo.

Desde que fuera arrojada de Nínive no había decaído. Había persistido en su culto, honor rarísimo, debido evidentemente a su tenaz homogeneidad. Había conservado su prurito de independencia bajo el mando de jefes de escasa autoridad entre sus gobernados: la nación meda había, pues, permanecido aria. Una vez sacada de su belicosa anarquía, la necesidad de dar una aplicación a su vigor, dejado sin empleo por la feliz sofocación de las discordias civiles, volvió sus miradas hacia las conquistas exteriores. Comenzando por someter las naciones allegadas establecidas en su vecindad, entre otras los Persas, se fortaleció con su agregación. Después, cuando alistó bajo sus banderas y fundió en un solo cuerpo de pueblos, de los cuales era ella la cabeza, a todos los discípulos meridionales de su religión, atacó al Imperio ninivita.

Muchos escritores no han visto en aquellas guerras del Asia Anterior, en aquellas rápidas conquistas, en aquellos Estados tan prontamente construídos, tan súbitamente derribados, sino golpes de mano sin conexión, una serie de eventos desprovistos de causas profundas y sin trascendencia. No aceptamos tal juicio.

Las últimas emigraciones semíticas habían cesado de descender de las montañas de la Armenia y de acudir a regenerar las poblaciones asirias. Las regiones ribereñas del Caspio y vecinas del Cáucaso no tenían más hombres para enviar fuera. Desde hacía tiempo, las columnas viajeras de los Helenos habían cesado de pasar, y los Semitas, que habían permanecido en aquellas regiones, no fueron expulsados de ellas por nadie. Asiria no renovaba, pues, su sangre desde hacía siglos, y la abundancia de los principios negros, siempre en curso de asimilación, había determinado la decadencia de las razas superpuestas.

En Egipto, había acontecido algo análogo. Pero como el sistema de castas, pese a sus imperfecciones, mantenía aún a esta sociedad en sus principios constituídos, los gobernantes de Menfis, sintiéndose por lo demás muy débiles para resistir a todos los choques, cifraban su política en mantener entre ellos y la potencia ninivita, que era la que más temían, una cortina de pequeños reinos sirios. Parapetados detrás de ese baluarte, continuaron desenvolviéndose como mejor pudieron, dentro de las normas acostumbradas, descendiendo la pendiente de la civilización a medida que les invadía la mezcla negra.

Si los Ninivitas les inspiraban el máximo temor, no eran los únicos que los hacían vivir con sobresalto. Reconociéndose igualmente incapaces de luchar contra el imperceptible poderío de los piratas griegos, θαλασσοκρατῶν, Arios que se apellidaban *reyes de mar*, como lo hicieron más tarde sus allegados los Arios Escandinavos, los Egipcios habían recurrido a la prudente resolución de secuestrarse a sí mismos cerrando las bocas del Nilo. A costa de tan excesivas precauciones esperaban los descendientes de Ramsés preservar aún durante largo tiempo su vacilante existencia.

Junto a los dos grandes Imperios del mundo occidental así debilitados, los Helenos se mostraban poco más o menos en la situación que habían conocido los Medos antes de la fundación de la monarquía unitaria. Daban muestras de la misma turbulencia, del mismo afán de libertad, de los mismos sentimientos belicosos, de análoga ambición de mandar un día a los otros pueblos.

Los Medos, contenidos por su fraccionamiento, permanecían incapaces de emprender nada de mayor vuelo que las colonizaciones ya establecidas en las desembocaduras de los ríos del Euxino, en Italia y en la costa asiática, donde sus ciudades, alentadas por la política asiria a entablar una afortunada competencia al comercio de las ciudades de Fenicia, dependían esencialmente, en este concepto, de la potencia soberana en Nínive y Babilonia.

Fué en este momento en que ninguna de las grandes potencias antiguas estaba ya en situación de atacar a sus vecinos, cuando los Medos se presentaron como candidatos al gobierno del Universo. La ocasión no podía estar mejor escogida: faltó muy poco, sin embargo, para que un factor completamente inesperado, que apareció bruscamente en la escena, alterase por completo la distribución de los papeles.

Los Kimris, Cimerios, Cimbros o Celtas, como se les quiera llamar, pueblos blancos mezclados con elementos amarillos, de los que nadie se preocupaba, desembocaron súbitamente en el Asia Inferior, procedentes

de la Táurida, y después de haber asolado el Ponto y todas las comarcas circundantes, pusieron sitio a Sardes y la tomaron (1).

Estos fieros conquistadores sembraban a su paso el estupor y el espanto. Sin duda, no hubieran deseado nada mejor que justificar la elevada fama que la sola vista de sus espadas daba a concebir de su poderío. Desgraciadamente para ellos, reproducían un accidente que hemos observado ya. Siendo vencedores, no eran sino unos vencidos; perseguidores, resultaban unos fugitivos. No desposeían sino para encontrar un refugio. Atacados en las estepas, que fueron más tarde la Sarmacia asiática, por un enjambre de naciones mogolas o escíticas, y forzados a ceder, se escaparon hasta los lugares en que los Semitas temblaban a sus plantas, pero adonde fatalmente fueron a perseguirlos sus adversarios. De modo que el Asia Anterior no había cesado apenas de experimentar las primeras devastaciones de los Celtas, cuando cayó en manos de las hordas amarillas. Éstas, al mismo tiempo que continuaban guerreando contra los fugitivos, atacaron las ciudades y los tesoros de los países invadidos, presa, a buen seguro, mucho más atrayente (2).

Los Celtas eran menos numerosos que sus antagonistas. Fueron competidores, prosiguieron el curso de sus victorias, perjudiciales sobre todo para los planes de la política meda. Ciaxares acababa precisamente de sitiar a Nínive y este era el único obstáculo que le faltaba salvar para verse dueño del Asia Asiria. Irritado ante aquella intervención malhadada, levantó el sitio y se dirigió a atacar a los Escitas. Pero la suerte le fué adversa, y, derrotado completamente, hubo de dejar a los bárbaros, como él los llamaría sin duda, en libertad de proseguir sus devastadoras correrías. Los Escitas penetraron hasta la frontera de Egipto, donde las súplicas y, más todavía, los regalos lograron de ellos que no entrasen en el país. Satisfechos del pago, fueron a descargar sus violencias a otra parte. Esta bacanal mogola fué terrible, y sin embargo duró poco. En veintiocho años llegó a su término. Los Medos, no obstante haber sido derrotados en un primer encuentro, eran demasiado superiores a los Escitas para soportar indefinidamente su yugo. Volvieron a la carga, y esta vez con éxito completo (3). Los jinetes amarillos, perseguidos por las tropas de Ciaxares, huyeron a través del país hacia el Norte del Euxino. Fueron a continuar allí, con los pueblos más o menos mezclados de sangre finesa, las luchas anárquicas a las que se sentían tan inclinados, mientras que los Zoroástricos, desembarazados de ellos, reanudaban su obra en el punto en que había sido interrumpida. Rechazada la invasión celto-escita, Nínive fué sitiada de nuevo y Ciaxares, vencedor inteligente, penetró en su recinto.

Desde entonces quedó asegurada la dominación de la raza ario-zoroástrica meridional, a la que desde ahora puedo dar sin inconveniente el nombre geográfico de Irania. No quedaba más que saber cuál de las ramas de esta familia obtendría la supremacía. El pueblo medo no era el más puro. Por este motivo, no podía conservar el predominio; pero era el más civilizado por su contacto con la cultura caldea, y esto es lo que le confirió

(1) Movers, *Das Phoenizische Alterth.*, t. II, 1.ª parte, p. 419.
(2) Movers, *Ob. cit.*, t. II, 1.ª parte, ps. 401 y 419.
(3) Herodoto, *Clío*, CVI.

de buen comienzo el lugar más eminente. Fué el primero en preferir una forma de gobierno regular a las agitaciones estériles, y sus costumbres, sus hábitos, eran más refinados que los de las otras ramas con él emparentadas. No obstante, todas estas ventajas, fruto de cierta afinidad con los Asirios, y que acusa el estado del idioma, habían sido logradas a costa de una mezcla que, al alterar la sangre meda, disminuyó también su vigor frente a otra tribu irania, la de los Persas, de modo que, por derecho de superioridad étnica, se quitó a los compañeros de Ciaxares la soberanía de Asia, pasando a la rama que había permanecido más aria. Ciro, un príncipe que por su padre pertenecía a la nación persa y por su madre a la casa real de Dejoces, vino a sustituir a la línea directa, dando a sus compatriotas la superioridad sobre la tribu fundadora del Imperio y sobre todas las otras familias consanguíneas. No hubo, sin embargo, sustitución absoluta: los dos pueblos se encontraban estrechamente unidos; se estableció únicamente entre los dominadores un matiz, que aun no duró mucho tiempo; pues los Persas comprendieron la necesidad de someter su vigor algo inculto a la escuela de los Medos, más experimentados. De esta suerte, no tardó en ocurrir que los reyes de la casa de Ciro no tenían escrúpulo alguno en colocar en los primeros puestos a los más hábiles de aquéllos. Hubo, pues, reparto efectivo del poder entre las dos tribus soberanas y los otros pueblos iranios más semitizados. En cuanto a los Semitas y otros pueblos camitizados o negros que formaban la inmensa mayoría de las poblaciones sometidas, no fueron más que el pedestal común de la dominación zoroástrica.

Para las naciones tan degeneradas, tan cobardes, tan pervertidas y, al mismo tiempo, tan artistas de Asiria, debió de ser un espectáculo y una sensación muy extraños el caer bajo el rudo dominio de una raza guerrera, seria y entregada a las inspiraciones de un culto sencillo, moral, tan idealista como nada de tal tenían sus propias ideas religiosas.

Con la llegada de los Iranios, terminaron los horrores sagrados, las infamias teológicas. El espíritu de los magos no podía soportarlos. Túvose una prueba muy grande y singular de esta intolerancia cuando, más tarde, el rey Darío, dueño ya de Fenicia, envió una orden a los Cartagineses prohibiéndoles sacrificasen hombres a sus dioses, ofrendas doblemente abominables a los ojos de los Persas puesto que ofendían la piedad hacia los semejantes y mancillaban la pureza de la llama santa de la hoguera. Fué quizá la primera ocasión en que, desde la invención del politeísmo, unas prescripciones emanadas del trono habían hablado de humanidad. Este fué uno de los caracteres más notables del nuevo gobierno de Asia. En lo futuro se ocuparon de hacer justicia a cada uno y de poner término a las atrocidades públicas, bajo cualquier pretexto que se ejecutasen. Particularidad no menos nueva: el gran rey se ocupó de la administración. A partir de esta época, decrece lo grandioso, y todo tiende a ser más positivo. Los intereses son tratados y manejados más regularmente. En las instituciones de Ciro y de sus sucesores hay cálculo, y cálculo razonable, prudente. Para decirlo exactamente, el sentido común inspira la política, al margen y a veces algo por encima de las pasiones tumultuosas. Hasta entonces éstas habían hablado en demasía.

Al mismo tiempo que decrece la impetuosidad en los gobernantes y que

progresa la organización material, el genio artístico declina de un modo sorprendente. Los monumentos de la época persa no son más que una reproducción mediana del antiguo estilo asirio. En los bajos relieves de Persépolis ya no hay inventiva. Ni siquiera se encuentra en ellos la fría corrección que sobrevive de ordinario a las grandes Escuelas. Las figuras aparecen desmañadas, pesadas, groseras. No son ya productos de escultores; son bocetos imperfectos de inhábiles peones; y puesto que el gran rey, en su magnificencia, no se procuraba goces artísticos comparables a aquellos con que se habían deleitado sus predecesores caldeos, hay que creer forzosamente que no sentía el menor deseo de ellos, y que las mediocres representaciones expuestas sobre los muros de su palacio para celebrar su gloria halagaban bastante su orgullo y satisfacían su gusto.

Se ha dicho con frecuencia que las artes florecían inevitablemente bajo un príncipe amante de la suntuosidad, y que cuando el lujo era solicitado, los constructores de obras de arte aparecían por doquiera, alentados por la perspectiva de los homenajes delicados y de los grandes emolumentos. Sin embargo, he aquí que los monarcas de tantos países, y que tenían con qué pagar a las celebridades más renombradas, no pudieron reunir en torno suyo sino muy débiles muestras del genio artístico de sus súbditos. Aun habiendo carecido de disposiciones personales para concebir lo bello, puesto que se copiaba para ellos las obras maestras de las dinastías precedentes, y ellos mismos hacían construir en los diversos puntos de sus vastas posesiones edificios inmensos de toda clase, brindaban a los artistas, de haber éstos existido, ocasiones magníficas para distinguirse y competir en genio creador con las generaciones extinguidas. Sin embargo, nada surgió de los dedos de la Minerva. La monarquía persa fué opulenta, nada más; y en muchas ocasiones recurrió a la decadencia egipcia para obtener labores de valor secundario, sin duda, pero que rebasaban sin embargo las facultades de sus nacionales.

Tratemos de encontrar la clave de este problema. Hemos visto ya que la nación aria, inclinada a lo positivo de los hechos y no al desorden de lo imaginativo, no es artista en sí misma. Reflexiva, razonante, razonadora y razonable, lo es; comprensiva en el más alto grado, lo es también; hábil en descubrir las ventajas de todas las cosas, aun de aquello que le es más extraño, sí, hay que reconocerle esta prerrogativa, una de las más fecundas de su derecho soberano. Pero cuando la raza aria está limpia de toda mezcla de sangre negra, carece de concepciones artísticas: esto lo he expuesto en otro lugar profusamente. He mostrado al núcleo de esta familia compuesto de las futuras sociedades hindúes, griegas, iranias y sármatas, muy inhábil para crear representaciones figuradas de un mérito real, y, por grandes que sean las ruinas de las orillas del Yenisei y de las cimas del Altai, no se descubre en ellas ningún indicio revelador de un sentimiento delicado de las artes. Si, pues, en Egipto y en Asiria hubo un potente desarrollo en la reproducción materializada del pensamiento; si, en la India, no dejó, aunque más tardíamente, de manifestarse esa misma aptitud, el hecho no se explica sino por la mezcla negra, abundante y sin freno en Asiria, limitada en Egipto, más restringida en el suelo hindú, creando así los tres modos de manifestación de estos diversos países. En el primero, el arte llegó prontamente a su apogeo, después degeneró no menos prontamente, cayendo

en las monstruosidades en que le arrojó el predominio negro demasiado prematuro. En el segundo, como los elementos arios, manantial de la vida y de la civilización locales, eran débiles, numéricamente hablando, fué también prontamente ganado por la infusión negra. Sin embargo, se defendió mediante una separación relativa de las castas, y el sentimiento artístico, que el primer flujo había desarrollado, permaneció estacionario, cesó pronto de progresar, y así pudo tardar en degradarse mucho más tiempo que en Asiria. En la India, como se opuso una fuerte y sólida barrera a las invasiones del principio negro, el carácter artístico no se desarrolló sino muy lenta y pobremente en el seno del brahmanismo. Para que resultase verdaderamente fuerte, le fué preciso aguardar el advenimiento de Sakya-Muni; en cuanto los budistas, llamando a las tribus impuras a la participación del nirvana, les hubieron dado acceso cerca de algunas familias blancas, la pasión de las artes se desarrolló en Salsetta con no menos energía que en Nínive; llegó pronto, también lo mismo que allí, a su cenit, y, siempre por la misma causa, se abismó casi súbitamente en las locuras que la exageración, el predominio del principio negro, produjeron en las orillas del Ganges como en todas partes.

Cuando los Iranios tomaron el gobierno de Asia, viéronse en presencia de poblaciones donde las artes estaban completamente invadidas y degradadas por la influencia negra. Ellos mismos dejaban de poseer todas las facultades que habrían sido necesarias para levantar a aquel genio en descomposición.

Se objetará que, precisamente porque eran arios, llevaban a la sangre corrompida de los Semitas el complemento blanco destinado a regenerarla, y que así, por una nueva infusión de elementos superiores, debían conducir el grueso de las naciones asirias hacia un equilibrio de principios étnicos comparable a aquel en que se habían encontrado los Camitas negros en su momento más bello, o, mejor aún, los Caldeos de Semíramis.

Pero las naciones asirias eran muy grandes y la población de las tribus iranias dominadoras muy pequeña. Lo que estas tribus poseían en sus venas de esencia fecunda, por lo demás ya mancillada, podía perderse en medio de las masas asiáticas, mas no realzarlas, y según este hecho incontestable, su misma potencia, su preponderancia política, no debía durar sino el tiempo bastante corto durante el cual les sería posible mantener intacta una existencia nacional aislada.

He mencionado ya su número restringido, y recurro sobre este particular a la autoridad de Herodoto. Cuando el historiador traza, en su libro VII, el admirable cuadro del ejército de Jerjes atravesando el Helesponto, despliega la magnífica enumeración de las naciones llamadas a las armas por el gran rey, de todas las partes de sus vastos Estados. Nos presenta a Persas o Medos acaudillando las filas de combatientes que atraviesan los dos puentes del Bósforo doblando el espinazo bajo los latigazos de sus jefes iranios. Aparte de estos jefes de esencia noble, que maltratan a los esclavos encadenados a sus órdenes por la victoria, ¿cuántos soldados enumera Herodoto entre los Medos propiamente dichos? ¿Cuántos guerreros zoroástricos iban en aquel ejército que el hijo de Darío quería que resultase tan formidable? Sólo veo 24,000, y ¿qué era un haz semejante en un ejército de 1.700,000 hombres? Desde el punto de vista del número, nada; desde el punto de

vista del mérito militar, todo; porque, si esos 24.000 Iranios no hubiesen quedado paralizados, en sus movimientos, por el tropel de sus inertes auxiliares, es muy probable que la musa de Platea habría celebrado a otros vencedores. Sea como fuere, como la nación reinante no podía suministrar soldados en mayor número, resultaba poco considerable y no podía bastarse para la tarea de regenerar la densa masa de las poblaciones asiáticas. No tenía, pues, sino la perspectiva de un solo porvenir: corromperse a sí misma hundiéndose muy pronto en el seno de aquéllas.

No se descubren huellas de instituciones fuertes, destinadas a crear una barrera entre los Iranios y sus súbditos. La religión hubiera podido hacer las veces de tal, si los magos no hubiesen estado animados de ese espíritu de proselitismo peculiar a todas las religiones dogmáticas, y que, muchos siglos después, les atrajo el odio muy especial de los musulmanes. Quisieron convertir a sus súbditos asirios. En gran parte consiguieron arrancarlos a las atrocidades religiosas de los antiguos cultos. Fué un éxito casi lamentable: no fué bueno ni para los iniciadores ni para los neófitos. Éstos no dejaron de manchar la sangre irania con sus alianzas, y en cuanto a la religión superior que se les daba, la pervirtieron, a fin de adaptarla a su incurable espíritu de superstición (1).

El fin de las naciones iranias estaba así fijado para una fecha muy cercana al día de su triunfo. Con todo, mientras su esencia no estuvo demasiado mezclada, su superioridad sobre el universo civilizado era positiva e indiscutible: no tenían competidores. El Asia Inferior entera se sometió a su cetro. Los pequeños reinos de allende el Eufrates, aquel baluarte cuidadosamente mantenido por los Faraones, fueron englobados rápidamente en las satrapías. Las ciudades libres de la costa fenicia fueron anexadas a la monarquía persa, con los Estados de los Lidios. Llegó el día en que no quedaba ya más que Egipto, antiguo rival, que para los herederos de las dinastías caldeas pudo valer la pena de una campaña. Ante este coloso caduco, los conquistadores semitas más vigorosos habían retrocedido constantemente. Los Persas no retrocedieron. Todo favorecía su dominación. La decadencia egipcia era un hecho. El país del Nilo no poseía ya recursos personales de resistencia. Ciertamente pagaba aún a mercenarios para montar la guardia en torno de su caducidad, y, entre paréntesis, la degeneración general de la raza semítica la había obligado a reemplazar casi absolutamente a los Carios y a los Filisteos por Arios Griegos. A esto se limitaba lo que podía intentar. No tenía ya bastante ductilidad ni nervio para correr él mismo a las armas o para rehacerse de una derrota.

Los Persas lo avasallaron, ultrajando, como les vino en gana, su culto, sus leyes y sus costumbres.

Si se considera con alguna atención el cuadro tan vívido que de esta época trazó Herodoto, sorprende ver que dos naciones tratasen al resto del Universo, vencido o por vencer, con igual menosprecio, y estas dos naciones, que son los Persas y los Griegos, se consideraban también, una a otra, como bárbaras, olvidando a medias y a medias desdeñando su origen común. Me parece que el punto de vista en que se colocaban para juzgar tan severamente a los otros pueblos era poco más o menos el mismo. Lo que les repro-

(1) Burnouf, *Commentaire sur le Yasna*, t. I, p. 351.

chaban era igualmente el que careciesen del sentimiento de la libertad, y se mostrasen abatidos ante la desgracia, enervados en la prosperidad, cobardes en el combate; ni los Griegos ni los Persas tenían mucho en cuenta respecto de los Asirios y de los Egipcios el pasado glorioso que había acabado en tantas debilidades repugnantes. Y es que los dos grupos desdeñosos se encontraban entonces a un parecido nivel de civilización. Aunque separados ya por las inmixtiones que habían modificado sus esencias respectivas, y, por consiguiente, sus aptitudes — lo que atestiguan sus idiomas —, el principio ario común que, entre ellos, dominaba todavía sobre las mezclas, bastaba para hacerles apreciar de un modo análogo las principales cuestiones de la vida social. Por esto las páginas del anciano de Halicarnaso representan tan al vivo esta similitud de ideas y de sentimientos que ellos revelan. Eran como dos hermanos de diferente fortuna, diferentes por el rango social, y, sin embargo, hermanos por el carácter y las tendencias. El pueblo ario-iranio ocupaba en el Occidente el lugar de hermano mayor de la familia: dominaba al mundo. El pueblo griego era el segundón, reservado para empuñar un día el cetro, y preparándose para este gran destino mediante una especie de isinomía frente a la raza reinante, isonomía que no era absolutamente la independencia. En cuanto a las otras poblaciones encerradas dentro del horizonte de las dos ramas arias, eran, para el primero, objeto de conquista y dominación; para el segundo, materia de explotación. Conviene no perder de vista este paralelismo, sin el cual se comprenderían escasamente los desplazamientos del poder acaecidos más tarde.

Ciertamente, concibo que se participe del desdén ordinario de los espíritus vigorosos y positivos hacia las naturalezas artistas, más bien dadas a recoger las apariencias que a hacer presa en las realidades. Sin embargo, no hay que olvidar tampoco que si los Persas y los Griegos tenían pleno motivo para menospreciar al mundo semítico, convertido en pasto suyo, este mundo poseía el tesoro íntegro de las civilizaciones, de las experiencias del Occidente y los recuerdos respetables de luengos siglos de trabajos, de conquistas y de gloria. Los compañeros de Ciro, los conciudadanos de Pisístrato, tenían en sí mismos las prendas de una futura renovación de la existencia social; pero esto no era razón para que se debiese perder lo que los Camitas negros y las diferentes capas de Semitas y los Egipcios habían por su parte reunido en materia de resultados. La cosecha de los dos grupos arios occidentales, la cosecha procedente de sus propios fondos, estaba aún por hacer: las mieses estaban todavía verdes, las espigas no habían madurado aún; mientras que las gavillas de las naciones semíticas llenaban los hórreos y aprovisionaban hasta a los mismos reformadores futuros. Más aún: las ideas de Asiria y de Egipto se habían difundido por doquiera que había penetrado la sangre de sus inventores, en Etiopía, en Arabia, por todo el litoral del Mediterráneo, en el Oeste de Asia, y también en la Grecia meridional, con una opulencia y una exuberancia desesperantes para las civilizaciones no nacidas aún, y todas las creaciones de las sociedades posteriores iban a estar para siempre obligadas a transigir con esas ideas y con las opiniones que de ellas surgiesen. Así, pese a su desdén por las naciones semíticas y por la afeminada paz de las orillas del Nilo, los Arios Iranios y los Arios Griegos debían entrar muy pronto en la gran corriente intelectual de aquellas poblaciones enervadas por su desorden étnico y por la exageración de sus prin-

cipios negros. La parte de influencia dejada a esos Iranios tan orgullosos, a esos Griegos tan activos, se reduciría así, en resumidas cuentas, a arrojar en el lago inmenso y estancado de las multitudes asiáticas algunos elementos temporales de movimiento, de agitación y de vida.

Los Arios Iranios, y, después de ellos, los Arios Griegos, ofrecieron al mundo de Asiria y de Egipto lo que los Arios Germanos dieron más tarde a la sociedad romana.

Cuando el Asia occidental estuvo toda entera bajo el dominio de los Persas, ya no hubo razón para que subsistiese la escisión primitiva entre su civilización y la de Egipto. Los débiles esfuerzos intentados en el valle del Nilo a fin de reconquistar la independencia nacional no fueron sino las convulsiones de una resistencia moribunda. Las dos sociedades primitivas del Occidente tendían a confundirse, porque las razas que ambas encerraban ya no se distinguían bastante netamente. Si los Persas hubiesen sido muy numerosos; si, al estilo de los más antiguos invasores, sus tribus hubieran podido luchar contra la cifra de las multitudes semíticas, no habría sucedido así. Formándose una organización enteramente nueva sobre los restos olvidados de las antiguas, se habría visto a algunos de esos restos aislarse, en las extremidades del Imperio, con los restos de la raza, y constituirse aparte, con objeto de mantener entre las invenciones de los recién llegados y el estado de cosas abolido, para la mayoría de los súbditos, una línea de demarcación perceptible.

En cuanto los Iranios, que eran un puñado de hombres, se adueñaron del poder, el inmenso espíritu ario los envolvió por todas partes, los asió, los estrechó y les comunicó su vértigo. Bajo el reinado del hijo de Ciro, bajo Cambises, se puede ver ya la parte de parentesco que la naturaleza fatalmente soberbia e infatuada de los Semitas camitizados podía reclamar con la persona del soberano. Felizmente, esta mezcla no se había generalizado todavía. El testimonio de Herodoto viene a probarnos que el espíritu ario resistía bien contra los asaltos del enemigo doméstico. Nada lo demuestra tan bien como la famosa conferencia de los siete jefes después de la muerte del falso Esmerdis (1).

Tratábase de dar una forma de gobierno conveniente a los pueblos libertados. El problema no habría existido para el genio asirio, el cual, desde el primer momento, habría proclamado la eterna legitimidad del despotismo puro y simple; pero fué meditado madura y resueltamente, no sin dificultad, por los guerreros dominadores que lo plantearon. Tres opiniones se disputaron el predominio. Otanés se inclinó por la democracia; Megabyzes advocó por la oligarquía. Darío, habiendo elogiado la organización monárquica, que afirmó ser el fin inevitable de todas las formas de gobierno posibles, obtuvo la mayoría de votos. No obstante, se las había con asociados de tal modo ávidos de independencia, que, antes de entregar el poder al rey elegido, estipularon que Otanés y toda su casa permanecerían para siempre a cubierto de la influencia de la autoridad soberana, y libres, salvo el respeto a las leyes. Como en la época de Herodoto apenas existían ya sentimientos de esta energía entre los Persas, decididamente despojados de su primitivo valor ario, el escritor de Jonia previene sabiamente a sus lectores de que el

(1) Herodoto, *Thalia,* LXXX.

hecho que refiere va a parecerles extraño: no por eso deja de afirmarlo (1).

Después de la extinción de aquella gran arrogancia, hubo aún algunos años ilustres; a continuación el desorden semítico logró englobar a los Iranios en el seno corrompido de las poblaciones esclavas. Desde el reinado del hijo de Jerjes, hácese patente que los Persas han perdido la fuerza de seguir dominando al mundo, y, sin embargo, entre la toma de Nínive por los Medos y esta época de decadencia, no había transcurrido más que siglo y medio.

La historia de Grecia comienza aquí a mezclarse más íntimamente con la del mundo asirio. Los Atenienses y los Espartanos intervienen en lo sucesivo en los asuntos de las colonias jonias. Voy, pues, a dejar el grupo iranio para ocuparme del nuevo pueblo ario, que se anuncia como su más digno y aun su único antagonista.

CAPITULO III

Los Griegos autóctonos; los colonos Semitas; los Arios helenos

La Grecia primordial se presenta mitad semítica, mitad aborigen (2). Son Semitas quienes fundan el reino de Sición, primer punto civilizado del país; son dinastías puramente semíticas o autóctonas que glorifican los nombres característicos de Inaco, de Foroneo, de Ogiges, de Agenor, de Danao, de Codro, de Cecrops, nombres cuyas leyendas establecen la significación étnica de la manera más clara. Todo lo que no procede de Asia, en aquellas épocas lejanas, se considera nativo del mismo suelo, y forma la base popular de los Estados nuevamente creados. Pero el hecho singular es que, en las edades primitivas, no se descubre en parte alguna el menor vestigio histórico de los Arios Helenos.

Ningún relato mítico los menciona. Son profundamente desconocidos en toda la Grecia continental; con mayor motivo en las islas. Para encontrarlos, hay que descender hasta los tiempos de Deucalión, quien, con tropas

(1) Herodoto, *Thalia*, LXXX.

(2) Algunas palabras sobre estos aborígenes que los tiempos históricos han entrevisto apenas. Todos los recuerdos primitivos de la Hélade andan llenos de alusiones a esas tribus misteriosas. Hesiodo llama autóctonos a los pueblos más antiguos de la Arcadia, calificados de pelásgicos. Erecteo, Cecrops, eran jefes reconocidos como autóctonos. Lo mismo se decía de las naciones siguientes: la generalidad de Pelasgos, los Léleges, los Curetas, los Cócones, los Aonios, los Témiques, los Hiantos, los Beocios Tracios, los Télebes, los Epirotas, los Flegios, etc. (Ver Grote, *History of Greece*, t. I, p. 238, 262, 268, y t. II, p. 349; Larcber, *Chronol. d'Hérod.*, t. VIII; Niebuhr, *Roemische Geschichte*, t. I, p. 26 a 64; O. Müller, *Die Etrusker*, Einleit, p. 11 y 75 a 100.) Sobre la rapidez con que los pueblos aborígenes desaparecieron tan pronto como los Arios Helenos hicieron su aparición entre ellos, consultar Grote, t. II, p. 351. Hécate, Herodoto y Tucídides andan de acuerdo sobre este punto: que hubo una época antihelénica, durante la cual entre el cabo Malea y el Olimpo se hablaban diversas lenguas. (Grote, t. II, p. 347.)

de los Léleges y de los Curetas, es decir con habitantes locales, por consiguiente no arios, fué a establecerse en la Tesalia, mucho después de la creación de los Estados de Sicione, de Argos, de Tebas y de Atenas. Ese conquistador procedía del Norte.

Así, desde la fundación de Sicione, fijada por los cronologistas, como Larcher, en el año 2164 antes de nuestra era, hasta la llegada de Deucalión en 1541, o, en otras palabras, durante un período de seiscientos años, no se descubre en Grecia sino pueblos antearios aborígenes y colonizadores de raza camosemítica.

¿Dónde vivieron, pues, qué hicieron los Arios Helenos durante aquel período de seiscientos años? ¿Se hallaban realmente muy lejos todavía de su futura patria? La tradición los ignora de una manera tan completa, que nos sentiríamos inclinados a creer que llevaron a cabo su aparición primera con Deucalión, bruscamente, inopinadamente, y que, antes de esta sorpresa, no se había oído nunca hablar de ellos. Luego, de súbito, Deucalión, establecido en las tierras conquistadas, engendró a Heleno; éste tiene por hijos a Doro, Eolo, Xutho, quien, a su vez, es padre de Acaeo y de Ion: todas las ramas de la raza, Dorios, Eolios, Aqueos y Jonios, se disputan los territorios antaño pertenecientes de una manera exclusiva a los autóctonos y a los Cananeos. Los Arios Helenos son descubiertos.

No hay que extrañarse de esta falta de precedentes y de transición. Débese a las formas mnemónicas comunes a los relatos que conservan los pueblos sobre sus orígenes. Sin embargo, no cabe la menor duda de que las invasiones y el establecimiento de las multitudes blancas no se efectúan así. Una nación amenaza largo tiempo un territorio antes de lograr establecerse en él. Da vueltas alrededor de las fronteras del país codiciado sin atravesarlas. Intimida primero y no aprehende sino lentamente. Los Arios Helenos no procedieron de distinta manera que sus hermanos; no fueron una excepción de la regla.

Ya que antes de establecerse Deucalión en Tesalia no se menciona el nombre de su pueblo, cesemos de buscar este nombre, y, preocupándonos de otros detalles, veamos qué era el mismo Deucalión, perfectamente reconocido como Heleno por los siglos posteriores, puesto que fué proclamado el propio epónimo de la raza. Observémoslo en su valor étnico, y, ante todo, puesto que procedemos de abajo para arriba, empecemos precisando el de sus hijos, fundadores de diferentes tribus helénicas.

Nacieron todos, en el segundo grado, de Deucalión y de Pyrra, hija de Pandora. Doro empezó estableciendo sus tribus alrededor del Olimpo, cerca del Parnaso. Eolo reinó en la Tesalia, entre los Magnetas. Xutho avanzó hasta el Peloponeso. Heleno, padre de estos tres héroes, los tuvo de una esposa cuyo origen autóctono es de sobra indicado por su nombre: la leyenda la denomina Orseis, *la Montañesa*. Pandora tampoco procedía del tronco helénico. Formada de limo, resultaba ser de otra especie que los Arios: era autóctona y se había desposado con el hermano del creador. Así, los patriarcas de la familia helénica no se presentan como de raza pura. En cuanto a Pandora, aquella mujer aborigen casada con un extranjero; en cuanto a su hija Pirra, casada con otro extranjero; y en cuanto a aquella última pareja que, después del Diluvio, se fabrica un pueblo con las piedras del suelo, es difícil dejar de acordarse, al observarlos, del mito enteramente análogo de

la historia china, en que Pan-Ku forma a los primeros hombres de arcilla, no obstante ser hombre él mismo. El pensamiento ario-griego y ario-chino no halló, a distancias inmensas, sino una misma manifestación para representar dos ideas completamente idénticas, la mezcla de una rama aria con aborígenes salvajes y la adaptación de estos últimos a las nociones sociales.

Deucalión, el primero de los Griegos, es decir, el primero de una raza mestiza, un Semisemita, según parece, era hijo de Prometeo y de Climena, surgida del Océano (1). Se percibe bien aquí la desviación de la raza pura, de la cual procedía Prometeo. Si Deucalión resulta el epónimo de sus descendientes, es que no tiene la misma composición, la misma significación étnica que su padre. Nada más evidente. Sin embargo, las aportaciones de sangre semítica o aborigen no pueden constituir su originalidad: ésta hay que buscarla más bien en la línea paterna, sin lo cual Deucalión no sería en modo alguno considerado por la leyenda helénica como el hombre tipo, y, en los relatos griegos de origen semítico, estaría clasificado mucho después de los héroes cananeos, que, en efecto, le precedieron según el orden de los tiempos. Deucalión saca, pues, todo su mérito especial de su padre, y es, por tanto, la raza de éste la que importa reconocer. Ahora bien, Prometeo era un Titán, así como su hermano Epimeteo, del que descienden igualmente los Arios Helenos por las mujeres. En consecuencia, nadie, creo yo, podrá combatir esta conclusión: los Arios Helenos con Deucalión, los Arios Helenos, casi intactos aún de toda mezcla, sea semítica, sea aborigen, son los Titanes (2). La regularidad de la filiación no deja nada que desear.

Hasta aquí resulta demostrado de una manera irrefragable que los Griegos son descendientes mestizos de aquella gloriosa y terrible nación. Sin embargo, cabría dudar aún de que los Titanes hubiesen sido aquellos Helenos, separados antaño de la familia aria en las vertientes del Imao, y cuya larga peregrinación por las montañas del Norte de Asiria, a lo largo del mar Caspio, hemos adivinado, mejor que visto. En verdad, si la genealogía ascendente de los Titanes estuviese completamente perdida, el hecho resultaría igualmente demostrado, con toda la certeza posible, por la filología y los argumentos fisiológicos; mas, puesto que la Historia es de una claridad y de una precisión harto raras, no rechazaré ciertamente el apoyo que me brinda, y completaré mi demostración.

Los Titanes eran los hijos directos de aquel antiguo dios ario, conocido ya por nosotros en la India, en los orígenes vedas, de aquel Varunas, expresión venerable de la piedad de los autores de la raza blanca, y cuyo nombre no fué desfigurado siquiera por los Helenos al conservarlo, tras de tantos siglos, bajo la forma apenas alterada de Urano. Los Titanes, hijos de Urano, el dios original de los Arios, eran, como vemos, indiscutiblemente Arios, y hablaban una lengua cuyos restos, sobreviviendo en el seno de los dialectos helénicos, se emparentaban, sin duda alguna, de una manera muy íntima, con el sánscrito, el zendo, el céltico y el eslavo más antiguo.

---

(1) *Prometeo,* el previsor. Es hijo de Japet, padre común de la familia blanca, en opinión de Hesiodo y de Apolonio. Su madre era Asia.

(2) Hesiodo deriva la palabra *Titán,* de «*titaino oi teinontes tas jeiras*», *los que tienden las manos.* Se dió a esta significación el alcance de *Basileus,* y aquellos a quienes fué atribuída fueron considerados *Reyes* por excelencia.

Los Titanes, aquellos conquistadores altaneros de las regiones montañosas del Norte de Grecia, aquellos hombres violentos e irresistibles, imprimieron en la memoria de los pueblos de la Hélade, y, de rechazo, en la de sus propios descendientes, exactamente aquella misma idea de su naturaleza que los antiguos Camitas blancos y que los primeros Hindúes, que los Arios Egipcios y que los Arios Chinos, todos conquistadores, todos parientes suyos, dejaron en la memoria de los otros pueblos (1). Se les divinizó, se les situó por encima de la criatura humana, se reconoció ser más pequeños que ellos, y, tal como he dicho ya algunas veces, debido a semejante manera de comprender las cosas, se hizo exacta justicia a las naciones primitivas de raza blanca pura y a las multitudes de valor mediocre que sucedieron a ellas.

Los Titanes ocuparon, pues, el Norte de Grecia. Su primer movimiento afortunado hacia el Sur fué aquel que presidió Deucalión, conduciendo a aquella empresa tropas aborígenes, es decir, gente extraña a su sangre (2). Por lo demás, él mismo, como se ha visto, era un híbrido. Así, no se tratará ya en lo sucesivo de Titanes. Éstos se establecen allí, se mezclan, se extinguen en las regiones septentrionales de la Hélade, en la Caonia, en el Epiro, en la Macedonia: desaparecen, aunque no sin transmitir e infundir un valor muy particular a los pueblos entre los cuales se funden (3).

Estos pueblos, lo mismo que los de la Tracia y de la Táurida, no eran — sumariamente lo he indicado — de raza amarilla pura. Ya las naciones célticas y eslavas habían indiscutiblemente avanzado hasta el Euxino, hasta las montañas de la Grecia, hasta el Adriático. Habían ido incluso más lejos. Los grandes desplazamientos de los pueblos blancos septentrionales, que, bajo el esfuerzo violento de las masas mogolas que operabàn en el Norte, habían decidido a los Arios establecidos más al Sur, en las altas mesetas asiáticas, a descender a lo largo de las crestas del Indo-Koh, actuaban desde hacía tiempo, cuando los Titanes aparecieron más allá de la Tracia. Los Celtas, que encontramos, en el siglo XVII antes de J.-C., firmemente establecidos en las Galias, y los Eslavos, que, por motivos que a su tiempo expondremos, percibo en España anteriormente a aquella época, habíanse alejado hacía siglos de la patria siberiana y habían recorrido las orillas superiores del Ponto-Euxino. Por todas estas causas, una cierta suma de mezclas sufridas por los Titanes introdujo en las venas de los Arios Helenos alguna proporción de principios amarillos debidos solamente a la influencia de las naciones más íntimamente manchadas por su contacto con los pueblos fineses (4).

Después de la época de Deucalión, a partir del siglo XVI antes de J.-C., las tribus establecidas en Macedonia, Epiro, Acarnania, Etolia, el Norte, en una palabra, reunieron, hasta un grado muy especial, los rasgos del carácter ario y fueron las primeras en difundir el nombre de los Helenos.

Allí brilló sobre todo el espíritu belicoso. El héroe tesalio, el de paso ligero, resultó siempre el prototipo de la bravura helénica. Tal como nos lo muestra *La Ilíada,* fué un guerrero ardoroso, amante del peligro, persiguien-

---

(1) Boettiger, *Ideen zur Kunstmythologie,* t. II, p. 267.

(2) Que, sin embargo, no eran bárbaros. (Mac Torrens Cullagh, *The industrial History of free Nations,* t. I, p. 7.)

(3) Boettiger, *Ob. cit.,* t. I, p. 195.

(4) Pott, *Encycl. Ersch u. Gruber,* p. 65.

do la lucha por la lucha, y, dado su religioso concepto de la lealtad, no transigiendo con el deber que se impone. Se hace querer por sus nobles sentimientos, y compadecer por las pasiones impetuosas que le pierden. Es digno de que se le compare a los vencedores de la epopeya hindú, del *Schahnameh* y de las canciones de gesta.

La energía era el rasgo de esa familia. Tal virtud, si anda acompañada de una esclarecida inteligencia, está de antemano designada en todas partes para el poder soberano. El Norte de Grecia proporcionó siempre al Mediodía no sólo sus mejores y más intrépidos soldados, sino también el mayor contingente de ellos, y mucho después de encontrarse ahogado el resto del país bajo el elemento semítico, aquella región siguió manteniendo un plantel de esforzados combatientes. Por otra parte, preciso es confesarlo, los habitantes de aquellas regiones, tan hábiles en batirse, en dirigir, en organizar, en gobernar, no lograron brillar nunca en los trabajos especulativos. Entre ellos, no hay artistas, ni escultores, ni pintores, ni oradores, ni poetas, ni historiadores célebres. Todo lo que pudo hacer el genio lírico fué remontar del Sur hasta Tebas para que allí floreciese Píndaro. No fué más allá, porque la raza no se prestaba a ello, y el mismo Píndaro constituyó en la Beocia una gran excepción. Sabido es lo que Atenas opinaba del espíritu cadmeo, quien, si bien no tenía la lengua suelta ni el pensamiento exuberante, proporcionó soldados mercenarios a toda el Asia y, en su tiempo, un gran estadista a la patria helénica. La sangre de la Grecia septentrional tenía su frontera en Tebas (1).

El Norte se distinguió, pues, siempre por los instintos militares y aun groseros de sus ciudadanos, y por su genio práctico, doble carácter debido indudablemente a un enlace de la esencia blanca aria con principios amarillos. Las grandes aptitudes utilitarias y la escasez de imaginación sensual fué el resultado de ello. Percibimos así, en las partes de Europa sometidas de más antiguo a los Helenos, la antítesis étnica y moral de lo que hemos observado en la India, en Persia y en Egipto. Vamos a hacer igualmente la aplicación de este contraste a las naciones de la Grecia meridional. La diferencia resultará más acusada a medida que del continente pasemos a las islas y de las islas a las colonias asiáticas.

Me he servido, hace un momento, de *La Ilíada* para caracterizar el genio a la vez ario y finés de los Griegos del Norte. No saco de ahí menos recursos cuando trato de representarme el espíritu ario-semítico de los Griegos del Sur, y me bastará, con este objeto, oponer a Aquiles y a Pirro el prudente Ulises. He aquí el tipo de Griego impregnado de Fenicio; he aquí el hombre que descubriría ciertamente, en su genealogía, un número mayor de madres cananeas que arias. Bravo, pero únicamente cuando es preciso, de preferencia astuto, su lengua es de oro, y todo imprudente que le oiga discurrir cae en la seducción. Ninguna mentira le contiene, ningún engaño le embaraza, ninguna perfidia le arredra. Lo sabe todo. Su facilidad de comprensión es asombrosa, y sin límites su tenacidad en las empresas. Bajo este doble aspecto, es Ario.

Prosigamos el retrato.

La sangre semítica habla de nuevo en él, cuando se muestra escultor;

(1) Grote, *History of Greece*, t. I, p. 350.

con sus propias manos talla en madera de olivo su lecho nupcial, y este lecho, incrustado de marfil, es una obra maestra. Elocuente, artista, bribón y peligroso, es un compatriota, un émulo del pirata-mercader nacido en Sidón, del senador que gobernará Cartago, en tanto que, fecundo en ideas, inquebrantable en sus opiniones, hábil en dominar sus pasiones como en templar las de los otros, moderado cuando quiere, modesto, puesto que el orgullo es una hinchazón torpe de la razón, es Ario. No cabe duda que Ulises debe aventajar a Ayax, verdadero Ario Finés. El matiz del tipo griego al cual pertenece el hijo de Laertes está destinado a una suerte más elevada y más rápida, pero también más frágil, que su contrincante. La gloria de Grecia fué obra de la fracción aria, aliada a la sangre semítica; mientras que la gran preponderancia exterior de aquel país se debió a la acción de las poblaciones algo mogolizadas del Norte.

Sabido es que de buen comienzo, y mucho antes de que las primeras tribus de Arios Griegos, fondo de la mezcla de los aborígenes con los Titanes, hubiesen descendido hasta el África y el Peloponeso, los emigrantes cananeos habían conducido ya sus navíos hacia aquellas playas. Hoy apenas se cree, y ello por razones irrefragables, que entre estos extranjeros se encontrasen Egipcios. Los pobladores de Misr no colonizaban: permanecían en su país, e incluso, limitados por mucho tiempo a la posesión del curso superior del Nilo, no descendieron sino hasta muy tarde a las orillas del mar. La parte inferior del Delta estaba ocupada por pueblos de raza semítica o camítica. Era la gran ruta de las expediciones hacia el África occidental. Sí, pues — cosa que no me es permitido discutir —, ciertas bandas, llegadas para poblar Grecia, partieron de aquel punto, no eran Egipcios: eran congéneres de aquellos otros invasores que, en opinión de todos, partieron en gran número de Fenicia. Todos los nombres de los antiguos jefes de Estados griegos primitivos, que no ofrecen un aspecto aborigen, son únicamente semíticos: así Inaco, Azeo, Fegeo, Niobé, Agenor, Cadmo, Codro. Se cita una excepción, a lo sumo dos: Foroneo es el hijo de Inaco, el hermano de Fegea, el padre de Niobé. Se encuentra a su héroe, dentro de su misma familia, rodeado de nombres manifiestamente semíticos, y no sería más difícil descubrir en el suyo una raíz de igual especie que identificarlo con Fra (1).

Se ha comparado el nombre de Inaco con el vocablo *Anak*, cuya importancia étnica ha sido puesta de relieve por M. de Ewald y otros hebraizantes. Si este nombre tuviese que tener, aplicado al primer rey de la Argólida, una significación de raza, indicaría un parentesco con la tribu vilmente embrutecida de aquellos negros que, dueños desposeídos del Canaán, vagaban a través de los zarzales y frecuentaban las cavernas de Seir. Pero la verosimilitud no es grande, y no creo que convenga confundir el nombre de Inaco con el vocablo Anak, ni, si no cabe evitar la comparación, descubrir en él otro sentido que el de una pura similitud de sílabas.

Las colonias procedentes del Sur y del Este se componían, pues, exclusivamente de Camitas negros y de Semitas diferentemente mezclados. El

(1) Pott, *Encycl. Ersch u. Gruber, Indo Germanischer Sprachstamm*, p. 23, y Grote, *Hist. of Greece*, t. I, p. 32.

grado de civilización de cada una de ellas no era menos matizado, y las variedades de sangre, creadas por aquellas invasiones en los países griegos, fueron infinitas.

Ninguna otra región ofrece, en las épocas primitivas, tantas huellas de convulsiones étnicas, de desplazamientos súbitos y de inmigraciones multiplicadas. Acudían allí en tropel de todos los puntos del horizonte, y a menudo para no hacer más que cruzar o verse de tal modo acometidos, que tenían que confundirse inmediatamente entre los vencedores y perder su nacionalidad. Mientras, en todo momento, sea de las islas, sea del continente asiático, afluían grupos saturados de negro, otros pueblos mezclados con elementos amarillos, Eslavos, Celtas, descendían del Norte, bajo mil denominaciones impregnadas de ideas muy especiales (1). Para explicar ese concurso de tantas nacionalidades en una península estrecha y casi separada del mundo, conviene no perder nunca de vista las perturbaciones enormes que ocasionaban en las partes septentrionales del continente las agitaciones de los pueblos fineses. Los guerreros llegados de Tesalia y de Macedonia en los parajes de Acarnania fueron las víctimas directas de las desposesiones repetidas poco a poco, e igualmente los Camitas negros y los Semitas procedentes del Este y del Sur huían ante acontecimientos análogos, abandonando, para ir a probar fortuna en Grecia, sus territorios, convertidos en dominios de las invasiones hebreas o árabes, en una palabra, caldeas de diferentes fechas.

Aquellos ejércitos de fugitivos rechazados, glavio en mano, hacia el Peloponeso, el Ática, la Argólida, la Beocia, la Arcadia, chocaban allí con otros y entablaban batalla. De estos nuevos conflictos resultaban nuevos vencidos y nuevos vencedores, tribus esclavizadas, otras expulsadas, de suerte que, después del combate, veíanse bandas tumultuosas reanudar su marcha, bien para dirigirse hacia el Oeste y alcanzar Sicilia, Italia, Iliria, bien para regresar a la costa asiática y buscar así mejor fortuna. La Hélade semejaba uno de esos abismos profundos abiertos en el lecho de los ríos, en los cuales las aguas, empujadas por la corriente, se precipitan en pesadas masas y resurgen formando torbellinos.

Ningún descanso, ninguna tregua. Los tiempos heroicos están apenas abiertos, la epopeya balbucea sus más oscuros relatos, y, desdeñosa de los hombres, se fija únicamente en los dioses, y han empezado ya las expulsiones violentas, las desposesiones de tribus enteras, las revoluciones de todo género. Después, cuando, echando pie a tierra, la Musa habla finalmente con sangre fría y en términos que la razón puede discutir, nos muestra a las naciones griegas, compuestas poco más o menos así:

1.° Helenos. — Arios modificados por los principios amarillos, pero con gran preponderancia de la esencia blanca y algunas afinidades semíticas;

2.° Aborígenes. — Pueblos eslavo-célticos saturados de elementos amarillos;

3.° Tracios. — Arios con mezcla de Celtas y de Eslavos;

4.° Fenicios. — Camitas negros;

5.° Árabes y Hebreos. — Semitas muy mezclados;

(1) Grote, *Ob. cit.*, t. I, p. 318.

6.° Filisteos. — Semitas quizá más puros;
7.° Libios. — Camitas casi negros;
8.° Cretenses y otros insulares. — Semitas bastante parecidos a los Filisteos.

Este cuadro necesita ser comentado (1). No contiene, hablando con propiedad, un solo elemento puro. De cada siete, seis encierran, en grados diferentes, principios melanios; dos poseen principios amarillos, otros dos contienen el elemento blanco tomado de la rama camítica o, por tanto, extremadamente debilitado; tres lo tomaron de la rama semítica; otros dos de la rama aria: tres, en fin, reunen los dos últimos orígenes. De ello saco las consecuencias siguientes:

El principio blanco, en general, domina, y la esencia aria comparte la influencia con la semítica, atendido que las invasiones de los Arios Helenos, más numerosas que las otras, formaron el fondo de la población nacional. Con todo, la abundancia de sangre semítica es tal, particularmente en ciertos puntos, que no se puede negar a esa sangre una marcada influencia, y a ella se debe una iniciativa templada por la influencia aria con el apoyo del continente amarillo. Huelga decir que este juicio no afecta sino a la Grecia meridional, la Grecia del Ático, del Peloponeso, de las colonias, la Grecia sabia y artista. En el Norte, los elementos melanios son casi nulos. Así, en los siglos cercanos a la guerra de Troya, estas regiones excitaron, en menor grado que las regiones asiáticas, las preocupaciones de los Griegos del Sur.

Y es que, en efecto, en aquellas épocas, y hacia los tiempos en que Herodoto escribía, la misma Grecia era un país asiático, y la política que le atraía elaborábase en la corte del gran rey. Todo lo que se refería al interior, engrandecido, ennoblecido a nuestros ojos por la admirable manera cómo nos ha sido conservado, no era, sin embargo, más que muy secundario en comparación a los hechos exteriores cuyos resortes permanecían en poder de los Persas.

Desde que Egipto descendió al rango de provincia aliada a los Estados aqueménidas no hubo ya, como antaño, dos civilizaciones en el mundo occidental. El antagonismo del Eufrates y del Nilo había cesado; nada ya de asirio, nada ya de egipcio, y en pie un pacto al que no encuentro otro nombre que el de asiático. Sin embargo, era el principio asirio el que influía allí en mayor grado. Los Persas, demasiado poco numerosos, no transformaron ese principio, no lo habían siquiera renovado. Su brazo se sintió bastante fuerte para imprimirle un impulso a que las dinastías egipcias no lograron alcanzar, y, bajo el empuje de aquel coloso en putrefacción, la débil caducidad egipcia se deshizo en polvo y fué a mezclarse con él. ¿Existía en el mundo una tercera civilización que pudiese ocupar el sitio de los antiguos campeones? En modo alguno: la Grecia no representaba, frente a la Asiria, una cultura original como la egipcia, y aun cuando su inteligencia ofreciese matices muy especiales, la mayoría de elementos que la componían hallábanse, con el mismo sentido e idéntico valor, en los pueblos semíticos del litoral mediterráneo. Es una verdad que no necesita demostración.

(1) Grote, *Hist. of Greece*, t. II, p. 359 y *passim*; *Encyclop. Ersch. u. Gruber*, 2.ª sec., part. 18, p. 18.

En su propia opinión, los Griegos hacían mucho mayor caso de lo que llamaban, sin duda, en su lenguaje, las conquistas de la civilización, es decir, las importaciones de dioses, dogmas, ritos asiáticos, y de los monstruosos ensueños provenientes de las costas vecinas, que de la simplicidad aria profesada antaño por sus religiosos antepasados masculinos. Informábanse con predilección de lo que se había pensado y realizado en Asia. Mezclábanse de buen grado en los asuntos, en las empresas, en las querellas del gran continente, y aunque penetrados de su propia importancia, como todo pequeño pueblo debe serlo, aunque calificando de bárbaro incluso al Universo entero, excepción hecha de ellos, su mirada no se separaba de Asia.

Mientras los Asirios fueron independientes, los Griegos, débiles y alejados, no contaron sino muy poco en el mundo; pero como el desarrollo helénico tuvo efecto en la época misma en que los Asirios Iranios alcanzaron su máxima fortuna, fué entonces cuando, frente a los dominadores del Asia Anterior, tuvieron que optar entre el antagonismo y la sumisión. La opción estaba indicada por su debilidad. Aceptaron la influencia victoriosa, dominadora, irresistible, del gran rey, y vivieron dentro de la esfera de su poderío, si no bajo la condición de súbditos, por lo menos bajo la de protegidos.

Todo, lo repito, les obligaba a ello. El parentesco con los Asiáticos era íntimo; la civilización casi idéntica en sus bases, y, en fin, sin el buen parecer de los Persas, nada hubiese subsistido de las colonias jónicas, siempre y tradicionalmente sostenidas por la política de los soberanos de Asiria. Ahora bien: de la fortuna de las colonias dependía la de las metrópolis (1).

Existía, pues, acuerdo entre los Arios Griegos y los Arios Iranios. El lazo común era aquel vasto elemento semítico sobre el cual unos y otros, en su respectivo país, habían dominado y que, tarde o temprano, por una vía o por otra, debía absorberles igualmente en su unidad engrandecida.

Puede parecer extraño que diga que los Arios Griegos habían dominado en su propio país el principio semítico, después de haber demostrado que la mayor parte de su civilización estaba impregnada de él. Para dar cuenta de esta aparente contradicción no he de recordar sino una reserva inscrita más arriba. Diciendo que la cultura griega era principalmente de origen semítico dejaba en reserva cierto estado anterior que voy a examinar ahora y que, junto con tres elementos enteramente arios, contiene la historia primitiva del helenismo épico. Estos elementos son: el pensamiento gubernamental, la aptitud militar y un género muy particular de talento literario. Los tres se derivan de estos dos instintos arios: la razón y la apetencia de lo útil.

El fundamento de la doctrina gubernamental de los Arios Helenos era la libertad personal. Todo lo que podía garantizar este derecho, en la forma más extensa posible, era bueno y legítimo. Lo que lo restringía era repudiable. He aquí el modo de sentir y opinar de los héroes de Homero: he aquí lo que sólo se descubre en los orígenes de las sociedades arias.

En la aurora de las edades heroicas, y aun mucho después, los Estados griegos son gobernados según los procedimientos y principios ya observa-

---

(1) Zumpt, Memorias de la Academia de Berlín. *Ueber den Stand der Bevoelkerung und die Volksvermehrung in Alterthum*, p. 5.

dos en la India, en Persia y un tanto en los orígenes de la sociedad china, es decir, están dotados de un gobierno monárquico, limitado por la autoridad de los cabezas de familia, por la fuerza de las tradiciones y por la prescripción religiosa. Se observa allí una gran dispersión nacional, intensas huellas de aquella jerarquía feudal tan propia de los Arios, preservativo bastante eficaz contra los principales inconvenientes del fraccionamiento, consecuencia del espíritu de independencia (1). Nadie más vigilado en el ejercicio de su poder que Agamenón, el rey de los reyes; nadie más limitado en su poder que el hábil soberano de Itaca. La opinión era soberana en aquellas grandes ciudades (2), en las cuales no existían, es cierto, diarios (3), pero en donde los ambiciosos, más o menos elocuentes, no dejaban de perturbar las cuestiones. Para bien comprender lo que era un rey griego luchando con las dificultades gubernamentales, nada mejor que estudiar el golpe de Estado de Ulises contra los amantes de Penélope. Vemos allí sobre qué escabroso terreno operaba la autoridad del príncipe, incluso teniendo de su parte el derecho y la razón.

En aquella sociedad vivaz, joven, altiva, el genio ario inspiraba opulentamente la poesía épica. Los himnos dedicados a los dioses eran relatos o nomenclaturas más bien que efusiones. La hora del lirismo no había llegado aún. El héroe griego combatía montado en el carro ario, llevando a sus lados un escudero de sangre noble, a menudo real, muy parecido al suta brahmánico, y sus dioses eran dioses-espíritus, indefinidos, poco numerosos y reducidos fácilmente a una unidad que, mejor aun que todos, reflejaba su vecino origen de los montes himalaicos.

En aquella época muy remota, la fuerza civilizadora, iniciadora, no residía en el Sur: emanaba del Norte. Procedía de la Tracia con Orfeo, con Museo, con Lino. Los guerreros griegos aparecían de gran estatura, blancos y rubios. Sus ojos miraban arrogantes al cielo, y este recuerdo dominó de tal modo el pensamiento de las generaciones sucesivas, que cuando el politeísmo negro hubo invadido, con la creciente afluencia de las inmigraciones semíticas, todas las regiones y todas las conciencias, y hubo sustituído con sus santuarios los sencillos lugares de rezo con que antaño se contentaran los antepasados, la expresión más alta de la belleza, del majestuoso poderío, no fué otra para los Olímpicos que la reproducción del tipo ario: ojos azules, cabellos rubios, tez blanca, estatura elevada, esbelta.

Otro signo de identidad no menos digno de nota. En Egipto, en Asiria, en la India, se tenía la idea de que los hombres blancos eran dioses o podían serlo, y admitíase la posibilidad del combate y de la victoria de los guerreros blancos contra los poderes celestes. Las mismas nociones se descubren en el seno de las sociedades primitivas de Grecia, tal como lo he dicho a propósito de los Titanes y lo repito aquí de sus descendientes inmediatos, los Deucaliónidas. Estos valientes luchan audazmente con los seres naturales y las fuerzas personificadas de la naturaleza. Diómedes hiere a Venus; Hércules mata a las aves sagradas del lado Estinfalo; ahoga a los gigantes, hijos de la Tierra, y hace temblar de espanto la bóveda de

(1) W. Torrens Mc. Cullagh, *The industrial History of free Nations,* t. I, p. 3.
(2) Grote, *Ob. cit.,* t. II, p. 346.
(3) Hesiodo, *Los trabajos y los días.*

los palacios infernales; Teseo, recorriendo el mundo sublunar espada en mano, es un verdadero Escandinavo. En una palabra, los Arios Griegos, como todos sus parientes, tienen en tan alto concepto los derechos del vigor, que nada les parece estar demasiado por encima de sus pretensiones legítimas y de su tolerada audacia.

Unos hombres tan ávidos de honor, de gloria y de independencia sentíanse naturalmente inclinados a situarse muy por encima de los otros y a imponerse deferencias extraordinarias. No les bastaba limitar a su antojo la acción del poder social, haciendo que este poder dependiera de sus sufragios; pretendían hacerse respetar, estimar, honrar, no sólo como Arios, libres y guerreros, sino también, entre la masa de guerreros, de los hombres libres y de los Arios, como individualidades selectas. Esta pretensión universal impuso a cada uno considerables esfuerzos, y como para alcanzar el ideal perseguido no había otro medio que el de ser lo más Ario posible, resumiendo hasta el máximo las virtudes de la raza, se atribuyó gran importancia a la pureza de las genealogías.

Esta idea se pervirtió durante los tiempos históricos. Entonces, cuando la familia pudo llamarse antigua, se consideró suficientemente noble. En este caso cifraba su orgullo en afectar una descendencia asiática. Pero, en los comienzos de la nación, el derecho a jactarse de ser un Ario puro constituyó la prenda única de una superioridad indiscutible. La idea de la preexcelencia de raza existía tan completa entre los Griegos primitivos como en todas las demás familias blancas. Es un instinto que no se encuentra bien cabal sino dentro de aquel círculo y cuya alteración se debe a la mezcla con las razas amarilla y negra, a las cuales fué siempre extraña.

Así la sociedad griega, muy joven aún, poseía una jerarquía de acuerdo con la superioridad de nacimiento. Al lado de la libertad, y de la celosa libertad de los Arios Helenos, ni una sombra de igualdad entre los demás ocupantes del suelo y sus audaces dominadores. El cetro, aunque otorgado en principio a la elección, encontró en el respeto de que se rodeaba a los altos linajes una base poderosa para perpetuarse exclusivamente entre algunas descendencias. Bajo ciertos aspectos incluso, la idea de supremacía de especie, consagrada por la familia, condujo los Arios Griegos a resultados comparables a aquellos que hemos observado en Egipto y en la India, es decir, que también ellos conocieron las demarcaciones de castas y las leyes prohibitivas de las mezclas. Más aún: aplicaron esas leyes hasta los últimos tiempos de su existencia política. Se cita casas sacerdotales que no se aliaban sino entre sí, y la ley fué siempre dura para los retoños de los ciudadanos casados con extranjeras. Sin embargo, me apresuro a decirlo, estas restricciones eran moderadas. No podían tener el mismo alcance que las leyes del Nilo y del Ariavarta. La raza aria-griega, a despecho de la conciencia de su superioridad de esencia y de facultades sobre las poblaciones semíticas que la desbordaban por todas partes, poseía la desventaja de su inexperiencia y escaso saber, al paso que las otras procedían de una añeja civilización. Estas últimas gozaban, en detrimento de aquéllos, de una superioridad exterior que no cabía desdeñar ni permitía negarse completamente a la mezcla. El sistema de las castas permaneció siempre en estado embrionario; no pudo desarrollarse. El helenismo tuvo demasiado a menudo interés en permitir enlaces desiguales, y otras veces se vió forzado a

soportarlos. Bajo este doble aspecto, su situación se parece mucho a lo que ocurrió más tarde entre los Germanos.

Sea lo que fuere, la idea nobiliaria se mostró extremadamente potente entre los Arios Griegos. La clasificación de los ciudadanos no se hacía sino de acuerdo con la valía de cada descendencia; las virtudes individuales venían luego. Lo repito, pues: la igualdad estaba completamente proscrita. Cada cual, sintiéndose orgulloso de su origen, no quería que se le confundiese con el populacho.

Y del mismo modo que cada cual pretendía ser libre, honorado, admirado, cada cual también aspiraba a dominar todo lo posible. Parece que semejante tendencia hubo de resultar de difícil realización en una sociedad de tal modo constituída, en la cual el propio rey, el pastor del pueblo, antes de expresar una opinión, tenía que averiguar si tal opinión satisfacía a los dioses, a los sacerdotes, a las personas de alto abolengo, a los guerreros, a la masa del pueblo. Afortunadamente, no faltaban recursos: había el esclavo, el antiguo autóctono avasallado, y, finalmente, los extranjeros. Veamos primero lo que era el esclavo.

Como primer punto, la criatura reducida a esta condición no pertenecía, en ningún caso, a la ciudad. Todo individuo nacido en el suelo consagrado y de padres libres poseía un derecho imprescriptible a vivir libremente. Su servidumbre era ilegítima, revestía el carácter de un crimen, no duraba, dejaba de ser. Si se reflexiona que la ciudad griega primitiva encerraba una nación, una tribu particular, y que esta nación, esta tribu, considerándose como única en su especie, no veía el mundo más que en sí misma, descubrimos en esta prescripción fundamental la proclamación del siguiente principio: «El hombre blanco no ha sido hecho más que para la independencia y la dominación; no debe sufrir, en la ejecución de sus actos, la dirección ajena».

Evidentemente esta ley no es una invención local. Se encuentra en otros sitios, se descubre en todas las constituciones sociales de la familia que nos es dable observar de bastante cerca para apreciar los detalles. De ello saco la consecuencia que, según esta opinión, no se permitía reducir a la servidumbre a un hombre blanco, es decir un *hombre,* y que la opresión, cuando se limitaba a los individuos de las especies negra y amarilla, no se creía que constituyese una violación de aquel dogma de la ley natural.

Después de la separación de las diferentes descendencias blancas, cada nación, convencida de ser, en su aislamiento entre multitudes inferiores o mestizas, el único representante de la especie, no tuvo ningún escrúpulo en apelar a procedimientos de fuerza en toda su extensión, incluso contra parientes con los cuales chocaba y que dejaba de reconocer como tales, por el solo hecho de pertenecer a otras ramas. Así, aun cuando, según la regla, no debiese haber sino esclavos negros y amarillos, los hubo también mestizos y finalmente blancos, debido a haberse corrompido la deplorable prescripción antigua cuyo sentido fué involuntariamente alterado, restringiendo el beneficio de ella únicamente a los miembros de la ciudad.

Una prueba inequívoca de que esta interpretación es la buena, la tenemos en que, por efecto de una extensión dada de muy antiguo a aquélla, no se quiso tampoco por esclavos a los habitantes de las colonias, ni a los aliados, ni a los pueblos con quienes se mantenían relaciones de hospitali-

dad; y, más tarde aún, según otra regla, que, desde el punto de vista de la ley original, y en un sentido étnico, no era sino una asimilación arbitraria, se extendió esta franquicia a todas las naciones griegas.

Veo aquí una prueba de que, en el Asia Central, los pueblos blancos, en la época de su agrupación, prohibieron la esclavitud de sus congéneres, es decir, de los hombres blancos; y los Arios Griegos, observadores incorrectos de esta ley primordial, no consintieron tampoco que se esclavizase a sus conciudadanos.

En cambio, la situación de los primeros posesores de la Hélade, tales como los Ilotas y los Penestas, se parecía a la servidumbre. La diferencia esencial estribaba en que las poblaciones sometidas no habitaban en las moradas del guerrero, como los esclavos; habitaban en sus viviendas particulares, cultivando el suelo y pagando tributos, comparables, en esto, a los siervos de la Edad Media. Para completar la semejanza, por encima de estos siervos existía una especie de burguesía igualmente excluída del ejercicio de los derechos políticos, aunque mejor tratada y más rica que la clase campesina. Esos hombres (1) descendían sin duda de diferentes categorías de vencidos. O bien habían formado las clases superiores de la sociedad disuelta, o bien se habían sometido voluntariamente y por capitulaciones.

Los extranjeros domiciliados gozaban de derechos análogos; pero, en suma, esclavos, penestas, *periœkes*, extranjeros, soportaban el peso de la supremacía helénica.

Tales fueron las instituciones por las cuales los Arios Griegos, tan amantes de su libertad personal y tan celosos de conservarla unos frente a otros, hallaron con qué satisfacer, en el interior del Estado y fuera de los tiempos de guerra y de conquista, su afán de dominación. El guerrero encerrado en su casa era un rey. Su compañera aria, respetada de todos y de él mismo, hablaba libremente delante del pastor del pueblo. Parecida a Clitemnestra, la esposa griega era bastante altiva. Herida en sus sentimientos, sabía castigar como la hija de Tíndaro. Esta heroína de los tiempos primitivos (2), no es otra que la altanera mujer de cabellos rubios, de ojos azules, de blancos brazos, que hemos visto ya al lado de los Pandavas, y que encontraremos de nuevo entre los Celtas y en las selvas germánicas. Con ella no rezaba la obediencia pasiva.

Esta noble y generosa criatura, sentada frente a su belicoso esposo, cerca del hogar doméstico, aparecía rodeada de hijos sometidos hasta la muerte a las voluntades paternas. Los hijos y las hijas señalaban, en la casa, el primer grado de la obediencia. Pero, una vez salido de la morada de sus antepasados, el hijo iba a fundar otra soberanía doméstica, y practicaba a su vez lo que había aprendido. Después de los hijos, llegaban los esclavos: su situación subordinada no tenía nada de muy penoso. Que hubiesen sido comprados por cierta cantidad o adquiridos permutándolos con toros y terneras, o aun que la suerte de la guerra los hubiese puesto en manos de los vencedores como restos de una ciudad tomada por asalto, los esclavos eran

(1) Grote, *History of Greece*, t. II, p. 370 y *passim*.
(2) Grote, *Ob. cit.*, t. II, p. 113.

más bien súbditos que seres librados a todos los caprichos de sus propietarios.

Por otra parte, uno de los caracteres salientes de las sociedades jóvenes, es la mala inteligencia de lo que es productivo, y esta feliz ignorancia hacía bastante grata la existencia de los esclavos griegos. Sea que, confundidos con los siervos, guardasen los rebaños en las orillas del Peneo y del Aqueloo, sea que, en el interior de la morada, tuviesen que vacar a los trabajos sedentarios, lo que se exigía de ellos era muy poco, puesto que sus dueños sentían escasas necesidades. Las comidas eran cuidadosamente preparadas. El jefe de la casa se encargaba, muy a menudo, de sacrificar los bueyes o los carneros y de echar sus pedazos en las calderas de bronce. Hallaba en ello un deleite. Constituía una cortesía hacia sus huéspedes el no confiar a manos serviles el cuidado de su persona. ¿Que había alguna labor de albañil o de carpintero a realizar en su propiedad? El dueño no desdeñaba manejar el palustre o el hacha. ¿Que había que guardar los rebaños? No era mayor su repugnancia. Cuidar los árboles del jardín, talarlos, escamondarlos, era también ocupación en la cual se complacía. En suma, los trabajos de los esclavos no se efectuaban sin la participación del guerrero, mientras que las mujeres, reunidas en torno de la esposa, tejían con ella la misma tela o preparaban la lana de los mismos vellones.

Nada, pues, contribuía necesariamente a empeorar la condición del esclavo, puesto que toda labor era bastante honrosa para que el jefe de la casa participase en ella constantemente. Por otra parte, reinaba en la mansión identidad de ideas y de lenguaje. El guerrero no estaba más enterado de las cosas del mundo y de la vida que sus servidores. Si llegaba un poeta, un viajero, un sabio, que, al final de la comida, tuviese que hacer algunos relatos, los esclavos, agrupados alrededor del hogar, participaban de la enseñanza. Su experiencia se formaba exactamente como la del más noble de los guerreros. Los consejos de su vejez eran tan bien acogidos como si hubiesen salido de unos labios libres e ilustres.

¿Qué se reservaba, pues, al jefe? Se le reservaban todas las prerrogativas de honor, y, además, ventajas positivas. Era el único hombre de la casa, el pontífice del hogar. Sólo él tenía el derecho de ofrendar sacrificios. Defendía a la comunidad, y, revestido de sus armas, soberbiamente ataviado, compartía la libertad común y el respeto rendido a todos los ciudadanos de la localidad. Pero, digámoslo una vez más, a menos que su carácter fuese excepcionalmente cruel o procediese como un insensato con los que lo rodeaban, ni la codicia ni la costumbre le llevaban a oprimir a su esclavo, cuya única desgracia era la de verse dominado. ¿Habían dotado los dioses a este servidor de un talento cualquiera, de la belleza o del espíritu? Este servidor actuaba de consejero, alternaba con todos, y desempeñaba el papel del jiboso frigio en casa de Xanthos.

Así el Ario Griego, soberano en su casa, hombre libre en la plaza pública, verdadero señor feudal, dominaba sin reserva a todos los suyos, niños, siervos y burgueses.

Mientras reinó la influencia del Norte, las cosas permanecieron en todas partes poco más o menos así; pero cuando las inmigraciones asiáticas, las revoluciones de toda clase sobrevenidas en el interior hubieron alte-

rado las relaciones originarias, y cuando el instinto semítico comenzó a manifestarse intensamente, la escena cambió por completo.

En primer lugar, la religión se complicó. Desde hacía tiempo las simples nociones arias habían sido abandonadas. Sin duda habíanse alterado ya en la época en que los Titanes empezaron a penetrar en la Grecia. Pero las creencias que se sucedieron a ellas, bastante espiritualistas todavía, perdieron pie cada vez más. Cronos, usurpador, según la fórmula teológica, del cetro de Urano, fué a su vez destronado por Júpiter. Abriéronse santuarios en número infinito, afluyeron los creyentes a pontificados antaño desconocidos, y los ritos más extravagantes se captaron el favor general. En las escuelas se denominó esa fiebre de idolatría la *aurora* de la civilización.

No contradigo a ello: es cierto que el genio asiático estaba tan maduro y aun podrido, como inexperto e ignorante de sus futuros destinos era el genio ario-griego. Este último, aturdido aún por el prolongado tráfico que acababan de realizar sus varoniles antepasados a través de tantos países y azares, no había tenido tiempo de afinarse. No dudo, sin embargo, que, de haber tenido ocasión de reconocerse a sí mismo antes de caer bajo la influencia asiria, hubiese obrado mejor, hasta adelantarse a la civilización europea. Hubiera podido introducir una parte mayor de su originalidad en los destinos de los pueblos helénicos. Quizá sus triunfos artísticos hubiesen alcanzado menos vuelo; pero su vida política, más digna, menos agitada, más noble, más respetable, hubiese sido más dilatada. Desgraciadamente, las masas ario-griegas no eran comparables en número a las inmigraciones de Asia.

No dato la revolución operada en los instintos de las naciones griegas del día en que tuvieron efecto las mezclas con las colonizaciones semíticas, o en que se instalaron los Dóricos en el Peloponeso y, más antiguamente, los Jónicos en el Ática. Me contento con partir del instante en que los resultados de todos esos hechos alteraron el equilibrio de las razas. Entonces tuvo fin el antiguo gobierno monárquico. Esa forma de realeza equilibrada con una gran libertad individual, por el acuerdo de los poderes públicos, no convenía ya al temperamento apasionado, irreflexivo, incapaz de moderación, de la raza mestiza sobrevenida entonces. En lo futuro, había necesidad de algo nuevo. El espíritu asiático estaba en situación de imponer a lo que quedaba de espíritu ario un pacto adecuado a sus necesidades, y pudo — tan poderoso era — no dejar a su asociado sino lo preciso para satisfacer ese afán de libertad tan inextinguible en la naturaleza blanca, que, cuando aquélla deja de existir, se tiende a poner de relieve el vocablo.

En lugar de la ponderación, se aspiró a lo excesivo. El genio de Sem tendía al absolutismo completo. El movimiento era irresistible. No se trataba de saber en qué manos iba a residir el poder. Confiarlo, tal como se pretendía, a un rey, un ciudadano situado por encima de todos los demás, era pedir lo imposible a unos grupos heterogéneos que no ofrecían bastante unidad para agruparse en un terreno tan estrecho. La idea pugnaba con las tradiciones liberales de los Arios. Por su parte, el espíritu semítico no tenía grandes motivos para interesarse en ello: estaba acostumbrado a las formas republicanas en vigor en la costa de Canaán. Incapaz por lo demás de doblegarse a la regularidad de la herencia dinástica, no se interesaba por una institución que en su país no había tenido nunca origen en

la libre elección del pueblo, sino siempre en la conquista y la violencia, y, a menudo, en la violencia extranjera. No exceptúo sino al reino judío. Se imaginó, pues, en Grecia, el crear una persona ficticia, la *Patria,* y se ordenó al ciudadano, por aquello que el hombre puede imaginar de más sagrado y de más temible, por la Ley, el prejuicio, el prestigio de la opinión pública, que sacrificase a aquella abstracción sus gustos, sus ideas, sus costumbres, hasta sus relaciones más íntimas, y aquella abnegación de todos los días, de todos los instantes, siquiera equivaliese en cierto modo a aquella otra obligación que consistía en sacrificar, al menor signo y sin el más leve murmullo, su dignidad, su fortuna y su vida, tan pronto pareciese exigirlo la patria.

La patria substraía al individuo a la educación doméstica para librarlo desnudo, en un gimnasio, a los inmundos apetitos de maestros escogidos por ella. Llegado a la edad adulta, lo casaba cuando ella quería. Cuando también lo quería, le quitaba la mujer para cederla a otro, o le atribuía hijos que no eran suyos o le privaba de los propios para que perpetuasen el nombre de una familia en vísperas de extinguirse. Si poseía un mueble cuya forma no satisficiese a la patria, la patria confiscaba el escandaloso objeto y castigaba severamente a su propietario. Que vuestra lira contaba con una cuerda o dos de más de lo que juzgaba bueno la patria, el destierro. En fin, de circular el rumor que el triste ciudadano así atropellado acataba demasiado fielmente los incesantes caprichos, constantemente renovados de su nervioso e irascible déspota; en una palabra, de suponer, sin necesidad de comprobarlo, que se trataba de un ciudadano inmoderadamente honrado, la patria, agotada la paciencia, le colgaba el zurrón en la espalda y lo mandaba detener y conducir — malhechor de nuevo cuño — a la frontera más próxima, diciéndole: ¡Vete y no vuelvas!

Si, contra tantas y tan horribles exigencias, la víctima, algo trastornada, intentaba rebelarse siquiera de palabra, el castigo era la muerte, a menudo con torturas, el deshonor, la ruina infalible de la familia entera del culpable, la cual, rechazada por todas las personas bastante virtuosas para condenar el crimen, pero no lo suficiente para exponerse al castigo de Arístides, debía tenerse por muy afortunada de escapar al homicida furor de todos los patriotas de encrucijada.

En recompensa de tanta abnegación, ¿otorgaba la patria compensaciones verdaderamente magníficas? Sin duda; autorizaba plenamente a cada cual para decir de sí mismo, delirante de orgullo: Soy Ateniense, soy Lacedemonio, Tebano, Argio, Corintio; títulos fastuosos, estimados, por encima de todos los demás, en un radio de diez leguas cuadradas, y que, más lejos y en el propio país griego, podía, en ciertas circunstancias, exponer a una tanda de latigazos a quien de ello se alabase. En todo caso, era una garantía de odio y de menosprecio. Como colmo de ventajas, el ciudadano se jactaba altivamente de que era libre, puesto que no estaba sometido a un hombre, y que si se humillaba con un servilismo sin par era a los pies de la patria. Tercera y última prerrogativa: si obedecía a leyes que no emanaban del extranjero, esa dicha, por entero independiente del mérito intrínseco de la legislación, se llamaba poseer la isonomía, y reputábase incomparable. He aquí todas las compensaciones, y no he agotado aún la lista de las obligaciones.

El vocablo *patria* encubría en definitiva una pura teoría. La patria no era de carne y hueso. No hablaba, ni andaba, ni mandaba de viva voz, y cuando se mostraba violenta, no podía uno excusarse hablando con su persona. La experiencia de todos los siglos ha demostrado que no hay peor tiranía que la que se ejerce en provecho de ficciones, seres de suyo insensibles, despiadados, y de una impudencia sin límites en sus pretensiones. ¿Por qué? Porque las ficciones, incapaces de velar por sus propios intereses, delegan sus poderes a unos mandatarios. Éstos, que no se considera actúen por egoísmo, adquieren el derecho de cometer las mayores atrocidades. Cada vez que pegan en nombre del ídolo del cual se llaman los sacerdotes, son siempre inocentes.

La patria necesitaba de representantes. El sentimiento ario, que no pudo resistir la importación de aquella monstruosidad cananea, mostróse reducido por la proposición de confiar la delegación suprema a las más nobles familias del Estado, punto de vista conforme con sus ideas naturales. En verdad, en las épocas en que estuvo abandonado a sí mismo, no admitió nunca que las verdaderas distinciones del nacimiento constituyesen un derecho exclusivo al gobierno de los ciudadanos. En lo sucesivo estuvo bastante pervertido para admitir y soportar las doctrinas absolutas, y, sea que se conservase, en las nuevas constituciones, uno o dos magistrados supremos llamados ora reyes, ora arcontes, sea que el poder ejecutivo residiese en un Consejo de nobles, la omnipotencia atribuída a la patria fué ejercida únicamente por los jefes de las grandes familias; en una palabra, el gobierno de las ciudades griegas tomó completamente por modelo el de las ciudades fenicias.

Antes de seguir adelante, es indispensable intercalar aquí una observación de alta importancia. Todo lo que precede se aplica a la Grecia sabia, civilizada, a medias y aun más que a medias semítica. A la Grecia septentrional, dominadora en las primeras edades, y, en este momento, hundida en la obscuridad, los hechos que refiero no la conciernen en absoluto. Esta parte del país, que ha permanecido más aria que la otra, había visto circunscribirse sus dominios.

La frontera Sur, invadida por las poblaciones semíticas, hubo de estrecharse. Cuando más se avanzaba hacia el Norte, más pura se conservaba la antigua sangre griega. Pero, en suma, la misma Tesalia aparecía manchada, y había que penetrar en la Macedonia y en el Epiro para encontrarse de nuevo entre las tradiciones antiguas.

Al Nordeste y al Noroeste, esas provincias habían perdido igualmente una vecindad amiga. Los Tracios y los Ilirios, invadidos y transformados por los Celtas y los Eslavos, no se consideraban ya Arios. Sin embargo, el contacto de sus elementos blancos, mezclados con amarillos, no tenía para los Griegos septentrionales las consecuencias a la vez febriles y deprimentes que caracterizaban a las asiáticas inmixtiones del Sur.

Así limitados, los Macedonios y los Epirotas se mantuvieron más fieles a los instintos de la raza primitiva. El poder real se conservó entre ellos: la forma republicana siguió siendo allí desconocida, así como el exceso de poderío otorgado al dominador abstracto denominado *la Patria*. No se llevó a cabo, en esas regiones poco encomiadas, el gran perfeccionamiento ático. En cambio, se gobernó noblemente partiendo de nociones de libertad

que ofrecían, en su utilidad real, el equivalente de lo que dejaban de poseer de arrogante. No dieron a hablar tanto de ellos; pero se substrajeron a una serie de catástrofes. En una palabra, incluso en los tiempos en que los Griegos del Sur, poco conscientes de la impureza de su sangre, se preguntaban entre ellos si verdaderamente los Macedonios y sus aliados merecían la pena de ser considerados como compatriotas y no como semibárbaros, no osaron nunca negar a esos pueblos una grande y brillante bravura y una constante habilidad en el arte de la guerra. Esas naciones poco estimadas poseían aún otro mérito que pasó entonces inadvertido, pero que, más tarde, debía por sí mismo ponerse de relieve: y es que, mientras la Grecia semítica no pudo, ni a costa de torrentes de sangre, agrupar en un haz a sus antipáticas nacionalidades dispersas, los Macedonios poseían una cohesión y una fuerza de atracción altamente beneficiosas, ya que paulatinamente tendían a ensanchar la esfera de su poderío incorporándose los pueblos vecinos. Sobre este punto, seguían exactamente, y por idénticos motivos étnicos, el destino de sus padres, los Arios Iranios, que hemos visto agrupar igualmente y concentrar a las poblaciones congéneres antes de marchar a la conquista de los Estados asirios. Así, la antorcha aria, y por tal entiendo la antorcha política, ardía realmente, aunque sin destellos ni esplendor, en las montañas macedonias. Buscando en toda Grecia, no se la ve existir sino allí.

Volvamos al Sur. El poder absoluto de la patria estuvo pues delegado a unos cuerpos aristocráticos, a los *mejores hombres*, según la expresión griega (1), y éstos lo ejercieron naturalmente, tal como ese poder absoluto y sin réplica podía ser ejercido, esto es, como una avidez digna de la costa de Asia. Si las poblaciones hubiesen sido todavía arias, se habrían originado grandes convulsiones, y tras de un período de ensayo más o menos prolongado, la raza hubiera rechazado unánimemente un régimen nada a propósito para ella. Pero la turba, ya muy semitizada, no podía tener esas delicadezas. Nunca debía achacarlo a la esencia del sistema, y nunca, en efecto, hubo en Grecia, hasta sus últimos días, la menor insurrección ni de las clases altas ni del pueblo contra el arbitrario régimen. Toda la discusión se limitó a la consideración secundaria de saber a quién había que otorgar la delegación omnipotente.

Los nobles, arguyendo el derecho del primer ocupante, apoyaban sus pretensiones en la posesión tradicional, y experimentaron cuán difícil era mantener esa doctrina frente a un peligro permanente, inherente al origen mismo del sistema, y que nacía del absolutismo. Toda cosa violenta encierra una fuerza de una naturaleza especial: esta fuerza, por sus desviaciones o aun por su simple uso, origina peligros que no pueden ser conjurados sino a costa de una tensión permanente. Ahora bien, el único medio de lograr esta inmovilidad estriba en una concentración enérgica. He ahí por qué la delegación de los poderes ilimitados de la patria tendía constantemente a concentrarse en las manos de un solo hombre. Así, para eludir una multitud de inconvenientes, aceptábase a perpetuidad otro embarazoso recurso, juzgado muy temible, muy detestado, maldito de todas las generaciones, y que se llamó *tiranía.*

---

(1) Se les llamaba también, como entre nosotros, *gentes bien nacidas.*

El origen y establecimiento de la tiranía eran tan fáciles de descubrir y de prever como imposibles de evitar. Cuando, por efecto del estado de perpetua rivalidad de las ciudades, la patria peligraba, no era ya un Consejo de nobles quien se sentía capaz de hacer frente a una crisis: era un ciudadano solo, que, de grado o por fuerza, acaparaba las funciones de gobierno. Desde aquel momento, cada cual podía preguntarse si, salvado el peligro, el salvador consentiría en dejar la delegación y, en vez de hacer temblar a todos, temblaría él mismo ante el desmesurado servicio que había prestado a la patria.

Otro caso: un ciudadano era rico, poderoso, respetado; su elevada posición inspiraba necesariamente recelo a los nobles. Imposible evitar que advirtiese esa desconfianza. A menos de estar ciego, preveía que un día u otro se le tendería un lazo, caería en él y sería víctima de una proscripción proporcionada en dureza al esplendor de sus méritos, a la importancia de su fortuna, a la extensión de su fama. Cuantos mayores medios poseía para derribar la autoridad legítima y suplantarla, mayores razones tenía para no dejar de hacerlo. En defecto de ambición, le iba en ello la fortuna y la cabeza. De ello se originó que el supuesto estado republicano de las ciudades griegas estuvo casi constantemente eclipsado por el accidente inevitable de las tiranías, y lo que debió ser la excepción fué la regla.

Tan pronto como reinaba un tirano, echábase de menos un gobierno legal: todos se lamentaban de la autoridad excesiva, arbitraria, degradante; y, con toda razón, se la declaraba diferente de la organización regular de los Macedonios y de los Persas, entre los cuales la realeza, fijada y definida por las leyes, se adaptaba a las costumbres y a los intereses de las razas gobernadas.

Mostrándose tan severos con la usurpación, hubieran debido meditar que el poder de los tiranos no era una extensión del antiguo poder: no era otra cosa que los derechos de que en todo tiempo estaba investida la patria. El tirano, por tirano que fuese, no hubiera podido llevar a cabo nada que, un día u otro, no hubiese sido establecido por la administración normal. Sus prescripciones podían parecer absurdas o vejatorias; con todo, la patria había tenido la primacía de la invención. El tirano no se aventuraba por ningún sendero que no hubiesen allanado ya los consejos republicanos.

Insistían en esto: que los excesos del usurpador no eran provechosos sino para él, y que, por el contrario, los sacrificios de múltiples cabezas, pedidos por los soberanos, redundaban en beneficio de todos. La objeción era bastante vacua. Los gobiernos legales, aun estando compuestos de una agrupación de hombres, no dejaban de formar un conjunto desenfrenado de ambiciones, de vanidades, de pasiones, de prejuicios humanos. La opresión practicada por ellos era de tan bella y buena tela como la de un solo jefe; tenía el mismo vicio moral, degradaba en igual grado a sus víctimas. Importa poco si es Pisístrato o los Almeónidas quienes, según su capricho, pueden despojarme, atropellarme, deshonrarme, matarme; en cuanto sé que hay alguien, por encima de mí, que goza de una prerrogativa tan espantosa, tiemblo, me abato, y mis manos se juntan suplicantes; no tengo ya conciencia de que sea un hombre, dotado de razón y del sentido de equidad. Cerca de Pisístrato, un inesperado capricho suyo puede perderme;

cerca de los Almeónidas, estoy al azar de una mayoría. Con o sin tiranía, el gobierno de las ciudades griegas era execrable, vergonzoso, puesto que, en cualquier mano que cayese, no suponía la existencia de un derecho inherente a la persona del gobernado, puesto que estaba por encima de toda ley natural, puesto que provenía en línea recta de la teoría asiria, puesto que sus primeras y verdaderas raíces, aunque inadvertidas, partían de la envilecedora concepción que las razas negras se forjan de la autoridad.

Aconteció, por cierto muy a menudo, que aquellos tiranos, tan execrados, tan odiados de los pueblos griegos, las gobernaron sin embargo con mucho mayor moderación y sensatez que sus Asambleas políticas. Guiado por un sentido justo, el poseedor único de un derecho absoluto se contenta de buen grado con una parte de esa omnipotencia, y encuentra a la vez escaso goce e interés en extremar sus prerrogativas. Esta feliz reserva difícilmente se encuentra nunca en los tribunales y administraciones, siempre inclinados, por el contrario, a ensanchar sus atribuciones, y en Grecia todo contribuía a que las magistraturas se mostrasen así y que nada las refrenase.

Con todo, pese a los servicios que pudiesen prestar los tiranos y pese también a la moderación de su yugo, era obligado que se les maldijese: lo imponía así el pundonor. Sus reinos eran una cadena de conspiraciones y de suplicios. Raramente se sostenían hasta su muerte, y más raramente aún heredaban el cetro sus hijos. Esta terrible experiencia no impedía que la naturaleza misma de las cosas suscitase siempre sucesores a los tiranos desposeídos. Así es cómo se verificaba lo que dije hace un momento: el gobierno era la regla, la tiranía la excepción, y la excepción aparecía mucho más frecuentemente que la regla.

Mientras los pueblos griegos experimentaban tantas dificultades para conservar o reconquistar su estado legal, iba aumentando entre ellos el elemento semítico. Ese aumento se aceleraba cada vez más y debía causar, en la constitución del Estado, modificaciones análogas a las que observamos en las ciudades fenicias. Paulatinamente, todos los países helénicos del Sur se hallaron bajo su predominio. Los puntos primeramente afectados, fueron las poblaciones de la costa jónica del Ática.

Sin duda, las grandes inmigraciones, las colonizaciones compactas, habían cesado mucho tiempo ha; pero lo que adquirió en su lugar una extensión enorme, fué el establecimiento individual de gentes de todas clases y condiciones. El celoso exclusivismo de la ciudad, fruto del instinto confuso de las preeminencias étnicas, cesó en vano de privar de los derechos políticos a todo recién llegado: nada pudo contener la afluencia de sangre extranjera. Se infiltraba por mil vías diferentes en las venas de los ciudadanos. Las más nobles familias, ya muy mestizas, cuando no puramente cananeas, como los Gefireos, iban desmereciendo de día en día. Extinguíanse las más; las restantes decaían hasta hundirse en la oleada devoradora de la población mezclada. Ésta iba multiplicándose por doquier, merced al movimiento creado por el comercio, las diversiones, la paz, la guerra.

La aristocracia resultó infinitamente menos fuerte. Las clases medias adquirieron mayor influencia. Un día se preguntó por qué los nobles eran los únicos en representar a la patria, y por qué los ricos no podían hacer otro tanto (1).

---

(1) Mac Torrens Cullagh, *The Industrial History of free Nations*, t. I, p. 31.

Los nobles, es cierto, no poseían ya mucha nobleza, puesto que muchos conciudadanos suyos podían alardear de ella en igual grado. La sangre semítica predominaba en las chozas; había penetrado también en los palacios.

Sobrevinieron violentas convulsiones, en las que los ricos prevalecieron. Mas, apenas se vieron éstos en situación de organizar a su vez el despotismo de la patria, apenas acometieron, en lugar de sus rivales desposeídos, la eterna y desdichada defensa del orden legal contra la tiranía pululante, fué nuevamente planteada por la masa del pueblo la cuestión ha poco sometida a los grandes del país, y esa masa se consideró igualmente digna de gobernar y batió en brecha la posición de los timócratas. Y una vez el pueblo se hubo deslizado por esta pendiente, el Estado no pudo ya refrenarse. Vióse muy claro que después de los ciudadanos pobres iban a venir y a reclamar los semiciudadanos, los residentes extranjeros, los esclavos, la turba.

Detengámonos aquí un momento, y fijémonos en otra faz del asunto.

La única y a menudo determinante excusa que pueda presentar de su prolongada existencia un régimen arbitrario y violento, es la necesidad de ser fuerte para actuar contra el extranjero o dominar en el interior. ¿Daba por lo menos este resultado el sistema griego?

Había que resolver tres dificultades: primera, la que emanaba de su situación frente al resto del mundo civilizado, es decir, del Asia; después, las relaciones de los Estados griegos entre sí; finalmente, la política interior de cada ciudad soberana.

Sabemos ya que la actitud de Grecia entera hacia el gran rey era de completa sumisión y humildad. De Tebas, de Esparta, de Atenas, de todas partes, las embajadas no hacían más que ir y volver de Susa, solicitando o discutiendo las decisiones del soberano de los Persas sobre las querellas de las ciudades griegas entre sí. No se acudía siquiera al soberano. La protección de un sátrapa de la costa bastaba para asegurar a la política de una localidad una gran preponderancia sobre sus rivales. Tisafernes daba una orden, e inquietas de las consecuencias de no obedecer a ella, las repúblicas obedecían en silencio a Tisafernes. Así esa fuerza extrema concentrada en el Estado no contrarrestaba la tendencia del elemento semítico griego a soportar la influencia de la masa asiática. Si la anexión se difería, es que los restos de sangre aria conservaban todavía motivos suficientes de separación nacional. Pero este preservativo iba agotándose en el Sur. Podía preverse el día en que la Hélade y Persia iban a reunirse.

Con sus violentos prejuicios de isonomía, las ciudades griegas, aferradas a sus pequeños despotismos patrióticos, iban al encuentro de las tendencias arias: no se trataba, para ellas, de simplificar las relaciones políticas aglomerando varios Estados en uno solo. Lo que se hacía en Macedonia hallaba un contraste perfecto en la labor del resto de Grecia. Ninguna ciudad aspiraba a dominar un gran territorio. Todas querían engrandecerse materialmente, aniquilando a sus vecinos. Así, cuando las expediciones de los Lacedemonios salían bien, la suerte reservada a los vencidos era la de ir a engrosar las filas de esclavos de los victoriosos. Se concibe que cada cual se defendiese hasta el último extremo. Imposible toda fusión. Aquellos elegantes griegos de la época de Pericles concebían la guerra como los salvajes. La matanza coronaba todas las victorias. Era cosa admitida que el tan ala-

bado sacrificio por la patria no podía conducir las ciudades sino a desenvolverse dentro de un círculo estrecho, de éxitos infecundos y de derrotas desastrosas (1).

Al final de los primeros, la ruina del enemigo; al final de las segundas, la de los ciudadanos. Ni la más leve esperanza de entenderse nunca, y la certeza de no fundar nada grande.

¿Y a qué conducía, por su parte, la política interior? Lo hemos visto: por cada diez años, a seis de tiranía, y, los restantes, a disputas, querellas, proscripciones y carnicerías entre la aristocracia y los ricos, entre los ricos y el pueblo. Cuando, en una ciudad triunfaba tal o cual partido, el opuesto a éste andaba por las ciudades vecinas reclutando enemigos para levantarse contra sus adversarios demasiado afortunados. Siempre había un ciudadano que regresaba del destierro o preparaba sus bártulos para ir a él. De suerte que ese gobierno de tiranía, esa perpetua movilización de la fuerza pública, esa monstruosidad moral que ofrecía el espectáculo de un sistema político cuya gloria estribaba en no respetar lo más mínimo los derechos individuales, ¿a qué conducía? A dejar que la influencia persa aumentase sin obstáculos, a perpetuar el fraccionamiento de las nacionalidades que, fruto de combinaciones desiguales entre los elementos étnicos, impedían ya que los pueblos griegos avanzasen en igual grado y progresasen en idéntica medida. Gracias a una contracción tan terrible del espíritu de cada localidad, la unión de la raza resultaba imposible.

En fin, al poderío exterior anulado o paralizado acababa de juntarse también la incapacidad de organizar la paz interior. Era un triste balance, y, para que fuese objeto de la admiración de los siglos, ha sido preciso la magnífica elocuencia de los historiadores nacionales. So pena de sentar plaza de monstruos, esos hábiles artistas no podían discutir libremente y mucho menos aún condenar el irritante despotismo de la patria. No creo siquiera que el esplendor de sus períodos hubiese bastado por sí solo para extraviar el buen sentido de las épocas modernas hasta hacerlo caer en un éxtasis pueril, si el enrevesado espíritu de los pedantes y la mala fe de los teorizantes ilusos no se hubiesen juntado para obtener este resultado y recomendar la anarquía ateniense a la imitación de nuestras sociedades.

El interés que mostraron en esta cuestión los urdidores de nombradías era muy natural. Unos encontraban hermoso el hecho, porque estaba explicado en griego; los otros, porque iba al encuentro de todas las ideas nuevas sobre lo justo y lo injusto. Todas las ideas, no es decir bastante: porque, en el cuadro que acabo de trazar, me falta aún incluir los horripilantes efectos que producía en las costumbres el absolutismo patriótico.

Sustituyendo el legítimo sentimiento de dignidad de la criatura pensante por el orgullo ficticio del ciudadano, el sistema griego pervertía completamente la verdad moral, y, como, según él, todo lo que se hacía con miras a la patria estaba bien, igualmente no había nada que estuviese bien si no estaba aprobado o sancionado por la patria. Todos los problemas de conciencia permanecían irresolubles en el espíritu, en tanto se ignoraba lo que la patria ordenaba que se pensase de ello. Uno no era libre de guiarse sobre este particular por un antecedente más serio, más riguroso, menos

(1) Boeckh, *Die Staatshauskallung der Athener*, t. I, p. 443.

variable, que, en defecto de una ley religiosa depurada, el hombre ario hubiese descubierto antaño en su razón.

Así, por ejemplo, el respeto de la propiedad ¿constituía, sí o no, una obligación estricta? En general, sí; pero no en el caso de saber robar hábilmente, en el caso de que, para disimular el robo, se supiese utilizar adecuadamente y con firmeza la mentira, la astucia, el engaño o la violencia. En este caso, el robo resultaba una acción brillante, recomendable, estimada, y el ladrón no era tomado por un hombre vulgar. ¿Estaba bien respetar la fidelidad conyugal? A decir verdad, no era un crimen. Mas si un esposo se interesaba hasta tal punto por su esposa que gustase vivir algo más en el hogar que en la plaza pública, el magistrado se ocupaba del asunto y amenazaba al culpable con un castigo ejemplar.

Paso por alto los resultados de la educación pública; nada digo acerca de los concursos de muchachas desnudas en el estadio; no insisto sobre esa exaltación oficial de la belleza física cuyo manifiesto objetivo era crear, en beneficio del Estado, «piaras» destinadas a ciudadanos reciamente constituídos, corpulentos y vigorosos; pero he de decir que el fin de toda esa bestialidad era crear un conjunto de miserables sin dignidad, sin probidad, sin pudor, sin humanidad, capaces de todas las infamias, y preparados de antemano, esclavos como eran, para todas las ignominias. Remito sobre este particular a los diálogos del Demos de Aristófanes con sus criados.

El pueblo griego, porque era ario, tenía demasiado buen sentido, y, porque era semita, demasiada penetración, para no advertir que su situación no valía nada y que debía haber algo mejor en punto a organización política. Mas por la misma razón de que el contenido no puede encerrar el continente, el pueblo griego no salía nunca fuera de sí mismo y no se elevaba lo bastante para comprender que el origen del mal estribaba en el absolutismo embrutecedor del principio gubernamental. En vano trataba de remediarlo con medidas secundarias. En la época más espléndida, entre la batalla de Maratón y la guerra del Peloponeso, todos los hombres eminentes tendían hacia la opinión vaga que hoy llamaríamos *conservadora*. No eran aristócratas, en el verdadero sentido de la palabra (1). Ni Esquilo ni Aristófanes deseaban el restablecimiento del arcontado perpetuo o decenal; pero creían que, en manos de algunos potentados, el gobierno ofrecía la posibilidad de funcionar con mayor regularidad que cuando estaba abandonado a los marineros del Pireo y a los haraposos holgazanes del Pnix.

Ciertamente no se equivocaban. Mayores luces cabía hallar en la noble morada de Xenofonte que en la del intrigante tintorero de la comedia de los *Caballeros*. Pero, en el fondo, aunque el gobierno de la burguesía y de los ricos se hubiese consolidado, el vicio radical del sistema subsistía igualmente. Quiero creer que los asuntos hubiesen sido conducidos con menos pasión, y las finanzas regentadas con mayor economía; pero la nación no habría mejorado en ningún aspecto, ni su política exterior hubiera sido más equitativa, ni el conjunto de su destino resultaría diferente.

Nadie se daba ni podía darse cuenta del verdadero mal, puesto que este mal radicaba en la constitución íntima de las razas helénicas. Todos los inventores de sistemas nuevos, empezando por Platón, lo soslayaron.

---

(1) *Aschylose Werke, in-12, Zw. Aufl.*, Berlín, 1841.

sin sospecharlo; ¿qué digo? lo tomaron, al contrario, como un elemento principal de sus planes de reforma. Sócrates aparece quizá como la única excepción. Al intentar hacer la idea del vicio y de la virtud independiente del interés político, elevando al hombre interior al margen del ciudadano, ese filósofo entrevió por lo menos la dificultad. Así me explico que la patria no se lo haya perdonado, y no me extraña lo más mínimo que en todos los partidos, y particularmente entre los conservadores, se levantaran muchas voces, entre las cuales se ha incluído injustamente la de Aristófanes, pidiendo su condenación. Sócrates era el antagonista del patriotismo absoluto. A título de tal, merecía que ese sistema lo castigase. Sin embargo, había algo tan puro y noble en su doctrina, que los espíritus honestos se preocupaban de ella a pesar suyo. Una vez en la tumba, se echó de menos al sabio, y el pueblo, congregado en el teatro de Baco, se deshizo en llanto cuando el coro de la tragedia de *Palamedes*, inspirado por Eurípides, cantó estas tristes palabras: «Griegos, habéis condenado a muerte al más sabio ruiseñor de las Musas, que no había hecho daño a nadie, al personaje más sabio de Grecia.» Se le lloró, ya desaparecido. Si de pronto el Cielo lo hubiese hecho resucitar, nadie le hubiese prestado más atención que antes. Era realmente al ruiseñor de las Musas a quien lloraban, al hombre elocuente, al conversador hábil, al lógico ingenioso. El diletantismo artístico sollozaba, el corazón se afligía; en cuanto al sentido político, permanecía inalterable, puesto que éste forma parte íntima, integrante, de la naturaleza misma de las razas, y refleja así sus defectos como sus cualidades.

Me he mostrado harto poco inclinado a admirar a los Helenos desde el punto de vista de las instituciones sociales para tener, ahora, derecho a hablar con una admiración sin límites de esa nación, cuando se trata de juzgarla en el terreno en que se muestra la más espiritual, la más inteligente, la más eminente de cuantas hayan existido jamás. Con simpatía me inclino ante las artes que tan perfectamente ha cultivado y que elevó a un tan alto nivel, aunque reservando mi respeto para cosas más esenciales.

Si los Griegos debían sus vicios a la porción semítica de su sangre, debíanle también su prodigiosa impresionabilidad, su pronunciado gusto por las manifestaciones de la naturaleza física, su permanente necesidad de goces intelectuales.

Cuanto más retrocedemos hacia los orígenes semiblancos de la antigüedad asiria, mayor suma de belleza y de nobleza, así como de vigor, encontramos en las producciones artísticas. Igualmente, en Egipto, el arte es tanto más admirable y poderoso, cuanto que la mezcla de sangre aria, por ser menos antigua y avanzada, ha prestado más energía a este elemento moderador. Así, en Grecia, el genio desplegó toda su fuerza en la época en que las infusiones semíticas dominaron, sin prevalecer del todo, es decir, bajo Pericles, y en los puntos del territorio en que esos elementos afluyeron en mayor grado, esto es, en las colonias jónicas y en Atenas (1).

No cabe hoy la menor duda de que, del mismo modo que las bases esenciales del sistema político y moral procedían de Asiria, así también los principios artísticos fueron fielmente copiados del mismo país; y, a este respecto, las excavaciones y los descubrimientos de Khorsabad, al es-

(1) Movers, *Das Phoenizische Alterth.*, t. II, 1.ª parte, p. 413.

tablecer una manifiesta relación entre los bajos relieves del estilo ninivita y las producciones del templo de Egina y de la Escuela de Mirón, no dejan subsistir la menor oscuridad sobre esta cuestión (1). Pero como los Griegos participaban en mayor grado del principio blanco y ario que los Camitas negros, la fuerza reguladora existente en su espíritu era también más considerable, y, además de la experiencia de sus antecesores asirios y de la contemplación y estudio de sus obras, los Griegos poseían una superabundancia de razón y un sentimiento de lo natural muy imperioso. Se resistieron vivamente y con acierto a los excesos a que se habían entregado sus maestros, en lo cual hubo no poco mérito, puesto que cabía la tentación de sucumbir a ellos. Sabido es que entre los Helenos se conocieron las muñecas hieráticas de miembros movibles y las monstruosidades de ciertas imágenes consagradas. Afortunadamente, el gusto exquisito de las masas protestó contra aquellas depravaciones. El arte griego no quiso generalmente admitir ni símbolos horribles o irritantes, ni monumentos pueriles.

A causa de este hecho se le reprochó el haber sido menos espiritualista que los santuarios de Asia. Esta censura es injusta, o por lo menos se debe a una confusión de ideas. Si se llama espiritualismo al conjunto de las teorías místicas, el reproche estaría justificado; pero si, más verídicamente, se considera que estas teorías no deben su origen sino a impulsos imaginativos faltos de razón y de lógica, y no obedeciendo sino a los estímulos de la sensación, se convendrá en que el misticismo no tiene que ver con el ritualismo, y que por lo mismo no procede acusar a los Griegos de haberse lanzado por las vías del sensualismo al alejarse precisamente de él. Estuvieron, por el contrario, mucho más exentos que los Asiáticos de las principales miserias del materialismo, y, culto por culto, el de Júpiter Olímpico es menos degradante que el de Baal. He tratado ya, por lo demás, este asunto.

Sin embargo los Griegos no eran tampoco muy espiritualistas. Aunque aminorada, la idea semítica dominaba entre ellos, y hallaba su expresión en el prestigio de los misterios sagrados ejercidos en los templos. Las poblaciones aceptaban esos ritos, limitándose a veces a mitigarlos, según el sentimiento de horror que inspiraba la fealdad física. En cuanto a la fealdad moral, sabemos que era bastante más tolerada.

Esa rara perfección del sentimiento artístico no se apoyaba sino en una delicada ponderación del elemento ario y semítico con una cierta porción de principios amarillos. Este equilibrio, incesantemente comprometido por la afluencia de los Asiáticos en el territorio de las colonias jónicas y de la Grecia continental, debía desaparecer un día para dar lugar a un movimiento de decadencia muy pronunciado.

Se puede calcular aproximadamente que la actividad artística y literaria de los Griegos semíticos nació hacia el siglo VII, en el momento en que florecieron Arquíloco, 718 años antes de J.-C., y los dos fundidores en bronce Teodoro y Rheco, 691 años antes de J.-C. La decadencia empezó después de la época macedónica, cuando el elemento asiático preponderó decididamente, esto es, hacia fines del siglo IV, lo que supone un lapso de tiempo de cuatrocientos años. Estos cuatrocientos años se señalaron por un crecimiento ininterrumpido del elemento asiático. El estilo de Teodoro

(1) Bœttiger, *Ideen zur Kunstmytologie*, t. II, p. 64.

parece haber sido, en la Juno de Samos, una simple reproducción de las estatuas consagradas a Tiro y a Sidón. Nada indica que el famoso cofre de Cipselo fuese de estilo diferente; por lo menos, las restituciones propuestas por la crítica moderna no me parecen recordar nada de excelente. Para descubrir la revolución artística que determinó la originalidad griega, es preciso descender hasta la época de Fidias, el cual fué el primero en desentenderse de los resultados, sea del gran estilo asirio, descubierto entre los Eginetas, y practicado en toda Grecia, sea de las degeneraciones de ese arte que se estilaban en la costa fenicia.

Ahora bien; Fidias terminó la Minerva del Partenón el año 438 antes de J.-C. Su escuela empezaba con él, y el sistema antiguo se perpetuó a sus lados. Así, el arte griego fué simplemente el arte semítico hasta Fidias, y no formó verdaderamente una rama especial sino a partir de este artista. Por consiguiente, desde el comienzo del siglo VII hasta el siglo V, no hubo allí ninguna originalidad, y el genio nacional propiamente dicho no existió sino desde el año 420 hasta el año 322, época de la muerte de Aristóteles. Huelga advertir que estas fechas son vagas, y sólo las tomo para englobar todo el movimiento intelectual, así el de las letras como el de las artes, en un único razonamiento. Así me muestro más generoso que lo que procedería en justicia. Sin embargo, haga lo que haga, del año 420, en que trabajaba Fidias, al año 322, en que murió el preceptor de Alejandro, no media sino un espacio de cien años.

La gran época pasó como un relámpago, intercalándose en un corto momento en que el equilibrio entre los principios constitutivos de la sangre nacional fué perfecto. Una vez pasado ese período, no hubo ya virtualidad creadora, sino únicamente una imitación a menudo feliz, siempre servil, de un pasado que no resucitó.

Parece que omito absolutamente la mejor parte de la gloria helénica, al dejar fuera de estos cálculos la era de las epopeyas. Esa era es anterior a Arquíloco, puesto que Homero vivió en el siglo X.

No olvido nada. Sin embargo, no invalido tampoco mi razonamiento, y repito que el gran período de gloria literaria y artística de Grecia fué aquel en que se supo edificar, esculpir, fundir, pintar, componer cantos líricos, libros de filosofía y anales dignos de fe. Pero reconozco al mismo tiempo que antes de esta época, mucho tiempo antes, hubo un momento en que, sin preocuparse de todas esas bellas cosas, el genio ario, casi libre del abrazo semítico, se limitaba a la producción de la epopeya, y se mostraba admirable, inimitable en este grandioso aspecto, como ignorante, inhábil y falto de inspiración en todos los demás (1). La historia del espíritu griego comprende pues dos fases muy distintas: la de los cantos épicos emanados del mismo origen que los *Vedas*, el *Ramayana*, el *Mahabarata*, los *Sagas*, el *Schanameh*, las canciones de gesta: es la inspiración aria. Luego vino, más tarde, la inspiración semítica, en que la epopeya no apareció sino como arcaísmo, en que el lirismo asiático y las artes del dibujo triunfaron absolutamente.

Homero, sea que se tratase de un hombre, sea que tal nombre resuma la nombradía de muchos cantores, compuso sus relatos en el momento

(1) Grote, *Ob. cit.*, t. II, p. 158 y 162.

en que la costa de Asia estaba poblada por los descendientes muy inmediatos de las tribus arias llegadas de Grecia. Su supuesto nacimiento acaece, según todas las opiniones, entre el año 1102 y el año 947. Los Eolios habían llegado a la Tróade en 1162, los Jonios en 1130. Haré el mismo cálculo por lo que respecta a Hesiodo, nacido en 944, en Beocia, región que, de todas las partes meridionales de Grecia, conservó por más tiempo el espíritu utilitario, testimonio de la influencia aria.

En el período en que reinó esta influencia, la abundancia de sus producciones fué extrema, y el número de obras perdidas es extraordinario. Conocemos la *Ilíada* y la *Odisea,* pero no poseemos las *Etiópicas* de Arctino, la *Pequeña Ilíada* de Lesches, los *Versos Chipriotas,* la *Toma de Ecalia,* la *Vuelta de los vencedores de Troya,* la *Tebaida,* los *Epigonos,* los *Arimaspos,* y una multitud más. Tal fué la literatura del pasado más antiguo de los Griegos: es una literatura didáctica y narrativa, positiva y razonable, que responde al espíritu ario. La poderosa infusión de sangre melania la impulsó más tarde hacia el lirismo, haciéndola incapaz de proseguir en sus primeras y más admirables vías.

Sería inútil extenderse más sobre este asunto. Es ya bastante el que se reconozca la superioridad de la inspiración helénica de una y otra época sobre cuanto se ha hecho después. La gloria homérica, como la ateniense, no ha sido igualada jamás. Alcanzó lo bello más bien que lo sublime. Ciertamente, permanecerá siempre sin rival, ya que no pueden volver a producirse combinaciones de raza análogas a las que la originaron.

CAPITULO IV

Los Griegos semíticos

He recorrido mucho espacio de tiempo, abrazando enteramente, por decirlo así, la historia de la Grecia helénica, después de haber mostrado las causas de su eterna debilidad política. Ahora vuelvo hacia atrás, y, penetrando en la esfera de las cuestiones de Estado, continuaré siguiendo la influencia de la sangre en los asuntos de Grecia y de los pueblos contemporáneos.

Después de haber medido la duración de la aptitud artística, haré lo mismo con la de las diferentes fases gubernamentales. Se verá así de una manera clara la terrible agitación a que da lugar en los destinos de una sociedad la creciente mezcla de las razas.

Si se quiere que empiecen a la llegada de los Arios Helenos con Deucalión los tiempos heroicos en los cuales se vivía poco más o menos según la moda de los antepasados de la Sogdiana, bajo un régimen de libertad individual restringida por leyes muy flexibles, esos tiempos heroicos tendrían su comienzo en el año 1541 antes de J.-C.

La época primitiva de Grecia está señalada por numerosas luchas entre los aborígenes, los colonos semíticos tiempo ha establecidos allí y que seguían afluyendo de continuo, y los invasores arios.

Los territorios semíticos meridionales fueron cien veces perdidos y recobrados. En fin, los Arios Helenos, aplastados por la superioridad de número y de civilización, se vieron echados o absorbidos, mitad entre las masas aborígenes, mitad entre las ciudades semíticas, y así se constituyeron aisladamente la mayoría de naciones griegas.

Gracias a la invasión de los Heráclidas y de los Dorios, el principio ario mogolizado readquirió una pasajera superioridad; pero acabó todavía por ceder a la influencia cananea, y al gobierno moderado de los reyes, abolido para siempre, sucedió el régimen absoluto de la república.

En 752, el primer arconte decenal gobernó en Atenas. El régimen semítico empezaba en la más fenicia de las ciudades griegas. No debía completarse hasta más tarde, entre los Dorios de Esparta y en Tebas. La época heroica y sus consecuencias inmediatas, es decir, la realeza moderada, habían durado 800 años. Nada digo de la época mucho más pura, mucho más aria de los Titanes; me basta hablar de sus hijos, los Helenos, para mostrar que el principio gubernamental estuvo establecido mucho tiempo entre sus manos.

El sistema aristocrático no tuvo tanta longevidad. Inaugurado en Esparta en 867, y en Atenas en 753, en esta ciudad, la ciudad brillante y gloriosa por excelencia, acabó de una manera regular y permanente, después del arcontado de Iságoras, hijo de Tisandro, en 508; duró, por tanto, 245 años. Desde entonces hasta la pérdida de la independencia helénica, el partido aristocrático dominó con frecuencia, y persiguió incluso a sus adversarios con éxito; pero fué en calidad de facción y alternando con los tiranos. A partir de entonces, el estado regular — si el concepto de regularidad puede aplicarse a una horrible sucesión de desórdenes y de violencias —, fué la democracia.

En Esparta, el poderío de los nobles, resguardado detrás de unos pobres restos de monarquía, fué bastante más sólido. El pueblo también era más ario. La constitución de Licurgo no desapareció completamente sino hacia 235, tras una duración de 632 años.

Respecto al estado del pueblo en Atenas, no sé qué decir, sino que encierra tantos oprobios políticos al lado de magnificencias intelectuales inimitables, que habría de creerse a primera vista que para llevar a cabo semejante obra tuvo realmente necesidad de algunos siglos. Pero, haciendo empezar este régimen en el arcontado de Iságoras, en 508, no se puede prolongarlo sino hasta la batalla de Queronea, en 339. El gobierno continuó sin duda más tarde llamándose República; con todo, la isonomía estaba perdida, y, cuando los ciudadanos de Atenas se aprestaron a tomar las armas contra la autoridad macedónica, fueron tratados menos como enemigos que como rebeldes. De 508 a 339 median 169 años.

De estos 169 años, conviene deducir todos los años en que gobernaron los ricos; después aquellos en que reinaron sea los Pisistrátidas, sea los treinta tiranos instituídos por los Lacedemonios. Tampoco hay que comprender en ellos la administración monárquica y excepcional de Pericles, que duró unos treinta años; de suerte que queda apenas para el gobierno democrático la mitad de los 169 años; aun ese período no fué enteramente llenado por él. Vióse constantemente interrumpido por las consecuencias

de las faltas y de los crímenes de instituciones abominables. Toda su fuerza fué dedicada a conducir Grecia a la servidumbre.

Así organizada, así gobernada, la sociedad helénica sucumbió, hacia el año 504, en una actitud muy humilde frente al poderío iranio. La Grecia continental temblaba. Las colonias jónicas se habían convertido en tributarias o súbditas.

El conflicto debía estallar por efecto de la atracción natural de la Grecia semisemítica hacia la costa de Asia, hacia el centro asirio, y de la misma costa de Asia algo arianizada hacia la Hélade. Se iba a ver el éxito de la primera tentativa de anexión. Se estaba preparado a ella; pero decepcionó a todos, puesto que se produjo en sentido contrario a lo que debía haberse previsto.

El poderío persa, tan desmesuradamente grande y temido, tomó desagradables medidas. Jerjes se condujo como un Agramante. Su *giovenil furore* no prestó ninguna atención a los consejos de los varones prudentes. Los Griegos cometieron, es cierto, estupideces imperdonables y las mayores faltas; pero el rey se obstinó en mostrarse aún más loco que torpes los otros, y, en vez de atacarlos con tropas regulares, quiso divertirse recreande sus ojos con el vanidoso espectáculo de su poderío. Con este fin, reunió 700.000 hombres, les hizo cruzar el Helesponto a bordo de bajeles gigantescos, se irritó contra la turbulencia de las olas, y fué a hacerse derrotar, con la estupefacción de todos, por gente más extrañada que él de su propia suerte y que no ha vuelto nunca más de su asombro.

En las páginas de los escritores griegos, esa historia de las Termópilas, de Maratón, de Platea, da pie a relatos muy emocionantes. La elocuencia se ha desbordado sobre ese tema con una exuberancia que no es de extrañar en una nación tan espiritual. Como tema de declamación, es arrebatador; pero, hablando juiciosamente, todos esos hermosos triunfos no fueron más que un accidente, y la marcha natural de las cosas, es decir, el efecto inevitable de la situación étnica, no se vió alterado lo más mínimo (1).

Así, después como antes de la batalla de Platea, la situación resulta ésta:

El Imperio más fuerte debe absorber al más débil; y del mismo modo que el Egipto semitizado se incorporó a la monarquía persa, gobernada por el espíritu ario, así también la Grecia, en donde domina ya el principio semítico, debe sufrir el predominio de la gran familia de la cual salieron las madres de sus pueblos, puesto que desde el momento que en Atenas, en Tebas y aun en Lacedemonia no existen Arios más puros que en Suga, no hay motivo para que la ley preponderante del número y de la extensión del territorio deje de ejercer su influencia.

Era una querella entre dos hermanos. Esquilo no ignoraba esa relación de parentesco, cuando, en el sueño de Atosa, pone en boca de la madre de Jerjes:

«Me parece ver a dos vírgenes soberbiamente ataviadas.

»La una, ricamente vestida a la moda de los Persas; la otra, según la costumbre de los Dorios. Ambas superan en majestad a las otras mujeres.

---

(1) Boeckh, *Die Staatshaushaltung der Athener*, t. I, p. 429.

Ambas, de una belleza impecable. Ambas, hermanas de una misma raza (1).»

Pese al inesperado desenlace de la guerra pérsica, Grecia veíase compelida por la fuerza semítica de su sangre a sumarse tarde o temprano a los destinos de Asia, de la cual había sufrido tanto tiempo la influencia.

En verdad, la conclusión fué tal; pero continuaron las sorpresas, y el resultado se produjo de una manera diferente aun de lo que se esperaba.

Inmediatamente después de la retirada de los Persas, la influencia de la corte de Susa volvió a hacerse sentir sobre las ciudades helénicas; como anteriormente, los embajadores reales seguían dando órdenes. Estas órdenes eran acatadas. Mientras las nacionalidades locales se exasperaban en su odio recíproco, no desperdiciando ocasión para destruirse mutuamente, se acercaba el momento en que la Grecia agotada iba a convertirse en provincia persa, quizá muy dichosa de serlo y de conocer así la tranquilidad.

Por su parte, los Persas, aleccionados por sus fracasos, se conducían con tanta prudencia y mesura como faltos de una y otra se mostraban sus pequeños vecinos. Se preocupaban de mantener en sus ejércitos a numerosos cuerpos de auxiliares helenos; los atraían a su servicio, pagándoles bien, no regateándoles las distinciones. A menudo los empleaban con provecho contra las poblaciones jónicas, y sentían entonces la secreta satisfacción de ver que no se alarmaba la encallecida conciencia de sus mercenarios. Nunca dejaban de incorporarse a esas tropas los desterrados lanzados bajo su protección por las incesantes revoluciones del Ática, de la Beocia, del Peloponeso; hombres muy estimables, puesto que sus ciudades natales eran precisamente aquellas contra las cuales se ejercían de preferencia su bravura y sus talentos militares. En fin, cuando un ilustre desterrado, célebre estadista, renombrado guerrero, escritor influyente, filósofo admirado, iba a implorar al gran rey, las muestras de hospitalidad no tenían límites; y cuando un cambio político permitía a ese hombre regresar a su país, conservaba en el fondo de su conciencia, siquiera involuntariamente, un pedazo de cadena cuya extremidad estaba clavada al pie del trono de los Persas. Tales eran las relaciones de ambas naciones. El Gobierno razonable, firme, hábil, de Asia, había conservado ciertamente más cualidades arias que el de las ciudades griegas meridionales, y éstas se hallaban en vísperas de expiar duramente sus victorias de parada, cuando el estado de inaudita debilidad en que se encontraban fué precisamente lo que determinó la peripecia más inesperada.

Mientras los Griegos del Sur se degradaban ilustrándose, los del Norte, de los cuales nadie se preocupaba, y que eran considerados como semibárbaros, muy lejos de decaer, se fortalecían de tal modo, a la sombra de su sistema monárquico, que una mañana, sintiéndose bastante preparados, firmes y dispuestos, ganaron en velocidad a los Persas, y apoderándose de Grecia hicieron frente a los Asiáticos y les mostraron un adversario enteramente cambiado. Pero si los Macedonios asentaron la mano sobre Grecia fué de una manera y con procedimientos que revelan de sobra la

---

(1) Esquilo, *Los Persas*.

naturaleza de su sangre. Los nuevo llegados diferían en absoluto de los Griegos del Sur, y sus procedimientos políticos lo demostraron.

Los Helenos meridionales, después de la conquista, se dedicaron a devastarlo todo. Con el más leve pretexto, arrasaban una ciudad y se llevaban a sus habitantes reducidos a la esclavitud. De idéntica manera actuaron los Caldeos semitas en la época de sus victorias. Los Judíos tuvieron oportunidad de darse cuenta de ello con ocasión de su viaje forzado a Babilonia; los Sirios también, cuando bandas enteras de sus poblaciones fueron enviadas al Cáucaso. Los Cartagineses empleaban el mismo sistema. La conquista semítica pensaba primero en el aniquilamiento; después se dedicaba todo lo más a la transformación. Los Persas comprendieron más humana y hábilmente los beneficios de la victoria. Sin duda, se descubren entre ellos diversas imitaciones del proceder asirio; sin embargo, en general, se contentaban con ocupar el sitio de las dinastías nacionales, dejando subsistir los Estados sometidos por su espada, en la forma en que los habían encontrado.

Lo que había sido un reino conservaba sus formas monárquicas, las repúblicas seguían siendo repúblicas, y las divisiones por satrapías, procedimiento de administrar y concentrar ciertos derechos de regalía, no quitaban a las ciudades sino la fisonomía: el estado de las colonias jónicas en los tiempos de la guerra de Darío y en el momento de las conquistas de Alejandro lo atestigua de sobra.

Los Macedonios se mantuvieron fieles al mismo espíritu ario. Después de la batalla de Queronea, Filipo no destruyó nada, no redujo a nadie a la esclavitud, no privó a las ciudades de sus leyes, ni a los ciudadanos de sus costumbres. Se contentó con dominar sobre el conjunto, cuyas partes aceptaba tal como las encontrara, con pacificarlo y con tener allí concentradas las fuerzas de manera que pudiese manejarlas según sus necesidades. Por lo demás, se ha visto que esa cordura en la explotación del éxito había sido rebasada, entre los Macedonios, por la sensatez en conservar preciosamente sus propias instituciones. Con todos los derechos posibles de hacer empezar su existencia política más allá aún de la fundación del reino de Sición, los Griegos del Norte llegaron hasta el día en que subordinaron al resto de Grecia sin haber variado nunca en sus ideas sociales. Me resultaría difícil alegar una prueba mayor de la pureza comparativa de su noble sangre. Representaban realmente un pueblo belicoso, utilitario, nada artista, nada literario, pero dotado de serios instintos políticos.

Hemos hallado un espectáculo bastante análogo entre las tribus iranias de cierta época. No hay, empero, que decidir acerca de ello a la ligera. Si comparamos a ambas naciones en el momento de su desarrollo, la una, cuando, bajo Filipo, se lanzó sobre Grecia, y la otra, en época anterior, cuando, con Fraortes, empezó sus conquistas, los Iranios se nos aparecen más brillantes y resultan, en muchos aspectos, más vigorosos.

Esta impresión es justa. En el aspecto religioso, las doctrinas espiritualistas de los Medos y de los Persas valían más que el politeísmo macedónico, aunque éste, por su parte, apegado a lo que llamaban en el Sur las *viejas divinidades*, se mantuvo más desligado de las doctrinas semíticas que las teologías atenienses o tebanas. Para ser exacto, es preciso confesar aquí que lo que las doctrinas religiosas de Macedonia perdían en materia

de absurdos imaginativos, lo recuperaban algo con las supersticiones semifinesas, que, con ser más sombrías que las fantasías sirias, no resultaban menos funestas. En suma, la religión macedónica no valía la de los Persas, elaborada como era por los Celtas y los Eslavos.

En punto a civilización, existía aún inferioridad. Las naciones iranias, tocando, por un lado, a los pueblos vratías — los Hindúes refractarios, iluminados por un lejano reflejo del brahmanismo —, y, por otro, a los pueblos asirios, habían visto desenvolverse toda su existencia entre dos focos luminosos que no dejaron nunca que la oscuridad se condensase en demasía sobre sus cabezas. Emparentados con los Vratías, los Iranios del Este no habían cesado de contraer entre ellos alianzas de sangre. Tributarios de los Asirios, los Iranios del Oeste se habían impregnado igualmente de aquella otra raza, y por todos lados el conjunto de las tribus tomó elementos a las civilizaciones circundantes.

Los Macedonios resultaron menos favorecidos. No estaban en contacto con los pueblos refinados más que por su frontera del Sur. Por las restantes fronteras no se aliaban sino con la barbarie. No se rozaban, pues, con la civilización en tan alto grado como los Iranios, quienes, recibiéndola por un doble enlace, le imprimían una forma original debida a esa combinación misma.

Además, como Asia era el país hacia el cual convergían los tesoros del Universo, Macedonia permanecía alejada de las rutas comerciales, y mientras los Iranios se enriquecían, sus sustitutos permanecían en la pobreza.

Pues bien: pese a tantas ventajas ofrecidas antaño a los Medos de Fraortes, no cabía dudar del desenlace de la lucha entre sus descendientes, súbditos de Darío, y los soldados de Alejandro. La victoria pertenecía de derecho a estos últimos, pues cuando empezó la refriega, no había comparación posible entre la pureza aria de ambas razas. Los Iranios, que ya en los tiempos de la toma de Babilonia por Ciaxares eran menos blancos que los Macedonios, resultaron todavía mucho más semitizados cuando, 269 años después, el hijo de Filipo pasó al Asia. Sin la intervención del genio de Alejandro, que precipitó la solución, el éxito hubiera permanecido indeciso un instante, atendida la gran diferencia numérica de los dos pueblos rivales; pero el desenlace definitivo no podía en ningún caso ser dudoso. La sangre asiática contaminada se hallaba de antemano condenada a sucumbir ante el nuevo grupo ario, como en otro tiempo ocurrió bajo el mismo yugo de los Iranios, en lo sucesivo asimilados a las razas degeneradas del país, las cuales habían tenido igualmente sus días de triunfo, cuya duración se mide por la conservación de sus elementos blancos.

Aquí se ofrece una rigurosa aplicación del principio de la desigualdad de las razas. En cada nueva emisión de sangre de los blancos en Asia, la proporción ha sido menos fuerte. La raza semítica, en sus numerosas capas sucesivas, había fecundado las poblaciones camitas en mayor grado que la invasión irania, aun siendo ejecutado por masas mucho menores. Cuando los Griegos conquistaron el Asia, llegaron en número todavía menor; no hicieron precisamente lo que se llama una colonización. Aislados en pequeños grupos en el centro de un inmenso Imperio, se anegaron repentinamente en el elemento semítico. El gran espíritu de Alejandro

hubo de comprender que, después de su triunfo, la Hélade había llegado a su fin; que su espada acababa de rematar la empresa de Darío y de Jerjes, invirtiendo únicamente los términos de la proposición; que, si Grecia no había sido avasallada cuando el gran rey fué hacia ella, lo era ahora en que ella se dirigía hacia él; encontrábase absorbida en su propia victoria. La sangre semítica lo sumergía todo. Maratón y Platea se eclipsaban bajo los venenosos triunfos de Arbelas y de Iso, y el conquistador griego, el rey macedonio, transfigurándose, se había convertido en el propio gran rey. Nada de Asiria, nada de Egipto, nada de Persia, pero tampoco nada de Hélade: el universo occidental no poseía en lo sucesivo sino una sola civilización.

Alejandro murió; sus capitanes destruyeron la unidad política; no impidieron que Grecia entera, y, esta vez, con la Macedonia oprimida, invadida, poseída por el elemento semítico, se convirtiese en el complemento de la ribera de Asia. Una sociedad única, muy variada en sus matices, agrupada sin embargo bajo las mismas formas generales, se extendió sobre aquella porción del Globo que, empezando en la Bactriana y en las montañas de Armenia, abrazaba toda el Asia Interior, los países del Nilo, sus anexos del África, Cartago, las islas del Mediterráneo, España, la Galia focense, la Italia helenizada, el continente helénico. La prolongada querella de las tres civilizaciones emparentadas entre sí y que, antes de Alejandro, habían disputado a propósito de mérito y de inventiva, se terminó en una fusión de fuerzas igualmente de sangre semítica que aportaba la proporción demasiado intensa de elementos negros, y de esa vasta combinación nació un estado de cosas fácil de caracterizar.

La nueva sociedad no poseía ya el sentimiento de lo sublime, joya de la antigua Asiria como del antiguo Egipto; tampoco contaba con la simpatía de aquellas naciones, demasiado melanias por su monstruoso aspecto físico y moral. Así en el bien como en el mal, la altura había disminuído por la doble influencia aria de los Iranios y de los Griegos. Con estos últimos, adquirió el sentido de moderación en lo que se refiere al arte, lo que la condujo a imitar los procedimientos y formas helénicos; pero por otro lado, y como un sello del gusto semítico simplificado, se distinguió por sus sutilidades sofísticas, por su refinamiento místico, por su presuntuoso charlatanismo y las insensatas doctrinas de los filósofos. Buscando lo brillante, falso y verdadero, alcanzó esplendor, estuvo a veces en vena, mostróse sin profundidad y reveló escaso genio. Su facultad principal, la que más le distingue, es el eclecticismo; ambicionó constantemente el secreto de conciliar elementos inconciliables, restos de sociedades cuya muerte le daba vida. Se mostró inclinada a actuar de árbitro. Se descubre esta tendencia en las letras, en la filosofía, en la moral, en el gobierno. La sociedad helénica lo sacrificó todo a la pasión de conciliar y fundir las ideas, los intereses más contrapuestos, sentimiento muy honroso sin duda, indispensable en un ambiente de fusión, pero sin fecundidad, y que implica la abdicación algo deshonrosa de toda vocación y de toda creencia.

La suerte de estas sociedades mediocres, formadas de escombros, es la de debatirse entre dificultades, de agotar sus débiles fuerzas, no en pensar —carecen, para ello, de ideas propias—, no en avanzar —carecen de

objetivo —, sino en coser y descoser, entre suspiros, jirones extravagantes y desgastados que no pueden ir juntos. El primer pueblo algo homogéneo que les asienta la mano en la espalda, desgarra sin esfuerzo el frágil y pretencioso tejido.

El nuevo mundo comprendió la especie de unidad que se establecía. Quiso que las cosas fuesen representadas por las palabras. A partir de entonces, para señalar el grado más elevado posible de perfección intelectual, se acostumbró a emplear el vocablo *aticismo*, ideal que los contemporáneos y compatriotas de Pericles hubieran comprendido difícilmente. Debajo se inscribió el nombre de Heleno; más abajo, se alineó una serie de derivados como *helenizante, helenístico*, a fin de indicar medidas en los grados de civilización. Un hombre nacido en la costa del mar Rojo, en la Bactriana, en el recinto de Alejandría de Egipto, en las márgenes del Adriático, se consideró y fué reputado un Heleno perfecto. El Peloponeso no tuvo sino una gloria territorial; sus habitantes no pasaban por Griegos más auténticos que los Sirios o las gentes de Lidia, y este sentir estaba perfectamente justificado por el estado de las razas.

Bajo los primeros sucesores del gran Alejandro, no existió ya en toda Grecia una nación que tuviese derecho a negar el parentesco, no digo la identidad, con los helenizantes más oscuros de Olbia o de Damasco. La sangre bárbara lo había invadido todo. En el Norte, las mezclas llevadas a cabo con las poblaciones eslavas y célticas atraían a las razas helenizadas hacia la rudeza y grosería imperantes en las riberas del Danubio, mientras que en el Sur los enlaces semíticos difundían una depravación purulenta análoga a la de la costa de Asia; sin embargo, aquello no era en el fondo sino diferencias poco esenciales y que nada favorecían a las facultades arias. Ciertamente, los vencedores de Troya, si hubiesen vuelto de los Infiernos, hubieran buscado en vano su descendencia; no habrían visto más que bastardos en el emplazamiento de Micenas y de Esparta.

Sea lo que fuere, la unidad del mundo civilizado estaba fundada. A ese mundo le era necesaria una ley; pero esta ley ¿en qué había de apoyarse? ¿De qué fuente tenía que sacarse, cuando los gobiernos no presidían sino un inmenso montón de detritos, en el que todas las antiguas nacionalidades habían ido a agotar sus fuerzas viriles? ¿Cómo sacar de los instintos melanios, que habían penetrado ya hasta los últimos repliegues de aquel orden social, el reconocimiento de un principio inteligente y firme, y convertirlo en una regla estable? Solución imposible; y por primera vez en el mundo se vió el fenómeno, que después se ha reproducido dos veces todavía, de grandes masas humanas conducidas sin religión política, sin principios sociales definidos, y sin otro objetivo que el de ayudarlas a vivir. Los reyes griegos adoptaron, en la imposibilidad de hacer más, la tolerancia universal en todo y para todo, limitándose a exigir la adoración de los actos emanados de su poderío. Quien optase por la república, a ella podía atenerse; que tal o cual ciudad prefiriera las formas republicanas, nada había que objetar; si otra ciudad o un distrito o una provincia escogían la monarquía pura, libres eran de hacerlo. Dentro de esa organización, los soberanos no negaban ni afirmaban nada. Con tal que el regio tesoro percibiese sus rentas legales y extralegales, y que los ciudadanos o los súbditos no levantasen excesivo ruido en el rincón en que pretendían

gobernarse a su manera, ni los Tolomeos ni los Selyúcidas formulaban la menor queja.

El largo período que abarcó esta situación no estuvo falto de individualidades destacadas; pero el público no se mostró con ellas nada simpático, y todo se mantuvo en la mediocridad. Con frecuencia se ha preguntado por qué ciertas épocas no se elevan a un nivel superior; se ha respondido que o se debía a la falta de libertad o a la carencia de estímulo. Los unos atribuyen a la anarquía ateniense el florecimiento de Sófocles y de Platón, del mismo modo que afirman que sin los perpetuos disturbios en las municipalidades de Italia, ni Petrarca, ni Boccaccio, ni Dante sobre todo, hubieran nunca asombrado al mundo con la magnificencia de sus escritos. Otros pensadores, por el contrario, atribuyen la grandeza del siglo de Pericles a las generosidades de este estadista, y el vuelo de la musa italiana a la protección de los Médicis, exactamente como la era clásica de la literatura francesa y sus laureles a la bienhechora influencia del sol de Luis XIV. Vemos cómo, partiendo de las circunstancias locales, se encuentran opiniones para todos los gustos, unas atribuyendo a la anarquía lo que otras al despotismo.

Hay todavía otra opinión: es aquella que ve en la dirección tomada por las costumbres de una época la causa de la preferencia de los contemporáneos para tal o cual género de trabajos; la cual lleva, como fatalmente, a las naturalezas selectas, a distinguirse, sea en la guerra, sea en la literatura, sea en las artes. Este último parecer sería también el mío si llegase a una conclusión; desgraciadamente se queda a mitad del camino, y cuando se le pregunta la causa generatriz del estado de las costumbres y de las ideas, no sabe responder que estriba enteramente en el equilibrio de los principios étnicos. Éste es, en efecto — lo hemos visto hasta aquí —, la razón determinante del grado y modo de actividad de una población.

Cuando Asia estaba dividida en cierto número de Estados delimitados por diferencias reales de sangre entre las naciones que los habitaban, existía en cada punto particular, en Egipto, en Grecia, en Asiria, en el seno de los territorios iranios, un motivo para una civilización especial, para el desenvolvimiento de ideas propias, para la concentración de fuerzas intelectuales sobre asuntos determinados, y esto porque había originalidad en la combinación de los elementos étnicos de cada pueblo. Lo que prestaba sobre todo el carácter nacional, era el número limitado de estos elementos, después la proporción de intensidad que aportaba cada uno de ellos en la mezcla. Así, un Egipcio del siglo XX antes de nuestra Era, formado, imagino yo, de un tercio de sangre aria, de otro de sangre camita blanca y de otro de sangre negra, no se parecía a un Egipcio del siglo VIII, en cuya naturaleza el elemento melanio influía en una mitad, el principio camita blanco en una décima parte, el principio semítico en tres y el principio ario apenas en una. No necesito decir que no persigo aquí cálculos exactos; no trato sino de poner de relieve mi idea.

Pero el Egipcio del siglo VIII, aunque degenerado, poseía aún, sin embargo, una nacionalidad, una originalidad. No poseía ya, sin duda, la virtualidad de los antepasados de los cuales era el representante; no obstante, la combinación étnica de que procedía continuaba caracterizándolo de algún modo. A partir del siglo V cesó de ser así.

En esta época el elemento ario se encontraba tan subdividido, que carecía ya de toda influencia activa. Su papel se limitaba a privar de su pureza a los otros elementos a él unidos, y por tanto de su libertad de acción.

Lo que es verdad acerca de Egipto puede hacerse extensivo a los Griegos, a los Asirios, a los Iranios; pero cabría preguntarse cómo — puesto que la unidad se establecía en las razas — no daba origen a una nación compacta, tanto más vigorosa cuanto que podía disponer de todos los recursos aportados por las antiguas civilizaciones fundidas en su seno, recursos multiplicados hasta el infinito por la extensión incomparablemente más considerable de un poderío que no tropezaba con ningún rival exterior. ¿Por qué toda el Asia Anterior, unida a Grecia y a Egipto, no podía llevar a cabo la más ínfima parte de las maravillas que cada una de esas partes constitutivas había multiplicado, cuando éstas permanecían aisladas, y, además, cuando hubieran debido verse paralizadas con frecuencia por sus luchas intestinas?

La razón de esta singularidad, realmente muy extraña, estriba en esto: que la unidad existió realmente, pero con un valor negativo. El Asia estaba unida, sin formar un todo compacto; porque ¿de dónde provenía la fusión? Únicamente de que los principios étnicos superiores, que antaño crearon en todos los diversos puntos civilizaciones propias de cada uno de ellos, o que, habiéndolas heredado ya en pleno desarrollo, las habían modificado o conservado, y aun a veces mejorado, quedaron luego absorbidas en la masa corruptora de los elementos subalternos, y, habiendo perdido todo vigor, dejaban el espíritu nacional sin dirección, sin iniciativa, sin fuerza, viviendo sin expresión. Por doquiera los tres principios, camita, semita y ario, habían abdicado de su antigua iniciativa, y no circulaban ya en la sangre de las poblaciones sino en hilillos sumamente tenues y cada vez más divididos. Sin embargo, las diferentes proporciones en la combinación de los principios étnicos inferiores se perpetuaban eternamente allí donde reinaran las antiguas civilizaciones. El Griego, el Asirio, el Egipcio, el Iranio del siglo V eran apenas los descendientes de sus homónimos del siglo XX: se les veía además ligados por idéntica penuria de principios activos; lo estaban también por la coexistencia en sus diversas masas de muchos grupos casi similares; y sin embargo, pese a estos hechos muy verídicos, las naciones permanecían separadas por contrastes generales, a menudo imperceptibles, aunque ciertos. Esas naciones no podían perseguir ni perseguían cosas muy diferentes; pero no se entendían entre sí, y por consiguiente, obligadas a vivir juntas, demasiado débiles cada una de ellas para imponer sus respectivas voluntades, tendían todas a considerar el escepticismo y la tolerancia como una necesidad, y la disposición de ánimo que Sexto Empírico alaba con el nombre de *ataraxia*, como la más útil de las virtudes.

En un pueblo restringido en cuanto al número de sus pobladores, el equilibrio étnico no logra obtenerse sino después de haber destruído toda virtualidad en el principio civilizador, puesto que este principio, habiendo tomado necesariamente su origen en una raza noble, abunda siempre demasiado poco para ser impunemente subdividido. Sin embargo, en tanto se mantiene en estado de relativa pureza, hay predominio de su parte,

y, por tanto, ningún equilibrio con los elementos inferiores. ¿Qué puede acontecer, entonces, cuando la fusión no se produce sino entre razas que, habiendo pasado por esta primera transformación, se encuentran agotadas? El nuevo equilibrio no podría establecerse (digo *no podría,* porque el caso no se ha presentado todavía en la historia del mundo) sino procurando que las multitudes degeneradas hiciesen un retorno casi completo a las aptitudes normales de su elemento étnico más predominante.

Este elemento étnico más predominante era para Asia el negro. Los Camitas, desde los primeros pasos de su invasión, lo habían encontrado muy hacia el Norte, y probablemente los Semitas, aunque más puros, habíanse dejado contaminar por él en sus comienzos.

Más numerosas que todas las emigraciones blancas de las cuales haya hecho mención la Historia, las dos primeras familias llegadas del Asia Central descendieron tan lejos hacia el Oeste y hacia el Sur del África, que no se sabe todavía dónde encontraron el límite de sus oleadas. Cabe, sin embargo, afirmar, por el análisis de las lenguas semíticas, que el principio negro ha adquirido por doquier el predominio sobre el elemento blanco de los Camitas y sus asociados.

Las invasiones arias fueron, así para los Griegos como para sus hermanos los Iranios, poco fecundas en comparación de las masas en más de dos tercios melanizadas entre las cuales fueron a anegarse. Era, pues, inevitable que después de haber modificado, durante un período más o menos largo, el estado de las poblaciones con las cuales se fundían, se perdiesen a su vez entre el elemento destructor en el cual sus predecesores blancos habíanse absorbido sucesivamente antes que ellas. Es lo que aconteció en las épocas macedónicas; es también lo que hoy acontece.

Bajo la dominación de las dinastías griegas o helenizadas, el agotamiento, grande sin duda, distaba aún bastante de parecerse al estado actual, determinado por mezclas ulteriores de una abundancia extrema. Así, el predominio final, fatal, necesario, cada vez más intenso, del principio melanio, ha sido el objetivo de la existencia del Asia Anterior y de sus anexos. Podría afirmarse que desde el día en que el primer conquistador camita se declaró dueño, en virtud del derecho de conquista, de aquellos primitivos patrimonios de la raza negra, la familia de los vencidos no ha perdido una hora para recobrar su suelo y sojuzgar de paso a sus opresores. De día en día, va consiguiéndolo con esa inflexiva y segura paciencia que la naturaleza aporta en la ejecución de sus leyes.

A partir de la época macedónica, todo lo que proviene del Asia Anterior o de Grecia tiene por misión étnica extender las conquistas melanias.

He hablado de los matices que persisten en el seno de la unidad negativa de los Asiáticos y de los helenizantes: de ahí, dos movimientos en sentido opuesto que venían aún a aumentar la anarquía de aquella sociedad. No habiendo nadie poderoso, nadie triunfaba exclusivamente. Había que contentarse con el reinado siempre tambaleante, siempre derrocado, siempre restablecido por efecto de un pacto tan indispensable como infecundo. La monarquía única era imposible, puesto que ninguna raza tenía talla suficiente para vivificarla y hacerla duradera. No era menos impracticable crear Estados múltiples, viviendo de una vida propia. La nacionalidad no se manifestaba en ningún lugar de una manera bastante acusada para que

resultase precisa. Se procedía, pues, a refundiciones perpetuas de territorio; había inestabilidad, pero no movimiento. No hubo apenas más que dos breves excepciones a esta regla: una, causada por la invasión de los Galatas; la otra, por el establecimiento de un pueblo más importante, los Partos, nación aria mezclada de amarillo, que, semitizada de buen comienzo como sus predecesoras, se hundió a su vez entre las masas heterogéneas.

En suma, pues, los Galatas y los Partos eran demasiado poco numerosos para modificar por mucho tiempo la situación de Asia. Si una acción más viva del poderío blanco no hubiese debido manifestarse, hubiérase malogrado, en esta época, el porvenir intelectual del mundo, de su civilización y de su gloria. Mientras la anarquía se perpetuaba en el Asia Anterior, preludiando con fuerza irresistible las últimas consecuencias del bastardeamiento final, la India iba, por su parte, aunque con una lentitud y una resistencia sin par, hacia idéntico destino. Sólo China continuaba su marcha normal y se defendía con tanto mayor facilidad contra toda desviación cuanto que, menos avanzada que sus ilustres hermanas, experimentaba también peligros menos activos y menos destructores. Pero la China no podía representar al mundo; estaba aislada, vivía exclusivamente para sí, dedicada ante todo a la modesta tarea de regular la alimentación de sus masas.

Así estaban las cosas cuando, en un alejado rincón de una península mediterránea, empezó a brillar una luz. Débil al comienzo, aumentó gradualmente, y, difundiéndose primero sobre un horizonte restringido, proyectó un inesperado resplandor sobre la región occidental del hemisferio. En los mismos lugares en que, para los Griegos, el dios Helios descendía todos los crepúsculos al lecho de la ninfa del Océano, fué donde se elevó el astro de una nueva civilización. La victoria, al compás de sus vibrantes clarines, proclamó el nombre del Lacio, e hizo Roma su aparición.

LIBRO QUINTO

Civilización europea semitizada

CAPÍTULO PRIMERO

Poblaciones primitivas de Europa

Se ha considerado por mucho tiempo como imposible descubrir entre el Bósforo de Tracia y el mar que bordea las costas de Galicia, y desde el Sund hasta Sicilia, un punto cualquiera en que los individuos pertenecientes a la raza amarilla, mogol, finesa, en una palabra, a la raza de ojos embridados, de naríz chata, de cuerpo obeso o rechoncho, se hayan hallado nunca establecidos de manera que formasen una o varias naciones permanentes. Esta opinión, tan perfectamente aceptada que no ha sido discutida apenas sino durante estos últimos años, no descansaba por lo demás sobre ninguna demostración. No tenía otra razón de ser que la ignorancia casi absoluta de los hechos concluyentes cuyo conjunto, hoy, la destruye y borra. Estos hechos son de naturaleza diversa, pertenecen a diferentes órdenes de observaciones, y el haz de pruebas por ellos compuesto es de un rigor absoluto (1).

Cierta clase de monumentos muy irregulares, de una antigüedad muy remota, y que se encuentran en casi todos los países de Europa, ha preocupado mucho tiempo a los eruditos. La tradición, por su parte, relaciona con ellos buen número de leyendas. Ya se trata de toscas piedras en forma de obeliscos levantados en el centro de un erial o al borde de una costa, ya de una especie de cajas de granito compuestas de cuatro o cinco bloques, uno de los cuales o a lo sumo dos sirven de cubierta. Estos bloques son siempre de proporciones gigantescas, y no muestran sino excepcionalmente huellas de haber sido labrados. En la misma categoría hay que incluir los amontonamientos de guijarros a menudo muy considerables, o de rocas colocadas en equilibrio de manera que oscilan al más leve impulso. Estos monumentos, en su mayoría de una forma en extremo impresionante, aun para las miradas menos atentas, han inducido a los sabios a proponer varios sistemas según los cuales habría que atribuirlos a los Fenicios, o bien a los Romanos, quizá a los Griegos, y mejor aún a los Celtas o a los Eslavos. Pero los campesinos, fieles a las creencias de sus padres, rechazan, sin saberlo, esas opiniones tan diversas, y adjudican los objetos en litigio a las hechiceras y a los enanos. Vamos a ver que los campesinos están en lo justo. Ocurre con los relatos legendarios lo que con la filosofía de los Griegos, al decir de san Clemente de Alejandría. Este padre la comparaba a las nueces, ásperas primero al paladar de los

---

(1) Müller, *Der ugrische Volkosstamm*, t. I, p. 399.

cristianos; pero si se sabe quitarles la cáscara, se encuentra un fruto sabroso y nutritivo.

Las creaciones arquitectónicas de los Fenicios, de los Griegos, de los Romanos, de los Celtas, o aun de los Eslavos no ofrecen nada de común con los monumentos de que aquí se trata. Se poseen obras de todos estos pueblos, pertenecientes a diferentes épocas; se conocen los procedimientos que empleaban: nada recuerda lo que tenemos aquí bajo nuestras miradas. Después, y ello constituye una razón mucho más poderosa y aun irrefutable, se encuentran piedras levantadas, túmulos y dólmenes en cien lugares distintos por los cuales ni los conquistadores de Tiro y de Roma, ni los mercaderes de Marsella, ni los guerreros celtas, ni los labradores eslavos habían pasado nunca. Es preciso, pues, abordar el problema de nuevo y de muy cerca.

Partiendo de este principio unánimemente reconocido que todas las antigüedades de Europa occidental aquí discutidas son, en cuanto a su estilo, anteriores a la dominación romana, se sienta una base cronológica fidedigna, y se posee la clave del problema. Insisto en la circunstancia de que no se trata aquí sino de la fecha del estilo, y en modo alguno de la construcción de tal o cual monumento en particular, lo cual complicaría la dificultad de conjunto con muchas incertidumbres de detalle. Es preciso atenerse primero a una exposición tan general como sea posible, a reserva de particularizar más tarde.

Como los ejércitos de los Césares ocupaban la Galia entera y una parte de las islas Británicas en el primer siglo antes de nuestra era, el sistema generador de las antigüedades galas y bretonas se remonta a épocas más antiguas. Pero España también posee monumentos perfectamente idénticos a esos (1). Ahora bien, los Romanos tomaron posesión de este país mucho antes de establecerse en las Galias, y, antes de ellos, los Cartagineses y los Fenicios habían hecho allí una aportación considerable de su sangre y de sus ideas. Los pueblos que erigieron los dólmenes españoles no pudieron pues haberlos imaginado posteriormente a la primera inmigración o colonización fenicia. Para no faltar a una prudencia incluso excesiva, es aconsejable no presumir de esa certeza en toda su extensión. No nos remontemos más allá del tercer siglo antes de Jesucristo.

Hay que ser más osados en Italia. Ninguna duda cabe de que las construcciones parecidas a los monumentos galos y españoles que allí encontramos son anteriores al período romano y, más aún, al período etrusco. Helos ahí remontándose del siglo III al siglo VIII, por lo menos.

Pero, como las antigüedades que acabamos de señalar en las Islas Británicas, en la Galia, en España y en Italia, derivan de un tipo absolutamente idéntico, inspiran naturalmente la idea de que sus autores pertenecían a una misma raza. Tan pronto como surge esta idea, se desea experimentar su valía calculando la difusión de esta raza según la de los monumentos que revelan su existencia. Dejamos, pues, de circunscribirnos a los cuatro países antes citados, y se busca, más allá de sus fronteras, si nada de algo parecido a lo que encierran puede encontrarse en otras partes. Se llega así a un resultado que al comienzo asusta a la imaginación.

---

(1) Borrow, *The Bible in Spain*, *in-12*, London, 1849, cap. VII, p. 35.

La zona abierta entonces a las miradas se extiende desde las dos penínsulas meridionales de Europa, cubriendo a Suiza, a la Galia y a las Islas Británicas, pasa por toda Alemania, Dinamarca y el Sur de Suecia, Polonia y Rusia, atraviesa los Urales, abraza la Alta Siberia, cruza el estrecho de Behring, comprende las llanuras y las selvas de la América del Norte, y termina hacia las riberas del Mississipi superior, si es que no alcanza más lejos (1).

Se convendrá que, si hubiese que adjudicar, sea a los Celtas, sea a los Eslavos, para no hablar de los Fenicios, ni de los Griegos, ni de los Romanos, una serie tan vasta de regiones, habría, al mismo tiempo, que considerar todas las demás categorías de antigüedades que esos países encierran tan idénticas entre sí como lo son los monumentos cuya abundancia lleva a trazar esos vastos límites. Si los aborígenes de tantos países hubiesen sido Celtas o Eslavos, hubieran dejado por todas partes restos de su cultura, fácilmente comparables a los que se descubren en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Dinamarca, en Rusia, y que se sabe de ciencia cierta que no pueden atribuirse más que a ellos. Pero precisamente esta condición no ha sido llenada.

En los mismos terrenos que las construcciones de piedra tosca, existen depósitos de toda naturaleza, fruto de la industria humana, que, difiriendo entre sí de una manera radical de país a país, acusan de manera evidente la existencia esporádica de nacionalidades muy distintas y a las cuales pertenecieron. De suerte que se contempla en las Galias restos completamente extraños a los de los países eslavos, los cuales lo son a su vez a los productos siberianos como éstos a los productos americanos.

Indiscutiblemente, pues, Europa ha poseído, antes de todo contacto con las naciones cultivadas de las riberas del Mediterráneo, Fenicios, Griegos o Romanos, varias capas de poblaciones diferentes, de las cuales unas no poseyeron más que ciertas provincias del continente, mientras que otras, habiendo dejado por doquier huellas parecidas, ocuparon evidentemente la totalidad del país, y eso en una época anterior al siglo VIII antes de Jesucristo.

La cuestión que ahora se presenta es la de saber cuáles son las más antiguas de las diversas clases de antigüedades primitivas, o las que son esporádicas o las que vemos difundidas por todas partes.

Las que son esporádicas acusan un grado de industria, de conocimientos técnicos y de refinamiento social muy superior a las que ocupan el más vasto espacio. Mientras estas últimas no muestran sino excepcionalmente las huellas del uso de los instrumentos de metal, las otras ofrecen dos épocas en que el bronce, luego el hierro, se presentan bajo las formas más hábilmente variadas; y estas formas, aplicadas como lo son, no permiten la menor duda de que hubiesen sido la propiedad aquí de los Celtas, allí de los Eslavos; pues el testimonio de la literatura clásica excluye toda vacilación.

Por consiguiente, ya que los Celtas y los Eslavos son por lo demás los últimos posesores conocidos de la tierra europea, anteriormente al siglo VIII que precedió a nuestra era, los dos períodos llamados por hábi-

(1) Keferstein, *Ansichten über die Keltischen Althertümer*, t. I.

les arqueólogos *las Edades de Bronce* y *de Hierro* se aplican también a esos pueblos. Esos períodos abrazan los últimos tiempos de la antigüedad primitiva de nuestros países, y hay que situar más allá de sus límites una época más antigua, justamente calificada de *Edad de Piedra* por los mismos clasificadores (1). A ésta pertenecen los monumentos objeto de nuestro estudio.

Un punto subsiste todavía que puede parecer oscuro. La arraigada costumbre de no percibir nada en Europa antes de los Celtas y los Eslavos puede inducir a ciertos espíritus a persuadirse de que las tres Edades de Piedra, de Bronce y de Hierro no marcan sino gradaciones en la cultura de las mismas razas. Serían, pues, los antepasados, todavía salvajes, de los hábiles mineros, de los industriosos artesanos cuyas obras podemos admirar gracias a recientes descubrimientos, quienes habrían producido los monumentos brutos del período más remoto. Tanta barbarie se explicaría por un estado de infancia social, aún ignorante de los recursos técnicos creados más tarde.

Una objeción sin réplica destruye esta hipótesis por lo demás fundamentalmente inadmisible por muchos otros motivos (2). Entre la Edad de Bronce y la Edad de Hierro, no hay otra diferencia que la mayor variedad de materias empleadas y la creciente perfección del trabajo. El pensamiento dirigente no cambia; se continúa, se modifica, se afina, pasa de lo bueno a lo mejor, pero manteniéndose dentro de los mismos elementos. Por el contrario, entre las producciones de la Edad de Piedra y las de la Edad de Bronce, se advierten, a la primera ojeada, los contrastes más impresionantes; nada de transición de unas a otras, en cuanto a lo esencial: el sentimiento creador se transforma de arriba abajo. Los instintos, las necesidades por él despertados, no se corresponden en modo alguno. Por consiguiente, la Edad de Piedra y la Edad de Bronce no guardan las mismas relaciones de cohesión en que esta última se encuentra con la Edad de Hierro. En el primer caso, hay paso de una raza a otra, mientras que, en el segundo, no hay más que simple progreso en el seno de las razas, si no completamente idénticas, por lo menos muy emparentadas de cerca. Ahora bien: no es dudoso que los Eslavos están establecidos en Europa desde hace por lo menos cuatro mil años. Por otra parte, los Celtas combatían en la región del Garona en el siglo XVIII antes de nuestra era. Henos aquí, pues, llegados paso a paso a esta convicción, resultado matemático de todo lo que precede; los monumentos de la Edad de Piedra son anteriores, en cuanto a su estilo, al año 2000 antes de J.-C.; la raza particular que los construyó ocupaba los países en que se les encuentra antes que toda otra nación; y como, por lo demás, se presentan en mayor abundancia a medida que el observador, abandonando el Sur, avanza más hacia el Noroeste, el Norte y el Nordeste, esa misma raza era todavía más primitivamente y, en todo caso, más sólidamente soberana en estas últimas regiones. Si se desea fijar de una manera aproximada la época probable del apogeo de su poderío, nada se opone a que se acepte la fecha de 3,000 años antes de J.-C.,

---

(1) Wormsaae, *The Primeval Antiquities of Denmark*, p. 8.
(2) Keferstein, *Ansichten*, t. I, p. 751.

propuesta por un arqueólogo danés, tan ingenioso observador como sabio profundo (1).

Lo que queda ahora por determinar de una manera positiva, es la naturaleza étnica de las poblaciones primordiales tan profusamente difundidas en nuestro hemisferio. Muy ciertamente se enlazan de la manera más íntima con los diversos grupos de la especie amarilla, generalmente pequeña, rechoncha, fea, deforme, de inteligencia muy limitada, pero no nula, burdamente utilitaria y dotada de instintos machos muy predominantes.

La atención se ha fijado recientemente, en Dinamarca (2) y en Noruega, sobre enormes amontonamientos de conchas de ostras y de otros mariscos, mezclados con cuchillos de hueso y de sílex muy toscamente labrados. También se exhuman detritos de los esqueletos de ciervos y de jabalíes, cuya medula fué extraída por fractura. Wormsaae, al analizar esos objetos, deplora que tales descubrimientos no hayan sido llevados a cabo hasta hoy en las costas de Francia. No abriga ninguna duda de que ello hubiera podido brindar observaciones análogas a las que ha tenido ocasión de llevar a cabo en su patria, y piensa, sobre todo, que Bretaña sería explotada con sumo provecho. Añade: «Todos sabemos cuánto abundan en América esos montones de conchas y de huesos. Contienen instrumentos no menos toscos que los que se han encontrado entre los detritos daneses y noruegos, y testifican la presencia de las antiguas tribus aborígenes».

Estos monumentos son de un género tan singular, y tan poco a propósito para impresionar la mirada y cautivar la atención, que uno se explica fácilmente la oscuridad en que han permanecido largo tiempo. El mérito es, por lo mismo, mayor para los observadores a los cuales la ciencia es deudora de un presente, en realidad muy curioso, puesto que motiva por lo menos una fuerte presunción de que el Norte de Europa posee huellas idénticas a las que ofrecen todavía las costas del nuevo mundo en la proximidad del estrecho de Behring. Permite también comentar otro descubrimiento de igual género, más interesante aún, realizado, hace pocos meses, en los alrededores de Namur. Un sabio belga, M. Spring, ha retirado de una gruta, en Chauvaux, pueblecillo de la comuna de Godine, un montón de restos doblemente enterrados bajo una capa de estalagmita y bajo otra de limo, entre los cuales ha reconocido fragmentos de arcilla calcinada, de carbón vegetal, después huesos de bueyes, de carneros, de cerdos, de ciervos, de corzos, de liebres y, en fin, de mujeres, de muchachos y de niños. Particularidad curiosa que se observa también en los detritos de Dinamarca y de Noruega: todos los huesos con medula están rotos, lo mismo aquellos que pertenecieron a individuos de nuestra especie que los otros, y M. Spring saca, con razón, la conclusión de que los autores de ese depósito comestible eran antropófagos. Es ese un gusto extraño a todas las tribus de la familia blanca, incluso a las más salvajes, pero muy frecuentemente comprobado entre las naciones americanas.

Pasando a otro género de observaciones, se encuentran, como objetos notables, ciertos túmulos de tierra que, por la rudeza de su construcción, no tienen nada de común con las sepulturas arias del Alta Asia, ni tampoco

(1) Wormsaae, *obra citada*, p. 135.
(2) *Moniteur universel du 14 avril 1853*, n.º 104, Merimée.

con esas tumbas suntuosas que podemos observar todavía en Grecia, en Tróade, en Lidia, en Palestina, y que revelan, si no un gusto artístico muy refinado entre sus constructores, por lo menos un elevado concepto de lo que son la grandeza y la majestad (1). Aquellos de que aquí se trata no constan, como acabamos de decir, sino de simples acumulaciones de arcilla o de tierra gredosa, según la calidad del suelo en que se asientan. Esta capa encierra cadáveres no incinerados, que tienen a sus lados algunos montoncitos de ceniza. A menudo el cuerpo parece haber sido depositado sobre un lecho de ramas. Esa circunstancia recuerda el haz de leña sepulcral de los aborígenes de China. Se trata de sepulturas muy elementales, muy salvajes. Han sido halladas casi en todas partes en el seno de las regiones europeas. Ahora bien: construcciones enteramente análogas, y ofreciendo las mismas particularidades, cubren igualmente el valle superior del Mississipi. M. E.-G. Squier afirma que los esqueletos encerrados en esas tumbas son tan frágiles que el menor contacto los deshace en polvo. Esto le permite atribuir a esos cadáveres y a los monumentos en que están encerrados una extremada antigüedad.

Semejantes túmulos, siempre análogos, erigidos en América, en el Norte de Asia y en Europa, vienen a fortalecer la idea de que esos países fueron habitados antaño por la misma raza, que no puede ser otra que la raza amarilla. Se encuentran siempre en la proximidad de largas murallas de defensa de varias millas en línea recta. Los hay entre el Vístula y el Elba, en el Uldemburgo, en Hannóver. M. Squier da sobre los de América del Norte detalles tan precisos, y, lo que vale aún más, dibujos tan concluyentes, que no cabe conservar la más leve duda sobre la identidad completa del pensamiento a que obedecieron esos sistemas de defensa.

De estos hechos suficientemente numerosos y concordantes hay que inferir:

Que las poblaciones amarillas procedentes de América y acumuladas en el Norte de Asia, irrumpieron antiguamente en toda Europa, y que es a ellas a quien hay que atribuir el conjunto de aquellos bastos monumentos de tierra o de piedra tosca que muestran por doquier la unidad de la población primitiva de nuestro continente. En tales obras hay que renunciar a ver resultados que no podían salir de la cultura esporádica, y por lo demás muy conocida hoy por haber sido más desarrollada, de las naciones célticas y de las tribus eslavas. Establecido este punto, falta aún seguir la marcha de los pueblos fineses hacia Occidente, para percibir, con los medios de acción de que disponen, el detalle de los trabajos que ejecutaron y que hoy nos maravillan. Con eso se reconocerán al mismo tiempo los rasgos principales de la condición social en que se hallaban los primeros pobladores de nuestro suelo europeo.

Andando con lentitud a través de las estepas y las marismas heladas de las regiones septentrionales, sus hordas tenían delante de sí una ruta muy a menudo llana y fácil. Seguían las riberas del mar y el curso de los grandes ríos, lugares en que las selvas eran escasas, en que los roquedales y las montañas disminuían de altura y permitían el paso. Privados de medios enérgicos para abrirse rutas a través de los obstáculos demasiado poderosos, o

(1) Von Prokesch, *Osten Kleine Schriften, die Tumuli der Alten,* t. V, p. 317.

por lo menos no pudiendo usarlos sino con enorme gasto de tiempo y de fuerzas individuales, no aplicaban ordinariamente más que hachas de sílex toscamente enmangadas con una rama de árbol. Para operar su navegación a lo largo de la costa en el océano Ártico o de las orillas fluviales, o aun en las regiones sembradas de grandes pantanos, empleaban canoas formadas de un único tronco de árbol cortado y vaciado al fuego, luego pulido más o menos bien con ayuda de sus instrumentos imperfectos. Las hornagueras de Inglaterra y de Escocia han mostrado a la curiosidad moderna algunos de esos vehículos. Varios de ellos están guarnecidos en sus extremidades de empuñaduras de madera, destinadas a facilitar la conducción. Existe uno que no mide menos de treinta y cinco pies de longitud.

Acabamos de ver que, cuando se trataba de derribar algunos árboles, los Fineses empleaban el procedimiento hoy usado todavía entre las tribus salvajes de su continente natal. Los leñadores practicaban ligeras incisiones en un tronco de roble o de pino, por medio de sus hachas de sílex, y suplían la insuficiencia de los instrumentos con una aplicación paciente de carbones inflamados que se introducía en los agujeros así preparados.

A juzgar por los vestigios hoy existentes, las principales construcciones de los hombres amarillos fueron ribereñas del mar y de los ríos. Pero este dato no puede, sin embargo, aportarnos una regla sin excepción. Se encuentran huellas finesas bastante numerosas y muy importantes en el interior de las tierras. M. Merimée, aclarando este punto, ha señalado justamente la existencia de monumentos de ese género en el centro de Francia. También se han encontrado más lejos. Los emigrantes de raza amarilla primitiva han conocido, en cuanto a países de difícil acceso, las soledades de los Vosgos, los valles del Jura, las orillas del lago Leman. Su permanencia en esas diferentes partes del interior está atestiguada por vestigios que no pueden provenir sino de ellos. Se los reconoce aún de manera cierta en algunas partes del Norte de Saboya (1), y las hábiles investigaciones de M. Troyon sobre moradas muy antiguas, sepultadas hoy bajo las aguas de varios lagos de Suiza, dejarán probablemente un día fuera de duda que los pescadores fineses habían colocado hasta en las orillas del lago de Zurich los pilotes de sus miserables chozas (2).

Conviene que tracemos rápidamente una nomenclatura de las principales especies de restos que no pueden haber pertenecido más que a los aborígenes de raza amarilla, de esos restos que los arqueólogos del Norte consideran unánimemente que llevan el sello de la Edad de Piedra. He citado ya los montones de conchas, de huesos de cuadrúpedos y de seres humanos, mezclados con cuchillos de piedra, de huesos y de astas; he mencionado también las hachas, los martillos de sílex, las canoas formadas de un solo tronco de árbol, y los vestigios de viviendas sobre pilotes que acaban de descubrirse, por primera vez, en las orillas de varios lagos helvéticos. A ese fondo, hay que añadir puntas de flechas en piedra o en espina de pez, puntas de lanza y de anzuelo para la pesca en iguales materias, botones destinados a sujetar vestidos de pieles, pedazos de ámbar o agujereados o en bruto, bolas de arcilla pintadas de rojo para ser ensartadas y servir de co-

(1) Keferstein, *Ansichten*, t. I, p. 173 y 183.
(2) Este descubrimiento es muy reciente.

llares; en fin, piezas de alfarería a menudo muy grandes, puesto que las hay que sirven de ataúd para los cadáveres.

Pero lo que domina sobre todo lo demás, son las producciones arquitectónicas, lado particularmente impresionante de esas antigüedades. Su rasgo principal y dominante, el que le infunde su estilo particular, es la ausencia completa, absoluta, de albañilería. En este orden de construcción, no se empleó más que bloques siempre voluminosos. Tales son los menhires, denominados en Alemania *Humensteine*; los obeliscos de piedra tosca, de una altura más o menos grande, clavados en el suelo, comúnmente hasta la cuarta parte de su elevación total; los cromlecs, *Henenbette,* circulares o cuadrados, constituídos por series de bloques colocados unos al lado de otros y abrazando un espacio a menudo muy extenso. Hay también los dólmenes, construcciones formadas por tres o cuatro fragmentos de rocas recostadas en ángulo recto, recubiertas de una quinta masa, empedradas con guijarros planos y a veces precedidas de un corredor de análogo estilo. A menudo esas monstruosas casuchas están abiertas por un lado; en otros casos, no presentan ninguna salida. No puede tratarse más que de tumbas. En ciertos puntos de Bretaña, se cuentan en grupos de treinta a la vez; Hannóver no se encuentra menos ricamente provisto de ellas. La mayoría contienen o contenían, en el momento en que fueron descubiertas, esqueletos no incinerados.

Tanto por su masa, que hace de ellos el monumento más destacado que haya producido la raza finesa, como por los restos que contienen, los dólmenes deben considerarse como uno de los testimonios más concluyentes de la presencia de tribus amarillas en un punto dado. Las excavaciones más minuciosas no han logrado descubrir nunca objetos de metal, sino únicamente esa especie de instrumentos o utensilios, tan elementales por la materia como por la forma, que hemos enumerado antes. Los dólmenes ofrecen además un carácter precioso, es su vasta difusión. Existen en toda Europa.

Vienen ahora los túmulos, que no son menos conocidos. Trátase de montones de piedras de diferentes dimensiones. Muchos cubren un cadáver sin incinerar, con algunos objetos de hueso o de sílex. Hay ejemplos en que el cuerpo está colocado debajo de un pequeño dolmen erigido en el centro del túmulo. Se ve también alguno de esos monumentos de base llena y que no parece haber tenido más que un destino puramente conmemorativo o indicativo. Los hay muy pequeños, pero los hay también enormes: el de New Grange, en Irlanda, representa una masa de cuatro millones de quintales.

La combinación del dolmen y del túmulo, a menudo sugerida por la naturaleza del terreno, se encuentra en todas partes, entre otras en el Lacio, cerca de Civita-Vecchia, a veintidós millas de Roma, no lejos de la antigua Alsium y de Santa-Marinella. Hay todavía uno en Chiusa, otro cerca de Pratina, sobre el solar de Lavinio.

Los esqueletos sacados de los dólmenes han permitido averiguar, entre los primeros habitantes de Europa, ciertos talentos que seguramente no nos habríamos inclinado, *a priori,* a suponer. Sabían practicar varias operaciones quirúrgicas. Ya los túmulos americanos habían aportado la prueba de ello revelando la presencia de cráneos con dientes postizos. Un dolmen abierto

recientemente, cerca de Nantes, presentó el cuerpo de un hombre adulto cuya tibia, fracturada, mostraba una soldadura artificial.

Resulta tanto más curioso descubrir entre la raza amarilla ese género de conocimientos cuanto que, entre los descendientes puros o mestizos de la variedad melania, no se percibe vestigio alguno de ello en las épocas correspondientes. El arte de aliviar los sufrimientos no fué apenas, en estos últimos, más allá del empleo de sencillos tratamientos exteriores. El interior del cuerpo humano y su estructura les eran completamente desconocidos. Es la consecuencia del horror que les inspiraban los muertos, horror puramente imaginativo, nacido de los supersticiosos temores que de largo tiempo precedieron al respeto, y que ahogaba todo deseo de penetrar en un dominio tenido por temible. Por el contrario, los amarillos, preservados por su temperamento flemático contra las impresiones de ese género, miraron con escasa solemnidad los despojos de sus conquistas. La antropofagía les brindaba todas las ocasiones deseables para instruirse sobre la osteología humana. La preocupación misma de su glotonería, induciéndoles a estudiar la naturaleza de los huesos, a fin de saber, a punto fijo, dónde encontrar la medula, les proporcionaba la experiencia práctica. A eso se debe que se muestren tan sabios los actuales pobladores de la Siberia meridional. Sus conocimientos anatómicos, en lo que se refiere a las diferentes categorías de animales, son tan precisos como detallados (1).

De la costumbre de ver esqueletos, de tocarlos, de romperlos, a la idea de recomponer un miembro roto o de llenar un alvéolo, la distancia es extremadamente corta. No es precisa ni una inteligencia extraordinaria ni un grado de cultura general muy avanzado para salvarla. Sin embargo, es interesante comprobar que los Fineses sabían hacerlo, puesto que así se explica un hecho que hasta el presente resultaba enigmático, el empaste de las muelas cariadas entre los Romanos más antiguos, costumbre a la cual alude un artículo de la Ley de las XII Tablas. Este procedimiento médico, desconocido de los pobladores de la Gran Grecia, provenía de las tribus sabinas, las cuales no podían haberlo heredado sino de los antiguos pobladores amarillos de la península. He aquí cómo el bien sale del mal, y cómo la osteología, con sus bienhechoras aplicaciones, tiene su origen primero en la antropofagía.

Si hay algún derecho para extrañarse de haber podido sacar semejantes conclusiones del examen de los esqueletos encontrados en los dólmenes, había motivo fundado para obtener de ello los medios de precisar psicológicamente el carácter étnico de las poblaciones a las cuales pertenecieron. Desgraciadamente, los resultados obtenidos hasta hoy no han justificado esa esperanza: esos resultados son sumamente mezquinos.

Como primera dificultad, hay pocos cuerpos enteros. Muy a menudo los cadáveres, alterados por accidentes inevitables, a consecuencia de tan largos siglos de inhumación, no ofrecen sino un objeto de examen muy incompleto. Con demasiada frecuencia también, los exploradores, ignorantes o torpes, no los han tratado con suficiente cuidado al penetrar en sus asilos. En una palabra, hasta el presente, la fisiología no ha añadido nada de muy concluyente a las pruebas ofrecidas por otros órdenes de conocimientos acer-

(1) Ruc, *Souvenirs d'un voyage dans la Tartarie, le Thibet et la Chine*, t. II.

ca de la primitiva residencia de los Fineses en el continente europeo. Como esta ciencia no ha logrado tampoco demostrar la identidad típica de los esqueletos encontrados en diferentes lugares, no puede permitirnos siquiera reconocer si la antigua población fué o no muy numerosa. Para formarse respecto a eso una opinión, hay que atenerse a los testimonios proporcionados por los monumentos que, por lo demás, se encuentran en sorprendente abundancia.

Ya la ubicación del dolmen tendía a establecer que los invasores habían penetrado hasta el centro, hasta las regiones montañosas de nuestra parte del mundo. Mal provistos de medios materiales para que resultasen fáciles esas invasiones, no debieron de decidirse a ellas sino impelidos por la superabundancia del número, la cual les imposibilitaba de seguir viviendo todos aglomerados en los primeros puntos de desembarco.

Esta poderosa inducción resulta fortalecida todavía por un argumento directo, argumento material que se impone en absoluto al convencimiento, aumentando la lista de los monumentos fineses con la descripción del más vasto y más sorprendente de que se haya tenido nunca noticia (1).

El valle de Seille, en Lorena, ocupado hoy por las ciudades de Dieuze, de Marsal, de Moyenvic y de Vic, no formaba, antes que el hombre asentase allí los pies, sino un inmenso pantano cenagoso y sin fondo, creado y alimentado por una multitud de manantiales salinos, que, brotando por todas partes debajo del barro, no dejaban un espacio estable y sólido. Rodeado de montañas, este rincón de país era, además, tan accesible como habitable. Una horda finesa juzgó que le sería posible construirse allí un abrigo a cubierto de todas las agresiones, si lograba formarse un terreno capaz de sostenerlo.

Para conseguirlo, fabricó, con la arcilla de las colinas circundantes, una inmensa cantidad de bloques de tierra amasada con las manos. Todavía hoy, en esos fragmentos que se encuentran en el limo, se descubre las huellas reconocibles de dedos de hombres, de mujeres y de niños. Algunas veces, para acortar su trabajo, el obrero salvaje ha tenido la idea de coger un bloque de madera y recubrirlo de una débil capa de arcilla. Todos esos fragmentos así preparados fueron luego sometidos a la acción del fuego y transformados en ladrillos en grado sumo irregulares, los mayores de los cuales, que son también los más raros, miden alrededor de 25 centímetros de circunferencia por una longitud casi igual. La mayor parte no tienen más que dimensiones mucho más reducidas.

Los materiales así preparados fueron transportados al pantano y lanzados a bulto en el cieno, sin mortero ni cemento. El trabajo se extendió de tal manera, que los cimientos artificiales, recubiertos hoy de una capa de limo solidificada de siete a once pies de profundidad, alcanza, en sus partes más delgadas, tres pies de altura, y en las más gruesas alrededor de siete. Así fué construída en el abismo una especie de costra que el tiempo ha vuelto muy compacta, y que es evidentemente muy sólida, puesto que la vemos soportar varias ciudades, habitadas por una población total de veintinueve mil almas.

La extensión de esa obra extraña, conocida en el país con el nombre de

---

(1) F. de Saulcy, *Notice sur une Inscription découverte à Marsal.*

enladrillado de Marsal, parece ser, a juzgar por los sondeos ejecutados el pasado siglo por el ingeniero la Sauvagère, de ciento noventa y dos mil toesas debajo de la ciudad de Marsal, y de ochenta y dos mil cuatrocientas noventa y nueve toesas debajo de Moyenvic.

Comparando entre sí las diferentes medidas, M. de Saulcy calculó aproximadamente, moderando hasta el extremo sus apreciaciones, el número de brazos y la duración del tiempo indispensables para llevar a cabo ese singular monumento de barbarie y de paciencia, y ha calculado que cuatro mil obreros de la época actual, empleando iguales procedimientos, no teniendo que ocuparse ni de la extracción de la arcilla, ni del transporte de esta materia a los lugares de cocción, ni del corte y transporte de la madera necesaria, ni, en fin, del de los ladrillos a los puntos de inmersión, y trabajando ocho horas diarias, emplearían veinticinco años y medio para llegar al término de su tarea. Puede juzgarse por eso cuál es la importancia del trabajo ejecutado.

Huelga casi decir que no son esas las condiciones que han presidido a la construcción del enladrillado de Marsal. No son obreros constreñidos regular y exclusivamente a su labor quienes lo han ejecutado. Fué llevado a término por familias de trabajadores bárbaros, actuando lentamente, torpemente, pero con una perseverancia imperturbable que no daba importancia al tiempo ni al esfuerzo. Es también verosímil que, en la idea de quienes pusieron primeramente manos a la obra, el enladrillado no debía alcanzar la extensión que tomó. No es sino a medida que la población, favorecida por la seguridad de los lugares, fué concentrándose allí, como pudo sentir la conveniencia de irlo aumentando. Transcurrieron pues varios siglos antes de que esos cimientos llegasen a poder soportar masas de población sin duda respetables, pues tantos esfuerzos no fueron prodigados para establecer espacios vacíos.

Si fuese posible organizar excavaciones inteligentes en ese terreno, y sondear con algo de suerte el cieno que lo recubre, o mejor aun el que se oculta en los abismos, es de presumir que se descubrirían muchos más restos fineses que los que cabe encontrar en cualquier otro sitio.

Esas poblaciones de hombres de otro tiempo, esas tribus cuyos vestigios se descubren de preferencia en la orilla de los mares, de los ríos, de los lagos, en el seno mismo de los pantanos, y que parecen haber sentido por la vecindad de las aguas una atracción muy singular, deben parecer seguramente muy groseras; con todo, no se les puede negar ni los instintos de un cierto grado de sociabilidad, ni el vigor de algunas concepciones no exentas de energía, aunque lo estén totalmente de belleza. Las artes no eran, evidentemente, la preocupación de esos pueblos, a juzgar por los dibujos muy miserables que de ellos conocemos.

Muy a menudo se ha encontrado en los dólmenes alfarería ornamentada. Las líneas espirales simples, dobles o aun triples figuran allí representadas casi constantemente. Es raro que se representen otros dibujos, fuera de algunos festones. El aspecto de esos arabescos recuerda por entero las composiciones con que los indígenas americanos decoran todavía sus vasijas. Esas espirales, rasgo principal del gusto finés, y más allá de las cuales no supieron ir apenas, son vistas no sólo en los vasos, sino en ciertos monumentos arquitectónicos que, como una excepción de la regla general, mues-

tran algunas huellas de talla. Es verosímil que esas construcciones pertenezcan a épocas más recientes, a aquellas en que los aborígenes tuvieron a su disposición ya los instrumentos, ya incluso el concurso de algunos Celtas, circunstancia muy común en los tiempos de transición. Un gran dolmen, en New Grange, en el condado irlandés de Meath, está no tan sólo adornado de líneas espirales, sino también de relieves en ojiva. Otro, cerca de Dowth, está incluso embellecido con algunas cruces inscritas dentro de unos círculos. Es el *nec plus ultra.* En Gavr-Innis, cerca de Lokmariaker, M. Merimée ha observado esculturas o más bien grabados de idéntico género. Existe también, en el Museo de Cluny, un hueso en el cual ha sido tallada muy profundamente la imagen de un caballo. Todo eso aparece torpemente ejecutado, y sin que nada revele una imaginación superior a la ejecución, observación que tan a menudo puede hacerse en las obras peores de los mestizos Melanios. Aun no está bien demostrado que el último objeto sea finés, aun cuando haya sido encontrado en una gruta y estuviese recubierto de una especie de ganga pedregosa que parece asignarle una antigüedad bastante remota.

No he demostrado hasta aquí sino por vía de comparación y de eliminación la presencia primordial de los pueblos amarillos en Europa. Este método, cualquiera que sea su fuerza, no basta. Es necesario recurrir a elementos de persuasión más directos. Felizmente, no faltan.

Las tradiciones más antiguas de los Celtas y de los Eslavos, los primeros, entre los pueblos blancos, que habitaron en el Norte y el Oeste de Europa, y, por consiguiente, aquellos que conservaron los recuerdos más completos del antiguo orden de cosas sobre este continente, abundan en relatos confusos que se refieren a criaturas completamente extrañas a sus razas. Estos relatos, al transmitirse de boca en boca, a través de las edades, y por intermedio de varias generaciones heterogéneas, han perdido necesariamente hace tiempo en precisión y sufrido modificaciones considerables. Cada siglo ha comprendido algo menos lo que le revelaba el pasado, y así es cómo los Fineses, objeto de lo que no fué al comienzo sino un fragmento de historia, se han convertido en héroes de cuentos azules, en creaciones sobrenaturales.

Del dominio de la realidad pasaron desde los primeros tiempos a la atmósfera nebulosa y vaga de una mitología peculiar de nuestro continente. En lo sucesivo son esos enanos, muy a menudo deformes, caprichosos, malos y peligrosos, alguna vez, por el contrario, amables, acariciantes, simpáticos y de encantadora belleza, aunque siempre enanos, cuyas bandas no cesan de poblar los monumentos de la Edad de Piedra, durmiendo durante el día en los dólmenes, en los matorrales y al pie de las piedras levantadas; corriendo por la noche por los eriales y las hondonadas, o bien vagando por las orillas de los lagos y de los manantiales, entre los rosales y los herbazales.

Es una opinión compartida por los aldeanos de Escocia, de Bretaña y de las provincias alemanas, que los enanos tratan especialmente de apoderarse de los niños y de colocar en su sitio sus propios vástagos (1). Cuando han logrado burlar la vigilancia de una madre, es muy difícil arrancarles la presa. Eso no se consigue sino zurrando sin piedad al pequeño monstruo por el cual se ha substituído a la criaturita. Su finalidad es facilitar a su

(1) La Villemanqué, *Chants populaires de la Bretagne,* t. I.

prole la ventaja de vivir entre los hombres, y en cuanto al niño hurtado, las leyendas coinciden en que los enanos tratan de desposarlo con alguien de su familia con el objetivo de mejorar su propia raza.

A primera vista, nos sentimos inclinados a considerarlos muy modestos en eso de envidiar algo a nuestra especie, puesto que, por la longevidad y la fuerza sobrenatural que se les atribuye, resultan muy superiores a los hijos de Adán y muy temidos de ellos. Pero no cabe razonar con las tradiciones: tales cuales son, hay que escucharlas o rechazarlas. Este último partido sería aquí poco juicioso, puesto que la indicación es preciosa. Esa ambición étnica de los enanos, no es sino el sentimiento que encontramos hoy entre los Lapones. Convencidos de su fealdad y de su inferioridad, esos pueblos no están nunca más contentos que cuando individuos de un origen mejor, acercándose a sus mujeres o a sus hijas, dan al padre o al marido, o aun al prometido, la esperanza de ver su choza habitada un día por un mestizo superior a él (1).

Los países de Europa donde el recuerdo de los enanos se ha conservado más vivo, son precisamente aquellos en que el fondo de las poblaciones se ha mantenido más puramente céltico. Esos países son Bretaña, Irlanda, Escocia, Alemania. La tradición, por el contrario, se ha debilitado en el Mediodía de Francia, en España, en Italia. Entre los Eslavos, que han sufrido tantas invasiones y trastornos debidos a razas muy diferentes, no ha desaparecido, ni mucho menos, pero se ha complicado con ideas extrañas. Todo esto se explica sin dificultad. Los Celtas del Norte y del Oeste, sometidos principalmente a influencias germánicas, han recibido de éstas y les han comunicado nociones que no podían borrar completamente el fondo de los primeros relatos. Igual ocurre con los Eslavos. Pero las poblaciones semitizadas del Sur de Europa conocieron de buen principio las leyendas llegadas de Asia, que, del todo en desacuerdo con las de la antigua Europa, absorbieron su atención e interés.

Aquellos pequeños enanos, aquellos ladrones de niños, aquellos seres tan persuadidos de su inferioridad respecto de la raza blanca, y que, al mismo tiempo, poseen tan interesantes secretos, un poder inmenso, una sabiduría profunda, no dejan de permanecer en una de las situaciones más humildes y aun verdaderamente serviles. Son obreros, y sobre todo obreros menores. No desdeñan fabricar moneda falsa. Ocultos en las entrañas de la Tierra, saben forjar, con los metales más preciosos, las armas de más fino temple. Sin embargo, estas obras maestras no van nunca destinadas a héroes de su raza. Las realizan para los hombres, únicos que saben servirse de ellas.

Ha ocurrido a veces, cuenta la fábula, que unos músicos ambulantes, regresando de una boda de la ciudad, han tropezado, en pleno campo, después de medianoche, con una multitud de enanos muy atareados en las encrucijadas de los caminos. Otros testigos rústicos los han visto agitándose en gran número al pie de los dólmenes, sus moradas habituales, esgrimiendo pesados martillos, fuertes tenazas, transportando bloques de granito y extrayendo mineral de oro de las entrañas de la Tierra. Es sobre todo en Alemania donde se cuentan aventuras de este último género. Casi siempre esos laboriosos obreros han dado pie a la observación de que eran singularmente

(1) Regnard, *Voyage en Laponie.*

calvos. Se recordará que la debilidad del sistema piloso es un rasgo específico entre la mayoría de los Fineses.

En otras ocasiones, no son ya mineros los sorprendidos en pleno trabajo nocturno, sino hilanderas decrépitas o diminutas lavanderas sacudiendo la ropa al borde del aguazal. No es siquiera necesario que el campesino irlandés, escocés, bretón, alemán, escandinavo o eslavo salga de su casa para presenciar semejantes espectáculos. No pocos enanos se refugian en las alquerías, donde prestan estimables servicios en el lavadero, en la cocina y en el establo. Cuidadosos, limpios y discretos, no rompen ni pierden nada, ayudan a los criados y criadas con un celo extraordinario. Pero tan útiles criaturas tienen también sus defectos, y estos defectos son mayúsculos. Los enanos son universalmente conceptuados como seres falsos, pérfidos, cobardes, crueles, golosos en exceso, borrachos hasta la furia, y tan lascivos como las cabras de Teócrito. Todas las historias de ondinas amorosas, despojadas de los ornamentos con que las viste la poesía literaria, son lo menos edificantes posible.

Los enanos ofrecen, pues, así por sus cualidades como por sus vicios, la fisonomía de una población esencialmente servil, lo cual es una marca de que las tradiciones con ella relacionadas formáronse primitivamente en una época en que, en su mayoría al menos, habían caído ya bajo el yugo de los emigrantes de raza blanca. Confirman esta opinión, así como la autenticidad de los relatos de la leyenda moderna, las huellas muy reconocibles, muy evidentes, que descubrimos de todos los hechos que se indica y se atribuye a los enanos, de todos, sin excepción alguna, en la más remota antigüedad. La filología, los mitos y aun la historia de las épocas griegas, etruscas y sabinas, demostrarán esta aserción.

Los enanos son conocidos, en Europa, bajo cuatro nombres principales, tan antiguos como la presencia de los pueblos blancos. Esos nombres pertenecen, por sus raíces, al fondo más antiguo de las lenguas de la especie noble. Son, a reserva de algunas alteraciones de forma poco importantes, las palabras *pigmeo, fad, gen* y *nar.*

El primero se encuentra en una comparación de *La Ilíada,* en que el poeta, hablando de los gritos y del tumulto que levantan las filas de los Troyanos prestos a entrar en combate, se expresa así:

«Asimismo las grullas levantan enorme gritería, cuando, huyendo del invierno y de la lluvia incesante, toman su vuelo en dirección al océano, y aportan la muerte a los hombres pigmeos.»

El solo hecho de que esta alusión tiende a señalar bien a los auditores del poema cuál era la actitud de los Troyanos prestos a combatir, demuestra que se poseía, en tiempos de Homero, una noción muy general y muy familiar de la existencia de los pigmeos. Estos pequeños seres, habitando del lado del océano, se encontraban al Oeste del país de los Helenos, y como las grullas iban a su encuentro al final del invierno, estaban en el Norte; pues la emigración de los pájaros de paso tiene efecto en esa época en dicha dirección. Habitaban pues en la Europa occidental. Es allí, en efecto, donde hasta el presente los hemos reconocido por sus obras. Homero no es el único, en la antigüedad griega, que haya hablado de ellos. Hecateo de Mileto los menciona, pintándolos como labradores minúsculos ocupados en segar sus trigos a hachazos. Eustato sitúa a los pigmeos en las regiones boreales,

hacia la altura de Thule. Los considera extremadamente pequeños, y no les asigna una vida muy larga. El propio Aristóteles, en fin, se ocupa de ellos, declarando que no los considera en modo alguno como fabulosos. Pero la talla mínima que se les atribuye la explica apoyándose en razones bastante mezquinas y diciendo que es debida a la pequeñez comparativa de sus caballos; y como este filósofo vivía en una época en que la moda científica imponía que todo viniese de Egipto, los relega a las fuentes del Nilo. Después de él, la tradición se corrompe cada vez más en ese sentido, y Estrabón, como Ovidio, no da sino referencias enteramente fantásticas y que no hay por qué mencionar.

La palabra pigmeo indica la longitud del puño al codo. Tal habría sido la altura del hombrecillo; pero es fácil concebir que las cuestiones de magnitud y de cantidad, todo lo que exige alguna precisión, salen muy malparadas en los relatos legendarios. Por lo demás, la historia, incluso la más correcta, no está a cubierto de las exageraciones y errores de este género. Pigmeo es, pues, el tipo del *Pulgarcito* de los cuentos franceses y alemanes. Suponiendo esta etimología irreprochable por lo que respecta a las épocas históricas, que han sabido dar a la palabra la forma congruente a la idea que querían expresar, no cabe mostrarse plenamente satisfecho de ella ni atenerse a su sentido por lo que se refiere a una época anterior, y, por consiguiente, a nociones más sanas. Situándose en este punto de vista, la forma primitiva perdida de pigmeos derivaba ciertamente de una raíz vecina del sánscrito *pit*, en el femenino *pa*, que significa *amarillo*, y de una expresión cercana a las formas pronominales sánscritas, zendo y griego, *aham*, *azem*, etc., que, encerrando sobre todo la idea abstracta del *ser*, ha dado origen al gótico *guma*, «hombre». Pigmeo no significa, pues, otra cosa que *hombre amarillo*.

Es digno de observación que la raíz pronominal de esta palabra *guma*, aproximándose, en las lenguas eslavas, a la expresión sánscrita *gan*, que indica la produción del ser o la generación, intercala una *n* allí donde los otros idiomas de origen blanco actualmente conocidos han abandonado esta letra. Sobrevive sin embargo en alemán, en una expresión muy antigua, que es *gnomo*. El *gnomo* es, pues, perfectamente idéntico de nombre y de hecho a *pigmeo*; en su forma actual, este vocablo no significa, en el fondo, nada más que *un ser*; es lo que está mutilado, suerte común de las cosas intelectuales y materiales muy antiguas.

Después de estas denominaciones griega y gótica de *pigmeo* y de *gnomo*, se presenta la expresión céltica de *fad*. Ciertos pueblos antiguos llamaban así al hombre o la mujer que consideraban como inspirados. Es el *vate* de los pueblos italiotas, y, por derivación, es también esa potencia oculta, *fatum*, cuyos secretos sabían penetrar los adivinos. Tal identificación original de las dos palabras no es en modo alguno facultativa. *Fad*, hoy, en la jerga del país de Vaud, *fatha*, o *fada*; en el dialecto saboyano de Chablais *fihes*, en el genovés *faye*, en el francés *fée*, en el berrichón *fadet*, en el marsellés *fada*, designa en todas partes un hombre o una mujer que están por encima del nivel común por sus dones naturales y por debajo de este mismo nivel por la debilidad de su razón. El *fada*, el *fadet* es a un tiempo brujo e idiota, un ser fatal.

Siguiendo esta huella, encontramos las mismas nociones reunidas en el

mismo ser, bajo otra forma lexicológica, entre las razas blancas aborígenes de Italia. Es *faunus*, en el femenino *fauna*. Hace ya mucho tiempo que los eruditos señalaron como una rareza que estas divinidades sean a la vez una y múltiples, *faunus* y *fauni*, el fauno y los faunos, y, más aún, que el nombre de la diosa sea idéntico al de su esposo, circunstancia de la cual, en efecto, la mitología clásica no ofrece quizá un segundo ejemplo. No es posible admitir que se trata aquí, no de denominación de personas, sino de denominaciones genéricas o nacionales. Fauno y los faunos tienen, en Grecia, su parecido en Pan y los egipanes, transformación fácil de explicar con una misma palabra. La permutación de la *p* y de la *f* es demasiado frecuente para que sea preciso justificarla.

El fauno, lo mismo que el egipán, eran seres grotescos por su fealdad, rayando casi en la animalidad, borrachos, libertinos, crueles, groseros en todos sentidos, pero conociendo el porvenir y sabiendo descubrirlo. ¿Quién no verá aquí el retrato moral y físico de la especie amarilla, tal como se la representaron los primeros emigrantes blancos? Una invencible propensión a todas las supersticiones, un absoluto abandono a las prácticas mágicas de los hechiceros, de los adivinos, es todavía el rasgo dominante de la raza finesa en todos los países donde cabe observarlo. Los Celtas mestizos y los Eslavos, al acoger en su teología, en las épocas de decadencia, las aberraciones religiosas de sus vencidos, llamaron muy naturalmente con el mismo nombre de estos últimos a sus brujos, herederos o imitadores de un sacerdocio bárbaro. Se percibe en la lascivia de las ondinas ese vicio tan constantemente reprochado a las mujeres de raza amarilla y que fué causa de que se estableciese la mutilación de los pies, costumbre practicada como precaución paterna y marital sobre las muchachas chinas, y que allí donde no tropieza con los obstáculos de una sociedad reglamentada, da lugar, como en Kamtschatka, a orgías demasiado parecidas a las carreras de las Ménades de la Tracia, para que no nos sintamos dispuestos a reconocer en las ardientes matadoras de Orfeo a unas parientas de la actual cortesana de Su-Tcheu-Fu y de Nanking. No se advierte menos entre los faunos el gusto dominante del vino y de la pastura, esa sensualidad innoble de la familia mogol, y, en fin, se descubre allí esa aptitud para las ocupaciones rurales y domésticas que las leyendas modernas atribuyen a sus semejantes, y que, en la época de los Celtas primitivos, podían obtenerse fácilmente de una raza utilitaria y esencialmente inclinada hacia las cosas materiales.

La asimilación completa de las dos formas, *faunus* y *pan*, no ofrece dificultades. Hay que llevarla más lejos. Es igualmente aplicable, aunque de una manera menos evidente al comienzo, a los vocablos *khorrigan* y *khoridwen*. Así es cómo los campesinos armoricanos designan a los enanos mágicos de su país. Los Gallones dicen *Gwrachan*. Estas dos expresiones están compuestas de dos partes. *Khorr* y *Gwr* no equivalen sino a *gon* y *gwn* o *gan*, entre los Latinos *genius*, en francés *génie*, empleado en idéntico sentido.

La letra *r*, en las lenguas primitivas de la familia blanca, ha sido de una extrema debilidad. El alfabeto sánscrito la posee en tres formas, y en ninguna le reconoce la fuerza y el valor de una consonante. En dos casos, es una vocal; en uno, es una semivocal como la *l* y la *w* que, para nuestros

idiomas modernos, ha conservado, por su facilidad en confundirse, aun gráficamente, con la *u*, análoga movilidad.

Esta *r* primordial, de acento tan incierto, parece haber tenido íntima conexión con el *aïn*, la *a* enfática de los idiomas semíticos, y es así únicamente como puede explicarse la marcada propensión del antiguo escandinavo por esta letra. Se la encuentra en un gran número de palabras en que el sánscrito ponía una *a*, como, por ejemplo, en *gardhr*, sinónimo de *garta*, «recinto», «casa», «ciudad».

Esta debilidad orgánica la vuelve más susceptible que otra alguna a numerosas permutaciones, las más importantes de las cuales tienen efecto, como es de suponer, con sones de una tenuidad casi igual, con la *l*, con la *v*, con la *s* o con la *r*, consonante es cierto, pero reproducida tres veces en sánscrito, y, por consiguiente, poco claramente marcada; en fin, con la *g*, por efecto de la afinidad íntima que une este último sonido con *w*, principalmente en las lenguas célticas (1). Citar aquí demasiados ejemplos de la aplicación de esta ley de mutabilidad resultaría fuera de lugar; pero como no deja de ofrecer algún interés para el mismo asunto de que trato, expondré algunos. He aquí los principales:

Pan y fauno son correlativos de forma y de sentido, en persa: a *peri*, una hechicera, y, en inglés, a *fairy*, y en francés, a la designación general de *féerie*, y en sueco a *alfar*, y en alemán a *elfen*. En el kymrico tenemos el adjetivo *ffyrnig*, «malo», «cruel», «hostil», «criminal», que ofrece un parentesco etimológico muy notable con *ffur*, «cuerdo», «sabio», y *furner*, «sensatez», «prudencia», de donde procede nuestro vocablo *sutileza*. Así es que *gan*, *wen*, *khorr* y *genius*, y *fen*, son reproducciones alteradas de una sola y misma palabra.

Los dioses llamados por los aborígenes italiotas, y por los Etruscos, *genii*, eran considerados superiores a las más augustas potencias celestes. Se les saludaba con los títulos célticos de *lar* o *larth*, es decir, «señores», y de *penates*, *penaeth*, «los primeros», «los sublimes». Se les representaba bajo la forma de enanos calvos, muy poco simpáticos. Se les suponía dotados de una sabiduría y de una presciencia infinitas. Cada uno de ellos velaba, en particular, por la suerte de una criatura humana, y la vestidura que se les atribuía era una especie de saco sin mangas, que les llegaba hasta la mitad de la pierna.

Los Romanos los denominaban, por esta razón, *dii involuti*, los «dioses envueltos». Imaginémonos los rudos Fineses recubiertos de un sayo de pieles de animales, y tendremos esa vestimenta ridícula que los autores de ciertas piedras grabadas trataron probablemente de reproducir.

Esos *genii*, esos *larths*, espíritus elementales, no necesitan ser comparados insistentemente a los Fineses para que se reconozca en ellos a estos últimos. La identidad se establece por sí misma. La alta antigüedad de esta noción, su extrema generalización, su ubicuidad, en todas las regiones europeas, bajo las diferentes formas de una misma denominación, *fauno*, *pan*, *gen* o *genio*, *fée*, *khorrigan*, *fairy*, no dejan la menor duda de que descansa sobre un fondo perfectamente histórico. No hay, pues, ninguna

(1) Bopp, *Vergleichende Grammatik*, p. 39 y *pass*.

necesidad de que sigamos insistiendo, y podemos pasar al último aspecto de la cuestión examinado el vocablo *nar.*

Este vocablo es idéntico a *nanus,* o mejor aún, al céltico *nan,* por efecto de la ley de permutación que hemos establecido más arriba. En los dialectos tudescos modernos, significa «loco», como antaño, entre los pueblos italiotas, *fatuus,* derivado de *fad.* Las lenguas neolatinas lo han consagrado para designar exclusivamente un enano, con abstracción de toda idea de desarrollo moral. Pero, en la antigüedad, ambas nociones hoy separadas se presentaban reunidas. El *nan* o el *nar* era un ser laborioso y dotado de un genio mágico, pero tonto, corto de entendimiento, bribón, cruel y licencioso, siempre de talla extraordinariamente pequeña, y generalmente calvo.

El *casnar* de los Etruscos era una especie de polichinela desmirriado, contrahecho, enano y tan tonto como perverso, goloso e inclinado a embriagarse. En los mismos pueblos, el *nanus* era un pobre pelele sin lumbre ni hogar, un vagabundo, situación que era seguramente, en más de un punto, la de los Fineses desposeídos por los vencedores blancos o mestizos, y, bajo este aspecto, esos miserables proporcionan a los anales primitivos de Occidente el ejemplo exacto de lo que son, en las crónicas orientales, aquellos tristes Coreítas, aquellos Enakim, aquellos gigantes, aquellos Goliats vagabundos, desposeídos también de su patrimonio natal y refugiados en las ciudades de los Filisteos.

Al sentimiento de menosprecio que inspiraba así el *nan,* reducido a errar de sitio en sitio, se unía en la península itálica el respeto de los conocimientos sobrehumanos que se atribuían a aquel desgraciado. Se mostraba en Cortona, con piadosa veneración, la tumba de un enano viajero.

Las mismas ideas se tenían en Aquitania. El país de Neris reverenciaba a una divinidad tópica llamada *Nen-nerio.* Señalo de paso que parece haber en esta expresión un pleonasmo análogo al de los vocablos *horid-wen* y *khorrigan.* Quizá también hay que entender uno y otro en un sentido reduplicativo destinado a dar a esos títulos un alcance de superlativo; entonces significarían *el gan* o *el nan por excelencia.*

De la Aquitania pasamos al país de los Escitas, es decir, a la región oriental de Europa que, en la época de su dominación, se extendió desde el Ponto-Euxino (mar Negro) al Báltico. Herodoto señala allí a hechiceros muy consultados, muy escuchados, y que llevaban el nombre de *Enareos* y de *Neuros.* Los pueblos blancos en medio de los cuales vivían estos hombres, aun mostrando una confianza muy grande a sus predicciones, los trataban con un desprecio ultrajante, y, cuando llegaba el caso, con extrema crueldad. Cuando los acontecimientos anunciados no se verificaban, quemaban vivos a los torpes adivinos. La ciencia de los Enareos provenía, decían ellos mismos, de una disposición física comparable al histerismo de las mujeres. Es probable, en efecto, que imitasen las convulsiones nerviosas de las sibilas. Tales enfermedades estallan mucho más frecuentemente entre los pueblos amarillos que en las otras dos razas. A esta razón se debe que los Rusos sean, entre todos los pueblos mestizos de la Europa moderna, los más afectados por ellas.

Este ser, descubierto por todas las antiguas naciones blancas de Europa en toda la extensión del continente, y llamado por ellas *pigmeo, fad, genius* y *nar,* descrito con los mismos caracteres físicos, las mismas aptitudes

morales, los mismos vicios, las mismas virtudes, es evidentemente en todas partes un ser primitivamente muy real. Es imposible atribuir a la imaginación colectiva de tantos y tan diversos pueblos que no se han conocido ni comunicado nunca, desde la época inmemorial de su separación en la Alta Asia, la invención pura y simple de una criatura tan claramente definida y que no sería sino hija de la fantasía. El más vulgar buen sentido se niega a tal suposición. La lingüística no se resiste menos a ello; y vamos a verlo por la última palabra que hay que arrancarle todavía y que precisará que se trata aquí, en su origen, de seres de carne y hueso, de hombres muy verdaderos.

Cesemos por un momento de preguntarle qué sentido especial los Helenos primitivos, quizá incluso los Titanes, daban a la palabra *pigmeo,* los Celtas a la de *fad,* los Italiotas a la de *genius,* casi todos a la de *nan* y de *nar.* Consideremos estas expresiones sólo en sí mismas. En todas las lenguas, las palabras empiezan por tener un sentido lato y poco definido; después, en el decurso de los siglos, esas mismas palabras pierden su flexibilidad de aplicación y tienden a limitarse a la representación de un mismo y único matiz de idea. Así, *Haschaschi* ha querido significar un Árabe sometido a la doctrina herética de los príncipes montañeses del Líbano, y que, habiendo recibido de su jefe una orden de muerte, comía haxix para tener el valor de llegar al crimen. Hoy, un asesino no es ya un Árabe, no es ya un herético musulmán, no es ya un súbdito del Viejo de la Montaña, no es ya un sicario a las órdenes de un jefe, no es ya un hombre que come haxix, es lisa y llanamente un asesino. Cabría hacer observaciones parecidas sobre el vocablo *gentil,* sobre el vocablo *franc,* sobre una multitud más; pero, volviendo a los que más particularmente nos interesan, encontraremos que todos encierran dentro de su sentido absoluto aplicaciones muy vagas, y que no es sino la costumbre de los siglos la que les ha dado poco a poco un sentido preciso.

Pit-goma es todavía el que mayormente podría escapar a esta definición, pues, formado por dos raíces, particulariza, en el primer aspecto, el objeto al cual se aplica. Indica un *hombre amarillo,* y sin embargo se aplica perfectamente a un individuo de la raza finesa. Pero, al mismo tiempo, como no contiene nada que haga alusión a las cualidades particulares de esta raza, fuera del color, es decir, a la pequeñez, a la sensualidad, a la superstición, al espíritu utilitario, no llega sino débilmente a designarla. Por lo demás, no se detiene a esta fase incompleta de su existencia: sufre una modificación, y convirtiéndose en *pigmeo,* toma todos los matices que le faltaban para especializarse. Un pigmeo no es únicamente un hombre amarillo, sino un hombre dotado de todos los caracteres de la especie finesa, y, por tanto, el vocablo no puede aplicarse ya a ninguna otra persona. En el dialecto de los Helenos, la modificación había afectado a la letra *t,* de manera que, al rechazarla, los dos vocablos *Pit-goma* quedasen contraídos en una sola y misma raíz ficticia, puesto que allí donde no hay una raíz simple, ficticia o real, no se encuentra un sentido preciso. Pero, en la región extrahelénica, la operación se realizó de otro modo, y, para alcanzar la forma concreta de una raíz, se rechazó completamente el vocablo *pit,* que debía, sin embargo, parecer como esencial, y, sirviéndose sólo de *goma,* muy levemente alterado, se designó a los Fineses con una

forma de la palabra *hombre*, consagrada sólo a ellos, y el objetivo fué alcanzado. Aun cuando *gnomo* no significa otra cosa que «hombre», no puede ya suscitar otra idea que la aplicada por la superstición a los Fineses errabundos ocultos en los roquedales y las cavernas.

Es quizá más difícil analizar a fondo la palabra *fad*. Debe creerse que, mutilada como *pit-goma*, por la necesidad de hacer de ella una raíz, ha perdido la parte que *gnomo* ha conservado, y desechado la que conservó este último vocablo. Según esta hipótesis, *fad* no sería otra cosa que *pit*, en virtud de mutaciones tanto más admisibles cuanto que la vocal, que es larga en la forma sánscrita, estaba del todo preparada para recibir al influjo de otro dialecto una pronunciación más larga.

Con el vocablo *gen* o *gan* o *khorr*, se descubre la misma modificación de transformación que en *gnomo*. El sentido primitivo es simplemente la *descendencia*, la *raza*, los *hombres*, el *género*. Cabe también que la cuestión no sea tan fácil de resolver, y que en lugar de una mutilación, se trate aquí de una contracción, hoy poco visible, y que no obstante se deja concebir. La afinidad de los sonidos *p*, *f*, *w*, *g*, *u*, *a*, permite comprender la progresión siguiente:

pit-gen,
fit-gen,
fi-gen,
fi-uen,
gan,
finn y *fen*.

Este último vocablo no tiene nada de mitológico; es el nombre antiguo de los verdaderos y naturales Fineses, y Tácito lo atestigua no sólo por el uso que hace de él, sino por la descripción física y moral dada por el mismo de las personas que lo llevan. Sus palabras merecen ser citadas: «Entre los Fineses, dice, extraña salvajez, repugnante miseria; ni armas, ni caballos, ni casas. Como alimento, la hierba; como vestidos, las pieles; como lecho, el suelo. El único recurso son las flechas que, por falta de hierro, se construyen en hueso. Y la caza mantiene igualmente a hombres y mujeres. Éstos no se dejan nunca, y cada cual recoge su parte en el botín. A los niños, ningún otro refugio contra las bestias y las lluvias que los entrelazados ramajes de los árboles. Allí se reunen los jóvenes; allí se retiran los ancianos» (1).

Hoy el vocablo *Finés* ha perdido, con el uso, su verdadera acepción, y los pueblos a los cuales se aplica son, por lo menos en su mayoría, mestizos germánicos o eslavos, de grados muy diferentes.

Con *nar* o *nan*, hay evidentemente mutilación. Este vocablo, para el sánscrito o el zendo, significa igualmente «hombre». Hay todavía en la India la nación de los *Naïrs*, como ha habido en la Galia, en el nacimiento del Loire, los *Enanitos*. En otras partes el mismo nombre se presenta frecuentemente. En cuanto al vocablo perdido, es encontrado de nuevo con ayuda

---

(1) *De mor. Germ.*, XLVI.

de dos nombres mitológicos, uno de los cuales es aplicado por el *Ramayana* a los aborígenes del Dekján, considerados como demonios, los Naïrriti, esto es, los *hombres horribles,* temibles; el otro es el nombre de una divinidad céltica, adoptada por los Suevos Germanos, ribereños del Báltico. Es *Nerthus* o *Hertha*; su culto era de los más salvajes y crueles, y todo lo que se sabe tiende a emparentarle con las nociones degeneradas que el sacerdocio druídico había copiado de los hechiceros amarillos.

He aquí los aborígenes de Europa, considerados en persona, y descritos con sus caracteres físicos y morales. No tenemos por qué quejarnos esta vez de la penuria de referencias. Se ve que los testimonios y los restos abundan en todas partes, y establecen los hechos con una certeza absoluta. Para que nada falte, no hay que ver sino cómo la antigüedad nos proporciona retratos materiales de esos enanos mágicos de que se mostraba tan preocupada. Hemos podido ya sospechar que la imagen de Tages y otras, que vemos grabadas en las piedras, llenan ese objetivo. Al desear más, se pide casi una especie de milagro, y sin embargo ese milagro no deja de producirse.

Entre Ginebra y el monte Salevo se percibe, en un montículo natural, un bloque errático que ofrece en una de sus caras un tosco bajo relieve que representa cuatro figuras de pie, de estatura achaparrada, sin cabellos, de fisonomía ancha y vulgar, teniendo en sus manos un objeto cilíndrico cuya longitud excede de algunas pulgadas la anchura de los dedos. Este monumento está todavía vinculado en el país a los últimos restos de ciertas ceremonias antiguas que se practican allí lo mismo que en todos los cantones donde se conserva un fondo de población céltica.

Este bajo relieve encuentra sus análogos en las groseras estatuas llamadas *baba,* que vemos todavía en tantas colinas de las proximidades del Yenisey, del Irtisch, del Samara y del mar de Azof, y de todo el Sur de Rusia. Como ellas, lleva impreso de una manera inequívoca el tipo mogol. Amiano Marcelino prestaba fe a esta circunstancia; Ruysbock la señaló todavía en el siglo XIII, y, en el XVIII, Pallas la subrayó de nuevo. En fin, una copa de cobre, descubierta en un túmulo del gobierno de Oremburgo, está decorada con una figura análoga, y, para que no subsista la más leve duda sobre los personajes que se ha querido reproducir, uno de los *babas* del museo de Moscú tiene una cabeza de animal, y ofrece así la imagen incontestable de uno de esos Neuros que gozan de la facultad de transformarse en lobos.

Las dos particularidades salientes de estas representaciones humanas son la naturaleza mogol, no menos fuertemente acusada en el bajo relieve del monte Salevo que en los monumentos rusos, y también ese objeto cilíndrico, de longitud media, que vemos siempre sujeto por ambas manos en la figura. Ahora bien; las leyendas bretonas consideran como el atributo principal de los Korriganos un saquito de tela que contiene crines, tijeras y otros objetos destinados a usos mágicos. Quitárselos equivale a ponerles en el mayor embarazo, y para recuperarlos realizan todos los esfuerzos imaginables.

En ese saquito no se puede ver sino el bolso sagrado en el cual los actuales Chamanes conservan sus objetos mágicos, y que, en efecto, es absolutamente indispensable, así como lo que contiene, al ejercicio de su

profesión. Los *babas* y la piedra ginebrina ofrecen, pues, indudablemente, el retrato material de los primeros habitantes de Europa (1): pertenecen a las tribus finesas.

CAPÍTULO II

LOS TRACIOS. — LOS ILIRIOS. — LOS ETRUSCOS. — LOS IBEROS

Cuatro pueblos, dignos de tal nombre, se muestran al fin en las tradiciones de la Europa meridional, y vienen a disputar a los Fineses la posesión del suelo. Es imposible determinar, siquiera aproximadamente, la época de su aparición. Todo lo que cabe admitir es que sus más antiguas fundaciones son en mucho anteriores al año 2000 antes de Jesucristo. En cuanto a sus nombres, la alta antigüedad griega y romana los ha conocido y respetado, y aun, en ciertos casos, honrado con mitos religiosos. Son los Tracios, los Ilirios, los Etruscos y los Iberos.

Los Tracios eran, en sus comienzos, y probablemente cuando residían aún en Asia, un pueblo grande y poderoso. La *Biblia* garantiza el hecho, puesto que los cita entre los hijos de Jafet.

Hay motivo para creer que los Tracios no pertenecían sino muy débilmente a las tribus amarillas, puesto que éstas, cuando se las encuentra puras, son, en general, poco guerreras, y el sentimiento belicoso disminuye en un pueblo a medida que la proporción de la sangre amarilla aumenta en él. Después los Griegos hablan de ellos muy a menudo en los tiempos históricos. Los empleaban, juntamente con mercenarios procedentes de las tribus escitas, en calidad de soldados de policía, y si bien se escandalizan de su grosería, en ningún momento hablan de aquella extraña fealdad que era el rasgo de la raza finesa. De haber habido motivo, no hubieran dejado de hablarnos de la cabellera rala, de la carencia de barba, de los pómulos puntiagudos, de la nariz roma, de los ojos embridados, en fin, del color extraño de los Tracios, si éstos hubiesen pertenecido a la raza amarilla. Del silencio de los Griegos sobre este punto, y del hecho de haber considerado siempre a esos pueblos como semejantes a ellos mismos, salvo la rusticidad, infiero todavía que los Tracios no eran Fineses.

De haber conservado de ellos algún monumento figurado auténtico de las épocas más antiguas, o tan sólo algunos restos de su idioma, el problema sería sencillo. Pero con la primera clase de pruebas, no hay que contar lo más mínimo. No existe nada. En cuanto a la segunda, no se posee sino un pequeñísimo número de vocablos, en su mayoría aportados por Dioscórides.

Esos débiles restos lingüísticos parecen autorizar que se asigne a los Tracios un origen ario. Por otra parte, esos pueblos parecen haber experimentado una viva atracción por las costumbres griegas. Herodoto lo atestigua. Él ve en ello la marca de un parentesco que les permitía comprender la civilización a cuyo espectáculo asistían. Ahora bien; la autoridad de

(1) Herodoto, IV, 105.

Herodoto es realmente poderosa. Hay que recordar, además, a Orfeo y sus trabajos. Es preciso tener en cuenta el profundo respeto con que los cronistas de Grecia hablan de los Tracios más antiguos, y de todo eso habrá que concluir que, pese a una irremediable decadencia, ocasionada por los cruces, aquellos Tracios eran una nación mestiza de blanco y amarillo, en que el blanco ario había predominado antes; después se fué desvaneciendo, en el transcurso del tiempo, en el seno de aluviones célticos muy poderosos y de alianzas eslavas.

Para descubrir el carácter étnico de los Ilirios, las dificultades no son menores, pero se presentan de otra manera, y los medios de abordarlas son muy otros. De los adoradores de Xalmoxis (1) no ha subsistido nada. De los Ilirios, por el contrario, llamados hoy Arnautes o Albaneses, subsisten un pueblo y una lengua que, aunque alterados, ofrecen varias singularidades reconocibles.

Hablemos primero de la individualidad física. El Albanés, en la parte verdaderamente nacional de sus rasgos, se distingue perfectamente de las poblaciones circundantes. No se parece ni al Griego moderno ni al Eslavo. No conserva ya relaciones esenciales con el Valaco. Numerosas alianzas, asimilándolo fisiológicamente a sus vecinos, alteraron considerablemente su tipo primitivo, sin hacer desaparecer su carácter propio. Se reconocen en él, como signos fundamentales, una talla grande y bien proporcionada, una constitución vigorosa, rasgos acusados y una faz huesuda que, por sus protuberancias y sus ángulos, no recuerda precisamente la construcción de la *facies* calmuca, pero induce a pensar en el sistema según el cual esa *facies* es concebida. Se diría que el Albanés es respecto del Mogol lo que este último respecto del Turco, y sobre todo del Húngaro. La nariz resulta saliente, prominente, el mentón ancho y muy cuadrado. Las líneas, desde luego bellas, son rudamente trazadas como en el Magiar, y no reproducen en modo alguno la delicadeza del modelado griego. Ahora bien; puesto que es irrecusable que el Magiar está mezclado de sangre mogola por efecto de su descendencia húnica, no vacilo en inferir que el Albanés es un producto análogo.

Sería de desear que el estudio de la lengua viniese en apoyo de esta conclusión. Desgraciadamente, este idioma mutilado y corrompido no pudo hasta hoy ser analizado de una manera plenamente satisfactoria. Hay que echar a un lado, primero, los vocablos sacados del turco, del griego moderno, de los dialectos eslavos, que se han amalgamado con él recientemente en número bastante grande. Después habrá que separar también las raíces helénicas, célticas y latinas. Luego de esta delicada selección, subsiste un fondo difícil de apreciar y acerca del cual no se ha podido afirmar nada de definitivo, fuera de que resulta emparentado con el griego antiguo. No se ha osado, pues, atribuirlo a una rama de la familia aria. ¿Hay, pues, derecho a creer que esta afinidad ausente está reemplazada por una relación con las lenguas finesas? Es una cuestión hasta hoy irresoluble. Forzoso es, pues, contentarse provisionalmente con la duda, rechazar todas las demostraciones filológicas demasiado precipitadas y limitarse a aquellas

(1) El nombre de esta divinidad parece ser de procedencia eslava y relacionarse con el vocablo *szalmas*, «casco». — Munch.

que he sacado precedentemente de la fisiología. Diré, pues, que los Albaneses son un pueblo blanco, ario, directamente mezclado de amarillo, y que, si es cierto que haya aceptado naciones en medio de las cuales ha vivido un lenguaje extraño a su esencia, no ha hecho en esto sino imitar a un número bastante grande de tribus humanas culpables de idéntico error.

Los Tracios y los Ilirios han sostenido bastante noblemente su origen ario para que no se les declarara indignos de ello. Los primeros habían tenido una gran participación en la invasión de los pueblos arios helenos en Grecia.

Los segundos, al mezclarse con los Griegos Epirotas, Macedonios y Tesalios, les han ayudado a encumbrarse hasta la dominación del Asia anterior. Si, en los tiempos históricos, los dos grupos a los cuales se dieron los nombres de Tracios y de Ilirios han quedado siempre reducidos, en tanto que naciones y pese a su energía y a su inteligencia reconocidas, a un estado subalterno, contentándose, por lo menos los últimos, con proporcionar abundantes individualidades ilustres primero a Grecia, después a los Imperios romano y bizantino, y finalmente a Turquía, hay que atribuir este fenómeno a su fraccionamiento determinado por enlaces locales de valores diferentes, a la debilidad relativa de los grupos, y a su permanencia en medio de tribus prolíficas, que, encerrándolos dentro de territorios montañosos y estériles, no les permitió nunca desenvolverse como convenía. Fuera lo que fuese, los Tracios y los Ilirios, considerados independientemente de sus mezclas, representan dos ramas humanas singularmente bien dotadas, vigorosas y nobles, en las cuales la esencia aria se deja adivinar muy fácilmente. Me traslado ahora al otro extremo de la Europa meridional. Allí encuentro a los Iberos, y con ellos parece menguar la oscuridad histórica. Sería ocioso recordar todos los esfuerzos intentados hasta aquí para determinar la naturaleza de este pueblo misterioso del que los actuales Éuskaros o Vascos son, con mayor o menor exactitud, considerados como los representantes. Como el nombre de este pueblo fué encontrado en el Cáucaso, se trató de establecer una especie de ruta a través de la cual debió llegar de Asia a España (1). Estas hipótesis han permanecido muy oscuras. Se sabe mejor que la familia ibérica ha cubierto la península, habitado la Cerdeña, Córcega, las islas Baleares, y algunos puntos, si no toda, de la costa occidental de Italia. Sus descendientes poblaron el Sur de la Galia hasta la desembocadura del Garona, cubriendo así la Aquitania y una parte del Languedoc.

Los Iberos no han dejado ningún monumento figurado, y sería imposible establecer su carácter fisiológico si Tácito no nos hubiese hablado de ellos. Según él, eran morenos y de pequeña talla. Los Vascos modernos no han conservado este aspecto. Se trata visiblemente de mestizos blancos, a la manera de las poblaciones vecinas. No me siento extrañado de ello. Nada garantiza la pureza de sangre entre los montañeses de los Pirineos, y del examen que de ellos ha podido hacerse no sacaré los mismos resultados que para el guerrero albanés.

En éste he visto una señalada diferencia, un contraste notable con las naciones vecinas. Imposible confundir los Arnautes con los Turcos, los

(1) Ewald, *Geschichte des Volkes Israël*, t. I, p. 336.

Griegos, los Bosnios. Por el contrario, es muy difícil distinguir un Éuskaro entre sus vecinos de Francia y de España. La fisonomía del Vasco, muy agraciada sin duda, no ofrece nada de particular. Su sangre es estimable, su tipo enérgico; pero la mezcla, o más bien la confusión de las mezclas, es en él manifiesta. No posee en modo alguno el rasgo de las razas homogéneas, la semejanza de los individuos entre sí, como acontece en muy alto grado entre los Albaneses.

¿Cómo, por lo demás, el Ibero de los Pirineos podría ser de raza pura? La nación entera ha sido absorbida entre las mezclas célticas, semíticas, romanas, góticas. En cuanto al núcleo, refugiado en los altos valles de las montañas, se sabe que a su alrededor y cerca de él acudieron a buscar un asilo numerosas capas de vencidos. No puede pues haber permanecido más intacto que los Aquitánicos y los Roselloneses.

La lengua éuskara no es menos enigmática que el albanés. Los sabios se sienten admirados de la obstinación con que se resiste a toda anexión a una familia cualquiera. No tiene nada de camítica y ofrece poco de aria. Las afinidades amarillas parecen existir en ella, pero ocultas, y no se las percibe sino aproximadamente. El único hecho perfectamente averiguado hasta hoy es que, por su polisintetismo, por su tendencia a incorporar las palabras unas dentro de otras, se parece a las lenguas americanas (1). Este descubrimiento ha dado origen a versiones fantásticas, unas más atrevidas que otras. Hombres dotados de ardiente imaginación se apresuraron a hacer cruzar el estrecho de Gibraltar a los Iberos, a conducirlos a lo largo de la costa occidental de África; a reconstruir, expresamente para ellos, la Atlántida; a hacer avanzar, de grado o por fuerza, a esa pobre gente hasta las riberas del nuevo continente. La empresa es audaz, y no osaría asociarme a ella. Me inclino más bien a pensar que las afinidades americanas del éuskaro pueden tener su origen en el mecanismo primitivamente común a todas las lenguas finesas. Pero, como este punto no ha sido dilucidado de una manera perfecta, prefiero dejarlo a un lado.

Fijémonos en lo que la Historia nos enseña acerca de los usos y costumbres de la nación ibera. En eso encontraremos mayores claridades, capaces de orientarnos.

Aquí, la luz salta a la vista, y con intensidad suficiente para dejar destruídas casi todas las incertidumbres. Los Iberos, pesados y rústicos, no bárbaros, poseían leyes, formaban sociedades regulares. Su carácter era taciturno, sus costumbres sombrías. Iban vestidos de negro o con trajes de colores apagados, y no mostraban esa pasión del ornato tan general entre los Melanios. Su organización política resultó poco vigorosa; pues, luego de haber ocupado una extensión de territorio seguramente considerable, esos pueblos, echados de Italia, arrojados de las islas y desposeídos de una gran parte de España por los Celtas, lo fueron, más tarde también y sin gran esfuerzo, por los Fenicios y los Cartagineses.

En fin, y he aquí el punto capital: se dedicaban con éxito a la explotación de minas.

Esta tarea difícil, esta ciencia complicada que consiste en extraer los metales del seno de la Tierra y en someterlos a manipulaciones bastante

(1) Prescott, *History of the Conquest of Mexico*, t. III, p. 244.

numerosas, es indiscutiblemente una de las manifestaciones, una de las ocupaciones más refinadas del pensamiento humano. Ningún pueblo negro la ha conocido. Entre los blancos, aquellos que más la han practicado, habitando en Asia, más allá de los Arios, hacia el Norte, recibieron en sus venas, por esta misma razón, la mezcla más considerable de sangre amarilla. En esta definición se reconoce, pienso, a los *Eslavos*. Añadiré que el suelo de España llevaba, en su *Mons Vindius,* el nombre que, según Schaffarik, las naciones extranjeras, sobre todo los Celtas, dieron siempre de preferencia a esos mismos Eslavos, y no sé siquiera si, invocando la facilidad que las lenguas wendas comparten con los dialectos celtas e italiotas de invertir las sílabas, sería lícito reconocer su denominación nacional por excelencia, el vocablo *srb* en el vocablo *ibr.* Esta etimología tiende la mano a la misteriosa población homónima relegada en el Cáucaso, y presta mayor verosimilitud a la hipótesis que no rechazaba W. de Humboldt.

Los Iberos eran pues Eslavos. Repetiré aquí las razones de ello: pueblo melancólico, indumentaria oscura, poco belicoso, dedicado a la explotación de minas, utilitario. Ni uno solo de estos rasgos deja de advertirse hoy en las masas del Nordeste de Europa.

Vienen ahora los Rasenos o, dicho de otro modo, los Etruscos de primera formación. Por efecto de invasiones pelásgicas, este pueblo extremadamente digno de interés se ha encontrado, en una época anterior al siglo X antes de nuestra era, compuesto de dos elementos principales, uno de los cuales, el último llegado, imprimió al conjunto un impulso civilizador que ha producido resultados importantes. No hablo, en este momento, de ese segundo período. Me refiero únicamente a la parte más grosera de la sangre, que es al mismo tiempo la más antigua, y que es la única que, a título de tal, debe figurar cerca de los pueblos primitivos, tracios, ilirios, iberos.

Las masas rasenas eran ciertamente mucho más densas que lo fueron las de sus civilizadores. Es este, por lo demás, un hecho constante en todas las invasiones seguidas de conquistas. Fué también su lengua la que ahogó la de los vencedores, y borró en éstos casi todas las huellas del antiguo idioma. El etrusco, tal como las inscripciones nos lo han conservado, se muestra bastante extraño al griego y aun al latín. Es singular por sus sones guturales y su aspecto rudo y salvaje. Todos los esfuerzos llevados a cabo para interpretar lo que queda de él, han resultado vanos hasta el presente. W. de Humboldt tendía a considerarlo como una transición entre el ibero y las otras lenguas italiotas.

Algunos filólogos han emitido la idea de que cabría encontrar vestigios en el *romansch* de las montañas Recias. Quizá tengan razón; sin embargo los tres dialectos hablados en el cantón de los Grisones, en Suiza, son jergas formadas de restos latinos, célticos, alemanes, italianos. No parecen contener sino muy pocas palabras procedentes de otros orígenes, excepto nombres de lugares, en muy pequeño número.

Los monumentos etruscos son numerosos y de diferentes épocas. Los descubrimos todos los días. Además de las ruinas de ciudades y castillos, las tumbas proporcionan interesantísimas referencias fisiológicas. El individuo raseno, tal como lo representa en relieve la losa de los sarcófagos de piedra o de tierra cocida, es de pequeña talla. Tiene la cabeza grande, los brazos gruesos y cortos, el cuerpo achaparrado y grueso, los ojos embridados, obli-

cuos, de color negro, los cabellos amarillentos. El mentón aparece afeitado, fuerte y prominente; la faz llena y redonda, la nariz carnosa. Un poeta latino, en cuatro palabras, resume el retrato: *obesos et pingues Etruscos*.

Con todo, ni esta expresión de Virgilio, ni las imágenes que tan bien comenta, se aplican, en el pensamiento del poeta, a individuos de la raza puramente rasena. Imágenes y descripciones poéticas se refieren a los Etruscos de la época romana, de sangre muy mezclada. Es una nueva prueba, y una prueba concluyente, que la inmigración civilizadora había sido comparativamente débil, puesto que no había modificado sensiblemente la naturaleza de las masas. Así, basta unir estos dos fenómenos de la conservación de una lengua extraña a la familia blanca y de una constitución fisiológica no menos distinta, para estar autorizados a inferir que la sangre de la raza sometida ha conservado el predominio en la fusión, y se ha dejado guiar, pero no absorber, por los vencedores de mejor esencia.

La demostración de este hecho se encuentra todavía en el sistema de cultura particular de los Etruscos. No hablo aquí — una vez más lo señalo — del conjunto raseno-tirreno; no me refiero sino a lo que puede ayudarme a descubrir la verdadera naturaleza de la población rasena primitiva.

La religión tenía su tipo especial. Sus dioses, muy diferentes de los de las naciones helénicas semitizadas, no descendieron nunca a la Tierra. No se mostraban a los hombres, y se limitaban a dar a conocer sus voluntades por medio de signos, o por mediación de ciertos seres de una naturaleza completamente misteriosa. En consecuencia, el arte de interpretar las oscuras manifestaciones del pensamiento celeste fué la principal ocupación de los sacerdocios. El arúspice y la ciencia de los fenómenos naturales, tales como la tormenta, el rayo, los meteoros, absorbieron las meditaciones de los pontífices, y les crearon una superstición mucho más estrecha y sombría, más meticulosa, más sutil, más pueril que aquella astrología de los Semitas, la cual tenía por lo menos la ventaja de desenvolverse dentro de un campo inmenso y de consagrarse a misterios verdaderamente espléndidos. Mientras el sacerdote caldeo, subido a una de las torres de que el panorama de Babilonia o de Nínive estaba erizado, seguía con mirada curiosa la marcha regular de los astros sembrados con profusión en el firmamento sin límites y aprendía poco a poco a calcular la curva de sus órbitas, el adivino etrusco, grueso, obeso, de pequeña talla, de ancha faz, errante, triste e inquieto, en las selvas y marismas salinas que bordean el mar Tirreno, interpretaba el ruido de los ecos, temblaba al fragor de los truenos, se sobresaltaba al oír el vuelo de un pájaro entre las ramas, y trataba de dar un sentido a los mil accidentes vulgares de la soledad. El espíritu del Semita se perdía en fantasías absurdas sin duda, pero grandes como la naturaleza entera, y que prestaban a su imaginación las mayores alas. El Raseno arrastraba el suyo entre las combinaciones más mezquinas, y si el uno rayaba en la locura al querer enlazar la marcha de los planetas con la de nuestras existencias, el otro rozaba la imbecilidad tratando de descubrir una conexión entre la caprichosa danza de un fuego fatuo y determinados acontecimientos que le interesaba prever. En esto precisamente estriba la relación entre los extravíos de la criatura hindú, suprema expresión del genio ario mezclado a la sangre negra, y los del espíritu chino, tipo de la raza amarilla animada por una infusión blanca. Según esta indicación, que señala como último término de los erro-

res de los primeros la demencia, y de las aberraciones de los segundos el embrutecimiento, vemos que los Rasenos ofrecen las mismas características que los pueblos amarillos: pobreza de imaginación, tendencia a la puerilidad, hábitos perezosos.

En cuanto a la pobreza de imaginación, está demostrada por esta otra circunstancia: que la nación etrusca, tan recomendable en muchos aspectos, y dotada de una verdadera aptitud histórica, no ha producido nada en la literatura propiamente dicha fuera de los tratados de adivinación y de disciplina augural. Si a ello se añaden los rituales, estableciendo con los menores detalles el encadenamiento complejo de los oficios religiosos, se tendrá todo lo que llenaba los ocios intelectuales de un pueblo esencialmente formalista. Por toda poesía, la nación se contentó con himnos conteniendo más bien una enumeración de nombres divinos que efusiones del alma. En verdad, una época asaz posterior nos muestra en una ciudad etrusca, Fescénnium, un sistema de composiciones que, en una forma dramática, hizo largo tiempo las delicias de la población romana. Pero ese mismo género de deleite demuestra un gusto poco delicado. Los versos fescenios no eran sino una especie de catecismo picaresco, un tejido de invectivas cuyo mérito era la virulencia, y que no debía ninguna de sus cualidades al encanto de la dicción, ni, mucho menos aún, a la elevación del pensamiento. En fin, por pobre que sea este único ejemplo de aptitud poética, no cabe atribuir completamente ni su invención ni su confección a los Rasenos: pues, si bien Fescénnium contaba entre sus ciudades, hallábase poblada sobre todo de extranjeros y, en particular, de Sículos.

Así, privados de necesidades y de deleites espirituales, hay que buscar el mérito de los Rasenos en otro terreno. Hay que verles agricultores, industriales, fabricantes, marinos y grandes constructores de acueductos, de rutas, de fortalezas, de monumentos útiles. Los placeres y, para emplear una expresión de carácter técnico, los intereses materiales, eran la máxima preocupación de su sociedad. Fueron célebres, en la más remota antigüedad, por su gula y su inclinación a los goces sensuales de toda especie. No era un pueblo heroico, ni mucho menos; pero me imagino que, si lograse salir hoy de sus tumbas, sería, entre todas las naciones del pasado, la que más rápidamente comprendería el aspecto utilitario de nuestras costumbres modernas y se adaptaría a ellas perfectamente. Sin embargo, la anexión a China le sentaría aún en mayor grado.

En todos sentidos, el Etrusco parecía un anillo desprendido de ese pueblo. En él, por ejemplo, se manifiesta con esplendor esa virtud especial de los amarillos, el sumo respeto hacia el magistrado, unido a la pasión por la libertad individual, en tanto que esta libertad se ejerce dentro de la esfera puramente material. Se encuentra esto entre los Iberos, mientras que los Ilirios y los Tracios parecen haber comprendido la independencia de una manera mucho más exigente y más absoluta. No se ve que los pueblos rasenos, dominados por sus aristocracias de raza extranjera, hayan poseído una parte regular en el ejercicio del poder. Sin embargo, como no se encuentra tampoco en ellos el despotismo sin freno y sin escrúpulos de los Estados semíticos, y el subordinado gozaba allí de una suma suficiente de reposo, de bienestar y de instrucción, el instinto primordial de este último debía inclinarle mucho más al aislamiento individual, característico de la especie finesa.

que a la aglomeración, inherente a la raza negra, y que la despoja no sólo del instinto de la libertad física sino también del sentido de independencia moral.

De todas estas consideraciones deduzco que los Rasenos, desprendidos del elemento extranjero aportado por la conquista tirrena, eran un pueblo casi enteramente amarillo, o, si se quiere, una tribu eslava medianamente blanca.

He establecido un juicio análogo sobre los Iberos, diferentes sin embargo de los Etruscos por el número y la importancia de las mezclas. Por su parte, los Ilirios y los Tracios, cada uno con diferentes costumbres, me han mostrado muchos indicios de enlaces fineses. Es una nueva demostración, aunque esta vez *a posteriori*, y no será ni la última ni la más impresionante, de que el fondo primitivo de las poblaciones de la Europa meridional es amarillo. Está bien claro que este elemento étnico no se encontraba en estado puro entre los Iberos, ni aun entre los Etruscos de primera formación. El grado de perfeccionamiento social a que habían llegado esas naciones, aunque bastante humilde, indica la presencia de un germen civilizador que no pertenece al elemento finés, y que sólo este elemento es susceptible de servir en cierto grado.

Consideremos pues a los Iberos, luego, tras de ellos, a los Rasenos, a los Ilirios y a los Tracios, naciones todas ellas cada vez menos mogolizadas, como habiendo constituído las vanguardias de la raza blanca en marcha hacia Europa. Ellas experimentaron con los Fineses los contactos más directos y adquirieron hasta el más alto grado el sello especial que debía distinguir al conjunto de las poblaciones de nuestro continente de las de las regiones meridionales del mundo.

La primera y segunda emigración, Iberos y Rasenos, constreñidos a dirigirse hacia el Extremo Occidente, atendido que el Sur asiático estaba ya ocupado por desplazamientos arios, avanzaron a través de densas capas de naciones finesas ya desparramadas ante sus pasos. Por efecto de enlaces inevitables, convirtiéronse rápidamente en mestizas, dominando en ellas el elemento amarillo.

Los Ilirios, y después los Tracios, gravitaron, a su vez, sobre rutas más cercanas al mar Negro. Tuvieron así contactos menos forzados, menos multiplicados, menos degradantes con las hordas amarillas. De ahí un aspecto físico y una energía superiores, y, mientras que los Iberos y los Rasenos fueron destinados desde buen comienzo a la servidumbre, los Tracios mantuvieron un rango estimable, hasta el día, mucho más tardío, en que se fundieron, no sin honor todavía, en las poblaciones ambientes. En cuanto a los Ilirios, todavía viven hoy y se hacen respetar.

CAPÍTULO III

Los Galos

Como quiera que las emigraciones de los Iberos y de los Rasenos, y las de los Ilirios y de los Tracios fueron anteriores al establecimiento de otras familias blancas en el Sur de Europa, se debe considerar como demostrado que, cuando los Iberos atravesaron la Galia de Norte a Sur, y los Rasenos la Panonia y un rincón de los Alpes Recios, para conquistar sus conocidas residencias, ninguna nación de raza noble se cruzó en su camino para cerrarles el paso. Iberos y Rasenos no formaban sino cuerpos desprendidos de las grandes multitudes eslavas ya establecidas en el Norte del continente, y que hostigaban en más de un sitio a otras naciones afines, los Galos.

El conjunto de la familia eslava no había desempeñado ningún papel de importancia en las épocas antiguas, y es, por tanto, inútil hablar de ella en este momento. Basta haber indicado su existencia en España, en Italia, y añadir que, reciamente establecida a lo largo del mar Báltico, en las regiones comprendidas entre los montes Cárpatos y el Ural, y aun más allá, percibiremos muy pronto a algunas de sus tribus arrastradas por el torrente céltico. A excepción de estos detalles que surgirán naturalmente con el relato, la personalidad de este pueblo permanecerá en la sombra hasta el momento en que la Historia lo hará aparecer por entero en escena.

Determinar, siquiera vagamente, la época del avance de los Galos hacia el Norte y el Oeste ofrece dificultades insuperables. He aquí todo lo que cabe decir a este respecto:

En el siglo XVII antes de nuestra era, se ve a los Galos ocupados en forzar el paso de los Pirineos, defendido por los Iberos. Es la primera referencia positiva sobre su existencia en el Oeste. Ocupaban sin embargo las regiones situadas entre el Garona y el Rin, y habían recorrido y poseído las riberas del Danubio mucho antes de esa época.

Por otra parte, no hay duda que al salir de Asia no se resignaron a avanzar por el Oeste, mucho menos atrayente que el Sur, y, además, ocupado ya por multitudes de pueblos amarillos, sino porque las rutas meridionales les estaban visiblemente cerradas y prohibidas por las concentraciones de Arios en marcha hacia la India, el Asia Anterior y Grecia. Así, pues, su llegada a la Europa occidental, por antigua que se la suponga, es en mucho posterior a la aparición de los Arios en las crestas del Himalaya y de los Semitas por el lado de Armenia. Ahora bien, según datos aceptables, la época aproximada de esa aparición ha sido fijada en el año 5000. Es, pues, entre esta fecha y el año 2000 aproximadamente cuando hay que buscar la época del establecimiento de los Celtas en el Oeste.

La lucha de los Iberos y de los Galos, del lado del Garona, en el siglo XVII, da origen, como se ha visto, al más antiguo relato de los anales de Occidente. En esto se ve confirmada la observación según la cual la Historia no nace sino del conflicto de intereses de los blancos. Encontramos a los Iberos, gente laboriosa pero relativamente débil, en lucha con aquellas

multitudes de guerreros audaces y turbulentos, que durante mucho tiempo dominaron en nuestra parte de mundo.

El nombre de esos guerreros proviene de *Gall*, fuerte. Atribuyo su origen a una antigua raíz de la raza blanca, muy reconocible aún en el sánscrito *wala* o *walya*, que tiene el mismo sentido. Las naciones sármatas y por consiguiente los godos se mantuvieron fieles a esta forma, y llamaron *Walah* a los Galos. Los Eslavos alteraron aún más el vocablo, transformándolo en *Wlach*.

Además de este nombre, los Galos tenían otro: el de *Gomer*, inscrito en las genealogías bíblicas, en el número de los hijos de Jafet. Se tiene así la medida de la antigua nombradía de tan poderosa rama de la familia blanca. En ese período tan remoto, en que las poblaciones semíticas se hallaban concentradas todavía en las montañas de Armenia y se afirmaban en el Cáucaso, pudieron sin duda mantener relaciones directas con los Celtas o Gomers, muchas de cuyas naciones vivían entonces en las costas septentrionales del mar Negro. Sin embargo, es igualmente probable que los Celtas hubiesen tenido contacto con los Semitas desde antes de esa época. Los redactores del *Génesis* sacaron sin duda más de una referencia cosmogónica e histórica de los anales de los Cananeos; pero nada se opone a que hubiesen tenido medios de completar esos relatos con ayuda de recuerdos propios, cuyo origen se remontaba a la época en que toda la especie blanca se hallaba congregada en el fondo del Alta Asia.

Estos Gomers, conocidos tradicionalmente de las naciones cananeas del Sur, lo fueron más directamente de los Asirios. Hubo, a fines del siglo XIII, entre ambos pueblos, conflictos y peleas. Inhábiles en legar a la posteridad monumentos de sus triunfos, los Celtas perdieron la memoria de ellos; pero sus rivales asiáticos, más cuidadosos, guardaron huellas de las proezas de que se vanagloriaban. El teniente coronel Rawlinson encontró muy a menudo en las inscripciones cuneiformes el nombre de *Gumiris*, entre otros, en las piedras de Bisutún (1). Es pues en el Asia occidental donde se encuentran las primeras menciones del pueblo que debía difundirse por todo Europa.

Además de la *Biblia* y los testimonios asirios, la historia griega habla también de la invasión cimeriana en la época de Cyaxares. A estos Cimerianos, a estos Gumiris, que cometieron entonces tanto daño, y fueron tan rápidamente dispersados por los Escitas, los vemos luego dirigirse más allá del Euxino, y avanzando hacia el Oeste y el Noroeste prosiguen sus vastas peregrinaciones.

Se hunden hasta las regiones vecinas del mar del Norte, llevando allí el nombre de *Kimbr* o *Cimri*. Ocupan la Galia, y le dan a conocer a los *Kymris*. Se establecen en el valle del Po, y difunden allí la gloria de los Umbri, de los Umbrones. En Escocia, se conoce todavía al clan de Camerón; en Inglaterra, el Humber y la Cambria; en Francia, las ciudades de Quimper, de Quimperlé, de Cambrai, como, en las llanuras del país de Posen, el recuerdo de los Umbrones ha permanecido adscrito, hasta nuestros días, a un territorio denominado Obrz.

Se ha pensado que este nombre de *Gumiri*, de *Kymri*, de *Cimbro*, podía

(1) Rawlinson, *Memoir on the babylonian and assyrian Inscriptions*, 1851, p. XXI.

indicar una rama de la familia céltica, diferente de la de los Galos, del mismo modo que entre los Celtas no se sabía reconocer a estos últimos. Pero basta considerar hasta qué punto las dos denominaciones de *Galo* y de *Kymri* se aplican a menudo a las mismas tribus, a los mismos pueblos, para renunciar a esa distinción. Por lo demás, ambos vocablos tienen poco más o menos el mismo sentido: si *Gall* significa «fuerte», *Kymri* significa «valiente».

En realidad, no existe ningún motivo para escindir las masas célticas en dos fracciones radicalmente distintas, pero se incurriría en idéntico error si se creyese que todas las ramas de la familia habían sido absolutamente parecidas. Estas multitudes, concentradas desde las riberas del Báltico y del mar del Norte hasta el estrecho de Gibraltar, y desde Irlanda a Rusia, diferían considerablemente entre sí, según que se hubiesen mezclado más o menos aquí con los Eslavos, allí con los Tracios y los Ilirios, y en todas partes con los Fineses. Aunque originariamente hijas de un mismo tronco, no habían conservado con frecuencia sino un simple y lejano parentesco cuya identidad de lengua, alterada por modificaciones infinitas de dialectos, constituía la insignia. Por lo demás, se trataban a lo mejor como rivales y enemigas, de modo que vimos más tarde a los Francos Austrasianos pelear, con toda tranquilidad de conciencia, contra los Francos Neustrianos. Formaban pues agrupaciones políticas extrañas unas a otras (1).

De que hayan pertenecido a la raza blanca en la parte original de su esencia, no cabe la menor duda. Entre ellas, los guerreros poseían una estructura sólida, miembros vigorosos y una talla gigantesca, ojos azules o grises, cabellos rubios o rojos. Eran hombres de pasiones turbulentas; su extremada avidez, su afición al lujo, les hacía recurrir fácilmente a las armas. Estaban dotados de una comprensión viva y fácil, de un espíritu natural muy desvelado, de una curiosidad insaciable, muy blandos ante la adversidad, y, como coronamiento de todo, de una temible versatilidad de carácter, efecto de una ineptitud orgánica para respetar ni amar nada largo tiempo.

Así formadas, las naciones gálicas habían llegado muy pronto a un estado social bastante elevado, cuyos méritos y defectos reflejaban perfectamente el tronco noble de que tales naciones eran originarias y la mezcla finesa que había modificado su naturaleza. Su organización política ofrece el mismo espectáculo que nos han dado, en sus orígenes, todos los pueblos blancos.

En ellas descubrimos aquella organización severamente feudal y aquel poder incompleto de un jefe electivo, usado entre los Hindúes primitivos, entre los Iranios, entre los Griegos homéricos, entre los Chinos de los tiempos más antiguos. La inconsistencia de la autoridad y la sombría fiereza del guerrero paralizaban con frecuencia la acción del mandatario de la ley. En el gobierno de los Galos, como en el de los otros pueblos salidos del mismo tronco, no hay vestigios de aquel despotismo insensato de una tabla de bronce o de piedra, asentada en la abstracción por ella representada, aberración tan familiar a las repúblicas semíticas. La ley era bastante fluctuante, medianamente respetada; la prerrogativa de los jefes, incierta. En una pa-

(1) Momsen, *Die nordetruskischen Alphabete.*

labra, el genio céltico mantenía aquellos derechos altivos que el elemento negro destruyó en todos los sitios donde logró introducirse.

Que no nos engañemos aquí, atribuyendo a un estado de barbarie aquellos instintos poco disciplinables y aquella organización atormentada. No hay que echar sino una mirada sobre la situación política del África actual para convencernos de que la barbarie más radical no excluye, en las sociedades, un desarrollo monstruoso del despotismo. Ser libre, ser esclavo, en un momento dado, son hechos que derivan a menudo, en un pueblo, de una serie de combinaciones históricas muy prolongadas; pero, tener una predisposición natural a una o a otra de esas situaciones, no es sino un resultado étnico. El más sencillo examen de la manera cómo las ideas sociales están distribuídas entre las razas no permite engañarse.

Al lado del sistema político se sitúa naturalmente el sistema militar. Los Galos no combatían a la ventura. Sus ejércitos, a ejemplo de los de los Arios Hindúes, estaban compuestos de cuatro elementos: la infantería, la caballería, los carros de guerra (1) y los perros de combate, que ocupaban allí el lugar de los elefantes (2). Estas tropas actuaban siguiendo las leyes de una estrategia sin duda mediocre, considerada desde el punto de vista perfeccionado de la legión romana, pero que no tenía nada de común con el impulso grosero del bruto arrojándose sobre su presa. Cabe juzgar de ello por la inteligente manera cómo fueron conducidas las grandes invasiones célticas y el sistema de administración establecido por los conquistadores en los países ocupados, régimen original que no tomaba sino detalles de los usos de los vencidos. La Galo-Grecia presenta este espectáculo.

Las armas de los Kymris eran de metal (3), alguna vez de piedra, pero, en este caso, muy finamente pulidas por medio de utensilios de bronce o de hierro. Parece incluso que las espadas y las hachas de esta última especie, encontradas en las tumbas, eran más bien emblemáticas o destinadas a usos sagrados que a un empleo serio. A la misma categoría pertenecían, indiscutiblemente, los glavios y multitud de armas en tierra cocida, ricamente doradas y pintadas, que no pueden haber tenido sino un destino puramente figurativo. Por lo demás, es también muy probable que los individuos de la plebe más humilde hiciesen arma de todo. Les resultaba menos costoso y más fácil enmangar un guijarro agujereado en un bastón que procurarse un hacha de bronce. Pero lo que establece de una manera irrecusable que esa circunstancia no implica en modo alguno la ignorancia general de los metales y la inhabilidad para labrarlos, es que las lenguas gálicas poseen palabras propias para denominar esos productos, vocablos cuyo origen no se encuentra ni en el latín, ni en el griego, ni en el fenicio. El que algunos de esos vocablos tengan una acusada afinidad con sus correspondientes helénicos, no significa que hayan sido aportados por los Masaliotas. Estas semejanzas demuestran únicamente que los Arios Helenos, padres de los Focenses y abuelos de los Celtas, procedían de una raza común.

El hierro se llama *ierne, irne, uirn, jarann*; el cobre *copar*, y era el metal

---

(1) César, *Comment. de Bello Gall.*, VII, 31, IV, 36.
(2) Estrabón, IV, 2.
(3) Keferstein, *Ansichten über die Keltischen Alterthümer*, t. I, p. 321.

más usado entre los Galos para la fabricación de las espadas; el plomo, *luaid*; la sal, *hal*, *sal*.

Todas estas expresiones son enteramente gálicas, y constituyen un testimonio que no cabe recusar acerca de la antigüedad de la forja de los metales entre los Kymris. Por lo demás, sería muy extraño — se convendrá en ello — que en este Occidente en que los Iberos estaban en posesión del arte del minero, y en que los Etruscos indígenas poseían idéntico conocimiento, los Galos estuviesen desprovistos de él, ellos, últimos llegados de la región del Nordeste, tierra clásica, tierra natal de los forjadores.

Los monumentos de las dos Edades de Bronce y de Hierro han proporcionado una enorme cantidad de utensilios diversos, que dan todavía una alta idea de la aptitud de las naciones célticas para el laboreo de los minerales. Son espadas, hachas, lanzas, alabardas, polainas, cascos, todo de oro o dorado, de bronce o de plata, o de hierro, o de plomo, o de cinc; tahalíes, cadenas preciosas, destinadas a los hombres para suspender sus glavios, y a las mujeres para sujetar las llaves de las amas; brazaletes en filamento de metal torcido en espirales, bordados aplicados a las telas, cetros, coronas para los jefes, etc. (1).

Los Galos practicaban la vida sedentaria. Vivían en grandes poblaciones que se convertían a menudo en grandes ciudades. Antes de la época romana, varias de las capitales de sus naciones más opulentas habían adquirido un grado notable de poderío. Bourges contaba entonces con cuarenta mil habitantes. Por este solo hecho, puede apreciarse si aquellas ciudades eran desdeñables en cuanto a su extensión y a su población. Autun, Reims, Besançon, en las Galias; Carrhodunum, en Polonia, y muchos otros burgos, no carecían ciertamente de importancia y de brillo.

La antigüedad latina nos ha hablado de la forma de las casas. En Francia y en el Sur de Alemania existen todavía restos de ellas. Son esas especies de excavaciones designadas por los arqueólogos con el nombre de *brocales*. Algunas miden cien pasos de perímetro. Son redondas y aparecen siempre reunidas de dos en dos. La una servía de morada; la otra de hórreo. Algunos de esos emplazamientos parecen haber tenido un muro de sustentación construído en piedra, sobre el cual se levantaba el edificio formado de planchas y de argamasa de tierra y paja, con frecuencia recubierto de yeso. Los Galos empleaban, en sus construcciones, una combinación de piedra o de mortero con madera. Estas viejas casas, tan comunes aún en casi todas las ciudades de provincia, como en Alemania, y formadas de armazones simulados, cuyos intervalos están llenos de piedras o de tierra, son productos del sistema céltico. Nada indica que las habitaciones hayan ocupado varios pisos. Tampoco parece que hubiesen sido muy lujosas. Los Celtas se preocupaban menos de la belleza que del bienestar.

Poseían muebles de madera labrados con bastante exquisitez; labores en hueso y en marfil, tales como peines, alfileres, cucharas, dados, cuernos que hacían las veces de vasos; después, arneses guarnecidos y adornados con placas de cobre o de bronce dorado, y sobre todo un gran número de vasos de todas formas, tazas, ánforas, copas, etc. Los objetos de vidrio no eran menos comunes entre ellos. Los hay blancos y pintados de azul, de ama-

(1) Keferstein, *obra citada*, t. I, p. 330 y *passim*.

rillo, de anaranjado. Hay también collares de esta materia. Se pretende que esos ornamentos habían servido de insignias del sacerdocio druídico para distinguir los grados de la jerarquía.

La fabricación de telas se hacía en gran escala. Con frecuencia se han descubierto en las tumbas restos de tela de lana de diferentes clases de finura, y se sabe por los testimonios históricos que los Celtas, si se mostraban muy dados a adornarse con cadenas y brazaletes de metal, no lo eran menos a vestir telas abigarradas de las que los tartanes escoceses nos ofrecen un recuerdo directo.

Desde los primeros tiempos esa inclinación a los placeres materiales había llevado a los Celtas al trabajo, y del trabajo productivo nació la pasión del comercio. Si los Masaliotas prosperaron, fué debido a que encontraron en las poblaciones que les rodeaban y en las que poblaban detrás de ellos los países del Norte un instinto mercantil que, a su manera, respondía al suyo, y que ese instinto había creado numerosos elementos de cambio. Tenía también a su disposición medios de transporte abundantes y fáciles. Los Celtas poseían una marina. No eran las piraguas miserables de los Fineses, sino excelentes navíos de alto bordo, bien construídos y sólidamente armados, provistos de recia arboladura y de velas de pieles, elásticas y perfectamente cosidas. En opinión de César, estos navíos eran más a propósito para la navegación en el océano que las galeras romanas. El dictador se sirvió de ellas para la conquista de la isla de Bretaña, y pudo apreciarlas tanto mejor cuanto que en la guerra contra los Vénetos faltó muy poco para que su flota sucumbiese a la superioridad de la de ese pueblo. Habla también con admiración de la cantidad de buques de que disponían las naciones de la Saintonge y del Poitou.

De manera que los Celtas poseían en el mar un poderoso instrumento de actividad y de éxito. Por todas esas razones, sus ciudades poco brillantes, aunque grandes, populosas y bien provistas de riquezas de todo género, corrían frecuentes peligros a causa del carácter belicoso de la raza. La mayoría estaban fortificadas, y no sumariamente con una empalizada y un foso, sino con todos los recursos de un arte de ingeniería que no era desdeñable. César rinde justicia al talento de los Aquitanos galos en el ataque de las plazas por medio de la mina. No es de creer que los Celtas, hábiles en obras subterráneas, como los Iberos, fuesen más inexpertos que estos últimos en la aplicación militar de sus conocimientos.

Las defensas de las ciudades eran, pues, muy poderosas. Consistían en muros de madera y de piedras de tal modo dispuestas que, mientras las vigas paralizaban el empleo del ariete por su elasticidad, las piedras contrarrestaban la acción del fuego. Además de este sistema había otro, probablemente mucho más antiguo aún y del que se han encontrado vestigios muy curiosos en varios lugares del Norte de Escocia; en Sainte-Suzanne, en Péran, en Francia; en Görlitz, en la Lusacia. Se trata de gruesos muros cuya superficie, puesta en fusión por la acción del fuego, se ha recubierto de una costra vitrificada que convierte la obra entera en un solo bloque de una dureza incomparable. Este sistema de construcción es tan extraño que por mucho tiempo se dudó que se debiese a la mano del hombre, y fué tomado por un producto volcánico en regiones que por lo demás no muestran una sola huella de la existencia de fuegos naturales.

Pero no cabe negar la evidencia. El campo de Peran muestra sus construcciones vitrificadas bajo una mampostería romana, y no es dudoso que este género imperecedero de trabajo no sea obra de los Celtas. Su antigüedad es ciertamente de las más remotas. Veo la prueba de ello en este hecho, que en tiempo de los Romanos Escocia había llegado a la decadencia, y que tales monumentos rebasaban, de todas maneras, sus necesidades y los recursos de que disponía. Hay que atribuirlos, pues, a una época en que la población caledoniense no había sufrido aún hasta un punto degradante la mezcla con las hordas finesas que la rodeaban.

Esos muros vitrificados, construídos con gruesas piedras, suponen la existencia de la arquitectura fragmentaria. En efecto, los Celtas, muy diferentes de las tribus amarillas, no se limitaban a yuxtaponer grupos de rocas enormes; colocaban uno sobre otro bloques poligonales que mantenían sin pulir, a fin, se dice, de no disminuir su resistencia. Ahí está el origen del sistema bajo los nombres de pelásgico y de ciclópeo. Se los encuentra en Francia, como en Grecia, como en Italia. A este orden de construcciones pertenecen ciertos recintos descubiertos en las provincias francesas y las criptas sepulcrales de un gran número de túmulos, que se distinguen así netamente de las obras finesas, en las cuales los bloques no están nunca superpuestos de manera que formen muralla.

La fuerza extraordinaria de estos restos macizos ha resistido en más de un sitio la injuria de los siglos. Los Romanos se sirvieron de ellos, así como de los parapetos de Sainte-Suzanne, tomándolos como base de sus propios trabajos. Después, los caballeros de la Edad Media, a su vez, elevando sus torreones sobre esa doble antigüedad, vinieron a completar los archivos materiales de la arquitectura militar en Europa.

Además de la piedra y la madera, los Galos usaban también los ladrillos. Construyeron torres muy notables, algunas de las cuales subsisten todavía, una, entre otras, a orillas del Loira, y de uso desconocido, aunque probablemente religioso.

Las ciudades, así bien pobladas, bien construídas, bien defendidas, bien provistas de muebles, de utensilios y de joyas, se comunicaban entre sí a través del país no por senderos y vados difíciles, sino por medio de rutas regulares y de puentes. Los Romanos no fueron los primeros en establecer vías de comunicación en los países kymricos; encontraron algunas que existían antes de su llegada y varios de sus caminos más célebres, porque eran los más frecuentados, no fueron sino antiguas rutas nacionales conservadas y reparadas por ellos. En cuanto a puentes, César cita algunos que, ciertamente, no había construído.

Además de estas comunicaciones, los Celtas habían organizado otras todavía más rápidas para las circunstancias extraordinarias. Poseían una verdadera telegrafía. Unos agentes designados al efecto se comunicaban uno a otro la noticia que convenía transmitir; de esta manera, una orden o un aviso que había partido de Orleáns al amanecer llegaba a Auvernia antes de las nueve de la noche, después de haber recorrido de este modo ochenta leguas (1).

Si las ciudades eran numerosas y reunían muchos habitantes, las cam-

---

(1) César, *De Bello Gall.*, VII, 3.

piñas parecían haber estado no menos pobladas. Se puede inducir esto del número considerable de cementerios descubiertos en las diferentes regiones de la Europa céltica. La extensión de esos campos mortuorios es generalmente notable. En ellos no hay túmulos. Esta construcción, cuando contiene un dolmen, pertenece a los primeros habitantes fineses: no nos hallamos aquí ante esa variedad. Cuando encierra una cámara sepulcral de mampostería pertenece a los príncipes, a los nobles, a las clases opulentas de las naciones. Los cementerios son, más modestamente, el último asilo de las clases medias o populares. No ofrecen más que tumbas lisas, en su mayoría construídas con esmero, talladas a menudo en la roca o abiertas en la tierra apelmazada. Las tumbas están cubiertas por una losa. Los cuerpos han sido casi siempre incinerados. Aun cuando este hecho presente alguna excepción, su frecuencia establece una especie de distinción suplementaria entre los cadáveres de los más antiguos indígenas, siempre enteros, y los de los Celtas. En todo caso, los túmulos con cámaras funerarias, pelásgicas y ciclópeas, monumentos probablemente contemporáneos de los cementerios, no encierran nunca esqueletos intactos, sino siempre osamentas incineradas guardadas en urnas.

Otra diferencia existe todavía entre las de estas sepulturas, que pertenecen a la época nacional, y las que no se remontan sino al período romano: es que los objetos encontrados en estas últimas tienen un carácter mixto, en el que el elemento latino helenizado se deja percibir fácilmente. No lejos de Ginebra se ve un cementerio de esta especie.

Aparte de que la abundancia de los cementerios puramente célticos da una elevada idea de la amplitud de las poblaciones que los fundaron, inspira también reflexiones de otro orden. El cuidado y, por tanto, los gastos a que daban lugar el número y riqueza de los diversos objetos que encierran las tumbas, todo esto, unido a la observación de que al contemplarlos no nos hallamos ante una necrópolis de las clases elevadas y nobles, sino únicamente de las clases medias e inferiores, sugiere una muy alta idea del bienestar de estas clases y consiguientemente de la opulencia general de las naciones de que constituían ellas la base. Henos aquí muy lejos de la opinión por mucho tiempo difundida y tan a la ligera adoptada acerca de la barbarie completa de las tribus gálicas, opinión que hallaba sobre todo su punto de apoyo en la falsa alegación de que los monumentos fineses eran obra suya.

No basta huir de tan burdos errores: hay que disiparlos hasta donde sea posible, fijándonos en varios detalles importantes. Los Celtas, hábiles en tan diversos trabajos, no podían permanecer extraños a la necesidad de remunerarlos y de reconocerles un valor. Conocían el empleo del numerario, y tres siglos antes de la llegada de César acuñaban moneda para las necesidades del comercio exterior. Poseían piezas de oro, de plata, de oro-plata y de cobre, de cobre y plomo, de hierro, de cobre, redondas, cuadradas, radiadas, cóncavas, esféricas, lisas, gruesas, delgadas, acuñadas en hueco o en relieve. Un gran número de estas monedas fueron visiblemente producidas bajo la influencia masaliota, macedónica o romana. Pero otras escapan enteramente a toda sospecha de un parentesco análogo. Son ciertamente las más antiguas: se remontan muchísimo más allá de la fecha que acabo de indicar. Las hay — las radiadas — que encuentran sus análogas

en Etruria, sea que los hombres de este país las hubiesen copiado de los pueblos umbríos de su vecindad, sea que un gran comercio entre ambas naciones, comercio que no cabe poner en duda, y que la presencia frecuente del ámbar en las tumbas toscanas más antiguas bastaría a demostrar, hubiese llevado de buen comienzo a ambos grupos contratantes a emplear medios de cambio perfectamente análogos.

Junto con la moneda, los Celtas poseían todavía el arte de la escritura. Varias inscripciones copiadas de medallas celtíberas, pero hasta el presente no descifradas, lo testifican.

Tácito, por su parte, señala un hecho que parece remontarse a una época por lo menos tan alejada. Se decía en su tiempo que existían en la Germania y en los Alpes Recios monumentos antiguos cubiertos de inscripciones griegas. Se añadía que estos monumentos habían sido levantados por Ulises con ocasión de sus grandes peregrinaciones septentrionales, aventuras de las cuales no tenemos el relato (1). Al referir esta tradición, Tácito, muy cuerdamente, expresa la duda de que el hijo de Laertes hubiese viajado nunca por los Alpes y por el lado del Rin; pero su reserva aparece excesiva cuando de la persona del viajero se extiende a la existencia de las inscripciones mismas (2).

Con el testimonio de Tácito viene el de César, quien, cuando hubo derrotado a los Helvecios, encontró en su campo un estado minucioso de la población emigrante, guerreros, mujeres, niños y ancianos. Este registro, según cuenta, estaba escrito en caracteres griegos.

En otro pasaje de los *Comentarios*, el dictador refiere que, para todas las cuestiones *públicas* y privadas, los Celtas hacían uso de los caracteres griegos. Por una singular anomalía, los druidas no querían escribir nada acerca de sus doctrinas ni de sus ritos y forzaban a sus discípulos a aprenderlo todo de memoria. Era una regla estricta. Según estas referencias, está fuera de discusión que antes de haber pasado por la educación romana las naciones célticas estaban acostumbradas a la representación gráfica de sus ideas, y, lo que resulta aquí particularmente interesante, el empleo que hacían de esta ciencia era muy otro del que los grandes pueblos asiáticos de la antigüedad nos dieron el espectáculo. Entre estos últimos la escritura servía principalmente a los sacerdotes, era reverenciada lo mismo que un misterio religioso y penetraba tan difícilmente en los usos familiares que hasta la época de Pisístrato no fueron escritos siquiera los poemas de Homero, objeto, sin embargo, de la admiración general. Entre los Celtas, al contrario, son los santuarios quienes no quieren el alfabeto. La vida privada y la administración profana se apoderan de él: se le utiliza para indicar el valor de las monedas y para cuanto reviste un interés personal o público. En una palabra, entre los Celtas, la escritura, despojada de todo prestigio religioso, es una ciencia esencialmente vulgarizada (3).

Pero Tácito y César añaden que esos caracteres, ese alfabeto tan usado, cuya presencia no ofrece ya ninguna duda en Alemania (4) y se registra

(1) *Odisea*, XXIII.
(2) Tácito, *De Moribus Germ.*, 3.
(3) César, *De Bello Gall.*, I, 20.
(4) Mommsen, *Die nordetruskischen Alphabete*.

en la península hispánica, las Galias y la Helvecia, no tiene nada de nacional y proviene de una importación griega. Inmediatamente, para explicar esta aserción, las personas que no quieren ver por doquiera sino civilizaciones importadas, se vuelven hacia los Masaliotas. Es su gran argumento cuando no pueden cerrar los ojos a la realidad de un estado de cosas extraño a la barbarie en los países célticos. Pero su hipótesis no es esta vez más admisible que en tantas otras ocasiones en que la sana crítica hizo justicia de ello.

Si los Masaliotas hubiesen tenido el poder de influir sobre las ideas de las naciones gálicas de una manera bastante constante, bastante intensa, bastante general para difundir en todas partes el empleo de su alfabeto, con mayor razón hubieran hecho aceptar las formas seductoras de sus armas y de sus ornamentos. Esta victoria hubiera sido seguramente la más fácil de todas. Sin embargo, no lograron alcanzarla. Cuando las naciones de la Galia tuvieron la idea de copiar las monedas griegas, cedieron a un sentimiento de utilidad positiva que les revelaba todas las ventajas inherentes a la unidad del sistema monetario; pero, desde el punto de vista artístico, procedieron con una torpeza y una rudeza que muestran de la manera más evidente hasta qué punto desconocían las intenciones del pueblo cuyas obras intentaban imitar y la escasa frecuentación intelectual que tenían con él. Una raza no toma a otra su alfabeto sin tomarle algo más, las creencias religiosas, por ejemplo, y precisamente los druidas no querían oír hablar de la escritura. Por consiguiente, la escritura entre los Celtas no era depositaria de ningún dogma. O bien, alguna vez, a falta de doctrinas teológicas, podía tratarse de importación literaria. Pero ningún escritor de oír hablar de la escritura. Por consiguiente, la escritura entre los Celtas no la antigüedad descubrió nunca la menor huella. En fin, ese uso del alfafeto tan difundido, tan arraigado en las costumbres de las naciones gálicas que tenían entre ellas menos contacto, ¿por qué vía pasó de los Helvecios a los individuos de la Celtiberia? Si estos últimos hubiesen sentido la tentación de preguntar a extranjeros un medio gráfico de conservar el recuerdo de los hechos, se hubieran vuelto seguramente del lado de los Fenicios. Ahora bien: las *letteras desconocidas* grabadas en las medallas indígenas de la península no tienen la menor relación con el alfafeto cananeo; tampoco la tienen con el de Grecia.

Este vocablo cerrará la discusión en cuanto a la identidad material de ambas familias de alfabetos. Lo que no es verdad de los Celtíberos no lo es tampoco de la mayoría de las demás naciones kymricas. No pretendo, sin embargo, que no hubiese sino un solo alfabeto para todas ellas. Me detengo en este límite, esto es, que el sistema de composición y de formas era idéntico en principio, aunque podía ofrecer matices y variaciones locales muy acusados.

Se preguntará: ¿cómo pudo ocurrir que César, tan acostumbrado a la lectura de las obras griegas, se hubiese engañado sobre la apariencia de los registros helvéticos y hubiese visto caracteres helénicos allí donde no los había? He aquí la respuesta: César tuvo en sus manos, probablemente, aquellos manuscritos; pero es un intérprete quien le explicó el sentido de ellos. Según este secretario, estaban trazados con caracteres griegos, es decir, con caracteres que se parecían mucho a los griegos, pero la lengua

era gálica. La apariencia bastó al dictador, y como tenía por indubitable que los alfabetos italiotas y etruscos eran de origen griego, pese a sus desviaciones de ese tipo, cuando vió un escrito para él incomprensible, pero en el cual su mirada descubría las mismas analogías, llegó a la conclusión que ya conocemos. Por lo demás, esta explicación no es facultativa: no cabe vacilar: los monumentos recientemente descubiertos han hecho conocer los alfabetos en uso, anteriormente a los Romanos, entre los pobladores de Provenza, entre los Celtas del monte San Bernardo, entre los montañeses del Tesino: todos estos sistemas de escritura son originales, no tienen sino afinidades remotas con el griego.

No niego en efecto que, si bien el alfabeto o los alfabetos célticos no son griegos, no estén, con respecto al alfabeto helénico, en relaciones muy íntimas; en una palabra, que no puedan referirse todos, ellos y él, a un mismo origen. No son copias, sino que se basan en un mismo sistema, en un modo primordial, anterior a ellos mismos como al tipo helénico, y que les ha proporcionado sus caracteres comunes, así como un mecanismo idéntico.

El antiguo alfabeto griego, el que, al decir de los peritos, fué empleado primeramente por las naciones arias helénicas, estaba compuesto de dieciséis letras. Estas letras tienen, es cierto, nombres semíticos e incluso diversos puntos de semejanza con los caracteres cananeos y hebreos, pero nada demuestra que el origen de unos y otros sea local y no haya sido aportado del Nordeste por los primeros emigrantes de raza blanca. El alfabeto griego primitivo se escribía ora de derecha a izquierda, ora de izquierda a derecha, y no fué hasta muy tarde cuando su dirección actual quedó fijada.

No hay en ello nada de insólito. Se ha demostrado que el devanagari, que sigue hoy nuestro método, había sido inventado según las necesidades del sistema contrario. Asimismo, las runas se colocan todavía de todas las maneras, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de abajo arriba o en círculo. Resulta incluso lícito afirmar que no existía primitivamente una manera normal de escribir las runas.

Las dieciséis letras del modelo griego no respondían a todos los sonidos de la lengua mixta formada de elementos aborígenes, semíticos y ariohelénicos. No podían responder con mayor motivo a la necesidad de los idiomas del Asia Anterior, todos los cuales poseen alfabetos mucho más numerosos. Pero quizá respondían mejor al idioma de aquellos habitantes primitivos del país, vagamente denominados Pelasgos, de los cuales no he indicado todavía sino el origen céltico o eslavo. Lo que es cierto, es que las runas del Norte, que W. Grimm considera que no fueron inventadas para los dialectos teutónicos, no tienen también más que dieciséis letras, igualmente insuficientes para reproducir todas las modulaciones de la voz en un Godo. W. Grimm, comparando las runas con los caracteres descubiertos por Strahlenberg y por Palas en los monumentos arios de las orillas del Yenisei, no vacila en ver en estos últimos el tipo original. Hace remontar así a la cuna misma de la raza blanca el tronco de todos nuestros alfabetos actuales, y por consiguiente del mismo alfabeto griego antiguo, sin hablar de los sistemas semíticos. Esta consideración se convertirá, en el porvenir, no me cabe duda, en el punto de partida de los estudios más importantes para la historia primitiva.

Keferstein, prosiguiendo las huellas de Grimm, señala, con mucha sagacidad, que ciertas letras, entre las más esenciales de los dialectos góticos, destacan entre las runas; son las siguientes: *c, d, e, f, g, h, q, w, x.*

Apoyado en esta observación, completa muy bien la advertencia de su antecesor, concluyendo que las runas no son más que alfabetos a la moda céltica. Los caracteres rúnicos, así atribuídos a sus verdaderos inventores, encuentran al instante un sistema análogo muy auténtico en un pueblo de igual raza; es el alfabeto irlandés muy antiguo, llamado *bobelot* o *beluisnon*. Está compuesto, como los antiguos prototipos, de dieciséis letras únicamente, y ofrece con las runas semejanzas impresionantes.

No hay que perder de vista que el sistema de todos esos modos de escritura es absolutamente el mismo que el del antiguo griego, y que las conexiones generales de formas con este último no cesan nunca de existir. Termino esta reseña general citando los alfabetos italiotas, tales como el umbrio, el osco, el euganeo, el mesapio, y los alfabetos etruscos, igualmente comparables con el griego por sus formas, y consiguientemente sus aliados. Todos estos alfabetos son de una fecha muy remota, y aun cuando existen entre ellos grandes semejanzas, no presentan menos diversidades. Poseen letras que nada tienen de helénico, y gozan así de una fisonomía verdaderamente nacional, de la que a la crítica más sistemática le es muy difícil despojarles. Además, todos, salvo los etruscos, son célticos, como se verá más tarde. De momento, nadie lo dudará en cuanto al euganeo y al umbrio.

Los monumentos que nos los han conservado, se muestran, en su mayoría, anteriores a la invasión del helenismo en la península itálica. Hay que inferir, pues, que estos alfabetos europeos, parientes unos de otros, parientes del griego, no están formados de acuerdo con él; que se remontan, lo mismo que él, a un origen más antiguo; que, como la sangre de las razas blancas, tienen su origen en los establecimientos primitivos de estas razas en el fondo del Alta Asia; que, como los pueblos que los poseen, son originales y están verdaderamente exentos de toda imitación griega en el territorio europeo donde han sido usados; en fin, que las naciones Célticas, que no debieron su género de cultura social a Grecia, ni tampoco su sangre, le debieron sus sistemas gráficos.

Lo que en ellas resulta muy impresionante, es el empleo enteramente utilitario que se hacía del pensamiento escrito. Todavía no hemos hallado nada parecido en las sociedades femeninas elevadas a un grado correspondiente en la escala de la civilización, y, con el espíritu todavía lleno de los hechos que el examen del mundo asiático proporcionó a las páginas anteriores, hemos de reconocernos aquí sobre un terreno enteramente nuevo. Estamos entre individuos que comprenden y experimentan el imperio de una razón más seca, y que obedecen a las sugestiones de un interés más prosaico.

Las naciones célticas eran guerreras y belicosas, sin duda; pero, en definitiva, mucho menos de lo que generalmente se cree. Su nombradía militar se funda en las pocas invasiones con que turbó la tranquilidad de otros pueblos. Se olvida que fueron aquéllas las convulsiones pasajeras de una multitud a quien circunstancias transitorias sacaron de sus vías naturales, y que, durante tres largos siglos, antes y después de sus grandes guerras, los Estados célticos respetaron profundamente a sus vecinos. En efecto, su

organización social tenía también necesidad de reposo para desenvolverse.

Eran, sobre todo, agricultores, industriales y comerciantes. Si bien se les ocurría, como a todas las naciones del mundo, incluso a las más moderadas, declarar la guerra a otros países, sus ciudadanos tendían ordinariamente a ocuparse con mayor interés de apacentar sus bueyes y de sus inmensos rebaños de cerdos en los vastos claros de los *bosques* de encinas que cubrían el país. No tenían rival en la preparación de viandas ahumadas y saladas. Comunicaban a sus jamones un grado de excelencia que hizo célebre, a lo lejos y hasta en Grecia, ese artículo de comercio. Mucho antes de la intervención de los Romanos, expedían a la península itálica, así como a los mercados de Marsella, sus telas de lana y de lino, y sus cobres, cuya estañadura habían inventado. A estos diversos productos se añadía la venta de sal, de esclavos, de eunucos, de perros adiestrados para la caza; eran maestros en la carretería de toda especie: carros de guerra, de lujo y de viaje (1). En una palabra, los Kymris, como lo hice notar hace un momento, tan ávidos mercaderes, por lo menos, como soldados intrépidos, se clasifican, sin dificultad, entre los pueblos utilitarios o, en otras palabras, entre las naciones masculinas. No se les puede asignar otra categoría. Superiores a los Iberos, militarmente hablando, consagrados como ellos y en mayor grado que ellos a los trabajos lucrativos, no parecen haberlos superado en necesidades intelectuales. Su lujo era, sobre todo, de una naturaleza positiva: hermosas armas, excelentes trajes, magníficos caballos. Llevaban por lo demás esa inclinación a un grado de apasionamiento tal, que mandaban venir a gran coste corceles de elevado precio de los países de ultramar.

Parecen, sin embargo, haber poseído una literatura. Como tenían bardos, poseían canciones. Esas canciones versaban sobre el conjunto de los conocimientos adquiridos por su raza, y conservaban las tradiciones cosmogónicas, teológicas, históricas.

La crítica moderna no tiene a su disposición composiciones escritas que se remonten a la verdadera época nacional. De todos modos, en el fondo común de las riquezas intelectuales pertenecientes a las naciones romanas y a los pueblos germánicos, existe cierto rincón de un origen enteramente especial, que cabe reivindicar para los Celtas. Se encuentran también, entre los Irlandeses, los montañeses del Norte de Escocia y los Bretones de la Armórica, producciones en prosa y en verso compuestas en los dialectos locales.

La atención de los eruditos se ha fijado con interés en esas obras de la musa popular. Esta les debe el haber podido reconocer alguna vez las huellas de ciertos rasgos de la antigua fisonomía del mundo kinross. Desgraciadamente, lo repito, esas composiciones distan mucho de pertenecer a la verdadera antigüedad. Todo lo que pueden hacer sus más entusiastas admiradores es atribuir algunos de sus fragmentos al siglo V (2), fecha muy temprana para poder juzgar lo que serían las obras célticas en la época anterromana, en los tiempos en que el espíritu de la raza era independiente como su política. Además se experimenta, ante el aspecto de esas obras,

(1) Amédée Thierry, *Hist. des Gaulois, Introduct.*
(2) La Villemarqué, *Barzas Breiz,* t. I, p. XIV.

una desconfianza de la que apenas es posible desembarazarse, si queremos mantener el oído atento a la voz de la razón. Aun cuando su autenticidad, en tanto que productos de los bardos galos o armoricanos, de los vates irlandeses o gaélicos, sea indiscutible, nos sorprende su extrema semejanza con las inspiraciones romanas y germánicas de los siglos a que pertenecen.

La comparación más superficial hace esta verdad bastante notoria. Las modalidades del pensamiento, las formas materiales de la poesía, son idénticas. Es también análogo su gusto por los asuntos enigmáticos, por el giro sentencioso del relato, por la oscuridad sibilina, por la combinación ternaria de los hechos, por la aliteración. En verdad, se puede admitir que esas marcas características son debidas precisamente a imitaciones primordiales operadas sobre el genio céltico por el mundo germánico naciente. Todo lleva a creer, en efecto, que, en el dominio moral, los Arios Germanos se dejaron influir enormemente por los Kinross, puesto que, en el orden de los hechos étnicos y lingüísticos, se dejaron modificar poderosamente por ellos. Pero, aun reconociendo como admirable y hasta como necesario este punto de partida, no es menos verosímil que las formas, los hábitos literarios, en lo sucesivo comunes, pudieron, a raíz de las invasiones del siglo v, penetrar en el patrimonio de los Celtas, y, esta vez, considerablemente desarrollados y enriquecidos por aportaciones debidas a la esencia particular de los conquistadores.

Los Kinross de los cuatro primeros siglos de la Iglesia habían, en tanto que tales, decaído en grado extremo. Su vida intelectual, mostrando su originalidad al desnudo, fué, como la sangre de la mayoría de sus naciones, extremadamente alterada por la influencia romana. La cuestión nada tiene que ver con la Galia. Las composiciones de los Kinross perecieron dejando escasas huellas. No ocurrió con estas obras lo que con las de los Etruscos, las cuales, aunque condenadas a la impopularidad cerca de los viejos Sabinos por la supuesta barbarie de la lengua, no dejaron de mantener su importancia y dignidad, gracias a su valor histórico. El genealogista y el erudito viéronse forzados a tenerlas en cuenta, a traducirlas, a incorporarlas, aunque transformándolas, a la literatura dominante. La Galia no tuvo tanta suerte. Sus pueblos consintieron el abandono casi completo de un patrimonio que no tardaron incluso en menospreciar, y, bajo todos los aspectos en que les era dable examinarse a sí mismos, se arreglaron de modo que quedasen lo más Latinos posible. Admito que las ideas de terruño, quizá incluso algunos antiguos cantos, traducidos y desfigurados, se hayan conservado en la memoria del pueblo. Este fondo, que se ha mantenido céltico desde un punto de vista absoluto, ha cesado de serlo literariamente hablando, puesto que no ha vivido sino a condición de perder sus formas.

Hay que considerar, pues, a partir de la época romana, las naciones célticas de la Galia, de la Germania, del país helvético, de la Recia, como vueltas extrañas a la naturaleza especial de su inspiración antigua, y limitarse a no reconocer ya en ellas sino tradiciones de hechos y ciertas disposiciones de espíritu que, persistiendo en el grado en que en la nueva mezcla étnica perdura sangre de Kinris, no conservaban otra virtud que la de predisponer las nuevas poblaciones a seguir de nuevo un día algunas de las vías antaño familiares a la inteligencia especial de la raza céltica.

Puestos fuera de discusión los Celtas del continente, mucho antes de la

llegada de los Germanos, falta examinar si los de las islas de Bretaña e Irlanda han conservado algunos restos del tesoro intelectual de la familia, y lo que pudieron transmitir a su colonia armoricana.

César considera a los indígenas de la gran isla como muy rudos. Los Irlandeses lo eran todavía más. En verdad, ambos territorios pasaban por sagrados, y sus santuarios eran venerados por los druidas. Pero, una cosa es la ciencia hierática y otra la ciencia profana. Más lejos indicaré los motivos que me inclinan a creer la primera muy antiguamente corrompida y envilecida entre los Bretones. La segunda era evidentemente poco cultivada por ellos, no porque aquellos insulares viviesen en los bosques; no porque no tuviesen por ciudades nada más que circunvalaciones de ramas de árboles en medio de las selvas; no porque la dureza de sus costumbres autorizase, equivocadamente o no, a que se les acusara de antropofagía; sino porque las tradiciones genesíacas que se les atribuye contienen una proporción demasiado débil de hechos originales.

El predominio de las ideas clásicas es allí evidente. Salta a la vista, y no se nos aparece siquiera bajo el ropaje latino; es en la forma cristiana, en la forma monacal, en el estilo de pensamiento germanorromano, como se ofrece a nuestras miradas (1). Ningún observador de buena fe puede negarse a reconocer que los piadosos cenobitas del siglo VI, si no han compuesto todas sus obras, han dado por lo menos el tono a sus composiciones, incluso paganas. En todos estos libros, al lado de César y de sus soldados, vemos aparecer las historias bíblicas: Magog y los hijos de Jafet, los Faraones y la tierra de Egipto; después el reflejo de los acontecimientos contemporáneos: los Sajones, la grandeza de Constantinopla, el temido poderío de Atila.

De estas observaciones no saco la consecuencia de que no existe absolutamente el menor recuerdo verdaderamente antiguo en aquella literatura; pero pienso que pertenece, totalmente en sus formas y casi enteramente en el fondo, a la época en que los indígenas no eran los únicos que habitaban sus territorios, a la época en que su raza había cesado de ser únicamente céltica, a aquella en que el Cristianismo y el poderío germánico, pese a encontrar todavía entre ellos grandes resistencias, aparecían victoriosos, dominadores y capaces de imponer sus ideas a la inteligencia intimidada de los enemigos más rencorosos.

Todas estas razones, al establecer que los grupos que hablaban, desde la era cristiana, dialectos célticos, habían perdido tiempo ha toda inspiración propia, vienen a corroborar todavía aquella proposición, anticipada hace un momento, según la cual, si bien el genio germánico se enriqueció, en sus orígenes, con aportaciones kinross, fué bajo su influencia y con lo que prestó a las tribus gaélicas, galas y bretonas, cómo se compuso, hacia el siglo V, la literatura de estas tribus, literatura que por tanto es lícito llamar moderna. Ésta no es sino un derivado de corrientes múltiples, no una fuente original. No repetiré, pues, como tantos filólogos, que los habitantes célticos de Inglaterra poseían, en la aurora de la época feudal, cantos y narraciones puramente debidos a su propia invención, y que han dado la vuelta a Europa; sino que, por el contrario, diré que, del mismo modo que los monjes

(1) Dieffenbach, *Céltica II*, 2.ª *Abth.*, p. 55.

irlandeses brillaron con esplendor en la ciencia teológica, mostrando un ardor de proselitismo enteramente admirable y extraño a los hábitos egoístas y poco entusiastas de las razas galas, así también sus poetas, situados bajo las mismas influencias extranjeras, sacaron, del conflicto de ideas y de costumbres que del mismo se derivaron, del tesoro de tradiciones tan variadas abierto ante sus ojos, en fin, del débil y oscuro patrimonio que les habían legado sus padres, aquella serie de producciones que triunfó, en efecto, en toda Europa, pero cuyo vasto éxito se debió a la circunstancia misma de que no reflejase las tendencias absolutas de una raza especial y aislada; muy al contrario, era a la vez el producto del pensamiento céltico, romano y germánico, y de ahí su inmensa popularidad.

Esta opinión no podría seguramente sostenerse, sería incluso opuesta a todas las doctrinas de este libro, si la pureza de raza que se atribuye generalmente a las poblaciones que hablan todavía el céltico estuviese demostrada. El argumento, y es el único de que es costumbre servirse para establecerlo, consiste en la persistencia de la lengua. Se ha visto ya muchas veces, y especialmente a propósito de los Vascos, hasta qué punto esa manera de razonar es poco concluyente. Los habitantes de los Pirineos no pueden considerarse como los descendientes de una raza primitiva, y todavía menos de una raza pura; las más simples consideraciones fisiológicas se oponen a ello. Las mismas razones se oponen igualmente a que los Irlandeses, los montañeses de Escocia, los Galos, los habitantes de la Cornouaille inglesa y los Bretones sean considerados como pueblos típicos y sin mezcla. Sin duda, se encuentra, en general, entre ellos, y sobre todo entre los Bretones, fisonomías marcadas con un sello muy particular; pero en ninguna parte se percibe aquella semejanza general de los rasgos, atributo, si no de las razas puras, por lo menos de las razas cuyos elementos están tiempo ha amalgamados para que resulten homogéneos. No insisto sobre las diferencias muy graves que presentan los grupos neocélticos cuando se les compara entre sí. La persistencia de la lengua no es, pues, aquí más que en otras partes, una garantía segura de pureza en cuanto a la sangre. Es el resultado de circunstancias locales, fuertemente ayudadas por las posiciones geográficas.

Lo que hace tambalear la fisiología, lo derriba la historia. Se sabe de la manera más positiva que las expediciones y las colonizaciones de los Daneses y los Noruegos en las islas diseminadas alrededor de la Gran Bretaña y de Irlanda empezaron de buen principio. Dublín perteneció a pueblos y a reyes de raza danesa, y un escritor de los más competentes dejó sólidamente establecido que los jefes de los clanes escoceses eran, en la Edad Media, de extracción danesa, como sus nobles; que su resistencia a la Corona contaba con el apoyo de los dominadores daneses de las Orcadas, y que su caída, en el siglo XII, fué la consecuencia de la de aquellas dinastías, con ellos emparentadas.

Dieffenbach descubre, en consecuencia, la existencia de una mezcla escandinava y aun sajona muy pronunciada entre los Highlanders. Antes que él, Murray había reconocido el acento danés en el dialecto de Buchanshire, y Pinkerton, analizando los idiomas de la isla entera, había señalado igualmente, en una provincia considerada por lo común como esencialmente céltica — el país de Gales —, huellas tan evidentes y tan numerosas de sajón, que denomina el sajón *a saxonised celtic*.

Estos son los principales motivos que me parecen oponerse a que puedan considerarse las obras galas, ersas o bretonas como reproduciendo, siquiera de un modo aproximado, sea las ideas, sea los gustos y tendencias de los pueblos Kinross del Occidente europeo. Para formarse una idea exacta de este asunto, me parece más exacto escoger un terreno de abstracción. Tomemos en bloque las producciones romanas y germánicas; resumamos, por otro lado, todo lo que los historiadores y los polígrafos nos han transmitido en materia de compendios y de detalles sobre el genio particular de los Celtas, y podremos sacar las conclusiones siguientes.

La exaltación entusiasta, observada en Oriente, no era lo característico de la literatura de los Galos. Sea en las obras históricas, sea en los relatos míticos, amaba la exactitud o, en defecto de esta cualidad, aquellas formas afirmativas y precisas que, cerca de la imaginación, hacen las veces de tales. Más que los hechos buscaba los sentimientos; tendía a producir la emoción, no tanto por la manera de decir, como los Semitas, cuanto por el valor intrínseco, sea tristeza, sea energía, de lo que enunciaba. Era positiva, gustosamente descriptiva, tal como lo exigía la alianza íntima que la asimilaba a la sangre finesa, según el ejemplo que nos da el genio chino, y, por su carencia íntima de calor y de expansión, elíptica y concisa. Esta austeridad de forma le permitía por lo demás simular una especie de melancolía vaga y fácilmente simpática que constituye todavía el encanto de la poesía popular de nuestros países.

Se encontrará, lo espero, admisible esta apreciación, si se recuerda que una literatura es siempre el reflejo del pueblo que la ha producido, el resultado de su estado étnico, y si se comparan las conclusiones que resaltan de esta verdad con el conjunto de las cualidades y defectos que el contenido de las páginas precedentes ha hecho percibir en el modo de cultura de las naciones célticas.

De ello resulta sin duda que los Kinross no podían estar dotados, intelectualmente, como lo están las naciones melanizadas del Sur. Si esta condición imprimía su huella en las producciones literarias, no se mostraba menos sensible en el dominio de las artes plásticas. De todo el bagaje que los Galos dejaron tras sí en ese género, y que sus tumbas nos han aportado, se puede admirar la variedad, la riqueza, y la excelente y sólida confección; no cabe, en cambio, extasiarse ante la forma. Ésta es de las más vulgares, y no brinda ninguna huella que permita reconocer un espíritu que se complace, como en el Asia Anterior, en revestir de bello aspecto los menores objetos o que siente la necesidad de satisfacer un gusto exigente.

Es verdaderamente curioso que César, que se ocupa con bastante complacencia de todo lo que ha encontrado en las Galias, y que alaba con gran imparcialidad lo que lo merece, no se muestra en modo alguno seducido por el valor artístico de lo que observa. Ve populosas ciudades, baluartes bien concebidos y construídos; no menciona una sola vez un hermoso templo. Si habla de los santuarios contemplados por él en las ciudades, este espectáculo no le inspira ni elogio ni censura, ni siquiera curiosidad. Parece que esas construcciones eran, como todas las demás, apropiadas a su objeto, y nada más. Me imagino que aquellos edificios modernos que no son copias ni del griego, ni del romano, ni del gótico, ni del árabe, ni de algún otro estilo, inspiran la misma indiferencia a los observadores desinteresados.

Además de las armas y de los utensilios, se ha encontrado un número muy exiguo de representaciones figuradas del hombre o de los animales. Confieso incluso que de ello no conozco un ejemplo bien auténtico.

El gusto general, según parece pues, no inclinaba a los artesanos o a los artistas a ese género de trabajo. Lo poco que se posee es muy rudo y de tal carácter que el más humilde peón se sentiría capaz de ello. La ornamentación de los vasos, de los objetos de bronce o de hierro, de los adornos en oro o en plata, es igualmente falto de gusto, a menos que se trate de copias de obras griegas o más bien romanas, particularidad que indica, cuando la encontramos, que el objeto observado pertenece a la época de la dominación de los Césares, o por lo menos a un tiempo no muy distante de ella. En los períodos nacionales, los dibujos en espirales simples y dobles o en líneas onduladas son extremadamente comunes: es incluso el asunto más ordinario.

Hemos visto que los grabados descubiertos en los más bellos dólmenes de construcción finesa afectaban ordinariamente esta forma. Parece, pues, que los Celtas, aun conservando su superioridad frente a los habitantes anteriores del país, se sintieron muy pobremente dotados en cuanto a imaginación para no desdeñar las lecciones de aquellos desdichados. Pero como semejantes imitaciones no se operan nunca sino entre naciones emparentadas entre sí, el encontrar la marca de ello puede servir para señalar que, además de las mezclas amarillas, sufridas ya durante la emigración a través de Europa, los Celtas contrajeron muchas otras con los constructores de los dólmenes en la mayoría de regiones donde se establecieron, si no en todas. Esta conclusión no tiene nada de inesperada para el espíritu del lector: poderosos indicios la habían ya señalado.

Por lo demás, hay todavía otras, y de naturaleza más singular e importante. Y es este el momento de que hablemos de ellas con alguna insistencia.

Cuando he dicho que el sistema aristocrático estaba en vigor entre los Galos, no he añadido — lo que es, sin embargo, necesario — que la esclavitud existía igualmente entre ellos.

Se ve que su sistema de gobierno era bastante complicado para que merezca un estudio serio. Un jefe electivo, un cuerpo de nobleza mitad sacerdotal, mitad militar, una clase media, en una palabra la organización blanca y, debajo, una población servil. Excepto por el brillo de los colores, se creería estar en la India.

En este último país, los esclavos, en los tiempos primitivos, se componían de negros sometidos por los Arios. En Egipto, como las castas bajas estaban formadas, casi en su totalidad, de negros, forzoso es admitir que debían igualmente su situación a la conquista o a sus consecuencias. En los Estados camo-semíticos, en Tiro, en Cartago, era así. En Grecia, los Ilotas lacedemonios, los Penestes Tesalios y tantos de otras categorías de campesinos esclavos de la gleba, eran los descendientes de los aborígenes sometidos. De estos ejemplos resulta que la existencia de los pueblos serviles, aun con matices notables en el trato de que son objeto, denota siempre diferencias originales entre las razas nacionales.

La esclavitud, así como todas las demás instituciones humanas, descansa sobre otras condiciones, aparte del hecho de la violencia. Cabe, sin duda, considerar esta institución como el abuso de un derecho; una civilización

avanzada puede aportar razones filosóficas en apoyo de razones étnicas, más concluyentes, para destruirla: no es menos indiscutible que en ciertas épocas la esclavitud tiene su justificación, y estaríamos casi autorizados para afirmar que se debe tanto al consentimiento del que la soporta como al predominio moral y físico del que la impone.

No se comprende que entre dos hombres dotados de una inteligencia igual ese pacto subsista un solo día sin que surja la protesta y sobrevenga muy pronto la terminación de un estado de cosas ilógico. Pero es perfectamente lícito admitir que tales relaciones se establecen entre el fuerte y el débil, ambos con una plena conciencia de su posición mutua, y conducen a este último a una sincera convicción de que su humillación es justificable, en términos de sana equidad.

La esclavitud no se mantiene nunca en una sociedad cuyos elementos diversos se encuentran algo amalgamados. Mucho antes de que la amalgama llegue a su perfección, la situación se modifica, y después se abole. Mucho menos aún es posible que la mitad de una raza diga a la otra mitad: «Tú me obedecerás», y que la otra obedezca.

Tales ejemplos no se han producido nunca, y lo que el peso de las armas podría consagrar por un momento, no tardaría en aniquilarse, puesto que nunca se ve ratificado por la conciencia, frágil y vacilante, de los oprimidos. Así, doquiera existe esclavitud, hay dualidad o pluralidad de razas. Hay vencedores y vencidos, y la opresión es tanto más completa cuanto más distintas son las razas. Los esclavos, los vencidos, entre los Galos, fueron los Fineses. No me entretendré en combatir la opinión que trata de descubrir en la población servil de la Céltica tribus ibéricas propiamente dichas. Nada indica que esta familia hispánica haya ocupado nunca las provincias situadas al Norte del Garona. Además, las diferencias no eran entre los Galos y los que dominaban en España de tal naturaleza que estos últimos hubiesen podido ser reducidos en masa al papel de esclavos frente a sus dominadores. Cuando unas expediciones kínricas, al penetrar en la Península, fueron a alterar todas las relaciones anteriores, vemos originarse de ello expulsiones y mezclas; pero todo demuestra que, finalizada la guerra, hubo entre las dos partes contendientes relaciones generalmente basadas en el reconocimiento de cierta igualdad.

Ocurrió absolutamente lo mismo entre otros grupos semiblancos, emparentados de muy cerca con los Iberos, y más tarde con los Galos. Estos grupos estaban compuestos de Eslavos que, esparcidos en varios puntos de los países célticos, vivían allí esporádicamente, codeándose con los Kinris. Los mismos motivos que impedían que los Iberos de España, invadidos por los Celtas, quedasen reducidos a la esclavitud, aseguraban a esos Wendos, separados del grueso de su raza, una situación independiente. Vémoslos formar en la Armórica una nación distinta, y llevar allí su nombre nacional de *Veneti*. Estos Vénetos tenían también en el actual país de Gales una parte de los suyos, cuya residencia era Wenedotia o Gwineth (1).

Una tribu gálica, pariente de los Vénetos, los Osismii, poseía un puerto que denominaba Vindana. Muy lejos de allí todavía, en el Adriático y al lado mismo de los Celtas Euganeos, residían los *Veneti, Heneti* o *Eneti,* cuya

(1) Schaffarik, *Slawische Alterth.*, t. I, p. 260.

nacionalidad es un hecho históricamente reconocido, pero que, aun hablando una lengua particular, tenían absolutamente las mismas costumbres que los Galos, sus vecinos. Varias otras poblaciones eslavas, enceltizadas en proporciones diversas, vivían en el Noroeste de Alemania y sobre la línea de los Cárpatos, codeándose con las naciones gálicas.

Todos estos hechos demuestran que los Eslavos de la Galia y de Italia, como los Iberos de España, conservaban un rango bastante digno y figuraban entre los Estados kínricos a los cuales se habían aliado. Sin tratar pues de mancillar gratuitamente su memoria, busquemos a la raza servil en donde pudo estar: no encontramos sino a los Fineses.

Su contacto inmediato debía ejercer necesariamente sobre sus vencedores, a no tardar sus parientes, una influencia deletérea. De ello tenemos pruebas evidentes.

En primera fila hay que colocar el uso de los sacrificios humanos, en la forma en que se practicaban, y con el sentido que se les daba. Si el instinto destructivo es el carácter indeleble de la humanidad entera, como de todo lo que está dotado de vida en la naturaleza, ese instinto aparece seguramente más agudizado entre las variedades inferiores de la especie. Así, pues, los pueblos amarillos lo poseen igualmente como los negros. Pero, atendido que los primeros lo manifiestan por medio de un aparato especial de sentimientos y de acciones, se ejercía también entre los Galos, afectados por la sangre finesa, de manera distinta que entre las naciones semíticas, impregnadas de la esencia melania. En los cantones célticos, las cosas no ocurrían como en las orillas del Eufrates. Nunca, en los altares públicamente elevados dentro de las ciudades, en el centro de las plazas inundadas de sol, los ritos homicidas del sacerdocio druídico se realizarán impúdicamente, con una especie de furor ruidoso, solemne, delirante, gozoso de dañar. El culto moroso y triste de esos sacerdotes de Europa no tendía a servir de pasto a imaginaciones ardientes con el embriagador espectáculo de refinadas crueldades. No era a gustos entendidos en el arte de las torturas a quienes había que arrancar aplausos. Un espíritu de sombría superstición, amante de los terrores taciturnos, reclamaba escenas más misteriosas y no menos trágicas. A este fin, reuníase a un pueblo entero en el fondo de espesos bosques. Allí, durante la noche, unos alaridos lanzados por personas invisibles herían los oídos espantados de los fieles. Después, bajo la bóveda consagrada de follaje húmedo que apenas dejaba proyectar sobre una escena terrible la vaga claridad de una luna occidental, sobre un altar de granito toscamente construído, y copiado de antiguos ritos bárbaros, los sacrificadores hundían en silencio su cuchillo de bronce en el cuello o en el costado de las víctimas. Otras veces, esos sacerdotes llenaban de cautivos y de criminales unos gigantescos maniquíes de mimbre y les prendían fuego en uno de los claros de sus grandes selvas.

Estos horrores se realizaban algo secretamente; y, así como el Camita salía de las carnicerías hieráticas ebrio de matanza, enteramente loco por efecto del olor de sangre con que se le llenaban las narices y el cerebro, el Galo regresaba de sus solemnidades religiosas preocupado y embrutecido de espanto. He aquí la diferencia: en el uno, la ferocidad activa y ardiente del principio melanio; en el otro, la fría y triste crueldad del elemento amarillo. El negro destruye porque se exalta, y se exalta porque destruye.

El hombre amarillo mata sin emoción y para llenar una necesidad momentánea de su espíritu. En otra parte he mostrado que la adopción de ciertas modas feroces, como la de enterrar a mujeres y esclavos con el cadáver de un príncipe, correspondía en China a invasiones de nuevos pueblos amarillos en el país.

Entre los Celtas, el conjunto del culto ofrecía igualmente plenas señales de esta influencia. No es que los dogmas y ciertos ritos estuviesen absolutamente despojados de lo que debían al origen primitivamente noble de la familia. Los mitólogos han descubierto en ellos impresionantes analogías con las ideas hindúes, sobre todo en lo que se refiere a las teorías cosmogónicas. El mismo sacerdocio, consagrado a la contemplación y al estudio, acostumbrado a la austeridad y a las fatigas, extraño al empleo de las armas, situado por encima, si no al margen, de la vida mundana, y gozando del derecho de guiarla, aun teniendo el deber de hacer de ella poco caso, ofrece muchas huellas que recuerdan bastante bien la fisonomía de los purohitas.

Pero estos últimos no desdeñaban ninguna ciencia y ponían en práctica todos los medios susceptibles de perfeccionar su espíritu. Los druidas envilecidos se atenían a enseñanzas herméticas y a formas tradicionales. No querían saber nada más allá de eso, ni, menos aún, comunicar nada; y los peligrosos terrores de que rodeaban sus santuarios, los peligros materiales que acumulaban alrededor de las selvas o de los eriales que les servían de escuela, eran menos ingratos que los obstáculos morales aportados por ellos a la penetración de sus conocimientos. Análogas necesidades a las que degradaron los sacerdocios camíticos pesaban sobre su genio.

El uso de la escritura les inspiraba temor. Su doctrina entera estaba confiada a la memoria. Muy diferentes de los purohitas sobre ese punto capital, temían todo lo que hubiera podido hacer apreciar y juzgar sus ideas. Eran, entre aquellas naciones, los únicos que pretendían tener los ojos abiertos sobre las cosas de la vida futura. Forzados a reconocer la imbecilidad religiosa de las masas serviles, y más tarde de los mestizos que les rodeaban, no habían advertido que esa imbecilidad iba apoderándose de ellos debido a que ellos mismos eran mestizos. En efecto, habían omitido lo único que hubiera podido mantener su superioridad frente a los laicos; no se habían organizado en casta; no habían puesto ningún cuidado en conservar puro su valor étnico. Al cabo de cierto tiempo, la barbarie, de que sin duda habían creído preservarse por el silencio, los había invadido, y todas las vulgares necedades y las atroces sugestiones de sus esclavos habían penetrado en el seno de sus santuarios tan bien cerrados, deslizándose en la sangre de sus propias venas. Nada más natural.

Como todos los otros grandes hechos sociales, la religión de un pueblo se amolda al estado étnico. El mismo catolicismo condesciende a adaptarse, en cuanto a los detalles, a los instintos, a las ideas, a los gustos de sus fieles. Una iglesia de Westfalia no tiene el aspecto de una catedral peruana; pero, cuando se trata de religiones paganas, como han surgido casi enteramente del instinto de las razas, en vez de dominar este instinto, obedecen a él sin reserva, reflejando su imagen con la más escrupulosa fidelidad. Por lo demás, no hay peligro de que se inspiren sólo en una parte de la nación. Existiendo sobre todo para el mayor número, deben hablar y gustar al mayor número. Si está bastardeado, la religión responde a la descomposición

general, y muy pronto se jacta de santificar todos los errores y reflejar todos los crímenes. Los sacrificios humanos, tales como fueron consentidos por los druidas, ofrecen una nueva demostración de esta verdad.

Entre las naciones gálicas del continente, las más apegadas a ese espantoso rito eran las de la Armórica. Es al mismo tiempo una de las que poseen mayor número de monumentos fineses. Los eriales de ese territorio, la orilla de sus ríos, sus numerosos aguazales, vieron mantenerse largo tiempo la independencia de los indígenas de raza amarilla. Sin embargo, las islas normandas, Gran Bretaña, Irlanda y los archipiélagos que la rodean, estuvieron aún más favorecidas a ese respecto.

En sus provincias interiores, Inglaterra poseía poblaciones célticas de todo punto inferiores a las de la Galia, y que, más tarde, habiendo enviado habitantes a la Armórica para repoblar sus campiñas desiertas, le proporcionaron aquella colonia singular que, en el mundo moderno, ha conservado el idioma de los Kinris. Ciertos Bajo-Bretones, con su talla corta y rechoncha, su cabeza grande, su faz cuadrada y grave, generalmente triste, sus ojos a menudo embridados y levantados en el ángulo externo, revelan, hasta para el observador menos advertido, la presencia irregular de la sangre finesa en muy alta dosis.

Fueron esos hombres tan mezclados, así de Inglaterra como de la Armórica, quienes se mostraron por más tiempo apegados a las crueles supersticiones de su religión nacional. Cuando el resto de su familia había abandonado y olvidado sus ritos, ellos los conservaban con pasión. Puede juzgarse del grado de apego que sentían por ellos, pensando que conservan actualmente, en su preocupación por el derecho de fractura, nociones sacadas del código moral acatado entre sus antiguos compatriotas, los Cimerianos de la Táurida.

Los Druidas habían fijado entre esos Armoricanos su residencia predilecta. Fué entre ellos donde conservaron sus principales escuelas.

De acuerdo con el instinto más obstinado de la especie blanca, habían admitido a las mujeres en el primer rango de los intérpretes de la voluntad divina. Esta institución, imposible de mantener en las regiones del Sur del Asia, ante las naciones melanias, les resulta fácil conservarla en Europa. Las hordas amarillas, no obstante condenar a sus madres y sus hijas a un profundo estado de abyección y servilismo, las empleaban de buen grado en las ceremonias mágicas. La extrema irritabilidad nerviosa de estas criaturas las hace aptas a tales menesteres. He dicho ya que, de las tres razas que componen la humanidad, eran ellas las mujeres más sujetas a las influencias y enfermedades histéricas. De ahí, en la jerarquía religiosa de todas las naciones célticas, esas druidesas, esas profetisas que, ya encerradas para siempre en una torre solitaria, ya reunidas en congregaciones en una isla perdida en el océano del Norte, y cuyo acceso era mortal para los profanos, ora consagradas a un eterno celibato, ora ofrecidas a himeneos temporales o a prostituciones fortuitas, ejercían en la imaginación de los pueblos un prestigio extraordinario, y los dominaban sobre todo por el espanto.

Empleando tales medios es cómo los sacerdotes, halagando al populacho amarillo con preferencia a las clases menos degradadas, mantenían su poder apoyándolo en instintos cuyas debilidades habían acariciado e idea-

lizado. Nada tiene de extraño, pues, que la tradición popular hubiese relacionado el recuerdo de los Druidas a los crómlecs y a los dólmenes. La religión era de todas las cosas kímricas la que se había colocado más íntimamente en relación con los constructores de aquellos horribles monumentos.

No era la única. La grosería primitiva había penetrado por todas partes en las costumbres del Celta. Como el Ibero, como el Etrusco, el Tracio y el Eslavo, su sensualidad, despojada de imaginación, le llevaba comúnmente a hartarse de comida y de licores, sólo para experimentar un momento de bienestar físico. De todos modos, dicen los documentos, esta costumbre arraigaba en el Galo en el grado en que se identificaba con las clases bajas. Los jefes no se entregaban a ello sino a medias. En el pueblo, más asimilado a las poblaciones esclavas, se encontraban a menudo individuos a quienes una constante embriaguez había conducido gradualmente a una completa idiotez. En nuestros días encontramos aún entre las naciones amarillas los ejemplos más impresionantes de tan bestial costumbre. Los Galos la habían evidentemente contraído por efecto de sus alianzas finesas.

A todos esos efectos morales o generales, no falta sino añadir los resultados producidos en la lengua de los Kinris por la asociación de los elementos idiomáticos procedentes de la raza amarilla. Estos resultados son dignos de consideración.

Aun cuando la conformación física de los Galos, muy análoga a la que se observó más tarde entre los Germanos, haya mantenido mucho tiempo en los primeros la marca irrefragable de una estrecha alianza con la especie blanca, la lingüística no ha venido a reconocer sino hasta muy tarde esta verdad.

Los dialectos célticos oponían tanta resistencia a dejarse asimilar a las lenguas arias, que varios eruditos creyeron poder incluso considerarlos de origen diferente. Con todo, después de investigaciones más minuciosas, más escrupulosas, se ha acabado por invalidar la primera conclusión. Hoy se ha reconocido que el bretón, el galo, el erse de Irlanda, el gaélico de Escocia, son ciertamente ramas del gran tronco ario, y afines del sánscrito, del griego y del gótico. Pero, ¡cuánto han debido desfigurarse los idiomas célticos para que esa demostración resultase tan lenta y laboriosa! ¡Cuántos elementos heterogéneos han debido mezclarse a su contextura para que adquiriesen un aspecto tan diferente del de todas las lenguas de su familia! Y, en efecto, una invasión considerable de vocablos extranjeros, una serie de mutilaciones extrañas constituyen los elementos de su originalidad.

Tales son los estragos ocasionados en la sangre, las creencias, las costumbres, el idioma de los Celtas, por la población esclava que habían sometido al comienzo, y que después, según la costumbre, los inundó por todas partes, llevándolos a participar de su degradación. Esa población no permaneció ni podía permanecer mucho tiempo sumida en la abyección, lejos del lecho de sus jefes. Los Celtas, por medio de enlaces contraídos con ella, no tardaron en hacer brotar nuevas series de capacidades, de aptitudes, como resultado de hechos que, a su vez, han servido y servirán de móvil y de resorte a toda la historia del mundo. Los antagonismos y las mezclas de esas fuerzas híbridas han favorecido, según los tiempos, el progreso social y la

decadencia transitoria o definitiva. Del mismo modo que en la naturaleza física las mayores oposiciones contribuyen a ponerse mutuamente de relieve, así también las cualidades especiales de los enlaces amarillos y blancos forman uno de los más enérgicos contrastes con los de los productos blancos y negros. Entre estos últimos, bajo su cetro, al pie de sus tronos magníficos, todo favorece la imaginación, el esplendor de las artes, las inspiraciones de la poesía, y envuelve a sus creadores en los brillantes destellos de una gloria sin par. Los más insensatos extravíos, las más vergonzosas debilidades, las atrocidades más inmundas, cobran con esa sobreexcitación perpetua de la cabeza y del corazón un poderoso impulso, un no sé qué favorable al vértigo. Pero, cuando nos volvemos hacia la esfera de la mezcla blanca y amarilla, la imaginación se calma súbitamente. Todo se desenvuelve sobre un fondo frío.

Allí, no se encuentran sino criaturas razonables o, en defecto de ello, razonadoras. Sólo raramente, y como accidentes excepcionales, descubrimos esos despotismos sin límites que, entre los Semitas, no tenían ni siquiera necesidad de excusarse en el genio. Ni los sentidos ni el espíritu se extrañan ya de ninguna tendencia a lo sublime. La ambición humana se muestra allí siempre insaciable, aunque de pequeñas cosas. Lo que se llama *gozar, ser feliz,* se reduce a las proporciones más inmediatamente materiales. El comercio, la industria, los medios de enriquecerse a fin de aumentar un bienestar regulado sobre las facultades probables de consumo, constituyen allí las graves preocupaciones de la variedad blanca y amarilla. En diferentes épocas, el estado de guerra y el abuso de la fuerza, que es la consecuencia de ella, pudieron turbar la marcha regular de las transacciones y levantar un obstáculo al tranquilo desenvolvimiento de la felicidad de esas razas utilitarias. Nunca esta situación ha sido admitida por la conciencia general como si debiese ser definitiva. Todos los instintos se sentían heridos, y los esfuerzos por llegar a una modificación no cesaron hasta conseguirla.

Así, profundamente diferentes en su naturaleza, ambas grandes variedades mestizas han ido delante de destinos que no podían serlo menos. Lo que se llama duración de fuerza activa, intensidad de poderío, realidad de acción, la victoria, el reino, debía necesariamente pertenecer un día a los seres que, juzgando de una manera más estrecha, tocaban, por esto mismo, lo positivo y la realidad; que, no persiguiendo más que conquistas posibles y obedeciendo a un cálculo mezquino, pero exacto y preciso y rigurosamente apropiado al objeto, no podían dejar de alcanzarlo, al paso que sus adversarios llenaban principalmente su espíritu de exageraciones y contrasentidos.

Si se consulta a los moralistas prácticos más escuchados por ambas categorías, nos sorprende la divergencia de sus puntos de vista. Para los filósofos asiáticos, someterse al más fuerte, no contradecir a quien puede perderos, contentarse con nada para desafiar con seguridad la mala fortuna, he aquí la verdadera sabiduría.

El hombre vivirá dentro de su cabeza o de su corazón, tocará la tierra como una sombra, no mostrará por ella ningún apego, la abandonará sin pesar.

Los pensadores de Occidente no dan tales enseñanzas a sus discípulos.

Les invitan a saborear la existencia lo mejor y más duraderamente posible. El odio a la pobreza es el primer artículo de su fe. El trabajo y la actividad forman el segundo. El desconfiar de los impulsos del corazón y de la cabeza es en ella la máxima dominante; gozar, la primera y última palabra.

Mediante la enseñanza semítica, se convierte un hermoso país en un desierto cuyas arenas, invadiendo cada vez más la tierra fértil, engullen con el presente el porvenir. Siguiendo la otra máxima, se cubre el suelo de arados y el mar de navíos; después un día, menospreciando al espíritu con sus impalpables goces, se tiende a colocar el Paraíso aquí abajo, y finalmente a envilecerse.

CAPÍTULO IV

Las tribus italiotas aborígenes

Los capítulos que preceden han mostrado que los elementos fundamentales de la población europea, el amarillo y el blanco, se combinaron de buen principio de una manera muy compleja. Si ha sido posible indicar los grupos dominantes, enumerando a los Fineses, los Tracios, los Ilirios, los Iberos, los Rasenos, los Galos, los Eslavos, será completamente ilusorio tratar de especificar los matices, descubrir las particularidades, precisar la proporción de las mezclas en las nacionalidades fragmentarias. Todo lo que es lícito señalar con certeza, es que estas últimas eran ya muy numerosas antes de todo período histórico, y esta sola indicación bastará para establecer cuán natural es que su estado lingüístico muestre en su composición la huella irrecusable de la anarquía étnica, de la sangre de la cual habían surgido. Este es el motivo que desfigura los dialectos de los Galos, y hace del éuskaro, del ilirio, lo poco que sabemos del tracio, del etrusco, incluso de los dialectos italiotas, unos lenguajes tan difíciles de clasificar.

Esta situación problemática de los idiomas se acusa aún más en las regiones más meridionales de Europa.

Las poblaciones inmigrantes, empujándose de ese lado y encontrando pronto en él la mar y la imposibilidad de huir más lejos, han vuelto sobre sus pasos, se han lanzado unas sobre otras, se han despedazado, arrollado, finalmente mezclado más confusamente que en otro lugar cualquiera, y sus lenguas han sufrido la misma suerte.

Hemos contemplado ya este juego en la Grecia continental. Pero Italia, sobre todo, estaba destinada a convertirse en el gran callejón sin salida del Globo. España no se acercó a ella. En este último país, hubo torbellinos de pueblos, pero de pueblos grandes y enteros en cuanto al número, mientras que en Italia fueron sobre todo bandas heterogéneas las que aparecieron y afluyeron de todas partes. De Italia se pasó a España, si bien para colonizar algunos puntos dispersos. De España se fué a Italia en masas diversas, como se iba a ella de Galia, de Helvecia, de las regiones del Danubio, de Iliria, como se fué allí desde la Grecia continental o insular. Por la anchura del istmo que la mantiene unida al continente, así como por el vasto desarrollo de sus costas del Este y del Oeste, Italia parecía invitar

a todas las naciones europeas a refugiarse en sus territorios, de un aspecto tan seductor y de un acceso tan fácil. Parece que ninguna tribu errante resistió a ese llamamiento.

Al terminarse los tiempos reservados al dominio oscuro de las familias finesas, se presentaron los Rasenos y, después de ellos, aquellas otras naciones que debían formar la primera capa de mestizos blancos, dueños del país desde los Alpes hasta el estrecho de Mesina.

Esas naciones se dividían en varios grupos que contaban con más o menos tribus. Las tribus, como los grupos, llevaban nombres distintivos, y entre estos nombres, el primero que hace su aparición es, absolutamente como en la Grecia primitiva, el de los Pelasgos. A continuación, los cronistas señalan pronto a otros Pelasgos salidos de la Hélade, de suerte que ningún sitio podía resultar mejor escogido ni ninguna ocasión más propicia para examinar a fondo aquellas multitudes que, a los ojos de los Griegos y de los Romanos, representaban a las sociedades primitivamente cultivadas, viajeras y conquistadoras de su historia.

La denominación de *Pelasgo* carece de sentido étnico. No supone una necesaria identidad de origen entre las masas a las cuales se atribuye. Es posible que esta identidad haya existido; es incluso, en ciertos casos, una opinión plausible, pero seguramente el conjunto de los Pelasgos escapa a ella, y, por consiguiente, el vocablo, en tanto que indica una nacionalidad especial, carece absolutamente de valor.

Desde cierto punto de vista, sin embargo, adquiere un mérito relativo. Exactamente como su sinónimo *aborigen,* no ha sido nunca aplicado, por los antiguos analistas, sino a poblaciones blancas o semiblancas, de Grecia o de Italia, que se suponía primitivas. Está pues dotado, por lo menos, de una significación geográfica, lo que no está desprovisto de valor para el esclarecimiento de la cuestión de raza. Pero ahí terminan los servicios que pueden esperarse de él. Si no es mucho, es todavía algo.

En Grecia, las poblaciones pelásgicas desempeñan el papel de oprimidas, primero ante los colonizadores semitas, después ante los emigrantes arios helenos. No hay que exagerar la desgracia de esas víctimas: la sujeción que se les imponía tenía sus límites. En su grado más extremo, llegaba a la servidumbre. El aborigen vencido y sometido se convertía en el labriego del país. Cultivaba la tierra para sus conquistadores, trabajaba en su provecho. Pero, tal como lo comporta esta situación, permanecía dueño de una parte de su trabajo y conservaba una suficiente individualidad. Aun subordinada como estaba, esa situación era mil veces preferible al aniquilamiento civil a que estaban reducidas por doquier las tribus amarillas. Después, los Pelasgos de Grecia no habían sido indistintamente esclavizados. Hemos visto que la mayor parte de los Semitas, y después los Arios Helenos, se establecieron en el emplazamiento de las ciudades aborígenes, conservando a menudo sus antiguos nombres, y se aliaron con los vencidos de manera que originase prontamente un nuevo pueblo. Así los Pelasgos no fueron tratados como salvajes. Se les subordinó sin aniquilarlos. Se les concedió un rango de acuerdo con la suma y género de conocimientos y de riquezas que aportaban a la comunidad.

Esta dote era ciertamente de una naturaleza ruda: las aptitudes y los productos agrícolas constituían el fondo de ella. El poeta de esos aborígenes,

que es Hesíodo, no como salido de su raza, sino porque consideró y celebró particularmente sus trabajos, nos los presenta muy apegados a las ocupaciones rústicas. Esos pastores son igualmente aptos para levantar grandes murallas, para construir cámaras funerarias, para amontonar túmulos de tierra de una imponente extensión. Ahora bien: todas estas obras las hemos observado ya en los países célticos. Las reconocemos como análogas, en cuanto a los rasgos generales, a las que cubrieron el suelo de Francia y de Alemania, bajo la acción de los primeros mestizos blancos.

Los autores griegos han analizado las ideas religiosas de los aborígenes. Han señalado su respeto por la encina, el árbol druídico. Los han mostrado creyendo en las virtudes proféticas de ese patriarca de los bosques, y buscando en la soledad de las verdes selvas la presencia de la Divinidad. Son esas unas costumbres y nociones enteramente gálicas. Esos mismos Pelasgos tenían aún la costumbre de escuchar los oráculos de mujeres consagradas, de profetisas análogas a las Alrunes, que ejercían sobre sus espíritus un dominio absoluto. Esas adivinas fueron las madres de las sibilas, y, en un rango menos elevado, tuvieron también como posteridad las hechiceras de la Tesalia.

No se debe tampoco olvidar que el teatro de las supersticiones menos conformes con la naturaleza del espíritu asiático permaneció siempre establecido en el seno de las regiones septentrionales de Grecia. Los ogros, los lémures, la entrada del Tártaro, toda esa fantasmagoría siniestra se encerró en el Epiro y la Caonia, provincias en que la sangre semitizada no penetró sino muy tarde, y en que los aborígenes mantuvieron por más tiempo su pureza.

Pero si por todas esas causas, estos últimos parecen deber ser comprendidos en el rango de las naciones célticas, hay motivos para exceptuar a otras tribus.

Herodoto ha contado que entre el cabo Malea y el Olimpo se hablaban varias lenguas en una época antehelénica. El texto del historiador, poco preciso en esta ocasión, se presta sin duda a ambigüedades. Puede haber querido decir que existían en ese espacio dialectos cananeos y dialectos kínricos. Con todo, por lo hipotética, semejante explicación no se impone inevitablemente, y es permitido tomarla aún en otro sentido no menos verosímil.

Los usos religiosos de la Grecia primitiva ofrecen varias particularidades absolutamente extrañas a las costumbres kínricas; por ejemplo, la que existía en Pérgamo, en Samos, en Olimpia, de construir altares con la ceniza de las víctimas mezclada con montones de huesos incinerados. Esos monumentos alcanzaban a veces una altura de más de cien pies. Ni en Asia, entre los Semitas, ni en Europa, entre los Celtas, hemos encontrado huellas de semejante costumbre. En cambio, la encontramos en las naciones eslavas. Allí, no existe una ruina de templo que no nos muestre su montón de cenizas consagrado, y a menudo incluso ese montón de cenizas, rodeado de un muro y de un foso, forma todo el santuario. Resulta así muy probable que entre los aborígenes kínricos se mezclaban también Eslavos. Estos dos pueblos, tan frecuentemente unidos uno a otro, habían sucedido así a los Fineses, antiguamente llegados en mayor o menor gran número a este punto del continente, y se habían aliado a ellos en grados diferentes.

Por consiguiente, no encuentro ya imposible que, en las grandes revoluciones provocadas por la presencia de los colonos semitas y de los conquistadores ariotitanes, después ariohelenos, hubiesen podido pasar al Asia en diferentes épocas fugitivos aborígenes de raza eslava, y llevar allí el nombre wendo de los *Enetos* o *Henetos*. Estos desdichados Pelasgos, Eslavos, Celtas, Ilirios y también otros, pero todos mestizos blancos, atacados por fuerzas demasiado considerables, y con frecuencia bastante fuertes sin embargo para no aceptar una esclavitud absoluta, emigraban de todos lados, se convertían a su vez en bandidos o, si se quiere, en conquistadores, y eran la pesadilla de los países a los cuales llevaban su belicosa miseria.

La tierra itálica estaba ya poblada de semejantes suyos, llamados, como ellos, *Pelasgos* o *aborígenes*, reconocidos asimismo como autores de grandes construcciones macizas en piedra tosca o imperfectamente tallada, consagrados igualmente a los trabajos agrícolas, poseyendo profetisas o sibilas enteramente análogas, en fin, pareciéndose a ellos bajo todos los aspectos, y consiguientemente identificados con ellos.

Esos aborígenes italiotas parecían haber pertenecido más generalmente a la familia céltica. Sin embargo no eran los únicos, ni tampoco los de la Grecia, en ocupar sus provincias. Además de los Rasenos, cuyo carácter eslavo ha sido ya reconocido, se percibe allí también a otros grupos de procedencia wenda, tales como los Vénetos. No hay tampoco motivo para negar, contra Festo, el origen ilirio de los Pelignos. Los Yapigios, aparecidos hacia el año 1186 antes de nuestra era, y establecidos en el Sudeste del antiguo reino de Nápoles, parecen haber pertenecido a la misma familia. Por su parte, W. de Humboldt ha dado también demasiado buenas razones para que luego se pueda negar que las poblaciones ibéricas hayan vivido y ejercido una influencia bastante notable en el suelo de la península. En cuando a los Troyanos de Eneo, la cuestión resulta más difícil. Parece más que probable que la ambición de enlazarse con ese tronco épico no se les ocurrió a los Romanos sino a consecuencia de sus relaciones con la colonia griega de Cumas, que les hizo sentir la belleza de ello.

He aquí, desde el comienzo, una variedad bastante grande de elementos étnicos. Pero el más difundido de todos era indiscutiblemente el de los kinris o de los aborígenes, reconocidos por los etnógrafos, como Catón, como pertenecientes a una sola y misma raza.

Esos aborígenes, cuando los Griegos quisieron imponerles un nombre especial y geográfico, fueron primero calificados de *Ausonios* (1).

Estaban compuestos de diferentes naciones, tales como los Oenotrianos, los Oscos, los Latinos, subdivididas todas en fracciones de desigual poderío. Es así cómo el nombre de los Oscos se enlazaba con los Samnitas, los Lucanios, los Apulios, los Calabreses, los Campanios.

Pero, como los Griegos no habían establecido sus primeras relaciones sino con la Italia meridional, el término de *Ausonio* no designaba más que al conjunto de las masas reunidas en esa parte del país, y el sentido no se extendía a los habitantes de la región media.

La denominación que correspondió a estos últimos fué la de *Sabelios*.

(1) D. Müller, *Die Etrusker*, p. 27.

Más allá, hacia el Norte, se conoció aún a los Latinos, después a los Rasenos y a los Umbrios.

Esta clasificación, por arbitraria que sea, tiene por primera y asaz grande ventaja el restringir considerablemente la aplicación del título vago de aborigen. En todo momento se cree conocer lo que se ha nombrado. Se puso pues aparte a los pueblos ya clasificados, Ausonios, Sabelios, Rasenos, Latinos y Umbrios, y se formó una categoría especial de aquellos que no permanecieron aborígenes sino porque no se había tenido contacto bastante íntimo con ellos para atribuirles un nombre. De ese número fueron los Ecuos, los Volscos y algunas tribus de Sabinos.

Los inconvenientes del sistema eran flagrantes. Los Samnitas, comprendidos entre los Oscos, y los mismos Oscos, con todas aquellas tribus citadas más arriba, y luego los Mamertinos y otros, no eran extraños a los Sabelios. Estos grupos pertenecían al tronco sabino. Por consiguiente, tenían afinidades ciertas con las gentes de la Italia media, y todos, lo cual es significativo, habían emigrado, poco a poco, de la parte septentrional de los montes Apeninos. Así, dejando aparte a los Rasenos y remontando del Sur al Norte de la Península, se llegaba, de parentescos en parentescos, a la frontera de los Umbrios, sin haber observado una solución de continuidad en la parte dominante de ese encadenamiento.

Se ha dicho por mucho tiempo que los Umbrios no databan, en la Península, sino de la invasión de Bellovesa, y que habían reemplazado a una población que no llevaba el mismo nombre que ellos. Esta opinión está hoy abandonada. Los Umbrios ocupaban el valle del Po y la falda meridional de los Alpes desde mucho antes de la irrupción de los Kinris de la Galia. Se enlazaban por su raza con las naciones que han seguido siendo denominadas aborígenes o pelásgicas, exactamente como los Oscos y los Sabelios, y aun se les reconocía como el tronco del cual los Sabinos procedían, y con estos últimos los Oscos.

Siendo, pues, los Umbrios la raíz misma de los Sabinos, es decir, de los Oscos, esto es, de los Ausonios, y resultando así hermanos de los Sabelios y de todos los pueblos denominados con el nombre poco comprometedor de aborígenes, cabría, por esto solo, afirmar que la masa entera de esos aborígenes, descendidos del Norte hacia el Sur, era de raza umbria, siempre con la excepción de los Etruscos, de los Iberos, de los Vénetos y de algunos Ilirios. Habiendo difundido por la Península las mismas modas y el mismo género de arquitectura, inspirándose en la misma doctrina religiosa, mostrando las mismas costumbres agrícolas, pastorales y guerreras, esa identificación parecería bastante sólidamente justificada para que no ofreciese la menor duda. No es sin embargo bastante; el examen de los idiomas italiotas, en el grado que cabe hacerlo, quita aún a la negativa su último recurso.

Mommsen establece que la lengua de los aborígenes ofrece un género de estructura anterior al griego, y reune en un mismo grupo a los idiomas umbrios, sabelios y samnitas, que él distingue del etrusco, del galo y del latín. Pero añade en otra parte que entre esas seis familias especiales existían numerosos dialectos que, penetrándose unos a otros, formaban otros tantos lazos, establecían la fusión y cohesionaban el conjunto.

En virtud de este principio, corrige su aserción separatista, y afirma que los Oscos hablaban una lengua muy afín al latín.

O. Muller señala, en esta lengua compuesta, relaciones manifiestas con el umbrio; y el sabio arqueólogo danés cuyo juicio acabo de invocar, da su verdadero sentido y todo su alcance a esas relaciones, afirmando que el umbrio es, de todas las lenguas italiotas, la que ha permanecido más cerca de las fuentes aborígenes. En otros términos, el osco, como el latín, tal como nos lo ofrecen la mayor parte de monumentos, pertenece a una época en que las mezclas étnicas habían ejercido una gran influencia y desarrollado corrupciones considerables, mientras que, debido a que las circunstancias geográficas habían permitido al umbrio recibir menos elementos griegos y etruscos, este último lenguaje se había mantenido más cerca de su origen y había conservado mejor su pureza. Merece, en consecuencia, ser tomado como prototipo, cuando se trata de juzgar en su esencia los dialectos italiotas.

Hemos, pues, dilucidado este punto capital: los pueblos aborígenes de Italia, salvo las excepciones admitidas, se enlazan fundamentalmente con los Umbrios; y en cuanto a los Umbrios, son, como su nombre indica, emisiones del tronco kínrico, quizá modificadas de una manera local por el grado de infusión finesa recibida en su seno.

Es difícil pedir al mismo umbrio una confirmación de este hecho. Lo que de él subsiste es demasiado poca cosa, y, hasta aquí, lo que se ha descifrado ofrece sin duda raíces pertenecientes al grupo de los idiomas de la raza blanca, pero desfigurados por una influencia que no ha sido aún precisada en sus verdaderos caracteres. Dirijámonos, pues, primero a los nombres de lugares, después a la única lengua italiota que nos resulta plenamente accesible: el latín.

Por lo que se refiere a los nombres de lugares, la etimología del vocablo *Italia* es naturalmente ofrecida por el céltico *talamh, tellus,* la tierra por excelencia, *Saturnia tellus, Oenotria tellus.*

Dos tribus umbrias, los Euganeos y los Tauriscos, llevan nombres puramente célticos. Las dos grandes cordilleras que dividen y limitan el suelo italiano, los Apeninos y los Alpes, tienen denominaciones sacadas de la misma lengua. Las ciudades de Alba, tan numerosas en la Península y siempre de fundación aborigen, toman del céltico la etimología de su nombre. Los hechos de este género abundan. Me limito a indicar su huella, y paso de preferencia al examen de algunas raíces kinrolatinas.

Se observa, en primer lugar, que pertenecen a aquella categoría de expresiones que forman la esencia misma del vocabulario de todos los pueblos, de expresiones que, apegadas al fondo de los hábitos de una raza, no se dejan expulsar fácilmente por influencias pasajeras. Son nombres de plantas, de árboles, de armas. No me sorprendería, en ningún caso, ver que los dialectos célticos y los de los aborígenes de Italia poseen raíces análogas para todos esos usos, puesto que, aun dejando a un lado la cuestión actual, habría que reconocer siempre que, surgidos igualmente del tronco blanco, han asentado sus desenvolvimientos posteriores sobre una base única. Pero si las mismas palabras se presentan con las mismas formas, apenas alteradas en el céltico y en el italiota, resulta muy difícil no confesar la evidencia de la identidad de origen secundario.

Veamos primero el vocablo empleado para designar la *encina*. Es un tema digno de atención. Entre los Celtas de la Europa septentrional, entre los aborígenes de Grecia y de Italia, ese árbol desempeñaba un gran papel, y, por la importancia religiosa que se le atribuía, se relacionaba de muy cerca con las ideas más íntimas de esos tres grupos.

El vocablo bretón es *cheingen,* que, mediante la permutación local de la *n* en *r,* se convierte en *chergen,* que dista muy poco del latín *quercus.*

El vocablo *guerra* ofrece una relación menos impresionante. La forma francesa reproduce casi puro el céltico *queir.* El sabino *queir* lo guarda todo entero. Pero, aparte de que este vocablo, en céltico, tiene el sentido que acabo de indicar, tiene también el de *lance.* En sabino ocurre todavía lo mismo, y de ahí el nombre y la imagen del dios heroico *Quirinus,* adorado entre los primeros Romanos bajo el aspecto de una lanza, venerado aún entre los Faliscos, que tenían su *Pater curis,* y divinizado en Tibur, donde la Juno Pronuba llevaba el epíteto de *Curitis* o *Quiritis* (1).

Arm en bretón, *airm* en gaélico, equivale al *arma* latino.

El galo *pill* es el latino *pilum* (2).

El escudo, *scutum,* aparece en el *sgiath* gaélico; *gladius,* el gladio, en el *cleddyf* galo y el *cledd* gaélico; el arco, *arcus,* en el *archelte* bretón; la flecha, *sagitta,* en el *saeth* galo, el *saighead* gaélico; el carro, *currus,* en el *car* gaélico y el *carr* bretón y galo.

Si paso a los términos de agricultura y de la vida doméstica, encuentro la casa, *casa,* y el erse *cas; aedes* y el gaélico *aite; cella* y el galo *cell; sedes* y el *sedd* del mismo dialecto. Hallo el ganado, *pecus;* y el gaélico *beo;* pues el ganado por excelencia son las bestias bovinas. Encuentro el viejo latín *bus,* el buey, y *bo,* gaélico, o *buh* bretón; el ariete, *aries,* y *reithe* gaélico; la oveja, *ovis,* y el bretón *ovein,* con el galo *oen;* el caballo, *equus,* y el galo *echw;* la lana, *lana,* y el gaélico *olann,* y el galo *gwlan;* el agua, *aqua,* y el bretón *aguen,* y el galo *aw;* la leche, *lactum,* y el gaélico *lachd;* el perro, *canis,* y el galo *can;* el pez, *piscis,* y el galo *pysg;* la ostra, *ostrea,* y el bretón *oistr;* la carne, *caro,* y el gaélico *carn,* que presenta la *n* de las flexiones de *caro;* el verbo inmolar, *mactare,* y el gaélico *mactadh;* mojar, *madere,* y el galo *madrogi.*

El verbo labrar, *arare,* y el gaélico *ra,* con las dos formas galas *aru* y *aredig;* el campo, *arvum,* con el gaélico *ar* y el galo *arw;* el trigo, *hordeum,* y el gaélico *eorma;* la mies, *seges,* y el bretón *segall;* el haba, *faba,* y el galo *ffa;* la vid, *vitis,* y el galo *gwydd;* la avena, *avena,* y el bretón *havre;* el queso, *caseus,* y el gaélico *caise,* con el bretón *casu; butyrum,* la manteca, y el gaélico *butar;* la candela, *candela,* y el bretón *cantol;* el haya, *fagus,* y el erse *feagha,* con el bretón *fao* y *faouenn;* la víbora, *vipera,* y el galo *gwiper;* la serpiente, *serpens,* y el galo *sarff;* la nuez, *nux,* y el gaélico *cnu,* ejemplo notable de esos cambios de sones frecuentemente sufridos por los monosílabos al pasar de un dialecto a otro.

Después enumero a bulto vocablos como éstos: el mar, *mare,* gaélico *muir,* bretón y galo *mor;* servirse, *uti,* gaélico *usinnich;* el hombre, *vir,* galo *gwir;* el año, *annus,* gaélico *ann;* la *virtud,* gaélico *feart,* que se con-

---

(1) Bœttiger, *Ideen zur Kunst-Mythologie,* t. I, p. 20, y *passim.*
(2) Y el sánscrito *pilu.* — A. V. Schlegel, *Indische Bibliothec,* t. I.

funde bien con el vocablo *fortis*, animoso; el río, *amnis*, gaélico *amha*, *amhuin*; el rey, *rex*, gaélico *righ*; *mensis*, el mes, galo *mis*; la muerte, *murn*, galo, y morir, *mori*, bretón *marheuein*. Terminaré con *penates*, que no tiene etimología sino en céltico (1): este vocablo no se deriva de una manera simple y enteramente satisfactoria sino del galo *penaf*, que quiere decir «educado», y que tiene por superlativo *penaeth*, «muy educado, el más educado».

Podría extender estos ejemplos hasta muy lejos.

Las trescientas palabras citadas por el Cardenal Maï, en el tomo V de su colección de los clásicos editados sobre los manuscritos del Vaticano, resultarían rebasadas. Sin embargo es ya bastante, lo confío, para acabar con toda indecisión. Se pueden escoger verbos lo mismo que sustantivos: los resultados del examen serán los mismos, y cuando se descubren relaciones tan manifiestas, tan íntimas entre ambas lenguas, y cuando por lo demás las formas de la oración son, por su parte, enteramente idénticas, el proceso está juzgado: los Latinos, descendientes, en parte, de los Umbrios, estaban, como su nombre lo indica, emparentados de cerca con los Galos, así como sus antepasados, y, por consiguiente, los aborígenes de Italia, no menos que los de la Grecia, pertenecían, en gran parte, a ese grupo de naciones.

Así, y solamente así, es cómo se explica esa especie de tinte uniforme, ese color opaco que cubre igualmente, en las edades heroicas, todo lo que sabemos y adivinamos de los hechos y actos de la masa llamada pelásgica, como de la que lleva su verdadero nombre de kínrica. Se observa en ellas un análogo aire rudo y soldadesco, idénticas trazas de labrador y de pastor de bueyes. En fin, es la misma la manera de ataviarse y componerse. No descubrimos menos brazaletes y anillos en la indumentaria de los Sabinos de la Roma primitiva que en la de los Arvernios y de los Boianos de Vercingetórix. En ambos pueblos, el valeroso se nos muestra bajo el mismo aspecto físico y moral, batallando y trabajando, austero y exento de pompa.

Sin embargo las obras de los aborígenes italiotas fueron más considerables. En la Península no hay vieja ciudad en ruinas en la que no se descubra aún la huella de sus manos. Por espacio de mucho tiempo se atribuyó incluso a los Etruscos tales obras. Así, Pisa, Saturnia, Agila, Alsio, conquistadas de muy antiguo a los Rasenos, empezaron siendo ciudades kínricas, poblaciones fundadas por los aborígenes. Lo mismo ocurrió con Cortona.

Dentro de otro género de construcción, parece cierto que la parte de la vía Apia que va de Terracina a Fondi era de origen kínrico, y con mucho anterior al trazado romano que incluyó ese pedazo en un plan general.

Pero no era posible a las razas italiotas mantener lo más mínimo su pureza. Iberos, Etruscos, Vénetos, Ilirios, Celtas, metidos en guerras permanentes, debían todos, a cada momento, perder o ganar terreno. Era el estado ordinario. Esta situación empeoraba por efecto de las costumbres

---

(1) Nada puede probarlo mejor que la lectura del pasaje en que Dionisio de Halicarnaso se encarniza en encontrar a esta denominación etnológica un sentido que le escapa, pese a todos sus esfuerzos, así como a sus comentaristas. (*Ant. Rom.* C. XLVII.)

sociales que habían creado, bajo el nombre de *primavera sagrada,* una causa poderosa de confusión étnica. Con ocasión de una sequía o de un exceso de población, una tribu consagraba a un dios cualquiera una parte de su juventud, le ponía las armas en la mano y la invitaba a crearse una nueva patria a expensas de los vecinos. El dios invocado se encargaba de ayudarle en ello (1). Surgieron así conflictos perpetuos que, finalmente, empeoraron por efecto de grandes acontecimientos cuyo origen desconocido se ocultaba muy lejos en el Nordeste del continente.

Tumultuosas naciones de Galos transrenanos, probablemente echados por otros Galos que se veían turbados por Eslavos a quienes hostigaban los Arios o los pueblos amarillos, irrumpieron más allá del río, empujaron a sus congéneres, compartieron la posesión de sus territorios, y, de grado o por fuerza, avanzaron con ellos, dando tumbos y con las armas en la mano, hasta la región del Garona, en donde su vanguardia se estableció entre los vencidos. Después, estos últimos, descontentos de un dominio que resultaba demasiado estrecho, se dirigieron en masa hacia los Pirineos, los cruzaron siguiendo las costas por el golfo de Gascuña, y fueron a imponer a los Iberos una presión muy análoga a la que ellos mismos acababan de sufrir.

Los Iberos, a su vez, maltratados, se agitaron. Después de haberse debatido y mezclado en parte con sus conquistadores, viendo su país insuficiente para sus nuevos pobladores, partieron, juntamente con los Celtíberos, salieron por el otro extremo de las montañas, es decir, por las playas orientales del Mediterráneo, y, hacia el año 1600 antes de nuestra era, se diseminaron por las regiones marítimas del Rosellón y de la Provenza. Penetrando seguidamente en Italia por la costa genovesa, mostrándose en la Toscana, y, finalmente, pasando por donde les fué posible, dieron a conocer a aquellas vastas regiones sus nombres nuevos de Ligures y de Sículos (2). Después, confundidos con aborígenes de diversas tribus, sembraron a lo lejos un elemento o más bien una combinación étnica destinada a desempeñar un papel considerable en el porvenir. Bajo más de un aspecto, aportaban un nuevo lazo a aquello que unía ya a los Italiotas con los pueblos transalpinos.

Lo que su presencia ocasionó, sobre todo, fueron terribles conmociones cuya repercusión se hizo sentir en todas las partes de la Península. Los Etruscos, rechazados hacia las provincias umbrías, experimentaron allí mezclas que probablemente no serían las primeras. Muchos Sabelios o Sabinos, muchos Ausonios sufrieron la misma suerte, y la misma sangre ligur se infiltró por todas partes tanto más cuanto que la masa de aquella nación emigrante, establecida principalmente en la campiña de Roma, no pudo crearse nunca una patria suficientemente vasta. No pudo prevalecer contra todas las resistencias que se le opusieron. Se contentó con vivir en un estado flotante en las regiones donde los aborígenes, como los Etruscos, supieron mantenerse firmes; de suerte que los Ligures, intrusos y tolerados en más de un sitio, no pudieron confundirse allí con la plebe.

Mientras soportaban así las consecuencias de su origen, viéndose for-

---

(1) Dionys. Halic., *Ant. Rom.*, I, XVI.
(2) Müller, *Die Etrusker,* p. 16.

zados, aun siendo invasores, a permanecer en un plano de igualdad, a veces de inferioridad, respecto de las naciones cuyas relaciones iban a turbar, se operaba, casi en silencio, otra revolución, en el otro extremo, en el punto meridional de la Península. Hacia el siglo X antes de Jesucristo, unos Helenos, ya semitizados, empezaban a establecer allí colonias, y, aunque formando, comparados a las masas ligures o sículas, un señalado contraste por su pequeño número, se les veía desplegar sobre éstas y sobre los aborígenes tal superioridad de civilización y de medios, que la conquista de todo lo que quisiesen tomar parecía asegurada de antemano.

Se extendieron a su sabor. Levantaron ciudades allí donde les plugo. Trataron a los Pelasgos italiotas tal como sus padres habían tratado a los padres de éstos en la Hélade. Los subyugaron o les obligaron a retroceder, cuando no se mezclaron con ellos, como aconteció con los Oscos. Éstos, afectados, de buen comienzo, por la fusión helénica semitizada, mostraron señales de esta situación así en sus costumbres como en su lengua. Varias de sus tribus cesaron de ser, propiamente hablando, aborígenes, ofreciendo un espectáculo análogo al que presentaron más tarde, a mediados del siglo II antes de nuestra era, los pobladores de la Provenza sometidos al cruce romano. Es lo que se denomina la segunda formación de los Oscos.

Pero la mayoría de naciones pelásgicas experimentaron un trato menos feliz. Arrojadas de sus territorios por los colonizadores helenos, no les quedó sino la alternativa de lanzarse sobre grupos de Sículos, establecidos algo más al Norte en el Lacio, y se mezclaron con ellos. La alianza así concertada se fortaleció gradualmente con nuevas víctimas de colonos griegos. Al fin, esa masa confusa, traqueteada y acosada de un lado y de otro por grupos rivales, y sobre todo por los Sabinos, conservados más kinrises que los otros, y, por consiguiente, superiores en mérito guerrero a los Oscos ya semitizados, así como a los Sículos semiiberos y a los Rasenos semifineses, esa masa confusa, repito, retrocedió paso a paso y, un millar de años aproximadamente antes de la era cristiana, fué a buscar un refugio en Sicilia.

He aquí lo que se sabe, lo que se puede ver de los actos más antiguos de la población primitiva de Italia, población que, en general, escapa a la acusación de barbarie, pero que, a ejemplo de los Celtas del Norte, limitaba su ciencia social a la investigación de la utilidad material. Muchas guerras la dividían, y sin embargo florecía en ella la agricultura; sus campos eran cultivados y productivos. Pese a la dificultad de atravesar las montañas y los bosques, de cruzar los ríos, su comercio iba a buscar los pueblos más septentrionales del continente. Numerosos pedazos de ámbar, conservados en bruto o cortados en collares, se encuentran frecuentemente en sus tumbas, y la identidad, ya señalada, de ciertas monedas rasenas con las de la Galia demuestra irrefragablemente la existencia de relaciones regulares y permanentes entre ambos grupos.

En esa época tan remota los recuerdos étnicos todavía recientes de las razas europeas, su ignorancia de los países del Sur, la similitud de sus necesidades y de sus gustos, debían tender necesariamente a acercarlos. Desde el Báltico hasta Sicilia (1) existía una civilización incompleta, pero real

(1) Abeken, *Unter-Italien*, p. 267.

y por doquier idéntica, salvo las gradaciones correspondientes a los matices étnicos resultantes de los enlaces, esporádicamente contraídos, entre grupos surgidos de las dos ramas blanca y amarilla.

Los Tirrenos asiáticos vinieron a turbar esta organización sin brillo y a ayudar a los colonos de la Gran Grecia en la tarea de unir Europa a la civilización adoptada por los pueblos del Este del Mediterráneo.

CAPÍTULO V

Los Etruscos tirrenos. — Roma etrusca

Parece poco natural, a primera vista, que los recuerdos positivos en Etruria no se remonten sino hasta el comienzo del siglo X antes de nuestra era. Es, en suma, una antigüedad muy mediocre.

Esa particularidad se explica de dos maneras que no se excluyen entre sí. En primer lugar, la llegada de las naciones blancas a la parte occidental del mundo es posterior a su aparición en el Sur. Después la mezcla de los blancos con los negros ha dado, de buen principio, origen a la civilización que podría llamarse aparente y visible, mientras que la unión de los blancos con los Fineses no ha creado más que un modo de cultura latente, oculta, utilitaria. Por mucho tiempo, confundiendo las apariencias con la realidad, no se ha querido reconocer el perfeccionamiento social sino allí donde formas exteriores muy destacadas acusaban menos su presencia que una naturaleza o una manera de ser más adornada en su modo de producirse. Pero como no es posible negar que los Iberos y los Celtas hubiesen tenido derecho a llamarse regularmente constituídos en sociedades civiles, hay que reconocerles, y con ellos a toda la Europa primitiva del Oeste y del Norte, un rango legítimo en la jerarquía de los pueblos cultos.

Con todo, no pretendo tratar con indiferencia lo que llamo aquí *cuestión de forma,* y del mismo modo que no tomaré nunca como tipo de hombre social al industrial consumado o al mercader más hábil, y que colocaré siempre por encima de ellos y ciertamente a una altura incomparable, sea al sacerdote, sea al guerrero, al artista, al administrador o lo que se llama hoy el hombre de mundo y que en tiempos de Luis XIV se denominaba *hombre decente;* y del mismo modo que preferiré siempre, en la esfera de los hombres selectos, san Bernardo a Papin o a Watt, Bossuet a Jacques Cœur, y Louvois, o Turenne, o el Ariosto, o Corneille a todas las celebridades financieras, así también no llamo civilización activa, civilización de primer orden, a la que se contenta con vegetar oscuramente, no dando a sus partidarios sino satisfacciones en definitiva muy incompletas y en demasía humildes, confinando sus deseos bajo una esfera limitada y desenvolviéndose dentro de aquella espiral de perfeccionamientos limitados cuya cúspide ha sido alcanzada por China. Ahora bien; en tanto que un grupo de pueblos se reduce, por toda mezcla, al elemento amarillo combinado con el blanco, no adquiere en las cualidades, las capacidades, las aptitudes, sean mixtas, sean nuevas, creadas por ese enlace, nada que lo atraiga hacia la corriente necesaria del elemento femenino y lo lleve a

inquirir lo que hay de trascendentalmente útil en el cultivo de los goces que la imaginación pura difunde en una sociedad.

Si, pues, los pueblos occidentales hubiesen debido permanecer limitados a la combinación de sus primeros principios étnicos, es más que probable que a costa de esfuerzos hubieran acabado por llegar a un estado comparable al del Celeste Imperio (1), aunque sin encontrar la misma calma. Había ya demasiados afluentes diversos en su esencia y sobre todo demasiadas aportaciones blancas. Por esta razón, el despotismo razonado del Hijo del Cielo no se hubiera establecido nunca. Las pasiones militares hubieran, revuelto en todo momento, a aquella sociedad destinada a una cultura mediocre y a largos e inútiles esfuerzos.

Pero las invasiones del Sur vinieron a aportar a las naciones europeas lo que les faltaba. Sin destruir aún su originalidad, aquella feliz asociación contribuyó a hacerles avanzar, encendiendo la antorcha que, al iluminarles, les condujo a asociar su existencia al resto del mundo.

Doscientos cincuenta años antes de la fundación de Roma penetraron en Italia, por las costas, bandas pelásgicas semitizadas, y habiendo fundado en medio de los Etruscos conquistados y dominados la ciudad de Tarquinii, hicieron de ella el centro de su poderío. De allí se extendieron poco a poco por una parte muy vasta de la Península.

Estos civilizadores, llamados más particularmente Tirrenos o Tirsenios, procedían de la costa jónica, en donde habían aprendido muchas cosas de los Lidios, con los cuales se habían aliado. A la vista de los Rasenos aparecieron cubiertos de armas de bronce, animando los combates al son de las trompetas, teniendo las flautas para alegrar sus banquetes, e importando una forma y elementos de sociedad desconocidos fuera de Asia y de Grecia, donde los Semitas habían introducido otros a ellos parecidos.

En vez de imitar las construcciones potentes, pero groseras, de los pueblos italiotas, los recién llegados, más hábiles porque eran mestizos de naciones más cultivadas, enseñaron a sus súbditos a construir en las alturas, en las crestas de las montañas, ciudades fortificadas con un arte enteramente nuevo, refugios inexpugnables, áreas temibles desde las cuales la dominación pesaba sobre las regiones circundantes. En Occidente fueron los primeros en tallar, por medio de la regla de plomo, bloques de piedra que, encajados los unos en los otros por ángulos entrantes y salientes diestramente dispuestos, formaron espesas murallas de una solidez que cabe apreciar todavía, puesto que en más de un lugar han sobrevivido a todo (2).

Después de haber creado así fortificaciones gigantescas, tan temibles para sus súbditos como para los pueblos rivales, los Tirrenos embellecieron sus ciudades con templos y palacios, y éstos con estatuas y vasos de barro cocido, dentro de lo que se llama el antiguo estilo griego y que no era otro que el de la costa de Asia. Así es cómo un grupo pelásgico se hallaba en situación, por sus alianzas con la sangre semítica, de aportar a los Rasenos lo que les faltaba, no para convertirse en una nación, sino para parecerlo y revelarlo a cuantos en el mundo poseían el mismo rango.

Es probable que el número de Tirrenos fuese pequeño en compara-

(1) Aún Imperio en la época en que fué escrito este libro.
(2) O. Müller, *obra citada*, p. 260.

ción con el de los Rasenos. Estos vencedores lograron dar, pues, a la sociedad, para mayor honra de ésta, sus formas exteriores; sin embargo, no consiguieron llevarla a una asimilación completa con el helenismo. Por lo demás, no lo poseían ellos mismos sino en una dosis asaz débil, puesto que no eran Helenos, sino únicamente Kinris, Eslavos o Ilirios Griegos. Después se dispusieron sin pena a compartir buen número de ideas esenciales que la parte semítica de su sangre no había destruído en su propio seno. De ahí esa continuidad del espíritu utilitario en la raza etrusca; de ahí ese predominio del culto y de las creencias antiguas en la mitología importada; de ahí, en una palabra, la persistencia de las aptitudes eslavas. La masa de la nación permaneció, con poca diferencia, tal como era antes de la conquista. Como, sin embargo, los vencedores, pese a sus concesiones y sus mezclas ulteriores con la población, se vieron señalados con un sello especial debido a su origen semiasiático, la fusión no fué nunca completa y numerosas tiranteces prepararon las revoluciones y desgarros.

Los Tirrenos, que denominaré también, según sus títulos, los *lars*, los *lucumones*, los *nobles*, pues habiendo perdido el uso de su lengua primitiva, sustituída por el idioma de sus súbditos, y habiéndose enlazado con estos últimos, muy pronto dejaron de constituir una nación aparte, los nobles, digo, habían conservado el gusto por las ideas griegas, y, como un medio de satisfacerlas, Tarquinii siguió siendo su ciudad predilecta. Esta ciudad servía de lazo a comunicaciones constantes con las naciones helénicas. Se debe, pues, considerarla como la sede de la cultura natural en Etruria y el punto de apoyo de la aristocracia y de su poderío.

En tanto los Rasenos estuvieron abandonados a sus únicos instintos, no debieron de ser, para las otras naciones italiotas, rivales particularmente temibles. Ocupados, sobre todo en sus trabajos agrícolas e industriales, amaban la paz y trataban de mantenerla con sus vecinos. Pero cuando una nobleza de esencia belicosa puesta al frente de ellos les hubo distribuído armas y hecho construir nobles fortalezas, los Rasenos viéronse constreñidos a buscar también la gloria y las aventuras y se lanzaron a las conquistas.

Italia no era todavía, ni mucho menos, una región tranquila. En medio de las agitaciones incesantes de los Italiotas aborígenes, de los Ilirios, de los Ligures, de los Sículos, en medio de los desplazamientos de las tribus, cansadas de las invasiones de las colonias de la Gran Grecia, los Etruscos asumieron un papel capital. Se aprovecharon de todas las divisiones para extenderse a su sabor. Se engrandecieron a expensas de los Umbrios en todo el valle del Po. Conservando lo que había ya producido la industria de este pueblo en las trescientas ciudades que la Historia le atribuye, aumentaron su propia riqueza y su importancia. Después, volviendo desde el Norte sus armas hacia el Sur y rechazando hacia las montañas a las naciones o más bien a los fragmentos de naciones refractarias, se extendieron en la Campania, tomando como límite occidental el curso inferior del Tíber. Tocaban, pues, en los dos mares. El Estado raseno convirtióse así en el Estado más poderoso de la Península y aun en uno de los más respetables del universo entonces civilizado. No se limitó a las adquisiciones continentales: se apoderó de varias islas y estableció colonias en la costa de España. Potencia marítima, imitó el ejemplo de los Fenicios y de los Griegos, cubriendo los mares de navíos a un tiempo comerciales y piratas.

Con tan vastos progresos, los Etruscos, ya mestizos, intensamente mestizos, sea que se les considere entre sus clases inferiores, sea que se descomponga la sangre de su nobleza, no se habían substraído a mezclas más numerosas. Sometidos a la suerte de todas las naciones dominadoras, habían en cada una de sus conquistas anexionado a su individualidad la masa de las poblaciones dominadas, y Umbrios, Sabinos, Iberos, Sículos, probablemente también muchos Griegos, vinieron a confundirse dentro de la variedad nacional, modificando incesantemente sus inclinaciones y naturaleza.

A la inversa de lo que acontece ordinariamente, las alteraciones sufridas por la especie etrusca eran, en general, susceptibles de mejorarla. De una parte, la sangre kínrica italiota, mezclándose con los elementos rasenos, avivaba su energía; de otra, la esencia aria semitizada, aportada por los Griegos, infundía al conjunto un movimiento, un ardor demasiado débil para lanzarlo a los arrebatos helénicos o asiáticos, pero suficiente para corregir algo lo que los enlaces occidentales ofrecían de excesivamente utilitario. Desdichadamente, esas transformaciones se operaban sobre todo entre las clases medias y bajas, cuyo valor se acercaba así al de las familias nobles, y no era eso a propósito para mantener el equilibrio político intacto y el poderío aristocrático indiscutido.

Después, esa gran diversidad de elementos étnicos creaba excesivas mezclas fragmentarias y pequeños grupos separados. Se establecieron antagonismo en el seno de la población, casi como en Grecia, y nunca el Imperio etrusco pudo llegar a la unidad. Poderoso para la conquista, dotado de instituciones militares tan perfectas que los Romanos no tuvieron más tarde nada mejor que copiarlas, tanto por la organización de las legiones como por su armamento, los Etruscos no supieron nunca concentrar su gobierno (1). Se atuvieron siempre en los momentos de crisis al recurso céltico del *embratur*, del *imperator*, que guiaba a sus tropas confederadas con un poder absoluto, pero temporal. Fuera de esto, no realizaron más que confederaciones de ciudades principales, arrastrando a las ciudades inferiores dentro de la órbita de sus voluntades. Cada centro político era la sede de algunas grandes razas, dueñas de pontificados, intérpretes de las leyes, dirigentes de los Consejos soberanos, asumiendo el mando en la guerra, disponiendo del tesoro público. Cuando una de estas familias adquiría una decidida preponderancia sobre sus rivales, existía, en cierto modo, la realeza, aunque siempre adoleciendo de ese vicio original, de esa fragilidad implacable, que constituía en Grecia el primer castigo de la tiranía. Durante mucho tiempo, es cierto, el predominio que todas las ciudades etruscas convinieron en dejar a Tarquinii pareció corregir lo que esa constitución federativa ofrecía de muy débil. Pero una diferencia tan saludable no es nunca eterna: sujeta a mil accidentes, perece al primer choque. Los pueblos guardan mucho más tiempo el respeto por una dinastía, por un hombre, por un nombre que por un recinto de murallas. Vemos, pues, que los Tirrenos habían implantado en Italia algo de los vicios inherentes a los gobiernos republicanos del mundo semítico. Sin embargo, como no tuvieron la virtud de modelar completamente el espíritu de sus poblaciones según

(1) Niebuhr, *Rœm. Geschichte*, t. I, p. 83.

ese peligroso tipo, no pudieron destruir una aptitud finesa que he tenido ya ocasión de señalar: los Etruscos profesaban por la persona de los jefes y de los magistrados un respeto verdaderamente ilimitado (1).

Ni entre los Arios ni entre los Semitas se encontrará nunca nada parecido. En el Asia Anterior se venera en exceso, se idolatra, por decirlo así, el poderío; se está dispuesto a soportar todos sus caprichos como calamidades legítimas. Llámese rey, llámese patria, se adora en él hasta su demencia. Por miedo a la posibilidad de la coerción se prosternan ante el principio abstracto de la soberanía absoluta. De la persona revestida de poder y de las prerrogativas del príncipe no se hace el menor caso. Es una idea común a las naciones serviles y a las demagógicas la de considerar el magistrado como un simple depositario de la autoridad, el cual, desde el día en que, por cese regular o por desposesión violenta, se le priva de su cargo, no merece mayor respeto que el último de los mortales, ni tiene ya derecho a ninguna deferencia. De este sentimiento nacen el proverbio oriental que todo lo otorga al sultán viviente y nada al sultán muerto, y también este axioma, caro a los revolucionarios modernos, en virtud del cual se pretende honrar al magistrado llenando a la persona de violentas injurias y de manifiestos ultrajes.

La idea etrusca, muy diferente, hubiera reprimido severamente en Aristófanes los ataques contra Cleón, jefe del Estado, o contra Lamaco, general del ejército. Juzgaba a la persona misma del representante de la Ley como tan sagrada, que el carácter augusto de las funciones públicas no era separado de ella, no podía ser considerado aparte. Insisto sobre este punto, pues esta veneración fué el origen de la virtud que más tarde se admiró, con justo motivo, entre los Romanos.

En este sistema se admite que el poder es, de suyo, tan saludable y tan venerable que imprime un carácter en cierto modo indeleble al que lo ejerce o lo ha ejercido. No se cree que el agente del poder soberano vuelva nunca a equipararse al vulgo. Como ha participado en el gobierno de los pueblos, permanece para siempre por encima de ellos. Reconocer tal principio es situar el Estado en una esfera de eterna admiración, dar una recompensa incomparable a los servicios que se le rinden y proponer el ejemplo a las más nobles emulaciones. No se acepta, pues, nunca, que sea permitido abrir, aun respetuosamente, la toga del juez para cubrir de lodo el corazón de quien la viste, y se levanta una barrera infranqueable ante las demasías de esa supuesta libertad, ávida de rebajar a quien manda, para llegar de un paso más seguro a rebajar el propio mando.

Con su riqueza agrícola e industrial, engrandecida por sus conquistas, asentada sobre dos mares, mercante, marítima, recibiendo por Tarquinii y por las fronteras del Sur todas las ventajas intelectuales que su constitución étnica le permitía cosechar entre la raza de los Helenos, explotando las riquezas que le brindaban sus trabajos útiles y su poderío territorial, en provecho de las artes recreativas, aunque movida por la imitación, entregada a un gran lujo, a una viva corriente sensual hacia los deleites de todo género, la nación etrusca hacía honor a Italia y parecía no correr otro peligro para la perpetuidad de su poderío que el defecto

(1) O. Muller, *Die Etrusker*, p. 375.

esencial de una constitución federativa y la presión de las grandes masas de pueblos célticos, cuyo vigor podía un día en el Norte descargar sobre ella terribles golpes.

Si este último peligro hubiese sido el único es probable que hubiera sido combatido ventajosamente, y que, después de algunos intentos de invasión vigorosamente desbaratados, los Celtas de la Galia se habrían visto compelidos a doblegarse bajo el ascendiente de un pueblo más inteligente.

La variedad etrusca formaba ciertamente, tomada en masa, una nación superior a los Kinris, puesto que el elemento amarillo veíase ennoblecido por la presencia de enlaces, si no siempre mejores de hecho, por lo menos más avanzados en cultura. Los Celtas no hubieran tenido, pues, otro instrumento que su número. Los Etruscos, ya en vías de conquistar la Península entera, tenían bastantes fuerzas para resistir y hubieran contenido fácilmente a los asaltantes en los Alpes. Habríase producido entonces, y mucho más pronto, lo que los Romanos hicieron a continuación. Todas las naciones italiotas, enroladas bajo las águilas etruscas, hubieran franqueado, algunos siglos antes de César, el límite de las montañas, y un resultado por lo demás análogo al que tuvo efecto, puesto que los elementos étnicos hubieran sido los mismos, hubiese únicamente avanzado la hora de la conquista y de la colonización de los Galos. Pero esta gloria no estaba reservada a un pueblo que debía dejar escapar de su propio seno un germen fecundo cuya energía le atrajo pronto la muerte.

Los Etruscos, poseídos del sentimiento de su fuerza, querían proseguir sus progresos. Percibiendo del lado del Sur los resplandecientes focos de luz que la colonización griega había encendido en tantas magníficas ciudades, era allí donde las Confederaciones tirrenas trataban sobre todo de extenderse. Encontraban allí la ventaja de ponerse en relación más directa que por la vía marítima con la civilización más afín. Los Lucumones habían llevado ya los esfuerzos de sus armas hacia la Campania. Allí habían penetrado bastante lejos en el Este. Al Oeste, se habían detenido en el Tíber.

En lo sucesivo deseaban atravesar este río, siquiera para aproximarse al estrecho, en donde Cumas les atraía tanto como Vulturno.

No era una empresa fácil. En la orilla izquierda empezaba el territorio de los Latinos, pueblo de la Confederación sabina. Estos hombres habían probado que eran capaces de una resistencia demasiado vigorosa para que se les pudiese desposeer en lucha abierta. Antes de lanzarse a hostilidades estériles, prefirióse emplear aquellos medios semipacíficos, familiares a todos los pueblos civilizados ávidos del bien ajeno.

Dos aventureros latinos, bastardos, según parece, de la hija de un jefe de tribu, fueron los instrumentos de que se armó la política rasena. Rómulo y Remo — eran sus nombres —, rodeados de consejeros etruscos y de un ejército de colonos de la misma nación, se establecieron en tres burgos obscuros, ya existentes en la orilla izquierda del Tíber, no a orillas del mar, pues no se quería hacer un puerto; no sobre el curso superior del río, pues no se pensaba crear una plaza comercial que uniese más tarde los intereses de ambas partes Norte y Sur de la Italia central, sino indistintamente en el punto que cupiese escoger, atendido que el resultado, para los promotores de esa fundación, no era sino el de hacer que el río cruzase sus estableci-

mientos. Luego confiaban en las circunstancias para desarrollar esa primera ventaja.

Como había que engrandecer tres chozas destinadas a convertirse en una ciudad, ambos fundadores llamaron, por todas partes, a individuos vagabundos. Éstos, harto felices de contar con un hogar, y, en su mayor parte, Sabinos o Sículos errantes, formaron la masa de los nuevos ciudadanos.

Pero no habría respondido a los proyectos de los dirigentes de la empresa el dejar que la cabeza de puente que levantaban en el Lacio fuese a parar a razas extranjeras. Se dió, pues, a esa turba de vagabundos una nobleza enteramente etrusca. Se reconoció su presencia en los nombres significativos de los Ramnes, de los Luceres, de los Tities. El gobierno local llevó el mismo sello. Fué severamente aristocrático, y el elemento religioso o, por mejor decir, pontifical, se presentó allí estrictamente unido al mando militar, tal como lo imponían las nociones semitizadas de los Tirrenos, tan diferentes, sobre este punto, de las ideas gálicas. En fin, el poder judicial, confundido con los otros dos, fué igualmente confiado a manos del patriciado, de suerte que, según el plan de los organizadores, no quedó a disposición de los reyes, salvo las briznas de despotismo cosechadas en los momentos de crisis, sino la acción administrativa.

Si el gobierno se instituyó así enteramente etrusco, la forma exterior de la civilización, y aun el aspecto de la nueva ciudad, no lo fueron menos. Bajo el nombre de *Capitolio,* se construyó una ciudadela de piedra al estilo tirreno, se levantaron sumideros y monumentos de utilidad pública, como no los conocieran los pueblos latinos. Para los dioses importados, se erigieron templos adornados con vasos y estatuas de barro cocido fabricados en Fregellae. Se crearon magistraturas que llevaron las mismas insignias que las de Tarquinii, de Falerii, de Volterra. Se prestaron a la ciudad naciente las armas, las águilas, los títulos militares; se le concedió en fin el culto, y, en una palabra, Roma no se distinguió de las ciudades puramente rasenas sino por este hecho íntimo, desde luego muy importante: que la masa de su población, diversamente compuesta, ofrecía mucho mayores vigor y turbulencia.

Los plebeyos no se parecían en modo alguno a la masa pacífica e indolente antaño sometida por los Tirrenos, sin lo cual los colonizadores, más afortunados, hubieran sacado de sus sabias combinaciones los resultados que se prometieran. Había un elemento de sobra en aquella población plebeya, que había sido muy mezclada, quizá con la intención de debilitarla por la falta de homogeneidad. Si ese cálculo presidió, en efecto, en el sistema de reclutamiento adoptado por ella, puede decirse que las precauciones de la política etrusca fueron enteramente contra su esperanza de asegurarse un dominio más fácil. Fué esto precisamente lo que inculcó en la joven población los primeros instintos de emancipación, los primeros gérmenes y móviles de futura grandeza, y eso por una vía tan particular, tan extraña, que no ha vuelto a producirse un hecho análogo en la Historia.

En medio de aquel concurso de individuos vagabundos de las más diversas tribus, llamados a convertirse en habitantes de la ciudad, contábanse los Sículos. Esta nación mestiza y errante poseía por doquier representan-

tes. Varias ciudades de Etruria los contaban en mayoría entre su plebe; partes enteras del Lacio hallábanse cubiertas de ellos; el país sabino encerraba multitudes. Esas gentes fueron, en cierto modo, el hilo conductor que atrajo al elemento helénico, más o menos semitizado, hacia la nueva fundación. Fueron ellos quienes, mezclando su idioma al sabino, crearon el latín propiamente dicho, empezaron a darle un fuerte colorido griego, y opusieron así el obstáculo más vigoroso para evitar que la lengua etrusca pasase nunca el Tíber. El nuevo dialecto, levantándose como un dique ante el idioma invasor, fué siempre considerado por los gramáticos romanos como un tipo del que el osco y el sabino, alterados en su primitivo carácter, no eran más que variedades, pero que se mantenía en un desdeñoso alejamiento de la lengua de los Lucumones, tratada de idioma bárbaro. Así los Sículos, en tanto que habitantes plebeyos de Roma, fueron sobre todo los adversarios del genio de los fundadores, como la importación de su lengua debía ser el mayor obstáculo para la adopción del raseno.

No es necesario hacer resaltar, sin duda, que no se trata aquí sino de un antagonismo orgánico, instintivo, entre los Sículos y los Etruscos, y en modo alguno una lucha abierta y material. Seguramente esta última no hubiera tenido trazas de triunfar. Fué la propia Etruria quien, muy a pesar suyo, se encargó de lanzar a Roma naciente en la senda de las agitaciones políticas.

La pequeña colonia era, desde el primer día, objeto de odios declarados de los pueblos del Lacio. Aun cuando el atractivo de las diversas ventajas que había de ofrecer — su construcción etrusca, su organización de idéntico origen y la civilización de su patriciado — hubiesen llevado a algunas tribus bastante miserables, los Crustumini, los Antemnati, los Caeninenses y, algo más tarde, los Albanos, a fundirse entre sus habitantes, los verdaderos dueños del suelo sabino la veían con malos ojos. Reprochaban a sus fundadores su carencia de títulos, y el no representar ninguna nacionalidad ni poseer otro derecho a la patria por ellos constituída que el robo y la usurpación. Así severamente juzgada, Roma era excluída de la Confederación cuya primera capital era Amiternum, y hallábase, expuesta en la orilla izquierda del Tíber, donde se veía aislada, a ataques que muy probablemente no hubiese tenido medio de rechazar, si se hubiera encontrado sin apoyo.

En el interés de su salvación, se unía con todas sus fuerzas a la Confederación etrusca de la cual era una emanación, y cuando las discordias civiles hubieron estallado en el seno de aquel cuerpo político, Roma no pudo pensar en mantenerse neutral: le fué preciso tomar partido para conservar amigos activos en medio de sus peligros.

Etruria se hallaba en esa fase política en que las razas civilizadoras de una nación resultan menoscabadas por las mezclas con los vencidos, y los vencidos algo realzados por estas mismas mezclas. Lo que contribuía a acelerar la llegada de esa crisis, era la presencia de un número excesivamente grande de elementos kínricos más o menos helenizados, y perfectamente a propósito para disputar la supremacía a los descendientes bastardos de la raza tirrena. Se desarrolló, en consecuencia, en las ciudades rasenas un movimiento liberal que declaró la guerra a las instituciones aristocráticas y pretendió sustituir las prerrogativas del nacimiento por las de la bravura y del mérito.

El carácter constante de toda descomposición social es el de comenzar por la negación de la supremacía de nacimiento. Sólo varía el programa de la sedición según los grados de civilización de las razas sublevadas. Entre los griegos, fueron los ricos quienes reemplazaron a los nobles; entre los Etruscos, fueron los bravos, es decir, los más audaces. Los mestizos raseno-tirrenos, mezclados con la plebe, súbditos umbrios, sabinos, samnitas, sículos, se declararon candidatos al reparto de la autoridad soberana. Las doctrinas revolucionarias reclutaron sus más numerosos partidarios en las ciudades del interior, donde abundaban sus antiguos vencidos. Volsinii parece haber sido el principal punto de enlace de los innovadores, mientras que el centro de la resistencia aristocrática se estableció en Tarquinii, donde la sangre tirrena había conservado alguna fuerza guardando mayor homogeneidad. El país se dividió entre ambos partidos. Es incluso verosímil que cada ciudad tuviese a la vez una mayoría y una minoría al servicio de uno y otro. Lo que ocupaba todo el *nomen etruscum* tuvo su natural repercusión en la colonia transtiberina, y Roma, obedeciendo a razones que he deducido más arriba, tomó parte en el movimiento.

Se adivina ya por qué orden de ideas debía pronunciarse. El carácter de su población respondió de antemano de sus simpatías liberales. Su Senado etrusco, por lo demás mezclado ya de Sabinos, no estaba en situación de contener a la opinión general en el campo de Tarquinii. El espíritu ambicioso y ardiente de los Sículos, de los Quírites y de los Albanos hablaba allí demasiado alto. La mayoría se pronunció pues por los innovadores, y el rey Servio Tulio trató de realizar la revolución encaminando a Roma hacia el régimen de las doctrinas antiaristocráticas.

La Constitución serviana satisfizo al elemento popular, confiriendo una función política a todo aquel que podía llevar las armas. Se pedía, es cierto, al miembro del *exercitus urbanus* algunas condiciones de fortuna, pero no tales que constituyesen una timocracia a la manera griega. Era más bien un censo dentro del género de aquel que, en la Edad Media, se exigía a los burgueses de varias comunas.

El objetivo no era, en este último ejemplo, el crear en el ciudadano garantías de poder o de influencia, sino sólo de moralidad política. Entre los plebeyos de Roma-Quirium, se trataba aún de menos: no se quería sino obtener guerreros que estuviesen en condiciones de armarse convenientemente y de bastarse a sí mismos durante una campaña.

Esta organización, sostenida por las simpatías generales, no pudo sin embargo asentarse más que al lado de las instituciones tirrenas; no logró derribarlas. Había aún demasiada fuerza en la manera cómo estaba combinado el elemento militar y sacerdotal con el poderío jurídico. El ataque, por lo demás, no fué de una duración bastante larga para romper el haz y arrancar el poder a las razas nobles. Ello se habría quizá logrado recurriendo a las violencias de un golpe de audacia. Parece que no se quiso apelar a este medio contra personas a quienes el pontificado revestía de un carácter sagrado. Lo que las sociedades vivaces execran mayormente es la impiedad, y lo que evitan hasta el último momento es el sacrilegio.

Servio Tulio y sus partidarios, careciendo pues de lo que hubiera convenido para vencer por completo a la nobleza etrusca, se contentaron con poner el nuevo código militar al lado del antiguo, dejando a los progresos

de su causa en las otras ciudades rasenas la misión de proporcionar la posibilidad de ir más lejos. Estas esperanzas resultaron fallidas. Muy pronto la oposición liberal en Etruria, derrotada por el partido aristocrático, se encontró reducida a la oposición. Volsinii fué tomada, y uno de los jefes más eminentes de la rebelión, Cœlius, no encontró otro recurso que el de huir, de ir a buscar, no importa dónde, un refugio para sus más calurosos partidarios y para sí mismo.

Ese refugio, ¿qué otro podía ser sino la ciudad etrusca que, después de Volsinii, había mostrado mayor entusiasmo por la revolución, y, sin duda debido a su excéntrica posición territorial, a su aislamiento más allá del Tíber, había llevado más lejos sus doctrinas y aplicado más abiertamente aquellas ideas? Roma vió así cómo acudían Mastarna, Cœlius, y su gente; y el *tuscus vicus,* convertido en residencia de esos desterrados (1), ensanchó todavía el recinto de una ciudad que, desde el punto de vista de sus aristocráticos fundadores, como del de los reformadores liberales, era una especie de campo abierto a todos aquellos que iban en busca de una patria, y deseaban adquirirla en el seno de la negación de todas las nacionalidades.

Pero la llegada de Mastarna, no menos que la reforma de Servio Tulio, no podían ser indiferentes a la reacción victoriosa. Los Lucumones no estaban dispuestos a sufrir que una ciudad fundada para abrirles el Sudoeste de Italia se convirtiese en una especie de plaza fuerte en manos de sus enemigos interiores. Los nobles de Tarquinii se encargaron de ahogar el espíritu de sedición en su último asilo. Corifeos del partido que había creado la civilización y la gloria nacionales, siguieron siendo los representantes étnicos más puros y los agentes más vigorosos. A sus relaciones más constantes con Grecia y Asia Menor debían el sobrepasar a los otros Etruscos en riqueza y cultura. A ellos incumbía completar la pacificación destruyendo la obra de los niveladores en la colonia transtiberiana.

Lo consiguieron. La constitución de Servio Tulio fué derribada, el antiguo régimen restablecido. La parte sabina del Senado y la población mezclada que formaba la plebe se mantuvo pasiva (2), actitud en la cual el pensamiento etrusco les había querido siempre reducir, y los Tarquinos se proclamaron los árbitros supremos y los reguladores del gobierno restablecido. Así fué cómo el liberalismo vió cerrarse su último refugio (3).

No se conoce bastante la historia de las luchas ulteriores de ese partido en el resto del territorio raseno. Es sin embargo cierto que levantó la cabeza tras de un período de abatimiento. Las causas étnicas que lo suscitaron no podían resultar sino más imperiosas a medida que las razas subyugadas ganaban en importancia por la gradual extinción de la sangre tirrena. Con todo, siendo de valor mediocre la raza rasena del fondo nacional, hubo precisado mucho tiempo para que el resultado igualitario se operase, aun con el apoyo de los vencidos, Umbrios, Samnitas y otros. De suerte que la resistencia aristocrática ofrecía trazas de prolongarse indefinidamente en las ciudades antiguas.

Pero precisamente la inversa de esta situación se encontraba en Roma.

(1) O. Muller, p. 116 y *pass.*
(2) Dionis. Halic., *Antq. Rom.,* XLII, XLIII.
(3) Abeken, *obra citada,* p. 24.

Aparte de que los nobles etruscos, nativos de la ciudad, incluso apoyados por los Tarquinos, no eran sino una minoría, tenían contra ellos una población que valía infinitamente más que la plebe rasena. La sujeción no podía ser mantenida sino difícilmente. Las ideas de revolución seguían adquiriendo un desarrollo irresistible apoyándose en las ideas de independencia, y, un día u otro, inevitablemente, Roma iba a sacudir el yugo. Si, por un azar del destino, Populonia, Pisa o cualquier otra ciudad etrusca, poseyendo hasta el fondo de sus entrañas no sólo sangre tirrena, sino sobre todo sangre rasena, hubiese triunfado en su campaña contra las ideas aristocráticas, el uso que la ciudad victoriosa habría hecho de su triunfo se hubiera limitado al cambio de su constitución política interior, y, por lo demás, hubiera permanecido fiel a su raza no separándose de la parte colectiva, continuando apegada al *nomen etruscum*.

Roma no tenía ningún motivo para detenerse en este punto. Precisamente las razones que la impelían tan calurosamente hacia el partido liberal, que la habían llevado a aplicar las teorías del mismo, que la habían designado para servir, en cierto modo, de segunda capital a la revolución, esas razones, por lo enérgicas, la conducían mucho más allá de una simple reforma política. Si no gustaba de que dominasen los Lucumones, era, ante todo, porque éstos, con los mejores derechos para llamarse sus fundadores, sus educadores, sus maestros, sus bienhechores, no tenían el de llamarse sus conciudadanos. En la debilidad de sus primeros días, había encontrado un gran provecho, una verdadera necesidad haciéndose proteger por ellos; pero su sangre, sin embargo, no se había fundido con la suya, sus ideas no se habían convertido en las suyas, ni sus intereses en sus intereses. En el fondo, era sabina, era sícula, era helenizada; después estaba geográficamente separada de Etruria: de hecho, resultaba pues para ella extranjera, y he aquí por qué la reacción de los Tarquinos no podía triunfar durante un período más corto que en las otras ciudades, realmente etruscas, y por qué, una vez derribada la aristocracia tirrena, había que esperar que Roma se precipitase en las innovaciones en un grado mayor de lo que deseaban los liberales de Etruria. Más aun: pronto vamos a ver cómo la ciudad emancipada retorna a las teorías liberales, origen primero de su joven independencia, y restablece la aristocracia en toda su plenitud. Las revoluciones, por lo demás, están llenas de sorpresas parecidas.

Así Roma, después de un tiempo de sumisión a los Tarquinos, logró llevar a cabo un feliz levantamiento. Echó de sus murallas a sus dominadores, y, con ellos, aquella parte del Senado que, aunque nacida en la ciudad, hablaba la lengua de los dominadores y se jactaba de estar con ellos emparentada. De esta manera, el elemento tirreno desapareció casi de su colonia y no ejerció ya en ella sino una simple influencia moral. A partir de esta época, Roma cesa de ser un instrumento dirigido por la política etrusca contra la independencia de las otras naciones italiotas. La ciudad entra en una fase en que va a vivir para sí misma. Sus relaciones con sus fundadores redundarán en lo futuro en provecho de su grandeza y de su gloria, y ello de una manera que éstos no habían ciertamente sospechado nunca.

CAPÍTULO V

ROMA ITALIOTA

He indicado ya que si la aristocracia etrusca hubiese conservado su preponderancia en la Península, no hubiera acontecido otra cosa que lo que se ha producido en el mundo bajo el nombre de Roma. Tarquinii habría absorbido a la larga la independencia de las otras ciudades federadas, y como sus elementos de presión sobre los pueblos vecinos, como sobre los de España, de la Galia, del Asia y del Norte de Africa, eran los mismos que aquellos de que Roma dispuso más tarde, el resultado final hubiera sido idéntico. Únicamente la civilización habría ganado desvelándose más pronto.

No hay que disimulárselo: el primer efecto de la expulsión de los Tarquinos fué el de disminuir considerablemente el nivel social en la ingrata ciudad (1).

¿Quién poseía la ciencia bajo todas sus formas, política, judicial, militar, religiosa, augural? Los nobles etruscos, y casi nadie más. Ellos eran quienes habían dirigido aquellas grandes construcciones de la Roma regia, algunas de las cuales sobreviven todavía, y que sobrepasaban de mucho todo lo que podía verse en las capitales rústicas de las otras naciones italiotas. Ellos eran quienes habían levantado los admirables templos de la primera época, y ellos también quienes habían facilitado el ritual indispensable para la adoración de los dioses. Sin ellos, pues, la Roma republicana no podía ni construir, ni juzgar, ni rezar. Por esta última e importante función de la vida tanto doméstica como social, su concurso resultó siempre de tal modo necesario que, aun bajo los emperadores, ya desaparecida tiempo ha Etruria, y cuando llevaban siglos los Romanos, absorbidos por las ideas griegas, sin aprender ya siquiera su lengua, órgano verdadero de la antigua civilización, era todavía preciso, para diversos menesteres del Santuario, confiarse a sacerdotes que sólo existían en Toscana. Pero, en el último momento, no se trataba sino de ritos; bajo la Roma republicana, se trataba de todo. Al echar a los fundadores del Estado, se arrancaron los elementos más esenciales de la vida pública, y no hubo otro recurso, luego de felicitarse de la libertad conquistada, que el de conformarse con la miseria y de hacer el elogio de ella bajo el nombre de virtud austera. En lugar de las ricas telas de que se sirvieran los señores de la Roma regia, los patricios de la Roma republicana se envolvieron en toscos sayos. En vez de hermosas porcelanas, de platos de metal, hacinados en las mesas y llenos de manjares suculentos, no dispusieron sino de una ruda vajilla, mal fabricada por ellos mismos, en la que se servían un triste condumio. En vez de edificios bien decorados, tuvieron que contentarse con chozas, en las que, entre los cerdos y las gallinas, vivían los cónsules y los senadores, quienes se gloriaban de semejante vida, a falta de no poder gozar otra mejor. En una palabra, para comprender hasta qué punto la Roma republicana se encontraba por

(1) O. Muller, *Die Etrusker*, p. 259.

debajo de su antecesora, recuérdese que cuando, luego de la invasión de los Galos, la ciudad incendiada fué restaurada por Camilo, habíanse olvidado tan por completo las necesidades de una gran capital, que las casas fueron reconstruídas al azar y sin tener para nada en cuenta la dirección de los sumideros construídos por los fundadores. Ni se conocía siquiera la existencia de la *cloaca maxima* (1). Y es que, debido a sus rudas costumbres, tan admiradas después, los Romanos de aquella época eran inferiores a sus antepasados, y lo eran en el grado en que su burgo lo resultaba de la ciudad regular fundada antaño por la nobleza etrusca.

He aquí sin embargo la civilización en marcha con el bagaje de los Tarquinos. ¿Se tuvo por lo menos la libertad, quiero decir aquella libertad cuyo germen habían creído depositar, llevadas de sus sueños, las clases medias de Etruria en el sistema de Servio Tulio? He dejado entrever que nada hubo de ello, y, en efecto, no podía haberlo.

Luego de echados los Tirrenos, la población se halló compuesta en su gran mayoría de Sabinos, gente ruda, austera, belicosa, y que, muy susceptibles de desenvolverse en el sentido material, muy dotados de resistencia contra las agresiones, muy aptos para imponer sus ideas por la fuerza, no estaban dispuestos a ceder al primer golpe sus derechos de supremacía a los Sículos más espirituales, pero menos vigorosos, a los Rasenos descendientes de los soldados de Mastarna, en una palabra, al caos de tantas razas que tenían representantes en las calles de Roma. De manera que, después de haberse desembarazado de la parte etrusca de la nación, los liberales se vieron supeditados al elemento sabino, el cual fué bastante fuerte para adueñarse de todo el poder.

Según el espíritu de los blancos, el amor y el culto de la familia eran muy intensos entre los Sabinos, y, aunque mal vestidos, mal nutridos y bastante ignorantes, los nobles de esa descendencia no se sentían menos aristocráticamente inspirados que los más orgullosos Lucumones. Los Valerios, los Fabios, los Claudios, todos de raza sabina, no toleraban que nadie sino sus iguales compartiesen con ellos la responsabilidad del gobierno, y la única concesión que hicieron a los plebeyos fué la de abolir aquella realeza que ellos mismos no hubieran soportado sino difícilmente. Por lo demás, se ingeniaron en imitar lo mejor posible a los jefes desposeídos concentrando en sus celosas manos todas las prerrogativas sociales.

No se hallaban sin embargo en aquella posición de superioridad completa en que los Tirrenos, Pelasgos semitizados, se habían encontrado frente a los Rasenos, de suerte que los plebeyos no reconocieron muy abiertamente la legitimidad de su poder ni soportaron su yugo sino murmurando. La dificultad no se limitaba a esto; ellos mismos, aunque poco ilustres y poderosos, conservaban de los esplendores de la realeza un secreto recuerdo que les llevaba a anhelar el poder supremo, temerosos de que ciertos rivales se anticipasen a ellos, de suerte que la República empezó su carrera a través de las dificultades siguientes:

Una civilización muy decaída;

Una aristocracia que quería gobernar sola;

Un pueblo, atormentado por ella, que se rebelaba;

(1) Dionis. Halic., *Die Etrusker*, p. 259.

La usurpación inminente por parte de un noble cualquiera;
La revuelta no menos inminente en la plebe;
Perpetuas acusaciones contra todo lo que sobresalía del vulgo por el talento o los servicios;
Incesantes estratagemas entre las clases bajas para derribar a las clases altas, sin recurrir abiertamente a la fuerza (1).

Semejante situación nada tenía de envidiable. La sociedad romana, colocada en tales condiciones, no subsistía sino gracias a una opresión permanente de todos; de ahí un despotismo que no perdonaba a nadie, y esa anomalía de que en un Estado que basaba su más caro principio en la negación del gobierno de uno solo, que proclamaba su celoso amor por una igualdad derivada de la voluntad general, que declaraba iguales a todos los patricios, el régimen ordinario fuese la autoridad de un dictador, sin límites, sin control, sin remisión, y que infundía a su supuesto carácter transitorio un grado de altiva violencia desconocida en la administración de todo monarca reconocido como tal.

En medio de la terrible erupción de los furores políticos, produce sin embargo sorpresa ver a aquella Roma, de tal modo formada que parecía una ofrenda a la discordia, no ofrecer el espectáculo observado entre los Griegos. Si la pasión del poder caldea allí todas las cabezas, es una pasión que tiende, en los ambiciosos, patricios o plebeyos, a apoderarse de la Ley para imprimirle una forma reguladora consiguiente a tal o cual noción de lo útil; pero no se nos da el espectáculo repugnante, tan constantemente contemplado en las plazas públicas de Atenas, de un pueblo que se arroja como un insensato a los horrores de la anarquía, no sin cierta conciencia de una inclinación tan abominable. Estos Romanos son honrados, son hombres; a menudo comprenden mal el bien, y andan torcidamente, pero por lo menos es evidente que creen entonces andar rectamente. No carecen ni de desinterés ni de lealtad. Examinemos la cuestión en sus detalles.

Los patricios se atribuyen un derecho innato a gobernar el Estado, con exclusión de los demás.

Se equivocan. Los Etruscos podían reclamar esta prerrogativa; los Sabinos, no, pues no poseen una superioridad étnica muy claramente probada sobre los otros Italiotas que les rodean y que se han convertido en sus connacionales. Todo lo más, los Fabios, las grandes familias, poseen un grado más de pureza que la plebe. Concediéndolo, no se puede aún suponer ese mérito tan acusado para conferirle el poder del civilizador sobre el pueblo vencido y dominado. En la Roma republicana no había dos razas situadas en planos desiguales, sino únicamente un grupo más numeroso que los otros. Este género de jerarquía era de tal naturaleza que tenía que desaparecer muy pronto. La derrota del patriciado romano no fué pues una revolución anormal que violase las leyes étnicas, sino un hecho desgraciado e inoportuno, como lo es constantemente la caída de una aristocracia.

La lucha de los partidos griegos giró constantemente alrededor de las teorías extremas. Los ricos de Atenas no tendían sino a gobernar ellos, absorbiendo las ventajas de la autoridad; el pueblo de Atenas no aspiraba

(1) Tácito, *Anales*, VI, 16.

sino a la dilapidación del Tesoro público a través de la escoria democrática. En cuanto a las personas imparciales, imaginaban doctrinas enteramente literarias, puramente imaginativas, y pretendían con fantasías corregir hechos. En todos los partidos, desde todos los puntos de vista, no se deseaba sino hacer *tabula rasa,* y la tradición, la historia no contaban para nada en un suelo donde el sentimiento de respeto era absolutamente desconocido por todos.

No hay por qué extrañarse. Con el desgranamiento étnico que formaba el fondo de la sociedad ateniense, con aquella disolución completa de la raza que agrupaba, sin haber podido fundirlos nunca, los elementos más diversos, con aquel predominio, sobre todo, del elemento espiritual, aunque insensato, de los Semitas, era precisamente eso lo que debía sobrevenir. Una única cosa sobrenadaba en medio de la anarquía de las ideas políticas: el absolutismo del poder encarnado en la palabra *patria.*

Pero en Roma ocurrió muy diversamente, y los partidos tuvieron necesariamente otra manera de conducirse. Las razas eran sobre todo utilitarias. Poseían un sentido práctico extraño a la imaginación griega, y todas compartían, a través de las pasiones en lucha para la defensa de lo que se suponía el verdadero bien del Estado, un mismo horror por la anarquía. Es este sentimiento lo que las llevó con frecuencia a apelar al recurso extremo de la dictadura; pues nativamente, hay que reconocerlo, eran sinceras, y mucho más que los Griegos, cuando protestaban de su odio por la tiranía. Mestizas de blanca y de amarillo, sentían el anhelo de libertad, y pese a los sacrificios, casi permanentes, que las necesidades de la salvación social les imponía a ese respecto, se puede todavía encontrar la señal de su espíritu nativo de independencia en el papel que el sentimiento llamado por ellos también el *amor a la patria* desempeñaba en medio de sus virtudes políticas.

Esta pasión, viva como en las naciones helénicas, no ofrecía el mismo duro despotismo. La delegación que de sus poderes la patria hacía a la ley infundía al culto de los Romanos por esa divinidad un carácter mucho más regular, más serio y, en suma, más moderado. La patria reinaba sin duda, pero no gobernaba, y nadie pensaba, como entre los Griegos, en justificar los caprichos de las facciones, sus enormidades y sus exacciones cubriéndolos con esta única palabra: la voluntad de la patria. Para los Griegos, la ley, hecha y deshecha todos los días, y constantemente en nombre del poder supremo, no tenía ni prestigio, ni autoridad, ni fuerza. En Roma, por el contrario, la ley no se revocaba nunca, por decirlo así; estaba siempre viva, siempre en acción, se la encontraba por todas partes; sólo ella ordenaba, y, de hecho, la patria permanecía en su estado de abstracción, y, aunque muy venerada, no tenía derecho a hacerse oír todas las mañanas a través de los altisonantes discursos de un nuevo y pésimo revolucionario, como con excesiva frecuencia se producía en el Pnyx.

Nada mejor, para comprender lo que significaba la *omnipotencia* de la ley en la sociedad romana, que ver perpetuarse el poderío de las convenciones augurales hasta el final de la República. Cuando se lee que en tiempos de Cicerón, el anuncio de un prodigio meteorológico bastaba todavía para disolver los comicios y levantar la sesión, mientras los políticos se mofaban no sólo de los prodigios, sino de los propios dioses, nos hallamos ciertamente

ante un indicio irrecusable de un gran respeto por la ley, aun considerada absurda (1).

Los Romanos fueron así el primer pueblo de Occidente que supo aprovechar en beneficio de su estabilidad, así como de su libertad, esos defectos de la legislación que son u orgánicos o producidos por los cambios sobrevenidos en las costumbres. Comprobaron que había en las constituciones políticas dos elementos necesarios, la acción real y la comedia, verdad tan perfectamente reconocida y explotada más tarde por los Ingleses. Supieron paliar los inconvenientes de su sistema por la paciencia en buscar y la habilidad en descubrir los medios de paralizar los vicios de la legislación, sin profanar nunca aquel gran principio de veneración sin límites del cual habían hecho su paladión, marca evidente de una razón sana y de una gran profundidad de juicio.

En fin, ninguno de los ejemplos que podríamos aducir destacaría mejor las diferencias de la libertad griega y de la romana que esta simple frase: los Romanos eran hombres positivos y prácticos, los Griegos unos artistas; los Romanos provenían de una raza varonil y los Griegos se habían afeminado; y a eso se debe que los Romanos Italiotas pudiesen conducir a sus sucesores, a sus herederos al umbral del imperio del mundo con todos los medios para completar la conquista, mientras que los Griegos, desde el punto de vista político, no tuvieron sino la gloria de haber llevado la descomposición gubernamental todo lo lejos posible antes de tropezar con la barbarie o de caer en la servidumbre extranjera.

Prosigo el examen del estado étnico del pueblo de Roma, después de la expulsión de los Etruscos, y el estudio de sus destinos.

Los Sabinos eran, lo hemos reconocido, la porción más numerosa y más influyente de aquella nacionalidad eventual. La aristocracia salía de ellos, y fueron ellos quienes dirigieron las primeras guerras, en las cuales no dejaron de prodigarse: hay que hacerles justicia. En su calidad de rama kínrica, eran naturalmente valerosos. En las empresas militares se desenvolvían con desembarazo. Eran muy a propósito para presidir los peligrosos trabajos de una república que no veía a su alrededor más que odios o, por lo menos, malignidades.

No se ha olvidado: los Romanos, aunque de raza italiota y sabina, eran el blanco de la violenta animadversión de las tribus latinas. Éstas no encontraban en el haz de guerreros nada más que renegados de todas las nacionalidades de la Península, individuos vagabundos, bandidos que había que exterminar, y tanto más detestables cuanto que se trataba de próximos parientes. Todos esos pueblos, así animados, estaban sobre las armas contra Roma, o en vísperas de hacerlo.

En otra época, en tiempos de los reyes, la Confederación etrusca había hecho constantemente causa común con su colonia; pero, a partir de la expulsión de los Tarquinos, la amistad había cedido su puesto a sentimientos muy diferentes. Así, no contando ya con aliados ni en la ribera izquierda del Tíber ni en la ribera derecha, Roma, a despecho de su valor, hubiese sucumbido, si una feliz dispersión de sus enemigos no hubiese sido llevada a cabo por masas poderosas que, ciertamente, no pensaban en ella; y aquí

(1) M. d'Eckstein, *Recherches historiques sur l'humanité primitive.*

se abre uno de aquellos grandes períodos de la Historia que los intérpretes religiosos de los anales humanos, tales como Bossuet, acostumbran considerar con un santo respeto como el resultado admirable de las largas y misteriosas combinaciones de la Providencia.

Los Galos de allende los Alpes, realizando un movimiento agresivo fuera de su territorio, inundaron repentinamente el Norte de Italia, sojuzgaron el país de los Umbrios, y fueron a presentar batalla a los Etruscos.

Los precarios recursos de la Confederación rasena bastaron apenas para resistir contra adversarios tan numerosos, y Roma, libre de su principal antagonista, pudo prepararse a su sabor para contender con sus enemigos de la orilla izquierda.

Roma triunfó. Después, cuando por ese lado sus armas le habían asegurado no sólo descanso sino también el dominio, aprovechó las dificultades inextricables en que los esfuerzos de los Galos sumían a sus antiguos dominadores, y, atacándolos por la espalda, alcanzó sobre ellos victorias que, sin esa circunstancia, hubiesen sido probablemente más disputadas y más inciertas.

Mientras los Etruscos, arrollados al Norte por los agresores salidos de la Galia, huían a la desbandada hasta el fondo de la Campania, el ejército romano, con su orden y sus pertrechos de guerra copiados de sus víctimas de entonces, cruzaba el río y hacía presa de todo lo que le convenía. No era felizmente el aliado de los Galos, y no teniendo que partir el botín, lo retenía entero; pero combinaba de lejos sus empresas con las suyas, y, a fin de asegurar mejor sus golpes, los asestaba al mismo tiempo. En ello encontró aún otro provecho.

Los Tirrenos Rasenos, atacados por todas partes, defendieron su independencia cuanto les fué posible. Pero, cuando se hubo extinguido para ellos toda esperanza de libertad, tuvieron necesariamente que meditar a qué vencedor era preferible rendirse. Los Galos — no se insistirá bastante sobre esta verdad ignorada —, no se habían comportado como bárbaros, porque no lo eran. Luego de entregarse, en los primeros momentos de la invasión, al saqueo de las ciudades umbrias, fundaron a su vez ciudades como Milán, Mantua y otras. Adoptaron el dialecto de los vencidos y, probablemente, su manera de vivir. Sin embargo, resultaban extraños al país, ávidos, arrogantes, brutales. Los Etruscos aguardaron sin duda una suerte menos dura bajo la dominación del pueblo que les debía la vida. Viéronse, pues, ciudades abriendo a los cónsules sus ciudadelas, y declarándose súbditas, a veces aliadas, del pueblo romano. Era el mejor partido que cabía tomar. El Senado, con su política grave y fría, tuvo largo tiempo la sensatez de respetar el orgullo de las naciones sometidas.

Una vez anexionada la Etruria a las posesiones de la República, como las naciones más próximas a Roma habían sufrido, durante aquel tiempo, la misma suerte unas tras otras, lo más importante, lo más difícil de la empresa romana era ya un hecho, y, cuando la invasión gala logró ser rechazada lejos de los muros del Capitolio, la conquista de toda la Península no fué sino cuestión de tiempo para los sucesores de Camilo.

En verdad, si hubiese existido entonces en el Occidente una nación enérgica, salida de la raza aria, los destinos del mundo hubieran sido diferentes: se habría visto pronto caer rotas las alas del águila; pero el

mapa de los Estados contemporáneos no nos muestra sino tres categorías de pueblos en situación de luchar con la República.

1.° Los Celtas. — Breno había encontrado a su jefe, y sus bandas, después de haber domado a los Kinris mestizos de la Umbria y a los Rasenos de la Italia media, tuvieron que limitarse a eso. Los Celtas estaban divididos en demasiadas naciones, y cada una de estas naciones era en exceso pequeña para que le fuese dable recomenzar expediciones considerables. La emigración de Beloveso y de Sigoveso fué la última hasta la de los Helvecios en la época de César.

2.° Los Griegos. — Como nacionalidad aria, no existían ya desde hacía tiempo, y los brillantes ejércitos de Pirro no hubieran estado en condiciones de abrirse paso a través de las temibles bandas kínricas vencidas por los Romanos. ¿Qué hacer contra los Italiotas?

3.° Los Cartagineses. — Este pueblo semítico, apoyado en el elemento negro, no podía, bajo ningún concepto, prevalecer contra una cantidad media de sangre kínrica.

La preponderancia de los Romanos estaba, pues, asegurada. No hubieran podido perderla sino en el caso de que su territorio, en lugar de estar situado en el Occidente del mundo, hubiese lindado con la civilización brahmánica de entonces, o, aun, si hubiesen tenido que luchar con los pueblos germánicos cuya invasión no se produjo hasta el siglo V.

Mientras Roma avanzaba así al encuentro de una gloria inmensa apoyándose en la fuerza respetada de sus constituciones, producíanse en su recinto las más graves crisis, no diré sin violencias materiales, ya que las hubo en abundancia, pero sin destrucción de las leyes. El motín triunfante no hizo sino modificarlas, y nunca derribó el edificio legal de arriba abajo, de suerte que aquel patriciado tan odioso para la plebe, al día siguiente de la expulsión de los Etruscos subsistió hasta bajo los Emperadores, constantemente detestado, constantemente atacado, debilitado por embates perpetuos, pero nunca asesinado: no lo permitía la ley (1).

Aquellas luchas, aquellas querellas tenían por verdadera causa las modificaciones étnicas experimentadas incesantemente por la población urbana, y por moderador el parentesco más o menos lejano de todos los afluentes; en otras palabras, las instituciones se modificaban porque la raza variaba, pero no se transformaban enteramente, no iban de un extremo a otro, porque sus variaciones de raza, no siendo más que relativas, giraban casi dentro del mismo círculo. No significaba esto que las perpetuas oscilaciones así mantenidas dentro del Estado no fueran sentidas ni comprendidas. El patriciado se daba perfecta cuenta del daño que las incesantes adiciones de extranjeros causaban a su influencia, y tuvo por máxima fundamental oponerse a ello todo lo posible, mientras que el pueblo, por el contrario, igualmente enterado de lo que ganaba en número, en riquezas, en saber, con tener abiertas de par en par las puertas de la ciudad a aquellos que, rechazados por la nobleza, no podían sino juntárseles a él, el pueblo, la plebe, se mostró partidario declarado de los forasteros. Roma aspiró siempre a atraérselos, haciendo así eterno el principio que antaño fortaleciera la ciudad naciente, y que consistía en invitar al

(1) Tácito, *Anales*, II, 33.

festín de sus grandezas a todos los vagabundos del mundo conocido. Como el universo de entonces se hallaba enfermo, Roma no podía dejar de convertirse en sentina de todas las enfermedades sociales.

Aquella sed inmoderada de engrandecimiento hubiera parecido monstruosa en las ciudades griegas, pues con ello se inferían terribles daños a las doctrinas de exclusividad de la patria. ¡Mezquino patriotismo el de unas multitudes siempre dispuestas a conferir el derecho de ciudad a quien lo desease! Los grandes historiadores de los siglos imperiales, aquellos panegiristas tan enorgullecidos de los tiempos antiguos y de sus costumbres, no se engañaron con ello lo más mínimo. Lo que celebran en sus varoniles y ampulosos períodos sobre la antigua libertad, es el patricio romano, y nunca el individuo de la plebe. Cuando hablan con adoración de aquel ciudadano venerable que consagró la vida al servicio del Estado, que lleva en su cuerpo las cicatrices de tantas batallas ganadas contra los enemigos de la majestad romana, que sacrificó no sólo sus miembros, sino su fortuna, la de su familia, y a veces la de sus hijos, y que también alguna vez mató a sus hijos por su propia mano al ver desatendidas las leyes austeras del deber cívico; cuando representaban a ese hombre de los tiempos antiguos, revestido antaño del manto triunfal, una o dos veces cónsul, cuestor, edil, senador hereditario, y preparando, con la misma mano que no encontró nunca demasiado pesadas la espada y la lanza, los nabos de su cena, después, con aquella rectitud de juicio, aquella fría razón tan útil a la República, calculando los intereses de sus préstamos usurarios, por otro lado menospreciando las artes y las letras, y a quienes las cultivan, y a los Griegos amantes de ellas; ese anciano, ese hombre venerable, ese ciudadano ideal, no es nunca sino un patricio, un viejo sabino. El hombre del pueblo es, por el contrario, aquel personaje activo, audaz, inteligente, astuto, que, para derribar a sus jefes, trata primero de arrebatarles el monopolio de la Curia, y lo consigue no por la violencia, sino por la infidelidad y el robo; que, exasperado por la enérgica resistencia de los nobles, toma finalmente el partido, no de atacarlos — la ley lo prohibe, y habría que matarlos a todos sin que uno solo cediera —, sino de irse para no volver hasta haber comentado provechosamente la fábula de los *miembros y el estómago*. El plebeyo romano es un hombre que no ambiciona tanto la gloria como el provecho, ni la libertad tanto como sus ventajas; es el preparador de las grandes conquistas, de las grandes agregaciones por la extensión del derecho cívico a las ciudades extranjeras; es, en una palabra, el político práctico que comprenderá más tarde la necesidad del régimen imperial, y se sentirá feliz al verlo florecer, cediendo de buen grado el honor de gobernarse, por los méritos más sólidos de una administración mejor ordenada. Los escritores de grandes sentimientos no tuvieron nunca la menor intención de ensalzar a ese plebeyo siempre egoísta a través de su amor por la humanidad, y tan mediocre en sus grandezas.

Mientras la sangre italiota, o siquiera gala o aun la de la Gran Grecia, fueron las únicas en satisfacer las necesidades de la política plebeya, afluyendo hacia Roma y hacia las ciudades anexas, la constitución republicana y aristocrática no perdió sus rasgos principales. El plebeyo de origen sabino o samnita deseaba el acrecentamiento de su influencia sin pretender abrogarse completamente el régimen del patriciado, cuyas ideas étni-

cas sobre el valor relativo de las familias y cuyas doctrinas razonables en materia de gobierno le permitían apreciar las insubstituíbles ventajas. La dosis de sangre helénica que se deslizaba en esa amalgama avivaba el conjunto, y no había logrado todavía dominarlo.

Después del estallido que dió fin a las Guerras Púnicas, la escena cambió. El antiguo sentimiento romano empezó a alterarse de una manera notable: digo alterarse y no ya modificarse. Al salir de las guerras de África, vinieron las guerras de Asia. España estaba ya sometida a la República. La Gran Grecia y Sicilia cayeron bajo su dominio, y lo que la interesada hospitalidad del partido plebeyo hizo en lo sucesivo afluir a la ciudad, no fué ya sangre céltica más o menos alterada, sino elementos semíticos o semitizados. La corrupción se acumuló a raudales. Roma, entrando en estrecha comunión con las ideas orientales, aumentaba, con el número de sus elementos constitutivos, la dificultad ya grande de amalgamarlos nunca. De ahí tendencias irresistibles a la anarquía pura, al despotismo, al enervamiento, y, en conclusión, a la barbarie; de ahí, odio cada día más pronunciado para lo que el antiguo gobierno ofrecía de estable, de consecuente y de reflexivo.

Roma sabina se había distinguido, frente a la Grecia, por la originalidad manifiesta de su fisonomía; en lo sucesivo sus ideas, sus costumbres, pierden gradualmente esa marca. A su vez se heleniza, como antaño Siria, Egipto, aunque con matices particulares. Hasta entonces, muy modesta en todas las cosas del espíritu, cuando sus armas dominaban en las provincias, habíase acordado con deferencia de que los Etruscos eran la nación culta de Italia, y había persistido en aprender su lengua, en imitar sus artes, en inspirarse en sus sabios y sacerdotes, sin advertir que, en muchos puntos, Etruria repetía bastante mal las enseñanzas de los Griegos, y, por lo demás, que los mismos Griegos consideraban limitado y pasado de moda lo que los Etruscos continuaban admirando en sus modelos antiguos. Gradualmente Roma abrió los ojos a estas verdades, renegando de sus antiguos hábitos frente a los sometidos descendientes de sus fundadores. No quiso oír hablar más de sus méritos, y afectó un envanecimiento de novato por todo lo que se tallaba, esculpía, escribía, se pensaba o se decía en el fondo del Mediterráneo. Incluso en el siglo de Augusto, no perdió nunca, en sus relaciones con la desdeñosa Grecia, aquella humilde y necia actitud del provinciano enriquecido que se las quiere dar de entendido.

Mumio, vencedor de los Corintios, expedía cuadros y estatuas a Roma significando a los conductores que tendrían que reemplazar las obras maestras averiadas por el camino. Ese Mumio era un verdadero Romano: una obra de arte no tenía para él sino un precio venal. Saludemos a ese digno y vigoroso descendiente de los confederados de Amiterno. No era un dilettante, sino que poseía la virtud romana, y en las ciudades griegas que tan bien sabía tomar no osaban reírse de él.

El latín, hasta entonces, había conservado una gran semejanza con los dialectos oscos. Luego fué asimilándose más y más al griego, y tan rápidamente que varió casi en cada generación. No hay quizá ejemplo de una movilidad tan extrema en un idioma, como no lo hay tampoco en un pueblo tan constantemente modificado en su sangre. Entre el lenguaje de las

Doce Tablas y el que hablaba Cicerón, la diferencia era tal que el sabio orador no las entendía sino muy difícilmente. Paso por alto los cantos sabinos, que resultaban aún más difíciles. A partir de Ennio, el latín tuvo a honor echar a un lado lo que ofrecía de itálico.

Así, nada de lengua verdadera y únicamente nacional, una inclinación cada vez más pronunciada por la literatura y por las ideas de Atenas y de Alejandría, por las escuelas y profesiones helénicas, por las construcciones asiáticas, por los muebles sirios, y un desdén profundo por los usos locales: he aquí en qué se había convertido la ciudad que, habiendo empezado por la dominación etrusca, se engrandeció bajo la oligarquía sabina: la hora de la democracia semítica ya no estaba tan lejos.

La multitud apiñada en las calles se entregaba de lleno a la conquista de ese elemento. La época de las instituciones libres y de la legalidad iba a cerrarse. La época que sucedió fué la de los golpes de Estado violentos, de las grandes matanzas, de las grandes perversidades, de las grandes bacanales. Se cree uno transportado a Tiro, en los días de su decadencia; y en efecto, dentro de un área mucho mayor, la situación es análoga: un conflicto de las más diversas razas que no lograban fusionarse, ni dominarse, ni transigir y que no tenían otra salida que el despotismo y la anarquía.

En tales momentos, los dolores públicos encuentran a menudo un espíritu ilustre capaz de poner fin a ellos. A veces ese hombre bien intencionado no es sino un simple particular. No resulta entonces más que un escritor de genio: tal fué, entre los Griegos, Platón. Éste buscó un remedio a los males de Atenas, y ofreció, en una lengua divina, un conjunto de sueños admirables. Otras veces, ese pensador se encuentra, por su alcurnia o por los acontecimientos, colocado al frente de la situación. Si, apenado por un espectáculo en extremo desastroso, es un espíritu honrado y ve con excesivo horror los males y las ruinas acumulados a sus pies para aceptar la idea de acrecentarlos todavía, permanece impotente. Esos individuos son médicos, no cirujanos, y, como Epaminondas y Filopómenes, se cubren de gloria sin reparar nada.

Mas apareció una vez, en la historia de los pueblos en decadencia, un hombre varonilmente indignado del envilecimiento de su nación, percibiendo con penetrante mirada, a través de los vapores de falsas prosperidades, el abismo hacia el cual la desmoralización general conducía la fortuna pública, y que, dueño de todos los medios de actuar, alcurnia, riqueza, talento, ilustración personal, grandes obras, resultó ser, al mismo tiempo, un temperamento sanguinario, decidido a no retroceder ante ninguna violencia. Ese cirujano, ese carnicero, ese augusto desalmado, ese Titán apareció en Roma en el momento en que la República, embriagada de sangre, de dominación y de agotamiento triunfal, roída por la lepra de todos los vicios, iba hacia el abismo. Fué Lucio Cornelio Sila.

Verdadero patricio romano, estaba lleno de virtudes políticas, pero falto de virtudes privadas; sin miedo alguno para él, ni para los demás; para los demás, lo mismo que para él, no sentía ninguna debilidad. Un objetivo a alcanzar, un obstáculo a evitar, una voluntad a realizar, nada percibía fuera de esto. No le preocupaban las cosas y los hombres que había que

sacrificar para que le sirviesen de puente. Triunfar era todo, y, después, proseguir el vuelo.

Las despiadadas disposiciones de su sangre, de su raza, se habían exacerbado con el odioso contacto de aquel soldado que, en la persona bestial de Mario, oponía a sus deseos el partido popular.

Sila no había ido a buscar en las teorías ideales el plan del régimen regenerador que se proponía imponer. Quería simplemente restaurar por entero la dominación patricia, y, por ese medio, restablecer el orden y la disciplina en la República nuevamente consolidada. No tardó en advertir que lo más difícil no era sofocar los motines o derrotar los ejércitos plebeyos, sino más bien encontrar una aristocracia digna de la magna tarea que le quería brindar. Hacíanle falta Fabios, Horacios; no dejó de llamarlos, pero no logró hacerles salir de aquellas lujosas moradas donde residían sus imágenes, y, como no retrocedía ante nada, quiso crear de nuevo la nobleza que no encontraba.

Entonces, más temible para sus amigos que para sus enemigos, se le vió podar y repodar despiadadamente el árbol de la nobleza romana. Para infundir la virilidad a un cuerpo depauperado, segó cabezas a centenares, arruinó, desterró a aquellos que no pudo matar, y trató con la máxima ferocidad no tanto a los individuos de la plebe, enemigos francos, como a los grandes, obstáculos directos de sus propósitos por su impotencia a secundarlos. A fuerza de desmochar el viejo tronco, se imaginó que hacía salir nuevos brotes, portadores de tanta savia como los de antes. Esperaba que después de haber eliminado las ramas mezquinas, lograría, con amenazas, formar hombres valientes, y que así la democracia recibiría de su mano, para ser definitivamente abatida, jefes inflexibles y resueltos.

Duro resultaría tener que reconocer que tales medios fuesen tenidos por buenos. El mismo Sila cesó de creerlo. Al final de una larga carrera, tras de esfuerzos cuya intensidad se mide por las violencias que acumularon, Sila, desesperando del porvenir, triste, extenuado, desalentado, abandonó por sí mismo el hacha de la dictadura, y, resignándose a vivir ocioso en medio de aquella población patricia o plebeya a la que su sola presencia hacía temblar todavía, demostró por lo menos que no era un ambicioso vulgar, que habiendo reconocido la inutilidad de sus esfuerzos, ningún empeño sentía en conservar un poder estéril. No tengo por qué dedicar elogios a Sila, sino que dejo a aquellos que no sienten una respetuosa admiración ante el espectáculo de semejante hombre, fracasado en aquella empresa, la tarea de reprocharle sus excesos.

Ningún medio le dió resultado. El pueblo que él quería hacer volver a las costumbres y a la disciplina de las viejas épocas no se parecía en nada al pueblo republicano que las había practicado. Para convencerse de ello, basta comparar los elementos étnicos de los tiempos de Cincinato con los que existían en la época en que vivió el gran dictador.

	Tiempos de Cincinato			*Tiempos de Sila*	
Aristocracia	Sabinos, en mayoría Algunos Etruscos Algunos Italiotas	1.° Mayoría mestiza de blanco y de amarillo;	Aristocracia	Italiotas mezclados con sangre helénica Italiotas	1.° Mayoría semitizada;
Plebe	Sabinos Samnitas Sabelios Sículos Algunos Helenos	2.° Muy débil aportación semítica.	Plebe	Griegos de la Gran Grecia y de Sicilia Helenos de Asia Semitas de Asia Semitas de África Semitas de España	2.° Minoría ariana; 3.° Subdivisión extrema del principio amarillo.

Imposible incluir en un mismo cuadro a dos naciones que, bajo el mismo nombre, se parecían tan poco. De todos modos, la equidad no es tan severa con la obra de Sila como lo fué su autor. El dictador tuvo razón de desalentarse, pues comparó su resultado con sus planes. No por eso dejó de infundir al patriciado un vigor ficticio, reforzado, es cierto, por el terror que paralizaba al partido contrario, y la República le debió varios años de existencia que sin él no hubiera gozado. Después de la muerte del reformador, la sombra corneliana protegió todavía por algún tiempo al Senado. Erguíase detrás de Cicerón, cuando este orador, nombrado cónsul, defendió tan débilmente la causa pública contra las desaforadas audacias de las facciones. Sila logró, pues, contener la marcha que arrastraba a Roma hacia incesantes transformaciones. Quizá, sin él, la época que transcurrió hasta la muerte de César no hubiese sido más que un encadenamiento, mucho más lamentable aún, de proscripciones y de bandidajes, una lucha perpetua entre los Antonios y los Lépidos prematuros, aplastados en germen por su feroz intervención.

Es esa la justicia que hay que hacerle; pero es indiscutible que el más terrible de los genios no puede contener por mucho tiempo la acción de las leyes naturales, del mismo modo que los trabajos del hombre no pueden impedir que el Ganges haga y deshaga las islas efímeras con que ese río puebla su espacioso lecho.

Se trata ahora de contemplar a Roma con la nueva nacionalidad que los aluviones étnicos le han dado. Veamos lo que fué de ella cuando una sangre cada vez más mezclada le hubo impreso, junto con un nuevo carácter, una nueva dirección.

CAPÍTULO VII

ROMA SEMÍTICA

Desde la conquista de Sicilia hasta bastante cerca de los tiempos cristianos, Italia no cesó de recibir numerosas e innumerables aportaciones del elemento semítico, de tal manera que el Sur entero fué helenizado y la corriente de las razas asiáticas que remontaba hacia el Norte no se detuvo

sino ante las invasiones germánicas. Pero el movimiento de retroceso, el punto en que se detuvieron los aluviones del Sur rebasó los límites de Roma. Esta ciudad fué perdiendo constantemente su carácter primitivo. Hubo sin duda gradación en esa decadencia; nunca se interrumpió verdaderamente. El espíritu semítico sofocó sin remisión a su rival. El genio romano resultó extraño al primer instinto italiota, y recibió un valor en el que se reconocía muy fácilmente la influencia asiática.

No incluyo entre el número de las manifestaciones menos significativas de ese espíritu importado el nacimiento de una literatura marcada con un sello particular, y que iba al encuentro del instinto italiota por el solo hecho de que existiese.

Ni los Etruscos, he dicho, ni ninguna tribu de la Península, exactamente como los Galos, habían poseído una verdadera literatura, pues no cabe llamar así unos rituales, unos tratados de adivinación, algunos cantos épicos destinados a conservar los recuerdos de la Historia, unos catálogos de hechos, unas sátiras, unas farsas triviales en las que la malignidad de los Fescenios y de los Atelanos excitaba la risa de la gente desocupada. Todas esas naciones utilitarias, capaces de comprender desde el punto de vista social y político el mérito de la poesía, no se sentían naturalmente inclinadas a ella, y, en tanto no estuvieron intensamente modificadas por mezclas semíticas, carecieron de las facultades necesarias para asimilarse nada dentro de ese género. Así, sólo cuando la sangre helénica dominó las antiguas mezclas en las venas de los Latinos, de la plebe más abyecta, o de la burguesía más humilde, expuestas sobre todo a la acción de las aportaciones semíticas, salieron los más bellos genios que tanto honraron a Roma. Ciertamente, Muscio Scévola hubiese tenido en muy escasa estima al esclavo Plauto, al mantuano Virgilio, y a Horacio Venusino, el hombre que arrojó su escudo en la batalla y que así lo contaba para hacer reír a Pompeyo Varo. Estos hombres eran grandes espíritus, pero no Romanos, en el genuino sentido de la palabra.

Sea lo que fuere, la literatura nació, y con ella una buena parte, sin discusión, de la ilustración nacional, y la causa del ruido que hizo lo restante; pues no dejará de reconocerse que la masa semitizada de donde salieron los poetas y los historiadores latinos debió a su sola impureza el talento de escribir con elocuencia, de manera que son los doctos énfasis de los bastardos colaterales quienes nos han permitido admirar los altos hechos de antepasados que, de haber podido revisar y consultar sus genealogías, se hubieran apresurado a renegar, antes que nada, de sus respetuosos descendientes.

Con los libros, el gusto del lujo y de la elegancia constituían nuevas necesidades reveladoras también de los cambios sobrevenidos en la raza. Catón los desdeñaba, aunque con afectación. Sin menoscabo de la gloria de este virtuoso varón, las supuestas virtudes romanas de que se revestía eran todavía más concienzudas entre los antiguos patricios, y sin embargo más modestas. En su época, no había necesidad de hacer ostentación de ello para singularizarse; cada cual era virtuoso a su manera. Por el contrario, después de haber recibido la sangre de madres orientales y de libertos griegos o sirios, el mercader, elevado a caballero, enriquecido con su tráfico o con sus extorsiones, no comprendía nada en los méritos de la

austeridad primitiva. Quería gozar en Italia de lo que sus antepasados meridionales habían creado entre ellos, y allí lo transportaba. Metió con el pie debajo de su mesa el banco de madera donde se había sentado Dentato; reemplazó aquellas miserias por lechos de limonero incrustados de nácar y de marfil. Como los sátrapas de Darío, tuvo necesidad de vasos de plata y de oro para catar los vinos preciosos con que se deleitaba su intemperancia, y de platos de cristal para servir los jabalíes rellenos, los pájaros raros, la caza exótica que devoraba su fastuosa glotonería. No se contentó ya, para sus moradas particulares, con las construcciones que la gente de antaño hubiese considerado bastante espléndidas para albergar a los dioses; quiso palacios inmensos con columnatas de mármol, de granito, de pórfido, con estatuas, obeliscos, jardines, establos, viveros (1), y, en medio de ese lujo, a fin de animar el aspecto de tantas creaciones pintorescas, Lúculo hacía circular multitudes de esclavos ociosos, de libertos y de parásitos cuyo servilismo ruinmente interesado nada de común tenía con la marcial devoción y la seria dependencia de los clientes de otra época.

Pero, en medio de ese desbordamiento de esplendores, persistía una mácula singular que, incluso en opinión de los contemporáneos, se extendía a todo, lo afeaba todo. La gloria y el poderío, la facultad de entregarse a esos boatos y derroches pertenecían, casi siempre, a individuos desconocidos la víspera. No se sabía de dónde salían tantos personajes opulentos (2), y alternativamente, ya fuesen los aduladores, ya los envidiosos quienes hablasen, se atribuía a Trimalción el más ilustre o el más inmundo de los orígenes. Toda aquella brillante sociedad era, además, un hato de ignorantes o de imitadores. En el fondo, no inventaba nada, y sacaba todo lo que sabía de las provincias helénicas. Las innovaciones que ella introducía no eran sino alteraciones, nunca embellecimientos. Vestía a la moda griega o frigia, se cubría con la mitra persa; osaba incluso, con gran escándalo de las personas respetuosas con el pasado, usar calzoncillos a la moda asiática debajo de una toga indefinida; y todo eso ¿qué era? Imitaciones del helenismo. ¿Y nada más? Nada más, ni siquiera los nuevos dioses, los Isis, los Serapis, las Astartés, y, más tarde, los Mithra y los Elagabal que Roma vió convertidos en patronos en sus templos. Por todos lados no se descubría otro sentir que el de una población asiática trasplantada, aportando al país que a ella se imponía los usos, ideas, prejuicios, opiniones, tendencias, supersticiones, muebles, utensilios, indumentaria, sombreros, joyas, alimentos, bebidas, libros, cuadros, estatuas, en una palabra, toda la existencia de la patria.

Las razas italiotas se habían fundido en aquella masa conducida por sus derrotas al seno de los vencedores cuyo peso acababa por ahogarla; o bien los nobles Sabinos, desconocidos, chapoteaban entre los más oscuros bajos fondos del populacho, muriendo de hambre por las calles de la ciudad ilustrada por sus antepasados. ¿No vimos a los descendientes de los Gracos ganarse el pan, convertidos en aurigas del circo, y no hubo necesidad de que los emperadores se apiadasen de la degradante abyección en que había caído el patriciado? Por medio de una ley, se negó a las matronas descen-

(1) Tácito, *Anales*, III, 53.
(2) Petronio, *Satiricón*, XXXVII.

dientes de las viejas familias el derecho a vivir de la prostitución. Por lo demás, la misma tierra de Italia era tratada como sus indígenas por los vencidos vueltos poderosos. No contaba ya entre los países susceptibles de prestar medios de subsistencia a los hombres. Había dejado de poseer alquerías, los campos se hallaban abandonados y no se cosechaba una espiga de trigo. Era un vasto jardín sembrado de casas de campo y de quintas de recreo. Pronto veremos el día en que incluso se prohibió a los Italiotas llevar armas. Pero no nos anticipemos.

Cuando Asia, predominando así en la población de la Ciudad, impuso en fin la necesidad inmediata de un gobierno unipersonal, César, para aprovechar hábilmente sus ocios, salió a conquistar la Galia. El éxito de su empresa tuvo consecuencias étnicas enteramente opuestas a las de las otras guerras romanas. En vez de conducir los Galos a Italia, la conquista atrajo sobre todo a los Asiáticos más allá de los Alpes, y aun cuando cierto número de familias de raza céltica hubiese, desde entonces, aportado su sangre al espantoso tumulto de gente que se mezclaba y se peleaba en la metrópoli, esta inmigración siempre restringida no tuvo una importancia proporcional a la de las colonizaciones semitizadas que se lanzaron a través de las provincias transalpinas.

La Galia, futura presa de César, no tenía la extensión de la Francia actual, y, entre otras diferencias, el Sudeste de este territorio, o, según la expresión romana, la Provincia, había sufrido largo tiempo el yugo de la República, y no formaba realmente parte de ella.

A partir de la victoria de Mario sobre los Cimbrios y sus aliados, la Provenza y el Languedoc habíanse convertido en el puesto de avanzada de Italia contra las agresiones del Norte (1). El Senado había accedido a esta fundación, tanto más cuanto que los Masaliotas, con sus diversas colonias, Tolón, Antibes, Niza, no habían ahorrado nada para demostrarle la utilidad de ello. Esperaban lograr, con esa novedad, un reposo más profundo y una extensión notable de su comercio.

No cabe tampoco duda de que las poblaciones originariamente focenses, pero muy semitizadas, establecidas en la desembocadura del Ródano y en los alrededores, habían modificado, a la larga, las poblaciones gálicas y ligures de su vecindad inmediata mezclándose con ellas. Las tribus de esas comarcas aparecen a partir de entonces como las menos enérgicas de todo su parentesco.

Los gobernantes romanos habían anexionado sólidamente todos esos territorios a los dominios de la República, fundando en ellos colonias, estableciendo legionarios veteranos y procurando que naciese allí, para decirlo todo, una multitud lo más romana posible. Era ciertamente el mejor medio de adueñarse del país para siempre.

Pero, ¿con qué elementos fué creada aquella gente de la Provincia, o, como ella misma se denominaba, aquellos *verdaderos* Romanos? Dos siglos antes se hubiera podido componer su sangre con una mezcla italiota.

En lo sucesivo, como la misma mezcla italiota se veía casi absorbida por las aportaciones semitizadas, fué sobre todo de estos últimos que se formó la nueva población. Con ella mezcláronse, en multitud, antiguos soldados

---

(1) Am. Thierry, *La Gaule sous l'administr. rom. Introd.* t. I, p. 119.

reclutados en Asia o en Grecia. Éstos vinieron, con sus familias, a desposeer de sus chozas y sus cultivos a los habitantes. Se imprimió así a las ciudades galas una fisonomía lo más romana posible; se prohibió que los habitantes conservaran lo que las prácticas druídicas ofrecían de excesivamente violento; se les obligó a creer que sus dioses no eran sino los dioses romanos o griegos desfigurados con nombres bárbaros, y, uniendo en matrimonio a los muchachos Celtas con las hijas de los colonos y de los soldados, se obtuvo muy pronto una generación que se hubiese sonrojado de llevar los mismos nombres de sus antepasados paternos y que encontraba las denominaciones latinas mucho más bellas.

Con los grupos semíticos atraídos hacia el suelo galo por la acción directa del gobierno hubo todavía varias clases de individuos cuya estancia temporal o permanencia fortuita y continua contribuyeron a transformar la sangre gala. Los empleados militares y civiles de la República aportaron, con sus costumbres fáciles, grandes causas de renovación en la raza. Los mercaderes, los especuladores, acudieron también allí; los que traficaban con esclavos no fueron los menos activos, y la derrota moral de los Galos quedó consumada, como lo es hoy la de los indígenas de América, por el contacto de una civilización inaceptable para aquellos a quienes era ofrecida, mientras su sangre permaneció pura, y, por consiguiente, su inteligencia cerrada a las ideas extranjeras.

Todo lo que era romano o mestizo romano dominó en absoluto. Los Celtas, o bien partieron en busca de costumbres análogas a las de sus parientes del centro de las Galias o se diseminaron entre la multitud de trabajadores rurales, especie de hombres que se consideraban libres, pero que en realidad llevaban la vida de esclavos. En pocos años, la Provincia se encontró tan bien transfigurada y semitizada que vemos hoy la ciudad de Argel convertida, después de veinte años, en una ciudad francesa.

Lo que en lo sucesivo se denominó Galo no designó ya a un *Gall,* sino únicamente a un habitante del país poseído antiguamente por los *Galls,* del mismo modo que cuando decimos un Inglés no pretendemos indicar un hijo directo de los Sajones de largas barbas rojas, opresores de las tribus bretonas, sino un individuo salido de la mezcla bretona, frisona, inglesa, danesa, normanda y, por consiguiente, menos Inglés que mestizo. Un Galo de la Provincia representa, de tomar las cosas al pie de la letra, el producto semitizado de los elementos más dispares; un hombre que no era ni Italiota, ni Griego, ni Asiático, ni *Gall,* sino un poco de todo eso, y que encerraba en su nacionalidad, formada de elementos inconciliables, ese espíritu ligero, ese carácter impreciso y cambiante, propio de todas las razas degeneradas. El hombre de la Provincia era quizá el peor ejemplar de todos los enlaces operados en el seno de la fusión romana; se mostraba, entre otros ejemplos, muy inferior a las poblaciones del litoral hispánico.

Éstas tenían por lo menos mayor homogeneidad. El fondo ibero se había unido con una aportación muy poderosa de sangre directamente semítica, en la que la dosis de los elementos melanios era intensa. En el fondo de las provincias que las antiguas invasiones habían vuelto célticas, la aptitud a abrazar la civilización helenizada se mantuvo siempre débil; pero en el litoral la tendencia contraria resultó muy acentuada. Las colonias implantadas por los Romanos, procedentes de Asia y de Grecia, quizá inclu-

so de África, encontraron muy fácil acogida, y aun conservando un carácter peculiar, fruto de las mezclas iberas y célticas e impreso en el fondo de su naturaleza, el grupo de España se elevó a un honroso nivel de la civilización romano-semítica. Incluso, en cierto momento, se la verá anticiparse a Italia en la vía literaria, a causa de que la vecindad de África, al renovar incesantemente la parte melania de su esencia, la empujó vigorosamente hacia esa vía. Nada de sorprendente hay, pues, en que la España del Sur fuese un país superior a la Provincia y mantuviese su primacía mientras dominó en el mundo occidental la civilización semitizada.

Pero, aunque la Galia romana se semitizase, la sangre céltica, lejos de contribuir a rectificar lo que la esencia femenina asiática aportaba de excesivo en la península itálica, veíase obligada, por el contrario, a huir ante su poderío, y esa huída no tenía que acabar nunca.

César, pues, teniendo como punto de apoyo la Provincia, completamente romanizada, emprendió y llevó a buen fin la conquista de las Galias superiores. Él y sus sucesores continuaron teniendo a los Celtas bajo la influencia de la civilización del Sur. Todas las colonias, que en tan gran número se abatieron sobre el país, convirtiéndose en verdaderas guarniciones, actuando vigorosamente por la difusión de la sangre y de la cultura asiáticas. En aquellos municipios galos en que todo, desde la lengua oficial hasta las costumbres y los muebles era romano, en que el indígena era considerado hasta tal punto como un bárbaro que llegaba a constituir un motivo de orgullo, aun para los más encumbrados, el deber la vida a un desliz de su madre con un individuo de Italia; en aquellas calles pobladas de casas al estilo griego y latino, nadie se extrañaba de ver, guardando el país y circulando por doquier, legionarios nacidos en Siria o en Egipto, caballería catafracta reclutada entre los Tesalios, tropas ligeras procedentes de Numidia y honderos baleares. Todos esos guerreros exóticos, de faz diversamente bronceada o incluso negros, pasaban incesantemente del Rin a los Pirineos, modificando la raza en todos los sectores sociales.

Aun demostrada la impotencia de la sangre céltica y su pasividad en el conjunto del mundo romano, no hay que llevar las cosas demasiado lejos y desconocer la influencia conservada por la civilización kínrica sobre los instintos de sus mestizos. El espíritu utilitario de los *Galls,* aunque actuando en la sombra, que por lo demás no le es sino favorable, continuó creciendo y sosteniendo la agricultura, el comercio y la industria. Durante todo el período imperial la Galia tuvo dentro de ese género, pero sólo dentro de ese género, perpetuos éxitos. Sus telas comunes, sus metales forjados, sus carros, continuaron gozando de una boga general. Aplicando su inteligencia a las cuestiones industriales y mercantiles, el Celta había conservado y aun perfeccionado sus antiguas aptitudes. Por encima de todo era bravo, y fácilmente se le convertía en excelente soldado que iba de guarnición ordinariamente a Grecia, a la Judea, a orillas del Éufrates. En esos diferentes puntos se mezclaba con la población indígena. Pero allí, en cuestión de desorden, todo se había operado tiempo ha, y un poco más o un poco menos de mezcla en aquellas masas innumerables no había de alterar en nada, por un lado, su incoherencia y, por otro, el predominio básico de los elementos melanios.

No se olvidará que en este momento no hablo sino episódicamente de

la Galia y sólo para explicar cómo su sangre no pudo impedir que Roma e Italia se semitizasen. Con esta misma ocasión he mostrado en qué quedó convertida esa misma provincia después de su conquista. Penetro de nuevo en la corriente del gran río romano.

Las razas italiotas puras no existían ya, en la época de Pompeyo, en Italia: el país se había convertido en jardín. Sin embargo, durante algún tiempo todavía, las multitudes antes vencidas, glorificadas por su derrota, no osaron proponer para el gobierno del Universo a individuos nacidos en sus deshonrados países. La antigua fuerza de impulsión subsistía, aunque moribunda, y era en el suelo consagrado por la victoria donde se trataba de buscar todavía al dueño universal. Como las instituciones no emanan nunca sino del estado étnico de los pueblos, esta situación debe quedar bien asentada antes de que las instituciones se establezcan y sobre todo se completen. Antaño Italia no había obtenido el derecho de ciudad romana sino mucho después de la invasión completa de Roma por los Italiotas. Igualmente sólo cuando el más completo desorden en la ciudad y en la Provincia hubo borrado la influencia de sus poblaciones nacionales, las provincias fueron admitidas en masa a participar de los derechos civiles y vimos al Árabe en el fondo de su desierto y al Bátavo en sus aguazales titularse, sin excesivo orgullo, ciudadano romano.

Sin embargo, antes de que llegase a eso y de que el estado de los hechos hubiese sido confesado por el de la ley, la incoherencia étnica y la desaparición de las razas italiotas se habían ya señalado en el acto más considerable que pudo originar la política: en la elección de los emperadores.

Para una sociedad llegada al mismo punto que la colectividad asiria, la realeza persa y el despotismo macedónico, y que no buscaba ya sino la tranquilidad y en cuanto fuese posible la estabilidad, cabe extrañarse de que el Imperio no hubiese aceptado desde el primer día el principio de la herencia monárquica. Ciertamente no es el culto de una libertad demasiado circunspecta lo que le tenía asqueado de antemano. Sus repugnancias provenían de la misma causa que se opuso a que la dominación sobre el mundo grego-semítico se perpetuara en la familia del hijo de Olimpias.

Los reinos ninivitas y babilónicos habían podido inaugurar dinastías. Aquellos Estados estaban dirigidos por conquistadores extranjeros, que imponían a los vencidos una forma determinada, prescindiendo de todo asentimiento, y así la ley constitutiva no se basaba en un pacto, sino en la fuerza. Este hecho es tan cierto, que las dinastías no se sucedían sino por el derecho de la victoria. En la monarquía persa aconteció lo mismo. La sociedad macedónica, fruto de un pacto entre las diversas nacionalidades de Grecia y englobada desde su primer paso en la anarquía de las ideas asiáticas, no funcionó de una manera tan fácil ni tan simple. No pudo fundar nada de unitario ni siquiera de estable, y para vivir tuvo que acceder a desparramar sus fuerzas. Con todo, su influencia actuó todavía bastante intensamente sobre los Asiáticos para determinar la fundación de los diferentes reinos de la Bactriana, de los Lagidas, de los Seléucidas. Hubo allí, sin duda, dinastías medianamente regulares en cuanto a la observancia doméstica de los derechos de sucesión, pero por lo menos inquebrantables en la posesión del trono y respetados por la raza indígena. Esta circunstan-

cia hace ver perfectamente hasta qué punto eran reconocidos la supremacía étnica de los vencedores y los derechos que de ella se derivaban.

Es, pues, un hecho indiscutible que el elemento macedonio-ario lograba mantener en Asia su superioridad, y, aunque muy combatido y hasta anulado en la mayoría de puntos, permanecía capaz de producir resultados prácticos de una importancia bastante notable.

Pero no podía ocurrir así entre los Romanos. Como no había existido nunca en el mundo una nación romana, de raza romana, no había habido tampoco nunca en la ciudad que regía al mundo una raza que firmemente predominase. Uno tras otro, los Etruscos, mezclados a la sangre amarilla; los Sabinos, cuyo principio kínrico estaba menos brillantemente modificado que la esencia aria de los Helenos, y, en fin, la turba semítica, habían predominado entre la población urbana. Las multitudes occidentales hallábanse vagamente unidas por el uso común del latín; mas, ¿qué valía ese latín, que de Italia se había desbordado sobre África, España, las Galias y el Norte de Europa, siguiendo la orilla derecha del Danubio y rebasándola a veces? No era en modo alguno el rival del griego, aun estando éste corrompido, difundido en el Asia Menor hasta la Bactriana e incluso hasta el Pendjab; era apenas la sombra de la leyenda de Tácito o de Plinio; un idioma elástico conocido con el nombre de *lingua rustica,* confundiéndose aquí con el osco, emparejándose allá con los restos del umbrio, más lejos tomando del céltico palabras y formas, y asimilándose todo lo posible al griego en los labios de las personas que tendían a la finura del lenguaje. Un lenguaje de una personalidad tan poco exigente convenía admirablemente a los detritos de todas las naciones obligadas a vivir juntas y a escoger el medio de comunicarse. A este motivo se debió que el latín se convirtiese en la lengua universal del Occidente y que al mismo tiempo se tenga siempre alguna dificultad para decidir si expulsó las lenguas indígenas y, en este caso, la época en que vino a sustituirlas, o bien si se limitó a corromperlas y a enriquecerse con sus despojos. La cuestión permanece tan oscura que se ha podido sostener en Italia esa tesis, verdadera bajo muchos aspectos, de que la lengua moderna existió en todo tiempo paralelamente a la lengua cultivada de Cicerón y de Virgilio.

Así esta nación, que no era tal, ese conglomerado de pueblos dominado por un nombre común, pero no por una raza común, no podía tener ni tuvo monarquía hereditaria, y fué más bien el azar que una consecuencia de los principios étnicos el que, confiando en los comienzos el mando a las familias de los Julio y a las casas con ellas emparentadas, confirió a una especie de dinastía demasiado imperfecta, pero surgida de la ciudad, los primeros honores del poder absoluto. Fué un azar, ya que nada impedía, en los últimos años de la República, que un gobernante de extracción italiota, o asiática, o africana, hiciese valer con éxito los derechos del genio. Así, ni el conquistador de las Galias, ni Augusto, ni Tiberio, ni ninguno de los Césares pensó un solo instante en el papel de monarca hereditario. Vasto como era el Imperio, no se hubiese reconocido a diez leguas de Roma, no se hubiera ni admitido ni comprendido la ilustración de una raza sabina y mucho menos aún los derechos universales que sus partidarios hubiesen pretendido hacer derivar de ella. En Asia, al contrario, se cono-

cían todavía los viejos troncos macedonios y no se les discutía ni la gloria superior ni las prerrogativas dominatrices.

Lo principal no fué, pues, una dignidad fundada en los prestigios del pasado, sino, por el contrario, en todas las necesidades materiales del presente. El Consulado le aportó su contingente de fuerzas; el poder tribunicio añadía a ello sus derechos enormes; la pretura, la cuestura, la censura, las diferentes funciones republicanas vinieron una tras otra a fundarse en aquella masa de atribuciones tan heterogéneas como las masas de pueblos sobre las cuales debían ejercerse, y cuando más tarde se quiso juntar lo brillante, imponiéndolo a lo útil como coronamiento necesario, cupo otorgar al soberano del mundo los honores de la apoteosis, convirtiéndolo en un dios, pero nunca se logró entronizar a sus hijos en la posesión regular de sus derechos. Amasar sobre su cabeza nubes de horrores, hacer que la humanidad se prosternase a sus pies, concentrar en sus manos todo lo que la ciencia política, la jerarquía religiosa, la sabiduría administrativa, la disciplina militar habían creado en materia de fuerzas para doblegar las voluntades: esos prodigios se realizaron y ninguna reclamación se levantó; pero era a un hombre a quien se le prodigaban todos esos poderes, nunca a una familia, nunca a una raza. El sentimiento universal, que no reconocía ya en ninguna parte la superioridad étnica en el mundo degenerado, no lo hubiera consentido. Pudo creerse un instante, bajo los primeros Antoninos, que una dinastía sagrada por sus beneficios iba a establecerse para la felicidad del mundo. Caracalla apareció de súbito, y el mundo, que no había sido sino sugestionado, no convencido todavía, recobró sus antiguas dudas. La dignidad imperial permaneció electiva. Esta forma de mando era decididamente la única posible, puesto que en aquella sociedad sin principios fijos, sin necesidades precisas, en fin, en una palabra que lo expresa todo, sin homogeneidad de sangre, no se podía vivir sino dejando siempre la puerta abierta a los cambios y prestando las manos de buen grado a la inestabilidad.

Nada demuestra mejor la variabilidad étnica del Imperio romano como el catálogo de los emperadores. Primero, y por el azar asaz común que puso el genio debajo de la frente de un patricio demócrata, los príncipes primordiales salieron de la raza sabina. De qué modo el poder se perpetuó algún tiempo dentro del círculo de sus alianzas, Suetonio lo cuenta a la perfección. Los Julio, los Claudio, los Nerón tuvieron cada uno su día; luego, muy pronto, desaparecieron y la familia italiota de los Flavios los reemplazó. Prontamente, ésta se eclipsó, y ¿a quién cedió el sitio? A Españoles. Después de los Españoles vinieron Africanos; después de los Africanos, de los cuales fué Séptimo Severo el héroe y el abogado Macrino el representante, no el más loco, sino el más vil, aparecieron los Sirios, presto suplantados por nuevos Africanos, reemplazados a su vez por un Árabe, destronado por un Panonio. No llevo más adelante la serie, contentándome con decir que después de Panonio hubo de todo en el trono imperial, excepto un hombre de familia urbana.

Hay que considerar todavía la manera cómo el mundo romano se lo tomaba para formar el espíritu de sus leyes. ¿Se atenía al antiguo instinto, no diré romano, puesto que no hubo nunca nada de romano, sino por lo menos etrusco o itálico? En modo alguno. Como había una legislación de

compromiso, fué a buscarla en el país que ofrecía, después de la ciudad eterna, la población más mezclada: en la costa siria, y mostró, desde luego con razón, la mayor estima por la Escuela de que salió Papiniano. En materia de religión había mostrado tiempo ha una amplitud de miras. La Roma republicana, antes de levantar un Panteón, se dirigió a todos los rincones de la Tierra para procurarse dioses. Llegó un día en que, dentro de ese vasto eclecticismo, se temió aún que se hubiese procedido con estrechez de miras, y para no parecer exclusivistas se inventó aquel nombre vago de *Providencia,* que es, en efecto, entre naciones que piensan diferentemente, pero que son enemigas de disputas, el que mejor podía prosperar. No significando gran cosa, no pudo chocar a nadie. La Providencia constituyó el dios oficial del Imperio.

Los pueblos se veían así llevados en lo que cabía, tanto en lo que se refiere a sus intereses como en lo que respecta a sus creencias y nociones de derecho, a atenerse siempre a los mismos nombres extranjeros; en una palabra, parecía que no les faltaba nada en punto a principios negativos. Se les había dado una religión que no era tal, una legislación que no pertenecía a ninguna raza, soberanos aportados por el azar y que no se apoyaban sino en una fuerza momentánea. Y, sin embargo, de haberse limitado a eso en cuanto a concesiones, dos puntos había susceptibles de herir al pueblo. El primero, si se hubiesen conservado en Roma los antiguos trofeos, los habitantes de las provincias hubieran sentido reavivarse el recuerdo de sus derrotas; el segundo, si la capital del mundo hubiese permanecido en los mismos lugares de donde habían partido los vencedores desaparecidos. El régimen imperial comprendió esas delicadezas y dió a ellas entera satisfacción.

El entusiasmo de los últimos tiempos de la república por el griego, la literatura griega y las glorias de Grecia habíase llevado al extremo. En la época de Sila no había una persona distinguida que no diese en considerar la lengua latina como una jerga grosera. Hablábase griego en las casas más respetables. Los espíritus ingeniosos afectaban el mayor aticismo, y los amantes que sabían vivir decíanse en sus citas: ψυχη μον, en lugar de *anima mea.*

Ya establecido el Imperio, ese helenismo fué fortaleciéndose; Nerón fué un fanático de ello. Los antiguos héroes de la ciudad fueron considerados como unos peleles bastante tristes, y a todos se prefirió al macedonio Alejandro y los héroes menores de la Hélade. Es cierto que algo más tarde se produjo una reacción en favor de los viejos patricios y de su rusticidad; pero cabe sospechar que ese entusiasmo no fué sino una moda literaria; por lo menos no tuvo por representantes más que hombres muy elocuentes, sin duda, pero muy extraños al Lacio, el Español Lucano, por ejemplo. Como esos apologistas inesperados no pudieron desviar las preocupaciones generales, la corriente siguió derivando hacia la cultura griega o semítica. Cada cual se sentía más atraído, más interesado por ellas. Lo que de más notable hizo el gobierno para satisfacer esos instintos fué realizado por Séptimo Severo cuando ese gran príncipe erigió ricos monumentos a la memoria de Aníbal y cuando su hijo Antonino Caracalla levantó en honor de ese mismo vencedor de Cannes y de Trebia gran número de estatuas triunfales. Lo que es más de admirar es que llenó incluso Roma de ellas.

He dicho en otro lugar que si Cornelio Escipión hubiera sido vencido en Zama, la victoria no hubiera podido alterar el orden natural de las cosas y hacer que los Cartagineses dominasen a las razas italiotas. Asimismo, el triunfo de los Romanos, bajo el amigo de Lelio, no impidió tampoco que esas mismas razas, luego de realizada su obra, se sumergiesen en el elemento semítico y que Cartago, la desdichada Cartago, una ola de aquel océano, pudiese saborear también su hora de goce en el triunfo colectivo y en el ultraje póstumo aplicado en la mejilla de la vieja Roma.

Parece que el día en que los caducos simulacros de los Fabios y de los Escipiones vieron cómo el tuerto de Numidia tenía también su mármol al lado de ellos no debió ya encontrarse en todo el Imperio un solo habitante de las provincias humillado: cada uno de esos ciudadanos pudo expresar libremente las loas de los héroes tópicos. El Gétulo, el Moro, celebró las virtudes de Masinisa, y Yugurta fué rehabilitado. Los Españoles celebraron los incendios de Sagunto y de Numancia, mientras que el Galo puso más alto que las nubes el valor de Vercingetórix. Nadie en lo sucesivo había de inquietarse por las glorias urbanas insultadas por aquellas gentes que se llamaban ciudadanos, y lo más curioso es que esos mismos ciudadanos romanos, mestizos y bastardos como eran respecto de las viejas razas, no tenían más derecho a hacerse suya la gloria de los héroes bárbaros que se complacían en invocar, que a menospreciar las grandes figuras patricias del Lacio.

Queda la cuestión de supremacía para la ciudad. Sobre este particular, como sobre los otros, la multitud de vencidos cobijada bajo las águilas imperiales fué perfectamente tratada.

Los Etruscos, constructores de Roma, no habían tenido la previsión de los altos destinos reservados a su colonia. Su territorio no lo habían escogido con vistas a convertirlo en el centro del mundo, ni siquiera a hacerlo fácilmente accesible. Así, a partir del reino de Tiberio se comprendió que, puesto que la administración imperial se encargaba de velar por los intereses universales de las naciones amalgamadas, era preciso que se aproximase a los países donde la vida era más activa. Esos países no eran los Galos, carentes de influencia; no era la Italia despoblada: era Asia, en donde la civilización estacionaria, pero general, y sobre todo la acumulación de masas enormes de habitantes, hacían necesaria la vigilancia incesante de la autoridad. Tiberio, para no romper de golpe con los antiguos hábitos, se contentó con establecerse en el extremo de la Península. Hacía entonces más de un siglo que el desenlace de las grandes guerras civiles y los sólidos resultados de la victoria no se obtenían ya allí, sino en Oriente, o por lo menos en Grecia.

Nerón, menos escrupuloso que Tiberio, vivió mayormente en la sierra clásica, tan grata a aquel terrible amante de las artes. Después de él, el movimiento que impelía a los soberanos hacia el Este fué acentuándose cada vez más. Hubo emperadores como Trajano o Séptimo Severo, que pasaron su vida viajando; otros, como Heliogábalo, se asomaron apenas, y aun como extranjeros, a la ciudad eterna. Un día, la verdadera metrópoli del mundo fué Antioquía. Cuando los asuntos del Norte adquirieron mayor importancia, Treves se convirtió en la residencia ordinaria de los jefes del Estado. Después, fué Milán la oficialmente escogida, y, entre tanto, ¿qué

era de Roma? Roma conservaba un Senado para desempeñar en los asuntos un papel triste, pasivo, comparable al de un gran señor imbécil, producto adulterino de los libertos de sus abuelas, pero protegido por el prestigio de su nombre. De hecho, aquel Senado servía de muy poco. Alguna vez, al acordarse de él, se le rogaba que reconociese a los emperadores impuestos por la voluntad de las legiones. Una leyes formales prohibían a los miembros de la Curia la carrera de las armas, y como otras leyes, en apariencia benévolas, excluían a todos los Italiotas del servicio militar activo, aquellos honestos senadores, que por lo demás no tenían nada de común con los padres de la patria de los tiempos pretéritos (1), no hubieran hallado soldados de quienes hacerse obedecer si por la fuerza hubiesen intentado ponerse a la cabeza de un ejército. Reducidos por toda ocupación a la mezquina tarea de la intriga, no encontraban en el mundo a nadie, fuera de ellos mismos, que creyese en su prestigio. Cuando, por una desgracia, algún príncipe se valía de ellos para sus combinaciones, su autoridad de prestado no dejaba nunca de conducirlos a algún abismo. Hombres desdichados, encumbrados por el azar, ancianos sin dignidad, gustaban de pavonearse en sus sesiones baldías, combinando períodos y rivalizando en elocuencia en aquellos días terribles en que el Imperio estaba a merced de unos puños vigorosos.

Aquellos impotentes senadores hubieran podido apuntarse un defecto más, que más tarde les irrogó gran perjuicio: su alarde de gustar de la literatura, en una época en que nadie más se preocupaba de saber lo que era un libro. Roma contaba entre su público ilustrado con aficionados muy presuntuosos; pero, incluso sobre este punto, Roma había dejado de ser el campo fecundo de la literatura latina. Confesemos también que no lo había sido nunca.

Entre los inspirados genios que ilustraron las musas ausonias, poetas, prosistas, historiadores o filósofos, a partir del viejo Ennio y de Plauto, son pocos los nacidos dentro de los muros de la Ciudad o que pertenecieron a familias urbanas. Había una especie de esterilidad manifiesta, lanzada como una maldición sobre el suelo de la ciudad guerrera, que, no obstante — hay que hacerle justicia —, acogió siempre noblemente, y en consonancia con el genio utilitario del primer espíritu itálico, todo lo que pudo realzar su esplendor. Ennio, Livio Andrónico, Pacuvio, Plauto y Terencio no eran Romanos. No lo eran tampoco Virgilio, Horacio, Tito-Livio, Ovidio, Vitruvio, Cornelio Nepote, Cátulo, Valerio Flaco, Plinio. Mucho menos aún lo era aquella pléyade española llegada a Roma con o después de Porcio Latro, los cuatro Sénecas, el padre y los tres hijos, Sextilio Hena, Estatorio Víctor, Seneción, Higino, Columela, Pompilio Mela, Silio Itálico, Quintiliano, Marcial, Floro, Lucano, y una larga lista aún (2).

Los prosistas urbanos encontraban siempre algo que afear a los más grandes escritores. Los que, entre éstos, procedían de Italia mostraban en exceso el sabor del terruño natal. Ese reproche era todavía más justificado contra los Españoles. De todos modos, ello no empañaba la gloria de ninguno, y el mérito, contra lo que se haya dicho de un siglo acá entre nos-

(1) Tácito, *Anales*, XI, 25.
(2) Am. Thierry, *La Gaule sous l'administration romaine*, t. I, p. 200 y *passim*.

otros, era plenamente reconocido en los poetas de Córdoba cual si hubiesen escrito exactamente como Cicerón. No nos es posible juzgar del todo el alcance de las críticas dirigidas al Paduano Tito-Livio, pero estamos en condiciones perfectas de apreciar el fundamento de las que se lanzaban contra los Sénecas y Lucano y Silio Itálico. Esas críticas se relacionan demasiado con el asunto de este libro para dedicarles unas palabras. Se acusaba, pues, a la Escuela española de afectar hasta un grado molesto lo que yo denomino el carácter semítico, es decir, el ardor, el colorido, el amor a lo grandioso llevado hasta la exageración, y un vigor que degeneraba en mal gusto y dureza.

Aceptemos todos esos ataques. Se ha observado ya cuán merecidos eran por el genio de los pueblos melanizados. No cabe, pues, rechazarlos tratándose de obras de ese genio en el pueblo español, pues no se pierde de vista que nos hallamos aquí con una poesía y una literatura que no florecían en la península ibérica sino allí donde había sangre negra ampliamente difundida, es decir, en el litoral del Sur. En consecuencia, invirtiendo el hecho para utilizarlo en mis demostraciones, observo de nuevo hasta qué punto la poesía, la literatura, son más vigorosas, y al mismo tiempo más defectuosas por exuberancia, allí donde la sangre melania existe en abundancia, y, siguiendo esta dirección, no hay que avanzar sino hasta la provincia que más se distinguió en las letras después de España: África (1).

Allí, alrededor de la Cartago romana, el culto de la imaginación y del espíritu era un hábito y, por decirlo así, una necesidad general. El filósofo Anneo Cornuto, nacido en Leptis; Séptimo Severo, de la misma ciudad; el Adrumetano Salvio Juliano; el Númida Cornelio Frontón, preceptor de Marco Aurelio, y finalmente Apuleyo, llevaron al más alto nivel la gloria de África en el período pagano, mientras que la Iglesia militante debió a ese país muy poderosos e ilustres apologistas en la persona de los Tertuliano, de los Minucio Félix, de los san Cipriano, de los Arnobo, de los Lactancio, de los san Agustín. Hecho más notable aún: cuando las invasiones germánicas cubrieron con sus masas regeneradoras la faz del mundo occidental, fueron los puntos en que el elemento semítico se mantenía pujante donde las letras romanas alcanzaron sus últimos éxitos. Señalo, pues, esa misma África, esa misma Cartago, bajo el gobierno de los reyes Vándalos (2).

Así, Roma no fué nunca, ni bajo el Imperio, ni siquiera bajo la República, el santuario de las musas latinas. De ello se daba tan perfecta cuenta que, dentro de sus propios muros, no otorgaba a su lengua natural ninguna preferencia. Para instruir a la población civil, el fisco imperial sostenía a gramáticos latinos, pero también a gramáticos griegos. Tres retóricos latinos, contra cinco griegos, y, al mismo tiempo, como los escritores de lengua latina eran objeto de honores y percibían un salario y contaban con un público dondequiera que no fuese Italia, así también los escritores helénicos se sentían retenidos en Roma por ventajas análogas: testigos Plutarco de Queronea, Arriano de Nicomedia, Luciano de Samosata, Herodes Ático

(1) Am. Thierry, *La Gaule sous la administration romaine. Introd.*, t. I, p. 182 y siguientes.
(2) Meyer, *Lateinische Anthologie*, t. II.

de Maratón, Pausanias de Lidia, todos los cuales vinieron a componer sus obras y a cosechar nombradía al pie del Capitolio.

Así, a cada paso que damos nos penetramos más de esa verdad según la cual Roma no poseía nada propio, ni religión, ni leyes, ni lengua, ni literatura, ni siquiera primacía seria y efectiva, y lo que en nuestros días se ha dado en acoger favorablemente aprobándolo como una feliz novedad para la civilización. Todo depende de lo que se ama y se persigue, de lo que se censura y reprueba.

Los detractores del período imperial ponen, por su parte, de manifiesto que en toda la faz del mundo romano, a partir de Augusto, sobresale ya ninguna individualidad. Todo está borrado; nada de honrar la grandeza, nada de vituperar la bajeza; todo yace en el silencio. Las antiguas glorias no apasionan sino a los declamatorios retóricos en la hora de clase; no entusiasman ya a nadie, y sólo los espíritus hueros pueden salir en su defensa. Nada de grandes familias; todas se han eclipsado, y las que, ocupando su sitio, intentan desempeñar el papel que les incumbe, retornan a sus moradas, horas después de haber salido de ellas. Además, aquella antigua libertad patricia que, con sus inconvenientes, ofrecía también sus lados bellos y nobles, ha dejado definitivamente de existir. Nadie piensa en ella, y aquellos que, en sus libros, le dedican un incienso teórico, buscan, como buenos cortesanos, la amistad de los poderosos de la época y sentiríanse desolados si sus lamentos fuesen tomados al pie de la letra. Al mismo tiempo, las nacionalidades abandonan sus insignias. Cada una va a llevar a las otras el desorden de todas las nociones sociales, y ninguna cree en sí misma. Lo que han conservado de personal, es el afán de impedir que una sola de ellas se substraiga a la decadencia moral.

Con el olvido de la raza, con la extinción de las casas ilustres cuyos ejemplos guiaban antaño a las multitudes, con el sincretismo de las teologías, afluyeron en multitud, no los grandes vicios personales, lote de todas las épocas, sino aquel universal relajamiento de la moral ordinaria, aquella incertidumbre de todos los principios, aquel despego de todas las individualidades por la cosa pública, aquel escepticismo ora alegre, ora triste, indiferentemente aplicado a todo lo que carece de interés o no es de uso cotidiano, en fin aquella aversión asustadiza del porvenir, todo lo cual son desdichas mucho más envilecedoras para las sociedades. En cuanto a las eventualidades políticas, interrogad a la multitud romana. Ya nada le repugna, ya nada le extraña. De las condiciones que los pueblos homogéneos exigen de quien trata de gobernarlos, han perdido hasta la idea. Fué ayer un Árabe quien subió al trono, mañana será el látigo de un pastor panonio quien conducirá a los pueblos. El ciudadano romano de la Galia o del África se consolará de ello pensando que después de todo no son asuntos de su incumbencia, que el primer gobernante que llegue es el mejor, y que es una organización aceptable aquella en que su hijo, si no él mismo, puede a su vez convertirse en emperador.

Tal era el sentir general en el siglo III, y, durante dieciséis siglos, cuantos, fuesen paganos o cristianos, han considerado esa situación no la han hallado nada atrayente. Así los políticos como los poetas, y lo mismo los historiadores que los moralistas, han mostrado su desprecio por los inmundos pueblos en los cuales no cabía imponer otro régimen. Ese es el proceso

que espíritus por lo demás eminentes, hombres de vasta y sólida erudición, se esfuerzan hoy en hacer revisar. Siéntense inconscientemente impelidos por una simpatía muy natural y que las afinidades étnicas justifican de sobra.

No es que no anden de acuerdo sobre la exactitud de los reproches dirigidos a las multitudes de la época imperial; pero oponen a aquellos defectos supuestas ventajas que, a sus ojos, los rehabilitan. ¿De qué se duelen? ¿de la mezcla de religiones? Se derivaba de ello una tolerancia universal. ¿Del relajamiento de la doctrina oficial sobre esas materias? Se reducía a un ateísmo legal. ¿Qué importan los efectos de semejante ejemplo partiendo de tan alto?

Desde ese punto de vista, el encanallamiento y la destrucción de las grandes familias, incluso de las tradiciones nacionales que ellas conservaban, son resultados admisibles. Las clases medias de la época no pudieron dejar de acoger favorablemente ese holocausto cuando se realizaba ante sus alturas. El espectáculo de individuos herederos de los nombres más augustos, de individuos cuyos padres habían aportado a la patria millares de victorias y de provincias, el espectáculo de esos individuos ganándose la vida, obligados a ejercer de faquines y a actuar de gladiadores; el espectáculo de las matronas, sobrinas de Colatín, viviendo a costa de sus amantes, no son ciertamente de desdeñar para los hijos de Habinas, ni tampoco para los primos de Espartaco. La única diferencia es que el constructor de ataúdes puesto en escena por Petronio desea llegar a eso insensiblemente y sin violencia, al paso que el bruto de las ergástulas saborea mejor el daño que él en persona ha causado, mayormente si está ensangrentado. Un Estado sin nobleza, constituye el sueño de muchas épocas. No importa que la nacionalidad pierda en ello sus columnas, su historia moral, sus archivos: todo está perfectamente cuando la vanidad del hombre mediocre ha puesto el cielo al alcance de su mano.

¿Qué importa la propia nacionalidad? ¿No es preferible para los diferentes grupos humanos que se pierda todo lo que puede separarlos, diferenciarlos? A ese respecto, en efecto, la época imperial es uno de los períodos más bellos que la humanidad haya conocido nunca.

Pasemos a las ventajas efectivas. Ante todo, se dice, una administración regular y unitaria. Aquí, se impone un examen.

De ser verdadero el elogio, es grande; sin embargo, cabe dudar de su exactitud. Entiendo perfectamente que en principio todo convergía en el emperador, que los más humildes oficiales civiles y militares debían aguardar jerárquicamente la orden emanada del trono, y que, así en el vasto contorno como en el centro del Estado, la palabra del soberano teníase por decisiva. Mas ¿qué decía esa palabra, y qué quería? Nunca sino una sola y misma cosa: dinero, y, con tal que lo obtuviese, la intervención de lo alto no se preocupaba de la administración interior de las provincias, de los reinos, con mayor motivo de las ciudades y de los burgos, los cuales, organizados según el antiguo plan municipal, tenían derecho a no ser gobernados más que por su curia. Este derecho sobrevivía, enervado en verdad, puesto que el capricho de lo alto impedía en millares de ocasiones que se

ejercitase, pero existía, privado de muchas ventajas y ofreciendo todos los inconvenientes del espíritu de campanario.

Los escritores democráticos se pagan mucho del título de ciudadano romano conferido a todo el Universo por Antonino Caracalla. Yo me siento menos entusiasta. La más bella prerrogativa no tiene valor sino cuando deja de prodigarse. Si todo el mundo es ilustre, nadie lo es ya, y así le ocurrió a la innumerable masa de ciudadanos provinciales.

Todos se vieron constreñidos a pagar el impuesto, todos estaban sujetos a sanciones que eran aplicadas por la jurisprudencia imperial; y, sin preocuparse de lo que hubiera pensado de esa innovación el *civis romanus* de otro tiempo, se les sometía a tortura cada vez que así se les ocurría a los magistrados. San Pablo debió a su cualidad cívica reclamada a propósito un trato de honor; en cambio, los confesores y las vírgenes de la primitiva Iglesia, aunque favorecidos con el derecho de ciudad, no dejaban de ser tratados como esclavos. Fué en lo sucesivo la costumbre común. El edicto de nivelación pudo pues satisfacer un día a los súbditos, mostrándoles humillados a quienes no ha mucho envidiaban; pero eso no les realzó lo más mínimo: fué simplemente una gran prerrogativa abolida y echada al agua.

Y en cuanto a los Senados municipales, sedicentes dueños de administrar a sus ciudades según el criterio de la localidad, su bienestar no era tampoco tan grande como se da a entender (1). Admito que en las cuestiones insignificantes actuasen con bastante libertad. En cuanto se trataba de demandas del Fisco, no se admitían deliberaciones, ni razonamientos; había que abrir la bolsa. Y acontecía que esas demandas eran frecuentes y poco discretas. Al lado de algunos emperadores que, en un largo principado, hallaron ocasión de satisfacer sus apetitos, ¡cuántos y cuántos hubo que, presurosos de gozar del poder, no tuvieron sino el tiempo preciso de llenarse las manos! Y aun, entre los príncipes favorecidos por un reinado feliz, cuéntanse en gran número aquellos a quienes las guerras casi incesantes obligaron a devorar la substancia de sus pueblos. Y, finalmente, entre los pacíficos, ¿cuántos cabe citar cuyos mejores años no hayan sido ocupados en dirigir las mejores fuerzas del Imperio contra las oleadas de usurpadores sin cesar renacientes y que arrebataban todo cuanto podían de las ciudades? El Fisco no estuvo pues casi nunca, excepto bajo los Antoninos, en disposición de moderar sus exigencias; y así los magistrados municipales tenían como principal función, como primordial preocupación, el verter dinero en las cajas imperiales, lo que quitaba gran mérito a su casi independencia en lo demás o, mejor, la reducía a la nada.

El decurión, el senador, los venerables miembros de la Curia, como ellos se titulaban, pues esos individuos, descendientes de algunos perversos libertos, de mercaderes de esclavos, de veteranos colonizados, se las daban de patricios y de viejos Quírites, no estaban siempre en situación de librar al agente del Fisco la cuota parte que éste tenía orden de exigir. Votar no era nada, había que percibir los impuestos, y cuando la Comuna se hallaba exhausta, arruinada, los ciudadanos romanos que la componían podían sin duda ser apaleados por los agentes del Fisco y de policía de la localidad;

(1) Savigny, *Geschichte des rœmischen Rechtes in Mittelalter*, in-8.°, t. I, p. 18 y *passim*.

pero sacarles un solo sestercio, era ilusorio. Entonces el oficial imperial, víctima también de sus superiores, no titubeaba mucho. Apelaba, a su vez, a sus propios lictores, y pedía sin miramientos a los venerables, a los ilustres senadores que le completasen con sus propios fondos la suma necesaria para redondear sus cuentas. Los ilustres senadores se negaban, por encontrar la exigencia fuera de lugar, y entonces, echando a un lado todo respeto, se les infligía el mismo trato, las mismas ignominias de que se mostraban tan pródigos con sus libres administrados (1).

Aconteció con ese régimen, que muy pronto los curiales, desengañados de los méritos de una toga que no les libraba de las magulladuras, fatigados de presidir un Capitolio que no preservaba sus moradas de los registros domiciliarios y de la expoliación, espantados de las amenazas de motín que se cernían sobre ellos, tristes instrumentos, esos miserables curiales dieron en pensar que sus cargos eran demasiado pesados y que era preferible una existencia menos destacada, pero más tranquila. Los hubo que emigraron y fueron a establecerse, sencillos ciudadanos, en otras poblaciones. Otros ingresaron en la milicia, y, cuando el cristianismo se convirtió en una religión legal, muchos se hicieron sacerdotes.

Pero eso no le salía a cuenta al Fisco. El emperador dictó leyes denegando a los curiales, bajo las penas más severas, el derecho de abandonar nunca la residencia donde ejercían sus funciones. Era quizá esta la primera vez que unos desgraciados se veían clavados por la ley en la picota de los honores. Después, del mismo modo que, para humillar y envilecer al Senado de Roma, se había prohibido a sus miembros la carrera de las armas, así también, para conservar al Fisco los senadores provinciales y la explotación de sus fortunas, se prohibió a éstos el ingreso en la milicia y, por extensión, el abandono de la profesión de sus padres, y, por extensión también, la misma ley fué aplicada a los restantes ciudadanos del Imperio; de suerte que, debido a un singular concurso de circunstancias políticas, el mundo romano, que no se veía ya en el caso de tener que aislar unas de otras a razas diferentes, hizo lo que habían decretado el brahmanismo y el sacerdocio egipcio: pretendió instituir castas hereditarias, ¡él, el verdadero genio de la confusión! Pero hay momentos en que la necesidad de la salvación lleva, así a los Estados como a los individuos, a las inconsecuencias más monstruosas.

He aquí a los curiales que no pueden ser ni soldados, ni mercaderes, ni gramáticos, ni marinos; no pueden ser sino curiales, y — tiranía más monstruosa en medio del apasionado fervor del cristianismo naciente — vióse, con gran menosprecio de la conciencia, cómo la ley impedía que aquellos miserables ingresasen en las Órdenes sagradas, siempre debido a que el Fisco, viendo en ellos la mejor de sus garantías, no quería soltarlos (2).

Semejantes violencias no podrían producirse en aquellas naciones en que un genio étnico algo más noble dicta todavía sus inspiraciones a las multitudes. El oprobio recae por entero, no sobre los gobernantes, obligados a recurrir a ello por el envilecimiento de los pueblos, sino sobre esos

(1) Savigny, *obra citada*, t. I, p. 25 y 71.
(2) Tácito, *Anales*, I, 59.

pueblos degenerados (1). Éstos se acostumbraron a vivir bajo aquel yugo. Se conocieron, es cierto, en el mundo romano, algunas insurrecciones parciales, causadas por el exceso de sufrimientos; pero aquellos motines, estimulados por pasiones mezquinas y no apoyándose en nada generoso, no fueron nunca sino una causa de mayores azotes, una ocasión de pillajes, de matanzas, de violaciones, de incendios. Las mayorías sentían por aquellos estallidos un legítimo horror, y, una vez sofocada en sangre la revuelta, cada cual se felicitaba de ello y tenía razón de hacerlo. Muy pronto, echado todo en olvido, seguía sufriéndose lo más pacientemente posible; y, como nada se pega más de prisa que las costumbres de la servidumbre, no tardó en resultar imposible para los individuos del Fisco obtener el pago de los impuestos sin recurrir a la violencia. Los curiales no sacaban nada de sus administrados más solventes sino haciéndolos apalear, y, a su vez, no soltaban nada sino después de una tanda de azotes. Moral particular muy comprendida en Oriente, en donde constituye una especie de pundonor. Incluso en tiempo ordinario y so pretexto de utilidad local, los curiales llegaron al extremo de despojar a sus conciudadanos, y los magistrados imperiales dejábanles en entera libertad, harto dichosos de saber dónde encontrar el dinero en momentos de necesidad.

Hasta aquí he admitido muy benévolamente que la gente al servicio del emperador se mantenía exenta de la corrupción general; pero el supuesto era gratuito. Esos individuos mostraban tanta rapacidad como los antiguos procónsules de la República. Además, eran sobre manera numerosos, y, cuando las provincias exhaustas intentaban reclamar cerca del soberano común, puede juzgarse cuán difícil resultaría. Adueñados de la administración de los puestos imperiales, dirigiendo una policía numerosa y activa, únicos autorizados para librar pasaportes, los tiranos locales hacían casi imposible la partida de mandatarios acusadores. En el caso de haber logrado burlar todas esas precauciones, ¿qué iban a hacer en el palacio del príncipe unos oscuros provinciales, desatendidos por todos los amigos, cómplices y protectores de su enemigo? Tal fué la administración de la Roma imperial, y, aunque fácilmente concedo que todos gozaban allí del título de ciudadano, que el Imperio estaba gobernado por un jefe único, y que las ciudades, dueñas de su régimen interior, podían intitularse autónomas, acuñar moneda, erigir estatuas y todo lo que se quiera, no veo en modo alguno las ventajas que de ello se derivaban para nadie.

El elogio supremo dirigido a ese sistema romano, es pues el haber sido lo que se llama regular y unitario. He dicho ya de qué regularidad; veamos ahora de qué unidad.

No basta que un país tenga un soberano único para que queden proscritos el fraccionamiento y sus inconvenientes. En ese caso, la antigua administración de Francia hubiera sido unitaria, lo que no cree nadie. Unitario igualmente hubiese resultado el Imperio de Darío, otro hecho muy discutido, y, juzgándolo así, lo que se conoció bajo determinada monarquía asiria fruto era también de la unidad. La reunión de los derechos soberanos en una sola cabeza, no es pues bastante; es preciso que la acción del poder se difunda de una manera bastante normal hasta los últimos confines del

(1) Tácito, *obra citada*, III, 65.

cuerpo político; que un mismo aliento circule en todo ese ser y lo haga ora mover, ora dormir en un justo descanso. Ahora bien, cuando cada uno de los países más diversos se administra según las ideas que le convienen, no depende sino financiera y militarmente de una autoridad remota, arbitraria, mal informada, y no existe allí verdadera cohesión, real amalgama. Es, si se quiere, una concentración aproximada de fuerzas políticas; no constituye nunca una unidad.

Hay además otra condición indispensable para que la unidad se establezca y manifieste un movimiento regular que es su principal mérito, y es que el poder supremo sea sedentario, esté siempre presente en un punto determinado, y de allí haga divergir su solicitud, por medios y vías todo lo uniformes posible, sobre las ciudades y provincias. Solamente entonces las instituciones, buenas o malas, funcionan como una máquina bien montada. Las órdenes circulan con facilidad, y el tiempo, ese gran factor indispensable en todo lo que se realiza de notable en el mundo, puede ser calculado, medido y empleado sin prodigalidad inútil, como también sin desastrosa parsimonia.

Esa condición le faltó siempre a la organización imperial. He mostrado cómo la mayoría de jefes de Estado habían, desde el comienzo, abandonado Roma, para fijar su residencia ya en el extremo meridional de Italia, ya en los territorios asiáticos, ya en el Norte de las Galias, mientras otros viajaron durante todo el curso de su reinado. ¿Qué podía ser una administración cuyos agentes no sabían dónde encontrar con seguridad al jefe de quien emanaba todo poder, y cuyas órdenes se encargaban de ejecutar? Si el emperador hubiese permanecido constantemente en Antioquía, hubiera, sin duda, sido preciso mucho tiempo para hacer llegar sus instrucciones a los pretorios de Cádiz, de Treves o de las islas Británicas; sin embargo, después de todo, hubiera podido calcularse, por esa lejanía, la constitución de aquellas provincias, la extensión de la responsabilidad otorgada a los magistrados para regirlas y defenderlas; hubiérase logrado imprimirles una organización regular.

Pero, cuando un mensajero partido de París o de Itálica para tomar órdenes, llegaba lentamente a Antioquía y se enteraba allí que el emperador había partido para Alejandría; que, luego de llegado a esta ciudad, se veía obligado a partir para Nápoles, siempre a la zaga de su soberano, ¿en qué se distinguía, pregunto, el carácter unitario de tal organización? Afirmarlo, es sostener un absurdo; el emperador debía dejar, y dejaba en efecto, a la iniciativa del prefecto y de los generales una libertad de acción de la que se derivaban las más graves consecuencias, tanto para la buena administración del territorio como para las más elevadas cuestiones, la herencia imperial por ejemplo.

Si el gobierno hubiese sido unitario, con sus fuerzas vivas agrupadas alrededor del trono, el derecho de sucesión se hubiera debatido en la propia corte del príncipe; no acontecía así en modo alguno. Cuando el emperador moría en Asia, su heredero surgía naturalmente en Iliria, en África o en la Gran Bretaña, según que, en una u otra de esas provincias, se improvisase un soberano que hubiese sabido atraer a su causa mayores intereses, y gozase así de un poder más vasto. Cada gran circunscripción del Estado poseía en su principal ciudad una corte en miniatura en la cual el poder,

no obstante ser delegado, ofrecía las trazas de una autoridad suprema y absoluta; disponía por tanto de todo e interpretaba las mismas leyes, yendo hasta confiscar el impuesto, sin preocuparse del Tesoro. No niego que el rayo del dios mortal, del héroe soberano, no estallase alguna vez sobre la cabeza de los audaces; sin embargo, en la mayoría de casos, no acontecía sino después de una larga tolerancia que hacía excusables los abusos. Por lo demás, no era extremadamente raro que el magistrado recalcitrante, despreocupándose de las amenazas y declarándose también emperador, no demostrase la ridiculez de aquel fantasma de unidad monárquica que trataba, sin lograrlo, de abrazar y fecundar un mundo sometido por su sola postración. Así, no puedo compartir la simpatía teórica que suele mostrarse por la época imperial. Me limito a ser exacto; por eso termino confesando que si el régimen inaugurado por Augusto no fué en sí mismo ni bello, ni fecundo, ni loable, poseyó un género de superioridad todavía muy preferible, y es que ante la diversidad de pueblos rendidos al poder de las águilas, era el único posible. Todos los esfuerzos los dedicó a gobernar cuerda y honrosamente a las masas que le estaban confiadas. Fracasó en ello. La culpa no fué suya, sino que recae sobre los mismos pueblos.

Si el gobierno basó su religión en una fórmula teológica sin valor, en una palabra enteramente desprovista de sentido, le absuelvo de ello. Vióse a ello forzado por la necesidad de mostrarse imparcial entre millares de creencias. Si, aboliendo las legislaciones locales, adoptó una jurisprudencia ecléctica cuyas tres bases eran el servilismo, el ateísmo y la equidad aproximada, débese a que se había sentido dominado por la misma necesidad de nivelación. Si, en fin, había sometido sus procedimientos administrativos a una balanza complicada, relajada, mal equilibrada entre la blandura y la violencia, débese a que, en la inteligencia de las masas sometidas, no había encontrado una ayuda para asentar un régimen más noble. En ningún sitio existía la menor huella de comprensión de los deberes más ineludibles. Los gobernados no se sentían obligados a nada con los gobernantes: ¿hay que achacar al jefe, a la cabeza del Imperio, la impotencia del cuerpo social? Sus defectos, sus vicios, sus debilidades, sus crueldades, sus opresiones, sus desfallecimientos, y, de nuevo, sus furiosos arrebatos de dominio, sus esfuerzos para que el cielo descendiese a la tierra, y ponerlo bajo los pies de su poder que nadie consideraba nunca bastante enorme, bastante divinizado, rodeado de suficiente prestigio, bastante acatado, que, con todo eso, no podía llegar a asegurarse simplemente la sucesión, todas esas locuras no provenían de otra cosa que de la espantosa anarquía étnica que presidía aquella sociedad en escombros.

Las palabras son tan impotentes para reflejarla como el pensamiento para concebirla. Tratemos sin embargo de formarnos de ella una idea recapacitando a grandes rasgos los principales, sólo los principales enlaces a que habían conducido las decadencias asiria, egipcia, griega, céltica, cartaginesa, etrusca, y las colonizaciones de España, de las Galias y de Iliria; pues de todos esos detritos se hallaba formado el Imperio romano. Recuérdese que en cada uno de los centros que indico existían ya fusiones casi innumerables. No se pierda de vista que, si la primera alianza del negro y del blanco había dado el tipo camítico, la individualidad de los Semitas, de los Semitas más antiguos, debíase a ese triple enlace negro, blanco y todavía

blanco, del que surgió una raza especial; que esa raza, tomando otra aportación de elementos negro o blanco o amarillo, habíase modificado, en los sitios afectados, en el sentido de formar una nueva combinación. Y así, hasta el infinito; de manera que la especie humana, sometida a tal variedad de combinaciones, no se hallaba ya separada en categorías distintas. A partir de entonces lo era por grupos yuxtapuestos, cuya economía se alteraba a cada instante, y que, cambiando sin cesar de conformación física, de instintos morales y de aptitudes, presentaban un vasto desgrane de individuos a quienes no podía unir ya ningún sentimiento común, y que sólo la violencia lograba hacer marchar a un mismo ritmo. He aplicado al período imperial la calificación de semítico. No hay que tomar esta denominación como si indicase una variedad idéntica a la que resultó de las antiguas mezclas caldeas y camitas. He pretendido únicamente indicar que, entre las multitudes diseminadas, con la fortuna de Roma, por todos los países sometidos a los Césares, la mayor parte se resentía de una mezcla mayor o menor de sangre negra, representando así, en una gradación infinita, una combinación, no equivalente, sino análoga a la fusión semítica. Sería imposible encontrar bastantes nombres para señalar sus innumerables matices, dotados, sin embargo, cada uno de ellos de una individualidad propia que la inestabilidad de las alianzas combinaba a cada momento con alguna otra. Sin embargo, como el elemento negro se presentaba más abundantemente en la mayoría de esos productos, ciertas aptitudes fundamentales de la especie melania dominaban el mundo, y se sabe que, si bien contenidas dentro de ciertos límites de intensidad y emparejadas con cualidades blancas, contribuyen al desarrollo de las artes y a los perfeccionamientos intelectuales de la vida social, resultan poco favorables a la solidez de una verdadera civilización.

Mas la confusión de las razas no llevaba únicamente a hacer imposible un gobierno regular, destruyendo los instintos y las aptitudes generales de las que sólo resulta la estabilidad de las instituciones; aquel estado de cosas atacaba todavía, de otra manera, la salud normal del cuerpo social haciendo florecer una multitud de individualidades fortuitamente provistas de excesivas fuerzas, y una acción funesta sobre el conjunto de los grupos de que formaban parte. ¿Cómo la sociedad podía permanecer segura y tranquila cuando, en todo instante, alguna combinación de los elementos étnicos en perpetua peregrinación y fusión creaba arriba, abajo, en el centro de la escala, y más a menudo abajo que en los demás sitios, individualidades que nacían armadas de facultades bastante poderosas para influir, cada una en un sentido diferente, sobre sus vecinos y sus contemporáneos?

En las épocas en que las razas nacionales se combinan armónicamente, los hombres de talento sobresalen en mayor grado porque son más raros, y son más raros porque no pudiendo, como fruto de una masa homogénea, sino reproducir aptitudes e instintos muy difundidos a su alrededor, su distinción no se debe al contraste de sus facultades con las de los demás hombres, sino al grado excepcional en que reflejan los méritos generales. Esas criaturas son pues realmente muy grandes, y, como su poder superior no consiste sino en desembarazar las vías naturales del pueblo que las rodea, se ven comprendidas, se ven seguidas y llevan a hacer, no frases brillantes, ni siquiera muy elevadas cosas, sino cosas útiles a su grupo. El

resultado de esa concordancia perfecta, íntima, del genio étnico de un hombre superior con el de la raza por él guiada, se manifiesta en que mientras el pueblo se encuentra todavía en la época heroica; el jefe se confunde más tarde, para los analistas, con la población, o bien la población con el jefe. Así se explica que se hable sólo de Hércules Tirio sin mentar a los compañeros de sus viajes, y, al revés, en las grandes emigraciones, se ha olvidado generalmente el nombre del guía para no recordar sino el de las masas conducidas. Después, cuando la luz de la Historia, vuelta demasiado intensa, impide tales confusiones, resulta siempre difícil distinguir, en las acciones y los éxitos de un soberano eminente, lo que constituye su obra personal y lo que pertenece a la inteligencia de su nación.

En tales momentos de la vida de las sociedades resulta muy difícil ser un gran hombre, porque no hay medio de ser un hombre extraño. La homogeneidad de la sangre se opone a ello, y para distinguirse del vulgo es preciso no estar constituído de otra manera que él, sino, por el contrario, dentro de la semejanza rebasar todas sus proporciones. Cuando no se es muy grande, se pierde uno siempre más o menos entre la multitud, y las mediocridades no son muy notadas, a causa de que no reproducen sino un poco mejor la fisonomía común. Así los hombres excepcionales permanecen aislados, como lo son los árboles de alta copa en medio de un soto. La posteridad, descubriéndolos de lejos por su inmensa estatura, los admira en mayor grado de lo que suele hacerlo en épocas en que los principios étnicos demasiado numerosos y mal amalgamados hacen surgir la fuerza individual de hechos completamente distintos.

En estos últimos casos, no se debe únicamente a que un hombre posea facultades superiores que pueda ser declarado grande. No existe ya un nivel ordinario: las masas no poseen una manera uniforme de ver y de sentir. Si, pues, ese hombre se ha hecho glorioso, débese a que ha descubierto un lado saliente de las necesidades de su época, o aun a que ha tomado su época al revés. En la primera alternativa, reconozco a César; en la segunda, a Sila o a Juliano. Después, al amparo de una situación étnica muy revuelta, desarróllanse miríadas de matices en el seno de los instintos y de las facultades humanas; de cada uno de los grupos que forman las masas, surge necesariamente una superioridad cualquiera. En el estado homogéneo, el número de hombres destacados era restringido; aquí, en el seno de una sociedad formada de elementos dispares, ese número aparece de repente muy considerable, sumamente abigarrado, y desde el gran guerrero que ensancha los límites de un Imperio hasta el violinista que logra hacer sonar de una manera aceptable dos notas hasta entonces enemigas, legiones de individuos adquieren nombradía. Todo ese grupo se eleva por encima de las multitudes en perpetua fermentación, las conduce a la derecha, las conduce a la izquierda, abusa de su imposibilidad fatalmente adquirida de discernir lo verdadero, incluso de poseer una verdad por encima de ellas, y hace que pululen las causas de desorden. En vano las más altas mentalidades se esfuerzan en remediar el mal; o sucumben en la lucha, o no logran, a costa de esfuerzos sobrehumanos, sino levantar un dique momentáneo. No bien han abandonado su puesto, el oleaje se desencadena y arrastra todo lo construído por ellos.

En la Roma semítica, no escasearon las naturalezas grandiosas. Tiberio

sabía, podía, quería y hacía. Vespasiano, Marco Aurelio, Trajano, Adriano, descubriremos toda una multitud de Césares dignos de la púrpura, pero todos, e incluso el gran Séptimo Severo, se reconocieron impotentes para remediar el mal incurable y roedor de una multitud incoherente, sin instintos e inclinaciones definidas, refractaria a dejarse conducir largo tiempo hacia el mismo objetivo, y sin embargo sedienta de dirección. Demasiado imbécil para comprender nada de sí misma, y por lo demás envenenada por los éxitos de corifeos insignificantes que, creándose primero un público, después un partido, llegaban a la finalidad que se le antojaba a la suerte: varios, a elevados cargos, el mayor número a la fastuosa opulencia de los delatores, nunca bastantes al patíbulo. Hay que distinguir además en esas superioridades subalternas dos clases que ejercieron una acción muy diferente: la una seguía la carrera civil, la otra se endosaba el indumento militar e ingresaba en los campamentos. De ésta, desde el punto de vista social, no haría más que elogios.

En efecto, la necesidad única, para servirme de la expresión de un antiguo canto de los Celtas, no admite para los ejércitos sino un solo sistema de organización: la jerarquía y la disciplina. En cualquier situación de anarquía étnica, desde el punto y hora en que existe un ejército, hay que respetar en él, sin rodeos, aquella regla invariable. Por lo que respecta al resto del organismo político, todo puede ser objeto de discusión. Se dudará de todo; se ensayará, se criticará, se repudiará todo; pero, en cuanto al ejército, permanecerá aislado en medio del Estado, todo lo deficiente que se quiera, pero siempre más enérgico que lo que le rodea, inmóvil, como un pueblo ficticiamente homogéneo. Un día, constituirá la única parte sana y por lo tanto activa de la nación. Es decir, que tras de muchos movimientos, gritos, lamentos, cantos de triunfo pronto sofocados bajo las ruinas del edificio legal, que tan pronto se rehace como se derrumba, el ejército acaba por eclipsar el resto, y las masas pueden creerse todavía alguna vez en los tiempos felices de su vigorosa infancia en que las más diversas funciones se concentraban en las mismas cabezas, ya que el pueblo era el ejército y el ejército era el pueblo. No cabe, sin embargo, felicitarse en demasía de esos engañosos aires de adolescencia en el seno de la caducidad; ya que, por lo mismo que el ejército vale más que el resto, su primordial deber estriba en contener, reducir, no ya a los enemigos de la patria, sino a sus miembros rebeldes, que son las masas.

En el Imperio romano, las legiones fueron la única base de salvación que impedía que la civilización se hundiese demasiado de prisa entre las convulsiones incesantemente provocadas por el desorden étnico. Fueron ellas las únicas que proporcionaron los administradores de primera fila, los generales capaces de mantener el orden, de sofocar las revueltas, de defender las fronteras, y, en una palabra, esos generales eran el semillero de donde salían los emperadores, en su mayoría seguramente menos notables aun por su elevado cargo que por sus talentos o su carácter. La razón de ello es transparente y fácil de descubrir. Salidos casi todos de los rangos más modestos de la milicia, habíanse elevado de grado en grado, por la virtud de algún alto mérito; habían rebasado el nivel común por algún esfuerzo feliz, y, llevados a las proximidades de la última y más sublime jerarquía, habíanse enfrentado, antes de escalarla, con rivales dignos de

ellos y curtidos en las mismas luchas. La regla tuvo sus excepciones; pero tengo el catálogo imperial ante mis ojos, y no dejaré de decir que la mayoría de nombres confirma lo que anticipo.

El ejército era, pues, no tan sólo el último refugio, el postrer apoyo, la única antorcha, el alma de la sociedad, sino también lo único que suministraba los conductores supremos, y generalmente los aportaba excelentes. Por la bondad del principio eterno en el cual se apoya toda organización militar, principio que por lo demás no es sino la imitación imperfecta de aquel orden admirable resultante de la homogeneidad de las razas, el ejército hacía redundar siempre en beneficio de toda la sociedad el mérito de sus superioridades de primera fila, y refrenaba la acción de los demás de una manera todavía provechosa por la influencia de la jerarquía y de la disciplina. Pero, en el orden civil, ocurría muy de otro modo: las cosas no andaban tan perfectamente.

Allí, un individuo, el primero que llega, a quien una combinación fortuita de los principios étnicos acumulados en su familia prestaba alguna superioridad a su padre y a sus vecinos, se dedicaba casi siempre a actuar en un sentido estrecho y egoísta, independientemente del bien social. Las profesiones doctas eran naturalmente el cubil en donde se agazapaban aquellas ambiciones, pues allí, para cautivar la atención y agitar el mundo, no hace falta sino una hoja de papel, un tintero y un bagaje mediocre de conocimientos. En una sociedad poderosa, un escritor o un orador no alcanzan algún crédito sin poseer un gran talento. Muy otro es el caso en las épocas de degeneración. No sabiendo nadie en qué creer, ni en qué pensar, ni qué admirar, cada cual se goza en escuchar a un histrión, y no es ya siquiera por lo que éste dice que llama la atención, sino por la forma como lo dice, y no porque lo diga bien, sino tan sólo en una forma nueva, y aun ni siquiera así, sino en una forma extravagante o siquiera inesperada. De suerte que, para alcanzar los beneficios del mérito, no es necesario poseerlo, basta afirmarlo. ¡Tanta es la indigencia, la torpeza, la depravación y el embrutecimiento de los espíritus!

En Roma, desde hace siglos y a imagen de la Grecia atascada también en el período semítico, la carrera de todo adolescente sin medios de fortuna y sin coraje era la de gramático. El oficio consistía en componer piezas en verso para los ricos, dar lecturas públicas, redactar folletos, solicitudes, memorias destinadas a los curiales, es decir, a los prefectos de las provincias. Los temerarios lanzaban algunos libelos, a riesgo de ver un día su espalda y su musa sufrir los efectos del mal humor de un tribunal poco literario (1). Muchos se dedicaban a la delación. La mayoría de esos gramáticos llevaban la existencia de un Encolpio y de un Ascilto, licenciosos protagonistas de la novela de Petronio. Se hallaban en los baños públicos, perorando bajo las columnatas, en casa de las personas que invitaban a cenar, y más frecuentemente en las casas de lenocinio, de las que eran asiduos concurrentes y a menudo los introductores. Llevaban esa vida desordenada y algo libre que el eufemismo moderno llama la vida de artista o de bohemio. Se introducían en las familias opulentas a título de pre-

---

(1) Suetonio, *Dom.*, 8.

ceptores, y en ellas no daban siempre a sus alumnos las mejores lecciones de moral (1).

Más tarde, los que, o más hábiles o más afortunados, lograban realizar algún progreso en esa vida algo fantástica, convertíanse en profesores públicos, retóricos titulares de algún municipio. Entonces se transformaban en graves funcionarios, y añadían un comentario de su cosecha a los millares de glosas ya publicadas sobre los autores. De esa categoría salían los simples pedantes; éstos se casaban y ocupaban su rango en el seno de la burguesía. Pero la mayoría no lograba distinguirse en esas funciones laboriosas y envidiadas, aunque modestas; había pues que seguir viviendo al margen de las clasificaciones sociales. Abogados, en nada se distinguían los principiantes romanos de los individuos de idéntica profesión en todos los tiempos y todos los países. Los que sabían destacarse por el brillo de su palabra o la solidez de su doctrina abandonaban la oscuridad del Foro para aspirar a las augustas funciones del Pretorio. Más de un héroe había salido de sus filas. Los otros se nutrían de procesos, hinchando las basílicas de sofismas y de argucias. Pero la abogacía, el profesorado, la profesión de libelista, no era allí lo que atraía particularmente a la multitud de letrados, sino la profesión de filósofo.

No se distinguía ya apenas, en cuanto a costumbres, las diferentes escuelas: filósofo era el hombre que llevaba barba, zurrón y manto al estilo griego. Aunque fuese oriundo de las montañas más apartadas de la Mauritania, un manto al estilo griego era indispensable al verdadero filósofo. Tal indumentaria prestaba infaliblemente aquel aire que atraía el respeto de los aficionados. Por lo demás, cabía ser platónico, pirrónico, estoico, cínico; bajo los pórticos de las ciudades se desarrollaban las doctrinas de Proclo, de Frontón o, más a menudo, de sus comentaristas, hoy ignorados, entonces en boga; nada importaba; lo esencial consistía en entretener a los ociosos y captar la admiración del ciudadano, el desprecio del soldado (2). La mayoría de aquellos filósofos eran ateos convencidos, y predicaban doctrinas que conducían a ello o poco menos. Algunos, dotados de una elocuencia excepcional, lograban deleitar a elevados personajes, y, viviendo a sus expensas, influían en sus resoluciones o en su conciencia. Muchos, después de haber profesado que Dios no existía, y no encontrando bastante lucrativa su profesión, se hacían isíacos o sacerdotes de Mitra, u oficiantes de otras divinidades asiáticas descubiertas por ellos y de las que parecían hasta haber sido los inventores. Entre las clases altas dominaba la supersticiosa costumbre de ir a prosternarse ante ciertos ídolos, visto que los cultos regulares se hallaban tan desprestigiados por la moda como las demás tradiciones nacionales. Todos esos filósofos, todos esos sabios, todos esos retóricos semitizados eran muy a menudo espíritus asaz penetrantes. Generalmente poseían todos un sistema a propósito para regenerar el cuerpo social; mas, por una triste desgracia que lo estropeaba todo, cada maestrillo tenía su librillo, de manera que las multitudes cuya vida intelectual trataban de encauzar hundíanse cada vez más, con ellos, en un caos inextricable.

---

(1) Petronio, *Satir.*, VI.
(2) Petronio, *Satir.*, III.

Después, efecto natural del decaimiento de las capacidades étnicas y del enervamiento de las razas fuertes, las aptitudes literarias y artísticas habían ido declinando todos los días. Lo que, debido a la pobreza, había que considerar como un mérito, resultaba muy miserable. Los poetas discutían lo que habían dicho y repetido los antiguos. Muy pronto el talento supremo consistió en imitar lo más exactamente posible la forma de tal o cual clásico. Se llegó al extremo de extasiarse con los *centones*. La vocación poética tropezaba con mayores dificultades. Là palma era otorgada a quien sabía componer el mayor número de versos posible con hemistiquios tomados de Virgilio o de Lucano. De teatros, ni sombra, desde mucho tiempo ha. Los mimos habían antaño destronado la comedia; los acróbatas, los gladiadores, los gallos y las carreras de circo reemplazaron a los mimos.

La escultura y la pintura sufrieron la misma suerte: esas dos artes se degradaron. De un público sin ideas no salían ya verdaderos artistas. ¿Quiere saberse en qué género de escritos se refugió la última chispa de composición original? En la historia; y ¿quiénes fueron los que la escribieron mejor? Los militares. Fueron soldados quienes, sobre todo, redactaron la Historia Augusta. Fuera de los campamentos, hubo también sin duda escritores de genio y de rara elevación, pero éstos estaban inspirados por un sentimiento sobrehumano, iluminados por una llama que nada tiene de terrena: fueron los Padres de la Iglesia.

Se argüirá quizá, acerca de las obras de esos grandes hombres, que, pese a lo que antecede, había aún corazones firmes y honrados en el Imperio. ¿Quién lo niega? Hablo de las multitudes, y no de las individualidades. Muy ciertamente, entre aquellas avalanchas de miseria, subsistían aún, aquí y allá, sobrenadando en la vasta vorágine, las más hermosas virtudes, las más raras inteligencias. Aquellas mismas conjunciones fortuitas de elementos étnicos dispersos producían, y, como lo he señalado en el primer volumen, en número incluso muy considerable, los hombres más respetables por su integridad inquebrantable y sus talentos innatos o adquiridos. Se encontraba a algunos en los Senados, cabía descubrirlos bajo el sayo de los legionarios, los había en la corte. El episcopado, el servicio de las basílicas, las reuniones monacales encerraban una multitud de ellos, y ya por otra parte bandas de mártires habían certificado con su sangre que Sodoma encerraba todavía bastantes hombres justos.

No pretendo contradecir esta evidencia; pero — me lo pregunto — ¿qué utilidad aportaban al cuerpo social tantas virtudes, tantos méritos, tantos hombres de genio? ¿Podían contener un solo minuto su podredumbre? No; los más nobles espíritus no convertían a la multitud, no llegaban a su corazón. Si los Crisóstomos y los Hilarios recordaban a sus contemporáneos el amor de la patria, ésta era la de lo alto; ellos no pensaban ya en la miserable tierra que pisaban sus sandalias. Seguramente se hubiese podido señalar a numerosas personas virtuosas que, demasiado persuadidas de su impotencia, o vivían lo mejor posible procurando adaptarse a su época, o bien — y éstos eran los más noblemente inspirados — abandonaban el mundo e iban a buscar en la práctica del ejercicio católico y en el desierto el medio de librarse sin flaquezas de una sociedad gangrenada. El ejército era todavía un asilo para aquellas almas lastimadas, un asilo en que el honor moral se mantenía bajo la égida fraternal del honor militar.

En él existieron en abundancia los cuerdos que, cubiertos con el casco, el glavio en el cinto y la lanza en la mano, fuéronse en cohortes, sin pesadumbre, a tender el cuello al cuchillo del sacrificio.

Así, nada más ridículo que esa opinión, sin embargo consagrada, que atribuye a la invasión de los bárbaros del Norte la ruina de la civilización. Aquellos desgraciados bárbaros, son representados en el siglo v como unos monstruos en delirio que, lanzándose como lobos hambrientos sobre la admirable organización romana, la despedazan por el gusto de despedazarla, la destruyen únicamente para satisfacer su afán de destrucción.

Pero, incluso aceptando un hecho tan falso como admitido, o sea que los Germanos hubiesen mostrado aquellos instintos de bruto, nada había que inventar en el siglo v en cuestión de desórdenes. Todo se conocía ya en esa materia; espontáneamente, la sociedad romana había abolido tiempo ha lo que antaño constituyera su gloria. Nada podía compararse a su embrutecimiento, sino su impotencia. Del genio utilitario de los Etruscos y de los Kinris Italiotas, de la imaginación cálida y viva de los Semitas, no le quedaba ya sino el arte de construir todavía con solidez monumentos faltos de gusto, y de repetir fastidiosamente, como un anciano que chochea, las cosas bellas inventadas en otro tiempo. En punto a escritores y escultores, no se conocía ya más que a pedantes y a albañiles, de manera que los bárbaros no pudieron ahogar nada, por el concluyente motivo de que los talentos, la espiritualidad, las costumbres elegantes, todo, en una palabra, había tiempo ha desaparecido. ¿Qué era, en lo físico y en lo moral, un Romano de los siglos III, IV o V? Un hombre de talla mediana, de constitución y aspecto endebles, generalmente moreno, encerrando en las venas un poco de sangre de todas las razas imaginables; creyéndose el primero hombre del Universo, y, para probarlo, insolente, rastrero, ignorante, ladrón, depravado, dispuesto a vender su hermana, su hija, su esposa, su país y su soberano, y dotado de un miedo insuperable a la pobreza, al sufrimiento, a la fatiga y a la muerte. Por lo demás, no dudando de que el Globo y su cortejo de planetas no hubiesen sido creados sino para él únicamente.

Frente a ese ser despreciable, ¿qué era el bárbaro? Un hombre de rubia cabellera, de tez blanca y rosada, ancho de espaldas, grande de estatura, vigoroso como Alcides, temerario como Teseo, hábil, ágil, no sintiendo temor de nada, y de la muerte menos que de lo demás. Ese Leviatán poseía sobre todas las cosas ideas justas o falsas, pero razonadas, inteligentes y que pugnaban por difundirse. Dentro de su nacionalidad, había nutrido el espíritu del alimento de una religión severa y refinada, de una política sagaz, de una historia gloriosa. Hábil en meditar, comprendía que la civilización romana era más rica que la suya, y buscaba el porqué de ello. No era en modo alguno esa criatura turbulenta que ordinariamente nos imaginamos, sino un adolescente muy atento a sus intereses positivos, que sabía cómo componérselas para sentir, ver, comparar, juzgar, preferir. Cuando el envanecido y miserable Romano oponía sus artimañas a la astucia vital del bárbaro, ¿quién decidía la victoria? El puño del segundo. Cayendo como una masa de hierro sobre el cráneo del pobre nieto de Remo, aquel puño musculoso le mostraba de qué lado se hallaba entonces la fuerza. ¿Y de qué modo se vengaba entonces el humillado Romano? Lloraba, y

pedía a los siglos futuros que vengasen a la civilización oprimida en su persona. ¡Pobre gusanillo! Se parecía al contemporáneo de Virgilio y de Augusto como Sylock al rey Salomón.

El Romano mentía, y aquellos que, en el mundo moderno, por odio a nuestros orígenes germánicos y de sus consecuencias gubernamentales en la Edad Media, han dado pábulo a tales habladurías, no han sido más verídicos.

Muy lejos de destruir la civilización, el hombre del Norte salvó lo poco que sobrevivió de ella. Nada descuidó para restaurar ese poco y darle brillo. Es su inteligente solicitud quien nos la transmitió, y quien, gracias a la protección que le prestaron su genio particular y sus invenciones personales, nos enseñó a crear nuestro sistema de cultura. Sin él, nada seríamos. Pero sus servicios no comienzan ahí. Muy lejos de aguardar la época de Atila para precipitarse, como un torrente ciego y devastador, sobre una sociedad floreciente, era ya desde hacía cinco siglos el único sostén de aquella sociedad cada día más caduca y envilecida. De haber faltado su protección, su brazo, sus armas, su talento de gobernar, no hubiera caído, desde el siglo II, en la situación miserable a que la redujo Alarico, el día que tumbó tan justamente de un trono ridículo al aborto que en él se pavoneaba. Sin los bárbaros del Norte, la Roma semítica no hubiera podido mantener la forma imperial que la hizo subsistir, puesto que no habría logrado crear nunca aquel ejército que conservó por sí solo el poder, le proporcionó sus soberanos, le dió sus administradores, y, aquí y allá, supo iluminar todavía los últimos destellos de la gloria que fueron el orgullo de su vejez.

Para decirlo todo, sin exagerar nada, casi todo lo que la Roma imperial conoció de bueno salió de un tronco germánico. Esta verdad abarca hasta tan lejos que los mejores constructores del Imperio, los más bravos artistas —cabría afirmarlo—, fueron aquellos bárbaros colonizados en tan gran número en las Galias y en todas las provincias septentrionales.

Cuando, en fin, las naciones góticas vinieron corporativamente a ejercer un poder que, durante siglos, pertenecía a sus compatriotas, a sus hijos mal romanizados, ¿fueron los culpables de una revolución inicua? No; ellas recogieron muy justamente los frutos madurados por sus desvelos, conservados por sus labores, y que el bastardeamiento de las razas romanas dejaba corromper en demasía. La toma de posesión de los Germanos fué el resultado legítimo de una necesidad favorable. Desde hacía tiempo, la enervada democracia no subsistía sino merced a la delegación perpetua del poder absoluto en el ejército. Este arreglo había acabado por no bastar, la decadencia general era ya demasiado grande. Dios, entonces, para salvar a la Iglesia y la civilización, dió al mundo antiguo, no un ejército, sino naciones de tutores. Aquellas razas nuevas, al sostenerlo y al moldearlo con sus anchas manos, infundiéronle con éxito el rejuvenecimiento de Eson. Nada más glorioso en los anales humanos que el papel de los pueblos del Norte; pero, antes de mostrar cuán erróneo ha sido el cerrar la sociedad romana en el momento de las grandes invasiones, puesto que vivió todavía mucho tiempo después bajo la égida de los invasores, conviene hacer un alto e indagar por última vez lo que la reunión de los antiguos elementos étnicos del mundo occidental, en el vasto piélago de la sociedad romana, había, en definitiva, ofrecido de nuevo al Universo. Hay que preguntarse,

pues, si el colono romano supo manejar de tal manera lo que le legaron las civilizaciones precedentes que de ello hiciese brotar principios desconocidos hasta entonces y que constituían lo que debería llamarse una *civilización romana.*

Planteada la cuestión, penetremos en los campos que se abren a nuestras miradas, vastos campos, desmesurados como los territorios unidos unos a otros que nos lleva a recorrer. Todos están desiertos. Roma, que no tuvo nunca una raza original, tampoco elaboró nunca un pensamiento que lo fuese. Asiria poseía un sello particular; Egipto, Grecia, India y China lo mismo. Los Persas habían descubierto antaño ciertos principios a las miradas de las poblaciones sojuzgadas por su glavio. Los Celtas, los aborígenes Italiotas, los Etruscos poseyeron igualmente su patrimonio, en verdad poco brillante, pero digno de excitar la admiración, y positivo, y sólido, y bien caracterizado.

Roma atrajo hacia sí algo, un jirón, un pedazo de todas esas creaciones, en momentos en que, ya envejecidas, estaban manchadas, gastadas, casi fuera de uso. Dentro de sus muros, instaló, no un taller de civilización en el cual, con superior genio, labrara obras dotadas de un sello propio, sino un almacén de oropeles en que amontonaba a bulto todo lo que substrajo sin esfuerzo a la impotente vejez de las naciones de su época. Impotente por la debilidad de los pueblos circundantes, no lo fué nunca bastante para combinar algo general, siquiera un pacto que se impusiese a todo. Ni llegó a intentarlo. En las diferentes localidades, dejó la religión, las costumbres, las leyes, las constituciones políticas, casi tal como lo había encontrado, contentándose con enervar lo que hubiera podido dificultar el control dominador que la necesidad la llevaba a reservarse.

Guiada por ese único móvil, tuvo sin embargo que desasirse a veces de sus hábitos de inerte tolerancia.

La extensión de sus posesiones constituía un hecho que, por sí solo, creaba una situación y obligaciones nuevas. Fué, pues, en ese terreno donde, de grado o por fuerza, tuvo que demostrar su pericia. Esta fué insignificante. Innovó muy poco; actuó por el estilo del jardinero que recorta los naranjos y los bojes de manera que adquieran ciertas formas, sin inquietarse en modo alguno de las leyes naturales que presiden el crecimiento de esos árboles.

La acción particular de Roma se limitó a la administración y al derecho civil. No sé hasta qué punto será nunca posible, limitándose a esas dos especialidades, obtener resultados realmente civilizadores en el amplio sentido de la palabra. La ley no es sino la manifestación escrita del estado de las costumbres. Es uno de los productos máximos de una civilización, no es la civilización misma. No enriquece material ni intelectualmente a una sociedad; reglamenta el uso de sus fuerzas, y su mérito estriba en procurar un mejor empleo de ellas; pero no las crea. Esta definición es indiscutible en lo que respecta a las naciones homogéneas. Con todo es preciso confesar que no se presenta de una manera tan clara, tan inmediatamente evidente, en el caso particular de la ley romana. Cabría, en rigor, que los elementos de aquel código recogidos en una multitud de naciones caducas, y por consiguiente experimentadas, resumiesen una sabiduría más general que lo haría cada una de las legislaciones anteriores en particular, y de

la verificación teórica de esta posibilidad, se ve uno fácilmente inducido a concluir, sin examinarlo de más cerca, que, en efecto, así se había realizado en la ley romana. Es la opinión generalmente aceptada hoy. Esta opinión admite, muy a la ligera, que el derecho imperial emana de una concepción de equidad abstracta, substraída a toda influencia tradicional, hipótesis perfectamente gratuita. La filosofía del derecho romano, como la filosofía de toda cosa, vino demasiado tarde. Se inspiró sobre todo en ideas completamente extrañas a la antigüedad, y que hubiesen sorprendido en gran manera a los legistas con cuyas obras se relaciona.

Aunque numerosas, las fuentes de esa jurisprudencia distan de ser infinitas, y son muy positivas. Las doctrinas analíticas han debido influir en ellas; pero esas mismas doctrinas, simples emanaciones del espíritu italiota o de la imaginación helenística, nada podían introducir en ella de más general. En cuanto al Cristianismo, ha sido poco comprendido por los juristas, ya que uno de los caracteres distintivos de su monumento, es la indiferencia religiosa. Ciertamente, este hecho es de los más antipáticos a las tendencias naturales de la Iglesia, y ésta lo demostró por la manera cómo llevó a cabo la reforma del derecho romano, haciendo el derecho canónico.

Roma, extranjera dentro de sus propias murallas, no pudo nunca tener, desde su origen, sino leyes extrañas. Durante su primer período, su legislación se basó en la del Lacio, y, cuando se instituyeron las *Doce Tablas* para satisfacer las necesidades de una población ya muy mezclada, se conservaron en ellas algunas antiguas estipulaciones apoyándolas en una dosis suficiente de artículos escogidos en los códigos de la Gran Grecia. Pero no se lograba satisfacer aún las necesidades de una nación que cambiaba en todo momento de naturaleza y, por consiguiente, de objetivos. Los inmigrantes, numerosos en la ciudad, nada querían saber de aquella compilación de los Decenviros, extraña en todo o en parte a sus ideas nacionales de justicia. Los antiguos habitantes, quienes, por su parte, no podían modificar su ley con la misma rapidez que su sangre, instituyeron un magistrado especial encargado de regular los conflictos entre los extranjeros y los Romanos, y los de los extranjeros entre sí. Ese magistrado, el *prætor peregrinus,* tuvo como obligación distintiva la de tomar su jurisprudencia al margen de las disposiciones de las *Doce Tablas.*

Algunos autores, engañados por la nombradía de que gozaba, en los últimos tiempos de la República, la cualidad de ciudadano romano entre las poblaciones sometidas, han creído que esta preocupación había existido siempre, y la atribuyeron equivocadamente a las épocas anteriores. Es una falta grave. La concesión del derecho latino o italiota no era, en los orígenes, una señal de inferioridad dejada por el Senado a sus vencidos. Era, por el contrario, un acto dictado por una prudente reserva frente a unos pueblos que querían someterse a la supremacía política de los Romanos, pero no a su sistema jurídico. Aquellas naciones eran apegadas a sus costumbres. Estas les fueron respetadas, y el *prætor peregrinus,* que debía juzgar a los ciudadanos domiciliados en la ciudad, no tuvo por misión, dejando a un lado la ley local, el descubrimiento de un ideal fantástico de equidad, sino la mejor aplicación posible de lo que él conocía de los principios de la justicia positiva en uso entre los Italiotas, los Griegos, los

Africanos, los Españoles, los Galos que acudían, para la defensa de sus intereses, ante su tribunal.

Y, en efecto, si aquel magistrado hubiese tenido que apelar a su espíritu inventivo, éste se hubiera dirigido en seguida a su conciencia. Ahora bien, él era Romano, poseía las nociones de su país acerca de lo justo y de lo injusto; hubiese argumentado como Romano y, muy naturalmente, aplicado las prescripciones de las *Doce Tablas*, a sus ojos las más bellas del mundo. Era precisamente esto lo que se le había ordenado que evitase. No existía sino para dejar de pronunciarse así. Se veía, pues, naturalmente obligado a inquirir el género de ideas de sus demandantes, a estudiarlas, a compararlas, a apreciarlas, y a sacar, para su uso, consecuencias de tal investigación y llegar a una convicción oficial, que equivalía para él al derecho natural, al derecho de gentes, al *jus gentium*. Pero esa mezcolanza de doctrinas positivas así combinadas por un individuo aislado, hoy magistrado, mañana simple ciudadano, no ofrecía evidentemente nada de justo ni verdadero. Por lo mismo, cambiaba con los pretores. Cada uno, al ejercer el cargo, actuaba según un criterio propio, que era contradicho un año después por el de otro. Según que tal o cual magistrado comprendiese o conociese mejor determinada legislación extranjera, la de Atenas o de Corinto, la de Padua o de Tarento, era la costumbre de Atenas, de Corinto, de Padua o de Tarento la que componía la mayor parte de lo que, durante aquel año, se denominaba en Roma el derecho de gentes.

Cuando la mezcla romanizada llegó al colmo, sobrevino naturalmente el cansancio. Contra tan indigente movilidad, se obligó a los *prætores perigrini* a juzgar de acuerdo con reglas fijas, y para procurarse esas reglas, se apeló al único recurso admisible: se estudiaron, compilaron, amplificaron, preceptos legales sacados de todos los códigos de los cuales se logró tener conocimiento, y se produjo así una legislación sin ninguna originalidad, una legislación que se parecía perfectamente a las razas mestizas y agotadas que estaba llamada a regir, que guardaba algo de todas, pero algo de indeciso, de incierto, de escasamente reconocible, y que, en aquel estado, resultó adaptarse tan bien al conjunto de la sociedad que ahogó el espíritu sabino subsistente en las *Doce Tablas*, se incorporó lo que de ellas pudo conservar, poca cosa, y extendió su imperio en todos sentidos hasta los puntos donde finían las vías romanas en el penúltimo puesto de las legiones.

Subsiste sin embargo una objeción: ¿No lograron los grandes legistas de la época de oro extraer de todos aquellos jirones inconexos, de todos aquellos miembros arrancados de códigos a menudo antipáticos, un jugo enteramente nuevo que constituyese el elemento vital de aquel cuerpo de doctrinas tan laboriosamente combinado, e infundir al conjunto un valor de que sus partes carecían? Responderé que los jurisconsultos más eminentes no se dedicaron a esa tarea. Para llevarla a cabo, hubieran debido salir no sólo de sí mismos, sino sobre todo de la sociedad que los absorbía. Es una figura retórica decir que un individuo es más grande que su siglo; no es concedido a nadie poseer ojos tan penetrantes que rebasen el horizonte. El *nec plus ultra* del genio consiste en ver bien todo lo que ese horizonte encierra. Los hombres especiales no podían adquirir ni tenían más ideas que las que existían a su alrededor. No les era dable prestar a sus

trabajos una originalidad que no aparecía en parte alguna. Hicieron maravillas en la tarea de apropiarse los materiales de que disponían, en el arte de sacar las consecuencias prácticas que los más sutiles repliegues del texto pudiesen encerrar. He aquí lo que los ha hecho grandes; esto es todo, y ya es bastante.

Pero, añaden algunos, ¿habéis olvidado ese supremo elogio merecido por el Derecho romano: su universalidad? Fué universal en el Imperio romano, es cierto. Gozó, goza de la más alta estima entre los pueblos romanizados de todas las épocas, lo reconozco. Pero, fuera de ese círculo, no ha habido nadie que haya mostrado el menor deseo de admitirlo. Cuando dominaba en toda su plenitud bajo la protección de las águilas, no hizo la menor conquista fuera de sus fronteras. Los Germanos lo han visto aplicar y lo han protegido incluso entre los suyos, pero no lo han adoptado nunca. Una gran parte de la Europa actual y de América, lo estudian y no lo adoptan. El que, en las escuelas, determinado doctor le manifieste su admiración, no es sino una cuestión de controversia; en mil lugares distintos, en Inglaterra, en Suiza, en determinadas regiones de Alemania, las costumbres lo repudian. En la misma Francia y en Italia, no se le aceptaría sin modificaciones profundas. Dista mucho de ser la razón escrita, como se ha dicho ambiciosamente. Es la razón de un tiempo, de un lugar, vasto sin duda, pero no tanto ni de mucho como la Tierra. Es la razón especial de una comunidad de hombres, y en modo alguno de la mayoría de hombres; en una palabra, es una ley local, como todas las que existieron hasta el presente. No es pues, en modo alguno, una invención que merezca el nombre de universal. No es bastante amplia para captar todas las conciencias y reglamentar todos los intereses humanos. Así, pues, ya que dista tanto de poder reivindicar con justicia tal carácter; ya que, por lo demás, no contiene nada que no proceda de una fuente que, en su pureza, no pertenezca a Roma; ya que no posee nada de entero, de viviente, de original, la ley romana deja de estar dotada de una influencia civilizadora más poderosa que la de las otras legislaciones. No es pues una excepción, no es sino un resultado y en modo alguno una causa de cultura social; no resulta por consiguiente a propósito para caracterizar una civilización particular.

Si el derecho aparece así despojado de principios verdaderamente nacionales, lo mismo cabe decir de la administración — lo he mostrado ya en otro lugar —, y lo que se condena hoy, con tanto motivo, en los Imperios asiáticos modernos, esa profunda indiferencia por el gobernado, que no conoce al gobernante ni es conocido de él sino en ocasión de pagar los impuestos y de ingresar en la milicia, existía exactamente en igual grado en la Roma republicana y en la Roma imperial. La jerarquía de los funcionarios y su manera de proceder eran semejantes, con un matiz de despotismo encima, a las que regían entre los Persas, modelo que los Romanos imitaron mucho más frecuentemente de lo que se ha dicho. Por lo demás, la administración como la justicia civil permanecían sometidas, en la práctica, a las nociones de moralidad comúnmente recibidas. Es en esas materias donde mejor se reconoce hasta qué punto el Imperio de los Césares distó de haber producido nada nuevo, o de haber puesto en circulación una idea o un hecho que no le fuese anterior.

Un honrado ciudadano romano, lo he dicho más de una vez, no era

ciertamente un fénix difícil de descubrir. En todas las situaciones sociales, existían en abundancia, al decaer el Imperio, nobles y bellos caracteres naturalmente inclinados al bien y que no trataban sino de hacerlo. Pero el ciudadano honrado, en toda sociedad, se inspira en el ideal particular creado por la civilización de la cual forma parte. El virtuoso Hindú, el íntegro Chino, el Ateniense de buenas costumbres, son tipos que se parecen sobre todo en su voluntad común de obrar bien, y, del mismo modo que las diferentes clases, las diferentes profesiones, tienen deberes especiales que a menudo se excluyen, así también la criatura humana se encuentra por doquier dominada, según la situación que ocupe, por una teoría preexistente acerca de las perfecciones dignas de ser perseguidas. El mundo romano soportaba esa ley como los demás; como ellos, tenía su ideal del bien. Escrutémoslo, y veamos si contenía ese nuevo principio que nosotros perseguimos, y que hasta ahora se nos ha escapado siempre.

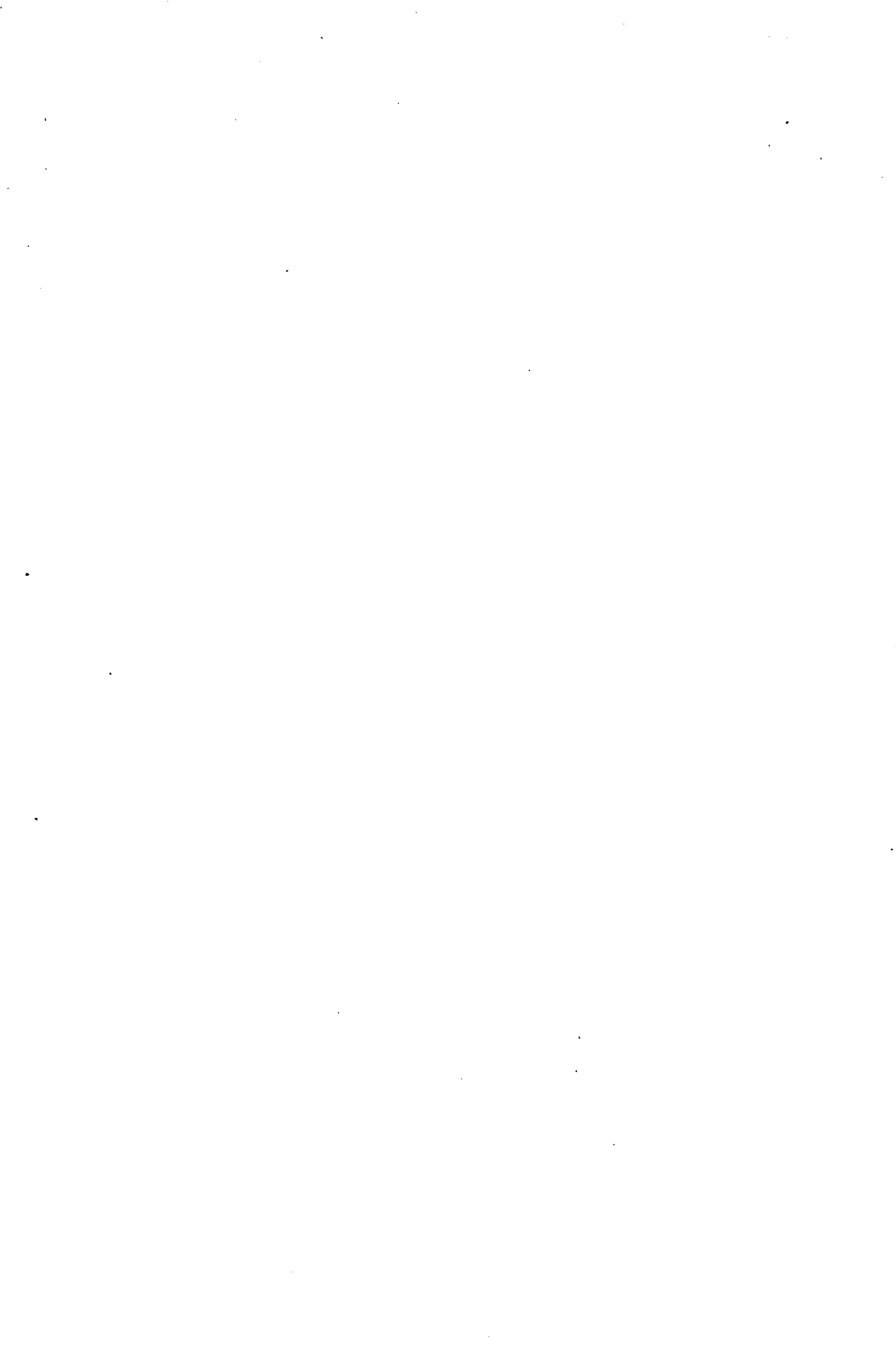
¡Ay! nos ocurre con esto lo mismo que con la legislación; no descubrimos más que doctrinas extrañas y mutiladas. Del mismo modo que la filosofía procedía en gran parte de los Griegos, y se inclinó muy particularmente hacia el estoicismo — dogma, en definitiva, pese a su atrayente aspecto, grosero y estéril — bajo la influencia de la sangre céltico-italiota, así también las virtudes sabinas, gradualmente semitizadas, no encubrieron sino algo muy conocido de las primeras razas europeas. El hombre más honrado y más dócil no creía obrar mal abandonando a su progenitura. Hubiese juzgado estulticia y demencia el practicar o sólo compartir aquellos movimientos de abnegación que forman la base de la moral germánica y caballeresca, de los cuales sacó tan gran partido el cristianismo. Por mucho que me esfuerce, no veo desarrollarse en la sociedad romana un solo sentimiento, una sola idea moral cuyo origen no pueda descubrirse, bien en la antigua rudeza de los aborígenes, bien en la cultura utilitaria de los Etruscos, ya en el complejo refinamiento de los Griegos semitizados, ya en la espiritual ferocidad de Cartago y de España.

La tarea de Roma no fué, pues, la de dar al mundo una floración de novedades. El poder inmenso que se acumuló en sus manos no produjo ningún mejoramiento, sino todo lo contrario. Mas si se quiere hablar de difusión de ideas y de creencias, entonces hay que emplear otro lenguaje. Roma ejerció en este sentido una acción verdaderamente extraordinaria. Sólo los Semitas y los Chinos podrían disputarle la preeminencia. Nada más verdadero, ni más evidente. Si Roma no instruyó ni engrandeció a las fracciones de humanidad atraídas dentro de su órbita, activó poderosamente su amalgama. He dicho los motivos que me impiden aplaudir tal resultado: el hecho de mencionarlo todavía, revela de sobra que disto de inclinarme ante la majestad del mundo romano.

Esta majestad, esta grandeza, no debió la vida sino a la postración común de todos los pueblos antiguos. Masa informe de cuerpos agonizantes o muertos, la fuerza que la sostuvo durante la mitad de su larga y penosa marcha fué tomada de lo que era por ella más detestado, de su antípoda, de la barbarie. Aceptemos, si se quiere, ese nombre y el sentido insultante a él inherente. Dejemos a la turba romana erguirse sobre sus pedestales; no es menos cierto que a medida que aquella protectora barbarie intensificó su influencia y su actuación, vimos apuntar y reinar finalmente ideas

cuyo germen no se encontraba ya en ninguna parte del mundo antiguo occidental, ni entre los doctos conciudadanos de Pericles, ni bajo las ruinas asirias, ni entre los primeros Celtas.

Esa acción empezó muy pronto y se prolongó por mucho tiempo. Del mismo modo, en efecto, que había habido una Roma etrusca, una Roma italiota, una Roma semítica, debía haber y hubo una Roma germánica.



LIBRO SEXTO

La Civilización occidental



CAPÍTULO PRIMERO

Los eslavos. — Dominación de algunos pueblos arios pregermánicos

Desde el siglo IV hasta el año 50 antes de Jesucristo, las partes del mundo que se consideraban como exclusivamente civilizadas, y que nos han hecho compartir esta opinión, es decir, los países de sangre y de costumbres helénicas, los países de sangre y de costumbres italosemíticas, no tuvieron sino escasos contactos aparentes con las naciones establecidas más allá de los Alpes. Hubiese podido creerse que las únicas entre ellas que habían amenazado seriamente el Sur, los Galos, se habían sumido en las entrañas de la Tierra. Escaso ruido de lo que acontecía entre ellas se difundía entre sus vecinos. Para considerarlos vivientes y aun muy vivientes, era necesario hallarse, como los Masaliotas, involuntariamente sometidos a los contragolpes de sus discordias, o, como Posidonio, haber viajado por aquellas regiones que algo benévolamente fueron pobladas antaño de terrores más fantásticos que reales.

Las invasiones célticas no volvieron a producirse. Su río devastador, que antiguamente había dado origen a la fundación de los Estados gálatas, habíase secado. Los descendientes de Sigoveso mostraron un talante tan modesto que, luego de haberse trasladado pacíficamente a la Alta Italia algunas bandas de ellos, con la intención de cultivar las tierras allí vacantes, se retiraron a una simple orden del Senado, tras de haber visto desechar las súplicas más humildes.

Ese reposo que los Galos no osaban ya turbar en los otros pueblos, no lo gozaban en el suyo. El período de trescientos años que precedió a la conquista de César fué para ellos una época de dolor. Practicaron, conocieron a fondo las fases más miserables de la decadencia política. Aristocracia, teocracia, realeza hereditaria o electiva, tiranía, democracia, demagogia, gustaron de todo, y todo fué transitorio (1). Sus agitaciones no llegaban a producir buenos frutos. La razón de ello es que la generalidad de las naciones célticas habían llegado a aquel grado de mezcla y por consiguiente de confusión, que no permite ya ningún progreso nacional. Habían rebasado el punto culminante de sus perfeccionamientos naturales y posibles; no podían en lo futuro sino descender. Son esas, sin embargo, las masas que sirven de base a nuestra sociedad moderna, asociadas para este menester a otras multitudes, no menos considerables, que son los Eslavos o Wendos.

Éstos, en la época de que se trata, se hallaban todavía más deprimidos,

---

(1) César. *La Guerra de las Galias*, VI.

en la mayoría de sus naciones, y lo estaban desde hacía mucho más tiempo. Por la posición topográfica que ocupaban y ocupan todavía sus principales ramas, son evidentemente los últimos de todos los grandes pueblos blancos que, en el Alta Asia, cedieron bajo los esfuerzos de las hordas finesas, y sobre todo aquellos que estuvieron más constantemente en contacto directo con ellas (1). Sea dicho esto, abstracción hecha de algunas de sus bandas, arrastradas en los torbellinos viajeros de los Celtas, o incluso precediéndolos, tales como los Iberos, los Rasenos, los Vénetos de los diferentes países de Europa y de Asia. Pero, por lo que respecta al grueso de sus tribus, expulsadas de la patria primitiva posteriormente a la partida de los Galos, no encontraron ya dónde establecerse fuera de las partes del Nordeste de nuestro continente, y allí no ha cesado nunca para ellas la degradante vecindad de la especie amarilla. Cuanto mayor era el número de familias absorbidas, tanto más dispuestas se sentían a concertar nuevos enlaces de igual carácter. Sus caracteres físicos son fáciles de descifrar: helos aquí, tales como los describe Schaffarik: «Cabeza aproximándose a la forma cuadrada, más ancha que larga, frente aplastada, nariz corta con tendencia a la concavidad; los ojos horizontales, pero hundidos y pequeños; cejas delgadas cercanas al ojo en el ángulo interno, y a partir de ahí ascendentes. Rasgo general, escasez de pelo (2).»

Las aptitudes morales concordaban, y no han cesado de ser siempre así, con sus características externas. Todas sus tendencias principales conducen a la mediocridad, al amor al reposo y a la calma, al culto del bienestar poco exigente, casi del todo material, y a las disposiciones más comúnmentes pacíficas. Del mismo modo que el genio del Camita, mestizo de negro y de blanco, sacó de las vehementes aspiraciones del negro la sublimidad de las artes plásticas, así también el genio del Wendo, híbrido de blanco y de finés, transformó el gusto del hombre amarillo por los goces positivos, en espíritu industrial, agrícola y comercial. Las naciones más antiguas formadas por esa mezcla convirtiéronse en nidos de especuladores, menos ardientes sin duda, menos vehementes, menos activamente rapaces, menos inteligentes en general que los Cananeos, pero tan laboriosos y ricos como ellos, aunque de una manera menos ostensible.

En una época muy remota, una afluencia enorme de mercaderías procedentes de los países ocupados por los Eslavos atrajo hacia el mar Negro a numerosas colonias semíticas y griegas. El ámbar recogido en las orillas del Báltico, y que hemos visto figurar en el comercio de los pueblos galos, pasaba también al de las naciones wendas. Ambas se lo transmitían una a otra, conducíanlo hasta la desembocadura del Borístenes (hoy, Niéper) y demás ríos del país. Ese precioso producto difundía así el bienestar entre los diferentes factores, haciendo llegar hasta ellos una parte de los tesoros metálicos y de los objetos fabricados del Asia Interior. A ese tránsito se unían otras ramas de especulación no menos importantes, la del trigo, por ejemplo, que, cultivado en gran escala en las regiones de la Escitia y hasta latitudes imposibles de precisar, llegaba, por medio de una navegación fluvial organizada y explotada por los indígenas, hasta las factorías extran-

(1) Schaffarik, *Slawische Alterth.*, t. I, p. 57.
(2) Schaffarit, *obra citada*, t. I, p. 47.

jeras del Euxino. Vemos, pues, que los Eslavos no merecían tampoco, como los Celtas, el dictado de bárbaros.

No son tampoco unos pueblos que quepa tener por civilizados, en el elevado sentido de la palabra. Su inteligencia se hallaba demasiado obscurecida por el grado de mezcla a que habían llegado, y, lejos de haber desarrollado los instintos nativos de la especie blanca, los había, por el contrario, embotado o perdido en gran parte. Así, su religión y el naturalismo en que se inspiraba habían descendido a un nivel más bajo que entre los Galos. El druidismo de éstos, que no era seguramente una doctrina exenta de las influencias corruptoras de la alianza finesa, resultaba sin embargo menos impregnado de ellas que la teología de los Eslavos. Es en ésta donde aparecían las ideas más groseramente supersticiosas; la creencia en la licantropía, por ejemplo. También de ellos surgían hechiceros de todas las especies imaginables.

Aquella supersticiosa contemplación de la naturaleza, que no era menos absorbente para el espíritu de los Eslavos septentrionales que para el de sus padres, los Rasenos de Italia, ocupaba muy ancho lugar en el conjunto de sus ideas. Los numerosos monumentos por ellos dejados, aun revelando cierto grado de habilidad y sobre todo un genio paciente y laborioso, no valen lo que se encuentra en tierras célticas, y el sello de su inferioridad lo constituye el hecho de que no hayan podido nunca influir de una manera dominante sobre las otras familias. La vida de conquista les ha sido siempre desconocida. Ni siquiera han sabido crear para ellos un Estado político verdaderamente fuerte.

Cuando, entre esa raza prolífica, la tribu resultaba algo populosa, se escindía. Hallando excesivamente penoso, para su dosis de vigor intelectual, el gobierno de excesivas cabezas reunidas y la administración de demasiados intereses, se apresuraba a alejar de su seno a una o varias comunidades sobre las cuales no pretendía conservar sino una especie de autoridad material, dejándolas por lo demás en plena libertad para gobernarse a su antojo. Las disposiciones políticas del Wendo, esencialmente esporádicas, no le permitían comprender, y menos aún ejercer, el gobierno necesariamente complicado de un Imperio vasto y compacto. Vivir como ciudadano de un burgo lo más modesto posible, era su ideal. Las orgullosas concepciones de dominación, de influencia, de acción exterior, no encontraban allí, sin duda, ambiente adecuado; el Eslavo no las conocía. El acrecentamiento de su bienestar directo y personal, la protección de su trabajo, la asistencia en sus necesidades físicas, los cuidados de su familia a los que solícitamente atendía aquel ser amable y afectuoso, aunque frío, todo eso lo tenía asegurado por su régimen municipal, con una facilidad, una libertad, una profusión que nunca — hay que confesarlo — podría brindárselo un estado social más perfeccionado. Se mostraba, pues, apegado a ello, y la moderación de esos gustos tan humildes debía valerle, por lo menos, el homenaje de los moralistas, al paso que los políticos, más difíciles de contentar, consideran que los resultados de ello fueron deplorables. El antiguo gobierno de la raza blanca, tan naturalmente dispuesto a favorecer todas las manifestaciones de independencia, así las más peligrosas como las más útiles, se dejó enervar fácilmente ante tanta blandura. Se quería que fuese cada vez más débil e indeciso; se prestó a ello. Los ma-

gistrados, padres ficticios de la comuna, continuaron no debiendo sino a la elección una autoridad temporal, estrechamente limitada por el concurso incesante de una Asamblea soberana compuesta de todos los cabezas de familia. Es bien evidente que aquelles aristocracias rurales y mercantiles componían las repúblicas menos expuestas a las usurpaciones del poder que haya nunca llevado a cabo la especie blanca; pero eran al mismo tiempo las más débiles, las más incapaces de resistir a los disturbios interiores como a la agresión extranjera.

No carece de verosimilitud el que los numerosos inconvenientes de aquel aislamiento tan mezquino hiciesen a veces desear, a los mismos que gozaban de sus beneficios, un cambio de situación resultante de la conquista de un pueblo más hábil. Esta calamidad, en medio del daño que necesariamente entraña, debía aportarles de una manera no menos segura numerosas ventajas susceptibles de cautivarlos y de hacerles cerrar, hasta cierto punto, los ojos sobre la pérdida de su independencia. Cabe incluir en ese número el acrecentamiento de beneficios materiales, consecuencia fácil de un aumento de población y de territorio. Una comuna aislada posee pocos recursos; dos reunidas los poseen mayores. La desaparición de barreras políticas demasiado cercanas facilita las relaciones entre países fronterizos; incluso las crea a menudo. Los víveres y productos circulan con mayor abundancia, llegan incluso más lejos; los beneficios y ventajas se acumulan, y el instinto comercial maravillado, seducido, captado, renunciando a sus prejuicios contra las competencias para abandonarse por entero al goce de la posesión de un mercado más vasto, reniega de un exceso para lanzarse a otro, y conviértese en el apóstol más ardiente de esa fraternidad universal que unos sentimientos algo más nobles, unas opiniones más clarividentes rechazan por no considerarla sino como una organización en común de todos los vicios y el origen de todas las servidumbres.

Pero los conquistadores de los Eslavos en las épocas primitivas no se hallaban en condiciones de extremar el sistema de las aglomeraciones. Sus grupos eran numéricamente poco considerables y demasiado desprovistos de medios intelectuales o materiales para cometer tan gigantescos errores. Ni siquiera se los imaginaban, y sus súbditos, que sin duda hubieran aceptado las peores consecuencias de ello, podían aún, harto razonablemente, felicitarse de la extensión dada a sus trabajos económicos.

Después, bajo la ley de un vencedor que dispensaba tales beneficios, su existencia menos libre estaba, en definitiva, menos garantizada. Mientras el aislamiento nacional lo había expuesto, casi sin defensa, a todas las agresiones del exterior, su Constitución, bajo soberanos vigorosos, los substraía a aquel género de azotes, y los invasores tropezaban en lo futuro, al intentar sus pillajes y despojos, con el arco y la espada de un dominador vigilante. Por muchas razones, pues, los Wendos se sentían inclinados a tomar con paciencia la sujeción política, del mismo modo que ignoraran y rechazaran los medios de escapar a ella. Y, por lo demás, esa sujeción que no sentían ni el orgullo ni la valentía de odiar, el tiempo se encargaba, como siempre, de suavizarla. A medida que una larga convivencia establecía entre los extranjeros y sus humildes tributarios inevitables alianzas, producíase el acercamiento de los espíritus. Las relaciones mutuas perdían su

primitiva aspereza; la protección hacíase sentir mejor, y el mando bastante menos. En verdad, los conquistadores, víctimas de ese juego, convertíanse gradualmente en Eslavos, y, debilitándose a su vez, a su vez también sufrían la dominación extranjera, que no sabían ya apartar ni de sus súbditos ni de sí mismos. Pero los mismos móviles, al proseguir incesantemente su acción con una regularidad muy análoga a los movimientos del péndulo, originaban constantemente efectos idénticos, y las razas wendas, arianizadas hasta el grado mediocre en que pudieron serlo, no han aprendido nunca sino de una manera imperfecta la necesidad y el arte de organizar un gobierno que fuese a la vez nacional y más complejo que el de una municipalidad. Nunca han podido substraerse a la necesidad de soportar un poder extraño a su raza. Muy lejos de haber desempeñado en el mundo antiguo un papel soberano, esas familias, las más antiguamente degeneradas de los grupos blancos de Europa, no han tenido nunca siquiera, en las épocas históricas, un papel visible, y todo lo que puede hacer la erudición más sagaz es mostrar sus masas, por lo demás tan numerosas, tan prolíficas, detrás de los puñados de afortunados aventureros que los rigen durante los períodos más antiguos. En una palabra, por efecto de los enlaces amarillos desmesurados de los cuales se derivó para ellas esa situación eternamente pasiva, estuvieron mucho menos dotadas, moralmente hablando, que los Celtas, quienes por lo menos, aparte de largos siglos de independencia y de autonomía, tuvieron algunos momentos muy cortos, es cierto, pero muy señalados, de preponderancia y de esplendor.

La situación subordinada de los Eslavos, en la Historia, no debe, sin embargo, ofuscarnos sobre su carácter. Cuando un pueblo cae en poder de otro pueblo, los narradores de sus infortunios no sienten generalmente ningún escrúpulo de declarar que uno es valiente y el otro no lo es. Cuando una nación, o más bien una raza, se consagra exclusivamente a las labores de la paz, mientras otra, depredadora y siempre armada, convierte la guerra en su profesión única, los mismos jueces proclaman resueltamente que la primera es cobarde y débil, la segunda viril. Son éstas unas sentencias dadas a la ligera, y que falsean y desvirtúan todas las consecuencias que de ellas se saca.

El campesino de la región del Beauce (1), con su aversión por el servicio militar y su amor por el arado, no es ciertamente el vástago de una familia heroica, sino que es, con toda seguridad, más realmente bravo que el Árabe guerrero de los alrededores del Jordán. Fácilmente se le obligará o, mejor dicho, se obligará a sí mismo, en caso de necesidad, a realizar acciones de una intrepidez admirable para defender sus hogares, y, una vez alistado, su bandera no afrontará sino el peligro más insignificante, y este pequeño peligro lo rehuirá aún sin sonrojarse, repitiendo para su capote el adagio favorito del guerrero asiático: «Batirse, no es hacerse matar». Sin embargo, ese hombre circunspecto ha hecho profesión casi exclusiva de empuñar el fusil. En su opinión, es esa la única tarea que conviene a un hombre, lo cual no impide, desde hace siglos, que se vea subyugado por cualquiera que lo desee.

Todos los pueblos son bravos, en el sentido de que todos son capaces,

(1) Antiguo país de Francia, cuya capital es Chartres.

bajo una dirección adecuada a sus instintos, de afrontar ciertos peligros y de exponerse a la muerte. El coraje, considerado en sus efectos, no es el carácter particular de ninguna raza. Existe en todas las partes del mundo, y es error el considerarlo como la consecuencia de la energía, y más aún el confundirlo con la energía misma: de ella difiere esencialmente.

No es que la energía no lo produzca también, y de una manera bien manifiesta. Esa facultad dista de poseer una única manera de manifestarse. En consecuencia, si todas las razas son bravas, no todas son enérgicas, y, fundamentalmente, no hay sino la especie blanca capaz de serlo. No se encuentra sino en ella el nervio de esa firmeza de voluntad, producida por la seguridad del juicio. Una naturaleza enérgica quiere con intensidad, por la razón de que ha descubierto intensamente el punto de vista más ventajoso o más necesario. En las artes de la paz, su virtud se manifiesta tan naturalmente como en las fatigas de una existencia belicosa. Si las razas blancas, hecho indiscutible, son más seriamente bravas que las otras familias, no es en modo alguno porque hagan menos caso de la existencia, sino, al contrario, porque, igualmente obstinadas cuando aguardan del trabajo intelectual o material un resultado precioso que cuando pretenden derribar las murallas de una ciudad, se muestran sobre todo prácticamente inteligentes y perciben más distintamente su objetivo. Su bravura proviene de eso y no de la sobreexcitación de los órganos nerviosos, como entre los pueblos que no han poseído o han dejado perder ese mérito distintivo.

Los Eslavos, demasiado mezclados, se encontraban en este último caso. En él se encuentran todavía, y en mayor grado quizá que antaño. Cuando era preciso, desplegaban mucho valor guerrero; pero su inteligencia, debilitada por las influencias Finesas, no se movía sino dentro de un círculo de ideas demasiado estrecho, que no les mostraba harto a menudo ni harto claramente las grandes necesidades que se imponen a la vida de las naciones ilustres. Cuando el combate era inevitable, avanzaban, pero sin entusiasmo, sin otro deseo que el de retirarse mucho menos del peligro que de las fatigas, infructuosas a sus ojos, de que está erizada la lucha guerrera. A todo se avenían para acabar con ella, y retornaban jubilosos a las labores del campo, al comercio, a las ocupaciones domésticas. Todas sus predilecciones se concentraban en eso.

Esta raza, así formada, no poseyó pues su isonomía sino de una manera muy oscura, puesto que esa isonomía no se ejerció sino en centros demasiado pequeños para ser todavía visibles a través de las tinieblas de los tiempos, y no es sino por su asociación con sus conquistadores mejor dotados como logró percibirlo y juzgar sus cualidades y defectos. Demasiado débil y demasiado amable para provocar largos estallidos de cólera entre los individuos que lo invadían, su facilidad en aceptar el papel secundario en los nuevos Estados fundados por la conquista, su natural laborioso que la hacía tan útil para explotar como fácil de gobernar, todas esas humildes facultades le permitían conservar la propiedad del suelo, haciéndole perder las funciones más elevadas. Los más feroces agresores rechazaban muy pronto la idea de asolar el país, ya que nada de bueno les hubiese reportado. Después de haber enviado algunos millares de cautivos a los remotos mercados de Grecia, de Asia, de las colonias italiotas, sobrevenía un momento en que la sumisión de sus vencidos desarmaba su furia.

Se apiadaban de aquel trabajador apacible que oponía tan poca resistencia, y dejábanle que cultivase sus campos. Muy pronto la fecundidad del Eslavo llenaba los vacíos de la población. El antiguo habitante se hallaba más sólidamente establecido que nunca en el suelo a él confiado, y por poco que sus soberanos supiesen conservar los frutos de la victoria, iba ganando terreno con ellos, ya que llevaba la obediencia hasta el extremo de mostrarse intrépido en provecho propio cuando se le dictaba esa virtud.

Así, indisolublemente ligados a la tierra de donde nada podía arrancarlos, los Eslavos llenaban en el Oriente de Europa la misma misión de influencia muda y latente, pero irresistible, que llenaban en Asia las masas semíticas. Como estas últimas, formaban el pantano estancado en el cual se sumergían, tras unas horas de triunfo, todas las superioridades étnicas. Inmóvil como la muerte, activo como ella, ese pantano devoraba dentro de sus aguas dormidas los principios más ardientes y generosos, sin experimentar otra modificación que la de una relativa elevación del fondo, aunque para acabar finalmente en una corrupción general más complicada.

Esta gran fracción mestiza de la familia humana, tan prolífica, tan paciente ante la adversidad, tan obstinada en su amor utilitario del suelo, tan atenta a todos los medios de conquistarlo materialmente, había tendido desde buen comienzo la red viviente de sus millares de pequeñas comunas en una extensión enorme del país. Dos mil años antes de Jesucristo, las tribus wendas cultivaban las regiones del Bajo Danubio y las riberas septentrionales del mar Negro, cubriendo, según cabe juzgarlo, en competencia con las hordas Finesas, todo el interior de Polonia y de Rusia. Ahora que las hemos reconocido en la verdadera naturaleza de sus aptitudes y de su tarea histórica, dejémoslas entregadas a sus humildes trabajos, y consideremos a sus diversos conquistadores.

En el primer rango conviene colocar a los Celtas. En la época muy antigua en que esos pueblos ocupaban la Táurida y hacían la guerra a los Asirios, e incluso en la época de Darío, poseían súbditos Eslavos en aquellas regiones. Más tarde, los tuvieron igualmente en los Cárpatos y en Polonia y probablemente en las regiones regadas por el Oder. Cuando, procedentes de la Galia, llevaron a cabo la gran expedición que condujo a las bandas tectosagas hasta el Asia, sembraron todo el valle del Danubio y los países de los Travios y de los Ilirios de numerosos grupos nobles que permanecieron al frente de las tribus wendas, hasta que nuevos invasores vinieron a su vez a someterlos, junto con ellas. En varias ocasiones y hasta el final del siglo III antes de Jesucristo, los Kinris habían ejercido una presión victoriosa sobre tales o cuales naciones Eslavas.

Sin embargo, si hay que nombrarlas en primer lugar, es sobre todo porque las razones de vecindad multiplicaron las incursiones de detalle. No fueron ni los más poderosos, ni los más destacados, ni quizá siquiera los más antiguos de los dominadores que los Eslavos vieron abundar entre ellos. Esta supremacía corresponde sobre todo a diferentes naciones muy célebres que, bajo nombres diversos, pertenecen todas a la raza aria. Fueron esas naciones las que operaron con mayor fuerza y autoridad en las regiones pónticas, y hasta muy lejos hacia el extremo Norte. De ellas especialmente se ocupan los anales, y sobre ellas debe concentrarse aquí la atención por motivos todavía más graves.

El hecho de que, pese a las mezclas que determinaron sucesivamente la caída y la desaparición de la mayoría de ellas, esas naciones perteneciesen originariamente a la fracción más noble de la especie blanca, justificaría ya el mayor interés; pero un motivo tan grande resulta aún fortalecido por la circunstancia de que es de su seno, del seno de sus multitudes, y de las más puras y poderosas, de donde se desprendieron los grupos de los cuales surgieron las naciones germánicas. Así reconocidas en su estrecha intimidad original con el principio generador de la sociedad moderna, aparecen como más importantes para nosotros, y como más simpáticas, en el sentido general de la Historia, que puedan serlo incluso los grupos de análoga familia, fundadores o restauradores de las otras civilizaciones del mundo.

Los primeros de esos pueblos que hayan penetrado en Europa, en épocas extremadamente oscuras, y cuando grupos de Fineses, quizá incluso de Celtas y de Eslavos, ocupaban ya algunas regiones del Norte de Grecia, parecen haber sido los Ilirios y los Tracios. Esas razas sufrieron necesariamente las mezclas más considerables; por lo mismo su preponderancia dejó menos vestigios. No interesa hablar de ellas aquí sino para mostrar la extensión aproximada de la expansión más remota de los Arios extrahindúes y extrairanios. Hacia el Oeste, los Ilirios y algunos Tracios ocupaban entonces los valles y llanuras, desde la Hélade hasta el Danubio, y, avanzando hasta Italia, se habían establecido sobre todo intensamente en las vertientes septentrionales del Hemo (1).

Pronto fueron seguidos por otra rama de la familia, los Getas, que se establecieron al lado de ellos, a menudo entre ellos, y finalmente mucho más lejos que ellos, hacia el Noroeste y el Norte (2). Los Getas se consideraban como inmortales, dice Herodoto. Pensaban que el tránsito final, lejos de conducirlos a la nada o a una condición doliente, los llevaba a las celestes y gloriosas moradas de Xamolxis. Este dogma es puramente ario.

Pero el establecimiento de los Getas en Europa es tan antiguo que apenas es posible entreverlos en ella en el estado puro. La mayoría de sus tribus, tales como se las denomina en los más viejos anales, habían estado ya profundamente afectadas por enlaces eslavos, kínricos o incluso amarillos. Los Tisagetas o Getas gigantes, los Mirgetas o afines a la tribu Finesa de los Merjanos, los Samogetas de la raza de los Suomis, como a sí mismos se llaman los Fineses, formaban, según confesión propia, tantas tribus mestizas que, habiendo unido la más hermosa sangre de la especie blanca a la esencia mogol, sufrían las consecuencias de ello por la inferioridad relativa en la cual habían descendido frente a sus parientes más puros. Los Jutos de la Escandinavia, los Iotunes, para servirme de la expresión del *Eddas*, parecen haber sido los más septentrionales, y, desde el punto de vista moral, los más degradados de todos los Getas.

Del lado de Asia, del lado del Caspio, vivían aún otras ramas de la misma nación, que los historiadores griegos y romanos conocían bajo el nombre de *Masagetas*. Más tarde, se les llamó Escito-Getas o Hindo-Getas. Los escritores chinos los nombraban Khu-te, y la autenticidad, la exac-

(1) Schaffarik, *obra citada*, t. I, p. 271.
(2) Plinio, *Historia Natural*, IV, 18.

titud perfecta de esta transcripción está garantizada de una manera rara por el testimonio decisivo de los poemas hindúes que, en una época infinitamente más antigua, la producían bajo la forma del vocablo *Kheta.* Los Khetas son un pueblo vratía, refractario a las leyes del brahmanismo, pero indiscutiblemente ario y establecido en el Norte del Himalaya.

En el siglo II de nuestra era, las tribus géticas que habían permanecido en la Alta Asia se trasladaron a Sihun, después hacia la Sogdiana, y tuvieron la gloria de substituir un Imperio de su fundación en el Estado bactro-macedónico.

Con todo, ese éxito fué poca cosa comparado al esplendor que su nombre alcanzó en los siglos IV y V en Europa. Un grupo originario de sus hermanos emigrados, y que vamos luego a encontrar de nuevo con su genealogía, partió entonces de las riberas orientales del Báltico y del Sur del país escandinavo para borrar todo lo que sus homónimos habían podido llevar a cabo de grande. La vasta Confederación de los Godos paseó su radiante estandarte por Rusia, por el Danubio, por Italia, por Francia meridional, y por toda la península hispánica. Que las dos formas *Godos* y *Getas* son absolutamente idénticas, lo certifica plenamente un historiador nacional muy enterado de las antigüedades de su raza, Jornandes. No vacila en intitular los anales de los reyes y de las tribus godas, *Res geticæ.*

Al lado de los Getas, y algo menos antiguamente, se presenta en las orillas del Propóntide y en las regiones vecinas otro pueblo igualmente ario. Son los Escitas, no los Escitas labradores, verdaderos Eslavos, sino los Escitas belicosos, los Escitas invencibles, los Escitas reales, que el historiador de Halicarnaso nos pinta como guerreros por excelencia. Al decir de él, hablan una lengua aria; su culto es el de las más antiguas tribus Védicas, Helénicas, Iranias. Adoran el cielo, la tierra, el fuego, el aire. Son realmente esas las diferentes manifestaciones de aquel naturalismo divinizado entre los más antiguos grupos blancos. Añaden a ello la veneración del genio inspirador de las batallas; pero, desdeñando el antropomorfismo, a imitación de sus antepasados, se contentan con representar la abstracción por ellos concebida a través del símbolo de una espada plantada en el suelo.

El territorio de los Escitas en Europa se extiende en la misma dirección que el de los Getas, y, para los conocimientos italogriegos, se confunde con esta región, como las dos poblaciones se confundían en realidad. Celto-Escitas, Traco-Escitas, he aquí lo que los más antiguos geógrafos de la Hélade conocen en el Norte de Europa, y no andaban éstos tan equivocados como se ha dado en decir en los tiempos modernos. Sin embargo, su terminología no era ni clara ni precisa, hay que reconocerlo, y, aunque se aplicase asaz correctamente al estado real de las cosas, era sin ellos saberlo; la vaguedad ayudaba a su ignorancia y no la extraviaba.

En dirección Este, los Escitas guerreros daban la mano a sus hermanos, los pueblos del Norte de Media. Extendíanse hasta las montañas armenias en donde se denominaban *Sakasunas.* Después, al Norte de la Bactriana, se confundían con los Indo-Escitas, llamados por los Chinos los *Szu.* Allí recibían una denominación algo alterada, y convertíanse para los Romanos en *Sacae*; después, volviendo a las tradiciones escritas del Celeste Imperio, había aquellos Hakas, establecidos todavía, en una época bastante lejana, en las orillas del Yenisey. No cabe ver en ellos sino a los Sakas del *Rama-*

yana, del *Mahabharata*, de las leyes de Manú; vratías rebeldes a las sagradas prescripciones del *Aria-varta*, como los Getas, pero, como ellos también, indiscutiblemente emparentados con los Arios de la India. Lo estaban igualmente y de una manera tan manifiesta con los del Irán; y, si subsistiese aún alguna duda de que todos esos Escitas caballeros de Asia y de Europa, esos Escitas que los Chinos veían vagabundear por las riberas del Hoang-Ho y por las soledades del Gobi, a quienes los Armenios reconocían como soberanos en varios puntos de su país, y que las orillas del Báltico, que las provincias kínricas, temían igualmente; que esos Escitas, digo, vagando por el Turán y por el Ponto, esos Escolotos, como a sí mismos se denominaban, no fuesen absolutamente de un mismo origen en los diversos puntos donde aparecían, en el Hemo, como en el Bolor, cabría aún alegar el testimonio decisivo de los epigrafistas de la Persia. Las inscripciones aqueménidas conocen en efecto a dos naciones de Sakas, la una residente en los alrededores del Yaxartes, la otra en la vecindad de los Tracios (1).

Este nombre antiguo de Sakas se ha conservado no menos tiempo y ha recorrido más regiones todavía que el de los Getas. En las épocas de las migraciones germánicas, era aplicado a la región noble por excelencia, *Skanzia*, la Escandinavia, la isla o la península de Sakas. En fin, una última transformación, que constituye en este momento el orgullo de América, después de haber brillado en la alta Germania y en las islas Británicas, en la de Saxna, *Sachsen*, los *Sajones*, verdaderos *Sakasunas*, hijos de los Sakas de las últimas épocas.

Los Sakas y los Getas constituyen, de hecho, una sola y misma cadena de naciones primitivamente arias. Cualquiera que haya podido ser, aquí y allá, el género y grado de degradación étnica sufrido por sus tribus, son dos grandes ramas de la familia que, menos afortunadas que las de la India y del Irán, no encontraron en el reparto del mundo sino territorios ya intensamente ocupados, comparado con lo que habían poseído sus hermanos, y sobre todo muy inferiores en belleza. Imposibilitados, durante mucho tiempo, de fijar su existencia, atormentada por los Fineses del Norte, por sus propias divisiones y por el antagonismo de sus hermanos más favorecidos, la mayoría de esos pueblos perecieron sin haber podido fundar más que Imperios efímeros, pronto mediatizados, absorbidos o derribados por vecinos muy poderosos. Todo lo que se percibe de su existencia en aquellas regiones vagas e ilimitadas del Turán y de las llanuras pónticas, el Turán europeo, que eran sus lugares de pasaje, sus estaciones inevitables, revela tanto infortunio como valor, una ardiente intrepidez, la pasión más caballeresca de la aventura, más grandeza ideal que éxitos duraderos. Dejando aparte aquellas naciones que lograron, aunque mucho más tarde, dominar nuestro continente, la de los Partos fué todavía una de las más afortunadas entre las tribus arias del Oeste (2).

No basta mostrar con los hechos que los Getas, los Sakas y los Arios, tomados en conjunto y en sus orígenes, son todos unos. Los tres nombres, analizados en sí mismos, dan el mismo resultado: tienen los tres el mismo

(1) Westergaard y Lassen, *Inscript. de Darius*, p. 94 y 95.

(2) Benfey, *Bemerkungen über die Gœtter-namen auf Indo-skythischenmünzen. Zeitsch. d. d. Gessellsch.*, t. VIII, p. 450 y siguientes.

sentido; no son más que sinónimos; significan igualmente *los hombres honorables*, y, aplicándose a los mismos objetos, muestran claramente que hay la misma idea en tan diversos aspectos.

Establecido este punto, sigamos ahora, en las fases ascendentes de su historia, a las tribus mejor predestinadas de ese conjunto de soberanos que la Providencia deparó a los pueblos del mundo antiguo y, ante todo, a los Eslavos.

Entre ellas se encontraba una rama particular y muy difundida de naciones de esencia muy pura, por lo menos en el momento en que llegaron a Europa. Esta importante circunstancia está garantizada por los documentos; habla de los Sármatas. Éstos descendían, dijeron los Griegos del Ponto, de un enlace entre los Sakas y las Amazonas, o, dicho en otros términos, *las madres de los Ases o de los Arios*. Los Sármatas, como todos los demás pueblos de su familia, se reconocían como hermanos en las regiones más alejadas. Varias de sus naciones habitaban en el Norte de la cordillera Paropamiso, al paso que otras, conocidas de los geógrafos del Celeste Imperio bajo los nombres de Suth, Suthle, Alasma y Janthsai, vinieron, en el siglo II antes de Jesucristo, a ocupar ciertos cantones orientales del Caspio. Los Iranios midieron varias veces sus armas con aquellos grupos de guerreros, y el temor exagerado que sentían de su firmeza marcial se había perpetuado en las tradiciones bactrianas y sogdas. De allí es de donde Firdusi los trasladó a su poema.

Esas vigorosas poblaciones, llegadas a Europa, por primera vez, diez siglos antes de nuestra era, no más, pusieron la planta en el mundo occidental aportando costumbres muy análogas a las de los Sakas, sus primos y sus principales antagonistas. Revestidos del atuendo heroico de los campeones del Schahnameh, sus guerreros se parecían ya bastante bien a aquellos paladines del medioevo germánico, de quienes eran sus lejanos antepasados. Un casco de metal en la frente, en el cuerpo una armadura escamosa de placas de cobre o de cuerno, ajustadas en forma de piel de dragón; la espada al cinto, el arco y el carcaj a la espalda, en la mano una lanza desmesuradamente larga y pesada, andaban a través de los desiertos, montados en caballerías de pesados caparazones, escoltando y vigilando carros inmensos cubiertos de un ancho toldo. Dentro de aquellos grandes vehículos estaban encerradas sus mujeres, sus hijos, sus ancianos padres, sus riquezas. Unos bueyes gigantescos tiraban lentamente de ellos haciendo oscilar y chirriar sus ruedas de madera a través de la arena o de la corta hierba de la estepa. Aquellas casas ambulantes eran la copia de las que en la más tenebrosa antigüedad sirvieron para transportar hacia el Pendjab, la opulenta región de los cinco ríos, a las familias de los primeros Arios. Eran también la copia de aquellas construcciones ambulantes con las cuales, más tarde, los Germanos formaron sus campamentos; era, bajo formas austeras, el arca verdadera aportando la chispa de vida a las civilizaciones futuras y el rejuvenecimiento a las civilizaciones caducas, y, si los tiempos modernos pueden proporcionar todavía alguna imagen capaz de evocar el recuerdo de ello, es seguramente la poderosa carreta de los emigrantes americanos, ese vehículo enorme, tan conocido en el Oeste del nuevo continente, que conduce incesantemente hasta más allá de las montañas Rocosas a los auda-

ces colonos anglosajones y a sus intrépidas marimachos, compañeras de sus fatigas y de sus victorias sobre la barbarie del desierto.

El empleo de esos carros aclara un punto de la Historia. Establece una diferencia radical entre las naciones que lo adoptaron y las que prefirieron la tienda de campaña. Las primeras son viajeras; no se resisten a cambiar absolutamente de horizonte y de clima; únicamente las otras merecen el calificativo de nómadas. Éstas no abandonan sin esfuerzo una circunscripción territorial bastante limitada. Es ser nómada el adoptar la única especie de morada que por su naturaleza es eternamente móvil y ofrece el símbolo más vivo de la inestabilidad. El carro no logrará ser nunca una morada definitiva. Los Arios que de él se sirvieron y que, durante un período más o menos largo, o quizá nunca, no pudieron construirse otros abrigos, no poseían ni querían tiendas de campaña. ¿Por qué? Porque viajaban, no para cambiar de lugar, sino, por el contrario, para encontrar una patria, una residencia fija, una casa. Impelidos por acontecimientos adversos o particularmente excitantes, no lograban apoderarse de ningún país de manera que pudiesen edificar en él de un modo definitivo. Tan pronto como ese problema pudo resolverse, la habitación circulante se ha fijado al suelo y no ha vuelto a moverse. El sistema de habitación todavía en uso en la mayoría de países europeos que poseyeron organizaciones arias ofrece la prueba de ello: la casa nacional no es más que un carro parado. Las ruedas han sido reemplazadas por una base de piedra sobre la cual se levanta el edificio de madera. El tejado es macizo, saliente; cubre enteramente la vivienda, a la cual se sube por una escalera exterior, estrecha y muy parecida a una escala. Es exactamente, salvo ligeras modificaciones, el antiguo carro ario. El chalet helvético, la choza del mujik moscovita, la vivienda del campesino noruego, son igualmente la casa errante del Saka, del Geta y del Sármata, cuyos desenvolvimientos han permitido, al fin, desenganchar a los bueyes y quitar las ruedas (1). Llegar a esto constituía el instinto permanente, si no el propósito manifiesto de los guerreros que llevaron por tantos lugares y hasta tan lejos aquella vivienda venerable por los heroicos recuerdos que evoca. Pese a sus multiplicadas peregrinaciones, a veces seculares, aquellos hombres no se avinieron nunca a aceptar el abrigo definitivamente móvil de la tienda de campaña; ésta la abandonaron a las tribus de especie o de formación inferior.

Los Sármatas, los últimos Arios, en el siglo X antes de nuestra Era, y por consiguiente los más puros, no tardaron en hacer sentir a los antiguos conquistadores de los Eslavos la fuerza superior de su brazo y de su inteligencia, en las protestas que no dejaron de levantarse. Pronto se abrieron paso. Dominaron entre el Caspio y el mar Negro, y empezaron a amenazar las llanuras del Norte. Con todo durante mucho tiempo las vertientes septentrionales del Cáucaso constituyeron su punto de apoyo. Es entre los desfiladeros de aquella gran cordillera adonde, varios siglos después, cuando hubieron perdido el imperio exclusivo de las regiones pónticas, algunas de sus tribus fueron a buscar un refugio entre algunas poblaciones afines establecidas de más antiguo en aquellas gargantas. A esta circunstancia, favorable al mantenimiento de su integridad étnica, debieron el honor de que

(1) Weinhold, *Die deutschen Frauen in dem Mittelalter*, p. 327.

gozan actualmente de haber sido escogidas por la ciencia fisiológica para representar el tipo más acabado de la especie blanca. Las naciones actuales establecidas en aquellas montañas continúan siendo famosas por su belleza corporal, por su genio guerrero, por aquella indomable fiereza que tanto interesa a los pueblos más cultivados y debilitados, y por una resistencia, aun más difícil, a aquel soplo de encanallamiento que, sin poderlos alcanzar, invade a su alrededor a las multitudes semíticas, tártaras y eslavas. Lejos de degenerar, han contribuído, en el grado en que su sangre se mezcló a la de los Osmanlíes y de los Persas, a enardecer a aquellas razas. No hay que olvidar tampoco a los hombres eminentes que han dado al Imperio turco, ni la poderosa y romántica dominación de los beyes circasianos en Egipto.

Resultaría aquí desplazado pretender seguir en sus detalles los innumerables movimientos de los grupos sármatas hacia el Occidente de Europa. Algunas de esas migraciones, como la de los Limigantes, fueron a disputar Polonia a las noblezas célticas, y sobre su vasallaje fundaron Estados que, entre sus ciudades principales, contaron con Bersovia, la Varsovia moderna. Otros, los Yácigios, conquistaron la Panonia oriental, pese a los esfuerzos de los antiguos vencedores de raza tracia o kínrica, que dominaban ya allí a las masas eslavas. Estas invasiones y muchas otras no interesan sino a historiadores especiales, ya que no fueron llevadas a cabo en gran escala ni con fuerzas suficientes para afectar de modo duradero el valor activo de los grupos subyugados. No ocurrió así en el movimiento que una vasta asociación de tribus de la misma familia, surgida de la misma rama de los Alanos, *Alani,* quizá, más primitivamente *Arani* o *Arios,* y llevando como nombre federativo el de *Roxolanos,* operó del lado del nacimiento del Duina, en las regiones regadas por el Volga y el Niéper, en una palabra, en la Rusia central, hacia el siglo VII u VIII antes de la era cristiana. Esta época, marcada por grandes cambios en la situación étnica y topográfica de un gran número de naciones asiáticas y europeas, constituye igualmente para los Arios del Norte un nuevo punto de partida, y por consiguiente una fecha importante en la historia de sus emigraciones.

No hacía apenas más que dos o trescientos años que habían llegado a Europa, y ese período fué enteramente llenado por los choques violentos del antagonismo que los oponía a las naciones limítrofes. Entregados sin reserva a sus odios nacionales, absorbidos por las preocupaciones únicas del ataque y de la defensa, no habían tenido tiempo sin duda de perfeccionar su estado social; pero este inconveniente resultó de sobra compensado, desde el punto de vista del porvenir, por el aislamiento étnico, garantía segura de pureza, que fué la consecuencia de ello. Ahora se veían forzados a trasladarse a una nueva residencia. Esta nueva residencia se la fijaban, con exclusión de otra cualquiera, necesidades imperiosas.

La propulsión que los lanzaba hacia delante procedía del Sudeste, y era obra de unos congéneres, evidentemente irresistibles, puesto que no se resistían a ella. No había pues manera de que los Ario-Sármatas-Roxolanos tomasen su marcha contra esa dirección. No podían avanzar indefinidamente hacia el Oeste, puesto que los Sakas, los Getas, los Tracios, los Kinris se mantenían allí demasiado fuertes y sobre todo en excesivo número. Ello les hubiese obligado a afrontar una serie de dificultades y tropiezos inextri-

cables. Dirigirse hacia el Nordeste era no menos difícil. Aparte de los grandes grupos fineses que operaban en este punto, existían allí naciones arias todavía considerables, mestizos arios amarillos que adquirían cada vez más importancia, los cuales tenían que hacer rechazar fundadamente la idea de una marcha retrógrada hacia las antiguas residencias de la familia blanca. Quedaba el acceso del Noroeste. Por este lado, las barreras, las dificultades eran todavía serias, pero no insuperables. Escasos Arios, muchos Eslavos, y Fineses en menor cantidad que en el Este, se ofrecían allí probabilidades de conquistas mayores que en cualquier otro sitio. Los Roxolanos lo comprendieron; el éxito les dió la razón. En medio de las diversas poblaciones que sus tradiciones nos dan todavía a conocer bajo sus nombres significativos de Wanes, de Iotunes y de Alfares o hadas, o enanos, lograron fundar una organización estable y regular, cuyo recuerdo y cuyos últimos esplendores proyectan todavía, a través de la oscuridad de los siglos, un vivo y glorioso destello sobre la aurora de las naciones escandinavas.

Es ese el país que el *Edda* denominó el Gardarika, o *Imperio de la ciudad de los Arios*. Los Sármatas Roxolanos pudieron allí desenganchar sus bueyes viajeros, y retirar sus carros. Conocieron finalmente comodidades de que habían estado privados por espacio de varias series de siglos, lo que aprovecharon para establecerse en moradas permanentes. Asgard, la ciudad de los Ases o de los Arios, fué su capital. Era probablemente una gran ciudad poblada de hermosos palacios por el estilo de las antiguas residencias de los primeros conquistadores de la India y de la Bactriana. Por lo demás, no era entonces la primera vez que su nombre había sido pronunciado en el mundo. Entre otras aplicaciones que del mismo se hicieron, recordaremos una población meda llamada igualmente Asagarta que existió largo tiempo no lejos de la ribera meridional del mar Caspio (1).

Las tradiciones relativas a Asgard son numerosas y aun minuciosas. Esas tradiciones nos muestran a los padres de los dioses, a los dioses mismos, ejerciendo con grandeza en aquella real ciudad la plenitud de su poder soberano, administrando justicia, decidiendo la paz o la guerra, tratando con una hospitalidad espléndida a sus guerreros y a sus huéspedes. Entre éstos, percibimos a algunos príncipes wanes y iotunes, incluso a jefes fineses. Las necesidades de la vecindad, los azares de la guerra obligaban a los Roxolanos a apoyarse ora en unos, ora en otros, para sostenerse contra todos. Entonces se contrajeron alianzas étnicas que eran inevitables. Con todo, el número y por consiguiente la importancia resultó exigua — lo demuestra el *Edda* —, porque el estado de guerra, menos constante que antaño cuando los Roxolanos residían en los alrededores del Cáucaso, no dejaba de ser menos corriente, y sobre todo porque el Gardarika, pese a haber dado mucho realce a la historia primitiva de los Arios Escandinavos, duró demasiado poco tiempo para que la raza que lo poseía hubiese tenido tiempo de corromperse. Fundado del siglo VII al siglo VIII antes de la era cristiana, fué derribado hacia el siglo IV, a despecho del valor y energía de sus fundadores, y éstos, obligados una vez más a ceder a la suerte que les conducía, a través de tantas catástrofes, al imperio del Universo, reunieron a sus familias y sus bienes en los carros, cabalgaron de nuevo sobre sus corceles, y,

(1) Lassen y Westergaard, *Achem. Keilinschriften*, p. 54.

abandonando Asgard, cruzaron las desoladas regiones pantanosas del Norte, para salir al encuentro de aquella serie de aventuras que les estaba reservada y de las que nada seguramente podía hacerles presagiar las sorprendentes peripecias ni el éxito final.

CAPÍTULO II

Los Arios Germanos

Llegada a cierto punto de su ruta, la emigración de las nobles naciones roxolanas se separó en dos ramas. Una de ellas se dirigió hacia la Pomerania actual, se estableció allí, y desde aquel lugar conquistó las islas vecinas de la costa y el Sur de Suecia (1). Por primera vez los Arios se convertían en navegantes y se entregaban a un género de actividad en el cual superarían un día en audacia y en inteligencia todo lo que las demás civilizaciones habían podido ejecutar hasta entonces. La otra rama, que en su tiempo no fué menos notable ni menos afortunada en esa actividad, continuó avanzando en dirección al mar Glacial, y, llegada a aquellas tristes riberas, volvió grupas, y, descendiendo de nuevo hacia el Mediodía, penetró en aquella Noruega, *Nord-wegr, el camino septentrional,* región siniestra, poco digna de aquellos guerreros, los más excelentes de los seres. Aquí, el conjunto de las tribus renunció a la denominación de Sármatas, de Roxolanos, de Ases, que hasta entonces sirviera para distinguirlos entre las demás razas. Volvieron a adoptar el nombre de Sakas. El país se denominó *Skanzia,* la península de los Sakas. Muy probablemente aquellas naciones habían continuado siempre dándose el título de *hombres honorables,* y sin preocuparse en demasía de la palabra que traducía esta idea, se denominaban indiferentemente Getas, Sakas, Arios o Ases. En la nueva residencia, fué la segunda de esas denominaciones la que prevaleció, mientras que, para el grupo establecido en Pomerania y tierras adyacentes, la de Geta llegó a ser de uso común. Sin embargo, los pueblos vecinos no admitieron nunca esa última modificación, cuya simplicidad sin duda no comprendían, y con una tenacidad de memoria de las más estimables para la claridad de los anales, los pueblos fineses continúan llamando todavía a los Suecos de nuestros días *Ruotslenos* o *Rootslanos,* al paso que los Rusos no son para ellos sino unos Waenalinos, o Waenelnanos, unos Wendos (2).

Las naciones escandinavas estaban apenas establecidas en la península, cuando un viajero de origen helénico fué a visitar por primera vez aquellas latitudes, patria temida de todos los horrores, según el sentir de las naciones de Grecia y de Italia. El Masaliota Pitias prosiguió aquellos viajes hasta la costa meridional del Báltico.

No encontró todavía en la Dinamarca actual sino Teutones, a la sazón Célticos, como su nombre lo testifica. Aquellos pueblos poseían el tipo de cultura utilitaria de las otras naciones de su raza; pero al Este de su terri-

(1) Munch, *Det Norske Folk Historie,* p. 61.
(2) Munch, *obra citada,* p. 59.

torio se encontraban los Gutones, y con ellos vemos de nuevo a los Getas; era una fracción de la colonia pomeraniense. El navegante griego los visitó en un piélago interior del mar que él denomina *Mentonomon*. Este piélago parece ser Frische-Haff, y la ciudad que se levanta en sus orillas, Königsberg. Los Gutones se extendían entonces muy poco hacia el Oeste; hasta el Elba, el país estaba dividido entre comunas eslavas y naciones célticas. En la parte de acá del río, hasta el Rin de un lado y hasta el Danubio del otro, y por encima de estos dos ríos, los Kinris dominaban casi exclusivamente. Pero no era posible que los Sakas de Noruega, que los Getas de Suecia, de las islas y del continente, con su espíritu emprendedor, su valor y el pésimo lote territorial que les cabía en suerte, dejasen largo tiempo a los dos pueblos de mestizos blancos que bordeaban sus fronteras en la tranquila posesión de una isonomía nada difícil de perturbar.

Dos direcciones se abrían a la actividad de los grupos arios del Norte. Para la rama gótica, la manera más natural de proceder era actuar sobre el Sudeste y el Sur, atacar de nuevo a las provincias que habían formado parte antiguamente del Gardarika y las regiones en que anteriormente aun tantas tribus arias de todas las denominaciones habían venido a sojuzgar a los Eslavos y a los Fineses y habían sufrido el inevitable demérito que originan las mezclas. Para los Escandinavos, por el contrario, la tendencia geográfica era la de avanzar hacia el Sur y el Oeste, invadir Dinamarca, todavía kínrica, después las tierras desconocidas de la Alemania central y occidental, luego los Países Bajos y después la Galia. Ni los Godos ni los Escandinavos desperdiciaron los primeros aleteos de la fortuna.

A partir del segundo siglo antes de nuestra era, las naciones noruegas daban muestras irrecusables de su existencia a los Kinris, que eran sus vecinos más próximos. Temibles bandas de invasores, escapándose de las selvas, vinieron a sembrar la alarma entre los habitantes del Quersoneso címbrico, y, franqueando todas las barreras, atravesando diez naciones, cruzaron el Rin, entraron en las Galias y no se detuvieron sino a la altura de Reims y de Beauvais (1).

Esta conquista fué rápida, feliz, fecunda. Sin embargo, no desplazó a nadie. Los vencedores, demasiado poco numerosos, no tuvieron necesidad de expulsar a los antiguos propietarios del suelo. Se contentaron con hacerlos trabajar en su provecho, como toda su raza tenía la costumbre de hacerlo entre los mestizos blancos sometidos. Incluso muy pronto — nueva muestra de la escasa densidad de los invasores — se mezclaron en grado suficiente con sus súbditos para producir aquellos grupos germanizados que tanto celebrara César, por representar la parte más vivaz de las poblaciones galas de su tiempo y haber conservado el antiguo nombre kínrico de Belgas (2).

Ese primer aluvión benefició considerablemente a las naciones por él alcanzadas. Restituyó su vitalidad, atenuó en ellas la influencia de los enlaces fineses, imprimióles por algún tiempo una actividad conquistadora, que les valió una parte de las Galias y de los cantones orientales de la isla de Bretaña; en una palabra, les dió una superioridad tan marcada sobre todos los demás Galos que, cuando los Cimbrios y los Teutones, atacados a su

(1) Munch, *obra citada*, p. 18.
(2) Wachfer, *Encycl. Ersch u. Gruber, Galli*, p. 47.

vez, cruzaron el Rin, aquellos emigrantes pasaron rozando los territorios belgas sin osar atacarlos, ellos que afrontaban sin temor a las legiones romanas. Debióse a que reconocieron en el Escalda, el Soma y el Oise a grupos afines casi de tanta valía como ellos.

El carácter de furia y de rabia desplegado por esos antagonistas de Mario, su increíble audacia, su gran avidez es enteramente digno de nota, puesto que nada de todo esto estaba ya ni en las costumbres ni en los procedimientos de los pueblos célticos propiamente dichos. Todas aquellas tribus címbricas y teutonas habían sido fortalecidas, más particularmente aun que los Celtas, por accesiones escandinavas. Desde que los Arios del Norte vivían en su vecindad inmediata y habían empezado a hacer sentir más activamente su presencia; desde que los Iotunes habían penetrado también en sus dominios, aquellas tribus experimentaron grandes transformaciones que las situaban por encima del resto de su antigua familia. Fundamentalmente eran siempre Celtas, pero Celtas regenerados.

En calidad de tales, no se habían sin embargo equiparado con los que les comunicaron una parte de su poderío; y cuando los Escandinavos, abandonando un día en número suficiente su península, vinieron a reclamar no ya únicamente la supremacía soberana, sino el dominio directo de esos mestizos, estos últimos se vieron forzados a hacerles sitio. Así es cómo una gran parte de ellos, abandonando un país que no les brindaba ya más que pobreza y sujeción, compusieron aquellas bandas exasperadas que reprodujeron por un momento en el mundo romano el espectáculo de los días desastrosos del antiguo Breno.

No todos los Teutones ni todos los Cimbrios recurrieron a tan violento partido, saliendo para el destierro. Lo hicieron sólo los más audaces, los más nobles, los más germanizados. Si está en la sangre de las familias guerreras y dominantes el abandonar en masa una región en la cual el atractivo de sus antiguos derechos ha dejado de retenerlas, no ocurre así entre las capas inferiores de la población, condenadas a los trabajos agrícolas y a la sumisión política. No hay ejemplo de que hayan sido expulsadas nunca en masa, ni absolutamente destruídas en ningún país. Este fué el caso de los Cimbrios y de sus aliados. La capa germanizada desapareció, para ceder su puesto a una capa más homogénea dentro de su valor escandinavo. Las familias célticas mezcladas de elementos fineses se conservaron. La lengua danesa moderna lo revela netamente. Del contacto céltico, que no pudo operarse sino en aquella época, ha conservado profundas huellas. Algo más tarde se encuentran todavía, entre las diversas naciones germánicas de estos países, numerosas creencias y prácticas druídicas.

La época de la expulsión de los Teutones y de los Cimbrios constituye un segundo desplazamiento de los Arios del Norte más importante ya que el primero, el que creó los Belgas de segunda formación. De ello se originaron tres grandes consecuencias, de las cuales los Romanos sufrieron los contragolpes. Acabo de citar una: la convulsión címbrica. La segunda, prestando pie a los Escandinavos de Noruega en la ribera meridional del Sund, hizo llegar al Norte de Alemania, y poco a poco hasta el Rin, a pueblos nuevos, de raza mixta, más arianizados que los Belgas, en su mayoría, pues aportaron denominaciones nacionales nuevas en el seno de las masas célticas por ellos conquistadas. El tercer efecto consistió en proporcionar,

en el primer siglo antes de Jesucristo, hasta el centro de la Galia, una conquista germánica muy caracterizada, muy neta, aquella de que Ariovisto apareció ser el único dirigente visible. Estos dos últimos hechos requieren alguna atención, y, ocupándonos antes del primero, señalemos hasta qué punto el dictador conocía poco a las naciones transrenanas de su tiempo. No son ya para él, como antaño para Aristóteles, poblaciones kínricas, sino grupos que hablan una lengua muy particular, y cuyo mérito, del cual pudo juzgar por experiencia personal, los hace muy superiores a la degeneración de que son presa los Galos contemporáneos. La nomenclatura dada por él de aquellas familias, tan dignas de interés, no es más rica que los detalles que refiere sobre sus costumbres. De ellas no conoce ni cita más que algunas tribus; y aun cuando los Treviros y los Nervienses se declaren Germanos de origen, como estaba hasta cierto punto en su derecho, los clasifica no menos legítimamente entre los Belgas. Los Boyanos vencidos juntamente con los Helvéticos son a sus ojos semigermanos, pero de distinta manera que los Remos; y no se equivoca. Los Suevos, pese al origen céltico de su nombre, le parecen susceptibles de ser comparados a los guerreros de Ariovisto. En fin, sitúa absolutamente dentro de esta última categoría a otras bandas, igualmente originarias de allende el Rin, que un poco antes de su consulado penetraron, espada en mano, en el seno del país de los Arvernios, y que, habiéndose establecido allí en tierras cedidas, de grado o más bien por fuerza, por los indígenas, llamaron en seguida a su lado a un número bastante grande de compatriotas suyos, formando allí una colonia de veinte almas aproximadamente. Basta este rasgo, sea dicho de paso, para explicar aquella terrible resistencia que, entre los habitantes de la Galia, hizo que los súbditos de Vercingétorix rivalizaran en valor con los más denodados campeones del Norte.

A esas pocas referencias se reducía, en el siglo I antes de nuestra era, el conocimiento que se tenía en el mundo romano de aquellas valientes naciones que tan grande influencia habían de ejercer un día sobre el mundo civilizado. No me extraño de ello: acababan de llegar o de formarse, y no habían podido revelar sino a medias su presencia. Sería lícito considerar esos detalles incompletos como poco menos que nulos, en cuanto al juicio a formular sobre la naturaleza especial de los pueblos germánicos de la segunda invasión, si, en la descripción especial que el autor de la guerra gálica dejó del campo y de la persona de Ariovisto, no hubiese salvado felizmente y en una medida útil lo que ofrecían de vago sus restantes observaciones.

Ariovisto, a los ojos del gran estadista romano, no es únicamente un jefe militar, sino un conquistador político de la más alta estirpe, y este juicio honra, a buen seguro, a quien lo mereció. Antes de entrar en lucha con el pueblo-rey, había dado al Senado una alta idea de su poder, puesto que, aquél juzgó deber reconocerle ya como soberano y declararlo amigo y aliado. Estos títulos tan ambicionados, tan estimados por ricos monarcas de Asia, no lo infatuaron. Cuando el dictador, antes de llegar a las manos con él, trata de estudiarlo y, en una astuta negociación, intenta discutir su derecho a introducirse en las Galias, responde pertinentemente que este derecho es igual y análogo al del mismo Romano; que él, como éste, ha ido allí llamado por la población del país para que intervenga en sus discordias. Man-

tiene su posición de árbitro legítimo; después, rasgando con orgullo los velos hipócritas en que su rival intenta envolverle y ocultar el fondo verdadero de la situación: «No se trata — dijo —, ni para tí ni para mí, de proteger las ciudades galas, ni de solucionar sus querellas, como pacificadores desinteresados. Nosotros, tú y yo, queremos avasallarlas».

Hablando así, plantea el debate sobre su verdadero terreno y se declara digno de disputar la presa. Conoce bien los asuntos del país, los partidos que lo dividen, las pasiones, los apetitos de cada uno. Habla el galo con tanta facilidad como su propia lengua. En una palabra, no es ni un bárbaro por sus costumbres ni un subalterno por su inteligencia.

Fué vencido. La suerte se pronunció contra él, contra su ejército, pero no, bien sabido es, contra su raza. Sus hombres, que no pertenecían a ninguna de las naciones ribereñas del Rin, se dispersaron. Aquellos que César, maravillado de su valor, no pudo tomar a su servicio, fueron a mezclarse sigilosamente con las tribus mixtas que constituían la retaguardia, aportando elementos nuevos a su genio marcial.

Fueron ellos, aun cuando no constituyesen una nación sino únicamente un ejército, quienes, antes que nadie, dieron a conocer en Occidente el nombre de *Germanos*. Según la mayor o menor semejanza con ellos, bien por el aspecto corporal, bien por las costumbres y el valor, César concedió a los Treviros, Boyanos, Suevos y Nervienses el honor de reconocerles algo de germánico. A propósito de ellos, pues, hay que averiguar lo que significa este nombre glorioso, que ya he indicado, aguardando la verdadera ocasión de explicarlo.

Como las familias que seguían a Ariovisto no formaban un pueblo y no constituían sino una tropa en marcha, viajando, según la costumbre de las naciones arias, con sus mujeres, sus hijos y sus bienes, no tenían ocasión de invocar un nombre nacional; quizá incluso, como ocurrió con frecuencia más tarde a sus congéneres, se habían reclutado en tribus diferentes. Privados así de un nombre colectivo, ¿qué podrían responder a los Galos que les preguntaban: «¿Quiénes sois?»? Unos guerreros, replicarían necesariamente, personas honorables, nobles, *Arimanni, Heermani*, y, según la pronunciación kínrica, *Germanni*. Era, en efecto, la denominación general y común que daban a todos los campeones de raza libre. Los nombres sinónimos de Saka, de Geta, de Ario, habían cesado de designar, como otras veces, el conjunto de sus naciones; ciertas ramas particulares y algunas tribus se los aplicaban exclusivamente. Mas en todas partes, como en la India y la Persia, ese nombre, en una de sus expresiones, y más generalmente en la de Ario, continuaba aplicándose a la clase más numerosa de la sociedad o a la más preponderante. El Ario, entre los Escandinavos, era pues el jefe de familia, el guerrero por excelencia, lo que llamaríamos el ciudadano. En cuanto al jefe de la expedición de que aquí se trata, y que, lo mismo que Breno, Vercingétorix y muchos otros, parece no haber recibido de la Historia sino su título y no su nombre propio, Ariovisto, era el jefe de los héroes, el que los sustentaba, les pagaba, es decir, según todas las tradiciones, su general. Ariovisto, es *Ariogast*, o *Ariagast, el jefe de los Arios*.

Con el segundo siglo de la era cristiana empieza aquella época en que habiéndose ya multiplicado en Germania las emisiones escandinavas, el instinto de iniciativa es allí manifiesto y despierta todas las preocupaciones

de los estadistas romanos. El alma de Tácito es presa de punzantes inquietudes, y no siente ninguna fe en el porvenir. «Que persista — exclama —, que dure, lo pido a los dioses, no la afección que esos pueblos nos muestran, sino el odio con que se destrozan unos a otros. Una sociedad como la nuestra no puede esperar de la fortuna nada mejor que las discordias de sus vecinos.»

Estos terrores tan naturales fueron sin embargo desmentidos por los hechos. Pese a su terrible aspecto, los Germanos, limítrofes del Imperio en la época de Trajano, debían rendir a la causa romana los más eminentes servicios, no tomando parte apenas en su transformación futura. No era a ellos a quienes estaba reservada la gloria de regenerar al mundo y de constituir la nueva sociedad. No obstante lo enérgicos que eran, comparados con los hombres de la República, estaban ya afectados en demasía por las mezclas célticas y eslavas para llevar a efecto una tarea que exigía tanta juventud y originalidad en los instintos. Los nombres de la mayoría de sus tribus desaparecieron oscuramente antes del siglo X. Un número muy pequeño destaca todavía en la historia de la gran emigración; y aun distan mucho de figurar en primera fila. Habíanse dejado contaminar por la corrupción romana.

Para encontrar el verdadero hogar de las invasiones decisivas que crearon el germen de la sociedad moderna, hay que transportarse a la costa báltica y a la península escandinava. He aquí la región que los más antiguos cronistas califican justamente, y con ardiente entusiasmo, de origen de los pueblos, de matrices de las naciones. Hay que asociarle también, dentro de tan ilustre designación, aquellos cantones del Este en los cuales, desde la partida del Gardarika del Asland, la rama aria de los Godos fijó sus principales residencias. En la época en que los dejamos, aquellos pueblos eran pueblos fugitivos, obligados a contentarse con territorios mezquinos. En este momento los encontramos de nuevo gozando de gran poderío y ocupando regiones inmensas conquistadas por sus armas.

Los Romanos empezaron a conocer no todas sus fuerzas, sino las de las provincias extremas de su Imperio, en la guerra de los Marcomanos o, en otras palabras, de los *hombres de la frontera*. Aquellas poblaciones fueron, en verdad, contenidas por Trajano; pero la victoria resultó muy cara, y no fué definitiva ni mucho menos. Ella no prejuzga nada contra los destinos futuros de aquella gran colectividad germánica, que, aunque alcanzase hasta el Bajo Danubio, fijaba también sus raíces en las tierras más septentrionales, y por consiguiente más francas, más puras, más vivificantes de la familia.

En efecto, cuando, hacia el siglo V, empiezan las grandes invasiones, son masas góticas enteramente nuevas las que se presentan, al tiempo que a lo largo de la línea fronteriza de los dominios romanos, desde la Dacia hasta la desembocadura del Rin, surgen pueblos, antes apenas conocidos y que con su progresiva acometividad acaban resultando irresistibles. Sus nombres, indicados por Tácito y Plinio como pertenecientes a tribus extremadamente alejadas hacia el Norte, les parecieron muy bárbaros a estos escritores; a los pueblos que los ostentaban los consideraron como nada dignos de despertar su interés. Se equivocaron en absoluto.

Tratábase, como acabo de decir, de los Godos, quienes figuraban en primera fila y que llegaban en masa de todos los rincones de sus países, de

donde les expulsara el poderoso brazo de Atila, apoyado en razas arias o arianizadas mucho más que en las hordas mogoles. El Imperio de los Amalungos, la dominación de Hermanarico, se derrumbaron bajo aquellos terribles asaltos. Su gobierno, más regular, más fuerte que el de las otras razas germánicas, y que reproducía sin duda las mismas formas apoyándose en los mismos principios que el del antiguo Asgard, no pudo salvarles de una ruina inevitable. Habían hecho, sin embargo, prodigios de valor. Aun vencidos como estaban, habían conservado su entera grandeza; sus reyes no desmerecían de la ascendencia divina de sus antepasados, ni tampoco del nombre brillante por ellos heredado: los *Amals,* los *Celestes,* los *Puros;* en fin, la supremacía de la familia gótica era, en cierto modo, reconocida entre las naciones germanas, pues resplandece en todas las páginas del *Edda,* y este libro, compilado en Islandia a través de las canciones y relatos noruegos, celebra principalmente al visigodo Teodorico. Aquellos honores extraordinarios eran completamente merecidos. Aquellos a quienes se conferían aspiraban a todo género de glorias. Comprendieron mucho más que los Romanos la importancia y valor de los monumentos de toda especie legados por la antigua civilización; en todo el Occidente ejercieron la más noble de las influencias. La recompensa de ello fué una gloria duradera; en el siglo XII, un poeta francés tenía aún a gran honor el pertenecer a aquella raza, y mucho más tarde, los últimos estremecimientos de la energía gótica inspiraron el orgullo de la nobleza española.

Después de los Godos, ocuparían los Vándalos un rango distinguido en la obra de renovación social, si su influencia hubiese podido sostenerse y alcanzar mayor duración. Sus numerosas bandas no eran puramente germánicas, ni por los individuos por ellas reclutados, ni por el origen mismo de su núcleo: el elemento eslavo tendía a dominar en ellas. Muy pronto la fortuna los condujo hacia pueblos mucho más civilizados que ellos e infinitamente más numerosos. Los enlaces particulares que se operaron fueron tanto más perniciosos cuanto más extraños resultaban a la combinación primera de los elementos vándalos; esos enlaces no hicieron sino crear y desarrollar en su seno mayores desórdenes. Una mezcla fundamentalmente eslava, amarilla y aria, que aceptaba poco a poco, en Italia y en España, la sangre romanizada de las diferentes formaciones para adquirir en seguida todos los matices melanizados difundidos por el litoral africano, no podía sino degenerar muy prontamente una vez cesó de recibir todo aflujo germánico. Cartago vió a los Vándalos aceptar solícitamente su decrépita civilización y perecer a causa de ella. Así desaparecieron. Los Cabilas, que se ha supuesto descienden de ellos, conservan en efecto algo de la fisonomía septentrional, y ello tanto más fácilmente cuanto que las costumbres esporádicas en que su decadencia los ha sumido, situándolos al nivel de las tribus vecinas, continúan manteniendo cierto equilibrio entre los elementos étnicos de que están formados actualmente. Pero, cuidadosamente examinados, dejan advertir que los pocos rasgos teutónicos subsistentes en su fisonomía están neutralizados por muchos otros, peculiares de las razas locales. Y sin embargo esos Cabilas tan degenerados son todavía los más laboriosos, los más inteligentes y los más utilitarios de los habitantes del Occidente africano.

Los Longobardos han preservado mejor su pureza que los Vándalos;

han tenido también la ventaja de poder restaurarse varias veces en el manantial de donde brotaba su sangre; por eso duraron mucho más tiempo y ejercieron mayor influencia. Tácito apenas si conoció la existencia de ellos en la región del Báltico. Hallábanse cerca de la cuna común de las nobles naciones de que formaban parte. Descendiendo luego más al Sur, conquistaron las regiones medias del Rin y el Alto Danubio, permaneciendo en ellas bastante tiempo para impregnarse de la naturaleza de las razas locales, hecho que testifica el carácter céltico de su dialecto. Pese a esas mezclas, no olvidaron en modo alguno lo que eran, y mucho tiempo después de haberse establecido en el valle del Po, Próspero de Aquitania, Pablo Diácono y el autor del poema anglosajón de *Beowulf* veían todavía en ellos a unos descendientes primitivos de los Escandinavos (1).

Los Burgondos, situados por Plinio en la Jutlandia, poco después, sin duda, de haber llegado allí, pertenecían, como los Longobardos, a la rama noruega; se dirigieron hacia el Sur, posteriormente al siglo III, y habiendo dominado largo tiempo en la Alemania meridional, se enlazaron con los Germanos celtizados de las invasiones precedentes, como también con todos los elementos diversos, kínricos y eslavos, que podían hallarse allí en fusión. Su destino se parecía en muchos aspectos al de los Longobardos, con la sola diferencia de que su sangre pudo conservarse algo más. Tuvieron la dicha de hallarse directamente, a partir del siglo VI, bajo la influencia de un grupo germánico cuya pureza correspondía a la de los Godos, la nación de los Francos. Si se vieron inmediatamente forzados a obedecer a sus superiores, a éstos debieron enlaces étnicos muy favorables.

Los Francos, que sobrevivieron como nación poderosa a casi todas las otras ramas del tronco común, incluso a la de los Godos, fueron apenas entrevistos, dentro del núcleo de su raza, por los historiadores romanos del siglo I de nuestra era. Su tribu real, la de los Merovingios, habitaba entonces allí, y hasta el siglo VI contó todavía con representantes en un territorio, bastante limitado, situado entre las desembocaduras del Elba y del Oder, en las orillas del Báltico, más allá de la antigua residencia de los Longobardos. Es evidente, a juzgar por esta situación geográfica, que los Merovingios habían surgido de Noruega y no pertenecían a la rama gótica. En la historia de los territorios galos posteriormente al siglo V, adquirieron gran preponderancia. Con todo, no figuran en ninguna de las genealogías divinas que se poseen hoy y no es posible relacionarlos con Odín, circunstancia esencial, peculiar de las naciones germánicas, para fundar los derechos de la realeza, y que llevaron, aparte de los Amalungos góticos, los Skildings daneses, los Astings suevos, y todas las dinastías de la heptarquía anglosajona. Pese al silencio de los documentos, no cabe la menor duda, vista la preeminencia indiscutible de los Merovingios entre los Francos y la gloria de esta nación, de que el origen divino, la descendencia odínica, o, en otros términos, la condición de pureza aria, no faltaba a aquella familia de reyes, y débese únicamente a la acción destructora del tiempo el que sus títulos no hayan llegado hasta nosotros.

Los Francos descendieron muy pronto al Bajo Rin, en donde el poema de *Beowulf* los muestra en posesión de las dos orillas del río, y separados

(1) Keferstein, *Keltische Alterth.*, t. I, p. XXXI.

del mar por los Flamencos y los Frisones, dos pueblos con los cuales existía una estrecha alianza. Allí, no encontraron a su paso sino a razas extremadamente germanizadas, y de este hecho, unido a su tardía partida de los países más arios, obtuvieron poderosas garantías de fuerza y de duración para el Imperio que iban a fundar. Sin embargo, acerca del último extremo, más favorecidos por los Vándalos, que los Longobardos, que los Borgoñones y aun que los Godos, lo fueron menos que los Sajones, y, si alcanzaron mayor esplendor, cedieron a ellos en longevidad. Estos no se vieron nunca llevados por sus conquistas exteriores hasta las partes vivas del mundo romano. En consecuencia, no tuvieron contacto con las razas más mezcladas y más antiguamente cultivadas, aunque también más debilitadas. Apenas se las puede contar entre el número de pueblos invasores del Imperio, aunque sus movimientos hubiesen empezado casi al mismo tiempo que los de los Francos. Sus principales esfuerzos se concentraron en el Este de Alemania y en las islas bretonas del océano occidental. No contribuyeron, pues, en modo alguno a regenerar a las masas romanas. Esta falta de contacto con las partes vivas del mundo civilizado, que les privó primero de una gran ilustración, les fué altamente ventajoso. Los anglosajones representan, entre todos los pueblos salidos de la península escandinava, el único que, en los tiempos modernos, haya conservado cierta porción aparente de esencia aria. Es el único que, propiamente hablando, vive todavía en nuestros tiempos. Todos los demás han desaparecido en mayor o menor grado, y su influencia no se manifiesta sino en estado latente.

En el cuadro que acabo de trazar, he dejado a un lado los detalles. No me he detenido a describir los innumerables pequeños grupos que, siempre en movimiento, cruzando una y otra vez e incesantemente las vías seguidas por masas más considerables, contribuyen a dar a las invasiones de los siglos IV y V ese aspecto febril y atormentado que no es una de las menores causas de su grandeza. Para formarse de ello una idea más cabal, sería preciso representarse vivamente y en incesante tumulto aquellas miríadas de tribus, de ejércitos, de bandas expedicionarias, que, impulsadas por las más diversas causas, la presión de naciones rivales, el exceso de población, aquí el hombre, allá una ambición súbitamente despertada, o por la simple pasión de la gloria y del botín, se ponían en marcha, y, secundadas por la victoria, determinaban las más terribles conmociones. Desde el mar Negro, desde el mar Caspio hasta el océano Atlántico, todo andaba agitado. El fondo céltico y eslavo de las poblaciones rurales desbordaba incesantemente de un país sobre el otro, arrastrado por el ímpetu ario; y, entre mil tumultos, los caballeros mogoles de Atila y de sus aliados, abriéndose paso a través de aquellos bosques de espadas y de aquellos rebaños de campesinos atemorizados, trazaban en todos sentidos indelebles surcos. Reinaba un desorden espantoso. Si en la superficie aparecían grandes causas de regeneración, en las profundidades operaban nuevos elementos étnicos de relajamiento y de ruina que el porvenir iba a desarrollar fácilmente.

Resumamos ahora el conjunto de los movimientos arios en Europa; me refiero a los movimientos que condujeron a la formación de los grupos germánicos y el descenso de éstos a las fronteras del Imperio romano. Hacia el siglo VIII antes de nuestra era, las tribus sármatas roxolanas se

dirigen hacia las llanuras del Volga. En el siglo VI, ocupan Escandinavia y algunos puntos de la costa báltica hacia el Sudeste. En el siglo III, empiezan a afluir en dos direcciones hacia las regiones medias del continente. En la región occidental, sus primeras avanzadas encuentran a Celtas y a Eslavos; en el Este, además de estos últimos, a detritos arios bastante numerosos, procedentes de invasiones muy antiguas de los Sármatas, de los Getas, de los Tracios, en una palabra, de los colaterales de sus propios antepasados, sin contar las últimas naciones de raza noble que continuaban saliendo del Asia. De ahí la señalada superioridad de las tribus góticas, a quienes tales mezclas no podían afectar. Poco a poco, sin embargo, la igualdad, el equilibrio étnico entre ambas corrientes se restableció. A medida que las primeras emisiones occidentales son recubiertas por otras nuevas más puras, la invasión escandinava alcanza las proporciones más majestuosas; de tal manera que, si los Sicambros y los Queruscos cesaron muy pronto de equipararse a los hombres del Imperio gótico, los Francos pueden ser considerados resueltamente como dignos hermanos de los guerreros de Hermanarico, y con mayor motivo los Sajones de la misma época tienen derecho al mismo elogio.

Pero, al tiempo que tantas razas afluían hacia la Germania meridional, la Galia e Italia, las catástrofes húnicas, arrancando los Godos y los Alanos a sus súbditos eslavos, los conducían en masa a los puntos en que las otras naciones germánicas tendían igualmente a concentrarse. De ello se originó que el Oriente de Europa, poco menos que despojado de sus fuerzas arias, fué dejado en poder de los Eslavos y de los invasores de raza finesa, que debían hundir definitivamente a aquéllos en una decadencia irremediable de la que los más nobles dominadores no lograron sacarles. Dió también como resultado el que todas las fuerzas de esencia germánica tendiesen a acumularse de una manera casi exclusiva en las partes más occidentales del continente, incluso en el Noroeste. De esta disposición de los principios étnicos debía resultar toda la organización de la historia moderna. Ahora, antes de ir más lejos, conviene examinar en sí misma a esa familia ariogermánica cuyas etapas acabamos de seguir. Nada tan necesario como precisar exactamente su valor antes de introducirla en el seno de la degeneración romana.

CAPÍTULO III

Capacidad de las razas germánicas nativas

Las naciones arias de Europa y de Asia, tomadas en su totalidad, observadas en sus cualidades comunes y típicas, nos han extrañado igualmente por aquella actitud imperiosa y dominatriz que constantemente ejercieron sobre los demás pueblos, incluso sobre los pueblos mestizos y blancos en el seno de los cuales vivieron. En ese solo aspecto, resulta ya difícil dejar de reconocerles, respecto de la especie humana, una verdadera supremacía; pues en tales materias, lo que una cosa parece ser, resulta ser tal, necesariamente. Con todo, no es cosa de equivocarse acerca de la naturaleza de

esa supremacía, buscándola o pretendiendo encontrarla en hechos que nada tienen que ver con ella. Tampoco hay que considerarla dudosa o discutible a causa de ciertos detalles que chocan con los prejuicios vulgares sobre la idea generalmente admitida de superioridad. La de los Arios no reside en un desenvolvimiento excepcional y constante de las cualidades morales; consiste en una mayor provisión de principios de los cuales aquellas cualidades se derivan.

No hay que olvidar nunca que, cuando se estudia la historia de las sociedades, no se trata en modo alguno de la moralidad en sí. No es ni por los vicios ni por las virtudes como las civilizaciones se distinguen esencialmente unas de otras, aunque, tomadas en conjunto, valen más bajo este aspecto que la barbarie; pero es esta una consecuencia puramente accesoria de su trabajo. Lo que forma esencialmente su fisonomía, son las capacidades que poseen y desarrollan.

El hombre es el animal malo por excelencia. Sus necesidades, más multiplicadas, le hostigan con mil aguijones. Dentro de su especie, son tanto mayores sus necesidades y por tanto sus sufrimientos y sus inclinaciones al mal, cuanto más inteligente es. Parecería pues natural que sus malos instintos aumentasen en razón directa de la necesidad de vencer mayores obstáculos para llegar a un estado de bienestar. Pero felizmente no es así. La razón, más perfeccionada, al mismo tiempo que apunta más alto y es más exigente, advierte a la criatura por ella conducida acerca de los inconvenientes materiales de un abandono demasiado absoluto a todas las sugestiones del interés. La religión, incluso imperfecta o falsa, que ese ser concibe siempre de una manera algo elevada, le prohibe ceder en toda ocasión a sus inclinaciones destructoras.

A esto se debe que el Ario resulte siempre si no el mejor de los hombres, por lo menos el más esclarecido acerca del valor intrínseco de los actos que comete. Sus ideas dogmáticas son siempre en esta materia más desarrolladas y más completas, aun cuando dependan estrechamente del estado de su fortuna. En tanto es juguete de una situación demasiado precaria, su cuerpo se mantiene acorazado y su corazón igualmente; duro con su propia persona, nada de extraño tiene que sea despiadado con los demás, y en este hecho inflexible vemos practicada aquella justicia cuya integridad alababa Herodoto en el belicoso Escita. El mérito consiste aquí en la lealtad con que es aceptada una ley tan feroz, y que no se mitiga sino en el grado en que la atmósfera social ambiente logra templarse por sí misma.

El Ario es, pues, superior a los demás hombres, principalmente por el grado de su inteligencia y de su energía; y es gracias a estas dos facultades cómo, una vez logra vencer sus pasiones y llenar sus necesidades materiales, le es igualmente permitido alcanzar una moralidad infinitamente más elevada, aunque, en el curso ordinario de las cosas, quepa descubrir en él tantos actos reprensibles como en los individuos de las dos especies inferiores.

Este Ario se presenta ahora a nuestra observación dentro de la rama occidental de su familia, y ahí también se nos muestra vigorosamente formado, de aspecto tan bello, de ánimo tan belicoso como lo descubrimos

antaño en la India (1) y en la Persia y también en la Hélade homérica. Una de las primeras consideraciones a las cuales da lugar el espectáculo del mundo germánico, es esta: que el hombre lo es allí todo y la nación poca cosa. Percibimos el individuo, antes de ver la masa asociada, circunstancia fundamental que despertará tanto más interés cuanto más cuidado tomemos de compararla con el espectáculo ofrecido por las agregaciones de mestizos semíticos, helénicos, romànicos, kinris y eslavos. Ahí no vemos casi más que multitudes; el hombre no cuenta para nada, y este hecho se acentúa a medida que, por ser más complicada la mezcla étnica a que pertenece, la confusión resulta más considerable.

Así colocado en una especie de pedestal, y destacándose en el fondo en el cual actúa, el Ario Germano es una criatura poderosa, que llama la atención mucho antes que el ambiente en que se desenvuelve. Todo lo que ese hombre crea, todo lo que dice, todo lo que hace, adquiere así una importancia considerable.

En materia de religión y de cosmogonía, he aquí sus dogmas: la naturaleza es eterna, la materia infinita (2). Con todo, el vacío abierto, *gap gunninga,* el caos, precedió a toda cosa (3). «En aquella época, dice la *Vœluspa,* no había ni arena, ni mar, ni suaves olas. La Tierra no se encontraba en ninguna parte, ni tampoco el cielo en que está envuelta. Del seno de las tinieblas surgieron doce ríos, que al fluir de allí se helaron.»

Entonces el aire suave que llegaba del Sur, de la región del fuego, hizo derretir el hielo; sus gotas de agua tomaron vida, y el gigante Imir, personificación de la naturaleza animada, hizo su aparición. Ese gigante no tardó en dormirse, y de su mano izquierda abierta, y de sus pies fecundados el uno por el otro, surgió la raza de los gigantes (4).

Como el hielo continuase derritiéndose, tomó cuerpo la vaca Audhumba. Es el símbolo de la fuerza orgánica, que imprime el movimiento a todas las cosas. En ese momento, un ser llamado Buri surgió también de aquellas gotas de agua, y tuvo un hijo, Börr, que, uniéndose con la hija de un gigante, engendró a los tres primeros dioses, los más antiguos, los más venerables, Odín, Vili y Ve.

Esta trinidad, así aparecida cuando las grandes creaciones cósmicas se hallaban ya terminadas, no tenía que realizar más que un trabajo de organización, y en efecto fué esa su tarea. Ella ordenó el mundo, y con dos troncos de árbol abandonados en la orilla del mar, formó a los duros autores de la especie humana. Un roble fué el hombre, un sauce la mujer.

Esta doctrina no es sino el naturalismo ario, modificado por ideas desarrolladas en el extremo Norte. La materia viviente e inteligente, representada aún por el mito enteramente asiático de la vaca Audhumba, se mantiene en ella por encima de los tres mismos grandes dioses. Éstos nacieron después que aquélla: nada tiene de extraño que no sean copartícipes de su eternidad. Tienen que perecer; tienen que desaparecer un día, vencidos por los gigantes, por las fuerzas orgánicas de la naturaleza, y esa

(1) *Ramayana,* t. VII., *Ayodhyacanda,* cap. III, p. 218.
(2) W. Müller, *Altdeustche Religion,* p. 163.
(3) *Vœluspa,* 3.
(4) W. Müller, *obra citada,* p. 164.

organización del mundo del cual son los ordenadores está destinada a hundirse con ellos, con los hombres criaturas suyas, para ceder el sitio a nuevos ordenadores, a una nueva composición de todas las cosas, a nuevas generaciones de mortales. Una vez más, los antiguos santuarios de la India conocían lo esencial de todas las ideas.

Unos dioses transitorios, por grandes que fuesen, no distaban mucho del hombre. Así el Ario Germano no había perdido la costumbre de elevarse hasta ellos. Su veneración por sus antepasados confundía fácilmente a éstos con las potencias superiores, y sin esfuerzo se trocaba en adoración. Gustaba de considerarse descendiente de otro más grande que él, y del mismo modo que tantas razas helénicas se emparentaban con Júpiter, con Neptuno, con el dios de Crises, así también el Escandinavo trazaba orgullosamente su genealogía hasta Odín, o hasta otras individualidades celestes que las consecuencias naturales del simbolismo hicieron elevar fácilmente alrededor de la trinidad primitiva.

El antropomorfismo era completamente extraño a esas ideas nativas; a ellas no se asoció sino hasta muy tarde y bajo la influencia irresistible de las mezclas étnicas. Mientras el hijo de los Roxolanos se mantuvo puro, complacióse en no ver a los dioses más que en el espejo de su imaginación, y se resistió a forjarse de ellos imágenes tangibles. Gustaba de representárselos vagando semiocultos a través de las nubes enrojecidas por los fulgores del crepúsculo. Los ruidos misteriosos de las selvas le revelaban su presencia. Creía también encontrar y veneraba una emanación de su naturaleza en ciertos objetos para él preciosos. Los Tracios y más tarde los Cados prestaban juramento ante unas espadas; los Longobardos veneraban una serpiente de oro; los Sajones, un grupo místico compuesto de un león, un dragón y un águila; los Francos tenían también costumbres muy parecidas.

Pero las alianzas con los mestizos europeos les llevaron a aceptar más tarde, en todo o en parte, el Panteón material de los Eslavos y de los Celtas. Se convirtieron entonces en idólatras. Entre los Suevos, admitieron el culto salvaje de la diosa Nerto, y se dedicaron a pasear, una vez al año, su estatua cubierta con un velo y colocada en un carro. El jabalí de Freia, símbolo favorito de los Galos, fué adoptado por la mayoría de naciones germánicas, que colocaron su imagen en la cimera de sus cascos, y lo hicieron figurar en el frontispicio de sus palacios. Antaño, en las épocas puramente arias, los Germanos no conocieron siquiera los templos. Acabaron teniéndolos, para llenarlos de ídolos monstruosos. Tal como les ocurriera a los antiguos Kinris, tuvieron que satisfacer, a su vez, los instintos más tenaces de las razas inferiores entre las cuales se habían establecido.

Lo mismo aconteció con las formas del culto, aunque con mayor mesura en la degeneración. Primitivamente el Ario Germano era para sí mismo el sacerdote único, y aun mucho tiempo después de haber instituído pontífices nacionales, cada guerrero conservó en sus hogares la dignidad sacerdotal. Ésta permaneció incluso anexa al derecho de propiedad, y la alienación de un dominio entrañó la del derecho de sacrificar en el mismo. Al modificarse ese estado de cosas, el sacerdote germánico no ejerció sus funciones sino para el conjunto de la tribu. Por lo demás, no fué nunca sino lo que había sido el purohita entre los Arios Hindúes, en las épocas

antevédicas. No formó una casta distinta como los brahmanes, una orden poderosa como los druidas, y, no menos severamente excluído de las funciones de la guerra, no se le dejó la menor posibilidad de dominar, ni de dirigir siquiera el orden social. Con todo, por un sentimiento impregnado de alta y profunda sabiduría, apenas los Arios hubieron reconocido a los sacerdotes públicos confiáronles las más imponentes funciones civiles, encargándoles de mantener el orden en las asambleas políticas y de ejecutar las sentencias de los tribunales de justicia. De ahí que existiesen en esos pueblos los llamados sacrificios humanos.

El condenado, luego de haber escuchado su sentencia, era segregado de la sociedad y entregado al sacerdote, es decir, al dios. Una mano sagrada, al inflgirle el postrer suplicio, aplacaba en él la cólera celeste. Sucumbía, no tanto por haber ofendido a la humanidad, como por haber irritado a la divinidad protectora del derecho. El castigo resultaba así menos vergonzoso para la dignidad del Ario y, preciso es confesarlo, más moral que el de nuestras costumbres jurídicas, según las cuales un hombre es ajusticiado simplemente en castigo de haber dado muerte a otro, o, según un criterio todavía más estrecho, simplemente para obligarle a atenerse a ello.

Se ha preguntado, con mayor o menor motivo, si las naciones semíticas habían tenido originariamente una idea perfectamente clara de la otra vida. De ninguna raza aria cabe abrigar esa duda. La muerte no fué nunca para ellas sino un paso muy angosto, en verdad, muy insignificante, abierto hacia otro mundo. En ella entreveían diversos destinos, que, por lo demás, no estaban determinados por los méritos de la virtud o por el castigo que hubiera debido tener el vicio. El hombre de raza noble, el verdadero Ario se elevaba por la sola virtud de su origen a todos los honores del Valhalla, mientras que los pobres, los cautivos, los esclavos, en una palabra, los mestizos y los seres de cuna humilde, iban a parar indistintamente a las glaciales tinieblas del Niflheimz (1).

Esta doctrina no estuvo evidentemente en boga sino durante las épocas en que toda gloria, todo poderío, toda riqueza estuvo concentrada en las manos de los Arios y en que ningún Ario fué pobre ni ningún mestizo fué rico. Pero cuando la era de los enlaces étnicos hubo alterado por completo aquella primitiva simplicidad de las relaciones, y se vió — lo que hubiérase juzgado imposible en otra época — a personas de noble extracción en la miseria, y a Eslavos y a Kinris, y aun a Tchudas y a Fineses opulentos, los dogmas relativos a la existencia futura se modificaron, y aceptáronse opiniones más conformes con la distribución contemporánea de las cualidades morales en los individuos.

El *Edda* divide el Universo en dos partes. En el centro del sistema, la tierra, residencia de los hombres, formada como un disco plano, tal como la describió Homero, está rodeada por el océano. Encima de ella, extiéndese el cielo, morada de los dioses. Al Norte se abre un mundo sombrío y helado, del que parte el frío; al Sur, un mundo de fuego, en el cual se engendra el calor. Al Este, se halla Yotanheimz, el país de los gigantes; al Oeste, Svartalfraheimz, la residencia de los enanos negros y malignos.

(1) *Ramayana*, t. VI.

Después, en una situación vaga, Vanaheimz, la región habitada por los Wendas (1).

En la descripción que antecede, en la cual se unen las ideas cosmogónicas a la simple geografía, se tiene la exacta reproducción del sistema de los siete Kischwers iranios, y, como vamos a verlo, un mundo completo, desde el punto de vista de los primeros Arios Germanos. El territorio escandinavo ocupa el centro: es por excelencia el país de los hombres. El Empíreo reina encima de él. El Polo Norte le envía el frío; las regiones meridionales, el escaso calor que llega hasta él. Al Este, es decir, echando hacia la costa del Báltico, están las principales tribus de los Getas mestizos; al Oeste, entre la Suecia meridional y la costa del océano del Norte, los Lapones, Wendos y Celtas, confundidos unos con otros. Los conocimientos positivos de la época no permiten añadir nada. Pero los cosmógrafos nacionales, al ordenar sus ideas, no se atuvieron a esas antiguas nociones; quisieron poseer nueve climas, nueve divisas, nueve Kischwers, en lugar de los siete que conocieran sus antepasados, y, para alcanzar esa cifra, imaginaron dos nuevos cielos, situados encima del de los dioses. Ambos están poblados de enanos luminosos. Esta concepción resultaría arbitraria e inútil, si no se fundase, hasta cierto punto, en la distinción que los más antiguos Arios del Alta Asia parecen haber establecido entre la atmósfera inmediata del Globo y el cielo propiamente dicho, el Empíreo en el cual se mueven los astros.

Tales eran las opiniones que el Ario Germano mantenía sobre los objetos más dignos de consideración. De ellas sacaba fácilmente un elevado concepto de sí mismo y de su papel en la Creación, tanto más cuanto en ésta se reconocía no sólo como un semidiós, sino también como el poseedor absoluto de una porción de aquel Mitgardhz, o *tierra de en medio,* que la naturaleza habíale asignado por residencia. Había organizado su hacienda de una manera enteramente conforme con sus orgullosos instintos. Dos sistemas de propiedad regían en su país.

Indiscutiblemente el más antiguo es aquel cuya idea constitutiva había aportado del Alta Asia; era el *odel,* que corresponde al *ædes* latino (2). Este vocablo encierra las dos ideas de nobleza y de posesión de una manera tan íntimamente combinada, que se hace difícil discernir si el hombre era propietario porque era noble o a la inversa. Pero parece ser que la organización primitiva, al no reconocer como hombre verdadero sino al Ario, no veía también una propiedad regular y legal más que entre sus manos ni imaginaba a un Ario desprovisto de esta ventaja.

El *odel* pertenecía sin restricción alguna a su dueño. Ni la comunidad ni el magistrado estaban calificados para ejercer sobre ese género de posesión la reivindicación más leve, el derecho más mínimo. El *odel* estaba absolutamente exento de toda carga; no pagaba impuestos. Constituía una verdadera soberanía, soberanía desconocida hoy día, en que la propiedad, el usufructo y el alto dominio se confundían absolutamente. El sacerdocio era inseparable de ella, e inseparable también la jurisdicción en todos sus grados, en lo civil como en lo criminal. El Ario Germano ejercía una

(1) *Vœluspa,* passim.
(2) Dieffenbach, *Vergleichendes Wœrterbuch der gothischen Sprache,* t. I, p. 56.

plena autoridad, disponía a su grado de la tierra alodial y de todos cuantos habitaban en ella. Mujeres, niños, servidores, esclavos, no reconocían sino a él, no vivían más que para él, sólo a él rendían cuentas, y él no tenía que rendir cuentas a nadie. Sea que hubiese construído su residencia y establecido sus campos de cultivo en un terreno desierto, sea que sus propias fuerzas le hubiesen bastado para despojar al Finés, al Eslavo, al Celta o al Yotuno, gentes todas situadas nativamente fuera de la ley, sus prerrogativas no tenían límites.

No ocurría exactamente así cuando, en sociedad con otros Arios, actuando bajo la dirección común de un jefe de guerra, participaba en la conquista de un territorio del que le era adjudicada una parte, grande o pequeña. Esta otra situación creaba otro sistema de posesión enteramente distinto; y como fué casi la única que se produjo al sobrevenir las grandes emigraciones en el continente de Europa, en ella hay que buscar el verdadero germen de las principales instituciones políticas de la raza germánica. Mas para poder exponer claramente lo que era esa forma de propiedad y las consecuencias que entrañaba, hay que explicar de antemano las relaciones del hombre ario con su nación.

En tanto era jefe de familia y dueño de un *odel*, esas relaciones se reducían a muy poca cosa. De acuerdo con los otros guerreros para conservar la paz pública, elegía un magistrado, que los Escandinavos llamaban *drottinn*, y que otros pueblos nacidos de su sangre llamaron *graff*. Escogido entre las razas más antiguas y más nobles, entre aquellas que podían alegar un origen divino, esa imitación exacta del *viçampati* hindú ejercía una autoridad que era de las más restringidas, si no de las más precarias. Su acción legal se parecía mucho a la de los jefes de los Medos antes de la época de Astyages, o a la de los reyes helenos en los tiempos homéricos. Bajo el imperio de esa regla fácil, cada Ario, en el seno de su *odel*, no estaba ligado a su vecino de la misma nación en mayor grado que lo están entre sí los diferentes Estados al formar un gobierno federativo.

Semejante organización, admisible en presencia de poblaciones numéricamente débiles o completamente subyugadas por la conciencia de su inferioridad, no era en modo alguno compatible con el estado de guerra, ni siquiera con el estado de conquista en el seno de masas resistentes. El Ario, que, con su talante aventurero, vivía principalmente en una u otra de esas situaciones difíciles, poseía demasiado buen sentido práctico para no percibir el remedio del mal y buscar los medios de conciliar la aplicación del mismo con las ideas de independencia personal que deseaba preservar ante todo. Imagino, pues, que en el momento de entrar en campaña, debían mediar entre el jefe y los soldados relaciones muy especiales, completamente extrañas a la organización regular del cuerpo político; he aquí cómo se fundó el nuevo orden de cosas:

Un guerrero conocido se presentaba en la Asamblea general, brindándose para mandar la proyectada expedición. A veces, sobre todo en los casos de agresión, partía de él incluso la primera idea. En otras circunstancias, se limitaba a someter un plan personal que aplicaba a la situación. Ese candidato al mando procuraba fundar sus pretensiones en proezas anteriores, poniendo de relieve su reconocida habilidad; pero, por encima

de todo, el medio de seducción que podía emplear con mayor éxito, y que le aseguraba la preferencia sobre sus rivales, era la oferta y garantía, para todos aquellos que fueran a combatir bajo sus órdenes, de proporcionarles ventajas individuales dignas de tentar su bravura y su codicia. Entablábase así un debate y rivalidad entre los candidatos y los guerreros. Y sólo por convicción o por seducción se decidían éstos a seguir al ambicioso de proezas, de gloria y de botín.

Se concibe que quienes aspiraban al mando debían poseer mucha elocuencia y un pasado algo digno de estima. No se les exigía, como a los *drottins* y a los *graffs*, un origen noble; pero lo que debían ofrecer de modo indispensable era talento militar, y más aún liberalidad sin límites hacia el soldado. Sin lo cual no hubiera habido, al alistarse bajo su bandera, nada más que peligros, sin esperanza de victoria ni de remuneración.

Pero tan pronto como el Ario habíase persuadido que el hombre que le solicitaba poseía realmente todas las cualidades requeridas, y una vez habíanse puesto de acuerdo sobre las condiciones, un estado nuevo regía inmediatamente entre ellos. El Ario libre, el Ario soberano absoluto de su *odel*, al renunciar por un tiempo dado al ejercicio de la mayoría de sus prerrogativas, convertíase, salvo el respeto de los compromisos recíprocos, en el individuo sujeto a su jefe, cuya autoridad podía llegar hasta disponer de su vida, en el caso de faltar a los deberes por él contraídos.

Empezaba la expedición; resultaba afortunada. En principio, el botín pertenecía por entero al jefe, pero con la obligación estricta y rigurosa de compartirlo con sus compañeros, no sólo en la medida en que se hubiese convenido, sino, como acabo de decirlo, con una prodigalidad extrema. Faltar a esa ley hubiese sido tan peligroso como impolítico. Los cantos escandinavos llaman a intento al jefe guerrero ilustre «el enemigo del oro», porque no le está permitido reservarse la menor parte; «el huésped de los héroes», porque debe cifrar su orgullo en darles alojamiento en su propia morada, en reunirlos en torno a su mesa, en prodigarles los banquetes, las diversiones de toda especie y los ricos presentes. Son esos los únicos medios de conservar su amistad, de asegurarse su apoyo, y por consiguiente de mantener poderosamente su propia nombradía. Un jefe avaro y egoísta se ve inmediatamente abandonado de todos, y se hunde en la oscuridad.

Acabo de mostrar ahí el empleo que el general vencedor podía hacer del botín mobiliario, del dinero, de las armas, de los caballos, de los esclavos. Pero cuando, junto con esas ventajas, se ofrecía la toma de posesión de un país, el principio de las generosidades recibía necesariamente aplicaciones distintas. En efecto, el país conquistado tomaba el nombre de *rik*, es decir, país gobernado absolutamente, país sometido; título que los territorios verdaderamente arios, los países de los *odeles*, rechazaban con altivez, considerándose como esencialmente libres. Dentro del *rik*, las poblaciones vencidas se hallan enteramente bajo el dominio del jefe guerrero, que se da a sí mismo el calificativo de *konungr*, título militar, prenda de una autoridad que no pertenecía ni al *drottinn*, ni al *graff*, y de la que los soberanos del extremo Norte no osaron apoderarse sino hasta muy tarde, pues gobernaban provincias que, no habiendo sido adquiridas por la espada, no les daban derecho a tomarlo.

El *konungr*, pues, el *könig* alemán, el *kind* anglosajón, el rey, para

decirlo de una vez, en su obligación estricta de hacer que sus súbditos participasen de todas las ventajas de que él mismo gozaba, les concedía bienes raíces. Pero como los guerreros no podían llevarse consigo ese género de presentes, no gozaban de ellos sino mientras permanecían fieles a su soberano, y esta situación implicaba para tales guerreros, en su condición de propietarios, toda una serie de deberes extraños a la constitución del *odel*.

El dominio así poseído condicionalmente, se denominaba *feod*. Ofrecía mayores ventajas que la primera forma de posesión para el desenvolvimiento del poderío germánico, puesto que constreñía al espíritu independiente del Ario a reconocer al poder dirigente una mayor autoridad. De ese modo preparaba el advenimiento de instituciones a propósito para armonizar los derechos del ciudadano y los del Estado, sin destruir los unos en provecho de los otros. Los pueblos semitizados del Mediodía no habían tenido nunca la menor idea de semejante combinación, puesto que era obligado entre ellos que el Estado absorbiese todos los derechos.

La institución del *feod* producía también resultados laterales que merecen ser señalados. El rey que lo otorgaba, como el guerrero que lo recibía, estaban igualmente interesados en que no se menoscabase el valor venal. A los ojos del primero, constituía un don temporal, que podía volver a sus manos en el caso en que el usufructuario muriese o quebrantase su compromiso para ir a buscar suerte bajo otro jefe, circunstancia bastante común. En previsión de esto, se exigía que el dominio resultase digno de atraer a un sustituto. A los ojos del segundo, la posesión de una tierra no constituía un ventaja sino en tanto esa tierra fructificase; y como no tenía ni interés ni tiempo de ocuparse por sí mismo del cultivo del suelo, no dejaba nunca de pactar, bajo la garantía de su jefe, con los antiguos propietarios, a quienes cedía la completa y tranquila posesión de una parte, confiándoles la restante en arrendamiento. Era una prudente operación que los Dorios y los Tesalios habían practicado antaño muy atinadamente. De ello resultó que las conquistas germánicas, pese a los excesos de los primeros momentos, probablemente algo abultados por el elocuente desenfado de los escritores de la historia de Augusto, fueron, en definitiva, bastante moderadas, medianamente temidas de los pueblos y, sin comparación alguna, infinitamente más inteligentes, más humanas y menos ruinosas que las brutales colonizaciones de los legionarios y la administración feroz de los procónsules en la época en que la política romana se hallaba en el apogeo de su civilización.

Parecerá que el *feod*, recompensador de los trabajos de la guerra, prueba manifiesta de una feliz bravura, tenía todo lo que era preciso para conciliarse las simpatías entre razas belicosas y muy sensibles al botín; no era sin embargo así. El servicio militar a sueldo de un jefe repugnaba a muchos hombres, y sobre todo a los de origen noble. Estos espíritus arrogantes encontraban humillante recibir dones de la mano de sus iguales, y a veces incluso de aquellos que consideraban como inferiores suyos en pureza de origen. Todos los provechos imaginables no les cegaban tampoco sobre el inconveniente de dejar suspendida por un tiempo, cuando no de perderla para siempre, la acción plena de su independencia. Si no se veían llamados a ejercer el mando, por causa de una incapacidad cualquiera, pre-

ferían no tomar parte en las expediciones verdaderamente nacionales o en aquellas que se sentían con fuerzas para llevarlas a cabo por sí solos.

Es bastante curioso ver ese sentimiento anticiparse a la sentencia severa de un sabio historiador que, en su odio hacia las razas germánicas, se funda principalmente en las condiciones del servicio militar para denegar a los Godos de Hermanrik, como a los Francos de los primeros Merovingios, toda idea verdadera de libertad política. Pero no lo es menos, seguramente, presenciar cómo los Anglosajones de hoy, esa última rama, muy desfigurada, es cierto, pero todavía bastante parecida a los antiguos guerreros germánicos, desafían a un tiempo el veredicto de sus más orgullosos antepasados y el del sabio editor del Políptico de Irminón. Sin ánimo de menoscabar lo más mínimo sus principios de fiero republicanismo, se alistan en tropel a sueldo de los aventureros que les invitan a tentar fortuna entre los indígenas del nuevo mundo y en las llanuras más peligrosas del Oeste. Es esta ciertamente una manera de refutar adecuadamente las exageraciones antiguas y modernas.

Posesor de un *odel*, o gozando de un *feod*, el Ario Germano se nos muestra igualmente extraño al sentido municipal del Eslavo, del Celta y del Romano. La elevada idea de su valor personal, la propensión a aislarse, que es la consecuencia de ello, dominan absolutamente su pensamiento e inspiran sus instituciones. El espíritu de asociación no puede serle, pues, familiar. A él sabe substraerse incluso dentro de la vida militar; porque en él esa organización no es sino el efecto de un contrato establecido entre cada soldado y el general, con abstracción de los demás miembros del ejército. Muy avaro de sus derechos y prerrogativas, no hace nunca dejación de ellos, ni en la más mínima parte; y si se aviene a restringirlos, a dejar de usarlos, es que encuentra en esa concesión temporal una ventaja directa, actual y muy evidente. Fija atentamente la mirada en sus intereses. En fin, perpetuamente preocupado de su personalidad y de lo que con ella se relaciona de una manera directa, no es materialmente patriota y no experimenta la pasión del suelo, del lugar, del cielo bajo el cual naciera. Muéstrase apegado a los seres que siempre ha conocido, y es con ellos amoroso y fiel; pero en cuanto a las cosas, nada de eso, y cambia sin esfuerzo de provincia y de clima. Es esta una de las modalidades del carácter caballeresco de la Edad Media y la causa de la indiferencia con que el Anglosajón de América, no obstante amar a su patria, abandona fácilmente su país natal y vende o cambia el terreno que ha heredado de su padre.

Indiferente con el dios lar, el Ario Germano lo es también con las nacionalidades, y no les manifiesta nungún amor ni odio sino según las relaciones que estos ambientes inevitables mantienen con su propia persona. Tiene en primer lugar a todos los extranjeros, aun los de su propio pueblo, en idéntica estima, y, puesta a un lado la superioridad que se atribuye y exceptuada igualmente cierta parcialidad para con sus congéneres, está bastante exento de prejuicios nativos contra aquellos que a él acuden, por alejado que sea el país de donde procedan; de suerte que si les es dable a éstos poner de manifiesto algún mérito real, no dejará de reconocerlo. De ahí viene que, en la práctica, otorgó desde el primer momento a los Kinris y a los Eslavos de que se hallaba rodeado una estima proporcional a las virtudes guerreras o civiles de que eran capaces. Desde los primeros

días de sus conquistas, el Ario condujo a la guerra a los servidores de su *odel*, y más gustosamente aún a los individuos de su *feod*. Mientras él era el compañero a sueldo del jefe guerrero, sus servidores combatían bajo su mando y participaban de todas sus ganancias. Permitíales cosechar honores, y los reconocía noblemente cuando eran bien adquiridos; no negaba nunca ningún talento; hizo más: dejó que su vencido se enriqueciese, encaminándolo así, por todas esas causas, a un resultado que no podía dejar de producirse y que se produjo, esto es, que ese vencido convirtióse con el tiempo en su igual. Antes de las invasiones del siglo v, esos grandes principios y todas sus consecuencias ejercieron su influencia y aportaron sus frutos. Vamos a ver la demostración de ello.

Las naciones germánicas no se componían, en su origen, sino de Roxolanos y de Arios; pero en la época en que ocupaban aún, en forma casi compacta, la península escandinava, la guerra había reunido ya en los *odeles* a tres clases de personas: los Arios propiamente dichos, o los *jarls*: eran los jefes; los *karls*, agricultores, campesinos, propietarios del *jarl*, individuos de familia blanca mestiza, Eslavos, Celtas o Yotunes; después los *traëlls*, los esclavos, raza morena y deforme, en la cual es imposible no reconocer a los Fineses.

Estas tres clases, formadas tan espontáneamente, tan necesariamente en los Estados germanos como entre los antiguos Helenos, compusieron primeramente la sociedad entera, dieron origen a numerosos híbridos; la libertad que las costumbres germánicas concedían a los karls para ir a la guerra, y, por consiguiente, para enriquecerse, aprovechó a los mestizos que había producido aquella clase de campesinos al aliarse con la clase dominadora; y mientras la raza pura, expuesta sobre todo a los azares de las batallas, tendía a disminuir en número en la mayoría de tribus, y a limitarse en las familias que se llamaban divinas, y entre las cuales sólo la costumbre permitía escoger a los *drottinns* y a los *graff*, los semigermanos veían surgir de sus filas a innumerables jefes ricos, valientes, elocuentes, populares, y que, libres de proponer a sus conciudadanos planes de expediciones y proyectos de aventuras, encontraban compañeros dispuestos a escucharles en no menor número que los héroes de extracción más noble. De ello se originaron resultados de toda especie, los más divergentes, los más dispares, pero todos igualmente fáciles de comprender. En ciertos países, donde la pureza de descendencia, siempre estimada, era ya extremadamente rara, el título de *jarl* adquirió un valor enorme y acabó por confundirse con el de *konungr* o de rey; pero incluso este último fué rápidamente igualado por los calificativos, al comienzo muy modestos, de *fylkir* y de *hersir*, que no fueron ostentados al comienzo sino por capitanes de rango inferior. Este género de confusión tuvo efecto en Escandinavia, a la sombra del gobierno verdaderamente regular, según el sentido de la raza, de los antiguos *drottinns*. Allí, sobre aquel terreno esencialmente ario, los *jarls*, los *konungrs*, los *fylkirs*, los *hersirs* no eran de hecho sino héroes sin ocupación y, como suele decirse en nuestro lenguaje administrativo, generales en la reserva. Todo lo que el sentimiento público podía otorgarles, era una parte igual del respeto que obtenía la nobleza de sangre, aunque no todos tenían opción a ello; pero no había en modo alguno la intención de confiarles un mando sobre el país. Así resultó muy difícil para la mo-

narquía militar, que es la monarquía moderna, nacida de los caudillos guerreros germánicos, establecerse en los países escandinavos. No lo alcanzó sino a fuerza de tiempo y de luchas, y después de haber eliminado a la multitud de reyes, en el seno de los cuales estaba como anegada, reyes de tierra, reyes de mar, reyes de bandas.

Las cosas se desarrollaron muy de otro modo en los países de conquista, como la Galia e Italia. La cualidad de *jarl* o de *arimán*, lo cual es todo uno, al no verse sostenida allí por las formas libres del gobierno nacional, ni realzada por la posesión del *odel*, quedó rápidamente desvirtuada bajo el imperio de la realeza militar, que gobernaba a los pueblos vencidos y acaudillaba a los Arios vencedores. Por consiguiente, el título de *arimán*, en vez de cobrar mayor importancia como en Escandinavia, declinó, y no tardó en no aplicarse sino a los guerreros de ascendencia libre pero de rango inferior, ya que los reyes se hallaban rodeados de una manera más inmediata por sus poderosos compañeros, hombres que formaban lo que se denominaba su guardia de honor, gente toda que, bajo el nombre de *leudes*, o posesores de *odeles* — dominios ficticiamente constituídos según la antigua forma por la voluntad del soberano —, representaba exclusivamente a la alta nobleza. Entre los Francos, los Burgondos, los Longobardos, el *arimán*, o, según la traducción latina, el *bonus homo*, acabó por no ser sino un simple propietario rural; y para impedir que el señor del feudo redujese a la servidumbre al representante legal, aunque ya no étnico, de los antiguos Arios, fué precisa la autoridad de más de un Concilio, que, dicho sea de paso, no prevaleció siempre contra la fuerza de las circunstancias.

En suma, en todos los países originariamente germánicos, como en los que no lo fueron sino por la conquista, los principios de los dominadores eran idénticamente los mismos, y de una extrema generosidad para las razas vencidas.

Fuera de lo que cabe llamar los crímenes sociales, los crímenes de Estado, como la traición y la cobardía ante el enemigo, la legislación germánica nos parece hoy indulgente y moderada hasta la debilidad. No conocía la pena de muerte, y en los delitos de homicidio no imponía sino una sanción pecuniaria. Constituía ciertamente una mansedumbre muy singular entre individuos de tan extremada energía y cuyas pasiones eran seguramente muy ardientes. Se les ha alabado, se les ha vituperado; pero quizá se ha examinado la cuestión algo superficialmente. Para formarse con pleno conocimiento de causa una opinión definitiva, hay que distinguir aquí entre la justicia administrada bajo la autoridad o más bien bajo la dirección del *drottinn*, y, más tarde, por asimilación, del *konungr*, o rey militar, y la que, ejerciéndose en los *odeles*, emanaba, de una manera mucho más poderosa e indiscutible, de la voluntad absoluta y de la iniciativa del Ario, jefe de familia. Esta distinción está no tan sólo en la naturaleza de las cosas, sino que es necesaria para comprender la teoría merced a la cual cabía librarse con dinero de toda querella criminal.

El posesor del *odel*, dueño supremo de todos los habitantes de su dominio y juez inapelable suyo, seguía ciertamente en sus sentencias las sugestiones de un espíritu nativamente rígido e inclinado a la doctrina del Talión, esa ley, la más natural de todas, y cuya injusticia ha sido puesta

de manifiesto por una sabiduría muy refinada y que se apoya en la experiencia de casos muy complejos. Ninguna duda cabe de que en ese círculo de jurisdicción doméstica no se pedía ojo por ojo y diente por diente. No hubiera habido medio siquiera de recurrir a la componenda pecuniaria, pues nada demuestra que los miembros inferiores del *odel* hubiesen poseído el derecho personal de propiedad en las épocas verdaderamente arias.

Pero cuando el crimen, al producirse fuera del círculo interior gobernado por el jefe de familia, tenía por víctima un hombre libre, la represión se complicaba súbitamente con esas dificultades dirimentes propias de los casos en que un soberano se dirige a un igual. Admitíase muy bien en principio, en el interés evidente del lazo social, que la comunidad, representada por la Asamblea de hombres libres bajo la presidencia del *drottinn* o del *graff*, tenía derecho a castigar las infracciones a la tranquilidad pública, estado que aquellos poderes debían mantener lo mejor posible. El punto escabroso consistía en fijar la extensión de ese derecho. Aparecían, para circunscribirlo a los más estrechos límites posibles, tantas voluntades como jueces imparciales existían, es decir, Arios Germanos, atentos a salvaguardar la independencia de cada cual contra las usurpaciones eventuales de la comunidad. Viéronse conducidos a estudiar con espíritu de transacción la posición de los culpables y a sustituir, en la mayoría de casos, la idea de castigo por la de una reparación aproximada. Situada en este terreno, la ley consideró el homicidio como un hecho consumado, sobre el cual no había ya que volver, y del que sólo había que tener en cuenta las consecuencias para la familia del muerto. Descartó poco a poco toda tendencia a la vindicta, evaluó materialmente el daño, y, mediante lo que juzgó como un equivalente de la pérdida de un individuo, prescribió el perdón, el olvido y el retorno a la paz. En ese sistema, cuanto mayor era el rango que ocupaba el difunto, mayor se juzgaba la pérdida. El caudillo guerrero valía más que el simple soldado, éste más que el labrador, y ciertamente un Germano debía ser tenido en mayor estima que uno de sus vencidos.

Con el tiempo, esta doctrina, practicada en los campamentos así como en las tierras escandinavas, constituyó la base de todas las legislaciones germánicas, aunque no fuese en su origen sino un resultado de la impotencia de la ley para alcanzar a quienes elaboraban la ley. Ahogó la costumbre de los *odeles* a medida que éstos disminuyeron en número, y vinieron luego a restringir sus privilegios, a medida que la independencia de los miembros de la nación fué menos absoluta, a medida que, al convertirse el *feod* en el sistema de posesión más corriente, los reyes adquirieron mayor autoridad, y a medida, en fin, que las multitudes agregadas por la conquista y reconocidas como propietarias del suelo mostráronse dispuestas a pactar por sus delitos y sus crímenes, como las más nobles personalidades, como los hombres de la más elevada alcurnia por los suyos.

El Ario Germano no vivía en las ciudades; la residencia en ellas parecíale detestable y a sus habitaciones teníales en poca estima. Con todo, no destruía a aquéllas de que la victoria le hacía dueño, y, en el siglo II de nuestra era, Tolomeo enumeraba todavía noventa y cuatro ciudades principales entre el Rin y el Báltico, antiguas fundaciones de los Galos o de los Esla-

vos, y ocupadas aún por ellos (1). En verdad, bajo el régimen de los conquistadores llegados del Norte, aquellas ciudades entraron en un período de decadencia. Creadas por la cultura imperfecta de dos pueblos mestizos, muy estrechamente utilitarios, sucumbieron a dos efectos muy poderosos, aunque indirectos, de la conquista por ellas sufrida. Los Germanos, al llevar a la juventud indígena a adoptar sus costumbres, al invitar a los guerreros del país a tomar parte en sus expediciones y, por consiguiente, en sus honores y en su botín, no tardaron en hacer saborear su género de vida a la nobleza céltica. Ésta tendió a mezclarse íntimamente con ellos. En cuanto a la clase comerciante, en cuanto a sus industriales, más sedentarios, la imperfección de sus productos no podía sostener sino difícilmente la competencia contra los fabricantes de Roma que, establecidos de antiguo en los límites del Imperio, suministraban a los Germanos mercancías italianas o griegas mucho menos caras, o por lo menos infinitamente más bellas y mejores que las suyas. Es el doble y constante privilegio de una civilización avanzada. Reducidos a copiar los modelos romanos para adaptarse a los gustos de sus señores, los obreros del país no podían esperar un verdadero provecho de esa labor sino colocándose directamente al servicio de los posesores de *odeles* y de *feods*, ya que éstos tenían una tendencia natural a reunir entre su clientela inmediata y bajo su mano a todos los individuos que podían serles de alguna utilidad. Así es cómo las ciudades se despoblaron poco a poco y convirtiéronse en obscuros burgos.

Tácito, que no quiere ver en modo alguno en los héroes de su libelo sino a unos estimables salvajes, falseó todo cuanto refiere de ellos en materia de civilización (2). Nos los representa como bandidos filósofos. Mas, sin contar que se contradice a sí mismo con bastante frecuencia y que otros testimonios contemporáneos, de un valor por lo menos igual al suyo, permiten restablecer la verdad de los hechos, no hay sino contemplar el resultado de las excavaciones operadas en las tumbas más antiguas del Norte para convencerse de que, pese a las enfáticas declaraciones del género de Agripa, los Germanos, aquellos héroes que él celebra por lo demás con razón, no eran ni pobres, ni ignorantes, ni bárbaros (3).

La casa del *odel* no se parecía a las sórdidas viviendas, semienterradas en el suelo, que el autor de *Germania* se complace en describir con tintas estoicas. Sin embargo, aquellos tristes refugios existían; pero eran el abrigo de las razas célticas apenas germanizadas, o de los campesinos, de los *karls*, cultivadores del dominio. Cabe contemplar todavía algo análogo a aquello en ciertas partes de la Alemania meridional, y sobre todo en el país de Appenzell, donde las gentes pretenden que su sistema de construcción tradicional es particularmente a propósito para preservarles de los rigores del invierno. Era la razón que alegaban ya los antiguos constructores; pero los hombres libres, los guerreros Arios estaban mejor instalados y sobre todo con menos estrechez.

Cuando se penetraba en su residencia, descubríase primero un vasto

---

(1) H. Leo, *Vorlesungen über die Geschichte des Deutschen Volkes und Reichcs*, t. I, p. 194.

(2) *Germ.* 18.

(3) V. C. Grimm, *Ueber deutsche Runen*, p. 47.

patio, rodeado de diversas construcciones, consagradas a todos los menesteres de la vida agrícola: establos, lavaderos, forjas, talleres y dependencias de toda especie, todo ello más o menos bien provisto, según la fortuna del dueño. Este conjunto de construcciones estaba rodeado y defendido por una sólida empalizada. En el centro, se elevaba el palacio, el *odel* propiamente dicho, que sostenían y adornaban al mismo tiempo recias columnas de madera, pintadas de diversos colores. El techo, decorado con frisos esculpidos, dorados o guarnecidos de metal brillante, aparecía por lo común rematado por una imagen consagrada, por un símbolo religioso, como, por ejemplo, el jabalí místico de Freya. La mayor parte de ese palacio lo ocupaba un vasto salón, adornado de trofeos y con una inmensa mesa en el centro.

Era allí donde el Ario Germano recibía a sus invitados, reunía a su familia, administraba la justicia, daba sus festines, celebraba consejo con sus huestes y les distribuía sus presentes. Cuando, llegada la noche, se retiraba a sus aposentos interiores, allí iban también sus compañeros, avivando la llama del hogar, tendiéndose en los bancos instalados alrededor de la estancia y durmiendo con la cabeza apoyada en sus escudos.

Sorprenderá sin duda la semejanza de esta suntuosa residencia, de sus grandes columnas, de sus elevados y decorados techos, de sus vastas dimensiones, con los palacios descritos en *La Odisea* y las regias residencias de los Medos y de los Persas. En efecto, las nobles moradas de los Aqueménidas hallábanse siempre situadas fuera de las ciudades del Irán y se componían de un grupo de construcciones dedicadas a los mismos usos que las dependencias de los palacios germánicos. En ellas se daba cabida igualmente a todos los obreros rurales del dominio, a una multitud de artesanos, guarnicioneros, tejedores, herreros, orfebres y hasta poetas, médicos y astrólogos. Así, los castillos de los Arios Germanos descritos por Tácito, aquellos de que hablan con tantos detalles los poemas teutónicos, y, más antiguamente aún, la divina Asgarda de las orillas del Duina, eran la imagen de la irania Pasagarda, por lo menos en sus formas generales, si no en la perfección de la obra artística ni en la valía de los materiales. Y después de transcurridos tantos siglos desde que el Ario Roxolano hubo perdido de vista a los hermanos que dejara en la Bactriana y quizá mucho más hacia el Norte, después de tantos siglos de viajes por él emprendidos a través de tantos países, y, lo que es aún más notable, después de pasar tantos años sin tener, se dice, otro abrigo que la cubierta de su carro, había conservado tan fielmente los instintos y las primitivas nociones de la cultura peculiar de su raza, que pudieron ver cómo en las aguas del Sund y, más tarde, en las del Somme, del Meuse y del Marne, reflejábanse monumentos construídos según los mismos procedimientos y para costumbres idénticas que aquellos cuyas magnificencias se reflejaron en el mar Caspio y en el mismo Éufrates.

Cuando el Ario Germano permanecía en su gran salón, sentado en un elevado sillón, al extremo de la mesa, vistiendo ricos trajes, con una preciosa espada al cinto y rodeado de sus soldados invitábales a regodearse en su compañía, ni los esclavos, ni siquiera los vulgares domésticos eran admitidos para servir a aquella brava asamblea. Tales funciones parecían demasiado nobles y distinguidas para que las desempeñasen manos

tan humildes; y del mismo modo que Aquiles se ocupaba personalmente de la comida de sus invitados, así también los héroes germánicos consideraban un honor conservar aquella antigua tradición de la cortesía peculiar de su raza. El glavio al cinto, iban a buscar, para colocarlos en las mesas, los platos, la cerveza, el hidromel; después se sentaban libremente y hablaban sin trabas, según sus personales inspiraciones.

No todos ocupaban el mismo rango en la casa. El dueño distinguía por encima de todos a su orador, a su escudero y, cuando era todavía joven, a aquel que le enseñara el manejo de las armas y le había preparado para el trato de los hombres. Esos diversos personajes, y el último sobre todo, tenían la primacía entre sus compañeros. Se guardaban también atenciones especiales con el campeón predilecto que había llevado a cabo hazañas extraordinarias.

El festín había empezado. Ya calmada el hambre, vaciábanse rápidamente las copas; las palabras y la alegría brotaban fogosamente de todas aquellas cabezas violentas. La narración de las gestas de guerra inflamaba aquellas excitadas imaginaciones y multiplicaba las bravatas. De repente un invitado levantábase ruidosamente; anunciaba el deseo de llevar a cabo una expedición arriesgada, y, con la mano extendida sobre la copa de cerveza, juraba vencer o morir. Terribles aplausos estallaban por todas partes. Los asistentes, exaltados todos hasta la locura, entrechocaban sus armas para celebrar mejor su alegría; rodeaban al héroe, le felicitaban, le abrazaban. Era aquello una fiesta de leones.

Pasando luego a otras ideas, se entregaban al juego, pasión dominante y profunda entre los espíritus amantes de aventuras, ávidos de azares, quienes, dada su manera de desafiar sin reserva y sin medida todas las formas de peligro, llegaban a menudo a apostarse a sí mismos y a afrontar la esclavitud, más temible, en su modo de sentir, que la muerte. Se concibe que largas sesiones así empleadas podían hacer estallar espantosas tempestades, y había momentos en que el jefe de la casa tenía que intervenir para evitarlo. Tomando pues a aquellos espíritus exaltados por uno de sus lados más abordables, recurría al relato de viajes, siempre escuchados con una atención igualmente viva e inteligente; o bien proponía enigmas, diversión favorita; o, en fin, aprovechando la incalculable influencia de que gozaba la poesía, ordenaba a su poeta que ejerciese sus funciones.

Los cantos germánicos tenían, bajo sus formas adornadas, el carácter y alcance de la historia, pero de la historia apasionada, especialmente preocupada de mantener siempre vivo el orgullo de las jornadas gloriosas y no dejar perecer la memoria de los ultrajes y el deseo de vengarlos. Proponía también los grandes ejemplos de los antepasados. Se descubren allí escasas huellas de lirismo. Eran poemas por el estilo de las compilaciones homéricas, y oso incluso decir que los fragmentos mutilados que han llegado hasta nosotros respiran tanta grandeza y entusiasmo, están revestidos de una tan curiosa habilidad de forma, que en algunos aspectos merecen casi ser comparados a las obras maestras del cantor de Ulises. La rima es en ellos desconocida; son ritmados y aliterados. La antigüedad de ese sistema de versificación es indiscutible. Quizá cabría descubrir algunas huellas de ello en las épocas más primitivas de la raza blanca.

Estos poemas, que conservaban los rasgos memorables de los anales de cada nación germánica, las hazañas de las grandes familias, las expediciones de sus héroes, sus viajes y descubrimientos por tierra y por mar, todo en fin lo que era digno de ser cantado, no eran sólo escuchados en el círculo de los *odeles* o de la tribu donde tuvieran origen y eran celebrados. De ofrecer un mérito singular, circulaban de pueblo en pueblo, pasando de las selvas de Noruega a los aguazales del Danubio, enseñando a los Frisones, a los ribereños del Weser los triunfos alcanzados por los Amalungos en las orillas de los ríos de Rusia, y difundiendo entre los Bávaros y los Sajones las proezas bélicas del Longobardo Alboin en las lejanas regiones de Italia. El interés que el Ario Germano prestaba a aquellas producciones era tal, que a menudo una nación pedía a otra que le prestase sus poetas y le enviaba los suyos. La tradición imponía de modo riguroso que un jarl, un arimán, un verdadero guerrero, no se limitase a conocer el manejo de las armas, del caballo y del timón, el arte de la guerra, de todas las ciencias sin duda las primordiales; era preciso además que supiese de memoria y se sintiese capaz de recitar las composiciones que interesaban a su raza o que en su época gozaban de mayor nombradía. Asimismo tenía que saber leer las rimas, escribirlas y explicar los secretos en ellas encerrados.

Júzguese de la poderosa simpatía de ideas, de la ardiente curiosidad intelectual que, dominando a todas las naciones germánicas, enlazaba entre sí a los *odeles* más alejados, neutralizaba entre sus altivos posesores, y bajo los aspectos más nobles, el espíritu de aislamiento impedía que se extinguiese el recuerdo de su común origen, y, por enemigos que las circunstancias pudiesen hacerlos, les recordaba constantemente que pensaban, sentían, vivían de un mismo fondo común de doctrinas, de creencias, de esperanzas y de honor. Mientras subsistió un instinto que pudo llamarse germánico, esa causa de unidad ejerció su influencia. Carlomagno era demasiado grande para desconocerlo; comprendió toda la fuerza de ello y el partido que de ello le sería dable sacar. Así, pese a su admiración por lo romano y su deseo de restaurar de pies a cabeza el mundo de Constantino, no sintió nunca la menor veleidad de romper con aquellas tradiciones, aunque menospreciadas por la triste pedantería galorromana. Hizo reunir las poesías nacionales, y no fué culpa suya que dejasen de escapar a la destrucción. Desgraciadamente, necesidades de orden superior obligaron a la clerecía a adoptar una conducta diferente.

Érale a ésta imposible tolerar que aquella literatura, esencialmente pagana, turbase incesantemente la conciencia poco firme de los neófitos, y, haciéndoles retrogradar hacia sus afecciones de la infancia, retardase el triunfo del cristianismo. Mostraba aquella literatura un arrebato tal, una obstinación tan enconada en venerar a los dioses del Walhalla y en preconizar sus orgullosas lecciones, que los obispos no pudieron vacilar en declararle la guerra. La lucha fué larga y penosa. El viejo apego de las poblaciones a los monumentos de la pasada gloria protegía al enemigo. Pero al fin, habiendo salido triunfante la buena causa, la Iglesia no se mostró en modo alguno deseosa de llevar su éxito hasta el exterminio total. Cuando no tuvo ya nada que temer para la fe, procuró salvar algunos restos inofensivos. Con esa tierna consideración que ha mostrado siempre por las

obras de la inteligencia, aun las más opuestas a sus sentimientos, noble generosidad que no se le agradece nunca bastante, hizo con las obras germánicas exactamente lo que hacía con los libros profanos de los Romanos y de los Griegos. Bajo su influencia los *Eddas* fueron recogidos en Islandia. Son monjes quienes salvaron el poema de *Beowulf*, los anales de los reyes anglosajones, sus genealogías, los fragmentos del *Canto del Viajero*, de la *Batalla de Finnesburh*, de *Hiltibrant*. Otros religiosos compilaron todo lo que poseemos de las tradiciones del Norte, no comprendidas en la obra de Sæmund, las crónicas de Adam de Brema y del gramático Sajón; otros, en fin, transmitieron al autor del *Nibelungenlied* las leyendas de Atila que el siglo X vió recopiladas. Son servicios tanto más dignos de reconocimiento cuanto que la crítica no debe sino únicamente a ellos el que pueda relacionar directamente las partes originales de las literaturas modernas, las inspiraciones que no provienen absolutamente de la influencia helenística o italiota, con las antiguas fuentes arias, y por ahí con los grandes recuerdos épicos de la Grecia primitiva, de la India, del Irán bactriano y de las naciones generatrices del Alta Asia.

Los poemas odínicos habían tenido exaltados defensores, pero entre éstos se distinguieron especialmente las mujeres. Ellas mostraron un apego particularmente tenaz a las antiguas costumbres y a las antiguas ideas; y, contrariamente a lo que en general se supone de su predilección por el cristianismo, opinión verdadera en cuanto a los países romanizados, pero carente de base en los países germánicos, demostraron que amaban de todo corazón una religión y unas costumbres bastante austeras quizá, pero que, atribuyéndoles un espíritu sagaz y penetrante hasta la adivinación, les había rodeado de aquellos respetos y armado de aquella autoridad que les negaban tan desdeñosamente los paganismos del Sur bajo el imperio del antiguo culto. Muy lejos de creerlas indignas de juzgar materias elevadas, confiábanles las funciones más intelectuales; tenían a su cargo el conservar los conocimientos médicos; el practicar, en competencia con los taumaturgos de profesión, la ciencia de los sortilegios y de las recetas mágicas. Instruídas en todos los misterios de los Runas, los comunicaban a los héroes, y su procedencia permitíales dirigir, impulsar, retardar los efectos del valor de sus maridos o de sus hermanos. Era una situación cuya dignidad tenía que complacerles, y nada hay de sorprendente que creyesen de momento que el cambio no debía favorecerlas. Su oposición, necesariamente limitada, se manifestó en su testarudo apego a la poesía germánica misma. Vueltas cristianas, disimulaban de buen grado los defectos heterodoxos; y esas rebeldes disposiciones persistieron tan firmemente en ellas, que, mucho después de haber renunciado al culto de Wotan y de Freya, siguieron siendo las depositarias calificadas de los cantos de los escaldos (1). Hasta las benditas bóvedas de los monasterios mantenían aquella costumbre reprobada, y un Concilio de 789, que fulminó las prohibiciones más absolutas y las amenazas más terribles, no pudo impedir siquiera que las indisciplinadas esposas del Señor transcribiesen, aprendiesen de memoria e hiciesen circular aquellas obras antiguas que no encerraban sino loanzas y consejos del Panteón escandinavo.

El poderío de las mujeres en una sociedad es una de las garantías más

(1) Bardos escandinavos.

positivas de la persistencia de los elementos arios. Cuanto más respetado es ese poderío, más autorizados estamos para declarar que la raza que a él se muestra sumisa participa de los verdaderos instintos de la variedad noble; ahora bien, los Germanos no tenían nada que envidiar a las antiguas ramas hermanas de la familia.

La denominación más antigua que les aplica la lengua gótica es *quino*; es el correlativo del griego γυνή. Estos dos vocablos se derivan de un radical común, *gen*, que significa *concebir*. La mujer era pues esencialmente, a los ojos de los Arios primitivos, la *madre*, el origen de la familia, de la raza, y de ahí provenía la veneración de que era objeto. Para las otras dos variedades humanas y muchas razas mestizas en decadencia, aunque muy civilizadas, la mujer no es sino la hembra del hombre.

Del mismo modo que la denominación del Ario Germano, del guerrero, *jarl*, acabó, en la patria del Norte, por elevarse a la significación de gobernante y de rey, así también el vocablo *quino*, gradualmente exaltado, convirtióse en el título exclusivo de las compañeras del soberano, de las que reinaban a sus lados, en una palabra, de las *reinas*. Para el común de las esposas, una denominación que no era apenas menos lisonjera se impuso: es *frau*, *frouwe*, palabra divinizada en la personalidad celeste de Freya (1). Además de esta palabra, hay todavía otras que llevan el mismo sello. Las lenguas germánicas abundan en vocablos que designan a la mujer, y todos proceden de lo que hay de más noble y más respetable en la tierra y en los cielos. Débese sin duda a esa tendencia nativa a estimar hasta un alto grado la influencia ejercida sobre él por su compañera, el que el Ario del Norte aceptase, en su teología, la idea de que cada hombre se hallaba, desde que nacía, bajo la protección particular de un genio femenino, que llamaba *fylgja*. Ese ángel de la guarda sostenía y consolaba, en las vicisitudes de la existencia, al mortal que le había sido confiado por los dioses, y, cuando éste se hallaba en vísperas de la muerte, se le aparecía para advertírselo.

Causa o resultado de estos usos deferentes, las costumbres eran generalmente tan puras, que en ninguno de los dialectos nacionales se encuentra una palabra que responda a la idea de cortesana. Parece que esa condición no haya sido conocida de los Germanos sino a consecuencia del contacto con las razas extranjeras, pues las dos denominaciones más antiguas de ese género son el finés *kalkjó* y el céltico *lenne* y *laenia*.

La esposa germánica aparecía, en las tradiciones, como un modelo de majestad y de gracia, pero de gracia imponente. No se la confinaba en una soledad arisca y envilecedora; la costumbre exigía, por el contrario, que cuando el jefe de familia acogía a invitados ilustres, su compañera, rodeada de sus hijas y de sus acompañantes, todas ricamente ataviadas, viniesen a honrar la fiesta con su presencia. Las escenas de ese género están descritas por los poetas con un entusiasmo muy característico (2).

Después de haber cumplido con sus deberes de cortesía, la dueña de la mansión se sentaba a la vera de su esposo y tomaba parte en las conversaciones. Pero antes de que el banquete llegase a su máxima animación

(1) Bopp, *Vergleichende Grammatik*, p. 123.
(2) Ettmuller, *Beowulfslied, Einl.*, p. XLVII.

y cuando los vapores de la embriaguez empezaban a turbar a los héroes, ella se retiraba. Es todavía así cómo se acostumbra hacerlo en Inglaterra, el país que mejor ha conservado lo que subsiste de los usos germánicos.

Retiradas en sus habitaciones interiores, los cuidados domésticos, las labores de la aguja y del huso, la preparación de las mixturas farmacéuticas, el estudio de las musas, el de las composiciones literarias, la educación de sus hijos, las conversaciones íntimas con sus esposos, constituían para las mujeres un conjunto de ocupaciones que no carecía ni de variedad ni de importancia. En el seno particularmente íntimo de la cámara nupcial era donde esas sibilas pronunciaban sus oráculos escuchados por el marido. Dentro de esa vida de confianza mutua, juzgábase que la afección seria y bien fundamentada en la libre elección no estaba de sobra; las hijas tenían el derecho de no desposarse sino a conveniencia suya. Era la regla; y cuando la política u otras razones la transgredían, no era raro que la víctima aportase a la morada que se le imponía un implacable rencor y desencadenase aquellas tempestades que, al decir de numerosas leyendas, determinaron a veces la ruina completa de las familias más poderosas. ¡Tan grande e indomable era el orgullo de la esposa germánica!

No significa esto que las prerrogativas femeninas no tuviesen sus límites. Aunque hubo más de un caso en que las mujeres tomaron parte en las luchas guerreras, la ley las consideraba en principio como incapaces de defender la tierra; por consiguiente, nada heredaban del *odel*. Menos aún podían aspirar a apropiarse los derechos de sus esposos difuntos sobre los *feods*. Se las consideraba aptas para el consejo, inaptas para la acción. Si, además, se admitía en ellas el espíritu adivinatorio, no por eso podía confiárseles las funciones sacerdotales, puesto que el glavio de la ley estaba adscrito a ellas. Esta exclusión era tan absoluta, que en varios templos los ritos imponían que el pontífice llevase el indumento del otro sexo; sin embargo, era siempre un sacerdote. Los Arios Germanos no habían podido aceptar sino con esta modificación los cultos que les habían hecho adoptar las naciones célticas entre las cuales vivían.

Pese a estas restricciones y a otras muchas más, la influencia de las mujeres germánicas y su rango en la sociedad eran de las más considerables. Comparadas con sus análogas en la Grecia y la Roma semitizadas, eran verdaderas reinas en presencia de siervas, si no de esclavas. Cuando llegaron con sus maridos a los países del Sur, encontráronse en la más ventajosa de las condiciones para transformar en beneficio de la moralidad general los lazos de familia y por consiguiente la mayoría de las demás relaciones sociales. El cristianismo, que, fiel a su peculiar desinterés, había aceptado la sujeción absoluta de la esposa oriental, y que, no obstante, había sabido ennoblecer esa situación introduciendo en ella el espíritu de sacrificio; el cristianismo, que había enseñado a santa Mónica a hacer de la obediencia conyugal una grada más hacia el Cielo, distaba de rechazar las ideas nuevas, y evidentemente mucho más puras, que los Arios Germanos introducían. Sin embargo, no hay que perder de vista lo que hemos observado hace un momento. La Iglesia no pudo, al comienzo, felicitarse en demasía del espíritu de oposición que animaba a los Germanos. Pareció que los últimos instintos del paganismo se hubiesen atrincherado en las instituciones civiles a ellos confiadas. Sin mentar la caballería, cuyas

ideas sobre esa materia motivaron con frecuencia la reprobación de los Concilios, es curioso ver las dificultades que experimentó la clerecía para hacer aceptar como indispensable su intervención en las ceremonias nupciales. La resistencia subsistía aún, entre ciertas poblaciones germanizadas, en el siglo XVI. Entre ellas no quería considerarse el lazo conyugal sino como un contrato puramente civil, en el que holgaba toda intervención religiosa.

Al combatir esta extravagancia, cuyas causas dejan entrever una profundidad muy singular, la Iglesia no perdió nada de su benevolencia para con las concepciones muy nobles a las cuales se había juntado. Al depurarlas, contribuyó no poco a que perduraran entre las generaciones sucesivas en las que los futuros enlaces étnicos tienden a hacerlas desaparecer, sobre todo entre los pueblos del Mediodía de Europa.

Detengámonos aquí. Hemos dicho bastante sobre las costumbres, las opiniones, los conocimientos, las instituciones de los Arios Germanos para hacer comprender que en un conflicto con la sociedad romana esta última debía acabar sucumbiendo. El triunfo de los pueblos nuevos era infalible. Las consecuencias de ello debían ser inmensamente más fecundas que las victorias de las legiones bajo Escipión, Pompeyo y César. ¡Cuántas ideas, no de ayer, sino por el contrario muy antiguas, pero desde tiempo ha desaparecidas de los países del Mediodía y olvidadas con las nobles razas que antaño las practicaran, iban a reaparecer en el mundo! ¡Qué de instintos diametralmente opuestos al espíritu helenístico! Virtudes y vicios, defectos y cualidades, todo, en las razas nuevas, estaba combinado de manera que transformase la faz del universo civilizado. Nada de esencial debía ser destruído, todo debía ser cambiado. Las palabras mismas iban a perder su sentido. La libertad, la autoridad, la ley, la patria, la monarquía, la religión misma, despojándose poco a poco de hábitos y de insignias gastados, iban por muchos siglos a adquirir otros, mucho más sagrados.

Sin embargo, las naciones germánicas, procediendo con la lentitud que es la condición primera de toda obra sólida, no debían empezar con aquella restauración radical; empezaron queriendo mantener y conservar, y esta honorable tarea la llevaron a cabo en muy grande escala.

Para darnos cuenta de cómo ella se desenvolvió, volvamos una vez más a la época del primer César, y veremos desarrollarse bajo nuestras miradas aquel estado de cosas anunciado al final del libro precedente: vamos a contemplar la Roma germánica.

CAPITULO IV

ROMA GERMÁNICA. — LOS EJÉRCITOS ROMANOCÉLTICOS Y ROMANOGERMÁNICOS. — LOS EMPERADORES GERMANOS.

El papel étnico de las poblaciones septentrionales no empieza a adquirir una importancia general y bien acentuada sino en el siglo I antes de nuestra era.

Fué la época en que el dictador creyó que debía tratar de una manera

muy favorable a los Galos, aquellos antiguos enemigos del nombre romano. De ellos hizo los sostenes directos de su gobierno, y sus sucesores, persistiendo en las mismas directivas, testificaron de buen grado que habían comprendido todos los servicios que las naciones situadas entre los Pirineos y el Rin podían rendir a un poder esencialmente militar. Diéronse cuenta que obedecían a una especie de instinto al consagrarse sin reserva a los intereses de un general, sobre todo cuando era extraño a su sangre.

Esta condición era indispensable, y he aquí por qué: los Celtas de la Galia, animados de un espíritu localista muy franco y turbulento, se preocupaban mucho más, en los asuntos municipales, de las personas que de las cuestiones en sí. La política de sus naciones había adquirido, con esa costumbre, una vivacidad de maneras que no respondía a la dimensión de los territorios. Perpetuas revoluciones habían agotado a la mayoría de aquellos pueblos. La teocracia, derribada casi en todas partes, quedó primero eclipsada ante la nobleza; después, en el momento en que los Romanos rebasaban los límites de Provenza, la democracia y su inseparable hermana la demagogia, al irrumpir a su vez, atacaron el poder de los nobles. La presencia de ese género de ideas anunciaba claramente que la mezcla de razas había llegado a aquel punto en que la confusión étnica crea la confusión intelectual y la imposibilidad absoluta de entenderse. En una palabra, los Galos, que nada tenían de bárbaros, eran gente en plena decadencia, y, si bien sus mejores tiempos tuvieron infinitamente menos esplendor que los períodos de gloria de Sidón y de Tiro, no es menos cierto que las ciudades obscuras de los Carnutas, de los Remos y de los Ednos morían del mismo mal que había acabado con las brillantes metrópolis cananeas (1).

Las poblaciones gálicas, mezcladas con algunos grupos eslavos, se habían aliado diversamente con los aborígenes Fineses. De ahí diferencias fundamentales. De ello resultaron las separaciones primitivas más marcadas de las tribus y los dialectos. En el Norte, algunos pueblos habían sido fortalecidos por el contacto con los Germanos; otros, en el Suroeste, habían experimentado el de los Aquitánicos; en la costa del Mediterráneo, habíase operado la mezcla de los Ligures y los Griegos, y durante un siglo los Germanos semitizados que ocupaban las provincias habían venido a complicar aún más ese desorden. Por lo demás, contribuía al desarrollo del mal la disposición esporádica de aquellas sociedades minúsculas, en que la intercesión del menor elemento nuevo acrecentaba casi instantáneamente sus consecuencias.

Si cada una de las pequeñas comunidades gálicas se hubiese hallado súbitamente aislada, en el mismo momento en que los principios étnicos que la componían habían llegado al apogeo de su lucha, el orden y el reposo — no hablo ya de facultades elevadas — hubieran podido establecerse, puesto que la ponderación de las razas fusionadas se produce más fácilmente en un espacio más reducido. Pero cuando un grupo bastante restringido recibe continuas aportaciones de sangre nueva antes de haber tenido tiempo de amalgamar las antiguas, las perturbaciones son frecuentes, más rápidas y también más dolorosas. La disolución final es el resultado de

(1) Tácito, *Germ.*, 28, 29.

ello. Tal era la situación de los Estados de la Galia cuando los invadieron las legiones romanas.

Como allí los habitantes eran bravos, ricos, poseedores de muchos recursos y, entre otros, de plazas de guerra fuertes y numerosas, no dejaba de acometerles el deseo de resistir; pero lo que les faltaba, bien lo vemos, era la cohesión, no sólo entre las naciones, sino también entre los conciudadanos. Casi en todas partes los nobles traicionaban al pueblo, cuando no era el pueblo quien vendía a los nobles. El campamento romano veíase siempre lleno de tránsfugas de todas las opiniones, ciegamente empeñados en apuñalar a sus enemigos políticos a través de la garganta de su patria. Hubo hombres abnegados, de intenciones generosas; fué sin resultado alguno. Los Celtas germanizados salvaron casi solos la antigua reputación. Los Arvernios realizaron verdaderos prodigios; los Belgas fueron casi declarados indomables por el vencedor; pero en cuanto a las poblaciones reputadas más ilustres y más inteligentes, aquellas precisamente en que las revoluciones no cesaban, los Remos, los Ednos, éstas, o bien apenas resistieron, o bien se entregaron desde el primer momento a la generosidad de los conquistadores, o, en fin, sumándose sin sonrojo a los proyectos del extranjero, acogieron con regocijo, a cambio de su independencia, el título de amigas y aliadas del pueblo romano. En diez años la Galia fué dominada y sometida para siempre. Ejércitos muy comparables a los de Roma no han alcanzado en nuestros días triunfos tan brillantes entre los bárbaros de Argelia: triste comparación para las poblaciones célticas.

Pero esas gentes tan fáciles de subyugar resultaron inmediatamente instrumentos irresistibles de coerción en manos de los emperadores. Se las había visto en sus ciudades pasando la mayor parte de su vida en la sedición; en Roma mostráronse muy útilmente devotas al principado. Aceptando para sí el yugo y el aguijón, sirvieron para que los demás se acomodaran a ello, no solicitando a cambio de su complacencia sino los honores de la milicia y las emociones del cuartel. Esos bienes les fueron prodigados por añadidura.

César había compuesto de Galos su guardia. Dióle maliciosamente el más bonito emblema de la ligereza y de la despreocupación, y los legionarios Kinris del Alauda, que ostentaban tan orgullosamente en sus cascos y en sus escudos la figura de la alondra, concertáronse con todos sus conciudadanos para venerar al gran hombre que les había desembarazado de su isonomía y les brindaba una existencia tan de su agrado.

Estaban pues muy satisfechos; pero no se haría la debida justicia a los Galos si supusiésemos que sintieron un amor constante e inquebrantable hacia la autoridad romana. Muchas veces se sublevaron, pero siempre para volver a la obediencia, bajo la presión de una inexorable imposibilidad de entenderse. La costumbre de ser gobernados por un soberano no les inculcó nunca el respeto de una ley. El sublevarse era para ellos la menor de las dificultades y quizá el mayor de los goces. Pero tan pronto como se trataba de organizar un gobierno nacional en sustitución del poder extranjero que acababan de derribar, tan pronto como se trataba de establecer una regla cualquiera y de obedecer a alguien, la idea de que la prerrogativa soberana iba a recaer en un Galo helaba todos los espíritus. Hubiese parecido que era sin embargo aquello el verdadero objetivo de la insurrección; pues no,

las combinaciones más ingeniosas esforzábanse en vano en salvar aquel terrible escollo, y estrellábanse contra él. Las Asambleas, los Consejos discutían con furia la cuestión, y terminaban tumultuosamente sin lograr ir más lejos. Entonces las personas tímidas, que habían permanecido hasta entonces al margen, todos los amigos secretos de la dominación imperial cobraban aliento; y empezábase a repetir con ellos que el poder de las águilas podía ser un mal, pero que después de todo Petilio Cerialis tuvo razón en decir a los Belgas que era un mal necesario y que fuera de ello no había sino la ruina. Dicho eso, volvían a acoger sumisos el poder romano.

Esta singular ineptitud de independencia se reveló en todos sus aspectos. Se hubiera dicho que la suerte se complacía en abusar de su paciencia. Sobrevino un día en que los Galos poseyeron un emperador de su raza. Una mujer se lo deparó, no pidiéndoles sino que lo apoyasen contra el competidor de Italia. Ese emperador, Tétrico, tuvo que luchar con las mismas dificultades contra las cuales se habían estrellado las insurrecciones precedentes, y, aunque apoyado por las legiones germánicas, que lo defendían contra la mala voluntad o, mejor, contra la crónica ligereza de sus pueblos, creyó obrar bien, y obró bien sin duda, cambiando su diadema por la prefectura de Lucania. Los Estados efímeros se sometieron de nuevo, murmurando quizá, pero en el fondo muy satisfechos de no haber cedido una pulgada en sus prerrogativas municipales.

La experiencia diaria lo demostraba: los Galos de los siglos I y II de nuestra era no poseían sino cualidades marciales; pero las poseían en un grado extremo. Fué por ese motivo que, impotentes para hacer triunfar su propia causa, ejercieron una influencia momentánea tan considerable sobre el mundo romano semitizado.

Ciertamente el Númida era un apuesto caballero, el Balear un hondero sin par; los Españoles proporcionaban una infantería que desafiaba toda comparación, y los Sirios, todavía infatuados con el recuerdo de Alejandro, brindaban reclutas de una reputación tan grande como justificada. Sin embargo, todos esos méritos palidecían ante el de los Galos. Sus rivales en la fama, morenos y pequeños, o por lo menos de mediana talla, no podían competir en aspecto marcial con la elevada estatura del Treviro o del Boyano, más capaces que nadie para llevar ágilmente sobre el hombro el peso enorme que la disciplina reglamentaria imponía a la infantería de las legiones. Se explicaba, pues, que el Estado procurase multiplicar los alistamientos en la Galia, y sobre todo en la Galia germanizada. Bajo los doce Césares, cuando la acción política se concentraba todavía entre las poblaciones meridionales, era ya el Norte quien sobre todo se encargaba de mantener por las armas la paz del Imperio.

Con todo, es singular que esa estima, que facilitaba a los soldados de raza céltica el acceso a las grandes dignidades militares, o sea al escaño de senador, no les permitiese tomar parte en el concurso abierto para la púrpura soberana. Los primeros provinciales que se elevaron a ella fueron Españoles, Africanos, Sirios, nunca Galos, excepto los ejemplos irregulares y poco alentadores de Tétrico y de Póstumo. Decididamente, los Galos no tenían aptitudes de gobernante, y si Otón, Galba, Vitelio podían tomarlos como excelentes elementos para una revuelta, no se le ocurría a nadie esperar de ellos ni administradores ni hombres de Estado. Alegres y bulliciosos,

no eran ni instruídos ni llamados a serlo. Sus escuelas, fecundas en pedantes, aportaban escasísimos espíritus realmente distinguidos. El primer rango no era pues accesible para ellos, y aquel trono que guardaban tan perfectamente era una dignidad para la cual no se sentían aptos.

Esta impotencia inherente al elemento céltico cesó completamente de pesar sobre los ejércitos septentrionales no bien hubieron empezado a reclutarse en menor grado que entre los Germanos meridionales, entre los Galos germanizados, pronto contaminados, como los demás, por la lepra romana, aunque los primeros distasen bastante, en su mayoría, de ser de sangre pura. Los efectos de esta modificación estallaron a partir del año 252, al advenimiento de Julio Vero Maximino, hijo de un guerrero godo. La depravación romana, en su inevitable desarrollo, había reconocido instintivamente el único medio de prolongar su vida, y no obstante seguir maldiciendo y denigrando a los bárbaros del Norte, accedía a que tomasen todas las posiciones que la dominaban y desde las cuales podían conducirla.

A partir de ese momento, la esencia germánica eclipsa a todas las demás dentro de la romanidad. Es ella la que alienta a las legiones, posee los altos mandos del ejército, decide en los Consejos soberanos. La raza gala, que por lo demás no estaba representada sino por grupos septentrionales, aquellos con los cuales habíase ya asimilado, le cede absolutamente el paso. El espíritu de los *jarls*, jefes militares, domina prácticamente en el gobierno, y cabe ya afirmar que Roma está germanizada, puesto que el principio semítico se hunde al fondo del océano social y deja ostensiblemente que se le reemplace en la superficie por la nueva capa aria.

Una revolución tan extraordinaria, aunque latente, aquella superposición contranatural de una raza enemiga, que, más a menudo vencida que victoriosa, y menospreciada oficialmente como bárbara, venía así a deprimir las razas nacionales, tan extraña anomalía, podía producirse por la fuerza de las cosas; pero las dificultades a que tenía que hacer frente eran excesivas para que no anduviese acompañada de inmensas violencias.

Los Germanos, llamados a dirigir el Imperio, encontraban en él un cuerpo agotado y moribundo. Para hacer vivir a ese gran cuerpo, veíanse incesantemente obligados a combatir, ya las demandas de un temperamento diferente del suyo, ya los caprichos nacidos del malestar general, ya las exasperaciones de la fiebre, igualmente fatales para el mantenimiento de la paz pública. De ahí severidades tanto más extremas cuanto que, no conociendo sino imperfectamente la naturaleza compleja de aquella sociedad, llevaban fácilmente hasta el abuso el empleo de los métodos reactivos. Exageraban, con toda la intolerante exaltación de la juventud, la proscripción en el orden político y la persecución en el orden religioso. Así fué cómo se mostraron los más encarnizados enemigos del cristianismo. Ellos que debían convertirse más tarde en los propagadores de todos sus triunfos, empezaron desconociéndolo; prestáronse a dar crédito a la calumnia que lo perseguía. Persuadidos de que se manifestaba en el nuevo culto una de las expresiones más amenazadoras de la incredulidad filosófica, su amor innato de una religión definida, considerada como base de todo gobierno regular, se lo hizo odioso al comienzo; y lo que detestaron en él, no fué el culto mismo, sino el fantasma que en él creyeron ver. Nos sentimos, pues, tentados a reprocharles no tanto el mal hecho por ellos mismos, con

ser muy considerable, como el que dejaron que hiciesen los partidarios semitizados de los antiguos cultos. Sin embargo, habrá que temer también que se les pida demasiado. ¿Podían impedir las consecuencias inevitables de una civilización podrida que no había sido creada por ellos? Reformar la sociedad romana sin derribarla, hubiese sido bello indudablemente. Sustituir suavemente, insensiblemente, la depravación pagana por la pureza católica sin destrozar nada en la operación, hubiese sido realmente el ideal; pero, que se reflexione en ello, semejante obra maestra no hubiera sido posible sino a Dios.

Sólo a Él le es permitido separar con un gesto la luz de las tinieblas y las aguas del limo. Los Germanos eran hombres, y hombres ricamente dotados sin duda, pero sin ningún conocimiento de la sociedad hacia la cual se sentían atraídos; no poseyeron, pues, aquella facultad. Su tarea, a partir de mediados del siglo III hasta el siglo V, se limitó a conservar el mundo tal cual era, en la forma en que les fué confiado.

Considerando las cosas desde ese punto de vista, que es el único verdadero, dejamos ya de acusar, para admirar. Asimismo también, reconociendo bajo sus togas y sus armaduras romanas a Decio, a Aurelio, a Claudio, a Maximiano, a Diocleciano y a la mayor parte de sus sucesores, si no a todos, hasta Augústulo, como Germanos e hijos de Germanos, convenimos en que la Historia está completamente falseada por esos escritores, así modernos como antiguos, cuyo invariable sistema consiste en representar como un hecho monstruoso, como un cataclismo inesperado, la llegada final de las naciones tudescas por entero al seno de la sociedad romanizada.

Nada, por el contrario, mejor anunciado y más fácil de prever, nada más legítimo, nada mejor preparado que esta conclusión. Los Germanos habían invadido el Imperio desde el día en que se constituyeron en su brazo, sus nervios y su fuerza. El primer punto por ellos conquistado fué el trono, y no por violencia o usurpación; las mismas poblaciones indígenas, reconociéndose faltas de medios, los habían llamado, pagado, coronado.

Para gobernar a su antojo, como indiscutiblemente tenían el derecho y aun el deber de hacerlo, los emperadores así instalados se rodearon de hombres capaces de comprender y llevar a cabo su pensamiento, es decir, de hombres de su raza. No encontraban sino en aquellos Romanos improvisados el reflejo de su propia energía y la facilidad necesaria para verse bien atendidos. Mas quien dice Germano, dice soldado. La profesión de las armas resultó así la condición primera para optar a los altos cargos. Mientras dentro de la verdadera concepción romana, itálica y romano-semítica, la guerra no había sido sino un accidente, y quienes la hacían unos simples ciudadanos momentáneamente alejados de sus funciones regulares, la guerra fué para la magistratura imperial la situación natural, a la que debieron amoldarse la educación y el espíritu del hombre de Estado. De hecho, la toga cedió el paso a la espada.

En verdad, el profundo buen sentido de los hombres del Norte no quiso nunca que esa predilección fuese oficialmente confesada, y tal fué a ese respecto su discreta y sabia reserva, que esta convención se mantuvo a través de toda la Edad Media, y la rebasó para llegar hasta nosotros. El guerrero germano romanizado comprendía perfectamente que la preponde-

rancia siquiera ficticia del elemento civil importaba a la seguridad de la ley y podía mantener la sociedad existente.

El emperador y sus generales sabían, pues, disimular oportunamente la coraza bajo la túnica del administrador. Sin embargo, el disimulo no era tan completo que pudiese engañar a los espíritus malignos. La espada dejaba asomar siempre su punta. Los ciudadanos se escandalizaban de ello. Las semiconcesiones no les satisfacían. La protección de que eran objeto no les movía a mostrarse agradecidos. Los talentos políticos de sus gobernantes se les antojaban ciegos. De ellos se reían con menosprecio, y desde el Rin hasta los desiertos de la Tebaida oíaseles murmurar la injuria, siempre renovada, de «bárbaro». No osaré decir que se equivocasen del todo, según sus luces.

Si los hombres germánicos admiraban el conjunto de la organización romana, sentimiento que no es dudoso, no se mostraban tan benévolos con determinados detalles que precisamente a los ojos de los indígenas constituían su más preciosa gala y formaban la excelencia de la civilización. Los soldados coronados y sus compañeros no concebían nada mejor que poder conservar la disciplina moral, la obediencia a los magistrados, proteger el comercio, proseguir los grandes trabajos de utilidad pública; accedían también a favorecer las obras de la inteligencia, en tanto produjesen resultados apreciables para ellos. Mas la literatura a la moda, los tratados de gramática, la retórica, los poemas liptogramáticos, y todas las sutilidades de análogo carácter en las cuales se deleitaban los espíritus refinados de la época, todas esas obras maestras, sin excepción, les dejaban enteramente fríos; y como, en definitiva, los favores emanaban de ellos, y tendían a concentrarse, después de los caudillos guerreros, en los legistas, los funcionarios civiles, los constructores de acueductos, de carreteras, de puentes, de fortalezas, después en los historiadores, alguna vez en los panegiristas que prodigaban su incienso, en nubes compactas, a los pies del soberano, y no iban apenas más lejos, las clases cultas o que se llamaban tales tenían hasta cierto punto razón en sostener que César carecía de gusto. Ciertamente eran bárbaros aquellos rudos dominadores que, nutridos con los cantos nerviosos de la Germania, permanecían insensibles a la lectura así como al aspecto de aquellos madrigales escritos en forma de lira o de vaso, ante los cuales se pasmaban de admiración las personas cultas de Alejandría y de Roma. La posteridad habrá debido juzgarlo de otro modo, y pronunciar que el bárbaro existía efectivamente, aunque no bajo la coraza del Germano.

Otra circunstancia hería aún en lo vivo el amor propio del Romano. Sus jefes, ignorando en su mayoría sus guerras pasadas, y juzgando a los Romanos de antaño por sus contemporáneos, no parecían preocuparse de ello lo más mínimo, lo que era bastante duro para individuos que se consideraban tan fuertes. Cuando Nerón honró más a Grecia que a la ciudad de Quirino, cuando Séptimo Severo juzgó más glorioso al tuerto de Trasimeno que a los Escipiones, esas preferencias no trascendieron por lo menos fuera del territorio nacional. El golpe fué más rudo cuando se vió a determinados emperadores de nuevo cuño, y con ellos a los ejércitos a quienes debieron la púrpura, no ocuparse ya de Alejandro Magno más de lo que lo harían de Horacio Coclés. Augustos hubo que en toda su vida no habían oído hablar de su prototipo Octavio, ni conocían siquiera su nombre. Pero

aquellos hombres se sabían sin duda de memoria las genealogías y las gestas de los héroes de su raza.

De este hecho, como de tantos otros, hubo de derivarse que en el siglo III después de Jesucristo la nación romana armada y exuberante y la nación romana pacífica y agonizante no se entendiesen lo más mínimo; y, aunque los caudillos de esa combinación, o más bien de esa yuxtaposición de dos cuerpos tan heterogéneos, ostentasen nombres latinos o griegos y vistiesen la toga o la clámide, eran fundamentalmente, y muy felizmente para aquella triste sociedad, unos buenos y auténticos Germanos. Era este su título, en el cual se fundaba su derecho a dominar.

El núcleo que formaban en el Imperio había sido al comienzo muy débil. Los doscientos caballeros de Ariovisto que Julio César tomó a sueldo fueron el germen de ello. Rápidamente el hecho adquirió gran desarrollo, y se observa luego sobre todo que los ejércitos, en particular aquellos que se hallaban acampados en Europa, establecieron el principio de no aceptar casi nada más que reclutas germánicos. A partir de entonces el elemento nuevo adquirió un poderío tanto más considerable cuanto que se nutrió incesantemente en sus propios dominios. Después sobrevinieron a diario nuevos motivos que habían de atraerle hacia los territorios romanos, no ya en cantidades relativamente mínimas, sino en grandes masas.

Antes de abordar el examen de esa terrible crisis, podemos detenernos un momento ante una hipótesis cuya verificación hubiera parecido muy seductora a las poblaciones romanas del siglo V. Es esta: supongamos por un instante a las naciones germánicas que en aquella época eran limítrofes del Imperio, mucho más débiles, numéricamente hablando, de lo que efectivamente fueron; muy pronto habrían quedado absorbidas dentro del vasto receptáculo social que no se cansaba de pedirles refuerzos. Al cabo de un tiempo dado, aquellas familias hubieran desaparecido entre los elementos romanizados; después la corrupción general, prosiguiendo su curso, hubiera conducido a una degeneración crónica que hoy apenas permitiría a Europa mantener un estado de sociabilidad. Del Danubio a Sicilia, y del mar Negro a Inglaterra, nos encontraríamos poco más o menos en el grado de descomposición pulverulenta a que llegaron las provincias meridionales del reino de Nápoles y la mayoría de territorios del Asia Anterior.

Sobre esta hipótesis injertemos otra. Si las naciones amarillas y semiamarillas, semieslavas, semiarias, de allende los Urales, hubiesen podido conservar la posesión de sus estepas, los pueblos góticos, a su vez, conservando las regiones del Nordeste hasta las gargantas hercinitas de una parte, y hasta el Euxino, de otra, no hubieran tenido ningún motivo para cruzar el Danubio. Hubieran desarrollado en su primitivo suelo una civilización muy especial, enriquecida con muy débiles imitaciones romanas, debidas a la inevitable absorción que a la larga hubieran llevado a cabo de las colonias transrenanas y transdanubianas. Un día, prevaliéndose de la superioridad de sus fuerzas activas, hubieran experimentado el deseo de ensanchar sus dominios; pero hubiese sido muy tarde. Italia, Galia y España no hubieran sido ya, como lo fueron para los vencedores del siglo V, conquistas instructivas, sino únicamente anexos a propósito para ser explotados materialmente, como lo es hoy Argelia.

Sin embargo, hay algo tan providencial, tan fatal en la aplicación de

las leyes que determinan las mezclas étnicas, que de esa diferencia, que tan considerable parece a primera vista, no hubiera resultado sino una simple perturbación de sincronismos. Un género de cultura comparable al que reinó desde el siglo X al siglo XIII aproximadamente hubiese empezado mucho más pronto y durado más largo tiempo, puesto que la pureza de la sangre germánica hubiese resistido más. Sin embargo, hubiera acabado por agotarse igualmente, experimentando contactos absolutamente análogos a los que la han enervado. Las conmociones sociales hubieran podido estallar en otras épocas; pero no hubieran dejado de producirse. En una palabra, por un camino distinto la humanidad hubiera llegado idénticamente al resultado que hoy conocemos.

Vayamos al establecimiento de los Germanos en grandes masas en el seno de la romanidad, tal como se operó y según debe ser juzgado.

Los emperadores de raza teutónica tenían a su disposición, para procurar al Estado defensores de su sangre, un medio infalible, que les había sido enseñado por sus predecesores romanos. Éstos lo habían aprendido del gobierno de la República, que lo tomó a los Griegos, los cuales, a través del ejemplo de los Persas, lo habían copiado de la política de los reinos ninivitas más antiguos. Ese medio, llegado de tan lejos y de un uso tan general, consistía en trasplantar, entre las poblaciones cuya fidelidad o aptitud militar eran dudosas, colonizaciones extranjeras destinadas, según las circunstancias, a defender o a contener.

El Senado, en sus más bellos períodos de habilidad y omnipotencia, había hecho frecuentes aplicaciones de este sistema; los primeros Césares, igualmente. La Galia entera, la isla de Bretaña, la Helvecia, los campos decumatas, las provincias ilirias, la Tracia, habían acabado cubriéndose de bandas de soldados licenciados. Se les había casado, se les había provisto de instrumentos agrícolas, se les había facilitado propiedades raíces; después se les había demostrado que la conservación de su nueva fortuna, la seguridad de sus familias y el sólido mantenimiento de la dominación romana en el país, era todo uno. Nada más fácil de comprender, en efecto, aun para las inteligencias más reacias, según la manera cómo se establecían los derechos de esos nuevos pobladores a la posesión del suelo. Estos derechos no residían sino en la expresión de la voluntad del gobierno, que expulsaba al antiguo propietario y colocaba en su lugar al veterano. Éste, obligado a resistirse contra las reclamaciones de su predecesor, no se sentía amparado sino por la benevolencia de los poderes que le apoyaban. Se hallaba, pues, en las mejores disposiciones imaginables para asegurarse esa benevolencia a cambio de un acatamiento sin límites.

Esta combinación de efectos y de causas satisfacía a los políticos de la antigüedad. Su buen sentido lo aprobaba, y, si las personas que tenían que sufrirlo se lamentaban, la moral pública aceptaba, sin mayores escrúpulos, un sistema juzgado útil a la solidez del Estado, sistema consagrado por las leyes, y que, además, tenía por excusa el haber sido siempre y por doquier practicado por las naciones cuyo ejemplo podían invocar los espíritus cultivados.

Desde los tiempos de los primeros Césares, se creyó que había que introducir algunas modificaciones en la brutal simplicidad de este mecanismo. La experiencia había probado que las colonizaciones de veteranos italiotas,

asiáticos o, también, de galos meridionales, no ponían las fronteras del Norte bastante al abrigo de las incursiones de vecinos demasiado temibles. Las familias romanizadas recibieron la orden de alejarse de los límites extremos; después se ofreció a todos los Germanos a caza de fortuna — y su número no era escaso — la libre disposición de las tierras que quedaban vacantes, el título algo depresivo a veces de amigos del pueblo romano y, lo que parecía ser más prometedor, el apoyo de las legiones contra las agresiones eventuales de los enemigos del Imperio.

Así fué cómo, por voluntad propia, por la libre elección del gobierno imperial, naciones enteras de raza teutónica fueron instaladas en tierras romanas. Juzgóse que esa manera de proceder sería tan ventajosa, que no se tardó en juntar a los aventureros los prisioneros de guerra. Cuando una tribu de Germanos quedaba vencida, se la adoptaba, y componíase con ella una nueva banda de guardias para la vigilancia de las fronteras, cuidando únicamente de alejarla de su país.

Los otros bárbaros no presenciaban sin envidia el espectáculo de una situación tan favorecida. Sin necesidad siquiera de darse cuenta de las ventajas superiores a que aquellos Romanos ficticios podían aspirar, ni percibir de una manera muy clara las brillantes esferas en que aquella selección disponía de los destinos del Universo, veían a sus iguales provistos de propiedades dispuestas tiempo ha para el cultivo; veíanles en contacto con un comercio opulento, y gozando de lo que los perfeccionamientos sociales ofrecían para ellos de más envidiable. Era esto bastante para que las agresiones arreciasen y menudeasen. Obtener tierras imperiales constituyó a partir de entonces el sueño obstinado de más de una tribu, fatigada de vegetar en sus aguazales y en sus bosques.

Pero, por otro lado, a medida que los ataques eran más rudos, la situación de los Germanos colonizados era también más precaria. Sus rivales los consideraban demasiado ricos; ellos, se sentían demasiado poco tranquilos. A menudo les acometía la tentación de tender la mano a sus hermanos en lugar de combatirlos, y, a fin de lograr la paz, de aliarse con ellos contra los verdaderos Romanos, situados detrás de su dudosa protección.

La administración imperial germanizada adivinó el peligro; vió todo el alcance del mismo, y a fin de conjurarlo estimulando el celo de los auxiliares, no encontró nada mejor que proponerles las modificaciones siguientes, dentro de su estado legal:

No serían ya considerados únicamente como colonos, sino como soldados en servicio activo. Consiguientemente, a todas las ventajas de que estaban ya en posesión, y que les serían conservadas, se les añadiría aún la de una paga militar. Se convertirían en una parte integrante de los ejércitos, y sus caudillos obtendrían los grados, los honores y la paga de los generales romanos.

Estas ofertas fueron aceptadas con júbilo, como era de esperar. Aquellos que fueron objeto de ellas no pensaron ya sino en explotar lo mejor posible la debilidad de un Imperio que se veía obligado a tales expedientes. En cuanto a las tribus del exterior, sintiéronse más poseídas aún del deseo de obtener tierras romanas, de convertirse en soldados romanos, gobernadores de provincias, emperadores. No hubo ya en lo sucesivo, dentro de la sociedad civilizada, tal como el curso de los acontecimientos habíanla

formado, nada más que antagonismos y rivalidades entre los Germanos del interior y los del exterior.

Planteada así la cuestión, el gobierno se vió obligado a extender indefinidamente la red de colonizaciones y a abolir las fronteras. De buen o mal grado, las tribus encargadas de la defensa de las líneas fronterizas, y que en caso de peligro había que abandonar a menudo a sí mismas, establecían frecuentes transacciones con los asaltantes. Era forzoso que el emperador acabase ratificando esos acuerdos cuya primera causa era la debilidad. Nuevos soldados eran alistados a sueldo del Estado; había que encontrarles las tierras que se les habían prometido. A menudo mil consideraciones se oponían a que se les asignase en determinadas fronteras, ya pobladas de sus iguales. Después, no era allí donde cabía encontrar propietarios abordables, dispuestos a dejarse desposeer sin resistencia. Se buscó a esa especie tratable donde se supiera que existía, en todas las provincias interiores. Por una especie de inmunidad resultante de la supremacía de otra época, Italia quedó exceptuada el mayor tiempo posible de esa carga; pero no se tuvo ningún reparo con la Galia. Los Teutones fueron establecidos en Chartres; Bayeux vió a Bátavos; Coutances, Le Mans, Clermont fueron rodeadas de Suevos; los alrededores de Autun y de Poitiers fueron ocupados por Alanos y Taifales; los Francos se instalaron en Rennes. Los Galos romanizados eran gente muy asequible; habían aprendido a ser sumisos en su trato con los recaudadores del Fisco imperial. Con mayor motivo no podían oponer nada al Burgondo o al Sármata que les hacía, en tono perentorio, la invitación legal de ceder su sitio.

No hay que olvidar un solo momento que esos cambios de propiedad eran, según las ideas romanas, perfectamente legítimos. El Estado y el emperador, que lo representaba, tenían un derecho omnímodo sobre todos; para ellos no había moralidad; era el principio semítico. Desde el momento, pues, que quien daba tenía el derecho de dar, el bárbaro que se beneficiaba de esa concesión poseía un título perfectamente regular. Repentinamente se convertía en propietario, según la regla a la cual se atuvieron antaño los mismos Celtas romanizados por la voluntad del soberano.

Hacia últimos del siglo IV, casi todas las religiones romanas, salvo la Italia central y meridional, pues el valle del Po estaba ya concedido, poseían un número considerable de naciones septentrionales colonizadas, recibiendo en su mayoría un sueldo, y conocidas oficialmente bajo el nombre de tropas al servicio del Imperio, con la obligación, por lo demás bastante mal llenada, de comportarse mesuradamente. Esos guerreros adoptaban rápidamente las costumbres y usos que veían practicar a los Romanos; se mostraban muy inteligentes, y, una vez sujetos a las consecuencias de la vida sedentaria, resultaban la parte más interesante, más prudente, más moral, más fácilmente cristianizable de sus poblaciones.

Pero hasta entonces, es decir hasta el siglo V, todas esas colonizaciones, así interiores como exteriores, no habían conducido a los Germanos hacia las tierras del Imperio sino por grupos. El inmenso conjunto acumulado con los siglos en el Norte de Europa no había hecho aún sino manar en chorros comparativamente tenues a través de los diques de la romanidad. De repente los arrasó, precipitando todas sus masas, y haciendo rodar y saltar todas sus olas sobre aquella miserable sociedad que desde hacía tres

siglos se mantenía en pie gracias únicamente a algunas chispas de su genio, y que finalmente no pudo ya sostenerse. Necesitaba ser completamente refundido.

La presión ejercida por los Fineses uralianos, por los Hunos blancos y negros, por poblaciones enormes en las cuales se presentaban casi puros, en todas las combinaciones posibles, los elementos eslavos, célticos, arios, mogoles, había acabado siendo tan violenta que el equilibrio siempre vacilante de los Estados teutónicos quedó enteramente destruído en el Este. Derrumbados los establecimientos góticos, los restos de la gran nación de Hermanarico descendieron hasta el Danubio, y formularon a su vez la demanda ordinaria: tierras romanas, el servicio militar y un sueldo.

Después de debates bastante largos, en que no obtuvieron lo que deseaban, decidiéronse por precaución a tomárselo. Haciendo un rodeo desde la Tracia hasta Toulouse, se abatieron como un vuelo de halcones sobre el Languedoc y el Norte de España; después dejaron a los Romanos en perfecta libertad de echarlos, si podían.

Éstos no trataron de intentarlo. La manera cómo los Visigodos acababan de instalarse era algo irregular; pero una patente imperial no tardó en reparar el mal, y desde aquel momento los recién llegados se hallaron tan legítimamente establecidos en las tierras que habían tomado, como los otros súbditos en las suyas. Los Francos y los Burgondos no aguardaron ese buen ejemplo para otorgarse primero y hacerse conceder después análogas ventajas; de suerte que veinte naciones del Norte, además de las antiguas tribus guardafronteras, desaparecidas bajo aquel denso aluvión, viéronse desde entonces aceptadas y adoptadas por las patentes militares en todo el territorio europeo. Sus jefes eran cónsules y patricios. Se tuvo al patricio Teodorico y al patricio Klodovigo.

Dueños absolutos de todo, los Germanos establecidos dentro del Imperio podían en lo sucesivo atreverse a todo, seguros que sus caprichos serían leyes irresistibles. Dos partidos ofrecíanse a ellos: o bien romper con los hábitos y tradiciones conservadas por sus antecesores de la misma sangre, abolir la cohesión de los territorios, y formar con todos esos restos un cierto número de soberanías distintas, libres de constituirse según las conveniencias de la época que empezaba; o bien permanecer fieles a la obra consagrada por los cuidados de tantos emperadores salidos de la nueva raza, pero modificando esa obra con cierto conjunto de anomalías, vueltas indispensables.

Dentro de este último sistema, la organización de Honorio quedaba a salvo en cuanto a lo esencial. La romanidad, es decir, según la firme convicción de los tiempos, la civilización, proseguía su curso.

Los bárbaros retrocedieron ante la idea de dañar una cosa tan necesaria; persistieron en el papel conservador, adoptado por los emperadores de origen bárbaro, y escogieron el segundo partido; no dividieron el mundo romano en tantas parcelas como naciones había. Lo dejaron muy entero, y, en lugar de convertirse en sus destructores reclamando la posesión del mismo, no quisieron tener sino el usufructo.

Para poner en ejecución esa idea, inauguraron un sistema político de un aspecto sumamente complejo. Se vió imperar en él, a un tiempo, determinadas reglas tomadas del antiguo derecho germánico, y máximas im-

periales, y teorías mixtas formadas de ambos órdenes de concepciones.

El rey, el *konungr,* pues no se trataba aquí en modo alguno ni del *drottinn,* ni del *graff,* sino del caudillo guerrero, conductor de invasión y huésped de los guerreros, revistió un doble carácter. Para los hombres de su raza, constituyó un general perpetuo y para los Romanos fué un magistrado investido de la autoridad de emperador. Frente a los primeros, sus éxitos tenían la consecuencia de atraer y conservar mayor número de combatientes alrededor de sus banderas; frente a los segundos, la de extender los límites geográficos de su jurisdicción. Por otra parte, el *konungr* germánico no se consideraba en modo alguno como el soberano de los países que se hallaban bajo su poder. La soberanía no pertenecía sino al Imperio; era inalienable e incomunicable; pero como magistrado romano, el *konungr* disponía de las propiedades con una libertad absoluta. Usaba plenamente del derecho de colonizar a sus compañeros, lo cual era sencillo a los ojos de todos. Les distribuía, según las costumbres de su nación, una parte de las tierras de rendimiento, y concedía así el uso romano juntamente con el uso germánico; organizaba de ese modo un sistema mixto de tenencias nuevas de los beneficios reversibles en virtud de principios germánicos y de principios romanos, lo que se llamaba y se llama aún *feods*; o incluso constituía a su voluntad tierras alodiales, con la diferencia fundamental, sin embargo — que distinguía completamente esas concesiones de los antiguos *odeles* —, de que era la voluntad real quien las hacía, y no la acción libre del propietario. Sea lo que fuere, *feod* u *odel,* el jefe que los daba a sus hombres poseía sobre la provincia el derecho de propiedad, o más bien de libre disposición, como delegado del emperador, pero no el alto dominio.

Tal era la situación de los Merovingios en las Galias. Cuando uno de ellos se hallaba en su lecho de muerte, no podía ocurrírsele la idea de legar provincias a sus hijos, puesto que él mismo no las poseía. Establecía, pues, el reparto de su heredad sobre principios muy distintos. En tanto que jefe germánico, no disponía sino del mando de un número más o menos considerable de guerreros y ciertas propiedades rurales que le servían para sostener a este ejército. Eran esa banda y esos dominios los que le conferían la dignidad de rey, que sin embargo no poseía. En tanto que magistrado romano, no tenía sino el producto de los impuestos percibidos en las diferentes partes de su jurisdicción, según los datos del catastro imperial.

Ante esta situación, y queriendo igualar lo mejor posible las partes de sus hijos, el testador asignaba a cada uno de ellos una residencia rodeada de guerreros pertenecientes, en cuanto era posible, a una misma tribu. Era ese el dominio germánico, y hubieran bastado una alquería y una veintena de campeones para autorizar al joven Merovingio, el cual no hubiera obtenido más de haber llevado el título de rey.

En cuanto al dominio romano, el jefe expirante lo fraccionaba con mucho menos escrúpulo todavía, puesto que no se trataba sino de valores mobiliarios. Distribuía, pues, en porciones diversas, a varios herederos, los ingresos de las aduanas de Marsella, de Burdeos o de Nantes.

Los Germanos no tenían por principal objetivo salvar lo que se llama la unidad romana. No era aquello a sus ojos sino una manera de conservar la civilización, y de ahí que se sometiesen. Sus esfuerzos, para esa meri-

toria finalidad, fueron de los más extraordinarios, y rebasaron aún lo que se había podido observar en este sentido entre un gran número de emperadores. Parecerá que después del establecimiento en masa en el seno de la romanidad, la barbarie se arrepintió de haber prestado demasiado poca atención a las mismas futilidades del estado social por ella admirado. Todos los escritores contaban con la más honrosa acogida en la corte de los reyes vándalos, godos, francos, burgondos o longobardos. Los obispos, aquellos verdaderos depositarios de la inteligencia poética de la época, no escribían sólo para sus monjes. La raza de los mismos conquistadores se puso a manejar la pluma, y Jornandes, Pablo Warnefrid, el anónimo de Ravena, y muchos otros cuyos nombres y obras han perecido, demostraban de sobra el gusto de su raza por la cultura latina. Por otro lado, los conocimientos más específicamente nacionales no caían en olvido. Se cortaban *runas* en la mansión del rey Hilperico, quien, preocupado de las imperfecciones del alfabeto romano, empleaba sus momentos de ocio en reformarlo. Los poetas del Norte ocupaban un puesto de honor, y las hazañas de los antepasados, fielmente cantadas por las nuevas generaciones, servían para demostrar que éstas no habían abdicado las enérgicas cualidades de su raza.

Al mismo tiempo, los pueblos germánicos, imitando lo que observaban entre sus súbditos, se ocuparon activamente en regularizar su propia legislación, según las necesidades de la época y del ambiente en que se hallaban situados. Si su atención fué desvelada por el trabajo ajeno, su inteligencia no procedió en modo alguno de una manera servil, ni en el método ni en los resultados.

Habiéndose impuesto la obligación de respetar y, por consiguiente, de reconocer los derechos de los Romanos, fué para ellos cosa obligada darse exacta cuenta de los suyos, y establecer una especie de concordancia o, mejor, de paralelismo entre los dos sistemas que intentaban hacer vivir uno enfrente de otro. De esta dualidad, tan francamente aceptada y aun cultivada, se derivó un principio de alta importancia y cuya influencia no ha cesado nunca por completo. Fué el de reconocer, de comprobar, de estipular que no existía distinción orgánica entre las diversas tribus, las diversas naciones llegadas del Norte, dondequiera que se estableciesen y de cualquier modo que se denominasen, desde el momento que eran germánicas. A favor de ciertas alianzas, un pequeño número de grupos algo más que semieslavos lograron hacerse admitir dentro de aquella gran familia, y sirvieron más tarde de pretexto, de intermediario para unir a ella, con menos fundamento aún, a varios de sus hermanos. Pero esta extensión no ha sido bien sentida ni bien aceptada por el espíritu occidental. Los Eslavos le son tan extraños como los pueblos semíticos del Asia Anterior, con los cuales se halla ligado casi de la misma manera por las poblaciones de Italia y de España.

Vemos, pues, que el genio germánico era muy generalizador, a la inversa de las naciones antiguas. Aun cuando partió de una base al parecer más estrecha que las instituciones helenísticas, romanas o célticas, y aun cuando los derechos del hombre libre, individualmente considerado, fuesen para él lo que los derechos de la ciudad para los otros, la noción que de ellos se formaba y que difundía con una imprevisión tan soberbia, le

condujo infinitamente más lejos de lo que él mismo había pensado. Nada más natural: el alma de este derecho personal era el movimiento, la independencia, la vida, la adaptación fácil a todas las circunstancias ambientes; el alma del derecho cívico era la servidumbre, como su suprema virtud era la abnegación.

Pese al profundo desorden étnico en medio del cual aparecía el Ario Germano, y aun cuando su propia sangre no fuese absolutamente homogénea, ponía todo su cuidado en circunscribir, en precisar dos grandes categorías ideales dentro de las cuales encerraba a todas las grandes masas sometidas a su arbitrio; en principio, no reconocía sino la romanidad y la barbarie. Era ese el lenguaje consagrado. Esforzábase en ajustar lo menos mal posible aquellos dos elementos en lo futuro constitutivos de la sociedad occidental, y cuyas asperezas debían ser limadas por la labor de los siglos, suavizando los contrastes y determinando la amalgama. Que semejante plan y que los gérmenes en él depositados fuesen superiores en fecundidad y preparasen para el futuro más bellos frutos que las más resplandecientes teorías de la Roma semítica, sería ocioso discutirlo. Dentro de esa última organización — ha podido comprobarse —, mil pueblos rivales, mil costumbres enemigas, un millar de restos de civilizaciones discordantes se hacían una guerra clandestina. No podía apuntar la menor tendencia a escapar de una confusión tan monstruosa, sin correr el riesgo de caer en otra todavía más horrible. Por todo lazo, el catastro, los reglamentos niveladores del Fisco, la imparcialidad negativa de la ley; pero nada superior que preparase, que forzase el advenimiento de una moralidad nueva, de una comunidad de sentimientos, de una tendencia unánime entre los hombres, ni nada que anunciase aquella civilización sagaz que es la nuestra, y que no habríamos alcanzado nunca si la barbarie germánica no hubiese aportado los más preciosos injertos y no se hubiese impuesto la misión de hacerlos desarrollar sobre el débil tallo de la romanidad, pasiva, dominada, constreñida, nunca simpática.

He recordado alguna vez en el curso de estas páginas, y no fué inútilmente, que los grandes hechos que describo, las importantes evoluciones que señalo, no se operan en modo alguno por efecto de la voluntad expresa y directa de las masas o de tales o cuales personajes históricos. Causas y efectos, todo se desarrolla, por el contrario, muy generalmente, a espaldas o en oposición a las ideas de aquellos que allí intervienen. No me ocupo de trazar la historia de los cuerpos políticos, ni de las acciones buenas o malas de sus dirigentes. Por entero atento a la anatomía de las razas, tengo únicamente en cuenta sus resortes orgánicos y las consecuencias fatales que de ellos se derivan, no desdeñando lo restante, sino dejándolo a un lado cuando no sirve para explicar el punto que se discute. Si apruebo o si censuro, mis palabras no tienen sino un sentido comparativo y, por decirlo así, metafórico. En realidad, no es un mérito real para las encinas el que eleven a través de los siglos sus frentes majestuosas, coronadas con una verde diadema, como el césped el secarse en pocos días. Unos y otros no hacen sino conservar su sitio dentro de las series vegetales, y su fortaleza o su debilidad responden igualmente a los designios de Dios que los ha creado. Pero no me disimulo tampoco que la libre acción de las leyes orgánicas, a las cuales limito mis investigaciones, está con frecuencia

retardada por la intervención de otros mecanismos que le son extraños. Hay que pasar sin extrañeza por encima de estas perturbaciones momentáneas, que no pueden cambiar el fondo de las cosas. A través de todos los rodeos hacia los cuales las causas segundas pueden arrastrar las consecuencias étnicas, estas últimas acaban siempre por encontrar de nuevo sus naturales sendas. A ellas tienden imperturbablemente y no dejan nunca de hallarlas. Así es cómo aconteció con el sentimiento conservador de los Germanos hacia la romanidad. En vano fué combatido y a menudo oscurecido por las pasiones que le servían de escolta; al final realizó su tarea. Se resistió a la destrucción del Imperio en tanto éste representó un cuerpo de pueblos, un conjunto de nociones sociales diferentes de la barbarie. Tan firme se mantuvo en ese propósito y tan inexpugnable, que lo conservó incluso durante un espacio de cuatro siglos en que se vió obligado a suprimir el emperador en el Imperio.

Esta situación de un Estado despótico falto de cabeza no era, por lo demás, tan extraña como puede parecer a primera vista. Dentro de una organización como la romana en que la herencia monárquica no había existido nunca y en que la elección del jefe supremo, indiferentemente ejecutado por el predecesor, por el Senado, por el pueblo o por uno de los ejércitos, hallaba su validez en el solo hecho de su mantenimiento; dentro de semejante orden de cosas, no es la regularidad de las cuestiones al trono lo que puede llevar a conocer que el cuerpo político continúa viviendo, y menos aún el cuerpo social. El único criterio admisible, es la opinión de los contemporáneos a este respecto. Y no importa que esta opinión esté fundada en hechos especiales, como, por ejemplo, la continuidad de instituciones seculares, cosa en todo tiempo desconocida en una sociedad en perpetua refundición, o bien la residencia del poder continuada en una misma capital, lo que tampoco había tenido lugar; basta que la convicción existente sobre ese particular se deba al encadenamiento de ideas, aun transitorias y dispares, pero que, engendrándose unas a otras, crean, a pesar de la rapidez de su sucesión, un sentimiento de duración en el ambiente asaz vago en el cual se desarrollan, mueren y son incesantemente reemplazadas.

Era el estado normal dentro de la romanidad, y he aquí por qué, cuando Odoacro hubo declarado inútil la persona de un emperador de Occidente, nadie pensó tampoco que por efecto de esa medida el Imperio de Occidente cesase de existir. Únicamente se juzgó que empezaba una nueva fase; y del mismo modo que la sociedad romana había sido gobernada, primero, por jefes no distinguidos con ningún título y luego por otros que se habían otorgado el nombre de César y otros que habían establecido una distinción entre los Césares y los Augustos, y que en lugar de imponer una dirección única al cuerpo político, imprimiéronle dos y luego cuatro, así también se aceptó que el Imperio prescindiese de un representante directo y dependiese muy superficialmente, y sólo en la forma, del trono de Constantinopla, y obedeciese, sin disolverse y conservándose siempre el Imperio de Occidente, a magistrados germánicos, que, cada cual en los países de su jurisdicción, aplicaban a los pobladores las leyes especiales instituídas antaño para su propio uso por la Jurisprudencia romana. Odoacro no había, pues, llevado a cabo sino una simple revolución palaciega mu-

cho menos importante de lo que parecía; y la prueba más palpable que cabe dar de ello, es la conducta que observó más tarde Carlomagno y la forma cómo se llevó a cabo en su persona la restauración del uso de la corona imperial.

El rey de los Hérulos había desposeído al hijo de Oreste en 475; Carlomagno fué entronizado, y terminó el interregno en 801. Ambos acontecimientos estuvieron separados por un período de unos cuatro siglos, y de cuatro siglos llenos de acontecimientos considerables, muy capaces de borrar de la memoria de los hombres todo recuerdo de la antigua forma de gobierno. ¿Cuál es, por lo demás, la época en que no resultaría insensato empeñarse en reanudar un orden de cosas que había quedado interrumpido desde cuatro siglos atrás? Si pudo hacerlo Carlomagno, débese a que en realidad no resucitó ni el fondo ni siquiera la forma de las instituciones, y a que no hizo sino restablecer un detalle que pudo descuidarse algún tiempo sin peligro, y que se recobraba sin anacronismo.

El Imperio, la romanidad, habíanse sostenido constantemente enfrente de la barbarie y por sus cuidados. La coronación del hijo de Pepino no hizo más que devolverle uno de los rodajes que, con tantos otros, desaparecidos para siempre, habían funcionado antiguamente en su seno. El incidente era notable, pero no tenía nada de vital; lo cual se demuestra perfectamente en el examen de los motivos que habían prolongado tanto tiempo el interregno.

Luego de haber juzgado razonable, en otro tiempo, que el jefe de la sociedad romana procediese de una familia latina, consintióse muy pronto en sacarlo de otra parte cualquiera de Italia; después, en fin y exclusivamente, de los campamentos, y entonces dejó ya de inquirirse su origen. Sin embargo, quedó siempre convenido, y sobre ese punto el buen sentido no podía flaquear apenas, que el emperador debía revestir por lo menos las formas exteriores de los pueblos que regía, ostentar uno de los nombres familiares a sus oídos, vestir como ellos y hablar, bien o mal, la lengua corriente, la lengua de los decretos y de los diplomas. En la época de Odoacro, las distinciones exteriores entre los vencedores y los vencidos eran todavía demasiado acusadas para que la violación de esas reglas no escandalizase a los mismos que hubieran querido vulnerarlas en provecho propio.

Para los jefes germánicos, para los reyes surgidos de la familia de los Amalos o de los Merovingios, hacerse instituir patricios y cónsules constituían ambiciones permitidas y aun necesarias; el gobierno de los pueblos exigía eso. Pero, aparte de que la toma de posesión de la púrpura augustal por un jefe bárbaro, vistiendo y viviendo según los usos del Norte, rodeado de su tribu, en un palacio de madera, hubiera parecido ridículo, el ambicioso mal inspirado que lo hubiese ensayado habría tenido que vencer dificultades sumas para que su dignidad suprema fuese reconocida por numerosos adversarios, todos rivales suyos, todos iguales a él, o creyendo serlo, por la ilustración, y todos poco más o menos tan fuertes como él. La coalición de mil vanidades, de mil intereses heridos no hubieran tardado en rebajarle al nivel común, y quizá por debajo de ese nivel.

Penetrados de esta evidencia, los monarcas germánicos más poderosos no quisieron exponerse a tales peligros. Apelaron por algún tiempo al expediente de conferir a alguno de sus domésticos romanos aquella dignidad

que ellos mismos no osaban revestir, y cuando el desdichado maniquí llevaba trazas de mostrarse algo independiente, una palabra, un gesto, lo hacía desaparecer.

Todas las ventajas parecían reunirse en esta combinación. Dominando al emperador se dominaba al Imperio, y esto sin las apariencias de una usurpación demasiado osada; en una palabra, era un expediente perfectamente concebido. Por desgracia, como todo expediente, se desgastó muy pronto. La verdad se traslucía demasiado fácilmente debajo de la mentira. El Merovingio no se preocupaba ya de reconocer como soberano suyo al servidor de Odoacro ni al propio Odoacro en persona. Cada cual protestó, cada cual rechazó aquella coerción; después cada cual, luego de consultadas sus fuerzas, hízose justicia en silencio, se ejecutó modestamente: el interregno fué proclamado, y se aguardó que el equilibrio de las fuerzas hubiese cesado para reconocer a aquel que muy decididamente prevaleciese, el derecho de recomenzar la serie de emperadores.

No fué sino cuatro siglos después cuando se allanó el camino. Al comienzo de ese nuevo período, las facilidades más completas hiciéronse visibles a todos. La mayoría de naciones germánicas habíanse dejado debilitar, si no absorber por la romanidad; incluso varias de ellas habían cesado de existir como grupos distintos. Los Visigodos, asimilados a los Romanos de sus territorios, no conservaban ya entre ellos y sus súbditos ninguna distinción legal que evocase una desigualdad étnica. Los Longobardos mantenían una situación más diferenciada; otros también hacían lo mismo; con todo era indiscutible que el mundo bárbaro no tenía ya más que un único representante serio en el Imperio, y este representante era la nación de los Francos, a la cual la invasión de los Austrasios acababa de aportar un grado de energía y de fortaleza evidentemente superior al de todas las demás razas afines. El problema de la supremacía se había resuelto, pues, en favor de este pueblo.

Ya que los Francos lo dominaban todo, ya que al mismo tiempo el enlace de la barbarie y de la romanidad estaba ya bastante avanzado para que los contrastes de antaño resultasen menos vivos, el Imperio se hallaba nuevamente en situación de adjudicarse un jefe. Este jefe podía ser un Germano, Germano de hecho y de formas; ese elegido no debía ser sino un Franco; entre los Francos, nadie sino un Austrasio, nadie sino el rey de los Austrasios, y, por consiguiente, nadie sino Carlomagno. Este príncipe, aceptando todo el pasado, se presentó como el sucesor de los emperadores de Oriente, cuyo cetro acababan de heredarlo las hembras, cosa que la costumbre de Occidente no podía admitir, según él. He aquí por qué razonamiento restableció el pasado. Por lo demás, las aclamaciones del pueblo romano y las bendiciones de la Iglesia no le negaron su concurso.

Hasta entonces la barbarie había proseguido fielmente su sistema de conservación con respecto al mundo romano. En tanto aquélla se mantuvo dentro de su verdadera y nativa esencia, no se desentendió de esa idea. Después, como antes de la llegada de los primeros grandes pueblos teutónicos, hasta el advenimiento de la Edad Media hacia el siglo x, es decir, durante un período de siete siglos aproximadamente, la teoría social, más o menos claramente desarrollada y comprendida, siguió siendo ésta: la romanidad es el orden social. La barbarie no es sino un accidente, accidente

vencedor y dirigente, en verdad, pero con todo accidental y, como tal, de naturaleza transitoria.

Si se hubiese preguntado a los sabios de aquella época cuál de los dos elementos debía sobrevivir al otro, absorber al otro, aniquilarlo, indiscutiblemente hubieran contestado y efectivamente respondían celebrando la eternidad del nombre romano. ¿Era equivocada esta convicción? Sí, en cuanto se representaba la imagen incorrecta de un porvenir demasiado parecido al pasado y en demasía identificado con éste; pero, en el fondo, no resultaba equivocada sino como lo fueron los cálculos de Cristóbal Colón acerca de la existencia del nuevo mundo. El navegante genovés se equivocó en todos sus cómputos de tiempo, de distancia y de extensión. Se equivocó sobre la naturaleza de sus futuros descubrimientos. El Globo terrestre no era tan pequeño como él suponía; las tierras a las cuales iba a abordar estaban más lejos de España y eran más vastas de lo que se imaginaba; éstas no formaban parte en modo alguno del Imperio chino, y no era el árabe el idioma que en ellas se hablaba. Todos estos puntos eran radicalmente falsos; pero esta serie de ilusiones no destruía la exactitud de la aserción principal. El protegido de los Reyes Católicos tenía razón al sostener que existía en el Oeste un país desconocido.

Igualmente también, el pensamiento general de la romanidad estaba en un error al considerar el modo de cultura, del que no conservaba sino los jirones, como el tesoro y la última palabra de la perfección posible; lo estaba también al no ver en la barbarie sino una anomalía destinada a desaparecer prontamente; lo estaba aún más al anunciar como inmediata la reaparición completa de un orden de cosas tenido por admirable; y, sin embargo, pese a todos esos errores tan considerables, pese a esos sueños tan rudamente escarnecidos por los hechos, la conciencia pública estaba en lo justo al creer que, siendo la romanidad la expresión de masas humanas infinitamente más imponentes por su número que la barbarie, esa romanidad debía a la larga desgastar la raza dominatriz como las olas desgastan la roca, y sobrevivirle. Las naciones germánicas no podían dejar de disolverse un día dentro de los poderosos detritos acumulados por las razas que las rodeaban, y su energía estaba condenada a extinguirse. He aquí lo que era realmente verdad; he aquí lo que el instinto revelaba a las poblaciones romanas. Sólo que, lo repito, esa revolución debía operarse con una lentitud inimaginable por lo desesperante. Hay que añadir aún que no podía nunca ser tan radical que condujese la sociedad a su punto de partida semitizado. Los elementos germánicos debían ser absorbidos, pero no desaparecer hasta ese punto.

Ese fenómeno de absorción se produjo, y ya a partir de entonces de una manera constante. Su descomposición en el seno de los demás elementos étnicos es muy fácil de seguir. Ella aporta la razón de ser de todos los movimientos importantes de las sociedades modernas, como cabe juzgarlo fácilmente al examinar los diferentes órdenes de hechos bajo los cuales se manifiesta.

Quedó sentado ya anteriormente que toda sociedad se fundaba en tres clases primitivas, representando cada una una variedad étnica: la nobleza, imagen más o menos parecida a la raza victoriosa; la burguesía, compuesta de mestizos un tanto afines con la gran raza; el pueblo, esclavo, o por lo

menos muy deprimido, como perteneciente a una variedad humana inferior, negra en el Sur, finesa en el Norte.

Estas nociones radicales fueron enturbiadas en todas partes desde buen comienzo. Pronto se conocieron más de tres categorías étnicas; por consiguiente, mucho más de tres subdivisiones sociales. Sin embargo, el espíritu que había fundado aquella organización ha permanecido siempre despierto; lo está todavía; no ha tenido que desmentirse nunca a sí mismo, y se muestra hoy tan severamente lógico como nunca.

Desde el momento que las superioridades étnicas desaparecen, ese espíritu no tolera por mucho tiempo la existencia de las instituciones formadas por ellas y que les sobreviven. No admite la ficción. Revoca primero la denominación nacional de los vencedores, y hace dominar la de los vencidos; después reduce a la nada el poderío aristocrático. Mientras destruye así desde la cima todas las apariencias que no tienen el derecho real y material de existir, no admite ya sino con una repugnancia creciente la legitimidad de la esclavitud; ataca, pues, y hace vacilar aquel estado de cosas. Lo restringe y finalmente lo abole. Multiplica, en un desorden inextricable, los infinitos matices de las posiciones sociales, llevándolas cada día más hacia un nivel común de igualdad; en una palabra, hacer descender las sumidades, realzar los fondos, he aquí su tarea. Nada es tan a propósito para percibir bien las diferentes fases de la amalgama de las razas como el estudio del estado de las personas en el ambiente en que se las observa. Así, tomemos ese lado de la sociedad germánica del siglo V al siglo IX, y, empezando por los puntos más culminantes, consideremos a los reyes.

A partir del siglo II antes de nuestra era, los Germanos de nacimiento libre reconocían entre sí diferencias de origen. Calificaban de hijos de los dioses, de hijos de los Ases, a los hombres nacidos de las familias más ilustres, de las únicas que gozaban del privilegio de proporcionar a las tribus aquellos magistrados poco obedecidos, pero muy glorificados, que los Romanos denominaban príncipes suyos. Los hijos de los Ases, como su nombre lo indica, descendían del tronco ario, y el solo hecho de que fuesen colocados al margen del cuerpo entero de los guerreros y de los hombres libres, demuestra que se reconocía en la sangre de estos últimos la existencia de un elemento que no era originariamente nacional y que les asignaba un sitio por debajo del primero. Esta consideración no impedía que esos hombres no fuesen muy importantes, ni poseyesen los *odeles*, ni tuviesen incluso el derecho de mandar y de convertirse en jefes guerreros. Equivale a decir que les era factible dárselas de conquistadores y de erigirse en reyes más verdaderamente que los hijos de los Ases, si éstos se avenían a permanecer confinados dentro de su grandeza en el fondo de los territorios escandinavos.

Estaba allí el príncipe; pero no parece que las grandes naciones germánicas del extremo Norte, las que renovaron la faz del mundo, hubiesen nunca, en tanto fueron arias, abandonado sus más importantes posesiones a individuos de sangre común. Cuando hicieron su aparición en el Imperio romano, tenían demasiada pureza de sangre para admitir que sus jefes pudiesen carecer de ella. Todos pensaron a ese respecto como los Hérulos, y actuaron igualmente. No colocaron a la cabeza de sus bandas sino a Arios puros, sino a Ases, a hijos de dioses. Así, posteriormente al siglo V, deben

considerarse las tribus reales de las naciones teutónicas como de extracción pura. Ese estado de cosas no duró mucho tiempo. Estas familias selectas no se enlazaban entre sí ni se atenían, en sus casamientos, a principios muy rígidos; su raza se resintió de ello, y, en su decadencia, descendieron por lo menos a la categoría de sus guerreros. Las ideas que poseían sufrieron análogas modificaciones al perder, con ello, su valor absoluto. Los reyes germánicos se hicieron accesibles a ideas desconocidas de sus antepasados. Se sintieron extremadamente seducidos por las formas y resultados de la administración romana, y mucho más inclinados a desarrollarlas y a ponerlas en práctica que favorables a las instituciones de sus pueblos. Estas no les confería sino una autoridad precaria, difícil y penosa de conservar; no les atribuía sino derechos erizados de restricciones. En todo momento les imponía el deber de contar con sus hombres, de acoger sus opiniones, de respetar sus voluntades, de inclinarse ante sus escrúpulos, sus simpatías o sus prejuicios. En cada circunstancia, era preciso que el jefe de los Godos o el merovingio de los Francos pulsase la opinión antes de decidir; se tomase el trabajo de halagarla, de persuadirla, o, si la violentaba, temiese las explosiones que estaban autorizadas por la ley, la cual no consideraba el regicidio sino como una forma corriente de asesinato. Muchas penas, preocupaciones, fatigas, hazañas obligadas, generosidades, esas eran las duras condiciones del mando. Cuando éstas habían sido cumplidas y debidamente llenadas, se recompensaban con honores mezquinos y homenajes dudosos que no ponían, a quien de ellos era objeto, a cubierto de las amonestaciones brutalmente sinceras de sus fieles.

Del lado de la romanidad, ¡cuánta diferencia! ¡cuántas ventajas sobre la barbarie! La veneración para quien empuñaba el cetro, fuese quien fuese, no tenía límites; leyes severas, reunidas como un parapeto alrededor de su persona, castigaban con el mayor de los suplicios y de las ignominias la más leve ofensa a aquella radiante majestad. Allí donde fijaba la mirada el soberano, todo era prosternación, obediencia absoluta; nunca la menor contradicción; siempre el máximo celo. Existía ciertamente una jerarquía social. Se distinguía entre senadores y plebe; pero era esa una organización que no producía, como la de las tribus germánicas, individualidades poderosas, en condiciones de oponerse a la voluntad del príncipe. Por el contrario, los senadores, los curiales, no existían sino para actuar de resortes pasivos de la sumisión general. El temor del poderío material de los emperadores no era lo único en fomentar y perpetuar semejantes doctrinas. Estas eran naturales en la romanidad, y, teniendo su origen en la naturaleza semítica, considerábanse como exigidas e impuestas por la conciencia pública. No le era posible a un hombre honrado, a un buen ciudadano, repudiarlas, sin faltar a la ley, a la regla, a la costumbre, a toda la teoría de deberes políticos, y sin herir, por tanto, la conciencia.

Los reyes germánicos, al contemplar ese cuadro, lo encontraron sin duda admirable. Comprendieron que la más satisfactoria de sus atribuciones era la de magistrado romano, y que el gran ideal sería el hacer desaparecer entre ellos mismos y entre sus familiares el carácter germánico para llegar a no ser ya sino los felices poseedores de una autoridad neta y simple, y muy atrayente, puesto que era ilimitada. Nada más natural que esta ambición; mas, para que se realizase, era preciso que los elementos germánicos se pres-

tasen a ello. Sólo el tiempo, facilitando ese resultado de las mezclas étnicas, podía algo en ello.

Entre tanto, los reyes mostraron una marcada predilección por sus súbditos romanos tan respetuosos, y los retuvieron, todo lo posible, cerca de su persona. Los admitieron muy gustosamente dentro de aquel círculo íntimo de los compañeros que denominaban su «truste», su camarilla, y ese favor, en definitiva inquietante y vejatorio para los guerreros nacionales, no pareció sin embargo haber producido el efecto de tal. Según la manera de ver de éstos, el jefe tenía derecho a tomar bajo su servicio a cuantos juzgase indicados. Era entre ellos un principio original. Su completa tolerancia tenía sin embargo razones aún más profundas.

Los campeones de origen libre, que no eran comparables a sus jefes por el nacimiento y no pertenecían ya al linaje puro de los Ases, por lo menos en su mayoría, puesto que habían sufrido algunas modificaciones étnicas antes del siglo V de nuestra era, naturalmente estaban dispuestos a sufrir otras nuevas. Ciertas leyes locales oponían, en verdad, algunos obstáculos a ese peligro. Determinadas tribus nacionales no estaban autorizadas para contraer matrimonios entre sí; el código de los Ripuarios, al permitirlo a las poblaciones entre las cuales regía y a los Romanos, señalaba con todo una decadencia para los productos de esos enlaces mixtos. Los despojaba de antemano de las inmunidades germánicas, y, sometiéndolos al régimen de las leyes imperiales, los incorporaba a la multitud de los súbditos del Imperio. Esta lógica y esta manera de proceder no hubiesen sido desaprobadas en la India; pero, en suma, no eran más que restricciones muy imperfectas; no tuvieron el poder de neutralizar la atracción que la romanidad y la barbarie ejercían una sobre otra. Pronto las concesiones de la ley aumentaron, las reservas desaparecieron, y, antes de la extinción de los Merovingios, la clasificación de los habitantes de un territorio bajo tal o cual legislación, había cesado de fundarse en el origen. Recordemos que entre los Visigodos, mucho más avanzados aún, toda distinción legal entre bárbaro y Romano había cesado incluso de existir.

Los vencidos se rehacían, pues, en todas partes; y, como podían aspirar a los honores germánicos, es decir, a ser admitidos entre los leudes del rey, entre sus íntimos, sus confidentes, sus lugartenientes, era muy natural que el Germano, a su vez, pudiese tener motivos de ambicionar su alianza. Los Galos y los Italianos se encontraron así en el mismo plano que sus dominadores, y, además, les mostraron también que poseían una joya digna de rivalizar con todas las suyas: era la dignidad episcopal. Los Germanos comprendieron perfectamente la grandeza de esta situación: la desearon ardientemente, la obtuvieron, y pudo verse así cómo ciertos individuos salidos de la masa dominada convirtiéronse en familiares del hijo de Odin, al paso que varios de los dominadores, despojándose de los ornamentos y las armas de los héroes germánicos para empuñar el báculo y el palio del sacerdote romano, se erigían en mandatarios y, como se decía, en defensores de una población romana, y, llegando con ella a una completa fraternidad, repudiaban su ley natal para aceptar la de Roma.

Al mismo tiempo, en otro punto de la organización social, se produjo otra innovación. El *arimán*, el *bonus homo*, que, en los primeros días de la conquista, afectaba odiar la residencia en las ciudades, fué abandonando

poco a poco la campiña para instalarse en ellas, donde tomaba asiento al lado del curial.

La posición de éste, espantosa bajo la vara de hierro de los pretorios imperiales, había mejorado en todas formas. Las exacciones menos regulares, si no menos frecuentes, habían resultado más soportables. Los obispos, encargados de la pesada carga de la protección de las ciudades, se habían dedicado a facilitar a los Senados locales la tarea de secundarles. Habían defendido la causa de aquellas aristocracias cerca de los soberanos de sangre germánica, y éstos, no encontrando sino muy natural que se les encargase la administración de los intereses de sus conciudadanos, les dieron ocasión de llegar a ser infinitamente más importantes que nunca. Por lo demás, el resultado habitual de todas las conquistas operadas por naciones militares es el acrecentamiento de la influencia de las clases ricas vencidas en las municipalidades. Con el consentimiento de los patricios bárbaros, los curiales substituyeron a las numerosas variedades y categorías de funcionarios imperiales, que desaparecieron. La policía, la justicia, todo lo que no era regalía fué a parar a sus manos; y como la industria y el comercio enriquecían a las ciudades, y era en éstas donde la religión y los estudios tenían su sede, y los santuarios más venerados atraían y retenían a una multitud devota o especuladora, sin contar los criminales que se reunían allí a centenares para acogerse al derecho de asilo, mil consideraciones operaron entre los arimanes aquel cambio de ideas y de maneras que tanto hubiera indignado a sus antepasados. Se les vió deleitarse en las ciudades y vivir en ellas de asiento; y he aquí cómo se convirtieron también en curiales; cómo, bajo su influencia, este nombre latino fué abandonado para aceptar el de *bonus homo*. Hubo *boni homines* de origen longobardo, franco, visigótico, lo mismo que de origen romano.

Mientras los príncipes, los jefes y los hombres libres de la romanidad y de la barbarie iban acercándose, las clases inferiores hacían lo mismo, y además se elevaban. El régimen imperial había consagrado antaño la existencia de varias situaciones intermedias entre la esclavitud completa y la libertad completa. Bajo la administración germánica esos matices fueron multiplicándose, y la esclavitud absoluta perdió al comienzo mucho terreno. Estaba atacada hacía muchos siglos por el instinto general. La filosofía le había hecho una ruda guerra desde la época pagana; la Iglesia habíale asestado más serios golpes todavía. Los Germanos no se mostraron dispuestos ni a restablecerla, ni siquiera a defenderla; dieron toda libertad a las manumisiones; declararon, con los obispos, que retener en la esclavitud a cristianos, a miembros de Jesucristo, era en sí un acto ilegítimo. Pero estaban en situación de ir mucho más allá, y lo hicieron. La política de la antigüedad, que había consistido sobre todo en actuar dentro del recinto de las ciudades y que no había creado sus instituciones principales sino para la población urbana, se mostró siempre medianamente preocupada de la suerte de los trabajadores rurales. Los Germanos tenían un punto de vista muy distinto, y, apasionados por la vida del campo, consideraban a sus gobernados de una manera más imparcial: no sentían preferencia teórica por ninguna categoría de trabajadores campesinos, y por esto mismo podían regular de una manera equitativa los destinos de todos.

La esclavitud fué pues abolida o poco menos bajo su administración.

La transformaron en una condición mixta en la cual el hombre gozó de la libre disposición de su cuerpo garantizada por las leyes civiles, la Iglesia y la opinión pública. El obrero rústico fué reconocido con aptitud para poseer y también para ingresar en las Órdenes sagradas. La ruta de las más altas dignidades y de las más envidiadas, estuvo abierta ante él. Pudo aspirar al episcopado, posición superior a la de un general del ejército, en opinión de los mismos Germanos. Esta concesión transformaba de una manera muy favorable la situación de las personas serviles que habitaban en los dominios particulares; pero ejerció una influencia más poderosa todavía sobre los esclavos de los dominios reales. Estos *fiscalini* pudieron convertirse y se convirtieron muy a menudo en mercaderes sumamente opulentos, en favoritos del príncipe, en leudes, en condes encargados del mando de los guerreros de condición libre. No hablo de sus hijas, que los caprichos del amor elevaron más de una vez hasta el mismo trono.

Las clases más ínfimas se encontraron con que se habían elevado al rango de otra serie romana: los colonos, quienes a su vez ascendieron en igual proporción. En la época de Julio César habían sido agricultores libres; bajo la deletérea influencia de la época semitizada, su posición llegó a ser muy triste. Las Constituciones de Teodosio y de Justiniano los habían sujetado indisolublemente a la gleba. Se les había dejado la facultad de adquirir inmuebles, pero no la de venderlos. Cuando el suelo cambiaba de propietario, cambiaban con él. El acceso a las funciones públicas les estaba rigurosamente vedado. Igualmente les estaba prohibido demandar en justicia a sus superiores, mientras que éstos podían a su antojo castigarlos corporalmente. En fin, se les había prohibido también el porte y uso de armas; esto, dentro de las ideas de la época, era deshonrarlos.

La dominación germánica abolió casi todas estas disposiciones, y en cuanto a las que se olvidó de hacer desaparecer, toleró que fuesen infringidas constantemente. Bajo los Merovingios, pudo verse a colonos que poseían siervos. Un enemigo muy encarnizado de las instituciones y de las razas del Norte ha confesado que la condición de los tales en aquella época no tuvo nada de mala (1).

La tarea de los elementos teutónicos, actuando dentro del Imperio, tendió así durante cuatro siglos, desde el siglo V hasta el siglo IX, a mejorar la posición de las clases bajas y a fortalecer el valor intrínseco de la romanidad. Era la consecuencia natural de la mezcla étnica que hacía circular hasta el fondo de las multitudes la sangre de los vencedores. Cuando apareció Carlomagno, la obra estaba bastante avanzada para que la idea de proseguir los métodos imperiales pudiese hacer presa en su espíritu; pero él, lo mismo que los demás, no se daba cuenta de que los hechos que parecían a primera vista favorecer una restauración, anunciaban, por el contrario, una grande y profunda revolución, determinaban el advenimiento completo de relaciones nuevas dentro de la sociedad. No había en el mundo ni voluntad ni genio que pudiese impedir la explosión de las causas llegadas en silencio a su completa madurez.

La romanidad había recobrado energía, pero no en todas partes en iguales dosis. La barbarie había casi desaparecido como organismo; pero su

(1) Guérard, *Polyptique d'Irminon*, t. I, *passim*.

influencia dominaba en más de un país, y en tales lugares, lejos de quedar ahogada por el elemento latino, es, por el contrario, éste quien fué absorbido por ella. De ello se originaron por doquier imperiosas disposiones esporádicas, y el poder de ejecutarlas.

En el Sur de Italia reinaba una confusión más profunda que nunca. Las poblaciones antiguas, débiles restos bárbaros, aluviones griegos incesantes, después Sarracenos en masa, fomentaban allí el desorden con la preponderancia semítica. No preponderaba allí ningún pensamiento, ni existía una fuerza bastante grande para imponerse largo tiempo. Era un país condenado para siempre a las ocupaciones extranjeras, o a una anarquía más o menos bien disfrazada.

En el Norte de la Península, la dominación de los Lombardos era indiscutible. Estos Germanos, poco asimilados a la población romanizada, no compartían su indiferencia por la supremacía de una raza germánica diferente de la suya. Como no eran muy numerosos, Carlomagno podía vencerlos; eso era todo. Su nacionalidad no podía ahogarla.

En España, el Sur y el Centro no pertenecían ya al Imperio; la invasión musulmana los había anexionado a los vastos Estados del califa. En cuanto al Noroeste, donde se hallaban establecidos los descendientes de los Suevos y de los Visigodos, presentaba en las masas inferiores muchos más elementos celtíberos que romanos. De ahí un sello especial que distinguía aquellos pueblos de los habitantes de la Francia meridional como de los Moros, aunque en menor grado.

La sangre de Aquitania, dotada de alguna afinidad con la de los Navarros y de los habitantes de Galicia por sus elementos originariamente indígenas, tenía además un aluvión romano muy rico y un aluvión bárbaro de alguna densidad, sin equivaler al de la España septentrional.

En Provenza y en el Languedoc, la capa romana era tan considerable y el fondo céltico sobre el cual se había formado estaba tan dominado por ella, que uno hubiera podido creerse allí en la Italia central, tanto más cuanto que las invasiones sarracenas mantenían una infiltración semítica que no carecía de poder. Los Visigodos, tras de una estancia en que su sangre se había adulterado mucho, retiráronse en parte a España, mientras la otra estaba en vías de ser absorbida definitivamente por la población nativa. Hacia el Este, grupos borgoñones, y en todas partes algunos Francos, dirigían aquel conjunto muy poco homogéneo, aunque sin dominarlo en absoluto.

La Borgoña y la Suiza occidental, comprendiendo en ésta la Sabcya y los valles del Piamonte, habían conservado muchos elementos célticos. En el primero de esos países, en verdad, el elemento romano era el más fuerte, pero en los otros lo era menos, y sobre todo el elemento borgoñón aportó muchos detritos célticos de Alemania que se habían aliado fácilmente con el viejo fondo del país. Francos, Longobardos, Godos, Suevos y otros restos germánicos, incluso Eslavos, impedían que aquellos países ofreciesen un conjunto muy homogéneo; ofrecían, sin embargo, mayor semejanza entre sí que con sus vecinos. En las fronteras del Norte, se parecían considerablemente a los pueblos que permanecieron en Germania.

La Francia central era sobre todo galorromana. De todos los bárbaros que habían penetrado allí, sólo reinaban los Francos. Las poblaciones pri-

meras no tenían un color tan semitizado como en la Provenza; se parecían en mayor grado a las del Alta Borgoña. Había además, dentro de la mezcla general, la diferencia de mérito entre los elementos germánicos de ambos países, pues los Francos valían más que los Borgoñones; por lo demás, los Francos, aunque en pequeño número entre estos últimos, prevalecían aún sobre ellos.

Al Oeste de la Galia central se abría la Pequeña Bretaña. Las poblaciones apenas romanizadas de aquella península habían recibido, no pocas veces, emigraciones de la gran isla. No eran puramente célticas, sino de origen belga, por consiguiente germanizadas, y, en el curso de los tiempos, otras mezclas germánicas modificaron aún su esencia. Los Bretones del continente representaban un grupo mixto en que dominaba el elemento céltico, sin hallarse tan completamente exento de mezcla como en general se cree.

Más allá del Alto Sena y en las regiones que se sucedían hasta la desembocadura del Rin, de un lado, y, del otro, hasta el Mein y hasta el Danubio, con Hungría por frontera a Oriente, se aglomeraban multitudes en que los elementos germánicos ejercían una preponderancia más indiscutida, pero no uniforme. La parte entre el Sena y el Somme pertenecía a Francos considerablemente celtizados, con una proporción relativamente mediocre de mezcla romana semitizada. El país ribereño de mar había conservado, quizá recobrado, el nombre kínrico de *Picardaich*. En el interior de las tierras, los Galorromanos mezclados con los Francos neustrinos apenas se distinguían de sus vecinos del Sur y del Este; estaban sin embargo algo menos enérgicamente constituídos que estos últimos, y sobre todo que los del Norte. A medida que se avanzaba hacia el Rin y en dirección a los antiguos límites decumatas, nos encontrábamos más rodeados de verdaderos Francos de la rama austrasiana en la que la antigua sangre germánica existía en su más alto grado de verdor. Habíase llegado a su cuna. Puede, pues, reconocerse muy fácilmente, interrogando los relatos históricos, que allí se hallaban el cerebro, el corazón y la medula del Imperio; que allí residía la fuerza, y que allí se decidían los destinos. Todo acontecimiento que se hubiese preparado en el Rin medio, o en sus alrededores, no tenía, no podía tener más que un alcance local muy poco fecundo en consecuencias.

Remontando el río en dirección a Basilea, las masas germánicas, volviendo para celtizarse en mayor grado, se acercaban al tipo borgoñón; en el Este, la mezcla galorromana se complicaba, a partir de Baviera, con matices eslavos que iban fortaleciéndose hasta los confines de Hungría y de Bohemia, donde, resultando más acentuadas, acababan por prevalecer y formaban entonces la transición entre las naciones de Occidente y los pueblos del Nordeste y del Sudeste hasta la región bizantina.

Los grupos occidentales debían así al elemento teutónico, que los animaba a todos en grados diversos, una fuerza disyuntiva que las naciones enervadas del mundo romano no habían poseído. La época terminaba allí donde los bárbaros no habían podido y debido ver en el fondo étnico regido por ellos sino una masa opuesta a su masa. Mezclados después a ella, habían adquirido otro punto de vista; no estaban ya marcadas sino por desemejanzas enteramente nuevas, escindiendo el conjunto de las multitudes de las cuales ellos mismos resultaban formar parte. Fué pues en el mismo momento en que la romanidad creía haber conquistado la barbarie cuando

experimentó precisamente los efectos más graves de la accesión germánica. Hasta Carlomagno, había conservado todo lo externo así como lo interno de su existencia. A partir de él, la forma material cesó de existir, y, aunque su espíritu no hubiese desaparecido del mundo como no ha desaparecido tampoco el espíritu asirio ni el espíritu helenístico, entró en una fase comparable a los intentos de rejuvenecimiento de Esón (1).

Sea lo que fuere, lo repito, su espíritu no pereció. Ese genio, que representaba la suma de todos los restos étnicos hasta entonces amalgamados, resistió, y, durante el tiempo en que estuvo constreñido a prescindir de manifestaciones exteriores muy evidentes, mantuvo por lo menos su posición por un medio que no deja de ser digno de mención. Fué un fenómeno completamente opuesto al que había tenido efecto entre la época de Odoacro y la del hijo de Pepino. Durante aquel período, el Imperio había subsistido sin el emperador; aquí el emperador subsistió sin el Imperio. Su dignidad, adscrita de algún modo a la majestad romana, se esforzó durante varios siglos en conservarle un aspecto de continuador y de heredero. Fueron todavía las poblaciones germánicas las que, desplegando en esta ocasión el instinto, el gusto obstinado de la conservación en ellas natural, dieron un nuevo ejemplo de esa lógica y de esa tenacidad que sus hermanos de la India no poseyeron en un grado más elevado, aunque aplicándolo de otra manera.

Nos resta ver ahora practicadas las virtudes típicas de la raza por las últimas ramas arias que Escandinavia envió hacia el Sur: fueron los Normandos y los Anglosajones.

CAPÍTULO V

ULTIMAS MIGRACIONES ARIOESCANDINAVAS

Mientras las grandes naciones salidas de Escandinavia después del siglo I de nuestra era gravitaban sucesivamente hacia el Sur, las masas todavía considerables que habían permanecido en la península o en sus alrededores estaban lejos de consagrarse al descanso. Se debe distinguirlas en dos grandes fracciones: la que produjo la Confederación anglosajona; después, otro conjunto — cuyas emisiones fueron más independientes unas de otras y empezaron más pronto y acabaron más tarde, y fueron mucho más lejos —, al cual conviene dar el calificativo de *normando*, que los hombres que lo componían se atribuían a sí mismos.

Aun cuando, desde el siglo I antes de Jesucristo hasta el siglo V, la influencia de esos dos grupos se haya hecho sentir en varias ocasiones hasta en las regiones romanas, no procede, en esta circunstancia, entrar en más detalles; esta influencia se confunde allí, de todos modos, con la de los otros pueblos germánicos. Pero, después del siglo V, las consecuencias de la dominación de Atila pusieron fin a esas antiguas relaciones, o por lo menos las relajaron muy sensiblemente. Multitudes eslavas, arrastradas por

(1) Padre de Jasón, jefe de los Argonautas.

las convulsiones étnicas cuyos primeros agentes eran los Teutones y los Hunos, fueron arrojadas entre los países escandinavos y la Europa meridional, y sólo de este momento cabe hacer arrancar la personalidad distinta de los habitantes arios del extremo Norte de nuestro continente.

Esos Eslavos, víctimas una vez más de las catástrofes que agitaban a las razas superiores, llegaron a los países conocidos de sus antepasados muchos siglos antes; quizá incluso avanzaron hasta más lejos que lo hicieron éstos dos mil años antes de nuestra era. Cruzaron de nuevo el Elba, encontraron el Danubio, aparecieron en el corazón de Alemania. Conducidos por sus noblezas, formados de tantas mezclas getas, sármatas, célticas, por las cuales habían sido antaño dominados y confundidos con algunas de las bandas húnicas que les empujaban, ocuparon, en el Norte, todo el Holstein hasta el Eider. Al Oeste, gravitando hacia el Saale, acabaron por hacer de éste su frontera; mientras que al Sur se desparramaron por la Estiria, la Carniola, alcanzaron de un lado el mar Adriático, del otro el Mein, y cubrieron los dos archiducados de Austria, como Turingia y Suabia. Después descendieron hasta las regiones renanas y penetraron en Suiza. Esas naciones wendas, siempre oprimidas hasta entonces, convirtiéronse así de grado o por fuerza en conquistadoras, y las mezclas que las distinguían no hicieron de momento demasiado difícil su labor. Las circunstancias, actuando con energía en su favor, llevaron las cosas a un punto en que el elemento germánico se debilitó considerablemente en toda Alemania y no se mantuvo algo compacto sino en Frisia, en Westfalia, en Hannóver y las regiones renanas desde el mar hasta Basilea. Tal fué el estado de cosas en el siglo VIII.

Aun cuando las invasiones sajonas y las colonizaciones francas de los tres o cuatro siglos que siguieron hubiesen modificado un tanto esa situación, no dejó de ocurrir que la masa de naciones locales se encontrase luego despojada para siempre de sus principales elementos arios. No fueron únicamente las invasiones eslavas de la época húnica las que contribuyeron a esta transformación; en gran parte se debió también a la constitución íntima de los mismos grupos germánicos. Esencialmente mixtas, y lejos de contar únicamente con guerreros de noble origen, arrastraban consigo, como ya se ha visto, a numerosas bandas serviles célticas y wendas. Cuando sus naciones emigraban o perecían, era sobre todo la parte ilustre la que en ellas se sentía afectada, y las huellas subsistentes de su ocupación se encontraban de nuevo infaliblemente en la persona de los *karls* y de los *traells*, dos clases a quienes las catástrofes políticas no herían sino de rechazo, pero que poseían una proporción muy débil de la esencia escandinava. Por el contrario, al perder las naciones eslavas su nobleza, aparecían más emancipadas de aquella influencia arianizada que las desviaba de su verdadera naturaleza. Por estas dos razones — la desaparición de los Germanos, de una parte, y, de otra, el agotamiento de las aristocracias wendas —, las poblaciones de Alemania, por lo demás compuestas en los diversos puntos de las mismas dosis étnicas en cantidades especiales, lo cual es también el origen de sus disposiciones débilmente esporádicas, resultaron definitivamente muy poco germanizadas. Todo lo testifica: las instituciones comerciales, los usos rurales, las supersticiones populares, la fisonomía de los dialectos, las variedades fisiológicas. Del mismo modo que no es raro encontrar en la Selva Negra, y tampoco en los alrededores de Berlín, tipos perfectamente célticos

o eslavos, así también es fácil observar que el carácter moderado y poco activo del Austríaco y del Bávaro carece de aquel espíritu fogoso que animaba al Franco o al Longobardo.

Sobre esos pueblos tuvieron que influir los Sajones y los Normandos, exactamente como los Germanos habían influído sobre masas bastante parecidas. En cuanto al escenario de las nuevas proezas que tuvieron efecto, fué idénticamente el mismo, con la sola diferencia de que, siendo menos considerables las fuerzas empleadas, los resultados geográficos resultaron más limitados.

Los Normandos reanudaron primero la labor de las tribus góticas. Navegantes osados, prolongaron sus expediciones en el Este, franquearon el Báltico, fueron a abordar en las playas donde habían debutado los antepasados de Hermanarico, y, atravesando, espada en mano, toda Rusia, fueron, por su parte, a establecer pactos de guerra, a veces alianzas, con los emperadores de Constantinopla, mientras, por la suya, sus piratas sorprendían y espantaban a los ribereños del Caspio.

Se familiarizaron tan perfectamente con los países rusos, dieron en ellos una idea tan elevada de su inteligencia y de su intrepidez, que los Eslavos de aquel país, confesando oficialmente su impotencia y su inferioridad, imploraron casi unánimemente su yugo. Fundaron importantes principados. Restauraron en cierto modo Asgart y el Gardarika y el Imperio de los Godos. Crearon el porvenir del más importante, vasto y sólido de los Estados eslavos, infundiéndole como primer e indispensable cimiento su esencia aria. Sin ellos Rusia no hubiera existido nunca (1).

Medítese bien esta proposición y examínense sus bases: hay en el mundo un gran Imperio eslavo; es el primero y único que haya desafiado la prueba del tiempo, y ese primer y único monumento de espíritu político debe indiscutiblemente su origen a las dinastías varegas, o, en otras palabras, normandas. Sin embargo, esa fundación política no tiene de germánica sino el hecho mismo de su existencia. Nada más fácil de concebir. Los Normandos no transformaron el carácter de sus súbditos; eran demasiado poco numerosos para lograr semejante resultado. Se perdieron en el seno de las masas populosas que no hicieron más que aumentar a su alrededor y en las cuales las invasiones tártaras de la Edad Media acrecentaron incesantemente y sin medida la enervante influencia de la sangre finesa. Todo se habría terminado, incluso el instinto de cohesión, si una intervención providencial no hubiese sometido de nuevo y oportunamente ese Imperio bajo la acción que le había dado origen: esta acción ha bastado hasta el presente para neutralizar los peores efectos del genio eslavo. La accesión de las provincias alemanas, el advenimiento de los príncipes alemanes, una multitud de administradores, de generales, de profesores, de artistas, de artesanos alemanes, ingleses, franceses, italianos, emigración que se ha realizado lentamente pero sin interrupción, continuó teniendo bajo el yugo los instintos nacionales, y constriñéndolos, a pesar suyo, a desempeñar un gran papel en Europa. Todo lo que en Rusia presenta algún vigor político, en el sentido que en Occidente toma esa palabra, todo lo que asimila ese país, por lo menos en la forma, a la civilización germanizada, le es extraño.

(1) *Mémoires de l'Academie de Saint-Pétersbourg*, 1848, t. IV, p. 182 y *passim*.

Es posible que esta situación se sostenga durante un período más o menos largo; pero, en el fondo, no ha alterado lo más mínimo la inercia orgánica de la raza nacional, y es gratuitamente como se conceptúa a la raza wenda peligrosa para la libertad de Occidente. Muy erróneamente se la ha conceptuado conquistadora. Algunos espíritus equivocados, al verla poco capaz de elevarse a una concepción original de perfeccionamiento social, han dado por considerarla nueva, virgen e impregnada de una savia que no se ha esparcido todavía. ¡Puras ilusiones! Los Eslavos son una de las familias más antiguas, más gastadas, más mezcladas, más degeneradas que existen. Se agotaron antes que los Celtas. Los Normandos les han dado la cohesión de que estaban desposeídos. Esta cohesión se perdió cuando la invasión de sangre escandinava quedó absorbida; influencias extrañas se la han restituído y la conservan; pero ellas, en sí, valen, en el fondo, muy poco; poseen gran experiencia, junto con la rutina de la civilización; pero, desprovistas de inspiración y de iniciativa, no pueden dar a sus elementos lo que no poseen.

Frente al Occidente, los Eslavos no pueden ocupar sino una situación social enteramente subordinada; y reducidos, desde ese punto de vista, a la condición de anexos y de escolares de la civilización moderna, desempeñarían un papel casi insignificante en la historia futura, como en la historia pasada, si la situación física de sus territorios no les asegurase una función que es verdaderamente una de las más considerables. Situados en los confines de Europa y de Asia, forman una transición natural entre sus afines del Oeste y sus afines orientales de raza mogol. Sirven de lazo de unión de esas dos masas que creen ignorarse. Forman masas innumerables desde Bohemia y los alrededores de Petersburgo, hasta los confines de China. Mantienen así, entre los mestizos amarillos de los diversos grados, aquella cadena ininterrumpida de alianzas étnicas que abarca hoy todo el hemisferio boreal, y a través de la cual circula una corriente de aptitudes y de ideas análogas.

He aquí la parte de acción reservada a los Eslavos, la que no hubieran adquirido nunca si los Normandos no les hubiesen impulsado a tomarla, y que tiene su foco principal en Rusia, puesto que es allí donde la dosis más considerable de actividad fué implantada por esos mismos Normandos a quienes hay que seguir ahora en otros campos de lucha.

Seré breve en la enumeración de sus altos hechos; se trata sobre todo de materia de estudio para la historia política. Rechazados del centro de Alemania por la multitud de combatientes que se acumulaban ya en ella, mantenidos en jaque por los Sajones sus iguales, los Normandos continuaron sin embargo realizando hasta el siglo VIII sus incursiones, aunque sin otro resultado sensible que el de aumentar allí el desorden. Sembrando el pánico en los mares occidentales por el número y sobre todo por la audacia de sus piraterías, iban penetrando hasta en el Mediterráneo, ejerciendo el pillaje en España, al tiempo que, con una labor más fecunda, colonizaban las vecinas islas de Inglaterra, estableciéndose en Irlanda y en Escocia y poblando los valles de Islandia.

Algo más tarde, hicieron más: se establecieron de asiento en aquella Inglaterra que tanto habían inquietado, arrebatando una gran parte de ella a los Bretones y sobre todo a los Sajones que les habían precedido en

aquella tierra. Más tarde aún, renovaron la sangre de la provincia francesa de Neustria, dotándola de una superioridad étnica muy apreciada sobre las demás regiones de la Galia. Ésta la conservó mucho tiempo, y todavía muestra algunos restos de ella. Entre sus más brillantes títulos de gloria, que no dejaron de dar grandes resultados, hay que contar el descubrimiento de lo que luego se llamó América, operado en el siglo X, y las colonizaciones que llevaron a cabo en aquellos países en el siglo XI y quizá hasta el siglo XIII. En fin, hablaré en lugar oportuno de la conquista total de Inglaterra por los Normandos franceses.

Escandinavia, de la cual salían esos guerreros, ocupaba aún en el período heroico de las Edades Medias el rango más distinguido entre los soberanos de todas las razas dominantes en Europa. Era el país de sus venerados antepasados; hubiera sido el país de los mismos dioses, si el cristianismo lo hubiese permitido. Podemos comparar las grandes imágenes que el nombre de esa tierra evocaba en el pensamiento de los Francos y de los Godos a las que para los Brahmanes rodeaba la memoria de Ultara-Kuru. En nuestros días, esa península tan fecunda, esa tierra tan sagrada no encierra ya en su generoso seno una población igual a la que durante tanto tiempo y con tanta profusión se difundió por toda la superficie del continente de Europa. Cuanto más pura era la raza de los antiguos guerreros, menos inclinados se sentían a permanecer perezosamente en sus *odeles*, cuando tantas maravillosas aventuras atraían a sus émulos hacia las regiones del Mediodía. Muy poco tiempo permanecieron allí. Sin embargo, algunos regresaron. Encontráronse con los Fineses, los Celtas, los Eslavos, sea descendientes de aquellos que en otra época ocuparon el país, sea hijos de los cautivos que los azares de la guerra condujeron allí, luchando con cierta ventaja contra los restos de la sangre de los Ases. Sin embargo, no cabe duda que es todavía en Suecia y sobre todo en Noruega donde podemos encontrar las mayores huellas fisiológicas, lingüísticas y políticas de la pasada existencia de la raza noble por excelencia, y la historia de los últimos siglos viene a atestiguarlo. Ni Gustavo-Adolfo, ni Carlos XII, ni sus pueblos son sucesores indignos de Ragnas Lodbrog y de Harald el de la hermosa cabellera. Si los habitantes noruegos y suecos fuesen más numerosos, el espíritu de iniciativa que le anima aun podría tener sus consecuencias; pero debido a su escaso número se ven condenados a una verdadera impotencia social; cabe, pues, afirmar que la última sede de la influencia germánica no se encuentra ya entre ellos. Ha ido a parar a Inglaterra. Es allí donde desarrolla todavía con la máxima autoridad la parte que ha conservado de su antiguo poderío.

Al ocuparnos de los Celtas, se ha visto ya que la población de las islas Británicas en la época de César estaba formada de una capa primitiva de Fineses, de varias naciones gálicas diversamente afectadas por su mezcla con aquellos indígenas, pero ciertamente muy degradadas por su contacto, y, además, de una inmigración considerable de Belgas germanizados, que ocupaban el litoral del Este y del Sur.

Fueron sobre todo estos últimos con quienes tuvieron que habérselas los Romanos, así en la guerra como en la paz. Al lado de esas tribus de origen extranjero vinieron a establecerse a no tardar, si no lo estaban ya a la llegada de César, Germanos más puros, denominados Coritanos en los

documentos galos. A partir de este momento, las invasiones y las inmigraciones parciales de los grupos teutónicos no cesaron ya hasta el año 449, fecha de ordinario, aunque abusivamente, asignada a los comienzos del período anglosajón. Bajo Probo, el gobierno imperial colonizó en la isla a muchos Vándalos; algún tiempo después, llevó allí a Cuados y Marcomanos. Honorio estableció en los cantones del Norte a más de cuarenta cohortes de bárbaros que llevaron consigo a sus mujeres y su prole. Seguidamente los Tungros, en número considerable, recibieron también tierras. Todas estas accesiones fueron bastante importantes para dejar cubierta la costa del Oeste con una población nueva e imponer la creación de un funcionario especial que, en la jerarquía romana de la isla, llevaba el título de *prefecto de la costa sajona.* Este título demuestra que, mucho antes que se hablase de los dos heroicos hermanos Hengest y Horsa, numerosos individuos de su nacionalidad vivían ya en Inglaterra.

Así la población bretona se encontraba desde muy antiguo afectada por las mezclas germánicas. Muy probablemente, las tribus menos dotadas, las que ocupaban las provincias del centro, viéronse gradualmente obligadas a confundirse con las masas circundantes, o a retirarse al fondo de las montañas del Norte, o, en fin, a emigrar a la isla de Irlanda, la cual se convirtió así en el último refugio de los Celtas puros, si aún los había.

Muy pronto la población romana adquirió a su vez importancia. Cuando la rebelión de Boadicea, setenta mil romanos y aliados fueron degollados por los rebeldes en los tres únicos cantones de Londres, de Verulamio y de Colchester. Como las causas que habían conducido a aquellos meridionales a la Gran Bretaña seguían ejerciendo su influencia, nuevas expediciones de ellos fueron a llenar los vacíos producidos por la insurrección y el número de Romanos insulares continuó siguiendo una progresión ascendente.

En el siglo III, Marciano calcula en el país cincuenta y nueve ciudades de primera categoría. Muchas no estaban pobladas sino de Romanos, expresión que no hay que entender en el sentido de que aquellos habitantes no tenían en las venas sino sangre de ultramar, sino en el de que todos, de origen bretón o extranjero, seguían y practicaban la costumbre romana, acataban las leyes imperiales, construían en abundancia aquellos monumentos, acueductos, teatros, arcos de triunfo que se admiraban todavía en el siglo XIV; en una palabra, imprimían a todo el país llano un aspecto muy análogo al de las provincias de la Galia.

Con todo, subsistía una gran diferencia. Los habitantes de la Gran Bretaña mostraban una exuberancia de energía política superior en absoluto a la de sus vecinos del continente, enteramente desproporcionada a la extensión de su propio territorio, y en manifiesta contradicción con su situación topográfica, la cual, al arrojarlos al flanco del Imperio, parecía ahogar en ellos toda esperanza de poder influir en sus destinos. Pero aquí se ofrece todavía una prueba manifiesta de la escasa influencia que ejerce la cuestión geográfica en el poderío de un país. Los semigermanos de la Gran Bretaña fueron los más grandes productores de emperadores, reconocidos o rechazados, que hubo en el mundo romano. Fué entre ellos y con su concurso cómo se elaboraron casi constantemente las grandes maquinaciones políticas. Fué de sus riberas y con sus cohortes de donde partieron casi en bandadas los dominadores de la romanidad, y, hallando aún

insuficiente esa gloria, osaron emprender la tarea en la cual sus vecinos los Galos fracasaron en tantas ocasiones: pretendieron instituir dinastías particulares, y lo lograron. A partir de Carosio, no estuvieron ligados sino muy débilmente con el gran cuerpo romano; formaron un centro político orgullosamente constituído según el modelo y con todas las insignias de la madre patria. Se distinguían ya entre sus nieblas por esa aureola de libertad severa y algo egoísta que honra todavía a sus nietos.

No citaré a los emperadores britorromanos Alecto, Magnencio, Valentinio, Máximo, Constantino, con quienes Honorio se vió obligado a pactar; nada diré de aquel Marco que, así de nombre como de hecho, estableció para siempre el aislamiento de su país. He querido mostrar únicamente a qué antigüedad se remonta el título de imperial dado por los Ingleses modernos a su Estado y a su Parlamento. Las formas romanas prevalecieron en la isla durante cuatrocientos cincuenta años aproximadamente. Pasado ese período, empezaron las guerras civiles entre los Britorromanos germanizados y los Sajones más puros ya establecidos de antiguo en muchos puntos del país, pero que, empujados y fortalecidos por enjambres de compatriotas llegados del continente, de donde les echaban las agresiones de los Eslavos, aspiraron de súbito a la posesión entera de la isla. Los historiadores nos han mostrado con frecuencia a esos hijos de los Escandinavos, a esos *Sakaï-Suna*, o hijos de los Sakas, llegando del fondo del Quersoneso címbrico y de las islas vecinas tripulando barcas de cuero. Vieron en ese sistema de navegación una prueba de la barbarie máxima, y se equivocaron. En el siglo V, los hombres del Norte poseían grandes buques en el Báltico. Estaban acostumbrados desde antiguo a ver navegar en sus mares las galeras romanas, y la sorprendente expedición de los Francos que del mar Negro habían vuelto a la Frisia, montados en navíos quitados a la flota imperial, hubiera bastado, de haberles hecho falta, para enseñarles a construir buques de esa especie; pero no les interesaban. Aquellas embarcaciones, que podían ser transportadas muy fácilmente a brazos, convenían mejor a aquellos hombres intrépidos para pasar del mar a los ríos, de los ríos a los más pequeños riachuelos; podían de ese modo avanzar hasta el corazón de las provincias, lo cual les hubiera sido muy difícil con grandes navíos, y así es cómo llevaron a cabo la conquista en la medida en que les fué útil. Entonces volvió a empezar la fusión de las razas y el conflicto de las instituciones.

La población britorromana, infinitamente más enérgica que los Galorromanos a causa de su origen en gran parte germano, mantuvo enfrente de sus vencedores una situación mucho más altiva y favorable. Una parte permaneció casi independiente, salvo el vasallaje; otra, haciendo de sus municipalidades una especie de repúblicas, se limitó a un reconocimiento puro y simple del alto mando sajón y al pago de un tributo (1). El resto quedó sumido, en verdad, a la condición subordinada del *iarl*, del *ceorl*, según los dialectos de los nuevos soberanos; pero las leyes a que fué sometido fueron las mismas que regían entre los demás, así que les fué reconocido el acceso a la propiedad raíz, el uso de armas, el derecho de

---

(1) Kemble, *Die Sachsen in England*, t. II, p. 231 y siguientes.

mando o de escoger su jefe. La población britorromana pudo llegar a prever que llegaría a la categoría de los nobles, de los *iarls*, de los *ceorls*.

El mismo sentir que inclinaba a los reyes francos a rodearse de preferencia de leudes galos, llevaba igualmente a los príncipes de la Heptarquía a reclutar sus bandas domésticas entre los Britorromanos. Éstos desempeñaron, pues, desde muy pronto, importantes cargos en la corte de los monarcas hijos de los Ases. Les enseñaron las leyes romanas; les hicieron apreciar las ventajas gubernamentales, les iniciaron en ideas de dominio que los guerreros anglosajones no hubieron ciertamente contribuido a difundir. Pero — y en esto los consejeros britogermanos diferían esencialmente de los leudes galos o merovingios, no salvaron de la destrucción lo externo de las costumbres romanas, atendido que ellos mismos no lo habían poseído nunca sino muy imperfectamente, y no infundieron en la administración el germen del feudalismo porque su país no había estado sujeto sino muy pasajeramente al régimen de los beneficios eclesiásticos. Inglaterra se encontraba, pues, colocada aparte, desde el siglo v, del género de existencia que iba a prevalecer en todo el resto de Europa.

Lo que los *ceorls* britorromanos inspiraron muy bien a los descendientes de Wodan y de Thor, fué el afán de recoger la sucesión entera de los emperadores nacionales. Vemos con qué sorpresa los príncipes anglosajones más hábiles, más fuertes, se rodean de las marcas romanas del poder soberano, acuñan medallas con la imagen de la loba y de los gemelos, se apropian las leyes romanas para aplicarlas a sus súbditos, se complacen en mantener con la corte de Constantinopla relaciones íntimas, y en revestir un doble título, el de *bret-walda,* frente a sus súbditos anglosajones y bretones, el de *basileus* en sus documentos escritos en lengua latina. Ese título de *basileus,* al que los reyes francos, visigodos, lombardos, no osaron nunca aspirar, infundía un aspecto de grandeza y de independencia muy particular a los soberanos que lo ostentaban. En la isla, como en el continente, se comprendía perfectamente su alcance, pues cuando Carlomagno hubo tomado la sucesión de Constantino V, éste se calificó muy bien, en una carta a Egbert, de emperador de los cristianos orientales, y saludó a su comunicante con el título de emperador de los cristianos occidentales.

Las relaciones de raza existentes entre los Britorromanos y las tribus germánicas llegadas de Jutlandia contribuían poderosamente a establecer entre ellas el compromiso que se fundaba necesariamente, del lado de los vencidos, en el abandono de la mayoría de las importaciones del Sur, en la aceptación de las ideas germánicas, y, del lado de los vencedores, en ciertas concesiones impuestas por las necesidades de una administración más severa y más sólidamente constituída que aquella acerca de la cual se habían alabado hasta entonces de haberla soportado fácilmente. Vióse cómo se establecían instituciones que revelaban aún un origen escandinavo. La posesión de tierras en la forma del *odel* y del *feod,* el uso de los derechos políticos basado exclusivamente en la posesión territorial, el amor de la vida agrícola, el abandono gradual de la mayoría de ciudades, el aumento del número de villorrios, sobre todo de alquerías aisladas, el sólido mantenimiento de las franquicias del hombre libre, la sostenida influencia de los Consejos representativos, todo eso fué otros tantos rasgos por medio de los cuales el espíritu ario se dió a reconocer y manifestó su persistencia,

al paso que otros fenómenos de naturaleza totalmente opuesta, el aumento del número de aldeas y villorrios, la creciente indiferencia por la participación en los problemas generales, la disminución del número de individuos absolutamente libres marcaban en el continente los progresos de un orden de ideas de muy distinta naturaleza.

Nada tiene de sorprendente que el aspecto bastante digno del *ceorl* anglosajón, que fué más tarde el *yeoman*, haya seducido a varios historiadores modernos, felices de verle libre en su vida rústica en una época en que sus análogos del continente, el *karl*, el *arimán*, el *bonus homo*, habían contraído obligaciones a menudo muy duras y perdido casi toda semejanza con él. Pero, al situarse en el punto de vista de esos escritores, hay que considerar también, para ser del todo justo, lo que debe constituir para ellos el lado malo de la cuestión. La organización de las clases medias, bajo los reyes sajones, como bajo las primeras dinastías normandas, no siendo más que el resultado de un concurso de circunstancias étnicas acabadas, no se prestaba a ninguna especie de perfeccionamiento. La sociedad inglesa de entonces, con sus ventajas y sus inconvenientes, ofrecía un todo completo que no era susceptible sino de decadencia. La existencia individual no carecía allí, indiscutiblemente, ni de nobleza ni de riqueza; pero la ausencia casi total del elemento romanizado la privaba de esplendor y la alejaba de lo que llamamos nuestra civilización. A medida que las diversas mezclas de la población se fundían más entre sí, los elementos célticos, muy impregnados de esencia finesa, subsistentes en el fondo bretón, los que la inmigración anglosajona había arrojado entre las masas, los que las invasiones danesas aportaban aún, tendían a invadir a los elementos germánicos, y no hay que olvidar que, aunque éstos abundasen, perdían gran parte de su energía al seguir combinándose con una esencia heterogénea. De una sola vez su frescor se perdía juntamente con sus cualidades heroicas, absolutamente como un fruto que pasa de una mano a otra pierde su lozanía aun conservando su pulpa. De ahí el espectáculo que ofreció Inglaterra ante la Europa del siglo XI. Al lado de relevantes méritos políticos, una vergonzosa penuria en la esfera de la inteligencia; instintos utilitarios extremadamente desarrollados y que habían acumulado ya en la isla extraordinarias riquezas; pero ninguna delicadeza, ninguna elegancia en las costumbres; los *ceorls*, más dichosos que los campesinos franceses, sucesores de los *boni homini*; pero la esclavitud completa y la esclavitud bastante dura, lo que no existía casi en ninguna otra parte. Una clerecía a quien la ignominia y unas costumbres bajas e innoblemente sensuales conducían lentamente a la herejía o, por lo menos, al cisma; unos soberanos que, habiendo seguido gobernando un gran reino como antaño lo hicieron en su *odel* y su *feod*, conservaron, sin delegarla, la administración de justicia, y haciéndose pagar la concesión de su sello en un acto de prevaricación que resultaba ser legal; en fin, la extinción de todas las grandes razas puras y el advenimiento del hijo de un campesino al trono constituían en la época de la conquista normanda sombras poco favorables y que afeaban considerablemente el cuadro.

Inglaterra tuvo la dicha de que el advenimiento de Guillermo, sin quitarle nada de lo que poseía de orgánicamente bueno, le aportase, bajo la forma de una invasión galoescandinava, un número restringido de elemen-

tos romanizados. Éstos no reaccionaron de una manera ruinosa contra la preponderancia del fondo teutónico; no le quitaron su genio utilitario, ni su espíritu político, pero le infundieron lo que le había faltado hasta entonces para asociarse más íntimamente con el crecimiento de la nueva civilización. Con el duque de Normandía llegaron Bretones afrancesados, Angevinos, Borgoñones, hombres de todos los rincones de la Galia, los cuales constituyeron otros tantos lazos que enlazaron Inglaterra al movimiento general del continente y que la sacaron del aislamiento en que el carácter de su combinación étnica la encerraba, puesto que había permanecido celtosajona en demasía en una época en que el resto del mundo europeo tendía a despojarse de la naturaleza germánica.

Los Plantagenets y los Tudors continuaron esa marcha civilizadora propagando las causas de su impulsión. En su época, la importación de la esencia romanizada no tuvo lugar en proporciones peligrosas; no alcanzó al vivo las capas inferiores de la nación; influyó principalmente sobre las superiores, que por doquiera están sometidas — y allí lo fueron como en todas partes — a agentes incesantes de decadencia y de desaparición. Acontece con la infiltración de una raza civilizada, aunque corrompida, en medio de masas enérgicas, pero groseras, lo que con el empleo de venenos en pequeñas dosis en la medicina. El resultado no puede ser sino saludable. De suerte que Inglaterra se perfeccionó lentamente, depuró sus costumbres, pulió algo su exterior, se acercó a la comunidad continental, y, al mismo tiempo, como continuaba siendo sobre todo germánica, no dió nunca al feudalismo la dirección servil que le imprimieron sus vecinos; no permitió al poder real que rebasase ciertos límites fijados por los instintos nacionales; organizó las corporaciones municipales según un plan que se pareció poco a los modelos romanos; no cesó de procurar que la nobleza fuese accesible a las clases inferiores, y sobre todo no otorgó apenas los privilegios de la sangre sino a la posesión de la tierra. De otro lado, volvió pronto a mostrarse poco sensible a los conocimientos intelectuales; mostró siempre un marcado desdén por lo que no tiene un uso en cierto modo material, y se ocupó muy poco, con gran escándalo de los Italianos, de la cultura de las artes (1).

En el conjunto de la historia humana, hay pocas situaciones análogas a la de las poblaciones de la Gran Bretaña desde el siglo X hasta nuestros días. Se ha visto en otras partes a masas arias o arianizadas aportar su energía al seno de las multitudes de composición diferente y dotarlas de poderío, al tiempo que por su parte se beneficiaban de una cultura ya considerable, que su genio se encargaba de desarrollar en un sentido nuevo; pero no se ha contemplado a esas naturalezas selectas, concentradas en número superior en un territorio estrecho y no recibiendo las infusiones de razas más perfeccionadas por la experiencia, aunque subalternas por el rango, sino en cantidades completamente mediocres. A esta circunstancia excepcional han debido los Ingleses, con la lentitud de su evolución social, la solidez de su Imperio; no ha sido ciertamente el más brillante, ni el más humano, ni el más noble de los Estados europeos, pero es todavía el más vigoroso de todos.

---

(1) Sharon Turner, *History of the Anglo-Saxons*, t. III, p. 389.

Esta marcha circunspecta y tan provechosa se aceleró sin embargo a partir del final del siglo XVII.

El resultado de las guerras religiosas de Francia había aportado al Reino Unido una nueva afluencia de elementos franceses. Esta vez no osaron ya figurar entre las clases aristocráticas; el efecto de las relaciones comerciales, que por doquier iba creciendo, arrojó una buena parte de ellos al seno de las masas plebeyas, y la sangre anglosajona resultó seriamente lastimada. El nacimiento de la gran industria vino todavía a acrecentar aquel movimiento atrayendo hacia el suelo nacional a obreros de todas las razas no germánicas, a Irlandeses en multitud, a Italianos, a Alemanes eslavizados o pertenecientes a poblaciones vivamente marcadas con el sello céltico.

Entonces los Ingleses pudieron realmente sentirse atraídos hacia la esfera de las naciones romanizadas. Dejaron de ocupar, con idéntica imperturbabilidad, aquel medio que anteriormente les había acercado tanto por lo menos al grupo escandinavo como a las naciones meridionales, y que, en la Edad Media, les hizo simpatizar sobre todo con los Flamencos y los Holandeses, sus semejantes bajo muchos aspectos. A partir de ese momento, Francia fué mejor comprendida por ellos. Resultaron más literarios en el sentido artístico de la palabra. Conocieron el atractivo de los estudios clásicos; los acogieron como en el otro lado del estrecho; sintieron gusto por las estatuas, los cuadros, la música, y, aunque determinados espíritus tiempo ha iniciados, y dotados, por la costumbre, de una delicadeza más refinada, les acusasen de mostrar todavía una especie de rudeza y de barbarie, supieron alcanzar, en ese género de trabajos, una gloria que sus antepasados no habían ni conocido ni anhelado.

La emigración continental continuó y fué en aumento. La revocación del edicto de Nantes llevó a numerosos habitantes de las provincias meridionales francesas a reunirse en las ciudades británicas con la posterioridad de los antiguos refugiados. La Revolución francesa no fué menos influyente, ni en ese triste sentido menos generosa, y, sin hablar de esa corriente muy recientemente formada que conduce ahora a Inglaterra una parte de la población de Irlanda, al multiplicarse sin cesar las otras aportaciones étnicas, los instintos opuestos al sentimiento germánico han seguido abundando indefinidamente en el seno de una sociedad que, antaño tan compacta, tan lógica, tan fuerte, tan poco literaria, no hubiera podido no ha mucho asistir sin horror al nacimiento de Byron.

La transformación es muy sensible; prosigue con paso firme y se manifiesta de mil maneras. El sistema de las leyes inglesas ha perdido algo de su solidez; los reformadores no andan lejos, y las *Pandectas* son su ideal. La aristocracia encuentra adversarios; la democracia, antes desconocida, afecta pretensiones que no han sido inventadas en el suelo anglosajón. Las innovaciones que son bien acogidas, las ideas que germinan, las fuerzas disolventes que se organizan, todo revela la presencia de una causa de transformación aportada del continente. Inglaterra está en marcha para entrar a su vez en el ambiente de la romanidad.

CAPÍTULO VI

ÚLTIMOS DESENVOLVIMIENTOS DE LA SOCIEDAD GERMANORROMANA

Volvamos al Imperio de Carlomagno, puesto que es allí donde necesariamente debe nacer la civilización moderna. Los Germanos no romanizados de Escandinavia, del Norte de Alemania y de las islas Británicas han perdido, con el roce, la ingenuidad de su esencia; su vigor carece ya de ductilidad. Son demasiado pobres de ideas para alcanzar una gran fecundidad y sobre todo una gran variedad de resultados. Los países eslavos añaden a este mismo inconveniente la humildad de aptitudes, y esta causa de incapacidad se mostrará tan manifiesta que, cuando algunos de ellos se hallarán en estrechas relaciones con la romanidad oriental, con el Imperio griego, nada saldrá de ese enlace. Me equivoco; saldrán de él combinaciones todavía más miserables que el convenio bizantino.

Es pues en el seno de las provincias del Imperio de Occidente donde es preciso situarse para asistir al advenimiento de nuestra forma social. La yuxtaposición de la barbarie y de la romanidad no existe ya allí de una manera acusada; estos dos elementos de la vida futura del mundo han empezado a penetrarse, y, como para acelerar la terminación de la tarea, el trabajo se ha subdividido; ha cesado de hacerse en común en toda la extensión del territorio imperial. Amalgamas rudimentarias se han apresurado a desprenderse en todas partes de la vasta masa; se encierran en límites imprecisos, imaginan nacionalidades aproximadas; la gran aglomeración se raja por todos lados; la fusión desnaturaliza los elementos diversos que bullen en su seno.

¿Es ese un espectáculo nuevo para el lector de este libro? En modo alguno; pero es un espectáculo más completo de lo que ya se le había mostrado. La inmersión de las razas fuertes en el seno de las sociedades antiguas se ha operado en épocas tan lejanas y en regiones tan alejadas de las nuestras, que no seguimos sus fases sino con dificultad. Apenas si nos es dable descubrir alguna vez las catástrofes finales a tales distancias de tiempos y de lugares, multiplicadas por los grandes contrastes de hábitos intelectuales existentes entre nosotros y los demás grupos. La Historia, que penosamente tolera una cronología imperfecta, y que a menudo es disfrazada por formas míticas; la Historia, que, desnaturalizada por traductores tan extraños a la nación de que se trata como a nosotros mismos, la Historia, repito, reproduce mucho menos los hechos que sus imágenes. Además esas imágenes llegan a nosotros a través de una sucesión de espejos refractores cuyas deformaciones nos es a veces difícil rectificar.

Mas, cuando se trata de la civilización que nos afecta ¡cuánta diferencia! Son nuestros padres quienes relatan, y relatan como lo haríamos nosotros mismos. Para leer sus narraciones, nos sentamos en el mismo lugar donde las escribieron; no tenemos sino que levantar los ojos y contemplamos el panorama entero de los acontecimientos por ellos descritos. Nos es tanto más fácil comprender lo que nos dicen y adivinar lo que callan,

cuanto que somos nosotros mismos los resultados de sus obras; y si experimentamos alguna dificultad al tratar de darnos cuenta exacta y verdadera del conjunto de su influencia, de seguir sus desenvolvimientos, de comprobar la lógica de los mismos y de desentrañar exactamente sus consecuencias, no debemos imputarlo a la penuria de las referencias, sino, por el contrario, a la embarazadora opulencia de los detalles. Nos sentimos como abrumados ante la multiplicidad de los hechos. Nuestra mirada los distingue, los separa, los penetra con una dificultad extrema, porque son demasiado numerosos y densos, y al esforzarnos en clasificarlos es cuando sufrimos nuestros principales errores y nos extraviamos.

Nos sentimos tan directamente afectados por los sufrimientos o alegrías, por las glorias o las humillaciones de ese pasado paterno, que nos es difícil conservar, al estudiarlo, esa fría impasibilidad sin la cual no puede haber un juicio certero. Al encontrar en los Capitulares carlovingios, en las Cartas de la época feudal, en las Ordenanzas de la época administrativa, las primeras huellas de todos esos principios que hoy despiertan nuestra admiración o provocan nuestro odio, no sabemos con frecuencia contener el estallido de nuestra personalidad.

No es sin embargo con pasiones contemporáneas, no es con simpatías o repugnancias del día, como conviene abordar semejante estudio. Aun cuando no esté prohibido alegrarse o entristecerse ante los cuadros que ofrece, aun cuando la suerte de los hombres del pasado no deba dejar insensibles a los hombres del presente, hay que saber, no obstante, subordinar esos estremecimientos del corazón al estudio más noble y más augusto de la pura realidad. Al imponer silencio a nuestras predilecciones, no somos sino justos y por consiguiente más humanos. No es únicamente una clase, no son ya algunos nombres los que desde entonces interesan; es la multitud entera de los muertos; así, esa imparcial piedad que todos los que viven, todos los que vivirán tienen derecho a inspirar, se extiende a los actos de aquellos que ya no existen, bien hayan ostentado la corona de los reyes o el casco de los nobles, bien se hayan cubierto con el sombrero de los burgueses o la gorra de los proletarios. Para llegar a esa serenidad, no hay otro medio que el de mostrarnos fríos al hablar de nuestros padres en el mismo grado en que lo hacemos al juzgar las civilizaciones menos directamente emparentadas con nosotros. Entonces los antepasados no se nos aparecen ya — lo que equivale a establecer la verdadera medida de las cosas — sino como los representantes de una colectividad de hombres que ha sufrido precisamente la influencia de las mismas leyes y que ha recorrido las mismas fases por las cuales hemos visto pasar las otras grandes sociedades hoy extinguidas o moribundas.

Según todos los principios expuestos y observados en este libro, la civilización nueva debe desarrollarse primero, dentro de sus primeras formas, en los puntos en que la fusión de la barbarie y de la romanidad poseerá, del lado de la primera, los elementos más saturados de principios helenísticos, puesto que esos últimos encierran la esencia de la civilización imperial. En efecto, tres países dominan moralmente a todos los demás desde el siglo IX hasta el XIII: la Alta Italia, las regiones medias del Rin y la Francia septentrional.

En la Alta Italia, la sangre lombarda resulta haber conservado una ener-

gía resucitada diversas veces por inmigraciones de Francos. Llenada esta condición, el país posee el vigor necesario para responder adecuadamente a los destinos ulteriores. Por otra parte, la población indígena está impregnada de elementos helenísticos tanto como cabe desearlo, y, como es muy numerosa comparada con la colonización bárbara, la fusión va a conducirla pronto a la preponderancia. El sistema comunal romano se mantiene, se desarrolla con rapidez. Las ciudades, Milán, Venecia y Florencia a la cabeza de ellas, adquieren una importancia que, por mucho tiempo aún, dejarán de alcanzar las demás ciudades. Sus constituciones afectan algo de las exigencias del absolutismo propio de las repúblicas de la antigüedad. La autoridad militar se debilita; la realeza germánica no es sino un velo transparente y frágil echado sobre el conjunto. A partir del siglo XII, la nobleza feudal está casi totalmente aniquilada, no subsiste apenas sino en una forma de tiranía local y romanizada; la burguesía instituye, en todos los lugares donde domina, un patriciado al estilo antiguo; el derecho imperial renace, las ciencias del espíritu reaparecen; el comercio es respetado; un brillo, un esplendor desconocido irradian alrededor de la Liga lombarda. Pero no hay que desconocerlo: la sangre teutónica, instintivamente detestada y perseguida en todas esas poblaciones que se inclinan con frenesí hacia el retorno a la romanidad, es precisamente la que les infunde su savia y las anima. Pierde terreno cada día; pero existe, y podemos ver la prueba de ello en la larga obstinación con que el derecho individual se mantiene, incluso entre los hombres de iglesia, en ese suelo que tan ávidamente trata de absorber a sus regeneradores (1).

Numerosos Estados se modelan lo mejor que pueden, aunque con matices innumerables, según el prototipo lombardo. Las provincias mal reunidas del reino de Borgoña, la Provenza, después el Languedoc, la Suiza meridional, se le parecen sin alcanzar su brillo. Generalmente el elemento bárbaro está demasiado debilitado en aquellas regiones para prestar tantas fuerzas a la romanidad. En el Centro y en el Sur de la Península, está casi ausente; así no se ve allí más que agitaciones sin resultado y convulsiones teutónicas, que no fueron sino pasajeras, no produciendo más que resultados incompletos, ni actuando más que en un sentido disolvente. El desorden étnico no ha dejado de ser menos considerable. Ni los numerosos retornos de Griegos ni las colonizaciones sarracenas bastaron a poner remedio. Un momento, la dominación normanda dió una importancia inesperada a la extremidad de la Península y a Sicilia. Desgraciadamente, esta corriente, siempre bastante exigua, quedó muy pronto interrumpida, por lo que su influencia va extinguiéndose, y los emperadores de la casa de Hohenstauffen agotan los últimos filones de ella.

Cuando, en el siglo XV, la sangre germánica se hubo casi subdividido en las masas del Alta Italia, el país entró en una fase análoga a la que atravesó la Grecia meridional después de las guerras pérsicas. Trocó su vitalidad política por un gran desarrollo de aptitudes artísticas y literarias. Desde este punto de vista, se elevó a alturas que la Italia romana, siempre dispuesta a copiar los modelos atenienses, no había alcanzado. La originalidad de que estaba desprovista esta precursora le fué deparada por una noble

(1) Sismondi, *Histoire des républiques italiennes.*

mesura; pero este triunfo fué tan poco duradero como lo había sido entre los contemporáneos de Platón: apenas, lo mismo que para éstos, duró un centenar de años, y, una vez eclipsado, vino de nuevo la agonía de todas las facultades. Los siglos XVII y XVIII no añadieron nada a la gloria de Italia, y ciertamente le quitaron mucho.

En las orillas del Rin y en las provincias belgas, los elementos romanos eran numéricamente inferiores a los elementos germánicos. Además, estaban nativamente más afectados por la esencia utilitaria de los detritos célticos que las masas indígenas de Italia. La civilización local siguió la dirección determinada por las causas que la producían. En la aplicación que se hizo en ella del derecho feudal, el sistema imperial de los beneficios resultó poco eficaz; los lazos con que se unía el dueño del dominio a la Corona fueron siempre muy flojos, mientras por el contrario las doctrinas independientes de la legislación primitivamente germánica se sostuvieron lo bastante para conservar largo tiempo a los propietarios de los castillos una individualidad libre que no tenían ya en otras partes. La caballería de Hainaut, la del Palatinado merecieron, hasta el siglo XVI, ser citadas como las más ricas, las más independientes y las más altivas de Europa. El emperador, su soberano inmediato, tenía poco poder sobre ellas, y los príncipes de segundo orden, mucho más numerosos que en parte alguna en aquellas provincias, no podían hacerles doblar la cerviz. Sin embargo, los progresos de la romanidad seguían su curso, puesto que la romanidad era demasiado vasta para no resultar irresistible a la larga; ellos determinaron, aunque muy laboriosamente, el reconocimiento imperfecto de las reglas principales del Derecho de Justiniano. Entonces el feudalismo perdió la mayoría de sus prerrogativas, pero conservó, sin embargo, las suficientes para que la explosión revolucionaria de 1793 encontrase en este país muchas más cosas por nivelar que en ningún otro. Sin ese refuerzo, sin ese apoyo extranjero aportado a los elementos locales opuestos, los restos de la organización feudal se hubieran defendido largo tiempo aun en los Electorados del Oeste, y hubieran mostrado tanta solidez como en los otros puntos de Alemania, donde estos últimos años tan sólo han consumado su destrucción.

Enfrente de esa nobleza tan lenta a sucumbir, la burguesía realizó su obra maestra erigiendo el edificio hanseático, combinación de ideas célticas y eslavas en la cual estas últimas dominaban, pero a la que siempre animaba una suma suficiente de firmeza germánica. Contando con la protección imperial, las ciudades asociadas, ávidas de tutela, no protestaron a cada paso contra ese yugo como las ciudades de Italia. Cedieron gustosas los honores del alto dominio a sus soberanos, y no se preocuparon sino de la libre administración de sus intereses comunales y de las ventajas de su comercio. Entre ellas, nada de luchas intestinas, nada de tendencias al absolutismo republicano, sino el rápido abandono de las doctrinas exageradas, que no asoman en los muros de sus feudos sino como un accidente. El amor al trabajo, la sed de lucro, escasa pasión, mucha sensatez, un fiel apego a libertades positivas, he aquí su modo de ser. No menospreciando ni las ciencias ni las artes, asociándose de un modo grosero pero activo al gusto de la nobleza por la poesía narrativa, tenían poca conciencia de la belleza, y su inteligencia esencialmente aplicada a los asuntos prácticos no ofrece las brillantes facetas del genio italiano en sus diferentes épocas. Sin embargo, la arquitectura

ojival le debió sus más bellos monumentos. Las iglesias y las casas consistoriales de Flandes y de la Alemania occidental muestran todavía lo que fué la forma favorita y particularmente bien comprendida del arte en aquellas regiones; esa forma parece haber correspondido directamente a la naturaleza íntima de su genio, que no se alejó mucho de ella sin perder su originalidad.

La influencia ejercida por las regiones renanas fué muy grande en toda Alemania, extendiéndose hasta el extremo Norte. En ellas es donde los reinos escandinavos percibieron mucho tiempo el matiz de civilización meridional que, acercándose cada vez más a su esencia, les convenía en mayor grado. Al Este, del lado de los Ducados de Austria, como la dosis de sangre germánica era más débil y la medida de sangre céltica menos grande y las capas eslavas y romanas tendían a ejercer una acción preponderante, el espíritu de imitación volvió pronto sus miradas hacia Italia, no sin mostrarse sensible a los ejemplos llegados del Rin e incluso a las sugestiones eslavas. Los países gobernados por la Casa de Habsburgo fueron esencialmente un terreno de transición, como Suiza, que, de una manera menos complicada sin duda, compartía su atención entre los modelos renanos y los del Alta Italia. En los antiguos territorios helvéticos, el punto medio de los dos sistemas era Zurich. Repetiré aquí, para completar el cuadro, que, durante el período en que Inglaterra permaneció muy germánica, después que hubo casi absorbido las aportaciones francesas de la conquista normanda y antes de que las inmigraciones protestantes hubiesen empezado a enlazarla con Francia, fueron las formas flamencas y holandesas las que le inspiraron más simpatía. Enlazaron de lejos sus ideas a las del grupo renano.

Viene ahora el tercer centro de civilización, que tenía su foco en París. La colonización franca había sido poderosa en los alrededores de esta ciudad. La romanidad se había compuesto allí de elementos célticos por lo menos tan numerosos como en las orillas del Rin, pero mucho más helenizados, y, en suma, dominaba la influencia bárbara por la importancia de su masa. De buen comienzo, las ideas germánicas retrocedieron ante ella. En los más antiguos poemas del ciclo carlovingio, los héroes teutónicos están en su mayoría olvidados o representados en una forma odiosa, como, por ejemplo, los Caballeros de Maguncia, al paso que los paladines del Oeste, tales como Rolando, Olivier, o incluso del Mediodía, como Gerars del Rosellón, ocupan el primer lugar en la estima general. Las tradiciones del Norte aparecen cada vez más desfiguradas bajo un ropaje romano.

La costumbre feudal practicada en aquella región se inspira cada vez más en ideas imperiales, y, minando con infatigable actividad la resistencia del espíritu contrario, complica en exceso el estado de las personas, desplegando una riqueza de restricciones, de distinciones, de obligaciones de que no se tenía idea ni en Alemania, donde la posesión de los feudos ya no era libre, ni en Italia, donde estaba más sometido a la prerrogativa del soberano. No hubo sino Francia donde se viese al rey, soberano de todos, figurar al mismo tiempo como el último vasallo de uno de sus hombres, y, como tal, sometido teóricamente a la obligación de servirlo contra sí mismo, so pena de felonía.

Pero la victoria de la prerrogativa real estaba en el fondo de todos esos conflictos, por la razón de que su acción incesante favorecía la elevación

de las clases bajas de la población, y arruinaba la autoridad de las clases caballerescas. Todo aquel que no poseía derechos personales o territoriales tenía opción a adquirirlos, y, a la inversa, todo aquel que poseía en un grado cualquiera los unos o los otros, los veía atenuarse insensiblemente. En esta situación crítica para todos, los antagonismos y los conflictos estallaron con extrema vivacidad y duraron mayor tiempo que en otras partes, puesto que se produjeron más pronto que en Alemania y acabaron más tarde que en Italia.

La categoría de los cultivadores libres, guerreros independientes, desapareció lentamente ante la necesidad general de protección. Igualmente se vió cada vez menos caballeros no obedeciendo más que al rey. Mediante el abandono de una parte de sus derechos, cada cual quiso y tuvo que adquirir el apoyo de otro más fuerte que él. De este encadenamiento universal de las fortunas se originaron para los contemporáneos muchos inconvenientes y para sus descendientes una marcha irresistible hacia la nivelación universal.

Las Comunas no alcanzaron nunca un poder muy alto. Los mismos grandes feudos debían a la larga debilitarse y dejar de existir. Las situaciones de gran independencia personal, las individualidades fuertes y altivas, constituían otras tantas anomalías, que tarde o temprano tenían que ceder ante la antipatía tan natural de la romanidad. Lo que persistió mucho más tiempo fué el desorden, última forma de protesta de los elementos germánicos. Los reyes, jefes instintivos del movimiento romano, tuvieron que vencer entonces no pocas dificultades para lograr reducir a los elementos rebeldes. Aquellos tiempos heroicos se vieron desgarrados por convulsiones generales y terribles, por dolores universales. Nadie estuvo a cubierto de los más ingratos golpes de la suerte. ¿Cómo no sonreír con algo de menosprecio al ver que lo que en nuestros días se llama filantropía juzga legítimo clamar contra la situación de las clases bajas de entonces, enumerar las chozas destruídas y calcular los daños de las mieses arrasadas? ¡Vaya buen sentido, veracidad, y justicia la de esos individuos que miden las cosas del siglo X por el mismo rasero que las del nuestro! Hubo, es cierto, mieses destruídas, chozas arrasadas y campesinos desvalidos. Pero, de mostrarnos inclinados a la piedad, ésta debe reservarse a la sociedad entera, a todas las clases, a la universalidad de los hombres.

Mas ¿por qué esas lágrimas y esa piedad? Aquella época no implora la compasión. No es el sentimiento lo que brota de la atenta lectura de las crónicas; sea que fijemos la atención en las austeras y belicosas páginas de Ville-Hardouin o en los maravillosos relatos del Catalán (1) Ramón Muntaner o en las Memorias llenas de serenidad, de alegría, de coraje, del noble Joinville, sea que recorramos la apasionada biografía de Abelardo, las notas más monacales y más tranquilas de Guibert de Nogent, o tantos otros escritos llenos de vida y de encanto que nos han legado aquellos tiempos, la imaginación se sobrecoge ante la suma de inteligencia, de corazón y de energía que en ellas se prodiga. Con frecuencia más entusiasta que secamente razonable en sus aplicaciones, el pensamiento de entonces es siempre vigoroso y sano. Una curiosidad y una actividad sin límites lo inspi-

(1) El autor le atribuye un origen aragonés. *(N. del T.)*

ran; no pasa nada por alto. Al mismo tiempo que posee fuerzas inagotables para alimentar sin descanso la guerra extranjera y la guerra interior, y que, fiel a medias aún a la predilección de los Francos por el glavio, lleva el ruido de sus armas de reino en reino, de ciudad en ciudad, de villorrio en villorrio, de aldea en aldea, encuentra la manera de salvar los restos de la literatura clásica y de complacerse en su lectura, meditándolos de una manera equivocada quizá desde nuestro punto de vista, pero seguramente original. Es ese, en medio de todo, un mérito supremo, y, en este caso particular, un mérito tanto más señalado cuanto que nos hemos aprovechado de ello y constituye la superioridad de la civilización moderna sobre la antigua romanidad. Ésta no había inventado nada, no había hecho más que recoger, lo mejor que supo y a manos llenas, el fruto de los productos marchitados por el tiempo. Nosotros hemos creado concepciones nuevas, hemos hecho una civilización, y es a la Edad Media a la que somos deudores de tan grande obra. El ardor feudal, infatigable en sus trabajos, no se limita a perseverar lo mejor posible en el espíritu conservador de los bárbaros por lo que respecta al legado romano, sino que revisa aún, retoca incesantemente lo que puede descubrir de las tradiciones del Norte y de las fábulas célticas; con ello compone la literatura ilimitada de sus poemas, de sus novelas, de sus romances, de sus canciones, lo cual sería incomparable si la belleza de la forma respondiese a la ilimitada riqueza del fondo. Ebria de discusión y de polémica, aguza las armas ya tan sutiles de la dialéctica alejandrina, agota los temas teológicos, extrae de ellos fórmulas nuevas, hace brotar en todos los géneros de filosofía los espíritus más audaces y más firmes, completa las ciencias naturales, ensancha el campo de las ciencias matemáticas, se hunde en las profundidades del álgebra. Sacudiendo la rutina de las hipótesis en que se complugo la esterilidad romana, siente ya la necesidad de ver con sus ojos y de palpar con sus manos antes de pronunciarse. Los conocimientos geográficos alientan poderosa y exactamente esas disposiciones, y los pequeños reinos del siglo XIII, sin recursos materiales, sin dinero, sin esas excitaciones accesorias y mezquinas de lucro y de vanidad que lo determinan todo en nuestros días, pero ebrios de fe religiosa y de juvenil curiosidad, saben encontrar entre ellos los Plan-Carpin, los Maundevill, los Marco Polo, y lanzar tras ellos nubes de viajeros intrépidos hacia los rincones más apartados del mundo, que ni los Griegos ni los Romanos habían tenido nunca siquiera la idea de ir a visitar.

Mucho pudo sufrir esa época, lo admito: y no examinaré si con su ardiente imaginación y sus imperfectas estadísticas, comentadas con el desdén con que nos place mirar todo lo que no se refiere a nosotros mismos, se han exagerado o no sensiblemente sus miserias. Consideraré las calamidades en toda la extensión, verdadera o falsa, que se les ha atribuído y sólo preguntaré si en medio de los mayores desastres se es verdaderamente desgraciado, cuando se es tan vivaz. ¿Hemos visto nunca que el siervo oprimido, el noble despojado o el rey cautivo se hayan desesperado hasta el punto de dirigir el arma contra sí? Creemos que más dignas de lástima son las naciones degeneradas y bastardas y que, por no amar nada, por no desear nada, por no poder nada y no sabiendo qué hacer en medio de los

abrumadores ocios de una civilización que decae, consideran con triste indulgencia el enojoso suicidio de Apicio.

La especial proporción de mezclas germánicas y galorromanas en las poblaciones de la Francia septentrional, al determinar por vías dolorosas, pero seguras, la aglomeración al mismo tiempo que la dispersión de fuerzas, proporcionó a los diferentes instintos políticos e intelectuales el medio de alzarse a una altura media, es cierto, pero en general lo bastante elevada para captarse a un tiempo las simpatías de los dos otros centros de la civilización europea. Lo que Alemania no poseía, y en Italia se hallaba en una plenitud excesiva, lo poseían los franceses en proporciones limitadas que lo hacían comprensible a nuestros vecinos del Norte; y, por otra parte, esas cualidades de origen teutónico, muy mitigadas ya por nosotros, seducían a los hombres del Sur, que las hubieran desechado si las hubiesen recibido íntegras. Esta especie de ponderación contribuyó al crédito que en los siglos XII y XIII disfrutó la lengua francesa entre las gentes del Norte y las del Mediodía, en Colonia como en Milán. Mientras los «minnesingers» traducían nuestras novelas y nuestros poemas, Brunetto Latini, el maestro de Dante, escribía en francés, así como los redactores de las Memorias del Veneciano Marco Polo. Consideraban el idioma francés como el único capaz de extender por toda Europa las nuevas luces que deseaban propagar. Durante ese tiempo, las escuelas de París atraían a los sabios y estudiosos del orbe. De esta suerte, los tiempos feudales fueron singularmente para la Francia de allende el Sena un período de gloria y de grandeza moral que las dificultades étnicas en que se hallaba no empañaron lo más mínimo.

Pero la extensión del reino de los primeros Valois hacia el Sur, al aumentar considerablemente la acción del elemento galorromano, preparó y empezó, con el siglo XIV, la gran batalla que, bajo el nombre de guerras inglesas, fué librada otra vez a los elementos germanizados. La legislación feudal, haciendo cada vez más inflexibles las obligaciones de los poseedores de tierras para con la realeza y disminuyendo sus derechos, no tardó en proclamar, con entera franqueza, su predilección por doctrinas más puramente romanas todavía. Las costumbres públicas, al asociarse a esta tendencia, dieron a la caballería un rudo golpe, pues transformaron contra ella las ideas hasta entonces admitidas por ella misma con respecto al pundonor.

Entre las naciones arias, el honor había sido, y era todavía entre los Ingleses y hasta entre los Alemanes, una teoría del deber que estaba muy de acuerdo con la dignidad del guerrero libre. Cabe incluso preguntarse si en esta palabra, *honor,* los gentileshombres del Imperio y los terratenientes del tiempo de los Tudor no comprendían sobre todo la suprema obligación de sostener sus prerrogativas personales contra los ataques de los más poderosos. En todo caso, no admitían que debiesen sacrificarlas por nadie. Por el contrario, el gentilhombre francés se vió obligado a reconocer que las obligaciones estrictas del honor le imponían el sacrificio de sus bienes, de su libertad, de sus miembros y de su vida en defensa de su rey. El ideal de su cualidad de noble consistió para él en una absoluta sumisión y, puesto que era noble, ningún ultraje por parte de la realeza podía dispensarle, en estricta conciencia, de aquella abnegación sin límites. Esta doctrina, como todas las que se elevan a lo absoluto, no carecía de belleza ni

de grandeza. Embellecíala el ánimo más esforzado; pero, en realidad, sólo era un barniz germánico sobre ideas imperiales; su origen, si se quiere buscarlo a fondo, no estaba lejos de las inspiraciones semíticas, y al aceptarlo la nobleza francesa había de degenerar por fin en costumbres lindantes con la servidumbre.

El sentimiento general no le permitió escoger. La realeza, los legistas, la burguesía y el pueblo se figuraron al gentilhombre indisolublemente consagrado a la especie de honor que inventó: el propietario armado, dejó de ser desde entonces la base del Estado, y apenas si fué su sostén. Tendió, sobre todo, a ser su simple ornato.

Huelga añadir que si se dejó degradar así, fué porque su sangre no era ya bastante pura para infundirle la conciencia del daño que se le causaba y para proporcionarle fuerzas suficientes para la resistencia. Menos romanizado que la burguesía, que a su vez lo era menos que el pueblo, el gentilhombre lo era todavía mucho; sus esfuerzos atestiguaron, por la dosis de energía que podemos presumir en ellos, la medida en que poseía aún las causas étnicas de su primitiva superioridad. En las regiones donde habían existido los principales establecimientos de los Francos fué donde la oposición caballeresca se significó en mayor grado; más allá del Loire, no hubo, en general, una voluntad tenaz. En fin, con el tiempo, y con pocos matices de diferenciación, se manifestó en todas partes un mismo nivel de sumisión, y la romanidad empezó a reaparecer, casi reconocible, cuando el siglo XV fenecía.

Esta explosión de los antiguos elementos sociales fué poderosa y extraordinaria; imperativamente influyó en ciertas familias germánicas que había conseguido dominar y a las cuales hizo volver en cierto modo contra sí mismas; hizo que batiesen en brecha las creaciones que habían producido antaño en común con ella; y quiso reconstruir a Europa sobre un nuevo plan cada vez más conforme con sus instintos, confesando altamente esta pretensión.

La Italia meridional y la central se hallaban poco más o menos a la misma altura que la Lombardía decaída. Las relaciones que este último país sostenía hacía siglos con Suiza y la Galia meridional se habían relajado mucho; Suiza se inclinaba más hacia la Alemania renana, y el Sur de la Galia hacia las provincias medias. ¿Cuál era el lazo común de estas relaciones? El elemento romano, seguramente; pero, dentro de este elemento complejo, la esencia céltica en particular que reaparece por un lado. Hallamos la prueba de ello al considerar que, si la parte semitizada hubiese obrado en esta circunstancia, Suiza y el Sur de la Galia hubieran estrechado sus antiguas relaciones con Italia en vez de relajarlas.

Moviéndose bajo la misma influencia céltica, toda Alemania se buscó y anudó más estrechamente sus intereses, en otro tiempo esporádicos. El elemento romano-gálico, en su resurrección, hallaba pocas dificultades para combinarse con los principios eslavos, en virtud de la antigua analogía. Los países escandinavos mostráronse más cuidadosos con una nación que había tenido tiempo de trabar con ellos relaciones étnicas no germánicas, bastante considerables ya. En medio de este acercamiento universal, las regiones renanas perdieron su supremacía, y así había de suceder necesariamente, puesto que lo que dominaba desde entonces era la naturaleza gala.

Infiltróse por todas partes algo grosero y vulgar que no pertenecía ni al elemento germánico ni a la sangre helenizada. La literatura caballeresca desapareció de las fortalezas que bordean las orillas del Rin, y fué reemplazada por las composiciones jocosas, bajamente obscenas y estúpidamente grotescas de la burguesía de las ciudades. La gente se divirtió con las trivialidades de un Hans Sachs. Es esta especie de alegría que tan justamente denominamos *alegría gala* y de la que Francia produjo, en aquella misma época, el más perfecto modelo, como, en efecto, era nativamente propio de ella, dando por resultado las chanzas de *color subido* compiladas por Rabelais, el gigante de la comicidad.

Alemania entera se sintió capaz de rivalizar, en mérito, con las ciudades renanas en la nueva fase de civilización que tuvo a este revoltoso buen humor por divisa. Sajonia, Baviera, Austria, hasta Brandeburgo, se vieron llevados a un mismo plano, mientras que por el Sur, con Borgoña que servía de lazo, Francia entera, cuyo genio gustaba de saborear Inglaterra, se avenía más perfectamente con el temperamento de sus vecinos del Norte y del Oeste, de quienes recibió por aquel entonces casi tanto como les diera.

España, a su vez, fué contaminada por esa asimilación general de los instintos que iba conquistando a todos los países occidentales. Hasta entonces, la península ibérica no había copiado algo de sus vecinos septentrionales sino para transformarlo de una manera casi completa, único medio de hacerlo accesible al gusto especial de sus habitantes tan particularmente combinados. En tanto el elemento gótico tuvo una fuerza exteriormente manifiesta, las relaciones de la península habían sido por lo menos tan frecuentes con Inglaterra como con Francia, sin dejar de ser mediocres. En el siglo XVI, al adquirir poderío el elemento romanosemítico, los reinos de Fernando se compenetraron perfectamente con Italia — la Italia del Sur —, aunque se sintiesen apegados a Francia a través del Rosellón. Como sólo había en España un ligero barniz céltico, el espíritu trivial de las burguesías del Norte se aclimató difícilmente en ella, lo mismo que en la otra península; sin embargo, no dejó de manifestarse allí, aunque con una dosis de energía y de hinchazón enteramente semítica, con un verbo local que no era la fuerza musculosa de la barbarie germánica, pero que, dentro de su carácter de delirio africano, produjo aún muy grandes cosas. Pese a estos vestigios de originalidad, se advierte perfectamente que España había perdido la mejor parte de sus fuerzas góticas y que sufría, como todos los demás países, la influencia restaurada de la romanidad, por el sencillo hecho de salir de su aislamiento.

En este renacimiento, como se le ha denominado con razón, en esta resurrección del fondo romano, en que los instintos políticos de Europa se mostraban más maleables a medida que se avanzaba entre poblaciones menos poseídas por el instinto germánico, hallábanse menos matices en el estado de las personas, una mayor concentración de fuerzas gubernamentales, mayores ocios para los súbditos, una preocupación más exclusiva por el bienestar y el lujo y, por lo tanto, más civilización al estilo nuevo. Por lo mismo, los centros de cultura se desplazaron. En su conjunto, Italia fué una vez más reconocida como el prototipo al que era preciso ajustarse. Roma se elevó al primer rango. Por lo que se refiere a Colonia, Maguncia, Tréveris, Estrasburgo, Lieja, Gante y hasta el mismo París, todas estas ciu-

dades, hasta entonces tan admiradas, debieron contentarse con representar el papel de imitadoras más o menos afortunadas. Sólo se invocaba a los latinos y a los griegos; y a estos últimos, claro está, entendidos a la manera latina. Execrábase todo cuanto se salía de este círculo; ya no quiso reconocerse, ni en filosofía, ni en poesía, ni en arte, cuanto tuviera forma o color germánico; fué una inexorable y violenta cruzada contra todo cuanto se había hecho desde hacía mil años. Apenas si se perdonó al Cristianismo.

Pero si, con sus ejemplos, Italia consiguió mantenerse a la cabeza de esta revolución durante algunos años, en que sólo se trató de influir en la esfera intelectual, esta supremacía se le escapó de las manos en cuanto la lógica inevitable del espíritu humano quiso pasar de la abstracción a la práctica social. Esa Italia tan alabada se había vuelto demasiado romana para poder servir siquiera a la causa romana; y no tardó en verse sumida en un estado de nulidad parecido al del siglo IV, mientras Francia, su parienta más próxima, continuó, por derecho de nacimiento, la tarea que su hermana mayor no podía cumplir. Francia prosiguió la obra con una vivacidad de procedimientos que sólo ella podía emplear. Dirigió y realizó la absorción de las altas posiciones sociales en el seno de una vasta confusión de todos los elementos étnicos que su incoherencia y su fraccionamiento le libraban indefensos. La edad de la igualdad había vuelto para la inmensa mayoría de los habitantes de Europa; el resto no iba a dejar de gravitar, desde entonces, hacia el mismo fin; y eso tan rápidamente como lo permitiera la constitución física de los diferentes grupos. Tal es el estado a que se ha llegado en la actualidad.

Las tendencias políticas no bastarían para caracterizar esa situación de una manera segura; en rigor, podrían ser consideradas como transitorias y debidas a causas secundarias. Pero en esto, aparte de que no es posible dejar de atribuir una importancia pasajera a la persistente dirección de las ideas durante cinco o seis siglos, vemos todavía señales de la reunión futura de las naciones occidentales en el seno de una nueva romanidad, en la creciente semejanza de todas sus producciones literarias y, sobre todo, en el modo peculiar de desenvolverse sus idiomas.

Unos y otros se despojan, hasta donde es posible, de sus elementos originales y se aproximan entre sí. El español antiguo es incomprensible para un Francés o para un Italiano; el español moderno no les ofrece apenas dificultades lexicográficas. La lengua de Petrarca y del Dante abandona a los dialectos las palabras y formas no romanas, y a primera vista no ofrece ya obscuridades para nosotros. Nosotros mismos, los Franceses, antes tan ricos en vocablos teutónicos, los hemos abandonado, y si aceptamos sin gran repugnancia ciertas expresiones inglesas, débese a que, en su mayor parte, proceden de nosotros o son de origen celta. Para nuestros vecinos de allende la Mancha la proscripción de los elementos anglosajones progresa mucho: el diccionario se despoja de ellos todos los días. Pero es en Alemania donde esta renovación se efectúa de la manera más extraña y por los medios más singulares.

Siguiendo ya un movimiento análogo al que se observa en Italia, los dialectos más ricos de elementos germánicos, como por ejemplo el frisón y el bernés, son, en general, arrinconados por incomprensibles. La mayoría de los lenguajes provinciales, rico en elementos kínricos, se acercan cada

vez más al idioma usual. Éste, conocido con el nombre de alto alemán moderno, tiene relativamente pocas semejanzas lexicográficas con el gótico o con las antiguas lenguas del Norte y afinidades cada vez más estrechas con el céltico, no sin asimilarse algunos vocablos eslavos. Pero se inclina sobre todo hacia el céltico, y como que no le es posible hallar con facilidad sus vestigios nativos en el uso moderno, se acerca con esfuerzo al compuesto que más se le avecina, es decir, al francés. Sin aparente necesidad toma del francés series de palabras cuyos equivalentes podría hallar fácilmente en su propio fondo; se apodera de frases enteras que en medio del discurso producen un efecto muy extraño; pese a sus leyes gramaticales, cuya primitiva maleabilidad procura también modificar, para acercarse a nuestras formas más estrictas y rígidas, se romaniza según el matiz celta, que es el que tiene más a su alcance, mientras que el francés propende cuanto le es dable hacia el matiz meridional, y no avanza menos pasos hacia el italiano que los que éste avanza hacia él.

Hasta aquí no he sentido escrúpulo alguno en emplear la palabra *romanidad* para indicar el estado hacia el cual retornan los pueblos de la Europa occidental. Sin embargo, para ser más preciso, es necesario añadir que bajo esta expresión no puede entenderse, sin incurrir en error, una situación completamente idéntica a la de ninguna época del antiguo universo romano. Del mismo modo que en la apreciación del mismo me he servido de las palabras *semítico* y *helenístico*, para determinar aproximadamente la naturaleza de las mezclas en que abundaba, previniendo que no se trataba de mixturas étnicas absolutamente parecidas a las que habían existido antes en el mundo asirio y en la superficie de los territorios siromacedónicos, así también no debemos olvidar aquí que la nueva romanidad posee matices étnicos que le son peculiares y desarrolla, por consiguiente, aptitudes desconocidas de la antigua. Un fondo completamente igual, un mayor desorden, una creciente asimilación de todas las facultades particulares por la extrema subdivisión de los grupos primitivamente distintos, he aquí lo que hay de común entre ambas situaciones y lo que conduce, cada día, a nuestras sociedades hacia la imitación del universo imperial; pero lo que nos es propio, por lo menos en este momento, y lo que establece la diferencia, es que, en la fermentación de las partes constitutivas de nuestra sangre, muchos detritos germánicos actúan todavía y de una manera muy especial, según se los observe en el Norte o en el Mediodía: aquí, entre los Provenzales, en cantidad disolvente; allá, por el contrario, entre los Suecos, con un resto de energía que retrasa el visible movimiento de decadencia.

Este movimiento, operando de Sur a Norte, ha llevado, hace ya dos siglos, las masas de la península itálica a un estado muy próximo al de sus predecesores del siglo III de nuestra era, salvo algunos detalles. El país alto, excepción hecha de algunas regiones del Piamonte, difiere muy poco. España, saturada de elementos más directamente semíticos, goza dentro de estas razas de una especie de relativa unidad que hace menos flagrante el desorden étnico, pero que está lejos de fortalecer las facultades masculinas o utilitarias. Nuestras provincias francesas meridionales están anuladas; las del Centro y del Este, con el Sudoeste de Suiza, participan de la influencia del Mediodía y del Norte. La monarquía austríaca sostiene como mejor puede, y con una conciencia de su situación que podríamos llamar científica, la pre-

ponderancia de los elementos teutones de que dispone en sus poblaciones eslavas. Grecia y la Turquía europea, sin fuerza ante la Europa occidental, deben a la inerte proximidad de Anatolia un resto de energía relativa, debida a las infiltraciones del elemento germánico que la Edad Media les aportó en diferentes ocasiones. Lo mismo cabe decir de los pequeños Estados vecinos del Danubio, con la sola diferencia de que deben a una época mucho más antigua sus pocas infusiones arias que todavía parecen animarles, y que, entre ellos, el desorden étnico se halla en su período más doloroso. El Imperio ruso, tierra de transición entre las razas amarillas, las naciones semitizadas y romanizadas del Sur y Alemania, carece esencialmente de homogeneidad, no ha recibido nunca sino muy débiles aportaciones de esencia noble, y sólo puede elevarse a apropiaciones imperfectas de copias llevadas a cabo, aquí y allá, del matiz helénico, del italiano o del francés, o bien de la concepción alemana. Y aun esas apropiaciones no van más allá de la epidermis de las masas nacionales.

Considerándola en su extensión actual, Prusia posee más recursos germánicos que Austria, pero en su núcleo es inferior a este país en donde el grupo fuertemente arianizado de los Magiares hace inclinar la balanza, no según la medida de la civilización, sino según la de la vitalidad, que — nunca lo subrayaremos bastante — es de lo único de que se trata en este libro.

En suma, la mayor abundancia de vida, la aglomeración de fuerzas más considerable, se halla hoy concentrada y luchando con desventaja contra el triunfo infalible de la confusión romana en la serie de territorios comprendidos en un contorno ideal que, partiendo de Torneo y abarcando a Dinamarca y el Hannóver desciende por el Rin a poca distancia de su ribera derecha hasta Basilea, envuelve la Alsacia y la Alta Lorena, encierra el curso del Sena y le sigue hasta su desembocadura, se prolonga hasta la Gran Bretaña y alcanza a Islandia por el Oeste.

En este centro subsisten los últimos despojos del elemento ario, muy desfigurados, muy pobres y marchitos sin duda, pero no del todo vencidos. También es ahí donde palpita el corazón de la sociedad y, por consiguiente, de la civilización moderna. Esta situación no ha sido nunca analizada, explicada o comprendida hasta ahora, pero es perfectamente sentida por la inteligencia general. Y lo es de tal modo, que muchos son los talentos que hacen de ella el punto de partida de sus especulaciones sobre el porvenir. Éstos prevén el día en que los hielos de la muerte dominarán en las regiones que nos parecen más favorecidas y más florecientes; y, aun suponiendo quizá esta catástrofe más cercana de lo que será, buscan ya el refugio en el cual la humanidad podrá, según sus deseos, alcanzar nuevo lustre con una nueva vida. Los éxitos actuales de uno de los Estados situados en el continente americano les parecen presagiar esa era tan necesaria. El mundo occidental, he aquí el inmenso escenario donde ellos imaginan que van a florecer naciones que, al heredar la experiencia de todas las civilizaciones pretéritas, enriquecerán la nuestra y realizarán obras que el mundo no ha podido aún sino soñar.

Examinemos este dato con todo el interés que requiere. Y en el examen profundizado de las diversas razas que pueblan y han poblado las regiones americanas, inquiramos los motivos decisivos para admitirla o desecharla.

CAPÍTULO VII

Los indígenas americanos

En 1829, Couvier no estaba lo suficientemente informado para emitir una opinión decisiva sobre la naturaleza étnica de las naciones indígenas de América y las dejó fuera de sus nomenclaturas. Los hechos registrados desde entonces permiten que nos mostremos más osados. Muchos de ellos son concluyentes, y, aunque ninguno traiga una completa certidumbre o una afirmación incontrovertible, el conjunto permite la adopción de ciertas bases completamente positivas.

No encontraremos ya a ningún etnólogo algo bien informado que pretenda que los naturales de América forman una raza pura y que se les aplique la denominación de *variedad roja*. Desde el Polo hasta la Tierra del Fuego no hay matiz de la coloración humana que no se manifieste allí, salvo el negro del Congolés y el blanco rosado de los Ingleses; pero, fuera de estos dos colores, obsérvanse muestras de todos los demás. Según la región, los indígenas son morenos oliváceos, morenos obscuros, broncíneos, amarillos pálidos, amarillos cobrizos, rojos, blancos, morenos, etc. Su estatura no varía menos. Entre la talla, no gigantesca, pero sí elevada, del Patagón y la pequeñez de los Changos, hay toda suerte de estaturas. Las proporciones del cuerpo presentan las mismas diferencias: algunos pueblos tienen el busto muy largo, como las tribus de las Pampas; otros, lo tienen corto y ancho, como los habitantes de los Andes peruanos. Lo mismo debe decirse de la forma y volumen de la cabeza. La fisiología no ofrece, pues, ningún medio de establecer un tipo único entre las naciones americanas.

Si nos dirigimos a la lingüística, obtendremos el mismo resultado. Sin embargo, conviene aquí examinarla más de cerca. La gran mayoría de los idiomas poseen cada uno una originalidad incontestable en sus partes lexicológicas; desde este punto de vista, son extraños entre sí; pero el sistema gramatical es en todas partes el mismo. Se observa en ellos ese rasgo saliente de una tendencia común a la aglutinación de las palabras, y de diversas frases a formar un solo vocablo, facultad ciertamente muy singular y notable, pero que no basta a dotar de unidad a las razas americanas, tanto menos cuanto esta regla tiene sus excepciones. Puede oponerse a ella el othonis, lengua muy extendida en la Nueva España y que, por su estructura netamente monosilábica, contrasta con las disposiciones fusionarias de los idiomas que les rodean. Quizá se hallarán ulteriormente otras pruebas demostrando que todas las sintaxis americanas no se derivan de un mismo tipo ni provienen uniformemente de un solo y único principio.

No hay, pues, manera de clasificar, entre las principales divisiones de la humanidad, a una supuesta raza roja o cobriza que evidentemente no existe sino en el estado de matiz étnico y como resultado de ciertas combinaciones de sangre, lo que sólo permite que se la considere como un subgénero. Con M. Flourens, y antes con M. Garnot, llegamos a la conclusión

de que no existe en América una familia indígena diferente de las que habitan en el resto del Globo.

Aun simplificada así, la cuestión sigue siendo complicada. Si está probado que los pueblos del nuevo continente no constituyen una especie aparte, es ardua tarea, por las dudas que sugiere, tratar de asimilarlos a los tipos comunes del viejo continente. Intentaré iluminar como mejor pueda estas tinieblas, y para conseguirlo, invirtiendo el método que he usado hace poco, consideraré si al lado de las diferencias profundas que se oponen al reconocimiento entre las naciones americanas de una unidad particular no hay también similitudes que señalan en su organización la presencia de uno o diversos elementos étnicos parecidos. No tengo necesidad de añadir sin duda que, si el hecho existe, no es quizá sino en muy variadas medidas.

Como las familias negra y blanca no aparecen en el estado puro en América, cabe fácilmente hacer constar, si no su total ausencia, por lo menos su desfiguración en un grado notable. No puede decirse lo mismo del tipo finés; ese tipo es innegable en ciertas tribus del Noroeste, tales como los Esquimales. Es, pues, ese un punto de unión entre el viejo y el nuevo mundo; y nada mejor que tomarlo como punto de partida de nuestro examen. Dejando a los Esquimales y descendiendo hacia el Sur, llegamos pronto a las tribus llamadas ordinariamente rojas, a los Chinooks, a los Lenni-Lenapés, a los Sioux; esos pueblos tuvieron por un momento el honor de haber sido tomados por los prototipos del hombre americano, aunque, ni por su número ni por la importancia de su organización social, tuviesen el menor motivo de pretenderlo. No es difícil reconocer relaciones estrechas de parentesco entre estas naciones y los Esquimales y, por lo tanto, con los pueblos amarillos. Por lo que a los Chinooks se refiere, no cabe la menor duda; en cuanto a los demás, la cuestión no ofrecerá dificultades cuando se deje de compararlos, como se hace a menudo, con los Chinos Malayos del Sur del Imperio Celeste y se les confronte con los Mogoles. Entonces se hallará bajo la tez cobriza del Dakota un fondo evidentemente amarillo. Se notará en él la ausencia casi completa de barba, el color negro de los cabellos, su naturaleza seca y rígida, las disposiciones linfáticas del temperamento, la pequeñez extraordinaria de los ojos y su tendencia a la oblicuidad. Sin embargo, conviene no olvidar que esos diversos caracteres del tipo finés distan bastante de aparecer en las tribus rojas con toda su pureza.

De las regiones del Missouri se desciende hacia Méjico, donde estas señales específicas se hallan todavía más alteradas, aunque pueden reconocerse bajo una tez mucho más broncínea. Esta circunstancia podría desorientar a la crítica si, gracias a una casualidad que se produce raramente en el estudio de las antigüedades americanas, la misma Historia no se encargara de afirmar el parentesco de los Aztecas y de sus predecesores los Toltecas con las hordas de cazadores negros de Colombia. Las migraciones de unos y otros hacia el Sur partieron de ese río. La tradición es cierta: la comparación de las lenguas lo confirma plenamente. Los Mejicanos se hallan, pues, unidos a la raza amarilla por mediación de los Chinooks, pero con la mezcla más fuerte de un elemento extraño.

Más allá del istmo hallamos a dos grandes familias que se subdividen en centenares de naciones o pueblos, muchos de los cuales, imperceptibles ya, se hallan reducidos a doce o quince individuos. Estas dos familias son

la del litoral del océano Pacífico y aquella otra que se extiende desde el golfo de Méjico hasta el río de la Plata, cubriendo el Imperio (1) del Brasil, y que antiguamente poseyera las Antillas. Son los más morenos, los más cercanos de todo el continente al color negro y al propio tiempo los que menos relaciones generales tienen con la raza amarilla. La nariz es larga, prominente, aguileña; la frente es huidiza y comprimida por los lados, tendiendo a la forma piramidal, y, sin embargo, aun hallamos aquí ciertos estigmas de los mogoles en la disposición y el corte oblicuo de los ojos, en la prominencia de los pómulos, en la cabellera negra, tosca y lisa. Basta esto para despertar nuestra atención y prepararla para lo que se le ofrecerá entre las tribus del otro grupo meridional que abarca todos los pueblos guaraníes. Aquí el tipo finés reaparece con fuerza y resulta muy manifiesto.

Los Guaraníes, o Caribes, o Caraíbes, son generalmente amarillos, hasta tal punto que los observadores más competentes no han vacilado en compararlos con los pueblos de las costas orientales de Asia. Esta es la opinión de Martins, de D'Orbigny y de Prescott. Más variados, quizá, en su conformación física que los demás grupos americanos, tienen de común, al decir de D'Orbigny, «el color amarillo, mezclado con un poco de rojo muy pálido; prueba, sea dicho de paso, de su migración del Nordeste y de su parentesco con los Indios cazadores de los Estados Unidos; de formas macizas, con una frente ancha y una cara redonda, circular, una nariz corta y estrecha, los ojos a menudo oblicuos, siempre elevados en el ángulo exterior, y rasgos afeminados».

Añadiré a esto que cuanto más se avanza hacia el Este, la tez de los Guaraníes se vuelve más obscura y se aleja del amarillo rojizo.

La fisiología nos afirma, pues, que los pueblos de América tienen en todas las latitudes un fondo común netamente mogol. La lingüística y la fisiología confirman esta afirmación. Veamos lo que dice la primera.

Las lenguas americanas, cuyas diferencias lexicológicas y similitudes gramaticales notaba hace poco, difieren profundamente de los idiomas del Asia oriental; nada más cierto. Pero Prescott añade, con su sagacidad y fineza habituales, que también se distinguen entre sí, y que si esta razón bastara para hacer desechar todo parentesco entre los indígenas del nuevo continente y los Mogoles, habría que admitirla también para aislar a estas naciones unas de otras, lo cual es imposible. Por otra parte, el othonis adquiere aquí toda su importancia. La relación de esta lengua con las lenguas monosilábicas del Asia oriental es evidente; por lo tanto, la filología, a pesar de tropezar con muchas obscuridades y muchas dudas que el estudio resolverá como ha resuelto tantas otras, no puede negarse a admitir que, por corrompidos que puedan estar actualmente a causa de las mezclas extranjeras y de una larga elaboración interior, los dialectos americanos no se oponen en modo alguno, dentro de su estado actual, a un parentesco del grupo que los habla con la raza finesa.

Por lo que se refiere a las disposiciones intelectuales de este grupo, presentan diversas particularidades características fáciles de extraer del caos de las tendencias divergentes. Manteniéndome dentro de la estricta verdad, quisiera no excederme ni en bien ni en mal al hablar de los indígenas ame-

(1) Téngase presente la época en que el conde de Gobineau escribió este libro.

ricanos. Ciertos observadores nos los presentan como modelos de altivez y de independencia, y les perdonan por eso algo de su antropofagía. Otros, por el contrario, pronunciándose sin ambages contra ese vicio, acusan a la raza que lo posee de un egoísmo monstruoso, del cual se derivan las costumbres más locamente feroces.

Con los mejores deseos de permanecer imparcial, no se puede, sin embargo, dejar de reconocer que la opinión severa cuenta en su favor las revelaciones de los más antiguos historiadores de América. Ciertos testigos oculares, sorprendidos por la maldad fría e inexorable de esos salvajes que se da en presentar como tan nobles, y que, en efecto, son muy orgullosos, han creído reconocer en ellos a los descendientes de Caín. Los juzgaban más profundamente malos que los demás hombres, y no andaban equivocados.

No hay que censurar a los americanos, al compararlos con las demás familias humanas, porque devoren a sus prisioneros o los torturen con inusitado refinamiento. Todos los pueblos hacen o han hecho poco más o menos lo mismo, y no se distinguen de ellos y entre sí sino por los motivos que les llevan a tales violencias. Lo que presta a la ferocidad del indígena americano un carácter particularmente singular al lado de la del negro más feroz y del finés más bajamente cruel es la impasibilidad en que se basa y la duración del paroxismo, largo como su vida. Se diría que no tiene pasión, pues es capaz de moderarse, de disimular, de ocultar ante todo el mundo la odiosa llama que le consume; pero es más cierto todavía que carece de piedad, como lo demuestran las relaciones que sostiene con los extranjeros, con su tribu, con su familia, con sus mujeres y hasta con sus hijos.

En una palabra, el indígena americano, antipático a sus semejantes, no se acerca a ellos sino en el grado en que se lo aconseja su utilidad personal. ¿Qué piensa alcanzar en esta esfera? Sólo efectos materiales. No tiene el sentimiento de lo bello, ni de las artes; es muy limitado en la mayoría de sus deseos, que se reducen generalmente a lo esencial de sus necesidades físicas. Sólo piensa en comer, y después en vestirse, lo cual es muy poca cosa, incluso en las regiones frías. No es muy sensible a las ideas sociales del pudor, del ornato o de la riqueza.

Y no se vaya a creer que sea así por falta de inteligencia; posee ésta y sabe servirse de ella para satisfacer su forma de egoísmo. Su gran principio político es la independencia, pero no la de su nación o de su tribu, sino la suya propia, la del individuo. La gran preocupación del Guaraní o del Chinook es obedecer lo menos posible para no renunciar a su pereza y a sus gustos. Toda la nobleza que se pretenda descubrir en el carácter indio proviene de ahí. Sin embargo, varias causas locales han impuesto en determinadas tribus la presencia de un jefe. Éste ha debido ser aceptado, pero se le otorga la menor sumisión posible, y es el subordinado quien la determina. Al jefe se le disputa hasta la más mínima parcela de autoridad. Ésta no le es conferida sino por algún tiempo, y se la quitan cuando quieren. Los salvajes de América son unos republicanos extremistas.

En esta situación, los hombres de talento o los que creen tenerlo, los ambiciosos de toda especie, emplean la inteligencia — y he dicho que no carecían de ella — en persuadir a su tribu, primeramente, de la indignidad de sus competidores, y luego de su propio mérito; y como es imposible formar con estas individualidades esquivas y dispersas lo que en otras partes se

llama un partido sólido y compacto, han de apelar diariamente, perpetuamente a la persuasión y a la elocuencia para mantener esa influencia tan débil y precaria, único resultado a que pueden aspirar. De ahí esa manía de discurrir y de perorar que poseen los salvajes y que contrasta tan vivamente con su natural taciturnidad. En sus reuniones familiares y aun durante sus orgías, donde no se debate ningún interés personal, nadie dice una palabra.

La naturaleza de lo que por ciertos hombres es considerado como *útil*, es decir, el hecho de poder comer y luchar contra la inclemencia de las estaciones y conservar la independencia, no para servirse de ella con un fin intelectual, sino para ceder sin mesura a las inclinaciones puramente materiales, y esa indiferente frialdad en las relaciones entre parientes, me autorizan a reconocer entre ellos el predominio o por lo menos la existencia fundamental del elemento amarillo. Es ese realmente el tipo de los pueblos del Asia oriental, con la diferencia, a favor de estos últimos, que la infusión constante y señalada de sangre de los blancos ha modificado esas estrechas aptitudes.

Así vemos que la psicología, como la lingüística y sobre todo la fisiología, establecen que la esencia finesa está extendida, en mayor o menor abundancia, en las tres grandes divisiones americanas del Norte, del Sudoeste y del Sudeste. Falta descubrir ahora qué causas étnicas, al influir sobre estas masas, han alterado, variado e informado sus caracteres hasta lo infinito, hasta desmenuzarlos en una serie de grupos sueltos. Para llegar a un resultado convenientemente fundamentado continuaré observando primeramente los caracteres exteriores y después pasaré a examinar las otras manifestaciones étnicas.

La modificación del tipo amarillo puro, cuando tiene lugar por infusión de principios blancos, como entre los Eslavos, entre los Celtas o hasta entre los Kirghises, produce hombres de los que yo no encuentro en América ningún parecido. Los indígenas de ese continente que, en lo exterior, podrían aproximarse más a nuestras poblaciones gálicas o wendas, son los Cherokis; y, no obstante, es imposible confundirlos. Cuando se produce una mezcla entre el Amarillo y el Blanco, el segundo desarrolla sobre todo su influencia por la nueva medida de las proporciones que da a los miembros; pero por lo que se refiere a la cara, su acción es mediocre, pues sólo modera la naturaleza finesa. Ahora bien: es precisamente por los rasgos de la faz que los Cherokis son comparables al tipo europeo. Estos salvajes no tienen siquiera los ojos tan embridados, ni tan oblicuos, ni tan pequeños como los Bretones y la mayoría de los Rusos orientales; su nariz es recta y se aleja notablemente de la forma chata que conservan los mestizos amarillos y blancos. No hay, pues, ningún motivo para admitir que las razas americanas hayan visto que sus elementos fineses estuviesen primitivamente influídos por cruzamientos procedentes de la especie noble.

Si la observación física se pronuncia así sobre este punto, indica, en cambio, con insistencia la presencia de infusiones negras. La extrema variedad de los tipos americanos corresponde, de una manera sorprendente, a la diversidad no menos grande que es fácil observar entre las naciones polinésicas y los pueblos malayos del Sudeste asiático. Cuanto más nos detengamos en esta correlación, más convencidos estaremos de su realidad. Se des-

cubrirá, en las regiones americanas, a los equivalentes exactos del Chino septentrional, del Malayo de las Célebes, del Japonés, del Matabulai de las islas Tonga y hasta del Papú, en los tipos del Indio del Norte, del Guaraní, del Azteca, del Quichua, del Cafuso. Y cuanto más se descienda a los matices, mayores analogías se hallarán; no todas, claro está, se corresponderán de una manera rigurosa, como es fácil prever, pero indicarán tan perfectamente su lazo general de comparación que habrá que convenir en la identidad de las causas. Entre los individuos más morenos la nariz toma la forma aguileña y a menudo de una manera muy acentuada; los ojos se vuelven rectos o casi rectos, y alguna vez la mandíbula se desarrolla hacia adelante: estos últimos casos son raros. La frente deja de ser abombada y afecta una forma huidiza. Todos esos indicios reunidos denuncian la presencia de la mezcla negra en un fondo mogol. Así el conjunto de los grupos aborígenes del continente americano forma una red de naciones malayas, en el grado en que podemos aplicar esta palabra a productos muy diferentemente graduados de la mezcla fino-melanesia, cosa que nadie discute, por otra parte, cuando se trata de las familias que se extienden de Madagascar a las Marquesas y de China a la isla de Pascuas.

¿Se ve ahora por qué medios ha podido establecerse en el Este del hemisferio austral la comunicación entre los dos grandes tipos negro y amarillo? Es muy fácil tranquilizar el ánimo a ese respecto. Entre Madagascar y la primera isla malaya, que es Ceilán, hay por lo menos 12°, mientras que del Japón al Kamtschatka y de la costa de Asia a la de América, por el estrecho de Behring, la distancia es insignificante. No hemos de olvidar que en otra parte de esta obra hemos señalado la existencia de tribus negras en las islas al Norte de Nipón en una época muy moderna. Por otra parte, si ha sido posible a pueblos malayos pasar de archipiélago en archipiélago hasta la isla de Pascuas, no hay dificultad en admitir que, llegados ahí, hayan continuado hasta la costa de Chile, situada enfrente de ellos, y que hayan llegado a ella después de una travesía facilitada por las islas sembradas por el camino: Sala, San Ambrosio, Juan Fernández, circunstancia que reduce a doscientas leguas el trayecto más corto de uno de los puntos intermedios al otro. Ahora bien: es sabido que los azares del mar arrastraban frecuentemente las embarcaciones de los indígenas a más del doble de esa distancia. América era, pues, accesible, por el lado de Occidente, por sus dos extremidades, Norte y Sur. Hay otros motivos, además, para no dudar de que lo que era materialmente posible sucedió en efecto.

Como quiera que las tribus de aborígenes más morenos se hallaban dispuestas en la costa occidental, se puede colegir que allí se realizaron las primeras alianzas del principio negro o, mejor dicho, malayo, con el elemento amarillo fundamental. Ante esta explicación no cabe buscar más demostraciones apoyadas en la supuesta influencia climática para explicar cómo los Aztecas y los Quichuas son más morenos, aunque vivan en montañas relativamente muy frías, que las tribus brasileñas que viven en regiones bajas y a la orilla de los ríos. Y ya no se mantendrá esa extraña teoría según la cual si esos salvajes son de un amarillo pálido es que la sombra de los bosques les conserva el color. Los pueblos de la costa occidental son los más morenos por ser los más ricos de sangre melanesia a causa de la proxi-

midad de los archipiélagos del océano Pacífico. Esta es también la opinión que se desprende del examen psicológico.

Cuanto se ha dicho anteriormente acerca de la naturaleza del hombre americano concuerda con lo que se sabe de las disposiciones capitales de la raza malaya. Egoísmo profundo, indolencia, pereza, fría crueldad, ese fondo idéntico de las costumbres mejicanas, peruanas, guaraníes y huronas parece extraído de los tipos ofrecidos por los pueblos australianos. Obsérvase también en ellos cierta afición a lo útil mediocremente entendido, una inteligencia más práctica que la del negro y siempre su peculiar pasión por la independencia personal. Así como hemos visto en China la variedad mestiza del Malayo superior a la raza negra y a la amarilla, así vemos también cómo los habitantes de América poseen facultades masculinas con mayor intensidad que las tribus del continente africano. Entre ellas han podido desarrollarse, bajo una influencia superior, como ha sucedido entre los malayos de Java, de Sumatra y de Bali, civilizaciones efímeras, pero no desprovistas de mérito.

Estas civilizaciones, sean cualesquiera sus causas determinantes, no han poseído la chispa necesaria para formarse sino allí donde la familia malaya, con una gran suma de elementos melanesios, presentaba un cariz menos reacio. Debemos, pues, hallarlas en los sitios más cercanos a los archipiélagos del Pacífico. Esta previsión no es errónea: sus desenvolvimientos más completos se nos ofrecen en el territorio mejicano y en la costa peruana.

Es imposible pasar en silencio un prejuicio común a todas las razas americanas y que se enlaza evidentemente con una consideración étnica. Los indígenas admiran por todas partes, como cosa bella, las frentes estrechas y bajas. En muchas localidades, extremadamente distantes unas de otras, como las orillas del Columbia y el viejo país de los Aimaraes peruanos, se ha practicado y se practica todavía el uso de obtener esta deformidad tan apreciada, aplastando los cráneos de los niños de pecho con un aparato compresivo formado de pequeñas fajas estrechamente unidas.

Esta costumbre, por otra parte, no es exclusiva de los indígenas del nuevo mundo. También en el viejo hay ejemplos de ella. Sabemos que en diferentes pueblos húnicos, de extracción en parte extraña a la sangre mogol, los padres empleaban el mismo procedimiento que en América para remoldear la cabeza de los recién nacidos y proporcionarles más tarde un parecido ficticio con la raza aristocrática. Ahora bien, como no es admisible que el hecho de poseer una frente deprimida pueda responder a una idea innata de bella conformación, debe creerse que los indígenas americanos han sido llevados del deseo de retocar la apariencia física de sus generaciones por ciertas ideas que les conducían a considerar las frentes deprimidas como la prueba de un desenvolvimiento envidiable de las facultades activas o, lo que es lo mismo, como la señal de alguna superioridad social. No hay duda que lo que ellos deseaban imitar era la cabeza piramidal de los Malayos, forma mixta entre la disposición de la caja craneana del finés y la del negro. La costumbre de aplastar la frente de los niños resulta de este modo una prueba más de la naturaleza malaya de las tribus americanas más poderosas; y concluyo repitiendo que existe una raza americana propiamente dicha y que los indígenas de esta parte del mundo son de raza mogol, distintamente modificados por inmistiones extrañas, ya sea de Negros

puros, ya sea de Malayos. Esta parte de la especie humana es pues completamente mestiza.

Hay más: lo es desde tiempos incalculables y no es fácil poder admitir que esas naciones hayan tenido alguna vez el prurito de permanecer puras. A juzgar por los hechos — y los más antiguos de ellos, por desgracia, son todavía demasiado modernos puesto que no se elevan más allá del siglo x de nuestra era —, los tres grupos americanos, con rarísimas excepciones, no han tenido nunca reparo alguno en mezclar su sangre. En Méjico, el pueblo conquistador se afiliaba los vencidos mediante matrimonios a fin de engrandecer y consolidar su dominación. Los Peruanos, ardientes prosélitos, pretendían aumentar con el mismo procedimiento el número de los adoradores del Sol. Los Guaraníes, que habían decidido que el honor de un guerrero consistía en tener muchas esposas extranjeras en su tribu, hostigaban sin descanso a sus vecinos con el fin principal, después de haber matado a los hombres y a los niños, de atribuirse las mujeres. Esta costumbre produjo, entre los Guaraníes, un accidente lingüístico muy curioso. Esas nuevas compatriotas, al importar su lengua a sus tribus de adopción, formaron, en el seno del idioma nacional, una parte femenina que no llegó nunca a ser del uso de sus maridos.

Tantas mezclas, que venían a complicar un fondo ya mestizo, han traído la mayor anarquía étnica. Si se considera además que los grupos americanos más dotados, aquellos cuyo elemento amarillo fundamental está más cargado de aportaciones melanesias, han de ser forzosamente colocados en sitio muy inferior en la escala humana, se comprenderá aún más que su debilidad no es la de la juventud, sino más bien la de la decrepitud, y que nunca han tenido la más mínima posibilidad de oponer cualquier resistencia a los ataques de los europeos.

Parecerá extraño que esas tribus escapen a la ley ordinaria que induce a las naciones, aun a aquellas que ya son mestizas, a desechar las mezclas, ley que se ejerce con tanta mayor fuerza cuanto más groseros son los elementos étnicos de que se componen las familias. Pero el exceso de la confusión destruye esta ley, tanto entre los grupos más viles como entre los más nobles; de ello tenemos muchos ejemplos; y cuando se considera el número ilimitado de mezclas que todos los pueblos americanos han sufrido, no debe uno admirarse de la avidez con que las mujeres guaraníes del Brasil buscan los abrazos de los negros. Es precisamente la ausencia de todo elemento esporádico en las relaciones sexuales lo que demuestra de una manera más completa a qué bajo nivel han descendido las familias del nuevo mundo en cuanto a depravación étnica, y lo que nos proporciona las razones más poderosas para admitir que ese estado de cosas se remonta a una época excesivamente lejana.

Cuando hemos estudiado las causas de las migraciones primitivas de la raza blanca hacia el Sur y el Oeste hemos comprobado que estos cambios de lugar eran consecuencia de una fuerte presión ejercida en el Nordeste por multitudes innumerables de pueblos amarillos. Con anterioridad al descenso de los Camitas blancos, de los Semitas y de los Arios, la inundación finesa, al hallar poca resistencia entre las naciones negras de China, se desparramó entre ellas y allí alcanzó gran preponderancia y se mezcló enormemente. Dadas las disposiciones devastadoras y brutales de esta raza, hubo necesa-

riamente exceso de expoliación. Ante la ferocidad y la rapiña de los invasores, numerosas bandas de negros huyeron y se dispersaron como pudieron. Unas se fueron a las montañas y otras a las islas Formosa, Nipón, Yeso, Kuriles, etc., y, pasando por detrás de las masas de sus perseguidores, fueron a su vez a reconquistar, sea permaneciendo puras, sea mezclándose con sus agresores, las tierras abandonadas por éstos en el Occidente del mundo. Allí se unieron a los rezagados amarillos que no habían seguido la gran emigración.

Pero el camino para pasar de esta suerte del Asia septentrional al otro continente estaba erizado de dificultades que no lo hacían atrayente; por otra parte, además, las grandes causas que expulsaban de América a las multitudes enormes de amarillos no habían permitido a muchas tribus de éstos que conservasen su antigua residencia. Por esos motivos, la población siguió siendo siempre bastante débil, y no se levantó nunca de la terrible catástrofe desconocida que había impelido esas masas a la deserción. Si los Mejicanos, si los Peruanos presentaron algunas respetables masas a la observación de los Españoles, los Portugueses hallaron al Brasil poco poblado y los Ingleses no tuvieron ante sí, en el Norte, más que tribus errantes perdidas en las soledades. El Americano no es, pues, sino el descendiente muy espaciado de proscritos y vagabundos. Su territorio representa una mansión abandonada, demasiado vasta para quienes la ocupan, que no pueden llamarse con propiedad absoluta los herederos directos y legítimos de los dueños primordiales.

Los observadores atentos que, de común acuerdo, han reconocido en los naturales del nuevo mundo los caracteres impresionantes y tristes de la descomposición social, han creído, en su mayoría, que esta agonía era la de una sociedad constituída de antiguo, la de la inteligencia envejecida, la del espíritu gastado. Y no es eso. Es la de la sangre adulterada, y que aun en los comienzos sólo había sido formada por elementos ínfimos. La impotencia de esos pueblos era tal, en aquel mismo momento en que unas civilizaciones nacionales las iluminan con todos sus fuegos, que ni conocían el suelo en el cual vivían. Los Imperios de Méjico y del Perú, estas dos maravillas de su genio, casi se tocaban y nunca se ha podido descubrir ningún lazo entre ellos. Todo inclina a creer que se ignoraban. Sin embargo, ambos tendían a extender sus fronteras y a crecer cuanto pudiesen. Pero las tribus que separaban sus fronteras eran tan malas conductoras de las impresiones sociales, que ni las propagaban siquiera a una distancia muy débil. Ambas sociedades constituían pues dos islotes que no se copiaban ni se prestaban nada.

Sin embargo, durante mucho tiempo habían sido cultivadas y habían adquirido todo el vigor de que eran capaces. Los Mejicanos no eran los primeros civilizadores de su país. Antes que ellos, es decir, antes del siglo X de nuestra era, los Toltecas habían fundado grandes establecimientos en el mismo suelo, y antes que los Toltecas se sabe que existieron los Olmecas, quienes serían los verdaderos fundadores de esos grandes e imponentes edificios cuyas ruinas duermen sepultadas en las profundidades de los bosques del Yucatán. Unas murallas enormes formadas de piedras inmensas y unas plazas o patios de sorprendente extensión, imprimen a estos monumentos un aspecto majestuoso, al que la grandiosa melancolía y las profu-

siones vegetales de la naturaleza añaden sus atractivos. El viajero que, al cabo de varios días de andar a través de las selvas vírgenes de Chiapa, cansado el cuerpo por las dificultades de la travesía, el alma conmovida por la conciencia de mil peligros, exaltado el espíritu por esa interminable sucesión de árboles seculares, unos en pie, otros caídos, otros escondiendo el polvo de su vetustez bajo montones de bejucos, de verdor y de flores deslumbrantes; con el oído lleno del grito de las bestias de presa o del estremecimiento de los reptiles; ese viajero que, a través de tantos motivos de excitación, alcanza esos vestigios inesperados del pensamiento humano, no merecería esa suerte si su entusiasmo no le revelara que tiene ante sus ojos unas bellezas incomparables.

Pero cuando un espíritu frío examina luego en su gabinete los planos y los relatos del exaltado observador, tiene el deber de ser severo; y, después de maduras reflexiones, llegará sin duda a la conclusión de que lo que puede reconocerse en los vestigios de Mitla, de Izalanca, de Palenque y en las ruinas del valle de Oaxaca no son la obra de un pueblo artista ni siquiera la de una nación muy utilitaria.

Las esculturas trazadas en las murallas son toscas, sin que se aliente en ellas ninguna idea de arte elevado. No se ve allí, como en las obras de los Semitas de Asiria, la feliz apoteosis de la materia y de la fuerza. Son unos esfuerzos humildes para imitar la forma del hombre y de los animales. De ello resultan creaciones que distan mucho de alcanzar lo ideal; y, no obstante, tampoco pudieron ser encomendadas por un sentimiento utilitario. Las razas masculinas no tienen por costumbre imponerse tanto esfuerzo para amontonar piedras; en ninguna parte las necesidades materiales exigen esfuerzos de esta índole. Por eso no existe nada parecido en China; y, cuando la Europa de los tiempos medievales alzó sus catedrales, el espíritu romanizado le había dado ya, para su uso, una noción de lo bello y una aptitud para las artes plásticas, que las razas blancas pueden adoptar y llevar a una perfección única, pero que por sí solas no saben concebir. Hay pues algo del negro en la creación de los monumentos del Yucatán, pero algo del negro que, al excitar el instinto amarillo y al apartarle de sus gustos vulgares, no logró que adquiriera lo que el propio iniciador no poseía, el gusto, o, por mejor decirlo, el verdadero genio creador.

Una nueva consecuencia conviene sacar todavía de la contemplación de esos monumentos. Y es que el pueblo malayo que los construyó, no sólo no poseía el sentido artístico en la elevada acepción de la palabra, sino que era un pueblo de conquistadores que disponía soberanamente de multitud de brazos serviles. Una nación homogénea y libre no se impone nunca semejantes creaciones; necesita de extranjeros para que las imaginen, cuando su pujanza intelectual es mediocre, y, para llevarlas a término, cuando esta misma pujanza es grande. En el primer caso necesita de los Camitas, de los Semitas, de los Arios Iranios o Hindúes, de los Germanos; es decir, para emplear palabras comprendidas por todos los pueblos, de los dioses, de los semidioses, de los héroes, de los sacerdotes o de los nobles omnipotentes. En el segundo caso, esa serie de soberanos no puede prescindir de las masas serviles para realizar las concepciones de su genio. El aspecto de las ruinas del Yucatán induce, pues, a creer que las poblaciones mixtas de aquella región estaban dominadas, cuando se elevaron esos palacios, por

una raza mestiza como ellas, pero de un grado algo más elevado, y sobre todo más impregnados de la sangre melanesia.

Los Toltecas y los Aztecas se reconocen asimismo por la poca anchura de la frente y por su color oliváceo. Venían del Noroeste, donde hallamos todavía a sus tribus natales, en los alrededores de Nootka, y se instalaron en medio de las tribus indígenas, que ya habían conocido la dominación de los Olmecas, y les enseñaron una especie de civilización muy a propósito para admirarnos, pues ha conservado, mientras ha vivido, los caracteres resultantes de la vida de las selvas al lado de los que exigen los refinamientos de las ciudades.

Al analizar el esplendor de Méjico en los tiempos de los Aztecas, notamos que había allí suntuosos edificios, bellos ropajes, costumbres elegantes. Vemos en el gobierno esa jerarquía monárquica, mezclada con elementos sacerdotales, que se reproduce en todas partes donde hay masas populares dominadas por una nación de vencedores. También vemos allí la energía militar entre los nobles, y tendencias muy pronunciadas a comprender la administración pública de una manera muy propia de la raza amarilla. Tampoco carecía de literatura. Desgraciadamente, los historiadores españoles no nos han conservado nada sin desfigurarlo y amplificarlo. Sin embargo, se nota el gusto chino en las consideraciones morales, en las doctrinas regularizadoras y edificantes de las poesías aztecas y ese gusto aparece también en el rebuscamiento contrahecho y enigmático de las expresiones. Los jefes mejicanos, semejantes en eso a todos los caciques de América, demostraban ser unos grandes habladores y cultivaban mucho esa elocuencia ampulosa, nebulosa y seductora que los Indios de las praderas del Norte conocen y practican tanto para solaz de los novelistas que en nuestros días los han descrito. Ya he indicado el origen de esta especie de talento. La elocuencia política, firme, simple, breve, que no es sino la exposición de los hechos y de las razones, proporciona el mayor honor a la nación que la practica. Entre los Arios de todas las épocas, como entre los Dorios y en el viejo Senado sabino de la Roma latina, es el instrumento de la libertad y de la cordura. Pero la elocuencia política adornada, verbalista, cultivada como un talento especial y elevada al rango de un arte, la elocuencia que se convierte en retórica, es una cosa muy distinta. Esta elocuencia no puede considerarse sino como un resultado directo del fraccionamiento de las ideas en una raza y del aislamiento moral en que han caído todos los espíritus. Lo que se ha visto entre los Griegos meridionales, entre los Romanos semitizados, e iba a añadir en los tiempos modernos, demuestra bastante que el talento de la palabra, este poder en definitiva grosero, puesto que sus obras sólo pueden ser conservadas a condición de revestir una forma superior a la que tienen cuando producen sus efectos; que ese talento cuya finalidad es seducir, engañar, entusiasmar, mucho más que convencer, sólo puede producirse y prosperar entre pueblos disgregados que ya no tienen voluntad propia ni objetivos definidos y que están — tan inciertos son sus deseos — a merced del último que les habla. Por lo tanto, ya que los Mejicanos tenían en tanta estima la elocuencia, tenemos con ello una prueba de que incluso su aristocracia no era muy compacta ni muy homogénea. En este aspecto las masas no se distinguían sin duda de la nobleza.

Cuatro grandes lagunas debilitan el brillo de la civilización azteca. Las

matanzas hieráticas eran consideradas como una de las bases de la organización social, como una de las principales finalidades de la vida pública. Esta ferocidad normal mataba sin distinguir, sin escrúpulos, a hombres, a mujeres, a ancianos y a niños; los mataba en masa, con un placer indecible. Inútil señalar hasta qué punto esas ejecuciones se distinguían de los sacrificios humanos que hemos hallado en el mundo germánico. Se comprende que el desprecio de la vida y del alma era el origen degradante de esta práctica y resultaba de la doble corriente negra y amarilla que había formado a la raza.

Los Aztecas no habían pensado nunca en reducir animales a la domesticidad y desconocían el uso de la leche. Esta particularidad se halla en ciertos grupos de la familia amarilla.

El sistema gráfico que poseían los Aztecas era de los más imperfectos. Su escritura consistía solamente en una serie de dibujos groseramente ideográficos. De eso a los jeroglíficos propiamente dichos hay mucha distancia. Se servían de este método para conservar el recuerdo de los grandes hechos históricos, para transmitir las órdenes del gobierno y para las informaciones que los magistrados suministraban al rey. Era un procedimiento muy lento y muy incómodo, pero los Aztecas no dieron con nada mejor. A este respecto eran inferiores a los Olmecas, sus predecesores, si es que debemos considerarles, como quiere Prescott, como los fundadores de Palenque, y admitir que ciertas inscripciones observadas en los muros de aquellas ruinas constituyen signos fonéticos.

En fin, el último defecto crónico que nos cabe señalar de la sociedad mejicana y que parece increíble es que este pueblo ribereño del mar y cuyo territorio no carece de ríos, no practicaba la navegación y se servía únicamente de piraguas muy mal construídas y de almadías aún más imperfectas.

Esta fué la civilización destruída por Hernán Cortés; y conviene añadir que ese conquistador hallóla en su máximo esplendor y novedad, pues la fundación de la capital, Tenochtitlán, databa solamente de 1325. ¡Qué cortas y poco tenaces eran las raíces de esta organización! Bastó la aparición y permanencia en su territorio de un puñado de mestizos blancos para precipitarla inmediatamente en el seno de la nada. Y cuando la forma política hubo perecido, no quedó el menor rastro de las invenciones sobre las que se apoyaba. La cultura peruana no manifestó mayor solidez.

La dominación de los Incas, como la de los Toltecas y de los Aztecas, sucedía a otro Imperio, el de los Aimaraes, cuya sede principal había existido en las regiones elevadas de los Andes, en las riberas del lago de Titicaca. Los monumentos que todavía se ven en estos lugares permiten atribuir a la nación aimará facultades superiores a los de los Peruanos que le sucedieron, ya que esos últimos sólo fueron unos copistas. D'Orbigny observa con razón que las esculturas de Tihuanaco revelan un estado intelectual más delicado que las ruinas de las edades posteriores, y que en ellas descúbrese incluso cierta preponderancia a la idealidad, completamente ajena a estas últimas.

Los Incas, reproducción debilitada de una raza más civilizadora, llegaron de las montañas cubriendo hacia el Oeste todas las vertientes de las mismas, ocupando las mesetas y concentrando bajo su mando a cierto número de tribus. Esta potencia nació durante el siglo XI de nuestra era y, verdadera

singularidad en América, la familia reinante pareció haberse preocupado mucho de conservar la pureza de su sangre. En el país de Cuzco, el emperador no se casaba sino con sus hermanas legítimas, a fin de estar más seguro de la integridad de su descendencia, y se reservaba, con un pequeño número de parientes muy próximos, el uso exclusivo de una lengua sagrada que según todas las apariencias era el aimará.

Estas precauciones étnicas de la familia soberana demuestran que habría mucho que objetar acerca del valor genealógico de la propia nación conquistadora. Los Incas alejados del trono eran poco escrupulosos en tomar esposas donde les placía. Sin embargo, cuando sus hijos tenían por abuelos maternos a los aborígenes del país, la tolerancia no llegaba a tanto que se admitiera en los empleos a los descendientes directos de esta raza sometida. Éstos se mostraban pues poco afectos al régimen bajo el cual vivían, y he aquí uno de los motivos que permitieron a Pizarro derribar la capa superior de esta sociedad y las instituciones que la coronaban, y la causa de que los Peruanos no intentasen nunca hacer revivir sus vestigios.

Los Incas no se mancharon con las instituciones homicidas del Anahuac mejicano; por el contrario, su régimen era muy moderado. Sus principales preocupaciones eran la agricultura y la ganadería, pues, más listos que los Aztecas, criaban numerosos rebaños de alpacas y de llamas. Entre ellos, sin embargo, nada de elocuencia, ni de luchas oratorias: la obediencia pasiva era la suprema ley. La fórmula fundamental del Estado había indicado un camino a seguir con exclusión de los demás, y no admitía discusión en sus medios de gobierno. En el Perú no se razonaba ni se poseía; todos trabajaban para el príncipe. La función capital de los magistrados consistía en repartir a cada familia una parte conveniente de la labor común. Cada cual se las arreglaba para cansarse lo menos posible, pues aunque uno se aplicara en exceso al trabajo, no obtenía nunca ninguna ventaja excepcional. Tampoco se reflexionaba. Un talento sobrehumano no proporcionaba a su dueño ninguna distinción social. Se bebía, se comía, se dormía y sobre todo se prosternaba uno ante el emperador y su corte, de manera que la sociedad peruana era poco ruidosa y muy pasiva.

En cambio, se mostraba aún más utilitaria que la mejicana. Además de los grandes trabajos agrícolas, el gobierno hacía abrir carreteras magníficas. Los Peruanos conocieron el uso de los puentes suspendidos, tan nuevo para nosotros. El método de que se servían para fijar y transmitir el pensamiento era muy elemental y quizá hay que preferir a los quipos (1) las pinturas del Anahuac.

Como entre los Aztecas, era desconocida entre ellos la construcción naval. El mar que bordeaba la costa permanecía desierto.

Con sus cualidades y sus defectos, la civilización peruana tendía hacia las moderadas preocupaciones de la especie amarilla, mientras que la feroz actividad del Mejicano acusa más directamente el parentesco melanesio. Se comprende pues que, en presencia de la profunda confusión étnica de las

---

(1) Cualquiera de los ramales de cuerdas con diversos nudos y colores, de que los indios peruanos se servían para suplir en cierto modo la falta de escritura y dar razón de historias y noticias.

razas del nuevo continente, sería pretensión insostenible querer precisar hoy los matices producidos por la amalgama de sus elementos.

Nos faltaría examinar una tercera nación americana, establecida en las llanuras del Norte, al pie de los montes Alleghanys, en una época muy obscura. En esta región hallamos restos de obras considerables y numerosas tumbas. Estos vestigios se dividen en diversas clases que nos indican fechas y razas muy distintas. Pero aquí se acumulan muchas incertidumbres. Hasta el presente nada positivo se ha descubierto aún. Querer, pues, resolver un problema tan mal estudiado todavía sería perderse gratuitamente en hipótesis inextricables. Dejaremos, pues, completamente a un lado a las naciones alleghanienses y pasaremos inmediatamente a examinar una dificultad que pesa sobre el origen de su modo de cultura, cualquiera que haya sido el grado de la misma, como pesa asimismo sobre el origen de la cultura de los Imperios de México y del Perú en diversas épocas. Cabe hacerse la pregunta siguiente: ¿por qué unas pocas naciones americanas han podido elevarse por encima de todas las demás, y por qué el número de aquéllas ha sido tan limitado y su grandeza relativa tan mediocre?

Una respuesta a esta pregunta puede hallarse ya al observar que esos parciales desarrollos habían sido en parte determinados por fortuitas combinaciones de las mezclas amarillas y negras. Al ver cuán limitadas eran, en definitiva, las aptitudes resultantes de estas combinaciones y las singulares lagunas que caracterizan sus trabajos y sus obras, se ha podido llegar al convencimiento de que las civilizaciones americanas no se elevaban muy por encima de lo que han podido realizar las mejores razas malayas de la Polinesia. Con todo, tampoco debemos dejar de reconocer que por defectuosas que se nos presenten las organizaciones azteca y quichua, hay, sin embargo, en ellas algo esencialmente superior a la ciencia social practicada en Tonga-Tabú y en la isla Hawai, pues vemos allí un vínculo nacional más tenso, una conciencia más precisa de una finalidad que es, en sí, de una naturaleza más compleja; de manera que podemos llegar a la conclusión de que, pese a muchas apariencias contrarias, la mezcla polinésica mejor dotada no llega a igualar completamente a aquellas civilizaciones del gran continente occidental, y hemos de creer, por tanto, que para determinar esta diferencia ha sido necesaria la intervención local de un elemento más enérgico y más noble que los que tienen a su disposición las especies amarilla y negra. Ahora bien; en el mundo, la especie blanca es la única que puede proporcionar esta cualidad suprema. Cabe, pues, *a priori*, sospechar que las infiltraciones de esta esencia preexcelente han vivificado un tanto a los grupos americanos allí donde existió una civilización. En cuanto a la debilidad de estas civilizaciones, se explica por la pobreza de los filones de que nacieron. Insisto en esta última idea.

Los elementos blancos pudieron crear las partes principales de la armazón social, pero no se manifestaron de ningún modo en la estructura del conjunto. Proporcionaron la fuerza agregativa, y casi nada más. Así no han logrado consolidar la obra que ellos hacían posible, puesto que en ninguna parte han asegurado su duración. El Imperio del Anahuac no se remontaba sino al siglo X, a lo sumo; el del Perú, al siglo XI, y nada demuestra que las sociedades precedentes se hundan a una distancia muy lejana en la noche de los tiempos. Según Humboldt, el período del movimiento social

en América no ha excedido de cinco siglos. Sea lo que fuere, los dos grandes Estados que las manos violentas de Cortés y de Pizarro destruyeron estaban ya en decadencia, puesto que eran inferiores, en el Anahuac, al de los Olmecas y, en la meseta de los Andes peruanos, al que los Aimaraes habían fundado en otro tiempo.

La presencia de algunos elementos blancos que aparece como necesaria viene afirmada por el estado de las cosas y confirmada por el doble testimonio de las mismas tradiciones americanas y de otros relatos que datan de fines del siglo X y de los comienzos del XI, que nos han transmitido los Escandinavos. Los Incas declararon a los Españoles que su religión y sus leyes procedían de un hombre extranjero de raza blanca. Añadían incluso la siguiente observación tan característica: que aquellos hombres tenían una larga barba, hecho completamente anormal entre ellos. No hay razón alguna para desechar una tradición de este género, aunque fuera aislada.

He aquí lo que le da una fuerza irresistible. Los Escandinavos de Islandia y de Groenlandia creían ya, en el siglo X, que habían existido relaciones muy antiguas entre Islandia y lo que luego se llamó América del Norte. Tantos mayores motivos tenían para creer en la posibilidad de los hechos que les contaban los habitantes de Limerik, cuanto que varias de sus propias expediciones habían sido lanzadas por las tempestades, ora hacia la costa islandesa, yendo hacia América, ora sobre la costa americana, yendo hacia Islandia. Contaban, pues, según lo que les habían dicho, que un guerrero gaélico llamado Madok, procedente de la isla de Bretaña, había navegado muy lejos hacia el Oeste, y habiendo hallado allí una tierra desconocida había permanecido en ella un corto tiempo. Pero, de vuelta a su patria, no tuvo ya otra idea que la de ir a establecerse en aquel país transmarino, cuya naturaleza misteriosa le había encantado; por lo cual reunió a varios colonos, hombres y mujeres, hizo provisiones, armó bajeles, partió y no regresó nunca más. Esta historia se propagó de tal modo entre los Escandinavos de Groenlandia, que en 1121 el obispo Erico se embarcó para llevar, según se supone, a la antigua colonización islandesa los consuelos y los auxilios de la religión y mantenerlos en la fe, en la cual se supuso se sostenían firmes.

Esta tradición no se estableció tan sólo en Groenlandia y en Islandia. De esta isla, donde evidentemente había brotado, pasó a Inglaterra, y en ésta tomó tal arraigo, que los primeros colonos británicos del Canadá buscaron en su nueva posesión a los descendientes de Madok con la misma actividad con que los Españoles que acompañaron a Cristóbal Colón habían buscado a los súbditos del gran Khan de la China en Hispaniola. Incluso se creyó haber hallado a los descendientes de los emigrados gaélicos en la tribu india de los Mandanes. Claro es que todos esos relatos son obscuros, pero no puede negarse su antigüedad, y hay todavía muchos menos motivos para dudar de su perfecta e irreprochable exactitud.

De ello resulta para los Islandeses, y muy probablemente para los Islandeses de origen escandinavo, una aureola de intrepidez aventurera y de afición a las empresas lejanas. Esta opinión viene afianzada por la circunstancia indiscutible de que en el año 795 unos navegantes de la misma nación desembarcaron en Islandia, todavía inocupada, y establecieron allí a unos monjes. Tres Noruegos, el rey de mar Naddok y los dos héroes Ingulfo y Hiorleifo siguieron este ejemplo y llevaron a la isla, en 874, una

colonia compuesta de nobles escandinavos que, huyendo de las pretensiones despóticas de Haraldo el de los hermosos cabellos, buscaban una tierra donde continuar la existencia independiente y gallarda de los antiguos *odeles* arios. Acostumbrados a considerar a Islandia en su estado actual, esterilizada por la acción volcánica y la invasión creciente de los hielos, nos la figuramos, en los comienzos de los tiempos medios, poco poblada como la vemos hoy, reducida al papel de anexo de los demás países nórdicos, y desconocemos el foco de actividad que era en aquella época. Pero es fácil rectificar tan falsas prevenciones. Esa tierra, escogida por lo más distinguido de la nobleza noruega, era un foco de grandes empresas, en el que abundaban los hombres enérgicos del mundo escandinavo. Cada día partían de allí expediciones que se iban a la pesca de la ballena y en busca de nuevas regiones, unas veces hacia el extremo Noroeste y otras hacia el Sudoeste. Este espíritu inquieto era sostenido por la multitud de bardos y de monjes eruditos que, por un lado, habían llevado al más alto nivel la esencia de las antigüedades del Norte y habían convertido su nueva patria en la metrópoli poética de la raza, y, por otra, fomentaban sin cesar el conocimiento de las literaturas meridionales y traducían en lenguaje vernacular las principales producciones de los países románicos.

Por lo tanto, en el siglo X, Islandia era un territorio muy inteligente, muy poblado, muy activo y muy poderoso, y sus habitantes lo demostraron bien, pues llegados en 874 a la isla, fundaron en 986 sus primeros establecimientos groenlandeses. Sólo los Cartagineses nos han dado un ejemplo de semejante exuberancia de fuerzas. Y eso es debido a que Islandia, como la ciudad de Dido, era obra de una raza aristocrática que antes de actuar había alcanzado todo su desarrollo y buscó en el destierro no sólo el mantenimiento de sus derechos, sino también el triunfo de los mismos.

Una vez sentaron el pie los Escandinavos en Groenlandia, sus colonizadores se sucedieron y multiplicaron rápidamente, comenzando al mismo tiempo viajes de exploración y descubrimiento hacia el Sur. Es así cómo la actual América fué hallada por los reyes del mar, como si la Providencia hubiese deseado que a la raza más noble no le faltara gloria alguna.

Se conoce muy poco, muy mal y muy oscuramente la historia de las relaciones de Groenlandia con el continente occidental. Hay sólo dos puntos establecidos con toda evidencia por algunas crónicas domésticas llegadas hasta nosotros. El primero es que los Escandinavos habían penetrado, en el siglo X, hasta la Florida, al Sur de la región donde habían hallado viñedos y que habían apellidado Vinland. Cerca de esa región se hallaba, según ellos, el viejo país de los colonos islandeses que sus documentos llaman *Hirttramanhaland*, el *País de los Blancos*: era la expresión de que se habían servido los Indios, primeros autores de esta referencia, y que quienes la recibieron no habían vacilado en traducir por la frase: *Island it mikla* («La grande Islandia»).

El segundo punto es este: hasta 1347, las comunicaciones entre Groenlandia y el bajo Canadá eran frecuentes y fáciles. Los Escandinavos iban allí a cargar maderas de construcción.

Hacia la misma época se verifica un cambio importante en el estado de las poblaciones groenlandesas e islandesas. Los hielos ganan terreno y tornan el clima más duro y la tierra demasiado estéril. La población decrece

rápidamente; tanto, que Groenlandia se halla casi de súbito completamente abandonada y desierta, sin que se conozca el paradero de sus habitantes. Sin embargo, no han sido destruídos repentinamente por ninguna convulsión de la naturaleza. Aun hoy pueden contemplarse restos de habitaciones y de iglesias muy numerosas dejadas evidentemente por ellos, y que sólo el tiempo y el abandono acaban de destruir. Estos vestigios no revelan rastro alguno de un cataclismo que hubiese aniquilado a sus moradores. Es preciso, pues, que esos últimos, al abandonar sus moradas, hubiesen ido a refugiarse en otra parte. ¿Adónde fueron?

Se ha querido hallarlos individualmente, uno a uno, en los Estados del Norte de Europa, olvidando que no se trataba de hombres aislados, sino de verdaderos pueblos que, al llegar en masa a Noruega, a Holanda o a Alemania, hubieran despertado una atención que los relatos de los cronistas habrían registrado, cosa que no sucedió. Es más admisible y más razonable creer que los Escandinavos Groenlandeses y una parte de la gente de Islandia, conocedores desde luengos años de los territorios fértiles y frondosos y del clima suave y atractivo de Vinland, y acostumbrados además a recorrer los mares occidentales, cambiaron poco a poco por esta nueva residencia, de todo punto preferente, unas regiones que se habían hecho inhabitables y emigraron a América, absolutamente como sus compatriotas de Suecia y de Noruega habían emigrado de sus peñascos del Norte hacia Rusia y hacia las Galias.

Es así cómo las razas aborígenes del nuevo continente pudieron enriquecerse con algunas aportaciones de sangre de los blancos, y cómo las razas que contaron en su seno con mestizos islandeses o mestizos escandinavos se vieron dotadas del poder de crear civilizaciones, gloriosa tarea para la que eran inhábiles, nativamente y para siempre, sus congéneres menos afortunados. Pero, como quiera que el afluente o los afluentes de esencia noble puestos en circulación entre las masas malayas eran demasiado débiles para producir algo vasto y duradero, las sociedades que de ello resultaron fueron poco numerosas, y sobre todo muy imperfectas, muy frágiles, muy efímeras, y, a medida que se sucedieron, menos inteligentes, menos marcadas con el sello del elemento de que habían brotado; de suerte que si el nuevo descubrimiento de América por Cristóbal Colón, en vez de realizarse en el siglo XV, se hubiese realizado en el siglo XIX, los marinos no hubieran hallado posiblemente ni Méjico, ni Cuzco, ni templos del Sol, sino bosques por todas partes y en estos bosques unas minas guardadas por los mismos salvajes que las atraviesan hoy.

Las civilizaciones americanas eran tan débiles que cayeron pulverizadas al primer choque. Las tribus especialmente dotadas que las sostenían se dispersaron sin dificultad ante la espada de un vencedor imperceptible, y las masas populares que las habían soportado, sin comprenderlas, se hallaron en libertad de seguir las directivas de sus nuevos dominadores o de continuar en su antigua barbarie. La mayoría de ellas prefirieron lo último, y rivalizan, en cuanto a embrutecimiento, con las más salvajes de Australia. Las hay que se dan perfecta cuenta de su relajamiento y no rehuyen sus consecuencias. Entre éstas debe contarse una tribu brasileña que canta en sus fiestas un aire de danza cuyas palabras significan: «Cuando me muera

— no me llores, — pues ya me llorará — el buitre; — cuando me muera — échame a la selva; — allí me enterrará — el armadillo».

No cabe mayor filosofía; los animales de presa actúan allí de sepultureros. Las naciones americanas no recibieron sino durante un momento la luz civilizadora. Ahora han vuelto a su estado normal: es algo así como la nada intelectual, de donde sólo puede arrancarlas la muerte física.

Digo mal. Muchas de esas naciones parecen estar, por el contrario, al abrigo de ese fin miserable. Para concebirlo así, bastará contemplar la cuestión bajo un nuevo aspecto.

Así como las mezclas operadas entre los indígenas y los colonos islandeses y escandinavos pudieron crear mestizos relativamente civilizables, así también los descendientes de los conquistadores españoles y portugueses, al casarse con las mujeres de los países por ellos ocupados, dieron origen a una raza mixta superior a la población antigua. Pero si se quiere considerar el destino de los naturales americanos a este respecto, hay que tener en cuenta al mismo tiempo la depresión que se produjo, por el hecho de esos enlaces, en las facultades de los grupos europeos que se avinieron a ello. Si los Indios de los países españoles y portugueses son, aquí y allá, algo menos bastardeados, y sobre todo infinitamente más numerosos (1) que los de las demás partes del nuevo continente, debe tenerse en cuenta que esta mejora en el estado de sus aptitudes es muy pequeña y que su mayor consecuencia práctica ha sido el envilecimiento de las clases dominadoras. América del Sur, corrompida en su sangre criolla, no dispone ya de ningún medio para detener en su caída a sus mestizos de todas las variedades y de todas las clases. La decadencia de éstos es irremediable.

CAPÍTULO VIII

LAS COLONIZACIONES EUROPEAS EN AMÉRICA

Las relaciones de los indígenas americanos con las naciones europeas, como consecuencia del descubrimiento de América en 1492, llevan la huella de caracteres muy distintos, determinados por el grado de parentesco primitivo entre los grupos en presencia. Hablar de relaciones de parentesco entre las naciones del nuevo mundo y los navegantes del antiguo, parecerá de pronto un absurdo. Pero si se reflexiona un poco, se verá que no hay nada más real, y ahora vamos a ver los efectos de ello.

Los pueblos europeos que más han influído en los Indios son los Españoles, los Portugueses, los Franceses y los Ingleses.

Tan pronto como se establecieron en América, los súbditos de los Reyes Católicos se relacionaron íntimamente con la gente del país. Claro que los expoliaron, derrotaron y muy a menudo maltrataron. Esos hechos son inherentes a toda conquista y aun a toda dominación. No es menos cierto,

(1) A. de Humboldt demuestra que la población indígena de las regiones españolas está en vías de prosperidad y de aumento, con daño, claro está, de los descendientes de los conquistadores, sumergidos en esta masa.

sin embargo, que los Españoles rendían homenaje a la organización política de sus vencidos y la respetaban en aquello que no contrariaba su supremacía. Concedían el rango de gentilhombre y el título de *don* a sus príncipes; usaban las fórmulas imperiales cuando se dirigían a Moctezuma; y aun después de haber proclamado su destitución y de haber ejecutado su condena a muerte, no hablaban de él sin servirse de la palabra *majestad*. Reconocían a sus parientes el rango de su grandeza, y lo mismo hacían con los Incas. Fieles a estos principios, no repararon en casarse con las hijas de los caciques, y así, de tolerancia en tolerancia, llegaron a vincular libremente una familia de hidalgos con una familia de mulatos. Podrá creerse que esta conducta, que llamaremos liberal, les era impuesta a los Españoles por la necesidad de atraerse una población demasiado numerosa para no ser tratada con miramientos; pero en determinadas regiones donde sólo se las habían con tribus salvajes y dispersas, en la América Central, en Bogotá, en California, procedían absolutamente de la misma manera. Los Portugueses les imitaron sin reservas. Después de haber dominado una vasta región alrededor de Río de Janeiro, no tuvieron escrúpulo en mezclarse con los antiguos dominadores del país, sin escandalizarse del embrutecimiento de sus indígenas. Esta facilidad de costumbres provenía, sin duda, de los puntos de atracción que la composición de las razas respectivas dejaba subsistir entre los dominadores y los súbditos.

Entre los aventureros procedentes de la península ibérica, la mayoría de los cuales pertenecían a Andalucía, dominaba la sangre semítica, y algunos elementos amarillos, originarios de las partes ibéricas y célticas de la genealogía, imprimían a esos grupos cierto carácter malayo. Ante la esencia melanesia sus principios blancos estaban en minoría. Existía pues una verdadera afinidad entre vencedores y vencidos, y resultaba de ello una gran facilidad para entenderse y, como consecuencia, una propensión a mezclarse.

Casi lo mismo debe decirse de los Franceses, aunque desde otro punto de vista. En el Canadá, nuestros emigrantes aceptaron muy frecuentemente la alianza de los aborígenes y, cosa siempre muy rara por parte de los colonizadores anglosajones, adoptaron a menudo y sin esfuerzo el género de vida de los parientes de sus mujeres. Las mezclas fueron tan fáciles, que se encuentran muy pocas familias canadienses que no hayan tenido, siquiera de lejos, contacto con la raza india; y, sin embargo, estos mismos Franceses, tan acomodaticios en el Norte, no quisieron admitir nunca, en el Sur, la posibilidad de una alianza con la especie negra, ni quisieron considerar a los mulatos más que como abortos condenados. La causa de esta aparente inconsecuencia es fácil de explicar. La mayoría de las familias que primeramente se establecieron, tanto en el Canadá como en las Antillas, pertenecía a las provincias de Bretaña o de Normandía. Por la parte gaélica de su origen, existía una afinidad entre ellas y las tribus malayas muy amarillas del Canadá, mientras que su naturaleza se resistía a contraer enlaces con la especie negra en los países donde convivían con ella, mostrándose en esto muy distintos de los colonos españoles, que, en la América del Sur, en la América Central y en México, gracias a las mezclas de toda especie que libremente aceptaron, se hallan en condiciones de enfadosa concordancia con los grupos indígenas que les rodean.

Sería seguramente injusto pretender que el ciudadano de la República mexicana o el general improvisado que aparece a cada instante en la Confederación argentina, estén en el mismo plano que el Botocudo antropófago; pero tampoco se puede negar que la distancia que separa estos dos términos de la proposición no es indefinida, y que, bajo muchos aspectos, apunta el parentesco. Todo ese pueblo indio que vive en las selvas, anda en busca de oro, y es medio blanco, militar por azar y mulato medio indígena; toda esa gente, desde el presidente del Estado hasta el último vagabundo, se comprende a las mil maravillas y puede convivir. Uno se percata de ello viendo cómo se las arregla el esquivo jinete de las Pampas para manejar las instituciones europeas que nuestra locura propagandista les ha inducido a aceptar. Los gobiernos de la América del Sur no son sino comparables con el Imperio de Haití; y aquellos que hace poco aplaudían con tanto entusiasmo la pretendida emancipación de esos pueblos y que esperaban de ella los más halagüeños resultados, son los mismos que ahora, incrédulos ya y con razón respecto de un porvenir que con sus votos, sus escritos y sus esfuerzos han acelerado, andan diciendo en voz alta que lo que les conviene a esos mestizos es un yugo y que sólo una dominación extranjera puede proporcionarles la recia educación que necesitan. Al hablar así, señalan con el dedo, no sin una sonrisa de complacencia, el punto del horizonte por donde avanzan ya los invasores predestinados, esto es, los Anglosajones de los Estados Unidos. Este nombre de Anglosajones parece halagar la imaginación de los habitantes de la gran Confederación transatlántica; pese al derecho, cada vez más equívoco, que su población actual pueda tener a apropiárselo, se lo otorgaremos por un momento, siquiera para facilitar el examen de los primeros tiempos de la agregación cuyo núcleo estuvo constituído por los colonos ingleses.

Esos Anglosajones, esas gentes de origen británico, representan el matiz más alejado a un tiempo de los aborígenes y de los negros africanos. Esto no quiere decir que no se pudiera hallar en su esencia algunas huellas de afinidades físicas; pero estas huellas están contrarrestadas por la naturaleza germánica, osificada en verdad y un tanto mustia y despojada de sus rasgos grandiosos, aunque rígida y vigorosa aún, que sobrevive en su organismo. Para los representantes puros o mestizos de las dos grandes variedades inferiores de la especie, son, pues, unos antagonistas irreconciliables. He aquí su situación en su propio territorio. En relación con las otras regiones independientes de América, forman un Estado fuerte ante unos Estados agonizantes. Estos últimos, en vez de oponer a la Unión americana, a falta de una organización étnica un tanto compacta, por lo menos cierta experiencia de la civilización y la energía aparente o transitoria de un gobierno despótico, sólo poseen anarquía en todos los grados; ¡y qué anarquía, reuniendo como reune la disparidad de la América malaya a la de la Europa romanizada!

El núcleo anglosajón que existe en los Estados Unidos no ha de esforzarse en que se le reconozca como el elemento vivaz del nuevo continente. Con respecto a los demás pueblos, se halla en esa actitud de aplastante superioridad en que se hallaron en otro tiempo todas las ramas de la familia aria, Hindúes, Chatrías Chinos, Iranios, Sármatas, Escandinavos y Germanos respecto de las multitudes mestizas. Aunque este último repre-

sentante de la gran raza haya decaído mucho, ofrece sin embargo un curioso cuadro de los sentimientos de ésta para con el resto de la humanidad. Los Anglosajones se portan como dueños o dominadores para con las naciones inferiores o simplemente extrañas a la suya, y no estará de más aprovechar esta ocasión para estudiar en detalle lo que es el contacto de un grupo fuerte con un grupo débil. La lejanía de los tiempos y la obscuridad de los anales no siempre nos ha permitido percibir las líneas de este cuadro con la exactitud de ahora.

Los vestigios anglosajones forman, en la América del Norte, un grupo que no duda un momento de su superioridad innata sobre el resto de la especie humana ni de los derechos que esta superioridad le confiere. Imbuído de estos principios, que son más bien instintos que nociones, y dominado por necesidades mucho más exigentes que las de los siglos en que la civilización sólo existía en el estado de aptitud, este grupo no se ha preocupado siquiera, como los Germanos, de repartirse la tierra con sus antiguos poseedores. A éstos los ha despojado, los ha relegado a las soledades del desierto, les ha comprado por la fuerza y a cualquier precio el suelo que ellos no querían vender, y aun el mísero pedazo de tierra que les garantizó con tratados solemnes y reiterados, pues era forzoso que esos miserables permanecieran en alguna parte, no tardó también en arrebatárselo, ávido no ya de acabar con la presencia de ellos, sino con su vida. Su naturaleza razonadora y amiga de las formas legales le sugirió mil subterfugios para conciliar su prurito de equidad con el prurito, más imperioso todavía, de una rapacidad sin límites. Inventó palabras, teorías y declamaciones para cohonestar su conducta. Quizá reconoció, desde el fondo de su conciencia, el carácter impropio de sus tristes excusas. Ello no impidió que perseverase en el ejercicio del derecho de invadirlo todo, que es su primera ley, y la más netamente grabada en su corazón.

Ante los negros, el Anglosajón no se muestra menos imperioso que con los aborígenes: si despoja a éstos hasta los huesos, hace curvar a los otros hasta el suelo que laboran para él, y esta manera de obrar es tanto más notable cuanto que no está de acuerdo con los principios humanitarios profesados por quienes la practican. Esta inconsecuencia merece una explicación. Por el grado que alcanza, es un hecho nuevo en la Tierra. Los Germanos no han dado el ejemplo de ella, pues, contentándose con una porción de la Tierra, han garantizado el libre uso de la restante a sus vencidos. Tenían pocas necesidades aún para desear invadirlo todo. Eran demasiado rudos para concebir la idea de imponer a sus súbditos o a naciones extranjeras el uso de licores o de materias perniciosas. Es esta una idea moderna. Lo que ni los Vándalos, ni los Godos, ni los Francos, ni los primeros Sajones imaginaron, las civilizaciones del mundo antiguo, que por ser más refinadas eran también más perversas, tampoco lo idearon. No es el brahmán, no es el mago quien sintió la necesidad de hacer desaparecer de su alrededor, con perfecta precisión, cuanto no se acomodara a su pensamiento. Nuestra civilización es la única que haya poseído este instinto y al mismo tiempo este poder homicida: es la única que, sin cólera, sin irritación y creyéndose, por el contrario, moderada y compasiva en extremo y proclamando la más ilimitada mansedumbre, labora sin cesar para rodearse de un horizonte de tumbas. La razón de ello es que no vive sino para hallar lo útil;

que todo cuanto no responde a esta tendencia, le perjudica y que, lógicamente, todo cuanto perjudica está de antemano condenado y, llegado el momento, destruído.

Los Angloamericanos, fieles y convencidos representantes de este modo de cultura, han obrado de conformidad con sus leyes. No son, por lo tanto, reprensibles. Sin hipocresía alguna, se han creído en el derecho de sumarse al concierto de reclamaciones levantado por el siglo XVIII contra toda especie de coerción política y particularmente contra la esclavitud de los negros. Los partidos y las naciones disfrutan, como las mujeres, de la ventaja de burlarse de la lógica y de asociar las disparidades intelectuales y morales más sorprendentes, sin faltar por eso a la sinceridad. Los conciudadanos de Washington, al declamar con energía en favor de la liberación de la especie negra, no se creyeron en el deber de dar el ejemplo; como los Suizos, sus émulos teóricos en el amor a la igualdad, quienes saben mantener todavía contra los judíos la legislación de la Edad Media, han tratado a los negros esclavos de la gleba con el máximo rigor y desprecio. Más de un héroe de su independencia les ha dado el ejemplo de ese instintivo desacuerdo entre las máximas y los actos. Jefferson, en sus relaciones con sus negras esclavas y los niños que de ellas provenían, dejó recuerdos que, en menor escala, no dejan de parecerse bastante a los excesos de los primeros Camitas blancos.

Los Anglosajones de América son religiosos: este rasgo característico es uno de los más salientes de su noble país de origen. Sin embargo, no aceptan ni los terrores ni el despotismo de la fe. Cristianos como son, no les vemos, sin duda, como a los antiguos Escandinavos, soñando en escalar el Cielo y en rivalizar en un mismo nivel con la divinidad; pero la discuten libremente, y, cosa típica en verdad, al discutirla siempre, a semejanza también de sus abuelos arios, no la niegan jamás y permanecen en ese singular término medio que, codeándose por un lado con la superstición y por otro con el ateísmo, se mantiene, con idéntico asco y con idéntico horror, por encima de estos dos abismos.

Dominados por la sed de reinar, de mandar, de poseer, y de extenderse siempre, los Anglosajones de América son primitivamente agricultores y guerreros; digo guerreros y no militares, pues su necesidad de independencia se opone a ello. Este último sentimiento fué, en todas las épocas, la base y el móvil de su existencia política. No lo han adquirido a consecuencia de su ruptura con la madre patria, sino que lo han poseído siempre. Lo que ganaron con su revolución es considerable, pues a partir de este momento se han hallado, por lo que a su acción exterior se refiere, dueños absolutos y libres de emplear sus fuerzas a su gusto para extenderse indefinidamente. Pero en lo que se refiere a lo esencial de su organización interior, no ha aparecido ningún germen nuevo. Con o sin participación de la metrópoli, los pueblos de los actuales Estados Unidos estaban constituídos de manera que habían de desarrollarse en la dirección común en que les vemos actuar. Sus magistraturas electivas y temporales, su celosa vigilancia del jefe del Estado, su gusto por el fraccionamiento federativo, recuerdan los vicampatis de los primitivos Hindúes, la separación por tribus, las Ligas de los pueblos parientes, antiguos dominadores de la Persia septentrional,

de Germania, de la Heptarquía Sajona. Hasta la constitución de la propiedad raíz tiene muchos rasgos de la teoría del odel.

Se atribuye pues comúnmente una importancia excesiva a la crisis en que brilló Washington. Claro es que fué una evolución considerable en los destinos del grupo anglosajón trasplantado a América; fué una base brillante y al propio tiempo fortificante; pero querer ver en ella un nacimiento, una fundación de la nacionalidad, es atentar a la vez contra la gloria de los compañeros de Penn o de los gentileshombres de Virginia y contra la exacta apreciación de los hechos. La emancipación no ha sido sino una aplicación necesaria de principios ya existentes, y el verdadero año climático de los Estados Unidos no ha llegado todavía.

Ese pueblo republicano demuestra poseer dos sentimientos que contrastan en absoluto con las tendencias naturales de todas las democracias surgidas de mezclas excesivas. Por una parte el amor a la tradición, a lo que es antiguo, y, para emplear un término jurídico, a los precedentes; inclinación tan pronunciada que, en el orden de los afectos, defiende incluso la imagen de Inglaterra contra numerosas causas de animadversión. En América se modifican mucho y sin cesar las instituciones; pero entre los descendientes de los Anglosajones hay una marcada repugnancia a las transformaciones radicales y súbitas. Muchas leyes importadas de la metrópoli durante el período colonial han quedado en vigor. Muchas de ellas exhalan, entre las emanaciones modernas que les rodean, un sabor de vetustez que nos evoca recuerdos feudales. En segundo lugar, los Americanos se preocupan, en mayor grado de lo que ellos mismos confiesan, de las distinciones sociales; sólo que todos desean poseer. El nombre de ciudadano no se ha popularizado entre ellos en mayor grado que el título caballeresco de *squire*, y esa preocupación instintiva de la posición personal, traída por colonos del mismo origen que ellos al Canadá, ha determinado en ese país los mismos efectos. En los periódicos de Montreal podemos leer, por ejemplo, entre los anuncios: «M..., tendero de ultramarinos, *gentilhombre*, tiene tal o cual producto a disposición del público».

Este rasgo, que no debe sernos indiferente, indica que los demócratas del nuevo mundo tienen una propensión a darse tono que contrasta por completo con las aficiones completamente opuestas de los revolucionarios del viejo continente. En estos últimos reina, por el contrario, una tendencia a rebajarse, a descender al nivel inferior, a fin de poner las esencias étnicas más altas y menos numerosas al nivel de las más bajas, las cuales, por su abundancia, dan el tono y lo dirigen todo.

El grupo anglosajón no representa pues perfectamente lo que en este lado del Atlántico se entiende por *democracia*. Es más bien un Estado Mayor sin tropas. Son hombres propios para la dominación, que no pueden ejercer esta facultad con sus iguales, pero que la harían sentir de buena gana a sus inferiores. En este aspecto se hallan en una situación análoga a la de las naciones germánicas poco antes del siglo V. En una palabra, son aspirantes a la realeza, a la nobleza, armados de los medios intelectuales de legitimar sus aspiraciones. Falta saber si las circunstancias ambientes se prestarán a ello. Sea lo que fuere, ¿quiere contemplarse hoy y examinarse cómodamente al hombre temido que llamamos bárbaro en el lenguaje de los pueblos degenerados que le temen? Coloquémonos al lado del Mejicano,

oigámosle hablar, y siguiendo la dirección de su mirada espantada, contemplaremos al cazador de Kentucky. Es la última expresión del Germano: ¡ese es el Franco, el Longobardo de nuestros días! El Mejicano tiene razón en calificarlo de bárbaro sin heroísmo y sin generosidad; pero no es preciso, sin duda, que carezca de energía y de poder.

Aquí, sin embargo, digan lo que digan los pobladores azorados, el bárbaro está más avanzado entre las ramas útiles de la civilización que lo son aquéllos. Esta situación no carece de precedentes. Cuando los ejércitos de la Roma semítica conquistaban los reinos del Asia Inferior, los Romanos y los helenizados dábanse cuenta de que habían bebido en las mismas fuentes culturales. Los súbditos de los Seléucidas y de los Tolomeos se creían infinitamente más refinados y más admirables por haberse encenagado durante más tiempo en la corrupción y por ser más artistas. Los Romanos, al sentirse más utilitarios y más positivos, aunque menos brillantes que sus enemigos, presentían la victoria. Estaban en lo cierto y los acontecimientos lo probaron.

El grupo anglosajón está autorizado a entrever las mismas perspectivas. Sea por conquista directa, sea por influencia social, los Americanos del Norte parecen destinados a imponerse como dominadores por toda la faz del nuevo mundo. ¿Quién podría contenerles? Quizá sus propias divisiones, si estallaran demasiado pronto. Fuera de este peligro, nada tienen que temer; pero hay que confesar también que no está exento de gravedad.

Se ha advertido ya que, para obtener una noción más precisa del grado de intensidad a que podía llegar la acción del pueblo de los Estados Unidos sobre los otros grupos del nuevo mundo, sólo se ha considerado la raza que fundó la nación y que, por un supuesto completamente gratuito, he considerado como si todavía se conservara hoy con todo su valor étnico especial y como si debiera persistir en él indefinidamente. Nada es más ficticio. Los Estados Unidos representan, por el contrario, entre los países del mundo, el que, desde comienzos del siglo XIX y sobre todo en estos últimos años (1), ha visto afluir a su territorio la mayor suma de elementos heterogéneos. Es un nuevo aspecto que puede, si no cambiar, modificar por lo menos gravemente las conclusiones presentadas anteriormente.

Claro que los aluviones considerables de principios nuevos que traen consigo las emigraciones no pueden determinar en la Unión una inferioridad cualquiera respecto de los otros grupos americanos. Éstos, mezclados con los naturales y con los negros, están muy deprimidos, y por bajo que sea el valor de ciertas aportaciones llegadas de Europa, éstas resultan menos degeneradas que el fondo de las poblaciones mejicanas o brasileñas. En lo que vamos a exponer, no hay, pues, nada que modifique lo que he dicho hasta aquí sobre la preponderancia moral de los Estados del Norte de América respecto de los otros cuerpos políticos del mismo continente; pero por lo que atañe a la situación de la República de Washington frente a Europa, ya es cosa muy distinta.

La descendencia anglosajona de los antiguos colonos ingleses no forma ya la mayoría de los habitantes del país, y por poco que el movimiento que lleva a centenares de miles de Irlandeses y Alemanes a fijarse en el

(1) Téngase en cuenta que Gobineau murió en 1882. *(N. del T.)*

suelo americano se sostenga por algún tiempo, antes de fin de siglo la raza nacional quedará parcialmente extinguida. Por otra parte, ya se halla muy debilitada por las mezclas. Durante algún tiempo continuará sin duda simulando algún impulso; pero esta apariencia se borrará y el imperio se hallará por completo en manos de una familia mixta, en la que el elemento anglosajón ya no representará más que un papel de subordinado. Haré notar, incidentalmente, que el conjunto de la variedad primitiva se aleja de las costas del mar y se dirige hacia el Oeste, cuyo género de vida conviene más a su actividad y a su carácter aventurero.

¿Qué son, empero, los recién llegados? Éstos representan los ejemplares más variados de todas las razas de la vieja Europa que tan pocas esperanzas inspiran. Son productos del detrito de todos los tiempos: Irlandeses, Alemanes, tantas veces mestizos, algunos Franceses que no lo son menos e Italianos que lo son más que nadie. La reunión de todos esos tipos degenerados origina y originará necesariamente nuevos desórdenes étnicos; estos desórdenes no tienen nada de inesperado ni ofrecen novedad alguna; no producirán ninguna combinación que no se haya realizado ya o que no lo pueda ser en nuestro continente. Ni un solo elemento fecundo puede sacarse de ahí, y aun cuando los productos resultantes de series indefinidamente combinadas entre Alemanes, Irlandeses, Italianos, Franceses y Anglosajones vayan por añadidura a reunirse y a amalgamarse en el Sur del continente con la sangre compuesta de esencia india, negra, española y portuguesa que allí radica, no hay manera de imaginarse que de tan horrible confusión pueda resultar algo que no sea la yuxtaposición incoherente de los seres más degradados.

Asisto con interés, aunque con escasa simpatía, lo confieso, al gran impulso que los instintos utilitarios prestan a América. No se me oculta la potencia que despliegan; pero, a fin de cuentas, ¿qué resulta de ello que no sepamos ya? Y aun: ¿qué presentan que resulte seriamente original? ¿Sucede allí algo que en el fondo sea extraño a las concepciones europeas? ¿Existe allí un motivo determinante que pueda hacer concebir la esperanza de futuros triunfos para una humanidad joven no nacida aún? Que se estudie maduramente el pro y el contra, y no se dudará de la inanidad de semejantes esperanzas. Los Estados Unidos del Norte de América no son el primer Estado comercial que haya habido en el mundo. Los que le precedieron no han producido nada que pareciera una regeneración de la raza de la cual habían surgido.

Cartago alcanzó un esplendor que difícilmente será igualado por Nueva York. Cartago era rica y grande en todos los aspectos. La costa septentrional del África en su completo desarrollo, y una vasta región del interior, estaban bajo su dominio. Había sido más favorecida en su nacimiento que la colonia de los puritanos de Inglaterra, pues quienes la habían fundado eran los retoños de las familias más puras de Canaán. Todo cuanto perdieron Tiro y Sidón lo heredó Cartago. Y, sin embargo, ésta no añadió un ápice siquiera al valor de la civilización semítica, ni contuvo un solo día su decadencia.

Constantinopla fué a su vez una creación que parecía destinada a eclipsar en esplendor el presente y el pasado, y a transformar el porvenir. Disfrutando de la situación más bella que pueda darse en el Globo, rodeada de

las provincias más fértiles y más pobladas del Imperio de Constantino, parecía haberse librado, como dan en suponer para los Estados Unidos, de cuantos impedimentos deplora haber tenido en su infancia todo país llegado a la madurez. Poblada de sabios, llena de obras maestras de toda especie, familiarizada con todos los procedimientos de la industria, poseyendo manufacturas inmensas y absorbiendo un comercio sin límites con Europa, Asia y África, ¿qué rival tuvo jamás Constantinopla? ¿Para qué rincón de mundo el Cielo y los hombres podrán hacer nunca lo que se hizo para esa majestuosa metrópoli? ¿Y cómo pagó ella tanta solicitud? Constantinopla no hizo nada; no creó nada; no supo curar ninguno de los males que los siglos habían acumulado sobre el Imperio romano; ni una idea reparadora salió de su seno. Nada indica que los Estados Unidos del Norte de América, más vulgarmente poblados que aquella noble ciudad, y sobre todo más que Cartago, hayan de mostrarse más hábiles.

Toda la experiencia del pasado nos prueba que la amalgama de principios étnicos ya gastados no puede aportar una combinación rejuvenecida. Mucho habremos previsto y concedido si suponemos que en esa república del nuevo mundo hay bastante cohesión para que le sea posible la conquista de los países que la rodean. Este gran éxito, que le daría ciertamente derecho a compararse con la Roma semítica, es apenas probable; pero basta que lo sea para tenerlo en cuenta. En cuanto a la renovación de la sociedad humana y a la creación de una civilización superior o por lo menos distinta —lo que, a juicio de las masas interesadas, equivale a lo mismo—, son fenómenos que sólo se producen por la presencia de una raza relativamente pura y joven. Esta condición no existe en América. Toda la labor de este país se limita a exagerar ciertos aspectos de la cultura europea, y no siempre los más bellos; a copiar como mejor puede lo restante, y a ignorar bastantes cosas. Ese pueblo que se llama joven es el viejo pueblo de Europa, menos sujeto por leyes más complacientes, pero no mejor inspirado. Durante el largo y triste viaje que lanza los emigrantes a su nueva patria, el aire del océano no los transforma. Llegan allí exactamente como partieron. El simple traslado de un punto a otro no regenera a las razas extenuadas.



CONCLUSIÓN GENERAL

La historia humana semeja una tela inmensa. La Tierra es el telar en donde se halla tendida. Los siglos reunidos son sus infatigables artesanos. No nacen sino para coger la lanzadera y hacerla correr por la urdimbre; no la dejan sino para morir. Así, bajo esos dedos atareados, va desarrollándose el vasto tejido.

La tela no resulta de un solo color ni se compone de una sola y única materia. Lejos de ser la inspiración de la sobria Palas quien trazara sus dibujos, el aspecto de éstos recuerda más bien el método de los artistas de Cachemira. Los colores más abigarrados y las líneas más extrañas y caprichosas se complican ahí de la manera más sorprendente, y a fuerza de diversidad y de riqueza, contrariamente a todas las leyes del gusto, es cómo resulta esta obra, incomparable por su grandeza, también incomparable en hermosura.

Las dos variedades inferiores de nuestra especie, la raza negra y la raza amarilla, son el fondo basto — el algodón y la lana que las familias secundarias de la raza blanca suavizan con su seda —, al paso que el grupo ario, haciendo circular sus hilillos más tenues a través de las generaciones ennoblecidas, aplica a su superficie — deslumbrante obra maestra — sus arabescos de plata y oro.

La Historia es una, y cuantas anomalías presenta pueden tener su explicación y entrar en las reglas comunes si la vista y el pensamiento, cesando de concentrarse con loca obstinación en puntos aislados, procuran abarcar el conjunto, recoger en él los hechos análogos, compararlos y sacar una conclusión rigurosa de las causas mejor estudiadas y por lo mismo mejor comprendidas de su identidad fundamental; pero el espíritu del hombre es de suyo tan débil que al acercarse a las ciencias su primer instinto es simplificarlas, lo que generalmente significa mutilarlas, empequeñecerlas, despojarlas de cuanto estorba y hiere su debilidad, y sólo cuando ha conseguido desfigurarlas ante quien las mira con ojos más clarividentes, es cuando las encuentra bellas, porque le resultan fáciles; sin embargo, despojadas de parte de sus tesoros, no pueden ofrecer sino elementos asaz a menudo desprovistos de vida. Y apenas se da cuenta de ello. La Historia no es una ciencia constituída de distinto modo que las demás. Se presenta compuesta de mil elementos en apariencia homogéneos, los cuales, bajo múltiples enlaces, esconden o disfrazan una raíz que penetra a grandes profundidades. Podar de ella lo que turba la vista, es quizá hacer brotar un poco de claridad sobre los vestigios que se habrán conservado; pero es también

alterar inevitablemente la medida y, por lo tanto, la importancia relativa de las partes y hacer imposible para siempre la penetración del sentido real del todo.

Para obviar este inconveniente que condena todo conocimiento a la esterilidad, es preciso renunciar a semejantes medios y aceptar la tarea con sus dificultades nativas. Si, resueltos a proceder así, nos limitamos de buen comienzo a buscar sin omitir nada las principales fuentes de la cuestión, descubriremos de un modo cierto que hay tres de ellas de donde brotan los fenómenos más dignos de llamar la atención. La primera de esas fuentes es la actividad humana, tomada aisladamente; la segunda, es el establecimiento de los centros políticos; la tercera, que es la más influyente y la que vivifica las dos primeras, es la manifestación de un modo dado de existencia social. Añadamos ahora a estas tres fuentes de movimiento y de transformación el hecho de la penetración mutua de las sociedades, y habremos trazado los contornos generales del trabajo. La Historia con sus causas, sus móviles, sus resultados principales, quedará encerrada en un vasto círculo, y podremos abordar sus detalles con el análisis más minucioso sin temor a habernos preparado, con una disección indiscreta, la inevitable cosecha de errores resultante de otras maneras de proceder.

Tomada aisladamente, la actividad del hombre se expresa por las invenciones de la inteligencia y el juego de las pasiones. La observación de este trabajo y de los resultados dramáticos que acarrea absorbe exclusivamente la atención del común de los pensadores. Éstos no se dedican sino a ver cómo las criaturas se agitan, cómo ceden o resisten a sus instintos, cómo los conducen con cordura o se dejan arrastrar por sus fogosas irrupciones. Nada hay tan conmovedor, sin duda, como las peripecias de semejante lucha del hombre consigo mismo. En ambas alternativas puestas ante sus pasos, ¿quién podría dudar de que es dueño de sus actos? El dios que le contempla y que le juzgará según el bien moral que haya realizado o el mal moral que haya combatido, en modo alguno según la cantidad de genio que le haya sido deparada, le carga con su libertad, y el espectador de sus dudas, comparando los actos que observa con el código abierto en sus manos por la religión o la filosofía, no se extravía sino cuando les atribuye una amplitud de acción que los esfuerzos del hombre aislado no pueden usurpar.

Estos esfuerzos sólo actúan dentro de una esfera estrechamente limitada. Imagínese al más poderoso de los hombres, al más esclarecido, al más enérgico: la longitud de su brazo es siempre poca cosa. Haced brotar los pensamientos más elevados que imaginarse puedan de la mente de César; con su vuelo no pueden abarcar toda la circunferencia del Globo. Sus obras, limitadas en ciertos sitios, alcanzan a lo sumo un número dado de objetos; durante un tiempo dado, sólo pueden afectar al organismo de uno o varios centros políticos. A los ojos de los contemporáneos es mucho; pero para la Historia no se derivan a menudo sino efectos imperceptibles. Y digo imperceptibles, porque en vida de sus mismos autores vemos cómo la mayoría de ellos se borran y cómo la generación siguiente busca en vano sus huellas. Consideremos las más vastas esferas que hayan existido jamás abandonadas a la voluntad de un príncipe ilustre, ya sean las inmensas conquistas del Macedonio, ya los Estados soberbios de aquel monarca español en cuyos dominios no se ponía jamás el Sol. ¿Qué hizo

la voluntad de Alejandro? ¿Qué creó la de Carlos V? Sin enumerar las causas independientes de su genio que reunieron tantos cetros en las manos de estos grandes hombres y permitieron al menos favorecido de los dos recoger más de lo que había logrado arrancar, lo esencial de su actuación consistió en definitiva en ser únicamente los conductores dóciles o los contradictores abandonados por aquellas multitudes que se supone sometidas a su imperio. Arrastrados por un impulso que no partía de ellos, su mejor éxito fué el haberlo seguido; y cuando el último de los dos, rodeado de toda su gloria, pretendió a su vez conducir el torrente, este torrente que le arrastraba se encrespó contra sus defensas, creció contra sus amenazas, derrumbó todos sus diques y, prosiguiendo su curso, lo derribó vergonzosamente, convenciéndole de su debilidad, en el obscuro atrio de San Justo.

No son los grandes hombres quienes se creen omnipotentes, pues les es demasiado fácil comparar lo que han hecho con lo que desearían hacer. Esos, cuya talla sobrepasa el nivel común, saben perfectamente que la acción permitida a su autoridad no ha alcanzado nunca en su más vasta expansión los límites de un continente; que, en su mismo palacio, no viven como ellos quisieran; que si su intervención retrasa o precipita el paso de los acontecimientos, ello se produce de la misma manera cómo un niño desvía el riachuelo que no puede privar que corra. La mayoría de sus relatos está formada, no de invenciones, sino de comprensión. Hasta ahí llega la potencia histórica del hombre actuando en las condiciones de desarrollo más favorables. Esta potencia no constituye una causa, ni tampoco una finalidad; algunas veces es un medio transitorio y la mayoría de ellas no se la puede tomar sino por un adorno. Pero tal cual es, hay que reconocerle, sin embargo, el mérito supremo de atraer respecto de la marcha de la humanidad esa simpatía general que el cuadro de evoluciones puramente impersonales no habría suscitado nunca. Las diferentes Escuelas le han atribuído una influencia omnipotente, desconociendo burdamente su real incapacidad. Fué, sin embargo, hasta aquí el único móvil de esta atracción no razonada que condujo a los hombres a recoger las reliquias del pasado.

Acabamos de vislumbrar que el límite inmediato ante el cual esa potencia se detiene está determinado por la resistencia del centro político en cuyo seno se mueve. Un centro político, reunión colectiva de voluntades humanas, posee por sí mismo una voluntad; indiscutiblemente es así. Un centro político o, en otras palabras, un pueblo, tiene sus pasiones y su inteligencia. Pese a la multiplicidad de cabezas que lo forman, posee una individualidad mixta, resultante de la concurrencia de todas las nociones, de todas las tendencias y de todas las ideas que la masa le sugiere. Unas veces refleja el término medio, otras la exageración; ora habla como la minoría, ora se siente arrastrado por los más o aun se mueve por una inspiración mórbida e inesperada, que nadie confiesa. En fin, un pueblo, tomado colectivamente y en sus diversas funciones, es un ser tan real como si se le viera condensado en un solo cuerpo. La autoridad de que dispone es más intensa, más sostenida, y al mismo tiempo menos segura y menos durable, puesto que es más instintiva que voluntaria, más negativa que afirmativa y, en todo caso, es menos directa que la de los individuos aislados. Un pueblo

está expuesto a cambiar de miras diez y más veces en el espacio de un siglo, y esto es lo que explica las falsas decadencias y las falsas regeneraciones. En un intervalo de pocos años se muestra propicio a conquistar a sus vecinos y luego a ser conquistado por ellos; amante de sus leyes y sometido a ellas, y después ávido de sublevarse para aspirar unas horas más tarde a una nueva servidumbre. Pero, sumido en la estrechez, en el marasmo o en la desgracia, vémosle acusar incesantemente a sus gobernantes de todo lo que sufre: prueba evidente de que tiene conciencia de una debilidad orgánica que reside en él y que proviene de la imperfección de su personalidad.

Un pueblo tiene siempre necesidad de un hombre que comprenda su voluntad, que la resuma, la explique y le conduzca allá donde debe ir. Si el hombre se engaña, el pueblo resiste y se levanta luego para seguir al que no se engaña. Es la señal evidente de la necesidad de una relación constante entre la voluntad colectiva y la voluntad individual. Para que haya un resultado positivo es preciso que esas dos voluntades se unan; separadas, son infecundas. De ahí proviene que la monarquía sea la única forma de gobierno racional.

Pero fácilmente se advierte que el príncipe y la nación reunidos no hacen sino sacar partido de aptitudes o capacidades, conjurando influencias nefastas procedentes de un dominio exterior a uno y a otra. En muchos casos en que un jefe ve el camino que su gente quisiera emprender, no es culpa suya si esa misma gente carece de las fuerzas necesarias para llevar a cabo la tarea indispensable; asimismo un pueblo, una multitud, no puede procurarse los conocimientos de que carece y que debería poseer, para evitar catástrofes hacia las que corre aun concibiéndolas, aun temiéndolas, aun gimiendo a causa de ellas.

He aquí, sin embargo, que el más terrible de los infortunios se abate sobre una nación. La imprevisión o la locura, o la impotencia de sus guías, conjurados con sus propios errores, la llevan a la ruina. La nación cae bajo el sable del más fuerte, se ve invadida y anexionada a otros Estados. Sus fronteras se borran, y sus desgarrados estandartes van a engrosar triunfalmente con sus jirones los estandartes de los vencedores. ¿Acaba ahí su destino?

Según los analistas, la afirmación no ofrece dudas. Todo pueblo sojuzgado no cuenta ya para nada, y si se trata de épocas lejanas y un tanto tenebrosas, la pluma del escritor no duda en borrarle incluso de la lista de los vivientes y en declararle materialmente desaparecido.

Pero si menospreciando justamente una conclusión tan superficial procuramos descubrir la realidad, hallaremos que una nación, políticamente abolida, continúa subsistiendo sin otra modificación que la de llevar un nombre nuevo; que conserva sus propias maneras, su alma, sus facultades, y que influye, de un modo conforme a su antigua naturaleza, sobre los pueblos con quienes convive. No es, pues, la forma políticamente agregativa la que da la vida intelectual a las multitudes y les infunde una voluntad o les inspira una manera de ser. Todo eso lo tienen sin poseer fronteras propias. Esos dones provienen de un impulso supremo que reciben de un dominio superior a ellas mismas. Aquí se abren esas regiones inexploradas en que el horizonte extraordinariamente ensanchado no libra ya solamente

a la mirada el territorio limitado de tal o cual reino o de tal o cual república, ni las estrechas fluctuaciones de las gentes que las habitan, sino que muestra todas las perspectivas de la sociedad que las contiene, con los grandes engranajes y los poderíos móviles de la civilización que las anima.

El nacimiento, el desarrollo y el eclipse de una sociedad y de su civilización constituyen fenómenos que sitúan al observador muy por encima de los horizontes que los historiadores le hacen ver de ordinario. En sus causas iniciales, estos fenómenos no traen ninguna huella de las pasiones humanas ni de las determinaciones populares, materiales demasiado frágiles para ocupar sitio en una obra de tan larga duración. Sólo se reconocen ahí los distintos modos de inteligencia concedidos a las diferentes razas y a sus combinaciones. Y aun no se les percibe sino en sus partes más esenciales, las más libres de la autoridad del libre albedrío, las más nativas, las más rarificadas, en una palabra, las más fatales, aquellas que el hombre o la nación no pueden darse ni borrarse, y cuyo uso no se puede prohibir o forzar. Así es cómo se desenvuelven, por encima de toda acción transitoria y voluntaria que emane del individuo o de la multitud, unos principios generadores que producen sus efectos con una independencia y una impasibilidad imperturbables. De la esfera libre, absolutamente libre, donde se combinan y operan, el capricho del hombre o de una nación no puede hacer brotar ningún resultado fortuito. En el orden de las cosas inmateriales existe un ambiente soberano donde se agitan fuerzas activas, principios vivificantes en comunicación perpetua tanto con el individuo como con la masa, cuyas inteligencias respectivas, conteniendo algunas parcelas idénticas a la naturaleza de aquellas fuerzas, se hallan así preparadas y eternamente dispuestas para recibir su impulso.

Estas fuerzas activas, estos principios vivificantes, o, si se quiere concebirlos bajo una idea concreta, esta alma, que hasta ahora ha permanecido inadvertida y anónima, debe ser elevada al rango de los agentes cósmicos de primer grado. En el seno del mundo intangible, esta alma llena funciones análogas a las que la electricidad y el magnetismo ejercen sobre otros puntos de la creación y, como estas dos influencias, se manifiesta por sus funciones, o más exactamente, por algunas de sus funciones, pero no se puede aprehender, describir o apreciar en sí misma, en su naturaleza propia y abstracta, en su totalidad.

Nada prueba que esa alma sea una emanación del hombre y de los cuerpos políticos. Vive por ellos, al parecer; vive para ellos ciertamente. La medida de vigor y de salud de las civilizaciones es también la medida de su vigor y de su salud; pero si se observa que es precisamente al eclipsarse las civilizaciones cuando esa alma alcanza a menudo su mayor grado de expansión y de fuerza entre ciertos individuos y entre ciertas naciones, se llegará forzosamente a la conclusión de que puede ser comparada a una atmósfera respirable que, en el plano de la creación, no tiene razón de ser sino en tanto deba vivir la sociedad a la cual envuelve y anima; y que, en el fondo, le es tan ajena como exterior, y que es su rarefacción la que trae la muerte de esa sociedad, pese a la provisión de aire que pueda poseer todavía, cuando el manantial vivificador ha cesado de manar.

Las manifestaciones apreciables de esta gran alma parten de la doble base que en otro sitio he llamado *masculina* y *femenina*. Se recordará, por

lo demás, que al escoger estas denominaciones, sólo tuve presente una actitud subjetiva, por una parte, y, por otra, una facultad objetiva, sin correlación con ninguna idea de supremacía de uno de estos focos sobre el otro. De ahí se difunde, en dos corrientes de cualidades diversas, hasta en las más mínimas fracciones, hasta en las últimas moléculas de la aglomeración social que su incesante circulación dirige; y esas corrientes son los dos polos hacia los cuales gravitan y de los que sucesivamente se alejan.

Siendo en primer término la existencia de una sociedad un efecto que el hombre no puede producir ni impedir, no entraña para él ningún resultado del que sea responsable. En ello nada tiene que ver la moralidad. En sí misma, una sociedad no es ni virtuosa ni viciosa, no es ni sabia ni loca; una sociedad es. No es de la acción de un hombre, ni de la decisión de un pueblo de donde se deriva el acontecimiento que la funda. El medio a través del cual pasa para llegar a la existencia positiva debe estar dotado de los elementos étnicos necesarios, absolutamente como ciertos cuerpos, para servirme de una comparación que acude siempre a la mente, absorben fácil y abundantemente el agente eléctrico y son buenos para dispersarle, mientras que otros apenas se dejan penetrar por él y no saben irradiarlo en torno de sí. No es la voluntad de un monarca o de sus súbditos la que modifica la esencia de una sociedad; lo que la modifica, es, en virtud de las mismas leyes, una mezcla étnica subsiguiente. En fin, una sociedad envuelve a sus naciones como el cielo envuelve a la Tierra; y este cielo, que las exhalaciones de las marismas o las llamas del volcán no alcanzan, semeja, en su serenidad, la imagen perfecta de las sociedades cuyo contenido no puede turbarlas con sus conmociones, mientras que, irresistiblemente, aunque de una manera insensible, lo amoldan ellas a todas sus influencias.

Esas sociedades imponen a sus habitantes sus géneros de existencia, circunscribiéndoles entre límites que esos esclavos no pretenden siquiera rebasar, admitiendo que tuvieran fuerza para ello. Ellas les dictan los elementos de sus leyes, les inspiran sus voluntades, les designan sus amores, les infunden sus odios y les dictan sus menosprecios. Sometidas siempre a la acción étnica, producen las glorias locales por este medio inmediato; por ese mismo conducto implantan el germen de las desdichas nacionales, y, luego, cierto día, arrastran a vencedores y vencidos por una misma pendiente, de la que sólo puede alejarles una nueva acción étnica.

Si con tanta energía influyen sobre los miembros de los pueblos, no rigen con menos brío a los individuos. Al dejarles y, sin reserva alguna — este punto es muy importante — los méritos de una moralidad cuyas formas, sin embargo, regulan, esas sociedades manejan y modelan en cierta manera sus cerebros en el momento de nacer, y, al indicarles ciertas vías, les cierran otras cuya salida ni tan sólo les permiten ver.

Así, pues, antes de escribir la historia de un país extraño y pretender explicar los problemas que comprende semejante tarea, es indispensable sondear, escrutar y conocer perfectamente las fuentes y la naturaleza de la sociedad de la que este país es sólo una fracción. Es preciso estudiar los elementos de que se compone, las modificaciones que ha sufrido, las causas de estas modificaciones y el estado étnico obtenido por la serie de mezclas admitidas en su seno.

Nos estableceremos así sobre un terreno firme que contendrá las raíces de la materia. Y las veremos crecer, fructificar y echar grano. Y como quiera que las combinaciones étnicas no se han producido nunca a dosis iguales en todos los puntos geográficos comprendidos en el territorio de una sociedad, será preciso particularizar todavía más las investigaciones y revisar con más severidad los descubrimientos que éstas nos proporcionen a medida que nos acerquemos a su objeto. Todos los esfuerzos del espíritu, todos los recursos de la memoria, toda la recelosa perspicacia del juicio son aquí necesarios. Nada estará de más. Se trata de hacer entrar la Historia en la familia de las ciencias naturales; de darle, basándola solamente en hechos tomados de todos los órdenes de nociones capaces de proporcionársela, toda la precisión de esta clase de conocimientos, a fin de substraerla a la jurisdicción interesada cuyas facciones políticas le imponen hasta hoy lo arbitrario.

Alejar de los caminos dudosos y oblicuos la musa del pasado, para conducir su carro por una vía anchurosa y recta, explorada de antemano y jalonada de estaciones conocidas, no es en detrimento de la majestad de su actitud, sino que añade mucho a la autoridad de sus consejos. Ciertamente no vendrá ya, con infantiles gemidos, a acusar a Darío de haber causado la pérdida de Asia, ni a Perseo de la humillación de Grecia; pero tampoco se la verá saludar locamente, en otras catástrofes, los efectos del genio de los Gracos o la omnipotencia oratoria de los Girondinos. Olvidándose de estas miserias, proclamará que las causas irreconciliables de semejantes acontecimientos, cerniéndose en lo alto muy por encima de la participación de los hombres, no interesan a la polémica de los partidos. Dirá qué concurso de motivos invencibles las produce, sin que nadie a ese respecto haya de merecer reproche o elogio, y distinguirá lo que la ciencia no puede menos que hacer constar de cuanto debe comprender la justicia.

Entonces se dictarán desde su trono soberbio juicios sin apelación y lecciones saludables para las buenas conciencias. Ya se acepte, ya se repudie la evolución de una nacionalidad, sus sentencias, al reducir la participación que el hombre pueda tener en la modificación de ciertas fechas, harán al libre albedrío de cada cual severamente responsable del valor de todos los actos. A los espíritus ruines no les valdrán esos pretextos vanos y esas necesidades ficticias con que hoy se pretende ennoblecer sus crímenes demasiado reales. Basta de perdón para las atrocidades; del castigo no habrán de eximirles unos supuestos servicios. La Historia arrancará todas las máscaras facilitadas por las teorías sofísticas, y, para castigar a los culpables, se armará con los anatemas de la religión. El rebelde ya no será, ante su tribunal, más que un ambicioso impaciente y nocivo: Timoleón no será sino un asesino; Robespierre, un malvado inmundo.

Para infundir este aliento, este aire y esta importancia desacostumbrada a los anales de la humanidad, urge variar la manera de componerlos, penetrando animosamente en las minas de verdades que con tan laboriosos esfuerzos se acaban de abrir. Mal razonados recelos no excusarán la menor vacilación.

Los primeros calculadores que entrevieron el álgebra, espantados de las profundidades que se abrían a sus miradas, le prestaban virtudes sobrenaturales, y la más rigurosa de las ciencias dió pábulo entre ellos a las

más insensatas fantasías. Esa manera de ver hizo que los espíritus cuerdos tuviesen durante mucho tiempo por sospechosas las matemáticas; más tarde, el estudio serio rompió la corteza y tomó el fruto.

Los primeros físicos que se fijaron en las osamentas fósiles y en los vestigios marinos de las cumbres de las montañas, no dejaron de lanzarse a las divagaciones más repugnantes. Sus sucesores, desechando los sueños, convirtieron la geología en una génesis de la exposición de los tres reinos. Ya no se puede discutir lo que la geología afirma. En etnología sucede lo mismo que con el álgebra y con la ciencia de los Cuvier y de los Beaumont. Puesta por unos al servicio de las más torpes fantasías filantrópicas, es repudiada por otros, que confunden en la injusticia de un mismo menosprecio, junto con el charlatán y su droga, el aroma precioso de que abusa.

La etnología es, sin duda, una ciencia joven. Con todo, ha rebasado ya la edad de los primeros balbuceos. Y está lo suficiente avanzada para disponer de un número suficiente de demostraciones sólidas sobre las cuales puede edificarse con toda seguridad. Cada día que pasa le trae las más ricas aportaciones. Entre las diversas ramas de conocimientos que rivalizan en proveerla, la emulación es tan productiva, que apenas le es posible recoger y clasificar los descubrimientos con la rapidez con que se suceden. ¡Pluguiera a Dios que sus progresos no hallasen más obstáculos que esos! Pero los encuentra peores. Todavía se deja de apreciar con nitidez su verdadera naturaleza y, por consiguiente, no se la trata regularmente según los métodos que le convienen.

Querer fundamentarla sobre una ciencia aislada y, principalmente, sobre la fisiología, es condenarla a la esterilidad. Claro que el dominio de la fisiología le pertenece; pero para que los materiales que la etnología le pide adquieran el grado de autenticidad necesario y revistan su carácter especial, es casi siempre indispensable que los someta al control de testimonios procedentes de otras ciencias y que el estudio comparado de las lenguas, la arqueología, la numismática, la tradición o la historia escrita hayan garantizado su valor, sea directamente, sea por inducción, *a priori* o *a posteriori*. En segundo lugar, un hecho no puede pasar de una ciencia a otra sin presentarse bajo un nuevo aspecto cuya naturaleza conviene todavía comprobar antes de tener derecho a servirse de él; por lo tanto, la etnología no puede considerar como indiscutiblemente incorporados a su dominio sino los documentos fisiológicos o de otra especie que hayan sufrido esta última prueba cuya dirección y cuyas normas sólo ella posee. Y como su objeto va más allá del mundo material y abarca al mismo tiempo las manifestaciones más intelectuales, no está permitido confinarla ni un minuto siquiera en una esfera extraña y sobre todo en la esfera física, sin extraviarla en medio de lagunas que las hipótesis más audaces y vanas no lograrán llenar jamás. En realidad, la etnología no es otra cosa que la raíz y la vida misma de la historia. No se llega a separarla de ésta si no es artificialmente, arbitrariamente, con gran detrimento para la misma. Mantengámosla, pues, simultáneamente en todos los terrenos en que la historia tiene derecho a percibir su diezmo.

No la desviemos tampoco en demasía de los trabajos positivos, planteándole cuestiones en cuyas tinieblas no puede el espíritu humano penetrar.

El problema de la unidad o de la multiplicidad de los tipos primitivos figura entre esas cuestiones. Hasta el presente esta investigación no ha satisfecho gran cosa a quienes la han emprendido. Está de tal manera desprovista de elementos de solución, que más bien parece destinada a divertir el espíritu que a iluminar el juicio y apenas debe considerarse como científica. Antes que perderse con ella en divagaciones sin salida, es preferible, hasta nueva orden, tenerla al margen de todos los trabajos serios o, por lo menos, dejarla en un lugar muy subalterno. Lo que sólo importa hacer constar es hasta qué punto las variedades son orgánicas y la medida de la línea que las separa. Si algunas causas pueden llevar los diferentes tipos a confundirse de nuevo; si, por ejemplo, al cambiar de alimento y de clima, un blanco se puede volver negro, y un negro mogol, la especie entera, aunque hubiese salido de diversos millones de padres completamente distintos, debe declararse unitaria, sin duda alguna, pues posee de ello el rasgo principal y verdaderamente práctico.

Si, por el contrario, las variedades se hallan encerradas en su constitución actual, de tal manera que no puedan perder sus caracteres distintivos sino mediante himeneos concertados fuera de sus esferas, y si ninguna influencia externa o interna es apta para transformarlas en sus partes esenciales; si, en fin, poseen de una manera permanente, y este punto no es dudoso, sus particularidades físicas y morales, acabemos de una vez con las divagaciones frívolas y proclamemos el resultado, la consecuencia rigurosa y única útil: aunque provinieran de una sola pareja, las variedades humanas, eternamente distintas, viven bajo la ley de la multiplicidad de los tipos y su unidad primordial no puede ejercer y no ejerce sobre sus destinos la consecuencia más imponderable. Así, pues, para satisfacer dignamente las imperiosas necesidades de una ciencia que ha llegado ya a la virilidad, es preciso saber limitarse y dirigir las investigaciones hacia las finalidades abordables, repudiando lo demás. Y ahora, situándonos en el centro del verdadero dominio de la verdadera historia, de la historia seria y no fantástica, de la historia tejida de hechos y no de ilusiones o de opiniones, examinemos, por última vez, en grandes masas, no lo que creemos pueda ser, sino lo que a ciencia cierta vean nuestros ojos, oigan nuestros oídos y palpen nuestras manos.

En una época muy primordial de la vida de la especie entera, época que precede a los relatos de los anales más lejanos, descubrimos, al colocarnos con la imaginación en las mesetas del Altai, tres conjuntos de pueblos inmensos, inestables, compuestos cada uno de ellos de diferentes matices, formados, en las regiones que se extienden al Oeste alrededor de la montaña, por la raza blanca; en el Nordeste, por las hordas amarillas que llegan de las tierras americanas; y al Sur, por las tribus negras cuyo foco principal radica en las lejanas regiones del África. La variedad blanca, quizá menos numerosa que sus dos hermanas, pero dotada de una actividad combatiente que dirige contra sí misma y la debilita, brilla por sus innumerables superioridades.

Empujada por los esfuerzos desesperados y acumulados de los enanos, esta raza noble vacila, sale de sus territorios por el Mediodía y sus tribus de vanguardia caen en medio de multitudes melanesias, donde se trituran y empiezan a mezclarse con los elementos que circulan a su alrededor.

Estos elementos son groseros, antipáticos y fugaces; pero la ductilidad del elemento que los aborda acaba por dominarlos. Esa ductilidad les comunica, dondequiera que los alcanza, algo de sus cualidades o, por lo menos, les despoja de una parte de sus defectos; sobre todo les presta nueva fuerza para coagularse y, a no tardar, en vez de una serie de familias, de tribus incultas y enemigas que se disputaban el suelo sin sacar de él ningún provecho, hay una raza mixta que se extiende desde las regiones bactrianas de la Gedrosia, de los golfos de Persia y de Arabia y de allende los lagos de la Nubia, penetra hasta latitudes desconocidas de los territorios centrales del continente africano, sigue la costa septentrional más allá de las Sirtes, rebasa Calpe, y, en toda esta extensión, la variedad melanesia diversamente afectada, aquí completamente absorbida, allá absorbiendo a su vez, pero sobre todo modificando hasta el infinito la esencia blanca y siendo por ella modificada, pierde su pureza y algunos rasgos de sus caracteres primitivos. De ahí ciertas aptitudes sociales que hoy se manifiestan en las regiones más apartadas del mundo africano y que no son sino los resultados remotos de una antigua mezcla con la raza blanca. Estas aptitudes son débiles, incoherentes, indecisas, como el mismo vínculo, que resulta, por decirlo así, imperceptible.

Durante esas primeras invasiones, cuando esas primeras generaciones de mulatos se desarrollaban por el lado de África, un trabajo análogo se realizaba a través de la península indostánica y se complicaba más allá del Ganges y aun más allá del Bramaputra, pasando de los pueblos negros a las hordas amarillas, ya llegadas, más o menos puras, hasta aquellas regiones. En efecto: los Fineses se habían multiplicado en las playas del mar de la China aun antes de haber podido determinar ningún desplazamiento serio de las naciones blancas en el interior del continente. Mayores facilidades habían hallado para ahogar y penetrar a la otra raza inferior. Se habían mezclado a ella como pudieron. La variedad malaya empezó a salir entonces de esta unión, que no se realizaba ni sin esfuerzo ni sin violencias. Los primeros productos mestizos llenaron al comienzo las provincias centrales del Celeste Imperio. A la larga, se formaron progresivamente, en toda el Asia oriental, en las islas del Japón, en los archipiélagos del mar de las Indias; llegaron hasta el Este de África, envolvieron todas las islas de la Polinesia, y, situados ante las tierras americanas, así en el Norte como en el Sur, así en las Kuriles como en la isla de Pascuas, penetraron furtivamente, en pequeños grupos poco numerosos, y abordando los puntos más diversos, en aquellas regiones casi desiertas pobladas tan sólo por los raros descendientes de algunos rezagados de las retaguardias de las multitudes amarillas, a quienes, siendo como eran una raza mixta, debían en parte esos malayos su nacimiento, su aspecto físico y sus aptitudes morales.

Por el Oeste, dirigiéndose indefinidamente hacia Europa, no había pueblos melanesios, sino el contacto más forzado y más inevitable entre los Fineses y los Blancos. Mientras al Sur, estos últimos, venturosos fugitivos, obligaban a todos a reconocer su imperio y se aliaban, a título de soberanos, con las poblaciones indígenas, al Norte, por el contrario, empezaron la unión en calidad de oprimidos. Es dudoso que los Negros, en libertad de escoger, hubiesen envidiado mucho su alianza física; no lo es que los

Amarillos la hayan deseado ardientemente. Sometidos a la influencia directa de la invasión fínica, los Celtas, y sobre todo los Eslavos, que se distinguen apenas de ellos, fueron acosados y finalmente obligados a trasladarse a Europa. Así, de grado o por fuerza, comenzaron a unirse de buen comienzo con los homúnculos llegados de América; y cuando sus peregrinaciones ulteriores les llevaron a descubrir en los diferentes países occidentales nuevos establecimientos de las mismas criaturas, tuvieron menos motivos para negarse a contraer lazos con ellas.

Si toda la especie blanca hubiese sido expulsada de sus primitivos dominios del Asia Central, la masa de los pueblos amarillos no hubiera tenido que hacer nada más que sustituirla en los dominios abandonados. Los Fineses hubieran levantado su *wigwan* de ramajes sobre las ruinas de los monumentos antiguos y, obrando según su carácter, se hubieran sentado, amodorrado, dormido, y el mundo no habría oído hablar más de sus masas inertes. Pero la especie blanca no había desertado en masa de su patria de origen. Quebrantada bajo el choque espantoso de las multitudes finesas, había conducido, en verdad, hacia direcciones diferentes, la multitud de sus pueblos; pero algunas de sus naciones bastante numerosas permanecieron en su país, e incorporándose con el tiempo a varias o a la mayoría de las tribus amarillas, les comunicaron una actividad, una inteligencia, una fuerza física y un grado de aptitud social completamente extraños a su esencia nativa, haciéndolas aptas para continuar vertiendo en las regiones vecinas, aun a despecho de resistencias bastante intensas, la abundancia de sus elementos étnicos.

En medio de esas transformaciones generales que afectan al conjunto de las razas puras, y como resultado necesario de esas mezclas, la cultura antigua de la familia blanca desaparece, y cuatro civilizaciones mixtas la reemplazan: la asiria, la indostánica, la egipcia y la china; una quinta cultura prepara su advenimiento no lejano: la griega; y nos es ya permitido afirmar que todos los principios que en el futuro poseerán las multitudes sociales han sido encontrados, pues las sociedades subsiguientes, al no añadirles nada, no han presentado nunca nada más que combinaciones nuevas de ellos.

La acción más evidente de estas civilizaciones, su resultado más notable y más positivo, no son otros que los de haber continuado sin descanso la obra de la amalgama étnica. A medida que se extienden, engloban naciones, tribus y familias hasta entonces aisladas, y, sin poderlas adaptar nunca a las formas y a las ideas de que ellas mismas provienen, logran sin embargo hacerles perder el sello de su propia individualidad.

En la que podríamos denominar una segunda época, en el período de las mezclas, los Asirios suben hasta los límites de Tracia, pueblan las islas del Archipiélago, se establecen en el Bajo Egipto, se fortifican en Arabia y se instalan entre los Nubienses. Los pobladores de Egipto se extienden por el África Central, se establecen en el Sur y en el Oeste, se ramifican en el Hedjaz y en la península del Sinaí. Los hindúes se disputan el terreno con los Himiaritas árabes, desembarcan en Ceilán, colonizan Java y Bali y continúan mezclándose con los Malayos de allende el Ganges. Los Chinos se unen con los pueblos de Corea y del Japón y llegan hasta Filipinas, mientras sus mestizos negros y amarillos, formados en toda la

Polinesia y débilmente impresionados por las civilizaciones que perciben, hacen circular desde Madagascar hasta América lo poco que de ellas pueden comprender.

Por lo que se refiere a los pueblos relegados en el mundo occidental, a los blancos de Europa, a los Iberos, a los Etruscos, a los Rasenos, a los Ilirios, a los Celtas, a los Eslavos, todos ellos se hallan ya afectados por las alianzas finesas. Continúan asimilándose las tribus amarillas esparcidas alrededor de sus establecimientos; luego continúan casándose entre sí, y casándose asimismo con los Helenos, mestizos semitizados, que han afluído de todas partes a sus costas.

Vemos, pues, mezclas por todas partes, siempre mezclas. Es esta la obra más clara, más segura, más duradera de las grandes sociedades y de las civilizaciones poderosas, la que, seguramente, les sobrevive; y cuanta mayor extensión territorial han tenido las primeras, y más genio conquistador las segundas, a tanta mayor distancia las olas étnicas que levantan van a alcanzar otras olas primitivamente extrañas, con lo que sus naturalezas respectivas se sienten igualmente saciadas.

Mas para que este gran movimiento de fusión general abarque hasta las últimas razas del Globo y no deje intacta a ninguna, no basta que un centro civilizador despliegue toda la energía de que es capaz; es preciso además que en las diferentes regiones del mundo esos talleres étnicos se establezcan de manera que actúen sobre el terreno, sin lo cual la obra general resultaría necesariamente incompleta. La fuerza negativa de las distancias paralizaría la expansión de los grupos más activos. China y Europa no ejercen una sobre otra sino una débil acción, aunque el mundo eslavo les sirva de intermediario. La India no ha influído nunca mucho sobre el África, ni Asiria sobre el Norte asiático; y, en el caso en que las sociedades hubiesen conservado para siempre los mismos núcleos, Europa nunca hubiera podido verse directa y suficientemente afectada, ni completamente arrastrada en el torbellino. Ella lo fué porque los elementos creadores de una civilización a propósito para favorecer la acción general, habían sido previamente distribuídos en su suelo. Con las razas célticas y eslavas poseyó, en efecto, desde los tiempos más remotos, dos corrientes amalgamadoras que le permitieron entrar, en el momento oportuno, en el gran conjunto.

Bajo su influencia, Europa había visto desaparecer en una inmersión completa la esencia amarilla y la pureza blanca. Con el intermediario fuertemente semitizado de los Helenos, y luego con las colonizaciones romanas, fué adquiriendo poco a poco los medios de asociar sus masas con el territorio asiático más próximo a sus riberas. Este territorio, a su vez, recibió el contrapeso de aquella evolución; pues mientras los grupos de Europa se teñían de un matiz oriental en España, en la Francia meridional, en Italia, en Iliria, los grupos de Oriente y de África adquirían algo del Occidente romano en la Propóntide, en Anatolia, en Arabia y en Egipto. Una vez realizado este acercamiento, el esfuerzo de los Eslavos y de los Celtas, combinado con la acción helénica, produjo todos sus efectos; no podía ir más allá; no poseía medio alguno de sobrepasar nuevos límites geográficos: la civilización de Roma, la sexta en orden del tiempo, cuya razón de ser consistía en la reunión de los principios étnicos del mundo

occidental, no tuvo fuerza para realizar nada por sí sola a partir del siglo III de nuestra era.

Para ir engrandeciendo el área en que tantas multitudes se iban combinando, era necesaria la intervención de un agente étnico de considerable potencia, de un agente que fuese el resultado de un nuevo enlace de la mejor variedad humana con las razas ya civilizadas. En una palabra, era precisa una infusión de Arios en el centro social mejor situado para influir sobre el resto del mundo, sin lo cual las existencias esporádicas de todos grados, diseminadas aún por la Tierra, iban a continuar indefinidamente sin hallar ya más aguas para la amalgama.

Los Germanos aparecieron en medio de la sociedad romana. Al mismo tiempo, ocuparon el extremo Noroeste de Europa, que poco a poco convirtióse en el eje de sus operaciones. Los sucesivos enlaces con los Celtas y los Eslavos y con las poblaciones galorromanas, multiplicaron la fuerza expansiva de los recién llegados, sin degradar demasiado rápidamente su natural instinto de iniciativa. La sociedad moderna nació, y dedicóse sin descanso a perfeccionar cuanto fuera posible la obra agregativa de sus predecesoras. La hemos visto, casi en nuestros días, cómo descubría América, cómo se unía allí con las razas indígenas o las reducía a la nada; vémosla cómo hace afluir los Eslavos hacia las últimas tribus del Asia Central, con el impulso que da a Rusia; y vemos cómo se lanza sobre los Hindúes y los Chinos; cómo llama a las puertas del Japón; cómo se mezcla, a lo largo de las costas africanas, con los naturales de este gran continente; cómo crece, en fin, en sus propias tierras y difunde por todo el Globo, en una proporción indescriptible, los principios de confusión étnica cuya aplicación está dirigiendo ahora.

La raza germánica estaba provista de toda la energía de la variedad aria. Ello era necesario para que pudiera desempeñar el papel que le estaba designado. Después de ella, la especie blanca no podía ofrecer nada de poderoso y activo; en su seno todo se hallaba casi igualmente mancillado, agotado, perdido. Era indispensable que los últimos obreros enviados al terreno no dejasen por terminar nada que fuera demasiado difícil, pues no había nadie, fuera de ellos, que fuese capaz de encargarse de tal cometido. Se lo tuvieron por dicho. Acabaron el descubrimiento del Globo y se apoderaron de él para conocerle antes de poblarlo con sus mestizos, recorriéndolo en todos sentidos. No les pasó por alto ningún rincón, y ahora que ya no se trata sino de verter las últimas gotas de la esencia aria en el seno de los diversos pueblos, accesibles por todas partes, el tiempo bastará de sobra para esta tarea que se irá haciendo por sí sola y que no necesita de nuevos impulsos para perfeccionarse.

En presencia de este hecho nos explicamos, no que no existan Arios puros, sino la inutilidad de su presencia. Como su vocación general era producir vínculos y mezclas y la confusión de los tipos uniéndolos entre sí, a pesar de las distancias, nada tienen que hacer en lo sucesivo, pues esta confusión es un hecho en cuanto a lo principal y están tomadas ya todas las disposiciones para lo accesorio. Tenemos, pues, que la existencia de la variedad humana más bella, de la raza por entero blanca; que las facultades magníficas concentradas en una y otra; que la creación, el desarrollo y la muerte de las sociedades y de sus civilizaciones, producto mara-

villoso del juego de esas facultades, revelan un gran punto que es como el ápice, como la cúspide, como la finalidad suprema de la Historia. Todo esto nace para acercar y reunir las variedades; todo esto se desarrolla, brilla y se enriquece para acelerar su fusión, y muere cuando el principio étnico dirigente está completamente fundido en los elementos heterogéneos que vincula y por consiguiente cuando su cometido local está ya lo suficientemente cumplido. Además, el principio blanco, y sobre todo ario, disperso sobre la faz del Globo, está incorporado a él de manera que las sociedades y las civilizaciones que anima no dejen tierra alguna y por consiguiente grupo humano alguno substraído a su acción agregativa. La vida de la humanidad adquiere así una significación de conjunto que entra absolutamente en el orden de las manifestaciones cósmicas. He dicho que era comparable a una vasta tela compuesta de diferentes materias textiles que muestra los dibujos más distintamente combinados y extravagantes; es también comparable a una cordillera de diversas cumbres cada una de las cuales representa una civilización, y la composición geológica de estas altas montañas está representada por las diversas mezclas a que han dado lugar las múltiples combinaciones de las tres grandes divisiones primordiales de la especie y de sus matices secundarios. Tal es el resultado dominante del trabajo humano. Todo cuanto favorece a la civilización atrae la acción de la sociedad; todo cuanto la atrae, la extiende; todo lo que la extiende la lleva geográficamente más lejos, y el último término de esta marcha es la accesión o la supresión de algunos Negros o de algunos Fineses más en el seno de las masas ya amalgamadas. Establezcamos como un axioma que el fin definitivo de las fatigas y de los dolores, de los placeres y de los triunfos de nuestra especie, es llegar un día a la suprema unidad. Establecido esto, descubriremos lo que nos falta saber.

La especie blanca, considerada abstractamente, ha desaparecido para siempre de la faz del mundo. Después de haber pasado la Edad de los Dioses, en que era absolutamente pura; la Edad de los Héroes, en que las mezclas eran moderadas en fuerza y número; la Edad de las Noblezas, en que ciertas facultades, todavía grandes, no eran ya renovadas, a causa de haberse secado sus fuentes; después de pasar esas Edades se encaminó, con más o menos rapidez, según los sitios, hacia la confusión definitiva de todos sus principios, como consecuencia de sus enlaces heterogéneos. Por lo tanto, en la actualidad sólo está representada por híbridos; los que ocupan los territorios de las primeras sociedades mixtas han tenido tiempo y ocasiones, claro está, de degradarse más. En cuanto a las masas que, en la Europa occidental y en la América del Norte, representan actualmente la última forma posible de cultura, ofrecen todavía un aspecto de poderío bastante atrayente y, en realidad, están menos decaídas que los habitantes de la Campania, de la Susiana y del Yemen. Sin embargo, esta superioridad relativa, tiende constantemente a desaparecer; la parte de sangre aria, subdividida ya tantas veces, que existe todavía en nuestras regiones, y que es lo único que sostiene el edificio de nuestra sociedad, se encamina cada día más hacia los términos extremos de su absorción.

Una vez obtenido este resultado, llegaremos a la era de la unidad. El principio blanco, desvirtuado en cada hombre en particular, se encontrará frente a los otros dos principios, el negro y el amarillo, en la proporción

de 1 a 2, triste proporción que, en todo caso, bastará para paralizar su acción de una manera casi completa, pero que aparece todavía más deplorable cuando se piensa que ese estado de fusión, lejos de ser el resultado de la unión directa de los tres grandes tipos en su estado puro, sólo será el *caput mortuum* de una serie infinita de mezclas y, por consiguiente, de bastardeamientos; el último término de la mediocridad en todos los aspectos: mediocridad de fuerza física, mediocridad de belleza, mediocridad de aptitudes intelectuales; en fin, una nulidad completa. Esta triste herencia será repartida entre todos por partes iguales. No existe motivo alguno para que tal o cual hombre posea un lote más rico que otro; y, lo mismo que en aquellas islas polinésicas en que los mestizos malayos, confinados desde hace siglos, comparten por igual un tipo al que ninguna infusión de sangre nueva ha turbado la composición primitiva, los hombres se parecerán todos. Su talla, sus rasgos, sus costumbres corporales serán parecidos. Tendrán la misma dosis de fuerzas físicas, direcciones paralelas en los instintos, medidas análogas en las facultades, y, una vez más, ese nivel general de una irritante humildad.

Las naciones, mejor dicho, los rebaños humanos, condenados a una sombría somnolencia, vivirán desde entonces embotados en su nulidad, como los búfalos rumiantes en las aguas encharcadas de las Lagunas Pontinas. Quizá se consideren los seres más cuerdos, más sabios y más hábiles que jamás hayan existido; nosotros mismos, cuando contemplamos esos grandes monumentos de Egipto y de la India, que tan incapaces seríamos de imitar, ¿no nos sentimos convencidos de que nuestra misma impotencia demuestra nuestra superioridad? Nuestros afrentosos descendientes hallarán sin dificultad algún argumento análogo en nombre del cual nos mirarán conmiserativos y se jactarán de su barbarie. He aquí, dirán señalando con un gesto de desdén las vacilantes ruinas de nuestros últimos edificios, he aquí el empleo insensato de las fuerzas de nuestros antepasados. ¿Qué hacer con estas inútiles locuras? Serán, en efecto, inútiles para ellos, porque la vigorosa naturaleza habrá reconquistado la universal dominación de la Tierra, y la criatura humana ya no será ante ella un donador, sino solamente un simple morador, como los habitantes de los bosques y de las aguas.

Este estado miserable tampoco será de larga duración; pues uno de los efectos laterales de las mezclas indefinidas es reducir los pueblos a cifras cada vez menores. Cuando se echa una ojeada sobre las épocas antiguas, se da uno cuenta de que la Tierra estaba entonces ocupada por nuestra especie de una manera muy distinta a la de hoy. China nunca ha tenido menos habitantes que ahora; el Asia Central, que fué un hormiguero, es hoy un desierto. La Escitia, según Herodoto, era un mosaico de naciones y la Rusia actual está apenas poblada. Alemania está bien provista de hombres, pero no lo estaba menos en los siglos II, IV y V de nuestra era, cuando, sin agotarse, lanzaba sobre el mundo romano océanos de guerreros, con sus mujeres y sus niños. Francia e Inglaterra no nos parecen ni vacías ni incultas: pero Galia y Gran Bretaña no lo eran menos en la época de las emigraciones kínricas. España e Italia no poseen más que la cuarta parte de los pobladores que tenían en la antigüedad. Grecia, Egipto, Siria, el Asia Menor y la Mesopotamia estaban superpobladas y sus

ciudades eran tan numerosas como las espigas en un campo; hoy son soledades mortuorias, y la India, todavía muy populosa, sólo es una sombra de lo que fué. El África occidental, esa tierra que nutría a Europa y en la que mostraban sus esplendores tantas y tantas metrópolis, no contiene más que las rarísimas tiendas de algunos nómadas y las ciudades moribundas de unos cuantos mercaderes. Las demás partes de este continente, en que los europeos y los musulmanes han llevado lo que unos llaman el progreso y lo que otros llaman la fe, languidecen también y sólo en el interior, donde apenas se ha penetrado, consérvase un núcleo asaz compacto. Pero eso no durará. En cuanto a América, Europa vierte en ella cuanta sangre posee y se empobrece, mientras la otra se enriquece. Así, a medida que se degrada, la humanidad se destruye.

No cabe calcular con rigor el número de siglos que todavía nos separan de la ineluctable conclusión. Sin embargo, no es imposible vislumbrar algo que a ello se aproxime. La familia aria y, con mucha más razón, el resto de la familia blanca, había cesado de ser absolutamente pura en la época en que nació Jesucristo. Admitiendo que la formación actual del Globo sea anterior en seis o siete mil años a aquel acontecimiento, ha bastado ese período para agostar en germen el principio visible de las sociedades, y cuando ese período acabó, la causa de la decrepitud había ya triunfado en el mundo. Como quiera que la raza blanca había sido absorbida de manera que perdiese la flor de su esencia en las dos variedades inferiores, éstas sufrieron las modificaciones correspondientes que, por lo que a la raza amarilla se refiere, fueron muy acentuadas. En los dieciocho siglos que después han transcurrido, el trabajo de fusión, aunque continuado incesantemente y preparando sus conquistas ulteriores en una escala más considerable que nunca, no ha sido tan directamente eficaz. Con todo, aparte de los medios de acción creados para el porvenir, la confusión étnica ha ido muy en aumento en el interior de todas las sociedades y, por consiguiente, ha acelerado la hora final de la perfección de la amalgama. No se ha perdido, pues, este tiempo, ni mucho menos; y ya que ha preparado el porvenir, y que, por otra parte, las tres variedades no poseen grupos puros, no exageraremos la rapidez del resultado si le calculamos, para producirse, un tiempo algo inferior al que ha sido necesario para que sus preparaciones llegasen al punto en que hoy se hallan. Nos inclinaremos, pues, a asignar a la dominación del hombre sobre la Tierra una duración total de doce a catorce mil años, dividida en dos períodos: uno, que pasó ya, y que habrá visto y poseído la juventud, el vigor y la grandeza intelectual de la especie; otro, que ha comenzado ya y que conocerá la marcha desfalleciente de la humanidad hacia su decrepitud.

Deteniéndonos incluso en los tiempos que deben preceder al último suspiro de nuestra especie y alejándonos de aquellas Edades invadidas por la muerte en que nuestro Globo, vuelto mudo, seguirá, sin nosotros, describiendo en el espacio sus órbitas impasibles, no sé si tenemos derecho a llamar el fin del mundo a esa época menos lejana que empezará a ver ya el relajamiento completo de nuestra especie. No afirmaría tampoco que fuese muy fácil interesarse con un resto de ternura por los destinos de unos cuantos puñados de seres despojados de fuerza, de belleza y de inteligen-

cia, si no nos acordásemos de que por lo menos les quedará la fe religiosa, único vínculo, único recuerdo y herencia preciosa de días mejores.

Pero la misma religión no nos ha prometido la eternidad; y la ciencia, al demostrarnos que habíamos empezado, pareció siempre asegurarnos también que habíamos de acabar. No hay, pues, por qué extrañarnos ni conmovernos al hallar una confirmación más de un hecho que no podía pasar por dudoso. La previsión entristecedora no es la muerte, sino la certidumbre de tener que llegar a ella degradados; y aun esa vergüenza reservada a nuestros descendientes podría quizá dejarnos insensibles, si con secreto horror no advirtiéramos que las manos rapaces del Destino se han posado ya sobre nosotros.

FIN

ÍNDICE

LIBRO SEGUNDO

Civilización antigua, irradiante del Asia Central hacia el Sudoeste

LIBRO TERCERO

Civilización que se extiende desde el Asia Central hacia el Sur y el Sudeste

LIBRO CUARTO

Civilizaciones semíticas del Sudoeste

LIBRO QUINTO

Civilización europea semitizada

LIBRO SEXTO

La Civilización occidental

